PETER
HEATHER

TIEMPO DE HISTORIA

La caída del imperio romano

CRÍTICA

En el año 376 de nuestra era, cuando el imperio romano estaba todavía en el apogeo de su poder, un grupo de refugiados germánicos llegó a la frontera del Danubio pidiendo asilo. Dos años más tarde habían derrotado y dado muerte al emperador, junto a dos tercios de su ejército, en la batalla de Adrianópolis. Cien años después, depusieron al último emperador romano de occidente y establecieron una serie de reinos «bárbaros» sobre las ruinas del imperio.

La caída del imperio romano ha dado lugar a numerosas interpretaciones, la mayor parte de las cuales apuntan a sus debilidades internas, pero las investigaciones realizadas en los últimos años han cambiado esta perspectiva. El profesor Heather se basa en ellas para destacar el papel fundamental del choque externo con los pueblos germánicos que, enfrentados al imperialismo romano, se habían ido transformando hasta cobrar organización y fuerza. Esta obra, que en palabras de Paul Cartledge ha sido escrita «con una combinación de fluidez narrativa y análisis en profundidad» nos permite penetrar, por fin, en el complejo entramado de uno de los mayores misterios de la historia.

creative commons

Peter Heather

La caída del imperio romano

Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz
y Beatriz Eguibar

CRÍTICA
BARCELONA

CREATIVE COMMONS

Título original: *The Fall of the Roman Empire*

Realización: Ātona, S. L.
Diseño de la cubierta: Jaime Fernández
Ilustración de la cubierta: © Andrew Gunners / Getty Images

© 2005, Peter Heather
© 2006 de la traducción castellana para España y América:
CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
http://www.ed-critica.es

ISBN: 84-8432-710-8
Depósito legal: B. 51.128-2005
2006 - Impreso y encuadernado en España por EGEDSA

Agradecimientos

El contrato para la realización de este proyecto se firmó hace sólo cuatro años, pero en un sentido muy real he estado escribiendo este libro durante gran parte de los veinticinco años que llevo implicado en la investigación de las cuestiones relacionadas con los romanos y los bárbaros. En dicho sentido, son verdaderamente demasiadas las personas a las que debo gratitud y reconocimiento: la deuda empieza por todos los que me han enseñado, especialmente mis directores de tesis doctoral, James Howard-Johnston y John Matthews, continúa con todos los amigos y colegas de quienes tanto he aprendido, ya sea en Londres o en Oxford, y culmina en todos los resignados estudiantes que con tanto ánimo han soportado no sólo las versiones diversas de los distintos argumentos en que se sustenta este libro, sino lo mucho que me gusta hacer chistes auténticamente espantosos. Y pese a que reivindico la paternidad intelectual de algunas de las observaciones y relaciones clave que forman los mimbres de este libro, la narración refleja también mi comprensión del significado general (y en ocasiones algo más particular) de toda la tradición histórica en la que trabajo. La deuda que he contraído con el conocimiento y la inteligencia de otros es enorme, y quisiera dejar aquí constancia explícita de este extremo, ya que los imperativos vinculados a la decisión de destinar este libro a un público más amplio hacen que las notas al pie no siempre expresen el reconocimiento pleno de mis deudas intelectuales. No obstante, soy perfectamente consciente de que tales deudas existen, y, en particular, quisiera expresar mi gratitud a todos los colegas y amigos que demostraron ser una estimulante compañía durante la primera mitad de la década de los noventa. En esa época tuve la buena fortuna de aprender muchísimo gracias a mi participación en el proyecto «La transformación del mundo romano» de la Fundación Europea de

la Ciencia. Más en concreto, quisiera dar las gracias a Jason Cooper, el coordinador con el que trabajé en la editorial Macmillan, cuyos sabios consejos me han servido de constante apoyo, a Sue Phillpott, la supervisora de pruebas, que me dedicó un enorme número de horas de trabajo, y a todos los amigos que tras escuchar o leer todo o parte de lo que sigue me brindaron su parecer. Y finalmente, aunque no en último lugar, debo más de lo que puedo valorar a mi familia, que siempre me alienta cuando estoy demasiado abatido para seguir escribiendo, así como al perro y al gato: la necesidad de pagar las facturas de su comida me ata a mi despacho cuando, de lo contrario, haría tiempo que habría salido a divertirme.

Introducción

El imperio romano fue el estado de mayor tamaño que haya conocido nunca la Eurasia occidental. Durante más de cuatrocientos años se extendió desde el Muro de Adriano hasta el río Éufrates, transformó las vidas de todos los habitantes circunscritos por sus fronteras y dominó tierras y pueblos situados a centenares de kilómetros de sus confines. Una serie de sistemas íntimamente relacionados y compuestos por fortalezas, por redes estratégicas de calzadas y por ejércitos profesionales excelentemente entrenados constituyeron a un tiempo el símbolo y la garantía de este dominio. Además, las fuerzas romanas no tenían reparos en aniquilar a cualquier vecino que no respetase sus reglas. Las primeras escenas del éxito cinematográfico del año 2000 titulado *Gladiator* están basadas en las victorias de Marco Aurelio sobre los marcomanos, una tribu germánica de la zona meridional del centro de Europa, en el tercer cuarto del siglo II. Doscientos años después, los romanos aún seguían batallando. En 357, doce mil soldados del emperador Juliano pusieron en fuga a un ejército de treinta mil alamanes en la batalla de Estrasburgo.

Sin embargo, en el plazo de una generación, el orden romano se vio conmocionado hasta la médula, y los ejércitos romanos, en palabras de un contemporáneo, «se desvanecieron por completo, como sombras». En 376, llegó a la frontera danubiana del imperio un gran tropel de refugiados godos que solicitaba asilo. En lo que era una completa ruptura con la habitual política romana, se les permitió ingresar en el imperio pese a no haber sido sometidos. Se rebelaron, y en el plazo de dos años lograron derrotar y matar al emperador Aurelio Valerio Valente —el mismo que les había acogido—, junto con dos tercios de su ejército, en

la batalla de Andrinópolis. El 4 de septiembre de 476, cien años después de que los godos hubieran cruzado el Danubio, el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo, fue depuesto, y quienes iban a componer el núcleo militar de uno de los principales estados que sucedieron al imperio —el reino visigodo— fueron los descendientes de aquellos godos refugiados. Este reino, que ocupaba el suroeste de la Galia y de Hispania no fue más que uno de los distintos reinos que habrían de emerger de las ruinas de la Europa romana, todos ellos creados sobre la base del poderío militar de los inmigrantes extranjeros. La caída de Roma, y con ella, de la porción occidental del imperio, constituye una de las revoluciones que han forjado la historia europea, y ha sido tradicionalmente considerada como el anuncio del fin de la historia antigua y el comienzo de la Edad Media. Al igual que el Renacimiento, la Reforma y la revolución industrial, fue un acontecimiento que cambió el mundo para siempre.

Encabezados por la épica obra en varios volúmenes de Gibbon, publicada entre los años 1776 y 1788, han aparecido uno o dos centenares de estudios dedicados a este asunto, o a alguno de sus aspectos particulares, y no hay signos de que el ritmo vaya a disminuir. En la década de 1990, la Fundación Europea de la Ciencia financió un proyecto de cinco años de duración destinado a investigar «La transformación del mundo romano» que aún sigue produciendo obras. Como ha sucedido siempre, los historiadores están muy lejos de alcanzar un consenso general, ya sea en torno a las grandes cuestiones, ya sobre asuntos de detalle —donde tal vez fuera más fácil esperar que se produjera el acuerdo—. Las discusiones siempre se han centrado en cuál fue, exactamente, la causa de que Roma se desplomara. Dado que fueron ellos quienes suministraron la fuerza militar en la que se sustentaban los nuevos reinos, es obvio que los extranjeros armados —los «bárbaros»— tuvieron algo que ver con ello. Sin embargo, tanto antes como después de Gibbon, los historiadores han tenido la sensación de que no es posible que una potencia de la magnitud de Roma haya podido venirse abajo por la acción de unos analfabetos cuya cultura —política, social, económica o artística— ni siquiera había empezado a rivalizar con los niveles, en ocasiones sorprendentemente precoces, alcanzados en el mundo romano. Los romanos conocían la calefacción central, tenían un tipo de sistema bancario basado en principios capitalistas, y disponían de fábricas de armas e incluso de asesores políticos, mientras que los bárbaros eran simples agricultores

con cierta inclinación por los prendedores decorativos.[1] Por consiguiente, aunque los bárbaros tuvieran algo que ver con la cuestión, no pudieron ser ellos la verdadera causa de la caída del imperio. Sin duda, los bárbaros debieron limitarse a sacar provecho de otros problemas de mayor calado que proliferaban en el interior del mundo romano.

¿Pero, fue eso lo que hicieron? Este libro se propone reexaminar uno de los mayores misterios de la historia: el extraño fin de la Europa romana.

Las justificaciones que yo encuentro para este reexamen son a un tiempo generales y específicas. Desde un punto de vista general, la época que va del año 300 d. C. al 600, y que abarca la caída del imperio occidental así como la creación de los primitivos reinos medievales que le sucedieron, ha sido objeto de algunos de los estudios históricos más innovadores de los últimos cuarenta años. En la tradición académica, esta época era un agujero negro, una tierra de nadie entre la historia antigua y la medieval, cuyo estudio no podía ser abordado adecuadamente por ninguna de ellas. Desde los años sesenta se han venido produciendo enormes avances en nuestra comprensión de las muchas facetas que presenta esta época, rebautizada como «Antigüedad tardía». Muchos de estos descubrimientos forman hoy parte del acervo de conocimientos común entre los especialistas, pero todavía no han sido asimilados por la generalidad del público, cuyas expectativas (a juzgar, al menos, por los prejuicios con que algunos de mis estudiantes se acercan aún al tema) siguen estando condicionadas por tradiciones más antiguas que se remontan hasta Gibbon. En los últimos cuarenta años, tanto los profesores como los estudiantes han conocido por primera vez un imperio romano tardío que no estaba al borde del desplome social, económico y moral, y, más allá de sus fronteras, un mundo cuya principal característica no era la simple e invariable barbarie. Desde la segunda guerra mundial, dos generaciones de eruditos han revolucionado tanto nuestra comprensión del imperio romano como nuestro concepto del vasto mundo que los romanos conocían con el nombre de *barbaricum*, «el país de los bárbaros». Este libro se inspira en gran medida en esa erudición.

En términos más específicos, las razones que me han llevado a escribir este libro son las siguientes. El «descubrimiento» entusiasta de la Antigüedad tardía tuvo lugar en un clima intelectual en el que los historia-

dores de todas las épocas empezaban a darse cuenta de que la historia era mucho más que la suma de la economía, la alta política, la guerra y la diplomacia que tradicionalmente habían integrado su repertorio. La Antigüedad tardía, con su profusión de fuentes arqueológicas, entre ellas la generada por la cultura literaria altamente sofisticada que caracterizaba a las élites romanas cultas, ha demostrado ser un área de investigación fructífera para muchas disciplinas: la historia del género y la cultura, y la historia de las creencias populares, por ejemplo. También ha constituido un rico filón para el estudio, un estudio que, en consonancia con las recientes tendencias de la literatura histórica, ha tratado de cuestionar los prejuicios tácitos que vertebran las «grandes narrativas» de la historia tradicional. La imagen de unos romanos que, pese a estar «civilizados», se veían enfrentados a un declive imparable y que, al mismo tiempo, guerreaban implacablemente con unos «bárbaros» extranjeros, es uno de los mejores ejemplos de la aplicación de este tipo de narrativas. Con acierto, los análisis recientes han tratado de evitar caer en las garras de esta tradición, y han determinado con rigor los muchos ejemplos de cooperación entre bárbaros y romanos, así como de interacción no violenta, que proporcionan esas fuentes. La importancia concedida a una lectura de los textos individuales orientada a la comprensión de las cosmovisiones ideológicas que los sustentan también ha tenido una repercusión espectacular. Este tipo de interpretación exige que el acercamiento de los historiadores a los autores antiguos no les lleve a considerarlos como a fuentes que proporcionan hechos, sino más bien como a vendedores de coches usados a los que sería conveniente tratar con saludable precaución.

La resonancia intelectual que ha tenido este enfoque del estudio de la Antigüedad tardía ha producido una galvanización, pero ha derivado en un fraccionamiento porque ha apartado a los estudiosos del esfuerzo de síntesis y les ha inducido a profundizar con detalle en los aspectos particulares. Estos estudiosos han sido propensos a desentenderse del empeño encaminado a reconstruir una narrativa de lo que de hecho sucedió y a concentrarse en la forma en que los individuos y las fuentes percibían y representaban lo ocurrido. En la última década, poco más o menos, han aparecido monografías precursoras que estudian muchos temas relevantes, y que también examinan a autores concretos, pero no se ha producido intento alguno de proporcionar un visión panorámica del derrumbamiento de Roma.[2] No tengo la menor duda de que este géne-

ro de estudio intensificado de las partes que integran la materia era, y sigue siendo, absolutamente necesario.[3] Sin embargo, las nuevas interpretaciones detalladas de los aspectos particulares de una época pueden tener implicaciones que afecten a la comprensión del todo, y ha llegado el momento, en mi opinión, de ponerse a reunir otra vez los fragmentos, ahora mucho mejor conocidos, y de centrarse en lo que nos dicen sobre la caída de la propia Roma.[4] Los lectores juzgarán por sí mismos si este enfoque está bien fundado o no.

Me propongo también argumentar que, en medio de la actual insistencia en la ideología y la percepción —buena parte de la cual viene impulsada por las recientes tendencias de la crítica literaria—, es de vital importancia no perder de vista la narrativa. Dada la naturaleza de nuestras fuentes, se ha suscitado incluso entre algunos estudiosos la duda de si es o no posible pasar, desde las representaciones de la realidad expuestas por dichas fuentes, a los «verdaderos acontecimientos». En ocasiones, es claramente imposible. No obstante, expondré que el tipo de proceso intelectual que se precisa para la crítica literaria no siempre resulta adecuado para los estudios históricos. Los instrumentos del análisis literario son de un enorme valor cuando se aplican a las fuentes individuales, pero, a mi juicio, la analogía jurídica resulta más apropiada para el quehacer general de la historia. Todas nuestras fuentes son testigos que, en muchos casos, tratan de abogar por razones propias en favor de un determinado ángulo de comprensión de los acontecimientos. Sin embargo, lo que describen no es —al menos no en todos los casos— un constructo de la imaginación de los autores en el sentido en que lo son los textos literarios. En efecto, la historia, al igual que el sistema legal, tiene que enfrentarse al robo comprobable de las propiedades y al descubrimiento de cadáveres reales, pese a que la comprensión de estos fenómenos deba construirse a partir de fuentes sustentadas sobre cimientos ideológicos. El imperio romano comprendía un gran número de ideologías, como se verá, y promovía una forma muy particular de considerar el mundo. Pero también se servía de la burocracia, promulgaba leyes, recaudaba impuestos y adiestraba ejércitos. Y en el transcurso del siglo V, la porción occidental del imperio romano, junto con todas las estructuras y procedimientos que había alimentado durante siglos, dejó de existir, dejando tras de sí el cadáver que constituye el tuétano de este libro.

Lo que sigue es un esfuerzo encaminado a comprender, por medio de una reconstrucción narrativa, esta gigantesca revolución de la histo-

ria europea, y a hacerlo de un modo que haga justicia a la abundante cantidad de conocimientos complejos que se han venido produciendo a lo largo de los últimos años. Mi formación se orienta por igual al período romano tardío y al mundo «bárbaro». Mi docencia y mis publicaciones especializadas se han centrado de forma bastante pareja a ambos lados de la frontera imperial, y se ciñen a los últimos años del siglo IV y al siglo V. Y a pesar de que me inspiro en el trabajo de otras personas, la peculiar síntesis que caracteriza este libro es por supuesto mía, y lo mismo ocurre con algunas de las ideas y observaciones clave en las que se basa.

Además de reconstruir lo mejor que sé la historia de la caída de Roma, y de plantear la particular interpretación de ese acontecimiento que me parece convincente, me propongo otro objetivo con este libro. La comprensión del pasado es siempre una historia detectivesca. Para bregar con lo que realmente estaba pasando en Roma, invito al lector a convertirse en miembro del jurado —por ahondar en la analogía jurídica—, a que se implique en el proceso de evaluar y sintetizar los diferentes tipos de pruebas que habrán de presentarse. La estructura del libro estimula este enfoque. No es simplemente una narrativa del desplome del imperio de Occidente en el siglo V, es también una indagación analítica. La primera parte, por tanto, se consagra a la elaboración de una imagen de la situación del imperio y de sus vecinos europeos a finales del siglo IV. Sin presentar de este modo el escenario, sería imposible lograr una verdadera comprensión del derrumbamiento ulterior. El análisis es también una de las piezas inseparables que entran en la composición de los capítulos de la segunda y la tercera partes, de carácter más expositivo. Y a lo largo del libro he tratado de implicar plenamente al lector en la tarea detectivesca, ya que no me he limitado a reclutarle como mero receptor de las respuestas de un oráculo. Con este mismo impulso, cuando existen cabos sueltos, cuando la pista se pierde, como a veces ocurre, no trato de disimularlo. Una de las principales razones por las que he elegido trabajar en los años centrales del primer milenio —dejando a un lado el hecho de que la fascinación por lo antiguo permanece arraigada en mí desde que mi madre me llevó a visitar en muchas ocasiones, durante mi infancia, las villas, termas y fortalezas romanas— es el tipo de desafío intelectual que plantea. Me atraen los rompecabezas, y son tantas las pruebas que, o bien faltan, o bien aparecen cifradas en los complejos códigos

de los géneros literarios romanos (una de las razones que explican que las corrientes de la crítica posmoderna resulten tan útiles en este campo) que es muy poco lo que alguna vez aparece diáfano. Para algunos, esto es simplemente una molestia y va en detrimento de lo que de otro modo sería una época muy interesante. Para otros, entre los que me incluyo, forma parte de la aventura, y siempre puedo decir, basándome en la respuesta instintiva que suscita en ellos la escasez de pruebas, si mis estudiantes son amantes natos del primer milenio o no.

Por tanto, mientras despliego el relato —y realmente *es* un relato—, también quiero familiarizar al lector con los procesos que conlleva su elaboración y exponer los principales corpus probatorios de que disponemos. Con este fin firmemente presente, y por medios tanto directos como indirectos, expongo todo lo posible los pormenores, utilizando las palabras de los testigos oculares, de los individuos que se vieron atrapados en el torbellino de acontecimientos que iba a transformar para siempre la historia europea. Fueron muchas las personas que se encontraron en esa situación, y de muy diversa condición, como era de esperar. Una vez descifrados, sus escritos hacen del hundimiento del imperio occidental una de las épocas más vívidamente documentadas de la historia antigua.

Primera parte
LA PAX ROMANA

1

Los romanos

Principios del invierno del 54 a. C.: un típico día de noviembre, húmedo y gris, en la Bélgica oriental. En un campamento militar romano emplazado en lo que hoy es la ciudad de Tongres, cerca del punto en el que ahora confluyen las fronteras de Bélgica, Holanda y Alemania, se está celebrando un consejo de guerra. Una legión entera —diez cohortes compuestas teóricamente por quinientos hombres cada una—, junto con otras cinco cohortes, habían sido constituidas en brigada en estos cuarteles de invierno situados inmediatamente al oeste del Rin, en el territorio de una pequeña tribu de habla germánica denominada de los eburones. Al término de cada temporada de campaña, la práctica habitual de Julio César consistía en dispersar a sus legiones por los campamentos fortificados. Éstos eran construidos por los propios legionarios según una pauta estándar: un foso, un terraplén, un muro y unas torres de defensa en el exterior, y los barracones de acuartelamiento en el interior. La longitud de los muros venía dictada por una antigua fórmula: doscientas veces la raíz cuadrada del número de cohortes que debían albergar. Las tribus sometidas del entorno inmediato cargaban con la responsabilidad de abastecer a las tropas durante el invierno, hasta que la hierba volviera a crecer para dar sustento a los animales de carga y poder comenzar de nuevo la campaña.

Al principio, todo había ido bien. Las fuerzas romanas habían sido conducidas hasta su campamento por los dos reyes de los eburones, Ambiorix y Catuvoleo, de edad algo avanzada. El fuerte quedó construido a tiempo, y los eburones aportaron los primeros suministros de alimentos. Sin embargo, unas tres semanas después, las cosas empezaron a torcerse. Espoleados por los movimientos de rebelión surgidos en

otros lugares, y arengados por Induciomaro, cabecilla de los mucho más numerosos tréveros, una tribu vecina asentada en el valle del Mosela, algunos eburones se emboscaron y aniquilaron a un pequeño grupo romano de aprovisionamiento. Después se lanzaron contra las murallas del fuerte romano, aunque se retiraron rápidamente bajo una lluvia de proyectiles. El clima reinante en el campamento romano se volvió súbitamente incómodo, y la intensidad de la inquietud creció a gran velocidad. Ambiorix y Catuvoleo acudieron a parlamentar, y ambos declararon que la responsabilidad del ataque recaía sobre un puñado de exaltados. Ambiorix, en particular, se describió con entusiasmo como un fiel aliado romano. Dijo que podía darse por seguro que se avecinaba una revuelta de gran envergadura y que, procedente del este del Rin, una enorme cantidad de germanos a sueldo estaba a punto de abalanzarse sobre la Galia. No le correspondía a él decir a los jefes romanos lo que debían hacer, señaló, pero si querían concentrar sus fuerzas para hacer frente al ataque, él garantizaría a la brigada un corredor seguro hasta cualquiera de los otros dos campamentos de legionarios situados a unos ochenta kilómetros de distancia, uno al sureste y otro al suroeste.

Las cosas no hubieran salido mejor de haber escrito el guión el propio Ambiorix. Las fuerzas romanas estaban capitaneadas por un par de legados, Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cotta. Su consejo de guerra fue largo y estuvo presidido por el rencor. Cotta y varios de sus principales subordinados estaban decididos a permanecer en la plaza. Tenían comida, y el campamento estaba atrincherado por los cuatro costados. César enviaría refuerzos tan pronto como tuviese noticia de la revuelta —y la Galia era famosa por la velocidad a la que podían circular los rumores—. Sabino, sin embargo, argumentó que los pobladores de la zona no se habrían atrevido a rebelarse si César no se hubiese marchado ya a Italia. Sólo Dios sabía cuándo le llegarían las noticias de la revuelta, y las legiones, dispersas como estaban en sus distintos cuarteles de invierno, se enfrentaban a la posibilidad de ser aniquiladas poco a poco. En opinión de Sabino, por tanto, debía aceptarse el ofrecimiento de un corredor seguro. No había tiempo que perder. Le influía también el hecho de que el fuerte alojaba a la menos experimentada de las legiones de César, pues había sido reclutada en la primavera anterior y su cometido se había ceñido a servir de custodia para sus pertrechos durante las principales batallas de la última campaña. El consejo prosiguió, entre estallidos de cólera y voces airadas, y Sabino reveló deliberadamente

a los soldados que estaban cerrando los ojos a un plan que podría conducirles rápidamente a lugar seguro. Hacia la medianoche, Cotta cedió. Lo más importante para la moral era mantener un frente unido entre los mandos. A toda prisa, los legionarios se prepararon para partir, y salieron al amanecer. Convencidas de que Ambiorix había hablado como amigo, las fuerzas romanas partieron en formación de marcha, no de combate, y se dispusieron a transportar, con una extensa columna, la mayor parte de su impedimenta pesada.

A tres kilómetros del campamento, la ruta atravesaba unos espesos bosques y descendía a un profundo valle. Antes de que la avanzadilla hubiese trepado por la otra vertiente, y mientras el grueso de la columna seguía desfilando por el fondo del valle, se disparó la trampa. Los eburones surgieron a ambos lados por encima de sus cabezas y arrojaron un diluvio de proyectiles sobre los romanos. La lucha se prolonga, pero los eburones alcanzan una victoria total. Al amanecer del siguiente día, sólo quedan con vida unos cuantos romanos rezagados que se habían escondido aprovechando el caos. La inmensa mayoría de los más de siete mil hombres que sólo unas semanas antes habían levantado el campamento ha muerto. Un desarrollo de los acontecimientos brutal y asombroso por lo inesperado. No era ése el destino que habría cabido esperar que le tocara en suerte a ninguno de los ejércitos de Julio César, célebre por la más grandiosa de las jactancias: *Veni vidi vici* —«Llegué, vi, vencí».

La acción, sin embargo, merece un examen más detenido. Pese a que esta brigada en concreto se hubiera visto arrollada, los detalles del choque demuestran de modo gráfico la sorprendente capacidad de combate del soldado legionario sobre el que se asentaba el propio imperio romano. Sabino perdió la cabeza nada más comenzar la emboscada, cosa que no resulta sorprendente en un comandante que debiera haber comprendido inmediatamente que estaba conduciendo a sus hombres a una trampa mortal. A Cotta le fue algo mejor. Había presentido la traición desde el principio y había tomado todas las precauciones posibles. Cuando los proyectiles comenzaron a caer, él y sus principales centuriones hicieron que la estirada columna formase rápidamente en cuadro y abandonara la impedimenta. Ahora ya podía dar órdenes, y las cohortes maniobraron como una unidad, pese a que la posición táctica les era completamente adversa. Ambiorix tenía la ventaja de una posición superior y el suficiente control sobre sus seguidores para aprovecharla. Los eburones

rehuyeron la pelea cuerpo a cuerpo durante varias horas y se limitaron simplemente a arrojar proyectiles desde lo alto: lanzas, flechas y piedras despedidas con sus hondas. Entre los romanos las víctimas aumentaron rápidamente. Cada vez que una cohorte hacía una salida ordenada hacia la derecha o la izquierda, en un intento de trabar el cuerpo a cuerpo con sus atormentadores, sus integrantes se exponían a ser hostigados por la retaguardia. Atrapados, con las fuerzas menguantes, la tropa romana logró la extraordinaria proeza de resistir ocho horas. Llegados a este punto, Sabino trató de parlamentar con Ambiorix, pero los romanos, gruñó Cotta pese a haber recibido en plena cara el proyectil de una honda, no establecen acuerdos con un enemigo armado. Sabino fue derribado antes de terminar de hablar, y para los eburones esa fue la señal para lanzarse a la carga y acabar con ellos. Fueron muchos los legionarios que lucharon y murieron con Cotta en el fondo del valle, pero algunos de ellos lograron mantener la formación y abrirse camino para regresar hasta el campamento, situado a tres kilómetros. Una vez allí, los supervivientes mantuvieron a los eburones a raya hasta el anochecer, y entonces, como un solo hombre, prefirieron suicidarse a caer en manos del enemigo. Si los custodios de la impedimenta estaban dispuestos a luchar durante un día entero sin esperanza de éxito y a suicidarse en bloque antes que rendirse, los enemigos de Roma iban a verse en un grave aprieto.[1]

El ascenso de la Roma imperial

Si los cimientos del poder imperial se asentaban firmemente en el poderío militar de sus legiones, la piedra angular de su asombroso espíritu combativo puede atribuirse a su adiestramiento. Como siempre sucede con la instrucción de todas las élites militares —antiguas y modernas— la disciplina era feroz. No habiendo ningún tribunal de derechos humanos por el que preocuparse, los instructores podían golpear con entera libertad al desobediente —hasta la muerte si era necesario—. Y si toda una cohorte desobedecía las órdenes, el castigo era la diezma: uno de cada diez hombres era azotado hasta morir delante de sus camaradas. Sin embargo, no es posible basar la moral exclusivamente en el miedo, así que la cohesión del grupo se generaba también por medio de métodos más positivos. Los reclutas se entrenaban juntos, combatían juntos y jugaban juntos en grupos de ocho, formando así un *contubernium* (li-

teralmente, un grupo que comparte una tienda). Y se los seleccionaba cuando aún eran muy jóvenes: todos los ejércitos prefieren a los hombres jóvenes, rebosantes de testosterona. Se negaba a los legionarios la posibilidad de un contacto sexual regular: las mujeres y los niños podían hacer que se lo pensaran dos veces antes de enfrentarse a los riesgos de la batalla. La preparación básica era agotadora. Los legionarios tenían que acostumbrarse a realizar marchas de 36 kilómetros en cinco horas, cargados con los 25 o más kilos de la coraza y el equipo. Constantemente se les repetía lo magníficos que eran, lo extraordinarios que eran sus amigos, lo elitista que era la fuerza a la que pertenecían. Un proceso igual al que siguen los infantes de marina estadounidenses, pero mucho más desagradable.

Como consecuencia de toda esta preparación se obtenían grupos de jóvenes que estaban en perfecta forma física, que manifestaban un comportamiento brutal por haber sido tratados con brutalidad en ocasiones, que habían desarrollado fuertes vínculos mutuos, aunque se les negara la posibilidad de cualquier otro sólido lazo emocional, y que se enorgullecían hasta la exaltación de la unidad a la que pertenecían. Esto quedaba simbolizado en los juramentos religiosos que se prestaban a las insignias de la unidad, las legendarias águilas. Al finalizar su instrucción, el legionario juraba por su vida y honor seguir a las águilas y no abandonarlas nunca, ni siquiera ante la muerte. Era tal la determinación de no permitir que las insignias cayesen en manos enemigas que uno de los portaestandartes de Cotta, Lucio Petrosidio, arrojó el águila por encima de las murallas de Tongres en el momento en el que él mismo era fulminado antes que permitir que fuera capturada. El honor de la unidad, unido al vínculo con los camaradas de tropa, se convirtió en el elemento más importante de la vida del legionario, y se transformó en el cimiento de un espíritu de combate y de una disposición a la obediencia de las órdenes que pocos adversarios podían igualar.

A este condicionamiento psicológico y físico, la instrucción romana unía unas destrezas prácticas de primer orden. Si lo estimamos con los criterios de la época, los legionarios romanos estaban bien armados, pero no tenían ningún arma secreta. Habían copiado de sus vecinos gran parte de su equipo: el característico e imponente escudo —el *scutum*—, por ejemplo, lo habían tomado de los celtas. Sin embargo, eran cuidadosamente entrenados para utilizarlo del mejor modo posible. Cuando luchaban de forma individual, se les enseñaba a no parar con la espada los

golpes violentos asestados con el brazo extendido. Estas acometidas debían ser detenidas con el escudo, mientras, con un escueto movimiento de apuñalamiento, se descargaba la característica espada corta del legionario —el *gladius*— en el costado que el oponente había dejado al descubierto con su propio movimiento. Los legionarios también estaban equipados con una coraza defensiva, y esto, unido a la instrucción militar, les proporcionaba una enorme ventaja en el combate cuerpo a cuerpo.

Por tanto, durante sus campañas en las Galias, las tropas de César consiguieron derrotar a fuerzas enemigas muy superiores en número. Ambiorix había actuado con conocimiento de causa al evitar que sus eburones se precipitaran colina abajo hasta no haber reducido en gran medida los efectivos romanos con ocho horas de lanzamiento de proyectiles. Desde un punto de vista más amplio, las legiones estaban entrenadas para maniobrar como unidades, recibir las órdenes mediante toques de corneta y mantener su cohesión incluso en el caos de la batalla. En consecuencia, todo comandante romano de valía podía embestir con la máxima fuerza cuando se presentara la oportunidad, y retirarse en buen orden si era necesario. Las tropas disciplinadas y unidas tienen una enorme ventaja, incluso frente a grandes cantidades de adversarios feroces que actúen no obstante de forma individual, y sólo la decisiva desventaja táctica de verse atrapado en un valle impidió que Cotta agrupara sus cohortes con contundentes resultados. En un terreno más nivelado, y en otra ocasión, un puñado de hombres compuesto únicamente por trescientos legionarios que habían quedado aislados logró defenderse durante cuatro horas frente a seis mil adversarios con un saldo de sólo unos cuantos heridos.[2]

Las legiones romanas poseían otras destrezas. Uno de los elementos habituales de la instrucción las obligaba a aprender a construir, y a construir con rapidez. Calzadas, campamentos fortificados y máquinas de asedio eran sólo unas cuantas de las tareas que debían acometer. En una ocasión, César consiguió tender un puente de pontones sobre el Rin en sólo diez días, y contingentes muy pequeños de tropas romanas controlaban con regularidad vastos territorios desde las murallas defensivas de sus propios campamentos. El parecer de Cotta, que aquel día de noviembre optaba por permanecer en la plaza, bien pudo haberse visto secundado por el éxito. Tres años antes, otro contingente romano, compuesto únicamente por ocho cohortes, había sido enviado a pasar el invierno a un valle de los Alpes cercano a las fuentes del río Ródano, en

los altos que rodean el lago de Ginebra, porque César trataba de conseguir que el paso de San Bernardo fuese seguro. Enfrentados a un enemigo que los superaba tremendamente en número, los legionarios utilizaron sus fortificaciones y sus conocimientos tácticos para infligir tal derrota a sus atacantes que después lograron replegarse sin hostigamiento.

La capacidad de construcción de las legiones podía emplearse con idéntica eficacia en las ofensivas basadas en el asedio —como ocurrió con la celebérrima dominación de Alesia, castro y cuartel general del gran dirigente galo Vercingetórix—. En este caso, y a lo largo de un perímetro de veintidós kilómetros y medio, las legiones de César cavaron tres fosos concéntricos y orientados hacia el interior —uno de seis metros de ancho y otros seis de profundidad, y los otros dos de cuatro metros y medio— y los llenaron de distintos tipos de trampas mortales. Este dispositivo se hallaba además respaldado por el terraplén y la empalizada habituales, de tres metros y medio de alto, rematada con un borde almenado y salpicada de torres a intervalos de 24 metros. Al llegar fuerzas de auxilio galas para levantar el sitio, los romanos añadieron un conjunto de barricadas similar, esta vez orientadas hacia afuera. La consecuencia fue que los romanos quedaron capacitados para impedir los muchos intentos que sus adversarios, muy superiores en número, realizaron para romper el cerco, ya fuese de fuera adentro o viceversa. Lograron así luchar con una ventaja táctica, ya que las fortificaciones les daban el tiempo suficiente para enviar con rapidez tropas de reserva a los puntos amenazados. En otro asedio, el del aparentemente inexpugnable fuerte galo de Uxellodunum, César utilizó una torre de diez pisos levantada sobre una enorme rampa, a lo que añadió pasadizos subterráneos, para impedir que los defensores del fuerte tuvieran acceso al manantial de montaña que era su única fuente de agua, y de este modo los obligó a rendirse.

Aunque la legión romana era, en el combate, una máquina de matar totalmente profesional, también era mucho más. Su capacidad para realizar construcciones lograba convertir la inmediata victoria militar en una dominación a largo plazo de territorios y regiones: era un arma estratégica con la que era posible construir un imperio.[3]

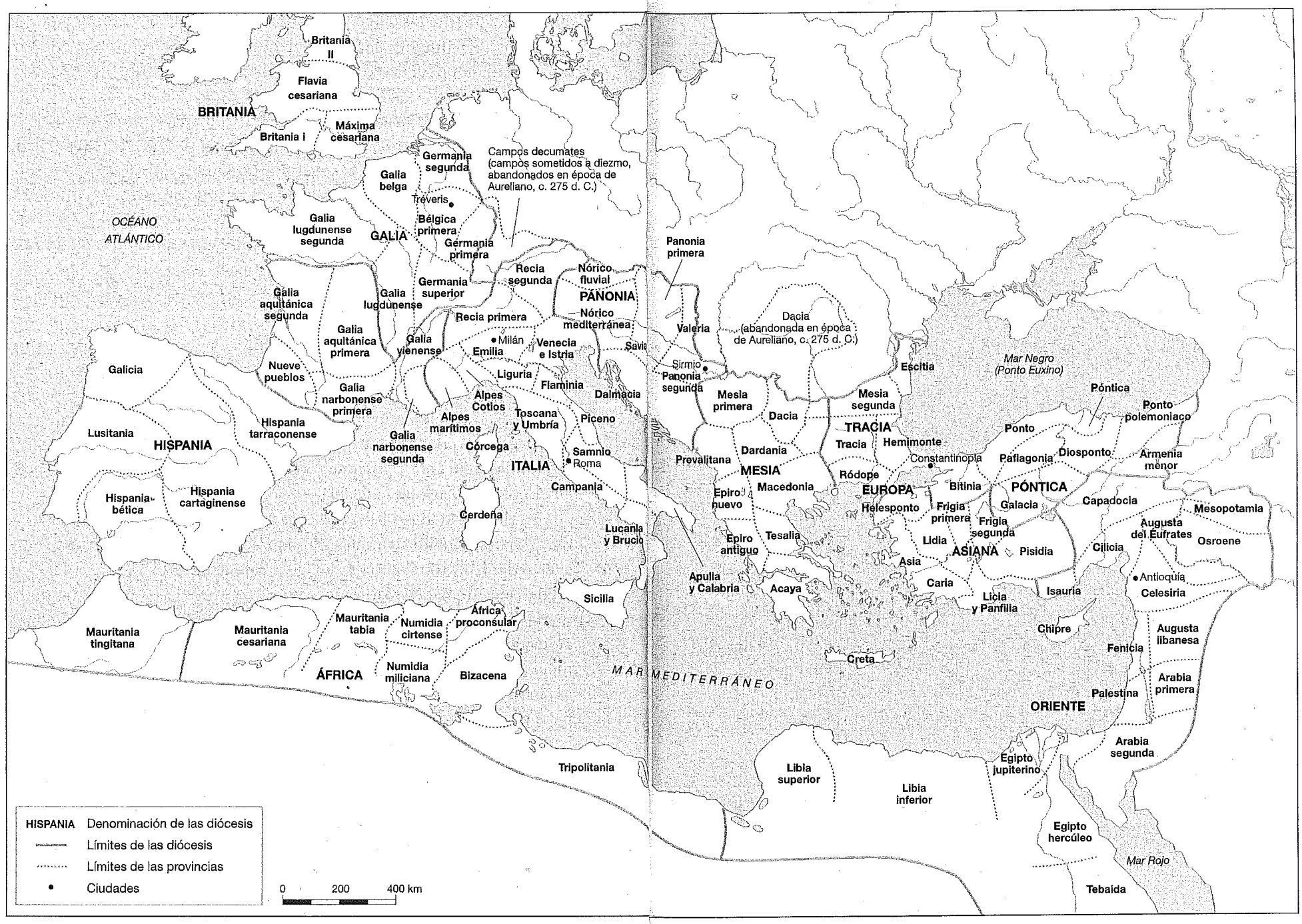
Las campañas de César en la Galia forman parte de una fase relativamente tardía del ascenso de Roma al dominio imperial. Roma había iniciado su vida como una más de las muchas ciudades-estado existentes. Al principio luchó por su supervivencia y más tarde para obtener la

hegemonía local en el centro y sur de Italia. Los orígenes de la ciudad se hallan envueltos en mitos, y lo mismo sucede con los pormenores de muchas de sus primeras guerras locales. Sin embargo, a partir de finales del siglo VI a. C. tenemos ya algún conocimiento acerca de esas luchas, y sabemos que continuaron produciéndose de forma periódica hasta principios del siglo III a. C., época en la que quedó establecido el dominio de Roma sobre su ámbito inmediato con la capitulación de los etruscos en 283, y con la derrota de las ciudades-estado griegas del sur de Italia en 275. Con su victoria sobre sus adversarios locales, Roma pasó a medirse en pugnas regionales contra Cartago, la otra gran potencia del Mediterráneo occidental. La primera de las llamadas guerras púnicas duró desde el año 264 hasta el 241 a. C., y terminó cuando los romanos convirtieron Sicilia en su primera provincia. Tuvieron que librar aún dos guerras más, entre los años 218 a 202, y 149 a 146 a. C., para terminar aplastando a la potencia cartaginesa, pero la victoria convirtió a Roma en una potencia sin rival en el Mediterráneo occidental, una potencia que ahora añadía el norte de África e Hispania a la base de poder que ya poseía. Al mismo tiempo, la potencia romana comenzó también a expandirse a territorios más alejados. En 167 a. C., conquistó Macedonia, y a partir del año 140 a. C. estableció sobre Grecia una dominación directa. Esto presagiaba ya la afirmación de la hegemonía romana en la totalidad de los fértiles territorios interiores del Mediterráneo oriental. Hacia el año 100 a. C., Cilicia, Frigia, Lidia, Caria y otras muchas provincias del Asia Menor pasaron a manos romanas. Otras les siguieron rápidamente. El círculo de la dominación del Mediterráneo quedó cerrado con la anexión de la Siria selyúcida por Pompeyo en el año 64 a. C., y por la de Egipto por Octavio en el 30 a. C.

El Mediterráneo y sus costas fueron siempre el centro principal de las ambiciones imperiales de Roma, pero para asegurarlas, se descubrió muy pronto que era necesario desplazar a las legiones situadas al norte de los Alpes a la Europa no mediterránea. La afirmación del dominio romano sobre los celtas de la Italia septentrional se vio seguido en poco tiempo por la creación en la década de 120 a. C. de la provincia de la Galia narbonense, esto es, en esencia, la Francia mediterránea. Este nuevo territorio era necesario para garantizar la defensa del norte de Italia, ya que las cordilleras montañosas no constituían por sí mismas —ni siquiera las más elevadas— un límite fronterizo, como había demostrado Aníbal. A finales del período republicano y principios del imperial,

aproximadamente los cincuenta años que se extienden a ambos lados de la fecha del nacimiento de Cristo, el imperio también continuó creciendo, impulsado por el deseo de gloria personal de sus dirigentes. Para esta fecha, la realización de conquistas en ultramar se había convertido en una reconocida vía de acceso al poder en Roma, así que siguieron produciéndose conquistas en zonas que ni eran tan productivas ni tenían un valor estratégico tan vital. Gracias a Julio César, toda la Galia cayó en poder de Roma entre los años 58 y 50 a. C. Esta conquista se vio seguida por otras, ya bajo el dominio de su sobrino y sucesor designado, Octavio, más conocido como Augusto, el primer emperador romano. Hacia el 15 a. C., las sandalias de tachuelas de los legionarios se desplazaron a las regiones Alta y Media del Danubio —aproximadamente las actuales Baviera, Austria y Hungría—. Durante mucho tiempo, algunas de esas tierras habían pertenecido a reyes clientes de los romanos, pero ahora quedaron convertidas en provincias y sujetas a un control directo. Para el año 9 a. C., todo el territorio que se extendía hasta el río Danubio había quedado anexionado, y se añadió al imperio un arco de terreno situado en torno de los pasos alpinos por los que se accedía a Italia. Durante los treinta años siguientes, poco más o menos, el límite del imperio en el norte de Europa se desplazó con movimientos de avance y repliegue en dirección al río Elba antes de que la dificultad de conquistar los bosques de Alemania condujese al abandono de las ambiciones de Roma al este del Rin. En el año 43 d. C., ya bajo la autoridad de Claudio, comenzó la conquista de Britania, y unos tres años después, el antiguo reino de Tracia (el territorio que ocupa la actual Bulgaria y sus inmediaciones) quedó formalmente incorporado al imperio como una provincia más. Finalmente, las fronteras septentrionales se detuvieron junto al curso de dos grandes ríos —el Rin y el Danubio— y, *grosso modo*, allí permanecieron durante el resto de la historia del imperio.[4]

El sistema militar romano y las conquistas de Roma fueron por tanto el resultado de siglos de guerra. No obstante, la sola fuerza militar no bastaba para levantar un imperio. A lo largo de toda su historia, y allí donde resultó necesario, el imperio combinó su bien orientada diplomacia con ataques absolutamente implacables. En varias ocasiones, César trató a sus galos cautivos con gran clemencia, y los envió a su patria cuando consideró que así favorecía los intereses de Roma. Del mismo modo, siempre tuvo buen cuidado de no forzar demasiado la lealtad de los grupos galos que se habían rendido ante él, y sólo impuso una de-



1. El imperio romano en el siglo IV

manda mesurada de tropas auxiliares y avituallamiento. También estaba dispuesto a desplegar sus legiones para proteger a sus nuevos aliados de la agresión de una tercera potencia. En vista de esta actitud relativamente moderada, muchos grupos galos comprendieron rápidamente que era muy probable que la cooperación se revelase más beneficiosa que el enfrentamiento. Estas tácticas habían venido empleándose durante largo tiempo, así que la empresa militar encaminada a construir el imperio romano se vio jalonada en repetidas ocasiones por episodios de éxito diplomático. En el año 133 a. C., por ejemplo, Atalo III, el último gobernante independiente del rico reino helenístico de Pérgamo, en el actual noroeste de Turquía, legó su estado a Roma por voluntad propia.

Sin embargo, la diplomacia conciliatoria sólo lograba estos éxitos debido a que se planteaba en casos escogidos y a que el ofrecimiento se recortaba sobre el telón de fondo de una despiadada y bien controlada brutalidad. Tras la tercera guerra púnica, que humilló finalmente el poderío de Cartago, el senado romano decretó que la ciudad entera debía ser borrada del mapa. Su emplazamiento fue simbólicamente roturado con sal para evitar su futura ocupación. Más lejos, hacia al este, el mayor enemigo de Roma era Mitrídates VI Eupátor* Dionisos, rey del Ponto, que en un determinado momento dominó la mayor parte de la actual Turquía y la costa septentrional del mar Negro. Fue responsable de la atrocidad conocida con el nombre de Vísperas asiáticas, acción por la que miles de habitantes romanos e italianos fueron asesinados en los territorios dominados por él. Llevó algún tiempo, pero tres campañas distintas —las guerras mitridáticas— lograron finalmente, hacia el año 63 a. C., recluir al antes orgulloso rey en un último reducto situado en la península de Crimea. Una vez en ella, Mitrídates decidió quitarse la vida, pero dado que los años que había dedicado a tomar precauciones le habían vuelto inmune a los venenos, tuvo que pedir a uno de sus guardias que le traspasara con la espada.

El enfoque dado por César al problema de la Galia también podía ser implacable. Los dirigentes adversarios considerados responsables de fomentar conflictos eran azotados hasta morir —ése fue el castigo impuesto a Acco, dirigente de los senones y de los carnutes galos al final de

* También conocido como Mitrídates el Grande. El sobrenombre de Eupátor le viene por haber descubierto y usado una hierba llamada eupatoria. Precisamente de sus conocimientos botánicos podría venirle a este rey la reputación de ser inmune a los venenos. *(N. de los t.)*

la campaña de combates del año 53 a. C.—. Los grupos de oponentes que se negaran a rendirse al aproximarse las legiones podían ser vendidos en bloque como esclavos, o ser incluso exterminados sin más, como sucedía en algunas ocasiones. En el 52 a. C., César se vio retrasado durante un tiempo por la cerrada defensa del castro de Avaricum. Su acción de ataque había sido emprendida como respuesta a la previa masacre de comerciantes romanos y de sus familias. Cuando finalmente consiguió quebrar las defensas, dio rienda suelta a las legiones, que mataron y pillaron. Se dice que sólo sobrevivieron ochocientas personas de una población total de cuarenta mil hombres, mujeres y niños. En este caso, como siempre, no hay forma de saber hasta qué punto exageraba César las cifras, pero tampoco hay duda alguna de la ferocidad con la que los romanos acobardaban a sus adversarios.[5]

Otra de sus características era que nunca perdonaban ni olvidaban. Como cabía esperar, se exhibió la misma crueldad para vengar las muertes de Cotta y sus hombres. Tras haber sido escogido para dirigir varias operaciones de asedio, Induciomaro, cabecilla de los tréveros, fue elegido para realizar una salida con la caballería, y ésta le costó la vida. Y en cuanto a los eburones, fueron obligados a dispersarse ante el prolongado asalto de sus territorios, que fue uno de los objetivos de la siguiente campaña. En vez de desperdiciar las vidas de sus propios soldados para sacar a los bárbaros de su escondrijo de los bosques, César cursó magnánimamente una invitación general a las tribus vecinas, a las que instó a salir y a unirse al saqueo. Todos sus poblados fueron incendiados, y fueron muchos los eburones que murieron en las numerosas escaramuzas. El rey de los eburones, Catuvoleo, pronto se sintió harto. Según lo refiere César, «al descubrir que no podía sostener el esfuerzo bélico ni huir, [Catuvoleo] maldijo a Ambiorix ante todos sus dioses por haber sugerido semejante proyecto, y se ahorcó de un tejo». Es muy posible que si él mismo no se hubiese ahorcado, otro le hubiera obligado a hacerlo. Ambiorix, por su parte, huyó y logró sobrevivir durante varios años. Su suerte no ha quedado registrada en los *Comentarios a la Guerra de las Galias* de César. Le vemos por última vez en el 51 a. C., cuando otro contingente romano saquea y quema el territorio de los eburones con el objetivo específico de suscitar un odio tan intenso hacia Ambiorix que sus propios compatriotas se ocupen de él por propia iniciativa.[6]

Estas maniobras políticas del palo y la zanahoria difícilmente podrían considerarse obra de un genio, pero no era necesario que lo fuesen. Si se las aplicaba en unión de las legiones en la precisa coyuntura de la historia de la Eurasia occidental constituían un instrumento suficientemente apto para levantar un imperio.

Roma creó así un vasto estado que, en su diagonal mayor, se extendía desde el Muro de Adriano, situado en la frontera que separa a Inglaterra de Escocia, hasta Mesopotamia, regada por los ríos Tigris y Éufrates. La distancia que cubría esta línea era de unos cuatro mil kilómetros. De norte a sur, unos dos mil kilómetros, que por comparación parecían insignificantes, separaban las instalaciones romanas ubicadas en el estuario del Rin de los puestos de guardia de la cadena montañosa del Atlas, en el norte de África. El imperio romano también disfrutó de una larga vida. Si descontamos la breve aventura de Transilvania (que no duró más que ciento cincuenta años), Roma gobernó la práctica totalidad de su territorio durante el asombroso lapso de tiempo de cuatrocientos cincuenta años, desde la era de Augusto hasta el siglo V d. C. Cuando los acontecimientos se remontan tan lejos en el pasado, es posible perder la verdadera perspectiva del tiempo. Vale la pena detenerse simplemente un instante a considerar que si retrocedemos cuatrocientos cincuenta años desde la fecha presente nos encontraríamos en 1555, lo que en la historia británica implica situarse justo antes de que Isabel I accediera al trono. Y desde un punto de vista más amplio, la implicación nos lleva a una Europa agitada por la convulsión de la Reforma. En otras palabras, el imperio romano se prolongó durante un inmenso período de tiempo. Y tanto en lo tocante a su tamaño como a su longevidad, el poderío militar de las legiones de Roma creó el estado de mayor éxito que este rincón del globo haya conocido jamás. Por supuesto, lo que siempre ha hecho que el estudio de su derrumbamiento resulte tan irresistible, es el formidable alcance de este éxito.

La longevidad del imperio nos conduce a otro punto de crucial importancia. Si uno se detiene a pensarlo, se hace inmediatamente evidente que el imperio no pudo haber permanecido sin cambios durante tantos siglos. Inglaterra ha venido siendo un reino de forma más o menos ininterrumpida desde los tiempos de Isabel I, pero ha cambiado hasta resultar irreconocible. Lo mismo ocurrió con el imperio romano: sus más de cuatrocientos años de historia convirtieron al imperio romano tardío del siglo IV d. C. en una entidad que Julio César apenas habría sido capaz de reconocer. Se ha solido ver tradicionalmente un vínculo

entre estos dos factores, lo que ha generado una escuela de pensamiento que ve en las transformaciones clave que se fueron gestando durante los largos siglos de vida del imperio la raíz causal de su desplome. En este sentido, los distintos historiadores han optado por resaltar transformaciones distintas. Para Edward Gibbon, como es bien sabido, la cristianización del imperio constituyó un momento crucial, debido a que su ideología pacifista fue minando el espíritu combativo del ejército romano y a que su teología difundió una superstición que socavó la racionalidad de la cultura clásica. En el siglo XX surgió una corriente que adquirió mayor fuerza: la de concentrarse en los factores económicos. A. H. M. Jones, por ejemplo, argumentaba en 1964 que el peso de los impuestos se hizo tan gravoso en el imperio del siglo IV que los campesinos quedaron con una cantidad de producto excesivamente escasa para garantizar la supervivencia de sus familias.[7]

No hay duda de que para decir algo sensato sobre la caída de Roma es necesario comprender los cambios internos que hicieron que el imperio tardío resultase tan distinto de su equivalente anterior. Por otro lado, este libro argumentará que hoy es insostenible la tesis que afirma que fueron las propias transformaciones internas de Roma las que la debilitaron a tal punto en el siglo IV que lo dejaron todo dispuesto para que se derrumbara bajo su propio peso en el V. Las raíces del desmoronamiento del siglo V han de buscarse en otro lugar. Para dejar sentado este punto de partida fundamental, es necesario ahondar un tanto en el funcionamiento del imperio romano tardío y en los cambios que lo crearon. El lugar por el que hay que comenzar es la propia Roma.

«La mejor agrupación del género humano»

En el siglo IV d. C. la ciudad permanecía igual que en tiempos de César: seguía siendo una masa urbana imperial irregular. Los visitantes acudían, como hacen hoy, para admirar sus monumentos: el foro, el Coliseo, el senado, y una larga lista de palacios, tanto imperiales como privados. Los gobernantes romanos habían dotado a la ciudad de monumentos que constituían su gloria: por ejemplo, la columna esculpida de Marco Aurelio, levantada en conmemoración de las victoriosas guerras que había librado en el extranjero durante el siglo II, y, en fecha más reciente, el arco de Constantino I, erigido en la década de 310 para señalar las vic-

torias del emperador sobre los enemigos internos. De igual forma, su población seguía siendo, en sentido categórico, una población imperial, una población artificialmente inflada por el torrente de ingresos procedente del resto del imperio. En el siglo IV, el número de habitantes de Roma ascendía tal vez a un millón de almas, mientras que sólo un puñado de las demás ciudades superaba las cien mil personas, y la mayoría tenían menos de diez mil. Proporcionar alimento a esta población era un constante quebradero de cabeza, en especial porque aún había un gran número de personas acreedoras a las diarias donaciones gratuitas de pan, aceite de oliva y vino que se asignaban a la ciudad como gratificaciones de conquista. El reflejo más llamativo del problema de aprovisionamiento resultante es el de los aún imponentes restos de las dos ciudades portuarias de Roma: Ostia y Tíbur. Como no bastaba con un complejo de muelles para generar el suficiente aflujo de alimentos, se construyó un segundo complejo. Las gigantescas excavaciones patrocinadas por la Unesco en Cartago, capital del norte romanizado de África, han iluminado el problema desde su polo opuesto, ya que han desenterrado las enormes instalaciones portuarias construidas en esa ciudad para estibar en los buques el cereal destinado a alimentar el eje del imperio.[8]

En el corazón de la ciudad, en toda la extensión del término, se alzaba el senado, el centro político que había engendrado al propio César, junto con la mayoría de sus aliados y sus adversarios. En vida de César, el senado estaba compuesto por unos novecientos hombres, todos ellos ricos terratenientes y ex magistrados, a los que acompañaban sus incondicionales, todos ellos instalados en fincas contiguas a la ciudad. Estos incondicionales eran las familias patricias que dominaban la política, la cultura y la economía de la Roma republicana.[9] El senado del siglo IV contaba con muy escasos descendientes directos de estas antiguas familias, si es que contaba con alguno. La razón era sencilla. El matrimonio monógamo tiende a no producir un heredero varón durante más de tres generaciones seguidas. En circunstancias naturales, aproximadamente el 20 por 100 de las relaciones monógamas no tiene ninguna descendencia, y otro 20 por 100 trae al mundo una descendencia totalmente femenina. Pueden darse excepciones (y entre las más notables destaca la de la dinastía capetiana de la Francia medieval, que engendró una descendencia directa de herederos varones durante más de seiscientos años), pero podría apostarse con grandes probabilidades de acertar que ninguna de las familias senatoriales del siglo IV podía remontarse directamen-

te por línea masculina hasta los contemporáneos de Julio César. De forma indirecta, sin embargo, muchas de esas familias descendían de los antiguos grandes de Roma —desde luego, un cierto número de ellas así lo proclamaba—, y el modelo al que se ajusta su riqueza así lo indica.

De todos los senadores de la Roma tardía, el que mejor conocemos, a través de sus propios escritos, es un hombre llamado Quinto Aurelio Símaco, cuya vida adulta abarcó la segunda mitad del siglo IV. Los textos que nos han llegado constan de siete discursos y de unas novecientas cartas, todo ello escrito entre el 364 y el año de su muerte, en 402. Preparados en parte por el propio autor, los documentos fueron publicados de forma póstuma por su hijo, y los monjes de la Edad Media los copiaron profusamente como ejemplo de buen estilo latino. Los discursos muestran puntos de interés en sí mismos, y más adelante en este capítulo nos ocuparemos de algunos de ellos, pero la colección de cartas resulta fascinante por el enorme número de sus corresponsales y por la luz que arroja sobre distintos aspectos del estilo de vida que llevaban los romanos de la Roma tardía. El propio Símaco era inmensamente rico y muy representativo de su clase, ya que poseía una cartera de propiedades y tierras que tachonaban el centro y el sur de Italia, Sicilia y el norte de África: algunos de sus pares poseían además fincas en Hispania y el sur de la Galia.[10] Los componentes siciliano y norteafricano de su cartera de propiedades son un reflejo de las adquisiciones que realizaron en esas zonas los antiguos grandes de Roma tras las victorias obtenidas sobre Cartago durante las guerras púnicas, y del ulterior intercambio de tierras producido entre sus descendientes a lo largo de siglos de herencias y de acuerdos matrimoniales. Cada uno de los reinos imperiales había asistido al ascenso de un cierto número de «nuevos notables», los cuales habían entrado a formar parte del círculo por medio de vínculos matrimoniales, pero, a lo largo de los siglos, el senado continuó siendo el cenit de la sociedad imperial, el patrón de excelencia que invariablemente se proponían alcanzar todos los arribistas romanos. De este modo, la difusión geográfica de los bienes raíces de los senadores, incluso después de muchos siglos, siguió siendo un reflejo del primitivo ascenso de Roma a la grandeza.

Símaco y sus pares eran extremadamente conscientes del peso histórico que ellos mismos y su institución atesoraban, y también esto queda claramente consignado en las cartas. En un par de ellas, Símaco alude al senado de Roma con la expresión «la mejor agrupación del género hu-

mano»: *pars melior humani generis*.[11] Con esto no sólo pretendía decir que él y sus iguales poseían una fortuna mayor que la de cualquier otro hombre, sino que también eran «mejores» seres humanos en el sentido moral: que poseían una mayor virtud. En el pasado, era mucho más habitual reivindicar que uno tenía mayores posesiones porque su mayor estatura moral le autorizaba a ello. Sólo a partir de la segunda guerra mundial ha empezado a volverse tan predominante el culto a la riqueza por la riqueza que ya no parece necesaria ninguna otra justificación para la posesión de propiedades de privilegio. Las cartas nos proporcionan un vislumbre único de la imagen de superioridad moral que tenían de sí mismos los romanos de Roma, lo que les permitía justificar su riqueza. Aproximadamente una cuarta parte de las novecientas cartas está dedicada a prodigar recomendaciones cuyo propósito es familiarizar a los pares más jóvenes con las encumbradas relaciones de Símaco. En repetidas ocasiones se mencionan virtudes de uno u otro tipo: «integridad», «rectitud», «honestidad» y «pureza de costumbres»; todas estas cuestiones aparecen planteadas a intervalos regulares. No se trata de una lista aleatoria de atributos: para Símaco y sus pares, sus posesiones estaban explícitamente vinculadas a un tipo de educación determinado.

La roca firme sobre la que se asentaba el sistema era el intenso estudio de un pequeño número de textos literarios examinados con la guía de un experto en la lengua y la interpretación literaria: el gramático. Esto mantenía ocupado al individuo durante siete o más años, desde que alcanzaba los ocho de edad, y se concentraba únicamente en cuatro autores: Virgilio, Cicerón, Salustio y Terencio. Al terminar, el joven pasaba a estudiar con un rétor, con el que examinaba una gama de textos más amplia, aunque los métodos empleados eran a grandes rasgos los mismos. Los textos se leían línea por línea, y cada giro del lenguaje era debidamente identificado y debatido. Un ejercicio escolar característico consistía en tener que expresar algún suceso cotidiano con el estilo de alguno de los autores escogidos («Una carrera de carros tal como la contaría Virgilio: podéis empezar»). En esencia, se consideraba que estos textos contenían un canon de «corrección» lingüística, y los niños debían aprender esa forma de expresión —tanto el vocabulario concreto como la compleja gramática que estructuraba su empleo—. Una de las cosas que se conseguían con este procedimiento era mantener al latín culto confinado en una especie de círculo vicioso cultural, ya que se impedían, o cuando menos se ralentizaban significativamente, los procesos normales del

cambio lingüístico. También tenía el efecto de permitir una identificación instantánea. Tan pronto como un miembro de la élite romana abría la boca resultaba obvio que había aprendido el latín «correcto». Es como si el sistema educativo actual se concentrara en las obras de Shakespeare al objeto de distinguir a las personas cultas por su capacidad para hablar entre ellas un inglés shakespiriano. Como indicación de la gran diferencia que podía presentar, para el siglo IV, el latín de la élite respecto del habla popular, las pintadas descubiertas en Pompeya —enterradas durante la erupción del año 79 d. C.— sugieren que en su uso cotidiano el latín estaba ya evolucionando en la dirección de un romance de gramática menos estructurada.

Pero el arte de la conversación era sólo una parte del asunto. Además del estilo de estos textos, Símaco y sus amigos también sostenían que el hecho de absorber su contenido hacía de ellos unos seres humanos dotados de un peso imposible de igualar. La gramática latina, argumentaban, era un instrumento que desarrollaba una mente lógica y precisa. Si uno no dominaba los modos y los tiempos verbales, no lograría decir con precisión lo que deseaba transmitir, ni expresar con fidelidad la exacta relación entre las cosas.[12] En otras palabras, la gramática era una introducción a la lógica formal. Símaco y sus pares también consideraban sus textos literarios como una especie de base de datos que atesoraba ejemplos de comportamiento humano —tanto buenos como malos— a partir de los cuales, y con la adecuada guía, era posible aprender qué debía y qué no debía hacerse. En un plano muy elemental, el destino de Alejandro Magno le enseñaba a uno a no emborracharse en un banquete y a no alancear a su mejor amigo. Pero también había algunas lecciones más sutiles que aprender: sobre el orgullo, la contención, el amor, y así sucesivamente, sin olvidar sus consecuencias. Todo ello se ejemplificaba mediante las acciones y los destinos de los individuos concretos. En un plano aún más profundo —y aquí el método romano se hacía eco de una filosofía educativa desarrollada originalmente en la Grecia clásica—, Símaco y sus iguales razonaban que sólo mediante la ponderación de la amplia gama de acciones de unos hombres que unas veces se comportaban bien y otras mal resultaba posible desplegar la totalidad del abanico intelectual y emocional propio, elevarse uno mismo a la mayor excelencia que le fuera dado alcanzar. La auténtica piedad, el amor verdadero, el odio probado y la admiración genuina no eran cosas que se dieran de forma natural en las personas incultas. La ilustración y la humanidad

real debían pulirse en la fragua del aula de latín. Tal como dijo Símaco en el caso de un tal Paladio: «[Su] discurso ... impresionó a la asamblea latina por su hábil distribución en partes, su rica inventiva, la gravedad de sus pensamientos, la brillantez de sus palabras. Te doy mi opinión: es tan virtuoso en su estilo oratorio como en su carácter».[13] Los romanos cultos no sólo hablaban una lengua superior, sino que, desde el punto de vista de Símaco y sus compañeros, debatían en esa lengua de cosas que eran inaccesibles a las personas incultas.

Para la opinión moderna, una buena parte de este planteamiento resulta muy poco atractiva. Aunque el gramático también utilizaba sus textos para suscitar cuestiones históricas, geográficas, científicas y de otro tipo, según conviniera, el currículo era extraordinariamente sucinto. La concentración en el idioma tenía también el efecto de convertir al latín escrito en un medio de carácter profundamente formal. En sus cartas, Símaco tiende a dirigirse a todo el mundo —al igual que Gladstone, según la queja de la reina Victoria— como si estuviese en una reunión pública: «Para que no se me achaque el delito de interrumpir la correspondencia, prefiero ser diligente en mi deber antes que permanecer inactivo esperando largo tiempo una respuesta».[14] Éste es el encabezamiento de la primera carta de la colección, una carta escrita a su padre en el año 375. Semejante formalidad en la relación entre un padre y su hijo no era considerada desafortunada en el siglo IV. De hecho, por lo que hace a los antiguos, se consideraba que los frutos de esta educación preciosista debían hacerse ante todo patentes en el arte de una diestra elocución pública. Símaco era conocido en su época, deseaba ser recordado como «el Orador», y tenía la costumbre de enviar a sus amigos copias de sus discursos.[15]

No todos los romanos tardíos estaban tan centrados en la educación y en su importancia como Símaco, pero todos coincidían en que dicha educación no sólo capacitaba al individuo para identificar por sí mismo la virtud, sino que le proporcionaba las herramientas necesarias para persuadir a otros de su (correcta) opinión. En otras palabras, lo que hacía esa educación era conceder a sus beneficiarios la capacidad de dirigir al resto de la humanidad. Como era de esperar, se consideraba que de la posesión de esta ventaja tan intensamente codiciada se desprendían varias responsabilidades. Si se había sido preparado para el liderazgo, se estaba obligado a liderar. Esto podía adoptar la forma de una contribución a la elaboración de leyes justas, del desempeño de un alto cargo con

rectitud ejemplar, o, desde un punto de vista menos formal, de la simple exteriorización de un ejemplo público de conducta adecuada. La sociedad de la antigua Roma sostenía que nadie debía tratar de controlar a otros mientras no fuera capaz de controlarse a sí mismo. Las personas cultas tenían también un deber de servicio a la tradición literaria en la que habían sido educados. El estudio de los textos antiguos, que en ocasiones se manifestaba por medio de ediciones y comentarios nuevos, era un deber que se desarrollaba a lo largo de toda una vida, un deber al que Símaco y sus amistades daban continuidad con entusiasmo. Las cartas mencionan la obra que el propio Símaco escribió acerca de la *Historia natural* de Plinio, y uno de sus más íntimos amigos, Vettio Agorio Pretextato, era un experto en la filosofía de Aristóteles. Las tradiciones de la transcripción manuscrita de la mayoría de los textos clásicos conservan los comentarios marginales de los diferentes grandes de Roma, y los escribas medievales los copiaron una y otra vez a lo largo de los siglos.[16]

Quizá lo más importante de todo fuera que un miembro de una élite educada estaba obligado a mantener buenas relaciones con sus pares. En muchos sentidos, las cartas de Símaco son terriblemente frustrantes. Vivió una época interesante, conoció a todos los que eran alguien en aquella sociedad, y cruzó cartas con la mayoría de ellos. Sin embargo, es extremadamente raro que sus cartas hagan algún comentario sobre el curso de los acontecimientos. En consecuencia, los historiadores, exasperados, han solido desestimarlas: «nunca escribió un hombre tanto para decir tan poco».[17] En realidad, Símaco sí que tenía opiniones, y opiniones sólidas, pero no es ésa la cuestión. La principal trascendencia histórica de las cartas reside en su volumen conjunto, y en lo que nos indican sobre los valores de las élites de la Roma tardía, no en lo que dicen o no dicen sobre acontecimientos concretos. Su mensaje estriba en que la élite romana comparte una cultura privilegiada y bien delimitada y necesita mantener su cohesión a toda costa. Sus cartas transmiten la idea de que tanto el emisor como el receptor pertenecen a un mismo club —de que ambos, con la inimitable expresión de Margaret Thatcher, son «uno de nosotros»—. Existían normas bien definidas. La primera carta que se dirigía a alguien se asemejaba a una primera visita personal. Y si al escribir no se presentaba una justificación razonable se corría el riesgo de despertar suspicacias o antipatías. Una vez que se había establecido la comunicación, el repertorio de justificaciones razonables por un silencio pasaba por aludir a la aparición de una enfermedad personal o familiar,

y a las responsabilidades del cargo. Aunque resulte bastante extraño, una persona que se dispusiera a abandonar Roma tenía que ser la primera en escribir: sólo entonces podía contestarle su corresponsal. Una vez establecida, una relación podía contribuir a objetivos muy distintos —como atestiguan las más de doscientas cartas de recomendación de Símaco—, pero lo más importante era la relación misma.[18]

Una buena parte de este mundo y de sus presupuestos culturales le habrían resultado familiares a Julio César. La mayor parte de la ideología educativa de Símaco había penetrado en la cultura romana a través de su contacto con Grecia, donde los intelectuales habían estado tejiendo complejas teorías sociales y políticas desde mediados del primer milenio a. C. Buena parte de esa penetración se había producido ya en los tiempos de César. El propio César era un hombre de letras y de oratoria, y vivía en una sociedad que tenía en alta estima esas aptitudes. Cicerón, el mayor de los oradores latinos y uno de los integrantes del cuarteto canónico que con tanto entusiasmo estudiaban Símaco y sus amigos en el siglo IV, era contemporáneo de César. Como era de esperar, tras cuatrocientos años de constante estudio de un restringido corpus temático, las reglas de la composición de los distintos géneros de la literatura en latín habían adquirido una complejidad mayor que en los días de César, pero la idea fundamental era la misma. Igualmente familiar a las dos épocas habría sido la visión de una élite definida por una educación exclusiva y por el destino de dirigir a la humanidad.[19]

César también habría reconocido, más o menos, a las apretadas masas no pertenecientes a la élite que seguían integrando la mayor parte de la población de Roma en el siglo IV. Estas masas aparecen únicamente de forma incidental en las cartas de Símaco, pero en ellas vislumbramos la misma necesidad básica de *panem et circenses* —de «pan y circo»— para tenerlas contentas y evitar la agitación social. En una ocasión, al no llegar alimento desde el norte de África en tiempos de Símaco, los plebeyos desprovistos de tierras se volvieron peligrosos, como ya había ocurrido en la época de su padre —y por buenas razones—, al producirse una escasez de vino. Los romanos tenían una fórmula para fabricar una argamasa capaz de fraguar bajo el agua en la que figuraba como ingrediente el vino, y cuando el pueblo llano tuvo noticia del asunto, el padre de Símaco se hallaba supervisando unas obras de construcción que utilizaban esa mezcla. Sin duda, la utilización de vino para la elaboración de una argamasa cuando *ellos* se estaban quedando sin él era una cues-

tión digna de provocar motines.[20] El padre de Símaco se vio obligado a abandonar la ciudad.

La preocupación por mantener contento al pueblo se muestra también en los elaborados preparativos que realizó Símaco hijo para los juegos apolinares que debía ofrecer su hijo Memio a fin de festejar su propio ascenso al orden senatorial. El mismo César había ofrecido esos juegos varios siglos antes. Entre otras atracciones, Símaco había logrado contar con siete perros de caza escoceses —presumiblemente algún tipo de perro lobo— y, gracias a algunos de sus contactos en la frontera, con veinte esclavos, que, divididos en grupos de cinco, debían ser entregados a cada una de las cuatro facciones que apoyaban a los carros en el hipódromo. Todo el asunto se redujo a una gigantesca representación teatral pero, si hacemos caso a las cartas, parece que nos halláramos ante una relación de accidentes, pese a que algunos de ellos no fuesen más que molestias menores. En una de las cartas, un Símaco bastante irritado se queja por tener que pagar derechos de aduana por unos osos que había importado del norte de África.[21] Un episodio aún más fastidioso fue el hecho de que una tropa de actores y de profesionales circenses que Símaco traía contratados desde Sicilia se «perdiera» en las playas de la bahía de Nápoles, donde cabe suponer que se estaban dedicando a realizar improvisadamente algunos pequeños trabajillos extra, hasta que un agente de Símaco se las arregló para encontrar su rastro y despacharlos a Roma.[22] Diez años antes, los caballos de Hispania habían sido particularmente bien acogidos en sus propios juegos consulares, así que Símaco asedió a un contacto ibérico para que le procurase unos cuantos para su hijo. Por desgracia, sólo once de los dieciséis que había encargado sobrevivieron al viaje, lo que arruinó sus planes. (Se necesitaban cuatro troncos de cuatro caballos —uno para cada facción— para una carrera de carros.[23]) El último vislumbre que tenemos de este Símaco convertido en director de circo nos deja más bien sumidos en la desesperación. Según nos dicen las cartas, se habían producido retrasos, y dado que los únicos cocodrilos que habían llegado con vida se negaban a comer, nos encontramos ante un Símaco concentrado en reclamar ansiosamente que los juegos comenzasen antes de que los pobres animales murieran de inanición.[24] Con todo, la realidad que se esconde tras los bastidores de todo buen teatro es un caos total, y sin duda eso es lo que también debió de suceder en tiempos de César.

Si ceñimos nuestra observación a la ciudad de Roma, el alcance de la transformación experimentada por el imperio entre la época de César y la de Símaco no resulta inmediatamente visible. En el siglo IV, Roma seguía siendo para el imperio una base de excesivas dimensiones, pues tanto su población como su grandeza se veían engrosadas por las rentas del imperio. Del mismo modo, la ciudad seguía dominada por una resuelta élite de sangre azul henchida de amor propio que afirmaba confiadamente su superioridad y que sólo de forma ocasional se dignaba a mirar por encima del hombro a las masas urbanas. Sin embargo, por muy grande que fuese, Roma no era más que un rincón del imperio, y pese a su ininterrumpida grandeza, la ausencia de cambios era más aparente que real.

La corona imperial

A principios del invierno del año 368 al 369, Símaco abandonó Roma y se dirigió hacia el norte. No era ningún viaje de placer. Encabezaba una embajada del senado enviada al norte de los Alpes, a la ciudad de Tréveris, situada en el valle del Mosela (en el punto en el que la actual Alemania hace frontera con Francia y Luxemburgo): el viejo escenario de las luchas de Induciomaro, el cabecilla de los tréveros, que unos 421 años antes había forzado a los eburones a atacar a Sabino y a Cotta. Como es habitual, ninguna de las cartas de Símaco nos proporciona detalle alguno del viaje, y tampoco mencionan ni su ruta ni sus circunstancias. Sin embargo, en tanto que misión oficial del senado, los miembros de la expedición tenían derecho a utilizar el *cursus publicus*, la red atendida por instancias oficiales e integrada por postas en las que se podían cambiar los caballos o encontrar alojamiento para la noche. La calzada principal del norte discurría a través de los Alpes y cruzaba el paso de San Bernardo hasta llegar a las fuentes del Ródano, después continuaba avanzando junto al río Saona hasta alcanzar la cabecera del Mosela y descender a lo largo del río hasta la ciudad de Tréveris. Si el deificado espíritu de César hubiese viajado con estos embajadores, cualquier reconfortante impresión de familiaridad que la ciudad de Roma hubiera podido generar en él se habría disipado rápidamente al contemplar la magnitud de la transformación experimentada por estos territorios durante los cuatro siglos que habían mediado entre su época y la presente.

Un cambio profundo, aunque evidente, era el que motivaba el objeto de la misión. Símaco y sus amigos llevaban el oro de la corona (*aurum coronarium*) al emperador reinante, Valentiniano I. El oro de la corona era un pago en efectivo y teóricamente voluntario que las ciudades del imperio entregaban a los emperadores al acceder al poder y en cada quinto aniversario (*quinquennalia*) del acontecimiento. Valentiniano había sido elevado a la púrpura en 364, así que la embajada de Símaco señalaba su quinto año en el poder. Era un tanto pronto, pero los embajadores se tomaban todo el tiempo necesario para poder presentarse ante Valentiniano el 26 de febrero, la fecha concreta del aniversario. En los días de César, desde luego, no había ningún emperador que encabezase el imperio romano, sino una serie de oligarcas enfrentados cuyas rivalidades y contiendas generaban gran cantidad de guerras civiles. En el año 45 a. C., César había sido designado *imperator* (jefe del ejército) de forma vitalicia, y un año después se le ofreció una corona, justo antes de que fuese asesinado. Pese a ello, el título imperial era una novedad cuando Octavio, el sobrino de César que gobernó con el nombre de Augusto, lo reivindicó y lo definió. Desde entonces, el cargo había sido transformado hasta el punto de resultar totalmente irreconocible.

Y ello por una razón: toda pretensión de republicanismo se había desvanecido. Augusto había puesto toda su energía en simular que las estructuras de poder que él mismo había creado en torno a su persona no representaban el derribo de la vieja república, y que, con una constitución mixta, el senado seguía teniendo funciones importantes. Sin embargo, ya en vida de Augusto, ese barniz había mostrado un aspecto muy endeble, y en el siglo IV nadie consideraba que el emperador fuera otra cosa que un monarca autocrático. Las nociones helenísticas de autoridad, desarrolladas por medio de los reinos surgidos para suceder al efímero imperio de Alejandro Magno, habían transformado las ideologías y la vida ceremonial que definía la imagen imperial. Estas ideologías sostenían que los gobernantes legítimos recibían inspiración divina y habían sido elegidos por los dioses. El primero entre sus iguales se convirtió en un gobernante sagrado que se comunicaba con la divinidad, y los seres humanos ordinarios debían actuar con la debida deferencia. En el siglo IV, los protocolos habituales incluían la *proskynesis* —que obligaba a una persona a arrojarse al suelo en el momento en que era puesta ante la sagrada presencia imperial—, y, en el caso de unos cuantos privilegiados, el permiso de besar el borde de la túnica del emperador. Y desde luego,

se esperaba que los emperadores representasen su papel en la función. En el siglo IV, el historiador Amiano Marcelino describe el memorable acontecimiento ceremonial de la entrada en Roma del emperador Constancio II en 357. Pese a que Amiano no daba su total aprobación a Constancio, sí que le consideraba el emperador ideal para las ceremonias: «como si no pudiera mover el cuello [por llevar armadura], miraba en línea recta sin torcer su rostro ni a la derecha ni a la izquierda ... , y no ... bajaba jamás la cabeza por los movimientos de las ruedas, ni se le vio nunca escupir, ni secarse, ni frotarse la boca o la nariz, ni agitar una mano». Así, cuando la ocasión lo requería —y en las fechas señaladas, como correspondía necesariamente a un gobernante elegido por los dioses—, Constancio podía comportarse de forma sobrehumana y no mostrar signo alguno de la debilidad humana normal.[25]

No se trataba simplemente de que los emperadores del siglo IV tuviesen un aspecto más poderoso que el de sus equivalentes del siglo I. Desde Augusto en adelante, los emperadores habían disfrutado de una enorme autoridad, pero las atribuciones de su cargo siguieron ampliándose aún más a lo largo de los siglos. Tomemos por ejemplo el caso de la promulgación de leyes. Hasta la mitad del siglo III, el sistema jurídico romano se desarrolló por varios cauces. El senado estaba capacitado para elaborar leyes, y también lo estaba el emperador. Sin embargo, el grupo sobre el que recaía la responsabilidad principal de la introducción de innovaciones legales había sido el compuesto por unos juristas especializados de formación académica llamados «jurisconsultos». Estos juristas tenían licencia del emperador para abordar las cuestiones relacionadas con la interpretación y con los problemas nuevos que surgieran, a los que aplicaban los principios legales establecidos. Desde el siglo I hasta mediados del siglo III el derecho romano se desarrolló primordialmente sobre la base de sus opiniones eruditas. En el siglo IV, sin embargo, los jurisconsultos habían quedado eclipsados por el emperador: las cuestiones legales dudosas debían remitirse ahora a su persona. En consecuencia, el emperador dominaba por completo el proceso de la promulgación de leyes. El guión era muy semejante en un buen número de áreas diferentes, entre las que cabe destacar por su importancia la vinculada a la estructura fiscal, aspecto en el que los funcionarios de los emperadores del siglo IV desempeñaban un papel mucho más directo en la imposición de contribuciones al imperio del que les había correspondido en el siglo I. Los emperadores siempre habían tenido la autoridad potencial de ampliar la

extensión de sus funciones, pero en el siglo IV gran parte de ese potencial se había convertido en una realidad, tanto en las cuestiones relacionadas con los actos ceremoniales como en las vinculadas con su función.[26]

De importancia igualmente fundamental era el hecho de que, ahora, la costumbre de dividir el desempeño del cargo había quedado bien establecida —a fin de que pudiesen gobernar al mismo tiempo dos o más emperadores—. En el siglo IV este recurso nunca había quedado plenamente formalizado en un sistema que distinguiese dos mitades, una oriental y otra occidental, del imperio, cada una de ellas provista de su propio gobernante, y hubo ocasiones en que un sólo hombre trató de hecho de gobernar por sí mismo la totalidad del imperio. El emperador Constancio II (337-361) gobernó solo durante parte de su reinado, y sus inmediatos sucesores, Juliano y Joviano, volvieron a hacerlo entre los años 361 y 364, al igual que Teodosio I, una vez más, a principios de la década de 390. Sin embargo, ninguno de estos experimentos de gobierno en solitario duró demasiado, y durante la mayor parte del siglo IV, la tarea de regir el imperio estuvo dividida. La distribución del poder se organizaba de diversos modos. Algunos emperadores se valían de parientes más jóvenes —de sus hijos, si los tenían, o de sobrinos si no era así— como gobernantes subordinados, aunque, pese a ello, su dignidad imperial y el hecho de que dispusieran de su propia corte les convirtiera en colegas. Constantino I utilizó este sistema desde la década de 310 hasta su muerte, en 337. Constancio II hizo lo mismo con sus sobrinos Galo y Juliano durante la mayor parte de la década de 350, y Teodosio I se disponía a aplicar esta misma solución con sus dos hijos en la década de 390. Ambos habían sido elevados a la categoría de Augustos, pero cuando su padre murió eran demasiado jóvenes para poder ejercer una verdadera autoridad. Otros emperadores compartieron la soberanía en términos de igualdad con otros parientes, por lo general con hermanos. Los hijos de Constantino I actuaron de este modo entre los años 337 y 351, y lo mismo hicieron en 364 Valentiniano I y Valente durante diez años. Además, a finales del siglo III y principios del IV, hubo un largo período de tiempo en el que personas no emparentadas compartieron el poder en términos generalmente equitativos. El emperador Diocleciano estableció la llamada tetrarquía («gobierno de cuatro») en la década de 290 y compartió el poder, en calidad de Augusto, con otro colega con la misma dignidad de Augusto y dos Césares.[27] Cada uno de ellos tenía una zona de actuación geográfica bien definida. Hubo una rotación de

individuos diferentes, pero el modelo de la tetrarquía continuó funcionando en cierto modo hasta principios de la década de 320. De este modo, el imperio tardío fue testigo de muchos modelos distintos para el reparto del poder, aunque durante gran parte del siglo IV hubo dos emperadores, uno de ellos radicado habitualmente en Occidente y otro en Oriente. Para el siglo V, esta práctica había cristalizado en un sistema más o menos formal.

No sólo había ahora un emperador, y generalmente más de uno, sino que también observamos otra transformación clave, una transformación implícita en este caso en el hecho de que la embajada de Símaco tuviera que viajar hacia el norte para encontrarse con Valentiniano en una ocasión tan señalada como la del quinto aniversario de su ascenso al poder. En el campo de los estudios de la Roma tardía hay una discusión académica un tanto ensimismada respecto a si un determinado emperador reinante visitó Roma en cinco ocasiones durante el siglo V (por espacio tal vez de un mes en cada caso) o si lo hizo solamente en cuatro.[28] Es éste un género de disputa sorprendente. En realidad, el hecho de si fueron cuatro o cinco las visitas carece de importancia: la cuestión estriba en que, en el siglo IV, los emperadores apenas visitaban Roma. Pese a que la ciudad seguía siendo la capital simbólica del imperio, y a que todavía recibía un porcentaje desproporcionado de las rentas imperiales en forma de alimentos gratuitos y de otros subsidios, había dejado de ser un centro político o administrativo de importancia. Se habían desarrollado nuevos centros de poder mucho más próximos a las principales fronteras del imperio, en especial a finales del siglo III y principios del IV. En el interior de Italia, Milán, situada al norte de Roma y a varios días de viaje de la metrópoli, había surgido como sede principal del gobierno imperial efectivo. En otros lugares, y en momentos diferentes, Tréveris, junto al Mosela, Sirmio, en la confluencia del Save y el Danubio, Nicomedia en Asia Menor, y Antioquía, en las cercanías del frente persa, habían adquirido importancia, particularmente en tiempos de la tetrarquía de Diocleciano, ya que los cuatro emperadores gobernantes actuaban en esferas geográficas distintas. En el siglo IV, las cosas se estabilizaron un poco: Milán y Tréveris en Occidente, junto con Antioquía y una nueva capital, Constantinopla, en Oriente, surgieron como centros administrativos y políticos predominantes en el imperio.

En un discurso dirigido en 364 a Valente, el hermano de Valentiniano, el filósofo y orador Temistio insinúa, con efectos devastadores, una

comparación entre Constantinopla y Roma que resalta las desventajas de esta última como capital imperial:

> Constantinopla une los dos continentes [Europa y Asia], es un fondeadero que atiende las necesidades marítimas, un mercado para el comercio por tierra y mar, un eficaz adorno de la dominación romana. Y dado que no ha sido construida, como cierto recinto sagrado, lejos de la vía pública, y que tampoco impide que los emperadores atiendan los asuntos públicos si han de ocuparse de alguna cuestión en ella, sino que es un lugar por el que han de pasar cuantos llegan o parten en cualquier dirección, sitúa a todos, al mantenerlos más cerca de su patria, en el centro mismo del imperio todo.[29]

«Un recinto sagrado» —repleto de templos dedicados a los dioses que habían arbitrado las antiguas victorias— y situado «lejos de la vía pública» viene a ser más o menos el resumen de la Roma del siglo IV. Como señala Temistio con tanta precisión, una de las razones de que los emperadores hubieran abandonado su sede original emanaba de las necesidades administrativas. Las apremiantes amenazas externas que captaban su atención se encontraban al este del río Rin, al norte del río Danubio y en el frente persa, entre el Tigris y el Éufrates. Esto significaba que el eje estratégico del imperio discurría a lo largo de una accidentada diagonal que partía del mar del Norte, corría junto al Rin y el Danubio hasta llegar a las Puertas de Hierro, donde el Danubio se ve forzado a cruzar la cadena de los Cárpatos, y continuaba después por tierra a través de los Balcanes y el Asia Menor hasta la ciudad de Antioquía, punto desde el cual podía supervisarse el frente oriental. Todas las capitales del siglo IV estaban situadas sobre esa línea de fuerza, o en sus inmediaciones (mapa 1). Roma estaba simplemente demasiado lejos de ella para operar con eficacia: la información llegaba con excesiva lentitud y las órdenes que se emitían tardaban demasiado tiempo en hacerse efectivas.[30]

Sin embargo, por sí sola, la necesidad administrativa no explica la razón crucial por la que Roma se veía tan completamente desatendida ahora. El mismo tipo de necesidad logística y estratégica había llevado a Julio César al norte de los Alpes, y le había conducido hasta Hispania en el oeste u obligado a desplazarse hasta el Mediterráneo oriental todos los veranos, y sin embargo, regresaba a Roma casi todos los inviernos para consolidar su posición política, distribuir presentes entre sus amigos e intimidar a sus adversarios. Tenía que hacerlo así porque, en su

época, el senado de Roma constituía el único escenario con capacidad de intervención en las pugnas por el poder político que consumían tanto sus energías como las de sus pares de la oligarquía (cuando no estaban demasiado ocupados con la conquista de otras regiones del Mediterráneo). Todos los apoyos políticos relevantes de César, y todos sus adversarios de peso, eran miembros del senado. La mayoría de los oficiales superiores de la legión, y desde luego sus jefes, tenían rango de senadores, y era en el senado donde tenían lugar, hasta sus últimas consecuencias, las grandes luchas por el poder. También fue en la escalinata del senado, donde, simbólicamente, en los idus de marzo del año 44 a. C., fue asesinado César. Los emperadores del siglo IV, por el contrario, no tenían necesidad de pasar tiempo alguno en Roma, porque además de verse arrastrados fuera de Italia para atender las urgencias administrativas, también tenían que representar su papel ante un auditorio político distinto, así que no acudían demasiado a Roma debido a que, por razones políticas, tenían que actuar en otros lugares. El punto de partida para comprender esta transformación crítica en la evolución del imperio es el hecho de que la corte imperial —dondequiera que se hallara— era el centro de distribución de todo lo que deseaban los romanos ambiciosos. La riqueza, las dignidades, los favores, los ascensos: todo emanaba de la presencia imperial, que actuaba como punto de redistribución de las rentas generadas por los impuestos de la Eurasia occidental.

Las personas de la época eran muy conscientes de esto. En 310, un orador que hablaba ante el emperador Constantino lo explicó de forma sucinta: «Porque en cualquiera de los lugares que vuestra divinidad distingue con más frecuencia con sus visitas, todo se incrementa —los hombres, los muros y los favores—; y porque no es más abundante la germinación de flores que prodiga la tierra para cubrir a Júpiter y a Juno que el número de ciudades y templos que florecen a vuestro paso».[31] En la época de César, toda esta riqueza era redistribuida en los límites de la ciudad de Roma a fin de ganar amigos e influencia en ese reñidero crucial. Sin embargo, seguir esa estrategia en el siglo IV habría sido un suicidio político. Cuatrocientos años después de los idus de marzo, los respaldos políticos tenían que ser distribuidos en un círculo mucho más amplio.

El auditorio político determinante del siglo IV debía buscarse, más que en el senado romano, en otros dos emplazamientos. Uno de ellos era un actor que llevaba ya mucho tiempo participando en el juego de la política imperial: el ejército, o más bien su cuerpo de oficiales. Es habitual

hablar del «ejército romano» como actor político, pero en circunstancias normales los soldados rasos no tenían opiniones propias, y, allí donde disponemos de informaciones capaces de proporcionarnos un relato detallado de los hechos, descubrimos que los implicados en la decisión de quién debería heredar la púrpura, o de cómo habrían de organizarse los golpes de mano, son siempre los grupos de oficiales de mayor rango. Los cambios registrados en el orden de combate del ejército desde los tiempos de Julio César afectaban, como es natural, al tipo de oficiales capaces de desempeñar un papel político destacado. En época de César, el ejército estaba compuesto por legiones de más de cinco mil hombres, y cada una de ellas era, en sí misma, una formación militar clave. De este modo, los individuos que ejercían la jefatura de la legión —los legados (que habitualmente procedían también de la carrera senatorial)— tendían a poseer una relevancia significativa por derecho propio. En el siglo IV, las figuras clave de la jerarquía militar eran los generales más antiguos y los miembros del Estado Mayor de los ejércitos regionales móviles, llamados *comitatenses*. En términos generales, siempre había un importante contingente móvil encargado de la protección de las tres fronteras clave: uno al oeste (concentrado en la frontera del Rin y, a menudo, también en el norte de Italia), otro en los Balcanes para defender el Danubio, y un tercero en el norte de Mesopotamia, para ocuparse del Oriente.[32]

La otra fuerza política clave del imperio tardío era la burocracia imperial (a menudo denominada *palatini*, de *palatium*, palabra latina que significa «palacio»). Aunque los burócratas no disponían de la misma influencia militar que podía ejercer un alto general, controlaban tanto la economía como los procesos relacionados con la promulgación y el cumplimiento de las leyes, y ningún régimen imperial podía funcionar sin su participación activa. Siempre había habido funcionarios del sistema burocrático alrededor del emperador, y siempre habían sido poderosos. En los primeros años del imperio, los libertos del emperador eran particularmente temidos. Lo novedoso del imperio tardío eran las dimensiones de la maquinaria burocrática central. En el año 249 d. C. el sistema burocrático seguía contando únicamente con 250 altos funcionarios en todo el imperio. Para el año 400, sólo 150 años más tarde, había seis mil. La mayoría de ellos trabajaba en los principales acuartelamientos imperiales desde los que se supervisaban las fronteras clave: no en Roma, por tanto, sino, dependiendo de quién fuera el emperador, en Tréveris y Milán

para el control del Rin; en Sirmio o, cada vez más, en Constantinopla, para actuar en el Danubio; y en Antioquía, para la intervención en el este. No eran ya los miembros del senado de Roma, sino los jefes de los *comitatenses* —concentrados en las fronteras decisivas— y los burócratas situados en los primeros puestos del escalafón —congregados en las capitales desde las que se administraban esas fronteras—, quienes determinaban el destino político del imperio.[33]

Por regla general, se accedía al trono imperial mediante sucesión dinástica, pero sólo en caso de que hubiera un candidato adecuado que pudiera suscitar un grado razonable de consenso entre los generales y los burócratas. En 364, el emperador Joviano, por ejemplo, dejó a su muerte un hijo demasiado joven para ejercer el poder, y éste recayó sobre otros hombros. En 378, Teodosio I, que no pertenecía a la misma familia que por entonces gobernaba, fue elevado a la púrpura porque a pesar de que dos hijos de Valentiniano I ya habían sido designados emperadores, el segundo, Valentiniano II, era aún muy joven para gobernar eficazmente en el este. También hubo períodos de discontinuidad dinástica. En los años 363 y 364, la dinastía de los Constantinos se quedó sin herederos que poder designar, lo que incitó a una camarilla de altos generales y burócratas a considerar el abanico de los candidatos posibles. En la práctica, los oficiales del ejército tendían a obtener el visto bueno en tales momentos (primero Joviano en 363 y después, tras su prematura muerte, Valentiniano en 364), pero los escalones superiores de la burocracia participaban en el proceso, y no era imposible que sus miembros contemplasen la posibilidad de pujar por el poder. En 363, durante la promoción de Joviano, un burócrata del mismo nombre fue arrojado a un pozo porque planteaba una amenaza potencial, y en 371 un importante chupatintas llamado Teodoro fue ejecutado por urdir una conjura contra Valente, el hermano de Valentiniano. Uno de los episodios de dicha conjura había sido una sesión de espiritismo en la que Teodoro y sus amigos habían preguntado el nombre del próximo emperador. El tablero de la ouija dictó las letras Th-e-o-d —punto en el que se detuvieron para abrir una botella de vino de Falerno, uno de los más caros de la Antigüedad—. Si se hubieran animado a seguir el juego, podrían haberse ahorrado tanto unas esperanzas falsas como unas feas muertes, ya que el sucesor de Valente se llamaba Teodosio.[34]

Una potente combinación de logística y política había propiciado así un cambio fundamental en la geografía del poder. Debido a ello, los

ejércitos, los emperadores y los burócratas habían emigrado todos de Italia. Este proceso explica también por qué se necesitaba, más que nunca, más de un emperador. Desde el punto de vista administrativo, Antioquía o Constantinopla estaban demasiado lejos del Rin, y Tréveris o Milán demasiado lejos del este, para que un solo emperador pudiese ejercer un control efectivo sobre las tres fronteras clave. Desde el punto de vista político, tampoco bastaba con un solo centro de distribución de prebendas para contentar de forma suficiente a todos los altos oficiales del ejército y a todos los burócratas y evitar así las usurpaciones. Debía entregarse a cada uno de los tres principales grupos del ejército una parte equitativa del botín de guerra, debía pagárseles en oro en cantidades anuales relativamente pequeñas, y abonárseles sumas mucho mayores con ocasión de los principales aniversarios imperiales (como el *quinquennalia* que había llevado a Símaco al norte). A sus oficiales también les gustaban todas las promociones y distinciones —por no mencionar las invitaciones a cenar— que se derivaban de la presencia imperial. Lo mismo ocurría en el ámbito civil. Ningún régimen podía permitirse concentrar toda su distribución de prebendas en una única capital, porque, de hacerlo, serían demasiados los peces gordos que quedarían fuera de la red. En el siglo IV, por lo general, se tenía en cuenta esta necesidad política, pero allí donde un emperador trataba de gobernar solo durante un largo período de tiempo lo habitual era que surgiesen problemas. A finales del siglo, Teodosio I tenía su sede en Constantinopla, y por sus propias razones dinásticas (quería que cada uno de sus dos hijos heredara al final la mitad del imperio) se negó a designar a un soberano que compartiera su autoridad en Occidente. En consecuencia, se enfrentó a un sonoro descontento en Constantinopla, así como a peligrosos usurpadores que encontraron pleno apoyo entre los burócratas y los oficiales militares, que tenían la impresión de no estar recibiendo una parte justa del pastel imperial.

Este eclipse de la importancia de Roma tanto en el terreno político como en el administrativo no se produjo de forma súbita. En épocas tan remotas como las de los siglos I y II, los emperadores se habían vuelto ya cada vez más itinerantes, y también habían adquirido ya la tendencia a operar de vez en cuando junto a un colega imperial que les ayudara a abordar los problemas a medida que fueran surgiendo. Entre los años 161 y 169,

Lucio Vero compartió la dignidad de Augusto con Marco Aurelio.[35] En el siglo IV, los días de gloria de la república, aquellos días en los que Roma era la guarida de todas las facciones y el lugar donde se gestaban todas las conspiraciones importantes, y en los que las resoluciones del senado desempeñaban un papel fundamental en el gobierno del estado, habían terminado para siempre. Ahora, el papel del senado en la esfera del imperio era esencialmente ceremonial, y sus acciones y sus miembros no desempeñaban sino un rol marginal en la adquisición y el ejercicio del poder. Los senadores seguían siendo ricos y podían tener carreras políticas relevantes.[36] Pero incluso en este terreno había una importante limitación. Los peldaños de la carrera senatorial de la Roma tardía —el *cursus honorem*— discurrían ahora por una vía enteramente civil, y no estaban asociados a ningún tipo de jefatura militar. Esto era un factor que se oponía a que cualquier senador pudiera superar el escalón último que le daba acceso al poder imperial, un poder que, como hemos visto, tendía a ser un coto reservado a los generales. Las actas del senado eran presentadas al emperador para que las examinara atentamente (por supuesto, las leía...), los despachos imperiales mantenían informado al senado de las cuestiones importantes (era timbre de honor, un honor que en ocasiones había disfrutado Símaco, ser elegido para leerlos en voz alta), y el senado podía designar a las delegaciones que habrían de presentarse como embajada ante el emperador a fin de tratar de asuntos de particular relevancia para los propios miembros del senado. Sin embargo, el senado no participaba excesivamente en la toma de decisiones políticas, y apenas se solicitaba su opinión, excepto cuando se trataba de decidir el montante de su «voluntaria» contribución anual a las arcas del imperio. El senado estaba repleto de hombres acaudalados que aportaban una útil cantidad de impuestos y que podían gozar de carreras importantes, pero ya no era —como institución— un actor clave en las luchas relacionadas con el poder y con las medidas políticas.

No es de extrañar, por tanto, que la relevancia de pertenecer al senado fuese menguando de forma gradual. Antes del siglo IV, los senadores de Roma (que poseían el título de *clarissimi*, «muy distinguidos») disfrutaban de una posición única. Estaban exentos de la obligación de servir en otros consejos ciudadanos, y gozaban de diversos privilegios económicos y legales. En el transcurso del siglo IV, esta situación se vio alterada por un cierto número de cambios. En primer lugar, lenta pero firmemente, los emperadores comenzaron a hacer ascender en la jerar-

quía social, hasta auparlos a la dignidad senatorial, a gran número de sus nuevos burócratas. Al principio, esto se produjo poco a poco, pero en el año 367, el emperador Valentiniano planteó una gran reforma del sistema de atribución de honores. En virtud de esta reforma se ordenaban y se combinaban en un único sistema todos los posibles signos de posición social que era factible obtener, tanto en la rama civil como en la militar, mediante el servicio al imperio, y una de sus consecuencias fue que la condición de *clarissimus* pasó a encontrarse al alcance de cualquiera. Desde esa fecha hasta el final del siglo se produjo un notable incremento numérico de este tipo de reconocimiento, y fue enorme la cantidad de empleos burocráticos que adquirieron el grado de *clarissimus*. Los seis mil máximos funcionarios del imperio del 400 d. C. ocupaban todos ellos puestos que llevaban aparejado el rango de senador, ya fuese durante el desempeño del cargo, ya tras acceder al retiro. Las tradicionales familias senatoriales de Roma dejaron así de ocupar su posición social única. Aún peor, el gran número de nuevos *clarissimi* puso a los emperadores ante la necesidad (a fin de seguir teniendo algo que otorgar) de subdividir la clase senatorial y crear dos categorías superiores —la de los *spectabiles* y la de los *illustres*—, que, en términos generales, sólo podían obtenerse a cambio de los servicios burocráticos prestados y no en función del nacimiento. Aproximadamente al mismo tiempo, entre la década de 330 y el final del siglo, los emperadores aprobaron, uno tras otro, medidas que crearon en la nueva capital del este un segundo senado en pie de igualdad con el primero. En general, su creación se logró mediante el ascenso de hombres nuevos, pero también con el recurso de transferir al nuevo organismo a algunos viejos senadores romanos que ya residían en Oriente.

Entre los años 250 y 400 d. C., por tanto, los senadores de sangre azul de la ciudad de Roma vieron como su amada posición quedaba mermada por el surgimiento de una vasta clase senatorial, así como por el lento pero sostenido ascenso de una institución gemela en Constantinopla.[37]

Todos estos cambios generaron un mundo político que Julio César no habría reconocido. El primero entre iguales se había convertido en un gobernante designado por voluntad divina, un gobernante que regía los destinos de lo que algunos historiadores han bautizado con el nombre de «imperio invertido» —debido a la disposición geográfica de sus capitales operativas— y que por lo general actuaba en conjunción con al

menos un colega de pareja autoridad y ejercía una vasta influencia sobre todos los aspectos de la vida. La burocracia imperial había revelado ser la nueva aristocracia romana y había sustituido al senado de Roma, un senado que había sido desmilitarizado y colocado en posición marginal. Estas transformaciones también explican, desde luego, por qué Símaco y su embajada, al partir en busca del emperador Valentiniano con una remesa de oro, habían tenido que realizar el viaje hasta Tréveris. Unidas, estas mutaciones suscitan una tercera y aún más fundamental cuestión. En tiempos de César, el mundo romano había tenido una extensión geográfica igualmente grande, pero no había habido necesidad de designar dos emperadores ni de ampliar hasta tal punto la distribución de las prebendas para evitar la usurpación y la revuelta. ¿Qué es entonces lo que había cambiado entre el 50 a. C. y el 369 d. C.? Para hallar la respuesta a esta interrogante, debemos observar con más detenimiento el punto de destino de la embajada de Símaco: la ciudad de Tréveris, centro de mando de la frontera del Rin.

Roma está
dónde el corazón la sienta

El Tréveris romano comenzó como una pequeña instalación militar, establecida en un vado estratégico del río Mosela, en los antiguos dominios de los tréveros hostiles. Sin embargo, la ciudad que dio la bienvenida a Símaco y a sus compañeros de embajada en el invierno del año 368 al 369 no era ningún campamento militar, sino el populoso y próspero bastión de la *Romanitas* —la «condición romana»— de la región fronteriza del Rin. Si los embajadores se hubieran acercado a la ciudad por el oeste, habrían entrado por la Porta Nigra —la Puerta Negra—, el mejor ejemplo de puerta de acceso a una ciudad romana que aún se conserva de todo el antiguo imperio. Rodeada por edificios modernos, aún resulta impresionante. En el siglo IV, su impacto era muy superior. En primer lugar, uno se veía frente a un imponente rastrillo de hierro. De permitírsenos la entrada, se nos conduciría a un patio, y después se nos haría cruzar la puerta propiamente dicha. En cada uno de los costados había unas torres de cuatro plantas con arcos, erizadas de guardias dispuestos a arrojar proyectiles contra cualquier fuerza hostil que quedara atrapada entre el rastrillo y la puerta. En concreto, esta puerta debe su conservación a

un santón que la utilizó como celda monacal. De este uso pasó finalmente a convertirse en iglesia, lo que evitó que la puerta siguiera el destino del resto de los muros y puertas de la ciudad romana, que habían desaparecido hacía tiempo, utilizados como cantera de piedras de construcción. En tiempos de Símaco, la puerta se hallaba intercalada en un muro de seis kilómetros de longitud, tres metros de espesor y seis metros de altura, el cual ceñía una superficie urbana de 285 hectáreas. Otra enorme puerta dominaba el puente que salvaba el Mosela, un puente que hacía ya mucho tiempo que había sustituido al vado original y que aparece representado en un medallón de oro del siglo IV acuñado en Tréveris.

Intramuros, la ciudad no resultaba menos imponente. A principios del siglo IV, se había reconstruido todo el barrio noreste, convertido así en el centro ceremonial y funcional del dominio imperial en la región. A partir de la década de 310, distintos miembros de la dinastía de los Constantinos prosiguieron los trabajos, y después, tras la muerte de su último representante, éstos continuaron por impulso de sus sucesores, que no pertenecían a esa misma dinastía. Ahora el palacio, la catedral y el circo —además de un conjunto de lo que quizá fueran unas termas imperiales privadas: el «Kaiserthermen»—, dominaban esa parte de la ciudad. Muchas de las ceremonias del imperio romano tardío se celebraban en el circo, y había pasadizos subterráneos que conducían desde el palacio hasta el palco imperial del circo. El plano de planta de la catedral, que, según indican algunas fuentes literarias, se terminó de construir a finales de la década de 360, se descubrió en unas excavaciones realizadas después de la segunda guerra mundial. Por encima de la superficie del suelo aún pueden verse los restos del complejo balneario y, más o menos intacta, la basílica —la gran cámara de audiencias de los emperadores—. Al igual que la Puerta Negra, esta basílica también sobrevivió a la época medieval gracias a haber sido convertida en iglesia. Hoy se alza, intrépida y aislada, en medio de una red de tráfico de dirección única.[38]

Pero volvamos al siglo IV. La basílica estaba bordeada de pórticos y por otras zonas del palacio, de carácter más privado, pero su aspecto seguía siendo igualmente formidable: 67 metros de largo, 27,5 metros de ancho y 30 metros desde el suelo hasta la bóveda. Podría haber contenido casi dos Puertas Negras. La basílica reviste para nosotros un interés particular porque fue en ella donde Símaco y su embajada ofrecieron al emperador Valentiniano el presente de oro que habían traído desde

Roma. En su origen, el exterior del edificio estaba enlucido con yeso blanco. En su estado actual, el interior es tan sencillo como el exterior, pero no era ése el aspecto que tenía en el siglo IV. En esa época el suelo estaba compuesto por baldosas blancas y negras que formaban dibujos geométricos, había losas de mármol que recubrían las paredes, desde el suelo a las ventanas, y las hornacinas indican que los muros se encontraban decorados con un gran número de estatuas. Los embajadores debieron penetrar en este espléndido edificio por su puerta principal, abierta en la fachada sur, para descubrir al emperador sentado frente a ellos, en el ábside situado al otro extremo. Normalmente, la presencia del emperador aparecía velada ante el resto de los asistentes por medio de cortinajes, a través de los cuales éste apenas conseguía vislumbrar la silueta de los defensores de las buenas causas. No obstante, en una ocasión ceremonial como la presentación del oro de la corona, las cortinas habrían sido descorridas. Los dignatarios civiles y militares de la corte se encontrarían alineados a ambos lados de la nave, ataviados con sus magníficas túnicas y dispuestos en unas filas que eran el estricto reflejo del orden de precedencia que Valentiniano había establecido con toda claridad tan sólo un par de años antes. La impresión recibida era de esplendor y de orden, y la persona del emperador atraía irresistiblemente todas las miradas. Entonces, la embajada pronunció un breve discurso y la misión quedó cumplida.[39] Los embajadores eran libres de partir.

Pero Símaco no se marchó. Se quedó en Tréveris y visitó sus alrededores durante el resto del año. Esto le permitió disponer de todo el tiempo necesario para contemplar la ciudad, su campiña y sus habitantes. Lo que debió haberle llamado inmediatamente la atención fue que Tréveris era una ciudad romana hasta la médula, y que lo llevaba siendo desde hacía mucho tiempo. Los nuevos edificios imperiales habían sido injertados en un lugar que ya era una ciudad plenamente romana. Instalado justo en el interior de la puerta que se abría al puente sobre el Mosela, en el flanco oriental de la ciudad, se encontraba uno de los dos mayores complejos balnearios de que disponía el imperio occidental en el exterior de Roma: el llamado «Barbarathermen» (el otro era el «Kaiserthermen»). Este servicio público, cuyas enormes instalaciones comprendían un patio porticado, unas termas con agua fría, templada y caliente, y un gimnasio, había sido construido en la segunda mitad del siglo II y aún funcionaba con gran vigor cuando llegó Símaco. En las inmediaciones de las termas se levantaban los edificios municipales, entre los cua-

les figuraba el foro, los tribunales de justicia y el centro en el que se reunía el consejo que gobernaba la ciudad. Este conjunto de edificios era el corazón político de la urbe y había sido reorganizado en muchas ocasiones a lo largo de los años, aunque el primer edificio público romano había sido erigido ya en el siglo I. Aproximadamente por esa misma época, la ciudad obtuvo también un anfiteatro. Situado en la falda de la colina que se levantaba al este, enfrente de las termas, era mayor que los anfiteatros que aún se conservan en Arles y Nimes, en la Francia actual. Justo al suroeste del anfiteatro, en lo que se conocía como el Altbachtal, había unos cincuenta santuarios y templos, lo que constituía el mayor complejo de lugares sagrados de todo el imperio occidental. Además, aunque no ha sido hallado, sabemos que en algún lugar de la ciudad había un templo consagrado a la deidad que gobernaba Roma: Iuppiter Optimus Maximus. Más tarde, Tréveris consiguió un teatro, y, en el siglo III, un mejor suministro de agua: se construyó un acueducto de doce kilómetros de largo que bajaba desde el valle del Ruwer y salvaba los cerros situados detrás de la ciudad para abastecer sus fuentes y sus alcantarillas. Desde el principio del siglo II d. C. la ciudad había venido siendo un espacio urbano totalmente romano, y como tal había seguido evolucionando.

Esta transformación no se había producido sólo en Tréveris. Por todo el norte de la Galia, las ciudades romanas tachonaban el mapa. También podían hallarse en Britania, Hispania, el norte de África, los Balcanes, el Asia Menor y el Creciente fértil. Muchas de estas ciudades, cuyas raíces bebían de los antecedentes griegos, se habían establecido en la zona mediterránea antes de la época de la conquista romana. En otras partes, algunas de esas ciudades habían sido construidas en el siglo I d. C., o, en lugares más atrasados, como Britania, tal vez en el siglo II. Su número variaba de una región a otra, pero a medida que se alejaba uno del centro del Mediterráneo su distribución se volvía comparativamente más dispersa. No obstante, no debería subestimarse el alcance de la transformación. El espíritu de César, de haberse aventurado tan al norte como la embajada de Símaco, habría quedado asombrado. En su época, la Europa septentrional sólo estaba jalonada por los apartados castros indígenas, las numerosas aldeas rurales y los diseminados campamentos militares romanos. Ahora el paisaje era casi enteramente romano, y sus ciudades constituían la roca firme sobre la que se asentaba la administración del imperio. Y es que la ciudad romana era algo más que su núcleo urbano: también poseía, y administraba, un territorio rural que dependía de ella.

En el siglo IV, con muy pocas excepciones, el imperio estaba compuesto, en términos administrativos, por un mosaico de territorios gobernados por una ciudad, y cada ciudad estaba gobernada por un consejo ciudadano (*curia*) de decuriones (conocidos también con el nombre de *curiales*).[40]

En el transcurso del año que pasó en la corte de Valentiniano, Símaco trabó relación con muchos grandes personajes. Algunos de ellos vivían en magníficas casas urbanas romanas: algunos raros fragmentos de una o dos de estas mansiones, habitualmente en forma de hermosos suelos de mosaico, han sido desenterrados en el interior de la ciudad moderna. Otros muchos poseían también lujosas residencias en la campiña circundante, residencias que conocemos mucho mejor debido a que no se encuentran debajo de una ciudad moderna. La mayor excavada hasta la fecha —en Konz— estaba situada a unos ochenta kilómetros río arriba, en la confluencia del Mosela con el Sarre. Se elevaba en lo más alto de la empinada orilla de un río y tenía unas vistas magníficas. Sus edificios se hallaban diseminados por un rectángulo de unos cien metros de largo por 35 metros de ancho, y todo el complejo convergía en dirección de un salón central de audiencias rematado por un ábside. Existen buenas razones para pensar que esta residencia pudo haber sido el retiro de Contoniacum, en el que el emperador pasaba los veranos. Si tuvo la suerte de haber sido invitado a la mansión, Símaco debió haber sido tratado a cuerpo de rey.

De hecho, en Tréveris y en sus inmediaciones se ha hallado una multitud de villas, muchas de ellas de tamaño apenas inferior a la de Contoniacum (la mayoría eran construcciones privadas, no imperiales), suspendidas en emplazamientos envidiables situados a lo largo de las orillas de los ríos. Todas ellas comprendían, además de los graneros y cobertizos para el almacenamiento propios de las fincas de labor, la característica mezcla de habitaciones públicas y privadas que se consideraban necesarias para vivir una existencia romana civilizada en pleno campo: sala de baño, salón de audiencias, mosaicos y calefacción central, así como unos patios porticados y en sombra, además de elegantes jardines y fuentes. Y, de nuevo, no hay nada excepcional en el hecho de que estas joyas de la elegancia romana puedan hallarse tan lejos de Italia. Sin duda, la cercanía de Tréveris y la capacidad adquisitiva de la corte imperial hicieron que las villas del siglo IV de la región del Mosela fueran mayores y más espléndidas de lo que habrían sido en otras circunstancias, pero la existencia de villas no era un fenómeno nuevo en la región. Habían comen-

zado a aparecer hacia el año 100 d. C., y desde entonces habían sido una característica constante. La única práctica habitual de las villas italorromanas que no seguían las villas septentrionales, debido a las diferencias de pluviosidad y temperatura, era la instalación de un tejado abierto en medio de la casa para dejar que la lluvia llenase un refrescante depósito de agua fría. Y tal como ocurría a las afueras de Tréveris, en las zonas que habían pasado a hallarse bajo el control imperial, las villas romanas salpicaban la campiña en los alrededores de todas las nuevas ciudades romanas. Las variaciones se centraban en su densidad, en la velocidad con la que aparecían, y en su magnificencia. En Britania —dejando a un lado el palacio de Fishbourne, de mediados del siglo I—, las villas comenzaron a aparecer un poco más tarde y se desarrollaron con mayor lentitud. En el siglo IV, tras una norma decorativa basada en los dibujos geométricos en blanco y negro que había durado doscientos años, los mosaicos con representación de imágenes a todo color llegaron al fin a las provincias situadas al norte del canal de la Mancha. En los cuatro siglos que separaban a César de Símaco, tanto el campo como la ciudad habían evolucionado hasta adecuarse a las pautas del modelo que marcaba Roma.[41]

La transformación también afectaba a las personas, además de a los edificios. Durante el año que pasó en la corte de Tréveris, Símaco estableció, y explotó, muchos contactos, y el más importante de todos ellos fue el que le permitió conocer a un colega especialista en la lengua y la literatura latinas, Décimo Magno Ausonio, quizá treinta años mayor que Símaco. Tras una distinguida carrera académica, el emperador Valentiniano le designó tutor de su hijo, el futuro emperador Graciano. Recientemente se ha identificado, entre las cartas anónimas de la colección de Símaco, la primera carta que éste escribió a Ausonio para abordarle, en la que descendía a expresarse en términos extremadamente halagadores.[42] Destacan dos puntos de particular interés. En primer lugar, el reconocimiento de la superioridad en el uso del latín podía cancelar la inferioridad social. Ausonio, pese a figurar entre la élite romana culta, procedía de un medio incomparablemente menos distinguido que el de Símaco. En segundo lugar, y se trata de algo que para los objetivos de este libro es mucho más importante, Ausonio se había hecho un nombre como profesor independiente de retórica latina y operaba bajo los auspicios de la Universidad de Burdeos, cerca de la costa atlántica de la Galia. En el siglo IV, Burdeos se había convertido en uno de los principales centros de excelencia en lengua latina del imperio. Esto no sólo nos

muestra que la destreza en el uso del latín florecía a mucha distancia de los confines de Italia, sino que los antecedentes del propio Ausonio no procedían de Roma, y ni siquiera de Italia, sino de la Galia.[43] Y sin embargo, aquí vemos que uno de los romanos de sangre azul de Roma le aborda con deferencia y trata de contar con su favor en cuestiones relacionadas con la literatura latina. Más aún, en la táctica con la que encabeza su carta, Símaco considera oportuno hacer valer el hecho de que él mismo hubiera aprendido retórica latina en Roma con un tutor venido de la Galia.

El caso de Ausonio demuestra, de nuevo, lo mucho que había cambiado el mundo romano. Al igual que la ciudad y las villas de Tréveris, Ausonio es la representación de un claro ejemplo de transformación. No hay duda de que en los días de César había galos que poseían un buen conocimiento del latín, en especial en las ciudades de la Galia narbonense, la provincia romana de la Galia mediterránea. Ahora bien, la idea de que un experto en el uso de la lengua latina, con rango de senador y educado en Roma pudiese abordar a un galo como a alguien superior en el conocimiento de la tradición latina sólo podía haber aparecido a los ojos de César como algo chocantemente absurdo.

Poco después del establecimiento del imperio, los nuevos súbditos de Roma, y en particular los de orígenes más acomodados, comenzaron a aprender, además de sus idiomas maternos, las dos lenguas imperiales —el latín en Occidente, y el griego en Oriente, que en esa región suplía en cierta medida al latín—. Al principio esto se producía como consecuencia de adaptaciones más bien circunstanciales, pero, con notable rapidez, los gramáticos latinos empezaron a ejercer su profesión en muchas de las ciudades del imperio. Para el año 23 d. C. ya se habían establecido escuelas en Autun, localidad del centro de la Galia —y ciudad de origen de la familia de Ausonio—. Y a partir del momento en que empezaron a funcionar esas escuelas, pasó a ofrecerse en todo el imperio el mismo tipo de preparación intensiva en lengua y literatura. Para el siglo IV era posible obtener una buena educación latina impartida por un gramático. San Patricio, que procedía de una pequeña familia de terratenientes del noroeste de Britania, utiliza en las cartas que han llegado hasta nosotros una lengua que muestra que, incluso en una fecha tan tardía como el año 400 d. C., era posible conseguir esa educación en un punto tan remoto del imperio. El norte de África, por su parte, situado en el otro extremo del imperio, era célebre por su tradición educativa, y

dio, con Agustín de Hipona, uno de los más cultos romanos tardíos de la cultura latina. De este modo, y frente a todos sus rivales culturales no latinos, prerromanos, Virgilio se alzaba con el triunfo.

Esto nos sitúa frente al cambio más fundamental de todos, ante la dimensión de la evolución imperial que subyace a todas las demás: la creación de un paisaje urbano y rural romano fuera de Italia, y la ampliación de la comunidad política que había terminado por marginar a Roma y a su senado. La lengua y la literatura en latín se difundieron por todo el mundo romano porque los pueblos que en un principio habían sido conquistados por las legiones de César comenzaron a respaldar las costumbres romanas y a adoptarlas como propias. Esto iba mucho más lejos que el simple hecho de aprender un poco de latín por razones prácticas, como vender la vaca o el cerdo viejos a un soldado romano en misión de conquista (aunque esto, desde luego, también sucediera). El hecho de aceptar la gramática y el tipo de educación que ofrecía el soldado implicaba admitir íntegramente el sistema de valores que, como hemos visto, consideraba que sólo este tipo de educación era capaz de crear unos seres humanos adecuadamente desarrollados, y por consiguiente, unos seres humanos superiores.

Fue este mismo proceso de abrazar los valores romanos lo que creó ciudades y villas romanas en lugares de Europa en los que dichos fenómenos habían sido desconocidos por completo antes de la llegada de las legiones. Si todos los modelos de la vida urbana de Tréveris tenían su origen en el Mediterráneo, y si, en un buen número de territorios recién conquistados se habían establecido asentamientos de veteranos romanos, era para lograr que los primitivos pobladores pudieran contemplar una imagen a tamaño natural de la vida urbana tal como la concebían los «verdaderos» romanos. La Tréveris romana, sin embargo, provenía de un origen diferente. La denominación oficial de la ciudad (cuyo actual nombre francés es Trèves) revela su raíz: *Augusta Treverorum*, «Augusta de los tréveros». Esto indica que, por mandato del emperador Augusto, la ciudad había sido constituida legalmente para los miembros de la tribu de los tréveros —el grupo, claro está, del que había salido Induciomaro, el responsable último de las muertes de Cotta y sus legionarios—. La Tréveris de los siglos I y II fue construida por miembros de la tribu de los tréveros que querían tener su propia ciudad romana. Su vasto conjunto de inscripciones dedicatorias confirma este extremo, como sucede con otras muchas ciudades romanas de este tipo. La mayoría de los edificios

públicos de estas ciudades se costearon por medio de donaciones y de suscripciones locales. Era tanto el entusiasmo con el que querían mostrar hasta qué punto eran romanos, que los antiguos componentes de las tribus (galos, bretones, íberos, y demás) pedían a los prestamistas italianos grandes créditos para financiar sus proyectos, y a veces se veían en graves apuros económicos. El primer asentamiento romano en Tréveris, como en las demás ciudades del imperio, no fue construido por inmigrantes venidos de Italia, sino por los pobladores indígenas. De manera similar, desde el siglo II en adelante, es imposible distinguir una villa construida por un romano de Italia de una villa levantada por un habitante de las provincias.

Los edificios característicos de la ciudad romana —las termas, los templos, el recinto del consejo, el anfiteatro— eran espacios construidos cuyo destino era desempeñar funciones concretas y servir de marco a acontecimientos particulares, y nadie se hubiera preocupado de construirlos de no haber tenido la intención de celebrar dichos acontecimientos. Las termas romanas eran públicas, los cultos religiosos incluían ceremonias en las que participaba la totalidad de la población urbana, el edificio del consejo y su sala principal eran el lugar en el que se debatían las cuestiones locales, la sede que actuaba en todos los sentidos como el foro del autogobierno local. Y en la ideología romana definitoria de la civilización, procedente por vía directa de la de los griegos clásicos, el autogobierno local era considerado un vehículo importante para la formación de seres humanos civilizados. Se sostenía que, en el acto de debatir las cuestiones locales frente a unos iguales con capacidad de discernir, se desarrollaban las facultades racionales hasta alcanzar un nivel que de otro modo habría sido imposible de conseguir.[44] De este modo, la fundación de una ciudad romana no consistía simplemente en levantar una réplica idéntica de los edificios romanos, sino también en reformar la vida política local siguiendo unas directrices muy concretas y romanas.

La naturaleza exacta de estas reformas ha podido ser ilustrada gracias a una serie de pasmosos hallazgos realizados en los territorios de la costa mediterránea española. Tras la conquista romana de la región, también aquí hubo un cierto número de comunidades locales que, con el tiempo, se reconstituyeron como ciudades romanas, pero, por alguna razón, decidieron dejar inscrita su nueva constitución en tablillas de bronce. El conjunto más completo de estas tablillas fue hallado en la primave-

ra de 1981 en un oscuro cerro llamado Molino del Postero, en la provincia de Sevilla. Los hallazgos comprendían originalmente diez tablillas de bronce de unos 58 centímetros de alto por 90 de ancho, y sobre ellas se encontraba inscrita —en tres columnas por tablilla— la *Lex Irnitana*: la constitución de la ciudad romana de Irni. La comparación de este juego de tablillas con fragmentos descubiertos en otros lugares ha mostrado que todas estas ciudades habían adoptado una constitución básica, redactada en Roma, y que únicamente habían modificado algunos detalles para adaptarlas a sus propias circunstancias. Las leyes aparecen escritas con notables pormenores: un texto compuesto, obtenido por la combinación de fragmentos procedentes de distintos asentamientos, ocupa 18 densas páginas en su traducción inglesa.[45] Entre otras cosas, las leyes fijan quién está capacitado para pertenecer al consejo local y el modo en que debe elegirse entre sus miembros a los magistrados (o funcionarios ejecutivos, normalmente denominados *duumviri*, es decir, «dos hombres»); qué casos legales pueden ser abordados por las autoridades locales, y cómo han de gestionarse y verificarse las cuestiones económicas. Lo único que variaba de un lugar a otro eran las cuestiones de detalle, como el número de concejales designados, que se adecuaba al tamaño y la riqueza de la comunidad. Lo mismo ocurría con esa forma de residencia campestre tan particular, la villa: su diseño reflejaba las nociones grecorromanas canónicas que definían el modo en que había de vivirse una vida civilizada fuera de la ciudad.[46]

En las provincias, los valores mediterráneos adquirían vigencia silenciosamente de otros muchos modos. El culto religioso romano, por ejemplo, subrayaba la separación entre los vivos y los muertos, así que los cementerios de las nuevas ciudades nunca se establecían en el interior de los límites urbanos. Esta costumbre se convirtió rápidamente en un elemento inseparable del nuevo modelo de vida urbana. En un ámbito mucho más prosaico, el hábito de convertir en pan los cereales básicos en vez de hacer con ellos unas gachas, con todos los cambios en los útiles y las técnicas de cocina que esto requería, se difundió de igual forma hacia el norte con la adopción de los hábitos de vida romanos.

De este modo, la transformación de la vida en las provincias conquistadas hizo que, en todas partes, los provincianos reorganizaran sus vidas de acuerdo con las costumbres y los sistemas de valores romanos. Transcurridos uno o dos siglos después de la conquista, todo el imperio se había vuelto realmente romano. La antigua obra titulada *Ladybird*

Book of British History presentaba un vivo retablo en el que la Britania romana terminaba bruscamente en el siglo V al partir las legiones, tras lo cual los topónimos romanos eran inmediatamente reemplazados (la conjetura, según la recuerdo, evocaba una imagen mixta en la que aparecían los soldados que se marchaban y unos postes indicadores rotos). Sin embargo, éste es un punto de vista equivocado sobre lo ocurrido. En la época del imperio tardío, los romanos de la Britania romana no eran inmigrantes venidos de Italia, sino lugareños que habían adoptado el estilo de vida romano y todo lo que éste conllevaba. El hecho de que un puñado de legionarios se marchara de la isla no ponía fin a la vida romana. Britania, como cualquier otro lugar que estuviese comprendido entre el Muro de Adriano y el río Éufrates, no era ya romana por simple «ocupación».

Un conde de tercer orden

Al final, Símaco regresó a casa a principios del año 369. Había visto con sus propios ojos el floreciente romanismo del valle del Mosela. La misión del senado había cumplido su objetivo, y él se había entrevistado en numerosas ocasiones con el emperador y con muchos de sus notables. El hecho de llevar a buen término las embajadas que le encomendaba a uno su ciudad era considerado como una distinción en el currículo personal, y eso es lo que sucedió en el caso de Símaco, quien también regresó a Roma con un título concedido en la corte: en algún momento de su visita, Valentiniano le nombró *comes ordinis tertii* —literalmente, conde de tercer orden—. Los condes (*comites*) eran una orden de acompañantes imperiales creada por el emperador Constantino con el propósito principal de distinguirlos con una marca honorífica que señalaba su favor personal hacia ellos, aunque algunos puestos de auténtica responsabilidad también llevaran aparejado el título. Todo bien considerado, había sido un buen trabajo, y las cartas de Símaco muestran lo bien que supo explotar en años posteriores las relaciones que había establecido en la corte de Valentiniano. Sabedor de que eran muchos los grandes del imperio que valoraban que él fuese un hombre especialmente buscado por los jóvenes que acababan de terminar su educación superior en Roma y que trataban de obtener cartas de recomendación, el senador se labró una carrera a base de hacerles favores.

Uno de los contactos más importantes que realizó en la corte fue el que le permitió relacionarse con el rétor galo, Ausonio. Sin embargo, se ha conservado, en su correspondencia por lo demás amistosa, una carta discordante. Poco después de haber regresado a Roma, Símaco le escribía a su amigo:

> Tu *Mosela*, que has inmortalizado con versos divinos, anda volando [en Roma] por las manos y los pliegues de la toga de muchos, pero ha pasado sólo rozando mi boca. Dime por favor por qué has querido privarme de esa obrita. ¿Te parecía yo alguien demasiado basto para las Musas que no podría juzgarla, o como mínimo un mezquino que no sabría alabarla? Con esto has menoscabado mis dotes y mi comportamiento.[47]

El *Mosela* ha llegado hasta nosotros y se reconoce por lo general como la mayor obra de Ausonio. La composición sigue la tradición poética establecida al utilizar un importante río como elemento al que asociar el elogio de toda una región. Por ello, pese a que el propio río es objeto de una amplia atención, es difícil considerarlo un poema sobre la belleza *natural*, pues trata en realidad de la más honda belleza que ha creado en la zona la interacción del hombre con ese entorno natural: una visión adecuada para una sociedad que, como hemos visto, consideraba que todas las cualidades auténticamente civilizadas eran más el resultado de un cuidadoso amor a la cultura que un producto del talento natural. En un famoso pasaje, tras hablar extensamente de todos los peces del río, Ausonio pasa a describir el conjunto del valle:[48]

> Y es que la ribera del río está sembrada de verde vino en sus altos montes hasta los confines de la inclinada pendiente.
>
> El pueblo y los colonos presurosos aceleran lo agradable de los trabajos, ahora en lo alto de las cumbres, ahora en la ladera inclinada, compitiendo con necio griterío. Por aquí el viajero que recorre los caminos de las orillas, por allí el navegante que se desliza, lanzan pullas cantando a los campesinos retrasados...

De entre las tallas romanas halladas en Tréveris ha llegado hasta nosotros una barcaza, bellamente trabajada, que transporta vino mientras navega sobre el Mosela y a la que no falta el detalle de sus remeros y sus toneles.

Ausonio se traslada entonces a las elegantes villas que bordean las riberas del río:

> ¿He de recordar los atrios [situados junto a] verdes prados y los tejados resplandecientes sobre innúmeras columnas? ¿Los baños [construidos más abajo, sobre la ribera del río]? ... Porque si llegase aquí un forastero desde las costas de Cumas, creería que la euboica Bayas había regalado copias pobres a estos lugares: tanto refinamiento y tanta elegancia seducen, mas el deleite no se excede en lujo ninguno.

Cumas y Bayas —esta última un famoso balneario— eran dos de los lugares de recreo que tenían a su disposición los romanos ricos y famosos en la bahía de Nápoles (ambos fundados por colonos griegos procedentes de Eubea en el siglo VIII a. C.), así que Ausonio estaba resaltando que el Mosela podía compararse con lo mejor que el resto del imperio pudiera ofrecer en términos de vida romana civilizada en la campiña. Debe observarse también que, según él, la vida rural de las inmediaciones de Tréveris no había caído aún en el característico vicio —según la opinión romana— de la falta de moderación.

Tras nuestro viaje por la campiña, llegamos a la propia ciudad de Tréveris:

> Recordaré a esos tranquilos campesinos, hábiles para las leyes y poderosos con la palabra, defensa sublime de los acusados: a ellos la asamblea de sus conciudadanos los reconoció como sus magistrados supremos y su senado propio; a ellos, la célebre elocuencia de su escuela de jóvenes los llevó hasta gozar del elogio del viejo Quintiliano...

Marco Fabio Quintiliano (que vivió aproximadamente entre los años 35 a 96 d. C.) era un célebre jurista que sistematizó muchas de las reglas de la retórica con las que se definía el latín culto de Símaco y Ausonio.[49] Lo que nos está diciendo Ausonio, por supuesto, es que Tréveris poseía en abundancia las virtudes esenciales romanas cuya generalizada adopción constituía el núcleo de la revolución a la que hemos estado asistiendo: la locución y la moral cultas, la primacía del derecho, y el autogobierno local dirigido por actores en pie de igualdad. En una palabra, por su agricultura, por sus edificaciones campestres y por su capital, la región del Mosela se hallaba civilizada por completo al modo característicamente romano.

No sabemos con seguridad por qué Ausonio no envió a Símaco un ejemplar del *Mosela*, pero puedo aventurar una hipótesis. Durante su es-

tancia en la región fronteriza del Rin, Símaco pronunció ante el emperador y su corte un cierto número de discursos importantes. De ellos, han llegado hasta nosotros los fragmentos de tres, preservados en un manuscrito de sus discursos que aún se conserva (dañado). Los fragmentos muestran una interesante imagen de la idea que se hacía Símaco respecto a la forma en que la ciudad de Roma percibía la frontera del Rin. En el Discurso 1, Símaco hace el siguiente resumen: «Si estás interesado en las letras, dijo Cicerón, para el griego debes dirigirte a Atenas, no a Libia, y para el latín has de ir a Roma en vez de a Sicilia». O, desde una perspectiva más general: «Al dejar el este a tu invicto hermano [Valente], tú [Valentiniano] tomaste rápidamente el camino que conduce hasta las semibárbaras riberas del no sometido Rin ... [y] volviste al antiguo modelo de un imperio creado para acometer empresas militares».

Para Símaco, Roma era el centro de la civilización romana, entendida como el ámbito englobado por la lengua latina, y la tarea de las provincias fronterizas «semibárbaras» consistía en proteger ese ámbito a toda costa. Es fácil imaginar lo que la corte de Valentiniano pudo haber pensado del apurado y joven senador que había viajado al norte para sermonearles sobre lo bien que estaban realizando su labor en pro del romanismo de Roma. Tengo fuertes sospechas, por tanto, de que Ausonio no envió a Símaco un ejemplar del *Mosela* porque la obra era una refutación intencionada de la actitud que Símaco había adoptado durante su año en el «frente». Tréveris y sus inmediaciones no eran, tal como las presentaba Símaco, semibárbaras, sino un espacio de verdadera civilización romana. Resulta también particularmente sorprendente que Ausonio compare las villas de las riberas del Mosela con las del balneario de Bayas —las cartas de Símaco insistían periódicamente en los exclusivos placeres que brindaba una de las casas que él mismo tenía en ese centro de ocio—.[50] Debió haber hecho reír mucho a los habitantes de Tréveris con su elogio de los encantos de Bayas. Si Ausonio decidió efectivamente divertirse un poco a su costa, una vez que se hubo vuelto inofensivo tras haber partido en dirección a Roma, entonces el pasaje puede comprenderse también como un reproche dirigido contra el propio Símaco y contra todos los demás peces gordos con cuyos nombres sazonaba su conversación: el reproche de manifestar el vicio griego de la falta de moderación.

No es de extrañar que Ausonio no enviase el poema a Símaco. Le había hecho tragar el anzuelo, y todo lo que Símaco pudo hacer para darle

réplica, cuando por fin consiguió pescar un ejemplar, fue insinuar un sarcasmo sobre del número de peces:

> No creería de ningún modo tus abundantes referencias acerca del nacimiento y curso del Mosela si no supiera con certeza que no mentirías ni en un poema ... Y sin embargo, aunque frecuenté tu mesa y admiraba muchos tipos diferentes de peces que nos ofrecían entonces ... para comer, nunca descubrí ninguno de esa clase.[51]

Dejando a un lado la cuestión de los peces, el *Mosela* de Ausonio sintonizó con el gusto que predominaba entre el público de Tréveris, y obtuvo rápidamente el reconocimiento debido. La concesión del título de conde a Símaco le había convertido —por poco tiempo— en superior de Ausonio (quince a nada, diríamos en un partido de tenis). Sin embargo, el título de conde de tercer orden tiene más bien una connotación tristemente deslucida, que no sólo guarda relación con su traducción literal,[52] y poco después de haber compuesto el *Mosela*, Ausonio fue ascendido a *comes et quæstor*, conde y cuestor. El cuestor era el representante legal del emperador y su rango era el de un conde de primer orden (treinta a quince para Ausonio). Entonces, al morir Valentiniano en noviembre de 375, el antiguo alumno de Ausonio, Graciano, ocupó su lugar como emperador, y la familia de Ausonio se vio aupada por una marejada de nepotismo que supera todo lo imaginable. El propio Ausonio fue nombrado *prætor præfectus* (primer ministro) de la Galia, y más tarde de la Galia, Italia y África (una combinación poco habitual). Mientras tanto, su hijo actuaba como adjunto del primer ministro en la Galia, para llegar después a primer ministro de Italia; su padre —que por entonces tenía cerca de noventa años— fue designado primer ministro de los Balcanes occidentales (Iliria); su yerno ascendió al cargo de viceprimer ministro de Macedonia, y su sobrino al de jefe del tesoro imperial (juego, set, partido y torneo para Ausonio). En el año 371 no hubiera podido predecirse un agrupamiento tan espectacular de las riendas del poder en manos de la familia de Ausonio, pero la certera puntería del *Mosela* fue suficiente para convencer a Símaco de que debía moderar toda tentación que pudiera sentir de airear algún sarcasmo. Su carta de queja terminaba con un elogio de los versos, y fue seguida por otras muchas cartas de carácter más amistoso: Ausonio era un contacto en la corte demasiado útil e importante para Símaco como para tirar piedras contra su propio tejado por unos cuantos peces.[53]

Por consiguiente, la embajada senatorial de Símaco y el intercambio literario con el que quedó rematada nos han revelado la práctica totalidad de las transformaciones que habían reorganizado el mundo romano en los cuatrocientos años transcurridos desde la época de Julio César. En todas partes, la adopción entusiasta de los valores romanos había convertido en perfectos romanos a los habitantes de las provincias. Considerado como fenómeno histórico, en esto consistió el auténtico genio del imperio. Los pueblos indígenas, originalmente conquistados y sometidos por las legiones, habían acabado construyendo ciudades y villas romanas y se afanaban por llevar en sus comunidades una existencia fiel al estilo de vida romano. No fue algo que se produjera de la noche a la mañana, pero, no obstante, sí sucedió con relativa prontitud —en un plazo de entre dos y cuatro generaciones— en la historia de un imperio cuya duración se extiende por espacio de cuatrocientos cincuenta años. Es preciso resaltar el hecho de que los nuevos súbditos también asumieran en bloque las proclamadas virtudes de la lengua latina. La cuestión no se ceñía únicamente al hecho de que algunos de los personajes más acaudalados de las zonas dominadas asistieran a las instituciones educativas de la metrópoli —dejando entrever así un paralelismo moderno con los príncipes indios que acuden a Eton, o con las élites de Asia y Sudamérica que estudian en Harvard o en el Instituto de Tecnología de Massachusetts—, sino que iba acompañada por la práctica de establecer copias idénticas de esos centros en las provincias. Al final, como sucedió en el caso de Ausonio, los profesores de dichos centros se volvieron tan competentes que los habitantes de las provincias quedaron en posición de instruir a los de la metrópoli.

Esta asombrosa evolución de los acontecimientos cambió el significado de lo que se entendía por ser romano. Una vez que se hubieron establecido por *sí solos, y de manera más o menos uniforme, una misma* cultura política, un mismo estilo de vida y un mismo sistema de valores desde el Muro de Adriano hasta el río Éufrates, todos los habitantes de este enorme espacio pasaron legítimamente a convertirse en romanos. En lo sucesivo, la voz «romano», que había dejado de ser un epíteto geográfico, pasaba a designar una identidad cultural potencialmente accesible a todos. De aquí derivó la consecuencia más significativa del éxito del imperio: tras haber adquirido la condición romana, los nuevos romanos estaban destinados a afirmar su derecho a participar en el proceso político, a intervenir en alguna de las parcelas del poder y compartir los be-

neficios que llevaba aparejados la apuesta de pertenecer a un estado tan vasto. Ya en el año 69 d. C. hubo una sublevación relevante en la Galia, motivada en parte por la percepción creciente de esta nueva identidad. La revuelta fue sofocada, pero en el siglo IV, el equilibrio de poder había cambiado. Símaco, en Tréveris, recibió muestras inequívocas de que «la mejor agrupación del género humano» no englobaba únicamente al senado de Roma, sino a los romanos civilizados que habitaban en toda la extensión del mundo romano.

2

Los bárbaros

En el año 15 d. C., el ejército romano de Germánico César, sobrino del reinante Tiberio Augusto, avanzaba en dirección del *Teutobergiensis Saltus* (el bosque de Teutoburgo, a trescientos kilómetros al noreste de Tréveris). Seis años antes, tres legiones romanas enteras capitaneadas por Publio Quintilio Varo, compuestas quizá, si contamos las tropas auxiliares que les acompañaban, por un total de veinte mil hombres, habían sido aplastadas en esos parajes en lo que fue una de las más célebres batallas de la Antigüedad.

> [Después de enviar por delante a Cécina a inspeccionar] ... llegan a aquellos lugares siniestros y horrorosos de ver y recordar. El primer campamento de Varo, por lo dilatado de su perímetro y las medidas de su cuartel general, evidenciaba la presencia de tres legiones. Después, por una empalizada semiderruida y una fosa poco profunda, se intuía que allí se habían asentado sus restos, ya destrozados. Y en el descampado había huesos que blanqueaban, diseminados o amontonados, según hubieran caído huyendo o resistiendo. Junto a ellos se encontraban trozos de flechas, patas de caballo y cabezas [humanas] clavadas en los troncos de los árboles; en los bosques sagrados cercanos, los altares bárbaros en los que [los germanos] habían sacrificado a los tribunos y a los centuriones de los primeros órdenes. Los supervivientes de aquel desastre, los que habían logrado escapar de la lucha o de ser apresados, iban refiriendo cómo cayeron los legados aquí, o cómo fueron robadas las águilas allá, dónde asestaron a Varo su primera herida, dónde encontró la muerte, víctima infeliz del golpe de su propia mano ... [y les contaron] cuántos fueron los patíbulos para los prisioneros, [y] cuántas las fosas...[1]

La masacre había sido obra de una coalición de guerreros germanos dirigidos por un tal Arminio, uno de los cabecillas de los queruscos, una pequeña tribu que vivía entre los ríos Ems y Weser, en lo que hoy es el norte de Alemania. Las antiguas fuentes romanas que describen la derrota fueron redescubiertas y puestas ampliamente en circulación entre los eruditos latinos de los siglos XV y XVI, y a partir de entonces, Arminio, generalmente conocido como Hermann («el germano») —según la versión latinizada de su nombre—, se convirtió en un símbolo de la condición nacional germana. Entre los años 1676 y 1910 se compusieron 76 óperas, una extraordinaria cantidad, para conmemorar sus hazañas, y en el siglo XIX se construyó un enorme monumento en su honor cerca de la pequeña ciudad de Detmold, en el corazón de lo que hoy se llama el bosque de Teutoburgo. La primera piedra se colocó en 1841, y el monumento quedó finalmente erigido en su memoria en 1875, cuatro años después de que la derrota de Francia a manos de Bismarck hubiese unido tras la estela de la monarquía prusiana a gran parte del mundo de habla germana del norte y el centro de Europa. La estatua de cobre de 28 metros de altura de Hermann se alza sobre un templete de piedra de altura similar que, a su vez, se asienta en la cima de una colina de cuatrocientos metros de altitud. El edificio se proponía recordar que el triunfo de la moderna unificación alemana había tenido su contrapunto en la época romana.

En realidad, el monumento a Hermann se encuentra en un lugar equivocado. El nombre de «bosque de Teutoburgo» fue acuñado por primera vez en el siglo XVII para designar la zona boscosa que rodea a la ciudad de Detmold, ya que la gente comenzaba a hacer conjeturas respecto a dónde pudo haber tenido lugar la antigua batalla. Gracias a unos cuantos hallazgos extraordinarios, hoy se ha identificado, a unos setenta kilómetros más al norte, parte del verdadero campo de batalla. Justo a las afueras de Osnabrück, la llanura costera de la Alemania septentrional se encuentra bordeada por varias mesetas conocidas como los Wiehengebirge. Desde el año 1987 se ha venido encontrando un gran número de monedas romanas, así como diversos objetos relacionados con pertrechos militares, en una zona de las estribaciones septentrionales de esta cadena mesetaria de unos seis kilómetros de largo por cuatro y medio de ancho, estribaciones conocidas con el nombre de quebrada del Kalkriese-Niewedde. El cerro Kalkriese, una colina de cien metros de altura que en la Antigüedad estaba densamente poblada de bosques, señala su límite sur. Al pie de su vertiente septentrional había una franja

de suelo arenoso, tan estrecha en alguno de sus tramos que sólo permitía el paso de una columna de a cuatro. En el otro extremo había una enorme turbera. En el año 9 d. C., el ejército romano se desplazaba de este a oeste a lo largo de la estrecha banda arenosa conducido por guías nativos proporcionados por Arminio —éste había convencido a Varo de que se tomaba muy en serio los intereses de Roma— cuando se vio cogido en una emboscada entre las boscosas laderas del sur y la turbera del norte. Tal como nos relata nuestra mejor fuente, se desencadenó una batalla que duró cuatro días. En la primera fase del combate, los romanos, pese a sufrir grandes pérdidas, mantuvieron la formación y siguieron avanzando hacia un lugar seguro. Al cuarto día, sin embargo, se vio claramente que el ejército estaba arrinconado y condenado. Llegado a este punto, Varo, que había dado a la tropa superviviente licencia para hacer lo que considerara más conveniente en tales circunstancias, prefirió suicidarse a caer en manos de sus atacantes. Fueron pocos los que vivieron para contarlo.[2]

La catástrofe puede interpretarse como una versión ampliada de la sufrida por Cotta y sus hombres, traicionados sesenta y tres años antes en un terreno que, de manera similar, les imposibilitaba toda maniobra. La consecuencia a largo plazo, sin embargo, fue distinta. Si los eburones y los tréveros fueron finalmente conquistados e inducidos a aprender latín, a llevar toga y a levantar ciudades autogobernadas, no ocurrió lo mismo con los queruscos de Arminio. En la época romana tardía, la zona comprendida entre el Rin y el Elba seguía encontrándose del otro lado de la frontera imperial, y su cultura material no traslucía ninguna de las señales características de la civilización romana. Esta antigua línea divisoria que delimitaba el campo de justas europeo aún puede discernirse en la moderna separación existente entre las lenguas romances, que descienden del latín, y las lenguas germánicas. A primera vista, esto explicaría por qué el imperio romano de Occidente iba a dar paso, en el siglo V, a una serie de reinos sucesores que habrían de contar, en su mismo núcleo, con grupos de gente armada de habla germánica. La Germania situada al este del Rin no fue tragada por las legiones romanas durante la época de las conquistas porque sus habitantes lucharon con uñas y dientes contra ellas, y al final, cuatro siglos y pico después, se tomaron cumplida venganza con la destrucción del imperio. Ésta era desde luego la explicación que daban los nacionalistas alemanes del siglo XIX —sostenida en círculos académicos, sus defensores consiguieron asimismo

que cobrase plena noción de ella una audiencia mucho más amplia—. Felix Dahn, cuya gran obra sobre la realeza germánica sigue siendo un clásico, escribió también una célebre novela: *Ein Kampf um Rom* (Guerra contra Roma), un texto que tuvo numerosas ediciones a finales del siglo XIX y principios del XX.[3]

Lo que resulta extraño en todo esto, sin embargo, es que si uno le hubiera preguntado a cualquier romano del siglo IV cuál era la principal amenaza para la seguridad imperial, sin duda habría respondido que ese papel le correspondía a Persia, en Oriente. Esto era simple sensatez, ya que hacia el año 300 d. C., Persia planteaba una amenaza al orden romano mucho mayor que la que representaba Germania, y no había ninguna otra frontera que supusiera tipo alguno de amenaza real.[4] Una lectura más pormenorizada de las fuentes, en especial a la luz de unas pruebas arqueológicas de las que no pudo disponer Dahn, sugiere una razón bastante distinta a las agitaciones del nacionalismo germano como explicación del estacionamiento de las legiones en el Rin y el Danubio a principios del siglo I. Y también explica por qué los romanos del período tardío estaban mucho más preocupados por Persia que por los integrantes de las tribus germanas.

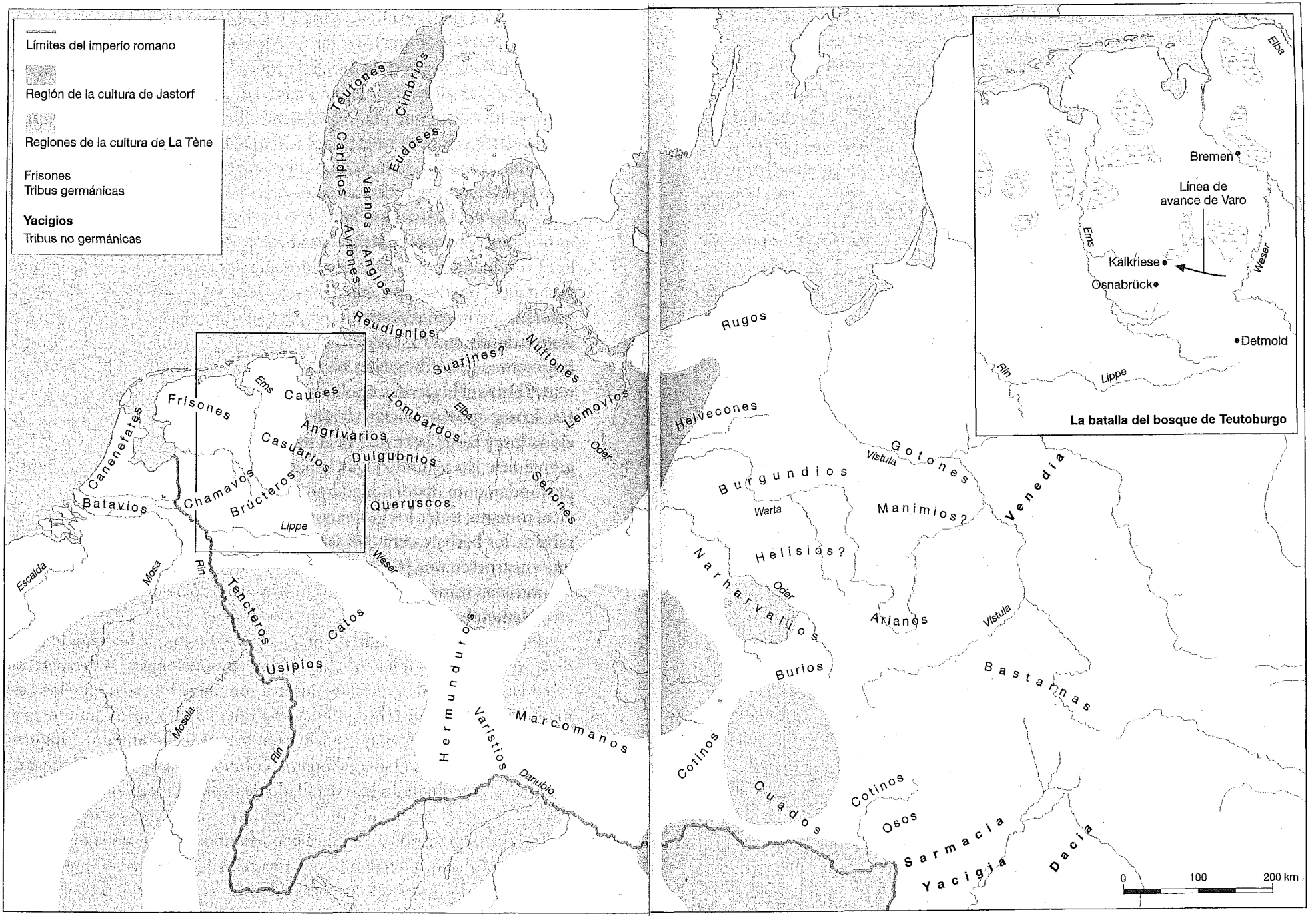
Germania y los límites de la expansión romana

En el primer siglo d. C., los grupos de habla germánica dominaban la mayor parte de los territorios de la Europa septentrional y central situados al otro lado de los límites fluviales del imperio romano. Los germanos, según la denominación que les daban los romanos, se hallaban diseminados por todas partes, desde el Rin en el oeste (que antes de la conquista romana había constituido un límite incierto entre los europeos de habla germánica y los de lengua celta) hasta más allá del río Vístula en el este, y desde el Danubio en el sur hasta los mares Báltico y del Norte. Aparte de algunos nómadas sármatas que hablaban iranio y vivían en la gran planicie húngara, y de los pueblos que hablaban dacio y se situaban en las inmediaciones del arco descrito por los Cárpatos, los vecinos más próximos de los romanos eran todos de habla germánica: desde los queruscos de Arminio y sus aliados en la boca del Rin, hasta los bastarnas, que dominaban importantes tramos de territorio en la de-

sembocadura del Danubio (mapa 2). La Germania del siglo I era por tanto mucho mayor que la moderna Alemania.

Tratar de reconstruir la forma de vida y las instituciones sociales, por no hablar de las estructuras políticas e ideológicas de este vasto territorio, es una tarea que plantea enormes dificultades. El principal problema estriba en que, en la época romana, las sociedades de la Europa germánica eran fundamentalmente analfabetas. Los autores griegos y latinos nos han proporcionado una cantidad bastante abundante de información de diverso tipo en la que podemos encontrar alguna pálida indicación, pero esta información presenta dos inconvenientes principales. En primer lugar, el interés de los autores romanos en las sociedades germánicas obedecía principalmente a la amenaza —real o potencial— que éstas pudiesen representar para la seguridad de las fronteras. Lo que encontramos en la mayoría de los casos, por tanto, es un conjunto de fragmentos de información narrativa vinculada con las relaciones existentes entre el imperio y uno o más de sus inmediatos vecinos germánicos. Los grupos que vivían alejados de la frontera apenas aparecen mencionados, y jamás se investiga el funcionamiento interno de la sociedad germánica. En segundo lugar, la poca información que hay se encuentra *profundamente distorsionada por el hecho de que*, desde el punto de vista romano, todos los germanos eran bárbaros. Y como lo que se esperaba de los bárbaros era que se comportasen de determinadas formas y que encarnasen una particular gama de características negativas, los comentaristas romanos hacían todo lo posible para probar que ése era efectivamente el caso.

Del interior del mundo germánico, es poco lo que ha llegado hasta nosotros para corregir los malentendidos, las omisiones y las perspectivas sesgadas que exponen nuestros autores romanos. Es cierto que los germanos utilizaron la escritura rúnica con fines adivinatorios durante gran parte de la época romana, y que existen otras excepciones, restringidas, que se contraponen al analfabetismo como norma, pero no ha llegado hasta nosotros ningún relato detallado de primera mano que exponga el modo en que se vivía en el interior de Germania. Así pues, es mucho lo que no conocemos, y lo que nunca conoceremos, así que en la mayoría de los aspectos de la vida tenemos que recurrir a la información procedente de las fuentes romanas y a realizar deducciones con mejor o peor fundamento. Con frecuencia, lo mejor que puede hacerse cuando tratamos de reconstituir las instituciones sociales, por ejemplo, es examinar las fuen-



2. Germania a principios de la época romana

tes literarias —en especial las jurídicas— procedentes de los reinos dominados por los germanos y pertenecientes a los períodos tardíos de los siglos V y VI, para después intentar extrapolar aquello que también pudiese resultar relevante para épocas anteriores. Con una extensión que abarcaba desde el Rin hasta Crimea, Germania aglutinaba muchos panoramas geográficos y económicos distintos, y siempre es necesario considerar si algo de lo que se refiere de un grupo es también cierto en el caso de otro. De este modo, las pruebas literarias no representan una alternativa plenamente satisfactoria a las otras dos opciones: el testimonio sesgado de las fuentes romanas y los materiales de fecha posterior. Ambas pueden resultar reveladoras, pero es preciso manejarlas con honradez y con un reconocimiento explícito de sus limitaciones intrínsecas.

Hasta cierto punto, la falta de fuentes germánicas de primera mano pertenecientes a esa época ha sido cubierta por la investigación arqueológica. Esto tiene la inestimable ventaja de ponernos directamente frente a objetos y contextos auténticamente germánicos. Ahora bien, la arqueología germánica es una práctica con un pasado difícil. Como disciplina científica, surgió a finales del siglo XIX, en los mismos años en que se construía el monumento a Hermann y en un momento en el que el nacionalismo barría gran parte de Europa. En aquellos años se suponía, por regla general, que la «nación», o el «pueblo», era la unidad fundamental con la que se habían organizado las grandes agrupaciones de seres humanos en tiempos remotos, y la misma con la que debían organizarse entonces. La mayor parte de los nacionalismos estaban asimismo impulsados por una intensa percepción de su propia superioridad innata. La nación germana podía haberse fragmentado a lo largo del tiempo en una gran cantidad de pequeñas entidades políticas, pero el esfuerzo que Bismarck y otros políticos realizaban ahora, al proceder a la unificación de Alemania, consistía en restaurar con éxito el orden natural y antiguo de las cosas. En este contexto cultural, la arqueología germánica sólo podía tener un orden del día: investigar los orígenes históricos y la patria del pueblo alemán. El primer gran defensor de tales estudios, Gustav Kossinna, señaló que la creciente cantidad de objetos que por entonces salían a la luz en los cementerios en los que se excavaba podía agruparse en función de la semejanza de los diseños y de las costumbres funerarias. Kossinna se labró una reputación con el argumento de que la difusión geográfica de los particulares agrupamientos de objetos y costumbres

constituía una representación de los territorios de los respectivos pueblos antiguos.[5]

Era tal el fervor cuasi religioso que rodeaba al concepto de nación, que los políticos estaban dispuestos a utilizar la identificación de la antigua difusión de los «pueblos» como una prueba con la que respaldar sus reivindicaciones presentes. En 1919, en Versalles, Kossinna y uno de sus discípulos polacos, Vladimir Kostrewszki, plantearon argumentos opuestos para la ubicación de la nueva frontera germano polaca sobre la base de identificaciones distintas de un mismo conjunto de restos antiguos. Las cosas se agravaron aún más en la época nazi, período en el que las altisonantes reivindicaciones relacionadas con la antigua Germania se convirtieron en un fundamento justificado para las demandas territoriales en Polonia y Ucrania, y en el que el sentimiento de la antigua superioridad racial germánica asociada a aquéllas condujo directamente al atroz trato infligido a los prisioneros de guerra eslavos. En las dos últimas generaciones, sin embargo, la arqueología germánica se ha inventado de nuevo a sí misma, y de aquí se han derivado enormes avances en nuestra comprensión de la evolución social y económica que han experimentado, en el largo plazo, los germanos. Al extirparse de la interpretación de las fuentes literarias las suposiciones nacionalistas, resulta posible reescribir de forma nueva y estimulante la historia de la Europa de habla germánica en tiempo de los romanos.

Una primera ventaja brota directamente de la nueva comprensión de las características de los restos similares que, según Kossinna, permitían identificar con seguridad los territorios de los antiguos «pueblos». Pese a que, en sentido político, el territorio de la antigua Germania estaba claramente dominado por grupos de habla germánica, hemos descubierto que la población de este vasto territorio estaba lejos de ser enteramente germana. En la gran época del nacionalismo, se reivindicaba como parte de una antigua y más extensa patria alemana cualquier lugar en el que se descubriesen restos cuyo aspecto tuviese visos verosímiles de pertenecer a los antiguos germanos. Sin embargo, el análisis de los nombres de los ríos ha mostrado que en el norte de Europa hubo un tercer grupo de población que hablaba una lengua indoeuropea propia y habitaba en una zona situada entre la de los celtas y la de los germanos. Este grupo de población se hallaba bajo la dominación de los otros dos pueblos mucho antes de que los comentaristas romanos llegasen a la región, y no sabemos nada de él. Una buena parte de la antigua Germania

era también resultado de las periódicas expansiones germanas que, procedentes de una primitiva patria de la que tenemos alguna pista, situada junto al Báltico, se dirigieron hacia el oeste, el sur y el este. Algunos de los episodios de apropiación de tierras levantaron la suficiente polvareda como para quedar registrados en las antiguas fuentes griegas, mientras que otros tuvieron lugar después del ascenso de Roma y son mejor conocidos. Sin embargo, este tipo de expansión no aniquiló a los indígenas, es decir, a la población no germánica de las comarcas afectadas, así que es importante percatarse de que «Germania» es un término que hace referencia a la Europa *dominada por los germanos*. Cuanto más se desplazara uno hacia el sur y el este a través de esa región durante la época romana, tanto más probable era que los pueblos de habla germánica constituyesen la fuerza políticamente dominante en unas sociedades de carácter muy mixto.

El otro hecho que destaca en la Germania de la época romana era su completa falta de unidad política. Como señala con claridad el mapa 2 (basado en la terminología geográfica de Tácito), se trataba de un mundo muy fragmentado que comprendía más de cincuenta pequeñas unidades sociopolíticas. De formas muy diversas, algunas de ellas podían verse unificadas durante breves períodos de tiempo y con objetivos precisos. Como hemos visto, Arminio movilizó un contingente mixto de miembros de distintas tribus en el año 9 d. C. para derrotar a Varo. Medio siglo antes, Julio César se había enfrentado a otro caudillo germánico cuyo extraordinario poderío duró un poco más: Ariovisto, rey de los suevos, quien en 71 a. C. había creado una sólida base de influencia en las estribaciones orientales de la Galia, y que durante un tiempo fue incluso considerado «amigo» de los romanos. Al final, César entabló combate con él en el 58 a. C., y derrotó a su ejército en Alsacia. Bastó un gran desastre para romper la coalición. En tiempos de Arminio hubo otro cabecilla germano destacado, Maroboduo, que dirigió una coalición de varios grupos con base en Bohemia. Tácito también indica que algunas tribus germánicas pertenecían a ligas asociadas por el hecho de compartir un mismo culto, y señala con precisión el momento en el que una determinada profetisa, Veleda, llegó a adquirir una influencia enorme. Sin embargo, ni las ligas culturales ni las profetisas ni los cabecillas que pudieran descollar durante un tiempo constituyeron pasos de importancia en la unificación de los germanos.[6]

A medida que los contingentes romanos se trasladaban al este del Rin, los distintos grupos germánicos se mostraban tan dispuestos a com-

batir entre sí como a luchar contra los romanos, y las consecuencias podían ser tan brutales como las del bosque de Teutoburgo. Hay pocas diferencias culturales discernibles entre esos grupos, y lo que los dividía era fundamentalmente la existencia de identidades políticas distintas, identidades que también promovían las luchas por el control de las mejores tierras y de otras ventajas económicas. A finales del siglo I, por ejemplo, una coalición de vecinos de los brúcteros se volvió contra ellos, lo que incitó a los observadores romanos a disfrutar del espectáculo de la masacre de, según se dice, sesenta mil personas. Los *Anales* de Tácito también registran un combate a muerte entre los hermunduros y los catos, así como la aniquilación final de los ampsivarios, que, desprovistos de tierras, eran por tanto molestos: «...y, tras largo vagar como extranjeros, pordioseros o enemigos en tierra extraña, toda su juventud fue masacrada y los que estaban en edad no apta para la guerra distribuidos como botín».[7]

Difícilmente podría estar más claro que las quimeras decimonónicas de una antigua nación germana estaban muy lejos de dar en el blanco. Las alianzas temporales y el surgimiento de reyes investidos de un poder poco común podían unir durante un tiempo a dos o más de las muchas tribus pequeñas en que se dividían, pero los habitantes de la Germania del siglo I no tenían capacidad para formular ni poner en práctica un proyecto político continuado y unificador.

¿Por qué la expansión romana fue incapaz de engullir todo este mundo tan fragmentado como había hecho con la Europa celta? La detención del avance de las legiones en el norte de Europa se ha atribuido con frecuencia a la gran victoria de Arminio, pero, al igual que el desbaratamiento de la legión capitaneada por Sabino y Cotta en el año 54 a. C., la masacre de las dirigidas por Varo, fue un acontecimiento puntual del que los romanos se tomaron cumplida venganza. La visita de Germánico al bosque de Teutoburgo en el año 15 d. C. formaba parte de otra gran campaña contra los queruscos de Arminio. Durante esa visita, una segunda fuerza romana cayó en una emboscada tendida por los guerreros de Arminio, pero en esta ocasión el resultado fue diferente. Pese a verse durante un tiempo en un grave aprieto, al final los romanos condujeron a sus enemigos a una trampa, con desenlace predecible: «[Los germanos] iban cayendo, tan desprevenidos en las situaciones adversas como ansiosos en las favorables. Arminio abandonó la lucha ileso [pero] la masa fue liquidada, mientras la rabia y la luz del día duraron».[8] Los

romanos contaban con la ayuda de Segestes, un segundo cabecilla de los queruscos que, al igual que muchos jefes celtas de la Galia de los tiempos de Julio César, veía considerables ventajas en el hecho de que su territorio pasara a formar parte del imperio romano. Difícilmente podía estar unido el conjunto de los germanos en su lucha contra Roma si ni siquiera lo estaban los queruscos. Por eso el bosque de Teutoburgo no detuvo el avance de las legiones que les perseguían. En el año 16 d. C. se produjeron nuevas victorias romanas, y unos tres años después Arminio fue asesinado por una facción de los miembros de su propia tribu. Su hijo fue educado en Ravena. Arminio había obtenido por casualidad una inmensa victoria, pero las razones que subyacían a la detención de las legiones en los límites de la Germania del siglo I eran totalmente diferentes.

La logística hacía que hubiese muchas posibilidades de que las fronteras europeas de Roma terminasen en alguna parte junto al curso de un río. Los ríos hacían que el suministro de la gran cantidad de tropas estacionadas en la frontera resultase una empresa mucho más factible. Una legión de los primeros tiempos del imperio, compuesta por unos cinco mil hombres, necesitaba unos 7.500 kilos de grano y 450 kilos de forraje al día, es decir, 225 y 13,5 toneladas al mes, respectivamente.[9] En esa época, la mayoría de las tropas romanas se hallaban situadas en las fronteras o cerca de ellas, y las condiciones reinantes en la mayor parte de las regiones fronterizas, antes de que se iniciase el desarrollo económico, hacían imposible satisfacer sus necesidades con los meros recursos locales. La fijación de la frontera occidental en el Rin, en vez de en cualquiera de los demás ríos que fluyen de norte a sur en la Europa del oeste o del centro —y entre cuyo elevado número destaca el Elba— tenía también otra ventaja. Al utilizar el Ródano y (merced a un breve transporte por tierra) el Mosela, los suministros podían desplazarse por vía fluvial directamente desde el Mediterráneo hasta el Rin sin tener que desafiar ningún tramo de aguas bravas.

La verdadera razón por la que el Rin se afianzó finalmente como frontera hay que buscarla en la interacción entre los factores que sustentaban la expansión romana y los niveles relativos de desarrollo social y económico existentes en el interior de la Europa prerromana. La expansión de Roma recibía su impulso de las luchas intestinas por el poder que en-

frentaban a los oligarcas republicanos, como Julio César, así como de los deseos de gloria de los primeros emperadores. La expansión como vía de acceso al poder político de Roma había adquirido ímpetu en un momento en el que aún había en torno al Mediterráneo un gran número de comunidades prósperas sin conquistar que sólo esperaban ser cobradas. Una vez anexionadas, se convertían en una nueva fuente de tributos para Roma, y además encumbraban el nombre del general que había organizado su conquista. Con el tiempo, sin embargo, los trofeos más suntuosos empezaron a resultar escasos, hasta que, a principios de la era imperial, la expansión comenzó a apropiarse de territorios que en realidad no producían ingresos suficientes para justificar los costes de la conquista. Britania en particular, según subrayan las fuentes antiguas, fue conquistada únicamente porque el emperador Claudio deseaba alcanzar la gloria.[10] Si tenemos esto presente, y si contrastamos en un mapa su relación con los niveles de desarrollo económico alcanzados por la Europa no romana, los límites de la expansión de Roma hacia el norte adquieren un significado particular.

Al final, la expansión se detuvo en una zona intermedia situada entre dos culturas materiales de enorme importancia: las llamadas culturas de La Tène y de Jastorf (mapa 2). Ambas se distinguen por algunas diferencias clave relacionadas con el carácter general de la vida. Además de aldeas, la Europa de La Tène había generado también, antes de la conquista romana, asentamientos de mucho mayor tamaño que a veces se identificaban como ciudades (en latín, *oppida* —de ahí que otra de las denominaciones comunes de esta cultura sea la de «cultura de los *oppida*»—). En algunas comarcas de La Tène se utilizaban monedas, y algunos de sus pobladores sabían leer y escribir. Las complejas instituciones políticas y religiosas que predominaban entre algunos de los grupos de La Tène que él mismo había conquistado, en particular entre los eduos del suroeste de la Galia, aparecen descritas en la *Guerra de las Galias* de César. Todas estas instituciones descansaban sobre una economía capaz de producir un excedente de alimentos suficiente para sostener a las clases militar, sacerdotal y artesana y liberarlas de los trabajos asociados a la producción agrícola primaria. La Europa de Jastorf, por el contrario, vivía en un nivel de subsistencia mucho más precario, ponía más el acento en la economía pastoril, y disponía de un excedente de alimentos mucho menor. Su población no poseía un sistema monetario ni sabía leer ni escribir, y no había dado lugar, en tor-

no a la época del nacimiento de Cristo, a ningún verdadero asentamiento —ni compuesto por aldeas siquiera—. Además, apenas se han hallado pruebas de ningún tipo de actividad económica especializada entre sus restos.

En la época en que estaban vigentes las suposiciones de Kossinna, y en que las zonas culturales se asociaban a «pueblos», era habitual considerar que las culturas de La Tène y de Jastorf correspondían, respectivamente, a los pueblos celta y germano, pero estas equiparaciones simplistas no son válidas. Las zonas que presentan semejanzas arqueológicas son el reflejo de unas pautas de cultura material, y la cultura material puede adquirirse: la gente no nace sin más dotada de un determinado conjunto de armas, vasijas y adornos que luego conserve contra viento y marea. A pesar de que, en su origen, las pautas culturales de La Tène habían surgido efectivamente entre algunos de los pobladores europeos de habla celta, y de que las pautas equivalentes de la cultura de Jastorf lo habían hecho entre determinados grupos germánicos, no había ninguna regla de oro que impidiera que los grupos germánicos hubiesen podido adoptar ciertos elementos de la cultura material de La Tène. Y por la época en que la supremacía romana avanzaba hacia el norte de los Alpes, algunos de los grupos germánicos que habitaban en las estribaciones del mundo céltico, en particular los situados en torno a la desembocadura del Rin, poseían una cultura evolucionada que se ajustaba mucho más a las normas de La Tène que a las de Jastorf.

Por consiguiente, el avance romano no se detuvo ante una división étnica, sino junto a la gran línea de fractura de la organización socioeconómica europea. Lo que sucedió fue que la mayor parte de la Europa de La Tène, más adelantada, quedó incorporada al imperio, mientras que la Europa de Jastorf quedó excluida.

Esto confirma una propensión de carácter mucho más general. Tal como se ha observado igualmente en el caso de China, existe una tendencia general que conduce a que las fronteras de un imperio basado en la agricultura del arado se estabilicen en una zona intermedia —parcialmente fundada en tierras de cultivo y parcialmente basada en la vida pastoril— en donde la capacidad productiva de la economía local no alcanza a satisfacer por sí sola las necesidades de los ejércitos imperiales. Las ideologías de expansión y los deseos de gloria de algunos gobernantes empujarán a esos ejércitos un poco más allá de la línea de equilibrio, pero, al final, las dificultades que implica la anexión de la siguiente por-

ción de territorio, unidas a la riqueza relativamente escasa que puede extraerse de él, hacen que toda ulterior conquista resulte poco atractiva. La Europa de dos velocidades no es un fenómeno nuevo, y los romanos llegaron a una conclusión lógica. Tiberio, el sucesor de Augusto, pensó simplemente que no valía la pena conquistar Germania. Podía derrotarse en enfrentamientos puntuales a las poblaciones que se hallaban dispersas por la gran superficie de aquellos rincones aún densamente boscosos de Europa, pero, en términos estratégicos, las regiones de la cultura de Jastorf revelaron ser mucho más difíciles de dominar que las poblaciones concentradas y ordenadas que ocupaban las ciudades de la cultura de La Tène. Los factores que se aliaron para detener a las legiones que seguían la pista de los germanos del norte fueron las ventajas logísticas que ofrecía el eje formado por el Rin y el Mosela, y los cálculos de coste y beneficio vinculados con la limitada economía de la Europa de Jastorf. Desde el punto de vista político, el conjunto de Germania se hallaba además excesivamente desunido para plantear una amenaza grave a las tierras ya conquistadas y más productivas. Resulta así del todo apropiado que los nacionalistas alemanes del siglo XIX colocaran el monumento a Hermann en el sitio equivocado, dado que también habían errado en la interpretación de su verdadero significado. No fue la proeza militar de los germanos lo que les mantuvo fuera del imperio, sino su pobreza.[11]

En consecuencia, a mediados del siglo I d. C. la frontera que los romanos podían defender quedó establecida, en términos generales, a lo largo de una línea definida por los ríos Rin y Danubio. Dejando a un lado algunos ajustes de poca importancia, allí seguía la frontera trescientos años después, lo que tuvo profundas consecuencias. Al oeste y al sur de estos límites fluviales, las poblaciones europeas, ya perteneciesen a las culturas de Jastorf o de La Tène, se vieron arrastradas en una dirección que las llevó a adoptar el latín, a utilizar togas, a construir ciudades y, finalmente, a abrazar el cristianismo. Al norte y al este de esta línea, la Europa dominada por los germanos, que observaban desde la barrera la paulatina transformación que la romanización iba produciendo en las poblaciones vecinas, nunca llegó a formar parte del mundo romano. Desde el punto de vista romano, Germania siguió siendo la patria de los bárbaros más recalcitrantes. La misma etiqueta se utilizó para definir a los persas de Oriente. Sin embargo, el alcance de la amenaza que planteaba este segundo gran grupo de bárbaros era totalmente diferente.

En Naqsh-e Rostam, a siete kilómetros al norte de Persépolis, se encuentran las tumbas rupestres de los célebres reyes de la Antigüedad persa pertenecientes a la dinastía aqueménida, Darío y su hijo Jerjes, cuyas importunas intenciones fueron rechazadas por los atenienses y sus aliados en las batallas de Maratón y Salamina, en los años 490 y 480 a. C. También aquí, en 1936, se descubrió, grabada en tres idiomas en los costados de un templo zoroástrico consagrado al fuego, la orgullosa jactancia de un rey persa muy posterior:

> Soy el divino Sapor, adorador de Mazda, rey de reyes ... perteneciente a la raza de los dioses, hijo del adorador de Mazda, el divino Ardachir, rey de reyes ... Cuando fui elevado por primera vez al dominio de las naciones, el César Gordiano [emperador, 238-244] de todo el imperio romano ... reunió un ejército y marchó ... contra nosotros. Ambos bandos libraron una gran batalla en las fronteras de Asiria, en Misikhe. El César Gordiano fue muerto y el ejército romano aniquilado. Los romanos proclamaron César a Filipo. Y el César Filipo vino a solicitar la paz, y por sus vidas pagó un rescate de quinientos mil denarios y se convirtió en nuestro tributario ... Y el César volvió a mentir e hizo injusticia a Armenia. Marchamos contra el imperio romano y aniquilamos a un ejército de sesenta mil hombres en Barbalissos. Incendiamos y devastamos y asolamos la nación de Siria, así como toda nación y llanura situada por encima de ella. Y en la campaña [tomamos] ... 37 ciudades con sus territorios adyacentes. En la tercera contienda ... el César Valeriano vino sobre nosotros. Iba con él una fuerza de setenta mil hombres ... Entablamos con el César Valeriano una gran batalla más allá de Carras y Edesa, y le cogimos prisionero con nuestras propias manos, junto con todos los demás comandantes del ejército ... En esta campaña también conquistamos ... 36 ciudades con sus territorios circundantes.

Este texto procede de la *Res Gestæ Divi Saporis* (Las gestas del divino Sapor) y resume los hechos de una revolución estratégica que comenzó en el siglo III d. C. y transformó el imperio romano.[12]

Hasta ese momento, la resistencia a Roma en el este había estado encabezada por la dinastía arsácida, formada por los reyes partos y establecida hacia el 250 a. C. Los arsácidas gobernaban un mundo que no podía ser más distinto al formado por los boscosos terruños de los germanos del norte de Europa. La dinastía se había originado en Partia, y

en el siglo III a. C. comenzó a ampliar los límites de su dominio en Oriente Próximo, logrando sujetar rápidamente a su influencia los territorios comprendidos entre el Éufrates y el Indo. Abrazó así un enorme abanico de poblaciones y de hábitats, pero Mesopotamia habría de convertirse muy pronto en el principal feudo de la dinastía. La historia de la región, nuevamente distinta a la de Germania, se había visto jalonada por el surgimiento y caída de grandes imperios, entre los que destaca el aqueménida de Ciro, Darío y Jerjes. Estos monarcas no sólo habían dominado el Oriente Próximo, sino también Egipto, el oeste de Turquía y el Creciente fértil, e incluso habían estado a punto de engullir Grecia.

Los arsácidas partos habían obtenido algunas primeras victorias sobre el imperio romano a finales de la época republicana, cuando la potencia romana se adentró por primera vez tan al este: la más célebre de todas ellas fue la destrucción del ejército de los dos Crasos, padre e hijo, en el año 53 a. C. Sin embargo, hacia el siglo II d. C., la capacidad de la dinastía para ofrecer una seria resistencia a Roma había disminuido, y una serie de emperadores romanos obtuvieron resonantes victorias en el frente persa. La última de ellas se produjo en la década de 190, cuando Septimio Severo creó dos nuevas provincias, Osroene y Mesopotamia, con lo que hizo avanzar la frontera hacia el sur y hacia el este. Sus victorias hicieron estallar una crisis en el mundo dominado por los partos. Varios miembros de la dinastía lucharon por hacerse con el poder, y algunas regiones remotas se sacudieron el yugo de su soberanía. En los años 205 y 206 comenzó ya una rebelión en la provincia de Fars, junto al océano Índico. El cabecilla del alzamiento era Sasán, el más importante de los magnates de la región, y al morir éste, su continuador fue el padre de Sapor, Ardachir I (que reinó entre 224 y 240, fecha en la que abdicó), verdadero fundador de la dinastía sasánida. En 224 y 225, Ardachir derrotó a dos soberanos arsácidas rivales y afirmó su supremacía sobre el resto de los magnates de la región, que también se habían zafado de la dominación arsácida, para proclamarse a sí mismo rey de reyes en Persépolis en septiembre de 226.[13]

Tal como establece con claridad la *Res Gestæ Divi Saporis*, el ascenso a la posición dominante de la dinastía sasánida no fue simplemente un episodio clave de la historia interna de los modernos Irak e Irán. Una de las razones fundamentales que se hallaban detrás del desplome de la hegemonía de los arsácidas había sido la sucesión de derrotas sufridas a

manos de una serie de emperadores romanos a lo largo del siglo II, y los sasánidas lograron invertir con rapidez y eficacia el equilibrio de poder predominante. Ardachir I había iniciado el proceso. Al invadir por primera vez la Mesopotamia romana entre los años 237 y 240, se apoderó de las ciudades clave de Carras, Nisibis y Hatra (mapa 3). La respuesta de Roma al desafío consistió en lanzar tres grandes contraataques durante los primeros veinte años del reinado del hijo de Ardachir, Sapor I (que reinó entre 240 y 272). Las consecuencias fueron tal como consigna la inscripción del rey. Los romanos sufrieron tres enormes derrotas, dos emperadores resultaron muertos, y un tercero, Valeriano, fue capturado. Sapor mandó arrastrar a Valeriano a sus pies, cargado de cadenas, como símbolo de su propia grandeza: una imagen que ha quedado conservada para la posteridad en el gran relieve esculpido de Bishapur. Tras su muerte, Sapor mandó que lo desollaran y lo empajaran para que sirviera como trofeo permanente. Más adelante, en ese mismo siglo, un segundo emperador romano, Numeriano, fue igualmente capturado, pero en esta ocasión se le dio muerte inmediatamente: «Le despellejaron y con su piel hicieron un saco. Y lo trataron con mirra [para que se conservase] y lo guardaron como un objeto de excepcional magnificencia».[14] Las fuentes no nos dicen si éste fue también el destino de Valeriano, ni si se lo extendió sobre el suelo o por los muros.

Nada podría simbolizar mejor el nuevo orden mundial. El ascenso de los sasánidas desbarató un período de hegemonía romana en Oriente que ya por entonces se acercaba al siglo. En términos generales, la situación estratégica de Roma se había deteriorado de forma súbita y determinante, porque la superpotencia sasánida, es decir, la nueva dinastía persa, pese a todos los esfuerzos desplegados por Roma a mediados del siglo III, no iba a desaparecer rápidamente. Los sasánidas explotaron los recursos de Mesopotamia y de la meseta irania con una eficacia mucho mayor que la de sus antecesores arsácidas. Su empeño de que los principados alejados quedaran soldados en una única estructura política tuvo mucho más éxito, y utilizaron la mano de obra que aportaban los prisioneros romanos para realizar formidables proyectos de regadío, los cuales habrían de generar finalmente un incremento de asentamientos y de tierras cultivadas del 50 por 100 en las regiones comprendidas entre el Tigris y el Éufrates. Desde luego, este proceso comenzó con Sapor, si es que no fue ya iniciado por su padre, y el crecimiento resultante de las rentas públicas fue gestionado por

3. El frente oriental de Roma y las conquistas persas en 363

una burocracia floreciente y utilizado para el mantenimiento de un ejército cuyo carácter era, al menos en parte, profesional. No en vano había reactivado Sapor, en su postura diplomática ante los romanos, una reivindicación que reclamaba la totalidad del antiguo imperio aqueménida: no sólo quería Irán e Irak, sino también Egipto, el Creciente fértil y la Turquía occidental.[15]

Ya antes, en todas sus zonas fronterizas, había tenido que actuar Roma en un contexto en el que ella era la potencia dominada. Sus enemigos podían lograr éxitos locales, pero era fácil anular las derrotas si se movilizaban los recursos de que disponía el imperio. Ahora bien, el surgimiento de una superpotencia rival suponía una enorme conmoción estratégica. No sólo tenía repercusiones en las regiones de la frontera oriental, como enumera la inscripción que consigna los saqueos y las conquistas de Sapor, sino que las tenía también en el conjunto del imperio. Y no sólo era preciso enfrentarse a un enemigo mucho más poderoso en la frontera oriental, sino que seguía siendo necesario mantener la defensa de todas las demás fronteras. Para que esto fuese posible, era vital lograr un aumento determinante del poderío del ejército romano. En el siglo IV, esta necesidad había generado ya unas fuerzas armadas que eran a un tiempo mayores y estaban organizadas de un modo sustancialmente diferente.

Como hemos visto en el capítulo 1, el ejército romano de principios de la época imperial estaba dividido en legiones. Cada una de ellas era una pequeña fuerza expedicionaria de algo más de cinco mil hombres, reclutados únicamente entre el censo de los ciudadanos romanos, mientras que las filas de las unidades auxiliares (la infantería —*cohortes*— y la caballería —*alæ*—) se formaban con reclutas que no eran ciudadanos. Para el siglo IV, las legiones habían sido divididas en un mayor número de unidades de menor tamaño. En cierto modo, esto venía a fijar una práctica que ya venía aplicándose en los ejércitos romanos, porque las cohortes, compuestas por quinientos hombres, ya habían actuado a menudo con independencia del grueso principal de su legión. Además, se habían reorganizado las distintas clases de unidades. En vez de legiones y tropas auxiliares, el ejército de la Roma tardía estaba compuesto por tropas de guarnición de fronteras (*limitanei*) y por fuerzas móviles de combate (*comitatenses*), reunidas todas ellas tras las líneas de las tres fronteras principales: el Rin, el Danubio y el este. Las tropas de combate estaban mejor equipadas y un poco mejor pagadas, pero las tropas de guarnición también eran formidables y no estaban compuestas por soldados que repartieran su tiempo entre la milicia y el campo, como a veces se las ha descrito. Era frecuente que, en ciertas campañas, se las movilizara junto con las fuerzas de combate. En el plano de las unidades también había una especialización mucho mayor: se empleaban regimientos de arqueros a caballo (*sagitarii*), de artillería pesada (*ballistiarii*) y de jine-

tes acorazados (los *clibanarii*, antecesores de nuestros «carros blindados»). En conjunto, si César había confiado casi exclusivamente en la infantería de la legión, ahora se ponía más el acento en la caballería. Algunas de las unidades de la caballería pesada habían sido desarrolladas por imitación directa de sus equivalentes persas, que habían desempeñado un papel fundamental en las derrotas de Gordiano, Filipo y Valeriano. No obstante, en términos numéricos, el ejército de la Roma tardía seguía dominado por la infantería, en especial las fuerzas de combate móviles: los soldados de infantería, al no depender de la disponibilidad de forraje para los animales y al ser capaces de desplazarse largas distancias sin dejar de combatir con eficacia, resultaban en realidad más móviles en términos estratégicos.

Las dimensiones del ejército de la Roma tardía siguen siendo objeto de un acalorado debate. Tenemos una idea bastante exacta de los efectivos con que contaba el ejército, sobre el papel, en la época de los emperadores de la dinastía de los Severos, es decir, a principios del siglo III, inmediatamente antes del ascenso de los sasánidas. Estaba compuesto por treinta legiones de más de cinco mil hombres cada una, y por un número de auxiliares semejante, lo que suponía un total global de unos trescientos mil soldados. Sin embargo, los intentos de calcular sobre un fundamento similar las dimensiones totales del ejército del imperio tardío han fracasado —pese a que dispongamos, gracias a una fuente denominada *Notitia Dignitatum* (véanse las páginas 316-319) fechada en torno el año 400 d. C., de una lista bastante completa de sus unidades— debido a que los efectivos teóricos de los diversos tipos de unidades generados por la reorganización varían claramente, y a que no estamos seguros del tamaño que tenían algunas de ellas. El debate ha pasado a girar, por tanto, en torno a dos de las cifras globales de que tenemos noticia: una de 645.000 hombres, y otra, que se refiere específicamente a la época del emperador de Oriente, Diocleciano (que reinó entre los años 284 y 305 d. C.), de 389.704 hombres, a los que hay que añadir los 45.562 de la flota, lo que arroja un total de 435.266 hombres. Ambas estimaciones son dudosas. La primera cifra nos la proporciona el historiador Agatias, que escribe a principios de la década de 570 y que, para criticar a los emperadores de su tiempo, compara de manera elogiosa en un pasaje los 645.000 efectivos del pasado con el estamento militar de su propia época, integrado por 150.000 hombres. La exageración de la primera cifra resulta enteramente favorable a su argumento. La cifra de 435.266 hom-

bres merece, *a priori*, mayor credibilidad, tanto por su precisión como por el hecho de que no se trate de un contexto espoleado por la polémica. Sin embargo, también esta cifra nos viene dada por un autor del siglo VI, no por uno del siglo IV, ya que aparece en un texto compuesto unos doscientos años después de la muerte de Diocleciano, lo que difícilmente puede considerarse idóneo. También sabemos que hubo importantes movimientos de reorganización militar después del reinado de Diocleciano, y que la distinción entre *comitatenses* y *limitanei* quedó totalmente fijada en tiempos de Constantino. Incluso en el caso de que aceptáramos que la cifra es exacta, hay muchas razones para suponer que el ejército siguió expandiéndose con posterioridad: los cálculos de los historiadores han oscilado por tanto entre los 400.000 y los 600.000 hombres. Incluso un cálculo que arrojase una cifra inferior sugeriría que entre principios del siglo III y mediados del IV, el contingente de 300.000 hombres del ejército romano aumentó su tamaño al menos en un tercio, y muy posiblemente en una cifra sustancialmente superior.[16]

A mi juicio, no hay la menor duda de que se produjo un incremento de esa magnitud, no sólo por la cambiante situación estratégica —dominada por la circunstancia de que Roma se enfrentaba ahora a una superpotencia enemiga en Oriente—, sino también por el hecho de que los últimos años del siglo III y los primeros del IV asistieron a una importante reestructuración económica del imperio. La mayor partida de gasto siempre había sido el ejército: incluso un incremento de tamaño de un tercio de su volumen, según un cálculo conservador, representaba un enorme aumento del montante total de ingresos que debía recaudar el estado romano. Si pidiéramos a un estado moderno que financiase un incremento del 33 por 100 o más de su mayor partida presupuestaria no tardaríamos en ver encanecer a los burócratas. El hecho de que la presión fiscal del imperio tuviera que ser radicalmente transformada como parte de la respuesta al ascenso de los sasánidas es algo perfectamente coherente, tanto con el alcance de la nueva amenaza persa como con las estimaciones más bajas de la expansión militar de la Roma tardía. Se ha atribuido frecuentemente al emperador Diocleciano gran parte de la respuesta dada por Roma a la crisis del siglo III. Sin embargo, aunque su reinado llevó a su culminación o hizo progresar considerablemente un gran número de reformas, la mayoría de esos cambios eran procesos desarrollados en el largo plazo y no producto de una sola inteligencia. Eso fue ciertamente lo que ocurrió con la reorganización y la expansión del

ejército, y es igualmente cierto en lo que hace a las reformas económicas necesarias para financiarlas.

Al comenzar la crisis, la primera respuesta fiscal de los emperadores del siglo III consistió en hacer valer su derecho a abastecerse de todas las fuentes de renta existentes. En primer lugar, en algún momento entre las décadas de 240 y 260, los ingresos que recaudaban las ciudades —procedentes de donaciones, así como de pontazgos e impuestos locales— quedaron, según una práctica largo tiempo instituida, confiscados por el estado. Los funcionarios de las ciudades tuvieron que seguir recaudando los dineros y administrando las donaciones, pero los ingresos ya no podían gastarse en el ámbito local. Se ha culpado con frecuencia a Diocleciano de este cambio, pero ninguna de las fuentes de que disponemos para el estudio de su reinado lo menciona, y eso que muchas de ellas eran contrarias a sus reformas económicas. Era una de las respuestas más sencillas a la crisis económica, y por ello fue probablemente una de las primeras. Estos nuevos fondos no eran insignificantes, y en el siglo IV los emperadores que deseaban granjearse el favor local devolvieron en ocasiones una parte a las ciudades.[17]

Sin embargo, estos ingresos no eran suficientes para cubrir la totalidad del coste del nuevo ejército, y a finales del siglo III los emperadores emprendieron también otras dos estrategias. En primer lugar, rebajaron la aleación empleada en la acuñación de moneda y redujeron el contenido en plata de los *denarii* con los que se acostumbraba a pagar al ejército.

Los denarios de la época de Galieno (que reinó entre los años 253 y 268), por ejemplo, eran básicamente monedas de cobre, ya que contenían menos de un 5 por 100 de plata. Esta estrategia produjo más monedas, pero la consecuencia inevitable fue una inflación generalizada de los precios. El edicto de precios de Diocleciano del año 301 d. C. fijaba el precio de una medida de trigo, que en el siglo II hubiera costado aproximadamente medio denario, en una cantidad no inferior a cien de los nuevos denarios devaluados. Las pruebas comparadas sugieren que transcurría aproximadamente un mes antes de que los comerciantes se percataran de que las nuevas monedas eran aún peores que las viejas y subieran los precios, así que cada desvalorización no concedía a los apurados emperadores más que un breve respiro. A largo plazo, una desvalorización seguida de una fijación de precios no constituía una solución, porque los comerciantes se limitaban simplemente a retirar sus artículos de los anaqueles y a distribuir su mercancía en el mercado negro. Y a un

plazo aún mayor, el único remedio era extraer una mayor proporción de riqueza del imperio —del producto imperial bruto— por vía de impuestos. Esto había venido provocado también por los peores momentos de la crisis del siglo III, ya que los emperadores, en períodos de tensión concretos, podían exigir impuestos extraordinarios, en forma de alimentos. Esto evitaba los problemas de la acuñación, pero, debido a su carácter impredecible, resultaba muy impopular. Por último, en la época de Diocleciano, se sistematizó plenamente un nuevo impuesto periódico que gravaba la producción económica: la *annona militaris*.[18]

De este modo, la súbita aparición en el siglo III de una superpotencia persa en Oriente produjo una formidable reestructuración del imperio romano. Los efectos de las medidas que inspiró para contrarrestar la amenaza no fueron instantáneos, pero, al final, la reestructuración logró el resultado deseado. Al terminar el siglo III, y en términos generales, Roma tenía la situación estratégica bajo control: había logrado costear el suficiente número de soldados para poder estabilizar el frente oriental. En el año 298 d. C., el emperador Galerio, que reinaba junto con Diocleciano, obtuvo una importante victoria sobre los persas, y a partir de aquel momento el poder de Persia quedó, con mayor o menor eficacia, contenido. Durante el siglo siguiente los romanos sufrieron algunas pérdidas más, en ocasiones tremendas, pero también cosecharon algunas victorias, y, en líneas generales, la nueva clase dirigente militar cumplía su cometido. La guerra entre los romanos y los persas se centraba ahora más en el asedio periódico de unas fortificaciones provistas de defensas formidables que en campañas de maniobras capaces de producir graves daños, como había ocurrido con las invasiones de Siria efectuadas por Sapor. De vez en cuando podían perderse las fortalezas, como sucedió con la de Amida en 359, pero, por sus dimensiones, este tipo de derrotas no guardaba la menor semejanza con los desastres del siglo III. No era posible hacer retroceder el reloj estratégico, pero tanto las estructuras militares como las fiscales habían crecido adecuadamente para poder hacer frente a la gran amenaza persa.[19]

Es importante reconocer, sin embargo, lo grande que fue el esfuerzo que tuvieron que hacer los romanos para conseguir este estado de cosas. La confiscación de las rentas de las ciudades y la reforma general del sistema impositivo no fueron cuestiones fáciles. Desde que apareciera por primera vez la agresiva dinastía sasánida, Roma había tardado más de cincuenta años en poner en orden sus asuntos económicos, y todo el pro-

ceso había requerido una formidable expansión de la maquinaria de la gobernación central, que debía supervisar el proceso. Como vimos en el capítulo 1, a partir del año 250 d. C. se produjo un considerable crecimiento del número de cargos burocráticos imperiales de alto rango. La reestructuración militar y económica, por tanto, tuvo profundas consecuencias políticas. Aunque el desplazamiento geográfico que empujaba al poder a abandonar Roma e Italia podía apreciarse ya en el siglo II, si bien en forma embrionaria, la respuesta del imperio al ascenso de Persia lo aceleró en gran medida. Y a pesar de que la presencia de múltiples emperadores correinantes no había sido algo desconocido en el siglo II, fue la necesidad política y administrativa lo que en el siglo III consolidó el fenómeno del gobierno de más de un emperador como norma general de la vida pública de la Roma tardía.

A partir de la década de 230, un rosario de emperadores se vio forzado a trasladarse al este para hacer frente a los persas, y esto, al dejar las tierras del oeste —y en particular las de la región fronteriza del Rin— desprovistas de la presencia oficial del emperador, hizo que hubiera demasiados soldados y oficiales excluidos del círculo de distribución de privilegios. La consecuencia fue una agitación política grave y duradera entre los mandos. En lo que se ha llamado a veces la «anarquía militar», los cincuenta años que siguieron al asesinato del emperador Severo Alejandro, ocurrido en el año 235 d. C., vieron cómo las riendas del poder de Roma pasaban por las manos de no menos de veinte emperadores legítimos, así como por las de una legión de usurpadores. Entre todos ellos, la media de permanencia en el cargo no superó los dos años y medio. Semejante aluvión de emperadores es una señal elocuente de la soterrada existencia de un problema estructural. En esta época, siempre que los emperadores se concentraban únicamente en una parte del imperio, crecía a tal punto en sus demás regiones el número de jefes del ejército y de burócratas descontentos que surgían ideas de usurpación. En este sentido resulta particularmente interesante el llamado «imperio galo». Cuando Valeriano fue capturado por los persas en 259, los funcionarios públicos y los comandantes militares de la frontera del Rin unificaron su propio régimen y lo sometieron a la dirección de una serie de generales que gobernaron la Galia durante casi treinta años. Fue un régimen por entero ajeno a tensiones separatistas y verdaderamente romano: se trataba simplemente de un modo de asegurarse de que su particular rincón del imperio recibiera una buena tajada del pastel imperial.[20]

De esta forma, y a su peculiar y diferente modo, los dos vecinos más peligrosos del imperio influyeron profundamente en su desarrollo. El nivel relativamente bajo de logros económicos que había prevalecido entre los germanos, belicosos y políticamente fragmentados, imponía una barrera a la expansión imperial, una barrera que no resultaba rentable superar. En consecuencia, las fronteras europeas de Roma quedaron más o menos fijadas a lo largo del Rin y del Danubio. La región de Oriente Próximo, una tierra habitada por una población igualmente combativa, tenía una historia de cooperación política más sólida y poseía una economía que era capaz de sostener a una población mayor y que le permitía realizar un abanico de actividades más amplio. El catalizador que supuso la dinastía sasánida convirtió a la zona en una superpotencia rival cuya aparición en escena forzó al estado romano a revisar su organización. El ejército, los impuestos, la burocracia y la política: todo tuvo que ser adaptado para hacer frente al desafío persa. El único aspecto del imperio que no sufrió ajustes fue el relacionado con la ideología que animaba su cosmovisión, y, más específicamente, el de la posición que adjudicaba a todos aquellos «bárbaros».

Los bárbaros y el orden romano

En el verano del 370 d. C., un grupo de invasores sajones agrupados en barcos surgió del río Elba y se dirigió al oeste siguiendo la costa norte de la Europa continental. Tras evitar la frontera defendida por los romanos, el grupo desembarcó finalmente en el norte de Francia, probablemente en algún lugar al oeste del Sena. Rápidamente, los romanos reunieron tropas suficientes para obligarles a negociar. En palabras de Amiano Marcelino, el mejor historiador romano del siglo IV:[21]

> Después de una larga y conflictiva deliberación, como parecía que esta medida favorecía al estado, se hizo una tregua y, según lo pactado, los sajones entregaron a muchos jóvenes en edad militar, tras lo cual pudieron marcharse sin impedimento alguno y regresaron al lugar [del que] habían venido.

Pero las cosas no eran lo que parecían ser. Mientras negociaban, los romanos situaron en secreto su caballería pesada, junto con algunas tropas de infantería, entre los sajones y sus barcos:

... los romanos, ya con más coraje y acechando por todas partes, empuñaron sus espadas y mataron a los enemigos, que no tenían salida alguna. Ninguno de ellos pudo volver a su patria, ni logró tampoco nadie sobrevivir a la masacre de su pueblo.

Pero Amiano continúa:

Y aunque si una persona justa examina atentamente esta situación, la considerará pérfida e indigna, lo cierto es que, si se analiza el resultado, no consideraría tan indigno ... que se haya podido finalmente encontrar una ocasión para acabar con esa banda de ladrones.

Desde el punto de vista de Amiano, si se trataba de librarse de unos bárbaros, el doble juego no era ningún problema.

La eliminación de bárbaros seguía teniendo una acogida extremadamente buena entre el público romano medio. Desde luego, los anfiteatros de Roma eran testigos de muchos actos diferentes de violencia, desde los combates de gladiadores a ciertas formas de ejecución judicial sumamente ingeniosas. Se ha calculado que, sólo en el Coliseo, encontró la muerte de forma violenta la asombrosa cifra de unas doscientas mil personas. Y había cosos similares, aunque más pequeños, en todas las ciudades importantes del imperio. Ver morir a los bárbaros era un componente normal del entretenimiento. En 306, para celebrar que había pacificado la frontera del Rin, el emperador Constantino hizo que dos reyes franco germanos capturados, Ascárico y Merogaisio, fuesen devorados por las fieras en la arena del circo de Tréveris. Con esto se aseguraba también de que el amplio público radicado en todo el imperio tuviese noticia de su triunfo.[22] Y si no podía disponer de ningún rey bárbaro, siempre había alternativas. En 383, nuestro viejo amigo Símaco, que entonces era prefecto urbano de Roma, escribió al emperador Valentiniano II para decirle lo mucho que había disfrutado el público al deleitarse la vista con el espectáculo de unos cuantos soldados rasos sármatas de lengua irania que habían muerto de forma brutal a manos de unos gladiadores. Lo que resulta sorprendente es el comentario de Símaco:

Los rumores no ocultan el espléndido resultado de nuestras guerras, pero una victoria adquiere mayor credibilidad si se ve confirmada por la vista ... En estos tiempos hemos visto cosas que nos han sorprendido cuando nos las han leído en voz alta: una columna de prisioneros encadenados ...

[es] llevada en procesión y los rostros que un día se mostraron tan fieros aparecen ahora demudados, con una palidez que inspira lástima. Un nombre que un día nos resultó aterrador [es] ahora objeto de nuestro deleite, y las manos entrenadas a blandir armas extrañas temen enfrentarse a los pertrechos de los gladiadores. Para que puedas disfrutar de los laureles de la victoria con frecuencia y facilidad ... haz que nuestros bravos soldados tomen prisioneros [a los bárbaros] y que el circo de la ciudad acabe con ellos.[23]

Para él, estas muertes simbolizaban que el civilizado orden romano iba a continuar prevaleciendo sobre las bárbaras fuerzas del caos.

La causa de que la antipatía hacia los bárbaros se expresara con tanta desinhibición en el circo descansaba, para los romanos capaces de expresarse en perfecto latín, en muchas más cosas que el simple odio. Más o menos en el mismo momento en que los romanos tendían una emboscada a los sajones en la frontera noroeste de Roma, el orador y filósofo Temistio, que ejercía el papel de asesor imperial en cuestiones políticas, peroraba puesto en pie ante el senado de Constantinopla a fin de justificar las políticas de su patrón, el emperador Valente. El discurso contiene una observación particularmente elocuente: «Hay en cada uno de nosotros una tribu bárbara extremadamente autoritaria e intratable —me refiero a la cólera y a esos insaciables deseos que se oponen a la razón como los escitas y los germanos a los romanos».[24]

Los bárbaros ocupaban un lugar propio y bien definido en este universo romano, un lugar basado en una concreta visión del cosmos. Los seres humanos, argumentaban los romanos, constaban de dos elementos: un espíritu inteligente y racional, y un cuerpo físico. Por encima de la humanidad, en el cosmos, existían otros seres que, pese a estar dotados de poderes de mayor o menor magnitud, compartían todos la característica de estar constituidos únicamente de puro espíritu. Por debajo de los seres humanos estaban los animales, que encarnaban la materia pura. En esta organización, la humanidad es la única que combina un espíritu y un cuerpo, y de aquí emanaba la comprensión romana de la racionalidad. En las personas plenamente racionales —como la élite romana, desde luego—, el espíritu racional controlaba al cuerpo físico. Pero en los seres humanos inferiores —los bárbaros—, el cuerpo dominaba a la mente. En una palabra, los bárbaros eran la imagen opuesta de los romanos: les encantaba el alcohol, el sexo y las riquezas mundanas.

La irracionalidad bárbara se revelaba también de otras maneras. En opinión de los romanos, era fácil distinguir a un bárbaro por su reacción ante la fortuna. Si tenía un pequeño golpe de suerte, creía haber conquistado el mundo. Ahora bien, del mismo modo, el más ligero contratiempo le conduciría a la más profunda de las desesperaciones, y se lamentaría de su destino. Allí donde los romanos calculaban las probabilidades, formulaban planes sensatos y se adherían a ellos contra viento y marea, los desafortunados bárbaros se veían siempre y en todas partes expuestos al embate de los acontecimientos fortuitos. La sociedad bárbara era también colectivamente inferior: un mundo en el que el poder dictaba el derecho y en el que triunfaban quienes tenían los mayores bíceps. De este modo, los bárbaros constituían el imprescindible «otro» contrapuesto a la imagen que los romanos tenían de sí mismos: la sociedad inferior cuyas debilidades resaltaban y legitimaban las superioridades de la potencia imperial dominante. De hecho, el estado romano no se veía a sí mismo como una entidad accesoriamente mejor que aquellas que estaban situadas al otro lado de sus fronteras, sino como algo formidable y absolutamente superior, ya que su orden social había sido dispuesto por los dioses. Esta ideología no sólo lograba que las clases altas romanas se sintieran a gusto consigo mismas, sino que era parte inseparable del funcionamiento del imperio. En el siglo IV, las periódicas referencias a la amenaza bárbara hacían que, en general, la población se mostrara bien dispuesta a pagar sus impuestos, pese a los aumentos característicos que había exigido la crisis del siglo III.[25]

Y a pesar de que la estrategia funcionara razonablemente bien, pues arrojaba sobre sus vecinos del otro lado de las fronteras un estereotipo que los representaba como antítesis del orden romano sin dejar por ello de utilizarlos como pretexto para justificar la carga impositiva, no carecía de costes inherentes. La imagen del bárbaro hacía que cualquier individuo que habitase en el exterior del imperio pareciese una amenaza, y también, por definición, un ser humano inferior que pertenecía a una sociedad ignorante. Las abrumadoras implicaciones de esta actitud eran, en primer lugar, que el conflicto debía ser el estado normal de las relaciones entre romanos y no romanos; y en segundo lugar, que el imperio romano debía salir victorioso de cualquier empresa a la que aspirara. ¿A qué podía contribuir el favor divino sino a proporcionar seguridad de que no se habría de sufrir derrota alguna a manos de quienes carecían de ese favor de los dioses? La virtud imperial suprema, representada frecuente-

mente en las imágenes de las monedas como una deidad que otorga la corona de hojas de laurel, era, como sugiere esta estampa, la consecución de la victoria. Y cualquier negativa por su parte a concederla podía ser considerada como un signo de que el correspondiente portador de la púrpura no era el hombre adecuado para el cargo.[26]

Los portavoces imperiales se enfrentaban por tanto a la tarea de enfocar sus informes sobre los acontecimientos de la frontera de modo tal que se mantuviese la necesaria imagen de un imperio invencible. A principios del año 363, por ejemplo, el emperador Juliano aceptó un enorme riesgo militar al hacer que su ejército se adentrara quinientos kilómetros en suelo persa, justo hasta las inmediaciones de la capital, Ctesifonte. El rey de reyes persa, Cosroes, le dejó avanzar, y después activó una trampa. Los romanos se vieron forzados a luchar mientras se replegaban y trataban de deshacer todo el camino andado para regresar a su territorio. A finales de junio, después de que Juliano resultara muerto en una escaramuza, la situación era desesperada. El ejército romano aún tenía que recorrer 250 kilómetros, se había quedado prácticamente sin víveres, y sólo conseguía replegarse unos cinco kilómetros al día debido al acoso persa. Al sucesor de Juliano, Joviano —elegido durante la campaña— no le quedaba más opción que negociar una paz humillante. Se permitió partir al ejército romano, pero hubo de rendir a los persas dos ciudades clave, Nisibis y Sangara, una multitud de puestos fortificados y cinco provincias fronterizas (mapa 3). Ahora bien, tan acuciante era la expectativa de victoria, en especial al comienzo de un reinado —pues éste era un momento en el que era preciso que el sello de la aprobación divina resultase particularmente evidente—, que Joviano no podía permitirse que se tuviese conocimiento de la derrota. Sus monedas proclamaron que la paz persa se había obtenido mediante una victoria, y Temistio fue empujado a corroborar el hecho. El malestar del asesor político resulta patente. Todo lo que alcanzó a sugerir fue lo siguiente: «Los persas mostraron que no estaban menos a favor que los romanos [de la elección de Joviano como emperador] al arrojar a un lado sus armas tan pronto como tuvieron noticia de la proclamación, y poco después comenzaron a manifestar cautela ante los mismos hombres que poco antes no les habían inspirado temor». Encadenó estas observaciones con un sarcasmo basado en un célebre relato sobre la elección del rey de reyes aqueménida Darío I en el año 521 a. C.: según ese relato los persas, que eviden-

temente eran irracionales, elegían a sus gobernantes en función del relincho de los caballos.

Podemos considerar que no fue malo el esfuerzo para tratar de salir bien parado de un difícil trance, pero ésta era una versión que nadie iba a creerse. En enero de 364, Joviano ya había tenido que hacer frente a las protestas de las ciudades orientales que se quejaban de la rendición. Y de forma harto reveladora, Temistio, en un discurso pronunciado ante el senado que duró al menos tres cuartos de hora, dedicó aproximadamente un solo minuto a la cuestión persa antes de pasar con habilidad a cuestiones más prometedoras.[27] En este caso, no era posible hacer que la política cuadrase con las expectativas de victoria, y poco después Temistio comenzó a pisar un terreno mucho más seguro al poder admitirlo. Joviano murió en febrero de 364, y, al final de ese año, en un primer discurso dedicado a su sucesor, Valente, Temistio pretextó que la prematura muerte de Joviano, producida cuando sólo llevaba ocho meses en el poder, era un claro signo de que su gobierno no había recibido el beneplácito de los dioses. De este modo podía explicarse satisfactoriamente la pérdida sufrida a manos de los persas y se eliminaba la repulsiva melladura que afeaba la imagen que Roma tenía de sí misma.[28]

Sin embargo, en esta época, como hemos visto, este tipo de derrotas catastróficas se habían vuelto raras, incluso frente a los persas, y, en términos generales, Roma poseía la primacía militar en sus fronteras europeas. Habitualmente era posible satisfacer, sin necesidad de recurrir más que a ocasionales mentiras de poca importancia, las expectativas de victoria. Y también podía evitarse que una realidad incómoda viniese a desbaratar el mensaje central: los bárbaros del otro lado de la frontera no tenían cabida en el orden romano, así que eran debidamente aniquilados con regularidad. De hecho, la confrontación violenta era un elemento significativo de la política exterior romana en todas sus fronteras, pero la realidad —tanto en el Rin y el Danubio como en Oriente— era mucho más complicada de lo que puede sugerir la simple noción de «ellos y nosotros».

Para examinar esa realidad con mayor detalle, podemos reducir el foco de nuestra atención a uno de los rincones de la frontera europea del imperio: la cuenca inferior del río Danubio, que separaba la diócesis romana de la Tracia de las regiones ocupadas por los godos de habla germánica que dominaban, en el siglo IV, las tierras situadas entre los Cárpatos y el mar Negro.

En 369, el mismo año en que la embajada de Símaco hacía ofrenda al emperador Valentiniano del oro de la corona (páginas 42-43), tenía lugar una reunión del más alto nivel en medio del río Danubio, cerca de la fortaleza de Noviodunum. El hermano de Valentiniano, el emperador Valente, que dominaba el imperio de Oriente, partió de la ribera sur, en una magnífica falúa imperial. Procedente de la orilla norte, se reunió con él Atanarico, cabecilla de los tervingos, los godos germánicos cuyos asentamientos se encontraban más próximos a la frontera. Atanarico había combatido contra Valente durante casi tres años. Por una vez, tenemos un testigo ocular que nos brinda un relato del acontecimiento, un relato escrito por Temistio para el senado de Constantinopla. Temistio había asistido a la reunión como jefe de una embajada senatorial ante el emperador. Según nos dice Temistio, Valente se las arregló a la perfección para dejar perplejo a su enemigo:[29]

> La inteligencia de Valente era tan superior a la del hombre que hablaba en nombre de los bárbaros que logró socavar la confianza que éstos le tenían y transformó la pugna verbal [que se desarrollaba en el barco] en un hecho aún más azaroso que el enfrentamiento armado [de los tres años anteriores]. Del mismo modo, y tras derribar a su oponente, le permitió después rehacerse, le estrechó la mano mientras se hallaba sumido en la confusión y le proclamó su amigo ante testigos ... Así, [Atanarico] partió muy contento, preso de emociones contrarias: a un tiempo confiado y temeroso, con una inclinación simultánea a desdeñar a sus vasallos y a desconfiar de ellos, y con el ánimo abatido por aquellos aspectos del tratado en los que había perdido la partida por haberse mostrado jubiloso cuando le había sonreído el éxito.

Los seguidores de Atanarico también se encontraban en muy mala situación:

> [d]ispersos en grupos a lo largo de la orilla y de un humor dócil y razonable, formaban una horda difícil de contar ... Al mirar a ambas riberas del río, [vi] que [la orilla ocupada por los romanos] relucía de soldados que, en buen orden, consideraban con sosegado orgullo lo que estaba aconteciendo, y que el otro [ribazo] se hallaba abrumado por un desordenado populacho que profería súplicas tumbado en el suelo.

De este modo, Atanarico y sus godos representaban a la perfección sus papeles, según el tradicional guión romano. Los detalles del acuerdo de paz que menciona Temistio no hacen más que confirmar la supremacía de Valente. El emperador interrumpió los presentes anuales que los godos se habían acostumbrado a recibir, limitó el comercio transfronterizo a dos únicos centros autorizados, e inauguró un programa de construcción de defensas para asegurarse de que los godos que realizasen incursiones no tuvieran posibilidad de causar nuevos problemas. Las expectativas de la dominación romana sobre unos bárbaros de lastimosa inferioridad habían quedado magníficamente satisfechas.

Sin embargo, si lo observamos con mayor detenimiento, el relato, tal como nos lo refiere Temistio, no resulta tan halagüeño. El iniciador de las hostilidades no había sido Valente, sino Atanarico. En los años 365 y 366, los informes de los espías romanos indicaban ya que los godos se estaban mostrando intranquilos, y Valente mandó enviar refuerzos al frente del Danubio. En 365, cuando Procopio, tío del anterior emperador, Juliano, sobornó a los integrantes de esos refuerzos para poner en marcha su usurpación, Atanarico envió al aspirante a usurpador un contingente de tres mil godos. Si los godos se habían alegrado de que se les pagase por mantener la paz, como refiere Temistio, ¿por qué se había comportado Atanarico de forma tan agresiva? De hecho, y a pesar de los tres años de campaña, Valente también había sido incapaz de derrotar a los godos en el campo de batalla. En los años 367 y 369, sus ejércitos recorrían a voluntad los territorios godos, y pillaban cuanto encontraban a su paso. Y en el año 368 se vieron contenidos porque las nieves de los Alpes y los Cárpatos se habían derretido prematuramente. El desbordamiento del Danubio hizo imposible que los romanos tendieran el puente de pontones con el que habitualmente trasladaban su equipo pesado al otro lado del río. Gracias a una maniobra estratégica —huir—, Atanarico se las arregló para no quedar acorralado. En la época en que se acordó la paz, los integrantes del grueso de los godos llevaban ya tiempo soportando un gran número de incomodidades y padecían una importante escasez de alimentos, pero nunca se vieron atrapados en una situación de total sometimiento, como les había sucedido unos treinta años atrás, en la época del emperador Constantino —que les había obligado a rendirse sin condiciones—. Dado que los romanos no les habían derrotado de forma tan decisiva como quisiera hacernos creer Temistio,

parece extraño que el tratado del año 369 hubiera podido imponerles unos términos más duros que el del año 332.

En su discurso, Temistio «olvidó» mencionar, sin embargo, otro detalle crucial. Mientras Valente se hallaba en plena campaña contra los godos se había desatado un infierno en un rincón del frente persa. Tras haber obtenido importantes beneficios en Mesopotamia gracias al tratado con Joviano, el rey de reyes persa Cosroes volcaba ahora su atención en Caucasia. En los años 367 y 368, Cosroes había derribado a los gobernantes de Armenia y del este de Georgia, que habían sido aliados de Roma, y los había sustituido por hombres designados por él. La protección del frente persa era mucho más importante para Valente que la reducción de los godos a una sumisión total, así que esta nueva amenaza le presionó de forma extraordinaria y le forzó a retirar sus tropas de los Balcanes y a encaminarlas hacia Oriente. Pero Valente ya había movilizado su ejército en el Danubio, y los contribuyentes esperaban una victoria. También tenía que vengar el respaldo que los godos habían prestado a Procopio. Dejó por ello que la guerra continuara durante el año 369, pero cuando volvió a comprobar que la victoria le era esquiva, se vio en la necesidad de alcanzar un acuerdo de paz. Está claro que la reunión entre Valente y Atanarico condujo efectivamente a un arreglo. Temistio señala que el godo se había «mostrado jubiloso [por aquellos aspectos del tratado en los que] le había sonreído el éxito». Es interesante observar que la *ubicación* en que se celebra la reunión de máximo nivel también indica que Atanarico tenía razones para el júbilo. Por regla general, los emperadores romanos hacían desfilar triunfalmente sus estandartes sobre suelo bárbaro, y obligaban a los reyes bárbaros a someterse a ellos en ese escenario. Las fuentes del siglo IV sólo registran otra cumbre fluvial, en esta ocasión sobre el Rin —y una vez más, porque un emperador romano (Valentiniano) se veía en la necesidad de consolidar una frontera para abordar un problema en otra—. Aquella paz también fue una componenda.[30]

Ahora podemos apreciar con nitidez la verdadera tarea a la que se enfrentaba Temistio al presentar de esa forma ante el senado la paz sellada con los godos. Hizo que la interrupción de los obsequios entregados anualmente a los godos pareciese un gran beneficio para el estado romano. En realidad se trataba de una ventaja bastante pequeña. El estado llevaba siglos valiéndose de los obsequios para fortalecer la posición de sus reyes clientes. Nosotros lo llamaríamos «ayuda exterior». La gran

pérdida para los romanos —que Temistio *no* menciona— era el derecho, que ahora quedaba sin efecto, de poder contar con el apoyo militar de los godos en su lucha contra Persia. Lo que aquí se revela con particular claridad es la habilidad de Temistio. Había evocado ante su auditorio la vívida escena de la sumisión de los godos, y presentado a Valente como a un gobernante que negocia la paz desde una posición de fuerza. Y parece que la bravata interpretada por el orador logró su objetivo, ya que dos fuentes de la época describen la paz como un razonable punto final para la guerra. Valente había logrado salvar la cara.[31]

Para nuestros propósitos, sin embargo, hay un punto oscuro, aunque mucho más importante, agazapado tras la cortina de humo de Temistio. Es imposible saber todo lo que Atanarico tenía en mente, ya que sus propósitos concretos no fueron registrados por las fuentes romanas de que disponemos, pero está claro que no era un simple bárbaro del montón, tal como era concebido por la ideología romana del «otro». Él y sus compañeros tervingos habían estado recibiendo obsequios de los romanos durante treinta años, pero se mostraban dispuestos a poner esos presentes en peligro para evitar tener que luchar en favor del imperio. Lo mismo podía decirse de los privilegios comerciales asociados a la frontera de libre circulación establecida en su anterior tratado con Constantino. Las observaciones arqueológicas muestran que esos privilegios eran reales y que los godos los apreciaban. Los emplazamientos góticos del siglo IV están cubiertos de fragmentos de terracota procedentes de ánforas romanas y pertenecientes en su mayoría a recipientes de vino rotos (en el siglo VI la expresión *biberunt ut Gothi* —«beber como godos»— se había vuelto proverbial). A pesar de ello, Atanarico tenía la resuelta intención de librar a los tervingos de las obligaciones menos aceptables que les imponía la dominación romana. Consiguió que los godos se adhirieran a esta postura, y después se sirvió de una compleja estrategia para lograr sus fines. Al principio se había mostrado dispuesto a combatir abiertamente al imperio, pero cuando los planes de usurpación de Procopio le ofrecieron la oportunidad de intrigar en la política interior romana, eligió este camino —con la esperanza, cabe suponer, de que, si tenía éxito, Procopio habría de conceder de buena gana a los godos lo que de otro modo tendrían que obtener de Valente por la fuerza.

En este caso, la realidad contradice notablemente a la ideología romana. La usurpación de Procopio nos permite ver cómo un romano se alía con un bárbaro contra otro romano, aunque es cierto que Atanarico

no era más que un aliado menor. Tampoco era Atanarico un bárbaro sin propósito atento únicamente a conseguir la parte más sustanciosa posible de botín. Por el contrario, había procurado emplear distintos medios para renegociar el puñado de obligaciones y privilegios que Constantino había impuesto a los tervingos tras su gran victoria de la década de 330. Constantino también había tratado de inculcar en la casta dirigente de los tervingos —en una clásica maniobra diplomática de los romanos— los beneficios de la civilización de Roma. Uno de los rehenes enviados a Constantinopla en cumplimiento de una de las condiciones de su pacto con los tervingos era el hijo del jefe que gobernaba por entonces. Estos rehenes podían ser ejecutados, y no se dudaba en hacerlo si se violaban los términos de la paz alcanzada. Sin embargo, por lo general, eran utilizados para convencer a la siguiente generación de instigadores y agitadores bárbaros de que la hostilidad hacia Roma carecía de sentido, y de que les iría mucho mejor si se adherían a ella. A veces la estrategia funcionaba, pero en este caso no fue así. El príncipe de los tervingos enviado a Constantinopla era el padre de Atanarico, y a pesar de que pusieron una estatua suya detrás de la sede del senado, no consiguieron ganarle para su causa (quizá debieron probar a ponerla delante). Cuando, a su debido tiempo, cedió el poder a su hijo, prohibió a Atanarico poner siquiera un pie en suelo romano, y éste siguió exigiendo con insistencia el mayor alejamiento posible.[32] El escenario fluvial de su reunión con Valente reconocía implícitamente la soberanía de los godos sobre las tierras situadas más allá del Danubio, y una de las repercusiones del nuevo acuerdo fue que Atanarico se tomó la libertad de perseguir a los godos cristianos. Los anteriores emperadores habían promovido la cristianización entre los godos, como enseguida veremos, así que esa decisión constituía otro rechazo deliberado de las ideologías romanas. Atanarico no era un bárbaro de bajo nivel, sino un rey cliente con un proyecto coherente para renegociar su relación con el imperio romano.

Pequeño lobo

Aunque podemos recomponer en parte el verdadero perfil de Atanarico tomando como base el espejo deformante del discurso de Temistio, hay dos manuscritos asombrosos que nos permiten un acceso mucho más directo al mundo gótico del siglo IV. El primero es uno de los mayores

tesoros de la Antigüedad que han llegado hasta nosotros: el *Codex Argenteus*. Conservado en la actualidad en la biblioteca de la Universidad de Upsala, en Estocolmo, el *Codex* es una lujosa copia de una traducción de los cuatro evangelios a la lengua gótica. El libro, que fue transcrito en Italia en el siglo VI, constaba originalmente de 336 páginas. De ellas, sólo 187 han llegado hasta Upsala, aunque en 1970 se acogió con gran emoción el descubrimiento de una más, en un escondite de reliquias largo tiempo olvidado de la catedral de Espira, en el suroeste de Alemania. El texto está escrito con tinta de oro y plata sobre un pergamino de color purpúreo de excepcional calidad —fue confeccionado con la piel de becerros recién nacidos (o incluso nonatos)—. Tanto la tinta como el color con que se ha teñido el pergamino y éste mismo son todas ellas señales de un libro de un coste colosal encargado por algún individuo de la más alta posición, muy probablemente Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos, perteneciente al linaje de los Amalos y dominador de Italia en el siglo VI. El segundo manuscrito es más modesto, pero, a su manera, igualmente extraordinario: se trata de un sencillo y muy dañado texto del siglo V que se conoce con el prosaico nombre de *Parisinus Latinus* 8907. La mayor parte de este texto está dedicada a ofrecer un relato del concilio de Aquileya del año 381 —asamblea en la que el obispo Ambrosio de Milán, un decidido partidario de las ideas que estaban a punto de convertirse en la ortodoxia cristiana, derrotó a sus adversarios—, así como a comentar los dos primeros capítulos de la obra más famosa de Ambrosio, el *De Fide* (De la fe). Redactada en los márgenes del *De fide* encontramos otra obra, que únicamente conocemos a través de este estropeado manuscrito: un comentario sobre el concilio de Aquileya realizado por el obispo Paladio de Ratira, uno de los antagonistas de Ambrosio en la reunión. Este comentario incluye una carta escrita por Auxencio de Durostorum, que, junto con el *Codex Argenteus*, arroja luz sobre los extraordinarios logros de uno de los más humildes vasallos de Atanarico: Ulfila, el pequeño lobo de los godos.[33]

Nacido a principios del siglo IV, Ulfila era hijo de unos prisioneros romanos que vivían entre los tervingos. Estos presos formaban parte de una importante comunidad de cautivos apresados por los godos durante los últimos años del siglo III. En esa época, los godos cruzaban el mar Negro para lanzarse al ataque del Asia Menor romana partiendo del sur de Rusia. La familia de Ulfila fue capturada en un pueblecito llamado Sadagolthina, cerca de la ciudad de Parnaso, en Capadocia, una región

situada en la orilla septentrional de lo que hoy es Late Tattu, en el centro de Turquía. Su nombre, que significa «lobezno», es inequívocamente godo, y muestra que los prisioneros se adaptaban lingüísticamente a su nueva situación, aunque también seguían utilizando su propia lengua. Además de en godo, Ulfila aprendió a leer y a escribir tanto en latín como en griego, y esta última lengua era probablemente su preferida. El hecho de que pudiera alcanzar esos logros dice mucho de las condiciones de vida de los cautivos. Probablemente constituían un cuerpo de granjeros fundamentalmente autónomo y se les exigía que entregasen una parte considerable de la cosecha a sus amos godos, pero, por lo demás, se les dejaba que se las arreglaran más o menos solos. Un gran número de ellos eran cristianos convencidos. Ulfila, según nos cuentan, creció y maduró en su fe en este escenario decididamente políglota, hasta convertirse en un joven clérigo con categoría de lector en la iglesia de los exiliados. Sabemos que en la Antigüedad tardía existieron este tipo de comunidades sometidas en otros reinos bárbaros, y algunas de ellas lograron preservar un sentido de la diferencia durante varias generaciones. En el caso de Ulfila, la vida relativamente oscura de la segunda generación de inmigrantes involuntarios estaba a punto de quedar transformada por el hecho de que los asentamientos de los grupos de godos tervingos fueran precisamente los que se encontraban más cerca de la frontera romana en el momento en que el imperio se hallaba enfrascado en la tarea de su propia conversión al cristianismo.

A principios de la década de 340, el emperador Constancio II decidió dar más importancia a la situación de los rehenes, situación en la que el propio padre de Atanarico se encontraba atrapado en aquel momento. La forma en que Constancio se disponía a exhibir su fortaleza política sólo era posible, desde luego, gracias al dominio militar que el padre de Constancio, Constantino, había establecido sobre los tervingos en la década de 330. Entre las diversas iniciativas concebidas para realzar su piedad cristiana, Constancio intentó mejorar la suerte de aquellos cristianos, correligionarios suyos, que vivían bajo un gobierno no cristiano. Con esta idea en mente, dispuso que Ulfila, que ya había adquirido notoriedad entre los grupos de prisioneros, fuera ordenado obispo «de los cristianos de Gocia», y con ese objeto le hizo viajar a Constantinopla en el año 341 como integrante de una embajada. Más tarde, Ulfila regresó al norte del Danubio y durante los siete años siguientes atendió acertadamente las necesidades de su feligresía. Sin embargo, algo salió mal y du-

rante el invierno del año 347 al 348, en un momento en que él mismo se encontraba en el epicentro de la crisis diplomática que atravesaban las relaciones entre godos y romanos, fue expulsado de Gocia por sus amos tervingos, junto con un gran número de correligionarios godos. Los historiadores han supuesto que tal vez hubiera difundido su mensaje a algunos godos que no pertenecían a la comunidad formada por los prisioneros, pero había también razones vinculadas a un contexto más amplio. Hacia el año 348, Constancio quería reclutar un nuevo contingente militar entre los tervingos a fin de cubrir las necesidades de su último cabo suelto en la guerra entre romanos y persas, y el precio que debía pagar para lograrlo tal vez consistiera en aceptar la necesidad de detener su iniciativa de cristianización. No obstante, Constancio se dirigió al Danubio y recibió a Ulfila «como si fuera el propio Moisés».[34]

Podía haber dado la impresión de que ahí acababa todo, pero no era más que el principio. Ulfila y sus seguidores fueron instalados en los alrededores de la ciudad de Nicópolis, situada junto a la ribera del río Yatro,* un emplazamiento que estaba cerca de la frontera del Danubio y les mantenía en contacto con los numerosos cristianos que aún permanecían en los territorios góticos. Fue en este lugar donde Ulfila realizó la traducción de la Biblia al gótico que se conserva en el *Codex Argenteus*. Su método no fue complicado —hace una traslación literal de un texto bíblico normal escrito en griego del siglo IV— y su traducción se ajusta más a la gramática y a la sintaxis griega que a la de los godos. Fue una hazaña prodigiosa. Según la tradición, Ulfila tradujo el texto íntegro excepto el Libro de los reyes del Antiguo Testamento, que en opinión de Ulfila no conseguiría sino alimentar en los godos un ánimo aún más belicoso del que ya tenían. Un vasallo de bajo rango perteneciente al grupo de los godos tervingos había escrito la primera obra literaria de la lengua germánica.[35]

Éste no fue más que uno de los aspectos de la vida de Ulfila. El otro nos aparece relatado en la carta de Auxencio que tan singularmente ha quedado conservada en el *Parisinus Latinus* 8907. La conversión de Constantino trajo consigo una extraordinaria transformación en el seno de la cristiandad. Entre otras cosas, se hizo imprescindible que los cristianos,

* El nombre actual de la ciudad, en Bulgaria, es Nikup, y el del río, Jantra. Este Yatro es el mismo Danubio, y en Amiano aparece citado como Íster, véase *infra* la nota al pie de la p. 194. *(N. de los t.)*

que ya no vivían en comunidades básicamente aisladas unas de otras por la hostilidad del estado romano, definieran un conjunto de doctrinas. Este proceso comenzó en el año 325 con el concilio de Nicea, que definió como *homousios* —esto es, «de la *misma* sustancia o esencia»— la relación del Hijo de Dios con Dios Padre. Ahora bien, esto no era más que el inicio de la disputa. La definición que se da en Nicea de la fe cristiana no fue plenamente aceptada, tras muchas discusiones, hasta después del concilio de Constantinopla, en el año 381, y durante buena parte de los cincuenta y seis años que mediaron entre ambos concilios el cristianismo oficial de Roma mantuvo una postura mucho más tradicional en la que se describía a Cristo como «semejante» (*omoios*) o «similar en sustancia o esencia» a Dios Padre (*homoeusios*).

Gran parte de los esfuerzos realizados en esos años se habían dedicado a organizar coaliciones entre los distintos clérigos, muchos de los cuales se habían limitado hasta entonces a suponer que creían las mismas cosas. Ahora se veían obligados a decidir, de entre un abanico de posturas teológicas, cuál de ellas expresaba mejor su comprensión de la fe. En este contexto, en algún momento posterior al año 348, irrumpió Ulfila. La carta de Auxencio contiene la profesión de fe que dejó Ulfila como última voluntad y testamento, y expresa de forma sucinta las razones que subyacen a su posición. Ulfila era uno de los cristianos más tradicionalistas: consideraba inaceptable la definición de Nicea porque contradecía las pruebas de las Escrituras y porque parecía dejar poco margen para distinguir a Dios Padre del Hijo de Dios. Según lo que explica Auxencio:

> De acuerdo con la tradición y la autoridad de las Divinas Escrituras, [Ulfila] nunca ocultó que este Dios [Hijo] ocupa un lugar secundario, ni que él es el autor de todas las cosas que emanan del Padre y son voluntad del Padre y se hacen por cuenta del Padre y para gloria del Padre ... ni que afirma que Dios, su Padre, es más grande que [él mismo] [Juan 14, 28] —esto siempre lo dejó claro según los santos evangelios.

Y es más, la gente le escuchaba. De nuevo, en palabras de Auxencio,

> Tras florecer gloriosamente durante cuarenta años en el obispado, [Ulfila] predicó sin cesar con gracia apostólica en lengua griega, latina y gótica ... dando testimonio de que sólo hay un rebaño de Cristo, Dios y señor nuestro ... Y todo lo que dijo, y todo lo que he dejado sentado, procede de

las Divinas Escrituras: «el que lea, que entienda» [Mateo 24, 15]. Dejó tras de sí varios tratados y muchos comentarios en esas tres lenguas para beneficio de todos los que gustosamente quisieran aceptarlos, y para eterna conmemoración y recompensa suya.

Por desgracia, los tratados y comentarios no han llegado hasta nosotros. Ulfila acabó situándose en el bando perdedor del debate doctrinal, y sus obras, como las de muchos de su mismo parecer, no han sido preservadas. Sin embargo, sabemos efectivamente por Auxencio, y por otras fuentes, que no sólo Constancio sino también el emperador de Oriente, Valente, solicitaron con insistencia su conformidad, y que al final aceptó las soluciones doctrinales que le propusieron, respectivamente, en 359 y 370. También organizó en torno a su persona un influyente grupo de obispos de los Balcanes no partidarios de la doctrina de Nicea que constituyó una fuerza clave en el seno de la Iglesia. Auxencio era uno de ellos, y Paladio de Ratira otro. La última imagen que tenemos es la de un Ulfila de setenta años, presente en el concilio de Constantinopla en el año 381, y embarcado de nuevo en el combate doctrinal. Éste fue su último enardecimiento, y las decisiones del concilio les relegaron de hecho, tanto a él como a sus seguidores, a la letra pequeña de la historia. Sin embargo, no fue eso lo que él conoció en vida. Este súbdito godo de humildes orígenes fue un actor clave en los debates doctrinales de mediados del siglo IV.[36]

De nuevo, la realidad distorsiona la imagen. Vistos con la lente romana, los bárbaros eran completamente incapaces de tener planes o pensamientos racionales. Eran sensuales y estaban faltos de motivación, excepto la derivada de un abrumador deseo de lanzarse a la siguiente juerga. Sin embargo, ninguno de nuestros dos bárbaros del siglo IV era estúpido ni irracional. Instalados en la cima de la sociedad gótica, Atanarico y sus consejeros se hallaban enfrentados a la cruda realidad de tener que concebir modos de enfrentarse al abrumador poderío romano. No podían cifrar esperanza alguna ni en derrotarlo en un enfrentamiento abierto ni en conseguir aislarse de él. Sin embargo, podían estipular y llevar a la práctica planes concebidos para configurar sus relaciones con el imperio del modo que mejor les conviniese, minimizando al mismo tiempo aquellos aspectos de la dominación romana que consideraran más opresivos. Podían ser también aliados deseables en tiempos de guerra y cuando esta-

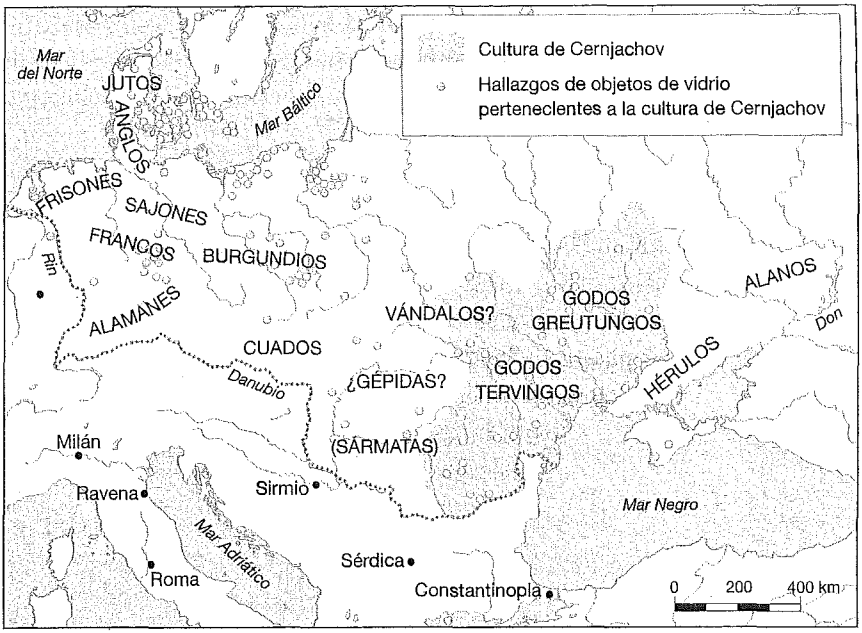
llaban conflictos civiles, y a veces podían manipular los acontecimientos en su propio beneficio. Y después, más abajo en la escala social, se encontraban las comunidades alfabetizadas en griego y latín que eran capaces de transmitir la vigente cultura cristiana con un vigor suficiente para producir un hombre como Ulfila.

La realidad de las relaciones entre romanos y godos no era por tanto la del incesante conflicto entre un superior absoluto y un completo inferior, según requería la ideología romana. Los romanos seguían manteniéndose a distancia, como bando dominante, pero los godos podían resultar útiles. El periódico conflicto entre ellos formaba parte de una coreografía diplomática en la que ambos bandos daban pasos para maximizar su ventaja. Los bárbaros no eran ya como antes. Pese a que se les siguiera asignando con firmeza el papel de acompañantes subalternos, los godos eran parte del mundo romano.

Los reinos clientes

Esto no se aplicaba exclusivamente a los godos del Danubio, pese a que la mayoría de las sociedades germánicas del siglo IV no estén tan bien documentadas como la de los tervingos. Las incursiones de pequeña escala en territorio del imperio eran endémicas.

La incursión sajona del año 370 fue quizá más seria que otras, pero el hecho de que Temistio terminara su relato de las guerras góticas de los años 367 a 369 con la imagen de un Valente empeñado en la fortificación de aquellas zonas de la frontera del Danubio inferior a las que no habían llegado otros emperadores no era sólo una argucia suya. Tanto Valente como su hermano dedicaron todo su dinamismo a construir fortificaciones y a disponer guarniciones. Pero en el siglo IV, los conflictos clave de las fronteras europeas de Roma se producían con una frecuencia aproximada no superior a un episodio por generación. Una de las primeras acciones del emperador Constantino, en el año 310, consistió en acometer una vasta pacificación de la frontera del Rin —las tierras de los francos y los alamanes (mapa 4)—. No tenemos noticia de que se produjera ningún otro conflicto grave en esta región hasta principios de la década de 350. El desorden que estalló en los años 364 y 365 guardaba relación con un cambio en la política romana (la reducción unilateral del presupuesto de ayuda exterior). Por lo demás, no ocurrió nada digno de



4. Las confederaciones germánicas, o sometidas al dominio germánico, del siglo IV

mención en esta zona hasta el final de la década de 370. Más al este, el tramo medio de la frontera del Danubio situado frente a los sármatas, los cuados y los marcomanos fue testigo de una importante intervención militar romana en época del emperador Constantino, aunque en un período muy tardío de su reinado: en la década de 330. El siguiente estallido de violencia en esta zona se produjo en 357, y hubo otro en los años 374 y 375. En el tramo inferior del Danubio, patria de los godos, el asentamiento establecido en la década de 330 conoció aproximadamente, como hemos visto, unos treinta años de paz.

En cada una de estas campañas, los romanos establecieron —con mayor o menor dificultad— su dominio militar, en unas ocasiones mediante el simple expediente de saquear hasta forzar el sometimiento de los bárbaros, y en otras gracias a la obtención de una victoria tras una batalla en toda regla. En el año 357, por ejemplo, el emperador Juliano condujo un contingente romano de trece mil hombres al combate. La acción tuvo lugar cerca de la ciudad de Estrasburgo, en la orilla romana del Rin, y el enemigo era, de nuevo, una confederación de reyes alama-

nes. Juliano obtuvo una victoria pasmosa. De los 35.000 oponentes encabezados por su insigne jefe supremo, Chonodomario, unos seis mil quedaron muertos en el campo de batalla, y fueron incontables los que se ahogaron al tratar de huir cruzando el río, mientras que los romanos perdieron en total 243 oficiales y cuatro tribunos de alto rango.[37] Esta batalla es un excelente ejemplo de la eficacia ininterrumpida del reorganizado ejército romano de finales de la época imperial. De la masacre de los saqueadores sajones del norte de Francia al sometimiento de los tervingos por Constantino, este tipo de dominio militar era la norma vigente en todos los planos de las fronteras europeas de Roma.

En cierto sentido esas victorias constituían un fin en sí mismas. Suponían un castigo y una intimidación, y desde luego el historiador Amiano consideraba que era necesario golpear con regularidad a los bárbaros para conseguir que éstos mantuvieran la paz. En otro plano enteramente diferente, sin embargo, la victoria militar era el primer acto del establecimiento de unas bases diplomáticas más sólidas. Después de Estrasburgo, Juliano pasó los dos años siguientes al otro lado del Rin dedicado a acordar por separado tratados de paz con distintos reyes alamanes, y el emperador correinante Constancio II estaba haciendo exactamente lo mismo con otros grupos situados en el tramo medio del Danubio.

Como hemos visto, todos estos tratados se presentaban ante el público romano como ceñidos en esencia a un mismo patrón: los bárbaros se rendían sin condiciones (lo que en latín se llamaba un acto de *deditio*) y entonces se les concedían graciosamente algunos extremos mediante un tratado (*fœdus*, en latín), lo que les convertía en vasallos del imperio. Sin embargo, la realidad era que los detalles diferían de forma espectacular, tanto por el grado de sujeción impuesto como por las disposiciones prácticas. Cuando los romanos poseían el control absoluto de la situación, como lo tuvo Constancio en el curso medio del Danubio en 357, era muy probable que interfirieran en las estructuras políticas de sus adversarios: podían desmantelar las confederaciones que les parecían demasiado peligrosas y fortalecer a los reyezuelos dóciles hasta hacerles alcanzar una autoridad independiente, siempre en función de lo que mejor pareciera acomodarse a los intereses de Roma a largo plazo. Como parte de la mayoría de los acuerdos, los romanos también exigían reclutas para su ejército, y a veces estipulaban igualmente que se les proporcionasen grandes contingentes de hombres para la realización de campañas concretas. En los años 357 y 358, el emperador Juliano también obligó a los alamanes

a pagar reparaciones por los daños que les habían causado. Estas reparaciones adoptaban con frecuencia la forma de suministros de cereales, como ocurrió en este caso, pero si esto no era posible, se exigía mano de obra, madera para la construcción y portazgos. La entrega de rehenes, como sucedió con el padre de Atanarico, era también muy corriente, y a veces obtuvo grandes éxitos. Un príncipe alamán quedó tan impresionado con las religiones mediterráneas que había conocido en suelo romano que a su regreso cambió el nombre de su hijo y le puso Serapio, en honor del dios egipcio Serapis. Si el control de los romanos era menos acentuado, podía suceder que tuvieran que pagar por la mano de obra, las materias primas y los combatientes, y además concedían el sello de aprobación a las estructuras políticas que habían evolucionado de forma independiente. En cualquiera de los dos casos había, más allá de la propia frontera defendida, un cinturón de reinos clientes, en su mayor parte germánicos, que eran una parte firmemente establecida del mundo romano.[38]

Esto no quiere decir que esos estados se hallaran enteramente sometidos al control romano, o que se sintieran necesariamente contentos de ser miembros subordinados del orden reinante en el imperio romano, como ya hemos constatado en el caso de Atanarico. Si en el camino de los romanos se interponían otras prioridades, los bárbaros podían conocer un período de prosperidad, unas veces de forma temporal, y otras de modo más permanente. Los primeros años de la década de 350, por ejemplo, fueron testigos de una avalancha de usurpaciones en la mitad occidental del imperio. Esta serie de sucesos comenzó con el asesinato de Constante, hermano del emperador de Oriente, Constancio. La prioridad de Constancio era suprimir a los usurpadores, y eso fue lo que permitió que Chonodomario reuniera el ejército alamán que iba a enfrentarse a Juliano en Estrasburgo. Sin embargo, una vez que acabaron con los usurpadores, los romanos sujetaron a los alamanes, y posteriormente los derrotaron por completo, en una campaña que duró dos años. Chonodomario se había mostrado demasiado agresivo —pues se había apoderado incluso de algunos territorios situados en la orilla romana del Rin— para que los romanos consideraran la posibilidad de sellar un pacto. No obstante, aproximadamente una década después surgió un nuevo y destacado dirigente de los alamanes: Macriano. El hermano de Valente, Valentiniano, pasó cinco años tratando de refrenar su poderío, y para ello realizó un cierto número de secuestros y de intentos de asesinato. Sin embargo, a diferencia de Chonodomario, Macriano nunca

permitió que sus ambiciones se dirigieran a territorio romano, así que en el momento en que comenzó a prepararse un conflicto en el curso medio del Danubio, Valentiniano pudo invitarle, sin quedar excesivamente mal, a una cumbre fluvial en el Rin similar a la que Valente había celebrado con Atanarico en el Danubio. En dicha reunión, Valentiniano concedió la aprobación romana al predominio de Macriano, y éste demostró ser un aliado fiable de Roma durante toda su vida. Estos reinos clientes tenían también proyectos políticos que no implicaban a Roma. La vida política entre los alamanes tenía sus propias costumbres, y los reyes solían invitarse unos a otros con regularidad para celebrar banquetes. Demasiadas veces hemos oído hablar de las guerras entre los alamanes y los francos, así como entre los alamanes y los burgundios, pero no sabemos nada de sus causas ni de sus consecuencias.[39]

En general, por tanto, las relaciones de Roma con los clientes de sus fronteras europeas del siglo IV no encajaban cómodamente en los límites ideológicos que establecía la imagen tradicional del bárbaro. Ambos bandos disfrutaban ahora de unas relaciones recíprocas, aunque desiguales, en todos los planos. Los reyes clientes comerciaban con el imperio, nutrían de hombres a sus ejércitos y se hallaban periódicamente expuestos tanto a su injerencia diplomática como a su influjo cultural. A cambio, y por regla general, recibían ayuda todos los años, y, al menos en ocasiones, se les concedía un cierto grado de respeto. Una característica sorprendente es que los tratados se formalizaran con regularidad en función tanto de las normas del reino cliente como de las estipulaciones del estado romano. Los germanos habían avanzado mucho desde que fueran considerados como los «otros» por la imaginación romana, pese a que la élite política del imperio tuviera que simular ante los contribuyentes romanos que no era así. Y lo que también ha quedado claro en los últimos años es que este nuevo orden de las relaciones diplomáticas entre romanos y germanos tenía su fundamento en una serie de transformaciones profundas de la sociedad germánica.

La transformación de la Europa germánica

Las pruebas escritas no reflejan varias claves importantes que indican que en los tres siglos y medio que separan a Arminio de Atanarico se produjeron algunos cambios fundamentales. A mediados del siglo III,

los nombres de las tribus germánicas occidentales que se habían hecho célebres a través de las obras de Tácito desaparecen súbitamente de nuestras fuentes. Los queruscos, los catos y otros grupos semejantes fueron sustituidos por cuatro nuevas tribus: los francos y los alamanes en la frontera del Rin, y los sajones y los burgundios, situados más al este (mapa 4). Ahora, también la Europa suroriental ubicada al norte del mar Negro era testigo de importantes cambios políticos. Hacia el siglo IV, una enorme faja de tierra que abarcaba desde la frontera danubiana de Roma hasta el río Don se hallaba sometida al dominio de los godos y otros grupos de habla germánica, lo que convertía a la Germania del imperio romano tardío en una entidad territorial aún mayor que su homónima del siglo I.

Más allá del mar Negro, la nueva situación se debía a la migración de grupos germánicos procedentes del noroeste, fundamentalmente de lo que hoy es el centro y el norte de Polonia. Entre los años 180 y 230, gracias a una serie de iniciativas independientes y realizadas a pequeña escala, estos grupos habían avanzado hacia las estribaciones septentrionales de la cadena de los Cárpatos. Al norte del mar Negro, los grupos migratorios competían entre sí, contra las poblaciones indígenas como la de los carpos, que hablaban dacio, y la de los sármatas, de lengua irania, además de contra las fuerzas de las guarniciones de Roma. No resulta sorprendente que el proceso fuese violento. En el año 275, el imperio decidió abandonar la provincia de Dacia, situada al norte del Danubio, y finalmente, hacia el año 300, un gran número de carpos se asentaron de nuevo en suelo romano. El medio de difusión de la violencia por las tierras que dominaba Roma fueron las incursiones periódicas. De hecho, los padres de Ulfila resultaron capturados durante una de esas incursiones. La consecuencia fue la aparición de una serie de unidades políticas dominadas en buena parte por los godos, de los cuales los tervingos de Atanarico eran los más próximos al Danubio. Más allá de esta zona, hacia el norte y el este, había un número desconocido de godos.[40] No tenemos idea de cuáles pudieran ser sus porcentajes relativos, pero no hay duda de que las poblaciones de estas unidades políticas eran mixtas y estaban integradas por un gran número de dacios y de sármatas, por no hablar de la gran cantidad de prisioneros romanos que incluían. Todas estas poblaciones vivían bajo la protección política que les proporcionaban los godos inmigrantes y otros germanos. No obstante, el predominio de los inmigrantes germanos aparece con claridad, tanto en

las fuentes narrativas romanas como en las pruebas lingüísticas de la Biblia de Ulfila.[41]

El significado de los cambios observados en los nombres de las poblaciones situadas en las inmediaciones de la frontera del Rin y en el interior de los territorios bárbaros ha sido objeto de acaloradas disputas. De nuevo, lo más probable es que uno de los factores fuese la inmigración. Los burgundios aparecen efectivamente en el relato que nos brinda Tácito acerca de la Germania del siglo I, pero resulta significativo que se encuentren situados al noreste de la región que habría de habitar el grupo homónimo del siglo IV. Es bastante probable que algún tipo de migración se hallara detrás de este cambio de localización, pero, como sucediera en el este, es posible que no adquiriera la forma de una sustitución total de la población existente.[42] Por lo demás, sabemos que bajo el velo de los nuevos nombres seguían existiendo algunos de los antiguos grupos. Una fuente señala que los brúcteros, los catos, los ampsivarios y los queruscos pertenecían todos ellos a la confederación de las tribus francas, y existen detalladas pruebas de la época que muestran que entre los alamanes siempre ejercieron el gobierno varios reyes de forma simultánea, cada uno de ellos con poder sobre un territorio propio y fundamentalmente autónomo. En la batalla de Estrasburgo, por ejemplo, el emperador Juliano se enfrentó a siete reyes y a diez príncipes.

Al mismo tiempo, sin embargo, la sociedad alamana ya tenía por esta época la costumbre de elevar al poder a un jefe supremo: un individuo de cada generación que ejercía más poder que sus iguales. Chonodomario, derrotado por Juliano en Estrasburgo en el año 357, era uno de estos jefes, como también lo fueron Vadomario, en cuyo emergente poderío había de concentrarse inmediatamente la política de Roma, y Macriano, a quien, al final, Valentiniano se vio obligado a reconocer en el año 374. No se trataba de un cargo hereditario, y tampoco hay constancia de cómo se accedía a esa jefatura superior ni de qué beneficios conllevaba. Nuestras fuentes romanas no sentían suficiente interés por la cuestión como para relatárnoslo. Sin embargo, es posible que guardara relación con la capacidad de obtener alguna clase de respaldo económico y militar cuando se solicitase, lo que lo convertiría en una evolución de cierta importancia, ya que eso sugeriría que el cambio registrado en los nombres durante el siglo III tuvo un auténtico significado político. En los territorios de los alamanes, una nueva superestructura había invadido el mundo de las pequeñas unidades políticas independientes que

había caracterizado al siglo I. Es perfectamente posible, aunque no disponemos de pruebas que lo confirmen o lo descarten, que los francos y los sajones de la época hubieran desarrollado instituciones y hábitos unificadores similares. Desde luego, los godos del grupo de los tervingos, situados más al este, en el Danubio, sí que lo habían hecho. Atanarico gobernaba una confederación compuesta por un número de reyes y príncipes desconocido.[43]

Sin embargo, la Germania del siglo IV no difería de su homónima del siglo I por su mera estructura política. Una serie de pruebas arqueológicas han arrojado nueva luz sobre las profundas transformaciones sociales y económicas que hizo surgir el mundo de Atanarico. El relato comienza en los enfangados campos situados justo al este del sector septentrional de la frontera romana del Rin. A principios de la década de 1960 se realizaron excavaciones en dos pequeños emplazamientos rurales —Wijster en los Países Bajos y Feddersen Wierde en Alemania—. Los hallazgos fueron revolucionarios. Ambos resultaron ser asentamientos agrícolas ocupados por gentes que practicaban una agricultura mixta, basada tanto en el uso del arado como en la explotación pastoril, y los dos tenían su origen en el siglo I d. C. El elemento revolucionario consistía en que, durante la mayor parte de su historia, estos emplazamientos habían constituido aldeas provistas de un gran número de casas habitadas simultáneamente: más de cincuenta en el caso de Wijster, y treinta en el de Feddersen Wierde. Además, los asentamientos habían sido ocupados hasta el siglo V. La importancia de estos extremos reside en las implicaciones que se derivan para la comprensión de las prácticas agrícolas.

En los últimos siglos anteriores a la era cristiana había prevalecido en toda la Europa germánica una agricultura del arado de tipo extensivo (por oposición a *intensivo*). Esta práctica alternaba unos períodos de cultivo cortos con largos períodos de barbecho, y requería una zona de tierra relativamente amplia para sostener a una población dada. Estos pueblos de la primera Edad del Hierro carecían de técnicas para mantener la fertilidad de sus campos cultivables y lograr una producción sostenida, de modo que sólo podían utilizarlos durante unos cuantos años antes de tener que trasladarse a otro lugar. Por lo general, en vez de dar la vuelta a la tierra y abrir un surco propiamente dicho, de modo que las malas hierbas devolvieran por putrefacción sus nutrientes al suelo, las araduras presentaban la forma de unas estrechas hendiduras entrecruzadas. El principal fertilizante era la ceniza.

Aquí es donde difieren los asentamientos de Wijster y de Feddersen Wierde. Y ello porque a principios de la época romana, los germanos del oeste desarrollaron unas técnicas enteramente nuevas que les llevaron a utilizar el estiércol de sus animales junto, probablemente, con algún tipo de sistema de rotación de dos cosechas más complejo, con la doble finalidad de aumentar el rendimiento y de conservar la productividad del suelo durante un período de tiempo superior al corto plazo. De este modo se hizo posible, por primera vez en la Europa septentrional, que los seres humanos vivieran juntos en asentamientos más o menos permanentes de carácter grupal (o «nuclear»). Más al norte y al este, la práctica de la estercoladura tardó más en difundirse. En los territorios de las culturas de Wielbark y de Przeworsk, situados en lo que hoy es Polonia, los asentamientos germánicos continuaron siendo pequeños, de corta duración y muy dispersos durante los dos primeros siglos posteriores a Cristo. Para el siglo IV, sin embargo, las nuevas técnicas habían arraigado con fuerza. En las zonas dominadas por los godos, los asentamientos situados al norte del mar Negro podían ser de tamaño considerable. El mayor de todos ellos, Budesty, comprendía una zona de 35 hectáreas. Además, se han encontrado suficientes piezas pertenecientes a los aperos de labranza como para mostrar que ahora las poblaciones sujetas al control de los godos utilizaban cuchillas y rejas de arado hechas de hierro para poder remover la tierra adecuadamente, aunque no a una gran profundidad. Las excavaciones recientes han mostrado que también surgieron poblados en Escandinavia. Se había puesto en marcha una agricultura del arado de carácter más intensivo, y los diagramas de difusión del polen confirman que entre el nacimiento de Cristo y el siglo V, el polen de los cereales alcanzó, a expensas del polen de la hierba y los árboles, unos niveles cuya elevación no conocía precedentes en extensas zonas de lo que hoy es Polonia, la República Checa y Alemania. Se estaban cultivando grandes porciones de nuevas tierras, y se las estaba sometiendo a una explotación más intensa.[44]

La consecuencia principal de todo esto fue que la población de la Europa dominada por los germanos creció de manera formidable durante estos siglos romanos. La restricción básica que gravita sobre las dimensiones de cualquier población es la disponibilidad de alimentos. La revolución agrícola germánica incrementó de forma impresionante las cantidades

disponibles, y el incremento de población se revela con claridad en las pruebas que nos proporcionan los cementerios. Los cementerios, que se utilizaron ininterrumpidamente a lo largo de la época romana, muestran en todos los casos un espectacular aumento del número de enterramientos respeto a la época anterior.

Otros sectores de la economía quedaron también transformados. Es imposible elaborar tipo alguno de perspectiva general, pero la producción de hierro en Germania creció de forma imponente. En Polonia, la actividad de los dos núcleos habitados de mayor tamaño (uno en las montañas de Swietokrzyskie y otro en el sur de Mazovia) produjo en la época romana entre ocho y nueve millones de kilos de mena de hierro. Esto era mucho más de lo que podían haber consumido las poblaciones locales de la cultura de Przeworsk, y también se ha hallado un gran número de yacimientos de extracción y de fundiciones de menor tamaño, como las quince o más herrerías del siglo IV apiñadas en la orilla de un río en Sinicy, en la Ucrania dominada por los godos. Ocurre algo similar con la alfarería: al comienzo de la época romana, los germanos hacían a mano todos sus objetos de barro, y en la mayoría de los casos, según parece, de forma local y en función de las necesidades puntuales. Para el siglo IV, este tipo de producción alfarera ya estaba siendo sustituida por objetos fabricados con un torno, cocidos a temperaturas mucho más elevadas, y por consiguiente más duraderos y más perfeccionados. Eran objetos producidos por artesanos altamente especializados. No está claro si los alfareros germanos lograban vivir únicamente de los objetos que fabricaban, pero no hay duda de que el proceso de diversificación económica ya estaba en marcha. El cambio era aún más notable en las zonas de producción orientadas al consumo de las élites. Los objetos funerarios revelan que el vidrio era un objeto muy apreciado por las poblaciones germánicas de los primeros años de la era cristiana. Aproximadamente hasta el año 300, todo el vidrio que se halla en los contextos culturales germánicos es importado del imperio romano. Ésta es probablemente la razón de que fuera tan estimado —un poco al modo en que hoy se valoran los bolsos italianos—. En la década de 1960, sin embargo, en Komarov, en las estribaciones septentrionales de los Cárpatos, los excavadores desenterraron una fundición de vidrio del siglo IV. Era tal la calidad de sus productos (que gozaban de una amplia distribución, de Noruega a Crimea), que anteriormente se había considerado que eran objetos importados de Roma. La fábrica de vidrio, en la que se conservaban in-

cluso los moldes, no deja ninguna duda de que fueron elaborados en Germania.

Puede decirse prácticamente lo mismo de los metales preciosos. Hasta el nacimiento de Cristo, se han identificado muy pocos objetos indígenas realizados con metales preciosos en los asentamientos germánicos, y en los dos primeros siglos d. C. la gran mayoría de los objetos decorativos seguían produciéndose únicamente en bronce. Para el siglo IV, los broches (*fibulæ*) de plata, muy elaborados y realizados según cierto número de tipos, se habían convertido en objetos familiares del ajuar germánico. Han llegado hasta nosotros algunos ejemplos de trabajos de mayor tamaño en metal, entre los que destaca una de las fuentes de plata del célebre tesoro desenterrado en Pietroasa, en Rumania, a finales del siglo XIX. Las pruebas encontradas en la población de Bîrlad-Valea Seaca (en una zona de la actual Rumania que probablemente quedara incluida en el territorio dominado por Atanarico, el cabecilla de los tervingos) proporcionan algunas indicaciones sobre el modo en que se fabricaban al menos algunos de estos objetos. Un objeto funerario característico de los territorios góticos situados al norte del mar Negro es un peine mixto confeccionado en asta de ciervo (los peines tenían una gran importancia cultural). Algunas comunidades germánicas utilizaban los peinados para expresar, bien la pertenencia al grupo (como es el caso del famoso tocado suevo), bien la posición social (como sucedía con la larga cabellera de los dominadores francos de la dinastía merovingia). En Bîrlad-Valea Seaca, los excavadores han desenterrado cerca de veinte chozas que contenían peines y sus componentes en distintas fases de elaboración. Es claro que toda la aldea se dedicaba a la manufactura de peines.[45]

Son muchas más las cosas que nos gustaría saber. ¿Se producían esos peines con fines comerciales y se intercambiaban, o se trataba de algún tipo de aldea sometida a la que se exigía anualmente un elevado número de peines en concepto de tributo? Sea cual sea la respuesta, no cabe duda de la extensión y la importancia de la revolución económica que había transformado la Europa germánica al llegar el siglo IV. Se estaban desarrollando nuevas técnicas, y los objetos se distribuían en zonas mucho más amplias. Es posible que una parte de esta producción no fuera de carácter comercial y que los distintos gobernantes utilizaran los objetos como presente, por ejemplo, pero sabemos que los tervingos comerciaban extensamente con el mundo romano, tal como lo hacían los pueblos situados junto a la frontera del Rin. Y a pesar de que no se acuñó

ninguna moneda en Germania, las monedas romanas circulaban en gran cantidad y pudieron constituir fácilmente un medio de cambio (ya en el siglo I, según refiere Tácito, los germanos de la región del Rin utilizaban monedas de plata de buena calidad para este fin).

La expansión económica vino acompañada de una revolución social. En la Europa germánica no siempre existieron élites sociales dominantes, o, al menos, su presencia no resulta visible en los cementerios, que constituyen la principal fuente de nuestro conocimiento. Durante gran parte del primer milenio a. C., la Europa central y del norte se caracterizó por la práctica cuasi universal de la cremación como principal forma de rito funerario, y los objetos funerarios eran fundamentalmente los mismos en todas partes: algunos mal conservados objetos de alfarería hechos a mano y el prendedor extrañamente decorado del que ya hemos hablado. Sólo con la llegada del siglo III a. C. comienzan a aparecer enterramientos más elaborados (a los que es frecuente referirse, en el caso de los de mayor tamaño, con el término germánico, *Fürstengraber*, o «tumbas principescas»), aunque su número es muy contado. De nuevo, la época del imperio romano ve surgir las primeras prácticas consistentes en enterrar con los diferentes miembros de una misma comunidad germánica una cantidad de objetos sorprendentemente diversa. En el oeste, las tumbas suntuosas se apiñan por orden cronológico: un grupo de ellas data de los últimos años del siglo I d. C. mientras que el otro pertenece al final del siglo II. Sin embargo, es extremadamente improbable que sólo existieran «príncipes» en esos períodos aislados, así que no es fácil establecer un correlato entre los enterramientos lujosos y la posición social. Más al este, la cantidad de objetos funerarios creció de forma similar durante la época romana, aunque los germanos del siglo II fueron los primeros en experimentar con la utilización de otros medios, como los enormes túmulos de piedras, para señalar una posición social relevante. Las sepulturas de riqueza o tamaño inhabitual dicen mucho, desde luego, de las pretensiones y demandas de quienes realizaban el enterramiento, y se ha sugerido que los enterramientos lujosos señalan más las épocas de intensa competencia social que los momentos de prosperidad concreta.[46]

Por fortuna, disponemos de algunas pruebas menos ambiguas, algunas de ellas escritas, que nos ayudan a interpretar el significado que te-

nían estos enterramientos en el largo plazo. Pese a que en el siglo I apenas hay indicios de una transmisión hereditaria de la preponderancia política, y a pesar de que el liderazgo, incluso en los pequeños grupos, era ejercido por varios jefes antes que por un único individuo, en el siglo IV el liderazgo se transmitía entre los tervingos en el seno de una misma familia y por espacio de tres generaciones. Por citarlos en orden inverso: Atanarico, su padre, rehén de los romanos, y el cabecilla de los tervingos que negoció con Constantino. Las fuentes griegas y latinas mejor informadas coinciden en denominar «jueces» a estos cabecillas, pero no sabemos a qué equivale este título de «juez». Hay buenas razones para suponer que el poder del segundo estrato de reyes y príncipes, el situado inmediatamente por debajo de estos jefes supremos, era también hereditario. Entre los alamanes prevalecía una práctica similar. La función de jefe supremo *no* era hereditaria, como ya hemos señalado antes, y una de las razones principales para ello era que los romanos tendían a eliminar a los que alcanzaban esa posición. Sin embargo, la dignidad de los reyes alamanes de jerarquía secundaria lo era claramente. Mederico, el rehén de alto rango que cambió el nombre de su hijo por el de Serapio en honor del dios egipcio, era hermano de Chonodomario, el jefe que había conducido a los alamanes a la derrota en el año 357. Serapio también gobernaba como rey, y en la batalla ejerció el mando del flanco derecho del ejército —señal, quizá, de que no sentía excesiva afición por la exótica resonancia mediterránea de su nombre—. Tal vez la sucesión no pasara directamente de padres a hijos, pero Chonodomario, Mederico y Serapio constituían un clan regio con capacidad para transmitir su poder de generación en generación. Es probable que sucediera lo mismo con otros reyes alamanes. Cuando los romanos eliminaron al jefe supremo Vadomario, porque consideraban que constituía una amenaza demasiado grande, también hicieron desaparecer de la escena a su hijo Viticabio, lo que sugiere que el poder del padre era, al menos potencialmente, heredable.[47]

Las pruebas arqueológicas también han permitido aclarar importantes puntos relacionados con las élites germánicas del siglo IV. Los arqueólogos han conseguido identificar, dispersos por toda Germania, algunos de los centros y residencias desde las que ejercían su dominio. En las estribaciones del valle del Rin, en la primitiva patria de los alamanes, las excavaciones realizadas en un monte conocido como el Runderberg, junto a la ciudad de Urach, han sacado a la luz una imponente

muralla de madera del siglo IV que encierra una zona ovalada de setenta metros por cincuenta. En su interior se habían construido varios edificios, entre ellos un gran recinto de madera, y por la ladera de la colina se diseminaban otras construcciones más pequeñas. El recinto era de un tipo que pudo haber sido muy apropiado para servir de sede a las asambleas a las que los dirigentes alamanes se convocaban mutuamente, y sin duda lo fue también para dar banquetes a sus partidarios. Aún no está claro si las residencias de menor tamaño estaban ocupadas por dichos partidarios, por artesanos o por alamanes corrientes (los resultados de la excavación aún no han sido publicados en su totalidad). Más al este, en los territorios dominados por los godos, se han identificado y examinado parcialmente unos cuantos centros fortificados, como Alexandrovka. En la mayoría de los yacimientos situados al norte del mar Negro, los fragmentos de objetos de barro romanos constituyen entre un 15 y un 40 por 100 del total de los hallazgos. En Alexandrovka, los fragmentos de ánforas romanas, en su mayoría de vino, constituyen el 72 por 100 de los descubrimientos: está claro que aquí se produjo un acontecimiento muy entretenido. En Kamenka-Antechrak se ha encontrado lo que parece ser la villa de otro dirigente godo. Compuesta por cuatro edificios de piedra con sus dependencias anexas y un patio, abarcaba una zona de 3.800 metros cuadrados. Sus amplias instalaciones para el almacenamiento, unido al hecho de que la cantidad de objetos de alfarería romana sea superior al promedio (más del 50 por 100 —y en esta ocasión se trata de fragmentos de ánforas de vino y de trozos de una fina vajilla de mesa—), indican que también era un importante centro de consumo. En Pietroasa, en Rumania, los descubrimientos de objetos de alfarería y de instalaciones de almacenaje muestran que un cabecilla godo del siglo IV dio un nuevo uso a un viejo fuerte romano con propósitos similares. Este tipo de residencia independiente de las élites era un fenómeno nuevo.[48]

Por consiguiente, está claro que las nuevas riquezas generadas por la revolución económica germánica no eran objeto de una distribución uniforme, sino que estaban dominadas por grupos concretos. El control de cualquier nuevo flujo de riqueza —como el generado por la revolución industrial, en tiempos más modernos, o el producido por la globalización— desata siempre una intensa competencia, y, si la cantidad de esa riqueza nueva es lo suficientemente grande, quienes la controlen erigirán unas estructuras de autoridad enteramente nuevas. En la Europa

occidental, por ejemplo, la revolución industrial terminó destruyendo el predominio social y político de la clase de los terratenientes —que había poseído el control de las cosas desde la Edad Media— debido a que la dimensión de las nuevas fortunas industriales hizo que la cantidad de dinero que podía obtenerse mediante la explotación agrícola, incluso de amplias zonas, pareciese ridícula. Por tanto, difícilmente puede sorprendernos que la revolución económica de Germania desencadenase una revolución sociopolítica, y algunos de los procesos que entonces se produjeron han sido aclarados por nuevos hallazgos arqueológicos.

En la Antigüedad, gran parte de la península de Jutlandia se hallaba tachonada de charcas y de extensas turberas, hoy desecadas en buena medida como consecuencia de los proyectos de saneamiento de tierras. Las excavaciones recientes han mostrado que, debido a su capacidad para engullir objetos de tamaño muy grande, estas y otras partes similares de las franjas interiores cercanas a la costa del mar del Norte fueron utilizadas desde tiempos remotos por las poblaciones vecinas como depósitos para los enseres consagrados a sus sacrificios. En estas zonas se han desenterrado objetos concretos —desde carros a fuentes de oro— pertenecientes a varios períodos. En la época romana, desde las postrimerías del siglo II hasta el siglo IV, se fabricaron varias series de armas para la celebración de sacrificios, y muchas de ellas han salido a la luz de las turberas y charcas que tachonan la zona: en Vimose, Thorsbjerg y Nydam, cerca de Ostersotrrup, así como en Ejsbøl Mose. Muchos de esos descubrimientos incluyen las armas y los pertrechos de grandes comitivas —incluso de ejércitos enteros—, armas y pertrechos que, en todos los casos, aparecen ritualmente mutilados como parte del acto sacrificial. El conjunto de hallazgos más sorprendente del siglo III, realizado en Ejsbøl Mose, en el sur de Jutlandia, nos da una idea del tamaño y el tipo de contingente de hombres al que pertenecieron en su día las armas. En esta excavación, los arqueólogos han encontrado las armas de un pequeño ejército de doscientos soldados armados con lanzas, picas y escudos (al menos sesenta de ellos llevaban también espadas y dagas). También se ha detectado la presencia de un número desconocido de arqueros (se han desenterrado 675 puntas de flecha), así como la de unos doce o quince hombres, nueve de ellos a caballo, provistos de un equipamiento más selecto. Se trataba de una fuerza altamente organizada, con una clara jerarquía y un grado considerable de especialización militar: estamos ante un dirigente y su séquito, no ante un puñado de soldados campesinos.[49]

Con estos datos podemos empezar a apreciar hasta qué punto podían distanciarse los dirigentes de sus iguales a fin de lograr que su poder fuese hereditario. En el mundo germánico del siglo I, el poder crecía y menguaba con rapidez. Pero si una generación de una familia conseguía utilizar su nueva prosperidad para reclutar y organizar una fuerza militar de un tipo similar al hallado en Ejsbøl Mose, y transmitir después a sus descendientes tanto la riqueza como los seguidores, sus posibilidades de conservar el poder durante varias generaciones aumentaban de manera considerable. Las fuerzas militares organizadas proporcionaban la capacidad de coacción que permitía hacer valer en la práctica las reivindicaciones hechas públicas en los enterramientos de gran pompa. En el siglo IV, el hecho de poder ir acompañado por un séquito constituía uno de los atributos cruciales del poderoso. Chonodomario, el dirigente alamán al que Juliano derrotó en Estrasburgo, poseía un séquito personal de doscientos soldados,[50] lo que incita a establecer comparaciones con el yacimiento de Ejsbøl Mose.

Otras fuentes resaltan que esos séquitos tenían un gran número de funciones además de las propias del combate. La persecución de los cristianos que inició el godo Atanarico tras sustraer parcialmente a los tervingos a la dominación romana en 369 ha producido un documento de particular intensidad, la *Passion of St Saba*, que relata la persecución y muerte del mártir godo de ese nombre. Saba era un «verdadero» miembro de la tribu de los tervingos, no un descendiente de prisioneros romanos. La *Passion* fue escrita en territorio romano, donde también se encontró, tras su muerte, el cuerpo del santo. Entre los muchos y preciosos detalles que la obra proporciona se encuentra la mención de que, entre los tervingos, los dirigentes de rango medio poseían un séquito propio que utilizaban para respaldar coactivamente su voluntad. Fueron dos sicarios enviados por un tal Atarido los que finalmente dieron muerte a Saba por ahogamiento.[51]

Los séquitos también explican la naturaleza que muestran las sedes del poder en el siglo IV. Eran construidas, y operaban, según hemos visto, como centros de consumo (como sucede en Runderberg, o en Pietroasa, en Rumania). Gracias a los primeros textos medievales sabemos que el principal ejercicio de virtud que se exigía a los dirigentes germánicos cuando debían compensar los leales servicios recibidos era el de organizar generosos actos de esparcimiento, y no hay razón para suponer que este fenómeno fuese nuevo. La satisfacción de ese requisito no

sólo precisaba de amplios recintos, sino también de un suministro regular de alimentos, así como de los medios para poder comprar artículos como el vino romano, que la economía local no producía. Tal como también resalta la existencia de artesanos especialistas, el desarrollo de la economía de Germania había superado los viejos cánones que ella misma había establecido en la cultura de Jastorf hasta un punto que le permitía sostener a un número mucho mayor de productores no agrícolas.

Los yacimientos de las turberas dejan sentado otro punto crucial. En su condición de sacrificios a los dioses, los actos consistían probablemente en ritos de acción de gracias por una victoria: el yacimiento de Ejsbøl Mose conmemora la *aniquilación* de doscientos hombres cuyas armas fueron enviadas a las profundidades de la ciénaga. No hay forma de saber con exactitud quiénes eran esos hombres. ¿Eran los integrantes del ejército de un pequeño grupo germánico derrotado por las tropas de otro? Tácito nos brinda un comentario revelador sobre un grupo de catos y sobre quienes les derrotaron, un grupo de hermunduros, tras una batalla provocada por la posesión de unos depósitos de sal. «[L]os vencedores consagraron todo el ejército enemigo a Marte y a Mercurio, un voto por el que caballos, hombres y todas las pertenencias [de los vencidos] son entregados a la destrucción».[52] Está claro que el sacrificio ritual de los enemigos vencidos no era nuevo. Precisamente uno de estos pequeños grupos tribales del siglo I pudo haber puesto en armas a más de doscientos hombres, así que es posible que el yacimiento de Ejsbøl Mose conmemore la aniquilación de un puñado de combatientes desarraigados que intentaban prosperar por todos los medios —y que posiblemente fueran derrotados mientras realizaban una incursión por el sur de Jutlandia para hacerse con algún botín, o para instaurar el tipo de dominación que les habría permitido la exacción de impuestos y la obtención de alimentos con más regularidad—. En cualquier caso, el descubrimiento muestra que, a pesar de que los nuevos flujos de riqueza solían ser distribuidos de forma desigual, dicha distribución no se producía nunca sin conflicto.

Otra característica reinante en gran parte de Germania durante la época romana fue el notable incremento del *número* de enterramientos de armas. Los séquitos militares no eran sólo consecuencia de la revolución sociopolítica, eran también el vector que la generaba, y es probable que entre los siglos II y IV la violencia interna fuera una de las características del mundo germánico. Probablemente, las dinastías hereditarias que dominaban las nuevas confederaciones de alamanes, francos y sajo-

nes habían establecido su poder mediante una competencia belicosa. Lo mismo había sucedido, en un contexto ligeramente distinto, en el mundo gótico situado más al este. En esta región, el factor migratorio había intervenido en una escala mucho mayor, y para crear confederaciones como la de los tervingos de Atanarico, fue preciso someter a las poblaciones indígenas e instaurar nuevas jerarquías hereditarias. Tanto en el este como en el oeste, la prosperidad creciente de la región provocó una feroz lucha por su control, y permitió, como medio para lograrlo, el surgimiento de fuerzas militares especializadas. El resultado de estos procesos fue la gran confederación política que caracterizó a la Germania del siglo IV.

¿Los comienzos del feudalismo?

Algunos estudiosos han llegado a la conclusión de que, ya en la sociedad germánica del siglo IV, lo único que tenía importancia era una reducida clase aristocrática, bien provista de partidarios armados. Dejando a un lado los más suntuosos, existen, sin embargo, muchos enterramientos de los siglos III y IV que contienen *algunos* objetos funerarios: hombres con armas y mujeres con colecciones muy refinadas de joyas personales. Estos enterramientos eran excesivamente numerosos para pertenecer únicamente a los reyes y a la nobleza feudal. En épocas posteriores, las pruebas escritas ofrecen indicaciones sólidas sobre quiénes podían ser los personajes enterrados en estas tumbas. A finales del siglo V y principios del VI, los estados germánicos que sucedieron al imperio romano de Occidente generaron un gran número de textos legales. En fecha tan tardía, las sociedades germánicas (y las sometidas al dominio de los germanos) que retratan invariablemente estos textos estaban integradas esencialmente por tres castas: hombres libres, libertos y esclavos. A diferencia de lo que sucedía en el ámbito romano, donde los hijos de los libertos gozaban de completa libertad —y eran por ello hombres libres—, la condición de liberto en el mundo germánico tenía carácter hereditario. Los matrimonios mixtos entre miembros de cualquiera de las tres castas estaban prohibidos, y para que un individuo cruzase alguna de las líneas divisorias se requería la celebración de una compleja ceremonia pública. Esta modalidad de clasificación social estaba muy difundida, por ejemplo, entre los godos, los lombardos, los francos y los anglosajones.

También se aprecia que la clase que desempeña unos importantes roles políticos y militares en el reino ostrogodo de Italia, así como relevantes roles políticos, militares y de tenencia de tierras en los reinos francos y lombardos es, antes que la pequeña nobleza feudal, una clase relativamente amplia de hombres libres. Es probable que los hombres libres fueran también los individuos asociados a los enterramientos de armas de la Inglaterra anglosajona de los siglos V y VI, cuya función estaba claramente vinculada con la reivindicación de una posición social más que con el simple deseo de indicar que el individuo había sido un guerrero.[53]

Dado que entre los siglos IV y VI había afluido a la sociedad germánica una cantidad de riqueza mucho mayor, ya que varios grupos germánicos habían asumido el control de algunas partes del imperio romano, no creo en modo alguno que la participación política hubiera sido menor en el siglo IV que en el VI. En todo caso tuvo que haber sido más amplia. Por tanto, si en el siglo VI seguía existiendo una clase relativamente numerosa de libertos, seguramente habría existido también doscientos años antes. En otras palabras, la aristocracia militar cuasi feudal no dominaba aún Germania a finales de la época romana. Y las fuentes romanas, pese a que no muestren interés por el funcionamiento interno de las sociedades germánicas, nos proporcionan pruebas suficientes para confirmar este argumento. Los reyes godos del siglo IV, por ejemplo, no podían dictar órdenes sin más, sino que debían persuadir del interés de sus políticas a un público relativamente amplio, y los ejércitos góticos que existían hacia el año 400 d. C. estaban integrados por un gran número de combatientes de élite —o, en otras palabras, de hombres libres—, y no meramente por unos cuantos guerreros aristócratas. Estos guerreadores de élite disponían de su propia servidumbre en el combate: los últimos códices legales afirman que los libertos combatían (no así los esclavos), y que lo hacían, presumiblemente, junto a los hombres libres a quienes servían.[54] Esto no quiere decir que todos los hombres libres fueran iguales: algunos eran mucho más ricos que otros, especialmente si ocupaban un lugar elevado en el favor del rey. Sin embargo, el poder social no se hallaba aún confinado en los límites de un pequeño círculo de nobles.

La arqueología no puede arrojar excesiva luz sobre el modo en que los reyes y los nobles, en unión de sus partidarios, interactuaban con el resto de la sociedad de los hombres libres. Y las fuentes romanas tam-

poco son de gran ayuda. Sin embargo, para poder sostener y recompensar a sus fieles, todo personaje provisto de un importante séquito armado —es decir, todos los reyes alamanes, así como los «jueces» y los reyes de los tervingos— tenía que haber establecido el derecho a recibir respaldo económico de los hombres libres y de su servidumbre. En la Alemania del siglo IV, no hay signos de que existiera la capacitación burocrática necesaria para una recaudación de impuestos a gran escala, pero, sin duda, la producción agrícola debió haber estado sometida a exacciones periódicas. Por consiguiente, una vez más, queda claro que la situación había cambiado desde el siglo I, época en que las contribuciones a los jefes destacados (como nos dice Tácito en su *Germania*) se realizaban de manera ocasional y voluntaria. Obviamente, los reyes tenían la responsabilidad de representar a sus súbditos en cualquier negociación que pudiera establecerse con las potencias extranjeras —como fue el caso de la cumbre entre Atanarico y Valente—, así como en la determinación de la «política exterior». También debieron de haber tenido el derecho de exigir a sus súbditos la prestación de un servicio militar, ya que, con frecuencia, las decisiones de la política exterior apenas determinaban otra cosa que el enemigo contra el que se habría de guerrear. Las características de su cargo incluían igualmente algún tipo de función jurídica. Como mínimo, los reyes tendrían que actuar como jueces en las disputas surgidas entre sus súbditos más importantes. Resulta más dudoso que tuvieran derecho a dictar leyes generales, aunque sí que tendrían la potestad de tomar decisiones en casos concretos. En los reinos germánicos del Occidente posterior a la dominación romana, la actividad legislativa parece haber constituido una función nueva, y, además, su ejercicio se realizaba únicamente en un contexto de consenso. La elaboración de un código legal se efectuaba en las asambleas de los notables, y se promulgaba con el respaldo de todos.[55]

Las fuentes romanas del siglo IV arrojan poca luz sobre el modo exacto en que interactuaban los reyes y sus seguidores con esta casta de hombres libres, pero la *Passion of St Saba* nos permite tener una imagen algo más precisa. Entre los tervingos, la persecución de los cristianos fue una decisión política tomada por el conjunto de sus jefes, y en ella participaron tanto los reyes secundarios como el propio Atanarico. Sin embargo, su puesta en práctica se encontraba en gran medida en manos de las comunidades de las poblaciones locales, aunque de vez en cuando se

enviaban algunos comisionados poco familiarizados con las circunstancias locales a fin de que comprobasen los progresos realizados. En el caso del pueblecito de Saba, esta situación permitió que los lugareños tuviesen grandes oportunidades de desbaratar una política por la que claramente no sentían la menor simpatía. Al verse ante una orden de persecución, juraban en falso que no había ningún cristiano entre ellos. Está claro que al menos esta población quería proteger de la persecución de Atanarico a los cristianos de su censo, y los comisionados que éste enviaba no podían hacer nada para evitarlo. No tenían la menor idea de quién podía ser o no ser cristiano: si Saba fue martirizado fue porque no se avino al engaño.[56]

La sociedad germánica seguía siendo, por tanto, una oligarquía de amplia base en la que una élite aún numerosa de hombres libres poseía mucho poder. Aún tendría que recorrer un buen trecho para alcanzar la condición de estado feudal que tuvo en la época carolingia.

Roma, Persia y los germanos

Nuestro examen de los cambios que reorganizaron el mundo germánico entre los siglos I y IV muestra claramente por qué la atención de Roma permaneció tan fijamente concentrada en Persia durante la época imperial tardía.

El ascenso a la condición de superpotencia había sido la causa de la formidable crisis del siglo III, y Persia seguía siendo la amenaza más clara, incluso después de que el frente oriental se hubiera estabilizado. Germania, por el contrario, no se hallaba en condiciones, ni siquiera en el siglo IV, de generar una identidad común entre sus distintos pueblos ni de unificar sus estructuras políticas. La existencia de algunas alianzas de carácter altamente accidental había dejado la vía expedita a la formación de grupos de mayor tamaño, o confederaciones —asociaciones estas últimas que suponían un cambio importante respecto al caleidoscópico mundo del siglo I, caracterizado por sus tornadizas lealtades—. Aunque ahora la dignidad real podía heredarse, ni siquiera los cabecillas germánicos de mayor éxito del siglo IV podían comparar sus logros a los de Ardachir, que había conseguido unir al Oriente Próximo contra la potencia romana. A juzgar por los yacimientos de armas y por nuestras fuentes escritas, los germanos del siglo IV seguían teniendo las mismas probabilidades de combatir entre sí que de luchar contra el estado romano.

Dicho esto, era imposible que el formidable crecimiento de la población, el desarrollo económico y la reestructuración política de los primeros tres siglos d. C. no convirtiesen a la Germania del siglo IV en una amenaza potencial mucho mayor para el dominio estratégico de Roma en Europa que la planteada por su equivalente del siglo I. Es importante recordar también que la sociedad germánica no había alcanzado aún su equilibrio. Al otro lado de las fronteras del Rin y del Danubio, el cinturón de reinos germánicos clientes no se extendía más que unos centenares de kilómetros: esto hacía que una gran parte de Germania quedase excluida de las periódicas campañas que mantenían más o menos bajo control a las regiones fronterizas. Por consiguiente, el equilibrio de poder en la frontera resultaba vulnerable a algo mucho más peligroso que los reiterados excesos de ambición de los reyes clientes. Durante el siglo anterior, la Persia de los sasánidas había sido causa de una intensa conmoción exógena: ¿plantearía una amenaza similar el mundo germánico situado más allá de la franja de reinos clientes estrechamente controlados?

Durante toda la época imperial romana, los estados clientes germánicos se vieron periódicamente convertidos en blanco de los grupos de saqueadores asentados en las zonas algo alejadas de la frontera. Esto tiene una explicación clara. Durante el tiempo en que el conjunto de Germania se halló sometido a los efectos de su revolución económica, el impacto de ésta en las regiones fronterizas fue desproporcionadamente grande, ya que sus economías recibieron el nada desdeñable estímulo de la presencia en las inmediaciones de miles de soldados romanos con capacidad adquisitiva. De este modo, los estados clientes tendieron a hacerse más ricos que la Germania exterior, y a convertirse por tanto en blanco de las agresiones. El primer caso conocido tuvo lugar a mediados del siglo I d. C., cuando una fuerza mixta procedente del norte invadió el reino cliente de un jefe de los marcomanos llamado Vanio con el objetivo de apoderarse de las enormes riquezas que había amasado durante su reinado, que duraba ya treinta años.[57] Y los que comenzaron la sacudida del siglo II que generalmente se conoce con el nombre de guerras marcománicas fueron también los grupos periféricos del norte, que descendían en busca de las riquezas de los estados cliente. La misma motivación había sido la causa de la llegada de los godos a la región del mar Negro. Antes de mediados del siglo III, estas tierras se hallaban dominadas por unos grupos sármatas de lengua irania que obtenían enormes

beneficios de la estrecha relación que mantenían con el estado romano (su prosperidad se hace patente en una serie de enterramientos de magnífico mobiliario que datan de los siglos I a III). Los godos y otros grupos germánicos se desplazaron a esa región para apoderarse de una parte de esa riqueza.

Con todo, el peligro que planteaba el desarrollo del mundo germánico seguía siendo un peligro latente, debido a su falta de unidad global. En la práctica, la cadena integrada por los reinos y confederaciones germánicos de mayor tamaño —que ahora se extendían desde la desembocadura del Rin hasta la costa septentrional del mar Negro— constituía más un conjunto de reinos asociados y subordinados integrado en el seno del sistema dominante de la Roma tardía que una verdadera amenaza para el poder imperial romano. En esta relación, el imperio no siempre obtenía lo que deseaba, y la conservación del sistema provocaba todas las generaciones una importante confrontación entre los socios de mayor y menor relevancia. Sin embargo, en la mayoría de los casos, los bárbaros sabían cuál era su lugar. De hecho, nadie lo sabía mejor que Zizais, el cabecilla que se acercó al emperador Constancio para solicitar ayuda en 357:

> Pero, al ver al emperador, [Zizais] arrojó las armas y se tumbó boca abajo, como sin vida. Además, como perdió la voz por el miedo, precisamente cuando debía exponer sus súplicas, suscitó una misericordia incluso mayor. Al fin, después de intentarlo varias veces, consiguió explicar sus peticiones, si bien se lo impedían un poco sus sollozos.[58]

La incapacidad, primero, de hablar, seguida de un breve y quedo sollozo y de la entrecortada exposición de unas cuantas peticiones consiguió el milagro. Constancio convirtió a Zizais en rey cliente de los romanos y le concedió, tanto a él como a su pueblo, la protección imperial. ¡Ay del bárbaro que olvidara el guión!

El imperio romano tardío conseguía mantener perfectamente a raya a los bárbaros. Había tenido que esforzarse al máximo para responder al desafío persa, pero conservaba en lo fundamental el control de sus fronteras europeas. Sin embargo, durante mucho tiempo ha formado parte de la tradición afirmar que la obtención de los recursos extra que precisaba para conservar ese control sometió al sistema a una tensión excesiva, y que el esfuerzo que se le exigía al imperio era insostenible. De he-

cho, la estabilidad regresó a las fronteras romanas de Oriente y de Europa en el siglo IV, pero a un precio excesivamente alto y con el resultado de que el imperio quedaba abocado al desmoronamiento —o eso sostiene el argumento—. Antes de adentrarnos en los últimos años del siglo IV y de recorrer el V, es importante examinar más de cerca el período intermedio del siglo IV. ¿Era *realmente* una estructura condenada al hundimiento?

3

Los límites del imperio

Aproximadamente en el año 373, el jefe de las fuerzas militares romanas destacadas en el norte de África (en latín, *comes Africæ*), un sujeto llamado Romano, fue destituido por incitar a la rebelión a varias de las tribus bereberes asentadas en los límites de la provincia. Teodosio, el comandante supremo (*magister militum*), que había sido enviado para hacer frente a la emergencia, encontró entre los papeles de Romano un escrito altamente acusador. Era una carta dirigida a Romano por un tercer personaje y, entre otras cosas, contenía el siguiente saludo de un tal Paladio —que hasta fecha reciente había sido un alto funcionario imperial—: «Te saluda el desgraciado Paladio, que se considera desgraciado simplemente porque, en la cuestión de Trípoli, mintió a los oídos imperiales [de Valentiniano I. Poco antes, Paladio había sido destituido de su cargo]».[1] Como consecuencia de esto, Paladio fue sacado del lugar de su retiro, en su finca campestre, y conducido a la fuerza a Tréveris. Mentir al emperador era traición. Para no tener que hacer frente a los interrogatorios, que en tales casos iban habitualmente acompañados de torturas, Paladio se suicidó por el camino. Poco a poco fue conociéndose toda la historia.

Las pistas condujeron al año 363, fecha en la que Romano había sido nombrado para el cargo por primera vez. La campiña que rodeaba la ciudad de Leptis Magna, en la provincia de Tripolitania, acababa de ser saqueada por los miembros de las tribus bereberes de las vecinas franjas desérticas, y sus habitantes querían que Romano tomase represalias. Tal como debía, Romano reunió sus tropas en Leptis, pero solicitó el astronómico apoyo logístico de cuatro mil camellos, y los ciudadanos se negaron a entregarlos. En consecuencia, Romano dispersó sus solda-

dos, y no se llevó a cabo campaña alguna. Los ciudadanos, agraviados, esperaron a la siguiente asamblea anual de la provincia, probablemente la del año 364, para enviar una embajada con su queja al emperador Valentiniano. Ante el apuro, Romano trató de desviar el asunto, y su primera iniciativa fue hacer llegar a Valentiniano su versión de la historia a través de un pariente llamado Remigio, que por entonces desempeñaba el cargo de *magister officiorum* (un puesto similar al de jefe del funcionariado público, una de las más altas responsabilidades burocráticas del imperio occidental). En un primer momento, Valentiniano se negó a dar crédito a ambas versiones, y ordenó una comisión de investigación. Sin embargo, como tardara en ponerse en marcha, nuevos ataques bereberes obligaron a los ciudadanos de Leptis a enviar una segunda embajada de queja por la continuada inacción de Romano. Al tener noticia de que se habían producido más ataques, Valentiniano perdió la paciencia y así es como interviene Paladio. Él fue el elegido para realizar una labor de investigación, y también recibió el encargo de llevar consigo recompensas económicas para las tropas africanas.[2]

De acuerdo con las órdenes del emperador, Paladio viajó hasta Leptis y descubrió por sí mismo la verdad de lo que Romano había estado —o mejor dicho, no había estado— haciendo. Al mismo tiempo, sin embargo, Paladio estaba realizando tratos con los jefes y los pagadores de las unidades del ejército africano, lo que le permitía quedarse con parte del dinero imperial en efectivo que tenía a su cuidado. Todo quedó dispuesto para llegar a una componenda. Paladio amenazó a Romano con un informe acusatorio e irrefutable de su inacción, mientras que Romano puso sobre el tapete el pequeño asunto del desfalco de Paladio. Como resultado de esta confabulación, Paladio se quedó con el dinero y, de regreso a Tréveris, dijo a Valentiniano que los habitantes de Leptis no tenían nada de qué quejarse. El emperador, que creyó que se le había hecho perder el tiempo, hizo caer todo el peso de la ley sobre los demandantes de Leptis. Paladio fue enviado a África por segunda vez, para presidir los juicios. Con todo lo que se jugaba el juez, sólo podía haber un veredicto para los querellantes. Por consiguiente, varios testigos fueron sobornados, y declararon de común acuerdo que nunca se había producido ataque alguno. Los cabos sueltos fueron atados con todo cuidado, probablemente en el año 368, así que un gobernador y tres embajadores fueron ejecutados por realizar declaraciones falsas al emperador. Las cosas no pasaron de ahí hasta que, seis años después, salió a la luz la carta

de Paladio a Romano. Dos embajadores que habían logrado sobrevivir por haber tenido el buen juicio de ocultarse al saber que su sentencia dictaba que se les cortase la lengua surgieron de entre bastidores para decir lo que sabían. El asunto reclamó debidamente sus últimas víctimas: Paladio, desde luego, y también Romano, por no mencionar al *magister officiorum* Remigio y a los falsos testigos.

A primera vista, podría parecer que no hay aquí nada que se salga de lo ordinario: una negligencia, una malversación y una coartada particularmente repulsiva. ¿Qué otra cosa podría esperarse de una estructura imperial incapaz de sustraerse a una trayectoria decadente que la conducía al desastre? Desde Gibbon, la corrupción de la vida pública ha formado parte del relato de la caída del imperio romano. Sin embargo, pese a que el imperio del siglo IV tenía su buena dosis de corrupción, es importante no precipitarse al sacar conclusiones. En las fuentes de la época es fácil encontrar ejemplos de todos los tipos de delito imaginables: desde jefes militares que exageraban deliberadamente las recompensas debidas a sus soldados a fin de embolsarse la paga extra tras obligar a sus unidades a apretarse el cinturón, hasta funcionarios que mareaban el dinero de una cuenta a otra hasta que éste se «perdía» en una nube de documentos y podían desviarlo para satisfacer sus propios planes.[3] Sin embargo, resulta mucho más dudoso que cualquiera de estos comportamientos desempeñara un papel determinante en el desmoronamiento del imperio de Occidente.

Por muy incómoda que pueda resultar la idea, a lo largo de la historia el poder ha mantenido una larga y señalada relación con la acumulación de riquezas: es algo que ha sucedido en todos los estados, ya fueran grandes o pequeños, ya gozaran de una salud aparentemente sólida o se encontraran en las últimas. En la mayoría de las sociedades pasadas —y en muchas de las actuales— el vínculo entre el poder y el beneficio no resultaba, ni siquiera remotamente, problemático, ya que, para empezar, se consideraba que el beneficio propio y el de los amigos era el objeto último y perfectamente legítimo que cabía asociar a la realización del esfuerzo de alcanzar el poder. Cuando nuestro viejo amigo Temistio empezó a captar la atención del emperador Constancio, a principios de la década de 350, Libanios, un amigo que enseñaba retórica y que creía firmemente en los valores morales de la educación clásica, le escribió lo siguiente: «Tu presencia en la mesa [del emperador] indica la mayor intimidad ... cualquier persona que puedas mencionar se encontrará inme-

diatamente en mejor situación, y ... el placer que [el emperador] experimenta al conceder dichos favores supera al que tú sientes al recibirlos». Para Libanios, la influencia recién estrenada de Temistio no constituía ningún problema: muy al contrario. De hecho, en el seno del imperio la totalidad del sistema de nombramientos de la carrera burocrática funcionaba sobre la base de las recomendaciones personales. Dado que no existían exámenes que implicaran una competencia, el mecenazgo y las relaciones desempeñaban un papel crucial. En más de un discurso dirigido a distintos emperadores, Temistio disertó extensamente sobre el tema de los «amigos», un círculo de personas en inmediata relación con el emperador sobre el que recaía la responsabilidad de llevar a su ánimo los nombres de los candidatos adecuados para un cargo. Sin duda, Temistio quería que esos amigos tuvieran capacidad de discernir, de manera que pudieran realizar recomendaciones de primer orden. Sin embargo, no tenía el menor deseo de cambiar las cosas en ninguno de sus aspectos estructurales. El nepotismo era parte del sistema. Por lo general el nombramiento para un cargo se aceptaba como una oportunidad para hacer el agosto, y se daba poco menos que por descontado que se produciría un moderado grado de malversación.[4]

Y esto no era nada nuevo. En sus primeros años, e incluso durante la vigorosa época de sus conquistas, el imperio romano estuvo mucho más condicionado que en años posteriores por el abuso de poder —aunque tal vez debiéramos limitarnos a considerar que este comportamiento era un «uso»— con el que los funcionarios (ya fuesen los amigos u otros funcionarios de rango más elevado) obtenían beneficios para sí mismos y para sus colaboradores. Según el historiador Salustio, que escribía a mediados del siglo I a. C., la vida pública de Roma había quedado despojada de su fibra moral con la destrucción de Cartago, su último rival de importancia, en el año 146 a. C. Sin embargo, la realidad era que los grandes magnates de la vida pública siempre habían estado preocupados por su medro personal, y en este sentido el imperio de la primera época no había sido diferente. Gran parte de lo que podríamos denominar «corrupción» del sistema romano era un simple reflejo de la relación normal entre el poder y el lucro. Algunos emperadores, como Valentiniano, acumulaban periódicamente un cierto capital político a base de tomar enérgicas medidas contra la «corrupción», pero ni siquiera Valentiniano trató de cambiar el sistema.[5] En mi opinión, es importante enfocar de forma realista el modo en que los seres humanos utilizan el po-

der político, y no dar demasiada importancia a los casos particulares de corrupción. Dado que, en primer lugar, el factor vinculado a la relación entre el poder y el lucro no había impedido el ascenso del imperio, no hay razón para suponer que contribuyera de forma fundamental a su desplome. En el escándalo de Leptis, Romano, Paladio y Remigio se pasaron de la raya. Si lo observamos más de cerca, el caso de Leptis nos ofrece bastante más que un buena tapadera.

Los límites de la gobernanza

En teoría, el emperador era la autoridad suprema en lo tocante a la promulgación de las leyes generales, y en ciertos casos particulares, el emperador tenía derecho a modificar la ley, o a infringirla, según su preferencia. Podía dictar condenas de muerte, u otorgar el perdón, con una simple palabra. Según todas las apariencias, era un monarca absoluto. Sin embargo, las apariencias pueden ser engañosas.

Valentiniano, que había sido soldado durante muchos años antes de su ascenso al trono, sabía por experiencia propia en qué consistía la supervisión de la frontera del Rin. Al tener su centro de operaciones en Tréveris, se hallaba lo suficientemente cerca de la frontera para poder investigar con prontitud un incidente adverso. Ahora bien, un problema que surgiese en África era una cuestión muy distinta. Lo primero que supo Valentiniano del episodio de Leptis fue la súbita llegada a su corte de dos relatos de los hechos diametralmente opuestos, uno emanado de la primera legación enviada por la asamblea provincial, y el otro aportado por Romano a través del *magister officiorum*, Remigio. La circunstancia de encontrarse en Tréveris situaba a Valentiniano a unos dos mil kilómetros del escenario de los hechos. Como no podía abandonar la frontera del Rin para investigar un incidente relativamente menor producido en un rincón más bien oscuro del norte de África, todo lo que podía hacer era enviar a un representante para que averiguase los hechos en su nombre. Si esa persona le proporcionaba información falsa, como sucedió en este caso, y se aseguraba de que no llegase a oídos imperiales ninguna versión alternativa, el emperador estaba obligado a actuar en consecuencia. El elemento esencial que aflora en el caso de Leptis Magna es que, por muy grande que fuera el poder del emperador, tanto en términos teóricos como prácticos, el gobierno central de Roma sólo po-

día tomar decisiones eficaces si recibía información precisa de sus distintas regiones. El régimen de Valentiniano gustaba de presentarse a sí mismo como el protector del contribuyente frente a las injustas demandas de los militares. Sin embargo, en el caso de Leptis Magna, y por culpa del falso informe de Paladio, las acciones del emperador tuvieron un efecto totalmente opuesto.

Se precisa un esfuerzo de imaginación para comprender lo difícil que era reunir información precisa en el mundo romano. Valentiniano, que gobernaba únicamente la mitad del imperio, controlaba una región significativamente mayor que la actual Unión Europea. Hoy, y a una escala geográfica semejante, la verificación de la eficacia de una acción central ya es suficientemente difícil, pero los problemas de comunicación a los que debía enfrentarse Valentiniano hacían que esa acción resultase para él extraordinariamente más compleja que para sus equivalentes de la moderna Bruselas. El problema era doble: no se circunscribía únicamente a la lentitud de las comunicaciones antiguas, sino que se veía acentuado por el escasísimo número de vías de contacto. El problema de Leptis se vio exacerbado no sólo por el hecho de que las comunicaciones avanzasen a paso de tortuga, sino también por la extrema escasez de puntos de contacto: dos en el primer caso (los embajadores y Remigio, que actuaba en representación de la versión de Romano), a los que vino a añadirse un tercero cuando Valentiniano envió su misión de investigación, encarnada en la persona de Paladio. Una vez que Paladio hubo dado por bueno el relato de Romano, la situación quedó reducida a dos testimonios contra uno, y Valentiniano no disponía de ninguna otra fuente de información. En el mundo del teléfono, del fax y de las conexiones a internet, la verdad es mucho más difícil de ocultar. Más allá del inmediato círculo vecino a la sede que tenía en la frontera del Rin, los contactos de Valentiniano con las comunidades urbanas que componían su imperio eran dispersos e infrecuentes.

Otro hecho que, tras extraordinarias peripecias, ha llegado hasta nosotros desde la época del imperio romano tardío arroja algo de luz sobre el problema: unos documentos en papiro preservados a lo largo de los siglos por el seco calor del desierto egipcio. (Como una ironía del destino, la mayor parte de los documentos que integran este archivo terminaron en la Biblioteca John Rylands de Manchester, una ciudad célebre por ser muy lluviosa.) Estos papiros, adquiridos por el gran coleccionista victoriano A. S. Hunt en 1896, proceden de Hermópolis, en la orilla oeste del

Nilo, en el límite entre el Alto y el Bajo Egipto. Una carta clave quedó separada del resto, y terminó en Estrasburgo. Cuando se la identificó como parte de esa misma colección, quedó claro que se trataba de los papeles de un tal Teófanes, un terrateniente de Hermópolis que disfrutaba de un cargo burocrático bastante alto en la Roma de principios del siglo IV. A finales de la década de 310, Teófanes era asesor jurídico de Vitalis, quien, en su calidad de *rationalis Ægypti*, era el funcionario de finanzas encargado de ocuparse de las fábricas de armas y de otras operaciones que el estado romano realizaba en la provincia. El grueso del archivo hace referencia a un viaje que Teófanes había hecho desde Egipto a Antioquía (la actual Antakya, en el sur de Turquía, cerca de la frontera siria), una capital regional del Oriente romano. El objeto del viaje era la realización de unos negocios oficiales, y la fecha estaba comprendida entre los años 317 y 323. Los papeles no nos ofrecen un relato del viaje —sólo podemos tratar de adivinar cuál pudo haber sido el objetivo de la encomienda—, sino algo que en cierto sentido es más valioso: listados de embalajes, informes económicos e itinerarios fechados que, sumados, hacen que el viaje oficial por cuenta de Roma resulte perfectamente vívido.[6]

Al estar encargado de un asunto oficial, Teófanes pudo utilizar el mismo sistema de transporte público que había llevado a Símaco hasta Tréveris, el *cursus publicus*, compuesto por una serie de apeaderos cuidadosamente escalonados que disponían de establos —donde los funcionarios de viaje podían cambiar de animales— y (a veces) de pabellones de hospedería. Los documentos que llaman más inmediatamente la atención son los que se ocupan de los itinerarios seguidos por Teófanes: listas diarias en las que se consignan las distancias que la comitiva había logrado recorrer. Tras comenzar el viaje a Antioquía el 6 de abril en la ciudad de Nikiu, en el Alto Egipto, Teófanes llegó finalmente a la ciudad tres semanas y media después, el 2 de mayo. La distancia media recorrida por jornada había sido de unos cuarenta kilómetros: en la primera parte del viaje, a través del desierto del Sinaí, cubrió tan sólo 24 kilómetros al día, pero nada más llegar al Creciente fértil aumentó esa cantidad hasta los 65 kilómetros diarios. Y en una última jornada de vértigo hasta Antioquía, presintiendo que la meta estaba cerca, su grupo recorrió más de cien kilómetros. El viaje de regreso le llevó un tiempo similar. Teniendo en cuenta que el cargo oficial de Teófanes le permitía cambiar los caballos siempre que fuera necesario —de modo que no había necesidad de conservar el vigor de las monturas—, estas cifras nos dan una referencia

que nos sirve de orientación para calcular el tiempo empleado en las operaciones burocráticas del imperio romano. Sabemos que, en una emergencia, los mensajeros que viajaban al galope y podían cambiar muchas veces de caballo lograban cubrir hasta 250 kilómetros diarios. Sin embargo, el promedio de Teófanes en este viaje de tres semanas y media era la velocidad normal: es decir, unos cuarenta kilómetros al día, la velocidad de un carro de bueyes. Esto era válido tanto para las operaciones militares como para las iniciativas civiles, ya que todos los pertrechos y bagajes pesados del ejército se desplazaban también por este medio.

El otro rasgo sorprendente del viaje de Teófanes es su complejidad. Como era de esperar, dada esta velocidad de desplazamiento, sólo los máximos cargos del funcionariado romano tendían a emprender viaje a zonas situadas fuera de las inmediaciones de su provincia —por consiguiente, no cabe esperar que los funcionarios situados en niveles inferiores del escalafón pudieran conocer a sus homólogos de las regiones vecinas—. Egipto, en la mayor parte de los casos, se gobernaba a sí mismo, así que no era habitual que Teófanes tuviese necesidad de conocer a nadie en Antioquía, y tampoco conocía, por lo que a sus funciones se refiere, a nadie en ningún otro lugar de su ruta. Por consiguiente, Vitales le proporcionó cartas de presentación para todas las personas relevantes que había de encontrar en su camino. Teófanes no utilizó algunas de esas cartas, y ésa es la razón de que hayan sobrevivido en el archivo. Dadas las reglas de protocolo de la época, uno debía ser previsor y llevar consigo toda una gama de presentes adecuados: la cortesía exigía que toda nueva relación comenzara con un intercambio de obsequios —en ocasiones valiosos—. Los informes consignan algunos de los objetos destinados a ese fin, como el *lungurion* (almizcle de lince coagulado), un ingrediente de los perfumes caros.[7] También era preciso transportar grandes cantidades de dinero en efectivo, a lo que en el caso de Teófanes se añadían probablemente las cartas de presentación que debían permitirle, como persona encargada de realizar un viaje oficial, retirar fondos de las fuentes gubernamentales. De ahí que fuera frecuente que esos viajeros necesitasen protección y que contratasen escoltas armadas en caso necesario. Los informes de Teófanes consignan la compra de comida y bebida para los soldados que le acompañaban durante las etapas que hubo de recorrer por el desierto de Egipto.

Las listas de embalajes constituyen también una lectura esclarecedora. Evidentemente, Teófanes necesitaba distintas indumentarias: ropa

ligera y de abrigo para las variaciones de clima, su uniforme oficial para ejercer el cargo, y una toga para las termas. Los alojamientos del *cursus publicus* eran obviamente muy elementales. El viajero debía llevar consigo su propia ropa de cama —no sólo las sábanas, sino incluso un colchón— y una cocina completa para atender a las necesidades alimentarias. Esto nos sugiere que Teófanes no viajaba solo. No sabemos cuántas personas iban con él, pero no hay duda de que le acompañaba un grupo de esclavos que se encargaba de todos los menesteres domésticos. Por lo general gastaba en el sustento diario de todos ellos algo menos de la mitad de lo que gastaba en el suyo. El baqueteado puñado de documentos en papiro que se encuentra en Manchester está repleto de este tipo de valiosos pormenores. Justo antes de abandonar la civilización para volver a cruzar el desierto, el grupo compró 160 litros de vino para el viaje de regreso. Esta cantidad costó menos que los dos litros del vino que Teófanes bebió en la comida ese mismo día, de una cosecha mucho menos corriente. En otro punto del viaje, los registros señalan la compra de nieve, utilizada para enfriar el vino de la cena. De este modo, lo que aflora es una llamativa noción de la compleja y pesada naturaleza de un viaje oficial.

En realidad, por tanto, los lugares se hallaban separados en el siglo IV por una distancia mucho mayor que la actual. En este momento en el que me siento a escribir, la distancia que media entre el Muro de Adriano y el Éufrates es de unos cuatro mil kilómetros, y era la misma en los días de Teófanes. Sin embargo, al ritmo de avance de Teófanes —incluso en el caso de que le concediéramos un mayor promedio, de unos cincuenta kilómetros diarios (sin contar los días que empleó en cruzar el desierto)—, el viaje que por tierra tardaría en realizarse hoy un máximo de dos semanas, habría durado en el siglo IV aproximadamente unos tres meses. Si contemplamos el mapa con ojos modernos, el imperio romano nos parece ya suficientemente impresionante; si lo observamos con la mentalidad del siglo IV resulta sobrecogedor. Más aún, si al medirlo tomamos como unidad real para la estimación de las distancias el tiempo que tardaban los seres humanos en cubrir unas distancias de esa magnitud, podríamos decir que el imperio romano era entonces cinco veces mayor de lo que muestra el mapa. Dicho de otro modo, recorrer el imperio romano con las comunicaciones entonces disponibles era como recorrer, en la época actual, una entidad cuyo tamaño fuese de cinco a diez veces el de la Unión Europea. Y si los lugares distaban tanto unos de otros, y

se hallaban tan alejados de la capital, apenas puede sorprendernos que un emperador tuviese pocas vías de comunicación con la mayoría de las localidades que integraban su imperio.

Además, incluso en el caso de que sus representantes hubiesen logrado producir de algún modo un flujo ininterrumpido de datos de inteligencia procedente de todas las ciudades del imperio y encauzarlo en dirección del centro de gobierno, es poco lo que en cualquier caso habría podido hacer el emperador con esa información. Toda esta hipotética información habría debido conservarse en trozos de papiro, y el cuartel general habría quedado pronto sepultado bajo una montaña de papeles. Cuando fuera necesario buscar cualquier documento concreto, habría resultado prácticamente imposible hallarlo, en especial porque parece que los archivistas romanos sólo hacían sus clasificaciones por años.[8] La existencia de unos lazos de comunicación primitivos, unida a una ausencia de medios perfeccionados para procesar la información, explica las limitaciones burocráticas a las que los emperadores de todas las épocas tuvieron que enfrentarse para adoptar y hacer cumplir sus decisiones ejecutivas.

La principal consecuencia de todo esto consistía en que el estado era incapaz de intervenir sistemáticamente en el gobierno cotidiano de las comunidades que lo constituían. No debe por tanto sorprendernos que el abanico de asuntos que podía manejar el gobierno de Roma no fuera sino una pequeña parte de la que es capaz de gestionar un estado moderno. Incluso en el caso de que hubiera habido ideologías que los estimularan, el gobierno romano carecía de la capacidad burocrática para tramitar proyectos sociales de amplio alcance, como el de un servicio sanitario o el de un presupuesto para la seguridad social. La implicación gubernamental activa se veía necesariamente circunscrita a una gama de actividades mucho más estrecha: el mantenimiento de un ejército eficaz y la gestión del sistema impositivo. E incluso en materia de impuestos, el papel de la burocracia del estado se limitaba a asignar sumas globales a las ciudades del imperio y a controlar la transferencia de dinero. Las tareas difíciles —la determinación de la cuantía de las cargas tributarias individuales y la recaudación efectiva de las sumas— se llevaba a cabo en el plano local. E incluso entonces, con tal de que las ciudades ingresaran en las arcas centrales el montante tributario acordado, se permitía que las comunidades locales —como apuntaban las leyes municipales que hemos examinado en el capítulo 1— actuasen como comunidades autónomas fundamentalmente regidas por su propio autogobierno.[9] Si se mantenía

contento al gobierno central, los habitantes de las provincias podían vivir la vida a su manera.

Ésta es la clave para comprender gran parte de la historia interna del imperio romano. El escándalo de Leptis ilustra menos la existencia de un problema concreto del imperio tardío que las limitaciones básicas que afectaron al gobierno central romano en todas las épocas. Para comprender plenamente el funcionamiento del gobierno, es preciso no separar la valoración de la imposibilidad logística en que se veía el centro para intervenir en la vida cotidiana de la periferia del absoluto poder legal y el indiscutido dominio ideológico que poseía el núcleo imperial. Lo que generó la dinámica característica del funcionamiento interno del imperio romano fue la interacción de estos dos fenómenos. Dado que era administrativamente imposible que el gobierno central lo controlase todo, todo aquello a lo que *sí* añadiese su sello de autoridad quedaba investido de una arrolladora legitimidad en caso de verse sometido a prueba. Lo que solía ocurrir, por tanto, era que los individuos y las comunidades invocaban la autoridad del centro para satisfacer sus propios objetivos. A primera vista, esto parece sugerir que el imperio metía constantemente la cuchara en una legión de tartas locales, pero esta impresión es errónea. Al margen de los impuestos, los emperadores sólo intervenían en los asuntos locales cuando los lugareños —o al menos una parte de la opinión local— consideraban que la movilización de la autoridad imperial habría de resultar ventajosa para ellos.

Ya hemos visto cómo funcionaba esta pauta de comportamiento en los primeros años de la época imperial. Tal como nos muestran las inscripciones halladas en España (páginas 62-63), la existencia de ciudades de estilo romano en todo el imperio se debía a que las comunidades locales adoptaban las leyes municipales elaboradas por el centro. En particular, los terratenientes locales más acaudalados advirtieron rápidamente que la consolidación de una constitución que les concediese los derechos del Lacio era una vía hacia la ciudadanía romana, lo que les permitiría participar en las muy lucrativas estructuras del imperio. El asunto tiene su lado turbio, claro está. La concesión del estatuto de italiano era algo tan valioso para los dirigentes de la comunidad que aspiraba a lograrlo que éstos estaban dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de alcanzar ese privilegio, y con frecuencia adulaban a los magnates del centro proclives a usar sus buenos oficios ante el emperador de turno.

Este tipo de relación entre el centro y las regiones era la roca firme sobre la que se hallaba edificado el imperio.[10]

Esta relación también operaba en el caso de los individuos que utilizaban el sistema de «reescritura». Las reescrituras permitían que un individuo plantease una consulta al emperador —en la práctica, a sus expertos legales— sobre alguna cuestión jurídica de detalle. Cualquiera que utilizase la mitad superior de una hoja de papiro, podía escribir al emperador acerca de alguna cuestión que quisiese ver zanjada. Después el emperador respondía en la mitad inferior. No se podía utilizar este sistema para hacer que el emperador dirimiera un pleito completo —sólo para que precisase algún extremo técnico legal que pudiese orientar su resultado—. Una vez más debemos la indicación de la extensión con que se utilizaba el sistema a un único papiro que ha llegado hasta nosotros. En la primavera del año 200 d. C., los emperadores Severo y Caracalla, se instalaron en la ciudad de Alejandría, en Egipto. Un papiro, que hoy se encuentra en la Universidad de Columbia, señala que los emperadores respondieron a cinco reescrituras (las respuestas eran fijadas en tablones públicos) el día 14 de marzo, a cuatro reescrituras más el 15 de marzo, y a otras cuatro el 20 de ese mismo mes.[11] Por tanto, incluso en el caso de que consideremos que los emperadores disfrutaban anualmente de un gran número de días de ocio, al menos mil personas al año podían solicitar la opinión del emperador sobre sus disputas legales privadas.

De idéntica importancia, es el hecho de que una vez que la reescritura era devuelta a las provincias el emperador dejara de tener control sobre ella, ya que de este modo ese trozo de papel con su nombre y su autoridad quedaba expuesto al albur de las circunstancias. Difícilmente puede sorprendernos entonces que estas respuestas imperiales fuesen utilizadas en todo tipo de formas imprevistas. El *Código teodosiano* del siglo V (véase la página 167) cita un cierto número de estafas: en unos casos la respuesta imperial había sido separada físicamente de la pregunta original y utilizada después para responder a otra, en otros las cartas relacionadas con un caso se habían aplicado a otro, y finalmente se mencionan algunos incidentes en los que las cartas habían sido obtenidas mediante pretextos falsos.[12] Los legistas romanos hacían gala de tanta inventiva como sus equivalentes modernos, pero el número de controles al que estaban sujetos era muy inferior. El sistema de las reescrituras no sólo nos muestra una autoridad imperial de carácter fundamentalmente reactivo, sino que los abusos a que daba lugar dejan igualmente claro que las

distancias podían permitir que el demandante hiciera un uso inadecuado de la potente arma que representaba una decisión legal con el nombre del emperador.

Además del sistema de las reescrituras, los emperadores recibían también un diluvio de peticiones de carácter más general, a las que podían responder positivamente o no. Podían poner en marcha su propia e inevitablemente lenta investigación, o aceptar la versión intrínsecamente sesgada de la verdad que exponía el demandante. Por lo general esto significaba que el poder imperial se desplegaba de forma más o menos aleatoria: el emperador optaba por creer o no creer al peticionario, y actuaba en consecuencia. La repercusión que esto pudiera tener en los asuntos cotidianos dependía de lo lejos que estuvieran dispuestos a llegar los ciudadanos de las comunidades locales en la explotación del poder imperial.

Por consiguiente, toda representación del gobierno romano ha de tener presente que, pese a toda su autoridad jurídica e ideológica, el control que podían ejercer los emperadores era limitado. Del mismo modo, era tanto su monopolio de la autoridad que los ciudadanos solicitaban constantemente su aprobación. En consecuencia, el centro imperial se hallaba a un tiempo en posesión de un gran poder y sujeto a estrictos imperativos.

En los años centrales del siglo III, esta maquinaria gubernamental sometida a limitaciones intrínsecas se vio súbitamente obligada a enfrentarse a un abanico de problemas enteramente nuevo, todos ellos relacionados con el ascenso de la Persia sasánida. Como hemos visto, el problema inmediato fue resuelto mediante la reestructuración política, fiscal y militar del imperio. Sin embargo, durante mucho tiempo ha sido habitual argumentar que, pese a sustraer al imperio a dichas dificultades, los cambios a que dio lugar la reforma lo condenaron a decaer y a derrumbarse a largo plazo. Según este punto de vista, después de Diocleciano la economía agrícola romana quedó sometida a un verdadero exceso de cargas fiscales. Los campesinos se vieron obligados a entregar una cantidad tan elevada de su producción que algunos de ellos murieron de hambre. Los nuevos niveles impositivos, se afirma, también arruinaron a las clases terratenientes que habían levantado y gobernado las ciudades del imperio desde su nacimiento. De hecho, todo el edificio im-

perial pasó a quedar dominado por la coacción en vez de por el consentimiento, *situación simbolizada por una maquinaria burocrática represiva* e integrada, en palabras de una influyente opinión, por muchas «bocas ociosas», lo que constituía una nueva carga para el contribuyente. En el aspecto militar, el agrandamiento del ejército quizá resultara útil a corto plazo, pero la dificultad para encontrar el suficiente número de soldados en el interior del imperio forzó a los emperadores del siglo IV a depender cada vez más de reclutas «bárbaros» procedentes del otro lado de la frontera. En consecuencia, la eficacia y la lealtad del ejército romano decayeron. Desde una perspectiva general, y aunque se había superado el inicio de la crisis persa —continúa diciendo esta línea argumental—, el empeño había requerido tal esfuerzo que el vigor económico, político e incluso militar del imperio comenzó a mermar de forma visible.[13]

Estos puntos de vista permanecen profundamente arraigados. Sin embargo, la actual generación de académicos ha demostrado, más allá de cualquier duda razonable, que este parecer subestima grandemente la vitalidad económica, política e ideológica del mundo romano tardío.

El precio de la supervivencia

La agricultura antigua adolecía de dos limitaciones. En primer lugar, antes de la invención de los tractores, la productividad de cualquier parcela de terreno dependía enormemente de la cantidad de mano de obra disponible para trabajarla. En segundo lugar, los antiguos campesinos, pese a emplear unas complejas técnicas propias para la conservación de la fertilidad de la tierra, eran notablemente incapaces de aumentar su producción de alimentos de un modo siquiera remotamente similar a lo permitido por la moderna utilización de los fertilizantes químicos. A su vez, esto actuaba como freno sobre los niveles demográficos, ya que las cifras de población tendían a crecer hasta alcanzar el límite impuesto por la disponibilidad de alimentos. Además, el transporte tenía unos costes enormes. El edicto de precios de Diocleciano (véase la página 93) indica que el precio de un carro de trigo se doblaba por cada ochenta kilómetros recorridos. Por tan fundamentales razones, la economía romana se vio atrapada en todas las épocas en un nivel no muy superior al de la subsistencia. Hasta fecha muy reciente, los estudiosos han estado con-

vencidos de que el incremento de la presión fiscal del estado romano tardío agravó estas condiciones hasta el punto de que la población campesina del imperio se vio en la imposibilidad de atender a su propio sustento, siendo incapaz de mantenerlo siquiera al bajo nivel ya existente.

Las pruebas proceden en su mayor parte de fuentes escritas. Para empezar, el volumen anual de las inscripciones de la Antigüedad romana que conocemos desciende súbitamente a mediados del siglo III hasta alcanzar unos niveles aproximadamente iguales a un quinto de los anteriores. Dado que las posibilidades de supervivencia seguían siendo básicamente las mismas, este fortísimo descenso se consideró con toda naturalidad como un indicador de que los terratenientes, que eran el grupo social generalmente responsable de sufragar estas inscripciones, en su mayor parte privadas, se habían encontrado de pronto faltos de recursos. El examen cronológico condujo también a considerar que el aumento de la carga fiscal impuesta por el estado romano tardío había sido la causa principal de esta situación, ya que el descenso en el número de inscripciones coincide con los incrementos de impuestos necesarios para combatir la creciente amenaza persa. Estos puntos de vista se vieron reforzados por otras fuentes, las cuales documentaban la existencia de otro fenómeno bien conocido del siglo IV que habitualmente recibe el nombre de «fuga de curiales». Los curiales (o decuriones) eran unos terratenientes lo suficientemente prósperos como para disponer de un escaño en los consejos de sus ciudades (en latín, *curiæ*). Eran los descendientes de los hombres que habían levantado las ciudades romanas, que habían apoyado la ideología clásica del autogobierno, que habían aprendido latín y que habían disfrutado por lo general, a principios de la época imperial, del derecho del Lacio y de la ciudadanía romana. En el siglo IV, estos descendientes empezaron a mostrarse cada vez menos dispuestos a prestar servicio en los consejos de las ciudades fundadas por sus antepasados. Algunas de nuestras fuentes conservan noticia de algunas quejas relacionadas con los costes asociados al desempeño del cargo de concejal, y dejan también constancia de otras vinculadas a las cargas administrativas que el estado romano imponía a los curiales. Por tanto, el hecho de que las antiguas clases terratenientes del imperio sufrieran el agobio de una presión fiscal excesiva y se viesen condenadas al olvido ha formado parte durante mucho tiempo de la versión ortodoxa del derrumbamiento de Roma.[14]

Otros textos legales del siglo IV hacen referencia a un fenómeno anteriormente desconocido, el de las «tierras abandonadas» (*agri deserti*).

La mayoría de estos textos son de carácter muy general, y no proporcionan indicación alguna sobre la extensión de tierras que se vio afectada por esa circunstancia, pero una ley del 422 d. C., referida al norte de África, indica que sólo en esa región quedó incluida en dicha categoría la asombrosa cifra de 7.770 kilómetros cuadrados. Una disposición posterior de la legislación de la Roma tardía trató también de atar a determinadas categorías de aparceros (*coloni*) a las propiedades que trabajaban a fin de impedir que se trasladaran. Era fácil, de hecho una tentación irresistible, trabar todos estos fenómenos aislados en una explicación de causa y efecto según la cual el punitivo régimen fiscal del imperio tardío habría hecho que no resultara rentable trabajar la totalidad de las tierras que antes se cultivaban. Se supuso que esto había originado un abandono generalizado de las tierras —y de ahí la expresión de *agri deserti*—, así como la intervención del gobierno, que habría tratado de evitar el abandono de los campos que la nueva presión fiscal había vuelto poco productivos. Al quedar despojados de una mayor porción de lo que producían, los campesinos fueron incapaces de mantener su número a lo largo de las generaciones, lo que hizo decrecer aún más la producción.[15]

A finales de la década de 1950, un arqueólogo francés llamado Georges Tchalenko, lanzó una potente bomba contra tan venturoso consenso. Como sucede a menudo en los instantes revolucionarios, los espectadores tardaron mucho tiempo en comprender que habían sido testigos de un acontecimiento transcendental, pero aquella bomba desencadenó una sucesión de detonaciones. Tchalenko había pasado gran parte de las décadas de 1940 y 1950 vagabundeando por los cerros calcáreos de lo que hoy es un rincón bastante oscuro (y relativamente pacífico) de Oriente Próximo. En la Antigüedad, estas alturas pertenecían al cinturón rural de una de las grandes capitales imperiales: Antioquía —hoy Antakya, en la actual Turquía—. (Dichos montes, por un capricho del destino, han terminado constituyendo la frontera septentrional de Siria.) En sus indagaciones, Tchalenko topó con los restos de una extensión de terreno densamente salpicada de pueblecitos. Éstos habían sido construidos con toda solidez a partir de bloques de piedra caliza y se habían visto abandonados en los siglos VIII y IX, después de que los árabes conquistaran la región.

Las aldeas mostraban que esos cerros habían albergado en su día una floreciente población rural que no sólo podía permitirse la construcción de excelentes casas, sino que había dotado a sus pueblos de edificios pú-

blicos de considerable tamaño. La densidad de esta antigua población era muy superior a las que ha conocido la zona desde entonces, y está claro que vivía de la agricultura. Tchalenko creía que producía y comercializaba el aceite de oliva. El elemento auténticamente revolucionario fue que Tchalenko descubriera que la prosperidad había llegado por primera vez a esa región a finales del siglo III y principios del IV, y que se había mantenido después a lo largo de los siglos V, VI y VII sin mostrar ningún signo de decaimiento. En el mismo período en que el modelo que suscitaba la aceptación general sugería que el estado romano tardío había estado sangrando con sus impuestos a los campesinos, se encontraban ahora pruebas sólidas de una región agrícola que prosperaba.[16]

Los posteriores trabajos arqueológicos, que realizaron mediciones topográficas, han hecho posible comprobar la extensión de los asentamientos rurales y la intensidad de la actividad agrícola en una amplia zona geográfica y en distintas épocas de la era romana. En términos generales, estas mediciones han confirmado que las poblaciones sirias de Tchalenko distaban mucho de ser un ejemplo aislado de prosperidad en la Roma tardía. Las provincias centrales del norte de África dominado por Roma (en particular Numidia, Bizacena y el África proconsular) conocieron en esa época un incremento similar del número de asentamientos y la producción rurales. Esto ha sido puesto en claro por distintos estudios topográficos realizados en Túnez y en el sur de Libia, donde la prosperidad ni siquiera mostró signos de declive hasta el siglo V. Las mediciones realizadas en Grecia han arrojado una imagen similar. Y en otros lugares del Oriente Próximo, los siglos IV y V han revelado ser una época de *máximo* desarrollo rural —y no mínimo, como nos habría inducido a esperar la *opinión ortodoxa*—. Las investigaciones llevadas a cabo en la región del desierto del Negev, en el actual Israel, han mostrado que, en el imperio del siglo IV, la agricultura también florecía en este entorno profundamente marginal. La norma es aproximadamente similar en Hispania y el sur de la Galia, mientras que una reciente revisión de los datos relativos al asentamiento rural en la Britania romana sugiere que, en el siglo IV, su población alcanzó niveles que no volvería a conocer hasta el siglo XIV. Todavía hay disputas en relación a cuál pueda ser la cifra que corresponda a este máximo de población, pero hoy es un dato contrastado que la Britania romana tardía tenía, en función tanto de los criterios antiguos como de los medievales, una notable densidad demográfica.[17] De hecho, las únicas zonas en las que, en el siglo IV, la prospe-

ridad no se hallaba en, o cerca, del punto máximo alcanzado en toda la época romana eran Italia y algunas de las provincias del norte de Europa, en particular la Galia belga y la Germania inferior, en la frontera del Rin. Y no obstante, incluso en esas zonas, las estimaciones relacionadas con la densidad de los asentamientos se han revisado considerablemente al alza en los últimos años.

La explicación de la pobreza de estas dos últimas provincias septentrionales reside probablemente en la desorganización del siglo III. La región de la frontera del Rin sufría las consecuencias de la existencia de numerosas incursiones de saqueo en el momento mismo en que se dedicaba una gran cantidad de energía a la resolución del problema persa, y es posible que en algunas zonas de la región nunca se recuperara la prosperidad rural. Hay también un problema metodológico que quizá pueda proporcionarnos al menos una parte de la explicación. Para la identificación y la datación de los asentamientos, las investigaciones de la época romana se basan en hallazgos fechados de los objetos de alfarería producidos con fines comerciales. Si una población dejaba de importar estos artículos y volvía a utilizar unos objetos de cerámica que, producidos en el ámbito local, no nos es posible fechar, máxime si al mismo tiempo recurría para sus construcciones más a la madera que a la tradicional obra romana de piedra, ladrillo y azulejo —que son materiales que también se han hallado en las excavaciones—, entonces esa población habría resultado invisible para la arqueología. Esto es lo que sucedía en varias zonas del norte de Europa, al menos a mediados del siglo V, así que está lejos de resultar imposible que la causa de la aparente falta de habitantes que se constata en algunas partes de la región septentrional de la frontera del Rin durante el siglo IV no radique en un importante descenso de la población, sino en una primera aparición de estos nuevos hábitos. El jurado aún está reunido.

El caso de Italia es bastante distinto. Como corresponde al corazón de un estado conquistador, Italia floreció al principio de la época imperial. No sólo afluía a sus territorios el botín de las conquistas, sino que los fabricantes de objetos de alfarería, vino y otros artículos vendían sus productos a lo largo y ancho de las provincias occidentales y dominaban el mercado. Además, la producción agrícola italiana estaba exenta de impuestos. Sin embargo, a medida que se fueron desarrollando las economías de las provincias conquistadas, este predominio inicial se vio reducido por el progreso de las empresas competidoras próximas a los

centros de consumo, que disfrutaban de unos costes de transporte mucho menores. Al acercarse el siglo IV, el proceso prácticamente había culminado, y desde Diocleciano en adelante, la agricultura italiana tuvo que pagar los mismos impuestos que el resto del imperio. Por consiguiente, la economía de la península itálica estaba abocada a sufrir un relativo declive en el curso del siglo IV, y no resulta sorprendente descubrir que el número de tierras marginales improductivas fuese en ella cada vez mayor. Sin embargo, como hemos visto, el relativo desfallecimiento de Italia, y tal vez también del noreste de la Galia, quedó más que compensado por el éxito económico registrado en otros lugares. A pesar del aumento de las cargas fiscales, la campiña de la Roma tardía era por lo general próspera.[18] No es exagerado decir que estos descubrimientos tienen un carácter revolucionario.

Si las examinamos a esta luz, las pruebas literarias distan mucho de ser incompatibles con la arqueología. Las leyes que obligaban a la mano de obra a permanecer en un sitio, por ejemplo, sólo habrían podido implantarse en un contexto en el que los niveles demográficos fuesen relativamente altos. De lo contrario, la demanda general de mano de obra habría provocado que los terratenientes tuviesen que competir entre sí para poder hacerse con los servicios de los campesinos, lo que les habría obligado a todos a estar dispuestos a emplear a los labriegos que abandonaran a sus colegas y a protegerles de los efectos de la ley. Desde un punto de vista más general, la expresión «tierras abandonadas» (*agri deserti*) fue acuñada en el siglo IV para describir las tierras que no generaban ningún rendimiento fiscal. Esto no implica necesariamente que las tierras así clasificadas tuvieran que haber estado cultivadas con anterioridad, y desde luego la amplia banda del territorio norteafricano a la que hace referencia la ley del año 422 estaba principalmente compuesta por tierras interiores desérticas y semidesérticas en las que la agricultura normal siempre había sido imposible. Y el aumento de la presión fiscal impuesto por el régimen del imperio tardío tampoco es incompatible con una economía agrícola activa. Los aparceros que vivían en el nivel de subsistencia tendían a producir únicamente lo que necesitaban: lo suficiente para abastecerse a sí mismos y a las personas que tenían a su cargo y para pagar las principales deudas añadidas, como el arrendamiento. En este contexto, es frecuente que se ocasione, en términos económicos, una cierta «improductividad», entendida como aquella cantidad de alimentos que los colonos podrían producir pero optan por no generar por-

que no pueden ni almacenarla, ni, por culpa de los elevados costes del transporte, venderla. En este tipo de circunstancias, los impuestos —si no representan una carga excesivamente elevada— pueden de hecho *incrementar* la producción: los impuestos que el estado ordena pagar son una deuda más que es preciso satisfacer, y los campesinos han de realizar el suficiente trabajo extra como para poder producir el excedente necesario. Estas deudas sólo tendrán un efecto económico perjudicial si los impuestos son tan elevados que los campesinos pasan hambre, o si mengua, en el largo plazo, la fertilidad de sus tierras.

Nada de lo anterior implica que fuera un placer ser un campesino en la Roma tardía. El estado le imponía exigencias más duras que a sus predecesores, y la ley le prohibía desplazarse para buscar las mejores condiciones de arriendo. Pero no hay nada en las pruebas arqueológicas o escritas que niegue que la imagen general de la campiña romana tardía muestre que se hallaba en unos niveles de población, producción y rendimiento máximos, o próxima a ellos.[19]

No obstante, no hay duda de que la mayoría de las ciudades del imperio manifiestan signos de haber sufrido en otro aspecto. El descenso de las inscripciones que se observa a partir de mediados del siglo III refleja una bajada del número de encargos de edificios públicos. Las únicas ciudades que siguieron asistiendo a una construcción de edificios públicos a gran escala fueron las capitales centrales y regionales del estado romano. E incluso en esos casos, lo que ocurría no era ya que los notables locales dotasen a su ciudad de un nuevo recinto conmemorativo de urinarios (o de una estructura similar) en recuerdo de su propia persona, sino que los funcionarios públicos erigían edificios con fondos del estado.[20] La financiación privada de las construcciones públicas en la ciudad natal de los notables era una costumbre que pertenecía a los primeros tiempos de la época imperial, ya que entonces ésa era la vía más importante para la promoción personal. La construcción del tipo de edificios públicos apropiado en cada caso era uno de los elementos que permitían convencer a algún alto funcionario de que recomendase al emperador la concesión de una constitución romana. Una vez que la ciudad poseía los derechos del Lacio, la financiación de edificios pasaba a convertirse en una estrategia para obtener poder e influencia en ella. Las ciudades del imperio aumentaron rápidamente el número de tierras de propiedad pública obtenidas mediante donaciones (con frecuencia a través de disposiciones testamentarias), y también adquirieron el derecho

de recaudar impuestos locales y de percibir portazgos, lo que por sí solo arrojaba unos ingresos considerables cuyo gasto era controlado por el consejo de la ciudad, y en particular por sus magistrados más destacados. Los magistrados eran elegidos para el cargo por los ciudadanos libres de la ciudad. En este contexto, la competencia surgida en el ámbito local por construir más y mejor estaba plenamente relacionada con la obtención de la victoria en dichas elecciones, ya que ésta permitía controlar el uso de los fondos de la ciudad.[21]

En el siglo III, la confiscación por el estado de las donaciones y los impuestos locales eliminó el principal incentivo de la gobernación local. Hacia el siglo IV, la realización de gastos voluntarios para alcanzar el poder en su ciudad natal apenas tenía objeto para los notables, ya que todo lo que podían hacer era actuar como recaderos del gobierno central. Para esta época, los miembros jubilados de la creciente clase de los burócratas del imperio (*honorati*) empezaron a hacerse cargo de todas las tareas de interés y prestigio relacionadas con el gobierno local, entre las que figuraba el reparto pormenorizado de la carga fiscal de su ciudad. Para uno de esos hombres ilustres no había nada que pudiera garantizarle mejor las invitaciones a cenar y otros pequeños signos de deferencia que el hecho de que se supiera que, en su momento, él sería el encargado de fijar las nuevas tasas fiscales. Los *honorati* también debían sentarse junto al gobernador provincial cuando éste abría la vista de los casos judiciales, y le ayudaban a emitir un veredicto. Tal como ponen en claro las muchas cartas dirigidas a los *honorati* locales que han llegado hasta nosotros, éste era otro de los momentos en que esos hombres podían acumular un gran potencial de influencia, y, de nuevo, la circunstancia tendía a hacer que el *honoratus* fuera muy popular en la sociedad local. En otras palabras, lo que estaba produciéndose en el imperio tardío era un giro capital en el poder político local, que pasaba de las manos de los consejos ciudadanos a las de los burócratas imperiales. Esto suprimió todo sentido a las exhibiciones locales de generosidad plasmadas en las primitivas inscripciones imperiales.

También debe revisarse el estereotipo que sustenta el concepto que tenemos de la burocracia de la Roma tardía. Buena parte de los argumentos que la caracterizan como una fuerza extraña y opresiva integrada por «bocas ociosas» que drenaban la vitalidad de la sociedad local se remonta a un discurso del rétor Libanios en el que éste enumera los dudosos orígenes sociales de algunos de los más destacados burócratas y

senadores de la Constantinopla de mediados del siglo IV. Tres prefectos pretorianos (los máximos funcionarios ejecutivos) de la década de 350 y principios de la de 360 —Domiciano, Helpidio y Tauro— eran hijos, según nos dice Libanios, de padres que *habían trabajado con sus propias* manos. El padre de un cuarto prefecto, Filipo, fabricaba embutidos, y el gobernador de la provincia de Asia, Dulcitio, era hijo de un batanero.[22] La imagen que se evoca de una burocracia dominada por hombres nuevos salidos de la nada es muy vívida, pero en su discurso, Libanios expresaba intereses personales muy concretos. El senado de Constantinopla acababa de negar el ingreso a uno de sus protegidos, un tal Talasio, con el fundamento de que el padre de Talasio era un «comerciante» (había sido propietario de una fábrica de armas). No obstante, según indica claramente un vasto conjunto de pruebas diferentes (entre las cuales figura *un interminable número de cartas* de referencia escritas por el propio Libanios), la extracción de la inmensa mayoría de los nuevos burócratas y senadores del imperio del siglo IV procedía de hecho de las clases curiales, y no de las capas inferiores de la escala social. Las lenguas que hablaba esta burocracia eran el latín y el griego «correctos» que se impartían en el currículo educativo tradicional. Esto nos indica de forma instantánea que sus integrantes habían disfrutado de una educación privada prolongada y costosa. Por tanto, la burocracia de la época de la Roma tardía no estaba compuesta por personas ajenas a los círculos de poder ni por advenedizos, sino por concejales de ciudad que habían reorientado su posición en las mudables estructuras del imperio. Únicamente una testaruda élite interna —llamada, en latín, *principales*— permaneció en los consejos a fin de monopolizar los pocos puestos interesantes que aún quedaban.

Dado que los cargos burocráticos resultaban tan atractivos, los emperadores se veían abrumados por el número de solicitudes de designación. Muchas de ellas lograban su objetivo. A los emperadores siempre les gustaba aumentar sus niveles de popularidad con una imagen de hombres generosos, y este tipo de nombramientos parecían, considerados de forma individual, perfectamente inofensivos. A pesar de las leyes que trataban de regular la expansión burocrática mediante el expediente de obligar a los antiguos concejales de las ciudades a regresar a sus poblaciones de origen, para el año 400 d. C. había ya un gran número de terratenientes prósperos que había comenzado a concentrar el principal esfuerzo de promoción de sus carreras en la burocracia del imperio central. En esta fecha, el personal del negociado financiero de Oriente (los

largitionales) estaba integrado por 224 funcionarios, y había una lista de espera de 610 funcionarios más, dispuestos a ocupar su lugar cuando los primeros hubieran terminado su servicio. Y debido a lo mucho que se demoraba la obtención de un cargo en esas condiciones, los padres inscribían el nombre de sus hijos en la lista de espera inmediatamente después de su nacimiento. Así, lejos de mostrar el poder de un estado central de renovada intención opresiva, el ascenso de la burocracia imperial demuestra en realidad que la relación política entre el centro y la periferia continuaba siendo de un tipo idéntico al que ya hemos observado. Una vez más, como ya sucediera con el sistema de las reescrituras y con todo el proceso de la romanización misma, no hay duda de que era el estado el que había tomado la iniciativa al establecer, como si dijéramos, una nueva normativa. Sin embargo, el proceso era asumido por los habitantes de la periferia, que respondían a los cambios de normativa y los adaptaban a sus propios intereses.

Al comprender de este modo la expansión burocrática se hace imposible considerar que la «fuga de curiales» fuese un fenómeno fundamentalmente económico, o cuando menos que reflejase una reducción de la fortuna privada de la clase terrateniente. Este punto de vista quita también gran parte de su mordiente al argumento de que la burocracia hubiera llegado a convertirse en un cuerpo compuesto por un gran número de «bocas ociosas». Es difícil suponer que los antepasados de estos burócratas, en su condición de terratenientes dotados de un escaño en los consejos de las ciudades, hubieran sido, en cualquier sentido, menos «ociosos» —si optamos por concebirlos de este modo—. Siempre habían formado parte de una clase esencialmente rentista que prefería supervisar el trabajo de sus campesinos a involucrarse directamente en las faenas primarias de la producción agrícola. Ahora bien, si antes habían permanecido «ociosos» en los consejos de sus propias ciudades, ahora practicaban su ociosidad instalados en los cargos del estado central romano. Sus salarios, pagados por el estado, eran también muy bajos. La financiación de la expansión burocrática requirió poca cantidad de impuestos extra.[23] Lo que confería atractivo a los empleos, como hemos visto, era la posición social que los acompañaba, así como el hecho de que el funcionario tuviera la posibilidad de cobrar unos honorarios a quienes requirieran sus servicios.

Pese a que estos cambios en las características de la carrera profesional de las clases altas tuvieran sin duda efectos económicos, no hay nada

que sugiera que la vida de la clase alta experimentase cambio fundamental alguno. Tanto las fuentes escritas como las excavaciones arqueológicas confirman que los miembros de la élite terrateniente de la Roma tardía, al igual que sus predecesores, acostumbraban a alternar períodos de estancia en sus casas urbanas con períodos de ocupación de sus fincas campestres. La Antioquía del siglo IV, por ejemplo, presumía de su barrio de Dafne, formidablemente rico, y las extensas investigaciones realizadas en la ciudad de Sardis, en la actual Turquía, han permitido descubrir un gran número de opulentas residencias privadas pertenecientes a los siglos IV y V. Por tanto, no hay razón para suponer que el lujoso comercio de las urbes, que dependía de que los terratenientes viniesen a la «ciudad» de vez en cuando para gastar sus riquezas, sufriera demasiado. Lo que sí *pudo* haber ocurrido es que la reorganización que había desplazado a los terratenientes de los consejos de las ciudades y los había puesto al servicio de la burocracia imperial implicase que los terratenientes con mayores propiedades tendieran más a poner casa en las capitales regionales y provinciales del imperio que en sus propias ciudades de origen. Esto habría incrementado la tendencia —que ya hemos percibido en el comportamiento del gasto público— que inducía a las capitales a prosperar a expensas de las ciudades de menor tamaño.[24]

Por tanto, lo que han demostrado las pruebas nuevas, y la consiguiente reinterpretación de las antiguas, es que, a pesar de que el estado, para hacer frente al desafío estratégico que le planteaba Persia, exigía una fracción mayor de la producción agrícola y había confiscado los fondos de las ciudades de la periferia, la agricultura en sí, que era el principal motor de la economía, no se hallaba en crisis, y, del mismo modo, que el destino de las clases terratenientes tampoco era tan desolado como se ha venido suponiendo tradicionalmente. La «fuga de curiales» fue un ajuste, aunque de gran importancia, en la ubicación del poder político. Por tanto, los antiguos argumentos que sostenían que el derrumbamiento económico del siglo V fue consecuencia de la crisis económica del siglo IV no pueden mantenerse.

Hay aquí elementos más que suficientes para impulsar un reexamen de las afirmaciones que defienden que, a partir de mediados del siglo III, el ejército andaba tan escaso de soldados romanos que puso en peligro su eficiencia al reclutar a un número de «bárbaros» cada vez mayor. No hay duda de que, para su reestructuración, el ejército romano se vio forzado a reclutar de hecho a esos hombres, ni de que lo hizo principal-

mente de dos formas. En primer lugar, los contingentes de tropa autónomos se reclutaban con criterios de corto plazo para atender a las necesidades de campañas concretas, y, al terminar, los soldados regresaban a sus hogares. En segundo lugar, muchos individuos procedentes del otro lado de la frontera ingresaron en el ejército romano y emprendieron una carrera militar, ya que sirvieron durante toda su vida útil en las unidades regulares romanas. Ninguno de los dos fenómenos era nuevo. Las fuerzas auxiliares, tanto la caballería como la infantería (las *alæ* y las *cohortes*), del primitivo ejército imperial habían estado siempre compuestas por soldados que no eran ciudadanos, y constituían aproximadamente el 50 por 100 del ejército. Es imposible saber gran cosa acerca de los métodos utilizados para el reclutamiento de los soldados rasos, pero nada de lo que sabemos sobre el cuerpo de oficiales del imperio tardío sugiere que el número de bárbaros hubiera aumentado en el conjunto del ejército. La principal diferencia entre los ejércitos de la primera y la última época imperial no reside en las cifras, sino en el hecho de que, ahora, los reclutas bárbaros servían a veces en las mismas unidades en que lo hacían los ciudadanos en vez de actuar, separados de ellos, en las fuerzas auxiliares. En el siglo IV, la instrucción seguía siendo prácticamente tan violenta como lo había sido siempre, y generaba grupos muy cohesionados y dispuestos a obedecer órdenes. En la imagen del ejército en acción que nos proporciona Amiano Marcelino no hallamos prueba alguna de que su nivel de disciplina hubiese decaído de forma considerable, ni de que los bárbaros que integraban sus filas estuviesen menos dispuestos a obedecer órdenes o tuvieran mayores probabilidades de hacer causa común con el enemigo. Amiano registra un incidente en el que un bárbaro recientemente retirado había filtrado algunos datos de inteligencia importantes relacionados con los preparativos del ejército romano, pero no consigna ninguno que muestre deslealtad en el combate. En una palabra, no hay signos de que la reestructuración del imperio haya tenido una repercusión significativa en la esfera militar.[25] Es perfectamente posible, sin embargo, que los costes extra que trajo consigo la gestión del imperio del siglo IV hubieran podido provocar una pérdida de lealtad en las poblaciones de las provincias, que con tanto vigor habían apoyado los valores de la civilización romana durante los primeros tiempos del imperio.

Con la conversión al cristianismo del emperador Constantino en el año 312, las viejas estructuras ideológicas del mundo romano comenzaron a quedar también desmanteladas, y para Edward Gibbon esto constituyó un momento crucial en la historia de la caída de Roma:

> El clero tuvo éxito en su prédica de las doctrinas de la paciencia y la pusilanimidad. Las virtudes activas de la sociedad fueron víctima de la desincentivación, y los últimos vestigios del espíritu militar quedaron enterrados en el claustro. Se consagró una vasta porción de riqueza pública y privada a las artificiosas demandas de la caridad y la devoción. Y la paga de los soldados fue a colmar a las inútiles masas de ambos sexos, que únicamente podían reivindicar los méritos de la abstinencia y la castidad. La fe, el celo, la curiosidad, junto con las más terrenales pasiones de la maldad y la ambición, prendieron la llama de la discordia teológica. La Iglesia, e incluso el estado, quedaron aturdidos por las facciones religiosas, cuyos conflictos eran en ocasiones sangrientos y siempre implacables. La atención de los emperadores se desvió de los campamentos fortificados para dirigirse a los sínodos. El mundo romano quedó oprimido por una nueva especie de tiranía, y las sectas perseguidas se convirtieron en enemigos secretos de su país.[26]

Otros autores no lo habían expresado con tanta estridencia. Sin embargo, después de Gibbon, la idea de que el cristianismo había quebrado la unidad ideológica y obstaculizado eficazmente la capacidad del estado para lograr apoyos ha sido compartida por otros autores. Y lo mismo puede decirse del temor a que la Iglesia desviara los recursos económicos y humanos de la obtención de fines materiales vitales. De este modo, tanto la cuestión fiscal como la del auge del cristianismo plantearon el más general asunto de si, reorganizada en esta forma, la lucha de la autoridad imperial por conservar su legitimidad se desarrolló o no en un contexto de descontento local.

Las fuentes del siglo IV expresan de vez en cuando quejas sobre la presión fiscal. También se produjo un levantamiento importante por causa de los impuestos. En 387, en Antioquía, se congregó una multitud para protestar por la imposición de una sobretasa. Los ánimos se encresparon y la muchedumbre derribó varias estatuas imperiales. Las imágenes imperiales, como todo cuanto guardaba relación con los em-

peradores, eran sagradas, y cualquier agresión contra ellas se consideraba un acto de traición. La comunidad local quedó aterrada ante la posibilidad de que, como castigo, se diera rienda suelta en la ciudad a las unidades del ejército, pero el emperador reinante, Teodosio I, optó por una actitud conciliadora para resolver la crisis. Y éste es un indicador suficientemente significativo del clima general.[27] La recaudación de impuestos se realiza con más fluidez, y resulta más fácil aumentar las tasas, si los contribuyentes comprenden y aceptan, siquiera sea en general, las razones por las que se les exige un impuesto. Los emperadores del siglo IV entendían perfectamente el principio del consentimiento, y nunca dejaban pasar una oportunidad de resaltar que los impuestos contribuían sobre todo a sostener el ejército —cosa que era cierta— y que el ejército era necesario para defender a la sociedad romana de las amenazas exteriores. La mayoría de las ocasiones ceremoniales que se producían durante el año imperial iban acompañadas de un discurso de aproximadamente una hora en el que se remachaban las ideas fundamentales y cuyo objetivo era celebrar los recientes éxitos del régimen. Prácticamente ninguno de los discursos imperiales que han llegado hasta nosotros deja de hacer alguna referencia al ejército y a su función de protector del mundo romano.

Los distintos emperadores realizaban de diferente modo el elogio de sus políticas fronterizas, pero no había desacuerdos en cuanto al objetivo fundamental de los impuestos. Su finalidad era diariamente recordada a la población por medio de las monedas: uno de los grabados más comunes representaba a un enemigo rendido a los pies del emperador. En el capítulo de los inconvenientes, los fracasos militares podían ser objeto de críticas, unas críticas orientadas a señalar que se estaba malgastando el dinero de los contribuyentes. En un incidente célebre, Úrsulo, principal funcionario económico del emperador Constancio II, se quejaba sarcástica y públicamente de la actuación del ejército durante una visita a las ruinas de Amida, poco después de que los persas la hubieran saqueado en el año 359: «¡Ay! Estamos viendo con qué coraje defienden los soldados las ciudades, reventando así los recursos del imperio para que se les pueda pagar una abundante soldada». Los generales no olvidaron este comentario. Cuando murió Constancio, parte del precio que tuvo que pagar su sucesor para obtener el apoyo de aquéllos pasó por lograr que se decretara la condena a muerte de Úrsulo en los juicios que señalaban el cambio de régimen. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el sistema funcionaba tolerablemente bien. El tumulto de Antioquía

motivado por la presión fiscal es un ejemplo aislado, cuya causa, debe resaltarse, no fueron los impuestos habituales, sino un gravamen adicional. Pese a que, desde luego, muchos terratenientes trataban de reducir al mínimo sus costes fiscales —las leyes y las colecciones de cartas están llenas de trucos ocultos y de solicitudes de dispensa en este sentido—, los emperadores del siglo IV se las arreglaron eficazmente para inculcar a la población la idea de que los impuestos eran esenciales para la vida civilizada, y por regla general recaudaban fondos sin dividir a la sociedad.[28]

Si, en el plano religioso, la conversión al cristianismo de Constantino había socavado de forma sustancial el funcionamiento del estado, en el cultural supuso ciertamente una revolución. Desde el punto de vista físico, el paisaje urbano se vio transformado, ya que al ponerse fin a la práctica de mantener separados a los muertos de los vivos, tradicional en el paganismo grecorromano, surgieron cementerios intramuros de las ciudades. Las iglesias sustituyeron a los templos, y en consecuencia, desde la década de 390 en adelante, resultó tan fácil encontrar mármol barato de segunda mano que el comercio de mármol nuevo quedó abocado a la ruina. La Iglesia, tal como sostenía Gibbon, obtenía grandes donaciones, tanto del estado como de los individuos. Constantino mismo inició el proceso: el *Book of the Popes* consigna afectuosamente sus donaciones de tierras a las iglesias de Roma, y con el tiempo las iglesias de todo el imperio se hicieron con abundantes bienes. Además, el cristianismo fue en cierto sentido una fuerza igualadora y promotora de una progresiva democratización. Insistía en que todo el mundo, con independencia de cuál fuera su posición económica o social, tenía un alma y un valor parejo en el drama cósmico de la salvación, y algunos de los textos evangélicos sugerían incluso que las riquezas de este mundo podían constituir un obstáculo para la salvación. Todo esto era contrario a los valores aristocráticos de la cultura grecorromana, caracterizada por su afirmación de que sólo un hombre que pudiera disponer de la suficiente riqueza y ocio como para poder costearse un gran número de años de educación privada y una participación activa en los asuntos municipales podría alcanzar la verdadera civilización. Fijémonos también, por ejemplo, en el uso tradicional que hacían del velo los gramáticos. En la Antigüedad, la presencia de un velo señalaba la entrada a los lugares de poder, como ocurría en los monumentales salones de recepción, donde la presencia imperial se hallaba habitualmente separada por un velo del cuerpo principal de la corte. En sus *Confesiones*, san Agustín desacredi-

ta con desdén el hecho de que los gramáticos utilizaran un velo para cubrir la entrada de sus escuelas. Para él y para otros cristianos de la Roma tardía, esa práctica debía ser rechazada, ya que era una falsa pretensión de sabiduría.

En cambio, los intelectuales cristianos del siglo IV establecieron en sus escritos la figura de un antihéroe deliberadamente opuesto al ideal clásico: el santo cristiano carente de educación, que, pese a no haber pasado por las manos de los gramáticos, y a pesar de ser característico de su conducta que abandonara la ciudad para vivir en el desierto, coronaba cimas de sabiduría y de virtud que superaban con mucho a cualquiera de las enseñanzas que pudieran extraerse de Homero o de Virgilio, o incluso de la participación en el autogobierno. El hombre santo era el resultado que se derivaba, en el mejor de los casos, de la vida en los monasterios —tal como ya señalara Gibbon, la vida monástica cristiana atraía a un considerable número de gente en aquella época—. Los cristianos de formación elevada elogiaban de manera desorbitada el estilo de vida monástico, pues veían en su severidad un nivel de devoción equivalente al de los mártires cristianos de los primeros tiempos. No es necesario cribar excesivamente las fuentes para hallar ejemplos de cristianos de elevada posición que se negaban a participar en las prácticas normales de la vida de la clase alta romana. En Italia, hacia el final del siglo V, y separados por un escaso número de años, tanto Paulino de Nola, que era moderadamente rico, como la extraordinariamente acaudalada Melania la joven, heredera de la noble familia de los Valerios, se desprendieron de sus fortunas y llevaron una vida de devoción cristiana. Paulino fue nombrado obispo y se consagró al culto del mártir Félix, mientras que Melania partió para Tierra Santa. Ésta era la forma en que el cristianismo respondía a las cuestiones espinosas relacionadas con muchas de las actitudes y prácticas que los romanos llevaban mucho tiempo dando por sentadas, y también el modo en que forzaba la revisión sustancial de las mismas.[29]

Sin embargo, aunque el ascenso del cristianismo representó sin duda una revolución cultural, Gibbon y otros resultan mucho menos convincentes en su aserto de que la nueva religión tenía un efecto señaladamente letal para el funcionamiento del imperio. Como consecuencia de las donaciones, las instituciones cristianas se hicieron efectivamente, como afirma Gibbon, con grandes sumas económicas. Por otra parte, las instituciones religiosas no cristianas a las que vinieron a sustituir tam-

bién habían sido prósperas, y el aumento de vigor del cristianismo coincidió con la paulatina confiscación de sus antiguas riquezas. No está claro si la concesión de donaciones a las instituciones cristianas implicaba o no una transferencia global de bienes en el sentido de que éstos pasaran de las arcas seculares a las religiosas. De manera similar, y a pesar de que había sin duda hombres que se perdían para el claustro, esto no representaba, como máximo, más que unos cuantos miles de individuos —una cifra difícilmente significativa en un mundo cuyos niveles de población se mantenían e incluso crecían—. Del mismo modo, el número de individuos de las clases altas que renunciaba a su riqueza y a su estilo de vida para abrazar una devota existencia cristiana adquiere tintes de insignificancia frente a las seis mil personas aproximadamente que en el año 400 d. C. participaban de forma activa en el estado como burócratas de máximo nivel. En la legislación que se había promulgado en la década de 390 se exigía que todos esos funcionarios fuesen cristianos. Por cada Paulino de Pella había muchos más terratenientes romanos recién cristianizados felices de poder disfrutar de un importante cargo estatal, y no hay signo alguno de que esto promoviera entre ellos la más mínima crisis de conciencia.

Tampoco había ninguna razón apremiante por la que el cristianismo hubiera tenido que ser la causa necesaria de esa crisis, ya que la religión y el imperio llegaron rápidamente a una situación de convergencia ideológica. El imperialismo romano había mantenido, desde la época de Augusto, que las principales divinidades habían dado a Roma un destino de conquista y civilización del mundo. Los dioses habían respaldado al imperio en una misión que consistía en colocar a la humanidad en la mejor situación posible, y habían intervenido directamente en la elección y la inspiración de los emperadores romanos. Tras la pública adopción del cristianismo por Constantino, los antiguos planteamientos relacionados con el vínculo entre el estado y los dioses quedaron reorganizados con rapidez —y con sorprendente facilidad—. Se determinó que la nueva divinidad principal era el Dios cristiano, y se declaró que la situación más elevada posible de la humanidad era la conversión y la salvación cristianas. La educación literaria y la atención concedida al autogobierno pasaron durante un tiempo a un segundo plano, pero no fueron echadas en modo alguno al olvido. Y ése fue el coste total del ajuste requerido. La afirmación de que el imperio era el vehículo de Dios, que por intermediación suya materializaba su voluntad en el mundo, cambió poco: sólo

la nomenclatura era diferente. De manera similar, y a pesar de que no podían ser ya deificados, la categoría divina de los emperadores se conservó en la representación propagandística de la Roma cristiana, en la que se indicaba que Dios elegía a los emperadores para que gobernasen con él —y en parte en Su nombre— sobre el ámbito humano de Su cosmos. De este modo, siguió siendo posible considerar que el emperador y todo lo que se relacionase con él, desde la cama en la que dormía hasta las arcas de su imperio, eran «sagrados».[30]

No estamos aquí ante afirmaciones mantenidas simplemente por unos cuantos leales instalados en la corte del imperio y en su entorno. El día de Navidad del año 438 se presentó ante la asamblea de senadores de la vieja capital imperial un nuevo compendio del más reciente derecho romano: el *Código teodosiano* (*Codex Theodosianus*). Se levantaba minuciosamente acta de todas las reuniones de los senadores, y las actas se presentaban después al emperador. No resulta sorprendente que esos documentos no hayan llegado hasta nosotros: las montañas de verborrea no debieron de suscitar una emoción trepidante en los copistas medievales, y tampoco en los de la Roma tardía. Sin embargo, las actas de la reunión en la que se presentó el *Código teodosiano* fueron incorporadas al prefacio de las copias oficiales del código, realizadas después del año 443. La Biblioteca Ambrosiana conserva en Milán un sólo manuscrito del siglo XI realizado a partir de una de esas copias oficiales. Así es de fino el hilo que ha permitido sobrevivir a este texto único.[31] El prefecto pretoriano de Italia, Glabrio Fausto, que presidía aquella reunión, y que había prestado su residencia palaciega para la asamblea de los senadores, abrió la sesión con la presentación formal del texto a la asamblea. Tras recordar a su auditorio el edicto original que había nombrado a la comisión jurídica, presentó el *Código* a los senadores. A modo de respuesta, los senadores congregados clamaron a pleno pulmón:

«¡Augustos entre los Augustos, oh, vosotros, los más grandes de los Augustos!»[32] (*repetido 8 veces*)

«¡Dios os puso entre nosotros! ¡Que Dios os salve para nosotros!» (*27 veces*)

«¡Como los emperadores romanos, piadosos y felizmente designados, así dure por muchos años vuestro dominio!» (*22 veces*)

«¡Por el bien del género humano, por el bien del senado, por el bien del estado, por el bien de todos!» (*24 veces*)

«¡Nuestra esperanza está con vosotros, vosotros sois nuestra salvación!» (*26 veces*)

«¡Tengan a bien nuestros Augustos vivir para siempre!» (*22 veces*)
«¡Que logréis pacificar el mundo y triunfar personalmente en él!» (*24 veces*)

La repetición de estas aclamaciones se nos antoja extraordinaria, pero vale la pena examinar con cuidado el mensaje que transmite esta ceremonia.

El mensaje más evidente es el de la unidad. Los notables del mundo romano hablaban con una sola voz al proferir el elogio de sus gobernantes imperiales en la ciudad que aún era su capital simbólica. El segundo mensaje, sólo un poco menos obvio si uno se detiene a reflexionar sobre ello, enuncia la confianza de los senadores en la perfección del orden social del que ellos mismos y sus emperadores eran socios simbióticos. No es posible alcanzar la plena unidad sin un sentido igualmente pleno de la perfección. La condición normal de los seres humanos es la desunión. Las únicas cosas en que la gente puede mostrarse unánime son aquellas que le resultan, con obviedad intuitiva, superiores. Y como establecen con claridad las aclamaciones de este acto inaugural, la fuente de esa perfección era, simplemente, Dios, la deidad cristiana. Para el año 438, el senado de Roma era ya un organismo totalmente cristiano. De este modo, la adopción del cristianismo no introdujo ninguna diferencia en la cúspide de la sociedad romana respecto de la antigua opinión que concebía al imperio como vehículo de Dios en el mundo.

Este mismo mensaje era proclamado en circunstancias ceremoniales similares en todos los niveles de la escala social, incluso en los círculos de la Iglesia. Las reuniones de los consejos de ciudad comenzaban siempre con aclamaciones parecidas, y también se iniciaban de este modo las congregaciones formales de todos los habitantes de una urbe cuando saludaban la llegada del emperador, de un funcionario imperial, o incluso de una nueva efigie del emperador. (Cuando era elegido un nuevo emperador, sus imágenes se distribuían a las ciudades del imperio.) En todos esos momentos —y había muchos en un año natural— predominaba la misma idea clave.[33] Muchos obispos cristianos, y también muchos comentaristas seculares, consolidaban de muy buena gana la antigua pretensión del imperialismo romano revestida ahora de sus nuevos atavíos. El obispo Eusebio de Cesarea ya argumentaba durante el reinado de Constantino que no había sido accidental que Cristo se hubiese encarnado en vida de Augusto, el primer emperador romano. Pese a la primiti-

va historia de persecución, proseguía su razonamiento, esto mostraba que el cristianismo y el imperio compartían un destino mutuo, pues Dios había hecho a Roma tan poderosa para que a través de ella toda la humanidad pudiese alcanzar finalmente la salvación.

Esta concepción ideológica implicaba, desde luego, que el emperador, como el representante que Dios había elegido en la tierra, estaba llamado a ejercer una gran autoridad religiosa en el seno del cristianismo. Ya en la década de 310, antes de que hubiera transcurrido un año desde la declaración de su nueva fe cristiana, los obispos del norte de África acudieron a Constantino para que dirimiese una disputa que hacía estragos entre ellos. Esto marcó una pauta que duró lo que quedaba de siglo: los emperadores tenían ahora una íntima implicación tanto en la conciliación de las disputas de la Iglesia como en la mucho más mundana cuestión de la administración de la nueva religión. Para zanjar las disputas, los emperadores convocaban consejos y concedían a los obispos el derecho a usar el privilegiado sistema de comunicaciones que utilizaban los funcionarios en sus viajes, el *cursus publicus*, a fin de que pudieran asistir a dichas convocatorias. Aún más impresionante resulta el hecho de que los emperadores contribuyeran a establecer el orden del día que debía debatirse, que sus funcionarios arbitraran los procedimientos, y que la maquinaria estatal se utilizara para hacer cumplir las decisiones adoptadas. De manera más general, los emperadores promulgaban también leyes religiosas para la Iglesia —el libro XVI del *Código teodosiano* está enteramente dedicado a estas cuestiones—, e influían en los nombramientos de las personas que debían ocupar los máximos cargos eclesiásticos.

La jerarquía de la Iglesia cristiana pasó a reflejar también las estructuras administrativas y sociales del imperio. Las diócesis episcopales se constituían en consonancia con los límites de los territorios de las ciudades (algunas las han conservado incluso hasta nuestros días, mucho tiempo después de haber perdido cualquier otro significado). Si ascendemos en la jerarquía, los obispos de las capitales de provincia pasaron a convertirse en arzobispos de las metrópolis, y disfrutaban de capacidad de intervención en las nuevas sedes episcopales subordinadas a ellos. En época de los sucesores cristianos de Constantino, el anteriormente oscuro obispo de Constantinopla se vio elevado a la categoría de patriarca con estatuto igual al del obispo de Roma —porque Constantinopla era la «nueva Roma»—. Muy pronto, también, las comunidades cristianas

locales perdieron la capacidad de elegir a sus propios obispos. A partir del año 370 hubo cada vez más obispos procedentes de las clases terratenientes, y ellos mismos comenzaron a controlar por medio de debates la sucesión episcopal. Dado que ahora la Iglesia era en gran medida una parte integrante del estado —se había concedido incluso a los obispos un papel administrativo en su seno, como el de ocuparse de los tribunales encargados de la conciliación de pequeñas demandas—, el acceso a la condición de obispo cristiano no implicaba el abandono de la vida pública, sino el descubrimiento de una nueva vía de acceso a ella. Si la cristianización de la sociedad romana es un tema de relevancia fundamental, otra cuestión igualmente importante, y algo menos estudiada, es la romanización de la cristiandad. La adopción de la nueva religión no fue una vía de sentido único, sino un proceso de adaptación mutuo que reforzó las reivindicaciones ideológicas del emperador y del estado.[34]

Nada de lo dicho significa, por supuesto, que la cristianización del imperio se lograse sin conflicto, ni que el cristianismo y el imperio se adecuaran perfectamente el uno al otro. Al igual que Paulino de Nola y Melania, algunos obispos y otros intelectuales cristianos, por no mencionar a los santos, rechazaron explícita o implícitamente la afirmación de que el imperio constituía una civilización perfecta y respaldada por Dios. Sin embargo, el rechazo del imperio no pasó de ser una corriente menor entre los pensadores cristianos del siglo IV. El siglo IV constituyó también un momento crucial en la formación de la doctrina cristiana, un proceso que generó muchos conflictos internos en el cristianismo y que involucró en ellos, ya fuera a favor de uno u otro bando, a toda una serie de emperadores. Sin embargo, los conflictos relacionados con la doctrina se restringieron en su mayor parte al círculo de los obispos. Hubo algunos momentos en que los conflictos se desbordaron hasta convertirse en disturbios de grandes dimensiones, pero no fueron nunca lo suficientemente vastos ni continuados como para implicar que la capacidad que tenían los cristianos de mostrar mutuo desacuerdo pudiese causar algún daño grave al funcionamiento del imperio.[35]

Lo que realmente demuestra el ascenso del cristianismo, al igual que la reciente ampliación de la burocracia, es que el centro imperial no había perdido un ápice de su capacidad para tener bajo control a las élites locales. Tal como han destacado algunos textos muy recientes sobre la cristianización, la revolución religiosa se verificó más como consecuencia de un lento goteo que por efecto de una confrontación abierta. Lo

que difundió la nueva religión entre las clases altas romanas hasta el final del siglo IV, setenta años después de que Constantino declarase por primera vez su nueva fe religiosa, fue la sensación de que, en relación con el nombramiento de cargos públicos, los emperadores podían mostrarse más favorables a los cristianos que a otros grupos. Todos los emperadores cristianos tuvieron que hacer frente a intensas presiones por parte de los obispos, y todos ellos hicieron grandes alardes de cristianismo de vez en cuando. También prohibieron, casi desde el primer momento, los sacrificios de sangre, que los cristianos condenaban de manera particular. Sin embargo, se permitieron las prácticas vinculadas a los cultos paganos, y el imperio no arbitró ningún mecanismo para imponer el cristianismo en la esfera local. Esto significaba que también en este campo, como en todos excepto en el fiscal, la preferencia de los ciudadanos era lo que en realidad decidía lo que se llevaba a la práctica. Allí donde el grueso de la opinión con capacidad crítica era cristiano, o se había convertido, los templos paganos se hallaban cerrados, y a veces eran desmantelados. Allá donde permaneció fiel a los antiguos cultos, la vida religiosa prosiguió prácticamente como antes, y los emperadores cristianos se contentaron con permitir la diversidad. Sólo hacia el final del siglo, una vez que se hubo convertido al cristianismo una masa crítica de personas importantes con capacidad de decisión en el ámbito local, y tras tres generaciones de mecenazgo imperial, pudieron empezar los emperadores a promulgar con garantías unas medidas de cristianización más agresivas.[36]

De este modo, el centro imperial conservó el suficiente vigor ideológico y la suficiente capacidad práctica de mecenazgo para propiciar que una serie más o menos ininterrumpida de gobernantes cristianos, prolongada por espacio de unas tres o cuatro generaciones, lograse que la opinión local sintonizara, en términos generales, con la nueva ideología (Juliano el Apóstata gobernó menos de dos años como pagano la totalidad del imperio). En mi opinión, lo que aquí actuó fue una dinámica similar a la del primitivo proceso de romanización. El estado era incapaz de imponer sin más su ideología a las élites locales, pero si lograba presentar coherentemente la conformidad como condición para el progreso personal, entonces los terratenientes respondían de forma positiva. A medida que fue avanzando el siglo IV, los requisitos previos para la obtención del éxito comenzaron a pasar, cada vez más, por ser «cristiano y romano» en vez de por poseer «una villa en el campo y una residencia en la ciudad», y los miembros con iniciativa de la sociedad romana, per-

tenecientes tanto al ámbito local como al central, se fueron adaptando gradualmente a la nueva realidad. Tal como había sucedido con la expansión de la burocracia, el centro imperial había desarrollado con éxito nuevos mecanismos para lograr que las energías y la atención de las clases terratenientes permaneciesen centradas en él.

La gente pagaba sus impuestos, las élites participaban en la vida pública, y la nueva religión quedó absorbida con razonable eficacia en las estructuras del imperio tardío. Tanto la cristianización como la expansión burocrática, lejos de ser los heraldos del desastre, muestran que el centro imperial seguía constituyendo un poderoso polo de atracción de las lealtades y las costumbres de las provincias. Esa atracción tuvo que ejercerse más por vías persuasivas que coercitivas, pero ese equilibrio había existido siempre. Tras reorganizar sus lazos, el centro y la periferia siguieron unidos por el mismo tipo de vínculos.

La política de Roma

La primera impresión que producen las ceremonias del estado romano, como la celebrada para presentar el *Código teodosiano* al senado de Roma, es una impresión de poderío abrumador. Una maquinaria estatal capaz de lograr que una asamblea de sus más prósperos terratenientes se avenga a semejante espectáculo de aclamación sincronizada no es una maquinaria que se pueda tomar a broma. Ahora bien, hay otros aspectos de la ceremonia del *Código teodosiano*, así como de la admisión del libro de leyes, que nos proporcionan un punto de vista bastante diferente —y que nos permiten esta vez apreciar las limitaciones políticas, que, por su ininterrumpida persistencia, se sitúan en el núcleo mismo del sistema imperial romano.

Tras su calurosa salutación, los prohombres romanos reunidos pasan a las cuestiones importantes:

> «¡Os damos gracias por estas normas vuestras!» (*repetido 23 veces*)
> «¡Habéis eliminado las ambigüedades de las constituciones imperiales!»[37] (*23 veces*)
> «¡Así son los sabios planes de los emperadores piadosos!» (*26 veces*)
> «¡Habéis previsto sabiamente los pleitos. Habéis atendido la paz pública!» (*25 veces*)

«¡Que un gran número de copias del código sea conservado en los negociados del gobierno!» (*10 veces*)

«¡Que sean conservados y protegidos por un sello en los despachos públicos!» (*20 veces*)

«¡Que se hagan muchas copias a fin de que las leyes establecidas no puedan ser falsificadas!» (*25 veces*)

«¡Que todas las copias sean redactadas con la totalidad de sus letras a fin de que las leyes establecidas no puedan ser falsificadas!»[38] (*18 veces*)

«¡Que a este ejemplar, que habrán de redactar los constituyentes, no se le añada anotación alguna al margen de la ley!» (*12 veces*)

«¡Solicitamos que el coste de las copias que hayan de guardarse en los negociados imperiales se impute al erario público!» (*16 veces*)

«¡Pedimos que no se suscite la promulgación de ley alguna en respuesta a los suplicatorios!» (*21 veces*)

«¡Todos los derechos de los terratenientes quedan sumidos en la confusión por tales acciones subrepticias!» (*17 veces*)

Una ceremonia que presenta un nuevo compendio legal era un instante cargado de significado para el estado romano. Ya hemos visto el papel que desempeñaban la educación y el autogobierno en la imagen que el romano tenía de sí mismo. Para el conjunto de la sociedad romana, la ley escrita poseía un significado de hondura similar. Desde el punto de vista de los romanos, su existencia convertía a la sociedad romana en el mejor de los medios posibles para el concierto de los seres humanos. Por encima de todo, la ley escrita liberaba a los hombres del temor a la acción arbitraria de los poderosos (la palabra latina que designa la libertad —*libertas*— contiene una connotación técnica que denota «libertad según la ley»). Las disputas legales se resolvían en función de su fondo: los poderosos no podían avasallar al resto de los ciudadanos. Y la cristianización simplemente reforzó la importancia ideológica atribuida a la ley escrita. Y ello porque, a pesar de que los intelectuales cristianos criticaran en ocasiones la educación moral que impartían los gramáticos, por considerarla elitista, y de que presentasen como modelo de virtud alternativo al santo inculto y refugiado en el desierto, la ley no estaba expuesta a ese mismo tipo de crítica. La ley protegía a todo el mundo fuese cual fuese la posición social que se le hubiese asignado. También poseía una resonancia cultural asociada a la unificación, puesto que la ley de Dios, ya se presentase vinculada a la figura de Moisés y los Diez Mandamientos o a Cristo como ley capaz de inspirar una nueva vida, consti-

tuía el centro de la tradición judeocristiana. Por tanto, en términos ideológicos, fue fácil pintar la ley romana escrita y aplicable a todos —que en tal sentido se oponía a la cultura literaria de la élite— como el ingrediente clave de la afirmación por la que el imperio recién convertido al cristianismo pretendía ser el sostén de un orden social emanado de la voluntad divina.[39]

No obstante, si leemos el *Código teodosiano* entre líneas, tanto en su aspecto ceremonial como en su contenido, podemos acercarnos al elemento central de las limitaciones políticas inherentes al sistema de la Roma tardía. Una de esas limitaciones aparece de forma implícita en el texto latino original de las aclamaciones, pero queda oculta en la traducción inglesa, ya que el inglés no establece la distinción entre «tú» y «vosotros». Todas las aclamaciones iban dirigidas tanto al emperador Teodosio II, gobernante de la porción oriental del imperio, como a su más joven primo carnal, Valentiniano III, gobernante de la parte occidental. Ambos pertenecían a la dinastía teodosiana, y la fecha de la primera puesta en circulación del código en el imperio de Oriente, en el año 437, fue cuidadosamente elegida para que coincidiera con la alianza matrimonial sellada entre las dos ramas dinásticas, ya que ese año Valentiniano se casó con Eudoxia, la hija de Teodosio. Sumados, el matrimonio y el código legal destacaban la unidad del mundo romano, cuyos emperadores oriental y occidental gobernaban en perfecta armonía. Sin embargo, como su nombre implica, la totalidad del duro trabajo que había permitido elaborar el *Código teodosiano* había sido efectuado en realidad en Constantinopla por los miembros de una comisión nombrada por Teodosio.[40] Y el hecho de que en este caso fuera Teodosio el soberano dominante subraya un problema fundamental presente en la estructura del poder propia del imperio tardío. Por las razones administrativas y políticas ya expuestas en el capítulo 1, la función imperial había tenido que ser dividida. La armonía entre los correinantes era posible si uno de ellos ejercía un predominio tal que resultaba imposible desafiarle. Sobre esta base, la relación entre Teodosio y Valentiniano había funcionado de manera suficientemente satisfactoria, tal como había sucedido con la que mediara entre Constantino y varios de sus hijos entre las décadas de 310 y de 330. Ahora bien, para operar adecuadamente, el imperio necesitaba que sus pilotos fuesen aproximadamente iguales. Era probable que una inferioridad prolongada tuviese su fundamento en una distribución desigual de las bazas clave —tanto económicas como militares—, y si la su-

bordinación de una de las partes era demasiado manifiesta, había grandes probabilidades de que las facciones de importancia política presentes en su esfera de influencia instasen al emperador a restaurar el equilibrio —o aún peor, podían dar alas a un usurpador—. Este tipo de influencias habían desbaratado, por ejemplo, los esfuerzos realizados por Constancio II por compartir el poder con Galo y Juliano en la década de 350.

Era extremadamente difícil lograr que dos emperadores iguales actuaran juntos y de forma armónica, y era algo que sólo ocurría raras veces. Después del año 364, y por espacio de una década, los hermanos Valentiniano I y Valente consiguieron hacerlo, y lo mismo logró Diocleciano, el primer emperador que compartió el poder con otro a partir del año 286, y que más tarde hubo de colaborar con otros tres, desde el año 293 al 305 (en la llamada tetrarquía diocleciana). Sin embargo, ninguna de estas asociaciones produjo una estabilidad duradera, y ni siquiera el reparto del poder entre hermanos era garantía de éxito. Tras acceder al trono, los hijos de Constantino I comenzaron a competir entre sí, hasta el punto de que Constantino II murió al invadir el territorio de su hermano menor, Constante. De manera similar, la tetrarquía diocleciana funcionó bastante bien mientras Diocleciano ejerció la actividad política, pero tras su abdicación, en el año 305, se vino abajo y dio paso a casi veinte años de disputas y de guerra civil, enfrentamiento que sólo terminó tras derrotar Constantino a Licinio en el año 324.

De hecho, la organización del poder central planteaba un dilema insoluble en la época de la Roma tardía. La división de ese poder era una necesidad política y administrativa: de no realizarse, la consecuencia era la usurpación y, con frecuencia, la guerra civil. Ahora bien, resultaba extremadamente difícil dividirlo de tal forma que no estallasen guerras entre soberanos rivales. E incluso en el caso de que el problema quedase solucionado durante una generación, era prácticamente imposible transmitir esa armonía a los herederos, ya que éstos carecían del hábito de confianza y respeto que en su día habían inspirado el arreglo anterior. Por consiguiente, en cada generación debía improvisarse la división del poder, incluso en los casos en que el trono se transmitía por medio de una sucesión dinástica. No existía ningún «sistema», y tanto si el poder se hallaba dividido como si no, era inevitable que se produjesen periódicamente guerras civiles. Es preciso recalcar que esta situación no era meramente el resultado de las debilidades personales de los emperadores —aunque la paranoia de Constancio II, por ejemplo, contribuyó sin

duda a la inestabilidad—. En esencia, la situación reflejaba el hecho de que, al haber tantas cuestiones políticas que conciliar, y una cantidad tan grande de terratenientes codiciosos en el imperio tardío —que incluía en las tareas de gobierno a un número de personas mucho mayor—, la estabilidad resultaba mucho más difícil de conseguir que en el antiguo estado romano conquistador, en el que únicamente el senado de Roma dictaba la política imperial.

En muchos sentidos, por tanto, los conflictos periódicos constituían el precio a pagar por el éxito con que el imperio lograba integrar a las élites en sus vastos dominios. No obstante, es mucho mejor considerar que esta circunstancia era una limitación y no un defecto fundamental, ya que no fue un factor que socavara la base del imperio. Era una realidad presente en el funcionamiento del sistema que imprimía una suerte de ritmo a la política imperial. Mientras no lograse instalarse un nuevo régimen capaz de reorganizar con eficacia una gama suficientemente amplia de intereses era probable que las épocas de estabilidad política se vieran puntualmente interrumpidas por períodos de conflicto. Unas veces el conflicto era breve, y otras dilatado, como sucedió con la caída de la tetrarquía, ocasión en la que costó dos décadas limitar el número de sucesores y aupar al linaje de Constantino. Sin embargo, las guerras civiles del siglo IV no hicieron que el imperio se volviera vulnerable, por ejemplo, a una conquista persa. De hecho, en esos tiempos, la disposición a dividir la autoridad imperial consiguió mejores resultados que la disposición contraria durante el siglo III, época en la que hubo veinte emperadores legítimos y una legión de usurpadores cuya media de permanencia en el cargo apenas superó los dos años.

Un examen detenido de la ceremonia senatorial de salutación al *Código teodosiano* nos permite apreciar una segunda limitación importante del mundo romano. Pese a que la irregularidad del número de las repeticiones sugiere que los senadores pudieron haberse dejado llevar por el entusiasmo en ocasiones, la especificidad de los comentarios relacionados con el propio *Código* indica que cada aclamación concreta obedecía a un cuidado guión. Las actas de los antiguos congresos anuales celebrados por el Partido Comunista de la Unión Soviética en fechas anteriores al año 1989 nos proporcionan la más próxima analogía moderna de este tipo de prescripción de una línea de conducta en una ceremonia pública. Entre otras cosas, estos congresos llevaban aparejada una salva de aplausos al final del discurso del secretario general del partido, unos aplau-

sos manipulados que, por su carácter, constituían una felicitación mutua. El auditorio manifestaba retumbantemente su aprobación, y después el orador se ponía en pie para aplaudir a su vez: presumiblemente para felicitar a la audiencia por su buen sentido al reconocer el extraordinario valor de todo lo que acababa de decir. En el caso del *Código teodosiano*, el senado romano se atenía a un guión más ambicioso, pero el mensaje subyacente era el mismo. Ambas eran celebraciones marcadamente públicas de una pregonada unidad ideológica cuyo fundamento residía en la proclamación de una perfección basada en las estructuras del estado —en este caso, de forma muy particular, en sus estructuras legales—. En lo que sigue me propongo sostener que el mejor modo de comprender el carácter de la vida pública en el imperio romano es imaginar que ésta operaba como la de un partido estatal único, en el que se inculcaba a los individuos, desde su nacimiento, la lealtad al sistema, y en el que se reforzaba dicha lealtad mediante periódicas oportunidades para demostrarla. No obstante, vale la pena destacar un par de diferencias importantes. En contraste con el estado soviético, que duró únicamente unos setenta años y que hubo de enfrentarse a una vigorosa competencia ideológica, tanto de tipo totalitario como de naturaleza no totalitaria, el estado romano se prolongó por espacio de medio milenio y durante la mayor parte de ese tiempo actuó de forma enteramente incontestada. La resonancia de la superioridad romana impregnaba la totalidad de las facetas de la vida pública a lo largo de la vida de un individuo.

No obstante, y tal como sucede con cualquier sistema de partido único, también éste tenía sus limitaciones. La libertad de expresión, por ejemplo, era hasta cierto punto restringida. Dado que todo el mundo estaba completamente comprometido con la ideología de la unidad en la perfección, el único plano en el que podía permitirse el desacuerdo era el de la personalidad (y no el de la política).[41] El incontestado monopolio ideológico permitió que el imperio tuviera un enorme éxito en la obtención de la conformidad de sus súbditos, pero difícilmente se puede considerar que fuera un proceso en el que los individuos participasen de forma voluntaria. La difusión de la cultura romana y la adopción de la ciudadanía romana en las tierras conquistadas era una consecuencia del hecho de que el imperio fuese la única vía abierta a los individuos con ambiciones. Si uno quería llegar a ser alguien debía aceptar sus reglas y adquirir la ciudadanía.

La analogía con el partido estatal único nos señala otras dos desventajas del sistema. En primer lugar, la base de la participación política ac-

tiva era muy estrecha. Para participar en el funcionamiento del imperio romano era preciso pertenecer a las clases terratenientes más acaudaladas. Es imposible cuantificar con una cifra exacta el número de componentes de este grupo, pero las características que lo definen están suficientemente claras. En los primeros tiempos del imperio, para pertenecer al consejo de una ciudad había que satisfacer los requisitos de propiedad exigidos, según los cuales era preciso poseer en el territorio de la ciudad una extensión de tierras suficiente y poder permitirse educar a los hijos con un gramático. Esto exigía la percepción de unos ingresos considerables. Antes de ser santo, san Agustín pertenecía a una familia terrateniente de la pequeña nobleza oriunda de la reducida ciudad de Tagaste, en el norte de África. Su familia no tenía problemas para pagar los honorarios del gramático, pero Agustín se vio forzado a dejar transcurrir un año en blanco mientras su padre reunía el dinero suficiente para que él pudiese culminar su educación superior con un rétor en Cartago, así que el nivel de riqueza de su familia constituye un buen indicador de la altura a la que estaba el listón.[42]

En el imperio tardío, el abanico de formas con el que podía expresarse la participación cívica y política era mayor que antes. Algunos terratenientes locales siguieron dominando los escasos cargos de importancia de los consejos de sus ciudades, otros muchos ingresaron en la burocracia central, y por último, los nobles de menor rango se contentaron con ocupar un puesto en los negociados provinciales. Estos últimos recibían el nombre de *cohortales*, y según las inscripciones encontradas en la ciudad de Afrodisias, algunos de ellos eran lo suficientemente ricos para actuar como benefactores de sus ciudades. El imperio tardío tenía también un sistema legal más desarrollado. Desde principios del siglo III se venía aplicando el derecho romano a todos los habitantes del imperio, y por lo general los abogados bien preparados encontraban muchas oportunidades. Una vez más, estos abogados procedían de las viejas clases curiales, y eran jóvenes prometedores que dejaban los estudios de gramática para aprender derecho como parte de su enseñanza superior. Hacia el tercer cuarto del siglo IV, a medida que el cristianismo fue extendiéndose y atrayendo el mecenazgo imperial, se produjo un proceso similar entre las clases terratenientes, que comenzaron a ingresar, como hemos visto, en la Iglesia, y que poco después pasaron a dominar los episcopados. Los primeros obispos formados con un gramático que conozco son Ambrosio en Occidente y los padres de la Capadocia (Basi-

lio de Cesarea, Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nisa) en Oriente, todos ellos ordenados hacia el año 370.[43] Esta ampliación de la gama de profesiones no trajo consigo ningún cambio significativo en la cantidad de riqueza necesaria. Para el ejercicio de todas estas profesiones se seguía exigiendo la tradicional formación con un gramático.

Por tanto, es probable que el porcentaje de miembros de la clase terrateniente que ejercía la actividad política no superase el 5 por 100 de la población. A esta cifra hemos de añadirle otro porcentaje aproximadamente similar correspondiente a la clase profesional de formación media, que se encontraba sobre todo en las ciudades. En las capitales imperiales, un grupo algo más amplio lograba dar voz a su opinión por medio de su pertenencia a facciones presentes en los espectáculos del circo y de ruidosas manifestaciones en los teatros —un medio para poder expresar descontento con algún funcionario en particular—. Si estaban realmente indignados, los miembros de este grupo también podían ejercer de vez en cuando su veto por medio de alborotos, pero este tipo de acciones nunca pasaba de ser un arma más bien embotada contra individuos o políticas concretos.[44]

No obstante, la gran mayoría de la población —ya fuese libre, arrendataria o esclava— trabajaba la tierra y estaba más o menos excluida de la participación política. Para estos grupos, la existencia del estado se manifestaba en gran medida a través de una serie de recaudadores de impuestos dedicados a plantear exigencias desagradables que afectaban a sus limitados recursos. De nuevo, es imposible estimar con precisión la cifra demográfica, pero el campesinado tuvo que haber representado un porcentaje de población no inferior al 85 por 100. Por tanto, hemos de pensar en un mundo en el que las cuatro quintas partes de la población tenían un papel muy reducido o nulo en el sistema político que las gobernaba. Es muy posible que la actitud abrumadoramente preponderante entre los campesinos fuese la indiferencia hacia la clase dirigente del imperio. Como ya hemos señalado, en la mayor parte del imperio, los niveles de habitación y población crecieron en el transcurso de su historia, y es difícil no considerar que esto fuera un efecto de la Pax Romana, es decir, de las condiciones de mayor paz y estabilidad que generaba el imperio. Por otro lado, existía ciertamente una resistencia campesina, desigual, esporádica y frecuentemente relacionada con las cuestiones fis-

cales, pero ésta sólo se manifestaba en forma de un bandidaje de perfil bajo, aunque endémico. Algunas zonas sí que planteaban ocasionalmente el reto de una agitación de carácter más permanente. Isauria, la región montañosa de la Cilicia situada en lo que hoy es el suroeste de Turquía, era célebre por sus bandidos, y uno de los grupos —el de los maratucoprenos— alcanzó una fama especial en el norte de Siria, pues sus miembros se dedicaban a recorrer la comarca disfrazados de recaudadores de impuestos imperiales y a apoderarse así de las posesiones de la gente. El hecho de que su conducta resultase verosímil nos da una idea de los modales que empleaba el estado romano en la recaudación de impuestos. Sin embargo, al final atrajeron demasiado la atención oficial y fueron aniquilados hasta el último hombre (y la última mujer y el último niño). La exclusión del ámbito de beneficios del sistema romano —o una muy somera inclusión en él—, situación que afectaba a la mayoría de la población, era por tanto una de las principales limitaciones de éste, pero no se trataba de ninguna novedad. El imperio siempre había sido gestionado para beneficiar a una élite. Y a pesar de que esto fomentaba la existencia de un campesinado explotado y de un cierto nivel de oposición que, en buena medida, carecía de control, no hay ningún signo en el siglo IV que indique que la situación hubiera empeorado.[45]

La segunda desventaja, bastante menos evidente, era potencialmente más significativa, dada la subyacente incapacidad del campesinado para organizarse con vistas a una resistencia prolongada. Para comprender esta limitación, debemos examinar por un momento el estilo de vida de los romanos ricos. Como ya hemos visto, éstos dedicaban parte de su tiempo a cuestiones de estado, ya fuera como consejeros locales consagrados a la recaudación de impuestos, ya como funcionarios públicos relativamente importantes (*cohortales* o *palatini*), ya como burócratas imperiales semijubilados. Sin embargo, estas actividades no consumían más que una limitada cantidad de su tiempo. Hacia el año 400, la duración media del servicio en muchos de los negociados centrales del estado había descendido a una cifra no superior a una década: era difícil dedicar toda una vida a esa tarea, incluso teniendo en cuenta que la esperanza de vida era considerablemente inferior a la actual. Una vez más, la correspondencia de Símaco permite que afloren con claridad las actividades que ocupaban a los romanos ricos durante el tiempo que no servían al estado y las que constituían el centro sustancial de sus vidas. Desde luego, Símaco pertenecía al grupo de los inmensamente ricos, así que la

envergadura de las actividades con las que completaba su dedicación a las tareas de gobierno no resulta representativa. Lo que sí es completamente característica es la naturaleza de esas actividades.

En el mundo romano había otras formas de riqueza aparte de la posesión de tierras. Podía hacerse dinero con el comercio y la manufactura, con el ejercicio del derecho, con el tráfico de influencias y con otras muchas cosas. Sin embargo, la posesión de tierras era la máxima expresión de la riqueza, y, tal como sucediera después en la Inglaterra anterior a la época industrial, quienes se enriquecían por otros medios se apresuraban a invertir su dinero en tierras, ya que, por encima de todo, la tierra era la única forma honorable de riqueza para un noble. Este comportamiento tenía su causa tanto en cuestiones prácticas como en una actitud esnob. La tierra era una inversión extremadamente segura, y en compensación por el desembolso inicial, los bienes raíces proporcionaban un ingreso sostenido en forma de producción agrícola anual. En ausencia de un mercado de valores, y dado que las oportunidades de inversión que ofrecían el comercio y la manufactura eran limitadas y más precarias, la tierra era el valor de máxima garantía en el mundo antiguo (y realmente, en la práctica, de todos los mundos anteriores a la revolución industrial). Esto era lo que determinaba muchas de las preocupaciones vitales de la clase alta romana.

Por encima de todo, los terratenientes precisaban que el producto de sus fincas estuviese a la altura de sus necesidades. En sí misma, una parcela de tierra no era más que una fuente potencial de ingresos. Era preciso trabajarla, y hacerlo con eficacia, para que el producto generase una buena renta anual. Para empezar, había que apostar por los cultivos más adecuados. Después, si se le dedicaba tiempo, esfuerzo y capital se obtenía la posibilidad de lo que en la Inglaterra preindustrial se denominaba «desarrollo»: un incremento espectacular de la producción. Los terratenientes romanos dedicaban gran parte de su vida a controlar la marcha de sus propiedades, ya fuese de forma directa o a través de representantes. Las primeras cinco cartas de su colección fueron escritas, por ejemplo, mientras Símaco realizaba una vasta visita de inspección a sus posesiones del centro y sur de Italia en el año 375, visita con la que perseguía optimizar sus ingresos. Esto es lo que le escribía a su padre: «Pero nuestro patrimonio familiar decae y debemos examinarlo continuamente ... pues sucede en nuestra época que el campo, que solía dar alimento, deba ser alimentado». Las cartas posteriores siguen haciendo periódica refe-

rencia a los problemas de ingresos, y en el caso de alguien tan rico como Símaco, la distancia añadía algunas dificultades extra. Las propiedades situadas en Sicilia y en el norte de África eran siempre más problemáticas que las ubicadas en zonas más próximas al lugar de residencia del propietario.[46] De manera similar, resultaba más eficaz trabajar una gran finca que dos parcelas pequeñas, así que el terrateniente cauto estaba siempre al acecho de las oportunidades de compra de nuevas tierras que le convinieran, o permanentemente dispuesto a acordar permutas ventajosas para ambas partes. Una vez más, las cartas de Símaco en particular, y las fuentes de la Roma tardía en general, muestran que debía dedicarse mucho tiempo y esfuerzo a comprar y vender terrenos adecuados.[47]

Había también una multitud de problemas legales. Como en la Inglaterra de Dickens, era frecuente que los testamentos fuesen objeto de disputas. Dado que la tierra, a diferencia de otras formas de riqueza, no resultaba fácil de dividir en porciones provechosas, los padres se enfrentaban a menudo al dilema de transmitir a los hijos una participación en los ingresos generados por la propiedad íntegra, o al de favorecer a uno de sus herederos en detrimento de los demás y concederle a él la totalidad de las tierras. Fuese cual fuese su decisión, las cosas podían complicarse o ponerse desagradables, en especial cuando a los herederos que percibían una parte de la producción les llegaba el turno de decidir a quién dejar sus participaciones al morir. En los testamentos y codicilos era preciso dedicar grandes esfuerzos a determinar la solución exacta que deseaba el testador, así como a garantizar que su voluntad no pudiese ser impugnada. No resulta sorprendente que Símaco siguiera de cerca los cambios que se producían en las leyes de transmisión de bienes, y era frecuente que mencionara los testamentos en sus cartas.[48] Los terratenientes romanos utilizaban todas las tretas habituales. Por ejemplo, el padre de Símaco le transfirió antes de tiempo la propiedad de una finca situada junto al río Tíbur para evitar que los acreedores se diesen cita tras su muerte.[49] En este contexto, el matrimonio era mucho más que el emparejamiento romántico de dos individuos enamorados. Implicaba el establecimiento de una nueva casa, la cual requería su propia base económica. Era preciso encontrar un partido adecuado y llegar a un acuerdo. Habitualmente, ambas partes contribuían al bienestar económico de la nueva pareja. En una de sus cartas, Símaco, tras hacer referencia a su hermano Fulvio, que ha tenido la suerte de pescar la mano de la hermana de un tal Pompeyano, una muchacha que «hace tiempo que tiene

edad para casarse», argumenta que Fulvio «no es inferior a ella por su cuna y tal vez sea más rico en patrimonio».[50]

Del mismo modo, los acuerdos matrimoniales ofrecían a los abogados la oportunidad de cobrar sustanciosos honorarios. El matrimonio del propio Símaco aumentó sus propiedades con el patrimonio de su suegro, quien, más tarde, al ser procesado por fraude, evitó verlo confiscado por el estado gracias a esa transferencia.[51] El sistema impositivo añadía nuevos problemas legales. Uno de los factores que impulsaba frecuentemente a los abogados a abordar a los propietarios era la reducción de sus costes fiscales. No hay ningún ejemplo conocido que nos indique que algún terrateniente, ni siquiera aquellos provistos de las mejores relaciones, se hubiera visto totalmente exento del pago de impuestos, pero muchos de ellos conseguían reducirlos. Sin embargo, para el abogado todas las reducciones eran precarias porque si su cliente perdía poder, entonces los beneficios que afluían al asesor podían también evaporarse. Había por tanto muchísimas posibilidades de que los terratenientes tuvieran riñas con el personal de la oficina del prefecto pretoriano para averiguar qué reducciones podían aplicárseles y durante cuánto tiempo, o para saber qué deberes fiscales habían satisfecho ya. Y pese a todo el cuidado que se ponía en los testamentos y en los acuerdos matrimoniales, la ruina de un terrateniente podía provocar litigios vinculados con los derechos de propiedad. Las cartas de Símaco, entre las que destacan en este sentido las que emite oficialmente como prefecto urbano de Roma, nos proporcionan un gran número de ejemplos de este tipo de disputas.[52]

Ahora bien, si el hecho de ser terrateniente llevaba aparejada una legión de responsabilidades, también tenía sus compensaciones. Por muy gravosa que pudiera resultar desde el punto de vista administrativo la posesión de una multitud de casas, había —mientras se poseyeran los suficientes ingresos— infinitas posibilidades de reformarlas y decorarlas. Una carta de Símaco a su padre habla de los nuevos revestimientos de mármol de su casa, ejecutados «tan sutilmente que el conjunto ensamblado da la sensación de ser una sola pieza». Estaba también muy orgulloso de algunas columnas que le parecían hechas del caro mármol de Bitinia, pero que prácticamente no le habían costado nada. Y los comentarios continúan. En muchas cartas menciona la instalación de un nuevo pabellón de baños en su finca de Sicilia, y en otras muchas hace referencia a pequeños trabajos de reparación que ha de efectuar aquí y

allá a lo largo de su vida. Una de las cartas se queja de que los constructores se eternizan en su casa de Tíbur.[53] Hay cosas que nunca cambian.

Una vez que se ha procurado adecuadamente la comodidad de la casa o las casas que se poseen y que se las ha adornado a la última moda (que en la Britania del siglo IV consistía en la instalación de mosaicos de color), quedaba el gran placer de vivir en ellas. Símaco adoraba particularmente su villa de Bayas, en la bahía de Nápoles, y en muchas de sus cartas ensalza la belleza del paisaje y la magnífica comida (sobre todo en otoño). En el año 396, Símaco pasó unos cuantos meses particularmente agradables, entre abril y diciembre, en los que visitó, una tras otra, sus propiedades de Formias, Cumas, Pozzuoli, Bayas, Nápoles y Capri. Algunos de estos lugares siguen siendo puntos de esparcimiento favoritos de los famosos. Él y su mujer tenían también una casa junto al Tíbur, a poca distancia río abajo de Roma, en la que vivían cuando Símaco tenía necesidad de acudir a la ciudad por negocios. Uno de los pasatiempos favoritos del patriciado terrateniente romano, y también del de su equivalente en muchos lugares y épocas, era la caza, afición para la cual una pequeña residencia situada justo en la cima de una colina o cerca de un bosque era lo más indicado.[54] De este modo, la posibilidad de disponer de propiedades estratégicamente ubicadas permitía que el terrateniente disfrutase de los placeres de las distintas estaciones.[55]

La casa, o casas, de campo constituían igualmente el telón de fondo de los demás placeres de la vida de las clases superiores. Símaco ensalza con frecuencia el placer de trabajar en los antiguos textos latinos en el aislamiento de uno u otro de sus retiros. En una carta declara que ha estado tan excesivamente ocupado con sus estudios que no ha podido escribir, y a veces escribe a sus amigos para pedirles que le envíen una copia de alguna obra que no consigue hallar, mientras les describe lo que ha estado haciendo.[56] A veces le encontramos en estrecha relación con algunos buenos amigos que pasan una temporada en sus propios refugios, cercanos a los suyos —es menos habitual que la estancia de esos amigos se efectúe en casa de Símaco—, y eso le permite realizar con ellos frecuentes intercambios de cumplidos epistolares, además de meriendas campestres y cenas festivas.[57] La salud de los amigos y los parientes era un tema frecuente, ya que la costumbre exigía que una enfermedad de poca importancia fuera acompañada, en el plazo de veinticuatro horas, de múltiples cartas de solícito interés. Durante una temporada, Símaco requirió de su hija, que claramente estaba un poco delicada, el envío de

boletines diarios sobre su salud, y él le contestaba con la recomendación de diversos regímenes dietéticos.[58]

El estilo de vida de Símaco y sus amigos nos brinda un ejemplo de la forma en que pudieron haber vivido la nobleza y las clases acomodadas europeas durante buena parte de los cien años siguientes. Pudientes, cultos y terratenientes, unos eran extremadamente ricos, y otros poseían lo justo para poder vivir conforme a lo esperado, pero todos eran perfectamente conscientes de quién era quién. Además, todos ellos se agitaban en un intrincado y elegante baile que giraba en torno a la esperanza y la perspectiva de la gran prosperidad que podía traer un acuerdo matrimonial o una herencia. Es posible que Símaco y sus amigos prefirieran revisar textos latinos a pintar a la acuarela y aprender italiano, y que sus nociones de cosas tales como la infancia y el género difirieran un tanto de las de Jane Austen, pero hay sin duda una pincelada de esa autora en las togas que componían la flor y nata de la Roma tardía.

De este estilo de vida elegante, acomodado y de grandes privilegios surge otra de las limitaciones impuestas por el sistema imperial romano. Dicho sistema descansaba en una generalizada distribución desigual de los bienes raíces: como ya se ha señalado antes, menos del 5 por 100 de la población poseía el 80 por 100 de la riqueza total, y quizá bastante más. Y en el centro de esta desigualdad se encontraba el propio estado romano, ya que sus leyes definían y protegían a un tiempo los derechos de propiedad de la clase propietaria a cuyos escalones superiores pertenecía Símaco. Sus sistemas de registro de la propiedad eran el árbitro último que decidía quién poseía tierras —y por tanto quién no las poseía—, y su legislación penal defendía con gran rigor a los propietarios frente a las acciones hostiles de quienes quedaban a la intemperie económica.[59] El historiador del siglo V, Prisco, recoge una conversación muy citada con un comerciante romano que había luchado con los hunos. La charla repasaba una y otra vez lo bueno y lo malo de las sociedades romana y huna, hasta que Prisco da de lleno en el clavo:

> Entre los romanos hay muchas formas de dar la libertad. No sólo la conceden los vivos, sino que también los muertos la otorgan con generosidad, pues disponen de sus propiedades según su voluntad: todo lo que un hombre haya querido hacer con sus posesiones en la hora de su muerte es

legalmente vinculante. Mi conocido [el huno convertido en romano] lloró y dijo que las leyes eran justas y que la política romana era buena ...

Ambas partes coincidieron finalmente en dos puntos: en primer lugar, que el derecho romano producía una sociedad superior; y en segundo lugar, que su principal efecto benéfico consistía en que garantizaba los derechos que permitían a los propietarios disponer de sus bienes del modo que juzgasen más conveniente.[60] No era ésta una opinión aislada. Recordemos las aclamaciones del senado romano —también los senadores habían sido muy claros respecto a que el efecto general del *Código teodosiano* había consistido en proteger «los derechos de los terratenientes» (véase la página 172).

Una gran parte del derecho romano se ocupaba precisamente de la propiedad: de las formas básicas de la posesión, de los modos de explotarla (mediante la venta, el arrendamiento por períodos más o menos prolongados y con opción a compra, el alquiler simple y la aparcería), y de las fórmulas para transferirla de generación en generación mediante acuerdos matrimoniales, herencias y legados especiales. Del mismo modo, la ferocidad del derecho penal romano protegía la propiedad: el principal castigo que se infligía al robo era la pena de muerte —desde luego era lo que se aplicaba a todo lo que fuera más allá del hurto menor—. De nuevo, podemos apreciar aquí una similitud con las posteriores sociedades «distinguidas», que se basaban en una parecida distribución desigual de la riqueza asociada a la posesión de tierras en una economía de fundamento abrumadoramente agrícola. Cuando Jane Austen escribía sus elegantes relatos de amor, matrimonio y transmisión de propiedades, el robo de una cantidad que se estimara inferior a diez peniques era castigado con unos cuantos latigazos, el de una cantidad superior, pero que no rebasara los cuatro chelines con diez peniques, hacía que el ladrón fuese marcado con un hierro candente, y si la sustracción era superior a los cinco chelines el responsable era ahorcado. En el Londres del siglo XVIII el promedio de ahorcamientos era de unas veinte personas al año.[61]

El estado romano debía aumentar y proteger los intereses de estas clases terratenientes porque eran, en gran medida, las mismas personas que participaban en sus estructuras políticas. Esto no significaba que no se produjesen conflictos ocasionales entre el estado y algunos terratenientes determinados, o incluso entre el estado y grupos enteros de pro-

pietarios. A veces, por ejemplo, las familias que poseían tierras, si tomaban el partido equivocado en una disputa política, perdían sus fincas como consecuencia de las confiscaciones subsiguientes. (Esto no significaba necesariamente que quedaran arruinadas para siempre: tal como ocurriría más tarde en el mundo medieval, la devolución de las tierras confiscadas era una de las vías que seguían preferentemente los gobernantes posteriores para conquistar la lealtad de una familia.[62]) Sin embargo, como hemos visto, el estado confiaba, en todos los planos de su maquinaria gubernamental, en la contribución administrativa que realizaban las clases terratenientes de las provincias, y en particular en todo lo relacionado con la recaudación de los impuestos —cuya efectiva cobranza dependía de que esas mismas clases terratenientes estuviesen dispuestas a pagar.

Este delicado equilibrio se manifestaba de dos formas. En primer lugar, como es obvio, los impuestos que gravaban la agricultura no podían subir hasta un punto que empujase a los terratenientes a abandonar en masa el sistema estatal y a tratar de impedir su funcionamiento. Como hemos visto, hay un gran número de pruebas de que los emperadores eran conscientes de que el modo de llegar al corazón de un terrateniente pasaba por la moderación de los impuestos. A mediados de la década de 360, los emperadores Valentiniano y Valente iniciaron su reinado conjunto con una ofensiva de seducción económica. Se congelaron los impuestos durante tres años, y al cuarto se disminuyeron, porque, según dijo su portavoz, «la mesura fiscal es una bendición que comparten todos aquellos a los que alimenta la tierra». Y con un gesto (muy moderno), los emperadores prometieron también que, «si los ingresos se ajusta[ban] a lo esperado», volverían a reducir los impuestos el quinto año.[63] En segundo lugar, la posición social y el estilo de vida de la élite terrateniente dependía de una distribución tan desigual de la propiedad que los pobres tenían una ventaja numérica formidable —lo que, sin duda, habría dado lugar a una redistribución de la riqueza de no haber existido un organismo que lo evitara—. En el siglo IV, este organismo era, como había venido sucediendo durante siglos, el estado romano. Por regla general, los terratenientes podían confiar en su capacidad para contrarrestar su debilidad numérica mediante la aplicación de las leyes dictadas en su favor. Si el estado dejaba de tener la capacidad de aplicarlas —en caso de que, por ejemplo, empezase a carecer de la fuerza bruta necesaria para hacer cumplir sus leyes de propiedad—, entonces los te-

rratenientes no tendrían más remedio que buscar otra instancia que pudiese sustituirlo y desempeñar el mismo papel.

Por consiguiente, podríamos concebir la participación de los terratenientes en el sistema romano como una colaboración asociada a una ecuación de costes y beneficios. Su coste era la suma de dinero que aportaban anualmente a las arcas del estado. Lo que obtenían a cambio era la protección de la riqueza en la que hallaba fundamento su posición. En el siglo IV, los beneficios superaban enormemente a los costes. Sin embargo, como veremos, si el recaudador se volvía demasiado exigente, o si el estado se mostraba incapaz de proporcionar protección, entonces la lealtad de la clase terrateniente podía exigir una nueva negociación.

La cuenta de resultados

Hemos hecho un largo viaje de descubrimiento, pero la evolución que siguió el imperio romano hasta, aproximadamente, el año 300 d. C. se ve al fin con mayor nitidez. Por un lado, estamos abordando un fenómeno histórico de una fuerza extraordinaria. Levantado originalmente sobre la base del poderío militar, el imperio desplegó una ideología general de superioridad por todo el vasto territorio que separa el Muro de Adriano del Éufrates. Para el siglo IV, los pueblos sometidos habían interiorizado a tal punto el modo de vida romano que el estado conquistador de los primeros tiempos evolucionó hasta convertirse en una comunidad económica compuesta por colectividades provinciales plenamente romanas.

Por otro lado, sin embargo, este extraordinario estado también se veía afectado por algunas limitaciones importantes. La distancia, el carácter primitivo de las comunicaciones y la restringida capacidad para el procesamiento de los datos paralizaba el funcionamiento de sus sistemas. Excepto en el terreno fiscal, el estado era fundamentalmente reactivo, y por lo general se veía arrastrado a las distintas situaciones en que se veía envuelto por los grupos que trataban de sacar provecho de su poder. El rendimiento de su economía no era muy superior al nivel de subsistencia. Y en términos políticos, el número de personas que se beneficiaba con claridad de la existencia del imperio era pequeño. (No hemos hecho más que entrever los formidables privilegios de las vidas que llevaban los miembros de la reducida clase de terratenientes romanos.)

Por todo esto, no se percibe ningún signo en el siglo IV de que el imperio estuviera a punto de derrumbarse. El ajuste exigido por los cincuenta años de agitación causados por el ascenso de la Persia sasánida no fue ni evidente ni sencillo, pero la transformación militar, económica, política y burocrática logró generar al final, de forma más o menos armónica, una maquinaria estatal de mayores dimensiones y capaz de hacer frente a un tiempo a Persia y a las consecuencias de sus trescientos años de evolución interna. Por supuesto, hubo que pagar un precio. El estado confiscó los ingresos locales y rompió de este modo la unidad de las viejas ciudades autogobernadas. También se reveló necesario dividir el poder supremo y hacerlo recaer sobre los hombros de dos individuos o más, a pesar de que esto no contribuyese sino a generar tensiones regulares y guerras civiles periódicas.

Sin embargo, en lo esencial, el rumbo del imperio tardío fue un rumbo de éxito. En la mayoría de los casos, la economía rural florecía, y el número de terratenientes que se mostraba ansioso por cubrir los puestos ofrecidos por el estado no tenía precedentes. Tal como había mostrado la respuesta dada a los persas, la estructura imperial romana era intrínsecamente rígida, ya que su capacidad burocrática, económica y política para movilizar recursos ante una nueva amenaza era restringida y lenta. Pero el desafío persa había sido conjurado con éxito, y la impresión que de forma abrumadora producía el estado romano era una impresión de poderío ininterrumpido e incontestable. Con todo, no estaba destinado a depender únicamente de sus propias disposiciones. Pese a que los romanos del siglo IV seguían considerando que Persia era el enemigo tradicional, en el norte estaba a punto de estallar una segunda revolución estratégica clave.

Segunda parte
LA CRISIS

4

Guerra en el Danubio

En el invierno del año 375 al 376, llegó a la frontera romana del Danubio el rumor de que se estaban librando duros combates en el este de Germania, al norte del mar Negro. Ésta es la crónica de Amiano Marcelino:[1] «Al principio, los nuestros se mostraron reticentes a aceptar este pacto, porque en aquellas regiones no solían escucharse noticias de guerras lejanas hasta que éstas habían terminado y se habían calmado ya». Es difícil culpar a las autoridades imperiales por no haberse tomado el asunto demasiado en serio. A mediados del siglo III, la migración de grupos de godos y de otros germanos había provocado una reorganización política que había generado cien años de relativa estabilidad en la región. Además, en esa época los problemas habían venido del noroeste (de lo que hoy es Polonia y Bielorrusia), no del noreste (de la actual Ucrania). La última vez que el noreste había planteado algún problema había sido en la época en que los sármatas habían arrasado cuanto encontraron a su paso, tres siglos antes, en un período de cincuenta años distribuido en partes iguales a ambos lados del nacimiento de Cristo. Sin embargo, los romanos iban a advertir muy pronto lo equivocada que era su actitud.

Durante el verano de 376, una formidable multitud de gente —hombres, mujeres y niños— se presentó súbitamente en la orilla norte del río Danubio para pedir refugio en territorio romano. Una de nuestras fuentes, aunque no la mejor, nos informa de que había doscientos mil refugiados junto al río. Amiano dice que eran incontables. Habían venido en una infinidad de carros tirados por sus correspondientes animales, presumiblemente los bueyes con los que araban, y formaban ese tipo de procesión de gigantescas proporciones que ha solido generar la guerra a

lo largo de la historia. Entre los refugiados había sin duda un gran número de individuos y de pequeños grupos familiares, pero la inmensa mayoría estaba compuesta por godos distribuidos en dos masas compactas encabezadas por sus correspondientes y bien definidos dirigentes políticos. Según mi estimación más exacta, cada una de ellas estaba integrada por unos diez mil guerreros. Un grupo, el de los greutungos, había recorrido ya una distancia considerable desde las tierras que se encuentran al este del río Dniéster, en la actual Ucrania, situadas a cientos de kilómetros del Danubio. En el otro viajaban la mayoría de los tervingos de Atanarico, conducidos ahora por Alavivo y Fritigerno, que se habían desligado del control de su antiguo caudillo para desplazarse hasta el río.[2]

Si las dimensiones del inmediato problema de seguridad que la situación planteaba a la frontera romana eran ya suficientemente preocupantes, la identidad de los refugiados resultaba aún más amenazadora. Aunque los primeros informes habían hablado de combates surgidos a gran distancia de la zona fronteriza, los dos grandes conjuntos de sedicentes inmigrantes godos acampados junto al río procedían de regiones mucho más próximas a Roma. Los tervingos, en particular, habían venido ocupando tierras situadas inmediatamente al norte del Danubio —en lo que hoy es Valaquia y Moldavia— desde la década de 310 como muy tarde. Fuera lo que fuese lo que estuviese sucediendo en el lejano noreste no se trataba de ninguna escaramuza local. Sus efectos se estaban dejando sentir por toda la región situada al norte del mar Negro.

Los romanos supieron muy pronto lo que se ocultaba detrás de todo aquel alboroto. De nuevo en palabras de Amiano: «...la semilla de todo ese desastre y el origen de las distintas desgracias avivadas por Marte —que encendió y agitó la situación con insólitas chispas— es el siguiente: [e]l pueblo de los hunos...».*

Amiano escribía casi veinte años después de los hechos, y para esa época los romanos habían logrado ya comprender mejor lo que había empujado a los godos hasta el Danubio. Ahora bien, ni siquiera en la década de 390 resultaba clara la totalidad de los efectos de la llegada de los hunos. La aparición de los godos junto al río en el verano de 376 fue el primer eslabón de una cadena de acontecimientos que habría de conducir directamente del ascenso del poderío huno en los límites de Europa al derrocamiento del último emperador de Occidente, Rómulo Augús-

* La cita es de Amiano, 31.2.1. *(N. de los t.)*

tulo, casi exactamente cien años después. Nada de todo esto era ni remotamente concebible en el año 376, y el proceso iba a estar sembrado de giros inesperados. La llegada de los godos al Danubio señaló el comienzo de una reorganización de los equilibrios de poder en toda Europa, y a relatarlo se consagra el resto del libro. Hemos de comenzar, como Amiano, con los hunos.

De las proximidades de «un helado océano»

El origen de los hunos es misterioso y controvertido. Lo único que sabemos con seguridad es que eran unos nómadas procedentes de la gran estepa euroasiática.[3] La estepa euroasiática es una enorme extensión de tierra cuyo tamaño, desde las estribaciones de Europa hasta el oeste de China, se acerca a los 5.500 kilómetros, y que aún se expande otros 3.000 kilómetros hacia el norte y el este de esa misma región. De norte a sur, la anchura de la estepa va de sólo unos 500 kilómetros en su parte occidental a los casi 3.000 de las inmensas llanuras de Mongolia. La geografía y el clima dictan el estilo de la vida nómada. Los pastizales propios de la estepa son consecuencia de unos suelos muy pobres y de una pluviosidad escasa, lo que hace imposible, en términos generales, que crezcan árboles y una vegetación más exuberante. La falta de lluvia excluye también toda práctica continuada de una agricultura del arado, así que el nómada obtiene una parte muy considerable de su sustento de la economía pastoril y apacienta el tipo de animales más adecuado para los pastos de que dispone. El ganado vacuno es capaz de sobrevivir en pastizales de peor calidad que los que necesitan los caballos, las ovejas se alimentan de la hierba que las vacas no pueden aprovechar, y las cabras viven con un forraje inferior al que nutre a las ovejas. Los camellos comen cualquier cosa.

El nomadismo es en esencia una forma de enlazar las distintas zonas de pasto, lo que, en conjunto, representa una estrategia de pastoreo anual. Lo característico de los nómadas modernos es que se desplacen entre los pastizales de verano de las altiplanicies (donde no hay hierba en invierno debido a la nieve y al frío) y los pastos de invierno de las tierras bajas (donde la falta de lluvia durante el verano implica, de nuevo, la ausencia de hierba). En este mundo, los derechos de pasto son tan importantes en

términos de capital económico como los rebaños, y se preservan con el mismo celo. La distancia entre los pastizales de verano y los de invierno ha de ser mínima, ya que todo movimiento es una dura prueba tanto para los animales como para los miembros más débiles de la población humana. Antes de que Stalin los volviese sedentarios, los nómadas del Kazajistán tendían a desplazarse unos setenta y cinco kilómetros para pasar de sus pastos de verano a los de invierno y viceversa. Las sociedades nómadas crean también estrechos lazos económicos con los agricultores de la región, asentados y dedicados a arar la tierra, ya que obtienen de ellos gran parte de los cereales que precisan, aunque otra parte la produzcan ellos mismos. Mientras una fracción de la población sigue la rotación de los rebaños por los pastos de verano, el resto se ocupa de otros tipos de producción de alimentos. Sin embargo, todas las poblaciones de nómadas históricamente observadas se han visto en la necesidad de completar su producción de grano mediante el intercambio del excedente generado por sus animales (pieles, queso, yogur, los propios animales, etcétera) con las poblaciones dedicadas a la agricultura del arado. Con frecuencia, ese intercambio ha sido unilateral, pues todo lo que la población agrícola sedentaria obtenía a cambio era quedar exenta de los asaltos nómadas, pero a veces el intercambio era verdaderamente recíproco.

El nomadismo, o el seminomadismo, no ha sido nunca una práctica exclusiva de ningún grupo de población lingüístico o cultural en particular. En toda la extensión de la gran estepa euroasiática han sido muchos los pueblos que, en distintas épocas, han adoptado el estilo de vida nómada. Durante los tres primeros siglos posteriores al nacimiento de Cristo, el extremo occidental de la estepa —desde el mar Caspio hasta el Danubio— estuvo dominado por nómadas sármatas y alanos de habla irania. Estos grupos expulsaron a los nómadas escitas, también de habla irania, a lo largo de los dos o tres últimos siglos anteriores al nacimiento de Cristo. Para el siglo VI d. C. como muy tarde, los nómadas de habla turca ejercieron su dominio desde el Danubio a China, y una horda nómada de lengua mongola habría de causar una devastación indescriptible en la alta Edad Media. Otros grupos de población también se hicieron nómadas. Los magiares que llegaron a la Europa central a finales del siglo IX hablaban —como aún siguen haciendo sus descendientes húngaros— una lengua ugrofinesa que sugiere que podían proceder de la región boscosa del noreste de Europa, la única región donde también se hablan este tipo de lenguas.

No está claro en qué lugar encajan los hunos en todo este océano de posibilidades culturales. Amiano Marcelino sabía más de ellos que el resto de nuestras fuentes romanas, pero no sabía gran cosa. Su mejor hipótesis es que procedían de más allá del mar Negro, de las proximidades de «un helado océano».* No sabían leer ni escribir, así que no nos han dejado ningún texto propio que nos permita avanzar, e incluso su filiación lingüística resulta misteriosa. Por regla general, cuando falla todo lo demás, los lingüistas consiguen descifrar los parentescos lingüísticos fundamentales a partir de los nombres personales, pero ni siquiera esto da resultado con los hunos. Como adoptaron rápidamente el hábito de utilizar nombres germanos (o quizá nuestras fuentes han conservado la versión germánica de los apodos germanos que les ponían sus vecinos y vasallos germanos), el número de nombres personales plenamente hunos es demasiado reducido para poder extraer una conclusión convincente. Probablemente no eran de habla irania, pero sigue sin estar claro si fueron efectivamente los primeros nómadas de habla turca que irrumpieron en la escena europea, como se ha argumentado.[4] Con tan lastimosas fuentes de información, los orígenes de los hunos han de permanecer necesariamente envueltos en el misterio, pero la célebre controversia respecto a si los hunos pudieran ser de hecho los nómadas hsiung-nu, bien conocidos gracias a los textos imperiales chinos, ha añadido cierta intriga al problema.

En los siglos anteriores y posteriores al nacimiento de Cristo, los hsiung-nu —acaudillados por su Shan-Yu—[5] hostigaban la frontera noroccidental de la China de la dinastía Han, de la que extraían una enorme cantidad de tributos en forma de sedas, metales preciosos y cereales. También le disputaban el control de algunos de sus más importantes territorios occidentales, en particular los situados junto a la cuenca del río Tarim, vía por la que la ruta de la seda (que empezó a funcionar en el último siglo antes de Cristo) penetra en China. En el año 48 d. C., presionados por los ejércitos de la dinastía Han, los hsiung-nu se dividieron en dos ramas, una septentrional y otra meridional. Los hsiung-nu del sur quedaron posteriormente incluidos en la órbita china y se convirtieron en una importante fuerza en el seno del sistema imperial. Los hsiung-nu del norte siguieron ocupando una posición externa a la potencia china y continuaron mostrándose independientes y muy conflic-

* *Id. loc. (N. de los t.)*

tivos hasta el año 93 d. C., fecha en la que el gobierno chino pagó a otro grupo nómada, los hsienpi, para que lanzase un ataque devastador contra sus territorios. Muchos de los hsiung-nu del norte (se dice que unas cien mil familias) quedaron absorbidos en la victoriosa confederación constituida por los hsienpi, pero otros huyeron «al oeste». Y ésta es la última vez que queda constancia de los hsiung-nu del norte en los textos chinos.

Los hunos que aquí nos interesan aparecen de pronto en los documentos romanos en el tercer cuarto del siglo IV. Pese a resultar superficialmente atractiva, la igualación de los hunos con los hsiung-nu lleva aparejado un problema: el desfase entre los documentos chinos y los romanos nos obliga a salvar una laguna de casi trescientos años (desde el año 93 d. C. hasta el 370, aproximadamente) y una brecha de 3.500 kilómetros. Además, los hunos que conocieron los romanos tenían una forma de organización política completamente diferente de la de los hsiung-nu. Después del 48 d. C., cada una de las dos ramas de este último grupo estuvo gobernada por su propio Shan-Yu, pero los hunos llegaron a Europa dirigidos por una multiplicidad de reyes jerarquizados y no había signo alguno de que existiese una figura dominante. Las descripciones etnográficas que han llegado hasta nosotros —considerando el estado en que están— también suscitan objeciones. Los hsiung-nu acostumbraban a llevar el pelo recogido en una larga cola de caballo, los hunos no. Ambos grupos utilizaban un armamento similar, y es habitual encontrar ollas de bronce entre los restos arqueológicos que han dejado. En este sentido, podría existir algún vínculo, pero está claro que no nos permite afirmar que los hsiung-nu comenzaran a avanzar hacia el oeste en el año 93 d. C. y no dejaran de hacerlo hasta llegar a Europa convertidos en los hunos. La gran estepa euroasiática es un espacio muy vasto, pero no se precisaban, ni siquiera entonces, trescientos años para cruzarla. Del mismo modo, y al igual que la mayoría de los imperios nómadas, el de los hsiung-nu era una confederación compuesta por un núcleo hsiung-nu bastante pequeño y por otros muchos grupos vasallos. Por consiguiente, los antepasados de los hunos pudieron haber formado parte de la confederación sin ser «verdaderos» hsiung-nu. Por tanto, aun en el caso de que establezcamos algún tipo de relación entre los hunos del siglo IV y los hsiung-nu del siglo I, ha llovido muchísimo durante los trescientos años de historia que desconocemos.[6]

Las fuentes romanas, por su parte, tampoco nos dan más que una idea muy general de lo que pudo traer a los hunos hasta las estribaciones

de Europa. Para Amiano, bastaba con señalar que sobrepasaban «todos los límites de la crueldad» y que se mostraban «ávidos de apoderarse de lo ajeno».* El relato que las fuentes romanas repiten más habitualmente sostiene que si vinieron a parar a las puertas de Europa fue en parte por accidente. Unos cuantos cazadores hunos, que un día se hallaban persiguiendo una pieza, habrían localizado el rastro de una cierva en unos marjales situados en unas nuevas tierras que hasta entonces les habían sido desconocidas. Este tipo de fábula se transmitió entre los comentaristas de principios del siglo XX, que tendían a suponer que los hunos habían estado participando durante siglos en correrías nómadas por las distintas zonas de la estepa euroasiática, y que un año, simplemente, les tocó recorrer los límites de Europa.[7] Sin embargo, esto era antes de que los antropólogos comprendieran con la claridad actual que los nómadas no vagan sin más a la ventura, sino que realizan desplazamientos cíclicos entre pastizales cuidadosamente escogidos. Dado que los derechos de pasto son un elemento clave para la subsistencia nómada, y que se preservan con el mayor celo, el traslado de un conjunto de pastizales a otro no pudo ser en ningún caso un accidente.

Por desgracia, tenemos que limitarnos a adivinar los motivos que hicieron tomar a los hunos la decisión de trasladar su centro de operaciones al oeste. La leyenda de la cierva termina cuando los cazadores describen al resto de los hunos las maravillas de la nueva tierra que han hallado, y Amiano, destaca asimismo la motivación de la ganancia económica. La idea de que había sido la abundancia de la costa septentrional del mar Negro lo que atrajo la atención de los hunos es perfectamente verosímil. Pese a ser menos extensas, las tierras de pasto de la estepa occidental son fértiles, y han atraído a muchos grupos nómadas a lo largo del tiempo. La zona situada al norte del mar Negro estaba ocupada por grupos clientes del imperio romano, grupos que disfrutaban de los beneficios económicos de las diferentes relaciones que mantenían con el mundo mediterráneo, y no hay razón para creer que los hunos no hayan sentido también su atractivo. Al mismo tiempo —eso es al menos lo que sucede en el caso de algunos grupos nómadas posteriores de los que tenemos más información—, era frecuente que un desplazamiento en dirección al límite occidental de la estepa estuviese asociado al deseo de huir de alguna confederación nómada más poderosa que actuara en

* Amiano, 31.2.1 y 31.2.12. *(N. de los t.)*

las proximidades de China. Cuando aparecieron al norte del mar Negro, los ávaros, que iban a tener en Europa un impacto muy parecido al de los hunos, aunque dos siglos más tarde, buscaban un refugio seguro que les mantuviera fuera del alcance de los turcos occidentales. Del mismo modo, a finales del siglo IX, los magiares nómadas se iban a desplazar a Hungría porque otro grupo nómada, los pechenegos, les estaba haciendo la vida imposible más al este. En el caso de los hunos, no disponemos de ninguna indicación firme que nos señale que estuviese actuando sobre ellos ningún tipo de motivación particular, ya fuese negativo o positivo, pero no podemos descartar su existencia. Más al este, a finales del siglo IV, la dinastía Gupta avanzaba por la ruta de la seda desde el norte de la India, y entre principios y mediados del siglo V los hunos heftalitas ejercieron su dominio en alguna zona situada entre el mar Caspio y el mar de Aral. Ya en la década de 350, esta reorganización del equilibrio de poder estaba ejerciendo su repercusión en otra zona más oriental de la estepa, ya que fue la causa de que los chionitas se desplazaran hasta las estribaciones del imperio persa, al este del mar Caspio,[8] y es posible que también desempeñara un papel en la decisión que llevó a los hunos a buscar tierras de pasto en el oeste.

Por muy misteriosos que sigan siendo los orígenes de los hunos y las fuerzas que les impulsaban, no hay la menor duda de que estaban detrás de la revolución estratégica que había empujado a los godos hasta el Danubio en el verano de 376. Normalmente se supone que en esa fecha los godos estaban huyendo de los hunos, que habían irrumpido súbitamente en masa en la costa septentrional del mar Negro. Se supone también que esos hunos iban pisándoles prácticamente los talones a los godos cuando éstos se dirigieron precipitadamente al Danubio con la esperanza de obtener asilo en el interior del imperio, y que, una vez que los godos hubieron llegado a territorio romano, los hunos se convirtieron inmediatamente en la potencia dominante en las tierras que circundaban el río. Éstas son las afirmaciones que pueden hallarse de forma más o menos explícita en la mayoría de los relatos modernos: los hunos aparecen súbitamente (en los años 375 y 376); los godos huyen presas del pánico en dirección al imperio (376); los hunos adquieren una posición dominante en las inmediaciones del Danubio (a partir del año 376).

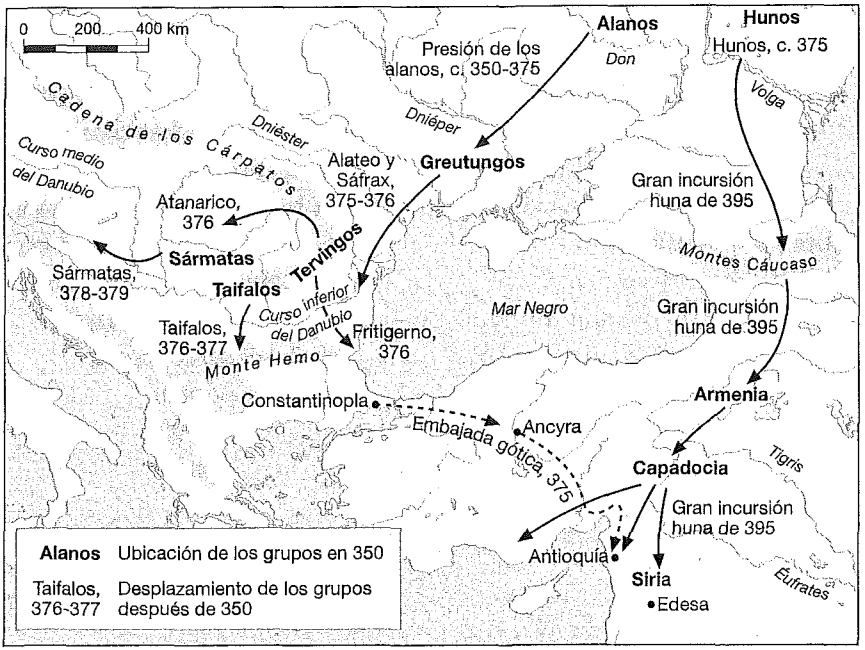
Esta tesis se basa en el relato que nos proporciona Amiano, que pinta un cuadro bastante convincente del espanto de los godos: «...entre los restantes pueblos godos se había extendido el rumor de que una nación

desconocida hasta entonces, semejante a un alud de nieve que se precipita desde lo alto de las montañas, estaba destruyendo y saqueando todo lo que encontraba a su paso».* Hemos de saber apreciar, a través de la retórica, lo que Amiano nos está diciendo en realidad. Tras haber sojuzgado primero a los alanos, los hunos comenzaron a continuación su ataque contra los godos greutungos. La resistencia de los greutungos estaba encabezaba por Ermenrico, quien finalmente se rindió y, según parece, aceptó ser sacrificado en un ritual para salvar a su pueblo.[9] Los términos que utiliza Amiano son un tanto vagos, pero la reacción de hacer responsables a los dirigentes políticos de la suerte del clan, documentada en varios grupos antiguos, es interesante. Si las cosas se ponían feas, se consideraba que era una señal enviada por los dioses para significar que el viejo caudillo les había ofendido y que, por consiguiente, debía ser sacrificado como acto propiciatorio para reparar la ofensa. Ermenrico fue sucedido por Vitimiris, que continuó la lucha pero fue finalmente abatido en la batalla.

En ese momento, el control de los greutungos pasó a manos de dos cabecillas militares, Alateo y Sáfrax, que gobernaron en nombre del hijo de Vitimiris, Viderico. Tras haber decidido retirarse a las orillas del río Dniéster, se les unió allí un contingente de tervingos dirigidos por Atanarico. Sin embargo, la retaguardia de Atanarico se veía ahora atacada por grupos de hunos, que habían descubierto otro vado para cruzar el río, y tuvo que replegarse a su feudo, próximo a la cadena de los Cárpatos. Una vez allí, trató de contener la embestida huna mediante la construcción de una línea fortificada. En mi opinión, estas fortificaciones eran probablemente las antiguas murallas romanas situadas junto al río Olt, el Limes Transalutanus.[10] Sin embargo, el plan quedó frustrado. Los tervingos sufrieron el acoso de nuevos ataques hunos durante la construcción de las defensas, y como consecuencia su confianza en la primacía de Atanarico se vio mermada. Entonces, la mayoría de los tervingos se apartaron de él, y dirigidos por dos nuevos cabecillas, Alavivo y Fritigerno, se presentaron en el Danubio para solicitar asilo en el seno del imperio romano. Los greutungos de Alateo y Sáfrax optaron por una estrategia similar, y siguieron a los tervingos hasta el río (mapa 5).[11]

El desarrollo de algunos de estos acontecimientos fue extremadamente rápido. Desde la muerte de Vitimiris en combate, las acciones

* *Op. cit.*, 31.3.8. *(N. de los t.)*



5. La región del mar Negro y el encontronazo con los hunos, c. 350-380

prácticamente se suceden hasta la llegada de los tervingos y los greutungos a las orillas del Danubio. En total, esta serie de acontecimientos no debió de haberse prolongado por un dilatado espacio de tiempo. Si, como parece probable, los godos llegaron en una fecha comprendida entre el final del verano o el principio del otoño del año 376, entonces la muerte de Vitimiris no pudo haberse producido más de un año antes. En principio, los acontecimientos que acabamos de señalar pudieron haberse verificado en el plazo de unos cuantos meses, lo que situaría la muerte de Vitimiris entre mediados del año 375 y principios del 376. Dado que una buena época para que una población agrícola se desplace es después de haber recogido la cosecha, tal vez lo más probable es que los greutungos se pusieran en marcha a finales del verano o principios del otoño de 375.[12]

Sin embargo, este último acto un tanto acelerado había sido la continuación de un drama algo más pausado. Es imposible establecer la fecha con precisión, porque Amiano no nos proporciona más que unas vagas indicaciones temporales. Sin embargo, lo que sí nos dice resulta sugerente. En primer lugar, sostiene que Ermenrico resistió la tormenta

desencadenada por los hunos «durante largo tiempo» (*diu*). También nos enteramos de que el sucesor de Ermenrico, Vitimiris, libró «muchos combates» (*multas ... clades*) contra los hunos antes de resultar muerto en el campo de batalla. Es obvio que no hay forma de saber con seguridad cuánto tiempo duró esta sucesión de episodios, pero está claro que el rápido desenlace que siguió a la muerte de Vitimiris puso fin a una lucha prolongada, y que lo que precipitó la crisis final fue la decisión de los greutungos de emprender la marcha. La fecha a la que se remontan los combates previos y el tiempo que hayan podido prolongarse éstos es una cuestión de apreciación, pero la naturaleza de las acciones de los hunos tiene efectivamente una influencia en el debate.

Lo primero que hicieron las embajadas góticas para garantizarse la entrada en el imperio fue abandonar las orillas del Danubio para ir en busca del emperador Valente y exponerle su caso. Valente, sin embargo, estaba en Antioquía —lo que significaba un viaje de ida y vuelta de más de mil kilómetros—; pese a ello, los embajadores no desistieron. Cuando llegaron a Antioquía, las dos partes tuvieron que conferenciar, tomar decisiones y después volver a ponerse en comunicación con los jefes romanos aposentados en el Danubio. Todo esto debió haber llevado bastante más de un mes, tiempo durante el cual la muchedumbre de godos continuó acampada junto al río, con mayor o menor paciencia, a la espera de que se les diera luz verde para cruzar. No existe constancia de que se produjera ningún ataque de los hunos contra ellos durante este tiempo. Además, los hunos que habían atacado a Atanarico habían caído sobre él en pequeños grupos, a veces cargados con el peso del botín:[13] se trataba por tanto de saqueadores más que de conquistadores. En esta época, la organización política de los hunos no estaba confiada a un jefe supremo, sino que se descomponía en una serie jerarquizada de reyes con plena capacidad para actuar de forma independiente. Un ejemplo de ello es que Vitimiris, mientras trataba de resolver los problemas militares que los hunos habían causado a los greutungos, pudo reclutar a otros hunos para que luchasen a su lado.[14] En los años 375 y 376 no hubo ninguna gran horda de hunos que persiguiese de cerca a los godos en fuga. Lo que se produjo fue más bien una situación en la que grupos independientes de hunos belicosos se dedicaron a poner en práctica estrategias distintas contra diferentes tipos de enemigos.

Por consiguiente, lo que sucedía no era que un contingente de hunos estuviese *conquistando* a los godos, en el sentido que normalmente da-

mos a la palabra, sino que un cierto número de godos decidió abandonar un mundo que se estaba volviendo cada vez más inseguro. Unos veinte años antes, en 395, la masa de hunos se encontraba más al este —mucho más próxima, en realidad, a las estribaciones septentrionales del Cáucaso que a la desembocadura del Danubio—.[15] Y de hecho, después del año 376, fueron otros grupos godos, no los tervingos ni los greutungos, los que siguieron integrando la principal oposición a Roma en la frontera del curso inferior del Danubio durante una década o más. En este mismo frente, los romanos tuvieron que resistir un cerrado ataque lanzado por un segundo contingente de greutungos dirigidos por un tal Odoteo en el año 386. Y también eran godos —quizá los tervingos restantes que no habían seguido a Alavivo y Fritigerno— los grupos que, prácticamente por la misma época, operaban en algún lugar de la zona de los Cárpatos.

El arco de oro

Ninguno de estos matices hace menos revolucionaria la llegada de los hunos. Así como, en pequeña escala, la agitación era habitual en la frontera del Danubio, y en todas las demás fronteras, la revolución estratégica era rara. La historia imperial de Roma conoció únicamente dos de estas circunstancias en la región septentrional del mar Negro. Una de las principales peculiaridades de esta zona es su ecología y su clima variados. Entre los Cárpatos y el Don hay agua suficiente, sobre todo en los valles fluviales, para sostener las tierras de cultivo, pero al este del Don no es posible cultivar cereales sin irrigación. Al mismo tiempo, la zona meridional situada entre los Cárpatos y el Don, justo por encima de la franja costera del mar Negro, es lo suficientemente seca como para generar unas condiciones esteparias. Por consiguiente, y desde el punto de vista ecológico, las zonas contiguas a esta periferia de Europa resultan apropiadas tanto para los nómadas como para los agricultores, y en la Antigüedad el régimen estuvo dominado primero por un tipo de población y después por otro. En los últimos siglos anteriores a Cristo, las poblaciones agrícolas de habla germánica, como los bastarnas y otros, prosperaron junto a los nómadas escitas. El predominio de estos pueblos agrícolas se quebró por la presión de los nómadas sármatas de habla irania en torno al año cero. Doscientos años después, grupos de godos de-

dicados al cultivo de tierras avanzaron hacia el sur y hacia el este tras rodear los Cárpatos, y para ampliar su dominio hasta el Don sometieron a los sármatas que quedaban. ¿Sucedió entonces a los hunos algo que les indujera a restablecer a finales de del siglo IV el equilibrio militar en favor del mundo nómada?

Los romanos percibieron rápidamente dónde residía la clave del poderío militar de los hunos. Amiano no describe con detalle ninguna de las batallas de los hunos, pero nos hace una descripción general que va directa al grano:

> [Los hunos] acuden a la batalla en grupos ... [Y c]omo son ligeros y muy rápidos a la hora de combatir, lanzan a propósito ataques por sorpresa y ... de forma desordenada, se desplazan causando grandes matanzas ... [Y es que, como] luchan a distancia, disparan armas que cuentan con huesos afilados en vez de punta, y que están realizadas con una técnica extraordinaria. Después ... recorren [al galope] la larga distancia que les separa del enemigo y luchan cuerpo a cuerpo con espadas...

Zósimo, un autor del siglo VI que aquí se basa en el relato del historiador del siglo IV, Eunapio, transmite una imagen igualmente vívida: «[Los hunos] eran totalmente incapaces de combatir a pie, ya que ignoraban cómo hacerlo, pero con sus giros, sus cargas, sus retiradas a tiempo y su lanzamiento de dardos a caballo, causaban una enorme mortandad».[16] Estos comentaristas romanos no dejan margen de duda. Los hunos eran una caballería, compuesta fundamentalmente por arqueros a caballo, capaz de combatir a distancia desde una posición segura hasta que sus enemigos rompían la formación y se dispersaban. Entonces, los hunos se lanzaban contra ellos para matarlos, bien con el arco, bien con el sable. Los elementos esenciales de su táctica eran las acciones de sus hábiles arqueros y jinetes, la capacidad de operar juntos en pequeños grupos, y una valentía feroz. Tal como han comentado muchos autores, y como ha quedado demostrado repetidas veces, tanto en la Antigüedad como en la Edad Media, la vida pastoril euroasiática era una vida dura, y el tipo de destrezas —así como los magníficos caballos— que necesitaba un nómada en su existencia diaria le preparaban con toda idoneidad para el combate.

Ahora bien, esto era una verdad aplicable a todos los nómadas euroasiáticos, y en realidad no nos explica la razón del particular éxito de los

hunos. Al igual que los godos germánicos, también ellos fueron capaces de derrotar a otros nómadas, como los alanos de habla irania. ¿En qué consistía su ventaja? Tanto hunos como germanos eran reputados jinetes, pero luchaban de distinto modo. Si los hunos, al ser arqueros a caballo provistos de un equipo relativamente ligero, concedían un gran valor a la maniobrabilidad, los alanos, al igual que la generalidad de los sármatas, se especializaban en la caballería pesada —*cataphractus*,* como la llamaban los romanos—. Tanto el jinete como el caballo se hallaban protegidos. El arma principal del jinete era la lanza, y el equipo se completaba con un largo sable de caballería. Los lanceros actuaban en formación cerrada. Esto reduce aún más el campo de la interrogante. Sucede que los escitas, a quienes los sármatas habían sustituido como potencia dominante en la región septentrional del mar Negro a principios de la época imperial, también habían sido arqueros a caballo, exactamente igual que los hunos; que empleaban asimismo tácticas muy similares; y que, en aquella época, la lanza había prevalecido frente al arco. ¿Por qué, tres siglos más tarde, se inclinó la balanza en favor del arco?

La respuesta no reside en la estructura básica del arco que utilizaban los hunos. Tanto los hunos como los escitas usaban lo que se llamaba el «arma prodigiosa de la estepa». Cuando los occidentales pensamos en un arco, lo que solemos tener en mente son los arcos «de una pieza», confeccionados con una única vara de madera y que al ser tensados adquieren una forma cóncava simple. Los arcos de los habitantes de la estepa eran completamente diferentes. Para empezar, constaban de varias piezas. La madera de sus distintas secciones proporcionaba un punto de anclaje para los demás elementos que lo integraban: tendones en la parte exterior que se distendía al ser tensado el arco, y placas de hueso en la parte interior que, por el contrario, resultaban comprimidas. Cuando no se los tensaba, estos arcos se curvaban además en la dirección opuesta, de ahí que también se conociera esta arma con el nombre de arco recorvado. La madera, los tendones y el hueso se encolaban con el adhesivo más potente que podía fabricarse entonces a partir de espinas de pescado y cueros de animales, y cuando estaba completamente seco la potencia del arco era tremenda. Se han encontrado restos de este tipo de arcos (generalmente las placas de hueso) en tumbas situadas en la región del lago Balkash que se remontan al tercer milenio antes de Cristo. Por con-

* Literalmente, «cubierta de hierro», o «acorazada». *(N. de los t.)*

siguiente, en el siglo IV d. C. difícilmente podían considerarse un arma nueva.

La clave del éxito de los hunos parece encontrarse en un detalle concreto cuyo significado aún no ha sido plenamente reconocido. Ya hemos dicho que tanto los hunos como los escitas utilizaban el arco compuesto, pero si los arcos escitas tenían unos 80 centímetros de longitud, los arcos hunos que se han hallado en las tumbas eran mucho mayores, ya que medían entre 130 y 160 centímetros. Lo fundamental aquí, por supuesto, es que el tamaño genera potencia. Sin embargo, el tamaño máximo del arco que un jinete puede utilizar con comodidad no rebasa los 100 centímetros. El arco se sostenía, en posición vertical, directamente delante del jinete, así que un arco más largo golpearía el cuello del caballo o se enredaría con las riendas. Sin embargo —y ésta es la respuesta a nuestra pregunta— los arcos hunos eran asimétricos. La mitad situada por debajo de la empuñadura era más corta que la mitad superior, y esto es lo que permitía utilizar este arco de mayor longitud a lomos de caballo. Tenía, desde luego, sus inconvenientes. El arco largo era más pesado y difícil de manejar, y su asimetría exigía que el arquero modificase su punto de mira. Sin embargo, el arco asimétrico huno de 130 centímetros tenía una potencia considerablemente mayor que la de su equivalente simétrico escita de 80 centímetros: a diferencia del de los escitas, podía atravesar una coraza sármata y mantener al mismo tiempo al arquero a una distancia segura sin impedirle un buen manejo del caballo.

Podemos hacernos una idea de lo que representaba el uso del arco recorvado, o flexible, mediante las pruebas realizadas con arcos «turcos» compuestos de la época moderna o de principios de la época moderna. Estos arcos tenían por lo general unos 110 centímetros de longitud, pero eran simétricos, ya que iban destinados a la infantería más que a la caballería. También eran resultado, claro está, de mil años más de evolución, y sus prestaciones sobrepasaban las de los arcos chinos y asiáticos de longitud aún mayor pero de similar diseño básico. Desde luego, su alcance asombró a los europeos, habituados a los arcos «de una pieza». En el año 1753, Hassan Aga realizó el tiro más largo anterior a la era moderna, ya que lanzó una flecha a una distancia de unos 534 metros. Aga era un reputado campeón, pero era corriente lanzar las flechas a distancias muy superiores a los 400 metros. La potencia de estos arcos es también impresionante. A una distancia apenas superior a los 100 metros, un arco turco es capaz de hundir más de 5 centímetros la flecha en un

trozo de madera de 1,25 centímetros de grosor. Dada su simetría y el hecho de que los arqueros de infantería puedan asentar los pies con firmeza, a diferencia de sus predecesores a caballo, hemos de restar algo a las cifras que arrojan estas prestaciones cuando tratamos de averiguar lo que nos indican respecto a los arcos del siglo IV. Los hunos no tenían estribos, pero usaban unas pesadas sillas de montar de madera que permitían al jinete aferrarse con los músculos de las piernas y disponer así de una firme plataforma de tiro. Con todo, es probable que los arqueros montados hunos pudieran disparar eficazmente contra enemigos desprovistos de coraza, como los godos, desde distancias comprendidas entre los 150 y los 200 metros, y que resultaran letales al disparar contra los alanos, que sí llevaban protección, desde distancias situadas entre los 75 y los 100 metros. Estas distancias eran más que suficientes para conceder a los hunos una enorme ventaja táctica, una ventaja que, como refieren las fuentes romanas, explotaban al máximo.[17]

El arco no era la única arma de los hunos. Una vez que habían logrado desbaratar desde lejos la cohesión de una formación enemiga, su caballería se acercaba para trabar batalla con la espada, y con frecuencia utilizaban también lazos para dejar fuera de combate individualmente a sus adversarios. Hay también algunas pruebas de que los hunos de elevada posición llevaban cotas de malla. Con todo, el arco flexible era su punto fuerte. A mediados del siglo IV, tras sufrir concienzudas modificaciones, podía responder al desafío de las catafractas sármatas. Los hunos, como era de esperar, eran perfectamente conscientes de la singularidad de sus arcos, como atestiguan algunas fuentes un tanto posteriores, fechadas en el siglo V. El historiador Olimpiodoro de Tebas nos dice que hacia el año 410 los reyes hunos se enorgullecían de su destreza con el arco,[18] y no hay razón para suponer que no sucediera lo mismo en 375. La noche en que murió el más grande de todos los hunos —Atila—, el emperador romano Marciano soñó que «de pie ante él, una figura divina le mostraba que esa noche el arco de Atila quedaría roto».[19] Y del mismo modo, los datos arqueológicos confirman que el arco huno era el símbolo de la autoridad suprema. Se han encontrado en cuatro yacimientos funerarios los restos de unos arcos chapados entera o parcialmente en oro repujado. Uno de ellos resulta totalmente simbólico: de sólo ochenta centímetros de longitud, estaba recubierto de una capa de oro tan gruesa que no habría sido posible tensarlo. Los otros tres tenían su longitud habitual, y es posible que en este caso nos encontremos ante ar-

mas reales recubiertas de oro.[20] Así embellecida, la fuente del dominio militar de los hunos quedaba convertida en una enérgica imagen del poder político. El arco también les permitió dominar el límite occidental de la gran estepa euroasiática.

Amiano Marcelino tenía razón. Eran los hunos los que estaban detrás de la revolución militar que había empujado a los tervingos y a los greutungos hasta el Danubio a finales del verano o principios del otoño de 376. A partir de ese momento, el ascenso del poderío huno dejó de ser un problema exclusivo de los pueblos de las costas septentrionales del mar Negro. Ese ascenso planteaba ahora al emperador Valente un enorme dilema: decenas de miles de godos desplazados se habían presentado súbitamente en sus fronteras y solicitaban asilo.

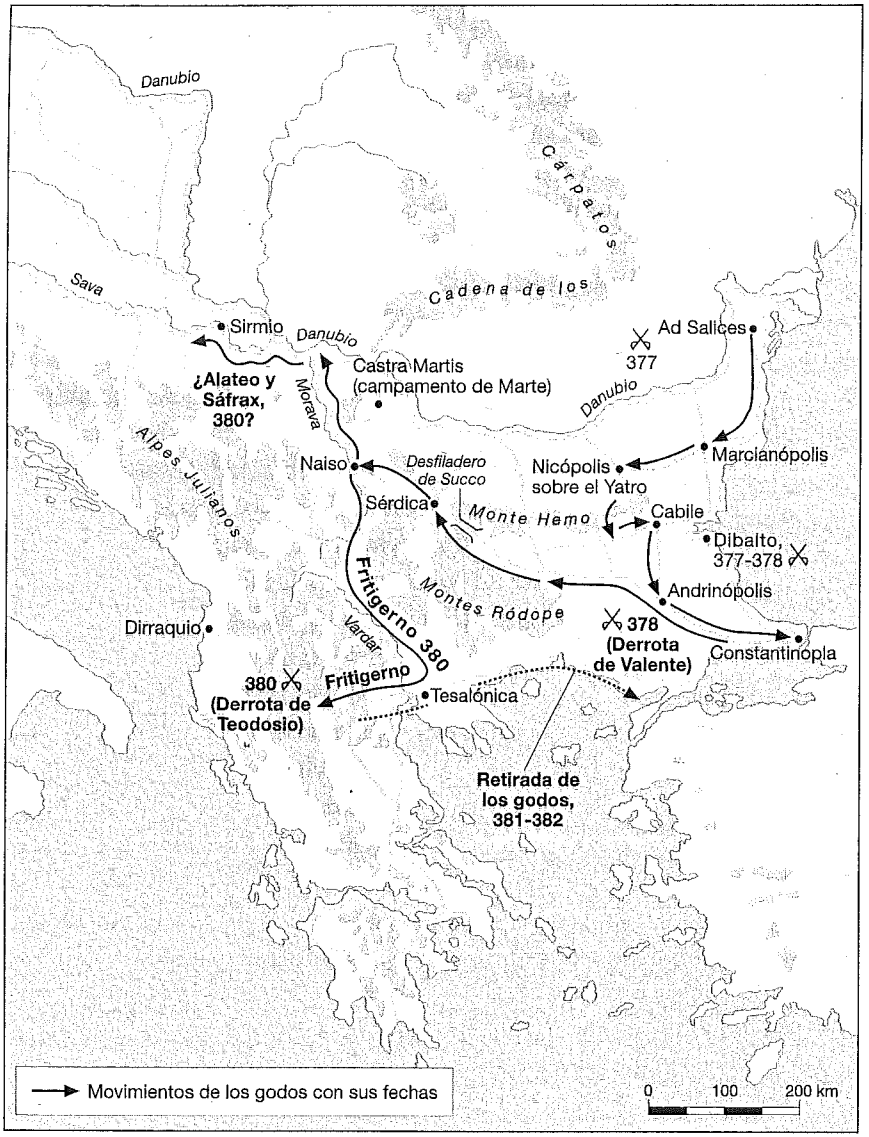
Los buscadores de asilo

Con rara unanimidad, la inmensa mayoría de nuestras fuentes señalan que esta súbita irrupción de supuestos inmigrantes godos no fue en absoluto considerada como un problema. Al contrario, Valente los admitió alegremente porque vio una gran oportunidad en esta riada de personas desplazadas. Hemos de citar de nuevo a Amiano —aunque la mayoría de las fuentes refieren un relato similar:

> [C]uando la noticia fue confirmándose ... se produjo más alegría que temor. Además, aduladores expertos alababan la buena fortuna del príncipe, que había conseguido un contingente de tropas tan numerosas y procedentes de tierras muy alejadas, de manera que, casi sin esperarlo, uniendo sus propias tropas y las extranjeras, tendría un ejército invencible.
>
> Y añadían que, aparte de la ayuda militar que las provincias aportarían anualmente, su tesoro se vería incrementado con una gran cantidad de oro.

De este modo se hacía con soldados y con oro al mismo tiempo —por lo general se conseguía una cosa o la otra—. No es de extrañar que Valente estuviera encantado.

La mayoría de las fuentes nos brindan también, en términos generales, un relato similar de los motivos por los que se torcieron las cosas después de que los godos cruzasen el río —probablemente junto a la fortaleza de Durostorum o cerca de ella— (mapa 6). La responsabilidad de



6. La guerra gótica desde la batalla de Ad Salices (377) hasta la paz de 382

lo que sucedió se hace recaer principalmente en la falta de honestidad de los oficiales romanos estacionados en la zona. Y es que tan pronto como los inmigrantes comenzaron a sufrir escasez de víveres, esos oficiales explotaron su creciente desesperación y pusieron en marcha un

mercado negro que arrojaba pingües beneficios, ya que exigía que unos cuantos godos se entregaran como esclavos a cambio de comida para el resto. Como es lógico, esto provocó un inmenso rencor, un rencor que los militares romanos no hicieron más que exacerbar —y de manera muy particular un tal Lupicino, jefe del contingente destacado en Tracia (*comes Thraciæ*)—. Tras haberse aprovechado primero del mercado negro, y de haber obligado después a los godos a trasladarse a un segundo campamento instalado fuera de su cuartel general regional, situado en Marcianópolis (mapa 6), Lupicino atentó burdamente contra su cabecilla durante un banquete supuestamente celebrado en su honor. Esto hizo que los godos pasaran del rencor a la rebelión.[21] Así se nos ha narrado el acontecimiento, y así ha sido repetido a menudo por los historiadores. De este modo, el relato, que responsabiliza a Valente por su estupidez al acceder a dar paso a los godos, a los militares romanos por su codicia, y a los godos —sólo un poco— por recurrir a la violencia, resulta perfectamente coherente. Sin embargo, si lo consideramos en todos sus detalles, no es toda la verdad.

Fijémonos, para empezar, en la política que normalmente aplicaba Roma a los buscadores de asilo. En el año 376, la presencia de inmigrantes, ya lo fueran de grado o a la fuerza, estaba lejos de constituir un fenómeno nuevo en el imperio romano. A lo largo de su historia, el imperio había aceptado a extraños: un constante flujo de individuos deseosos de hacer fortuna (y que, en este sentido, no solían considerar, como hemos visto, que el ejército romano fuese su peor opción) se sumaba a las ocasionales migraciones de gran envergadura. Había incluso un término técnico para esto último: *receptio*. Una inscripción del siglo I d. C. señala que el gobernador de Nerón transportó en una ocasión hasta Tracia a cien mil personas «procedentes de la región situada [al norte del] Danubio» (*transdanuviani*). Ya en el año 300 d. C., los emperadores de la tetrarquía diocleciana habían permitido el asentamiento en el interior del imperio de decenas de miles de carpos de lengua dacia, y los había dispersado por una serie de comunidades situadas a lo largo del Danubio, desde Hungría hasta el mar Negro. Entre los años 300 y 376 ya se había registrado en un cierto número de casos una similar afluencia de gente, y a pesar de que no existía ninguna pauta fijada que indicara cómo había de tratarse a los inmigrantes, aparecen claramente algunos comportamientos sistemáticos. Si las relaciones entre el imperio y los supuestos buscadores de asilo eran buenas, y si la inmigración se produ-

cía en un contexto de mutuo consentimiento, entonces algunos de los varones jóvenes eran reclutados por el ejército romano, donde a veces constituían específicamente una unidad nueva, y los restantes eran distribuidos por una zona de considerable extensión del imperio para que se asentasen como campesinos libres, sujetos desde ese momento al pago de impuestos. Éste fue, por ejemplo, el tipo de arreglo acordado en el año 359 entre el emperador Constancio II y un grupo de limigantes sármatas.[22] Si las relaciones entre el imperio y los inmigrantes no eran tan buenas, y, en particular, si habían sido capturados en el transcurso de unas operaciones militares, el trato era mucho más severo. Seguía siendo posible que algunos de ellos fuesen reclutados por el ejército, aunque con frecuencia se les imponían mayores limitaciones. Un edicto imperial que abordaba el caso de un contingente de esciros capturados por los romanos en el año 409, por ejemplo, señala que debían transcurrir veinticinco años —esto es, una generación— antes de que pudiera reclutarse a algún miembro de ese grupo. Los demás, de nuevo, pasaban a convertirse en campesinos, aunque en términos menos favorables. Muchos de los esciros de 409 fueron vendidos como esclavos, y los restantes fueron distribuidos por el imperio en calidad de campesinos sin libertad (*coloni*) y sujetos a una cláusula que estipulaba que debían ser trasladados a puntos situados fuera de los Balcanes, donde habían sido capturados. Por consiguiente, todos los inmigrantes terminaban convertidos en soldados o en campesinos, pero había formas más o menos agradables de efectuar esa transformación.[23]

Con todo, existe otro denominador común a todos los casos documentados de concesión de permiso de acceso al imperio a los inmigrantes. Los emperadores *nunca* aceptaban a los inmigrantes con los ojos cerrados. *Siempre* se aseguraban de tener en su mano el control militar de los acontecimientos, bien porque hubieran derrotado antes a los supuestos inmigrantes, bien porque dispusieran de un contingente militar en las inmediaciones capaz de hacer frente a cualquier eventualidad. Constancio y los limigantes representan un caso típico. En el año 359 hubo algo que salió realmente mal. Como era de esperar, Amiano lo imputa a la mala fe de los sármatas, pero las causas tal vez fueran más complejas. Sea como fuere, en el momento crucial estalló un conflicto de mil demonios:

> Entonces al ver al emperador en lo alto de la tribuna dispuesto ya a pronunciar unas palabras muy moderadas, pues creía que iba a hablar ante

un auditorio benévolo [el de los sármatas], uno de ellos, agitado por una extraña locura, le agarró del zapato cuando estaba en lo alto y exclamó: «Marha, marha» —que entre ellos es un grito bélico—. Rápidamente le siguió una muchedumbre de gentes que levantaron de repente sus estandartes bárbaros y, lanzando fieros alaridos, se lanzaron contra el propio emperador.

Lo que sucedió después es muy revelador:

...a pesar de que no iban bien equipados debido a la rapidez del ataque, amenazadores y con sus gritos de guerra, [los soldados romanos] se lanzaron contra las bandas de obstinados enemigos ... [M]ataban todo lo que se encontraban en su camino, pisando sin distinción a vivos, heridos y muertos ... Los rebeldes se sentían ya derrotados, pues unos estaban muertos, otros se habían dispersado por miedo, y el resto intentaba en vano salvar su vida mediante súplicas, pero eran asesinados después de recibir repetidos golpes.

La aceptación de los limigantes en suelo romano había sido negociada con todo cuidado antes de que Constancio se dejase ver, así que todo debía haber salido bien. Pero de no ser así, no había problema en recurrir al gran número de soldados romanos disponibles, de modo que fueran los limigantes quienes resultaran barridos.[24]

Esto pone de relieve un elemento clave de la crónica que se acepta por lo general de lo sucedido en el año 376, y que simplemente no termina de parecer cierta. Valente, se nos dice, se llenó de alegría al llegar los godos al Danubio. Sin embargo, puede demostrarse que en el año 376 el ejército romano no era dueño de la situación, y que no pudo restablecer el orden en el momento en que las cosas empezaron a torcerse, tras haber cruzado el río los inmigrantes. Lupicino, fuera cual fuese su responsabilidad personal en la revuelta de los godos, sencillamente no tenía a mano el suficiente número de soldados. Después del banquete, lanzó inmediatamente a un combate contra los godos rebeldes a las tropas de que disponía, y cosechó una resonante derrota.[25] Y en ausencia de una superioridad militar total, que era clave en las *receptiones* romanas normales, simplemente no resulta creíble que Valente se sintiera en modo alguno contento, como pretenden las fuentes, con la llegada de los godos al Danubio.

La escasez de tropas romanas en los Balcanes tenía una causa muy simple. En el verano de 376, Valente estaba profundamente ocupado con el frente oriental, y lo estaba desde hacía algún tiempo. Como ya vi-

mos en el capítulo 3, en el año 369 había puesto fin a sus luchas contra Atanarico mediante un compromiso, ya que se requería su presencia en el este para frenar las ambiciones persas en Armenia e Iberia. Después del año 371, aprovechando las dificultades de Persia en sus propios territorios de Extremo Oriente, Valente había logrado algunas victorias importantes, y se las había arreglado para poner al mando de aquellos territorios caucásicos a dirigentes designados por Roma. Sin embargo, Sapor, el rey de reyes persa, regresó el año 375. Decidido a permanecer firme, Valente envió tres embajadas agresivas durante el verano de 376, y las tres le dijeron que debía retroceder o aceptar la lucha. Esta actitud diplomática exigía los correspondientes preparativos militares, así que Valente no sólo había acudido apresuradamente a Antioquía, sede del cuartel general regional durante las campañas persas, sino que el grueso principal de sus fuerzas móviles de combate también se encontraba en el este. Por tanto, cuando los godos llegaron al Danubio, Valente estaba ya implicado a fondo en una política agresiva en Oriente, y sin duda iba a llevarle al menos un año retirar sus fuerzas mediante una maniobra diplomática, sin contar con que era incluso posible que, por cuestiones logísticas, le costase el mismo tiempo hacerles dar simplemente media vuelta.[26]

Durante algún tiempo es probable que Valente siguiera alimentando la esperanza de que la crisis del Danubio pudiese gestionarse de un modo que le permitiese continuar con sus ambiciones en Caucasia, y quizá contar incluso con la incorporación de algunos soldados godos extra, como indican las fuentes. No obstante, y dado lo mucho que la situación del Danubio se alejaba de las habituales expectativas de control que tenían los romanos, también cabría esperar que estuviera midiendo sus pasos con todo cuidado, para tomar precauciones ante problemas potenciales. Y las pruebas de que disponemos muestran que así fue. Como ya hemos señalado antes, una cosa está clara: de los dos grupos que se habían presentado junto al Danubio, sólo los tervingos fueron admitidos.[27] A los greutungos se les negó el permiso de penetrar en el imperio, y para mantenerlos al norte del río se colocaron frente a ellos todas las tropas y embarcaciones que en aquel momento se hallaban disponibles en los Balcanes.[28] Por tanto, Valente no se lanzó a aceptar precipitadamente a todos los godos que pudiese para fortalecer su ejército y llenar al mismo tiempo sus arcas.

Observemos también más de cerca sus relaciones con los tervingos. Ninguna fuente describe con detalle los términos de su acuerdo con este

grupo, y, gracias a la rebelión, nunca se llevaron plenamente a efecto. Desde luego, la nueva relación fue presentada ante el público romano como una capitulación —*deditio*— de los godos, pero esto, por sí mismo, apenas nos dice nada: los anteriores tratados rubricados con los tervingos, tanto por Constantino como por Valente, habían sido presentados de ese modo pese a que implicaran un tipo de relación muy distinto (véanse las páginas 102-106). Todo sugiere que el acuerdo del año 376 incluía algunas cláusulas poco habituales, muy favorables a los godos. Para empezar, ejercían un grado de control poco común en el lugar de su asentamiento. En circunstancias normales, el emperador era quien decidía dónde había que instalar a los inmigrantes, y casi siempre tendía a dispersarlos. En el año 376, se llegó al acuerdo de que los tervingos sólo podían ser instalados en Tracia, y el sitio lo eligieron ellos. Los detalles de cómo habría de organizarse el asentamiento no están claros. En particular, no sabemos nada del crucial asunto de si se les debía instalar o no en grupos lo suficientemente grandes como para preservar su identidad cultural y política. De nuevo, esto habría sido muy poco habitual, pero, dado que habían logrado elegir la zona de su propio asentamiento, tal vez formase parte del acuerdo. Por lo demás, lo único que sabemos es que se tomaron rehenes, que el ejército regular romano reclutó inmediatamente a un grupo de hombres jóvenes, y que el acuerdo incluía la posibilidad de que los godos, en bloque, prestasen servicio como auxiliares en algunas campañas concretas, de forma muy similar a lo que ya había sucedido entre los años 332 y 369. Se establecieron también algunas medidas destinadas a fomentar la confianza. En particular, el cabecilla tervingo se declaró dispuesto a convertirse al cristianismo.

El hecho de que el acuerdo fuera presentado ante el público romano como una capitulación no debe confundirnos. Tanto por sus detalles militares como por sus cláusulas diplomáticas, el acuerdo se apartaba de las normas romanas. En el año 376, los tervingos consiguieron unos términos muy superiores incluso a los que se concedían habitualmente a los inmigrantes que eran tratados como amigos. Al carecer de fuerza militar suficiente en el Danubio, Valente se vio obligado a apartarse de los métodos romanos probados y seguros. Por tanto, si esperábamos de Valente que se hubiera mostrado cauteloso incluso ante la sola perspectiva de admitir a los tervingos, observamos que, en efecto, hay sólidas pistas que indican que así fue.[29]

Como ya hemos visto, la principal causa de la revuelta de los tervingos fue la escasez de alimentos y el mercado negro que se organizó junto al Danubio. Según parece, los godos pasaron el otoño y parte del invierno del año 376 al 377 junto al río, y sólo se trasladaron hasta Marcianópolis a finales del invierno o principios de la primavera. Incluso después de iniciada la revuelta, seguían teniendo dificultades para encontrar comida, ya que «todo lo indispensable había sido trasladado a las plazas fuertes, aunque el enemigo no trató siquiera de asediar ninguna de ellas debido a que ignoraba por completo que se estaban realizando ese tipo de operaciones y otras similares». Esto se refiere al verano de 377, pero a un momento muy anterior al de la maduración de las cosechas de ese año. Según parece, los romanos habían trasladado deliberadamente la cosecha del año 376 a unos campamentos fortificados que los godos no podían tomar por carecer de la tecnología militar necesaria. En cualquier caso, dadas sus limitaciones burocráticas, alimentar a los hambrientos tervingos era una tarea formidable para el estado romano. Tenía que planear la distribución con todo cuidado para poder disponer de existencias con las que alimentar a sus propias tropas durante las campañas militares más importantes. En ese momento, desde luego, los godos carecían de medios para procurarse sus propias cosechas, ya que el acuerdo no había tratado aún la cuestión de la asignación de tierras. Cuando sus reservas se agotaron, Valente encontró en el suministro de todo tipo de alimentos un elemento con el que controlarles.

El emperador se apresuró también a negociar con su colega de Occidente, el emperador Graciano, hijo de su hermano Valentiniano I, la obtención de apoyo militar. Probablemente en el año 377, nuestro viejo amigo Temistio, orador, filósofo, senador de Constantinopla e íntimo confidente de Valente, visitó Roma. Allí pronunció su discurso número trece. Esta alocución, poco original y carente de inspiración —realizada quizá con ocasión del décimo aniversario del acceso del emperador al trono, que se cumplía en ese año 377—, elogiaba en Graciano al gobernante ideal platónico. Mucho más interesante que el discurso es el hecho de que Temistio estuviese presente en el imperio de Occidente en un momento tan importante. Y, tal como él mismo explica claramente, había hecho el viaje desde Siria a una velocidad de vértigo:

> ...mi ruta seguía prácticamente el curso del sol, desde el Tigris hasta el océano [el Atlántico, es decir, el oeste]. Fue un viaje urgente que nos hizo sur-

car la superficie de la tierra, tan veloz como tú [Sócrates] dices que fue el de Eros, un viaje en el que días insomnes seguían a las noches. He hecho la vida en el camino y a cielo abierto, y he dormido sobre el suelo y al aire libre, sin cama sobre la que recostarme ni calzado que ponerme...[30]

El ritmo de viaje que Temistio describe aquí es muy rápido, tanto que apenas cabe pensar que pudiera exigirlo el contenido más bien mediocre del discurso, lo que sugiere que su embajada tenía un propósito distinto y más urgente. La presencia de unos cuantos contingentes de tropa procedentes del oeste, disponibles ya en el este para la campaña de los Balcanes del verano del año 377, nos brinda la clave de tanta prisa. La campaña de los Balcanes habría requerido unas negociaciones previas, negociaciones que debieron producirse durante el verano del año 376 al 377, posiblemente antes incluso de que hubiera estallado la revuelta de los tervingos. Fue esto, la necesidad, lo que empujó a Temistio y a sus compañeros a realizar tan implacable viaje por tierra y mar. Los embajadores tenían la misión de negociar una respuesta imperial conjunta al problema godo que se había presentado súbitamente en los umbrales del imperio de Valente.

El más misterioso de todos los acontecimientos que estaban desarrollándose en esa época junto al Danubio sugiere también la existencia de un punto de precaución en el ánimo del emperador de Oriente. Cuando se agravó la escasez de alimentos, y al crecer la hostilidad de los godos, Lupicino trasladó a los tervingos a su cuartel general regional de Marcianópolis, como ya hemos señalado. Ahora bien, para supervisar ese traslado, se vio obligado a utilizar las fuerzas que antes se habían dedicado a mantener fuera de los límites del imperio a los greutungos. Al final los tervingos fueron trasladados, pero la reorganización de las fuerzas romanas permitió que los greutungos cruzaran el río y penetraran en territorio del imperio. Como comandante, Lupicino debió de haberse desesperado —la situación entraba claramente en una espiral que escapaba a su control—. Amiano nos informa de que, para colmo, los tervingos avanzaban con gran lentitud hacia Marcianópolis —como para permitir que los greutungos les alcanzasen—. (Es posible que los greutungos hubiesen cruzado el Danubio en un punto situado ligeramente más al este que el utilizado por los tervingos, en Sacidava o Axiopolis. Véase el mapa 6.) Cuando los tervingos se hallaban a unos quince kilómetros de su destino, Lupicino invitó a sus cabecillas a una cena. Amiano describe el festín:

Después de invitar a Alavivo y a Fritigerno a un banquete, Lupicino colocó soldados frente a la muchedumbre bárbara, manteniéndola así alejada de las murallas [de la ciudad] ... [y] surgieron fuertes disputas entre los que estaban en el interior y los que estaban fuera, disputas que hicieron ya inevitable la lucha.

Además los bárbaros ... atacaron y mataron a un gran número de soldados.

Cuando el mencionado Lupicino se enteró por un mensaje secreto de lo que había sucedido ... mató a todos los guardias que acompañaban a los dos generales y que les aguardaban ante el pretorio tanto en señal de respeto como para defender sus vidas. Cuando la masa [de godos] que asediaba las murallas recibió entristecida esta noticia, se incrementó el número de los que pretendían vengar a los reyes que ellos creían retenidos a la fuerza ...

Entonces, Fritigerno, siendo como era muy astuto, temió que le retuvieran como rehén junto a los demás, y gritó que [los romanos] tendrían que luchar con numerosas pérdidas humanas a no ser que le permitieran salir con sus compañeros para calmar al pueblo ...

Una vez conseguido lo que pedía, salieron todos...[31]

Es difícil saber con precisión lo que ocurrió. A juzgar por las apariencias, el chapucero ataque fue consecuencia de los malentendidos y del pánico, pero el asalto a los comensales de un banquete era, para los romanos, un instrumento habitual de la gestión de fronteras.

La eliminación de los cabecillas peligrosos o potencialmente peligrosos era un medio excelente para extender la confusión entre los enemigos. En un plazo de sólo veinticuatro años, Amiano describe otras cuatro ocasiones en que los jefes romanos convirtieron las invitaciones a una cena en una oportunidad para secuestrar a los comensales. Uno de esos cuatro secuestros se produjo como consecuencia de la iniciativa no autorizada de un comandante local, pero los otros tres obedecían a órdenes directas del emperador. En un caso, uno de los comandantes del Rin recibió una carta sellada que no debía abrir a menos que viera que el cabecilla alamán en cuestión se encontraba en la orilla romana del río. Cuando esto se produjo, el jefe romano abrió la carta y en ella leyó unas instrucciones que le instaban a enviarlo a Hispania. Yo sospecho que Lupicino podía haber recibido un pliego de órdenes similar. Valente, que seguía en Antioquía, no podía ser consultado a cada paso —las peticiones de órdenes por parte de sus comandantes en el Danubio habrían llevado aparejada una espera de varias semanas—. Por consiguiente, las

instrucciones de Lupicino respecto a los tervingos debían dejar un considerable margen de maniobra a la iniciativa personal. Del mismo modo, no creo que se le hubiera dado carta blanca en una cuestión como el problema godo sin haberle instruido primero cuidadosamente respecto a cómo actuar en una serie de escenarios previsibles. La llegada a territorio romano de un enorme número de godos no sometidos, en un momento en que el principal ejército romano se encontraba movilizado en otra parte, era un peligro potencial demasiado grande para no haber sido tenido en cuenta. Sospecho que se le había dicho a Lupicino que si las cosas adquirían un cariz que hiciese pensar que podía irse de las manos, entonces debería hacer cuanto pudiese para desorganizar a los godos —y el asalto a los dirigentes enemigos, como ya se ha mencionado, era uno de los comportamientos habituales de los romanos en esos casos—. Pero el asunto quedaba a discreción de Lupicino. Enfrentado a su decisión, Lupicino optó por la peor de las soluciones posibles: primero la invitación, y después el ataque, sin que ninguna de las estratagemas fuese llevada enérgicamente hasta el final. En vez de tener que vérselas con una ininterrumpida, aunque incómoda, paz, o con una oposición descabezada, se vio enfrentado a una revuelta organizada capitaneada por un sólido cabecilla.[32]

Por muy unánimemente que nuestras fuentes sostengan lo contrario, tanto el sentido común —*¿a quién* le agradaría ver cómo se abate el caos en un instante sobre un segundo frente cuando se encuentra ya profundamente enzarzado en otro anterior?— como la comparación con otros casos de concesión de acceso al interior del imperio romano dejan claro que no es posible, ni de lejos, que Valente se haya sentido complacido al ver que se presentaba junto al Danubio un inmenso número de godos. Como hemos visto, la ideología imperial exigía que todos los bárbaros fuesen presentados como seres sumisos, y que la política del emperador, fuera cual fuese el pánico que reinase tras los bastidores en el año 376, debía presentarse ante los contribuyentes como una estrategia libremente elegida que suponía un beneficio para el imperio. Amiano nos proporciona aquí una sólida pista. Su relato hace referencia a la influencia que tuvieron algunos «aduladores expertos» (*eruditis adulatoribus*) en la política que seguía Valente con los godos.[33] Esto hace pensar inmediatamente en Temistio, que tan buenos servicios había prestado a Valente en la paz del año 369. En el verano de 376, antes de su súbita partida hacia el oeste, Temistio estaba con el emperador en Siria, y yo sospecho que una de las vías que utilizó para convencer a la corte oriental romana de que, en

contra de todas las apariencias, la idea de permitir la entrada a una horda de godos indómitos era de hecho una ocurrencia espléndidamente buena, consistió en pronunciar un discurso como el del año 369. En tal caso, la unanimidad de nuestras fuentes es reflejo de la propaganda de que se valió el emperador para justificar su política, y no testimonio de la verdadera lógica subyacente a la decisión.

Los hunos habían abocado al imperio romano y a un gran número de godos a una relación nueva y estrecha carente de precedentes. Desde luego, el emperador no deseaba esta relación: al menos no en la forma que adoptó. Los godos también tenían sus dudas y sus vacilaciones. Su decisión de pedir asilo en el interior del imperio no había sido tomada a la ligera. Cuando la mayoría de los tervingos rompió con Atanarico, lo hizo en una gran reunión en la que se debatieron largamente las cuestiones.[34] Puede entenderse su vacilación. Trasladarse al territorio de un vecino tan poderoso no era una decisión fácil. Dada la eficacia de la telegrafía transfronteriza, es probable que supieran que Valente se encontraba en ese momento en una situación comprometida en el Danubio debido a la guerra con Persia. El emperador tal vez se mostrase temporalmente dispuesto a hacer concesiones, pero no había ninguna garantía de que esa actitud no fuera a endurecerse más tarde. Por tanto, apenas puede sorprendernos que los godos estuviesen intentando adelantarse a los acontecimientos, es decir, preparándose para hacer frente al poderío del imperio a largo plazo, y no sólo en aquel momento.

Aunque los romanos les habían tratado de forma muy distinta, los tervingos y los greutungos permanecían en estrecho contacto. De ahí que, como ya se ha señalado, en el momento en que las tropas de Lupicino les obligaron a trasladarse a Marcianópolis, los tervingos tuvieran ya noticia de que los greutungos habían cruzado el río, y de ahí también que aminoraran el paso.[35] Los tervingos se estaban metiendo en la boca del lobo, y a pesar de que, en apariencia, estuvieran recibiendo un trato más favorable que los greutungos, tenían el máximo interés en constituir con todos los godos posibles un frente unido contra la abrumadora superioridad que, tanto en número de soldados como en cantidad de recursos, exhibía el imperio. Desde luego, al actuar de este modo quebraban cuando menos el espíritu de su acuerdo con Valente. Ahora bien, si el emperador podía encontrar formas de hacer que los términos del acuerdo alcanzado en el año 376 se aplicaran a un lapso de tiempo mayor, también los godos podían hacer lo mismo.[36]

Y esto es, en mi opinión, lo que pasó de verdad. Tanto los godos como los romanos se habían visto empujados por los hunos a mantener una relación nueva y más intensa. Ninguno de los dos bandos confiaba en el otro y ninguno de ellos mantuvo plenamente el compromiso negociado en 376, cuando ambos se encontraban en un apuro. En realidad, el hecho de que este acuerdo inicial fracasara no pudo haber sorprendido a nadie. La vía quedaba ahora expedita para una pugna militar, y las características de un pacto más duradero entre los godos inmigrantes y el estado romano habrían de depender de su resultado.

La batalla de Andrinópolis

Las hostilidades comenzaron a la mañana siguiente del fatal banquete dado por Lupicino. El retorno de Fritigerno y la violencia de la noche anterior desataron una primera serie de saqueos en las inmediaciones de Marcianópolis. En respuesta a ello, Lupicino reunió a todos los hombres que pudo y marchó contra el campamento enemigo, situado a unos quince kilómetros de la ciudad. Sus tropas se vieron rápidamente superadas —aparte del propio Lupicino, fueron pocos los que consiguieron escapar—. A finales del invierno o principios de la primavera del año 377 comenzó de verdad una guerra que iba a durar no menos de seis temporadas de campaña, hasta que la paz quedó restaurada el 3 de octubre de 382.[37] Puede seguirse con considerable detalle la acción de los dos primeros años de contienda, hasta la batalla de Andrinópolis, en el relato de Amiano Marcelino (lo que no significa que nos diga todo lo que queremos saber). Las fuentes que narran los hechos posteriores a la batalla son más escasas. No obstante, lo que está muy claro es que toda la guerra —la totalidad de las seis campañas— quedó circunscrita a las provincias balcánicas del imperio romano. Éste es un territorio en el que se ha combatido muchas veces en la historia, y su muy peculiar geografía ha dictado siempre la naturaleza de la acción.

La parte septentrional de la Península es aproximadamente rectangular, algo más ancha en el norte que en el sur y en el oeste que en el este, y su característica física más sobresaliente se encuentra en sus montañas. Al este, la Stara Planina (o monte Hemo) alza sus redondeadas cimas de unos 750 metros de promedio. El pico más elevado alcanza los 2.376 metros, mientras que los Montes Ródope, más escarpados, son

un poco más altos, ya que muchas de sus cumbres superan los 2.000 metros. Más al oeste, como una banda que corre de norte a sur, se encuentran los Alpes Dináricos. Con el transcurso del tiempo, su piedra caliza ha ido erosionándose hasta formar unos abruptos despeñaderos y unas laderas plagadas de oquedades que con frecuencia están cubiertas por una incómoda maleza espinosa: el característico paisaje cárstico de los Balcanes occidentales. Junto a las montañas se extienden tres amplias planicies: la llanura danubiana al norte, la tracia al sureste, y la macedonia entre los Montes Ródope y los Alpes Dináricos. Otro rasgo característico de la Península son sus numerosas cuencas aluviales altas, donde la erosión causada por el agua de la lluvia y la nieve fundida ha ido acumulando estratos de suelo fértil en las hondonadas situadas entre los picos montañosos.

La naturaleza de este paisaje ha moldeado la historia de la región. Como es obvio, las llanuras y las cuencas altas definen unas bien marcadas zonas de tierra cultivable, donde es probable que se produzcan concentraciones de población. Muchas de las comarcas montañosas son extremadamente escarpadas, lo que, unido sobre todo a los duros inviernos de la región, ha limitado las comunicaciones de larga distancia a sólo dos rutas principales. De norte a sur, la ruta clave discurre por los valles fluviales del Morava y del Vardar, que, a través de la actual Skopje (la Scupi romana), conectan el Danubio con el Egeo en Tesalónica. Del noroeste al sureste, una segunda ruta importante comienza también en el valle del Morava, pero tuerce a la izquierda en Niš (la romana Naiso) y se abre paso a través de las fértiles cuencas altas que se extienden después de la capital búlgara, Sofía (la Sérdica romana), y recorre después el desfiladero de Succo para conectar con el fértil altiplano de Sredna Gora y continuar hasta la llanura tracia. En la época romana esta vía era una importantísima calzada militar. El paisaje dicta también las comunicaciones en un plano más local. Los Montes Ródope son extremadamente difíciles de cruzar desde el noreste al suroeste, por ejemplo, y los movimientos hacia el norte y el sur por el monte Hemo han de canalizarse únicamente a través de cinco gargantas clave: el valle del Iskar en el oeste, los pasos de Troyan y Shipka en el centro, y los de Kotel y Riski más al este.

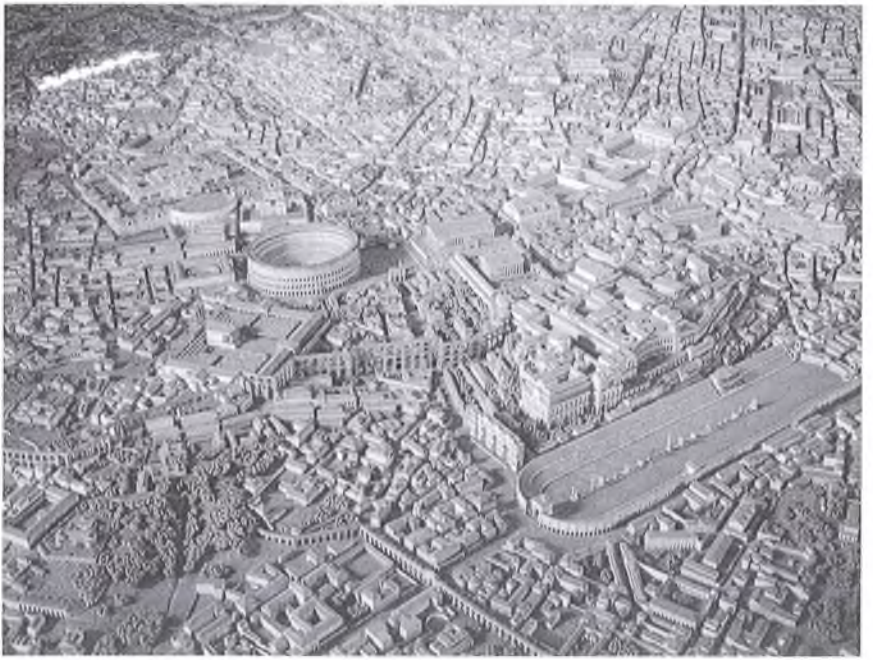
Cuando los godos cruzaron el Danubio en el año 376 a. C., penetraron en un paisaje en el que Roma se había impuesto durante más de trescientos años en el norte, y por espacio de casi quinientos en el sur, ya

que Macedonia había sido conquistada y convertida en una provincia romana hacia el año 146 a. C. En buena medida, los romanos se adaptaban al paisaje para realizar sus operaciones, en lugar de luchar contra él, pero había una excepción importante. Aparte de los dos ejes naturales que articulaban la comunicación de larga distancia, los romanos habían abierto dos rutas más para cruzar los Balcanes de este a oeste. En el sur, y construida en fecha tan antigua como el año 130 a. C., la célebre vía Egnatia seguía la costa del mar Egeo, desde Constantinopla hasta Tesalónica —y se constituía así en una ruta bastante fácil—, pero después se adentraba decididamente entre los picos y los desfiladeros de los Alpes Dináricos para alcanzar el Adriático en Durresi (la Dirraquio romana). Algo más al norte, a finales del siglo I d. C., los ingenieros militares romanos tallaron una ruta en la roca viva en la Puerta de Hierro, donde el río Danubio atraviesa las estribaciones meridionales de la cadena de los Cárpatos, a fin de conectar las regiones del bajo Danubio y del Danubio medio. Los Balcanes eran el punto de confluencia entre el este y el oeste, y el imperio no reparaba en gastos en la construcción de las calzadas que los atravesaban. Incluso en una fecha tan tardía como la del año 376, la función primordial de los Balcanes, vista desde la perspectiva del centro del imperio, consistía en actuar como puente entre las dos mitades del imperio, razón por la cual eran muchos los recursos consagrados al mantenimiento de las calzadas, así como a la conservación de las ciudades y posadas que las jalonaban. Toda esta red cumplía el doble cometido de proteger a los viajeros y de proporcionar el apoyo logístico que hacía posible las comunicaciones de alta velocidad que aparecen consignadas en los escritos de Teófanes (véanse las páginas 142-145).

Las necesidades del imperio determinaban igualmente que era preciso emplear los fondos del centro imperial en otras dos zonas de los Balcanes. En la época en que los hunos sembraban el caos al norte del mar Negro hacía ya tres siglos que la frontera del imperio estaba fijada en la llanura del Danubio, al norte del monte Hemo. Al principio, los principales campamentos legionarios quedaron establecidos en Œscus y en Novæ. Para el siglo IV, el cuartel general de Marcianópolis, cuyos muros delimitaban un espacio de setenta hectáreas, supervisaba las operaciones en la zona fronteriza, y una serie de fortalezas, grandes y pequeñas, tachonaban la campiña próxima a la orilla del río y la protegían. Para esta fecha, muchos de los grandes asentamientos civiles estaban también amurallados y ejercían funciones militares de segundo orden.

Más al sur, eran más los imperativos políticos que los militares los que dictaban el gasto. En el sureste de la Península, el emperador Constantino había vuelto a fundar la antigua ciudad-estado, o *polis* griega, de Bizancio con el nombre de Constantinopla, y para el tercer cuarto del siglo IV, la ciudad se había convertido, a todos los efectos, en una nueva capital imperial. Dotada de sólidos muros y de hermosos edificios públicos, la ciudad había representado asimismo una formidable inversión en infraestructuras, pues poseía unos servicios portuarios y unos graneros capaces de responder al desafío logístico que planteaban las flotas de cereales procedentes de Egipto, y unos acueductos que conducían el agua de las montañas a lo largo de más de cien kilómetros a fin de atender a las necesidades de la floreciente población de un lugar árido por naturaleza. Era un centro de actividad con una gigantesca demanda económica, y, además de los fondos que le dedicaba el imperio, contaba con un gran número de habitantes deseosos de gastar dinero. Los ricos necesitaban tanto casas en el interior de la ciudad como retiros frescos en el campo, además de servicios de todo tipo. En el siglo IV, el sureste de los Balcanes vivía un período de prosperidad sin precedentes, y el dinero contante y sonante procedente de Constantinopla se derramaba por las comunidades vecinas de la llanura tracia.

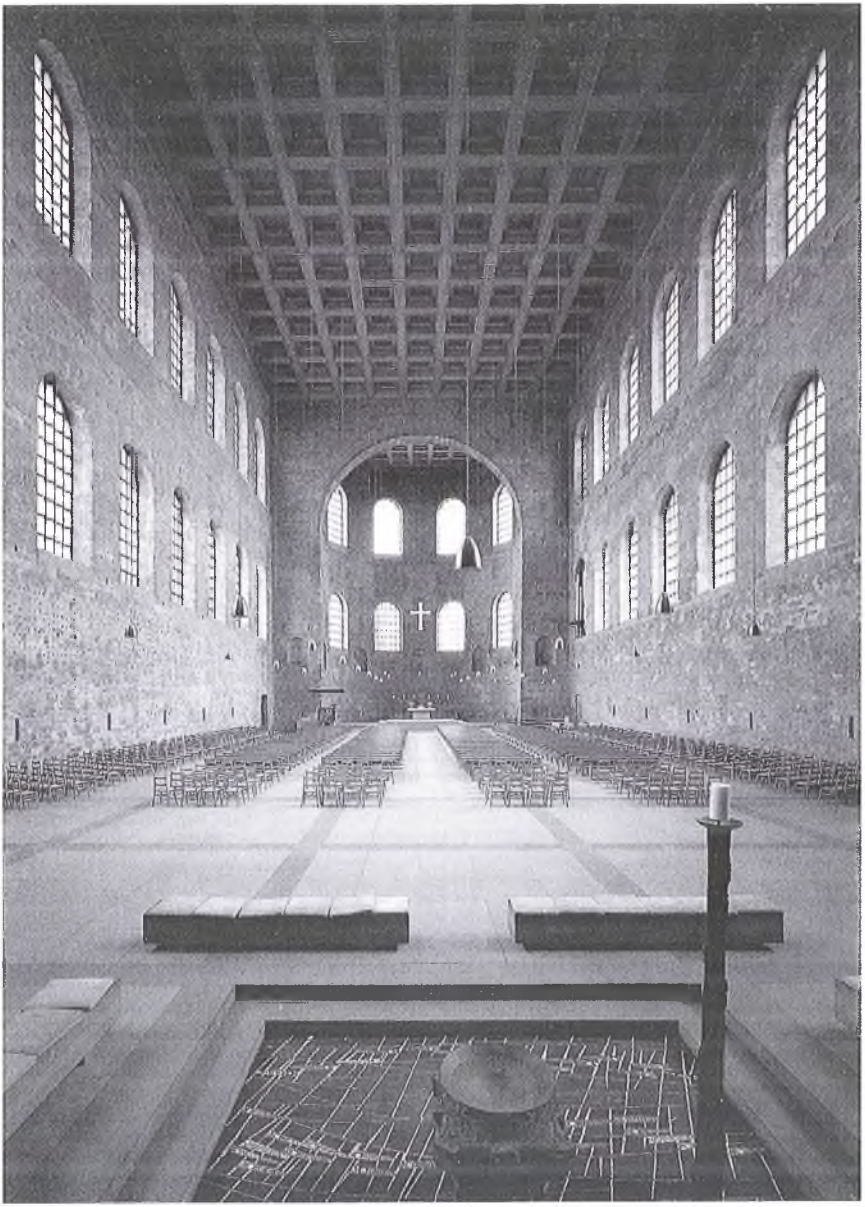
Los Balcanes acogían también a otras comunidades romanas cuya romanización había sido consecuencia de un desarrollo de carácter más orgánico y producido a lo largo de un período de tiempo más largo. Algunas de las ciudades romanas se asentaban sobre cimientos muy antiguos. Muchas de las comunidades de la costa del Adriático tenían un largo pasado prerromano, y esto era aún más cierto en el caso del litoral de Macedonia y del mar Negro, donde ciudades como Tesalónica, Filipópolis, Anchialus y Odessus hundían sus raíces en la Grecia clásica. Estas zonas se enorgullecían tanto de sus ciudades propiamente romanas —dotadas del habitual repertorio de edificios públicos—, como de una floreciente campiña, explotada con éxito alentador por una clase terrateniente que vivía en lujosas villas. En otras zonas de la Península también podía hallarse una «auténtica» vida romana. En el siglo IV, la llanura danubiana seguía salpicada de ciudades y villas romanas. En parte, podemos considerar que estas comunidades eran una consecuencia indirecta de los gastos que Roma efectuaba en materia de defensa. Muchos de los consejos ciudadanos de la región estaban poblados por descendientes de veteranos de la legión, y muchos de los terrenos de las villas



1. Moderna reconstrucción de la ciudad de Roma en el apogeo de su esplendor imperial. Obsérvense los grandes centros monumentales, como el circo y el Coliseo, donde la vida ceremonial del imperio declaraba que su orden social era la cúspide que los dioses habían dispuesto para la ambición humana y donde se sacrificaba alegremente a los bárbaros para confirmar la idea.

2. Ya fuera en forma idealizada, como en esta célebre y bella estatua de un galo moribundo, ya vista de un modo más prosaico, la noción de matar, morir y someter a los bárbaros desempeñó un papel crucial en todas las representaciones, tanto visuales como perfectamente reales, de la misión que los dioses habían encomendado al imperio romano: la de triunfar sobre las fuerzas del caos incivilizado.

3. Britania fue una parte del imperio que de vez en cuando dio muestras de tendencias separatistas durante la Antigüedad tardía, aunque fueron aplastadas sin dificultad. Esta moneda se emitió para conmemorar su reincorporación al gobierno central en el año 296, y muestra la entrada triunfal en Londres del emperador Constancio Cloro, padre de Constantino, tras la derrota del usurpador Alecto.



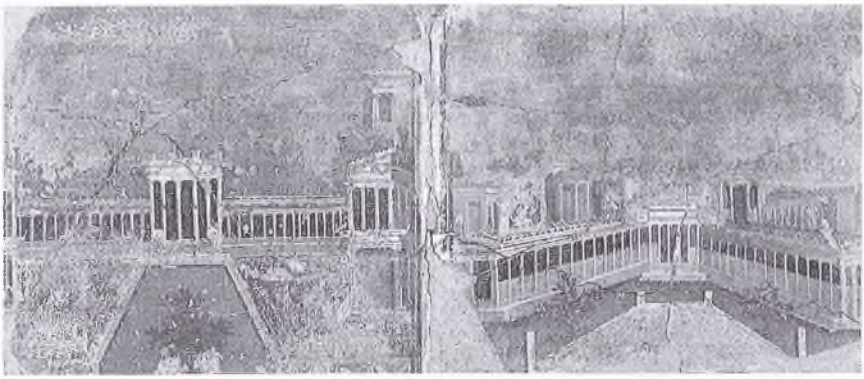
4. Fotografía del interior del salón imperial de audiencias de Tréveris en el que Símaco ofreció a Valentiniano I el oro de la corona en el año 369. El emperador estaba sentado en el ábside, en el extremo final de la imagen, y los grandes de Roma se alineaban frente a él en orden de importancia. El salón mismo se hallaba ricamente decorado con mármoles, estatuas y lujosos tapices.

5. El emperador romano Valeriano, encadenado, se arrodilla ante Sapor I. Este gran relieve sasánida, tallado en la roca, resume la conmoción estratégica e ideológica que supuso para la percepción que tenía de sí la Roma protegida por los dioses el ascenso de Persia a la condición de superpotencia en el siglo III.

6. En todas partes, los encargados de construir el conjunto de edificios públicos que «vinculaban» a Roma eran los personajes locales colaboracionistas. El escándalo vivido en época de Valentiniano I tuvo su origen en la negativa del general Romano a defender los olivares con los que se financiaban los edificios de Leptis Magna, como este teatro romano.

7. Arco de Triunfo de Constantino en Roma, erigido para conmemorar la derrota de Majencio en la batalla de Puente Milvio, en el año 312. Constantino atribuyó más tarde su victoria al hecho de haber adoptado el cristianismo, pero el arco es famoso por seguir utilizando imágenes claramente paganas, y es un excelente símbolo del encaje del cristianismo, sorprendentemente exento de problemas, en las ideologías imperiales que ya existían en Roma.

8. Estatua de pórfido de los cuatro emperadores de la tetrarquía instaurada por el emperador Diocleciano (284-305). Su abrazo se proponía trasladar a los tardorromanos la tranquilidad de que la concordia de los emperadores sería capaz de garantizar un reparto pacífico del poder. Sin embargo, y al igual que la totalidad los distintos arreglos que idearon los emperadores del período romano tardío para compartir el poder con los colegas que precisaban, la tetrarquía fue más una improvisación pensada para el corto plazo que un sistema.



9. Este fresco pompeyano de una hermosa villa junto al mar ilustra el encanto del tipo de residencia de que disfrutaron Símaco y sus iguales pertenecientes al círculo de los más ricos hacendados del centro y el sur de Italia. Formaban un grupo particularmente privilegiado, pero la necesidad de satisfacer las aspiraciones de la clase terrateniente en general constituía la médula de las operaciones del estado romano.

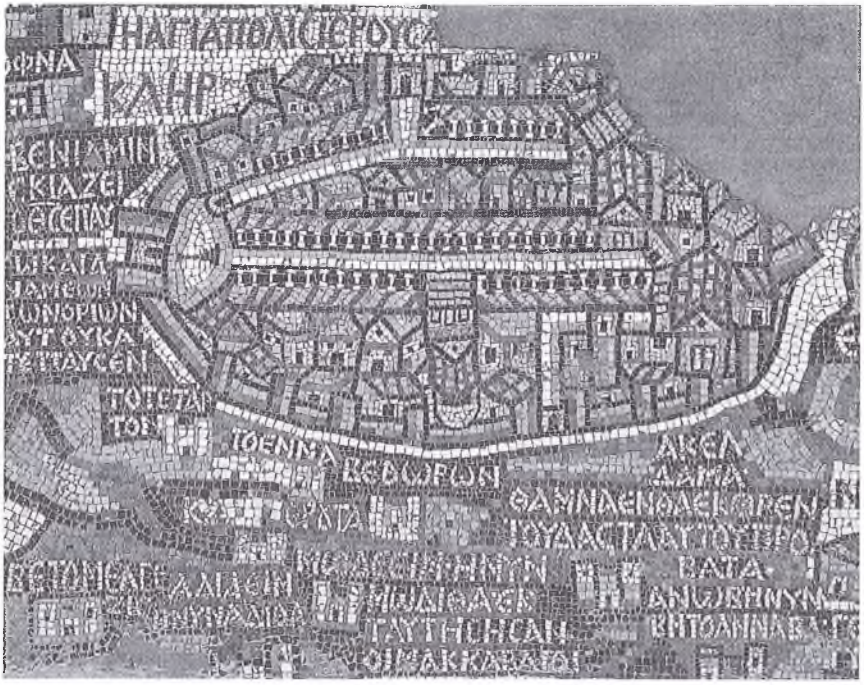
10. Efigies de los emperadores romanos que protagonizaron las guerras góticas: Valente (arriba), cuyo cadáver no fue hallado jamás después de la batalla de Andrinópolis en el año 378; Teodosio I (a la izquierda), que fue nombrado para ganar la guerra, pero que fracasó estrepitosamente en 380; y Graciano (a la derecha), cuyas tropas se las arreglaron al menos para obligar a los godos a negociar.

11. Los muros tardorromanos de Tesalónica, capital de los Balcanes occidentales y sede del poder de Teodosio entre los años 379 y 380, período en el que trató sin éxito de derrotar a los godos. No obstante, los muros de la ciudad, como los de otros centros de la civilización romana en los Balcanes, brindaron a los terratenientes locales la protección suficiente como para evitar que sufrieran un desastre total a manos de los godos, quienes por dos veces desfilaron frente a Tesalónica sin lograr arrasarla, ya que no dominaban las técnicas de asedio.

12. Díptico de marfil con un retrato del emperador Honorio (395-423), hijo menor de Teodosio I. Nunca tuvo de emperador más que el nombre, y sobrevivió al caos generado por los usurpadores e invasores posteriores al año 405 para morir después discretamente en su cama. Su contribución positiva al relato histórico fue su total negativa a conceder al cabecilla godo Alarico una posición relevante en la corte imperial.

13. El emperador usurpador Constantino III, que capitaneó a los ejércitos romanos del Rin y Britania en la batalla contra los invasores del Rin del año 406. En los años 409 y 410 pareció que su régimen podría sustituir por entero al de Honorio, pero fue incapaz tanto de infligir a los bárbaros una derrota completa como de abrirse paso por la fuerza hasta Italia, lo que le convirtió en una presa fácil para Flavio Constancio.

14. El patricio Estilicón con su esposa Serena y su hijo Euquerio. Tachado de bárbaro por sus enemigos, Estilicón era un inmigrante de segunda generación, totalmente romanizado, que maniobró con gran habilidad durante más de una década al frente del imperio de Occidente. Más tarde, sin embargo, se vio superado por la combinación formada por los invasores del Rin, los usurpadores y los godos de Alarico.



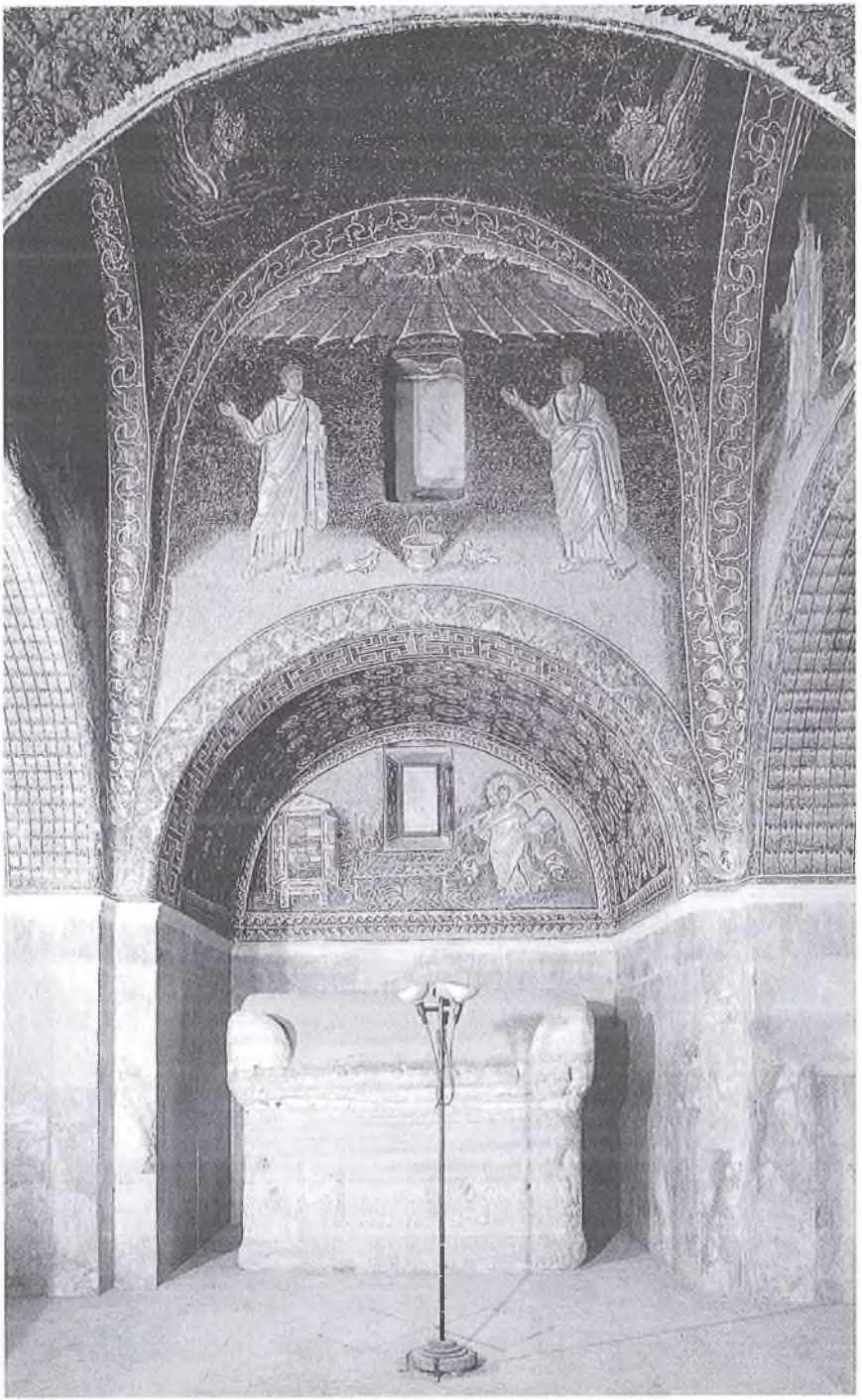
15. El saqueo de Roma hizo que algunos romanos cultos cuestionaran la pretensión imperial. La mayoría, sin embargo, consideraron que la crisis era un nuevo reto a superar y conservaron su fe en el destino que, llamado a cristianizar la totalidad del mundo, aparece representado aquí en un mosaico en el que se ve Jerusalén con las iglesias de Constantino en el centro.

16. Ruinas del castillo de Portchester, uno de los eslabones de la cadena de instalaciones militares, soldados y flotas que fue dotada de un mando único en el período romano tardío a fin de proteger el litoral británico del canal de la Mancha y del mar del Norte de los ataques sajones. Cuando el estado central dejó de proporcionar subsidios destinados a la defensa de Britania, la isla cayó rápidamente en manos de los saqueadores sajones.

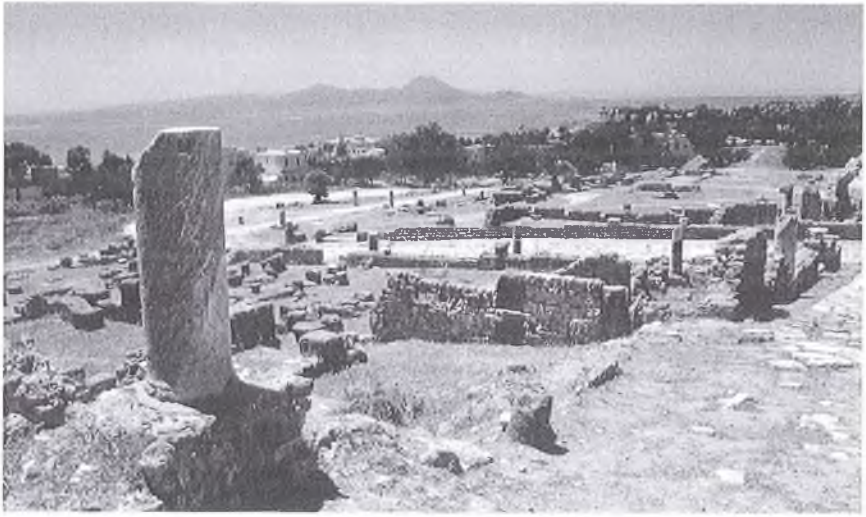
17. Flavio Constancio, patricio, general y más tarde emperador de Occidente durante un breve espacio de tiempo, en el año 421. Derrotó a sus rivales políticos, a los usurpadores y a los invasores del Rin, por ese orden —notablemente racional—, entre los años 411 y 418 para evitar que el imperio de Occidente quedase al borde del desmoronamiento total e infundió nueva confianza tanto a los terratenientes cristianos como a los paganos.

18. El emperador de Oriente Teodosio II (autoridad única entre los años 408 y 450). Fue en gran medida un gobernante de protocolo, y su dilatado reinado fue testigo, entre otros acontecimientos clave, de la intervención del imperio de Oriente en Occidente destinada a poner a Valentiniano III en el trono en el año 425, de la redacción del *Código teodosiano* en 438, y de la desesperada lucha del este por sobrevivir al poderío huno de Atila en la década de 440.

19. *En la página de enfrente*, el mausoleo de Gala Placidia, hermana del emperador Honorio. Raptada por los visigodos durante el saqueo de Roma, se casó con el cuñado de Alarico, Ataulfo, y le dio un hijo con excelentes argumentos para aspirar a ser el siguiente emperador romano. Tras la muerte de su marido y su hijo se casó, contra su voluntad, con Flavio Constancio, y pasó el resto de su azarosa vida dedicada a tratar de proteger los intereses políticos del hijo de ambos, Valentiniano III.

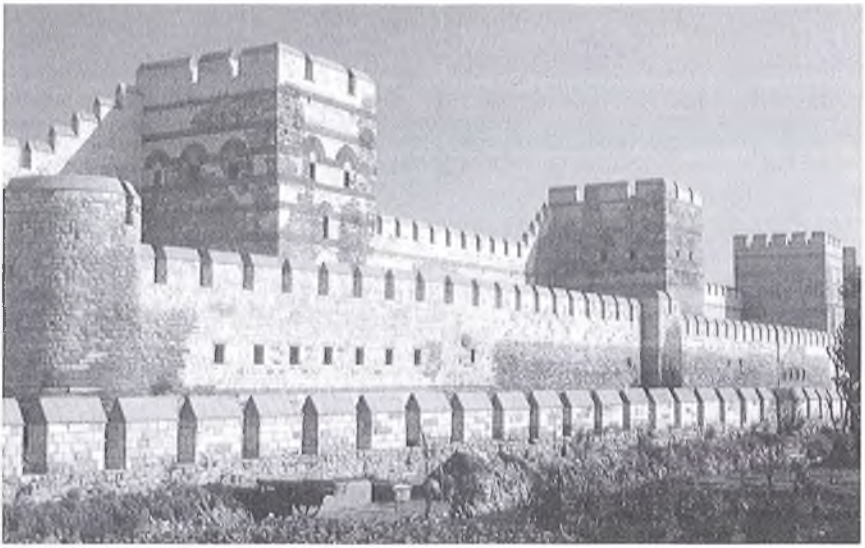


20. Parte de las ruinas de la Cartago tardorromana. En el período imperial tardío, y después de haber sido el enemigo público número uno de Roma, Cartago pasó a convertirse en un gran centro de la cultura romana, con un bullicioso puerto desde el que partían las flotas cargadas con el grano del norte de África que alimentaba a la ciudad de Roma.



21. Las ruinas de Bulla Regia recortadas contra el característico paisaje norteafricano. Éste era uno de los eslabones de la cadena de ciudades agrícolas de la provincia cuya producción de aceite de oliva, vino y cereales, unida a la falta de toda amenaza seria a sus fronteras, hacía que el norte de África fuese la joya de la corona del imperio de Occidente.

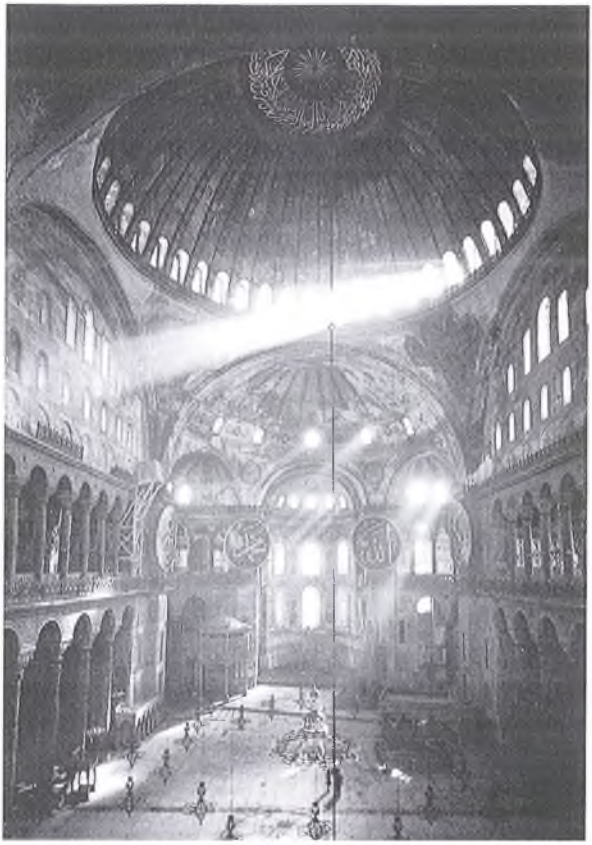
22. Las grandes murallas defensivas de Constantinopla. Tan prácticas como bellas, fueron construidas a principios de la década de 410 para defender a la capital oriental de la formidable y nueva amenaza que representaban los hunos. Pese a sufrir un terremoto, bastaron para disuadir a Atila en el año 447, y nadie hizo brecha en ellas hasta que un cañón otomano abrió un boquete en el año 1453.



23. El hecho de que estos típicos calderos hunos, junto con los restos que les acompañan, se difundieran desde la estepa en dirección oeste por la gran llanura húngara, donde fueron encontrados los que aquí vemos, nos ofrece una prueba palpable de la revolución huna que dio un vuelco total al equilibrio de poder existente en las fronteras europeas de Roma.

24. Los hunos vendaban fuertemente las cabezas de los niños para generar en sus cráneos aún no soldados la característica forma alargada que muestra este individuo. Cuando el poderío huno alcanzó su cenit, a mediados del siglo V, la costumbre se extendió a algunos de sus vecinos europeos durante un breve período de tiempo.

25. El emperador Valentiniano III ascendió al trono siendo un niño y nunca consiguió convertirse en algo más que un gobernante meramente nominal, ni siquiera después de que él mismo (contando simplemente con un poco de ayuda) asesinara al general y patricio Aecio, que había dominado la política del imperio de Occidente durante la mayor parte de la vida adulta de Valentiniano.



26. El interior de la gran iglesia de Santa Sofía, construida en Constantinopla por el emperador de Oriente Justiniano I en la década de 530. Mucho después de que el imperio de Occidente hubiera dejado de existir, su equivalente oriental florecía como gran potencia imperial y construía monumentos en consonancia con su poder. Esta prosperidad ininterrumpida hace difícil argumentar que el imperio de Occidente estuviese destinado a derrumbarse por razones internas al propio sistema imperial romano.

27. Retrato medieval del gran emperador carolingio Carlomagno, que volvió a sentar los cimientos de un imperio que duró menos de cien años, lo que contrasta con los quinientos años de vigencia del imperio romano. La crónica de su hundimiento nos brinda un ejemplo contrapuesto de un imperio que realmente se desmembró por razones internas.

tenían su origen en las concesiones de tierra que el estado otorgaba habitualmente a los soldados retirados. La procura de servicios encaminados a satisfacer la demanda de consumo generada por la paga de los soldados había hecho muchas fortunas. Sin embargo, la vida romana en la región había adquirido su propio impulso, y sus monumentos son demasiado importantes para explicarlos únicamente en función del gasto estatal. Lo mismo puede decirse del corredor central que discurre desde Filipópolis, a través de Sredna Gora y Sérdica, hasta el valle del Morava. Una vez más, también aquí el gasto del estado había iniciado rápidamente las cosas, pero después la Pax Romana había permitido que se desarrollara una vida auténticamente romana, y lo mismo había sucedido en la mayor parte de las cuencas altas. El doble obstáculo de las montañas y del clima, cuyo resultado había sido un número de ciudades notablemente menor y, por consiguiente, un porcentaje de tierras sometidas a cultivo intenso inferior al de muchas otras regiones del imperio, no había evitado que los Balcanes se desarrollaran y se convirtieran en un mundo plenamente romano.[38]

Éste era el panorama al que se enfrentaban los godos cuando estalló la guerra. Todo sugiere que los greutungos se unieron inmediatamente a los combates.[39] Asentados en ese momento en las cercanías de Marcianópolis, los greutungos se encontraron en medio del cinturón de instalaciones militares romanas que protegían la orilla del Danubio. Entre los restos de los fuertes más pequeños se han encontrado algunos estratos en los que se aprecia un deterioro en las estructuras que puede atribuirse, por su fecha, a los años de la guerra, pero tanto los documentos escritos como las pruebas arqueológicas confirman que Amiano tenía razón al destacar que el cabecilla godo Fritigerno, «al darse cuenta de que [sus] hombres no tenían experiencia en asedios ... [les] persuadió para que abandonaran la empresa».[40] Habría sido suicida que los godos asaltasen esos fuertes fronterizos romanos, muchos de los cuales habían sido equipados al comienzo del siglo IV con nuevos y enormes bastiones en forma de herradura concebidos para albergar la artillería de defensa de los contrafuertes, cuya eficacia era brutal. Las guarniciones eran bastante numerosas: veintitrés unidades en la provincia de Escitia y veintisiete en la Moesia inferior, con concentraciones particularmente grandes en Noviodunum, Axiopolis, Troesmis, Transmarisca, Durostorum y Novæ (mapa 6). No obstante, en principio, estas tropas de guarnición habían recibido una instrucción destinada a capacitarlas para efectuar labores

de patrulla y hacer frente a incursiones en pequeña escala, no para constituirse en fuerzas móviles para operaciones de gran envergadura sobre el terreno, y, en cualquier caso, Lupicino ya había reclutado a gran parte de sus efectivos para formar su improvisado contingente de hombres. Por tanto, al derrotar a Lupicino, los godos habían neutralizado ya a la única fuerza móvil con la que contaban los romanos en la región, y las guarniciones restantes se enfrentaban a una aniquilación segura si se aventuraban a salir a campo abierto en grupos pequeños. Dado que esas instalaciones no representaban una amenaza inmediata para los godos, éstos pudieron hacerles caso omiso sin peligro.[41]

Además, los godos tenían preocupaciones más inmediatas. Desde luego tenían muchas cuentas que saldar. Como ya hemos señalado antes, el hecho de haber pasado un invierno al raso en la llanura danubiana, donde las temperaturas diurnas no superan los cero grados durante los meses de enero y febrero, unido al mercado negro organizado por los romanos, les había puesto furiosos. Existía asimismo la acuciante necesidad de garantizar el suministro de alimentos. Es muy posible que los godos hubieran traído consigo al menos parte de la cosecha del año 376, y que los romanos les hubieran proporcionado una cierta cantidad de comida mientras aguardaban el fruto de su siguiente cosecha, pero no era posible sembrar nada para el año en curso. Por consiguiente, tras saquear algunos objetivos fáciles en la vecindad inmediata de Marcianópolis, los godos pusieron sus miras en los grandes corredores que se dirigían, desde el Danubio, hacia el metropolitano esplendor y la bonanza económica que irradiaban del sureste de los Balcanes romanos.

El siguiente movimiento de los godos fue presentarse en las cercanías de Andrinópolis, situada ya al sur del monte Hemo y a unos doscientos kilómetros al sur de Marcianópolis. La completa derrota de las fuerzas de Lupicino en esa ciudad había hecho que los romanos perdieran durante un tiempo toda posibilidad de seguir oponiendo a los godos la barrera del monte Hemo. En Andrinópolis se encontraba estacionado un contingente de godos mucho menor. Conducido por Suerido y Colias, hacía tiempo que formaba parte del ejército romano. Cuando llegaron a la ciudad las noticias de que había una revuelta más al norte, se produjeron disturbios, ya que hubo enfrentamientos entre estos godos y los ciudadanos. Al final, los godos se pusieron de parte de Fritigerno. En este momento, señala Amiano, Fritigerno «les recordó que allí sólo podrían conseguir una paz con paredes, mientras que podrían estar

devastando sin peligro alguno regiones fértiles y ricas que no contaban aún con protección». Las consecuencias, desde el punto de vista de los romanos, fueron espantosas:

> [Los godos] se dispersaron por toda Tracia avanzando con cautela. En este avance, aquellos a los que derrotaban o hacían prisioneros les mostraban ricos pueblos, sobre todo aquellos en los que se decía que había una gran abundancia de alimentos ... [No es extraño que], con tales guías, no quedara nada intacto, con la excepción de los lugares inaccesibles y abruptos. Sin distinguir sexo o edad, toda aquella zona quedó devastada y fue presa de terribles incendios. Los hijos eran arrebatados del regazo de sus madres y asesinados. Se llevaron a madres, incluso después de que algunas hubieran quedado viudas y hubieran visto morir a sus maridos ante sus propios ojos. Niños pequeños y jóvenes fueron arrastrados entre los cadáveres de sus padres ... [M]uchos ancianos que clamaban que estaban ya hastiados de vivir, después de perder sus riquezas y a sus bellas esposas, eran arrastrados con las manos atadas a la espalda sobre las cenizas ardientes de sus propios hogares.[42]

Los godos estaban hambrientos y tenían muchos rencores que ventilar: los habitantes de la llanura tracia se encontraron de pronto en la primera línea del frente, y pagaron las consecuencias de todo lo que había sucedido en el Danubio durante el invierno. Hay que señalar también la buena disposición de parte de la población romana, que no dudó en ayudar a los godos en su saqueo. Es posible que algunos les ayudaran movidos por el miedo, pero había muchos campesinos oprimidos que tenían cuentas propias que ajustar. La Pax Romana no beneficiaba a todos los romanos por igual.

La respuesta de Roma a estos desastres llegó en forma de una primera expedición de tropas procedentes del este. Valente envió a uno de sus asesores principales, el comandante de caballería Víctor, para que llegara a un acuerdo de paz con Persia, fuesen cuales fuesen los términos que pudiera conseguir. Y mientras tanto, él destacó a algunas tropas procedentes de Armenia, al mando de los generales Trajano y Profuturo, que llegaron a los Balcanes en el verano de 377. La repercusión que tuvo su llegada fue considerable. Los godos se replegaron rápidamente al norte del monte Hemo. En ese momento se materializaron también los primeros frutos de la precipitada diplomacia de Valente. Una pequeña fuerza comandada por Richomeres y procedente del imperio occidental

cruzaba a marchas forzadas el desfiladero de Succo para unirse a Trajano y a Profuturo. Con estos refuerzos, los romanos avanzaron al norte de la barrera del monte Hemo hasta alcanzar al convoy más rezagado de los godos, que, según nos dice Amiano, se encontraba situado en un lugar denominado *Ad Salices*, esto es, «ciudad junto a los sauces» (mapa 6).[43] Los romanos decidieron correr el riesgo de presentar batalla, y tan pronto como regresaron los últimos grupos de saqueadores, los godos se mostraron dispuestos al combate. Amiano es la única fuente que describe el choque, y su relato dista mucho de resultar gráfico. Dedica aproximadamente la mitad de su narración a una descripción retórica de los muertos y los moribundos, y no nos dice nada del número de combatientes ni de las medidas adoptadas por ninguno de los bandos. No obstante, en términos generales, queda claro que la batalla fue un sangriento empate. En un determinado momento, el ala derecha del ejército romano cedió terreno, pero los reservistas enderezaron la situación y los combates cesaron al anochecer. Los romanos habían sufrido graves pérdidas, pero lo mismo les había sucedido a los godos, que después permanecieron en el interior de su círculo de carretas durante una semana entera.* Por esos días, el verano empezaba a dar paso al otoño, así que es probable que nos encontremos en el mes de septiembre del año 377.[44]

Los romanos aprovecharon excelentemente el respiro. La batalla les había salido cara, pero, por el momento, y por primera vez desde la derrota de Lupicino, habían recuperado la iniciativa. Estando, como estaban, abrumadoramente superados en número, las fuerzas de que disponían no tenían la menor perspectiva de derrotar a los godos. Por consiguiente, en vez de atacar, y apresurándose a explotar una de las características del paisaje de los Balcanes, los romanos fortificaron los desfiladeros que atraviesan el monte Hemo. La propia Marcianópolis se hallaba al frente de las estribaciones orientales de la cadena montañosa, así que es de suponer que allí había quedado una guarnición de considerables dimensiones. El resto de las tropas habían sido dispersadas para bloquear las cinco principales vías de comunicación con el sur. Tal como explica Amiano, el plan era simple: «Tenían la esperanza de que, al encerrar a esta malvada caterva de enemigos entre el Danubio y unos lugares desérticos, morirían de hambre sin encontrar salida alguna».** Era

* En realidad, Amiano dice «durante diecisiete días», 31.8.1. *(N. de los t.)*

** Amiano, *id. loc. (N. de los t.)*

también un plan bien concebido. Algunos de los pasos que atraviesan el monte Hemo son muy anchos, pero todos se encuentran a gran altitud. Exactamente mil quinientos años más tarde, en la guerra rusoturca de 1877, los rusos enviaron una columna especial al sur del Danubio para que tomase el desfiladero de Shipka, que conduce, a través de la porción central del monte Hemo, hasta Andrinópolis, enlazando con la principal vía de acceso a Constantinopla (o Estambul). La columna logró hacerse con el paso, pero no recibió refuerzos, y durante cinco días (del 21 al 25 de agosto), 4.400 rusos se vieron obligados a hacer frente al asalto de entre 30.000 y 40.000 turcos comandados por Suleimán Bajá. Al finalizar la batalla, la columna había logrado mantener el control del desfiladero, pero habían caído 3.500 rusos, y las laderas del monte se hallaban cubiertas por los cadáveres de las más de 10.000 bajas turcas. Tras el choque ocurrido en la «ciudad junto a los sauces», y por espacio de dos meses, los romanos lograron el mismo éxito que más tarde habrían de conocer los rusos:

> ...una vez agotado todo lo que podía utilizarse como alimento en las tierras de Escitia y de Moesia [las dos provincias romanas situadas al norte del monte Hemo], los bárbaros, llevados por el hambre y la penuria, se revolvían en grandes masas ... Y ... aunque realizaron frecuentes intentos, chocaban siempre con la resistencia de los nuestros, que se mantenían firmes en aquellas abruptas zonas...*

Los romanos trataban de ganar tiempo desesperadamente, con la expectativa de que el invierno pusiese fin a la campaña y diese tiempo a que Valente y Graciano llevasen refuerzos a los Balcanes por la primavera.

Sin embargo, sus esperanzas eran vanas. Justo «cuando el final del otoño iba dando paso al invierno»,[45] llegaron informes de los exploradores que señalaban que los godos habían encontrado nuevos aliados. Una fuerza compuesta por hunos y alanos había sido ganada para la causa de los godos mediante promesas de botín. Cuando tuvo noticia de esto, el comandante romano decidió que no era posible seguir defendiendo los desfiladeros. En cuanto fuera forzado uno de los pasos, los soldados que defendían los otros quedarían aislados y tendrían pocas posibilidades de doblegar a los godos, superiores en número. Así pues, el jefe ro-

* *Op. cit.*, 31.8.4. *(N. de los t.)*

mano no perdió tiempo y dio a sus tropas orden de replegarse. En sus grandes líneas, la retirada fue un éxito, pero un destacamento romano se vio atrapado en campo abierto en una de las principales encrucijadas próximas a Dibalto, al sur del monte Hemo, y parece que fue aniquilado.[46] Los godos, junto a sus aliados hunos y alanos (que no necesitaban ser excesivamente numerosos para volver a inclinar el precario equilibrio de fuerzas en favor de los godos), quedaban nuevamente en libertad para destrozarlo todo en su camino hacia el sur del monte Hemo. Y eso es lo que hicieron en grupos dispersos durante todo el invierno del año 377 al 378, y con efectos contundentes, ya que vagaron «impunemente [según nos dice Amiano] por todas las regiones de Tracia, desde la zona bañada por el Íster hasta Ródope y el estrecho que separa dos grandes mares [el Helesponto], causando una terrible confusión y llenándolo todo de rapiñas, asesinatos, sangre, incendios y atentados contra personas libres».*

Esta vez, la incursión tuvo un mayor radio de acción y duró más tiempo, pero en la fértil llanura tracia los godos encontraron muchas cosas de que ocuparse, y hacia el oeste los estragos no rebasaron las vertientes orientales de los Montes Ródope. Amiano se permite el lujo de presentarnos otro largo relato de las penurias romanas en vez de proporcionarnos algún detalle preciso, pero otras fuentes nos dicen que los godos llegaron cerca de las murallas de Constantinopla, de donde fueron finalmente expulsados por fuerzas de apoyo árabes al servicio de Roma. La costumbre árabe de beber la sangre que manaba de las gargantas cercenadas de sus enemigos muertos enfrió en los godos las ganas de continuar la disputa, pero el imperio no disponía de las suficientes tropas romanas o aliadas para poner en marcha unas contramedidas de mayor envergadura. Mientras no empezaran a llegar refuerzos del este, los godos tenían tiempo más que suficiente para entregarse a unas cuantas correrías productivas. Parte de la destrucción causada se observa en los hallazgos arqueológicos. Todas las villas de la Roma tardía que se han excavado en la región, tanto al norte como al sur del monte Hemo, fueron abandonadas en esta época, y la mayoría de ellas muestra un dilatado estrato de restos de la destrucción.[47]

En una fecha indeterminada de principios del año 378, comenzó a llegar, procedente del este, el grueso de las fuerzas de campaña de

* *Op. cit.*, 31.8.6. El Íster, que en la traducción de Jordanes aparece como Yatro, es el nombre con el que se conoce el tramo medio del Danubio. *(N. de los t.)*

Valente. Conforme iban llegando sus unidades de Mesopotamia y del Cáucaso, el ejército se congregó lentamente en las inmediaciones de Constantinopla. Probablemente sea un error imaginar que esto sucediese en los primeros días del año, ya que los ejércitos de campaña romanos, al igual que sus equivalentes de todos los lugares del mundo hasta época muy reciente, no podían iniciar sus operaciones hasta que la hierba hubiese crecido lo suficiente como para alimentar a los animales que tiraban de su impedimenta y de su equipo pesado. El propio Valente no llegó a Constantinopla hasta el 30 de mayo, y con toda probabilidad, esa es la fecha en que por primera vez empezaron a volverse factibles las operaciones a gran escala. La población de la capital le hizo objeto de un recibimiento que distaba mucho de ser caluroso, y se produjeron algunos disturbios. Constantinopla había sido un vivero de la resistencia contra Valente durante un intento de usurpación que había tenido lugar al comienzo de su reinado, y también se habían creado tramas en torno a las cuestiones religiosas. Además, por supuesto, un gran número de ciudadanos, de entre los más acaudalados, había sufrido recientemente pérdidas económicas y de otro tipo durante los pillajes godos. Una vez reunido, tras la larga marcha desde Oriente, su ejército se detuvo para prepararse para la batalla. Valente era un emperador que tenía muchas cosas que demostrar.

Los planes establecidos por los romanos para el año 378 estaban bien ideados. Tras la autorización de importantes concesiones en el Cáucaso, Valente había obtenido la paz con los persas y estaba en situación de volver a trasladar a los Balcanes a la mayor parte de sus fuerzas móviles. Las negociaciones habían proseguido con Graciano: el emperador de Occidente había prometido acudir en persona a Tracia y traer consigo el ejército de campaña del oeste. De este modo, las mejores tropas de las dos mitades del imperio se daban cita para poner a los godos en su sitio. Ninguna de nuestras fuentes define el objeto concreto de la campaña conjunta, pero es muy fácil de adivinar. Los emperadores estaban reuniendo las suficientes tropas para obtener una resonante victoria; después todo seguiría como de costumbre. Por un lado, se entendería que la fama de invencible que adornaba al imperio había sido restaurada, y por otro, la suerte de los godos que permanecieran en territorio romano sería diversa: unos morirían en los anfiteatros diseminados por todo el im-

perio, otros serían reclutados por el ejército, y la mayoría sería dispersada y trabajaría como mano de obra carente de libertad.

Ahora bien, en el siglo IV, al igual que en cualquier otro, «no hay plan que sobreviva al primer contacto con el enemigo». En este caso, el enemigo adoptó una forma inesperada. Mientras Graciano reunía su ejército expedicionario en el oeste, se vio con toda evidencia, desde el otro lado de la frontera, que aparecían brechas en las líneas defensivas romanas situadas en los cursos altos del Rin y del Danubio. La noticia fue confirmada por un soldado romano de origen germánico que había regresado a su patria para reunirse con su gente, los lentienses, una rama de los alamanes que habitaba a los pies de los Alpes, en las fronteras de la Recia romana (la moderna Suiza). En febrero del año 378, cuando Graciano ya había enviado un gran número de tropas en dirección este, a Panonia, en la región del curso medio del Danubio, para atender las necesidades de la inminente campaña, los lentienses cruzaron el Rin por su cuenca alta, congelada. Este primer ataque fue rechazado, pero Graciano recibió datos de inteligencia que le indicaban que no se trataba más que de un simple movimiento de apertura, y que se estaban planeando otros ataques de muy superior envergadura, lanzados por muchos miles de alamanes. El emperador y sus asesores decidieron que los godos tendrían que esperar. Parte del ejército expedicionario se replegó hacia el oeste, desde Panonia, y se enviaron nuevas tropas desde la Galia en número suficiente como para permitir que Graciano ordenase un enérgico ataque preventivo. Graciano estaba decidido a consolidar su retaguardia antes de dirigirse al este, y consiguió afirmar su propósito de proceder a un largo asedio del principal grupo de sospechosos, que se encontraba escondido en la cima de una montaña. Lenta pero inexorablemente, la campaña prosiguió hasta que los lentienses se rindieron y el antiguo soldado romano fue castigado.[48]

Todo esto era perfectamente lógico desde el punto de vista de Graciano, pero colocaba a Valente en una situación imposible. Llegó a Constantinopla el 30 de mayo, y abandonó la ciudad doce días después para dirigirse a una de las villas imperiales, situada en Melantias, cincuenta kilómetros tierra adentro en la región de Tracia, donde se concentraban sus tropas. Se distribuyeron salarios y suministros, y se realizaron esfuerzos encaminados a reforzar la moral de las tropas que se preparaban para la campaña. Pero Graciano no aparecía. Y mientras Valente esperaba, los godos estaban lejos de permanecer ociosos. Sus gru-

pos de pillaje seguían actuando y sus principales efectivos se hallaban distribuidos entre Nicópolis y Beroea, con lo que controlaban los dos extremos del estratégico desfiladero de Shipka. Daba la impresión de que los godos mantenían abiertas sus opciones: podían desplazarse al norte, o al sur, a través del monte Hemo. Entonces, los generales de Valente tuvieron noticia de que un grupo aislado de saqueadores godos se hallaba en las inmediaciones de Constantinopla, y enviaron rápidamente una columna para que les tendiera una emboscada. El ataque, que se efectuó de noche, fue un éxito, y promovió la respuesta de los godos. Fritigerno lanzó un llamamiento a todos sus grupos de saqueadores y trasladó la totalidad de su contingente de hombres, carros y demás, al sur del monte Hemo, hasta Cabile —que entonces se encontraba aún más al sur, sobre la misma llanura tracia—, para evitar el peligro de nuevas emboscadas. El desenlace se aproximaba rápidamente. El grueso de los efectivos godos se encontraba ahora al norte de Andrinópolis, en la calzada principal que salía de Cabile. Valente se hallaba al sur de Andrinópolis, donde su ejército se había reunido y descansaba. A Graciano, sin embargo, seguía sin vérsele por ninguna parte, y el verano se hacía interminable.

El 12 de junio, Valente se unió a su ejército en las afueras de Constantinopla. Sin embargo, pasó el mes de julio sin que Graciano apareciera. El ejército de Oriente había estado ocioso durante casi dos meses, y no había sucedido nada, excepto la emboscada del grupo de saqueadores godos. Las tropas empezaban a mostrarse inquietas y la moral estaba decreciendo. Entonces, en lugar del ejército de Graciano, lo que llegó fue una carta en la que se detallaban minuciosamente las victorias que el emperador de Occidente había obtenido sobre los alamanes. Prometía que seguía teniendo intención de acudir, pero transcurría ya el mes de agosto, la estación estaba ya muy avanzada, y los éxitos de Graciano contribuyeron a crispar los nervios. La paciencia de Valente se acercaba rápidamente al límite. Entonces llegaron noticias de que los godos avanzaban en dirección sur, hacia Andrinópolis. Los informes de los exploradores estimaban que los efectivos de los godos se reducían a diez mil hombres capaces de combatir, mucho menos de lo que esperaba Valente. Esta cifra se basaba, según creo, en la errónea creencia de que quienes se aproximaban en ese momento a Andrinópolis eran únicamente los tervingos de Fritigerno, y no la suma de tervingos y greutungos. Celoso de los éxitos de Graciano, Valente se sintió fuertemente tentado. ¿Estaba ante una oportunidad para obtener sobre un significativo número de enemi-

gos una victoria capaz de reforzar la moral y la propia estima de sus hombres? Entre sus generales, las opiniones estaban divididas. Algunos de ellos reclamaban urgentemente una acción audaz; otros aconsejaban esperar a Graciano. Aunque provisionalmente, ganaron los halcones. Las trompetas dieron la orden de avance, y el ejército de Valente marchó en orden de batalla hasta Andrinópolis, donde levantó un campamento fortificado avanzado en las afueras de la ciudad.

En ese momento llegaron más cartas de Graciano. Estaba en camino, y su vanguardia había mantenido abierto el vital desfiladero de Succo entre el monte Hemo y los Montes Ródope, así que podía avanzar directamente hacia el sur por la gran calzada militar hasta Andrinópolis. En vista de esto, algunos de los generales de Valente siguieron abogando en favor de una demora que permitiese esperar a Graciano, pero, tal como refiere Amiano, «se impuso la funesta resolución del emperador y la de algunos aduladores de su corte, quienes le persuadieron para comenzar la lucha en breve ya que, de este modo ... no tendría que compartir un triunfo ya casi en sus manos».*

Durante la noche del 8 al 9 de agosto, estando ya ambos bandos muy próximos el uno al otro, Fritigerno envió un sacerdote cristiano a Valente como mensajero de paz, pero el emperador no quiso saber nada de él. Al amanecer, el ejército romano apresuró la marcha para llegar al norte de Andrinópolis, tras dejar su impedimenta y una adecuada guardia en el campamento avanzado. El tesoro imperial y otros objetos valiosos quedaron en el interior del recinto amurallado de la ciudad. Durante toda la mañana, los romanos avanzaron hacia el norte, hasta que, a eso de las dos de la tarde, se avistó el círculo formado por las carretas de los godos («como si hubiera sido moldeado en un torno», como dice Amiano). Mientras el ejército romano se desplegaba, llegaron otros dos grupos de mensajeros de paz godos. Valente temblaba de ansiedad. Mientras se hallaba en pleno parlamento para concertar un intercambio de rehenes, dos regimientos del ala derecha del ejército romano, sin haber recibido ninguna orden en tal sentido, se lanzaron al ataque. Tras meses de esperar, la batalla había estallado al fin con toda su crudeza.[49]

Los relatos de las batallas de la Antigüedad no se parecen nunca a lo que uno espera que sean. El público antiguo quería conocer las grandes hazañas, no aprender la ciencia militar. De hecho, en el caso de Andri-

* *Op. cit.*, 31.12.7. *(N. de los t.)*

nópolis, Amiano nos ofrece uno de sus mejores esfuerzos de representación de un combate. Los godos habían colocado sus carros en círculo para reforzar su frente de batalla; los romanos desplegaron un contingente mixto compuesto por caballería e infantería en cada uno de sus flancos, con el grueso de la infantería pesada en el centro. Aunque el flanco izquierdo no se hallaba aún plenamente desplegado cuando comenzó la batalla, parece que al principio era el que lograba los mayores avances. Obligó a los godos que se abalanzaban sobre ellos a retroceder hasta el círculo formado por sus carretas, y estaba a punto de tomar por asalto hasta los carros mismos cuando se produjo el desastre. Al lanzarse hacia adelante el flanco izquierdo, los jinetes de la caballería goda mandada por Alateo y Sáfrax, junto con algunos alanos (presumiblemente los mismos que habían establecido alianza con los godos durante el otoño anterior), surgieron de pronto «y así como un rayo que se precipita entre las montañas, asolaron y abatieron a todo el que se encontraron a su paso en su veloz ataque».* Con los tervingos y los greutungos plantándole cara simultáneamente en el campo de batalla, Valente quedaba ahora expuesto a una fuerza enemiga muy superior a la que había imaginado. Había entablado combate sobre la base de unos datos de inteligencia erróneos, y los godos le habían dado una sorpresa táctica absoluta.

Amiano no expone con toda claridad lo que sucedió después, pero parece que la caballería goda arremetió contra el flanco izquierdo romano. No hay duda de que el desastre se originó en el flanco izquierdo. En primer lugar, el respaldo de su caballería se hallaba disperso, y en segundo lugar, el grueso de sus efectivos se veía superado —atrapado tal vez entre los defensores del círculo de carretas y las cargas de la caballería goda—. A su vez, la aniquilación del ala izquierda del ejército dejó expuesto al centro de la formación romana a un ataque en masa por su costado. Dado que los romanos guardaban su habitual orden de formación cerrada —en el siglo IV aún se alineaban con frecuencia para formar la *testudo* («tortuga»), una distribución que les permitía levantar un muro de escudos—, la falta de protección resultó catastrófica:

> Los soldados de infantería quedaron así desprotegidos y con las tropas tan apiñadas que los hombres apenas podían blandir las espadas o mover sus brazos.

* *Op. cit.*, 31.12.17. *(N. de los t.)*

...No es extraño, pues, que las [flechas] encontraran siempre un destino fatal y que causaran siempre una muerte, porque era imposible verlas o evitarlas.

...[N]o podía hallarse lugar alguno donde descansar o esconderse, y ... lo compacto de las formaciones quitaba toda posibilidad de huir...*

De hecho, los regimientos de la infantería pesada romana que ocupaban el centro del ejército se hallaban tan comprimidos que no tenían ninguna esperanza de poder maniobrar para hacer valer la potencia de su armamento. En esa situación, las habituales ventajas tácticas que les concedían sus armas, sus corazas y su entrenamiento no les servían de nada.

Las tropas estaban también al borde del agotamiento. Valente las había lanzado al combate sin comer ni descansar, tras una marcha de ocho horas bajo el sol de agosto. En la llanura tracia, el promedio de las temperaturas diurnas en esa época del año se aproxima a los treinta grados Celsius. Los godos habían incrementado aún más la temperatura, ya que habían aprovechado la existencia de una brisa favorable para encender unas enormes hogueras que arrojaban humo y vaharadas de calor sobre sus enemigos. Al final, tras una feroz lucha, el principal frente de batalla romano se quebró y los soldados huyeron. La consecuencia, como siempre ocurre en esas circunstancias, fue una masacre. El ejército y el emperador perecieron juntos. Nadie sabe con seguridad qué pasó exactamente con Valente. Nunca se halló su cadáver. Algunos dicen que, herido, fue conducido a una alquería que los godos rodearon y quemaron hasta los cimientos al lanzarles flechas incendiarias desde una ventana elevada, y que uno de sus sirvientes logró escapar y contar lo ocurrido. No parece que Amiano diera crédito a este relato, aunque tuvo gran difusión. Tal vez el emperador quedó desamparado y fue muerto sin más, de forma anónima, en algún punto del campo de batalla.

La apuesta de Valente había salido mal. El emperador mismo había resultado muerto, y los godos, contra todas las expectativas, habían obtenido una pasmosa victoria y aniquilado de paso al mejor ejército del imperio romano de Oriente. El número de soldados romanos que murieron ese día es objeto de acaloradas disputas. Amiano nos dice que murieron 35 oficiales con rango de tribunos (posición que equivalía aproximadamente a la de comandante de un regimiento), junto con dos

* *Op. cit.*, 31.13.2 y 31.13.3. *(N. de los t.)*

terceras partes de la tropa. También sabemos, gracias a una completa lista de los integrantes del ejército de Oriente fechada hacia el año 395, unos veinte años después del acontecimiento, que dieciséis regimientos de élite sufrieron tan graves pérdidas que nunca llegaron a reconstituirse. Sin embargo, nada de esto nos ofrece el dato de una cifra global, ya que no sabemos qué tamaño tenía el ejército original, y algunos de los tribunos muertos debían de ser oficiales del Estado Mayor y no comandantes de unidades de combate. Algunos historiadores piensan que Valente iba acompañado por más de treinta mil hombres —con lo que los muertos en Andrinópolis serían veinte mil—. Sin embargo, y a pesar de la paz acordada con Persia, el emperador no podía permitirse despojar al este de todas sus tropas, y hemos de recordar que esperaba la llegada de los refuerzos de Graciano. En mi opinión, es más probable que en el año 378 Valente llevara consigo a los Balcanes a unos quince mil hombres, y que esperara que Graciano aportase una cifra similar. Sumados, estos dos contingentes habrían dispuesto de una superioridad numérica de 1,5 a 1, o incluso de 2 a 1 sobre los godos, lo que debía de haber sido más que suficiente. Sin embargo, y por causa del erróneo informe de los exploradores, creo que Valente debió de entablar combate en Andrinópolis con una ligera inferioridad numérica en lugar de la superioridad de 1,5 a 1 que, en concreto, creía tener sobre los tervingos. Sus tropas se vieron derrotadas por la superioridad numérica de los godos, pero sobre todo por la enorme sorpresa táctica que consiguieron con ello. Si estoy en lo cierto, el 9 de agosto las bajas romanas deberían situarse más bien en torno a los diez mil hombres.[50]

Ahora bien, hay un sentido importante en el que el carácter de la disputa en torno al número de combatientes resulta académico. La cuestión central es que los celos de Valente por la valía de Graciano, y su impaciencia, habían deshecho el imperio. Desde el punto de vista de Amiano, los romanos no habían conocido una derrota semejante desde la batalla de Cannas, en el año 216 a. C., ocasión en la que Aníbal había aniquilado a todo un ejército imperial. La victoria dio a los godos no sólo el control del campo de batalla, sino de todos los Balcanes. El invencible carácter del ejército romano había quedado desbaratado en una sola tarde, y Graciano no pudo hacer nada, excepto limitarse a observar, impotente, desde el otro lado del desfiladero de Succo, a unos trescientos kilómetros de distancia, cómo los godos triunfantes desataban su furia por todo el sur de los Balcanes. Contra todo pronóstico, y a pesar de la

superioridad de sus enemigos en cuanto a equipamiento e instrucción, los godos habían salido victoriosos y la vía hacia Constantinopla quedaba expedita. Tal como indica Amiano, «Desde [Andrinópolis], como su ansia por conseguir ricos botines era insaciable, en una marcha rápida, conservando las formaciones cuadradas por temor a las emboscadas, se dirigieron a Constantinopla dispuestos a realizar todo tipo de intentos para destruir esta famosa ciudad».

Valente estaba muerto. Su ejército había sido aniquilado. El imperio romano de Occidente estaba a merced de quien quisiera hacerse con él.

«Paz en nuestra época»

Nunca he sabido muy bien si creerme o no la estampa con la que Amiano, prácticamente en la última página de su historia, se despide de la guerra contra los godos. Tras habernos mostrado a los victoriosos godos enfrascados en los preparativos para el asedio de Constantinopla, nos ofrece la siguiente imagen:

> [La] audacia [de los godos] disminuyó aún más cuando advirtieron la gran longitud de las murallas, las grandes dimensiones de los bloques, las riquezas inaccesibles de la ciudad y la populosa población que la habitaba, así como el estrecho cercano que separa el Ponto del Egeo.
>
> Terminaron, pues, los godos con los preparativos bélicos que estaban realizando ... y se dispersaron por las provincias del norte...[51]

Es casi demasiado hermoso para ser cierto: una metáfora perfecta de toda la guerra. Y hemos de recordar que, en la época en la que escribía, a principios de la década de 390, Amiano conocía el resultado de la guerra, y que, a pesar de ello, optó por dar por finalizado su relato en el año 378. La victoria sobre Valente en Andrinópolis bastó para dar a los godos un vislumbre del trofeo que podía constituir Constantinopla, pero eso mismo, a su vez, fue suficiente para convencerles de que no tenían la menor oportunidad de tomarla.

Los godos se enfrentaban a tres abrumadoras desventajas que hacían que les fuera imposible derribar sin más dilación al imperio romano. En primer lugar, y en el caso de que demos por válida la máxima cifra imaginable de godos, podemos aceptar que había un total de doscientas mil

almas, y que de esa masa podía salir un ejército de entre cuarenta mil y cincuenta mil hombres —pese a que creo que esta cifra es sin duda demasiado alta—. Con todo, esta cantidad seguiría siendo insignificante comparada con la suma total de los efectivos del imperio. El ejército imperial comprendía un total, como hemos visto, de entre trescientos mil y seiscientos mil hombres, y su población superaba los setenta millones de habitantes (como mínimo). En un combate a muerte, sólo podía haber un ganador, y los godos más cautos —algunos de los cuales, pertenecientes a la tribu de los tervingos, habían recorrido las inmensidades del Asia Menor romana para luchar en las guerras persas— eran perfectamente conscientes de ello. Las propuestas de paz que Fritigerno había hecho a Valente antes de la batalla de Andrinópolis muestran que él, al menos, nunca perdió el sentido de la perspectiva. Dijo a Valente que, si el ejército imperial hacía un razonable ejercicio de intimidación marcial, él lograría convencer a sus seguidores de que suavizaran su ardor militar y se avinieran a un acuerdo de paz.[52] Es bastante interesante constatar que la componenda con la que Fritigerno tenía pensado beneficiarse consistía en que Valente le reconociese como rey de todos los godos, ahora aliados, y en suprimir así la competencia de Alateo y Sáfrax, por no mencionar la de otros posibles rivales surgidos de entre los tervingos. El desarrollo de los acontecimientos nos dice que el ejército imperial se negó a cumplir su parte del trato, y que pereció prácticamente hasta el último hombre. Sin embargo, un poco al modo de lo que sucedió en Pearl Harbor, cuando existe una descompensación esencial en materia de recursos y de capacidad, una victoria estremecedora ocurrida al comienzo de una guerra no tiene la virtud de alterar su curso.

A este problema fundamental podemos añadir dos más. En primer lugar, no hay constancia de que los godos se apoderaran de ningún importante centro fortificado del imperio durante los seis años que duró la guerra. Es claro que las condiciones se hicieron difíciles en las comunidades de la región del Danubio romano que se vieron aisladas del centro durante largos períodos de tiempo: no sabemos, por ejemplo, si tuvieron la posibilidad de sembrar sus cosechas, ni de en qué momento pudieron hacerlo si así fue. Pero ninguna ciudad cayó por asedio.[53] Esto significa que los godos eran incapaces de apoderarse de los depósitos de armas y suministros, y que tampoco habían logrado construir una plaza fuerte defendida propia. El segundo problema se produjo como consecuencia del primero. El contingente godo que vagaba al sur del Danubio entre

los años 377 y 382 no era simplemente un ejército, sino todo un grupo de población: hombres, mujeres y niños que iban arrastrándose de acá para allá con sus enseres en una enorme procesión de carretas. Al no disponer de tierras seguras para producir alimentos, y dado que eran incapaces de saquear los depósitos fortificados, los godos se veían obligados al pillaje para poder comer, y como necesitaban una gran cantidad de comida, les resultaba extremadamente difícil permanecer en el mismo sitio. En el otoño de 377 ya no quedaba nada al norte del monte Hemo, y las circunstancias de los años de guerra posteriores, en la medida en que nos resulta posible reconstruirlas, les llevaron a desplazarse de una parte de los Balcanes a otra. A veces era el ejército romano el que les obligaba a proseguir la marcha, pero este ir y venir era en gran medida atribuible a su falta de un suministro seguro de alimentos.

La victoria de Andrinópolis permitió a los godos campar a sus anchas por Tracia durante el resto del año 387. Sin embargo, al año siguiente, pese a que el imperio no disponía más que de unas fuerzas de asalto ligeras en los Balcanes orientales, los godos trasladaron su centro de operaciones más al oeste, al Ilírico, y la fuerza conjunta de los diversos godos avanzó hacia el noroeste a través del desfiladero de Succo para adentrarse en Dacia y en la Moesia superior (mapa 6). En el año 380, los tervingos y los greutungos se separaron, quizás a causa de la dificultad de abastecer de alimento a la gran población que conformaban juntos. Alateo y Sáfrax se trasladaron más al norte, a Panonia, donde, al parecer, fueron derrotados por las fuerzas del emperador de Occidente, Graciano. Los tervingos capitaneados por Fritigerno marcharon al sur y al este por la vía principal situada junto al curso de los ríos Morava y Vardar hasta Tesalónica y las provincias de Macedonia y Tesalia. Parece que aprendieron de sus experiencias anteriores, y que se contentaron con imponer tan sólo un moderado tributo a las ciudades —exigiéndoles en repetidas ocasiones dinero a cambio de protección— en vez de arrasar el lugar y seguir su camino. No podemos saber si esta conducta se habría mantenido o no, porque en el año 381 las fuerzas del imperio de Occidente obligaron a los godos a replegarse a la región de Tracia, esta vez quizás a través de la vía Egnatia y no por el corazón de los Balcanes. Finalmente, fue de nuevo en Tracia, en el año 382, donde se acordó la paz.[54]

En último término, sin embargo, el imperio romano no pudo proclamar, tras seis años de guerra, una victoria total, aunque la ceremonia

formal que inauguró el tratado de paz el 3 de octubre de 382 adoptara ciertamente la forma de una rendición goda. Temistio fue de nuevo testigo ocular del acontecimiento, y su relato no deja lugar a dudas:

> Hemos visto a sus cabecillas y a sus jefes dedicarse, no a representar la rendición de un estandarte hecho jirones, sino a entregar las armas y las espadas con las que hasta ese día habían ejercido el poder, [les hemos visto] aferrarse a las rodillas del rey [el emperador Teodosio] con más fuerza de la que empleaba Tetis, según Homero, para abrazarse a las de Zeus cuando le suplicaba en favor de su hijo, hasta conseguir que [el rey] asintiese amablemente y les hablara, no para suscitar la guerra, sino lleno de dulzura, de paz, de benevolencia y del perdón de los pecados.[55]

Sin embargo, el vocabulario de Temistio indica inmediatamente que éste no era el tipo de acuerdo de paz que seguía normalmente a las victorias romanas sobre supuestos inmigrantes hostiles. Las palabras «dulzura», «benevolencia» y «perdón» aportan una nota nueva, y la diferencia no es meramente retórica. Y ello porque, en este caso, la rendición no fue acompañada de baños de sangre en los teatros, ni de la venta generalizada de los godos como esclavos, ni de su dispersión en masa como labriegos sin libertad. En el año 383, cuando el emperador quiso tranquilizar a la población de Roma con la idea de que el imperio volvía a ser seguro, lo que organizó en el Coliseo fue una matanza de sármatas, no de godos. Ahora bien, los godos habían matado a un emperador romano, aniquilado un ejército romano y arrasado con incendios y saqueos vastas porciones de los Balcanes romanos. En un mundo en el que el emperador romano se consideraba con pleno derecho a montar en cólera si los embajadores «bárbaros» no se arrastraban con la suficiente convicción, la ausencia de venganza, castigo y sometimiento ejemplarizante en el acuerdo de paz alcanzado en el año 382 resulta extraordinaria.

Una vez más, no sabemos todo lo que quisiéramos saber acerca de los términos estipulados. Está claro que sentaron, de manera relevante, unas bases nuevas, pero aunque los romanos fueron sorprendentemente generosos con ellos, los godos no consiguieron todo lo que ansiaban. Antes de Andrinópolis, las ofertas de paz de los godos tendían a subrayar la posibilidad de que Tracia se convirtiera en un reino godo independiente. Fritigerno, como hemos visto, trató también de que Valente

le reconociese como el nuevo cabecilla general de todos los inmigrantes godos. Nada de esto se materializó. Ni Fritigerno ni Alateo ni Sáfrax sobrevivieron para poder participar en el acuerdo de paz. Tal vez murieran en combate en algún lugar, pero, de no haber sido así, no veo problema alguno en imaginar que su derrocamiento formara parte del precio que los godos tuvieron que pagar por la paz. El imperio necesitaba pruebas de que había obtenido una victoria para poder mostrárselas a sus contribuyentes, y la supervivencia —e incluso la prosperidad— de quienes salieron vencedores en Andrinópolis habría resultado del todo inaceptable. De hecho, durante la década posterior, en lo que era una reedición en el seno del imperio de la política habitualmente aplicada a los alamanes del otro lado del Rin (véase el capítulo 3), los romanos se negaron a reconocer a ningún dirigente global de los godos, con la esperanza, sin duda, de mantenerles políticamente divididos. El conjunto de los godos tampoco consiguió que la Tracia se convirtiese en un feudo independiente, pues lo que se reafirmó enérgicamente fue que la totalidad de la diócesis tracia conservara su condición de unidad gobernada por el centro del imperio romano. Allí donde fue necesario, se reconstruyeron las fortificaciones de la frontera, se las dotó de nuevas tropas y se reanudó la práctica del derecho romano y de la recaudación de impuestos. En este sentido, las ambiciones de los godos habían quedado reducidas a cero.

Al mismo tiempo, se otorgaron a los godos concesiones de tierras propias, así que no tenían que cultivar para otros como aparceros carentes de libertad. No sabemos con exactitud dónde estaban situadas esas tierras. Algunas de ellas se encontraban al norte del monte Hemo, en la Moesia inferior y en Escitia, cerca del Danubio, donde habían vivido los carpos a finales del siglo IV, pero es posible que también hubiera algunos asentamientos en Macedonia.[56] Ahora bien, estuvieran donde estuviesen, el hecho de que constituyeran con claridad grupos lo suficientemente grandes como para permitir que la vida política y cultural de los godos prosiguiese resulta mucho más importante. Esto aparece reconocido de forma explícita en las fuentes romanas de finales de la década de 390, y el relato de los acontecimientos producidos desde el 382 lo muestra de forma implícita. Una de las cosas que consiguió el imperio con el acuerdo de paz fue una alianza militar. No sólo reclutó el contingente habitual de godos para su ejército regular, sino que los godos aceptaron también proporcionarle unas fuerzas mucho mayores, que, a

las órdenes de sus propios cabecillas, habrían de prestar servicio en campañas concretas.

Estas prestaciones de servicios especiales exigían que el emperador, al negociar con los godos más destacados, los considerara como grupo. En una ocasión de la que tenemos detalles, nos enteramos de que el emperador Teodosio les ofreció un gran banquete.[57] Si, en el año 382, los tres cabecillas de la revuelta habían sido sacrificados como parte del acuerdo de paz, no hay duda de que un gran número de sus iguales había logrado sobrevivir para dar sustento al sentido de comunidad de los godos. Según lo estipulado en el compromiso de paz, y a pesar de haber perdido el derecho a actuar de forma independiente a las órdenes del cabecilla que prefiriesen, los godos seguían disfrutando de la libertad de negociar y de obrar como entidad unitaria, a favor o en contra del estado romano, como veremos en el próximo capítulo.[58] La ruptura con las formas establecidas para el trato con los inmigrantes no puede ser más clara.

Según Temistio, que habla ante el senado de Constantinopla en enero del año 833, esta transformación de la política imperial era consecuencia de una decisión que los dioses habían inspirado al sucesor de Valente, Teodosio.[59]

> Él fue el primero que se atrevió a sostener la noción de que el poder de los romanos no residía en las armas, ni en los petos de las corazas, ni en las lanzas o las innumerables tropas, sino que era necesario otro tipo de poder y de providencia, la cual, para quienes gobiernan de acuerdo con la voluntad de Dios, procede calladamente de esa fuente, capaz de someter a todas las naciones y de convertir en dulzura todo salvajismo, pues sólo a ella se rinden las armas, los arcos, la caballería, la intransigencia de los escitas, la audacia de los alanos, la furia de los masagetas.

Al poner su inspiración en Dios —y realmente a Él le debía su nombramiento como emperador de Oriente—, Teodosio comprendía que a través del perdón era posible obtener una victoria mejor y más completa que por medio de las armas. En consecuencia, su principal negociador «condujo a los godos [ante el emperador], [y éstos se mostraron] dóciles y sumisos, sin dedicarse a otra cosa más que a retorcer las manos tras la espalda, de modo que cabía dudar si había vencido a aquellos hombres en la guerra o si se había ganado su amistad». Y el resultado final fue mejor, tanto para los romanos como para los godos:

> Si los godos no han sido aniquilados por completo, no debe proferirse queja alguna ... ¿Qué era mejor, cubrir Tracia de cadáveres o de campesinos? ¿Llenarla de tumbas o de hombres vivos? ... Oigo decir a quienes regresaron de allí que [sus habitantes] se dedican ahora a convertir el metal de sus espadas y de sus petos en azadas y hoces de poda, y que sin dejar de mostrar un distanciado respeto a Ares [dios de la guerra], ahora ofrecen plegarias a Deméter [diosa de la agricultura y de la fertilidad] y a Dionisos [dios del vino].

Según lo que Temistio le estaba diciendo al senado, los godos habían abandonado la lucha por la agricultura, y todo el mundo salía ganando. Teodosio, el nuevo patrón de Temistio, había dado con una brillante solución —la concesión del perdón para los godos y el establecimiento de un compromiso de paz los sometería más cabalmente de lo que nunca lograría hacer la guerra, y al mismo tiempo beneficiaría considerablemente al imperio—. Una vez más, es importante recordar la tiranía ideológica del imperio, y el hecho de que Temistio fuese un notable propagandista, adepto al poder (en el espacio de treinta años, se las había arreglado para lograr una buena colocación en la corte de no menos de cuatro emperadores). Como de costumbre, estaba ahorrándose la verdad —antes de proponer su acuerdo de paz, Teodosio se había apuntado un buen tanto al vencer en la guerra contra los godos por medios más convencionales.

La muerte de Valente había dejado un vacío de poder que no se colmó hasta que, en enero de 397, Graciano nombró a Teodosio emperador de Oriente. Estaba claro que el nuevo emperador había sido designado para vengar lo sucedido en Andrinópolis. Teodosio procedía de una distinguida familia militar —su padre había sido un general del más alto rango en tiempos del emperador Valentiniano I—, y él mismo tenía una buena hoja de servicios. Recibió inmediatamente el control temporal de parte de la prefectura del Ilírico —las diócesis de Dacia y Macedonia—, que pertenecía al imperio de Occidente, para ejercer un control único en toda la zona vulnerable a los ataques de los violentos godos. Dedicó su primer año en el cargo a reorganizar el ejército de campaña de Oriente: llamó a filas a los veteranos, reclutó nuevas unidades e incorporó más tropas procedentes de Egipto y de otras partes de Oriente. En la primavera del año 379, el primer discurso ofrecido por Temistio al nuevo emperador confirma la intención de toda esta activi-

dad, ya que la presentación inicial que había hecho el emperador de su propia persona lo pintaba como al «hombre capaz de ganar la guerra contra los godos»:

> Gracias a ... ti [Teodosio] hemos adoptado una actitud firme ... y creemos que ahora frenarás el ímpetu que el éxito ha concedido a los escitas [los godos] y que apagarás el incendio que lo devora todo ... El espíritu de lucha vuelve a animar a la caballería y a la infantería. Has conseguido ya que hasta los agricultores sean el terror de los bárbaros ... Si tú, aunque no aún en el campo de batalla contra los culpables [los godos], has frenado su contumacia con sólo instalar tu campamento en las inmediaciones y establecer un bloqueo, ¿cuáles no serán los padecimientos que embarguen a esos condenados canallas cuando te vean dispuesto a blandir la lanza y a tomar tu escudo, centelleando junto a ti el fulgor de tu casco?[60]

Por desgracia, las cosas no salieron como estaba planeado. El nuevo modelo de ejército de Teodosio quedó desbaratado al tratar de trabar el cuerpo a cuerpo con los godos en Macedonia y Tesalia durante el verano del año 380. Las circunstancias son misteriosas —las fuentes aluden a la traición y a la inestabilidad—. No fue una nueva catástrofe sangrienta, como Andrinópolis, pero no hay duda de que Teodosio fracasó y de que los godos vencieron por segunda vez a un ejército romano. Durante el otoño, Teodosio tuvo que volver a poner el control de la guerra en manos de los generales de Graciano, y fueron ellos los que finalmente hicieron salir a los godos de Tesalia en el verano del año 381, mientras Teodosio corría a refugiarse en Constantinopla para consolidar su posición política en esa ciudad tras las repercusiones del fracaso militar.[61]

Por consiguiente, es posible que Teodosio hubiera ideado un nuevo plan, pero no sin haber puesto antes en práctica los métodos tradicionales. Recurrió a la innovación diplomática en 382 únicamente porque la inoperancia militar —la derrota de *dos* ejércitos romanos— así lo exigía. Y ésa fue la única vez que se acogió a esa solución. Si hubiera ganado la guerra, no tengo la menor duda de que a cualquier godo vencido que quedase en el interior del imperio se le habrían impuesto los términos normales en esos casos. Cuatro años después de 382, otro grupo de godos trató de cruzar el Danubio a la fuerza y se hizo una matanza con un gran número de sus integrantes. Algunos de los supervivientes fueron reclutados por el ejército, y el resto fueron dispersados en calidad de co-

lonos carentes de libertad —y ambos grupos fueron enviados muy lejos, al Asia Menor.[62]

Los godos podían ser perseguidos y expulsados de zonas prósperas como Tesalia, frenados por medio del constante acoso a sus grupos de saqueo, u obligados al sometimiento por efecto del hambre. Pero después del verano del año 380, los romanos no habrían de volver a correr el riesgo de entablar otra batalla en toda regla.

Dado que era imposible, como hemos visto, admitir que un emperador designado por Dios hubiera podido verse forzado a tomar un determinado tipo de medidas por causa de los bárbaros, y que ni siquiera era aceptable que le hubiese podido obligar ninguna circunstancia que estuviese fuera su control, en enero de 383 Temistio estuvo muy cerca de decir la verdad al no hacer apenas esfuerzo alguno por restar importancia al desorden que reinaba entre los romanos en la época del nombramiento de Teodosio, que se habría producido:

> ...tras la indescriptible Ilíada de males que sucedieron en el Yatro y el comienzo de la monstruosa llamarada [de la guerra], cuando no había aún ningún rey que velase por los asuntos de los romanos, con Tracia arrasada, con Iliria devastada, cuando ejércitos enteros se habían desvanecido por completo, como sombras, cuando ni las infranqueables montañas, ni los ríos insuperables, ni los desiertos sin caminos se habían interpuesto en su camino, sino en un momento en el que, en último término, prácticamente toda la tierra y el mar parecían haberse unido en apoyo de los bárbaros...

Y tampoco fingió que Teodosio hubiera podido optar fácilmente por llevar la guerra a un desenlace plenamente victorioso:

> ...supongamos simplemente que tal destrucción fuese un asunto sencillo y que poseyésemos los medios para ponerla en práctica sin sufrir consecuencia alguna, y aunque por la experiencia del pasado no sea ésa una conclusión ni previsible ni probable, supongamos, empero, como he dicho, que tal solución estuviese en nuestra mano...

Para el hombre que, en 364, se había sentido en la obligación de pretender que la pérdida de provincias, ciudades y fortalezas ante Persia había constituido en realidad una victoria romana, estas afirmaciones implicaban que no estaba lejos de admitir que Teodosio no había tenido más remedio que optar por la consecución de un acuerdo de paz con los godos.

La tradicional integridad del estado romano se había resquebrajado, pero no debemos dejarnos llevar por la emoción. Estamos aún muy lejos del desplome del imperio. La guerra del Danubio había afectado únicamente a las provincias balcánicas del imperio, una zona fronteriza relativamente pobre y aislada, e incluso en ella conseguiría sobrevivir una cierta expresión de la condición romana. Los estratos de finales del siglo IV y principios del V de la recientemente excavada ciudad de Nicópolis sobre el Yatro resultan sorprendentes por el número de ricas mansiones —el 45 por 100 del área urbana— que surgen de pronto en el recinto amurallado de la ciudad.[63] Parece como si los ricos, al constatar que sus villas campestres se habían vuelto ahora demasiado vulnerables, hubieran decidido dirigir sus haciendas desde el seguro interior de los muros de la ciudad. Además, al final de la guerra, tanto el emperador de Oriente como el de Occidente siguieron ocupando con seguridad sus tronos, ya que contaban con regiones enteramente intactas que les proporcionaban grandes ingresos, como Asia Menor, Siria, Egipto y el norte de África. Y la mayoría de las zonas del imperio no habían visto un solo godo.

En su interpretación final sobre el acuerdo de paz, Temistio trató de tranquilizar a los contribuyentes romanos y les dijo que, a su debido tiempo, los godos perderían incluso su semiautonomía. Para ilustrar el caso, tomó el ejemplo de unos bárbaros de lengua celta que habían cruzado el Helesponto en el año 278 a. C. y que se habían adueñado del territorio de Galacia (cuyo nombre derivaba del suyo) en Asia Menor, pero que en el transcurso de los siglos siguientes habían quedado plenamente asimilados a la cultura grecorromana.[64] Dada la enorme disparidad de recursos existentes entre los bárbaros y el imperio romano, daba sin duda la impresión de que la posición de que en aquel momento gozaban los godos habría de verse finalmente revocada, ya fuera como consecuencia de una asimilación a largo plazo, como sugiere Temistio con malicia, ya como fruto de la reanudación del conflicto —circunstancia mucho más probable— tan pronto como el ejército romano hubiera logrado rehacerse adecuadamente. Tal como salieron las cosas, la confianza de Temistio estaba fuera de lugar. Los descendientes de los tervingos y de los greutungos no sólo estaban destinados a sobrevivir como tales godos, sino que al final se adueñarían del suelo romano y edificarían sobre él el reino ple-

namente independiente que habían buscado desde el principio. El obispo Ambrosio de Milán, que escribe poco después de Andrinópolis, resume la crisis imperante con admirable concisión: «Los hunos se abalanzaron sobre los alanos, los alanos sobre los godos y los taifalos, los godos y los taifalos sobre los romanos, y esto aún no ha terminado».[65] El obispo no tenía en mente más que la guerra en curso con los godos, pero sus palabras eran premonitorias. El imperio no habría de tener nunca la posibilidad de replantear la cuestión goda en sus propios términos. Ciertamente, Andrinópolis no era aún el final, y el imperio tendría que encarar aún otros muchos desafíos antes de que se desplegaran todas las consecuencias de la revolución huna.

5

La ciudad de Dios

Un caluroso día de agosto del año 410 se produjo lo impensable. Un gran contingente de godos penetró en Roma por la Puerta Salaria y durante tres días se adueñó a placer de todas las riquezas de la ciudad. Nuestras fuentes, sin ser demasiado concretas, hablan claramente de saqueo y pillaje. Tenían ante sí, desde luego, un enorme botín, y los godos se lo pasaron en grande. Cuando se marcharon, habían desvalijado, además de los templos, muchas de las suntuosas mansiones senatoriales y se habían apoderado de los antiguos tesoros judíos que habían permanecido en Roma desde la destrucción del templo de Salomón en Jerusalén, trescientos años antes. Se llevaron también un tesoro de otro tipo: a Gala Placidia, la hermana del emperador que entonces reinaba en Occidente, Honorio. Los incendios provocados también habían formado parte del orden del día, y la zona situada en torno a la Puerta Salaria y al antiguo senado había sido una de las más afectadas.

El mundo romano quedó conmocionado hasta los cimientos. Tras haber sido durante siglos dueña del mundo conocido, la gran capital imperial se había visto sometida a una incursión de saqueo y destrucción de proporciones épicas. En Tierra Santa, san Jerónimo, un emigrado de Roma, lo explicó sucintamente: «En una ciudad, el mundo entero ha perecido». Las reacciones paganas fueron más mordaces: «Si Roma no ha sido salvada por sus deidades guardianas es porque ya no están en ella, pues mientras estuvieron presentes preservaron la ciudad».[1] En otras palabras, la adopción del cristianismo había conducido a aquella devastación. No obstante, la reacción emocional inmediata ante cualquier gran acontecimiento rara vez constituye el mejor indicador de su auténtica importancia. La reconstrucción de las causas, y en especial de la verdadera trascendencia

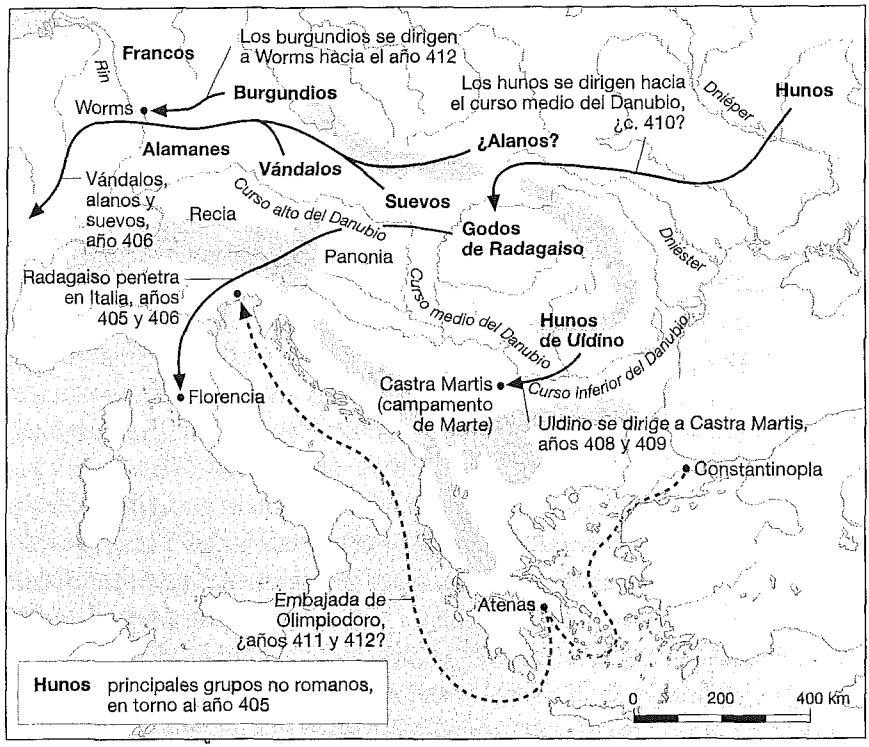
del saqueo de Roma es una historia detectivesca de gran complejidad. Nos hará retroceder en el tiempo casi dos décadas, hasta situarnos justo antes de aquel fatídico día de verano, para luego hacernos avanzar de nuevo otros diez años. En términos geográficos, el relato se desarrolla en un marco que abarca desde los Montes Cáucaso, en el este, hasta la península Ibérica, en el oeste. Lo que aflora en esta pesquisa es que, pese a que en su época el saqueo de Roma pudiera haber presentado el aspecto de un sombrío presagio, no causó por sí mismo ningún daño irreparable a la capacidad de respuesta del imperio.

Un terrible caos en la frontera occidental

No hay una sola fuente que exponga en una secuencia clara todo lo que condujo a este acontecimiento trascendental, por no hablar de la ausencia de documentos que indaguen en su causa subyacente. En parte, esto viene a dar fe de la complejidad de la cuestión. El saqueo de Roma fue el resultado final de una interacción entre una multiplicidad de protagonistas tan grande que no hubo ningún historiador en esos años —ninguno, al menos, cuya obra haya llegado hasta nosotros— que lograra comprenderla en su totalidad. Hay también una razón más concreta por la que el acontecimiento nos plantea tantas dificultades. Olimpiodoro de Tebas, un autor bien informado de aquella época, en cuyos escritos nos hemos zambullido ya brevemente, aborda en una extensa obra una gran parte de la historia de ese tiempo comprendida entre los años 407 a 425 d. C. Originario de Egipto, y de impecable educación clásica, Olimpiodoro encontró empleo en lo que podríamos llamar el Ministerio de Asuntos Exteriores del imperio de Oriente. Llevó a cabo una serie de misiones diplomáticas, entre las que destacan las efectuadas ante los hunos, acompañado durante más de veinte años por su loro mascota, que sabía «bailar, cantar, llamar a su dueño por su nombre, y hacer otros muchos trucos». Olimpiodoro escribía en griego, no en latín, y su estilo era menos retórico y dramático de lo que resultaba popular en la época —defecto por el que pedía disculpas a sus lectores—. Desde luego, esto es un plus para el lector moderno: su historia es menos rimbombante y más abiertamente informativa que, por ejemplo, el relato que nos ha dejado Amiano Marcelino de la guerra contra los godos en los Balcanes. Sin embargo, y por

desgracia, la historia de Olimpiodoro no ha llegado completa hasta nosotros. Unos cuatrocientos años después, un tal Focio, un bibliófilo bizantino y (durante un breve período de tiempo) patriarca de Constantinopla, escribió una larga obra —la *Bibliotheca*— en la que resumía el contenido de su biblioteca: afortunadamente para nosotros, la historia de Olimpiodoro era uno de los volúmenes. Gracias a la breve descripción de Focio, sabemos también que otros dos autores, en fecha mucho más próxima a la época de Olimpiodoro, se habían basado abundantemente en su obra: el historiador de la iglesia Sozomen a mediados del siglo V, y el historiador pagano Zósimo a principios del VI. Ambos estaban interesados en el saqueo de Roma y transcribieron amplios párrafos, más o menos intactos, de la primera parte de la historia de Olimpiodoro, hasta el año 410. Para nuestros propósitos, esto es claramente positivo, pero los dos autores abreviaron y reescribieron el texto para satisfacer sus propios objetivos, y al hacerlo introdujeron errores. En particular, Zósimo, al tratar de unir sin solución de continuidad, en la medida de lo posible, los trabajos de sus dos fuentes principales, Olimpiodoro y Eunapio, cuyo relato de los primeros años del siglo V mostraba ligeras superposiciones, omitió algunos acontecimientos clave y desfiguró otros.[2]

Tras la aparición de nuestros buscadores de asilo godos en el Danubio en el año 376, las fronteras europeas de Roma volvieron a quedar en relativa calma durante buena parte de una generación. Sin embargo, la paz volvió a quebrarse entre los años 405 y 408, período durante el cual cuatro grandes incursiones desbarataron la seguridad de la frontera desde el Rin hasta la cadena de los Cárpatos. Los Cárpatos integran el macizo oriental de la cordillera central europea, en la que también quedan incluidos los Alpes. Los Cárpatos comienzan y terminan junto al río Danubio, tienen una extensión de unos 1.300 kilómetros, desde la capital eslovaca de Bratislava en el oeste hasta Orsova en el este, y describen un enorme arco cuyo vértice mira al este (mapa 7). Su altitud es por lo general inferior a la de los Alpes, pues sólo algunas de sus cumbres superan los 2.500 metros de altura y carece de glaciares permanentes y de laderas nevadas. Su anchura varía de forma espectacular, ya que se sitúa entre los 10 y los 350 kilómetros, y su extremo occidental, más estrecho, se halla atravesado por un número de desfiladeros mucho mayor que el de las estribaciones orientales, que miran hacia la gran estepa euroasiá-



7. La crisis de los años 405 a 408

tica. Los Cárpatos han constituido siempre un rasgo característico de la geografía europea, ya que, por una parte, han separado a la Europa del este de la Europa central, y por otra, a la Europa del norte de la Europa del sur. Su significación es también histórica, y la organización del imperio romano tardío es reflejo de ello. La región del Danubio situada al este de Orsova, el bajo Danubio, pertenecía a Tracia y estaba administrada por el imperio de Oriente, mientras que el Danubio medio, al oeste y al sur de las montañas, protegía los pasos que daban acceso a Italia y siempre había formado parte del imperio romano de Occidente. Para comprender las distintas invasiones ocurridas a principios del siglo V, hemos de tener en cuenta que los Cárpatos constituyen el telón de fondo de los acontecimientos.

En los años 405 y 406, un rey godo pagano llamado Radagaiso condujo a un gran contingente de godos a través de los Alpes y penetró en Italia. Debido a las alteraciones que Zósimo introduce en la historia de

Olimpiodoro, nuestro conocimiento de su ataque es desigual. Con un error manifiesto, Zósimo refiere que Radagaiso fue derrotado al otro lado de la frontera, cuando en realidad fue capturado en Fiésole y ejecutado a las afueras de Florencia. Zósimo dice también —sin dar ninguna fecha— que Radagaiso había reunido bajo su mando a una horda de pueblos celtas y germanos procedentes de las regiones situadas más allá del Rin y el Danubio. Esto sugiere que encabezaba un contingente compuesto por varias razas y originario de lo que hoy es el sur de Alemania, Austria y Bohemia.[3] Sin embargo, todas las demás fuentes insisten en que Radagaiso era en principio un cabecilla de los godos. Dado que la reelaboración de Zósimo no menciona en ninguna parte el hecho ligeramente posterior de que Radagaiso cruzara el Rin en el año 406, acción que, como vamos a ver en un instante, fue realizada efectivamente por un contingente compuesto por varias razas, da la impresión de que, al hacer la conexión entre Eunapio y Olimpiodoro, Zósimo debió confundir la invasión de Italia por Radagaiso en los años 405 y 406 con el cruce del Rin del año 406.[4] Surge así, inmediatamente, un elemento clave. Si volvemos al año 376, los godos tervingos y greutungos, procedentes del este de la cadena de los Cárpatos, habían cruzado el curso inferior del Danubio para penetrar en Tracia. Treinta años después, los acontecimientos se trasladan un poco más al oeste. El hecho de que la invasión de Radagaiso cayera sobre Italia sin pasar por los Balcanes indica que Radagaiso penetró en el imperio procedente de algún lugar de la gran llanura húngara situada al oeste de los Cárpatos (mapa 7). A juzgar por los hallazgos de acúmulos de monedas, la ruta que siguió en su invasión pasó a través del Nórico oriental y de la Panonia occidental, y también generó una avalancha de refugiados que, presas del pánico, cruzaron los Alpes antes que él.[5]

Radagaiso encontró su fin el 23 de agosto de 406. Cuatro meses después, el 31 de diciembre, un contingente mixto cruzó el Rin y se adentró en la Galia. Los tres grupos de mayor tamaño estaban integrados por vándalos, alanos y suevos —y los vándalos formaban dos unidades políticas distintas: los hasdingos y los silingos—. Al igual que el de Radagaiso, este segundo ataque contra el imperio también había tenido su origen al oeste de la cadena de los Cárpatos. Durante el invierno de los años 401 a 402, los vándalos habían realizado incursiones por la provincia romana de Recia, lo que los sitúa, inmediatamente antes de que cruzaran el Rin, en algún punto de la región del curso medio o alto del Danubio

(mapa 7). Durante la mayor parte del siglo IV, estos vándalos habían habitado una zona más alejada de la frontera romana que, pese a estar situada más al noreste, seguía encontrándose al oeste de los Cárpatos, en lo que hoy es Eslovaquia y el sur de Polonia.[6] La identidad de los suevos resulta más problemática. El término «suevos» se utiliza frecuentemente para hacer referencia a una antigua confederación germánica de principios de la época imperial, pero entre el año 150 d. C., aproximadamente, y el instante en que nuestros vándalos cruzan el Rin, no se encuentra ninguna alusión a dicha confederación en las fuentes romanas. Su reaparición indica probablemente que en el ataque intervenían una parte de los marcomanos y los cuados (y quizá también de los alamanes) que habían integrado esa confederación de los primeros tiempos de Roma y que desde aquella época se habían asentado en la región del Danubio medio. Los cuados al menos aparecen explícitamente mencionados en una fuente que sostiene que tomaron parte en el cruce del Rin del año 406, y en el siglo V, la voz «suevos» volvió a utilizarse como término genérico con el que aludir a los pueblos germánicos que seguían viviendo en los alrededores del arco danubiano y las estribaciones de la gran llanura húngara —y que presumiblemente eran descendientes de otros marcomanos y cuados que no habían intervenido en el cruce del Rin—.[7] Por consiguiente, tanto los vándalos como los suevos tenían su origen al oeste de los Cárpatos, y lo mismo puede decirse de otros grupos más pequeños que sólo aparecen mencionados por san Jerónimo: en particular de los sármatas y de los «panonios hostiles» (*hostes Pannonii*).[8] Tal como sucediera durante los acontecimientos de los años 377 a 382, algunos individuos desafectos a Roma y presentes entre la población romana desempeñaron un cierto papel en la acción (véase la página 227).

La historia de los alanos, unos nómadas de habla irania que explotaban las resecas tierras de la estepa situadas al este del río Don, es más complicada. Hacia el año 370, aproximadamente, los alanos vivían aún a 3.500 kilómetros del Rin. Al ser el primer grupo de población que conoció por experiencia propia el empuje del creciente poderío de los hunos, algunos alanos se vieron rápidamente sometidos a su dominio. Ahora bien, los alanos estaban organizados en un gran número de subgrupos autónomos y, de ellos —durante la generación posterior al cruce inicial del Danubio por los tervingos y los greutungos—, había varios que seguían siendo independientes de los hunos después del año 376 y otros muchos que se dedicaron a realizar grandes desplazamientos hacia el

oeste (tanto por su cuenta como acompañados por los hunos). Ya en el año 377, un contingente mixto integrado por hunos y alanos se unió a los godos situados al sur del Danubio, y su llegada obligó a los romanos a abandonar la defensa del monte Hemo. En el año 378, el emperador Graciano se había visto «inesperadamente» atacado por más alanos en el campamento de Marte, en la Dacia ripense, al oeste de los Cárpatos, lo que retrasó aún más la marcha que había emprendido para reunirse con Valente. Según consigna Zósimo, a principios de la década de 380 este mismo emperador reclutó un contingente particularmente grande de alanos y lo incorporó al ejército romano de *Occidente*.[9] Así, pese a que los alanos eran originarios del este del Don, muchos de ellos se desplazaron rápidamente al oeste de los Cárpatos tras sufrir la presión del poderío huno. Y, por tanto, a pesar de que después siguieran direcciones distintas, los ataques de Radagaiso de los años 405 y 406, por un lado, y el cruce del Rin en 406, por otro, tuvieron ambos su origen en la misma gran región de la Europa germánica.

En la tercera invasión clave de esta década intervino un dirigente huno llamado Uldino, y tuvo lugar más al este. Uldino, que anteriormente había sido un aliado de Roma, cambió de bando en el año 408. Atravesó el Danubio con un contingente de hunos y de esciros, se apoderó del campamento de Marte y se dirigió a unos embajadores romanos, francamente desconcertados, para exponerles unas cuantas pretensiones extravagantes: «Uldino [señaló] al sol y [declaró] que le sería fácil, si así lo deseara, someter a todas las regiones de la tierra que ese astro ilumina». No está claro en qué lugar preciso podía encontrarse Uldino antes de esta invasión. En el año 400 había derrotado a un romano rebelde, que posteriormente huyó al norte del Danubio a través de Tracia, lo que nos hace pensar que Uldino debía de encontrarse al norte del curso inferior del Danubio (mapa 7). Sin embargo, en el año 406, Uldino había prestado ayuda militar a los romanos, en Italia, y después, dos años más tarde, se apoderó de un importante campamento romano de la Dacia ripense, al oeste de Orsova. El hecho de que sea ésta la última vez que sepamos algo de él sugiere que en realidad debemos situarlo justo al oeste de los Cárpatos, quizás en el Banato o en Oltenia. La arrogancia de las pretensiones de Uldino ha invitado a algunos autores a considerarle el caudillo de un contingente formidable. Sin embargo, lo que ocurrió después nos indica otra cosa. La diplomacia del imperio romano de Oriente ganó para su causa a muchos de sus seguidores. Más tarde, el ejército romano mató

o capturó a otros muchos cuando huían como alma que lleva el diablo hacia el Danubio. Y como después no volvemos a oír hablar de Uldino, su retórica suena más a una fanfarronada que al desplante de un gran jefe militar. Está claro que la arriesgada empresa que se propuso al apoderarse del campamento de Marte le salió mal, ya que condujo directamente a la aniquilación de los cimientos de su poder.[10]

Los burgundios, que se convierten ahora en el cuarto foco de nuestra atención, han pasado a la historia por su elevada estatura, sus gustos culinarios y su vestimenta, gracias al poeta y terrateniente galorromano Sidonio, quien en una ocasión tuvo que compartir su casa con unos cuantos burgundios:

> ¿Por qué ... me invitas tú [un oscuro senador llamado Catulino] a componer una canción dedicada a Venus ... cuando me hallo viviendo con una horda de gentes de larga cabellera, he de soportar oírles hablar en germano, y he de elogiar con frecuencia, torciendo el gesto, el poema de un glotón burgundio que se unta el cabello con manteca rancia? ... Tú no te ves avasallado muy de mañana por diez desayunos que destilan un tufo a ajo y a cebollas fétidas, y tú no has de sufrir la invasión, incluso antes del amanecer, de una turbamulta de gigantes.[11]

En el siglo IV, el feudo de los burgundios se encontraba al este del de los alamanes, muy lejos del territorio romano, entre el alto Rin y el alto Danubio, justo al otro lado de una vieja demarcación fronteriza romana abandonada en el siglo III (mapa 7). Para el año 411 los burgundios se habían desplazado unos 250 kilómetros hacia el noroeste, y ahora se hallaban a ambos lados del Rin, en la región de Maguncia y Coblenza, en puntos situados tanto en el interior como en el exterior de la provincia romana de la Germania inferior. Este cambio de centro de operaciones apenas tiene punto de comparación con las incursiones en toda regla en territorio romano que hemos descrito anteriormente, pero, a pesar de ello, ha de tenerse presente que los burgundios se contaban entre los bárbaros más aventureros. Algo se estaba tramando por esa época en la Germania situada al oeste de los Cárpatos.[12] Tras un par de décadas sin protagonizar incidentes, los bárbaros volvían a la carga.

Para comprender el significado de todo esto, debemos tener alguna idea del número de bárbaros que participaba en estos movimientos. Dadas las limitaciones de las fuentes de aquella época, carecemos de cifras

fiables, y algunos historiadores argumentarían que ni siquiera tiene sentido plantear el asunto. No obstante, desde mi punto de vista, hay unos cuantos indicadores, tanto directos como indirectos, que, en conjunto, sugieren al menos un orden de magnitud. El hecho de que tanto en el ataque de Radagaiso como en la invasión del Rin participaran grupos de población mixtos —mujeres, niños y otras personas no combatientes, además de los hombres en edad de guerrear— constituye un punto de partida importante. Nuestras fuentes romanas tienden a no detenerse demasiado en los distintos tipos de individuos que integraban aquellos grupos migratorios: su interés estaba siempre firmemente centrado en los hombres, y en particular en aquellos a quienes cupiera imputar la responsabilidad de cualquier género de amenaza militar o política que pudiese plantear al estado romano una fuerza de emigrantes. Por esta misma razón, las mujeres y los niños aparecen muy poco mencionados, apenas lo justo para que podamos confirmar su presencia en ambos grupos. Según nos dice Zósimo, las esposas y los hijos de algunos de los seguidores de Radagaiso, que al final fueron reclutados por el ejército romano, quedaron acuartelados en calidad de rehenes en unas cuantas ciudades italianas.[13] Por lo que respecta a los vándalos, los alanos y los suevos, no poseemos ninguna prueba que pertenezca a la época en que cruzaron el Rin. Sin embargo, no hay duda de que los miembros de otro grupo de alanos, que actuaba en la Galia junto con algunos godos a principios de la década de 410, viajaban en compañía de sus familias.[14] Y cuando el contingente principal de vándalos y alanos se desplazó al norte de África en la década de 420 (véase el capítulo 6), no hay duda de que lo hizo en grandes grupos de hombres, mujeres y niños. Puede argumentarse que las mujeres se habían ido incorporando por el camino, pero no veo ninguna buena razón para pensar que no se hallaran presentes desde el año 406. Tal como ocurriera en el año 376, la marcha estaba integrada por comunidades completas.

Y en cuanto a las cifras concretas, es posible que el contingente encabezado por Uldino no fuera demasiado grande —considerando el hecho de que sólo se apoderaron de una ciudad, el campamento de Marte, y de que posteriormente resultó fácil dispersarles—. Sin embargo, la neutralización de todos los esciros capturados con motivo de su derrota supuso un enorme quebradero de cabeza administrativo para las autoridades de Constantinopla, así que debemos estar hablando de varios miles de individuos.[15] Ahora bien, tanto la fuerza integrada por los godos

de Radagaiso como las hordas de vándalos, alanos y suevos, debían de poder disponer sobre el terreno, cada una de ellas, de unos efectivos militares de entidad muy superior. En el año 406, para combatir contra Radagaiso, el imperio de Occidente se vio obligado a movilizar a treinta *numeri* («regimientos») —en teoría, un mínimo de quince mil hombres—[16] y a recurrir a la ayuda de tropas aliadas, como las de los auxiliares alanos comandados por Saro y las de los hunos de Uldino (que hacían así su última aparición en defensa de los intereses romanos antes de apoderarse del campamento de Marte en el año 408). Tras la derrota de Radagaiso, el ejército romano reclutó a doce mil combatientes de su horda, y aún quedaron los suficientes para que el mercado de esclavos se viera desbordado con la venta de los prisioneros restantes. Todo esto sugiere que el contingente de Radagaiso estaba en principio compuesto por más de veinte mil combatientes. Por regla general, se estima que la proporción entre combatientes y no combatientes es aproximadamente del orden de 1 a 4 o de 1 a 5, así que la cifra total de seguidores de Radagaiso puede haberse acercado a la cantidad de cien mil almas.[17]

Respecto a los vándalos, alanos y suevos que cruzaron el Rin, la mejor indicación surge unas dos décadas después, cuando, según se dice, los vándalos y los alanos juntos reunieron un máximo de ochenta mil personas, lo que implica que podían poner en campaña una fuerza militar de entre quince mil y veinte mil hombres.[18] Esta cifra pertenece a un momento en el que estos grupos, en especial los vándalos silingos y los alanos, habían sufrido terribles pérdidas, y no tiene en cuenta en absoluto el número de suevos, así que el contingente original que cruzó el Rin debía de estar probablemente compuesto por una cifra más próxima a los treinta mil guerreros —y de nuevo, por tanto, por un total aproximado de unas cien mil personas—. En el caso de los burgundios, hay dos fuentes que nos brindan la cifra de ochenta mil almas, pero si Jerónimo considera que ésa era la cifra total de su entera población (lo que sugiere una fuerza militar que quizá se situara en torno a los quince mil soldados), el historiador hispanorromano Orosio, por el contrario, dice que ésos eran los efectivos de su ejército.[19] Como sucede con muchas de las cifras de los grupos que intervienen en las invasiones, ninguno de estos indicios resulta excesivamente convincente, pero sí sugieren —en ambos casos— la existencia de unas fuerzas militares compuestas como mínimo por veinte mil hombres o más, y la presencia de unas poblaciones totales cercanas a las cien mil personas. En primer lugar, estas cantidades

son más que suficientes para explicar que los inmigrantes tuvieran la capacidad de cruzar la frontera romana por la fuerza. El fundamento de la reorganización militar de la Roma tardía había consistido en distribuir por una serie de atalayas e instalaciones de mayor tamaño situadas a lo largo de la frontera un considerable número de tropas de guarnición. En el caso del Danubio y del Rin los puestos se encontraban justo a la orilla de los ríos o en sus inmediaciones. Ahora bien, estas fuerzas sólo habían sido concebidas para oponerse a los endémicos saqueos de pequeñas dimensiones. Las incursiones de mayor envergadura, incluso las integradas por unos cuantos miles de combatientes, eran responsabilidad de las tropas *comitatenses* (véase el glosario) estacionadas detrás de la frontera. La afluencia de decenas de miles de bárbaros, pese a que muchos de ellos no fueran combatientes, era algo que superaba con mucho la capacidad de las tropas fronterizas.

Estos vastos movimientos de población también son perceptibles en los hallazgos arqueológicos. Durante los siglos III y IV d. C. dos fueron los sistemas de cultura material con amplia difusión geográfica que dominaron las regiones meridionales de la Europa central y oriental: la cultura de Cernjachov y la cultura de Przeworsk (mapa 7). La cultura de Przeworsk era una de las antiguas culturas germánicas, o predominantemente germánicas, de la Europa central, y hacia el año 400 d. C., la historia de su ininterrumpido desarrollo abarcaba ya un período notablemente superior al medio milenio. En el siglo IV, esta cultura se extendía por lo que hoy es el centro y el sur de Polonia, así como por algunas zonas de la Eslovaquia y la República Checa actuales.

El sistema de Cernjachov era un fenómeno mucho más reciente, ya que se había originado en el siglo III d. C. Para finales del siglo IV, esta cultura se había difundido por lo que hoy es Valaquia, Moldavia y el sur de Ucrania, desde los Cárpatos al río Don. La arqueología de la vieja escuela solía equiparar estos tipos de cultura con determinados «pueblos», pero es mucho mejor concebirlos como sistemas que engloban a muchos grupos de población y a muchas unidades políticas distintas. Lo que establecía los contornos de estas zonas culturales no eran las fronteras políticas de un pueblo específico, sino los límites geográficos en los que interactuaban ciertos grupos de población con una intensidad suficiente como para lograr que, bien una parte, bien la totalidad de los restos de

su cultura física —la alfarería, la metalistería, el estilo de sus construcciones o el de sus objetos funerarios, etcétera— tuvieran un aspecto muy similar. El sistema de Cernjachov estaba dominado por el poderío militar de los godos, pero integraba a otros inmigrantes germanos llegados a la región septentrional del mar Negro, además de a los dacios indígenas de la región de los Cárpatos y a los sármatas de habla irania. Su zona de influencia se encontraba subdividida en un cierto número de reinos diferentes (véase el capítulo 3).

Dado que tenía una historia mucho más antigua, es posible que la zona de la cultura de Przeworsk estuviese más unificada desde el punto de vista cultural, y que contase con un porcentaje superior de habitantes de habla germana, pero no constituía una entidad política de mayor solidez que la formada por las zonas de la cultura de Cernjachov. Los vándalos se encontraban en el interior del marco señalado por la cultura de Przeworsk, pero lo mismo sucedía con un buen número de grupos distintos cuyas poblaciones también interactuaban con las pertenecientes al sistema de Cernjachov, ya que muchos de los aspectos de sus culturas materiales, entre los cuales cabe destacar el del trabajo del vidrio, son muy similares. La principal diferencia que puede apreciarse entre estas dos culturas reside en el hecho de que las poblaciones del sistema de Cernjachov raramente enterraban armas junto a sus muertos, mientras que las poblaciones de la cultura de Przeworsk lo hacían con regularidad.

Ambos sistemas se desvanecieron durante la época de la Roma tardía. La fecha de la desaparición de la cultura de Cernjachov se halla rodeada de un cierto grado de controversia, pero todos los que trabajan en este problema coinciden en que se eclipsó hacia el año 450.[20] De manera similar, y a pesar de que se prolongó durante algún tiempo en el norte, la cultura de Przeworsk desapareció del sur de Polonia en torno al año 420. Por tanto, las muestras tradicionales de restos materiales —que en el caso de la cultura de Przeworsk venían sucediéndose desde fecha muy remota— desaparecieron de la zona comprendida entre Ucrania en el este y Hungría en el oeste, aproximadamente entre los años 375 y 430 d. C.

En la época en que se entendía que las culturas eran equiparables a pueblos, era natural considerar que el «eclipse de culturas», según el nombre con el que ha llegado a conocerse este fenómeno, era una consecuencia de las migraciones en masa: una cultura dada desaparecía de una zona junto con el pueblo que la producía. Y dado que los vándalos y los godos, tradicionalmente asimilados a las culturas de Przeworsk y de

Cernjachov, se presentaron como inmigrantes en el mundo romano en el mismo momento en el que ambas culturas desaparecían, todo parecía seguir la lógica. Ahora bien, como lo que en realidad reflejan las culturas es la interacción de unas poblaciones mixtas, el eclipse de culturas no admite una explicación tan fácil. Las culturas germánicas de la Edad del Hierro, como las de Przeworsk y Cernjachov, se identifican en función del desarrollo, ininterrumpido a lo largo del tiempo, de ciertos elementos específicos, en especial algunos tipos de alfarería —y particularmente la cerámica fina—, al que acompañan diversos géneros de trabajos del metal, como las armas y los adornos personales. Cuando afirmamos que una cultura ha desaparecido, lo que queremos decir es que deja de manifestarse en el registro arqueológico la continuidad demostrable del desarrollo de estos objetos característicos. El hecho de si la desaparición de esos objetos significa que ha desaparecido con ellos toda la población de una zona es discutible. En época reciente, algunos autores han argumentado que los objetos característicos utilizados para identificar los sistemas de Przeworsk y Cernjachov eran en todos los casos muy costosos, y que se producían únicamente para una élite militar relativamente pequeña. Teóricamente, por tanto, su desaparición no tendría por qué significar sino que esta clase de consumidores se habría trasladado a otro lugar, dejando tras de sí a una población campesina de considerable magnitud. Dado que esta hipótesis supone que los campesinos utilizaban un tipo de alfarería tosca que es imposible de fechar, y que no poseían adornos de metal, su permanencia habría resultado invisible desde el punto de vista arqueológico. Esta argumentación encaja con otros esfuerzos realizados para explicar, pese a las pruebas escritas y arqueológicas, que las migraciones que afluyeron al interior del imperio romano a finales del siglo IV y principios del V constituyeron un fenómeno de escala relativamente reducida.

Aun aceptando que el eclipse de una cultura no implique la desaparición total de una población determinada, no considero que esta conclusión sea convincente. Si uno sitúa los acontecimientos relacionados con Radagaiso, el cruce del Rin, Uldino y los burgundios en el orden cronológico adecuado y establece entre ellos la conexión geográfica apropiada, queda claro que los años 405 a 410 asistieron a un enorme movimiento que desplazó a las poblaciones de la Germania situada al oeste de los Cárpatos. No podemos valorar con una cifra absoluta la suma de todos esos movimientos, y seguramente no podremos hacerlo nunca,

como tampoco podemos calcular qué porcentaje de la población global de las zonas afectadas participó en la emigración. Sin embargo, el eclipse de culturas muestra, como mínimo, que estos movimientos de población eran lo suficientemente significativos como para transformar la cultura material de la Europa central, de donde procedían. Además, las fuentes escritas, pese a distar mucho de proporcionarnos una información completa, confirman que no se trató de migraciones protagonizadas únicamente por una minúscula élite social —a diferencia, por ejemplo, de lo que sucedió en el caso de la conquista normanda, ya que en esa ocasión, después de los acontecimientos del año 1066, sólo se desplazaron a Inglaterra unas dos mil familias inmigrantes para hacerse con el control de los bienes y las tierras del reino anglosajón—. El contingente de Radagaiso, por ejemplo, contaba con dos categorías de combatientes, y no simplemente con sus guerreros de élite. Esta importante prueba es enteramente coherente con las indicaciones de orden más general que señalan que los grupos godos de esta época estaban integrados en todos los casos por dos clases de combatientes: los «mejores» (los hombres libres) y el resto (los libertos).[21] Además, como ya hemos visto en el capítulo 3, la sociedad germánica del siglo IV, pese a ser ciertamente jerárquica, no estaba aún dominada por el tipo de élite feudal de dimensiones diminutas que habría de prevalecer en la sociedad poscarolingia.

Unos treinta años después de que los tervingos y los greutungos cruzaran el curso inferior del Danubio se produjo una segunda crisis. La seguridad de la frontera romana, esta vez al oeste en lugar de al este de los Cárpatos, resultó violada en no menos de tres ocasiones en un breve espacio de tiempo. Las cuatro invasiones principales —protagonizadas por Radagaiso, por los vándalos, los alanos y los suevos que atravesaron el Rin, por Uldino y por los burgundios— golpearon la frontera romana en distintos puntos. Radagaiso avanzó hacia el sur y el oeste, hasta adentrarse en Italia; los vándalos, los alanos y los suevos, así como los burgundios, irrumpieron desde el oeste en dirección a la frontera del Rin y la cruzaron, mientras que Uldino marchó hacia el sur. Estos movimientos, que se originaron aproximadamente en la misma región, contribuyeron a provocar una formidable convulsión a lo largo de las fronteras europeas de Roma. Decenas de miles de guerreros, lo que significa una cifra total muy superior a las cien mil personas —y que posiblemente se elevara a varios cientos de miles— se habían puesto en camino.

Si las dimensiones y la concentración geográfica de la crisis de los años 405 a 408 no resultan fáciles de aprehender en las fuentes antiguas, sus causas son aún más difíciles de reconstruir. Siendo, como son, fragmentarias en el mejor de los casos, las fuentes escritas prácticamente se secan en este punto. Una de ellas, escrita más de cien años después de los acontecimientos, refiere que lo que había empujado a los vándalos a abandonar la Europa central había sido la escasez de alimentos, pero esto no resulta convincente. Habían vivido en esa zona durante cientos de años, y la época situada en torno al año 400 d. C. fue un período de clima óptimo, con veranos soleados y cálidos. La jactancia de Uldino (véanse las páginas 255-256) podría indicar que su motivación era la conquista pura y simple. Sin embargo, una vez más, la facilidad con la que fue aplastado sugiere que estaba lejos de tener el poder suficiente para ser un conquistador.

Desde mi punto de vista, la crisis de los años 405 a 408 ha de considerarse como una reedición de la del año 376, ya que su desencadenante fueron los nuevos movimientos de los nómadas hunos. Esto ya se ha sugerido con anterioridad en muchas ocasiones, pero a falta de una confirmación explícita, nunca ha logrado suscitar consenso.[22] Precisamente en este punto se hace importante comprender que en los acontecimientos del año 376 no se produjo la implicación directa de una gran masa de hunos.[23] En 395, veinte años después de que los godos hubieran cruzado el Danubio, la mayoría de los hunos seguía encontrándose muy al este. Ese año lanzaron un ataque en masa contra el territorio romano, pero lo hicieron a través del Cáucaso, no a través del Danubio (mapa 7). Esto se ha explicado en ocasiones como un astuto plan urdido por algunos grupos de hunos asentados en el Danubio y destinado a burlar las defensas romanas, pero, antes de que pudiesen siquiera proceder a su ofensiva, tanto los hombres como los caballos habrían llegado exhaustos tras la inevitable expedición de dos mil kilómetros necesaria para bordear la costa septentrional del mar Negro. La dirección de la que provinieron los ataques deja claro que los hunos, en fecha tan tardía como la del año 395, seguían teniendo su centro de operaciones mucho más al este, quizás en la estepa del Volga. Y además, en lo que constituye al menos una confirmación parcial de este extremo, los godos siguieron siendo, durante una o dos décadas después de los acontecimientos del

año 376, la principal oposición que encontraron los romanos al norte del bajo Danubio, como vimos en el capítulo 4.[24]

Sin embargo, hacia la década de 420 se habían establecido ya grandes masas de hunos en la Europa central, ya que ocupaban la gran llanura húngara situada al oeste de la cadena de los Cárpatos. Este punto está bien documentado. En el año 427, por ejemplo, los romanos los expulsaron de Panonia, la provincia romana más rica de la región situada al sur del curso medio del Danubio (mapa 7).[25] Y en el año 432, sabemos que un general romano que necesitó su ayuda en esa fecha viajó «a través de Panonia» para llegar hasta ellos, y además su ruta muestra que los hunos habían permanecido al oeste de los Cárpatos incluso después de su expulsión.[26] De forma similar, a principios de la década de 440, podían encontrarse tumbas reales hunas en la orilla del Danubio opuesta a la ciudad de Margus —de nuevo, decididamente al oeste de los Cárpatos (mapa 7), situación que también mantuvo la principal base de operaciones de Atila en la década de 440—.[27] Por tanto, en algún momento situado entre los años 395 y 425 el grueso principal de los hunos realizó un difícil viaje de 1.700 kilómetros hacia el oeste que le llevó desde el norte del Cáucaso hasta la gran llanura húngara.

No es tan seguro que los hunos efectuaran esa expedición precisamente entre los años 405 y 408, pero desde luego contamos con unas cuantas pistas seductoras que nos indican que eso es lo que pudo suceder. Por ejemplo, en los años 412 y 413, Olimpiodoro y su loro visitaron a los hunos con motivo de una embajada. Parte del viaje implicó la realización de una horrenda travesía por mar durante la cual su embarcación hizo escala en Atenas. Dado que Olimpiodoro trabajaba para el imperio de Occidente, debió de partir de Constantinopla. Y dado que su ruta hasta el asentamiento de los hunos pasaba por Atenas, podemos suponer que pretendía cruzar el Egeo y navegar con rumbo norte a través del Adriático, probablemente hasta Aquileya, en la costa septentrional de este mar. Esto es una indicación de que la llanura del curso medio del Danubio podía ser el emplazamiento en el que se encontraran asentados los hunos de Olimpiodoro a principios de la década de 410, ya que el puerto de Aquileya existía desde mucho tiempo atrás para comunicar con esta región (mapa 7).[28]

La confirmación de que algo muy grave se estaba tramando en la Europa central en torno al año 410 nos la brinda otra prueba, aún más indirecta. Por esta fecha, las autoridades del imperio de Oriente, radica-

das en Constantinopla, observaron un considerable aumento de la amenaza a la que estaban expuestos sus territorios de los Balcanes. En enero de 412, se puso en marcha un programa destinado a consolidar la flota del Danubio.[29] Un año después, se añadieron nuevas defensas a Constantinopla, ya que era vulnerable a los ataques que pudieran atravesar los Balcanes desde el norte. Fue entonces cuando se levantaron en la ciudad sus célebres murallas: el formidable triple cinturón de fortificaciones que, en gran parte, aún se mantiene en pie en la moderna Estambul.[30] Estas murallas fueron lo suficientemente sólidas como para mantener a salvo a la ciudad durante mil años, y ningún atacante consiguió apoderarse de ella asaltándola por su flanco terrestre hasta el año 1453, 1.040 años después de su construcción, pues sólo entonces logró un cañón turco abrir un boquete en el muro, cerca de la actual estación de autobuses situada junto al palacio de Topkapi. En ocasiones, se ha considerado que estas dos medidas defensivas se adoptaron como respuesta a los ataques realizados por Uldino en los años 408 y 409, pero en tal caso resulta extraño que se las haya pospuesto, y en cualquier caso Uldino sufrió una aplastante derrota. Por consiguiente, me parece muy tentador asociar estas medidas defensivas con la inminencia de la crucial amenaza huna.

Estas pruebas no son en modo alguno tan sólidas como nos gustaría que fuesen. Pero, como ya se ha señalado, no hay duda de que hacia el año 420, y muy probablemente en 410, los hunos abandonaron sus asentamientos del Cáucaso —adonde habían llegado hacia el año 395— para trasladarse a la gran llanura húngara. Dado que en el año 376 su llegada a los límites exteriores de Europa había provocado la aparición de los godos junto a las riberas del Danubio, es inevitable pensar que una segunda penetración huna en el corazón de Europa debió de haber tenido unas repercusiones de similar carácter espectacular.[31] Ha de señalarse también el hecho de que no contemos con la posibilidad de recurrir a *ninguna otra alternativa* seria. La política general que Roma aplicaba a los inmigrantes no había cambiado. Todos los grupos que solicitaron entrar entre los años 405 y 408 fueron rechazados, ninguno de ellos obtuvo permiso de acceso al territorio imperial. Más aún, la seguridad de la frontera romana había sido restablecida con éxito después del año 376 (y muchos de los inmigrantes de los años 405 a 408, como veremos, estuvieron a punto de morir). El cruce del Rin, en diciembre de 406, fue lo suficientemente posterior a la catastrófica derrota de Radagaiso —había sido ejecutado en agosto de ese año— para que podamos suponer que la

noticia se había filtrado ya a través de la frontera, pero eso no evitó la siguiente oleada de inmigrantes. De nuevo, todo esto sugiere que los acontecimientos de los años 405 a 408 tuvieron su origen en el lado bárbaro de la frontera, y que no dependieron de un cambio en la percepción de la política o en el poderío del imperio.

El relato exige unir algunas piezas, pero las piezas encajan. Los elementos clave son los siguientes. La intrusión de los hunos en Europa fue un proceso que se verificó en dos fases. La primera (la ocupación de las tierras situadas al norte del mar Negro) desencadenó la crisis del año 376, y la segunda (la ocupación de la gran llanura húngara), fue la causa del desplazamiento (y se vio precedida por él) que obligó a Radagaiso, a los vándalos, a los alanos y a los suevos, así como a Uldino y a los burgundios, a abandonar dicha llanura y a situarse en las inmediaciones del mundo romano. Todos estos grupos procedían de la región que iba a convertirse en feudo del poderío huno durante los cincuenta años siguientes, inmediatamente antes de que los documentos atestigüen la ocupación de esta zona por grandes masas de hunos. Esto no puede ser una coincidencia. Entre los años 405 a 408, tal como habían hecho los godos en el año 376, muchos de los habitantes de la Germania situada al oeste de los Cárpatos decidieron marcharse: los peligros inherentes a tratar de rehacer su vida en suelo romano resultaban menos inquietantes que la idea de vivir bajo la dominación huna. Y si la crisis del año 376 había sido una consecuencia de la aparición de los hunos en las estribaciones orientales de Europa, más allá de los Cárpatos, la de los años 405 a 408 vino provocada por su traslado al mismo corazón de Europa.

Por muy remoto que pueda parecer, el primer paso que conduce al saqueo de Roma del año 410 se produjo muy lejos de las costas septentrionales del mar Negro. Los ulteriores avances de los hunos provocaron una crisis en la Germania situada al oeste de los Cárpatos, y la principal consecuencia de este hecho que observaron los romanos fue la afluencia a su imperio de una inmigración de grandes dimensiones. En el imperio de Oriente, la reciente proximidad de los hunos generó un aumento de la ansiedad, y ésta se tradujo en nuevas e importantes medidas defensivas. Sin embargo, fue el imperio de Occidente el que hubo de soportar el grueso de las consecuencias, tanto en los instantes inmediatamente posteriores a los hechos como en el largo plazo. El choque de los inva-

sores con las autoridades centrales del imperio y con las élites locales romanas habría de tener repercusiones de gran trascendencia.

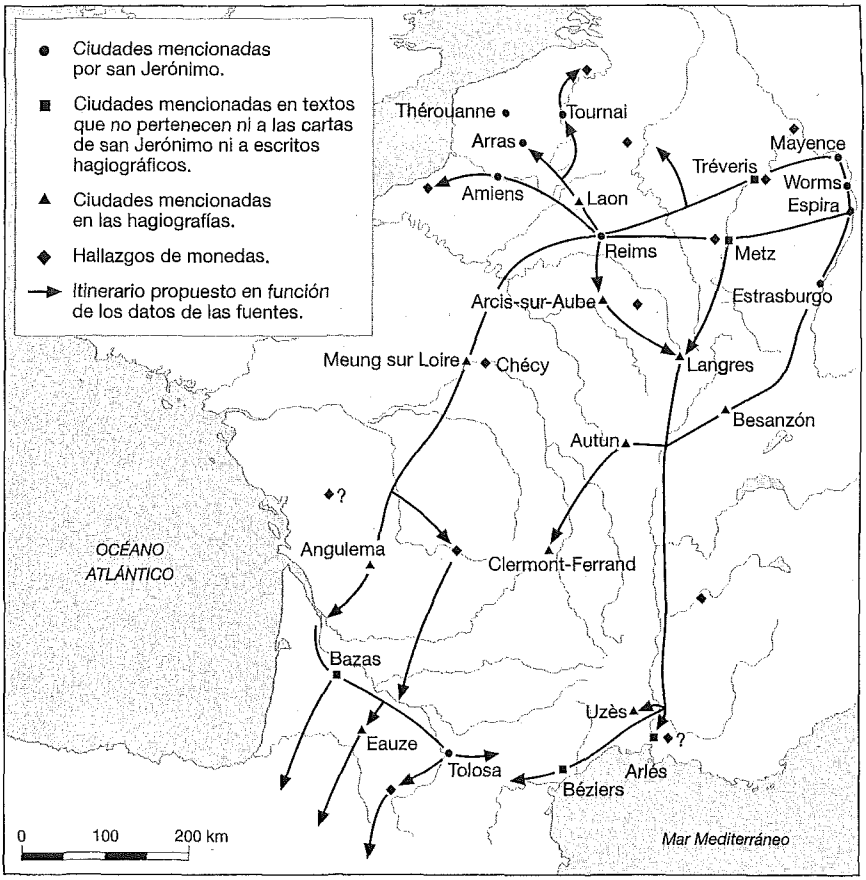
Pillaje y usurpación

Los efectos inmediatos de estos movimientos de población fueron exactamente los que cabía esperar. Ninguno de los refugiados penetró en el imperio como consecuencia de un acuerdo: todos se comportaron como enemigos y fueron tratados como tales. Al principio, los godos de Radagaiso apenas encontraron oposición, pero al llegar a Florencia, las cosas llegaron a un punto decisivo. Los godos habían organizado el bloqueo de la ciudad y la tenían reducida hasta el punto de verla ya prácticamente a punto de capitular cuando llegó, justo a tiempo, un enorme contingente romano capitaneado por Estilicón, generalísimo del imperio de Occidente. Estilicón era quien gobernaba en ese momento el imperio de Occidente, en nombre del emperador Honorio, de diez años de edad e hijo de Teodosio I. Había movilizado en su contraataque una enorme fuerza militar: treinta regimientos pertenecientes al ejército de campaña de Italia, junto con un contingente traído probablemente de la frontera del Rin,[32] a lo que se añadían las tropas auxiliares integradas por alanos y hunos.[33] El lapso de tiempo requerido para movilizar a tantos hombres explica por qué Radagaiso había podido actuar sin cortapisas en el norte de Italia durante seis meses o más. Sin embargo, cuando finalmente llegó, la respuesta romana obtuvo un éxito deslumbrante. Radagaiso fue obligado a retirarse con su ejército a los altos de Fiésole, y una vez allí se le sometió a un bloqueo. Al final, el rey godo abandonó la escena y trató de huir, pero fue capturado y ejecutado. Algunos de sus seguidores resultaron dispersados, ya que muchos de ellos fueron vendidos como esclavos, como ya se ha señalado antes.[34] Por otro lado, en algún momento de la lucha, Estilicón logró convencer a los guerreros godos de mayor rango de que se incorporasen al ejército romano. Sólo tenemos noticia de este hecho por un breve fragmento de la historia de Olimpiodoro que ha llegado hasta nosotros tal como lo conservó Focio, y no queda claro en qué momento sucedió. Pudo haber sido parte de la operación de limpieza, pero —y esto es tal vez más probable— pudo haber constituido un notable ejemplo de éxito diplomático, ya que cortó drásticamente el respaldo con el que contaba Radagaiso y echó por tierra sus posibilidades de resistir al

ejército de Estilicón. En cualquier caso, Estilicón había detenido el primero de los desafíos planteados por la crisis de los años 405 a 408.

No obstante, al enfrentarse a los vándalos, a los alanos y a los suevos fue mucho menos eficaz. El hecho de que, desde un punto de vista no romano, este ataque contra la Galia tuviera un éxito mucho mayor podría explicarse si suponemos que Estilicón había trasladado una parte del ejército galo a Italia para contribuir a la derrota de Radagaiso. Como sabemos, antes de diciembre del año 406, llevaba ya algún tiempo preparándose un conflicto en la faja de terreno comprendida entre el alto Rin y el alto Danubio. Algunos fragmentos de una historia compuesta en esa época por un tal Renato Profuturo Frigerido y conservados, junto con otros textos, en la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours, indican que, ya en el invierno de los años 401 a 402, los vándalos habían estado fomentando la discordia en las fronteras de la provincia de Recia. Ahora bien, si estas provocaciones adoptaron la forma de un intento de penetración en el imperio, no hay duda de que éste fue rechazado. La siguiente vez que encontramos a los vándalos les vemos intentar una táctica muy distinta. Hacia el verano o el otoño del año 406, los vándalos hasdingos se habían trasladado unos doscientos cincuenta kilómetros más al norte para probar suerte combatiendo contra los francos del curso medio del Rin. Según los fragmentos de Frigerido, recibieron una tremenda paliza, hasta que los refuerzos alanos salvaron la situación. No figura la fecha de este combate, pero presumiblemente tuvo lugar justo antes de que la alianza que unía a los vándalos hasdingos y silingos con los alanos y los suevos cruzara impetuosamente el Rin el 31 de diciembre del año 406. El hecho de que atravesaran el río cerca de Maguncia (mapa 8) confirma que, tras haber probado suerte en el sur, estos grupos desviaron posteriormente hacia el norte el punto de mira de su ataque, de modo que, según parece, recorrieron en círculo los principales territorios de los alamanes, y, por consiguiente, entraron en conflicto con los francos.

No es posible reconstruir en detalle la invasión del Rin: todo lo que tenemos es la silueta esquemática de un rastro de destrucción (mapa 8). Los hechos comenzaron cuando los invasores cruzaron el Rin y saquearon Maguncia para dispersarse después hacia el oeste y el norte hasta llegar a los grandes centros de población situados en el corazón de la frontera del Rin —Tréveris y Reims— y continuar después hasta Tournai, Arras y Amiens. Hecho esto, los invasores giraron hacia el sur y el este, y su



8. Los invasores del Rin en la Galia

avance les llevó, sin rumbo fijo, a cruzar las cercanías de Lutecia y a descender hasta Orleáns y Tours para llegar a Burdeos y la Galia narbonense. Todo este trayecto les llevó prácticamente dos años, y quienes nos proporcionan unas pruebas más gráficas son algunos poetas cristianos galos que extrajeron diversas lecciones morales del desastre y que, al hacerlo, nos brindan una imagen bastante buena de los acontecimientos. El más célebre de todos ellos, Oriento, escribió un espléndido verso que aparece citado en todos los buenos libros de historia: «Toda la Galia se vio invadida por el humo de una gran pira funeraria».[35] En un escrito dirigido a su esposa, otro poeta, Próspero de Aquitania, reflexiona sobre la idea de estar asistiendo al desmoronamiento de la «estructura de un mundo frá-

gil» (por más que este pasaje pueda parecer forzado, es preciso tener en cuenta que seguía las normas del género al elaborar, una por una, la lista de las categorías convencionales de la sociedad romana):

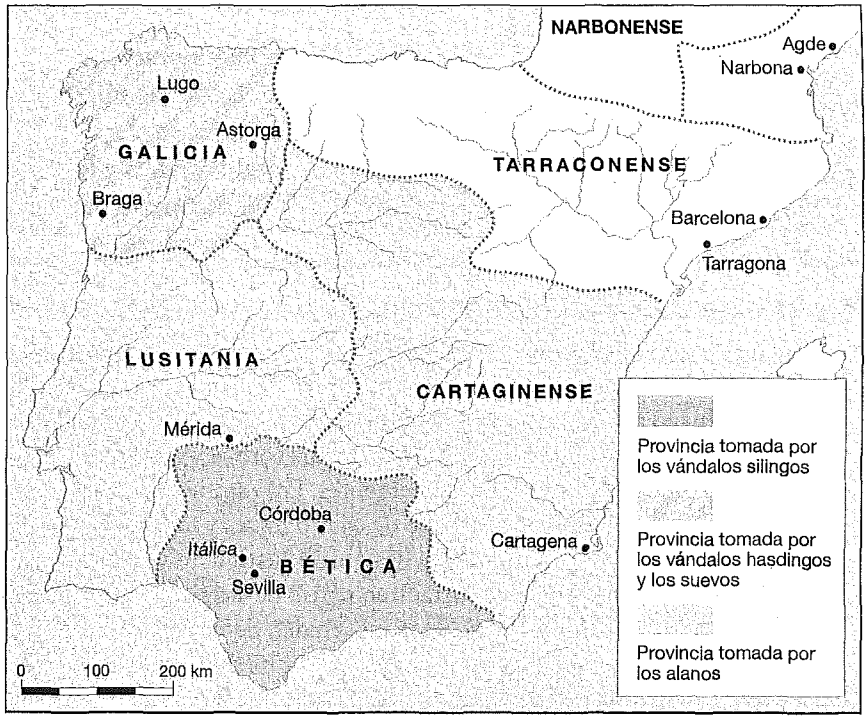
> Quien una vez labró la tierra con un centenar de arados, trabaja ahora para procurarse simplemente un par de bueyes; quien recorría con frecuencia las más espléndidas ciudades en su carruaje se halla ahora enfermo y viaja, fatigado y a pie, por la desierta campiña. El mercader que solía surcar los mares con diez arrogantes navíos embarca ahora en una lancha diminuta y él mismo es su propio timonel. Ninguna comarca ni ciudad es ya como era antes; todo se precipita de cabeza hacia su fin.

Más tarde, de forma algo más dinámica, el mismo autor nos dice: «Con la espada, la peste, el hambre, las cadenas, el frío y el calor —de mil maneras— la muerte se lleva a la desdichada humanidad».[36]

Tras saquear la Galia romana, en el año 409, este puñado de vándalos, alanos y suevos se abrió camino a la fuerza a través de los Pirineos y penetró en Hispania, donde siguió sembrando calamidades. Hacia el año 411, según nos dice el cronista hispanorromano Idacio, era tal su dominio de la Península que:

> [P]ara asentarse, se asignaron a sí mismos, por sorteo, las regiones de las provincias: los vándalos [hasdingos] tomaron posesión de Galicia, y los suevos de la parte de Galicia que [está] situada junto a la costa occidental misma del océano. Los alanos recibieron en suerte las provincias de la Lusitania y la Cartaginense, y los vándalos silingos la Bética [mapa 9]. Los hispanorromanos de las ciudades y los fuertes que habían sobrevivido a los desastres se entregaron y pasaron a servir a los bárbaros, que dominaban todas las provincias.[37]

Así, tras apoderarse de una de las zonas más prósperas del imperio occidental y repartírsela, el reguero de destrucción que habían dejado los bárbaros a su paso quedó finalmente detenido. A veces, tomando como base una fuente bizantina de mediados del siglo VI —el historiador Procopio—, se ha argumentado que este asentamiento fue organizado por las autoridades romanas centrales de Italia.[38] Sin embargo, Procopio escribía, tanto en términos espaciales como temporales, desde una posición muy alejada de estos acontecimientos, mientras que el cronista hispanorromano Orosio, que escribe aproximadamente unos quince años



9. La repartición de Hispania (411)

después de los hechos, afirma explícitamente que el asentamiento carecía de cualquier tipo de autorización.[39] Hemos de dar más crédito a su exposición. Hacia el 411, tras haber pasado cuatro años viviendo al día, los invasores del Rin se cansaron de llevar una existencia de desarraigo. En vez de avanzar y saquear indefinidamente a lo largo de toda la Europa romana, lo que necesitaban era encontrar y colonizar territorios capaces de producir rentas que les permitiesen sostenerse a largo plazo. Idacio (que era también el obispo de una pequeña ciudad situada justo en los límites de lo que hoy es Galicia, en el noroeste de España) no expresa con excesiva claridad qué es lo que sucedió exactamente, pero es fácil adivinar que los vándalos, los alanos y los suevos desviaron los impuestos recaudados por las provincias que se habían repartido, y que normalmente iban a parar al estado romano, y los ingresaron en sus propias arcas.[40] De este modo, a los incendios, saqueos y pillajes de la Galia siguió la anexión por la fuerza de Hispania, aunque esto no era más que el co-

mienzo del catálogo de desastres que habrían de producirse tras la quiebra de la seguridad de las fronteras del imperio de Occidente.

Mientras en toda la Galia e Hispania los vándalos, los alanos y los suevos lo destrozaban todo a su paso, la inestabilidad del imperio de Occidente aumentó con la aparición de un nuevo problema. Justo antes de que el emperador Honorio iniciase su séptimo consulado, en el año 407:

> las tropas estacionadas en Britania se amotinaron y entronizaron a Marco, sometiéndose a él como emperador de la provincia, sin embargo, cuando Marco se negó a acceder a sus demandas, lo mataron y nombraron a Graciano, a quien entregaron una toga púrpura, una corona y una guardia personal, tal como se hacía con los emperadores. Pero sintiéndose también a disgusto con él, lo depusieron al cabo de cuatro meses y lo mataron, nombrando sucesor a Constantino. Tras designar a Justiniano y a Nebiogasto como generales de la Galia, Constantino partió de Britania y embarcó en dirección al continente. Cuando llegó a la ciudad de Boulogne ... permaneció en ella unos cuantos días y, tras convencer a todas las tropas de la Galia y la Aquitania de que se pusieran de su parte, se adueñó de toda la Galia situada al norte de los Alpes.[41]

De todas las provincias romanas, Britania, como hemos visto en el capítulo 3, fue la más proclive a las revueltas en tiempos del imperio tardío. La cuestión no radicaba en que sus habitantes tuviesen una particular propensión al separatismo, sino en que la clase dirigente vinculada a los estamentos civil y militar tenía con frecuencia la sensación de hallarse al margen del círculo de distribución de favores y prebendas, por lo que se rebelaba en ocasiones para tratar de lograr una posición mejor. Por consiguiente, lo que buscamos no es necesariamente una motivación concreta que explique esta última serie de alzamientos, unos alzamientos que aparentemente comenzaron a producirse durante el otoño del año 406 —un poco *antes* de que los vándalos, los alanos y los suevos cruzasen el Rin—. Por otro lado, ambos fenómenos evidencian una sospechosa cercanía cronológica, y yo supongo que existe ciertamente un vínculo entre uno y otro, y probablemente dos.

En primer lugar, y por lo general, el tipo de rebelión que se producía en Britania no solía durar demasiado, y rara vez se había expandido al otro lado del canal de la Mancha y contagiado a los mucho más nume-

rosos efectivos militares y políticos de la frontera del Rin. El destino de los dos primeros usurpadores surgidos en Britania en los años 406 y 407 había sido en buena medida el más habitual: eran nulidades cuyo envite dirigido a la obtención del poder había fracasado al primer obstáculo. El tercero —conocido habitualmente como Constantino III— era un individuo muy distinto. No sólo se las arregló para evitar ser ajusticiado apenas veinte minutos después de su entronización, sino que rápidamente extendió hasta los Alpes su dominio sobre la Galia y se ganó al ejército romano del Rin. Cuando trasladó su base de operaciones a Boulogne, los vándalos, los alanos y los suevos ya habían cruzado la frontera, y en Italia, hasta el momento, las autoridades centrales romanas —Estilicón, que gobernaba en nombre de Honorio— habían sido incapaces de actuar.

Lo que aquí vemos es un nuevo ejemplo del clásico comportamiento romano. Al estar tan completamente centrado en Italia como lo estaba, el régimen de Estilicón no había sido capaz de acudir con la suficiente rapidez en ayuda de la Galia en aquella hora de necesidad, y Constantino III, tras desplazar sus estandartes a la Galia durante la primavera de 407, representaba la oportunidad de dar una respuesta efectiva al inminente desastre. Una vez que Constantino se hubo establecido al sur del canal de la Mancha, las tropas bajo su mando libraron un buen número de encarnizados combates contra los vándalos y sus compinches.[42] Probablemente, esto explica el derrotero seguido por los invasores. A medida que la respuesta romana a sus incursiones en la región situada al norte del Rin iba haciéndose más sólida, los invasores desviaron su atención hacia el sur y se dirigieron a Aquitania y los Pirineos. Orosio nos dice que Constantino estableció tratados con algunos de los grupos clientes germánicos de mayor estabilidad en la región fronteriza del Rin —los alamanes, los francos y los burgundios— con la doble intención de asegurar su propia posición y de obtener garantías de que las provincias galas no habrían de verse perturbadas por nuevas invasiones.[43] Por consiguiente, si Constantino obtuvo apoyo en la Galia se debió a que había logrado establecer un foco de resistencia romano a los invasores bárbaros, resistencia que, de forma notoria, eran incapaces de organizar las autoridades centrales de Italia. La necesidad de tal respuesta puede haber sido incluso lo que desencadenara las usurpaciones surgidas en Britania. Pese a que la primera revuelta se produjo un poco antes de que los vándalos y sus aliados cruzaran el Rin, hacía ya algún tiempo que venían gestándose los conflictos, como hemos visto. Y a pe-

sar de que el mazazo no se produjo hasta el 31 de diciembre del año 406, los círculos militares romanos situados en el Rin no podían tener la menor duda de que se avecinaba una crisis de gran envergadura. Yo sospecho que esta situación provocó una inquietud contraria al gobierno de Estilicón, circunstancia que tuvo como primer beneficiario a Constantino III.

Los godos de Alarico

Ya hemos reunido las dos terceras partes de las piezas de nuestro rompecabezas. A esta mezcla aún bastante volátil hemos de añadirle todavía un tercer elemento: los godos de Alarico, en cuyas manos habría de caer finalmente Roma. Para entender a estos godos y su papel en los acontecimientos hemos de volver la vista atrás y retroceder los veinte años largos transcurridos desde que el emperador Teodosio I hubiera devuelto al fin la paz a los Balcanes, cuatro años después de la batalla de Andrinópolis.

Los godos de Alarico eran los descendientes directos de los tervingos y los greutungos que habían negociado con Teodosio el acuerdo de paz del año 382.[44] Sus relaciones con el estado romano, como cabía esperar de un matrimonio tan apresurado (véase el capítulo 4), estaban sometidas a tensiones periódicas. Los brotes de rebeldía parcial o total eran el reflejo de una desconfianza permanente por ambas partes. Las autoridades imperiales, por su parte, hacían lo que podían —hasta cierto punto— para fomentar la confianza. En una ocasión en que un soldado godo fue ajusticiado por una multitud en Constantinopla se impuso a la ciudad una severa sanción económica. De modo similar, cuando una guarnición romana estacionada en Tomi, en la frontera del bajo Danubio, atacó a un contingente militar godo acuartelado junto a ella, el oficial romano al mando fue destituido. Estaba claro que Teodosio no deseaba permitir que los episodios que generaban fricción pudiesen desencadenar una revuelta importante, y también sabemos que, de vez en cuando, daba lujosos banquetes a los dirigentes godos.

No obstante, es obvio que los godos, o algunos de ellos, sospechaban que el estado romano seguía buscando la manera de deshacer la semiautonomía que habían logrado arrancar por la fuerza de las armas entre los años 376 y 382. En particular, la paz de 382 había estipulado que, si el imperio lo solicitaba, los godos estaban obligados a proporcionar gran-

des contingentes de hombres aptos para el servicio militar. Teodosio lo exigió en dos ocasiones, cuando hubo de enfrentarse a los usurpadores de Occidente: primero a Magno Máximo en los años 387-388, y más tarde a Eugenio, entre 392 y 393. En ambos casos, hubo algunos godos que prefirieron rebelarse, o por lo menos desertar, antes que combatir en una guerra civil romana. El motivo de este comportamiento es claro. El estado romano sólo toleraba la semiautonomía de los godos porque el equilibrio de poder imperante en materia militar le obligaba a ello. Las políticas tradicionales habían quedado suspendidas, aunque nada más que en el caso de estos inmigrantes concretos, y debido únicamente a sus victorias sobre Valente y Teodosio. La participación en los combates de cualquier guerra civil romana habría de tener necesariamente un coste en víctimas para los godos, y si sus efectivos militares se veían excesivamente mermados, no habría nada que pudiera evitar que el estado romano aplicase la política que seguía habitualmente con los solicitantes de asilo. Como hemos visto, al elogiar el tratado de paz ante el senado de Constantinopla en enero de 383, Temistio mostraba ya grandes ansias de que los godos perdieran su condición semiindependiente.

Durante la segunda de estas campañas, dirigida contra el usurpador Eugenio, se echó gran cantidad de leña al fuego del recelo godo. Teodosio había estado tratando de gobernar desde Constantinopla la totalidad del imperio, con la previsible consecuencia de que los elementos desafectos del oeste designaron a su propio candidato a gobernante. En la crucial batalla del río Frígido, en los límites de Italia, los godos se vieron en posiciones de vanguardia durante el primer día de la contienda, de resultado incierto, y sufrieron grandes pérdidas. Un informe, claramente exagerado, dice que murieron diez mil godos. Su autor, el cristiano Orosio, afirma incluso que la batalla alumbró dos victorias de Roma: una sobre Eugenio, y una segunda sobre los godos, por haber padecido tantas bajas.[45] Por tanto, al morir el emperador Teodosio a principios del año 395, los godos vieron llegado el momento de la revuelta y se mostraron dispuestos a reescribir los términos del acuerdo del año 382 para garantizarse así un mayor grado de seguridad. Y al enarbolar la bandera de la rebelión, nombraron, por primera vez desde la eliminación de Fritigerno, Alateo y Sáfrax, a un cabecilla general propio —en lo que era una contravención directa del tratado—. La elección recayó sobre Alarico, que se había hecho un nombre en una revuelta anterior, de menor envergadura, ocurrida tras la campaña de Magno Máximo. Las fuentes roma-

nas, refractarias a las iniciativas de los godos, no nos proporcionan demasiada información respecto a la forma exacta en que los godos deseaban reescribir el acuerdo de paz. Una de las cosas que querían los godos, cualquiera que fuese el nuevo pacto, era que los romanos reconociesen su derecho a tener un jefe, reconocimiento que deberían materializar concediéndole un cargo oficial como general romano de pleno derecho (*magister militum*). No está claro si el nuevo pacto estaba o no asociado a otras condiciones, pero es perfectamente posible que las hubiera —en particular, que el cargo del general fuese acompañado de elevados salarios militares para sus seguidores—.[46] Los godos ya estaban hartos de su mal concebida autonomía política en el seno del estado romano, por muy revolucionaria que hubiera podido resultar ésta en el momento de ser instituida un cuarto de siglo antes.

Hay otro elemento crucial relacionado con los godos de Alarico. En el año 376, los godos habían llegado al Danubio en dos grupos distintos, el de los tervingos y el de los greutungos, cada uno de ellos conducido por su propio cabecilla. Ambos grupos cooperaron bastante bien a lo largo de la guerra posterior, pero, con todo, siguieron produciéndose enfrentamientos asociados a su respectiva consecución de buenas posiciones. En vísperas de la batalla de Andrinópolis, Fritigerno trató de ofrecerse a Valente y de lograr que éste le reconociera como caudillo único de todos los godos. Más tarde, dos años después, ambos grupos volvieron a separarse y tomaron distintas direcciones. Lo que sucedió a continuación es objeto de disputas. Algunos autores argumentan que los tervingos y los greutungos establecieron tratados con Roma por separado. En mi opinión, el tratado del año 382 se aplicó a ambos. Sea cual sea la opción que uno considere correcta, el punto crucial —que se expone a continuación— no varía. Durante el reinado de Alarico, la antigua distinción entre los tervingos y los greutungos desapareció para siempre, y los dos contingentes se fusionaron en uno solo.[47] Ahora, el proceso que hemos venido observando en Germania, al otro lado de la frontera, entre los siglos I y IV —la aparición de grupos políticos mayores y mejor cohesionados—, se había extendido al territorio romano y empezaba a convertirse en una fuerza a tener en cuenta. Las razones que se encontraban detrás de la unificación de los godos eran muy simples, y explican por qué habían comenzado a cooperar ya durante la guerra de los años 376 a 382. Al actuar como un grupo de mucho mayor tamaño, los godos consiguieron la seguridad que proporciona el gran número y tuvieron la

oportunidad de negociar un pacto mejor, con lo que aumentaban sus posibilidades de alcanzar un mejor futuro en un mundo romano que distaba mucho de resignarse a su presencia.

La revuelta de los godos de Alarico a principios del año 395 fue por tanto un acontecimiento de gran trascendencia. Había una nueva fuerza que actuaba sin control, que trataba de vengar las bajas sufridas en el río Frígido y que deseaba reescribir el tratado de paz acordado trece años antes. Estas cuestiones revelaron no ser fáciles de resolver. Unidos, los godos eran demasiado poderosos para poder ser eliminados con rapidez. En 395, y de nuevo en 397, los godos hubieron de enfrentarse a un formidable ejército romano, pero, en la práctica, los choques fueron escasos, probablemente porque las fuerzas estaban demasiado igualadas para que cualquiera de los bandos se arriesgara a entablar combate con el enemigo.[48] Al mismo tiempo, como las viejas costumbres son difíciles de abandonar, no había ningún político romano que se precipitara a conceder nuevos términos a los godos. Al ver frustrado su deseo de un pacto político, Alarico dio rienda suelta a sus hombres. Una vez más, fue la población de los Balcanes la que sufrió las consecuencias. Tracia, en el noreste, fue el primer lugar en el que estalló la revuelta, pero entre los años 395 y 397 los godos se abrieron paso hacia el sur y llegaron a Atenas para después dirigirse al oeste y al norte, siguiendo la costa del Adriático hasta alcanzar Epiro y saquearlo a placer sobre la marcha, sin dejar por ello de sondear constantemente la posibilidad de un nuevo acuerdo político.

Durante esos años, en Constantinopla, la política de la corte fue muy tornadiza. El hijo mayor de Teodosio, el emperador de Oriente Arcadio, pese a haber cumplido ya los veinte años en 397, nunca llegó a gobernar efectivamente, pero estuvo siempre rodeado por un enjambre de políticos ambiciosos que trataban de lograr su favor para adquirir poder. Para el año 397, el chambelán eunuco, Eutropio, que era por entonces el más poderoso de aquellos cortesanos, se mostró dispuesto a negociar. Nombró a Alarico general de Roma y concedió a los godos los términos mejores y las garantías extra que exigían. Les permitió asentarse en Dacia y en Macedonia, y probablemente dispuso que se les entregara para su subsistencia la producción local, recaudada en forma de tributo en especie. El destino de Eutropio resulta muy instructivo. Por lo general, los eunucos eran personajes ridiculizados en el mundo romano, y se los consideraba inmorales y codiciosos: exactamente el tipo de individuo capaz de ablandarse con unos bárbaros que exigían dinero mediante amenazas.

Tanto por su condición de eunuco como por su labor de apaciguamiento de los godos, la posición de Eutropio era frágil, y sus adversarios lo explotaron de forma brillante. Como era de esperar, fue derribado durante el verano del año 399.[49] Sus sucesores rompieron el acuerdo establecido con Alarico y se negaron a seguir negociando.

A lo largo de los dos años siguientes, Constantinopla fue testigo de frecuentes cambios de régimen, pero ningún político del imperio de Oriente se mostró proclive a hablar con Alarico, ya que la concesión a los godos del tipo de términos que éstos podían estar dispuestos a aceptar era un suicidio político. En el año 400, Constantinopla fue el escenario de un golpe de mano político contra Gainas, un general romano de origen godo que se contaba entre quienes contendían por el poder tras la caída de Eutropio. La relevancia de Gainas —y de otros generales de origen no romano como él— era la lógica consecuencia de la reorganización del ejército a finales de la época romana. A diferencia de lo que ocurría en la Roma de los primeros tiempos, que sólo reclutaba a ciudadanos romanos para sus legiones, en la Roma tardía cualquiera podía prestar servicio en los ejércitos de campaña (*comitatenses*), que revestían una gran importancia política. No había nada que impidiera que los individuos de origen no romano ascendieran en el escalafón de los *comitatenses* y adquirieran relevancia política. En consecuencia, vemos aparecer en las crónicas de la política cortesana, de principios a mediados del siglo IV, y a partir de entonces, a una serie de generales de origen bárbaro. De vez en cuando, esos hombres albergaban, o se sospechaba que podían albergar, la intención de hacerse con la propia púrpura. Silvano, de origen franco, fue uno de estos casos: uno de nuestros historiadores, Amiano Marcelino, participó en una misión concebida para asesinarle y apartarle del poder. No obstante, era mucho más frecuente que los generales «bárbaros» forcejearan con los políticos civiles para obtener influencia a la sombra del trono. Sin embargo, con independencia de lo que puedan decir las fuentes, hostiles a los godos como se ha dicho, no hay pruebas de que estos generales no fuesen enteramente leales al imperio. Algunos de los etiquetados como «bárbaros» eran la segunda generación de una familia de inmigrantes y contaban con una educación clásica —en otras palabras, eran tan plenamente romanos como cualquier otro general.

Gainas, que en el otoño de 399 era una figura dominante en Constantinopla, fue desbancado por algunos de sus antiguos aliados a principios del siguiente año. Según parece, pertenecía a la primera generación

de una familia de inmigrantes y, por tanto, no sólo era un blanco fácil para la propaganda contra los bárbaros, sino que lo era de modo muy particular en un momento en el que los godos de Alarico destrozaban cuanto encontraban en los Balcanes. No obstante, no hay pruebas de que tuviera la más mínima intención de hacer causa común con ellos. Durante el violento golpe de mano que quebró su asidero en el poder, Gainas se las arregló para salir con vida de Constantinopla, pero varios miles de godos, entre los que se encontraban las muchas mujeres y niños que vivían en la ciudad y que formaban parte de la clase dirigente del ejército romano, fueron asesinados en masa. Durante los acontecimientos que siguieron, los godos de Alarico no se enfrentaron a la amenaza militar directa de los ejércitos romanos de Oriente, pero se vieron a partir de ese momento excluidos de la política constantinopolitana, y pronto perdieron toda esperanza de obtener un nuevo acuerdo. En el otoño del año 401, para tratar de superar el punto muerto, Alarico condujo a sus seguidores a Italia y dedicó los doce meses siguientes a tratar de arrancar un acuerdo a Estilicón, que era quien gobernaba de hecho el imperio de Occidente. De nuevo, Alarico apostó por la intimidación, pero Estilicón no mostró una apertura mayor que la manifestada en Oriente por los sucesores de Eutropio. Tras verse aislados de las fuentes de suministros conocidas y accesibles de los Balcanes, los godos se vieron en la imposibilidad de mantener indefinidamente su aventura italiana.[50] Durante el otoño y el invierno de los años 402 a 403, tras haber librado dos batallas, cruzaron los Alpes Dináricos y se retiraron a sus viejas guaridas de Dacia y Macedonia.

Alarico no había tenido elección. Y ahora debía volver a pensar en cómo conseguir que una de las dos mitades del imperio se sentara a la mesa de negociaciones. Los godos volvieron a instalarse en las mismas zonas de los Balcanes que habían ocupado entre los años 397 y 401 —con lo que reactivaron, es de suponer, las fuentes de suministros que les habían abastecido entonces—. En estos asentamientos permanecieron por espacio de más de tres años. Al quedar bloqueados en un desierto político, los godos se vieron atrapados, tanto en sentido literal como metafórico, entre las dos mitades oriental y occidental del imperio, obligados a esperar que una de las dos se decidiera a convocarles. A finales del año 406, desde Italia, llegó al fin una propuesta por parte de Estilicón —para gran sorpresa de Alarico, sospecho yo—. Exactamente cuatro años antes, el regente del imperio de Occidente había hecho uso de todas sus fuerzas para mante-

ner a raya a Alarico y a sus godos. Y ahora resulta que les solicitaba una alianza. Y lo que es aún más extraño: Estilicón había planteado su propuesta a Alarico tras la derrota de Radagaiso, en un momento en el que, como hemos visto, la frontera del Rin empezaba a mostrar ya claros signos de los tumultos que habrían de estallar en territorio romano. Sin embargo, lo que proponía Estilicón era una alianza en la que Alarico y él debían luchar contra Constantinopla, no abordar los problemas del Rin. Para comprender la conducta aparentemente extraña de Estilicón, y entender la forma en que sus consecuencias imprevistas condujeron al saqueo de Roma, hemos de fijarnos con mayor detalle en el generalísimo del imperio de Occidente y en la posición que ocupaba en el panorama global de la situación.

Estilicón y Alarico

La opinión que ha suscitado el personaje de Flavio Estilicón ha estado siempre —tanto en la época antigua como en la moderna— muy dividida. Fue un producto particularmente logrado de las oportunidades de hacer carrera que la Roma tardía ofrecía a los no romanos —como Gainas—, oportunidades que permitían alcanzar relevancia política a base de promociones militares. De madre romana, Estilicón era hijo de un oficial de caballería romano de origen vándalo y realizó una distinguida carrera militar en Constantinopla, en la corte de Teodosio I, donde ejerció toda una serie de prestigiosos cargos asociados a la plana mayor del ejército durante la década de 380 y principios de la de 390. En el año 393 acompañó a su emperador al oeste durante la campaña contra el usurpador Eugenio, y como consecuencia de esa campaña fue designado comandante del ejército imperial (*comes et magister utriusque militiæ præsentalis*) al mando de las fuerzas del imperio de Occidente. A principios del año 395, Teodosio murió inesperadamente en Milán a la edad de 49 años, y según parece, había designado a Estilicón tutor de su hijo menor, Honorio, que también había venido a vivir al oeste. Esto es al menos lo que dijo Estilicón al referir la conversación que había tenido con el emperador en su lecho de muerte, pero no había habido nadie más presente que pudiera desmentirlo. El hijo mayor de Teodosio, Arcadio, quedó encargado de gobernar el imperio de Oriente desde Constantinopla. Honorio, que había nacido en septiembre del año 384, tenía menos de diez

años cuando murió su padre, y por consiguiente, las riendas del poder quedaron con toda naturalidad en manos de Estilicón.

Hasta este momento, la carrera del general se había centrado por completo en Oriente, pero ahora se veía como gobernante indiscutido de Occidente. Uno de los claros signos de la necesidad que tenía de tender puentes a cualquiera que ejerciese algún poder o influencia es su esmerado coqueteo con el antiguo senado romano. En mayo del año 395, promulgó una ley por la que se rehabilitaba a todos aquellos que hubieran ejercido un cargo a las órdenes del usurpador Eugenio —un gesto de enorme trascendencia para granjearse el favor del senado—.[51] En algún momento posterior al año 395, nuestro viejo amigo Símaco —que disfrutaba de una estancia estival en la India, a juzgar por su correspondencia— pasó de pronto a formar parte del círculo que recibía las atenciones de Estilicón.[52] Posiblemente las dos terceras partes de las cartas de Símaco que han llegado hasta nosotros fueron escritas entre el año 395 y el año de su muerte, en 402, y estas últimas cartas nos muestran que era un hombre de considerable influencia. Y es que hay algo que así nos lo indica: el hecho de que pudiera ahorrarle a su yerno, Nicómaco Flaviano, las consecuencias de haber prestado servicio como prefecto urbano en tiempos de Eugenio, y de que lograse culminar la consolidación de su rehabilitación política con un nuevo nombramiento como prefecto urbano, cargo que ejerció entre los años 399 y 400, en época de Honorio y de Estilicón, y todo ello sin dejar de proteger la fortuna en tierras que poseía Nicómaco.[53] Pese a no desempeñar ningún cargo formal, Símaco también intervino en la esfera pública. Lo hizo en el año 397, fecha en la que desempeñó un papel sustancial, como veremos, al conseguir que el senado declarase enemigo público a Gildo, el comandante del ejército del norte de África que se había rebelado contra Estilicón en favor de Constantinopla.

Durante más de una década, y como consecuencia de sus solícitos coqueteos políticos, Estilicón conservó el poder, lo que no era pequeña proeza, dadas las vicisitudes que la fortuna había sembrado en su camino —y a pesar de que una parte de esas vicisitudes se las hubiera buscado él mismo—. Nunca se sabrá la auténtica verdad sobre los deseos expresados por Teodosio en su lecho de muerte, pero poco después de su desaparición, Estilicón proclamó que el emperador había ordenado en su agonía que él fuese el tutor de sus *dos* hijos. Éstas fueron las palabras que pronunció el poeta Claudiano, permanente asesor político de Esti-

licón en Roma, ante el senado: «Y entonces, Estilicón, se confió a tu cuidado el poder de Roma; en tus manos recayó el gobierno del mundo. La pareja majestad de los hermanos y los ejércitos de las dos regias cortes quedaron a tu cargo».[54] Todo sugiere —al menos en lo que concierne a Arcadio— que se trataba de una mentira que autorizaba a Estilicón, de forma muy conveniente para él, a tratar de hacerse con el poder en el imperio de Oriente, de donde era originario, y a añadir ese poder al que ya poseía en el imperio de Occidente, donde sólo hacía muy poco tiempo que se había instalado. Estilicón se dispuso a actuar en consecuencia. En los años 395 y 397, el objetivo subyacente de sus dos intervenciones en el territorio oriental contra la revuelta de los godos de Alarico había sido establecer sus credenciales como salvador —y por tanto gobernante natural— del imperio de Oriente. En Constantinopla, estas ambiciones suscitaron la firme oposición de quienes tenían allí un poder similar al suyo. Como hemos visto, estos opositores se hallaban enzarzados en una lucha intestina para tratar de controlar al inactivo Arcadio, y lo último que deseaban todos ellos era ver aparecer a Estilicón cabalgando en el horizonte para acudir en su rescate. No es de extrañar, por tanto, que ahora le mantuviesen a raya arrojando en su dirección todos los dardos a los que pudieran recurrir.

El más peligroso de esos dardos hirió el aire en el otoño del año 397, fecha en la que se logró convencer al ya mencionado comandante militar de África, Gildo, de que pusiese su lealtad al servicio de Constantinopla. Esto constituía una enorme amenaza para Estilicón, porque el cereal de África servía para alimentar a la ciudad de Roma. Toda interrupción del suministro podía socavar rápidamente su posición política. Sin embargo, abordó la crisis de forma brillante, ya que envió al hermano de Gildo, Mascezel, al norte de África. Dado que Gildo había sido el responsable de la muerte de sus hijos, Mascezel tenía cuentas que saldar. La revuelta terminó en julio de 398, y África volvió a profesar su tradicional lealtad al imperio de Occidente antes de que llegara la cosecha de ese año. Estilicón superó igualmente la invasión que realizó Alarico en Italia entre los años 401 y 402, una invasión que las autoridades de Constantinopla probablemente no permitieron pero que, ciertamente, tampoco se esforzaron por impedir. Más tarde, exactamente tres años después, llegaron Radagaiso y su horda de godos. Y una vez más, Estilicón salió airoso —y, al final, con bastante holgura—. En el transcurso de todos estos trances fueron muchos los elementos que contribuyeron a

respaldar su poder —las clases dirigentes central y regional, el senado de Roma y la burocracia imperial, por mencionar sólo tres—. Sin embargo, un factor había sido clave: su relación con el hijo de Teodosio, Honorio. En el año 398, para tener bien sujeto al emperador a medida que Honorio se adentraba en la adolescencia, Estilicón lo casó con su hija María. Esto añadió una seguridad aún mayor a la posición del general, pero al llegar la madurez del emperador, sus relaciones con Honorio iban a precisar más de un ajuste.

Hasta agosto del año 406, Estilicón caminó sin mayores contratiempos por la cuerda floja. No había conseguido unir al este y al oeste, pero seguía teniendo a Honorio en un puño. Se había logrado persuadir a África de que renovase su lealtad con el imperio de Occidente, y se había hecho frente con éxito a dos ataques de los godos contra Italia. Y después, en la estela de los acontecimientos derivados de la derrota de Radagaiso, sucedió el episodio más misterioso de la carrera de Estilicón. En aquel momento, las cosas ya se estaban torciendo en el norte. En Britania había estallado la primera de las usurpaciones. Había combates al este del Rin, y todo indicaba que la agitación iba a salpicar al territorio romano (aunque nadie sospechaba ni remotamente las dimensiones que habría de adquirir el inminente cruce del Rin ni la forma que iba a adoptar). Sin embargo, como hemos visto, en lugar de desplazarse al norte con todos los soldados bien preparados que pudiese reunir, Estilicón entabló un nuevo combate con sus adversarios de Constantinopla. Al reanudar las hostilidades a finales del año 406, su objetivo era mucho más limitado que el que le había animado en los años 395 y 396. Exigía la devolución de las diócesis de Dacia y Macedonia (la mitad oriental de la prefectura del Ilírico), cuyo control administrativo había sido transferido a Constantinopla durante el reinado de Teodosio. Entonces, con la amenaza de emprender una guerra si el imperio de Oriente se resistía, buscó una alianza militar con los godos de Alarico.

Desde luego, es posible que Estilicón haya sido simplemente víctima de un error de juicio catastrófico, debido a que, por un lado, estaba obsesionado con sus ambiciones en Oriente y a que había subestimado, por otro, la crisis del norte. Pero a pesar de que es probable que no lograse comprender que la crisis estaba a punto de convertirse con rapidez en un desastre, no creo que hubiera perdido tan completamente la orientación. Y no soy el único que sostiene esta opinión. Aquí, el factor crucial radica en que Estilicón ya no estaba tratando de hacerse con el poder en

Constantinopla. Su objetivo, mucho más restringido —volver a ser el dueño de Dacia y Macedonia en el Ilírico oriental— sugiere que lo que estaba en juego era algo más concreto que la pura vanagloria. Las montañas y las cuencas altas del Ilírico oriental eran uno de los territorios tradicionales en los que el ejército romano procedía a reclutar soldados (así que cumplían un poco la función que desempeñaban las regiones montañosas de Escocia para el ejército británico). Por consiguiente, se ha sugerido que esta ambición aparentemente extraña de controlar el Ilírico oriental a finales del año 406 estaba vinculada a la crisis que venía desarrollándose en el Rin. Estilicón necesitaba desesperadamente efectivos militares, así que la recuperación del Ilírico oriental podía haber sido un astuto plan para asegurarse la posesión de una fuente vital de reclutas. Ahora bien, convertir a los reclutas en soldados lleva tiempo, y tiempo era algo de lo que manifiestamente carecía Estilicón. No obstante, existía en el Ilírico oriental una fuerza militar disponible de inmediato y con plena instrucción y experiencia —avezada incluso en la batalla—: los godos de Alarico.

Para comprender cuál era la relación entra la contienda sostenida con Constantinopla por la posesión del Ilírico oriental y la obtención del apoyo de Alarico en la lucha contra la vasta amenaza del norte, hemos de tener en cuenta también los proyectos de los godos. Tal como había mostrado en repetidas ocasiones desde el año 395, Alarico estaba perfectamente dispuesto a fraguar una alianza militar con el estado romano, pero la contraprestación recibida debía ser la adecuada, y tendrían que rectificarse de forma sustancial las deficiencias que percibían los godos en la paz del año 382. Como sabemos, esto implicaba el reconocimiento pleno de su jefe común y la designación, legítimamente acreditada, de una comarca que les reportara ingresos y atendiese a su sustento. (Esto es lo que habían conseguido de Eutropio en el año 397, y a lo que aún seguían aspirando a finales de la década de 400.) Para Estilicón y Alarico, el único problema consistía en decidir con exactitud en qué lugar habían de establecerse los godos. En 406, y dejando a un lado su breve incursión en Italia, llevaban ya nueve años ocupando Dacia y Macedonia —desde 397—. Sin embargo, el Ilírico oriental, contrariamente a la tradición establecida, formaba en aquel momento parte del imperio de Oriente. De este modo, Estilicón se vio enfrentado a un dilema. Podía hacer que los godos se trasladaran de los territorios que habían estado ocupando durante casi toda una década a las tierras que *él* controlaba.

Esto le otorgaría el derecho a concederles el asentamiento plenamente legal que exigían, pero habría de conllevar necesariamente una enorme desorganización, tanto para los godos como para los terratenientes romanos afincados en cualquier territorio occidental al que pudieran ser trasladados los godos —lo que tal vez fuese más importante desde el punto de vista de Estilicón—. La alternativa consistía en conceder a los godos legitimidad para controlar los territorios que *ya* poseían, lo que, para Estilicón, implicaba obligar a Constantinopla a volver a poner el Ilírico en sus manos. Esta última fue la elección por la que finalmente se decidió, y era, si se reflexiona sobre ello, el medio más sencillo de poner a los godos de su parte. Consideradas a esta luz, las políticas de Estilicón distan mucho de resultar descabelladas.

Una alianza con el gran grupo de godos de Alarico le permitiría disponer de los efectivos militares que necesitaba para hacer frente al caos que estaba a punto de producirse en el norte, y no causaría una gran desorganización en los territorios occidentales. Y si todo esto significaba una pendencia con Constantinopla, tendría que asumirla.[55]

La caída de Estilicón y sus consecuencias

Para el asalto del imperio de Oriente, y como parte del trato entre Estilicón y Alarico, se acordó que los godos contarían con el refuerzo de un importante contingente del ejército romano de Italia. Yo imagino que Estilicón supuso que, en vez de un ataque en toda regla contra Constantinopla, la exhibición de sus recursos militares bastaría para conseguir que el imperio de Oriente devolviese las diócesis en disputa. Para este fin, Alarico desplazó sus fuerzas a Epiro (la actual Albania), una comarca que se encontraba aún dentro de lo que formalmente era el Ilírico occidental, es decir, territorio del imperio romano de Occidente, y esperó a que las tropas de Estilicón se reuniesen con él tras cruzar el Adriático. Dado que en los Balcanes era imposible organizar campañas a gran escala durante el invierno, es probable que los planes para el ataque se concibiesen para el verano siguiente, en 407. Sin embargo, fueran cuales fuesen los planes, la velocidad con la que habían de desarrollarse los acontecimientos de Britania y Galia iba a hacerlos naufragar. Hacia los meses de mayo y junio del año 407, momento en el que podía volver a contem-

plarse la posibilidad de una gran campaña en los Balcanes, los vándalos, los alanos y los suevos cruzaron el Rin y se desparramaron por toda la Galia. Y lo que era aún peor, Constantino III había atravesado ya el canal de la Mancha y había unido tras su estandarte a buena parte de la clase dirigente militar de la Galia. En esas circunstancias, era imposible hacer cruzar el Adriático a una gran porción del ejército de Italia. Por consiguiente, en vez de reforzar a Alarico en Epiro, la única iniciativa que tomó Estilicón en el año 407 fue enviar a uno de sus generales, un godo llamado Saro, a la Galia para que intentara sofocar la usurpación de Constantino antes de que adquiriera mayores proporciones. El intento fracasó.

Al principio del año 408, la posición de Estilicón era precaria. Constantino y los bárbaros maniobraban en distintas partes de la Galia, y la provincia entera, junto con Britania, había escapado al control del centro. El norte de África e Hispania seguían de su lado, pero, en Epiro, Alarico empezaba a inquietarse. Sus godos llevaban ya un año asentados en la zona, en espera de que llegaran las legiones, y la situación de la Galia seguía siendo demasiado crítica para que pudiese confiar en que las cosas fueran a cambiar pronto. También intervenía otro factor. El dominio de Alarico sobre sus propios hombres no era en absoluto inquebrantable, y era preciso tener contentos a los soldados de menor rango. ¿Estaba Estilicón realmente dispuesto a cumplir sus promesas?

Hacia la primavera del año 408, Alarico se sintió ya lo suficientemente preocupado como para solicitar que se le diese una explicación tranquilizadora. En un gesto que no se salía de lo razonable, recordó a Estilicón que sus fuerzas no habían recibido aún ninguna ayuda económica, y menos aún militar, y exigió mil ochocientos kilos de oro. Tras amenazar con desencadenar una guerra si no se le pagaba, Alarico y sus godos avanzaron hacia el norte y el oeste para llegar a la provincia romana del Nórico (la actual Austria), al pie de los Alpes, donde se encontraban en una posición favorable para penetrar en Italia si se hacía necesario. No era ésta la respuesta más amistosa que podía dar un supuesto aliado al apuro en que se encontraba Estilicón, pero Alarico tenía que dar satisfacción a sus propios apoyos —y debemos recordar que Estilicón no había derramado ni una lágrima al obligar a los godos a abandonar Italia en los años 401 y 402—. Se dice que el emperador y la mayor parte del senado estaban dispuestos a combatir a los godos. Sin embargo, estas acciones habrían añadido un tercer enemigo formidable

a los invasores del Rin y a Constantino III, así que Estilicón defendió un punto de vista distinto. El senado se reunió en Roma para un debate en toda regla, y Estilicón planteó sus argumentos. Consiguió salirse con la suya, y el senado aprobó el pago del oro. No obstante, la oposición no quedó callada, y un tal Lampadio ha pasado a la historia por su sentencia: «Esto no es paz, sino un pacto de servidumbre» (*non est ista pax sed pactio servitutis*). Al llegar a este punto, Estilicón había agotado prácticamente los últimos recursos del capital político que aún le quedaba, pero el destino aún no había acabado con él.

El 1 de mayo de 408, murió el emperador de Oriente, Arcadio, hermano mayor del emperador de Occidente, Honorio. Dejaba como heredero a un hijo de siete años de edad, Teodosio II. Una vez más, el emperador y el general estuvieron en desacuerdo. Estilicón quería ir a Constantinopla para defender los argumentos con los que pretendía solucionar los asuntos del imperio de Oriente, pero Honorio deseaba hacer lo mismo. En lo tocante al pago debido a Alarico, Estilicón salió airoso, y sugirió asimismo que, mientras tanto, Alarico debía ser enviado a la Galia. Sin embargo, la brecha que separaba al emperador del general había quedado perfectamente de manifiesto, y un alto funcionario de la corte, Olimpio, que en su momento había sido designado por Estilicón, hizo todo lo posible por ensanchar la fisura. La voluntad de Estilicón había prevalecido en todos los asuntos, pero el imperio de Occidente seguía en un estado espantoso. Constantino III se había instalado ahora en Arles, en el sur de la Galia, y rondaba por los desfiladeros que habrían de permitirle penetrar en Italia. Había bárbaros por toda la Galia, y Alarico, que ya había recibido su oro, seguía estacionado en el Nórico, desde el que divisaba los pasos orientales de los Alpes. No es de extrañar, tal como indican las fuentes, que Estilicón dedicara todo el verano del año 408 a concebir planes en vez de a ponerlos en práctica: todo el edificio imperial estaba derrumbándose a su alrededor. En este punto, señala Zósimo, Olimpio sacó el as que guardaba en la manga:[56] «Estilicón», dijo, «estaba planeando viajar a Oriente para participar en una conjura destinada a derrocar al joven Teodosio y entregar el imperio de Oriente a su propio hijo, Euquerio».

Este mensaje se repitió en cuantas ocasiones se encontraron para ello, y fue cuidadosamente difundido entre las tropas romanas del ejército de Italia, concentradas en el cuartel general principal de Pavía (Ticinum). Cuando llegó Honorio para pasar revista a este contingente, antes de

enviarlo —el 13 de agosto— a luchar contra Constantino III, las tropas se amotinaron y mataron a muchos de los principales valedores con que contaba Estilicón en los niveles más altos del escalafón. Al enterarse de las noticias:

> [Estilicón] reunió a los jefes de todas las tropas bárbaras aliadas que estaban con él para celebrar un consejo y decidir lo que había de hacerse. Todos se mostraron de acuerdo en que si el emperador había sido asesinado, extremo que aún era dudoso, los aliados bárbaros debían caer todos de golpe sobre los soldados romanos y dar una lección al resto, pero que en caso de que el emperador se encontrara a salvo, e incluso en el caso de que los funcionarios de su administración hubieran sido muertos, sólo los instigadores del motín debían recibir castigo ... Sin embargo, cuando supo que no se había ofendido al emperador, Estilicón decidió no seguir con sus planes de escarmiento a los soldados y regresar en cambio a Ravena.

Estas tropas bárbaras estaban compuestas principalmente por los cerca de veinte mil seguidores del rey godo Radagaiso. Estilicón los había reclutado tras la derrota de su rey y constituían un grupo independiente en el seno del ejército romano. Nada sugiere que hubiese tipo alguno de división en los otros regimientos regulares y, tras la caída de Estilicón, muchos soldados no romanos que habían sido reclutados a lo largo de los años, continuaron sirviendo en ellos. En Ravena, Estilicón buscó en un primer momento refugio en una iglesia, pero después se rindió, a sabiendas de que le esperaba una muerte cierta, y no permitió que sus partidarios personales intervinieran. Fue decapitado el 22 de agosto.

Así pereció, tras trece años en el poder, el generalísimo del imperio de Occidente. Muchos de los principales hombres designados por él habían muerto en el motín de Pavía, y otros se veían ahora acorralados y eliminados. Su hijo Euquerio fue arrestado y ejecutado, y Honorio se divorció de su hija. El cambio de régimen al estilo romano era —como muchos de sus políticos— terrible, brutal y concienzudo. La última mala pasada de Olimpio a su antiguo mentor adoptó la forma de una serie de leyes promulgadas entre los meses de septiembre y noviembre del año 408 por las que se confiscaban todas las propiedades de Estilicón y se castigaba a todo aquel que hubiera tratado de apropiarse de algo que hubiese pertenecido a ese «salteador público».[57] En mi opinión, tal como sucede

en *Macbeth* con el barón de Cawdor, ninguno de los actos de su vida le hace tanta justicia como su modo de abandonarla. Prefirió morir en silencio a conmocionar lo que quedaba del estado romano con una nueva guerra civil. Lo que ha llegado hasta nosotros es la imagen de un leal servidor del estado de considerable talla. Al menos, la mejor de nuestras fuentes, Olimpiodoro, le tenía mucha simpatía. Pese a que un historiador griego contrario a los bárbaros, Eunapio, le acuse de actuar en connivencia con Alarico desde el comienzo de la década de 390, no existe el menor signo de que el hecho de ser hijo de padre vándalo le hiciera comportarse de un modo que no cuadrase a un leal oficial romano. Estilicón tuvo simplemente la mala suerte de ser quien ejercía la autoridad en el momento en que los hunos rompieron el equilibrio de poder sobre el que se había asentado tradicionalmente el imperio. No hay muchos individuos en la historia capaces de bregar con éxito —y al mismo tiempo— con un emperador inquieto, con los vándalos, con los alanos y los suevos, con una usurpación de gran envergadura y con un inmenso grupo de godos.[58]

La cordura de las medidas políticas adoptadas por Estilicón se hace patente en los acontecimientos que siguieron a su muerte. El nuevo régimen, encabezado por Olimpio, que se había autoproclamado jefe de los servicios burocráticos (*magister officiorum*) —un importante cargo administrativo sobre el que recaía una amplia gama de responsabilidades, no muy distinto al puesto de primer responsable de la administración pública—, dio un vuelco completo a las medidas adoptadas por Estilicón. El orden del día estuvo presidido por la guerra contra los godos, y no por la paz con ellos, y la oferta de Alarico, que había propuesto un canje de rehenes a cambio de una compensación económica y de su retirada de las estribaciones de Italia, fue categóricamente rechazada.

Los godos volvían a encontrarse ahora en un desierto político, peor aún en algunos aspectos peor que el padecido antes del año 406. Entonces tenían al menos una base bien establecida. Ahora se encontraban en cambio en un territorio con el que no estaban familiarizados y carecían de todo vínculo con los pobladores locales capaces de proporcionarles alimento. Sin embargo, había un importante aspecto que iba a permitir que los godos de Alarico se encontraran muy pronto en mejor situación que antes. Poco después de la ejecución de Estilicón, los efectivos del ejército de Italia de origen romano organizaron una serie de matanzas selectivas contra las familias y las propiedades de los soldados bárbaros reclutados

por Estilicón, muchos de los cuales habían sido anteriormente seguidores de Radagaiso. Estas familias, que se encontraban acuarteladas en varias ciudades italianas, fueron asesinadas en masa. Furiosos, los hombres se pusieron de parte de Alarico e hicieron aumentar así el número de sus fuerzas de combate a, quizá, cerca de treinta mil efectivos. Ahora bien, este primer refuerzo no iba a poner punto final al asunto. Más tarde, estando los godos acampados en las afueras de Roma en el año 409, se les unió un gran número de esclavos, con lo que las fuerzas de Alarico se elevaron a cuarenta mil combatientes. Una vez más, sospecho que es más probable que la mayoría de esos esclavos fueran los seguidores menos afortunados de Radagaiso y no un grupo de ex pasteleros romanos. Exactamente tres años después de que los miembros de varias hordas de Radagaiso hubieran sido vendidos como esclavos, Alarico les ofrecía un medio para poner fin a la servidumbre que les ataba a los romanos.[59]

Durante el otoño del año 408, Alarico, que ahora se hallaba al mando de un enorme grupo de godos, mayor que cualquiera de los vistos hasta entonces, realizó una atrevida jugada. Reunió a todos sus hombres, incluidos los estacionados en Panonia con su cuñado Ataulfo, marchó a través de los Alpes y penetró en Italia, sembrando la destrucción por doquier a medida que avanzaba directo hacia Roma. Llegó a las puertas de la ciudad en noviembre y rápidamente le puso cerco, evitando así la entrada de todo suministro de alimentos. Pronto se comprendió, sin embargo, que Alarico no tenía la menor intención de tomar la ciudad. Lo que quería —y lo que obtuvo al terminar el año— era, evidentemente, un buen botín. El senado romano accedió a pagarle un rescate de 2.200 kilos de oro y 13.600 de plata, junto con una ingente cantidad de sedas, pieles y especias —lo que le resultaba particularmente práctico en aquel momento, ya que tenía un ejército recién reclutado cuya lealtad debía conquistar—. Sin embargo, como habían venido haciendo desde el año 395, los godos continuaron haciendo esfuerzos para lograr un *modus vivendi* con el estado romano. Además, Alarico quería que el senado le ayudara a conseguir este objetivo, el más importante de toda su carrera política. Una embajada senatorial actuó debidamente como mediadora ante Honorio y abogó en favor de un intercambio de rehenes y de una alianza militar. El emperador dio muestras de aprobación, así que los godos levantaron el asedio y se retiraron al norte, a la Toscana.

Sin embargo, Honorio estaba intentando ganar tiempo, o quizá no estuviera seguro de lo que debía hacer. La influencia de Olimpio seguía

siendo lo suficientemente fuerte como para impedir que el acuerdo se ratificase, y por ello Alarico, enfurecido como nunca por la emboscada en que había caído una parte de sus tropas cerca de Pisa, regresó a Roma para grabar a fuego su descontento en la ciudad. Como consecuencia de la presión ejercida por los godos, una nueva embajada senatorial, acompañada esta vez por una escolta de godos, partió rápidamente hacia el norte, a Ravena —convertida ahora en el corazón político del imperio—, donde se había establecido Honorio. Había llegado la hora de hablar, declararon. Esto bastó para anular la credibilidad de que gozaba Olimpio ante el emperador. Simplemente no era posible movilizar al ejército romano de Italia y atacar a los godos —las fuerzas de ambos bandos estaban demasiado igualadas para tener alguna certeza de victoria, y un choque frontal entre godos y romanos habría permitido que Constantino III cruzara los Alpes—. La única alternativa era negociar. Para el mes de abril de 409, el hombre que gozaba de mayor influencia con el emperador era un antiguo partidario de Estilicón, Jovio, el prefecto pretoriano de Italia al que en su día había enviado el generalísimo romano como enlace con los godos que aguardaban en Epiro su llegada para poner en marcha el proyecto de campaña conjunta contra el imperio de Oriente. Las negociaciones entre Alarico y Jovio comenzaron en Rímini, y si las perspectivas de paz parecían buenas se debía precisamente a que el imperio tenía pocas bazas con las que regatear. Constantino III seguía en Arles, atareado en culminar la promoción de sus hijos a la púrpura —lo que constituía para Honorio una amenaza directa de inminente cambio dinástico, si alguna vez hubo tal cosa en Roma—. De hecho, Honorio tenía ahora tanto miedo de Constantino que en algún momento de principios del año 409, en lo que era un acto de reconocimiento formal, le envió una toga púrpura. El intento realizado por algunos de los oficiales de Honorio de infiltrar en Roma una guarnición de seis mil hombres también terminó en desastre, ya que apenas un centenar de soldados consiguió introducirse en la ciudad. Mientras tanto, las tropas de Ravena empezaban a sentirse inquietas. Por tanto, a Honorio le resultaba simplemente imposible plantearse siquiera la posibilidad de un combate. Alarico lo sabía, como revelan sus primeras exigencias. Esto es lo que nos dice Zósimo:[60] «Alarico exigió que se le entregara todos los años una cantidad fija de oro y grano, y que a él y a sus seguidores se les permitiese vivir en las dos Venecias, en el Nórico y en Dalmacia». Jovio accedió y solicitó también que Honorio elevara formalmente a Alarico al máximo gene-

ralato del ejército imperial (*magister utriusque militiæ*). El acuerdo habría hecho ricos a los godos y convertido a su caudillo en un personaje de gran influencia en la corte. Situaría además un ejército godo a cada lado de los principales desfiladeros cercanos a Ravena que daban acceso a Italia desde Oriente.

Había no obstante un punto de desacuerdo. Honorio estaba dispuesto a acceder a las demandas de oro y grano, pero no a la concesión del generalato. Respondió con una carta insultante que fue leída en voz alta durante las negociaciones. Alarico se enfureció —pero después, en un giro fascinante, cambió de opinión—. En esta ocasión se hizo con los servicios de unos cuantos obispos romanos que actuaron como embajadores suyos. Éste fue el mensaje que transmitieron:

> Alarico no quería cargos ni honores, y tampoco deseaba ya establecerse en las provincias que había enumerado anteriormente, pedía únicamente los dos Nóricos, que se encuentran en los últimos confines del Danubio, se hallan sometidos a continuas incursiones, y apenas pagan impuestos al tesoro. Además, se conformaría anualmente con la cantidad de grano que el emperador considerara suficiente, y se olvidaría del oro ... Cuando Alarico hizo tan justas y prudentes propuestas, todos se maravillaron de la moderación de aquel hombre.

Se había esfumado el protectorado adjudicado a los godos, se habían esfumado también los pagos de oro: los godos podían vivir tranquilamente en una provincia fronteriza, muy lejos de Ravena. La moderación de Alarico puede resultar sorprendente, pero revela que tenía una visión general de los acontecimientos. En aquel momento tenía el suficiente poderío militar para hacerse prácticamente con cuanto quisiera, pero estaba dispuesto a dejar a un lado esa ventaja para canjearla por un acuerdo de paz estable con el estado romano. Debía tener la fuerte impresión de que el imperio podía ser capaz de volver a reunir en algún momento sus fuerzas latentes, y eso le exigía una actitud en la que primase la seguridad.

Sin embargo, la inquietud seguía adueñándose de la corte de Honorio. El historiador Olimpiodoro consideró que la revisión que acaba de hacer Alarico de los términos del acuerdo era enormemente razonable, pero la propuesta fue nuevamente rechazada. Así las cosas, Alarico regresó una tercera vez a Roma, levantó un segundo cerco y decidió aumentar sus exigencias. A finales del año 409 convenció al senado para que eli-

giera a un emperador escogido por los propios godos, Prisco Atalo, y durante un tiempo el imperio de Occidente dispuso de un tercer Augusto junto a Honorio y a Constantino III. Atalo, que procedía de una destacada familia de senadores, llevaba más de una década descollando en la vida pública. Las embajadas que le llegaban a Honorio procedían ahora del propio senado y le amenazaban con la mutilación y el exilio. El propio Alarico —al que Atalo acababa de nombrar general en jefe— procedió a someter a la mayor parte de las ciudades del norte de Italia y a asediar Ravena. Se enviaron además otras fuerzas al norte de África, que había permanecido leal a Honorio. Hubo un momento en que Honorio estuvo dispuesto a huir, pero en el último instante llegaron cuatro mil soldados de Oriente para garantizar la seguridad de Ravena, y se envió al norte de África la suficiente cantidad de dinero como para acreditar la lealtad del ejército de Italia. En dos ocasiones Atalo trató de apoderarse, aunque sin demasiado entusiasmo, del norte de África, pero se negó a servirse de ninguno de los hombres de Alarico. El dirigente godo se hartó. Tal vez su idea original consistiera en nombrar a un emperador sumiso a su persona, o quizás el ascenso de Atalo hubiese sido desde el primer momento una estrategia para la negociación. Fuera como fuese, en julio del año 410 Alarico depuso a Atalo y reanudó las negociaciones con Honorio, quien —gracias a la llegada de las tropas de Oriente y de los fondos de África— había recobrado la confianza. Se concertó una reunión, y Alarico se trasladó a unos sesenta estadios (unos doce kilómetros) de Ravena. Mientras tanto, algunos individuos maliciosos del ejército de Honorio estaban en contra de toda negociación. Mientras esperaba a Honorio, Alarico fue atacado por un pequeño contingente romano capitaneado por Saro. Posteriormente, a mediados de la década de 410, el hermano de Saro, Sigerico, alcanzó el suficiente ascendiente entre los godos para confiar en convertirse en su cabecilla, y esto, unido a la documentada hostilidad que Saro sentía hacia Alarico y su cuñado Ataulfo, me sugiere que debía tratarse de un rival al que Alarico había derrotado tiempo atrás, en la década de 390, con motivo de la pugna por el liderato de los godos.[61]

Alarico estaba furioso, tanto por el ataque como —si estoy en lo cierto— por la identidad de su atacante. Los godos abandonaron la idea de negociar con Ravena y dieron media vuelta para regresar a Roma por cuarta vez. Allí levantaron su tercer asedio. Sin duda, en esta ocasión las dueñas de las casas de huéspedes de los suburbios de Roma debían de estar esperándoles para poner sus destartaladas habitaciones a su dispo-

sición. Los godos se detuvieron brevemente extramuros de la ciudad, pero en ese momento la Puerta Salaria se abrió.[62]

El saqueo de Roma

Según todas las fuentes, lo que se produjo a continuación fue uno de los saqueos urbanos más civilizados que se hayan conocido jamás. Los godos de Alarico eran cristianos, y trataron con gran respeto muchos de los santos lugares de Roma. Se declaró que en su calidad de emplazamientos sagrados, las dos basílicas principales de San Pedro y San Pablo tenían inmunidad. Quienes se guarecieran en ellas no serían perseguidos, y los que se refugiaron en África, asombrados, habrían de informar posteriormente de que los godos habían conducido incluso hasta allí a algunas damas venerables, en particular a una tal Marcela, antes de saquear sus casas a conciencia. No puede decirse que todas —ni siquiera las monjas de la ciudad— tuvieran tanta suerte, pero no hay duda de que los godos cristianos tuvieron firmemente presente su fe religiosa. Un enorme copón de plata de 918 kilos de peso, regalo del emperador Constantino, fue sustraído del Palacio de Letrán, pero los vasos litúrgicos de San Pedro permanecieron en su sitio. Los daños causados a las estructuras se limitaron también, en buena medida, a la zona de la Puerta Salaria y de la antigua sede del senado. En conjunto, incluso después de tres días de correrías godas, la gran mayoría de los monumentos y edificios de la ciudad permanecieron intactos, pese a haber sido despojados de sus bienes muebles.

El contraste con la última vez que la ciudad había sufrido un saqueo —a manos de unas tribus celtas, en el año 390 a. C.— no podía ser más acentuado. Entonces, tal como nos relata Tito Livio, el grueso de las fuerzas romanas se había visto atrapado en el cerco de la ciudad etrusca de Veyes (la actual Isola Farnese), y en consecuencia, un grupo de guerreros celtas logró lanzar un ataque directo contra Roma. Los escasos hombres en edad de combatir que allí quedaban defendieron el Capitolio con la ayuda de unas ocas, que les alertaron a tiempo de evitar un ataque por sorpresa, pero abandonaron al resto de la ciudad a su suerte. Los patricios de edad más avanzada se negaron a marcharse y se sentaron en el exterior de sus casas vestidos con todas sus galas ceremoniales. Al principio, los celtas se aproximaron reverentemente a unos «seres que ...

por la majestuosidad de su semblante y por la gravedad de su expresión, eran muy parecidos a los dioses». Después:

> [U]n celta acarició la barba de uno de ellos, Marco Papirio, que la llevaba larga como era entonces costumbre entre todos los suyos, y en ese momento el romano le asestó un golpe en la cabeza con su maza de marfil, con lo que, al provocar su furia, fue el primero en morir asesinado. Después de aquello, los demás fueron muertos violentamente en el mismo lugar en el que se hallaban sentados y ... no se mostró clemencia con nadie. [Los celtas] saquearon las casas, y después, tras haber quedado vacías, les prendieron fuego.

En el año 390 a. C., sólo la fortaleza del Capitolio sobrevivió al incendio de la ciudad. En el año 410 d. C., únicamente se prendió fuego a la sede del senado.[63]

La circunstancia de que Roma hubiera asistido a un saqueo de lo más civilizado a manos de unos godos cristianos que respetaban la santidad de la basílica de San Pedro tal vez representara, por oposición a la expectativa de que los bárbaros sedientos de sangre irrumpieran sin freno en la gran capital imperial, un espantoso chasco. Resulta mucho más emocionante concebir el saqueo de Roma como la culminación de los sueños de los germanos —cuya raíz nacía de la matanza consumada por las legiones de Varo en el año 9 d. C.—, deseosos de vengarse del imperialismo romano. Sin embargo, la conclusión ineludible que se extrae tras un examen minucioso de la secuencia de acontecimientos ocurridos entre el año 408 y el 410 es que Alarico no quería que se produjera el saqueo. Sus godos habían estado acampando una y otra vez a las afueras de la ciudad desde finales del otoño de 408, y, de haber querido, podrían haberla tomado en cualquier momento de los veinte meses transcurridos desde su llegada. Es probable que a Alarico le importaran también muy poco los posibles comentarios de las crónicas históricas y unas cuantas docenas de carros repletos de botín. Sus preocupaciones eran de una índole completamente diferente. Desde el año 395, había estado luchando para obligar al estado romano a replantearse la formulación que el tratado del año 382 había dado a su relación con los godos. Como sabemos, lo fundamental para él era la obtención de un estatuto reconocido por el régimen legítimo de Roma. Tras haberse desentendido de Constantinopla entre los años 400 y 401, esto sólo podía significar el

régimen de Honorio, afincado en Ravena. El asedio de Roma fue simplemente un medio de forzar a Honorio y a sus asesores a llegar a un acuerdo. Sin embargo, la táctica no funcionó. En esencia, Alarico sobreestimaba el significado que podía tener la ciudad para una autoridad imperial radicada en Ravena. Roma era un vigoroso símbolo del imperio, pero ya no era el centro político del mundo romano. En último término, por tanto, Honorio podía despreocuparse de su suerte sin que el imperio sufriera ningún perjuicio grave. El hecho mismo de que Alarico diera rienda suelta a sus tropas en Roma durante tres días era una forma de admitir que toda su política, desde que penetrara en Italia en el otoño del año 408, había sido mal concebida. Sus iniciativas no habían logrado del estado romano el tipo de pacto que había procurado alcanzar. El saqueo de Roma no fue tanto un mazazo simbólico al imperio romano como una admisión del fracaso de los godos.

Ahora bien, si su importancia inmediata no había sido en absoluto la que cabía esperar, Honorio y sus asesores no se habían comportado con ligereza al abandonar Roma a los godos, ya que el saqueo formó parte de una larga cadena de acontecimientos cuyo significado histórico es muy superior. En última instancia, los sucesos de finales de agosto de 410 tenían su origen en el nuevo avance de los hunos hacia el corazón de Europa y en la explosiva mezcla de invasiones y usurpaciones que conmocionó posteriormente al imperio de Occidente. Y ello porque a pesar de que el saqueo fue insignificante desde el punto de vista histórico, los acontecimientos en los que se hallaba enmarcado tenían una formidable importancia para la estabilidad de la Europa romana, y sus repercusiones resonaron en todo el mundo romano. Desde Tierra Santa, como hemos visto, Jerónimo lamentó la caída de una ciudad que para él aún simbolizaba todo lo que era bueno y valioso. En otros lugares, la respuesta fue más estridente. Los no cristianos cultos, por ejemplo, argumentaron que no podía haber signo más claro del ilegítimo carácter de la nueva religión imperial: Roma había sido saqueada porque sus dioses protectores, ahora rechazados, le habían retirado su amparo. En el norte de África, los abanderados de esta línea de pensamiento fueron algunos de los refugiados de clase alta que habían acudido a esa zona tras huir de Italia. Ése fue el desafío al que san Agustín hizo frente con toda la energía de su inteligencia.

Podemos fechar con bastante exactitud muchos de sus sermones, y los de los últimos meses del año 410 nos indican que Agustín estaba tra-

tando de resolver toda una serie de cuestiones relacionadas con ésta. Después retomó las más importantes de esas ideas y las reunió —junto con otras muchas— en lo que habría de convertirse en su mayor obra: *La ciudad de Dios*. Ésta creció hasta convertirse en un trabajo de veintidós libros,* y no quedó terminada hasta el año 425. No obstante, los tres primeros libros se publicaron en el año 413, y contienen las respuestas inmediatas de Agustín a las preguntas que los miembros de su congregación se habían planteado a raíz del saqueo, muchas de ellas suscitadas por las pullas lanzadas por los detractores paganos del cristianismo.

La respuesta inmediata de Agustín consistió en una especie de desdén. Aquel puñado de vociferantes paganos simplemente desconocía la historia. El imperio romano había sufrido un gran número de desastres mucho antes de que Cristo viniera al mundo, y nadie había echado la culpa a los poderes divinos:[64]

> ¿Dónde estaban [los dioses] cuando el cónsul Valerio defendía con todas sus fuerzas el Capitolio en llamas y le mataron exiliados y esclavos? ... ¿Dónde estaban cuando ... Espurio Melio, por proveer de trigo a la hambrienta multitud, incurrió en el delito de aspiración al trono real ... [y] fue muerto ...? ... ¿Dónde estaban cuando se originó la peste más grave ...? ... ¿Dónde estaban cuando el ejército romano, luchando en malas condiciones durante diez años consecutivos, sufrió, a las puertas de Veyes, continuos y duros descalabros ...? ¿Dónde estaban cuando los galos tomaron Roma, la saquearon, la incendiaron y la llenaron de cadáveres?

Una rápida repetición de la lectura de la *Historia de la ciudad de Roma* de Tito Livio había proporcionado a Agustín la suficiente munición para replicar razonablemente bien a las protestas de los paganos. Sin embargo, dado que poseía una de las mentes más agudas de la Antigüedad, no se contentó con limitar su respuesta a una simple contestación inmediata. En el transcurso de su gestación, que duró quince años, *La ciudad de Dios* iba a abordar una multitud de cuestiones y de temas, pero sus tres primeros libros dejaron ya sentado el impulso central de un punto de vista sobre la historia de Roma completamente distinto al inmortalizado por la ideología del estado imperial de partido único.

* Debe tenerse en cuenta que en la Antigüedad se llamaban «libros» a lo que hoy consideraríamos capítulos. *(N. de los t.)*

Hacía ya mucho tiempo que los cristianos se habían familiarizado con la noción de las «dos ciudades». Esta idea se había desarrollado a partir del libro del Apocalipsis, donde se expone la idea del advenimiento de una nueva Jerusalén surgida tras el juicio final, el día del fin del mundo, para ser la eterna morada de los justos. Esta Jerusalén celestial era la verdadera patria de los cristianos, fuera cual fuese la ciudad que reclamara su filiación en este mundo. En estos primeros libros de *La ciudad de Dios*, Agustín echa mano de este bien arraigado concepto cristiano y lo desarrolla, con un rigor intelectual implacable, hasta llegar a algunas conclusiones incómodas. Por encima de todo, Roma, fueran cuales fuesen las ventajas que pudiera presentar, y a pesar de su nueva manifestación cristiana, era exactamente igual a cualquier otra ciudad terrenal. Debido justamente a que el dominio de Roma era tan extenso y a que había durado tantos siglos, no había razón alguna para confundirla con la Jerusalén celestial. Para dar consistencia a su argumento, Agustín volvió a desvalijar a los autores clásicos de la historia romana, y con efectos notables. Argumentaba en particular que un estudio detenido de la historia de Roma no permitía concluir que el éxito sin igual del imperio se debiera a la observación por su parte de una moral concreta, y por tanto, tampoco podía sostenerse que le asistiera una legitimidad específica. Valiéndose de préstamos tomados de Salustio, uno de los autores centrales del currículo latino, afirmó que toda verdadera moral presente en el antiguo estado romano debía atribuirse a los imperativos externos que le imponía la guerra con Cartago, y que, al desaparecer con la victoria ese contrapeso, arraigó la corrupción.[65] El asiento del imperio todo no era sino el deseo de primacía: «Es este apetito de dominio el que trae a mal traer y destroza a la humanidad. Vencida por él, Roma se proclamaba gloriosa por haber vencido a Alba [la primera victoria de Roma], y a su crimen le llamaba «gloria» para ganarse más alabanzas».[66]

Agustín no llegó a afirmar que todo el edificio imperial fuera perverso, ni que toda paz terrenal fuese mala. Pero instó a sus lectores a ser conscientes de que la Pax Romana no era más que una oportunidad para que los cristianos se acercasen a Dios al comprender que la verdadera lealtad debía profesarse al reino de los cielos: «Incomparablemente más gloriosa [que Roma] es la ciudad celeste: allí la victoria es la verdad; el honor, la santidad. Allí la paz es la felicidad; la vida, la eternidad». En este mundo, los ciudadanos de la ciudad celeste pertenecen a distintas comunidades políticas, así que podían encontrar amigos verdaderos in-

cluso entre los godos que habían saqueado Roma, y descubrir que algunos de sus compatriotas romanos eran enemigos.[67] Los ciudadanos de la ciudad celeste no pueden estar obligados sino por una lealtad pasajera a cualquier realidad terrenal, pero se encontrarán unidos en el otro mundo:

> Cristo ... detesta y condena ... con divina autoridad, todas estas desviaciones humanas, nocivas y escandalosas, formando su propia familia, a la que por todas partes va apartando poco a poco de esta corrupción, en un mundo que se tambalea y se derrumba, y con lo cual va fundando una ciudad eterna, la más gloriosa, no por el aplauso de vanas superficialidades, sino por el valor auténtico de la verdad...

Agustín descubre en el saqueo de Roma la ilegitimidad fundamental de todas las ciudades terrenales, y por ello lanza un llamamiento de unidad a los ciudadanos de la Jerusalén celeste, a los que insta a procurar la vida venidera.[68]

Mil seiscientos años después, es fácil pasar por alto el revolucionario carácter de la perspectiva de Agustín. Las proclamas que sostenían que el imperio romano duraría eternamente —la imagen de la *Roma æterna*— se han revelado vanas. La idea de que su éxito pudiera estar basado en una singular ligazón con los favores divinos nos resulta ahora ridícula. Sin embargo, al leer *La ciudad de Dios*, debemos olvidar todo cuanto nos ha permitido conocer la perspectiva del tiempo. En la época en que escribía Agustín, la duración del imperio se contaba por siglos, y carecía de cualquier rival serio. Hasta donde alcanzaba la memoria, su propaganda lo había estado presentando como al vector con el que los dioses primero, y ahora Dios —la transición al cristianismo había resultado sorprendentemente sosegada—, propagaba la civilización de la humanidad. Los obispos cristianos habían difundido alegremente la idea de que no era una casualidad que Cristo y Augusto hubieran vivido exactamente en la misma época. ¿Qué mejor señal de que el imperio romano estaba destinado a conquistar el mundo y a convertir al cristianismo a toda la humanidad? Todo lo relacionado con el imperio, del dormitorio del emperador a su tesoro, era sagrado, y la vida ceremonial del estado, tremendamente organizada, estaba consagrada a la idea de que Dios gobernaba a la humanidad a través de un emperador guiado por la luz divina.

La respuesta de Agustín al saqueo de Roma arrojó una enorme sombra de duda sobre todas estas tranquilizadoras ideas. El imperio no era

sino un estado entre los muchos que jalonaban el curso de la historia del mundo: ni poseía una virtud única ni estaba particularmente destinado a perdurar.

La secuencia de acontecimientos que rodeó al saqueo de Roma, y la respuesta a su caída, nos plantean por tanto dos interpretaciones opuestas sobre el significado de esos tres días de agosto de 410. Por un lado, tanto Jerónimo como Agustín dan, de diferente modo, elocuente testimonio de un mundo que se había vuelto extraño. Por otro, vemos que la ciudad fue saqueada por la muy prosaica razón de que Alarico, después de ver frustrados los grandes planes que había concebido para la prosperidad de los godos, necesitaba compensar a sus seguidores por la lealtad que le habían mostrado. Agustín era demasiado prudente para lanzar, en *La ciudad de Dios*, afirmaciones comprometidas respecto a si el saqueo de la ciudad, tras el fin de semana godo en Roma, representaba o no el fin del imperio. Esto nos sirve de advertencia para no precipitarnos a ninguna conclusión sin examinar con un detalle mucho mayor la posición estratégica del imperio.

De regreso a casa

En octubre y noviembre de 417, Rutilio Claudio Namaciano emprendió lentamente el camino de regreso a la Galia. Nacido en la Tolosa gala, había estado viviendo varios años en Italia: en el año 412 como jefe de los servicios burocráticos de la corte de Honorio —el mismo cargo que había permitido a Olimpio segar la hierba bajo los pies de Estilicón—, y más tarde, durante un breve período del verano de 414, como prefecto urbano de Roma. A su regreso a la Galia escribió un poema épico, *De Reditu Suo* (*Sobre su regreso*), en el que relata su viaje. El primer libro constaba de 644 versos, pero en el segundo libro el manuscrito queda interrumpido después del verso 68. En el punto en que la obra se corta, el relato de Rutilio nos lo presenta aún en algún lugar situado frente a las costas del noroeste de Italia. Pese a que apareció una página más —que nos añade unos 40 versos— a finales de la década de 1960 (la página se había utilizado en el siglo XVI para remendar un libro del monasterio de Bobbio), seguimos sin saber con seguridad en qué lugar exacto de la Galia terminaba el viaje.[69] Era un viaje por mar:

Es preferible confiar las velas a la incertidumbre del mar, ya que la campiña etrusca y los muros de contención de la vía Aurelia han estado sufriendo a hierro y fuego las hordas de los getas, e incluso los bosques carecen de casas de posta y los ríos de puentes.*

El sistema de establos y pabellones de hospedería de la vía Aurelia, la calzada principal que recorría la costa occidental de Italia y que facilitaba las idas y venidas de viajeros oficiales como Teófanes (véase el capítulo 2), no había sido restablecido desde que los godos ocuparan la región entre los años 408 y 410. Sin embargo, Rutilio no se amilanó. El poema comienza con una evocación de los atractivos de la vida en Roma, que no habían disminuido con el saqueo:

¿Se les hace largo [el tiempo] a quienes pasan su vida entera adorando a Roma? Nada que gusta sin límites se hace largo.

¡Oh, cuán imponderablemente y cuántas veces felices puedo considerar a quienes merecieron nacer en este suelo dichoso, y como generosos retoños de los nobles romanos acrecientan la distinción de su cuna con la gloria de su Ciudad!**

El saqueo tampoco había suscitado en el ánimo de Rutilio la menor duda respecto al destino del imperio, ni sobre su misión de civilizar a la humanidad:

[Tú, Roma], derramas tus favores como rayos de sol por donde se agita vacilante el envolvente Océano. Por ti da vueltas Febo,[70] que todo lo abarca, y en ti esconde los caballos que de ti habían salido ... Cuanta extensión comprende la naturaleza hasta las regiones habitables, otro tanto la tierra se convierte en camino accesible a tu valor. Formaste de pueblos distintos una única patria; al imponer tu poder, beneficiaste a los vencidos, ignorantes de la justicia, y al ofrecerles compartir tus propias leyes, formaste una ciudad de lo que antes era un mundo.***

Nos encontramos aquí frente a todas las viejas ideas que ya habíamos conocido en el apogeo de la grandeza imperial.

* Rutilio Namaciano, *El retorno*, I, 38-42. Para la traducción española, véase capítulo 5, n. 69. *(N. de los t.)*

** *Op. cit.*, I, 2-8. *(N. de los t.)*

*** *Op. cit.*, I, 55-66. *(N. de los t.)*

El poema es extraordinario. Hete aquí que Rutilio, que regresa a la Galia una década después de que los vándalos, los alanos y los suevos la hubieran convertido en una gran pira funeraria, se detiene a relatarnos los pormenores de las glorias de Roma tan sólo siete años después del saqueo. Ahora bien, el hecho de haber desempeñado un alto cargo en la corte del sitiado Honorio le permite apreciar mejor que nadie las dimensiones de la tarea que aún queda por realizar. Regresa a la Galia dispuesto a remangarse y a ponerse a trabajar:

> ...pues los campos de la Galia reclaman a su paisano, desfigurados —cierto es— por guerras harto largas, pero tanto más dignos de conmiseración cuanto menos atractivos. Pequeño delito es descuidar a los conciudadanos si viven seguros, pero las calamidades que sufre la comunidad reclaman la lealtad individual.*

Su fe en el ideal romano descansaba en la determinación de reconstruir lo que los bárbaros habían devastado, no en la engañosa idea de que la historia de la última década no se hubiese producido:

> [Levanta, ¡oh Roma!, tus cabellos laureados] ... que el olvido de las afrentas a ti inferidas oculte dolorosos reveses y el desprecio del dolor restañe y cicatrice tus heridas ... Lo que no puede hundirse resurge con renovado brío y salta empujado aún más arriba desde las más profundas simas. Y así como una antorcha recobra nuevas fuerzas cuando se la inclina, así tú tratas de alcanzar los cielos aún más esplendorosa tras un suceso humillante.**

Cartago y los celtas habían hecho encajar a Roma reveses mucho peores. La ciudad se alzaría como el Ave Fénix, fortalecida y renovada por el sufrimiento.

Rutilio no era tampoco el único galorromano que rebosaba confianza en el año 417. Tenía una idea pagana de la historia y del destino, pero su concepción tendía un puente que salvaba la división religiosa. Ese mismo año, en su *Carmen de Providentia Dei* (Poema sobre la providencia divina), un poeta galo cristiano reflexionaba sobre los desastres que habían afligido a la Galia en la última década. Este autor anónimo pertenece a la misma tradición que los poetas galos que ya hemos conocido

* *Op. cit.*, I, 19-25. *(N. de los t.)*

** *Op. cit.*, I, 119-120 y 130-134. *(N. de los t.)*

antes, y en muchos casos recoge los mismos temas. La experiencia vivida en esos pocos años, sin embargo, le hace ver las cosas desde una perspectiva ligeramente distinta:

> Tú, que lloras por los campos asilvestrados, los patios desiertos y las derruidas azoteas de tu villa consumida por el fuego, ¿no harías mejor en derramar lágrimas por tus propias pérdidas cuando examinas los desolados pliegues de tu corazón, las capas de mugre que cubren cuanto antes era bello, y al enemigo amotinado en la ciudadela de tu aprisionada mente? Si esa ciudadela no se hubiera entregado ... las bellezas creadas por mano humana seguirían aún en pie para dar fe de la virtud de un pueblo sagrado.

Aquí el mensaje es de un estilo mucho más parecido al del Antiguo Testamento: el pueblo de Dios había sido víctima de la destrucción porque había dejado de comportarse con rectitud. Ahora bien, este mensaje es de doble filo: «Si aún conservamos alguna energía mental, sacudámonos el vil yugo del pecado, rompamos las cadenas, y recuperemos la libertad y la gloria de nuestra tierra natal». El poeta termina con un llamamiento a las armas: «No temamos, pues hemos salido huyendo en un primer envite, reafirmar el pie y lanzarnos a un segundo combate».

El poeta quería que su mensaje se entendiera en términos espirituales, pero también era consciente de su dimensión política. La renovación espiritual traería la victoria y la prosperidad tanto en la tierra como en el cielo. El desastre terrenal no era una advertencia de la división esencial que necesariamente separa a la ciudad celeste de cualquier estado de este mundo, sino un llamamiento a la reforma moral. En este caso no hay rechazo del imperio ni de su misión civilizadora. Los bárbaros habían hecho lo que habían querido, pero no se trataba más que del primer asalto: en el segundo se produciría el triunfo del imperio.[71] En este sentido, los galorromanos, ya fueran cristianos o paganos, eran de la misma opinión. El mensaje no podía ser más diferente al de Agustín.

Flavio Constancio

La fuente de esta confianza renovada fue el cambio extraordinario que se produjo en el imperio de Occidente en los diez años posteriores al saqueo de Roma. Cuando abandonamos el relato a finales de agosto de 410,

las perspectivas difícilmente podrían haber sido peores. El ejército romano de Italia era incapaz de actuar contra los godos de Alarico porque temía desguarnecer su retaguardia y facilitar las cosas a Constantino III, que seguía buscando el modo de derrocar a Honorio. Los vándalos, los alanos y los suevos habían puesto sus ojos en Hispania y estaban a punto de repartirse sus territorios. Constantino no sólo controlaba las provincias de Britania, también dominaba al ejército galo, y estaba sondeando la posibilidad de penetrar en Hispania e Italia. De este modo, el control del estado de Occidente había quedado fragmentado y en manos de dos puñados de bárbaros y de un usurpador con más éxito de lo habitual. Ahora, siete años después, se había recompuesto buena parte del rompecabezas imperial, y las cosas volvían a presentar un cariz sonrosado.

El principal artífice de esta transformación era un experimentado jefe militar llamado Flavio Constancio.[72] Originario de Naiso (la actual Niš), en la balcánica Iliria, el principal centro de reclutamiento de Roma, Flavio Constancio se había unido al principio al ejército del imperio de Oriente y había prestado sus servicios en muchas de las campañas de Teodosio I. Presumiblemente, había actuado por primera vez en el imperio de Occidente, al igual que Estilicón, con motivo de la campaña contra el usurpador Eugenio, en una época en la que es probable que tuviera ya treinta y tantos años, y después, también igual que Estilicón, se había quedado en Occidente tras la campaña. Como veremos, existen buenas razones para considerar que era uno de los partidarios del anterior generalísimo, aunque no poseyera un cargo lo suficientemente relevante como para aparecer mencionado en las fuentes en vida de Estilicón.

> En las procesiones públicas, Constancio aparecía abatido y malhumorado. Era un hombre de ojos saltones, largo cuello y cabeza ancha que siempre desmontaba dejándose caer bruscamente por encima del cuello del caballo que montaba y que después lanzaba rápidas miradas acá y allá por el rabillo del ojo ... Sin embargo, en los banquetes y las celebraciones era tan alegre y amable que llegaba incluso a competir con los bufones que solían actuar frente a su mesa.[73]

Difícilmente podría considerársele un héroe carismático, por tanto. Sin embargo, el amable carácter que reservaba para las ocasiones de naturaleza más privada constituía, según nos dice Olimpiodoro, una for-

midable ventaja, y no hay duda de que ésa fue la energía que le permitió emprender la reconstrucción del imperio de Occidente.

Flavio Constancio sucedió a Estilicón en el cargo de comandante supremo (*magister militum*) del imperio de Occidente entre los años 410 y 411. El hecho de que asumiera un papel preponderante en la aplicación del castigo impuesto al principal protagonista de la conjura contra Estilicón nos sugiere que trabajaba en estrecha colaboración con este gran general. Aproximadamente por estas mismas fechas, Olimpio encontró su horrible fin —fue muerto a garrotazos—. Tras dejar dispuestos a su gusto los asuntos de la corte, Flavio Constancio pasó rápidamente a ocuparse de problemas más importantes. Una vez movilizado el ejército italiano, dispuesto ya para la guerra, su primer objetivo fue Constantino III.

Para esta época, los sucesos de la Galia habían dado un giro interesante, un giro que contribuyó al empeño de nuestro hombre. Constantino había reñido con uno de sus generales, Geroncio, quien había llegado incluso a elevar a la púrpura a su propio usurpador, Máximo,[74] y a marchar contra el cuartel general de Constantino en Arles. Por tanto, cuando el ejército italiano de Constancio llegó a esa ciudad tuvo que derrotar primero a las fuerzas de Geroncio. Una vez cumplido este objetivo —bastó con volver contra él a las tropas que aún conservaba para que Geroncio se suicidara—, el siguiente desafío se presentó en forma de un contingente de refuerzo organizado por otro destacado general de Constantino, Edobico, que había reclutado fuerzas auxiliares entre los francos y los alamanes y los había puesto a luchar junto con el resto de las tropas del ejército romano de la Galia que aún conservaba bajo su mando. Constancio volvió a triunfar. Para instarle a rendirse, se le ofrecieron a Constantino garantías de que se respetaría su vida, pero la promesa quedó rota. Cuando marchaba para reunirse con Honorio, Constantino fue asesinado, y lo que llegó a Ravena el 18 de septiembre de 411 fue únicamente su cabeza —en lo alto de una pica—. Una sola campaña había bastado a Constancio para terminar con un usurpador que tan sólo dos años antes había hecho que Honorio temiera por su vida.

Sin embargo, no se acabó por ello con el problema de los usurpadores. En la política romana, una usurpación tendía a provocar otra, en especial si la primera había empezado a tambalearse. Lo que impulsaba a los individuos que habían tomado parte en la primera revuelta a probar suerte en la segunda era una mezcla de ambición y miedo al castigo. En

el año 411, Geroncio no fue el único en oler la sangre de Constantino, también prèveía el desenlace un aristócrata galo llamado Jovino. Su centro de operaciones se encontraba un poco más al norte. Había sido proclamado emperador posiblemente en Maguncia, en la provincia de la Germania superior, y el fundamento militar de su poder estaba constituido por nuevos elementos de la disidencia existente en las filas del ejército galorromano respaldados por los burgundios y los alanos.[75] Jovino había obtenido el considerable estímulo que representaba el apoyo de los godos de Alarico, que ahora se encontraban en la Galia, capitaneados por su cuñado Ataulfo. Era una alianza poderosa, pero artificial, y Constancio se tomó el tiempo necesario para considerar la situación. En vez de precipitarse al combate, hizo uso de sus dotes diplomáticas para trabajar las fisuras de la postiza alianza de Jovino y en el año 413 obtuvo la debida recompensa. Los godos cambiaron de bando y, de este modo, el usurpador no tuvo más remedio que rendirse —lo que constituía una clara demostración del poderío de la gran horda que había logrado reunir Alarico—. Fue ejecutado mientras era conducido hasta Honorio, y corrió la misma suerte que Constantino. Su cabeza, debidamente hincada en lo alto de una pica, llegó ante el emperador el 30 de agosto de ese año.

Puede parecer que centrarse con tanta determinación en derrotar a los usurpadores antes de poner freno a los bárbaros era equivocar el orden de las prioridades, y es algo que los historiadores han criticado con frecuencia. Sin embargo, para combatir las graves amenazas a las que en ese momento se enfrentaba el imperio, un dirigente necesitaba ser capaz de desplegar por entero la panoplia de los recursos del imperio: particularmente, claro está, en el frente militar. Durante el verano del año 413, la derrota de los usurpadores permitió a Constancio reunir al fin, y por primera vez desde el otoño del año 406, a los principales ejércitos del imperio de Occidente, cuyos distintos elementos —procedentes de Britania, Galia e Hispania— se habían aliado antes a la causa de Constantino III, Geroncio y Jovino. Tras haber puesto en orden la casa romana y unido bajo su mando a las partes anteriormente dispersas del ejército, Constancio se vio al fin en situación de abordar el resto de los problemas. Con gran sensatez, antes de lanzarlos al combate contra los distintos grupos bárbaros que campaban por sus respetos en el imperio de Occidente, Constancio prometió un aumento de salario a unas tropas que sólo unos días antes habían estado luchando en el bando enemigo.[76] En el seno de

los distintos regimientos del ejército de Constancio había un gran número de bárbaros reclutados uno a uno y que se sentían muy felices de combatir bajo el estandarte romano. Los bárbaros, considerados individualmente, eran por tanto una cosa; y las masas de godos, vándalos, alanos y suevos independientes, eran otra muy distinta. La primera tarea de este ejército recién agrupado era meter a los godos en cintura.

Los godos de Ataulfo

Mientras aún resonaban los ecos inmediatos del saqueo de Roma, los godos se dirigieron hacia el sur. Después de que su intento de lograr una posición estable dentro del imperio hubiera fracasado, Alarico planeaba un vuelco de estrategia total: lo que ahora trataba de hacer era cambiar de aires, y buscar un escondrijo completamente nuevo para su grupo, ahora perseguido, en el norte de África. Sin embargo, una oportuna tempestad hundió la flota que se disponía a reunir, y murió poco después. En el transcurso del año 411, Ataulfo trasladó a sus godos a la Galia, donde ya le hemos visto antes, proporcionando primero apoyo al usurpador Jovino, y abandonándole después.

Aún debía establecerse un plan de relaciones entre godos y romanos que resultase aceptable para ambas partes. Sabemos que a finales del año 413 hubo algunos enfrentamientos entre los godos y las fuerzas de Constancio cerca de Marsella, y que después los godos se establecieron en Narbona. Llegados a este punto, como ocurre con frecuencia en este relato, la pérdida de la historia de Olimpiodoro representa una desventaja considerable, pero todo sugiere que, para llegar a un acuerdo, Ataulfo seguía exigiendo un precio mucho más elevado del que Constancio estaba dispuesto a pagar. El historiador Orosio refiere que alguien había oído decir a san Jerónimo que:

> [é]l mismo había sido un amigo muy íntimo de Ataulfo en Narbona, y ... [que] había escuchado con frecuencia lo que este último, cuando el humor, la salud y el carácter le eran propicios [queriendo decir después de haber bebido unas cuantas copas], acostumbraba a responder cuando se le preguntaba. Parece que al principio deseaba hacer desaparecer por completo el nombre de Roma y convertir la totalidad del territorio romano en un imperio godo, tanto por su organización como por su nombre, de tal forma que, por utilizar la expresión popular, Gocia ocupara el lugar de Roma, y él,

> Ataulfo, se convirtiese en lo que antaño había sido César Augusto. Tras descubrir por una larga experiencia que los godos, debido a su desenfrenada barbarie, eran totalmente incapaces de someterse a una legislación, y creyendo no obstante que el estado no debía carecer de leyes, ya que sin ellas un estado no es tal estado, [Ataulfo] optó por perseguir al menos la gloria de restaurar y acrecentar la fama de los romanos con el poderío de los godos, pues deseaba ser recordado por la posteridad como el restaurador del imperio romano.[77]

Lo que anhelaba exactamente Alarico con estas aspiraciones se aprecia en sus acciones. En la columna que transportaba el botín que los godos habían rapiñado en Roma viajaban dos trofeos humanos: Prisco Atalo, quien, entre los años 409 y 410, había sido elevado a la púrpura por el senado de Roma, para ser depuesto posteriormente —a instancias siempre de Alarico—, y la hermana del emperador Honorio, Gala Placidia. En el año 414, después de derribar a Jovino, Ataulfo comenzó a utilizar en su estrategia a los dos rehenes. Atalo, de quien Alarico se había deshecho sin el menor miramiento como parte de un acuerdo espurio con Honorio, fue nuevamente elevado a la púrpura. En un nuevo intento de chantaje, Ataulfo decidió entonces que había llegado el momento de explotar a Gala Placidia. Según nos dice Olimpiodoro, en enero del año 414 Ataulfo y Gala Placidia se casaron,

> aconsejados y animados por Candidiano ... en casa de Ingenuo, uno de los ciudadanos destacados de [Narbona]. Allí se hallaba Placidia, vestida con los atavíos reales, sentada en un gran vestíbulo decorado al estilo romano, y sentado a su lado se encontraba Ataulfo, que se cubría con el manto de los generales de Roma y otras prendas romanas ... Entre otros presentes de boda, Ataulfo entregó a Placidia cincuenta hermosos jóvenes vestidos con ropas de seda, portador, cada uno de ellos, de dos enormes bandejas, una repleta de oro, y rebosante de piedras ... preciosas la otra, [todo lo cual] formaba parte del botín conseguido por los godos en el saqueo de Roma. Después, primero Atalo y posteriormente Rusticio y Febadio, cantaron los himnos nupciales.[78]

Queda claro que lo que Ataulfo trataba de conseguir con esto era materializar el más ambicioso de los dos planes de paz de Alarico —el que pasaba por ofrecerle una carrera deslumbrante en la corte imperial—. Al poco tiempo, Placidia quedó embarazada y dio a luz a un

niño, al que sus orgullosos padres pusieron el nombre de Teodosio. Se trataba en realidad de un nombre de gran importancia: el joven Teodosio era nieto de un emperador romano del mismo nombre, Teodosio I, y primo hermano de otro, el emperador de Oriente, Teodosio II, hijo del difunto hermano de Honorio, Arcadio. Si recordamos además que Honorio no tenía hijos en esa época —y que de hecho nunca los tuvo—, comprenderemos que este nacimiento se hallaba cargado de un enorme potencial. Un rey de los godos era el padre de un niño que tenía excelentes títulos para reclamar ser el presunto heredero del imperio de Occidente.

Sin embargo, Ataulfo se había extralimitado. Constancio y Honorio querían que Placidia regresara, aunque sin su marido godo. Se negaron a acordar un pacto en los términos dictados por Ataulfo. En cualquier caso, la estrategia de los godos presentaba un punto extremadamente vulnerable. Desde el año 408, fecha en la que se habían trasladado a Italia, venían operando sin contar con fuentes de suministro seguras. Durante los años de gloria que culminaron con el saqueo de Roma se habían hecho con abundante botín. Ahora, con característica precisión, Constancio percibía su talón de Aquiles. En vez de hacer que su ejército corriera riesgos en una batalla, puso cerco a los godos, tanto por mar como por tierra. A principios del año 415 no quedaban ya alimentos en Narbona y los godos tuvieron que retirarse a Hispania para buscar suministros. Además, la estrategia de Constancio recibió la ayuda material de uno de esos ocasionales accidentes de la historia: el joven Teodosio murió poco después de nacer y sus afligidos padres lo enterraron, en un ataúd de plata, en una iglesia de Barcelona. Esto hizo que Ataulfo se quedara sin uno de sus triunfos. Constancio siguió presionando y, pasado un tiempo, los godos —o algunos de ellos— cedieron. El verdadero obstáculo que se oponía al establecimiento de cualquier asentamiento godo —posibilidad que, como es obvio, pendía de un hilo desde que Ataulfo abandonara a Jovino en el año 413— era la determinación que ponía Ataulfo en convertirse en un pez gordo del imperio.

En el verano de 415 se había acumulado ya la suficiente animosidad contra él, por sus políticas y por el coste que éstas habían acarreado al conjunto de los godos, como para provocar un golpe de mano interno del que Ataulfo salió mortalmente herido. Tras su muerte (anunciada en Constantinopla el 24 de septiembre), su hermano y el hijo de su primer matrimonio fueron brutalmente asesinados por Sigerico, miembro de

una familia aristocrática goda que ya antes había pugnado por hacerse con el liderazgo de los godos, en la época en que Alarico los uniera. Sin embargo, sólo siete días después también Sigerico fue derribado, y el poder pasó a manos de un tal Valia. Ninguno de estos sucesores tenía el menor parentesco con Alarico o con Ataulfo. Valia cedió a la presión romana y devolvió a Placidia, ahora viuda y sin hijos. A cambio, Constancio entregó a los godos seiscientos mil *modii** de trigo. Se habían dado así los dos primeros pasos conducentes a un nuevo tipo de acuerdo de paz —un acuerdo que preveía que los caudillos godos desempeñaran en el imperio un papel político mucho menos importante.[79]

¿Resurge el imperio de sus cenizas?

El tercer paso, además de consolidar la paz con los godos, iba a abordar la candente cuestión en que se había convertido Hispania. Por espacio ya de una década, los vándalos, los alanos y los suevos habían venido disfrutando de las rentas generadas por las provincias hispanas que se habían repartido en el año 411. Sin embargo, esas provincias estaban ahora a punto de quedar en manos de una alianza militar de godos y romanos. Las operaciones comenzaron en el año 416. En su *Cronicón*, Idacio nos refiere lo que sucedió:

> Todos los vándalos silingos de la Bética fueron barridos por el rey Valia. Los alanos, que dominaban a los vándalos y a los suevos, sufrieron pérdidas tan grandes a manos de los godos que, tras la muerte de su rey, Addax, los escasos supervivientes, sin pensar siquiera en fundar su propio reino, se acogieron a la protección de Gunderico, rey de los vándalos [hasdingos], que se había establecido en Galicia.[80]

Éste es un sucinto resumen de tres años de luchas (de 416 a 418) —y sus implicaciones no podrían estar más claras—. Tras haber suprimido a los usurpadores y sometido a los godos, Constancio se valía ahora de estos mismos pueblos para abordar su otro gran problema. ¡Y qué eficaz fue la campaña! Los silingos dejaron de existir, y los alanos —que, según Idacio,

* El *modius* era una medida de capacidad usada principalmente para el trigo y equivalente a unos nueve litros, de modo que los godos debieron de recibir unas 5.400 toneladas de grano. *(N. de los t.)*

habían sido la fuerza anteriormente dominante entre los invasores del Rin (una información que concuerda con el dato de que libraran a los vándalos del yugo de los francos en el otoño del año 406)— sufrieron tantas bajas que los restantes se sometieron por propia voluntad a los monarcas hasdingos.

En este instante, Constancio llamó a filas a los godos de Hispania, y en el año 418 se dispuso a procurarles un asentamiento en Aquitania, ya que les había concedido tierras en el valle del Garona (en el suroeste de la Galia), entre Tolosa y Burdeos. La naturaleza y el propósito de este asentamiento han hecho correr ríos de tinta. El fragmento de información sólida que poseemos, que procede de Olimpiodoro,[81] señala que los godos habían recibido «tierras de cultivo». Estoy plenamente dispuesto a aceptarlo así. Desde luego, no hay ningún signo en los años inmediatamente posteriores de que el estado romano estuviese manteniendo directamente a los godos a través de su recaudación de impuestos. Y de hecho, la década anterior había mostrado hasta qué punto resultaban éstos vulnerables, en términos estratégicos, al carecer de una fuente de suministros propia. Las arrogantes ambiciones de Ataulfo se habían venido abajo precisamente porque Constancio había conseguido hacer pasar hambre a los godos y provocar así que se levantaran contra su propio rey. La perspectiva de poner unas tierras productivas en manos de los godos —de forma muy similar a lo que se había estipulado en el acuerdo de paz del año 382— debió de haber sido una posibilidad muy atractiva para ambas partes.

Respecto a lo que en realidad ocurrió, hemos de limitarnos a las conjeturas. Se ha hablado mucho del hecho de que no tengamos noticia de que ningún terrateniente romano se haya quejado por haber sido expropiado. Una de las posibles razones que lo explicaría podría encontrarse en el hecho de que las tierras entregadas a los godos fueran tierras públicas (propiedades del imperio y tierras pertenecientes a corporaciones públicas, como las asignadas a una ciudad), y que, por consiguiente, no hubiese habido necesidad de expropiación. Como veremos en el próximo capítulo, así fue como el estado romano abordó un problema similar surgido en el norte de África. Es también muy probable que en muchos casos los campesinos no tuvieran que abandonar las tierras que ya ocupaban, pues los godos sustituirían a los terratenientes anteriores como perceptores de la renta. La cuestión de si esa transferencia concedió a los godos recién llegados plenos derechos de propiedad —derecho a vender

o a legar uno de los terrenos asignados— o únicamente derechos de usufructo —derecho a disfrutar de las rentas de por vida— es una cuestión que no podemos responder.[82]

En cuanto a por qué se eligió Aquitania, son muchos y muy distintos los puntos de vista sugeridos, ya que se ha hecho referencia a casi todo, desde la utilidad potencial de los godos para encarar el problema planteado por los separatistas de la Galia noroccidental, hasta la circunstancia de que su presencia tal vez contribuyese a responder a las incursiones de los piratas sajones.[83] En mi opinión, Aquitania era la convergencia lógica de dos imperativos. En primer lugar, había que poner a los godos *en alguna parte*, y la cuestión clave consistía en determinar a qué distancia debía hallarse la zona de asentamiento del centro político del imperio de Occidente. Como hemos visto, Alarico había hablado, cuando se hallaba en la cima de su poder, de instalar a sus hombres en Ravena y sus alrededores, así como a ambos lados de los desfiladeros de los Alpes. En esos emplazamientos, los godos habrían estado en condiciones de intervenir constantemente en la corte imperial. Durante su fase realista, Alarico se había mostrado dispuesto a abandonar esas pretensiones —enteramente inaceptables para los romanos— y a recibir a cambio algunas tierras situadas «cerca de la frontera». El valle del Garona, ubicado junto al océano Atlántico y a mil kilómetros de Ravena, se ajustaba perfectamente a esa descripción. Tenía también una segunda virtud: la de colocarlos en las proximidades de las rutas que atravesaban los Pirineos para adentrarse en Hispania. Y el reparto de Hispania, pese a que se encontrara ya bastante avanzado, estaba aún a medio hacer. Todavía no habían sido sometidos todos los supervivientes de la invasión del Rin, y a principios de la década de 420 los godos se encontraban nuevamente en la Península, donde, una vez más, actuaban conjuntamente con el ejército romano para hostigar a los vándalos hasdingos. Desde mi punto de vista, la concesión de tierras había sido concebida como una fase de un proceso abierto destinado a dar un nuevo impulso al regreso de los godos a Hispania a fin de asestar el golpe de gracia a los vándalos, los alanos y los suevos.

La magnitud de los logros de Constancio resulta impresionante. A pesar de que en el año 410 los godos se dedicaban a destrozar cuanto encontraban en los alrededores de Italia, de que Constantino III se encontraba en Arles y amenazaba con hacerse el dueño de todo el imperio de Occidente, y de que los invasores del Rin se estaban repartiendo Hispa-

nia, una buena parte de la maquinaria clave del poder había permanecido intacta y podía permitir que un jefe tan competente como Constancio volviese a dar unidad al imperio. Los ejércitos de la Galia, y en especial los de Italia —la fuerza con la que Estilicón había derrotado a Radagaiso—, seguían siendo una formidable máquina de combate, y el enorme granero y centro de producción de ingresos del norte de África permanecía intacto. Entre los años 408 y 410, los sucesivos jefes de la administración habían sido incapaces de utilizar al ejército de Italia, ya fuera contra los godos o contra Constantino III, debido a que las tropas no podían combatir a ambos enemigos al mismo tiempo y a que el hecho de combatir a uno de esos adversarios simplemente dejaba la puerta abierta al otro. Sin embargo, el callejón sin salida quedó resuelto al partir de Italia los godos comandados por Ataulfo. Las autoridades centrales de Ravena habían resistido lo suficiente para que los godos pasaran tanta hambre que se vieran obligados a marcharse, y esto había devuelto a Constancio la libertad de maniobra. Una, o tal vez dos fuentes de apoyo exterior le dieron mayor fuerza. En primer lugar, el imperio de Oriente había enviado una considerable ayuda a Honorio en el año 410, cuando Alarico se dedicaba a asolar Italia, y a estas ayudas le seguirían seguramente otras, tanto morales como económicas, pese a que nuestras fuentes sean demasiado escasas para saberlo.[84]

Paradójicamente, y dado que ellos habían sido los primeros causantes de todo aquel embrollo, es posible que Constancio también contara con el respaldo de los hunos. En el año 409, Honorio solicitó la ayuda de diez mil tropas auxiliares hunas. Dado que no llegaron a tiempo de evitar el saqueo de Roma, algunos historiadores modernos han sacado la conclusión de que nunca llegaron a presentarse.[85] Tanto si se presentaron como si no, en la campaña militar del año 411, como hemos visto, Constancio salió súbitamente de su parálisis militar y partió con gran confianza en dirección de la Galia, donde dominó a los usurpadores. En parte, esto era consecuencia de su recién recuperada libertad para desplegar al poderoso ejército de Italia, pero un factor añadido pudo haber sido la llegada, al fin, de los hunos. El hecho de expulsar a los godos de suelo italiano, unido a la pequeña ayuda brindada por los viejos y los nuevos amigos, fue suficiente para desnivelar el equilibrio de poder en favor de Constancio. No es de extrañar que en el año 417 Rutilio y su anónimo colega cristiano encararan el futuro con confianza.

Sin embargo, es importante examinar más de cerca la labor de reconstrucción llevada a cabo por Constancio. A pesar de sus muchos logros, el imperio de Occidente no había recuperado exactamente su condición original.

La factura

Es evidente que en el año 418 la reconstrucción no se había completado, y también lo es que Constancio no habría afirmado lo contrario. Los silingos y los alanos habían sido hechos picadillo, pero los vándalos hasdingos, que ahora contaban con refuerzos, y los suevos, seguían fuera de control. Aparte del potencial peligro militar que representaban esos grupos, su presencia ininterrumpida significaba también que las partes de Hispania que habían ocupado quedaban al margen del control directo del imperio, y que, por consiguiente, ya no aportaban sus rentas al estado. De hecho, entre los años 405 y 418 se habían producido una serie de pérdidas fiscales a las que Constancio aún no había sido capaz de poner remedio. Resulta difícil de creer, por ejemplo, que el valle del Garona produjese unas grandes rentas fiscales después de que los godos se hubieran instalado en él en el año 418.[86]

Es extremadamente difícil reconstruir los acontecimientos vividos en la Britania romana durante la década de 410, ya que ni siquiera resulta fácil comprender la situación general de la isla. Sin embargo, lo que *sí* está claro es que Britania había quedado fuera del sistema imperial. Como hemos visto, las usurpaciones de los años 406 y 407 habían comenzado en ella, y las provincias británicas fueron el primer lugar en el que halló fundamento el poder de Constantino III. Después, a partir del instante en el que Constantino se traslada al continente llevándose consigo a la mayor parte de las tropas romanas que aún permanecían en la isla —según se ha sospechado desde hace mucho tiempo—, Britania desaparece de las fuentes, excepto por dos breves apuntes de Zósimo. El primero de ellos indica que los británicos se desembarazaron de la dominación romana en una fecha posterior a la usurpación de Constantino, pero anterior al saqueo de Roma, ya que «expulsaron a los magistrados romanos y establecieron un gobierno de su agrado».[87] El segundo afirma que Honorio, siempre antes de agosto del año 410, había escrito a las ciudades de Britania para «instarlas a valerse por sí mismas». El sig-

nificado de esta afirmación se ha discutido mucho. Zósimo considera que esta nueva revuelta británica constituye el punto crítico de separación del mundo romano y una vuelta a las costumbres indígenas. Yo sospecho que ésta es otra de las interpretaciones erróneas del siglo VI, y que en realidad los romanos de Britania, descontentos con el hecho de que Constantino se centrase en la Galia y quedase por tanto incapacitado para defenderles, tomaron las riendas de sus propios asuntos. De lo contrario, es difícil entender por qué Honorio habría escrito en el año 410 para admitir que el estado no podía atender a su defensa. Por consiguiente, no se trataba tanto de una cuestión de insolentarse y de volver a aprender las lenguas celtas como de tratar de defenderse de los ataques por mar, en especial de los protagonizados por los piratas sajones. Este problema venía produciéndose desde hacía bastante más de un siglo, y había llevado al estado romano a construir una batería de fortificaciones, algunas de las cuales aún siguen en pie. Otra de las cuestiones que suscitan controversias acaloradas es el alcance de las incursiones sajonas producidas entre los años 410 y 420. Todo sugiere que el verdadero cataclismo tuvo lugar un poco más tarde, pero en realidad, para los objetivos de este libro, la fecha carece de importancia. Ya fuese por obra de los sajones o de las fuerzas de defensa locales, Britania quedó fuera del círculo controlado por los romanos hacia el año 410, y dejó de enviar sus rentas a Ravena.[88]

Lo mismo estaba sucediendo por esta época en Armórica (en el noroeste de la Galia). En este caso, la secuencia de acontecimientos es más difícil de seguir, pero Rutilio Namaciano nos dice que en el año 417, mientras él mismo realizaba su viaje a la Galia, su pariente Exuperancio se hallaba muy ocupado con la restauración del orden.[89] Da la impresión, por tanto, de que el régimen de Constancio se apresuraba a restablecer el orden y la fiscalidad imperiales en Armórica, ya que no en Britania. Esto era sin duda lo que estaba sucediendo en las regiones del centro y el sur de la Galia, la mayor parte de las cuales pagaron probablemente sus impuestos a Constantino III mientras duró su usurpación. No tenemos información sólida sobre la frontera del Rin. La ciudad de Tréveris perdió en esta época su papel como centro administrativo de toda la Galia, ya que el gobierno se trasladó a Arles, en el sur. Sin embargo, la región de Tréveris no conoció ninguna interrupción importante del control ejercido por los romanos, así que debe suponerse que también ella continuó pagando al menos algunos impuestos a Ravena.[90]

Además de la disminución que implicaba para el sistema romano la pérdida definitiva de algunos territorios, la recaudación de impuestos decreció notablemente en las regiones occidentales, de tamaño muy superior, que se habían visto afectadas por la guerra o por los saqueos a lo largo de la última década. Una gran parte de Italia había sufrido el pillaje de los godos, Hispania lo había padecido a manos de los supervivientes de la invasión del Rin, y la Galia había tenido que encajar la rapiña de ambos. Es difícil cuantificar la extensión que había quedado deteriorada en esos territorios, y desde luego, la agricultura pudo recuperarse, pero hay pruebas sólidas de que la guerra había provocado unos daños graves que habrían de apreciarse a medio plazo. En el año 412, una ley del emperador Honorio daba instrucciones al prefecto pretoriano de Italia y le indicaba que las provincias de Campania, Toscana, Piceno, Samnio, Apulia, Calabria, Brucio y Lucania debían ver sus impuestos reducidos a la quinta parte de su montante normal por espacio de cinco años. El estado romano estimaba que dichas provincias merecían esa reducción porque había sido en sus tierras donde se habían aprovisionado principalmente los godos mientras estuvieron estacionados en los alrededores de Roma entre los años 408 y 410. En el año 418, una segunda ley redujo la aportación de la Campania a la novena parte de su anterior cuantía, y a una séptima parte la de las demás provincias. Sólo unas cuantas zonas más habían sufrido un daño tan prolongado —resultado de una ocupación de dos años, más o menos—. Los vándalos, los alanos y los suevos parecían haber llegado a un arreglo algo más ordenado con los hispanorromanos de la zona. Sin embargo, la completa pérdida de la base fiscal en algunas comarcas y los estragos causados en las restantes debieron de haber reducido de manera sustancial los ingresos anuales del imperio de Occidente entre los años 405 y 418.[91]

Podemos detectar también un notable deterioro de otros dos pilares básicos del estado. En el primer caso, las pruebas aparecen en otra de las extraordinarias fuentes de la Antigüedad tardía que han llegado hasta nosotros (y que ya hemos mencionado antes), la *Notitia Dignitatum*. Esta obra es una lista de todos los cargos civiles y militares del imperio romano tardío, separado en sus mitades oriental y occidental. El encargado de tener al día el documento era uno de esos altos funcionarios, el *primicerius notariorum* (el «notario mayor»), y parte de su trabajo consistía en redactar cartas de nombramiento. El documento se iba corrigiendo a medida que se producían cambios en la estructura burocrática o militar

del imperio. La parte del texto perteneciente a la mitad oriental del imperio consigna su situación hacia el año 395, es decir, hasta la fecha de la muerte de Teodosio I o en torno a ella. Por otro lado, la parte perteneciente a la mitad occidental se fue actualizando concienzudamente hasta el año 408, y después sólo de forma parcial hasta principios de la década de 420. En particular —y ésta es la razón de que nos interesemos aquí por este texto— la *Notitia* contiene dos listados en los que se consignan las unidades móviles del ejército de campaña (los *comitatenses*) del imperio de Occidente. El primero de esos listados señala los regimientos (*numeri*) y los nombres de los comandantes en jefe a cuyas órdenes servían, junto con los de los comandantes de infantería y de caballería. El segundo (*distributio numerorum*) indica su distribución por regiones.[92] Un análisis detallado muestra que esta segunda lista nos proporciona una imagen de la situación de los ejércitos de campaña del imperio de Occidente a finales de la segunda década del siglo V.[93]

El examen detenido de estos listados y su comparación con las listas que indican la composición del ejército de Oriente en el año 395 es muy revelador. En primer lugar, y esto resulta completamente sorprendente, está claro que el ejército occidental había sufrido graves pérdidas en las guerras de principios del siglo V. En el año 395, el ejército de Oriente contaba, en total, con 157 regimientos de campaña. Hacia el año 421, el ejército de Occidente tenía 181, pero, de ellos, nada menos que 97 habían sido constituidos con posterioridad al año 395, y del período anterior al año 395 sólo sobrevivían 84. A lo largo del siglo IV, los distintos emperadores se habían repartido las unidades de campaña del ejército en un cierto número de ocasiones, pero todo sugiere que, en cada una de las mitades del imperio, su magnitud era aproximadamente del mismo orden. Por lo tanto, si el ejército de Occidente hubiera contado, igual que el de Oriente, con unos 160 regimientos en el año 395, entonces, en los veinticinco años que median entre el acceso de Honorio al trono y el año 425, resultaron aniquilados 76 regimientos (el 47,5 por 100). Esto supone un nivel de desgaste formidable, ya que representa la pérdida de más de treinta mil hombres.[94] El ejército romano del Rin fue el que recibió el golpe más duro. En el año 420 contaba con 58 regimientos. Sin embargo, de ellos, sólo 21 eran unidades anteriores al año 395, ya que los otros 37 (es decir, el 64 por 100) habían sido creados durante el reinado de Honorio. Esto es perfectamente lógico. El ejército galo había soportado la peor parte de la invasión del Rin. Más tarde, y bajo el control de

Constantino III, había proseguido la lucha contra los invasores y los había perseguido hasta que cruzaron los Pirineos e incluso después de haberlos rebasado. Posteriormente se vio atrapado en el bando perdedor tras el contraataque de Constancio. No es de extrañar que terminara despedazado y que muchas de sus antiguas unidades quedaran hechas trizas y se desbandaran.[95]

Lo que nos dice la *Notitia* sobre el modo en que se compensaron las pérdidas resulta también extremadamente interesante. Hacia el año 420, gracias a los 97 nuevos regimientos creados desde el año 395, se había restaurado en lo fundamental el número de unidades de *comitatenses* de Occidente. De hecho, si estamos en lo cierto al suponer que los ejércitos oriental y occidental tenían unas dimensiones aproximadamente iguales en el año 395, entonces sus efectivos totales se habían visto incluso incrementados en unas 20 unidades (un 12,5 por 100). Sin embargo, de las 97 unidades nuevas, 62 (el 64 por 100) eran antiguos regimientos de las guarniciones fronterizas reconvertidos para completar las fuerzas del ejército de campaña. En algunas partes de la *Notitia* que no habían sido puestas al día, muchas de esas unidades seguían figurando en la categoría de guarniciones, así que son fáciles de detectar. Las 28 *legiones pseudocomitatenses* fueron todas ellas reconvertidas en tropas de guarnición, y lo mismo ocurrió con otras 14 unidades pertenecientes a las *legiones comitatenses*, de carácter supuestamente más elitista, y con otras 20 unidades de caballería del norte de África y de la Mauritania tingitana. Dejando aparte a las fuerzas del norte de África, la región que vuelve a mostrar una mayor desorganización es la Galia. En el año 420, 51 de los 58 regimientos del ejército de campaña galo fueron reconvertidos en tropas de guarnición. Por lo tanto, la mayor parte de los vacíos creados en el ejército de campaña de Occidente por las continuas guerras que se libraron, aproximadamente, a partir del año 405 no habían sido cubiertos mediante el reclutamiento de nuevas fuerzas pertenecientes a la categoría más elevada, sino a expensas de la reconversión de antiguos efectivos de grado inferior. Y la denominación de los regimientos de aproximadamente un tercio de las 35 nuevas unidades del nivel más alto (Atacotes, Marcomanos, Brisigavos, etcétera) derivaba de los nombres de los correspondientes grupos tribales no romanos, lo que sugiere que estaban compuestos, al menos en su origen, por efectivos no romanos.[96]

Del texto, terriblemente árido a primera vista, de la *Notitia Dignitatum* surge así una imagen fascinante. Si juzgamos por las apariencias, el

ejército occidental poseía una fuerza de dimensiones mayores a las de veinte años antes. Sin embargo, el aumento de tamaño enmascara algunos problemas fundamentales, entre ellos el de que la mitad de sus antiguos regimientos hubiera quedado hecho trizas tras las guerras. Por consiguiente, pese a que el ejército de campaña fuera mayor, el total de los efectivos militares era menor, ya que no hay razón para suponer que las tropas de guarnición reconvertidas hubieran sido sustituidas en su puesto fronterizo por nuevas fuerzas. Entre los años 411 y 420, Constancio consiguió grandes cosas con estos efectivos, pero la única conclusión que se impone es que, si las comparamos con sus antecesoras del año 395, estas tropas eran unas tropas lastimosamente menguadas. Un ejército se desarrolla con la continuidad, y unas pérdidas de esta envergadura debieron de reducir considerablemente la eficacia general de la totalidad de las fuerzas militares de Occidente, y en particular de las destacadas en la Galia. Si descontamos a los miembros de las tropas de guarnición reconvertidas, el «verdadero» número de *comitatenses* se había reducido en un 25 por 100 entre el año 395 y el año 420 (ya que había bajado de aproximadamente 160 unidades a unas 120). Y yo sugeriría que aquí es donde podemos observar que las pérdidas económicas de esa época empezaron a resultar realmente lesivas. En el año 420, Constancio tuvo que hacer frente a más problemas militares, y más urgentes, de los que hubo de atajar Estilicón en el año 395. En teoría, tenía la posibilidad de recurrir a un ejército mayor, pero las limitaciones económicas impuestas por la disminución de los ingresos no iban a permitirlo.

Por tanto, podemos distinguir claramente, tras la fachada de los muy reales éxitos de Constancio, los efectos a largo plazo de la crisis que había derribado a Estilicón. Y por si no bastara con la sustancial reducción de los efectivos militares, había comenzado a aflorar un nuevo problema. Observamos por primera vez un indicio de ese problema durante los distintos cercos que sufrió Roma a manos de Alarico, ya que en aquellos momentos, y a pesar de que todo ello iba en contra de los deseos expresos de Honorio y de las autoridades centrales, el jefe godo logró arrancar del senado una cierta cooperación favorable a sus propósitos —un generalato para él, oro para sus seguidores y una mayor influencia política para el conjunto de los godos—. Atalo se avino a ser elegido emperador por los godos, aunque marcó el límite de su cooperación con ellos al no permitir que las tropas godas ganaran para su causa a las provincias de África —cosa que verdaderamente habría eliminado la última posi-

bilidad de un imperio occidental independiente—. Después de 414, se reprodujo el mismo fenómeno en la Galia. Cuando Ataulfo volvió a elevar a Atalo a la púrpura, parte de la aristocracia terrateniente de la Galia estaba dispuesta a adherirse a sus partidarios. La crónica de la boda de Ataulfo no sólo resulta significativa por el lugar en el que se desarrolló, sino también por el número de aristócratas galos que se mostraron dispuestos a cantar las alabanzas del proyecto de Ataulfo y a aliarse con el régimen sustentado por los godos. Paulino de Pella, que había aceptado el cargo de conde de la sagrada generosidad en tiempos de Atalo, escribiría más tarde que no lo había hecho porque creyera verdaderamente en la legitimidad o en la viabilidad del régimen, sino porque ése parecía ser el mejor camino hacia la paz.[97] Tal fue probablemente la motivación que impulsó a muchos de los senadores que habían cooperado con Alarico, pero no por eso resultaba menos peligrosa su actitud.

Lo que estamos observando aquí es un primer ejemplo del modo en que la acción de unas fuerzas militares extranjeras podía agrandar las líneas de fractura que ya hacía tiempo que venían resquebrajando el sistema político romano. En la campaña de Andrinópolis (véase el capítulo 4), y de nuevo en la invasión del Rin de finales del año 406, las clases sociales inferiores del imperio se habían mostrado dispuestas a ayudar a los invasores bárbaros, o incluso a unirse a ellos. Esto no es tan sorprendente, dado lo poco que participaban estos grupos de un sistema gobernado por y para las clases terratenientes, como vimos en el capítulo 3. La buena disposición de la élite terrateniente ante la posibilidad de llegar a acuerdos con los bárbaros era un fenómeno muy distinto —y mucho más peligroso para el imperio—, pero también en este caso sus orígenes se encuentran en la naturaleza del sistema. Dado su enorme tamaño y lo limitado de su tecnología burocrática, el imperio romano no podía ser sino un mundo de entidades locales dotadas de autogobierno y cohesionadas merced a una combinación en la que intervenían la fuerza y el pacto político basado en la idea de que el pago de impuestos al centro habría de ofrecer protección a las élites terratenientes locales. La aparición de unas fuerzas armadas extranjeras en el corazón del mundo romano puso a dura prueba ese pacto. La rapidez con la que algunos terratenientes se precipitaron a prestar respaldo a los regímenes auspiciados por los godos no constituye tanto, según se ha argumentado en ocasiones, un signo de falta de fibra moral entre los romanos del imperio tardío, cuanto un indicador del peculiar carácter que adquiere la riqueza cuando se presenta

en forma de bienes raíces. En el análisis histórico, por no hablar de lo que sucede en los antiguos textos de transmisión patrimonial, los bienes raíces se definen habitualmente por oposición a los bienes muebles, y esta distinción capta la esencia del problema. Simplemente no es posible, en caso de que las condiciones de la zona cambien, echar mano de los bienes inmuebles y partir con ellos, como haríamos con una bolsa de oro o de diamantes. Si partimos a pesar de todo, dejaremos atrás la fuente de nuestra riqueza, y con ella todo cuanto guarda relación con nuestra pertenencia a una élite. Por consiguiente, los terratenientes no tienen más opción que tratar de adaptarse a los cambios de las condiciones. Y eso es lo que estaba empezando a suceder en las inmediaciones de Roma entre los años 408 y 410 y en el sur de la Galia entre 414 y 415. En realidad, los cambios no llegaron demasiado lejos, ya que Constancio reafirmó la autoridad central de una forma bastante rápida. También parece que fue consciente del problema político y que actuó con toda prontitud para frenarlo.

En el año 418, como coronación de los demás esfuerzos de restauración que había realizado, Constancio restableció el consejo anual de las provincias galas, que se reunía en Arles —aunque no sólo las provincias, sino también las ciudades de las regiones próximas a Arles, debían enviar a sus delegados al consejo—. Éstos se seleccionaban entre las clases altas y debatían acerca de cuestiones relacionadas tanto con asuntos públicos como privados, y en especial de temas vinculados con los intereses de los terratenientes (en latín, *possessores*). La época en que se restablece este consejo coincide de manera sugerente con el asentamiento de los godos en el valle del Garona, y puede afirmarse con razonable seguridad que ése debió de ser el principal punto del orden del día de aquella primera reunión anual. El consejo había sido concebido claramente como un foro —y de hecho así funcionaba— en el que los ricos terratenientes locales, que también contaban con la confianza de sus vecinos de la clase acomodada, pudieran hablar con regularidad con los funcionarios del imperio. Era un empeño deliberado destinado a reparar las grietas, o tal vez sólo los desconchados, que habían surgido en las relaciones entre los aristócratas galos y el centro del imperio durante, más o menos, la década posterior al año 405. La aparición de extranjeros había abierto una fisura entre los intereses de los terratenientes y los de la administración central, y la labor del consejo consistía en repararla. Se produjo también otra coincidencia: la de la llegada a Arles de Rutilio Namaciano (véanse

las páginas 300-303), cuyo lento viaje de regreso del otoño y el invierno de los años 417 y 418 había sido perfectamente calculado para llevarle a la Galia a tiempo para asistir a la primera reunión del consejo. Suficientemente bien relacionado en la corte de Honorio para saber lo que se preparaba, Rutilio Namaciano era exactamente el tipo de ex alto cargo cuya presencia resultaba necesaria en la asamblea. Tal vez los peces gordos allí reunidos fuesen invitados durante la cena a una conmovedora lectura del poema de este hombre leal a Honorio que preveía que Roma y la Galia habrían de resurgir de sus cenizas. No eran en modo alguno sentimientos impropios: con el oeste libre de usurpadores, los godos sosegados, los terratenientes de la Galia nuevamente incorporados a la órbita imperial, y acallados la mitad de los supervivientes de la invasión del Rin, todo había quedado bien dispuesto para que el resto recibiese su merecido.

6

El puntal de África

Al vencedor, trofeos: las proezas de Constancio no quedaron sin recompensa. Él fue el comandante supremo del ejército de Occidente a partir del año 411. Otros honores siguieron a éste rápidamente, a medida que sus éxitos se multiplicaban. El 1 de enero del año 414 se le concedió el máximo honor protocolario del mundo romano: la recompensa de un primer consulado. En la antigua república, los dos cónsules que se elegían anualmente habían ejercido un poder real, pero hacía mucho tiempo que el cargo consular había dejado de cumplir función alguna. Sin embargo, dado que se fechaban todos los documentos oficiales en función de los nombres de los cónsules, el cargo llevaba aparejado una promesa de inmortalidad, y si tenemos en cuenta que, con frecuencia, uno de los dos cónsules era también emperador, el puesto conservaba toda su aureola de prestigio. Al año siguiente, Constancio vio como se añadía a su lista de títulos la consideración de *patricius* («patricio»), algo que tampoco significaba nada en la práctica, pero lo importante era que se seguían buscando títulos que expresaran su especial relevancia.

El 1 de enero del año 417 fue nombrado cónsul por segunda vez, y lo que resulta aún más significativo, obtuvo en matrimonio la mano de Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, a quien los visigodos habían devuelto, forzados precisamente por Constancio. Su primera hija, la decidida princesa Justa Grata Honoria, nació aproximadamente al año de la boda. Poco después, Placidia quedó embarazada de nuevo, y esta vez tuvo un hijo, Valentiniano, que nació en julio de 419. El emperador Honorio seguía sin tener hijos, y en esta fecha nadie albergaba ya la menor duda respecto a que nunca los tendría. Constancio, Placidia y sus hi-

jos eran la primera familia del imperio de Occidente. Sin embargo, la carrera de Constancio no había acabado. El 1 de enero de 420 volvió a ser nombrado cónsul por tercera vez. Entonces, el 8 de febrero del año 421, la inexorable lógica política condujo al espaldarazo final. Casado con la hermana del emperador, padre del seguro heredero y gobernante *de facto* del imperio en los últimos diez años, Constancio fue finalmente proclamado augusto correinante por Honorio. Parecía estar iniciándose una nueva edad de oro. El destino, no obstante, no parecía ceñirse a ese guión. El 2 de septiembre, cuando no habían transcurrido siquiera siete meses desde su coronación, Constancio falleció.

La vida (y la muerte) en la cumbre

Para comprender los catastróficos efectos de la súbita desaparición de Constancio, debemos examinar el funcionamiento de la política cortesana en el imperio romano tardío. Su fachada pública estaba centrada en la pompa protocolaria que correspondía a un gobernante elegido por Dios para dirigir un imperio cuyo destino, según los designios de esa misma divinidad, consistía en difundir por todo el mundo la civilización cristiana. Todas las ceremonias eran cuidadosamente organizadas para expresar la creencia unánime de quienes intervenían en ellas, convencidos de formar parte de un orden social dispuesto por Dios, que, por consiguiente, no admitía mejora.

Se esperaba que los emperadores se comportaran de acuerdo con esta creencia. El pagano Amiano Marcelino criticaba al emperador pagano Juliano —que en todos los demás aspectos le entusiasmaba— por apartarse de estas normas:

> [C]ierto día que se hallaba allí actuando como juez ... [y que] se anunció que había llegado de Asia un filósofo llamado Máximo, [Juliano] se levantó de forma nada apropiada y, olvidando quién era, tras recorrer a la carrera la larga distancia que le separaba de él ... le besó ... [Con ello] daba la sensación de buscar con ansia una gloria vana. Sin duda, olvidaba las palabras de Cicerón, en las que, criticando este comportamiento, decía: «Los propios filósofos ponen su nombre en los libros que escriben para despreciar la gloria, de manera que quieren que se hable de ellos y se les cite, a la vez que dicen despreciar la fama y el honor».[1]

En opinión de Amiano, esa actitud de alejamiento de las formalidades era una afectación deliberada. Sin embargo, Juliano no era el único que encontraba que las exigencias que pesaban sobre la conducta imperial eran demasiado engorrosas, y así lo recoge Olimpiodoro: «Constancio ... lamentaba su elevación porque ya no tenía libertad para ir y venir adonde se le antojase y a su guisa, y porque no podía disfrutar, por ser el emperador, de los pasatiempos a los que estaba acostumbrado».[2] Esto incluía sin duda su afición a bromear con los bufones durante la cena, como le gustaba hacer antes de ejercer su cargo. Ser emperador no era sólo dar órdenes, implicaba también estar dispuesto a satisfacer las expectativas.

No obstante, si la fachada pública de la vida en la corte remedaba el suave deslizamiento del cisne del protocolo sobre las aguas de los asuntos del mundo, su trastienda era un semillero de rivalidades. Dado que el imperio era, con mucho, demasiado grande para poder ser controlado sin ayuda por un sólo hombre, era preciso contar con subordinados que atendiesen a su funcionamiento concreto. En el apogeo de su dominio sobre Honorio, primero Estilicón y después Constancio controlaron los nombramientos más importantes, tanto civiles como militares. Al decidir un ascenso, era necesario buscar un equilibrio entre los aspectos prácticos y los políticos. Una juiciosa distribución de los favores contribuía a reunir un grupo de agradecidos partidarios, y ellos podían proteger al hombre situado en la cúspide de los potenciales rivales. Esto no significa que los rivales fuesen siempre fáciles de detectar. Como hemos visto, fue el propio Estilicón quien sugirió el ascenso de Olimpio, que al final habría de ser su castigo.

El ámbito oficial en el que se desarrollaban estas luchas por la obtención de cargos era el consejo central del imperio, es decir, el consistorio imperial. En él, el emperador y sus más altos mandatarios, tanto militares como civiles, se reunían para celebrar sesiones periódicas, y a veces se dedicaban a un auténtico politiqueo. Amiano refiere el caso de un general llamado Marcelo que denunció en una ocasión las pretensiones del César Juliano, que ansiaba todo el poder de la púrpura y la corona asociado a la condición de Augusto, y el de un prefecto pretoriano de Italia extremadamente valeroso llamado Eupraxio que en ciertas circunstancias había replicado a Valentiniano I —tras negar éste haber dado una orden que autorizaba la tortura judicial de los senadores acusados de prácticas de nigromancia— que de hecho acababa de hacerlo.[3]

No obstante, los asuntos del consistorio se desarrollaban por lo general según métodos muy formales. En el consistorio se alineaban todos los dignatarios de la corte en orden de precedencia y ataviados con sus túnicas de aparato para recibir a los embajadores extranjeros. Éste era también el lugar en el que se acostumbraba a celebrar la ceremonia de la *adoratio* —consistente en besar la túnica imperial—. En el pleno del consistorio era más frecuente anunciar decisiones que debatirlas.[4]

Buena parte del verdadero ejercicio de la negociación política y de la toma de decisiones tenía lugar en un espacio aún más apartado de la atención pública: en sesiones del consejo en las que sólo estaban presentes unos cuantos funcionarios de confianza o en estancias privadas ocultas a los ojos de prácticamente todo el mundo. La decisión de admitir a los godos en el imperio en el año 376, por ejemplo, no se tomó sino después de un acalorado debate entre Valente y sus más íntimos colaboradores, aunque al anunciarse la decisión en el consistorio se presentó ante el público la fachada de un alborozado consenso. De igual modo, Prisco nos dice que un funcionario romano del imperio de Oriente que tenía la intención de sobornar a un embajador huno a fin de conseguir que éste asesinara a su jefe, le invitó a reunirse con él en sus aposentos privados una vez que se hubieron terminado las ceremonias formales del consistorio.[5] En público, la corte del imperio debía dar muestras de una completa unanimidad, pero en privado las espadas seguían en alto, y se difundía de forma constante un torrente de rumores destinado a respaldar a los amigos y a destrozar a los enemigos. Todos coincidían en hacer del juego político una práctica asociada a la obtención y el ejercicio solapados de la influencia.

Las compensaciones del éxito eran enormes: quien contribuía a dar forma a los asuntos públicos del momento era objeto de la solícita atención de sus inferiores y, junto al poder político y social, disfrutaba de una prosperidad asombrosa y de un lujoso estilo de vida. Ahora bien, el coste del fracaso era comparablemente alto: la política romana era un juego de todo o nada. Una carrera política del máximo nivel generaba demasiados enemigos para que el individuo que decidiera emprenderla pudiese dejar de estar alerta un solo instante. No se sabe de muchos aspirantes pertenecientes a los escalones políticos superiores de la Roma tardía que se hayan retirado. Como hemos visto, la única salida que tenía Estilicón era un sarcófago de mármol, y lo mismo puede decirse de cualquier otro personaje relevante. El cambio de régimen, especialmen-

te tras la muerte de un emperador, era el momento clásico en el que salían a relucir las dagas. Precisamente en uno de esos momentos se había reclamado la vida del conde Teodosio (padre del emperador Teodosio I) tras el súbito fallecimiento de Valentiniano I, y más tarde la de los miembros de la facción que había propiciado la muerte del conde. Con un poco de suerte, el aspirante era el único eliminado, pero a veces se aniquilaba a familias enteras y se les confiscaban sus bienes —la mujer y el hijo de Estilicón fueron asesinados poco tiempo después de su muerte—. No se estaba a salvo ni siquiera en el caso de que la caída en desgracia adoptara la forma de un abandono forzoso de la política. Tal como había sucedido con Paladio en el asunto de Leptis Magna (véanse las páginas 137-138), la súbita exclusión de la política central señalaba el instante en el que los enemigos comenzaban a murmurar y a reunir pruebas, de modo que uno nunca sabía en qué momento podía llamar a la puerta un funcionario con una orden judicial. En la Roma tardía, la cima de la política sólo era apta para los más empedernidos amantes del riesgo: si uno no conseguía mantenerse en lo alto de la cucaña cubierta de grasa era probable que terminara en lo alto de una pica cubierta de sangre. En el año 414 se exhibían en las afueras de la ciudad de Cartago no menos de seis cabezas de usurpadores: dos ya antiguas (las de Máximo y Eugenio, de la época de Teodosio I), y cuatro más recientes —las de Constantino III y su hijo, flanqueadas por las de Jovino y el suyo.[6]

Amiano nos brinda un brillante retrato literario de uno de estos grandes de la Roma tardía, Petronio Probo, que alcanzó una posición destacada en tiempos de Valentiniano I (364-375) y también en época posterior. La estampa capta bellamente el poder y la precariedad de la vida en la cima.

> [Probo], a veces, se mostraba generoso y propicio para el ascenso de sus amigos. Pero en cambio otras veces parecía un cruel acusador y una persona malvada, que se dejaba llevar por una cólera sangrienta. Y aunque tuvo mucho poder mientras vivió, ya que hizo donaciones y alcanzó numerosas magistraturas, sin embargo, en ocasiones, se comportaba como una persona tímorata ante los audaces, creciéndose sólo frente a los pacatos ... Y al igual que los animales acuáticos, si son sacados de su elemento, no pueden respirar en la tierra, así también Probo languidecía si no contaba con una prefectura, cargo que se veía obligado a obtener para satisfacer las necesidades del enorme número de gente que dependía de él. Además, éstos nunca actuaban legalmente debido a su ambición desbordada y por ello, para poder

> cometer impunemente sus fechorías, empujaban a su señor a sumergirse en las tareas de gobierno ... Con todo esto, andaba siempre sospechando ... y, a veces, expresaba algún halago, pero siempre con mala intención ... Aun habiendo alcanzado la cumbre de la riqueza y de los honores, siempre estaba intranquilo y preocupado y, por ello, continuamente padecía trastornos, aunque ligeros.[7]

Arrogante pero servil, poderoso y no obstante atormentado por la ansiedad y la hipocondría: ésta parece ser una reacción perfectamente razonable a las vicisitudes características de una carrera política en la Roma tardía. El otro elemento que aquí interviene, y que Amiano capta de forma tan magistral, es el alcance de las presiones que, procedentes de las capas inferiores, incidían en quienes ejercían un cargo del máximo nivel. Eran, antes que nada, personas capaces de colocar en buena posición social a sus amigos. Se les consideraba capaces de conceder una infinidad de pequeños favores, y de ahí emanaba su poder, del hecho de que la gente supiera que tenían el don de ejercer una gran influencia. Por consiguiente, estos protectores se veían sometidos al constante asedio de personas que demandaban una promoción y que, de no llegar el favor pedido, irían a llamar a otra puerta.[8] Una vez que se había montado en el ascensor social era difícil bajarse de él.

Contra este telón de fondo se recorta, en septiembre de 421, la inesperada muerte de Flavio Constancio, emperador correinante y verdadero gobernante de Occidente. Se puede excusar a quien piense que Constancio había debido su ascenso a la rapidez y la eficacia con la que había vuelto a encarrilar, aproximadamente a partir del año 410, al imperio de Occidente. Esto es parcialmente cierto. Sin estos éxitos, el matrimonio con Placidia y la promoción al cargo imperial de febrero de 421 nunca se habrían cruzado en su camino. Sin embargo, el éxito militar por sí solo no era suficiente. Constancio utilizó este éxito para consolidar también su posición en la corte. A medida que fue creciendo su capital político pudo ir deshaciéndose de sus rivales y convertir una posición de mediana importancia en la corte en una posición inexpugnable.

Dado que sobrevivió al baño de sangre, hay que concluir que, en la época de la muerte del viejo generalísimo, no es posible que Constancio se hubiera podido alzar por encima de la posición de seguidor secundario de Estilicón. Las primeras etapas de su propio ascenso no fueron menos violentas. A medida que, uno tras otro, ascendían y descendían

los políticos en la consideración de Honorio, fueron varios los rápidos cambios de personal que siguieron a la caída de Estilicón. La estrella ascendente de Olimpio, organizador del golpe contra Estilicón, se apagó cuando se vio que su política, fundada en resistir a Alarico, no llevaba a ninguna parte. Le siguió Jovio, que dio un vuelco a su lealtad y pasó a apoyar a Alarico y a Atalo cuando Honorio torpedeó el acuerdo diplomático que estaba tratando de negociar. A la influencia de Jovio siguió la de un eunuco que ocupaba el cargo de jefe de la casa imperial, el *præpositus sacri cubiculi* Eusebio, pero fue pronto desbancado por el general Alobico, que hizo matar a Eusebio a garrotazos (junto con otros dos altos mandos militares) en presencia del emperador.[9]

Fue en ese momento cuando Constancio irrumpió en escena, beneficiado enormemente por la sucesión de carnicerías, ya que éstas habían abierto un hueco en la cima que no esperaba sino a alguien lo suficientemente osado para ocuparlo. Con el pretexto de una supuesta alianza entre Alobico y Constantino III, Constancio logró desacreditar al primero y hacer que lo mataran. Se ha creído en ocasiones que Alobico recibía dinero de Constantino, pero quizá todo se redujera simplemente a que estaba a favor de una paz negociada —lo que habría chocado con el deseo de una confrontación violenta que impulsaba a Constancio—. De este modo, Constancio pudo utilizar el capital político obtenido gracias a sus rápidos éxitos contra Constantino y Geroncio para llevar a Olimpio, el archienemigo de Estilicón, ante la «justicia»: se le cortaron las orejas y, al igual que Eusebio, fue muerto a garrotazos ante los ojos del emperador.

Por tanto, el ascenso de Constancio al poder se basó también en una hábil maniobra política. A finales del año 411, gracias a la ejecución de Alobico y a sus éxitos militares contra los usurpadores, Constancio logró que la situación política se estabilizara en torno a su persona. Sin embargo, quedaba aún un rival clave: Heracliano, jefe militar del norte de África. La lealtad de Heracliano había sostenido al emperador en sus horas más lóbregas de los años 409 y 410, época en la que había mantenido el flujo de fondos procedente de África a fin de apuntalar la lealtad del ejército de Italia. En el año 412 se le recompensó debidamente, ya que fue nombrado cónsul para el año siguiente: el espaldarazo supremo, que sólo cedía en importancia ante la púrpura imperial. Ahora bien, Heracliano era un viejo cómplice de Olimpio —se decía que él mismo había ejecutado a Estilicón—. Ésta pudo haber sido la primitiva manzana de la dis-

cordia que enfrentaba a las dos estrellas que aún brillaban en el firmamento militar del imperio de Occidente, pero no hay duda de que los éxitos de Constancio resplandecían con luz propia. El hecho de que se le concediera el consulado a Heracliano antes que a Constancio, cuyos logros eran muy superiores, sugiere que el emperador trataba de tranquilizar a Heracliano haciéndole ver que su posición era sólida. Pero el comandante africano no se tranquilizó, y en la primavera del año 413, mientras Constancio se hallaba ocupado organizando la perdición del usurpador Jovino, Heracliano desplazó a su ejército hasta Italia. Las fuentes acusan a Heracliano de querer hacerse con la púrpura, pero es posible que sólo quisiera desbaratar la influencia que Constancio tenía sobre Honorio. Sea como fuere, fracasó. Su ejército fue derrotado por uno de los lugartenientes de Constancio, y el propio Heracliano fue asesinado por dos agentes de Constancio al regresar a Cartago.[10]

La influencia de Constancio se fundaba, por tanto, en una combinación de rotundas victorias, de un recurso sin complejos a la puñalada por la espalda y de unos cuantos garrotazos. Con la derrota de Heracliano, Constancio había eliminado a todos sus rivales clave. A pesar de ello, las siguientes etapas de su encumbramiento distaron mucho de resultar fáciles. Focio ha preservado para nosotros este relato de su unión con Placidia:

> Al llegar la fecha en que Honorio celebraba su undécimo consulado y Constancio el segundo [417 d. C.], ambos festejaron con gran pompa el matrimonio de Placidia. Los frecuentes rechazos de Placidia, habían hecho que Constancio se enfadara con los sirvientes. Al final, el emperador Honorio, su hermano, el mismo día en que tomaba posesión de su consulado [el 1 de enero], la tomó de la mano y, a pesar de sus protestas, la entregó a Constancio, con lo que el matrimonio quedó solemnizado de la forma más deslumbrante.[11]

Algunos han supuesto que Placidia amaba aún a Ataulfo, su fallecido marido godo, pero es claro que Placidia no aceptaba de buen grado que se la utilizase como peón de una estrategia que remedaba con toda fidelidad la que había permitido a Estilicón casar rápidamente a sus dos hermanas, una tras otra, con Honorio. Y si resulta evidente que el emperador se alegraba de poner en manos de Constancio el mismo tipo de poder que había ejercido Estilicón, la idea le gustaba mucho menos a su hermana.[12]

Así pues, en su ascenso a la primacía, nada le había resultado fácil a Constancio. Había tenido que batirse para conquistar cada milímetro de su avance. Incluso su elevación a la púrpura había suscitado la oposición de Constantinopla, y la clase dirigente del imperio de Occidente no aceptó fácilmente que se diera un vuelco a su posición y se la obligara a someterse. El casamiento con Placidia pudo haber colocado a Constancio lejos del alcance de cualquier rival, pero su poder se hallaba cimentado sobre un montón de cadáveres. Al morir, en el año 421, todos los altos cargos habían sido nombrados por Constancio, y los cálculos políticos de todos ellos se centraban en su persona (y entre esos cálculos hay que incluir los de quienes alimentaban planes destinados a eliminarle). Como en la mayoría de los estados de partido único, no había ningún sucesor designado —Constancio se había ocupado de ello—. Honorio carecía de capacidad para la intriga política, así que fueron los principales subordinados que Constancio había dejado atrás quienes tuvieron que ponerse de acuerdo para urdir una nueva jerarquía. El resultado fue un caos político que duró más de diez años, hasta que, al final, volvió a surgir, a mediados de la década de 430, una apariencia de orden.

Después de Constancio: la lucha por el poder

El primer asalto de la pugna fue muy breve, ya que abarcó el período comprendido entre la muerte de Constancio y la muerte de Honorio, ocurrida menos de dos años después, el 15 de agosto de 423. En esta época el juego seguía consistiendo en obtener la confianza del emperador y conservarla. En esta carrera, la mejor situada era la hermana de Honorio, que contaba con la ventaja de haber sido educada para la púrpura y que había sido elevada a la condición de Augusta al convertirse en Augusto su marido. Además de preservar sus propios intereses, Placidia debía salvaguardar los del hijo que había tenido con Constancio, Valentiniano, heredero potencial al trono, aunque la progresión que podía permitirle alcanzar la dignidad imperial no era en absoluto automática. Como hemos visto en el capítulo 3, la sucesión se apoyaba por lo común en un fundamento dinástico, pero únicamente en caso de que hubiera un heredero con posibilidades, un heredero que fuese capaz de suscitar un consenso general. Varroniano, hijo de corta edad del emperador Joviano,

por ejemplo, desapareció sin dejar rastro tras la muerte de su padre porque nadie tenía interés alguno en respaldar sus derechos. Por este motivo, Placidia trató de congraciarse con su hermano —a tal punto que Olimpiodoro refiere que se venteaba el escándalo:

> El afecto de Honorio por su hermana creció tanto tras la muerte de su esposo Constancio que su inmoderada complacencia mutua y sus constantes besos en la boca provocaron que mucha gente albergase infamantes sospechas. Sin embargo, gracias a los esfuerzos de Espadusa y de la niñera de Placidia, Elpidia, así como por efecto de la colaboración de Leoncio, su mayordomo, este afecto se vio reemplazado por un grado de odio tal que era frecuente que estallasen peleas en Ravena y que ambos bandos se propinaran golpes. Y es que Placidia estaba rodeada por una legión de bárbaros debido a sus matrimonios con Ataulfo y Constancio. Al final, como consecuencia de esta encendida enemistad y de que el odio era tan fuerte como su anterior amor, Placidia fue enviada al exilio a Bizancio con sus hijos, al demostrarse que Honorio era el más fuerte.[13]

Por desgracia, dependemos en este punto del breve resumen que hace Focio del relato de Olimpiodoro, así que no queda totalmente claro quién estaba en el bando de quién. Es probable que «Espadusa» sea un error, y que el nombre correcto sea «Padusia», esposa de un oficial del ejército llamado Félix.[14] También sabemos que estaba implicado otro importante jefe militar, Castino. El fragmento continúa y nos dice que un tercer oficial, Bonifacio, sucesor de Heracliano en África, se mantuvo leal a Placidia en todo el período que duraron sus fatigas. Al menos las grandes líneas están claras: Placidia trató de procurar sostén a la posición de su familia mediante el monopolio del afecto de su hermano y logró granjearse algunos apoyos entre los militares. Sin embargo, prevalecieron otros grupos de interés, y éstos lograron separar a viva fuerza a los dos hermanos. La consecuencia fue que Placidia partió exiliada a Constantinopla a finales del año 422.

Las maniobras continuaron en su ausencia, pero se detuvieron con la muerte de Honorio, pocos días antes de que cumpliera los 39 años. Todos los envites habían quedado truncados, y comenzó el segundo asalto de la lucha por el poder en el imperio de Occidente.

Tras partir Placidia hacia Oriente con Valentiniano, no quedaba ya ningún candidato claro al trono. Los numerosos y muy competentes subordinados a los que Constancio había aupado intrigaban para tomar

posiciones. Al final, tras unos cuantos meses, el poder quedó en manos del notario mayor, Juan. El 20 de noviembre, una vez que hubo reunido el respaldo necesario en los más altos niveles de la burocracia y el ejército, fue declarado Augusto. Bonifacio se mantuvo apartado en África. El fiador más destacado de Juan era el general Castino (a quien ya hemos conocido con ocasión de las intrigas palaciegas anteriores a la muerte de Honorio). El régimen contaba con otro relevante apoyo militar en la persona de Aecio, que ostentaba el destacado cargo cortesano de *cura palatii* («encargado de palacio»). Cuando aún era un adolescente, Aecio había descollado por primera vez al ser enviado como rehén a los aliados bárbaros en dos ocasiones, una anterior y otra posterior al año 410. Pasó tres años con los godos de Alarico (de 405 a 408), período al que siguió otro con los hunos (quizás entre los años 411 y 414). Como veremos, esta última estancia habría de tener repercusiones.

Al estar dividida la clase dirigente militar de Occidente, resultaba claro que uno de los factores clave iba a ser la actitud de la corte oriental de Teodosio II. Juan envió rápidamente una embajada para solicitar que se le reconociera, pero los embajadores fueron recibidos airadamente y enviados al exilio a algún lugar situado en las inmediaciones del mar Negro. No sabemos si costó muchas o pocas deliberaciones, pero al final, Teodosio y sus asesores, animados quizá por el hecho de que Bonifacio se hubiera negado a echar al norte de África en brazos del círculo de partidarios de Juan, decidieron enviar una fuerza expedicionaria a Ravena para defender el principio dinástico y las pretensiones del primo hermano de Teodosio, Valentiniano. De este modo, Placidia y su hijo fueron enviados a Tesalónica, donde, el 23 de octubre del año 424, Valentiniano fue proclamado César por un representante de Teodosio, el jefe del funcionariado público, Helión. Un tándem de generales formado por un padre y su hijo —Ardaburio, que había triunfado recientemente sobre los persas, y Aspar— fueron enviados al frente de un ejército, junto con un tercer general, de nombre Candidiano. Al principio, todo salió según el plan establecido. Recorrieron en sentido ascendente la costa adriática de Dalmacia y se apoderaron de los dos importantes puertos de Salona y Aquileya. Pero entonces se produjo el desastre. Una tempestad desvió de su ruta a Ardaburio. Fue capturado y conducido a Ravena, donde Juan trató de utilizarle como rehén. Sin embargo, el plan salió mal porque Ardaburio logró sembrar la discordia entre los partidarios de Juan, para lo cual es probable que exagerara la envergadura de la

expedición que se acercaba, procedente de Constantinopla. Tal como nos dice la historia de Olimpiodoro:

> Aspar llegó rápidamente con la caballería, y después de una breve lucha, Juan fue capturado gracias a la traición de sus propios oficiales, y posteriormente enviado a Aquileya ante Placidia y Valentiniano. Allí le cortaron primero una mano como castigo, y después lo decapitaron. Había usurpado el poder durante año y medio.[15]

Entonces, Teodosio hizo enviar a Valentiniano a Roma, donde, el 23 de octubre de 425, Helión le proclamó Augusto —con el nombre de Valentiniano III— y único emperador de Occidente.

Todo el episodio fue una triunfal reafirmación de la unidad política de las dos mitades del imperio. Una fuerza expedicionaria del imperio de Oriente había devuelto el trono del imperio de Occidente a un legítimo descendiente de la casa de Teodosio, y la alianza había sido consolidada con el matrimonio de Valentiniano III y Licinia Eudoxia, hija de Teodosio II. Olimpiodoro eligió este momento para poner punto final a su obra, con lo que su historia del desastre y la reconstrucción del imperio de Occidente culminaba con estos grandes y recientes triunfos.[16] Sin embargo, subsistía un problema. Lejos de poner fin a la inestabilidad política, la entronización de Valentiniano III no logró sino redefinirla. Un niño de seis años no puede gobernar un imperio —ni con las riendas en manos de una madre tan competente y experimentada como Gala Placidia—. Ahora se había desatado una competencia entre los grandes de la corte del imperio de Occidente, y en particular entre los militares, por ver quién era capaz de ejercer una mayor influencia en el emperador niño.

Su madre habría de ser una de las principales protagonistas del conflicto que se produjo a continuación. Los datos, fragmentarios, indican que se propuso alimentar un equilibrio de poder en el que ninguna figura del estamento militar o burocrático pudiese alcanzar una posición de excesivo dominio. En los años posteriores al 425, los más destacados aspirantes al poder y la influencia fueron los comandantes de los tres principales grupos del ejército de Occidente: Félix, Aecio y Bonifacio. En Italia, el hombre fuerte era Félix, cuya esposa Padusia tal vez hubiera desempeñado algún papel en el fomento de la discordia entre Honorio y

Placidia. Félix era el comandante supremo del ejército central de campaña (*magister militum præsentalis*). En la Galia, Aecio había sustituido a Castino, que había sido el comandante supremo de esa provincia durante el régimen de Juan. La crónica de la supervivencia de Aecio en el nuevo orden resulta significativa. Cuando hubo de enfrentarse a las abrumadoras fuerzas del ejército expedicionario de Oriente, enviado por Teodosio, Juan confió a Aecio —debido a los antiguos contactos que había establecido siendo rehén— la misión de aproximarse a los hunos y de conseguir que le prestaran apoyo en calidad de tropas mercenarias. Aecio no consiguió llegar a tiempo de salvar a su señor, pero al final se hizo fuerte en la periferia de Italia, al frente de un enorme contingente de hunos —compuesto por unos sesenta mil efectivos, según una de nuestras fuentes—.[17] Se había llegado a un acuerdo. Por un precio moderado, Aecio convenció a los hunos de que regresaran a sus tierras, y a cambio de ello, el nuevo régimen siguió contando con sus servicios y le envió a la Galia en calidad de jefe militar. Bonifacio, el tercer aspirante al poder, que siempre había sido leal a Placidia, conservó su puesto de comandante general del norte de África.

Durante algún tiempo, la estrategia de Placidia estuvo a punto de surtir efecto. Una tras otra, se contuvo la amenaza de la sucesiva dominación de las figuras en liza, aunque no siempre sin sobresaltos. Sin embargo, poco a poco, la situación fue escapando al control de la Augusta Placidia. Félix fue el primero en actuar. Acusó a Bonifacio de deslealtad, y en 421 le ordenó que regresara a Italia. Al negarse éste, Félix envió tropas al norte de África, pero sufrieron una derrota. Entonces intervino Aecio. Fundándose en una serie de éxitos militares que había obtenido en la Galia contra los visigodos (en 426) y los francos (en 428) —éxitos sobre los que volveremos en un instante—, Aecio se sintió lo suficientemente confiado como para maniobrar contra Félix. Tal vez sus éxitos le hubieran consolidado en la consideración de Placidia, o quizás el oscurecimiento personal fuera para Félix el precio de su fracaso frente a Bonifacio, pero lo cierto es que en el año 429 Aecio fue trasladado a Italia, donde asumió el cargo de segundo comandante del ejército central de campaña. Las fuentes no nos permiten determinar con seguridad qué es lo que ocurrió después, pero en mayo del año 430 Aecio mandó arrestar a Félix y a su mujer por conjurarse contra él. Ambos fueron ejecutados en Ravena. De los tres aspirantes, ya sólo quedaban dos, y para Bonifacio se aproximaba rápidamente el momento crucial.

Parece que Aecio perdió algo de terreno en la corte después de librarse de Félix. Tal vez Placidia temiera una vez más el predominio de un generalísimo incontestado. Por consiguiente, Bonifacio fue reclamado desde Italia —según parece mientras Aecio se hallaba nuevamente ausente en la Galia— y también fue promovido al cargo de comandante del ejército central de campaña. Aecio marchó inmediatamente a Italia con un ejército, y entabló batalla con Bonifacio en las cercanías de Rímini. Bonifacio salió victorioso, pero también quedó mortalmente herido y murió poco después. Su yerno Sebastiano le sustituyó inmediatamente, tanto en su posición política como en la lucha contra Aecio. Tras la derrota, lo primero que hizo Aecio fue retirarse a sus propiedades en el campo, pero después de que intentaran asesinarlo acudió a los hunos, como había hecho en el año 425. En 433, regresó a Italia con un refuerzo de hunos suficiente para hacer que la posición de Sebastiano resultase insostenible. Este último huyó a Constantinopla, donde habría de permanecer durante más de una década. El siguiente movimiento de Aecio consistió en asegurarse el cargo de comandante supremo del ejército central de campaña, con lo que su posición pasó a ser indiscutida. El 5 de septiembre del año 435, Aecio adoptó el título de Patricio para expresar la posición preeminente que, al final, y con tantas dificultades, había logrado alcanzar.[18]

Camino de Marruecos

Por fin, tras doce años de un conflicto político que había causado dos grandes guerras y un enfrentamiento de menor entidad, había un ganador. A finales del año 433, y después de una mezcla de asesinatos, justas lizas y buena fortuna, Aecio había logrado ser el gobernante *de facto* del imperio de Occidente. Este género de drama cortesano no era nada nuevo. Como hemos visto, una de las limitaciones estructurales del mundo romano consistía en que siempre que un hombre fuerte mordía el polvo, ya fuera el emperador o un poder en la sombra, se producía invariablemente una prolongada lucha para determinar quién habría de ser su sucesor. A veces, las consecuencias eran mucho peores que las observadas entre los años 421 y 433. El reparto de poder característico de la tetrarquía de Diocleciano trajo la paz al imperio durante el período comprendido entre los años 285 a 305, pero el precio resultó horroroso,

pues a lo largo de los siguientes diecinueve años se produjeron múltiples guerras civiles, todas ellas de gran envergadura, hasta que al final Constantino eclipsó al último de sus rivales. Fue un período de caos mucho más largo y sangriento que el ciclo de acontecimientos que tuvo lugar en Italia y sus alrededores entre la muerte de Constancio y la consolidación de Aecio.

Por consiguiente, no hubo nada fuera de lo habitual en la pugna por el poder que tuvo lugar durante la década de 420. Sin embargo, en sus repercusiones sí que hubo algo profundamente ajeno a lo normal. Siempre que había tenido que aflorar con grandes dificultades un nuevo orden en el centro, el resto del mundo romano había seguido siendo romano. Las élites terratenientes mantenían la administración de sus propiedades y se escribían cartas y poemas, sus hijos seguían afanándose en adquirir un buen dominio del subjuntivo, y los campesinos continuaban con la labranza y la cosecha. Sin embargo, durante la segunda y la tercera décadas del siglo V hubo fuerzas extranjeras carentes de control que recorrieron el suelo romano, y en el transcurso de los doce años posteriores a la muerte de Constancio, los romanos tuvieron que ocuparse de algo más que de la tarea de serlo. En consecuencia, si, en sí mismos, los acontecimientos de los años 421 a 433 no fueron sino la repetición de una antiquísima vicisitud romana, no puede decirse lo mismo de sus consecuencias. La parálisis política de Ravena dio rienda suelta a las fuerzas extranjeras, que lograron materializar así, prácticamente sin estorbos, sus propios proyectos, y el resultado global causó un enorme perjuicio al estado romano. Y es que el gran grupo de visigodos asentado en época muy reciente en Aquitania volvió a darse aires de importancia y a aspirar a un papel de mayor esplendor en la marcha del imperio de lo que les permitía la paz del año 418. También existía inquietud entre algunos de los sospechosos habituales de la frontera del Rin, particularmente entre los alamanes y los francos.[19] Y sobre todo, los invasores que habían cruzado el Rin en el año 406, los vándalos, los alanos y los suevos, se habían vuelto a poner en marcha.

Como ya vimos en el capítulo 5, en un principio estos invasores constituían un grupo bastante heterogéneo. Los alanos, unos nómadas de habla irania, habían estado vagabundeando por las estepas situadas al este del río Don y al norte del mar Caspio. Sólo al experimentar el impacto del ataque de los hunos, comenzaron algunos de ellos a trasladarse al oeste en un cierto número de grupos distintos, mientras que otros

fueron conquistados. Los dos grupos de vándalos, los hasdingos y los silingos —dirigido cada uno de ellos por su propio cabecilla, tal como había sucedido con los godos tervingos y greutungos en el año 376—, eran conglomerados de agricultores de habla germánica y, en el siglo IV, vivían en el sur y el centro de Polonia, así como en las estribaciones septentrionales de los Cárpatos. Los suevos estaban distribuidos en varios grupos de pequeño tamaño y procedían de las altiplanicies limítrofes con la gran llanura húngara. Es posible que esta desparejada variedad de pueblos haya hecho causa común en el año 406, pero distaban mucho de ser aliados naturales. En primer lugar, no hay duda de que los hasdingos, los silingos y los suevos podían entenderse unos a otros, pese a utilizar unos dialectos germánicos ligeramente distintos, pero los alanos hablaban una lengua por completo diferente. En segundo lugar, y por lo que sabemos, es probable que los suevos y los dos grupos de vándalos compartieran la estructura oligárquica tripartita habitual en la Europa germánica del siglo IV: una clase libre dominante y minoritaria, aunque bastante numerosa, que mantenía sujeta a los libertos y a los esclavos. Pese a estar atados a una economía de pastoreo nómada, los alanos poseían una estructura social completamente diferente. Sobre ellos, el comentario de más enjundia procede de Amiano, que señala que desconocían la esclavitud, y que todos compartían una misma condición «noble».[20] Sean cuales sean los términos concretos que se utilicen para describirla, las economías nómadas tienden naturalmente a tener una estructura social más igualitaria, ya que la riqueza, medida en función de la propiedad de animales, se asienta sobre una base más estable que en el caso de la propiedad de tierras.[21]

Pese a ser, por tanto, unos compañeros de cama bastante extraños, la presión de las circunstancias obligó a estos grupos a aprender a cooperar, un aprendizaje que se fue verificando de forma progresiva a lo largo del tiempo. Según nos dice Gregorio de Tours en su *Historia de los francos*, los alanos vasallos del rey Respendial evitaron, ya en una época anterior a la invasión del Rin, que los hasdingos recibieran una paliza a manos de los francos.[22] No tenemos idea de lo estrecha que era la cooperación de los grupos de la Galia en los momentos inmediatamente posteriores al cruce del Rin, pero en el año 409, al encontrarse frente a los contraataques organizados por Constantino III, volvieron a trasladarse en bloque a Hispania. Hacia el año 411, fecha en la que ya había desaparecido la amenaza de todo contraataque eficaz por parte de los romanos, los gru-

pos volvieron a tomar, una vez más, direcciones separadas, y se repartieron las provincias de Hispania. Como hemos visto, los hasdingos y los suevos compartieron Galicia, los alanos se apoderaron de la Lusitania y la Cartaginense, y los vándalos silingos ocuparon la Bética (mapa 8). El hecho de que se apropiaran de dos provincias indica que los alanos eran, en esa época, la fuerza dominante de la coalición, cosa que también podría sugerir el papel crucial que desempeñaron en los acontecimientos del año 406, como confirma el cronista hispanorromano Idacio.[23] Este reparto se mantuvo durante la primera mitad de la década de 410, período durante el cual se dejó en paz a los integrantes de la coalición, que se comportaron como felices inmigrantes del norte ávidos del sol y el vino de Hispania.

Se trató, sin embargo, del más breve de los idilios. Constancio se estaba dedicando a poner en orden los problemas del imperio, y una vez que se hubo ocupado de los usurpadores y de los visigodos de la Galia, los supervivientes de la invasión del Rin eran los siguientes de la lista. Entre los años 416 y 418, los silingos de la Bética (que formaba parte de lo que hoy es Andalucía) fueron aniquilados como fuerza independiente, y su rey Fredibaldo terminó en Ravena. Los alanos, por su parte, según refiere Idacio, sufrieron tan graves pérdidas que, «tras la muerte de su rey, Addax, los escasos supervivientes, sin pensar siquiera en fundar su propio reino, se acogieron a la protección de Gunderico, rey de los vándalos [hasdingos]».[24] Estos contraataques no sólo permitieron volver a poner tres provincias de Hispania —la Lusitania, la Cartaginense y la Bética— bajo el control central de Roma, sino que también produjeron un vuelco en el equilibrio de poder existente en el seno de la coalición de los vándalos, los alanos y los suevos. Los dominadores anteriores, los alanos, sufrieron bajas lo suficientemente graves como para verse degradados a la categoría de socios secundarios, y la relación política que se estableció con tres de sus cuatro grupos fue mucho más tirante. Ahora, los vándalos hasdingos, los vándalos silingos que habían sobrevivido y los alanos operaban todos ellos bajo la protección de la monarquía hasdinga. Hacia el año 418, al verse enfrentados por un lado al aumento del peligro y, por otro, al incremento de las oportunidades que llevaba aparejado el hecho de residir en territorio romano, estos grupos bárbaros respondieron de un modo muy similar al del gran grupo de Alarico, y la laxa alianza del año 406 terminó convirtiéndose en una sólida unión política. Había nacido un segundo gran grupo bárbaro.

No podemos sino suponer cuál pudo haber sido la forma en que logró superarse la dificultad planteada por la recíproca integración de los vándalos de habla germánica con los alanos de habla irania, y, además, las diferencias de sus estructuras sociales también debieron de haber suscitado problemas. Yo sospecho que el título oficial que adoptaron en lo sucesivo los monarcas hasdingos —*reges Vandalorum et Alanorum*, «reyes de los vándalos y los alanos»— era mucho más que un gesto de cortesía ante la opinión pública: es más probable que fuera una forma sintética de expresar que, en realidad, la integración tenía sus límites. El pánico que Constancio infundía a estos grupos alumbró una coalición de unos setenta mil u ochenta mil bárbaros, capaz de llevar al campo de batalla un ejército de unos quince mil o veinte mil hombres.[25]

Tras los éxitos iniciales obtenidos frente a los silingos y los alanos en Hispania, Constancio había impuesto una pausa temporal a sus acciones para poder asentar a los visigodos en Aquitania.[26] Esto dio un respiro a los anteriores invasores del Rin y, según parece, Gunderico, jefe del nuevo gran grupo de vándalos y alanos, lo utilizó en el año 419 para tratar de someter también a su control a los suevos y a su rey Hermerico. El difícil territorio montañoso del norte de Galicia permitió a los suevos resistir, pero tuvieron que luchar en situación de asedio. Entonces, el imperio reanudó sus acciones de respuesta en el año 420, fecha en la que un oficial romano de nombre Asterio levantó el cerco, presumiblemente porque no quería que Gunderico incrementase aún más el número de sus seguidores. Entonces se produjo la muerte de Constancio. En el año 422 comenzó otra campaña conjunta de los romanos y los visigodos contra los vándalos y los alanos, que se habían replegado ahora a la Bética. Dado el lapso de tiempo que tardó el imperio en organizar su acción, es muy posible que Constancio hubiera adoptado las disposiciones necesarias antes de morir.

Ahora se unían, para atacar a los vándalos, dos contingentes militares sustancialmente romanos —uno dirigido por Castino, y probablemente procedente del ejército de campaña de la Galia, y otro capitaneado por Bonifacio y venido posiblemente del norte de África— con una gran fuerza integrada por visigodos. Ahora bien, si la incertidumbre política que reinaba en la corte no había evitado que la campaña se pusiera en marcha, desde luego arruinó su desarrollo. Bonifacio rompió con Castino, probablemente a causa del exilio de Placidia, y se retiró a África. La campaña prosiguió, y al principio parecía que Castino estaba a

punto de obtener una nueva victoria, ya que el cerco que puso a sus enemigos tuvo éxito, lo que, según Idacio, prácticamente los obligó a rendirse. Sin embargo, y de acuerdo, nuevamente, con Idacio, Castino se embarcó entonces de forma «temeraria» en una batalla en toda regla, y, por culpa de la «traición» de los visigodos, la perdió. Sin embargo, Idacio no nos proporciona detalle alguno acerca de esa traición, y como tenía sus propias razones para odiar a los visigodos, dudo de la fiabilidad de su crónica en este caso.[27] Es obvio que la pérdida del contingente de Bonifacio no fue una contribución positiva, pero es mucho más probable que lo que estemos contemplando en la derrota de Castino sea el efecto general de la unificación de los vándalos y los alanos. Si, cuatro años antes, una fuerza combinada de romanos y visigodos había logrado derrotar a ambos grupos por separado, el nuevo contingente unido tenía una capacidad de resistencia mucho mayor. Tras su derrota, Castino se retiró hacia el norte, a Tarragona, para evaluar la situación. Sin embargo, antes de que pudiera lanzar otra campaña o formular una nueva estrategia, Honorio murió, y Castino regresó, como ya hemos señalado, para convertirse en comandante supremo de Italia a las órdenes del usurpador Juan. El caos político que vivía el centro había arruinado cualquier posible plan para exterminar a los supervivientes de la invasión del Rin.

A partir del año 422, mientras en Italia se desenfundaban las dagas, los vándalos y los alanos volvieron a disfrutar de un período de calma. No resulta sorprendente que los acontecimientos de Hispania apenas atrajeran la atención de los cronistas, dado que en la corte se estaba desarrollando un conflicto que implicaba a los elementos más destacados del firmamento romano, y entre los años 422 y 425 no sabemos nada en absoluto de los vándalos y los alanos. No obstante, después de esta fecha, ambos grupos se mantuvieron activos por espacio de tres años en las comarcas prósperas del sur de Hispania: dos de las pinceladas que menciona Idacio son la toma de las ciudades de Cartagena y Sevilla por los vándalos y los alanos. Sin embargo, dada su experiencia durante el ascenso de Constancio, a finales de la década de 410, estos pueblos sabían perfectamente bien que, cuando finalmente se aupase un nuevo jefe supremo en la corte, ellos serían el enemigo público número uno. Habían penetrado en Hispania por la fuerza, y nunca habían negociado ningún tratado con las autoridades del centro imperial. Por tanto, pese a que quepa suponer que estaban sacando todo el provecho posible al prolongado interregno, sabían también que debían hacer planes a más largo plazo para su futuro.

En el año 428, al morir Gunderico, la jefatura de los vándalos y los alanos pasó a manos de su hermanastro Giserico. En su historia de los godos, conocida como los *Getica*, el historiador del siglo VI, Jordanes, nos ofrece un retrato literario del nuevo rey, que pasaría a la historia en los círculos romanos como ejemplo de la astucia de los bárbaros:[28] «Giserico ... [era] de estatura media y cojo a consecuencia de la caída de un caballo, profundo de espíritu, poco hablador, deseoso de riquezas, inclinado a la ira, despreciaba el lujo y era muy hábil para atraerse a otros pueblos y sembrar la discordia y provocar el odio».

No está claro si la nueva política era enteramente obra suya o si había ido evolucionado lentamente a lo largo de la segunda mitad de la década de 420, pero ahora Giserico ponía sus miras en África. Ese anhelo era la solución lógica a los problemas de los vándalos y los alanos. Lo que necesitaban era disponer de una zona estratégica en la que pudieran sentirse seguros. En particular, alguna comarca lo más alejada posible de cualquier nueva campaña de romanos y godos. África cumplía a la perfección estos requisitos —se encontraba a un paso del sur de Hispania y era mucho más segura—. Las operaciones realizadas por vía marítima siempre plantean más dificultades que las que tienen su base en tierra firme, y la lógica que sustentaba la búsqueda de este tipo de seguridad en África ya había pasado antes por la mente de otros. A finales del año 410, después del saqueo de Roma, Alarico había trasladado sus fuerzas al sur, hasta Messina, y tenía en mente transportar todos sus efectivos al norte de África. Estando en Barcelona, su sucesor Valia consideró la posibilidad de esa misma empresa en el año 415. En ambos casos, las tempestades hicieron naufragar los barcos que los visigodos habían logrado reunir, y se abandonó el empeño. Los vándalos, sin embargo, habían tenido mucho más tiempo para elaborar sus planes. Mientras se encontraban en el sur de Hispania, habían empezado a trabar relación con los propietarios de las embarcaciones locales, y esto les permitió, entre otras cosas, hacer incursiones en las islas Baleares. Dichas incursiones no eran más que un entrenamiento para el lance principal, ya que facilitaba a los vándalos la posibilidad de orientarse, formular un plan y hacerse con las embarcaciones necesarias. En mayo del año 429, Giserico concentró a sus seguidores en el puerto de Tarifa, cerca del actual Gibraltar, y dio comienzo a su expedición por África.

Disponemos de una buena cantidad de documentos escritos al calor del ulterior conflicto, pero en gran medida, por desgracia, se dedican

más a denunciar que a describir las actividades del gran grupo integrado por los vándalos y los alanos. Entre otras cosas, poseemos algunas de las cartas de san Agustín —que se vio atrapado por los acontecimientos y que al final falleció mientras los vándalos asediaban la sede episcopal de Hippo Regius— y un conjunto de sermones escritos en aquella época para el público de Cartago. Giserico había declarado poco antes su lealtad al cristianismo propugnado por Arrio, en la versión abrazada por Ulfila (véase el capítulo 3), que muy bien pudo haberse difundido entre los vándalos por transmisión de los visigodos, a principios de la década de 410. Los vándalos no se limitaron a causar todos los daños que normalmente causa un ejército invasor, sino que también actuaron contra las instituciones católicas cristianas y expulsaron de sus sedes a algunos obispos católicos. Por consiguiente, lo que transmiten las fuentes no es una información detallada, sino el atropello sufrido por los buenos católicos a manos de sus perseguidores herejes.

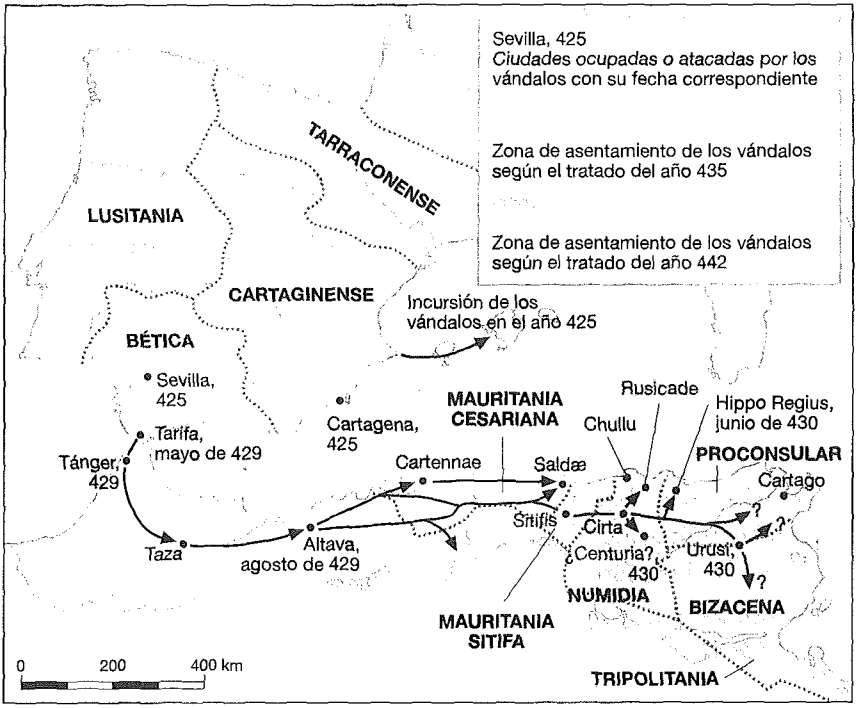
La gran pregunta a la que no se da respuesta es la siguiente: ¿cómo consiguió exactamente Giserico hacer que su ejército cruzara el mar? Antes se solía argumentar, por ejemplo, que, desde Tarifa, los vándalos y los alanos habían recorrido una gran distancia por mar en dirección este y que habían desembarcado cerca de la propia Cartago. De ser así, ¿dónde estaba el ejército romano del norte de África? Según los listados de la *Notitia Dignitatum* que dejan constancia de la situación de las fuerzas de campaña romanas en el año 420, o en torno a esa fecha, Bonifacio, el conde de África, tenía a su disposición 31 regimientos de tropas de campaña (un mínimo de quince mil hombres), así como otras 22 unidades compuestas por tropas de guarnición (al menos diez mil hombres), distribuidas desde Tripolitania hasta Mauritania.[29] Para que un desembarco tenga éxito se calcula normalmente que una fuerza transportada por mar necesita unas tropas cinco o seis veces superiores en número a los efectivos de los defensores de tierra. Por tanto, si, como creemos, los vándalos y los alanos contaban, en el mejor de los casos, con unos veinte mil soldados sobre el terreno, hay que pensar que no tenían ninguna posibilidad de salir airosos, en especial si tenemos en cuenta que también transportaban consigo a un gran número de no combatientes.

El historiador constantinopolitano de mediados del siglo VI, Procopio, trató de explicar este enigma mediante la suposición de que, al enfrentarse a su posible desaparición como consecuencia de la triple pugna por la obtención de un ascendiente sobre el joven Valentiniano III, el

supremo comandante romano de África, el conde Bonifacio, había invitado a los vándalos y a los alanos a penetrar en su provincia —aunque el propio Procopio supone que Bonifacio se arrepintió después de su acto—.[30] Sin embargo, no hay ninguna referencia en las fuentes de aquella época pertenecientes al imperio de Occidente que nos señale que Bonifacio pudiera haber cometido semejante traición (ni siquiera después de ser derrotado por Aecio), y si se piensa en ello, tal invitación habría carecido de sentido: en el año 429 Bonifacio había hecho las paces con la corte imperial, así que en ese momento no tenía razón alguna para invitar a África a los vándalos y a los alanos.[31]

La verdadera explicación del éxito de Giserico es doble. En primer lugar, y sobre una base meramente logística, es casi inconcebible que pudiese haber reunido la flota precisa para trasladar en masa a sus seguidores por vía marítima. Los barcos romanos no eran lo suficientemente grandes. Sabemos, por ejemplo, que en una invasión posterior del norte de África, una determinada fuerza expedicionaria romana del imperio de Oriente contaba con un promedio de unos setenta hombres (junto con sus caballos y pertrechos) por navío. Si la fuerza total de Giserico se acercaba a los ochenta mil hombres, habría necesitado más de mil barcos para transportar a su gente en un solo viaje. Ahora bien, en la década de 460 no podían reunirse en todo el imperio de Occidente más de trescientas embarcaciones, y fue necesaria la conjunción de los recursos de ambos imperios para alcanzar la cifra de mil naves. En el año 429, Giserico no disponía de nada que pudiera compararse a una zona de captación semejante, ya que sólo controlaba la provincia costera de la Bética. Es de todo punto probable, por tanto, que no contase con los suficientes barcos para trasladar a todos sus seguidores de una sola vez.

Conducir en bloque una fuerza hostil hasta el corazón del norte de África, bien defendido por los romanos, habría sido suicida, ya que hubiera servido al primer contingente en bandeja de plata a los romanos mientras los barcos regresaban para trasladar al segundo. Por tanto, en vez de tratar de hacer recorrer a sus fuerzas una larga distancia por mar, Giserico se limitó a tomar el camino más corto para cruzar el Mediterráneo y pasó de un lugar situado en la Tarifa de nuestros días hasta Tánger a través del Estrecho de Gibraltar (mapa 10), lo que supone una distancia de tan sólo 62 kilómetros —normalmente, incluso los barcos romanos podían cruzarlo y regresar a puerto en el plazo de veinticuatro horas—. Durante el siguiente mes, poco más o menos, a partir de mayo



10. Los vándalos y el norte de África

del año 429, el Estrecho de Gibraltar debió de haber visto pasar la abigarrada variedad de naves en la que eran transportados los vándalos y los alanos al otro lado del Mediterráneo. El itinerario se ve confirmado por la cronología de la ulterior campaña. Hasta junio del año 430, doce buenos meses después, los vándalos y los alanos no aparecieron finalmente frente a los muros de la ciudad agustiniana de Hippo Regius, situada a unos dos mil kilómetros de Tánger, tras haber recorrido en su viaje las principales calzadas romanas (mapa 10). Tal como habrían de descubrir los aliados a finales de 1942 y principios de 1943, buena parte de toda esta zona es demasiado accidentada y abrupta para que resulte posible apartarse un solo milímetro del camino trazado, y además, cabe suponer que los vándalos viajaban en un convoy de carros. Los historiadores franceses han calculado con gran esfuerzo que, tras haberse congregado durante el verano del año 429, el contingente de vándalos y alanos debió de desplazarse hacia el este en dirección a Hippo Regius a la cómoda media de 5,75 kilómetros diarios.[32]

Esto también explica por qué tuvo éxito la incursión por mar. Al escoger Tánger, Giserico lograba que sus hombres no desembarcaran en el norte de África romano propiamente dicho. Tánger era la capital de las posesiones más occidentales de Roma en el norte de África, es decir, de la provincia de la Mauritania tingitana (el moderno Marruecos). Situada a más de dos mil kilómetros hacia el oeste y aislada por las áridas montañas del Rif, Tánger se encontraba de hecho tan lejos del centro del norte de África romano que, administrativamente, era parte de Hispania (mapa 10). Por consiguiente, su defensa no era responsabilidad del conde de África, sino del conde de la Tingitana. Éste tenía bajo su mando a cinco regimientos militares de campaña, contingente que podía contar con el refuerzo de otras ocho unidades pertenecientes a las tropas de guarnición, lo que arrojaba un total de trece unidades, es decir, quizás unos cinco mil o siete mil hombres. No obstante, el principal trabajo de las tropas de guarnición siempre había consistido en supervisar las idas y venidas de los nómadas, y resulta extremadamente dudoso que estuviesen preparadas para una confrontación en toda regla con el contingente de Giserico, que se había endurecido en el campo de batalla. Estas fuerzas se habían abierto camino desde el Rin hasta Hispania, y se habían mostrado capaces de resistir a los formidables ejércitos de campaña romanos, al menos desde su unión, materializada en el año 418. La disparidad de fuerzas era incluso mayor de lo que puede parecer a primera vista. Como vimos en el capítulo 5, después del año 405 Constancio había reconvertido las tropas de guarnición en unidades móviles del ejército de campaña para responder a las enormes pérdidas sufridas por el ejército de Occidente. De las fuerzas de que disponía el conde de la Tingitana, sólo dos regimientos eran verdaderas unidades militares de campaña, las otras tres eran tropas de guarnición reconvertidas.[33] Por consiguiente, tenía quizá mil, o, en el mejor de los casos, mil quinientos soldados de calidad para frustrar los planes de Giserico. Esto descarta cualquier idea de una contienda, y por tanto despeja todo misterio relacionado con la capacidad de desembarco de la alianza de los vándalos.

Una vez en tierra, la coalición se dirigió lentamente al este. El único elemento de verificación posible de que disponemos para confirmar su avance es una inscripción hallada en Altava y fechada en agosto de 429 en la que aparece consignado que uno de sus más destacados habitantes había sido herido por un «bárbaro», pero no sabemos si se trataba de un beréber o de un miembro de la coalición formada por los vándalos y los

alanos. Una vez llegadas a Altava, a setecientos kilómetros de Tánger, las fuerzas invasoras ya sólo tenían que recorrer otros mil kilómetros, más o menos, para alcanzar las provincias más ricas del norte de África: Numidia, Proconsular y Bizacena. Las fuentes no nos proporcionan ningún detalle acerca de la marcha, aunque sí abundantes muestras de una retórica repleta de reproches:

> Como habían hallado una provincia que vivía en paz y disfrutaba de quietud, y como toda la comarca era hermosa y floreciente, se pusieron a trabajar en ella con sus terribles armas, sembrando la devastación y reduciéndolo todo a ruinas a sangre y fuego. No dejaron a salvo ni los huertos de frutales, por si a las gentes que se habían ocultado en las cuevas de las montañas ... se les ocurría comer de ellos después de que se hubieran marchado. No hubo lugar que se librara de su huella, pues en todas partes hicieron crueles estragos y actuaron implacablemente.

Un párrafo de marcado carácter conmovedor a su manera, y probablemente acertado en el tono histórico, pero que no resulta de gran ayuda cuando de lo que se trata es de intentar una reconstrucción histórica. Al final, junto a las fronteras de Numidia, Bonifacio y su ejército alcanzaron a la horda en marcha. Bonifacio salió derrotado, y se replegó a la ciudad de Hippo Regius, donde habría de comenzar, en junio de 430, un sitio que se prolongaría por espacio de catorce meses. Mientras el grueso del ejército de Giserico se afanaba en la tarea del asedio, una parte de sus efectivos más distantes, al carecer de la suficiente oposición, se dispersó por la comarca. No dejaron a su paso sino devastación y, tras saquear las casas de los ricos y torturar a los escasos obispos católicos que encontraron, se desplazaron al oeste, en dirección a Cartago y a la vecina provincia del África proconsular.[34]

El fracaso de Bonifacio, incapaz de defender el frente, fue consecuencia de las mismas dificultades económicas que habían planteado obstáculos a Constancio en su labor de reconstrucción del imperio, unas dificultades que, excepto en Italia, se le habían presentado en todas partes. No había habido ningún ejército de campaña en África durante el siglo IV, sólo tropas de guarnición capitaneadas por un *dux* («duque») y reforzadas en los casos necesarios por fuerzas expedicionarias procedentes de Italia. En torno al año 420, y probablemente ya desde bastante antes, África empezó a contar con un comandante militar de campaña (un con-

de en vez de un duque), y con una considerable fuerza sobre el terreno (véanse las páginas 343-344). De los 31 regimientos, sólo cuatro —tal vez unos dos mil hombres— eran unidades de máximo nivel del ejército de campaña imperial. Agustín, en una carta del año 417, informa del buen trabajo que había realizado Bonifacio, que por entonces estaba al mando de un regimiento, al proteger a las provincias del norte de África de las nuevas amenazas, pese a no disponer más que de una pequeña fuerza de bárbaros aliados.[35] A mi parecer, esos aliados debieron de haber sido los integrantes de las cuatro unidades, o de algunas de ellas. Con todo, las dimensiones del refuerzo eran pequeñas: aparte de estas cuatro unidades, Cartago debía arreglárselas con las mismas fuerzas que siempre había mantenido el imperio en África.

Por tanto, cuando Giserico penetró finalmente en Numidia, volvieron a reproducirse los acontecimientos de la Tingitana, pero a mayor escala. Bonifacio hizo lo que pudo, pero la coalición de los vándalos y los alanos resultaba bastante más impresionante que los nómadas bereberes a los que la mayor parte de sus tropas estaban acostumbradas a enfrentarse. Las provincias norteafricanas clave se hallaban ahora sometidas a una amenaza directa, y el futuro del imperio de Occidente pendía de un hilo. Y es que a pesar de que, en el extremo occidental, la provincia de la Mauritania tingitana no podía considerarse en modo alguno el corazón del imperio, Numidia y sus dos regiones orientales vecinas, el África proconsular y Bizacena, arracimadas en torno a su capital administrativa, Cartago, eran un asunto muy distinto. Estas provincias desempeñaban un papel tan determinante en la economía política del imperio que no es exagerado afirmar que, una vez iniciado el sitio de Hippo Regius, las fuerzas de Giserico se cernían amenazadoramente sobre la yugular del imperio de Occidente.

La joya de la corona

Dos representaciones pictóricas del norte de África romano han llegado hasta nosotros a través de las copias medievales de unos originales romanos. En conjunto, nos informan sobre los aspectos sustanciales del papel que desempeñaba la región en el imperio de Occidente. La primera de ellas es la Tabla de Peutinger, una copia de un mapamundi romano del siglo IV realizada en Colmar, en Renania, hacia el año 1200.

Muestra el mundo habitado, que se extendía desde Hispania y Britania (cuyos contornos, salvo pequeños fragmentos, se han perdido), y llegaba, a través del mundo mediterráneo, hasta la India. El rollo de pergamino tiene 6,82 metros de largo pero únicamente 34 centímetros de ancho: es una representación del mundo nunca vista con anterioridad. Tremendamente alargado, sus proporciones revelan el lugar en el que fue confeccionado: unas cinco sextas partes de su longitud total están consagradas al Mediterráneo, y cerca de una tercera parte se dedica exclusivamente a la propia Italia. El norte de África figura como una línea en la parte inferior, tendida bajo la costa occidental de Italia. Inmediatamente por debajo de una detallada Roma aparece una representación no menos impresionante de Ostia, el gran puerto de la metrópoli. Los tributos que afluían al imperio pasaban por Ostia de camino a la capital. Se aprecian con claridad el faro, el rompeolas, los muelles y los almacenes. Justo por debajo de Ostia se encuentra una representación considerablemente más modesta de Cartago, la capital del África septentrional romana, a la que se le conceden tan sólo un par de torres. Sin embargo, pese a lo singular de su representación geográfica, la Tabla de Peutinger centra nuestra atención en una relación triangular de importancia clave para el imperio de Occidente: la existente entre Roma, Ostia y Cartago.

La naturaleza de esta relación se aprecia claramente al observar la otra imagen del África septentrional tardorromana: la *Notitia Dignitatum* nos brinda, además de sus listados militares, una lista ilustrada de los principales funcionarios civiles del imperio, junto con la relación del personal a su cargo. La mitad superior de la imagen que acompaña al cargo de gobernador del África proconsular muestra, entre un tintero y un escritorio (sobre el que figura el dibujo de la carta oficial de nombramiento), la representación de la provincia con el aspecto de una figura femenina que extiende una mano repleta de gavillas de trigo.[36] Debajo vemos cruzar el mar a unos barcos cargados con sacos de cereales. Para el siglo IV, Cartago era el puerto desde el que afluían los tributos de grano a Ostia, donde se descargaban en carros y barcos más pequeños para realizar el corto viaje por tierra y después río arriba hasta Roma. Cartago y sus tierras de cultivo tenían la responsabilidad de alimentar a la atestada capital del imperio. Sin embargo, mantener bien nutrida a la capital no era más que una de las aplicaciones concretas de un cometido mucho más amplio. Hacia el siglo IV d. C., el norte de África se había convertido en el centro neurálgico de la economía del Occidente romano.

Dado su pasado antiguo, hay aquí una ironía. La ciudad de Cartago fue fundada en el año 814 a. C., más o menos, como colonia fenicia. Y tan pronto como logró dominar las fajas de tierra del interior, dedicó buena parte de los siete siglos siguientes a competir con Roma, lo que dio lugar a frecuentes estallidos de violencia, ya que ambas ambicionaban dominar el Mediterráneo occidental. En el año 146 a. C., fecha en la que fue tomada Cartago tras el sitio de tres años que puso fin a la Tercera Guerra Púnica, la ciudad entera quedó destruida y su emplazamiento fue simbólicamente roturado con sal para impedir toda recuperación del gran enemigo de Roma. Desde un punto de vista contemporáneo, resulta extraño pensar que el norte de África, que en gran medida ocupa hoy una posición periférica en la economía de la Europa occidental, fuera el centro neurálgico que entonces la sustentaba. Cuando las potencias coloniales europeas se trasladaron a esa zona en el siglo XIX, quedaron asombradas por la riqueza de sus ruinas romanas —como aún ocurre frecuentemente con los turistas de hoy—, y en particular por el contraste entre esas ruinas y las yermas y desoladas tierras que las circundan.[37]

La mayor parte del continente africano situado por encima del paralelo de los 15 grados norte es un desierto de 10,25 millones de kilómetros cuadrados. Bajo la superficie existe una capa freática que, a pesar de no recibir sino cien milímetros de agua al año, abastece una extensa red de oasis. En un pasado muy remoto, la zona era mucho más húmeda y el nivel freático más elevado, y los europeos del siglo XIX supusieron al principio que la explicación de la prosperidad del África septentrional romana debía residir en parte en el hecho de que las condiciones agrícolas fueran considerablemente mejores en aquella época. Sin embargo, la tierra se había secado mucho antes del florecimiento de Roma, sin duda ya en el año 2000 a. C. En la época romana, el único vestigio que quedaba de aquella era ecológica tan distinta se manifestaba en la permanencia, cerca del Mediterráneo, de poblaciones de leones, elefantes, jirafas y otras especies animales hoy confinadas al África subsahariana.[38] También es posible que las laderas de las montañas del norte de África hayan estado pobladas de bosques, pero por lo demás, las condiciones de la época romana eran las mismas que las actuales.

Existen algunas excepciones a la regla de la aridez del África situada por encima del paralelo de los 15 grados norte: el Nilo riega Egipto, por ejemplo. El Magreb, esto es, el corazón del África septentrional roma-

na, recibe el agua de la lluvia que captan las mesetas vecinas.[39] En la época actual, el Magreb abarca Túnez, Argelia y Marruecos, un extenso territorio atrapado entre las montañas del Atlas y el Mediterráneo, cuya anchura oscila entre los trescientos y los quinientos kilómetros de sur a norte y cuyos 2.200 kilómetros de longitud lo sitúan entre el Atlántico y el golfo de Gabes. Cubierta de colinas y salpicada de manchas desérticas, las posibilidades agrícolas de la región vienen definidas por la exacta distribución de las lluvias. En las regiones en que la pluviometría media anual es de cuatrocientos milímetros o más, puede cultivarse trigo fácilmente. Los anchurosos valles de Túnez y de las grandes llanuras septentrionales de Argelia, junto con algunas partes de Marruecos, al oeste, entran dentro de esta categoría. En las zonas en que las precipitaciones se sitúan entre los doscientos y los cuatrocientos milímetros se necesita algún tipo de irrigación, pero sigue pudiéndose practicar la agricultura de secano propia del Mediterráneo. Y en las comarcas en que la lluvia recogida anualmente se sitúa entre los cien y los doscientos milímetros se pueden cultivar olivos, pues estos árboles requieren incluso menos agua que las palmeras. El clima del norte de África es en la actualidad constante, tal como lo era en la época romana, y también entonces poseía, como hoy, la capacidad de generar una amplia gama de productos.

En sus primeros tiempos, el África romana, gobernada directamente desde Roma tras la destrucción de Cartago en el año 146 a. C., comprendía tan sólo una pequeña fracción del Magreb: unos trece mil kilómetros cuadrados pertenecientes al norte y al centro de Túnez, ceñidos por la «fosa regia» (*fossa regia*) que se extendía desde Thabraca hasta Hadrumetum (la actual Susa). Este territorio se hallaba dividido en parcelas de 700 metros cuadrados. Aparte de seis pequeñas ciudades que habían apoyado a Roma en la guerra contra Cartago, muchas de esas parcelas se administraron en régimen de propiedad pública y se arrendaron a los colonos por largos períodos de tiempo, mientras que otras se vendieron a los magnates romanos con dinero que invertir. A esta gran privatización se atribuye el hecho de que en el siglo IV después de Cristo muchas de las antiguas familias de los senadores romanos (como la de Símaco) aún poseyesen grandes fincas en este territorio —tierras que, por medio de herencias y matrimonios, se habían transmitido e intercambiado unos a otros a lo largo del tiempo—. El resto del Magreb seguía en manos de las dinastías locales, aunque en el transcurso del siguiente

siglo la órbita romana fue absorbiendo progresivamente a esos poderes individuales. Al mismo tiempo, los colonos romanos comenzaron a traspasar los límites de la fosa regia. Tal como había sucedido en gran parte del Mediterráneo, estos acontecimientos allanaron el camino a la expansión de una dominación romana directa, primero en tiempos de Julio César (46 a. C.), en Numidia (el actual este de Argelia), con el pretexto de que el último de los reyes locales había apoyado a su gran rival, Pompeyo; y más tarde en época de Claudio, período durante el cual se crearon dos provincias en Mauritania (en lo que hoy es el oeste de Argelia y Marruecos). A partir de esa fecha, todo el Magreb quedó en manos de Roma, aunque por razones geográficas se decidió que su administración quedara dividida en dos zonas: la occidental Mauritania tingitana —gobernada desde Hispania—, y la Mauritania sitifa, la Numidia, el África proconsular y Bizacena —regidas desde Cartago.

Desde el principio, las autoridades romanas comprendieron que las bien irrigadas tierras de la costa encerraban para Roma un gran potencial como abastecedoras de grano. La provincia de África, cuyos límites había ampliado César —y que recibió el nombre de «Nueva África» (*Africa Nova*)—, ya enviaba anualmente por barco cincuenta mil toneladas de cereales a la capital. Cien años después, tras la expansión de la dominación directa, la cifra alcanzaba las quinientas mil toneladas, y el norte de África había sustituido a Egipto como granero de la ciudad, ya que satisfacía las dos terceras partes de sus necesidades. Se precisaba un notable proceso de desarrollo para garantizar y facilitar este flujo de cereales.[40]

La primera prioridad era la seguridad. Con una opinión profundamente influenciada por la experiencia de los siglos XIX y XX, los arqueólogos franceses, pertenecientes algunos de ellos al ejército, consideraban que la vida romana «civilizada» debió de haberse visto sometida en la región a la constante amenaza de los indígenas bereberes, cuyo estilo de vida era de carácter más pastoril. Un reconocimiento aéreo realizado en la década de 1930 reveló la presencia de dos líneas de fortificación además de una serie de campamentos fortificados y de instalaciones de almacenamiento en las zonas predesérticas, y se consideró que constituían la prueba de la habitual existencia de confrontaciones. Sin duda, como sucedía en todas las fronteras de Roma, las pequeñas incursiones eran un constante engorro. Y también podían degenerar en conflictos de mayor envergadura. El asunto de Leptis Magna (véanse las páginas 137-138)

comenzó, como hemos señalado, cuando uno de los caudillos tribales vecinos fue quemado vivo en la ciudad por algunos delitos que no se especifican, y después creció hasta convertirse en un enfrentamiento más serio. Sin embargo, está claro que estas cosas no sucedían con frecuencia, y ni siquiera los conflictos de mayores dimensiones eran realmente graves. Durante sus primeros tres siglos de existencia, el África romana no precisó más que de una legión y de un conjunto de fuerzas auxiliares (como máximo, unos veinticinco mil hombres) para garantizar la paz y la estabilidad en la vasta extensión de su territorio. Britania, por el contrario, requería la presencia de cuatro legiones.

Un reexamen más reciente de las fortificaciones romanas del norte de África ha mostrado, sobre la base de la distribución de hombres e instalaciones, que el principal cometido de las fuerzas romanas consistía de hecho en tutelar a los nómadas, no en combatirlos. Los nómadas del norte de África se desplazan al sur y se adentran en las regiones situadas en el umbral del desierto durante el invierno, época en la que hay agua suficiente para que crezca el forraje para sus animales, y regresan al norte, a las regiones más propicias para la agricultura, durante el verano, cuando la franja próxima al desierto se seca. Los soldados y los fuertes romanos se encargaban de garantizar que los rebaños no se dispersaran e invadieran los sembrados de otras gentes. En realidad, parece que los romanos se llevaban razonablemente bien con los nómadas: se contentaban con comprar sus mercancías, e incluso les ofrecían notables suspensiones temporales de los impuestos que gravaban las ventas, lo que no concuerda demasiado con un escenario de constantes luchas.[41] Incluso en el siglo IV, la principal fuerza de África estaba compuesta por una guarnición de caballería, mucho más adecuada para labores de patrulla y para la persecución de los ocasionales saqueadores que para un combate en toda regla.[42]

Una vez resueltas las cuestiones relacionadas con la seguridad ya podía desarrollarse la infraestructura de la región. Con el tiempo, los legionarios romanos terminaron construyendo más de diecinueve mil kilómetros de calzadas en el Magreb, unas veces para atender sus propios fines militares y otras para permitir un desplazamiento cómodo de las mercancías, como el cereal que llegaba en carros a Cartago y a los demás puertos. La propia Cartago era a un tiempo hermosa y funcional. Era de hecho un doble puerto, y los romanos lo habían heredado de sus fundadores fenicios. Un canal procedente del mar conducía hasta el puerto exterior,

que en su origen había tenido forma rectangular. Desde aquí, otro canal comunicaba con el puerto interior, circular, en cuyo centro se encontraba la «isla del almirantazgo». Los barcos podían atracar tanto a lo largo de los muros exteriores como en torno de la isla. Los romanos tomaron como base este puerto circular y agrandaron el tamaño del fondeadero exterior, rectangular, hasta convertirlo, en época de Trajano, o quizá de Adriano, a principios del siglo II d. C., en un hexágono. El otro puerto hexagonal conocido en la Antigüedad era, muy significativamente, el de Ostia (construido por Trajano). A finales del siglo II o principios del siglo III, el puerto circular volvió a entrar en servicio, se erigió un templo clásico en el centro de la isla, y se construyó una espléndida avenida flanqueada por columnas que conducía desde la isla hasta el centro de la ciudad. Hacia el año 200 d. C., la ciudad quedó equipada para ocuparse del transporte naval a gran escala. Y Cartago no era sino uno de los muchos puertos que jalonaban la costa del norte de África: Utica, por ejemplo, tenía capacidad para seiscientos barcos.[43] Los muelles de Leptis Magna, en Tripolitania, también fueron remozados a principios del siglo III.

Como vimos en el capítulo 3, el carácter primitivo de sus tecnologías burocráticas limitó en todas las épocas la capacidad de gobierno del estado romano. Tendía a subcontratar y a reclutar a grupos privados, a los que encargaba que realizasen en su nombre toda una serie de funciones vitales. El impuesto que gravaba los cereales de África, o *annona*, era un caso clásico en este sentido. En vez de buscar y supervisar a los miles de agricultores que serían necesarios para explotar las enormes propiedades públicas que habían pasado a sus manos en el norte de África, el estado romano prefería arrendar las tierras a individuos particulares a cambio de una parte de la producción. Dado que el estado quería alquilar toda la tierra que pudiese, trataba de establecer esos arriendos de la forma más atractiva posible. El arriendo enfitéutico permitía a los arrendatarios heredar la tierra de manera más o menos perpetua, y les concedía además la posibilidad de vender sus arriendos a un tercero.

Los problemas relacionados con el transporte naval se abordaban de forma similar. Para el siglo IV, el imperio ya había puesto en marcha un poderoso gremio de armadores, los *navicularii*, quienes debían responder de ciertas obligaciones ante el estado (aunque no todos los armadores pertenecieran a la asociación gremial). Los códigos legales estipulaban claramente los principios generales que articulaban la relación existente entre el estado y los armadores. El suministro a los consignatarios —que

no sólo operaban en Africa, sino también en otras partes del imperio, en particular en Egipto— era la principal prioridad. Por consiguiente, y con su característica sutileza, las autoridades imperiales estipularon que la pertenencia a la asociación gremial era una obligación hereditaria, dictaron leyes que salían al paso de todo posible medio de exención, y exigieron que todas las tierras que hubiesen sido registradas a nombre de un armador debiesen permanecer siempre en manos de algún miembro del gremio, aun en el caso de que fuesen vendidas, de modo que la base económica del gremio no quedase socavada en ningún caso. A cambio, el estado se ocupaba de apoyar a los armadores mediante privilegios económicos y de otra índole. No se les podía gravar con ningún impuesto añadido, estaban exentos de toda obligación de servicio público, y sus propiedades estaban blindadas frente a cualquier reclamación planteada por sus parientes. Al final, se otorgaba a los miembros de la asociación gremial la categoría de caballeros (equivalente a la condición de funcionario público de rango medio), se les concedían reducciones fiscales en los impuestos que gravaban sus transacciones, y se les permitía demorar hasta dos años la satisfacción de las comisiones adeudadas al estado. A veces recibían también ayuda estatal para renovar sus barcos.[44] De este modo, el estado creó una poderosa cofradía de magnates del transporte naval, una cofradía que gozaba de amplios privilegios económicos y legales.

Desde luego, si el estado había puesto todo esto en marcha era para satisfacer sus propias metas. Sin embargo, este comercio a gran escala también estimulaba la economía local. Si, a lo largo del primer siglo y medio de existencia del África romana (hasta el año 100 d. C., aproximadamente), todo se había centrado en la producción de grano, en el transcurso del siglo siguiente, el eje de la economía pasó a girar en torno al aceite de oliva y el vino. Dado que tanto los olivos como los viñedos necesitan menos agua que el trigo, los agricultores podían explotar así la amplia gama de condiciones de clima mediterráneo que presentaba la región. Desde el año 150 hasta el 400, aproximadamente, el norte de África prosperó gracias a las subvenciones concedidas al transporte y a la posibilidad de disponer de tierras en excelentes condiciones de arriendo.

Las pruebas sobre el particular cubren distintos aspectos. Hace mucho tiempo que se ha comprendido que los edificios y las inscripciones del norte de África indican que la cultura política característica del cenit de la época imperial —que impulsaba a los individuos a competir por el poder en los consejos de sus respectivas ciudades— siguió floreciendo en

esta zona después de que hubiera entrado en declive en los demás lugares del imperio.[45] Las recientes mediciones topográficas de la campiña han confirmado que esa pujanza local se basó en la expansión agrícola, y que tanto el número de los asentamientos rurales como su prosperidad aumentó de forma espectacular a medida que los agricultores procedentes del norte fueron descendiendo en dirección a las bandas de tierras más áridas, en las que sólo lograba desarrollarse el olivo. Para el siglo IV, podían verse olivares a 150 kilómetros de la costa de Tripolitania, en lugares en los que hoy no crece olivo alguno. Todo esto confirma otras pruebas de carácter más anecdótico, aunque no obstante sugerentes, como la de la inscripción que elogia a un octogenario que en toda una vida de trabajo había plantado cuatro mil pies de olivo.[46]

Resulta igualmente llamativa la enorme cantidad de pruebas que demuestran que los productos africanos penetraban con gran facilidad en los mercados situados en torno al Mediterráneo. Este conocimiento está basado en las nuevas técnicas desarrolladas por los arqueólogos, que les permiten identificar las ánforas de aceite de oliva y de vino fabricadas en el norte de África. También tenían una amplia distribución los objetos de loza norteafricanos, como las vajillas, en especial las de arcilla roja. Dado que, por lo general, los costes de transporte eran prohibitivos, excepto en el caso de los artículos de gran valor, hemos de preguntarnos cómo se logró que fuese rentable comerciar con regiones situadas fuera de África con géneros como el vino y el aceite de oliva, productos que se elaboraban en todo el perímetro mediterráneo, o con artículos relativamente baratos como las vajillas de loza. La respuesta se encuentra en el sistema de transporte subvencionado por el estado. Esto permitía que los costes de exportación pudieran reducirse con un poco de contabilidad creativa, que otros artículos fuesen enviados de rondón junto con las demás mercancías estatales, y que los productos africanos lograsen competir en la otra orilla del Mediterráneo. El estado había organizado una infraestructura económica para satisfacer sus propias metas y los lugareños se habían aprovechado de ello: éste fue el modo en que la empresa privada consiguió operar en una economía dirigida en versión romana.

Y no sólo prosperaron los colonos venidos de Italia. Los tipos de sistemas de irrigación que se utilizaban en el norte de África durante la época tardorromana eran de hecho antiguos y autóctonos: se adoptaban todo género de medidas, desde la creación de terrazas en las laderas de los montes —lo que retiene el agua y evita la erosión del suelo— hasta

la utilización de cisternas, pozos y presas, pasando por métodos de reparto del agua plenamente desarrollados y convenidos con todo cuidado, como el que conmemora una inscripción de Lamasba (Ain Merwana).[47] Lo que se hizo fue simplemente aplicar con mayor rigor estos medios tradicionales de conservación del agua. Para la gente, la posibilidad de vender los excedentes agrícolas hacía que valiese la pena utilizar del mejor modo posible la más mínima gota de agua existente e incrementar la producción. Esto no sólo sucedía en las comunidades de colonos, sino en todas partes, incluyendo los antiguos asentamientos tribales como los de Volubilis, Iol-Cæsarea y Útica. La demanda ejercía un gran impacto en la campiña africana. Ni siquiera los nómadas permanecían al margen de la acción: no sólo aportaban la mano de obra extra que resultaba crucial en la época de la recolección, ya que recorrían las granjas en grupos itinerantes, sino que sus mercancías conseguían un trato fiscal preferente. Los resultados podían llegar a ser espectaculares. Hay una inscripción que se hace eco del éxito de un jornalero sin tierras convertido en cabecilla de uno de los grupos encargados de la recolección. Este hombre hizo el suficiente dinero como para poder comprar un pedazo de tierra y un puesto de honor en el consejo de su ciudad natal, Mactar.[48]

Con el tiempo, las florecientes provincias del África septentrional romana tuvieron una capital cuya impresionante presencia estaba a la altura de las circunstancias. Pese a que en la representación pictórica de la Tabla de Peutinger se le resta importancia, la Cartago del siglo IV —o por mencionarla por su denominación romana íntegra, la Colonia Iulia Concordia Cartago— era una bulliciosa metrópoli romana. Lo sabemos bien, tanto por los textos, entre los que destacan los escritos de san Agustín, como por las recientes excavaciones realizadas en sus yacimientos arqueológicos. Abandonada poco después de la conquista islámica del norte de África, a finales del siglo VII, Cartago permaneció allí durante los siglos posteriores, como un fósil, a la espera de ser redescubierta. En consecuencia, podemos completar con extraordinario detalle la descripción de Cartago que aparece en un estudio cartográfico del siglo IV, la *Expositio Totius Mundi* (Descripción de la totalidad del mundo):

> Su plano [urbano] es cabalmente digno de elogio; de hecho, la regularidad de sus calles se asemeja a la de una plantación. Posee una sala de conciertos ... y un puerto de apariencia muy curiosa que parece poner ante nosotros, hasta donde alcanza la vista, un mar en calma en el que nada han de

temer los barcos. Allí se encontrará una oferta pública excepcional: la de la calle de los plateros (*vicus argentariorum*). Y en cuanto a las diversiones, sus habitantes sólo se emocionan con un único espectáculo: el de los juegos del anfiteatro.[49]

No es lo que podría hallarse en una guía actual, pero la vida urbana de la Antigüedad estaba totalmente centrada en la imposición de un orden racional, civilizado, en el páramo bárbaro (véase el capítulo 1), y nada podía simbolizar mejor ese propósito que una red de calles bella y regular. Tal como sugiere la *Expositio*, la ciudad también ofrecía algo más que el habitual conjunto de edificios públicos. Aparte de la sala de conciertos y del anfiteatro, se ufanaba también de su teatro y, a partir de principios del siglo III, de un circo en el que setenta mil espectadores podían contemplar sentados las carreras de carros. Más allá del puerto se encontraba el vasto complejo de las termas de Antonino, del siglo II, y en el centro de la ciudad, en torno al cerro de Bursa, se hallaban los tribunales de justicia, los edificios municipales y el palacio del gobernador. Aquí se ubicaba también el Memorial cubierto por una cúpula en el que fue asesinado Bonifacio.

Alrededor de los edificios públicos había un enjambre de viviendas privadas. Algunas de las de mayor tamaño han sido desenterradas, y varias han revelado unas extensas plantas en las que se aprecian mosaicos de intensos colores, entre las que destacan la «Casa del auriga griego», y la que se conoce con la poética denominación de «Villa de las termas privadas». Sin embargo, aún no se ha excavado el grueso de la zona urbana donde es más probable que haya vivido la mayoría de la población, así que conocemos relativamente pocas viviendas «corrientes». No obstante, todo sugiere que Cartago albergaba a unas cien mil personas, una cifra sólo superada por Roma y Constantinopla en el siglo IV, y en ambos casos, la población había crecido artificialmente debido a la existencia de un suministro subvencionado de alimentos.

Los edificios públicos contribuían a una amplia gama de objetivos culturales.[50] En ellos se practicaban religiones de todo tipo, desde el cristianismo, en sus diversas formas, hasta los cultos paganos tradicionales, pasando por todo género de misterios orientales. Y en medio de todo ello, florecía asimismo la cultura clásica. Agustín, por ejemplo, era un latinista de primera magnitud, y había completado su educación en Cartago. Allí permaneció por algún tiempo para continuar con su carrera de

maestro de retórica, y en una ocasión ganó un certamen de poesía latina. El procónsul de África en persona, Vindiciano, hacía la entrega del premio, y él mismo, que era un hombre de considerable erudición, formaba parte de una serie de romanos bien relacionados que dedicaron cortos períodos de tiempo, por lo general un año cada uno, a gobernar la ciudad. (Nuestro viejo amigo Símaco desempeñó el cargo en el año 373.) Acontecimientos como el de los certámenes de poesía ofrecían a los romanos de África con ambiciones la oportunidad de llamar la atención del gobernador, y de utilizar su educación y su cultura como vía para el progreso social. Cuando abandonó Cartago, Agustín se dirigió a Roma, y de ahí se encaminó a la corte de Valentiniano II, en Milán, impulsado por las alas que le daban las recomendaciones proporcionadas por una serie de contactos como Vindiciano y Símaco.[51]

La Cartago del siglo IV, por tanto, era un pilar cultural y, sobre todo, económico del imperio de Occidente. Enorme y bulliciosa, era una ciudad en la que las apiñadas casas de centenares de miles de ciudadanos corrientes ofrecían un violento contraste con los altivos edificios públicos y las mansiones de los ricos. Una cosa destacaba por encima de todo: con su elevada productividad y su bajo coste de mantenimiento, el norte de África era un formidable contribuyente neto a las arcas del imperio de Occidente.

«El último romano auténtico de Occidente»

Los excedentes de ingresos del norte de África resultaban esenciales para cuadrar las cuentas del imperio. Sin ellos, el estado de Occidente nunca habría podido permitirse disponer de unas fuerzas armadas lo suficientemente grandes como para defender a sus otros territorios, más expuestos. Desde la muerte de Constancio en el año 421, se había dejado que los inmigrantes dedicados a prácticas depredadoras dieran curso a sus propios proyectos sin enfrentarse, por lo general, a obstáculo alguno, y esto no sólo en África, sino en todos los lugares del Occidente romano. A lo largo de la frontera del Rin, los francos, los burgundios y los alamanes, en particular los jutungos de las estribaciones alpinas situadas al sur, habían realizado incursiones en la frontera y amenazaban con provocar nuevas tensiones. En el sur de la Galia, los visigodos se habían

rebelado y su actitud amenazadora se dirigía a la principal capital administrativa de la región, Arles. En Hispania, los suevos campaban a sus anchas en el noroeste y destrozaban cuanto encontraban a su paso en toda la Península. En el año 430, al llegar el vándalo Giserico a las inmediaciones de Numidia, puede decirse que pendía una espada de Damocles sobre la totalidad del imperio de Occidente.

El último gran héroe romano occidental del siglo V, Flavio Aecio, vino a colmar el vacío. Como hemos visto, surgió en el año 433 como vencedor final de las feroces disputas que siguieron al acceso al poder de Valentiniano III. También sabemos que en su juventud había pasado algún tiempo como rehén, tanto con Alarico, durante el período previo al cerco de Roma, como con los hunos, en la década de 410, relación que más tarde habría de permitirle negociar con los hunos y obtener su ayuda tras el fin de la usurpación de Juan y así derrotar a su rival Sebastiano. Por supuesto, jamás se le habría escogido como rehén de no haber contado con encumbradas relaciones políticas. Su padre, Gaudencio, al igual que Flavio Constancio, procedía de una familia militar romana de origen balcánico, en su caso oriunda de la provincia de Escitia menor, en Dobruja (en la actual Rumania). Al principio de su carrera, estando destinado en la corte oriental, Gaudencio desempeñó una serie de cargos vinculados al Estado Mayor. Sin embargo, en el año 399, durante el período de supremacía de Estilicón, le encontramos al mando de unas tropas en África. De forma nuevamente similar a Constancio, es probable que Gaudencio se distinguiera como soldado del imperio de Oriente y que fuera seguidor de Estilicón tras la muerte de Teodosio I. Después, Gaudencio se casó con una rica heredera de familia senatorial poseedora de una enorme fortuna y el punto culminante de su carrera llegó al ser nombrado comandante del ejército de campaña de las Galias (*magister militum per Gallias*) a finales de la década de 410. En esta provincia resultó muerto durante un levantamiento, tal vez relacionado con la usurpación de Juan, producida en la década de 420.

La carrera del propio Aecio siguió también una trayectoria militar, pero alcanzó mayor altura. Pese a que nunca llegó a ser emperador, Aecio fue el Octavio de su época. Tan pronto como alcanzó el poder, reveló ser un político extraordinario, capaz de volver a encarrilar el destino de Roma. La pluma de uno de sus contemporáneos, un tal Renato Frigiderio, en un pasaje conservado por Gregorio de Tours a finales del siglo VI, pinta este retrato de su persona:

> Aecio era de mediana estatura, de costumbres varoniles y bien proporcionado. No tenía ningún defecto físico y era de constitución delgada. Poseía una aguda inteligencia y estaba lleno de energía, era un soberbio jinete, tenía buen tino con el arco y era infatigable con la lanza. Era extremadamente capaz como soldado y experto en las artes de la paz. No había en él avaricia alguna, y menos aún codicia. Su conducta era magnánima y nunca se apartaba de su juicio por el parecer de malos consejeros. Soportaba la adversidad con gran paciencia, y estaba dispuesto a acometer cualquier empresa exigente. Despreciaba el peligro y era capaz de soportar el hambre, la sed y la falta de sueño.[52]

Su habilidad como jinete y como arquero tal vez no fuera sino otro de los beneficios extraídos del período pasado con los hunos, y desde luego confiaba en ambas destrezas, así como en las demás cualidades descritas más arriba, para abordar el gran proyecto que constituía la obra de su vida: tratar de mantener unido durante una generación más el imperio de Octavio.

Cuando Aecio logró hacerse finalmente con el control del imperio de Occidente en el año 433, las consecuencias de los prácticamente diez años de parálisis del centro eran apreciables a lo largo y ancho de sus territorios. Todos los grupos de inmigrantes no sometidos que se hallaban en el interior de las fronteras del Occidente romano habían aprovechado la oportunidad para mejorar su posición, y lo mismo habían hecho los bárbaros situados fuera de ellas. Además, tal como había sucedido tras la invasión del Rin, la agitación provocada por los inmigrantes fue el desencadenante que llevó a los jefes locales a usurpar el poder imperial. En el norte de la Galia, y en particular en Britania y sus alrededores, la desorganización había sido provocada por una tribu a la que se conocía con el nombre de bagaudios. Zósimo menciona la existencia de otros grupos que también eran conocidos con ese nombre y que en los años 407 y 408 se encontraban en las estribaciones de los Alpes occidentales, e Idacio nos dice en su *Cronicón* que los bagaudios se presentaron en Hispania a principios de la década de 440.[53] Los historiadores han debatido acaloradamente durante mucho tiempo acerca del origen y las características de estas gentes. El término se había acuñado en el siglo III, época en la que se les catalogó como «campesinos y bandidos». A los historiadores de tendencia marxista les resultó imposible no considerar que eran unos revolucionarios sociales que de vez en cuando organizaban algún soterrado movimiento de protesta contra las desigualdades del mundo ro-

mano, ya que aparecían siempre que el control central titubeaba. Sin duda, los bagaudios surgían indefectiblemente cuando el control ejercido por el centro se veía trastornado por las actividades hostiles de los bárbaros, pero los vislumbres que tenemos de su composición social no siempre sugieren que se tratase de revolucionarios. Los entendidos consideran que el término «bagaudios» se ha convertido en un cajón de sastre en el que acaba incluyéndose a todos cuantos realizaron algún tipo de actividad disidente. A veces, los denominados bagaudios eran bandidos. Los que se encontraban en los Alpes en los años 407 y 408, por ejemplo, exigían dinero mediante amenazas a un general romano que se había dado a la fuga. Sin embargo, parece que también se ha denominado «bagaudios» a los grupos que se ayudaban mutuamente y que trataban de mantener el orden social en sus propias localidades cuando el largo brazo del estado dejaba de ejercer su poder en la zona. En la década de 410, Armórica ya había afirmado su independencia, en un intento de reprimir el desorden. Más tarde iba a suceder algo similar en Hispania.[54]

En cualquier caso, los bagaudios, unidos a los bárbaros, eran sinónimo de problemas. En el verano del año 432, la amenaza era general e inminente: en la Galia del noroeste estaban los bagaudios; en el suroeste, los visigodos; en la frontera del Rin y en las estribaciones de los Alpes, los francos, los burgundios y los alamanes; en el noroeste de Hispania, los suevos; y en el norte de África, los vándalos y los alanos. De hecho, buena parte de Hispania llevaba sin conocer una sujeción central propiamente dicha desde la década de 410. Dado que también Britania había abandonado la órbita del Occidente romano, los únicos lugares que, desde el punto de vista del imperio, seguían en buena condición eran Italia, Sicilia y la Galia del sureste.

Sólo disponemos de unas cuantas menciones dispersas en varias crónicas que puedan arrojar alguna luz sobre la extraordinaria hazaña que llevó a cabo Aecio al enfrentarse a este lío en la década de 430, y es característico que no dediquen más de dos o tres líneas a los acontecimientos de todo un año. Sin embargo, también contamos con un manuscrito extraordinario: el *Codex Sangallensis* 908, un libro en bastante mal estado que se encuentra en el antiguo monasterio de San Galo, en Suiza, justo al sur del lago de Constanza. Fechado aproximadamente en el año 800 d. C., este manuscrito contiene una larga lista de vocabulario latino —exactamente el tipo de texto que cabría esperar en un buen monasterio carolingio en el que los monjes estudiaban el latín clásico—.

Sin embargo, algunas partes de la lista fueron escritas en páginas ya utilizadas, y un examen detallado (efectuado en 1823) reveló que uno de los textos del palimpsesto subyacente estaba compuesto por ocho folios procedentes de un manuscrito del siglo V o VI cuyo autor es un retórico latino llamado Merobaudes. Nacido en el sur de Hispania, era descendiente de un general del imperio romano de origen franco que respondía al mismo nombre y que ejerció el mando en la década de 380. Su obra, aparte de un breve poema religioso, no ha sobrevivido en ningún otro lugar, así que podemos dar gracias al monje carolingio que hizo la chapuza de raspar el texto antiguo, ya que de otro modo no habría llegado hasta nosotros ni un solo verso de los escritos de Merobaudes. No obstante, y por desgracia, para lograr que estas pocas páginas se ajustasen a su nuevo libro, los monjes las guillotinaron, con lo que redujeron su tamaño original de 260 por 160 milímetros a unas dimensiones de 200 por 135 milímetros. Por consiguiente, todo lo que los estudiosos han conseguido recuperar son cuatro poemas breves y los fragmentos de dos extensos panegíricos: aproximadamente cien versos en el primer caso, y unos doscientos versos en el segundo. (Los ejemplos de textos similares pertenecientes a esa misma época tienen una longitud aproximada de unos seiscientos versos.)

Tal como muestra el virtuosismo de su obra,[55] nuestro Merobaudes superó todo el proceso de la educación latina y después se abrió paso hasta la corte del imperio de Occidente en Ravena. En esa ciudad, otro de los textos que ha llegado hasta nosotros nos permite seguirle la pista. No era sólo un erudito, era también, al igual que su antepasado del mismo nombre, un soldado, y se convirtió en un devoto hombre de confianza de Aecio, al que sirvió en las guerras y cuyas alabanzas habría de cantar más tarde en una serie de alocuciones públicas. El 30 de julio de 435, por todos estos servicios, se le honró en Roma con una estatua de bronce, y nada menos que en el foro de Trajano.[56] Ese mismo año fue nombrado senador como recompensa por uno de sus primeros panegíricos de Aecio (un panegírico que no ha llegado hasta nosotros), y en los Alpes se distinguió en combate. Posteriormente se le otorgó el calificativo de «patricio», y finalmente llegó a comandante supremo (*magister militum*) del contingente de campaña romano en Hispania. El caso de Merobaudes no sólo muestra que la *Romanitas*, es decir, la condición romana, aún podía ganar para la gloriosa causa de la literatura latina a algunos individuos bárbaros, sino que nos proporciona una atalaya privilegiada, por su

cercanía a Aecio, desde la que observar cómo deseaba este último que se interpretasen sus hazañas.[57]

La primera de las obras supervivientes de Merobaudes, los aproximadamente cien versos del primer panegírico, probablemente haya sido escrita en el verano de 439. No ha llegado hasta nosotros una cantidad de texto suficiente para averiguar grandes cosas sobre la argumentación que lo sustentaba, pero el modo en que se presenta a Aecio habla por sí solo:[58]

> Tu lecho es una roca árida o una fina manta sobre el suelo; pasas las noches en vela, y los días entregado al duro trabajo; además, soportas con buen ánimo las adversidades; el peto de tu armadura es antes indumentaria que defensa ... no es un alarde de magnificencia sino una forma de vida ... Y después, si la guerra da algún respiro, tú vigilas los emplazamientos de las ciudades, o los desfiladeros de las montañas, o la dilatada extensión de los campos, o los vados de los ríos, o las remotas calzadas, y allí tratas de descubrir cuál habrá de ser el lugar más apropiado para la infantería y la caballería, cuál el punto más apto para un ataque, el más seguro para una retirada, y el de más abundantes recursos para un vivac. De este modo, incluso la propia interrupción de la guerra resulta ventajosa para la guerra.

La imagen del peto de la armadura como forma de vida es magnífica, y también lo es la de un Aecio que se vale de cualquier respiro de la guerra para ampliar su comprensión estratégica y táctica de los posibles teatros de operaciones. Pero no se trata de simple retórica, las imágenes se corresponden con la realidad. En la década de 430, Aecio dirigió una campaña tras otra, muchas veces con éxito, y todas ellas pretendían volver a poner en pie al imperio de Occidente, de forma muy similar a lo intentado dos décadas antes por Constancio.

De muchas de esas campañas se hace una breve mención en las crónicas, y el segundo panegírico de Merobaudes, escrito en el año 443 para conmemorar el segundo consulado de Aecio, las consigna en una lista ordenada. El listado, que abarca desde el acceso de Aecio al poder, en el año 432, hasta el final de la década, es impresionante. De hecho, la racha de victorias había comenzado mucho antes de la eliminación de Félix y Bonifacio, y fue uno de los factores que contribuyó al éxito de Aecio en su pugna por alcanzar el poder. Entre los años 425 y 429, en la Galia, Aecio fue el general al mando de las fuerzas de campaña romanas, y en el año 425 o 426 libró con éxito varias campañas contra los visigodos, a los que expulsó de Arles. En el año 427, también reconquistó en las in-

mediaciones del Rin algunas de las tierras que estaban en manos de los francos. En los años 430 y 431, tras haber sucedido a Félix como comandante de Italia, derrotó al pueblo alamán de los jutungos y sofocó algún tipo de rebelión en el Nórico,[59] para aniquilar después, cerca de Arles, a una banda de forajidos visigodos. En el año 432 volvió a derrotar a los francos.

A partir del año 433, tras haber consolidado su dominio político, Aecio se encontraba en una situación adecuada para adoptar medidas más amplias y poder dar así estabilidad al imperio. La fría razón le indicó que los ejércitos del Occidente romano, pese a seguir siendo poderosos, no eran capaces de hacer frente a todos los problemas a un tiempo. En particular, Aecio debía encarar la existencia de un conflicto simultáneo en dos escenarios distintos: por un lado, el que le oponía a los diversos grupos presentes en el interior y en las inmediaciones de las fronteras de la Galia, y por otro, el que le llevaba a combatir a Giserico y a la coalición de los vándalos y los alanos en el norte de África. En vez de dividir sus fuerzas —lo que es siempre un movimiento peligroso, y que en este caso ofrecía además pocas esperanzas de éxito—, consiguió arrancar la ayuda de Constantinopla. Esa ayuda adoptó la forma del general Aspar, uno de los jefes del ejército que, al mando de una fuerza considerable, había aupado a Valentiniano al trono del imperio de Occidente en el año 425. Aecio había aprendido del único error de Constancio. En vez de tomar una iniciativa tendente a conseguir la púrpura para sí, y disgustar de este modo al emperador de Oriente, Teodosio —preocupado por las cuestiones dinásticas—, Aecio se contentó con ejercer el poder *de facto*, aunque nominalmente no fuera él el emperador, con lo que conservó el favor y el respaldo de Constantinopla. Prácticamente no tenemos información alguna sobre lo que sucedió después. Sí sabemos que, tras asentarse en Cartago, Aspar libró una guerra de contención contra los vándalos y los alanos que obtuvo el suficiente éxito como para obligar a Giserico a negociar. El 11 de febrero de 435 se estableció un tratado: los vándalos y los alanos recibían algunas partes de Mauritania y de Numidia, incluyendo las ciudades de Calama y Sitifis (mapa 9), pero Aspar se las arregló para que los términos del tratado proporcionaran protección a la mayor parte de Numidia así como a las dos provincias más prósperas del norte de África, Proconsular y Bizacena.[60]

Con uno de sus flancos protegido por Aspar, Aecio tuvo las manos libres para encargarse de los problemas de la Galia, pero era tanta su gra-

vedad que seguía necesitando más ayuda. Constancio se había valido de los visigodos para volver a someter a su control a los demás invasores. Sin embargo, ahora las ambiciones de los visigodos se habían desbocado, y en cualquier caso formaban parte del problema general: había demasiados grupos extranjeros armados en suelo romano. Lo que Aecio necesitaba era una ayuda militar externa, al menos hasta que pudiera volver a meter en cintura a los visigodos. Esa ayuda no podía venir de Constantinopla porque el imperio de Oriente ya se hallaba metido en faena en el norte de África. Su único recurso eran los hunos, un contingente del que tal vez se hubiera servido también Constancio. Los hunos ya habían desempeñado un papel crucial en la carrera de Aecio. Al convencer a los hunos de que abandonaran Italia y regresaran a sus tierras en el año 425 Aecio se había librado de una muerte segura por haber apoyado al usurpador Juan, y en el año 432 un ejército huno le había ayudado a recuperar el poder tras ser derrotado por Bonifacio. Por lo tanto, su primera iniciativa, tal como nos indican los versos iniciales del fragmento del segundo panegírico de Merobaudes que ha llegado hasta nosotros, fue establecer otro pacto con ellos: «[Aecio] ha regresado con el Danubio en paz, y ha despojado al Tanais [el río Don] de su furia; él ordena que las tierras, al rojo vivo y envueltas en una atmósfera ennegrecida, queden libres de la acostumbrada guerra. El Cáucaso ha concedido reposo a la espada, y sus crueles reyes renuncian al combate».

Las facultades de Aecio, por supuesto, no tenían ni mucho menos el alcance que podría deducirse del tono empleado por Merobaudes. Lo que éste trataba de evocar aquí era la idea de que Aecio había establecido el orden en las tierras de Escitia, situadas al norte del Danubio y al este de Germania. Esta zona, como ya vimos en el capítulo 5, estuvo dominada por los hunos, como muy tarde, desde el año 420, aproximadamente. Lo que Merobaudes no nos dice es que esos hunos obligaron a Aecio a pagar un alto precio por su auxilio. Anteriormente habían servido en el ejército romano a cambio de dinero en efectivo. Esta vez, es posible que el imperio de Occidente estuviera simplemente sin blanca —se habían librado muchas guerras y la extensión de sus antiguos feudos que ya no producía ingresos era muy grande—. También cabe la posibilidad de que los hunos quisieran en esta ocasión algo distinto. Sea como fuere, Aecio se vio obligado a poner en manos de los hunos los territorios romanos situados a lo largo del río Save, en Panonia. Merobaudes no alu-

de en ningún caso a este extremo, aunque todos sus lectores debieron de haber estado al tanto de lo que sucedía. Con frecuencia, la mejor estrategia para bregar con las realidades incómodas es no mencionarlas en absoluto. En cualquier caso, a cambio del territorio cedido, Aecio obtuvo de los hunos un respaldo militar continuado, y eso le permitió hacer muchas cosas en la Galia.[61]

Según nos dice Merobaudes, las amenazas que pesaban sobre las regiones fronterizas de la Galia fueron debidamente neutralizadas: «El Rin ha otorgado pactos que han convertido en siervo de Roma a un gélido mundo que, feliz de saberse guiado por las riendas de Occidente, se alegra de que los dominios del Tíber crezcan por ambas orillas».

En una ocasión, Aecio tomó medidas particularmente drásticas. Harto de las incursiones realizadas por los burgundios en territorio belga en el año 436, Aecio volvió a negociar el auxilio de los hunos. Al año siguiente, el reino burgundio sufrió una serie de ataques devastadores (una de nuestras fuentes, Idacio, refiere que los burgundios encajaron veinte mil bajas), y Aecio concedió un nuevo asentamiento a los supervivientes, convertidos ahora en escarmentados aliados de Roma, en las inmediaciones del lago de Ginebra. Una vez consolidada la frontera, Aecio dirigió su atención al interior de la Galia. Las fuerzas romanas, junto con sus aliados alanos, aplicaron una táctica similar a los bagaudos de Armórica, que, encabezados por un tal Tibatto, se habían rebelado en el año 435. De este modo, para el año 437, el dominio de Roma había sido íntegramente restablecido en todo el noroeste. Tal como comenta Merobaudes: «Un poblador autóctono, ahora más amable, recorre las regiones salvajes de Armórica. La tierra, acostumbrada a ocultar en sus bosques el botín obtenido por medio de violentos crímenes, ha abandonado sus viejos hábitos, y aprende a confiar el grano a sus campos incultos». Aecio también dio pasos para consolidar la estabilidad en la zona a largo plazo, y para ello asentó por toda la región a los alanos, a los que dispuso a lo largo del eje que separa a Orleans de la cuenca del Sena.

De este modo, había quedado la vía expedita para meter en cintura a los visigodos. En el año 436, mientras Aecio se ocupaba de los burgundios, estalló una segunda rebelión visigoda, más peligrosa que la que ya había supuesto una amenaza para Arles a mediados de la década de 420. Una vez más, los visigodos se desplazaron hacia el sur, pero esta vez se concentraron en el asedio de Narbona. Y Aecio estuvo nuevamente a la

altura de las circunstancias. Reclutó más refuerzos hunos y lanzó un contraataque generalizado que obligó a los visigodos a regresar a Burdeos. La violencia se detuvo en el año 439 —no sin que se produjeran algunas bajas significativas entre los romanos—, pero los términos del tratado de 418 quedaron revalidados. La parte más importante del segundo panegírico de 443 que aún se conserva se ha perdido, pero es obvio que la derrota de los visigodos era un acontecimiento reciente cuando Merobaudes escribió el primero en el año 439. El fragmento que ha llegado hasta nosotros detalla la derrota que Aecio infligió a los visigodos en la Montaña de la serpiente («a la que los antiguos llamaron premonitoriamente [de este modo], porque en ella quedaron destruidos los venenos del estado»), y el «súbito horror» del rey visigodo al ver «los cuerpos pisoteados» de sus seguidores muertos.[62] Este pueblo bárbaro no había sido aniquilado, sino contenido, y con un poco de colaboración por parte de sus amigos hunos, Aecio había hecho prodigios para estabilizar la región tras más de una década de conflicto.

En Hispania se estaban desarrollando acontecimientos similares. Aquí, la situación había mejorado significativamente con la partida de los vándalos y los alanos, con lo que sólo quedaban sin control los suevos del noroeste, lugar en el que, según nos dice Merobaudes, «no quedaba ya nada sometido a nuestro dominio ... [y en el que] el belicoso vengador [Aecio] ha abierto la ruta cautiva [y] expulsado a los merodeadores» —en realidad se habían marchado al África por su propia voluntad—; «recuperando las calzadas obstruidas; y permitido el regreso de las gentes a las ciudades abandonadas». Algunos de los personajes locales, en particular el obispo y cronista Idacio, querían que Aecio penetrara a través de los Pirineos con un ejército, pero parece que la ayuda recibida adoptó principalmente la forma de presiones diplomáticas. Pronto se produjo una avenencia política entre los suevos y los nativos de Galicia, con lo que se restableció un cierto orden en las provincias que Giserico había abandonado.

Considerada en su conjunto, la proeza realizada por Aecio durante la década de 430 fue prodigiosa. Los francos y los alamanes habían sido rechazados a sus cantones del otro lado del Rin, los burgundios y los bagaudos habían quedado completamente sometidos, las pretensiones de los visigodos habían sido refrenadas, y gran parte de Hispania volvía a quedar bajo el control del imperio. Por algo consideraba la opinión de Constantinopla que Aecio era el último romano auténtico de Occidente.[63]

Sin embargo, en el mismo momento en que Merobaudes ponía punto final a su última obra de enaltecimiento de Aecio, y en el instante en que el mismo Aecio empezaba a plantearse si no debería enviar el fiel peto de su armadura al tinte, estalló una nueva tormenta en el horizonte. En octubre de 439, tras cuatro años y medio de paz, las fuerzas de Giserico traspasaron los límites de la reserva que ocupaban en Mauritania e irrumpieron con gran estruendo en las provincias más prósperas del norte de África. Sin embargo, no fue un paseo militar. Tuvieron que batallar para abrirse camino hasta Cartago, según nos lo describe un sermón pronunciado justo después de los acontecimientos:

> ¿Dónde está África, que era para todo el mundo como un jardín de las delicias? ... ¿Acaso no ha sido cruelmente castigada nuestra ciudad [Cartago] por no haber querido aprender la lección que había supuesto el correctivo recibido por las demás provincias? ... No hay nadie para enterrar los cadáveres de los muertos, pero la horrible muerte ha mancillado todas las calles y todos los edificios, la ciudad entera en realidad. ¡Y pensad en los males de los que estamos hablando! Madres de familia arrastradas al cautiverio; mujeres embarazadas brutalmente muertas ... niños arrancados de los brazos de sus ayas y arrojados a una muerte segura en las calles ... El impío poder de los bárbaros ha llegado a exigir incluso que las mujeres que un día fueran señoras de muchas sirvientas quedaran súbitamente reducidas al papel de viles criadas de los bárbaros ... Todos los días llegan a nuestros oídos los gritos de aquellos que han perdido a un marido o a un padre en este ataque.[64]

Pese a que nos encontremos aquí más ante un ejemplo de retórica moralizante que frente a una crónica directa, el pasaje hace no obstante justicia a la imagen de devastación que recogen otras fuentes romanas. Ninguna otra acometida podía haber hecho tanto daño al imperio. De un sólo golpe, Giserico había arrancado al control de Aecio las provincias más prósperas del Occidente romano, y el resultado fue el surgimiento de una amenazadora crisis económica. ¿Cómo había podido permitirse que sucediera semejante cosa? Presumiblemente, tras cuatro años y medio de paz relativa, y de pensar que Giserico iba a respetar el tratado acordado en febrero del año 435, la gente había dejado de prestarle atención. Sospecho que había, simplemente, demasiada inestabilidad en otros lugares del imperio para poder dejar en Cartago tro-

pas con las que atender una eventualidad juzgada improbable. En particular, la guerra contra los visigodos, a la que se había puesto fin justo antes de que Giserico tomase esa iniciativa, había requerido probablemente la contribución de todos los hombres disponibles. Por consiguiente, al no disponer Cartago más que de una guarnición compuesta por unos efectivos mínimos, el astuto vándalo lo tuvo todo a su favor.

Sin embargo, el otoño del año 439 no era momento para recriminaciones, y mucho menos para comisiones de investigación. Lo que se necesitaba era una acción decisiva capaz de lograr que Cartago y sus provincias volviesen a estar bajo control romano. Aproximadamente por esta época, en un breve poema cuyo objeto era conmemorar el primer cumpleaños de Gaudencio, el hijo de Aecio, Merobaudes comenta que el «fiero conductor de Roma ... tenía bien merecido su retiro» y que algún día podría pasar el bastón de mando a Gaudencio.[65] Sin embargo, aquél no era el momento propicio —y, de nuevo, Aecio asumió su deber—. Las características limitaciones logísticas del imperio romano excluían toda idea de un contragolpe inmediato, y por el momento la ventaja estaba del lado de Giserico. Una serie de leyes promulgadas en nombre de Valentiniano III durante el verano de 440 dan testimonio de la inminente sensación de crisis. El 3 de marzo, se concedió una licencia especial a los comerciantes de Oriente a fin de garantizar el suministro de alimentos de la ciudad de Roma: la interrupción de las remesas de pan enviadas desde África a la capital no era una preocupación pequeña para Aecio. Esa misma ley también puso en marcha medidas destinadas a colmar los boquetes abiertos en las defensas de Roma y a garantizar que todo el mundo supiera que su obligación era guarnecer la ciudad. El 20 de marzo, otra ley llamaba a filas a la población, y al mismo tiempo hacía gravitar la amenaza del más terrible castigo sobre todo el que encubriera a los desertores.[66] El 24 de junio, una tercera ley volvía a autorizar a la gente a llevar armas «porque no existe la suficiente seguridad, dadas las oportunidades que ofrece el verano a la navegación, respecto a qué costas pueden elegir los barcos del enemigo».

Todo esto, sin embargo, eran meras respuestas defensivas parciales destinadas a prevenir las incursiones vándalas —que no dejaron de producirse al comenzar la temporada favorable a la navegación—. En particular, Giserico lanzó una serie de ataques contra Sicilia, en uno de

los cuales puso cerco a la principal base naval de la isla, situada en Panormus,* asedio que duró prácticamente todo el verano. Sin embargo, Aecio pensaba ya en acciones de mayor envergadura, y en la ley del 24 de junio se hace alusión a los planes que concibió para restablecer la situación: pese a la existencia de un problema inmediato, se expresaba confianza en que «el ejército del invencible emperador [de Oriente], Teodosio, nuestro padre, esté próximo a llegar y ... [c]onfiamos en que el excelentísimo patricio Aecio se encuentre pronto aquí con una gran fuerza».[67] Aecio había estado fuera de Italia, dedicado a la tarea de reunir el mayor número de soldados posible, pero la clave del éxito, dada la disminución que habían experimentado los recursos del imperio de Occidente desde el año 406, era negociar con Constantinopla y obtener su ayuda. Se hace patente, una vez más, el buen juicio de Aecio al no presionar para obtener la púrpura.

A finales del año 440, después de que las primeras acometidas del mal tiempo hubieran obligado a los vándalos a regresar a Cartago, comenzó a congregarse en Sicilia el ejército imperial conjunto: 1.100 navíos en los que viajaban hombres, caballos y pertrechos. La «gran fuerza» de Aecio llegó a la isla y en ella se le unió una importante fuerza expedicionaria procedente de Oriente. No hay ninguna fuente que indique la cifra de efectivos romanos allí reunidos, pero el número de barcos bastaba para transportar a varias decenas de miles de hombres. El hecho de que cinco comandantes se repartieran su jefatura —Aerobindo, Ansilas, Inobindo, Arinteo y Germano— también indica las dimensiones del ejército de Oriente. Pentadio, el afortunado burócrata constantinopolitano que se encargó de la logística fue ascendido posteriormente como recompensa por haber hecho frente a la pesadilla administrativa de organizar la expedición.[68] Todo estaba dispuesto para el contraataque que debía conseguir que Cartago volviese a quedar bajo dominación romana. Para finales de marzo, cuando pudiera reanudarse la navegación entre Roma y el norte de África tras la habitual interrupción invernal, el mayor triunfo jamás logrado por Aecio estaría al alcance de la mano. Sin embargo, la armada no llegó a hacerse a la mar: tanto las tropas de Oriente como las de Occidente regresaron a sus bases y todo el esfuerzo administrativo quedó en nada.

* El actual Palermo. *(N. de los t.)*

¿Por qué no se hizo a la mar la fuerza expedicionaria conjunta? Algunos fragmentos del panegírico compuesto por Merobaudes en el año 443 para conmemorar el segundo consulado de Aecio nos dan la clave. Tras haber comenzado por enumerar las antiguas victorias de Aecio en la década de 430, y después de pasar revista a sus cualidades como dirigente en tiempo de paz, el tono que emplea Merobaudes cambia súbitamente. Fija su atención en una imagen de Belona, la diosa de la guerra, que se queja de la época de paz y abundancia que había alumbrado Aecio:

> He sido despreciada. De este modo, todo el respeto que inspiraba mi reino se ha echado a perder debido al encadenamiento de un desastre tras otro [las victorias de Aecio y la paz vándala]. Me veo arrastrada por las olas y no consigo gobernar en tierra.[69]

Sin embargo, como es una diosa de la guerra con amor propio, no está dispuesta a permanecer de brazos cruzados, y va en busca de Enio, su antigua aliada:

> Sentada aquí bajo un prominente acantilado, la cruel Enio había ocultado a una furia obligada a huir por una paz duradera. Se sentía desolada porque no había en el mundo desolación. Gime entristecida por el regocijo. Su feo rostro está cubierto de una repugnante suciedad y su vestido sigue manchado de sangre seca. Su carro no está uncido, y la armadura pende inerte. El penacho de su casco cae sobre un costado.

Belona incita entonces a Enio a restablecer la «furia» de la guerra, y el panegírico se cierra con un llamamiento general por el que se pide que Aecio recupere su habitual puesto al frente de los ejércitos de Roma:

> Que no delegue [Aecio], sino que haga la guerra, y que reavive su destino con los triunfos de antaño; que no sea su guía el botín, y que el rabioso deseo de riquezas no le empuje a rendir su espíritu a continuas preocupaciones; que muestre, al contrario, un laudable amor a las armas, y que la espada, desentendida de la sangre del Lacio pero empapada de la que brota de las gargantas enemigas, le haga aparecer invencible y no obstante amable.

El mensaje es inequívoco. Había surgido una nueva amenaza, muy superior a cualquier desafío que hubieran podido plantear los vándalos, y era necesario que Aecio volviese a vestir la armadura para salvar una vez más al mundo romano. Fue esta amenaza lo que obligó a las tropas reunidas en Sicilia a regresar a sus bases, dejando así Cartago en manos de los vándalos. Tal como estaban las cosas, el imperio de Occidente se veía forzado a enfrentarse como pudiese a las consecuencias del éxito de Giserico.

De este modo, en el año 442 se estableció un nuevo tratado con los vándalos, y en esta ocasión el pacto ponía en manos de Giserico el control del África proconsular y de Bizacena, junto con parte, al parecer, de Numidia. El imperio de Occidente recuperó el control de los territorios que había otorgado a Giserico en el año 435. Las pruebas legales confirman que el imperio administró posteriormente las dos Mauritanias (la sitifa y la cesariana) y el resto de Numidia.[70]

Ahora que había conseguido lo que quería, y a cambio de la paz, Giserico estaba dispuesto a ser generoso. Pese a que quepa suponer que su cuantía había menguado bastante, Roma seguía recibiendo algún tipo de tributo agrícola de las provincias vándalas, y el hijo mayor de Giserico, Hunerico, fue enviado como rehén a la corte imperial. No hay duda, por tanto, de la amplitud del éxito de Giserico. De la condición de «enemigo de nuestro imperio», según la ley de 24 de junio de 440, había pasado a recibir el reconocimiento formal propio de un rey cliente del imperio con el título de *rex socius et amicus* («rey aliado y amigo»). Además, en lo que era un gesto de total ruptura con la tradición, el «rehén» Hunerico contrajo matrimonio con Eudocia, la hija del emperador Valentiniano III. Treinta años antes, como ya hemos visto, el cuñado de Alarico, el rey visigodo Ataulfo, había desposado a la madre de Valentiniano, Placidia, hermana del emperador reinante, Honorio. Se trató no obstante de una unión no permitida. Ahora, por primera vez, se contemplaba la posibilidad de un matrimonio legítimo entre la realeza bárbara y la familia imperial. Es probable que el aporte ininterrumpido de suministros de alimentos a la ciudad de Roma hiciera parecer que valía la pena sufrir esa humillación.[71]

Los fragmentos de los escritos de Merobaudes contienen dos textos redactados tras la conclusión de aquella paz. El panegírico del año 443 comenta lo siguiente:

> El ocupante de Libia [Giserico] se había atrevido a derribar la sede del reino de Dido [Cartago] con el concurso portentoso de unas armas empu-

ñadas por el destino y había poblado las ciudadelas cartaginesas con las hordas del norte. Desde entonces, se había despojado de los atavíos del enemigo y había mostrado ardientes deseos de enlazarse sólidamente a la fe romana mediante acuerdos de carácter más personal, de poder contar a los romanos entre sus parientes, y de unir su descendencia y la de ellos con el vínculo matrimonial. De este modo, mientras el comandante [Aecio] recupera las plácidas satisfacciones de la toga y ordena a la magistratura consular, ahora en paz, que abandone los clarines de guerra, [observamos que] estas mismas guerras han dado paso en todas partes a la admiración provocada por su atuendo triunfal.[72]

Merobaudes sugiere que no se pudo hacer nada para impedir la captura del norte de África, y al mismo tiempo subraya que Aecio había sacado el mejor partido posible de una situación difícil al persuadir con halagos a un suplicante Giserico y lograr que se decidiera a establecer una alianza pacífica con el imperio. Un breve poema sobre un mosaico prolonga la propaganda:

El propio emperador en todo su esplendor ocupa con su esposa el centro de la bóveda [de una imperial sala de banquetes], como si fuesen las centelleantes estrellas de las alturas del cielo. Él es la salvación de la tierra, y es digno de veneración. En presencia de nuestro protector, un nuevo exiliado prorrumpe de pronto en llanto, dolorido por la pérdida de su poder. La victoria ha devuelto el mundo a quien lo había recibido de la naturaleza, y una ilustre corte ha presentado una novia venida de tierras lejanas.[73]

El «exiliado» es Hunerico, cuya presencia en la corte es un signo del sometimiento de su pueblo a Roma, pero cuya dignidad se verá parcialmente restaurada por la grata alianza matrimonial que está a punto de producirse. Tal como había sucedido con Joviano, al entregar éste las provincias y las ciudades a los persas en el año 363, también la pérdida de Cartago ante los vándalos y los alanos en el año 442 fue presentada como una victoria romana, y por las mismas razones. Simplemente, un imperio que gozaba de la protección de los dioses no podía admitir la derrota: pasara lo que pasara era preciso mantener una imagen de control.

Desde luego, nada de lo anterior negaba que las consecuencias del nuevo tratado de paz resultaran desastrosas. En África, Giserico continuó realizando el tipo de reparto que sus seguidores esperaban y que resultaba esencial para su propia supervivencia política. A fin de reunir los

recursos necesarios, confiscó las propiedades de los senadores en el África proconsular, entre ellas las pertenecientes a los descendientes de Símaco, y las distribuyó entre sus seguidores. Esas propiedades recibieron el nombre de *sortes Vandalorum* («asignaciones de los vándalos»).[74] Una influyente línea argumental sostiene que lo que se asignó a los vándalos fue una parte de la recaudación de impuestos devengada por las tierras del estado y no la plena propiedad de parcelas auténticas en fincas concretas. Sin embargo, el hecho de que en el año 484 Víctor de Vita refiera que Hunerico se lanzó a la persecución de los cristianos católicos en dichas «asignaciones» nos proporciona una decisiva prueba en contrario,[75] ya que ello es señal segura de que las asignaciones adoptaron la forma de parcelas de terreno. Tenemos pruebas —de una época mucho más próxima a los primeros años de la década de 440— que avalan que así fue. Hay textos legales que indican que en esos años hubo un importante número de senadores exiliados procedentes del norte de África, y se encuentran ejemplos concretos en otras fuentes. En la correspondencia de cierto obispo sirio hallamos un informe en el que figuran no menos de ocho cartas de recomendación escritas para un terrateniente que había sido expulsado del norte de África, Celestiaco, y el caso de una mujer llamada María que, tras haber pasado algún tiempo en Oriente, se había reunido finalmente con su padre en Occidente.[76] Las tierras confiscadas a esos exiliados proporcionaron los medios con los que financiar el asentamiento de los vándalos.

Es igualmente importante considerar la política de asentamiento desde el punto de vista de los vándalos. Éstos constituían un grupo de inmigrantes que había seguido a sus cabecillas por espacio de treinta años. Habían partido de la Europa central y cruzado la Galia e Hispania para llegar al norte de África. Habían recorrido con dificultad miles de kilómetros, y librado innumerables batallas contra las tropas romanas. Muchas de sus campañas se habían visto coronadas por el éxito, pero estos grupos de vándalos y de alanos habían sufrido también grandes pérdidas —en particular en Hispania entre los años 416 y 418— a manos de las fuerzas conjuntas de visigodos y romanos que capitaneaba Constancio. Y ahora, o al menos después del tratado de paz del año 442, se encontraban con la posesión consolidada de las más ricas provincias del Occidente romano. Apenas puede por tanto sorprendernos que estuvieran deseando obtener una gran recompensa por todo lo que habían soportado y por la lealtad que habían mostrado desde el año 406. Si Gi-

serico no hubiese satisfecho sus expectativas, es probable que su cabeza hubiera ido a reunirse con las de los usurpadores romanos que aún se descomponían en lo alto de sus correspondientes picas en algún lugar de las inmediaciones de Cartago. En esas circunstancias, me parece imposible creer que los vándalos y los alanos hubiesen aceptado contentarse con la cesión de los impuestos en vez de con la plena posesión de las tierras. Pero tampoco creo que tuvieran en mente dedicarse a fondo a las labores agrícolas. Después de todo, los expulsados habían sido los terratenientes romanos, no sus aparceros, así que resulta razonable pensar que fuera ese mismo campesinado el que siguiese explotando las mismas parcelas de terreno. La diferencia estribaba en que la renta se pagaba ahora a los nuevos terratenientes.[77]

Ahora bien, esto es lo que sucedía en el África proconsular. El resto del África septentrional sometido al control de Giserico, esto es, Bizacena y parte de Numidia, no conoció nuevas confiscaciones de tierras. El África proconsular era la mejor ubicación para el asentamiento, por dos razones. En primer lugar, muchos de sus terratenientes, debido a las particularidades de su pasado, eran senadores romanos proclives al absentismo, como los de la familia de Símaco, así que ésta era la provincia en donde el desalojo había de causar menos problemas. En segundo lugar, tenía la ventaja estratégica de hallarse frente a Sicilia e Italia, los puntos donde existían mayores probabilidades de que se originara cualquier futura amenaza militar romana.

Para muchos de los terratenientes de África, está claro que la llegada de los vándalos y el posterior tratado de paz del año 442 fue un desastre económico y personal. El estado hizo lo que pudo para aliviar su situación. El día en que se cumplía el cuarto aniversario de la toma de Cartago por Giserico, es decir, el 19 de octubre de 443, Valentiniano dejó en suspenso la vigencia normal de las leyes económicas en lo que atañía a los romanos de África, «que han sido despojados, pasan necesidades y han tenido que exiliarse de su país». Los prestamistas no podían emprender acciones contra ellos por el impago de cantidades prestadas después de su exilio «en tanto no [hubieran recuperado] sus propiedades», excepto en el caso de que poseyeran «riquezas en otro lugar y pudieran hacerse económicamente responsables». De igual modo, no se les debía presionar en cuestiones económicas relacionadas con la época anterior a su exilio, y nadie podía exigirles intereses sobre los préstamos solicitados. Es muy posible que una gran parte de los préstamos se produjera

inmediatamente después de la llegada de los exiliados a Italia, entre los años 439 y 440, ya que, en esa época, se tenía la confiada esperanza de reconquistar Cartago. Una vez que se estableció el tratado de paz de 442 esas esperanzas se evaporaron y Valentiniano intervino para proteger a los exiliados de las consecuencias de sus pesadas deudas. Unos siete años después, presumiblemente tras producirse un gran número de presiones, el estado se mostró aún más magnánimo. El 13 de julio del año 451, Valentiniano publicó otra ley:

> Yo decreto que ... se tomen disposiciones prudentes en favor de los dignatarios y terratenientes africanos que han quedado despojados por la devastación del enemigo, esto es, que en la medida en que le sea posible, la augusta generosidad imperial pueda compensar lo que la violencia de la fortuna les haya arrebatado.

En Numidia, parte de la cual había estado en manos de los vándalos durante los siete años que separaban los dos tratados de paz, el emperador resolvió que trece mil parcelas de terreno quedaran exoneradas de cargas fiscales durante cinco años, con la esperanza de que esto permitiera volver a hacerlas productivas. También determinó la concesión de subvenciones en efectivo. En las dos provincias mauritanas, la sitifa y la cesariana, quienes habían perdido sus tierras del África proconsular o de Bizacena disfrutaron de prioridad para arrendar tierras públicas, y otros terratenientes, en situación menos apurada, vieron cancelados los arriendos que ya habían establecido.[78] Doce años después de la toma de Cartago por los vándalos, algunos de los terratenientes expoliados del África proconsular pudieron albergar la esperanza de una restitución cuando menos parcial de sus fortunas mediante la adquisición de nuevas tierras en Mauritania: una vez más observamos que el estado romano protegía a sus clases terratenientes.

El daño infligido al propio estado no podía mitigarse tan fácilmente. Después del año 442, gran parte de las rentas del norte de África, cuya contribución a los presupuestos del imperio de Occidente era esencial, se perdieron por completo, y el resto se vio reducido en siete octavas partes. Según las condiciones del tratado, como hemos visto, Bizacena y el África proconsular quedaron fuera del control imperial y a pesar de que continuaron enviándose algunos cargamentos de trigo, la mayor parte de los ingresos también se perdieron. El resto de las provincias del norte de

África permanecieron sujetas al control central o volvieron a someterse a él. El 21 de junio de 445, Valentiniano promulgó un edicto fiscal que incluía a estas últimas provincias, lo que revela que Numidia y la Mauritania sitifa aportaban ahora tan sólo la octava parte de su anterior contribución en concepto de rentas sobre la propiedad de fincas.[79] Además, habitualmente se les exigía el pago de algún otro impuesto en forma de dietas para los soldados, y también en este caso los romanos de África disfrutaron de una reducción. Estas dietas estaban formalmente compuestas por comida y forraje, pero era frecuente que se las sustituyera por un pago en oro, y a los romanos de África se les había concedido una tasa de conversión especial de cuatro *solidi* (monedas de oro) por unidad aportada en vez de los cinco que eran habituales —lo que representaba de hecho una reducción del 20 por 100.

La pérdida de sus mejores provincias norteafricanas, unida a la enorme reducción —en siete octavas partes— de los ingresos que recibía del resto de los territorios de la zona, constituyó un desastre fiscal para el estado romano occidental. A partir de la década de 440, hay una serie de disposiciones que manifiestan los signos inconfundibles de las dificultades económicas que se estaban produciendo. En los años 440 y 441, el estado había realizado ya algunos esfuerzos iniciales para elevar al máximo los ingresos procedentes de las fuentes económicas que aún conservaba. Una ley de 24 de enero de 440 eliminó todas las concesiones imperiales relacionadas con las exenciones o las reducciones de impuestos.[80] Con intención similar, una ley del 4 de junio de ese año trataba de reducir las pérdidas ocasionadas por el hecho de que los funcionarios imperiales —los *palatines*— siguieran la práctica de quedarse con un porcentaje extra cuando recaudaban los impuestos.[81] El 14 de marzo de 441 se apretaron aún más las tuercas: las tierras arrendadas por períodos anuales al fisco imperial, transacción que llevaba aparejados algunos privilegios fiscales, debían operar ahora con los costes normales, y este mismo criterio se aplicó a la totalidad de las tierras de la Iglesia. Además, la ley ponía la vista en todo un abanico de pequeñas cargas fiscales de las que anteriormente se habían visto exentas las tierras de los altos dignatarios: las destinadas a «la construcción y la reparación de las calzadas militares, la fabricación de las armas, la reparación de las murallas, la aportación de la *annona*, y el resto de las obras públicas mediante las cuales logramos el esplendor de la defensa pública». Ahora, por primera vez, nadie quedaba exento, y ésta fue la justificación que se adujo:

> Los emperadores de épocas anteriores ... otorgaron esos privilegios a las personas de ilustre rango movidos por la opulencia de una era de abundancia, con escaso perjuicio para el resto de los terratenientes ... No obstante, ante las dificultades de los tiempos presentes, resulta obvio que esta práctica no es sólo injusta sino también ... imposible.[82]

De este modo, a principios de la década de 440, el estado romano de Occidente, gobernado por y para sus terratenientes, se vio notablemente obligado a reducir la espléndida gama de beneficios fiscales que había venido ofreciendo durante tanto tiempo a sus miembros más apreciados. Conforme fue acentuándose la disminución del sostén fiscal, los grandes de la corte se vieron obligados a reducir los privilegios y las gratificaciones que generalmente se permitían. Nada podría ilustrar mejor el nivel alcanzado por la crisis fiscal.

Los historiadores romanos tienden a considerar que el imperio tardío dedicaba unas dos terceras partes de sus recursos al ejército, y esta cifra no puede andar muy descaminada. Por consiguiente, el ejército había de ser necesariamente el principal afectado por el drástico declive de los ingresos del imperio. No había ninguna otra gran partida de gastos de la que recortar. Y como cabía esperar, las medidas parciales adoptadas en los años 440 y 441 fueron insuficientes para compensar la pérdida global de los ingresos africanos. En el último trimestre del año 444 se promulgó otra ley imperial que admitía lo siguiente:

> No dudamos que viene a la mente de todos que nada es más necesario para la ... afligida condición de un estado como la exigencia de proveer la pujanza de un numeroso ejército. Sin embargo, debido a varias contingencias de gasto, no hemos podido proceder al acomodo de una cuestión ... sobre la que han de asentarse los cimientos de la plena seguridad de todos ... [y además] los suministros que proporcionan, con las mayores dificultades, los exhaustos contribuyentes no parecen ser suficientes para quienes se hallan obligados por un nuevo juramento de servicio militar, ya que ni siquiera lo son para el ejército de los veteranos, de modo que no parece que sea posible suministrar, por recurso a esas fuentes, los abastos de alimento y ropa que se precisan.

El gesto de apelar a la simpatía del contribuyente, al reconocer su condición «exhausta», era una forma de suavizar las cosas: la principal disposición de la ley decretaba un nuevo impuesto de un 4 por 100 sobre

las ventas, carga que debía repartirse a partes iguales entre el comprador y el vendedor. La ley añadía la afirmación, muy directa, de que, habida cuenta de sus presentes ingresos fiscales, el imperio no podía permitirse un ejército de las dimensiones que exigían las circunstancias. No hay razón para dudar de que no fuese efectivamente así.

Es imposible valorar el tamaño del boquete que había abierto en el presupuesto del imperio de Occidente la pérdida del norte de África, pero podemos deducir la reducción que supuso para las fuerzas armadas la simple pérdida de los recursos de Numidia y la Mauritania sitifa. Sobre la base de las cifras que figuran en la ley del año 445 puede calcularse que la cantidad total de impuestos que estas provincias dejaron de aportar, debido a las nuevas exoneraciones, ascendía a 106.200 *solidi* anuales.[83] Un soldado normal de infantería integrado en las unidades de los *comitatenses* tenía un coste aproximado de seis *solidi* al año, y un miembro de la tropa de caballería representaba un desembolso de 10,5 *solidi*.[84] Esto significa que sólo la reducción fiscal aplicada en Numidia y Mauritania imponía menguar el tamaño del ejército en unos dieciocho mil soldados de infantería, o en unos diez mil efectivos de caballería. Esto, por supuesto, no toma en consideración la completa pérdida de ingresos procedentes de las mucho más prósperas provincias del África proconsular y Bizacena, así que el total de los ingresos perdidos en todo el África septentrional debió de haber implicado un descenso en el número de efectivos militares que pudo rondar los cuarenta mil soldados de infantería o superar los veinte mil de caballería. Y estas pérdidas, desde luego, venían a añadirse a las anteriores, producidas después del año 405. Hacia el año 420, como vimos en el capítulo 5, las graves bajas sufridas por los efectivos de tropa de los ejércitos de campaña ya habían sido disimuladas mediante la promoción de las tropas de guarnición y no mediante el reclutamiento de unas verdaderas fuerzas militares de campaña. No disponemos de una versión actualizada de las listas del ejército consignadas en la *Notitia Dignitatum* (las *distributio numerorum*) que cubra los primeros años de la década de 440, pero si la tuviéramos no hay duda de que mostraría la aparición de un nuevo período de deterioro notable a partir del año 420. Por consiguiente, sólo una nueva amenaza generalizada pudo haber empujado a Aecio a cancelar la expedición conjunta de los ejércitos de Oriente y Occidente y a aceptar esas consecuencias desastrosas.

¿De dónde había venido esa amenaza? Merobaudes, en los fragmentos del panegírico del año 443 que han llegado hasta nosotros, prefiere hacer alusiones al asunto antes que mostrarse explícito. Belona, diosa de la guerra, comenta:[85] «Soliviantaré a las naciones situadas en el lejano norte, y el extranjero de la región del Fasis se bañará en el espantoso Tíber. Mezclaré a ambos pueblos, romperé los tratados de los reinos, y la noble corte quedará sumida en la confusión por mis tempestades». Y a continuación ordena a Enio: «Fuerza a las hordas salvajes a emprender la guerra, y deja que el Tanais, al encresparse en sus ignotas regiones, engendre las aljabas escitas».

¿Hordas de escitas que disparan flechas? A mediados del siglo V, esto sólo podía significar una cosa: los hunos. Y los hunos eran, de hecho, el nuevo problema, la razón por la que la expedición norteafricana no había llegado a zarpar de Sicilia. Justo en el momento en que la flota estaba ultimando los preparativos para partir, los hunos habían lanzado un ataque que la había obligado a cruzar el río Danubio y a adentrarse en el territorio balcánico perteneciente al imperio romano de Occidente. El contingente venido de Constantinopla para luchar en Cartago, cuyas fuerzas procedían en su totalidad del frente del Danubio, tuvo que regresar inmediatamente, lo que cercenó de raíz cualquier empeño de aniquilar a Giserico. Y sin embargo, a lo largo de las décadas de 420 y 430, como hemos visto, los hunos habían sido un aliado clave, ya que habían mantenido a Aecio en el poder y le habían permitido aplastar a los burgundios y doblegar a los visigodos. El responsable de este cambio de actitud era otro de los personajes centrales de la historia de la destrucción de Roma. Es hora de que conozcamos a Atila el huno.

7

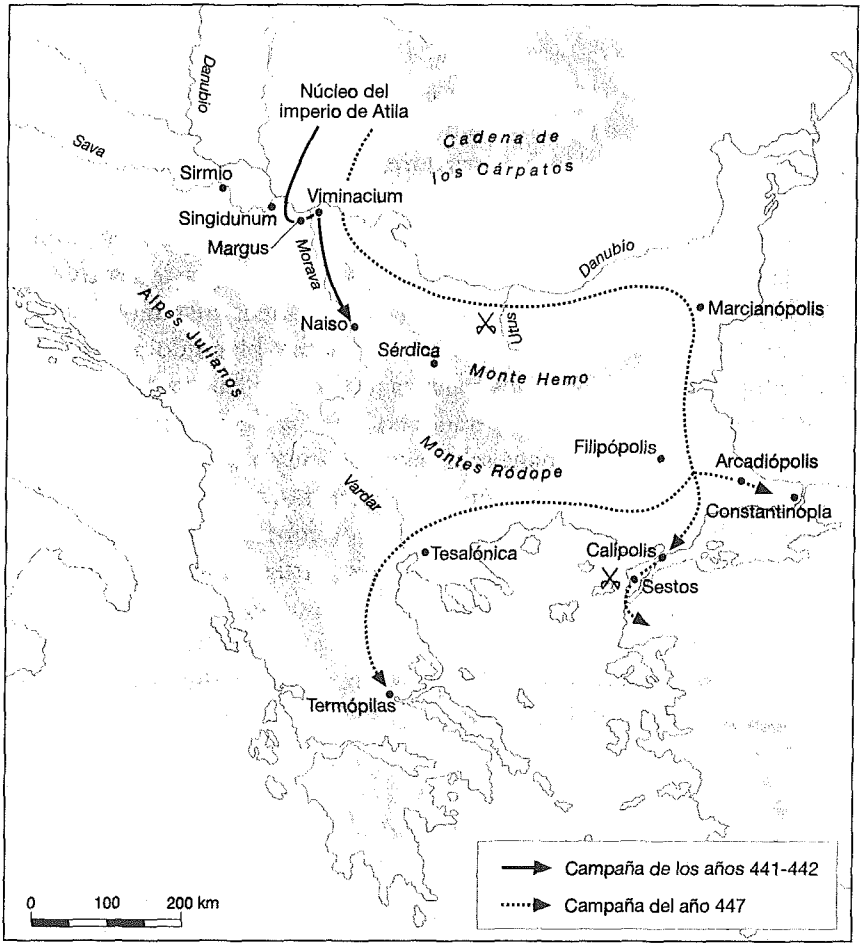
Atila el huno

Durante más de una década, del año 441 al 453, la historia de Europa se vio dominada por una serie de campañas militares de una envergadura sin precedentes —obra de Atila, el «azote de Dios»—. Las opiniones que se han forjado de él los historiadores han oscilado de un extremo del espectro al otro. Después de Gibbon, se tendía a considerarle como un genio militar y diplomático. Edward Thompson, autor que escribe en la década de 1940, trató de contradecir todas las interpretaciones anteriores y le pintó como un chapucero. Para sus coetáneos cristianos, los ejércitos de Atila cobraban la apariencia de un látigo blandido por la mano del Todopoderoso. Sus huestes paganas recorrieron Europa y barrieron a su paso a las fuerzas de los emperadores romanos elegidos por los dioses. La ideología imperial romana sabía explicar muy bien las victorias, pero tenía dificultades para dar razón de las derrotas, especialmente si era a manos de hordas no cristianas. ¿Por qué permitía Dios que los impíos aniquilaran a Su grey? En la década de 440, Atila el huno, al sembrar la devastación desde Constantinopla hasta las puertas de Lutecia, suscitó esta interrogante con una fuerza con la que jamás había sido suscitada. En palabras de uno de sus contemporáneos: «Atila redujo a polvo prácticamente la totalidad de Europa».[1]

La pérdida de África

Atila irrumpe en la historia como jefe único de los hunos junto con su hermano Bleda. Ambos hermanos habían heredado el poder de un tío, Rúas (o Rodas, que aún vivía en noviembre de 435).[2] La primera emba-

jada de que tenemos noticia enviada ante Atila y Bleda por el imperio romano de Oriente tuvo lugar en alguna fecha posterior al 15 de febrero del año 438, y es probable que los dos hermanos no se hicieran con el poder sino a finales de la década de 430, posiblemente en el año 440. Sus primeras medidas trajeron cambios políticos, como es habitual que ocurra con los nuevos regímenes. Los contactos iniciales con Constantinopla condujeron a la decisión de renegociar la relación existente entre ambas partes. Sus representantes se reunieron en las afueras de la ciudad de Margus, junto al Danubio, en la Moesia superior (mapa 11). El historiador del siglo V, Prisco, nos permite el lujo de conocer los siguientes



11. Campañas de Atila en los Balcanes

detalles:[3] «los [hunos] no consideran adecuado conferenciar si no estan a caballo, así que los romanos, celosos de su propia dignidad, optaron por reunirse [con ellos] del mismo modo, para que no hablase una de las partes a lomos de caballo y la otra a pie».

La característica más destacada del nuevo acuerdo fue un incremento del montante del subsidio anual que se pagaba a los hunos, que pasó de 158 kilos de oro a 316. El tratado acordaba también los términos en que habían de entregarse los prisioneros romanos y los lugares y maneras en que debían producirse las relaciones comerciales. Por último, estipulaba que los romanos no aceptarían refugiados procedentes del imperio huno. Sin embargo, a pesar del incremento de los pagos, estos nuevos términos no resultaron satisfactorios para los nuevos cabecillas hunos. Poco después, en un intercambio mercantil, producido probablemente en el invierno del año 440 al 441, los «mercaderes» hunos sacaron súbitamente sus armas, se apoderaron del fuerte romano en el que se estaba desarrollando la transacción y mataron a los guardias así como a algunos de los comerciantes romanos. Según Prisco, al quejarse por el incidente una embajada romana, los hunos replicaron que «el obispo de Margus había cruzado el río, penetrado en sus tierras, rebuscado en sus sepulcros regios y robado los valiosos enseres allí guardados». Sin embargo, este episcopal Indiana Jones fue un mero pretexto. Atila y Bleda aprovecharon la oportunidad para volver a plantear la cuestión de los refugiados y amenazaron con la guerra si no se les devolvían inmediatamente los refugiados hunos que se hallaban en ese momento en manos de los romanos (y los enseres en poder del obispo). Al no ser atendida su petición, los hunos esperaron que llegara la estación propicia para las campañas militares, cruzaron el Danubio en masa y se apoderaron de los fuertes y las ciudades situadas a lo largo de la frontera, entre las que figuraba la gran base militar romana de Viminacium.

Llegadas las cosas a este punto, el obispo de Margus comenzó a sentir pánico y llegó a un acuerdo con los hunos por el que se comprometía a entregar la ciudad si abandonaban las acusaciones que habían hecho recaer sobre él. Atila y su hermano atraparon al vuelo la ocasión de consolidar el control de una nueva plaza fuerte y de explotar las posibilidades que ofrecía su captura. Margus fue la llave que abrió la gran ruta militar romana que cruzaba los Balcanes, y los hunos se apresuraron a asediar el siguiente punto clave de esa vía: la ciudad de Naiso (la actual Niš). En Naiso la calzada se divide: uno de sus ramales se encamina más o menos

directamente hacia el sur, con rumbo a Tesalónica, y el otro corre hacia el sureste y pasa por Sérdica (Sofía) para desembocar en Constantinopla. Era ésta una encrucijada de la que bien valía la pena apoderarse, y, por una vez, tenemos un largo relato del asedio que siguió (por cortesía de Prisco):

> Una vez que ... se hubo arrimado al muro un gran número de máquinas [de guerra hunas para el asedio] ... los defensores de las almenas cedieron a causa de la lluvia de proyectiles y abandonaron sus posiciones. También se llevaron [junto al muro] lo que llaman arietes. Es éste un artefacto de gran tamaño. Consta de una viga suspendida de unas cadenas colgantes sujetas a unos maderos que basculan simultáneamente y va provista de una aguda punta de metal y de mamparas de protección ... para seguridad de quienes lo manejan. Gracias a unas cuerdas cortas fijadas en su parte posterior, los hombres balancean vigorosamente la viga, apartándola del punto de impacto y después la sueltan ... Desde las murallas, los defensores dejaban caer pedruscos del tamaño de un carro ... Consiguieron aplastar algunos [arietes], junto con los hombres que trabajaban en ellos, pero no lograron resistir el empuje del gran número de máquinas de guerra. Entonces el enemigo utilizó escalas de asalto ... Los bárbaros penetraron por la parte del muro circular que había quedado demolido por la arremetida de los arietes y también por las escalas ... y la ciudad fue tomada.

En el pasado, este pasaje suscitó grandes suspicacias. Contiene referencias obvias a la crónica del más célebre de todos los asedios de la Antigüedad: el relato que nos deja Tucídides del sitio de Platea en el año 431 a. C., al comienzo de las guerras del Peloponeso. Por lo general, la existencia de estos paralelismos debía considerarse como un signo de que la totalidad del relato había sido inventado. Sin embargo, se esperaba que los autores antiguos hicieran alarde de su erudición, y el público siempre disfrutaba al detectar las alusiones. No es necesario descartar la totalidad del asedio y considerarlo una fantasía por el simple hecho de que Prisco tomase en préstamo unas cuantas frases de un conocido historiador.[4] En cualquier caso, sabemos que Naiso fue tomada por los hunos en el año 442.

En su primera campaña contra el imperio romano de Occidente, Atila y Bleda habían demostrado poseer la capacidad militar precisa para apoderarse de fortalezas romanas de primer rango en plena posesión de sus medios de defensa. Podían haber tomado Margus por medio

de una estratagema, pero Viminacium y Naiso eran dos plazas grandes y bien fortificadas, y aun así habían logrado penetrar en ellas por la fuerza. En el escenario bélico europeo, esto constituía un enorme desafío para el equilibrio del poderío militar existente entre los mundos romano y no romano. Como hemos visto, el último ataque serio contra los Balcanes había sido el efectuado por los godos entre los años 376 y 382. Posteriormente, aunque habían logrado tomar pequeños puestos fortificados o forzar su evacuación, las grandes ciudades amuralladas habían quedado fuera de su alcance. Por consiguiente, pese a que en ocasiones se vieran en graves aprietos por falta de alimentos, las ciudades de los Balcanes romanos habían logrado sobrevivir, más o menos intactas, a la guerra (véase el capítulo 4). Lo mismo había ocurrido en la Germania occidental. Mientras las guerras civiles desviaron la atención de las fuerzas romanas, los grupos de la frontera del Rin consiguieron invadir ocasionalmente grandes porciones del territorio imperial: podían dar fe de ello los alamanes, tras la guerra civil que enfrentó a Magnencio y a Constancio II a principios de la década de 350. Todo lo que hicieron entonces, sin embargo, fue ocupar las inmediaciones de las ciudades y destruir pequeñas torres de vigilancia. No trataron de tomar los centros fortificados clave, como Colonia, Estrasburgo, Espira, Worms o Mainz, todos los cuales habían sobrevivido más o menos intactos.[5] Ahora, los hunos tenían capacidad para organizar con éxito el asedio de estas plazas fuertes.

Ninguna fuente recoge el origen de esta capacidad. ¿La habían aprendido ya en la estepa o se trataba de un progreso reciente? Contra los godos y otros grupos situados al norte del mar Negro apenas se necesitaba técnica de asedio alguna —los relatos de las luchas libradas por los hunos a partir de la década de 370 se centran en su habilidad en el combate directo, en el que guerreaban como arqueros a caballo—. Ahora bien, si nuestros hunos hubieran formado parte de la antigua confederación hsiung-nu (véanse las páginas 197-198), esas técnicas habrían resultado ciertamente necesarias para montar asedios en la guerra contra el imperio chino. En el período tardío de la época antigua, además, hasta los más oscuros grupos de la estepa se veían en la necesidad de tomar las ricas ciudades fortificadas que jalonaban la ruta de la seda, o al menos se veían empujadas a presionarlas. Por consiguiente, la capacidad de organizar un sitio con posibilidades de éxito también habría resultado importante en este contexto.[6] Por otra parte, no hay duda de que hacia la dé-

cada de 440 los hunos habían guerreado al servicio de Aecio, y antes de ello muy posiblemente también al de Constancio, así que es fácil que la minuciosa observación del ejército romano haya constituido la fuente de su conocimiento —en otras épocas, las técnicas y el arsenal romanos ya habían sido rápidamente adoptados por grupos no romanos—. Ya en el año 439, los refuerzos hunos habían formado parte del contingente del imperio romano de Occidente que había asediado a los godos en la Tolosa gala, lo que les habría permitido contemplar un asedio con sus propios ojos. Después de sopesar las posibilidades, creo que es ligeramente más probable que la toma de Viminacium y Naiso por los hunos fuera consecuencia del despliegue de una destreza recién desarrollada. Además, para tener éxito en una guerra de asedio era igualmente importante la disponibilidad de tropas. Se necesitaban hombres para fabricar y manejar las máquinas, para cavar trincheras y para lanzarse al asalto final. Como veremos más adelante en este capítulo, aun en el caso de que la idea de las máquinas de asedio hubiese emanado de un antiguo conocimiento, lo cierto es que sólo en fecha reciente habían logrado disponer los hunos de una cantidad de soldados de tal magnitud.

Fuera cual fuese su origen, la capacidad de los bárbaros para apoderarse de centros fortificados clave supuso una enorme conmoción estratégica para el imperio romano. Las ciudades fortificadas inexpugnables eran un elemento capital del control que el imperio ejercía sobre sus territorios. No obstante, y pese a ser muy grave la captura de Viminacium y de Naiso, lo más importante en ese momento era que los hunos habían entablado su primera batalla contra Constantinopla exactamente en el instante en que la fuerza expedicionaria conjunta de los imperios de Oriente y Occidente se estaba congregando en Sicilia para tratar de arrancar Cartago de las manos de los vándalos.

Como ya hemos señalado antes, gran parte de los efectivos orientales de esta expedición habían sido reclutados en los ejércitos de campaña de los Balcanes, y, sin duda, los hunos eran bien conscientes de ello. La información fluía con demasiada libertad a través de la frontera romana para que resultase posible ocultar la retirada de un gran número de tropas de sus emplazamientos habituales.[7] Yo sospecho que al aumentar con tanta facilidad el tributo anual al comienzo del reinado de Atila y Bleda, hasta situarlo en 316 kilos de oro, las autoridades de Constantinopla trataban de conseguir un margen de maniobra lo suficientemente grande como para poder poner en marcha la expedición africana. De haber sido

ésa su intención, fracasaron estrepitosamente. En lugar de dejarse comprar, los hunos decidieron explotar aún más la pasajera debilidad de los romanos, y para ello se abalanzaron con sus ejércitos al otro lado del Danubio con la intención de causar estragos. Por consiguiente, las autoridades de Constantinopla no tuvieron más remedio que retirar sus tropas de Sicilia. Y no es fácil reprochárselo después de la pérdida sin precedentes de tres bases militares clave —Viminacium, Margus y Naiso (aunque es probable que esta última aún no hubiese caído cuando se dieron las órdenes)—. El ejército huno se cernía ahora a ambos lados de la gran ruta militar que cruzaba los Balcanes y tenía la mira puesta directamente sobre Constantinopla. Sin haberse acercado siquiera al norte de África, la primera campaña de Atila había obligado a las dos mitades del imperio a abandonar un proyecto de la máxima importancia. Los hunos habían asestado un golpe estratégico al mundo romano cuyas consecuencias iban a tener, punto por punto, el mismo alcance que el descargado por los persas dos siglos antes. Ahora bien, la historia de Atila el huno no termina aquí, claro está. Tenía por delante un vasto proyecto, y en el transcurso de la década siguiente las dos mitades del imperio romano iban a percibir su empuje.

Porfirogenetos

El efecto estratégico inicial ejercido por la creciente agresión huna sobre el imperio de Occidente en la década de 440 queda suficientemente claro, pero otros aspectos del reinado de Atila resultan menos diáfanos. Analfabetos cuando irrumpieron por primera vez en los confines de Europa en la década de 370, los hunos continuaron en ese estado durante otros setenta años más, así que no existen crónicas hunas, ni siquiera del más grande de sus cabecillas. Nuestras fuentes romanas, como siempre, se ocupan mucho más del impacto político y militar que ejercían los grupos extranjeros sobre el imperio que de la crónica de sus hazañas, así que siempre existen puntos de enorme interés —particularmente en lo concerniente a la historia interna de dichos grupos— que reciben muy poca o ninguna atención. Como ya sucediera en el caso de Olimpiodoro en relación con los hechos de las dos primeras décadas del siglo V, nos vemos reducidos a lamentar la pérdida de la historia de un autor romano en particular: un hombre llamado Prisco (al que ya hemos citado en esta

obra), originario de la ciudad de Panio, en la Tracia. Una vez más, sin embargo, podemos considerarnos afortunados, ya que algunos fragmentos esenciales de esta historia han sido conservados en las obras de un emperador bizantino poco citado del siglo X llamado Constantino VII Porfirogenetos.

El apelativo Porfirogenetos, voz griega que significa «nacido en la púrpura», nos ofrece una sólida pista para comprender los apuros de este emperador medieval. Nació en el año 905 y era hijo del emperador León VI el Sabio, que había muerto cuando Constantino contaba sólo 7 años de edad. El siglo X fue un período de expansión imperial, ya que la unidad del mundo islámico, al quedar desbaratada, había dejado en las fronteras del Asia Menor y del Oriente Próximo varias zonas desprotegidas que fueron presa fácil para los ejércitos bizantinos. El éxito militar vino acompañado de la periódica distribución de botines y propiedades, lo que a su vez atrajo a Constantinopla a una clase militar compuesta por oficiales de gran aplomo y ambición que pronto contendieron unos con otros para hacerse con el poder político. No obstante, Constantino contaba de hecho con la útil baza de haber nacido ya purpurado. Esto le convertía en un excelente medio para conferir legitimidad al último general de éxito, ya fuese por medio de una unión matrimonial, ya mediante su elevación al puesto de emperador correinante. Ahora bien, en esto consistía justamente el problema. Sus protegidos alcanzaron tal poder que sólo en los últimos catorce años de su vida, entre 945 y 959, pudo tener Constantino en sus solas manos el control nominal del imperio, y aun entonces se vio reducido a ser poco más que un testaferro.[8] En los largos períodos de insignificancia política salpicados de ocasionales momentos memorables, su reinado presentó semejanzas con el del emperador Honorio, de cuyas fatigas nos hemos ocupado en los capítulos 5 y 6. Ahora bien, si Honorio, por lo que sabemos, apenas hizo nada en su tiempo libre aparte de preocuparse por la siguiente usurpación, Constantino VII se consagró a la cultura con mayúsculas. En particular, le preocupaba que Bizancio hubiera perdido el contacto con su legado clásico.

Concibió un proyecto de maníaco destinado a conservar la cultura clásica y consistente en la reunión de algunos fragmentos de todos los grandes textos de la Antigüedad: «Dado que la inmensidad de esos escritos es tal que sólo pensar en ella causa fatiga y parece por lo general una tarea abrumadora y ardua, pensé que sería una buena idea fragmentarla y ordenarla para lograr que todo cuanto contiene y resulta útil pue-

da ser consultado por un mayor número de gentes», nos dice en el prefacio de uno de los volúmenes de esa magna obra. El emperador planeaba reunir un total de 53 tomos, con títulos tan dispares como los de *Extractos relacionados con las victorias* y *Extractos relacionados con las naciones.* Conocemos los títulos de 23 de esos volúmenes, pero sólo han llegado hasta nosotros cuatro de ellos, unos completos y otros con pérdidas parciales.[9] Sólo estos cuatro tomos representan seis gruesos volúmenes en la mejor edición moderna, y se estima que esto no constituye más que una treintaicincoava parte del proyecto original de Constantino. El único título que ha sobrevivido íntegro a la Edad Media fue un manuscrito suelto del tomo veintisiete, los *Extractos relacionados con las embajadas.* Este manuscrito se hallaba dividido en *Embajadas de los romanos ante los extranjeros* y *Embajadas de los extranjeros ante los romanos.* Y hay que añadir que este volumen ha llegado hasta nosotros por pura casualidad. El manuscrito original fue destruido por un incendio declarado en el año 1671 en el palacio del Escorial de Madrid, aunque no sin haber sido antes copiado, afortunadamente.[10] Las dos mitades del volumen número veintisiete contienen extensos pasajes de la historia de Prisco, lo que nos hace contraer una deuda imperecedera con Constantino. Sin ellas, nuestro conocimiento de Atila sería prácticamente nulo.

Aún hay que señalar otro punto. Los títulos de los volúmenes de Constantino eran fieles, cuando no certeros, y los *Extractos relacionados con las embajadas* tratan exactamente de eso. Puede ocurrir muy bien que se aporte de forma incidental información militar o de otro tipo, pero el objeto principal de los extractos es la diplomacia. En consecuencia, y pese a que estamos muy bien informados de las negociaciones entre Atila y la ciudad de Constantinopla, en las que —como vamos a ver en un instante— el propio Prisco desempeñó un papel clave, disponemos de escasa información sobre las operaciones realizadas por la maquinaria bélica huna y sobre la política interna del mundo que la ponía en marcha. Podemos suponer (y en parte demostrar) que buena parte de esa información se abordaba debidamente en el texto perdido de Prisco. Sin embargo, lo que necesitamos —y no tenemos— son unos *Extractos relacionados con las grandes batallas entre romanos y extranjeros*, texto perdido, si es que Constantino llegó a escribir un volumen sobre el particular. Uno de los tomos perdidos se titulaba *Extractos relacionados con las victorias*, pero, dado que los hunos no dejaban de acumularlas, es probable que este tomo no contuviera demasiadas referencias a Prisco. Por consiguien-

te, y a pesar de que tengamos gran parte de su estupenda crónica de la diplomacia entre los romanos y los hunos, hemos de rebuscar en textos muy inferiores los detalles de las campañas de Atila así como otros aspectos de su reinado.

Cómo cayeron los poderosos

Dado que la logística antigua era como era, el contingente con el que el imperio de Oriente había contribuido a la fuerza expedicionaria que debía marchar sobre el norte de África en 441, pese a haber sido retirado de Sicilia ese mismo año, no pudo regresar a tiempo a los Balcanes para ahorrarle a Constantinopla la humillación de tener que firmar la paz tras la caída de Naiso en 442. No conocemos los términos exactos, ya que los lacayos de Constantino VII no consignaron ningún fragmento relevante de la historia de Prisco, pero sus líneas generales quedan suficientemente claras gracias a las referencias que hallamos en negociaciones posteriores. Como cabía esperar, el subsidio anual volvió a aumentar: una suposición plausible lo situaría en torno a los 632 kilos de oro al año —en 447 ascendió a 948 kilos, lo que situaría en un término medio nuestra estimación de 632 kilos (antes de los ataques de los años 441 y 442 la cantidad se situaba en 316 kilos)—. La cifra ha de ser también lo suficientemente alta como para explicar que en el año 447 se hubieran generado unos atrasos de 2.720 kilos de oro. Por lo demás, los cabecillas hunos seguían dando la tabarra con los fugitivos y los prisioneros romanos, y no hay duda de que estos asuntos también se zanjaron de forma ventajosa para los hunos.[11]

Los métodos de trabajo de Constantino VII implican que el hilo cronológico del relato que hace Prisco de la década de 440 se ha perdido irremisiblemente, así que los fragmentos de historia diplomática que han llegado hasta nosotros han de ordenarse por fechas en función de la información procedente de otras fuentes. En este caso, la reconstrucción nos lleva a conceder cierto grado de credibilidad al cronista bizantino Teófanes, que escribe sus obras en el siglo IX. Si uno acepta en términos generales su construcción narrativa, y si se ordenan correspondientemente los fragmentos de Prisco, llegamos a la conclusión de que, tras los enfrentamientos de los años 441 y 442, Atila lanzó con éxito otros dos ataques más contra las fuerzas que el imperio de Oriente tenía situadas en los Balcanes: uno en el año 443, fecha en la que el ejército romano fue

derrotado en el Quersoneso,* y otro en el año 447, ocasión en la que los hunos amenazaron las murallas de Constantinopla. Sin embargo, la credibilidad de Teófanes ha sido socavada con argumentos convincentes por Otto J. Maenchen-Helfen.[12] Este extraordinario historiador de los hunos vivió muchos de los meses de 1929 con unos nómadas de habla turca en el noroeste de Mongolia, y además dominaba el griego y el latín, el ruso, el persa y el chino. Debemos añadir a esto su capacidad para una detallada observación y una mente lógica. Maenchen-Helfen no fue el primero que se lanzó al asalto de la credibilidad de Teófanes, pero sí fue el encargado de realizar las últimas labores de demolición. Consiguió mostrar que el texto que Teófanes había escrito sobre los hunos de los tiempos de Atila era un cajón de sastre en el que iba colocando todo lo que había sucedido entre los años 449 y 450, pese a trabajar de hecho con materiales que abarcaban la totalidad de la década de 440. Si observamos las pruebas a través de la lente de Maenchen-Helfen, y si comparamos nuestra observación con todo lo que ya sabemos sobre el particular, queda claro que no hubo dos guerras más entre Atila y el imperio de Oriente después del año 442, sino sólo una, en el año 447 (mapa 11).[13]

La vía que nos conduce a esta conclusión se deduce fácilmente. Los romanos del imperio de Oriente habían concedido el tratado de los años 442 y 443, que contemplaba el incremento del subsidio anual de oro, únicamente por hallarse en un momento de debilidad debido a que gran parte de su ejército de los Balcanes se encontraba en Sicilia. Tan pronto como regresaron las fuerzas, su actitud se endureció. En algún momento del año 443, o poco después, las autoridades dejaron de pagar el tributo. De ahí los atrasos de los 2.720 kilos de oro que se habían acumulado para el año 447. Por consiguiente, si los pagos comenzaron en el año 442, tras negociarse la paz, y si el pago era realmente de 632 kilos de oro al año, es probable que los romanos de Oriente hubieran pagado tan sólo una parte de la contribución correspondiente a dos años cuando decretaron su interrupción.[14] Esta medida fue seguida de otras. El 12 de septiembre del año 443 entró en vigor una nueva ley destinada a garantizar la capacidad militar: «Ordenamos que todos los duques [el *dux* era el jefe de las guarniciones de *limitanei*] ... restauren el antiguo número de soldados ... y que se consagren personalmente a su instrucción diaria.

* Se refiere sin duda al Quersoneso de Tracia, o península de los Dardanelos. *(N. de los t.)*

Además, también confiamos a estos duques el cuidado y la reparación de los campos fortificados y de las embarcaciones de patrulla fluviales».[15] Las fuerzas de campaña de Oriente se habían visto asimismo reforzadas con el reclutamiento de un gran número de isauros —tradicionalmente dedicados al bandidaje— procedentes de las montañas de Cilicia, en el sureste del Asia Menor.[16] Todo había quedado ahora dispuesto, y los romanos de Oriente confiaban en poder desbaratar el ascendiente de los hunos.

Es posible que esta creencia se haya visto espoleada también por un importante desorden surgido en los escalones superiores del mando huno. En el año 444 o 445, Atila mandó asesinar a su hermano Bleda, y se hizo con la jefatura indiscutida de su pueblo. No ha llegado hasta nosotros ni una sola palabra del relato de Prisco sobre este asesinato, así que todo lo que tenemos es una fecha, no el cómo ni el porqué. Sin embargo, el asesinato coincidió cronológicamente con las medidas que los romanos de Oriente habían adoptado para deshacer la paz de los años 442-443. No hay duda de que Constantinopla aprovechó la oportunidad para cortar los pagos anuales sin temor a una represalia inmediata, ya que el nuevo gobernante único de los hunos estaba demasiado ocupado con la consolidación de su autoridad como para organizar una campaña a gran escala. Sin embargo, ambos bandos estaban haciendo los preparativos para una prueba de fuerza, y el choque se produjo puntualmente en el año 447.

Atila tomó la iniciativa al enviar una embajada a Constantinopla para quejarse por los retrasos y por el hecho de que no se le hubieran entregado los fugitivos. Los romanos de Oriente replicaron que estaban perfectamente dispuestos a conferenciar, pero nada más. En consecuencia, Atila dio rienda suelta a sus ejércitos, barrió el Danubio y destruyó los fuertes fronterizos a su paso. Era demasiado para la precaria situación de las viejas tropas de guarnición, a las que supuestamente había ofendido en su amor propio la ley del año 443. La primera gran fortaleza con la que topó Atila fue Ratira, una importante base militar cercana al río y situada en la provincia de Dacia. La fortaleza cayó rápidamente. La horda huna avanzó entonces hacia el oeste a lo largo del Danubio hasta alcanzar la parte septentrional del monte Hemo. Allí tuvieron su primera confrontación con el ejército romano. Arneglisco, comandante de las fuerzas imperiales de campaña en los Balcanes orientales (*magister militum per Thraciam*), tras partir de su cuartel general situado en la ciudad de Marcianópolis y avanzar hacia el noreste con todos los hombres disponibles, presentó batalla junto al río Utus. Los romanos, según

nos dicen, lucharon bravamente, pero se vieron superados en número, y el propio Arneglisco cayó, no sin haber continuado luchando después de ver morir bajo él a su caballo. La victoria dejó expeditos los pasos de montaña a los hunos, que ahora se abalanzaban como un enjambre en dirección sur, hacia la llanura tracia. El primer punto al que se dirigía Atila era la capital del imperio de Oriente.

El 27 de enero del año 447, a las dos de la madrugada, un terremoto sacudió Constantinopla. Todo el barrio situado en torno a la Puerta de Oro había quedado en ruinas, y, lo que era peor, una parte de los grandes muros defensivos de la ciudad se había venido abajo. En cualquier caso, Atila estaba a punto de invadir la ciudad, pero es posible que las noticias del terremoto alteraran su plan de ataque. En el tiempo que tardó en llegar al lugar la crisis había pasado. El prefecto pretoriano de Oriente, Constantino, había movilizado a las facciones del circo para vaciar de escombros los fosos y reconstruir las puertas y las torres. A finales de marzo el daño había sido reparado y, según rezaba una de las inscripciones conmemorativas, «ni siquiera Atenea habría podido reconstruir [la ciudad] más rápido ni mejor».[17] Mucho antes de que las fuerzas de Atila pudieran acercarse lo más mínimo a la ciudad, la oportunidad de tomarla había desaparecido, y el avance de los hunos no desembocó en un asedio, sino en la segunda gran confrontación del año. Pese a que el ejército de campaña de Tracia había quedado derrotado y se había dispersado, los romanos de Oriente seguían teniendo su contingente central estacionado en torno a la capital, a ambos lados del Bósforo. Este segundo ejército se hallaba movilizado en el Quersoneso, y allí se desarrolló puntualmente una segunda gran batalla y se verificó la segunda gran derrota de los romanos.

Atila no había logrado penetrar por la fuerza en Constantinopla, pero tras haber alcanzado tanto la costa del mar Negro como los Dardanelos, en Sestos y Calípolis (la actual Gallipoli), respectivamente (mapa 11), tuvo en sus manos el dominio de los Balcanes en todos los demás aspectos, y se dispuso a ejercer su dominio, con funestas consecuencias para las comunidades provinciales romanas. Una de las repercusiones de la victoria fue que las fuerzas hunas se dividieron, ya que sus correrías de pillaje las llevaron hasta el paso de las Termópilas, el célebre lugar en el que Leónidas había defendido a Grecia de los persas casi mil años antes. Los relatos de la devastación que siguió son fáciles de encontrar, y así reza el que queda consignado en la biografía del santo tracio Hipacio, más o menos contemporáneo de los acontecimientos:

> El pueblo bárbaro de los hunos ... se hizo tan fuerte que se apoderó de más de un centenar de ciudades y casi llegó a poner en peligro a Constantinopla, con lo que la mayoría de los hombres huyeron de ella. Hasta los monjes querían escapar a Jerusalén ... Han dejado la Tracia tan devastada que nunca volverá a levantarse y a recuperar el aspecto que tenía antes.[18]

Un centenar es una cifra sospechosamente redonda, pero no hay duda de que fueron capturadas y destruidas muchas plazas fuertes. Teófanes dice que, a excepción de Andrinópolis y de Heraclea, todo cayó en manos de los hunos, y otras fuentes nos proporcionan los nombres de algunas de las víctimas: Ratira, donde comenzó todo, Marcianópolis, Filipópolis (la actual Plovdiv), Arcadiópolis y Constancia. La lista incluye la mayoría de las ciudades romanas más importantes de los Balcanes, aunque muchos de los demás emplazamientos destruidos eran sin duda muy pequeños. Tenemos también algunas pruebas concretas de lo que significaba para una de estas ciudades caer víctima del asalto de los hunos. Como ya se ha mencionado antes, la única ciudad romana importante del norte de los Balcanes que ha sido excavada más o menos en su totalidad es Nicópolis sobre el Yatro, en las estribaciones septentrionales del Monte Hemo. Al igual que Cartago, este emplazamiento fue abandonado en la Edad Media y no se ha construido ninguna ciudad moderna sobre ella, así que ha resultado posible, gracias a una excavación de larga duración, examinar notablemente bien gran parte de la ciudad. Durante la guerra gótica de los años 376 a 382, las suntuosas villas situadas en la campiña que rodeaba Nicópolis fueron todas ellas destruidas y saqueadas, presumiblemente por merodeadores godos. Esas villas nunca fueron reconstruidas, pero a partir de la década de 380 se construyeron en el centro urbano un gran número de mansiones prósperas, con lo que, al cumplirse la primera mitad del siglo V, ocupaban más del 49 por 100 de su superficie. Una deducción razonable nos llevaría a pensar que los terratenientes romanos locales respondieron al aumento de la inseguridad que caracterizó al período posterior al año 376 con la iniciativa de trasladarse a vivir a unas casas situadas en el interior de la ciudad amurallada, sin dejar por ello de explotar sus fincas como propietarios ausentes. Las excavaciones revelaron que esas casas, al igual que el centro de la ciudad, estaban recubiertas de un grueso estrato con las huellas de un acontecimiento destructivo, acontecimiento que el extremo final de una serie más o menos ininterrumpida de mo-

nedas permite fechar con seguridad entre mediados y finales de la década de 440.

Apenas cabe duda alguna, por tanto, de que lo que observamos en la total destrucción de la ciudad antigua son los efectos de su saqueo a manos de los hunos de Atila en el año 447. En una fecha ligeramente posterior se reconstruyó parte de la ciudad, pero la extensión de la nueva urbe era mucho menor y el lugar cambió hasta resultar irreconocible. La totalidad de las opulentas mansiones había desaparecido. En su lugar, los excavadores no encontraron más que un complejo episcopal, algunas construcciones humildes y unos cuantos edificios administrativos. El desarrollo urbano romano de la zona situada al norte del Monte Hemo, un fenómeno que había comenzado 300 años antes, durante la romanización de los Balcanes de los siglos I y II d. C., quedó destruido por los hunos y jamás se recuperó. Evidentemente, no se trató de un amable saqueo de poca monta, como el de Roma del año 410, fecha en que los godos obtuvieron su recompensa y después se marcharon. Lo que observamos en Nicópolis es una destrucción de grandes proporciones.[19]

Es imposible decir si eso fue lo que sucedió en todos los sitios sobre los que se abatieron los hunos. De los lugares que se las arreglaron para sobrevivir, el más célebre es el de la ciudad de Asemus, encaramada en lo alto de un cerro inexpugnable. Armados y organizados, sus ciudadanos no sólo capearon la tormenta desencadenada por Atila, sino que salieron del trance con prisioneros hunos. Su ciudad habría de sobrevivir a nuevas tormentas en los siglos venideros.[20] Pero no hay duda de que las campañas del año 447 constituyeron un desastre sin precedentes para la vida romana en los Balcanes: dos importantes ejércitos de campaña derrotados, una legión de bien defendidas plazas fuertes capturadas y algunas destruidas. Por tanto, difícilmente puede constituir una sorpresa que después de su segunda derrota en el Quersoneso los romanos de Oriente se vieran obligados a solicitar la paz. Un extracto perteneciente a la historia de Prisco nos indica en qué términos:

> [Todos] los fugitivos habrán de ser entregados a los hunos, y deberán pagarse 2.720 kilos de oro para completar los plazos pendientes del tributo. En lo sucesivo, el tributo queda fijado en 948 kilos de oro al año. Por cada prisionero de guerra romano [capturado por los hunos] que haya huido y alcanzado su patria sin haber pagado rescate, deberán pagarse doce *solidi* [75 gramos de oro] ... y ... los romanos no deberán aceptar a ningún bárbaro que haya desertado a su campo.

Prisco prosigue con este comentario irónico:

> Los romanos pretendían que habían alcanzado voluntariamente estos acuerdos, pero debido al miedo abrumador que atenazaba a sus comandantes se vieron obligados a aceptar de grado todos los requerimientos, por duros que fuesen, pues deseaban ansiosamente la paz.

Sin duda se echó a rodar la maquinaria propagandística para explicar el cómo y el porqué de esta última «victoria» romana, pero cuando el recaudador de impuestos llamó a la puerta no le quedó a nadie la menor duda de la verdadera naturaleza del caso. Prisco continúa con la descripción de las dificultades que supuso reunir el efectivo necesario para atender el pago de los atrasos: «todos los miembros del senado contribuyeron con una cantidad de oro estipulada de acuerdo con su rango». Tal como sucediera en el imperio de Occidente tras la pérdida de Cartago, los términos del tratado de paz del año 447 fueron lo suficientemente duros como para forzar la rescisión parcial de los privilegios fiscales. El hecho de que el régimen estuviera dispuesto a tocar el bolsillo de sus principales miembros políticos es un claro signo de la desesperación a la que se habían visto reducidas las autoridades de Constantinopla tras las campañas de Atila.

Por consiguiente, el alcance del éxito de Atila en la década de 440 se aprecia claramente, incluso en las mutiladas fuentes que han llegado hasta nosotros. Lo que hasta la fecha no hemos conseguido comprender mejor, sin embargo, es cómo logró Atila semejante éxito, o por qué transformó de forma tan radical, tras haberse contentado hasta entonces con poco más que un modesto subsidio anual, la dinámica de la relación de los hunos con el imperio. Hemos de comenzar por el propio Atila, el hombre que estaba detrás del reino del terror.

Tras las huellas de Atila

Podemos observar a Atila más de cerca que a la mayoría de los demás cabecillas «bárbaros» de finales del siglo IV y principios del V porque el historiador Prisco, que seguía en esto la senda abierta cuarenta años antes por Olimpiodoro y su loro, escribió un relato completo de la embajada que le llevó, primero a territorio huno, y finalmente, ante el propio

gran guerrero. En el año 449, uno de los amigos de Prisco, un destacado oficial del Estado Mayor llamado Maximino, tuvo la mala suerte de salir designado y convertirse en el último de una larga lista de embajadores romanos obligados a dirigirse penosamente hacia el norte y tratar de aplacar a Atila. Las instrucciones de Maximino consistían en abordar dos cuestiones pendientes: una era la del eterno asunto de los fugitivos hunos; la otra guardaba relación con una faja de tierra situada al sur del Danubio y «cuya anchura se recorría en cinco días de marcha». Tras las victorias obtenidas en el año 447, Atila reclamaba la posesión de esa banda de tierra. Los hunos querían que esa zona fuera evacuada, presumiblemente para convertirla en una especie de franja de seguridad entre las posesiones romanas y hunas —se quejaban de que una parte de la población autóctona seguía realizando labores agrícolas en ella—. La estrategia de los romanos consistía en tratar de implicar a la mano derecha de Atila, Onegesio, en las negociaciones, con la esperanza de que pudiese ejercer la suficiente influencia sobre su jefe como para convencerle de que llegara a un acuerdo. Eran bien conscientes, no obstante, de que esas dos cuestiones podían proporcionar a Atila, si le apetecía, el pretexto para otra guerra.

Hubo que hacer muchos preparativos antes de que la embajada pudiese partir. Ya experimentamos en el capítulo 3, en la persona de Teófanes, las incomodidades que un funcionario romano debía afrontar al hacer un viaje, incluso en el interior del imperio y a pesar del apoyo logístico que le proporcionaba el sistema de transporte público, el *cursus publicus*. Trasladarse fuera del imperio era aún más difícil. Teófanes no sólo había tenido que llevar consigo todos los objetos imaginables propios del ajuar doméstico y una tropa de esclavos para manejarlos, sino también cartas de presentación y regalos para cualquier personaje de peso con el que tuviese probabilidades de toparse. Partir con la misión de realizar una embajada diplomática, en especial una tan delicada, ante un enemigo potencial cuya hostilidad deseaban reducir ansiosamente Maximino y Prisco, exigía un nutrido acopio de presentes valiosos y elegantes. Según mis cuentas, no son menos de cinco las distintas ocasiones en que Prisco consigna haber entregado algún regalo, y es muy posible que hubiera habido otras. Los embajadores hunos en cuya compañía viajaron nuestros héroes recibieron sedas y perlas. La mujer de Bleda, que dio alojamiento a los romanos, recibió varios «regalos» sin concretar, y lo mismo ocurrió con el propio Atila cuando los embajadores fueron final-

mente conducidos a su presencia. Se entregó oro a Onegesio, a fin de propiciar sus buenos oficios, y hubo también más presentes para la mujer de Atila, Hereca. Claramente, el oro, las sedas, las perlas y quizá también la plata y las piedras preciosas, formaban parte del equipaje del embajador medio. Por ello, y a pesar de que Prisco no lo menciona explícitamente, como tampoco indica la presencia de los esclavos que le acompañaban, es probable que una escolta armada haya formado parte de la delegación.

Los embajadores también debían de recibir instrucciones relacionadas con las sutilezas diplomáticas. Algunas potenciales meteduras de pata eran bastante obvias. Si uno viajaba por la misma calzada que Atila, tenía que cerciorarse de estar situado detrás de él, nunca delante. Cuando se acampaba en las cercanías de su persona, debía uno asegurarse de que las tiendas propias no hubiesen sido instaladas en un terreno situado a mayor altura que el ocupado por las suyas. (Estos consejos eran esenciales, dada la circunstancia de que los embajadores se dirigían al campamento de Atila.) En un momento dado, Maximino y Prisco cometieron este último error, y tuvieron que trasladar sus tiendas.[21] Sin embargo, también era importante que un embajador romano conservara su dignidad. No podía vérsele rondando por el cuartel general de Atila para tratar de llamar la atención de los peces gordos hunos. Ésa era la tarea encomendada a Prisco, y la razón de que hubiese formado parte de la comitiva. Los respectivos papeles de Maximino y Prisco quedan adecuadamente fijados en las palabras que el mismo Prisco escribe tras la primera conversación que mantiene con Onegesio sobre su misión: «Tras indicarle que yo debía conferenciar con él acerca de las cuestiones que deseábamos plantearle —y dado que, por su cargo oficial, no era apropiado que Maximino realizase continuas visitas—, [Onegesio] se marchó».[22] Prisco era, en una palabra, el intermediario de Maximino, y estaba allí para prestar dignidad y grandeza a la presencia del embajador romano. Sin embargo, era también un actor significativo en lo que allí tenía lugar, y hubo que darle las correspondientes instrucciones. Todo ello le colocaba en una posición excelente para tomar notas con las que perfilar su nueva obra de gran éxito.

No sabemos cuántos romanos tomaron la calzada. El relato de Prisco se centra únicamente en tres: Maximino, él mismo y su intérprete Vigilas, que había formado parte de la delegación de paz posterior al desastre del año 447.[23] Con ellos viajaban también los dos embajadores

hunos, Edica y Orestes. Este último era un romano de Panonia que había terminado prestando servicios a Atila después de que Aecio entregara la provincia a los hunos. Estos embajadores, junto con su amplio séquito, habían venido antes a Constantinopla, en el año 449, para plantear las cuestiones que ahora incumbía a Maximino responder. A este ritmo operaba en la Antigüedad la doble dirección de los puentes diplomáticos.

Los dos grupos de embajadores partieron de Constantinopla con rumbo noroeste y siguieron la principal calzada militar que recorría los Balcanes. Después de viajar trece días a velocidad de vértigo llegaron a la ciudad de Sérdica, a quinientos kilómetros de la capital del imperio de Oriente. Una vez allí, los romanos decidieron romper el hielo con la celebración de una cena, y a tal efecto compraron algunas ovejas y terneras a los lugareños. Todo iba a las mil maravillas hasta que llegó la hora de los brindis: «Cuando estábamos bebiendo, los bárbaros brindaron a la salud de Atila y nosotros a la de Teodosio [el emperador romano de Oriente]. Sin embargo, Vigilas dijo que no era adecuado comparar a un dios con un hombre, significando con ello que Atila era el hombre y Teodosio el dios. Esto molestó a los hunos, que fueron acalorándose y enfadándose cada vez más».

Una simple y rápida maniobra salvó la situación: «Nos pusimos a conversar de otras cosas y con nuestros modales amistosos calmamos su enfado. Cuando ya nos disponíamos a irnos tras la cena, Maximino se ganó a Edica y a Orestes regalándoles vestidos de seda y perlas».

Todo volvió a ser paz y armonía, pero hubo otro incidente bastante extraño —o esa impresión causó en su momento—. Mientras los hunos se disponían a regresar a sus tiendas, Orestes observó que se sentía muy complacido por el hecho de que Maximino y Prisco no hubiesen dado el mismo paso en falso que las autoridades de Constantinopla, que habían invitado a cenar a Edica pero no le habían invitado a él. Ni Prisco ni Maximino supieron exactamente qué había querido decir, pero el significado de la observación iba a hacerse patente más tarde.[24]

Durante los días siguientes, la caravana serpenteó hacia el noroeste a través de los Balcanes y cruzó el desfiladero de Succo para llegar a Naiso. Una vez allí se apreciaron con claridad las pruebas de que la ciudad había sido tomada por los hunos en los años 441-442. Ambos grupos tuvieron que buscar durante largo tiempo, junto al río y extramuros de la ciudad, antes de encontrar un terreno en el que poder acampar que no se

encontrase aún cubierto por los huesos de los exterminados. Al día siguiente, su número se vio aumentado con la llegada de cinco de los diecisiete fugitivos hunos que habían suscitado tantas quejas de Atila ante Constantinopla. Fueron entregados a Maximino por Aginteo, general en jefe del contingente romano de campaña en el Ilírico. Todo el mundo comprendió que aquellos hombres regresaban a casa para morir, así que debió de ser una situación de gran carga emotiva. Prisco señala que Aginteo les trataba con gran gentileza. En Naiso, la calzada giraba al norte y la comitiva avanzó zigzagueando a través de bosques y yermos hasta alcanzar las riberas del Danubio. Al llegar a ellas no vieron ninguna de las orgullosas embarcaciones patrulleras de la armada romana que había ordenado desplegar en fecha tan reciente la ley de septiembre de 443, únicamente vieron a unos «barqueros bárbaros». Aquellos barqueros condujeron al grupo por el río en canoas, todas ellas confeccionadas a partir de un único tronco de árbol ahuecado. Se encontraban ahora en la última etapa de su viaje. Recorrieron otros setenta estadios (unos catorce kilómetros), añadieron media jornada más de camino, y al fin llegaron al campamento de Atila.

Aquí tuvo lugar un segundo episodio extraño, bastante más perturbador esta vez. Tras haber alcanzado al fin su destino final, y después de haber pasado en ruta la mayor parte del mes, los embajadores estaban listos para cumplir su cometido. Acababan de instalar su campamento cuando se presentó a caballo un grupo de hunos entre los que se encontraban Edica y Orestes, en unión de Escotas, otro de los personajes pertenecientes al círculo íntimo de Atila. Onegesio, potencialmente apto para dar fluidez a los canales diplomáticos, no estaba presente, pues había partido con uno de los hijos de Atila. Esto por sí solo constituía ya un revés, pero las cosas fueron de mal en peor. Los mensajeros exigieron ser informados de lo que deseaban los embajadores, y cuando los romanos replicaron que su mensaje sólo debía ser escuchado por Atila dieron media vuelta para consultar con su cabecilla. Después regresaron y, según refiere Prisco, en esta ocasión los emisarios hunos «nos revelaron todo cuanto nos había llevado hasta allí en embajada, y nos ordenaron que nos marchásemos de allí a toda velocidad si no teníamos nada más que decir».

Los romanos se quedaron sin habla. Para empezar, habían sido recibidos con una hostilidad inesperada. Y encima los hunos sabían todo lo que les había hecho viajar hasta allí. A los embajadores no se les ocurría

nada que decir, aunque Vigilas, el intérprete, reconvino después a Maximino por no haber hecho algo *in situ* para conseguir que continuaran las conversaciones. Eso habría sido mejor que limitarse a regresar a casa, incluso en el caso de que, fuera cual fuese el giro fingido que se hubiera hecho tomar a la misión, se descubriera después el embuste. Todos los meses empleados en los preparativos y en el viaje parecían irse al garete. Entonces, cuando los esclavos colocaban ya la carga sobre los animales y estaban a punto de partir, a pesar de que huiera caído la noche, llegó otro mensajero de Atila. Les traía un buey y algo de pescado, y les dijo que las instrucciones de Atila eran que, debido a lo tarde que era, debían cenar y permanecer allí esa noche. Tomaron por tanto su cena puntualmente y se acostaron de mejor humor, seguros de que Atila debía haber decidido mostrarse más conciliador.

Cuando se despertaron, su optimismo se evaporó. El siguiente mensaje de Atila era inequívoco: a menos que tuviesen algo más que decir, debían marcharse. Descorazonados, volvieron a cargar sus bártulos. Maximino, sobre todo, estaba sumido en la desesperación.

En aquel momento hizo Prisco su primera aportación positiva. Buscó a Escotas, uno de los mensajeros que les habían visitado la noche anterior, y realizó una jugada desesperada para mantener a flote la embajada. Astutamente, ofreció a Escotas una recompensa si conseguía que la embajada romana pudiese ver a Atila, pero presentó su propuesta en forma de desafío: si Escotas era tan importante como pretendía ser, entonces no había duda de que lograría el arreglo. Escotas mordió el anzuelo y los romanos consiguieron su primera audiencia. Sin embargo, tras entregar sus cartas y sus regalos, pronto se vieron frente a otro obstáculo: Atila se negaba a permitir que los debates se desarrollaran de acuerdo con el planteamiento que deseaban los romanos, y se dirigió, furioso, a su intérprete. Vigilas sabía perfectamente bien que no debían enviarse nuevas embajadas romanas mientras no les hubieran sido entregados todos los fugitivos, dijo. Cuando Vigilas replicó que *ya* habían sido entregados, Atila «se enfureció aún más e insultó violentamente [a Vigilas], mientras gritaba que le habría hecho empalar y le habría convertido en pasto de las aves de no haber considerado que el castigo ... por ... su desvergüenza y descaro sería una violación de los derechos de los embajadores».

A continuación, Atila ordenó a Maximino que esperase mientras él contestaba a las cartas del emperador, y dijo a Vigilas que se apresurase

a regresar a su patria para transmitir sus exigencias sobre los fugitivos. Y con eso terminó la audiencia.

Desconcertados, los romanos volvieron a sus tiendas, confusos porque no comprendían qué es lo que había hecho enfadar tanto a Atila. Vigilas se sentía particularmente perdido, porque Atila se había mostrado muy amistoso con él en la embajada anterior. Entonces llegó Edica para hablar a solas con Vigilas, y subrayó, o eso dijo después el intérprete, que Atila declararía ciertamente la guerra si no se le entregaban los fugitivos. Ni Maximino ni Prisco sabían si debían dar crédito o no a este relato de lo sucedido entre los dos hombres, pero antes de que pudiesen instar a sus interlocutores a aclarar las cosas llegaron más mensajeros hunos. Se prohibía a los romanos hacer compras caras o pagar el rescate de cualquier prisionero, anunciaron: mientras no quedasen zanjadas todas las disputas entre ambos bandos sólo podrían comprar comida. ¿Qué más les daba a los romanos? Antes de que tuvieran tiempo de reflexionar, Vigilas ya se había marchado.

Durante la siguiente semana más o menos, los romanos se vieron reducidos a tener que seguir a Atila mientras éste se encaminaba hacia las regiones septentrionales de su reino. El viaje fue todo menos confortable. En un momento dado se vieron atrapados por un aguacero y sólo lograron salir de la situación gracias a la intervención de una de las mujeres de Bleda, que aún gobernaba su propio feudo. Su hospitalidad incluía la compañía de atractivas mujeres con las que pasar la noche, pero tras cerciorarse de haberlas tratado con la mayor cortesía, los romanos las enviaron a casa.

Al final llegaron a su destino: uno de los complejos palaciegos permanentes de Atila. Entonces se reanudaron los contactos diplomáticos, esta vez con un planteamiento más amistoso, y se concedió más tiempo libre a Prisco para que observase al gobernante y su mundo. De sus observaciones, pese a venir reflejadas por el espejo deformante de los prejuicios de la cultura romana, se desprende un sorprendente retrato de Atila, de la corte que éste presidía y de los medios con los que ejercía el poder.

A los ojos de Prisco, el aspecto del asentamiento, consistente en una serie de complejos protegidos por empalizadas, no pasaba de ser el de una «población muy grande». La vivienda de Atila era la mayor y la más elaborada, y se hallaba adornada con torres, cosa que ninguna otra poseía. Los personajes destacados como Onegesio también tenían una mansión

en la zona, y todas ellas estaban rodeadas en todo su perímetro por vallados «hechos con maderos», y Prisco destaca que habían sido construidas teniendo en mente la «elegancia», no la «seguridad»:[25]

> En el interior del vallado había un gran grupo de edificios, algunos de ellos construidos con tablones tallados y unidos con fines ornamentales, y otros confeccionados con maderos a los que se había quitado la corteza y desbastado para alisarlos. Se hallaban encajados en montones circulares hechos con piedras. Estos montones se apoyaban directamente sobre el suelo y se elevaban a bastante altura.

Cuando los embajadores romanos fueron invitados a cenar, Prisco logró finalmente que se le dejara pasar a los aposentos de Atila:

> Todos los asientos estaban dispuestos en torno a los muros del edificio ... En el centro mismo de la habitación se hallaba Atila sentado sobre un sofá. Detrás de él había otro sofá, y más atrás unos escalones conducían hasta el lecho de Atila, que se hallaba velado por finas telas de lino y por colgaduras ornamentales de múltiples colores como los que disponían los griegos y los romanos en las bodas.

La mujer de Atila, Hereca, madre de su hijo mayor, tenía su propia vivienda, que, pese a no haber sido equipada para las recepciones públicas, parece haber contado con un mobiliario similar:

> La ... encontré reclinada sobre un mullido diván. Para caminar sobre el suelo, éste había sido cubierto por alfombras que parecían de lana al tacto. Un grupo de sirvientes se mantenía de pie junto a ella para atenderla, y las muchachas del servicio se sentaban frente a ella mientras hacían bordados de colores en unas finas telas de lino que los bárbaros usaban como adorno y llevaban por encima de la ropa.

El lugar no difería demasiado de un campamento de tiendas nómadas, aunque estaba construido con materiales más duraderos. Prisco da a entender que Atila tenía varios de estos complejos palaciegos diseminados por todo su reino, pero no nos dice cuántos.

El historiador también nos da una idea de la vida pública que animaba los recintos. A su llegada, fue testigo del ceremonial de bienvenida por el regreso de Atila:

En el momento en que Atila entraba [en la ciudad], unas muchachas jóvenes se reunieron con él y le precedieron formando hileras bajo estrechas bandas de lino blanco, sostenidas en alto en ambos lados por las manos de las mujeres. Estas bandas tenían una longitud tal que bajo cada una de ellas caminaban siete o más chicas. Había muchas de esas hileras de mujeres bajo las bandas de tela, y cantaban canciones escitas.

En la cena, observa Prisco, la disposición de los asientos estaba cuidadosamente estudiada. Atila se encontraba sentado en el centro de un conjunto de divanes agrupados en forma de herradura. En esta estructura se consideraba un honor mayor estar sentado a la derecha de Atila que a su izquierda. Entonces todo el mundo comenzó a beber. Un escanciador de vino trajo una copa a Atila, y con ella el rey brindó con la primera persona que tenía a su derecha. La persona permaneció en pie, y bebió un sorbo de la copa o la apuró a su vez, y después se sentó. De igual manera, todos los demás invitados bebieron en honor de la primera persona a la que se había ofrecido el brindis. Atila se abrió paso por el brazo derecho de la herradura de divanes y después por el izquierdo, y brindó por turno con todos los invitados. Nada podría haber ilustrado mejor el vínculo formal supuestamente existente entre todos cuantos se reunían en torno a su mesa, dejando claro al mismo tiempo el orden de su jerarquía de posiciones.[26]

Prisco nos presenta también al propio Atila. La versión original de su relato de la apariencia de los hunos no ha llegado hasta nosotros a través de los fragmentos reunidos por Constantino VII Porfirogenetos, pero nos ha sido transmitido gracias a un intermediario, el historiador del siglo VI Jordanes, a quien ya nos hemos referido antes:[27]

[Atila] era arrogante en el porte y volvía los ojos de un lado a otro para que incluso el poder de su espíritu orgulloso se manifestara en cada movimiento de su cuerpo. Aunque era amante de la guerra, sabía mantener el control sobre sus actos. Era sumamente juicioso, clemente con los que le suplicaban perdón y generoso con los que se aliaban con él. De estatura era bajo, ancho de pecho, de cabeza grande y ojos pequeños; la barba la tenía poco poblada, los cabellos canosos, la nariz aplastada y la tez oscura ...

No está claro si es ésta una traducción directa de lo dicho por Prisco (que escribía en griego, mientras que Jordanes lo hacía en latín) o si se trata de una cita de memoria, pero en cierto sentido surge de ella una

imagen sorprendente del gran conquistador. Era de esperar que Atila no se arredrase ante el conflicto, pero ¿cabía imaginar que se le describiera como un hombre sabio y clemente? Las dos facetas de su carácter afloran en otro lugar de la crónica de Prisco. Por un lado, se nos dice, Atila fomentaba un culto a su personalidad basado en su divina predestinación a la conquista, pero en otros aspectos era modesto. Prisco narra la historia de un pastor que había seguido el rastro de sangre dejado por una vaquilla herida hasta dar con una espada enterrada en la que ésta había tropezado:

> La desentierra y se la lleva de inmediato a Atila. Éste le agradece el regalo y, con la presunción que lo caracterizaba, piensa que ha sido designado señor de todo el universo y que por medio de esta espada [de Marte] le ha sido concedido el poder de decidir el resultado de las guerras.

No dudo de que el hallazgo de la espada, de ser cierto, viniera simplemente a reforzar la ideología de conquista que ya abrigaba Atila. Al mismo tiempo, sus ropas y sus objetos representativos no eran como cabría esperar. Prisco nos informa de una cena en la tienda de Atila:

> Mientras que a los demás bárbaros y a nosotros mismos se nos servía una abundante comida en fuentes de plata, para Atila no había más que carne en una escudilla de madera ... A los hombres que asistían al festín se les proporcionaban copas de oro y plata, pero la suya era de madera. Sus vestidos eran sencillos y no diferían en nada de los que llevaban el resto [de los invitados], excepto por el hecho de estar limpios. Ni la espada que colgaba a su costado ni los cierres de sus bárbaras botas ni la brida de su caballo tenían adornos de oro o piedras preciosas, como los de los demás escitas.

Los hallazgos arqueológicos, como veremos más adelante en este capítulo, han demostrado que Prisco no exageraba la riqueza de los utensilios que utilizaba la élite del imperio huno. Sin embargo, para el conquistador elegido por los dioses, lo sencillo bastaba.

Es discutible lo que todo esto nos dice del «verdadero» Atila. Todo lo que tenemos es una panorámica exterior, como si dijéramos, pero no sabemos nada de sus movimientos internos. Sin embargo, basta con esto para sugerir que nos hallamos ante un hombre inteligente de cierta complejidad que cuidaba notablemente su imagen pública. Totalmente confiado en su propio destino, no necesitaba los atavíos externos del po-

der. El hecho de que rechazara los ricos vestidos y la comida suculenta mostraba que esas preocupaciones mundanas le parecían indignas de alguien destinado a la grandeza. Éste era uno de los secretos del caudillaje de Atila el huno.

La historia de Prisco, completada por una o dos fuentes más, nos permite conocer un par de secretos nuevos. Atila era, como cabía esperar, implacable cuando se enfrentaba a sus enemigos potenciales. Prisco no nos dice cuál fue el destino de los cinco fugitivos hunos que la embajada había recogido en Naiso, pero dos que habían sido entregados antes a Atila, Mama y Atacam, a quienes se califica como «miembros de la casa real», fueron empalados.[28] En el mundo huno, el empalamiento parece haber sido el principal método utilizado para zanjar la mayor parte de los problemas. Más tarde, Prisco habría de ser testigo del empalamiento de un espía capturado y del ahorcamiento de dos esclavos que habían matado a sus amos hunos en el tumulto de la batalla.[29] Y aunque no nos brindan ningún detalle, nuestras fuentes señalan unánimemente que Atila fue de algún modo responsable de la muerte de su hermano Bleda.

Al mismo tiempo, la violencia se moderaba siempre que era posible. Pese a que el propio Bleda había sido eliminado, una de sus esposas conservó su feudo y pudo recibir con gran hospitalidad a Maximino y a Prisco, como se recordará, cuando éstos se vieron atrapados por un terrible aguacero. Podemos considerar que el hecho de que no se eliminase a toda la familia de su hermano inclina favorablemente la balanza del lado huno, si comparamos este trato con el dispensado a las esposas de Estilicón y de Félix tras su desahucio político, como vimos en el capítulo 5. La razón de que las cosas fuesen de ese modo se desprende de las políticas matrimoniales que seguía Atila. Tenía muchas esposas, y sin duda se había unido a algunas de ellas por razones políticas, ya que utilizaba las alianzas matrimoniales para conseguir que le apoyasen los más destacados cabecillas hunos de segundo rango. Es de suponer que Bleda hubiera hecho otro tanto, así que es probable que las esposas de los reyes tuvieran influencias importantes que no era sensato desbaratar, ni siquiera en el caso de que uno de los reyes cayese. Del relato de Prisco se desprende también que Atila ponía buen cuidado en honrar a sus principales valedores. La ceremonia de los brindis con la que comenzaba sus cenas formales no sólo establecía las jerarquías, sino que trataba a cada hombre según su rango. Prisco había sido testigo de una escena revela-

dora al llegar, junto con la embajada, al complejo palaciego. La mujer de Onegesio, el hombre que actuaba como mano derecha de Atila, salió a recibirle «con comida y ... vino (esto es un grandísimo honor entre los escitas), le dio la bienvenida y le rogó que compartiese con ella cuanto le había traído en señal de amistad. Para complacer a la esposa de un íntimo amigo, Atila comió sin desmontar de su caballo...». Sin duda, las buenas relaciones con los valedores clave exigían muchas de aquellas sutilezas de conducta. (Atila también podía comportarse con aparente irracionalidad, pero con frecuencia esto sucedía cuando estaba decidido a provocar, fuese como fuese, una riña.) En términos más prácticos, las buenas relaciones también exigían que se compartiese periódicamente el botín de guerra.[30]

Nada de todo esto nos adentra excesivamente en los pensamientos de Atila, pero sí que nos brinda un vislumbre de la receta que utilizaba para alcanzar el éxito: una absoluta seguridad en sí mismo y el carisma que con frecuencia emana de esa actitud; un comportamiento despiadado cuando las circunstancias lo requerían, aunque también una cierta capacidad para la moderación unida a la astucia; y el respeto a sus subordinados, cuya lealtad resultaba tan vital. El tipo de ascendiente que ejercía Atila sobre los miembros de su círculo íntimo queda bien ilustrado por el desenlace de la embajada de Prisco. Desde cierto punto de vista terminó con una completa decepción. El historiador nos ofrece el maravilloso retablo que ya hemos desvelado y en el que le vemos perseguir a Atila en la llanura danubiana media, un gran número de imágenes del funcionamiento de su imperio, e incluso la pugna para lograr que se le admitiera en la corte huna. La espectacularidad de la satisfacción exige después una confrontación verbal en la que Maximino y Prisco consigan de algún modo ganarse el favor de Atila y regresar a casa convertidos en héroes. Pero la realidad había sido más prosaica. Tras haber conseguido acceder a Atila con todas las dificultades que hemos visto, Maximino y Prisco se limitaron seguidamente a quedarse rondando cerca del huno mientras éste contestaba las cartas del emperador, y su único triunfo fue rescatar a una dama de la aristocracia romana, Sila, por quinientos *solidi*, dama que les fue entregada, como gesto de buena voluntad, en compañía de sus hijos. Después se les mandó recoger sus cosas con la escolta de otro de los personajes del círculo íntimo de Atila, Bericho. La relación de este escolta con ellos comenzó de una forma bastante amigable, pero después, nuevamente de modo inexplicable, se

volvió hostil durante el viaje. Berich reclamó la propiedad de un caballo que les había dado y se negó a cabalgar y a comer con ellos. La embajada no promovió por tanto ni la paz ni la guerra, y cualquier contribución favorable que Maximino y Prisco hubieran podido hacer a las relaciones entre romanos y hunos se vino abajo sordamente.

Sin embargo, la embajada tuvo otro, y más espectacular, punto culminante, pese a que Prisco no se viera envuelto directamente en él. Al atravesar penosamente los Balcanes de regreso a casa, en compañía del malhumorado huno, Maximino y Prisco se cruzaron con Vigilas, su intérprete, que regresaba al norte y llevaba, aparentemente, la respuesta que el emperador había dado a la cuestión de los fugitivos. Sin embargo, tan pronto como llegó Vigilas a la corte de Atila, varios hunos se abalanzaron sobre él y encontraron en su equipaje la enorme suma de 22 kilos de oro. Vigilas empezó a vociferar, insistiendo en que el capital era para pagar el rescate de los prisioneros y para adquirir mejores animales de carga, pero como se recordará, Atila había ordenado que los embajadores romanos no comprasen nada excepto comida en tanto no se ultimara la negociación de un pacto de paz, y con 22 kilos de oro se podía comprar suficiente pan como para alimentar a un pequeño ejército. Cuando el huno amenazó con matar al hijo de Vigilas, que le acompañaba en el viaje, el intérprete confesó. Lo que había sucedido era lo siguiente. En Constantinopla, mientras se hacían los preparativos para la embajada de Maximino y Prisco, la eminencia gris del momento, el eunuco Crisapio, había urdido con el embajador Edica una trama para asesinar a Atila, y el dinero era la recompensa de Edica. La verdadera tarea de Prisco y Maximino, pese a desconocerla, había consistido en proporcionar una tapadera diplomática al amparo de la cual pudiera cumplir su cometido el comando de conjurados.

Y por si esto no fuera suficientemente peligroso, la verdadera situación era aún más retorcida. Durante el primer viaje, tan pronto se viera al norte del Danubio, Edica le había contado todo a Atila. Al escribir de forma retrospectiva, Prisco comprendió que la trama explicaba todos los extraños incidentes que Maximino y él habían percibido en el transcurso de sus viajes. Ésa había sido la razón de que Orestes, el otro embajador huno, no hubiese sido invitado a cenar con Edica aquella vez en Constantinopla —pues ése había sido el momento en que se maquinó por primera vez la trama—. También explicaba cómo habían llegado a enterarse cabalmente los hunos de los objetivos aparentes de la embaja-

da. Edica conocía además su secreto, y había transmitido los detalles a Atila. De ahí también que se hubiera producido la conversación privada entre Vigilas y Edica —conversación que Vigilas había tratado de explicar de un modo que ni siquiera entonces había parecido convincente a Prisco—, la hostilidad de Atila hacia Vigilas, y sobre todo, la extraña orden de que los romanos no pudiesen comprar nada excepto comida. Todo había sido una trampa para cazar a Vigilas, que se quedó sin excusas cuando le fue descubierto el oro. La intriga de Crisapio había sido urdida cuidadosamente, pero estaba condenada al fracaso desde el principio: el ascendiente de Atila sobre Edica, sin duda mezcla de miedo y admiración, era demasiado sólido para que éste actuase contra su señor.

Dado el grado de complejidad de la treta, el relato de Prisco resulta sorprendentemente exacto. Atila pudo haberlos empalado a todos en cualquier momento, ya que los romanos habían roto por propia iniciativa todas las reglas que normalmente protegían a los diplomáticos en sus viajes. Fue una suerte para ellos que Atila fuese tan calculador. En vez de ahorcar a todo el mundo inmediatamente, consideró la conjura como una nueva oportunidad para reforzar su dominio psicológico sobre los romanos de Oriente. Se permitió a Vigilas comprar el rescate de su hijo mediante el pago de otros 22 kilos de oro, y dos embajadores hunos, Orestes una vez más, y Eslas, fueron enviados a Constantinopla:

> [Atila] ordenó a Orestes que se presentase ante el emperador [Teodosio II] y que llevase alrededor del cuello la bolsa en la que Vigilas había colocado el oro que debía entregarse a Edica. Debía mostrar la bolsa al emperador y al eunuco [Crisapio] y preguntarles si la reconocían. Eslas tenía que decir sin ambages que Teodosio era hijo de un padre de noble cuna, y que también Atila era de noble ascendencia ... Ahora bien, mientras Atila había conservado su noble linaje, Teodosio se había desligado del suyo y se había convertido en un esclavo de Atila, obligado al pago de un tributo. Por consiguiente, al atacarle furtivamente, como un despreciable esclavo, había actuado de forma injusta con su superior, a quien la fortuna había transformado en su amo.[31]

Menudo momento debió de ser aquél. Allí estaba la corte imperial en pleno, ceñida por sus espléndidos vestidos y con su orden de precedencia minuciosamente detallado, en presencia de la representación viviente del favor divino que elevaba al imperio romano por encima de todas las cosas, cuando de pronto irrumpían los dos embajadores bárbaros

y escenificaban aquella pantomima. La descripción que hace Prisco de la reacción romana no ha llegado hasta nosotros, pero nada ilustra mejor la confianza con la que Atila afirmaba el pie en su particular rincón del mundo que esta humillación ceremonial del gobernante del imperio romano de Oriente.

Un imperio de muchos colores

El reino del terror que ejercía Atila en Europa tenía no obstante otras muchas causas además de este carisma personal y esas punzantes demostraciones de dominio. Tales *tours de force* no sólo eran causa, sino igualmente efecto, de las dos transformaciones que, en sólo una generación, habían hecho que los hunos dejaran de ser unos útiles aliados de Constancio y Aecio y pasaran a convertirse en conquistadores del mundo. El relato de Prisco nos orienta implícitamente en dirección de las causas de estos cambios, sin los cuales la espiral de conquistas de Atila no habría podido producirse.

Como hemos visto, Prisco no era el primer historiador y diplomático del imperio romano de Oriente que había visitado a los hunos. En los años 411 y 412, Olimpiodoro se había hecho a la mar con su loro, había desafiado terribles tempestades ya lejos de las costas de Constantinopla, y había rodeado después Atenas para remontar el Adriático hasta Aquileya, en la costa septentrional de este mar. Por desgracia, sólo ha llegado hasta nosotros un breve resumen de su embajada, pero lo cierto es que contiene un fragmento de información crucial:

> Olimpiodoro diserta sobre Donato y los hunos, y sobre el talento natural de sus reyes para la arquería. El historiador describe la embajada con la que viajó hasta ellos y hasta Donato y ... refiere que se engañó a Donato mediante un juramento, que luego fue vilmente muerto, y que Charatón, el rey más importante, se encolerizó por el asesinato, aunque después se calmara y se apaciguara al recibir regios presentes.[32]

El párrafo no carece de misterio. Destaca entre ellos el concerniente a las identidades de Donato —las opiniones difieren y unas le consideran huno y otras no— y sus asesinos. Hay quien ha supuesto que la llegada de la embajada de Olimpiodoro no *coincidió* simplemente con

la muerte de Donato, sino que había sido un ejemplo anterior y más exitoso de un tipo de conjura muy similar a aquel en el que se vio enredado Prisco.[33] Sin embargo, el punto clave radica en que entre los años 411 y 412 los hunos estuvieron gobernados por una serie de reyes (no se especifica cuántos), y que esos reyes actuaban de acuerdo con un sistema de jerarquías en el que Charatón ocupaba claramente el lugar principal. De hecho, todo esto recuerda mucho al sistema jerárquico de otro grupo nómada, el de los acaziros, cuyo destino llamó la atención de Prisco durante la embajada en la que intervino. Cuando los romanos llegaron al campamento de los hunos, Onegesio había partido, junto con el hijo mayor de Atila, para someter a este grupo. La oportunidad de lograrlo se presentó de un modo interesante, según la descripción de Prisco:

> Los [acaziros] tenían muchos caudillos, como corresponde a sus muchas tribus y clanes, y el emperador Teodosio les envió presentes a fin de que se decidieran unánimemente a renunciar a su alianza con Atila y a llegar a un acuerdo de paz con los romanos. El enviado que llevaba los regalos no atendió a su jerarquía al entregarlos a los distintos reyes, y en consecuencia, Kouridaco, el jefe de mayor rango, fue el segundo en recibir su obsequio, por lo que, al verse ignorado y privado de los honores que le eran debidos, pidió a Atila que le ayudara a luchar contra los demás reyes.

Aparte de ofrecernos el placer de imaginar el informe que pudo haber redactado el embajador romano que se las había arreglado para provocar tal embrollo en el desempeño de su misión,[34] el párrafo nos da una idea del tipo de sistema político que regía entre los hunos a principios de la década de 410.[35]

El contraste con la época de Atila, aproximadamente una generación más tarde, no podría ser más acusado. Prisco pasó mucho tiempo en la corte huna y dedicó muchas palabras a describir su estructura y sus modos de funcionamiento. Como hemos visto, había un núcleo central de hombres destacados —Onegesio, en primer lugar, y después otros como Edica, Escotas y Bericho— a los que Atila trataba con gran respeto. Pero ninguno de ellos disfrutaba de género alguno de dignidad real. En toda la información referente a esta cuestión no existe la más mínima indicación de que los hunos tuvieran más de un gobernante: el propio Atila. La multiplicidad de reyes que compartían el poder en el año 411 había dado paso al dominio de un monarca en el sentido literal de la pa-

labra. No ha llegado hasta nosotros ningún relato del proceso que culminó con el paso del poder supremo a las manos de un sólo hombre. Como era de esperar, sin embargo, todas las indicaciones sugieren que no se trató de una evolución pacífica. El acto final del drama fue el asesinato de Bleda por su hermano Atila. En todo caso, al llegar esta etapa, el poder se había circunscrito ya únicamente a dos miembros de una misma familia —lo que sugiere que Rúas (o Rodas), el tío al que sucedieron los hermanos, debió de haber desempeñado un papel clave en la reducción del número de linajes regios hunos.

La cruda violencia del asesinato de Bleda es probablemente una buena indicación del modo en que fueron eliminados el resto de los reyes sobrantes. Las primeras negociaciones entre Constantinopla por un lado y Atila y Bleda por otro, antes de que estos últimos atacasen Viminacium en el año 411, tuvieron como resultado el regreso, como hemos visto, de dos miembros huidos de la familia real, Mama y Atacam, que fueron empalados sin dilación. Podían haber sido primos de Atila y Bleda, ya que Rúas tuvo al menos dos hermanos, pero también podrían ser descendientes de linajes reales anteriormente suprimidos por Rúas. Toda la cuestión de los fugitivos, que tanto complicó la diplomacia entre hunos y romanos en la década de 440, estaba claramente relacionada con reyes y ex reyes hunos de uno u otro tipo. Maximino y Prisco se vieron obligados a escuchar la lectura en voz alta de los nombres de diecisiete fugitivos —lo que, al constituir un número muy bajo, indica claramente que nos encontramos ante un grupo de individuos que planteaban un tipo de amenaza del más alto nivel—. También es posible que algunos de los reyes menores hayan preferido aceptar el destronamiento antes que la desaparición. (Cuando sucedió algo similar entre los godos en los diez años que siguieron a la muerte de Atila, y a pesar de que la mayoría de los reyes de segundo rango murieron batallando o huyeron de la escena, hubo uno al menos que se mostró dispuesto a quedar reducido a la condición de encumbrado aristócrata.[36])

La centralización política —la primera de las dos transformaciones que aquí nos ocupan—, recortada sobre el telón de fondo de lo que sabemos sobre la antropología de los nómadas, debió de haberse visto acompañada también por una más vasta transformación de la vida entre los hunos. Para los grupos nómadas era perfectamente natural dotarse de estructuras políticas descentralizadas, ya que no era posible concentrar sus rebaños en grandes grupos, por temor a agotar los pastos. En el

mundo nómada, el principal propósito de toda gran estructura política consiste simplemente en organizar un foro temporal en el que poder negociar los derechos de pasto, y en reunir en caso necesario las fuerzas precisas para defender esos derechos frente a grupos extraños. Siendo así las cosas, la centralización permanente del poder político entre los hunos conllevaría la fuerte implicación de que ya no era tanta la dependencia económica que les ligaba al producto de sus rebaños. Prisco nos brinda un cierto número de pistas que guardan relación con la naturaleza de estos ajustes económicos. Como vimos en el capítulo 4, los nómadas tenían la constante necesidad de establecer relaciones económicas con los productores agrícolas sedentarios. Éste era claramente el caso de los hunos, y en la década de 440 aún seguían produciéndose intercambios comerciales.[37] Sin embargo, en tiempos de Atila, la principal forma de trueque entre los nómadas hunos y los labriegos romanos no era la entrega de grano a cambio de productos animales, sino la retribución de dinero en efectivo como contraprestación por la ayuda recibida, ya fuese militar o de otro género. Esta forma de intercambio había tenido sus orígenes en las generaciones anteriores, en la época en que los hunos habían realizado servicios mercenarios para el estado romano. Que sepamos, Uldino y sus seguidores fueron los primeros en desempeñar este papel, a principios de la década de 400, es posible que otras fuerzas hunas de mayores dimensiones hayan ayudado a Constancio en la década de 410, y sabemos a ciencia cierta que respaldaron a Aecio en las décadas de 420 y 430.

Poco después, la prestación de un servicio militar a cambio de una paga pasó a convertirse en la exigencia de dinero por medio de amenazas. Es imposible decir en qué momento preciso se traspasó esa línea, pero no hay duda de que el tío de Atila, Rúas, lanzó un gran ataque contra el imperio romano de Oriente movido por el deseo de obtener dinero en efectivo, pese a que no dejara por ello de procurar servicios mercenarios al imperio romano de Occidente. Al comenzar el reinado de Atila, la ayuda exterior obtenida mediante el ataque de objetivos militares se había convertido en tributo, y de las crónicas de la diplomacia entre romanos y hunos que nos ha dejado Prisco se deduce claramente que el objetivo principal que esperaban obtener los hunos de estos intercambios, así como de sus periódicas incursiones al otro lado de la frontera, era dinero en efectivo y más dinero en efectivo. Como ya hemos visto antes, el primer tratado establecido entre Atila y Bleda y los romanos de

Oriente fijó la cuantía de este tributo anual en 316 kilos de oro —y a partir de ahí, las exigencias sólo podían continuar su escalada—. La guerra de los hunos contra los romanos trajo igualmente consigo otras operaciones económicas unilaterales: botines, esclavos y rescates, como el que negociaron Prisco y Maximino.[38]

Al llegar la década de 440, por tanto, la depredación militar del imperio romano se había convertido para el mundo huno en la fuente de un caudal de fondos en permanente expansión. Para derribar un sistema de reyes jerarquizados pero aproximadamente iguales, el rey que deseara obtener la supremacía debía convencer a los seguidores de los demás reyes de que les interesaba transferirle su lealtad. Concentrar todos los movimientos económicos en el caudal de fondos procedente del imperio era el medio ideal de poner en manos de un sólo hombre el suficiente poder de mecenazgo, y también la mejor forma de lograr que las viejas estructuras políticas se volviesen superfluas. Sólo la posesión del control del flujo de los nuevos fondos podía permitir que un rey superara a los demás en la lucha por la obtención de apoyos. Podemos suponer que ya entre mediados y finales del siglo IV los hunos habían venido realizando incursiones e intimidando no sólo a otros nómadas sino también a los agricultores germanos situados al norte del mar Negro, pero la verdadera centralización sólo fue posible cuando el grueso de los hunos pasó a operar en las inmediaciones del mundo romano. El hecho de realizar incursiones contra los godos y de intimidarlos pudo haber reportado algunos esclavos, un poco de plata y unos cuantos productos agrícolas, pero nada más —no lo suficiente para sostener una revolución política a gran escala—. Ahora bien, hacer eso mismo con el imperio romano significaba ver como empezaba a afluir el oro, primero en cientos de kilos anuales, y después en miles —lo suficiente para transformar tanto el sistema económico como el sistema político.

Pese a que el argumento no pueda probarse, podemos comprender esas transformaciones más como una adaptación que apartaba a los hunos del nomadismo que como una total ruptura con el pasado. Como ya se ha mencionado antes, en circunstancias normales los nómadas criaban diversos tipos de animales para lograr el aprovechamiento completo de las distintas cualidades de los pastos disponibles. El caballo aparece en principio como un animal caro, casi de lujo, que se utilizaba para las correrías, la guerra, el transporte y el comercio: su carne y su leche no proporcionaban más que un beneficio muy ineficaz, ya que su obtención

requería una calidad y una cantidad de pasto que superaban al rendimiento, medido en términos de proteínas utilizables. En consecuencia, los nómadas tenían por lo general un número relativamente bajo de caballos. No obstante, si la guerra pasa a convertirse en una opción atractiva desde el punto de vista económico, como sucedió cuando los hunos penetraron en el radio de influencia del imperio romano, entonces es muy posible que los nómadas comiencen a criar con fines bélicos a un número creciente de caballos —y que evolucionen de este modo hasta transformarse en un singular tipo de grupo nómada dedicado a la depredación militar—. Esto jamás habría funcionado como estrategia de subsistencia en la estepa, donde los beneficios potenciales de la guerra eran mucho menores.

Es imposible probar que esto fue lo que ocurrió, pero un factor relevante es el tamaño del territorio huno en el siglo V, circunscrito a la llanura húngara: pese a proporcionar pastos de buena calidad, era mucho menor que las planicies de la gran estepa euroasiática que los hunos habían dejado atrás. Sus cuarenta y dos mil kilómetros cuadrados representan menos del 4 por 100 del pasto disponible sólo, por ejemplo, en la república de Mongolia. Y dado que los pastos eran ahora tan limitados, algunos historiadores se han preguntado si los hunos comenzaron a evolucionar o no en la dirección de una existencia plenamente sedentaria en el siglo V. Éste es un planteamiento posible, pero no necesario. Teóricamente, la llanura húngara proporciona pastos para trescientos veinte mil caballos, pero esta cifra ha de reducirse para dar cabida a otros animales, a los bosques, etcétera. Por consiguiente, sería razonable suponer que podría alimentar, tal vez, a unos ciento cincuenta mil. Dado que cada guerrero nómada necesitaba una reata de diez caballos para poder rotar su uso y no fatigarlos en exceso, la llanura húngara podría haber proporcionado por tanto espacio suficiente para dar sustento a los caballos de un máximo de quince mil guerreros. Considero dudoso que el total de hunos haya sido en algún momento superior a esta cifra, así que no hay de hecho ninguna indicación firme, ni siquiera durante el reinado de Atila, que sugiera que los hunos no hayan conservado en parte su carácter nómada.[39] Sea como fuere, la verdadera cuestión es que, tan pronto como se encontraron a corta distancia del imperio romano, los hunos se percataron de la existencia de una nueva y mejor forma de vivir basada en el ejercicio de la depredación militar sobre la economía relativamente rica del mundo mediterráneo.

Las pruebas que aporta Prisco también acreditan de forma implícita el otro cambio fundamental que hizo posible el imperio de Atila. En su corte, Maximino y Prisco se relacionaban principalmente, antes que con el propio Atila, con un núcleo interno de personajes de segundo orden. La identificación del grupo lingüístico al que pertenecen los nombres personales antiguos está sembrada de peligros, pero los nombres de estos hombres son extremadamente interesantes. No hay duda de que Onegesio y Edica tenían nombres germánicos o germanizados, mientras que, en el caso de Bericho y Escotas, esto es sólo una *probabilidad*. Y tanto Atila («padrecito») como Bleda son igualmente germánicos. Esto no significa que estos individuos fuesen necesariamente de origen germánico (aunque es posible que lo fueran) en vez de huno, porque sabemos que, hacia mediados del siglo V, el «godo» —probablemente un término colectivo utilizado para designar un cierto número de dialectos germánicos que se hablaban por toda la Europa central y del este y que resultaban inteligibles entre sí— era uno de los principales idiomas del imperio huno, el idioma que se hablaba en la corte de Atila. Por consiguiente, parece que algunos de los personajes importantes del imperio huno tuvieron, además de sus nombres hunos iniciales (y aún continúan las discusiones sobre el tipo de idioma que hablaban originariamente los hunos), nombres germánicos o germanizados.[40] ¿Por qué llegaron los idiomas germánicos a desempeñar un papel destacado en el imperio huno?

La explicación reside en la evolución general del imperio de Atila. Ya en la década de 370, cuando perseguían a los godos más allá del mar Negro, los hunos obligaban a combatir junto a ellos a otros grupos a los que ya habían sometido. Cuando atacaron a los greutungos por primera vez, con lo que se inició la avalancha que terminó en la batalla de Andrinópolis (véase la página 221), actuaron aliados con nómadas alanos de habla irania. Y siempre que volvemos a topar con ellos en fechas posteriores descubrimos que las fuerzas hunas luchaban siempre en compañía de aliados no hunos. Sabemos que los romanos de Oriente, una vez que hubieron dispersado a los seguidores de Uldino, y a pesar de que éste, como vimos en el capítulo 5, no fuera un conquistador de la talla de Atila, se vieron ante un grueso de fuerzas al que tuvieron que procurar un nuevo asentamiento y que resultó estar compuesto por esciros de habla germánica.[41] De modo similar, a principios de la década de 420, las fuerzas del imperio de Oriente que intervinieron para contener el pode-

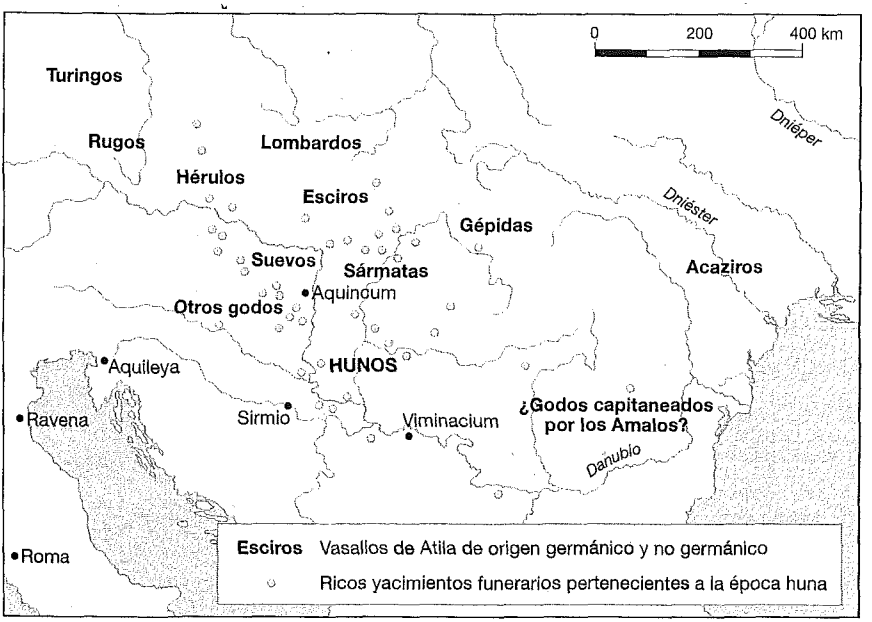
río huno al oeste de la cadena de los Cárpatos se encontraron ante un gran número de godos germánicos.[42]

Durante los años que precedieron al ascenso de Atila, el proceso de incorporación continuó produciéndose con rapidez. Al llegar la década de 440, un número sin precedentes de grupos germánicos se encontró en el interior del círculo definido por el formidable poder de Atila el huno. Por ejemplo, su imperio contenía al menos tres grupos de godos distintos. Uno de los grupos, dominado por la familia Amal y sus rivales, habría de convertirse más tarde en un grupo fundamental para la creación de un segundo gran grupo godo: el de los ostrogodos. Otro grupo godo se hallaba encabezado, a mediados de la década de 460, por un hombre llamado Bigelis, mientras que un tercer grupo siguió sometido al férreo control de los hijos de Atila hasta finales de la década de 460. Además, para esta época, los grupos de habla germánica de los gépidas, los rugos, los suevos (a los que habíamos dejado en el año 406), los esciros y los hérulos se encontraban todos ellos sujetos al control directo de los hunos, y es posible que se ejerciera igualmente un dominio más relajado sobre los lombardos y los turingos, así como sobre al menos algunos de los subgrupos de los alamanes y los francos.[43] No podemos cuantificar el número de integrantes de este vasto conjunto de pueblos de habla germánica, pero sólo los godos conducidos por los Amalos debían de sumar ya más de diez mil hombres en armas, por lo que tal vez estuvieran integrados por una población total de unas quince mil personas. Y no hay razón para suponer que los demás grupos fueran mucho menores, si es que lo eran. Por consiguiente, debieron de ser muchas las decenas de miles, y probablemente los cientos de miles, de individuos de habla germánica que quedaron atrapados en el imperio huno en época de Atila. De hecho, es probable que al llegar la década de 440 hubiera muchos más individuos de habla germánica que hunos, lo cual explica por qué el «godo» se había convertido en la *lingua franca* del imperio. Sin embargo, estos germanos no agotan la lista de los vasallos de Atila de origen no huno. Los grupos de alanos y de sármatas de habla irania, como ya hemos visto antes, llevaban tiempo aliados con los hunos, y Atila seguía aprovechando las oportunidades de hacerse con nuevos aliados.

Tal como deja claro este catálogo, el imperio huno se fundaba en la incorporación de gentes, no de territorios: de ahí la falta de interés prácticamente total que mostraba Atila por anexionarse porciones importantes del imperio romano. Como vimos en el capítulo 6, se hizo con

dos provincias del imperio de Occidente situadas en la zona media del Danubio como premio por su alianza con Aecio, pero por lo demás sólo mostraba interés en establecer un cordón sanitario entre sus tierras y las del este. Pese a que en las crónicas haya muchas referencias breves que denominan «hunos» o (si son arcaizantes) «escitas» a las fuerzas militares de Atila, lo que aflora con claridad en todas las fuentes que entran en más detalles es que sus ejércitos, al igual que los de sus predecesores, todos ellos menos poderosos, tenían siempre un carácter compuesto y se hallaban integrados tanto por hunos como por contingentes procedentes del gran número de pueblos distintos que Atila había incorporado a su imperio.[44]

Las pruebas arqueológicas confirman este extremo (mapa 12). Desde el año 1945, se ha desenterrado una gran cantidad de materiales en las excavaciones de los cementerios situados en la gran llanura húngara y en sus inmediaciones, cementerios que se remontan al período de la dominación huna en esa zona. (Se han descubierto algunas acumulaciones de tesoros, pero no se ha encontrado ninguna en los campamentos de Atila, ya que de ellos no quedan más que los agujeros de los postes.) Entre estos materiales, ha resultado extremadamente difícil encontrar



12. El imperio de Atila

objetos «propiamente» hunos. En total —y esto incluye tanto la estepa que circunda el Volga al norte del mar Negro como la llanura húngara—, los arqueólogos consideran que no es probable que sean hunos más de doscientos de los enterramientos identificados. Estos enterramientos se distinguen por los arcos, por unas modalidades de vestimenta que no corresponden a los estándares europeos,[45] por la deformación de los cráneos (algunos hunos vendaban las cabezas de los recién nacidos, lo que provocaba un alargamiento característico del cráneo), y por la presencia de los llamados calderos hunos. Por tanto, o los hunos disponían por lo general a sus muertos en formas que no dejaban huellas, o se requiere alguna otra explicación para dar cuenta de la escasez de materiales hunos.[46] Sin embargo, lo que esos cementerios del siglo V han revelado contener en grandes cantidades, son los restos —o lo que *parecen* ser los restos— de los vasallos germanos de los hunos (por desgracia, no es posible distinguir entre sí a los distintos grupos germánicos basándonos únicamente en la autoridad de los hallazgos arqueológicos).[47] Estos restos tienen antecedentes muy emparentados que se remontan al siglo IV y que pertenecen a otras zonas de dominación germánica situadas al este y al norte de la cadena de los Cárpatos. Los que aquí nos interesan —los hallazgos del siglo V— señalan el surgimiento de un tipo de enterramiento cuyo estilo se ha bautizado con el nombre de «danubiano».[48]

El estilo danubiano se caracteriza más por la inhumación que por la cremación,[49] y por la gran cantidad de objetos que aparecen depositados en un número relativamente pequeño de enterramientos bien provistos. (Muchos otros individuos fueron enterrados con muy poco o ningún moblaje funerario.) Entre estos objetos característicos figuran artículos para el adorno personal: en particular grandes broches semicirculares, placas de hebilla, pendientes con colgantes poliédricos, y collares de oro. También ha sido muy común hallar armas y pertrechos militares: sillas de montar con incrustaciones metálicas, largas espadas rectas, adecuadas para que las utilizara la caballería, y flechas. Los restos muestran también algunas raras peculiaridades rituales: se hizo muy habitual, por ejemplo, enterrar espejos metálicos rotos con el muerto. El tipo de objetos hallados en las tumbas, las formas en que la gente era enterrada y, tal vez por encima de todo, el modo en que las mujeres, muy particularmente, llevaban sus vestidos —recogidos con un prendedor, o *fíbula*, en cada hombro y con un tercero para cerrar la prenda exterior por su parte frontal—, todo ello refleja las pautas observables en los enterramien-

tos de indudable origen germánico pertenecientes al siglo IV. Posteriormente, en el siglo V, esas costumbres y esos objetos conocieron una unificación y un desarrollo aún mayores entre las filas de los vasallos de Atila, concentradas en la gran llanura húngara.

Por tanto, una posible respuesta a la cuestión de la falta de sepulcros hunos es que, simplemente, éstos empezaran a vestirse como sus vasallos de los pueblos germánicos, reproduciendo exactamente el mismo proceso que les había llevado a aprender la lengua gótica. De haber sido así, sería imposible diferenciar a los hunos de los godos —o de cualquier otro grupo— por medio de los hallazgos funerarios. Sin embargo, ni siquiera en el caso de que los «verdaderos hunos» se nos estén apareciendo aquí, como si dijéramos, bajo un disfraz, queda alterado el hecho de que durante la época huna hubo una enorme cantidad de germanos enterrados en la gran llanura húngara y en sus inmediaciones. Lo que tenemos ante nuestros ojos en los bien provistos enterramientos de estilo danubiano son los restos de muchos de los seguidores germanos integrados en la élite de Atila. La fecha y el emplazamiento geográfico convierten esta afirmación en una certeza absoluta.[50]

Cada vez que un nuevo grupo bárbaro quedaba incorporado al imperio de Atila, los hombres de armas de dicho grupo eran movilizados para intervenir en las campañas hunas. De ahí que la maquinaria bélica de los hunos creciera, y muy deprisa, mediante la incorporación de un número de germanos de la Europa central y del este cada vez mayor. En el corto plazo, esto benefició al imperio de Occidente, formado en orden de batalla. Tal como han observado muchos historiadores, la razón de que la avalancha de inmigrantes germanos que inundó el imperio romano cesara tras la crisis de los años 405 a 408 (véase el capítulo 5) estriba en que los que no cruzaron la frontera hacia el año 410 pasaron a incorporarse, en vez de al imperio romano, al imperio huno —y hay una relación inversamente proporcional entre el ritmo de la inmigración al imperio romano y el incremento del poderío huno.[51]

En el largo plazo, sin embargo, los períodos en que dicha avalancha pareció ceder no fueron sino una ilusión, y hubo una serie de cabecillas hunos que lograron un resultado similar a lo alcanzado por los sasánidas en Oriente Próximo. Por primera vez en la historia imperial romana, un grupo, el de los hunos, se las había arreglado para cohesionar a un gran número de vecinos europeos de Roma y alumbrar así algo que se aproximaba a una superpotencia imperial rival.

El primer lugar en el que se hizo sentir la absoluta ferocidad de esta extraordinaria maquinaria bélica nueva fue el imperio romano de Oriente, cuyas comunidades balcánicas sufrieron terriblemente en los años 441 y 442, y de nuevo en el año 447. Tras las dos derrotas de la campaña del 447, no quedaba ya a los romanos de Oriente nada que poder arrojar a Atila. De ahí que en el año 449 recurrieran al intento de asesinato en el que Maximino y Prisco se vieron involuntariamente implicados. Con todo, Atila no libró a Constantinopla de su garfio. Tras negarse a zanjar la cuestión de los fugitivos y de reiterar la exigencia que instaba al imperio a establecer un cordón sanitario en el lado romano de la frontera del Danubio, Atila añadía ahora otra demanda más: que los romanos de Oriente proporcionaran una esposa romana de noble cuna (con una dote apropiada) a uno de sus ministros, de origen romano. De no ser satisfechas, estas demandas eran pretextos posibles para declarar la guerra, y su constante agitación muestra que Atila seguía considerando activamente la posibilidad de un nuevo ataque de gran magnitud contra los Balcanes.

En el año 450, el talante diplomático iba a cambiar de forma radical. Una nueva embajada romana emprendió en dirección norte el mismo camino que Prisco y Maximino habían seguido el año anterior. Esta embajada contaba con la presencia de Anatolio, uno de los dos comandantes militares de más elevado rango de la corte del imperio de Oriente (*magister militum præsentalis*), y con la de Nomus, el jefe del funcionariado público (*magister officiorum*). Atila conocía bien a Anatolio, ya que había negociado con él el tratado de paz provisional que había seguido a las victorias hunas del año 447. Es difícil pensar en una pareja de embajadores investida de mayor grandeza —una de las estipulaciones de Atila había sido que sólo se dignaría a tratar con los romanos más nobles—. El punto de vista romano respecto a lo que sucedió después aparece consignado por Prisco: «Al principio Atila negoció con arrogancia, pero se vio abrumado por el número de sus presentes y aplacado por sus palabras apaciguadoras...». Al final:

> Atila juró que mantendría la paz en los mismos términos, que se retiraría del territorio romano que bordeaba el Danubio y que dejaría de insistir en la cuestión de los fugitivos ... con tal de que los romanos no volvie-

sen a aceptar a nuevos fugitivos que huyesen de él. También liberó sin rescate a Vigilas ... [y] a un gran número de prisioneros, y gratificó a Anatolio y a Nomus ... [a quienes] entregó caballos y pieles de animales salvajes como presente.[52]

Rara vez ha tenido una cumbre internacional un resultado tan satisfactorio. Los embajadores, exultantes, cabalgaron de regreso a Constantinopla en compañía del secretario de Atila, a quien había que buscar una esposa adecuada.

Lo que se descubrió rápidamente, sin embargo, fue que si Atila había llegado a un acuerdo con Constantinopla no había sido porque hubiese quedado deslumbrado por la sabiduría de sus interlocutores del imperio de Oriente —como habría hecho el bárbaro del estereotipo—, sino porque, tras decidir una invasión en masa del imperio de Occidente, quería tener seguridad en la frontera de Oriente.

En palabras de Prisco, lo que empujaba a Atila a lanzar este nuevo ataque era su sed de nuevas y mayores conquistas, para dar así cumplimiento al destino que los dioses le tenían reservado —según proclamara su hallazgo de la espada de Marte—: la conquista del mundo entero. En un determinado momento del verano del año 449, en el transcurso de su misión con la embajada ante los hunos, Prisco había sido testigo de que Atila se comportaba con algunos embajadores del imperio de Occidente de un modo que no parecía razonable. Después, la conversación pasó espontáneamente a centrarse en el carácter de Atila, y Prisco señala con aprobación lo que uno de los embajadores dijo en relación con aquel asunto:

> La espléndida buena fortuna de [Atila] y el poder que ella le ha dado le han vuelto tan arrogante que no escucharía ninguna propuesta justa a menos que pensase que habría de reportarle algún provecho. Ningún gobernante anterior de la Escitia ... ha logrado jamás tanto en tan poco tiempo. Gobierna las islas del océano [el Atlántico, u Occidente], y ha obligado a los romanos, además de a la totalidad de Escitia, a pagar tributo ... y para acrecentar aún más su imperio, ahora quiere atacar a los persas.[53]

Alguien preguntó entonces cómo se proponía llegar Atila hasta Persia partiendo de Europa central, y la respuesta fue que los hunos recordaban que, si uno seguía hasta el final la costa septentrional del mar Ne-

gro, era posible llegar hasta allí sin tener que cruzar el territorio romano. Esto es cierto, por supuesto, pero tomar el camino del Cáucaso supondría una expedición extremadamente larga, y la última vez que los hunos habían realizado ese recorrido —en los años 395 y 396, por lo que sabemos— vivían ya al norte del mar Negro, y no en la gran llanura húngara, situada mucho más al oeste. A primera vista, se estaban realizando unos ambiciosos planes de conquista sobre la base de unos vagos recuerdos geográficos: se trataría de un puro apetito de victoria decidido a engullir el mundo conocido.

Sin embargo, como sabemos, Atila marchó en dirección oeste. Las fuentes refieren distintas razones para explicarlo. Según un jugoso rumor de la corte, Atila hizo que sus ejércitos penetraran en el imperio romano de Occidente porque la hermana del emperador occidental, Valentiniano III, una osada dama de considerables bríos, llamada Justa Grata Honoria, le había ofrecido su mano en matrimonio y la mitad del imperio de Occidente como dote. Supuestamente, ella le habría enviado un broche con su retrato, junto con una carta, y eso habría bastado para hacerle caer en la trampa. Honoria era hija de la formidable Gala Placidia, que ya había sentido personalmente inclinación por los bárbaros, como vimos en el capítulo 6, ya que se casó y tuvo un hijo con el cuñado de Alarico, Ataulfo, en la década de 410. Placidia, en unión de su guardaespaldas godo, había tenido en su mano todo lo necesario para desempeñar un papel político relevante, hasta que Aecio tomó el poder.

Al quedarse embarazada, su hija Honoria, vio descubierto el amorío ilícito que mantenía con su administrador, un tal Eugenio. Eugenio fue ejecutado y Honoria quedó apartada de la vida pública para ser prometida en matrimonio a un oscuro senador llamado Herculiano. Si había escrito al señor de los hunos para pedirle que la rescatara había sido movida por el desconsuelo y la frustración. Pero la historia impuso una pausa. Honoria logró librarse de la muerte, incluso después de que se descubriera que le había escrito a Atila, y fue entregada a la custodia de su madre. Sin embargo, antes de que se verificara la entrega, interrumpiendo su curso como quien interrumpe impertinentemente una conversación en mitad de una frase, se produjeron, según nos da a entender Prisco en un oportuno fragmento, nuevas aventuras. Las imprudencias de Honoria están demasiado bien documentadas para que no haya una pizca de verdad en todo esto,[54] pero no creo que ella fuese la razón de que Atila se decidiera finalmente por la opción de atacar al imperio de Oc-

cidente en vez de al persa. Basta contemplar la geografía. Como veremos en un instante, tras decidirse a atacar al imperio de Occidente, Atila no se precipitó en dirección a Italia, donde estaba encarcelada Honoria, sino que atacó primero la Galia. Pese a que era sin duda esquemático, el conocimiento que tenía Atila de la geografía europea era lo suficientemente bueno como para que nosotros podamos estar seguros de que sabía en qué lado de los Alpes tenía probabilidades de encontrar a su supuesta novia. No sabemos lo que acabó pasándole a Honoria. Tras abandonar Hungría y dirigirse al oeste, los hunos giraron a la derecha y pusieron rumbo a la Galia en vez de torcer a la izquierda y penetrar en Italia, y esto basta, por sí solo, para relegar la posición de Honoria, en términos históricos, a la de una mera mención a pie de página.

Las fuentes indican que la voluntad de rescatar a Honoria fue tan sólo una de las diversas razones sugeridas para explicar la invasión del imperio de Occidente por Atila. Otra razón apuntaba al asunto que había desencadenado su cólera antes de la conversación mantenida en el verano de 449, en la que se habían planteado las ambiciones que Atila podía albergar en relación con Persia. En concreto, esta embajada occidental había sido enviada para responder de la acusación de que un banquero romano, de nombre Silvano, se encontraba en posesión de ciertas bandejas de oro que pertenecían a Atila por derecho de conquista. Por muy trivial que fuese el asunto, Atila amenazaba con emprender una guerra si no quedaba solucionado a su satisfacción. Hay también algunos vagos, aunque muy convincentes, indicios de que por estas fechas se produjo algún tipo de contacto entre Atila y Giserico, el rey de los vándalos, de quien se dice que sobornó a Atila para que desviara sus ejércitos hacia el oeste. A finales del año 450, Atila respaldó a un candidato al trono de los francos riparios, recientemente vacante, que no era el mismo al que Aecio había decidido prestar apoyo. En los últimos tiempos también había dado refugio a uno de los cabecillas de una rebelión surgida en el noroeste de la Galia al que Aecio había derrotado en el año 448. Esto sugiere que Atila podía tener en mente la posibilidad de utilizarle para fomentar discordias y allanar el camino de cualquier ejército huno que pudiera actuar en el oeste. Una vez que sus ejércitos se hubieron puesto en marcha, y con una intención muy similar, Atila envió varias cartas con mensajes mutuamente contradictorios a distintos corresponsales. Algunas de esas cartas afirmaban que el objetivo de su campaña no consistía en atacar al imperio de Occidente, sino a los visigodos del

suroeste de la Galia, y otras instaban a esos mismos visigodos a unirse a él y atacar al imperio.[55]

Lo que se observa, por tanto, es que Atila estaba haciendo malabarismos al mismo tiempo con varios posibles pretextos orientados todos ellos a permitirle atacar al imperio de Occidente entre los años 449 y 450, dedicándose mientras tanto a preparar su siguiente movimiento. Dudo que en algún momento considerara en serio la posibilidad de lanzar un ataque contra Persia, pero en el año 449 aún no había decidido si su siguiente asalto debía caer sobre la mitad oriental o sobre la mitad occidental del imperio, razón por la que no sólo se dedicaba a fomentar la discordia con el imperio de Occidente, sino que también se negaba a zanjar algunas cuestiones relevantes con Constantinopla. El generoso tratado que accedió finalmente a pactar con Constantinopla era señal de que estaba dispuesto a dejar atados los cabos sueltos que tenía con el imperio de Oriente, ya que había puesto los ojos en el imperio de Occidente.

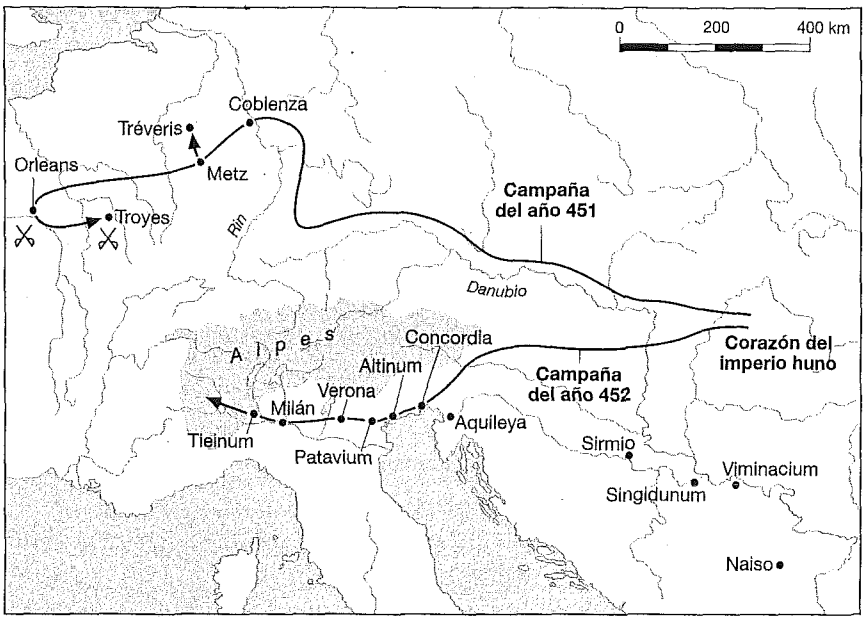
En la primavera del año 451, el imponente ejército de Atila partió de la región media del Danubio en dirección oeste, probablemente siguiendo la misma ruta que habían tomado los invasores del Rin en el año 406. «Se dice» que el ejército estaba integrado por la asombrosa cantidad de medio millón de hombres, informa Jordanes,[56] revelando con la elección de sus palabras que, por una vez, no daba crédito a la cifra. Sin embargo, no hay duda de que el contingente era enorme, o, dicho de otro modo, no la hay de que Atila había echado mano de todos los recursos de la maquinaria bélica huna. En palabras de Sidonio Apolinar, un poeta galo más o menos contemporáneo:

> De pronto el mundo bárbaro, desgarrado por un poderoso levantamiento, dejó caer todo el norte en la Galia. Tras el belicoso rugo viene el feroz gépida, seguido de cerca por el gelón; el burgundio apremia al esciro; hacia delante se precipitan el huno, el belonotio, el nervio, el bastarna, el turingo, el bructero y el franco.[57]

Sidonio escribía su poesía según el arte métrica, lo que exigía la utilización de nombres que tuvieran una longitud y un acento tónico adecuados para lograr la rima. Lo que aquí nos brinda es una interesante mezcla de antiguos grupos que nada tenían que ver con el imperio huno (los gelones, los belonotios, los nervios, los bastarnas y los brúcteros)

junto con algunos vasallos auténticos de Atila (los rugos, los gépidas, los burgundios, los esciros, los turingos y los francos), por no mencionar, claro está, a los propios hunos. Sin embargo, en esencia, Sidonio daba en el clavo. Y sabemos por otras fuentes que también se hallaban presentes grandes cantidades de godos.[58]

No ha llegado hasta nosotros ninguna fuente que describa con detalle la campaña, pero sabemos aproximadamente lo que sucedió. Tras abandonar la gran llanura húngara y seguir el curso del alto Danubio en dirección noroeste, la horda cruzó el Rin en la región de Coblenza y continuó su marcha hacia el oeste (mapa 13). Según algunas fuentes que hay que admitir que son dudosas, la ciudad de Metz cayó el 7 de abril, seguida poco después por la vieja capital imperial de Tréveris. El ejército se abrió entonces paso hasta el corazón de la Galia romana. Para el mes de junio éste se encontraba ya en las afueras de la ciudad de Orleáns, donde tenía su cuartel general un considerable contingente de alanos al servicio de los romanos. La ciudad estaba sometida a un estrecho cerco. Hay pruebas de que Atila albergaba la esperanza de convencer a Sangibano, rey de una parte de los alanos estacionados en la ciudad, de que se pasase a su bando.[59] Al mismo tiempo, según otra fuente bastante du-



13. Campañas de Atila en el imperio de Occidente

dosa, algunos elementos del ejército de Atila habían alcanzado también las puertas de Lutecia, donde fueron rechazados por la milagrosa intervención de santa Genoveva, patrona de la ciudad. Da la impresión de que el ejército huno hormigueaba a lo largo y ancho de la Galia romana, saqueándolo y destruyéndolo todo a su paso. Aecio seguía siendo el general en jefe del imperio de Occidente, y, según sabemos por el segundo panegírico de Merobaudes, llevaba previendo la posibilidad de un ataque huno contra el imperio de Occidente al menos desde el año 443. Cuando finalmente se verificó el ataque, casi una década más tarde, Aecio se puso inmediatamente en acción. Enfrentado a esa enorme amenaza, procuró reunir una coalición de fuerzas que tuviese alguna posibilidad de éxito. A principios del verano del año 451 Aecio cruzaba la Galia en dirección norte acompañado por los contingentes de los ejércitos romanos de Italia y de la Galia, a los que se sumaron las fuerzas de muchos grupos aliados, como los burgundios y los visigodos de Aquitania, capitaneados por su rey Teodoredo. El 14 de junio, la proximidad de esta abigarrada fuerza obligó a Atila a retirarse de Orleans. En una fecha posterior de ese mismo mes, los hombres de Aecio alcanzaron a la horda en retirada en algún punto situado en las proximidades de Troyes, a unos ciento cincuenta kilómetros hacia el este, más o menos.

En una llanura que las distintas fuentes nombran de modo diferente, unas veces Campos Cataláunicos, y otras *campus Mauriacus*, y que nunca ha podido ser identificada de modo concluyente, tuvo lugar un tremendo choque:

> El terreno del campo de batalla tenía una ligera pendiente que crecía hasta formar un pequeño collado. Ambos ejércitos deseaban apoderarse de él ... Los hunos ocuparon el flanco derecho con los suyos, mientras que los romanos y visigodos ocupaban el izquierdo con sus tropas auxiliares ... Las tropas de los hunos, por su parte, estaban organizadas de modo bien diferente; Atila estaba colocado en el centro con sus hombres más aguerridos ... Las alas de su ejército las formaban una multitud de pueblos procedentes de razas diversas que había sometido a su autoridad.

Los romanos y los visigodos fueron los primeros en llegar al collado, y desbarataron todos los intentos que se hicieron para desalojarles de allí —eso es lo que nos dice nuestra principal fuente, aunque luego comete el error de caer en la retórica (pese a que sea una retórica espléndida)—:

> La batalla es atroz, confusa, cruel y encarnizada, totalmente distinta a cualquier otra de las que se libraron en la Antigüedad... [U]n riachuelo que corre por una pequeña ribera ... vio muy aumentado su caudal con la sangre de las heridas ... Y aquellos que acudieron a él acuciados por la sed que les provocaban las heridas recibidas ... bebieron la sangre que habían derramado los heridos.

Teodoredo murió en el combate, ya fuese herido por una lanza, ya pisoteado hasta morir al caer de su caballo, porque los relatos sobre su muerte son confusos. Siempre según nuestra principal fuente, murieron en total ciento sesenta y cinco mil hombres,* pero esta cifra es un disparate. Al finalizar el día de lucha, Atila estaba enloquecido. Se vio obligado a refugiarse en el interior de un recinto circular formado con carros, ya que, por primera vez, su ejército había sufrido una gran derrota. Su reacción inicial fue amontonar un gran número de sillas de montar para construir así su propia pira funeraria.[60] Sin embargo, sus lugartenientes le persuadieron de que la batalla no era más que un contratiempo táctico y él abandonó su empeño. La situación quedó en un punto muerto, con los dos ejércitos frente a frente, hasta que los hunos comenzaron a retirarse lentamente. Aecio no les presionó demasiado, y dispersó su propia coalición de fuerzas lo más rápidamente posible —tarea que se vio muy facilitada por el hecho de que los visigodos estaban deseando regresar a Tolosa para resolver algunos problemas relacionados con la sucesión de su rey muerto—. Atila consintió que su ejército continuara replegándose y, con la cola entre las piernas, los hunos regresaron a Hungría. Aunque el coste para las comunidades romanas situadas en la ruta de avance de los hunos fue enorme, el primer asalto lanzado por Atila contra el imperio de Occidente había sido rechazado. Una vez más, Aecio había cumplido en el momento de la crisis. A pesar de los limitados recursos disponibles, había reunido una coalición que había salvado la Galia.

En su furia, el huno pasó el invierno del año 451 al 452 preparándose para nuevos enfrentamientos violentos. En esta ocasión el golpe cayó sobre Italia. En la primavera del año 452, sus fuerzas se abrieron paso a través de los desfiladeros alpinos. El primer obstáculo que encontraron en su camino fue Aquileya. Al llegar aquí se vieron detenidos por las imponentes defensas de la ciudad —Atila consideró incluso la posibilidad

* Jordanes, *Getica*, XLI, 217. *(N. de los t.)*

de suspender toda la campaña—. Cuando ya estaba a punto de poner fin a su largo y frustrante asedio, Atila vio cómo una cigüeña sacaba a sus polluelos del nido que había construido en una de las torres de la ciudad, transportando a otro lugar, uno por uno, a los pajarillos, que aún no podían volar. Al ver esto, nos dice Prisco, «[Atila] ordenó a su ejército que permaneciese sin moverse en el mismo sitio, y dijo que el ave no se habría ido ... a menos que presintiese que un desastre iba a abatirse muy pronto sobre el lugar».[61] Por supuesto, la cigüeña (y no digamos Atila) estaba en lo cierto. Prevaleció la despierta habilidad de los hunos en la toma de baluartes fortificados y Aquileya cayó rápidamente en sus manos. Su captura dejó abierta la ruta principal que conducía al noroeste de Italia.

La horda siguió entonces las antiguas calzadas romanas y se dirigió al oeste a través de la llanura del Po. Esta región, que era uno de los principales feudos políticos del imperio de Occidente y que poseía una gran riqueza agrícola, se hallaba sembrada de un gran número de ciudades prósperas. Ahora, tal como sucediera en los Balcanes, todas esas ciudades fueron cayendo una tras otra en manos de los hunos, que se apoderaron, en rápida sucesión, de Padua, Mantua, Vicenza, Verona, Brescia y Bérgamo (mapa 13). Atila se encontraba ahora a las puertas de Milán, una de las antiguas capitales del imperio. El asedio fue prolongado, pero Atila volvió a triunfar, con lo que otro de los centros del imperio quedó saqueado y devastado. Uno de los fragmentos de la historia de Prisco ha conservado buena estampa de ello:

> [En Milán], cuando [Atila] vio en un cuadro a los emperadores romanos sentados en tronos de oro y a los escitas muertos a sus pies, mandó buscar a un pintor y le ordenó que le pintase a él en un trono y a los emperadores romanos cargados con sacos a la espalda y obligados a verter a sus pies el oro que éstos contenían.

Sin embargo, como ya había ocurrido en la Galia el año anterior, la campaña italiana de Atila no consiguió ajustarse enteramente al plan. A las fuentes del papado y a los guionistas de Hollywood les encanta centrarse en un incidente en particular, aquel por el que el papa León Magno, que formaba parte de una embajada en la que también participaban el prefecto Trigetio y el ex cónsul Avieno, salió al encuentro de Atila para tratar de convencerle de que no atacase la ciudad de Roma. Al final, los hunos dieron efectivamente media vuelta, y se retiraron una vez más a Hungría.

En algunos círculos esto se consideró como un gran triunfo personal del papa en la diplomacia directa. La realidad es más prosaica. Además del papa León, inspirado por Dios, operaban otras fuerzas. La campaña italiana de Atila, que en esencia consistía en una serie de asedios, carecía del apoyo logístico que le era imprescindible, y en la frecuente situación de hacinamiento en que se veía, el ejército huno tenía más de un punto vulnerable. El cronista Idacio lo explica de forma sucinta: «Los hunos que habían estado saqueando Italia y que también habían tomado por asalto un buen número de ciudades, eran víctimas de un castigo divino, ya que habían sido visitados por desastres enviados por el cielo: la hambruna y algún tipo de enfermedad». En las fechas en que Milán fue tomada, la enfermedad se estaba cobrando muchas víctimas, y la comida empezaba a escasear peligrosamente. Por otra parte, Constantinopla tenía ahora un nuevo gobernante, el emperador Marciano, y sus fuerzas, junto con las que Aecio había podido reunir, estaban lejos de permanecer ociosas: «Además, [los hunos] estaban siendo exterminados por auxiliares enviados por el emperador Marciano y conducidos por Aecio, y al mismo tiempo se veían abrumados en sus asentamientos tanto por los desastres que el cielo enviaba como por el ejército de Marciano».[62] Da la impresión de que, mientras el ejército huno era acosado en Italia por Aecio, que comandaba una fuerza conjunta de los imperios de Oriente y Occidente, otras fuerzas del imperio de Oriente estaban realizando una incursión en el norte del Danubio, penetrando en el principal feudo de Atila. La combinación era letal, y, al igual que el año anterior, el huno no tuvo más remedio que retroceder. Mientras se gestaba algún tipo de paz o de tregua, su ejército se replegó a la Europa central.[63]

Si los acontecimientos del año 451 no habían sido más que un revés técnico, el hecho de sufrir dos grandes derrotas en otros tantos años mellló considerablemente la reputación del gran conquistador. De hecho, las campañas realizadas en el imperio de Occidente habían sido mucho más difíciles de organizar que las aventuras vividas por Atila en los Balcanes durante la década anterior. El imperio huno no poseía la maquinaria burocrática de su equivalente romano, por muy torpe que ésta pudiera ser. Por lo que sabemos, constaba de un secretario que Roma proporcionaba y de un prisionero llamado Rusticio, al que se retenía por su destreza en la redacción de cartas en griego y en latín. Por tanto, no hay ningún dato que sugiera que los hunos tuvieran algo que pudiera equi-

valer a la capacidad de los romanos para planear y poner en práctica el respaldo logístico que resultaba necesario, en términos de comida y forraje, para las grandes campañas. Sin duda, cuando corría la voz de que era preciso reunirse para la guerra, se esperaba que cada soldado llevase consigo una cierta cantidad de alimentos, pero a medida que la campaña se prolongaba, el ejército huno se veía obligado a obtener su sustento principalmente de la tierra. De ahí que en las campañas que salvaban grandes distancias crecieran de forma exponencial las dificultades que conllevaba el mantenimiento del ejército como tal fuerza de combate efectiva. La fatiga, así como la probabilidad de que se presentase una escasez de alimentos o una enfermedad, crecían con la distancia. También era muy posible que, en su búsqueda de suministros, el ejército se dispersase hasta tal punto por un territorio con el que no estaba familiarizado que después le resultase difícil reagruparse para la batalla. En el año 447, durante la campaña de mayor alcance de los Balcanes y con ocasión de su primera gran batalla, los ejércitos de Atila habían marchado hacia el oeste siguiendo el límite norte del monte Hemo, lo cruzaron, y se desplazaron después al sur en dirección a Constantinopla, para continuar luego con rumbo suroeste hasta el Quersoneso y librar allí el segundo choque de importancia: habían recorrido en total una distancia de unos quinientos kilómetros. En el año 451, el ejército tuvo que cubrir el trecho que separa Hungría de Orleans, unos mil doscientos kilómetros; y en el año 452 se trasladó de Hungría a Milán, aproximadamente ochocientos kilómetros —aunque en esta ocasión fueron asediando ciudades a medida que avanzaban, lo que les hacía aún más susceptibles de padecer enfermedades—.[64] Tal como han comentado muchos historiadores, durante las campañas efectuadas en el imperio de Occidente, en las que debían salvar distancias tan grandes, era casi obligado que Atila y sus fuerzas sufriesen graves contratiempos.

Pero Atila no aprendió la lección. A principios del año 453, estaba ya a punto de iniciar otra campaña de destrucción por todo el territorio europeo, cuando, finalmente, el «azote de Dios» fue a reunirse con quien lo había empuñado. Acababa de tomar una nueva esposa (no sabemos cuántas tenía en total). Durante su noche de bodas bebió demasiado, tuvo un derrame y murió. La recién casada se sintió demasiado asustada como para dar la alarma, y la encontraron por la mañana junto al cadáver. El funeral, tal como lo describe Jordanes, fue una orgía de duelo y glorificación:

Después de colocar su cadáver en medio del campo, en el interior de una tienda de seda ... [L]os jinetes más selectos del pueblo de los hunos corrían alrededor del lugar ... y narraban sus hazañas ... «Éste es Atila, que tuvo por padre a Mundiuco, el más grande de los reyes de los hunos, señor de los pueblos más valerosos, que fue el único que gobernó los reinos de Escitia y Germania con un poderío hasta él jamás conocido. Él fue quien aterrorizó a los imperios del orbe romano, el que conquistó parte de sus ciudades y para no saquear las demás aceptó que le pagaran un tributo anual, conmovido por sus súplicas. Y después de haber realizado todas estas hazañas ... murió no por las heridas de los enemigos, ni por traición de los suyos, sino alegre y sin sufrimiento, en medio de la felicidad de su pueblo...»

Y una vez que hubo terminado el velatorio:

Por la noche enterraron en secreto el cadáver en tres ataúdes, el primero de oro, el segundo de plata y el tercero de hierro ... el hierro porque había sometido a tantos pueblos por las armas, y el oro y la plata porque los había recibido como tributo de ambos imperios. Añaden también las armas tomadas a los enemigos que derrotó y los valiosísimos jaeces y corazas en las que brillaban distintas piedras preciosas, así como varios tipos de adornos ... Además ... degollaron a los encargados de realizar este trabajo...[65]

Los hunos y Roma

El efecto general que produjo en el mundo romano el surgimiento del imperio huno puede descomponerse en tres fases. La primera, como vimos en los capítulos 4 y 5, causó al imperio romano dos grandes períodos de crisis en la frontera durante los años 376 a 389 y 405 a 408, ya que le forzó a aceptar el establecimiento en su territorio de enclaves poblados por bárbaros sin someter. A su vez, la existencia de esos enclaves activó en el seno del estado imperial, como vimos en el capítulo 6, nuevas fuerzas centrífugas de enorme poder destructivo. Durante la segunda fase, esto es, en la generación que precedió a Atila, los hunos, que hasta entonces habían sido invasores, pasaron a construir su propio imperio en la Europa central, y el flujo de refugiados que penetraba en el imperio romano se detuvo. Los hunos querían tener vasallos a los que

explotar, y procuraban someter a su control a los pueblos que les parecían potencialmente aptos para el vasallaje. También fue en esta época cuando Constancio y Aecio lograron utilizar el poderío huno para controlar a los grupos inmigrantes que previamente habían cruzado la frontera del imperio a fin de huir de los hunos. Sin embargo, y dado que en realidad ninguno de estos grupos fue aniquilado, no puede decirse que el efecto paliativo ejercido sobre el mundo romano por la segunda fase del empuje de los hunos haya compensado en modo alguno el daño causado durante la primera.

Las imponentes campañas militares realizadas por Atila en las décadas de 440 y 450 son el elemento característico de la tercera fase de las relaciones entre hunos y romanos. Sus efectos, como cabía esperar, tuvieron gran alcance. Las provincias balcánicas del imperio romano de Oriente quedaron devastadas y cuando sus plazas fuertes fueron tomadas, una tras otra, hubo miles de muertos. Tal como nos muestran de forma muy gráfica las ruinas de Nicópolis sobre el Yatro, era posible reorganizar la administración romana, pero no recuperar la clase terrateniente que se había desarrollado a lo largo de los cuatro siglos anteriores y que dominaba el latín y el griego. La campaña de las Galias del año 451, y muy particularmente el ataque contra Italia del año 452, causó un enorme daño a aquellos que habían tenido la mala fortuna de interponerse en el camino de los hunos.

Ahora bien, si tomamos perspectiva y alejamos un tanto la vista de la tragedia inmediata para considerar al estado romano en términos generales, las campañas de Atila, pese a ser graves, no habían constituido una amenaza para la vida del imperio. La mitad oriental del imperio romano dependía de los impuestos que recaudaba en un próspero arco de provincias que se extendía desde el Asia Menor hasta Egipto, territorios que quedaban fuera del alcance de los hunos. Pese a todas las técnicas de asedio de estos últimos, la triple muralla defensiva que rodeaba Constantinopla convertía en inexpugnable a la capital oriental. Y los hunos carecían de una armada que pudiese llevarles a través de los angostos embocaderos que separan los Balcanes de las ricas provincias de Asia. La situación predominante en Occidente era similar. En la época de Atila el imperio ya estaba sintiendo, como hemos visto, los efectos de un grave agotamiento económico, pero dadas las limitaciones logísticas de la maquinaria militar huna, Atila estuvo muy lejos de poder conquistarlo. De hecho, la influencia de los inmigrantes armados llegados entre los años 376

y 408 infligió indirectamente un daño mucho más serio a las estructuras del imperio. Más aún, fueron también los efectos *indirectos* de la época de Atila los que supusieron una amenaza real para la integridad del estado romano de Occidente. Como debía concentrarse en hacer frente a Atila, Aecio tuvo menos tiempo y menos recursos para ocuparse de otras amenazas que se cernían sobre el Occidente romano en la década de 440. Y esas otras amenazas le costaron mucho más caras al imperio occidental que las invasiones hunas de los años 451 y 452. La primera y más grave pérdida fue el abandono forzoso de la reconquista del norte de África, que se hallaba en manos de los vándalos.

En esas circunstancias, por desgracia, Aecio apenas pudo prestar ayuda a la península Ibérica. En esa región, la partida de los vándalos en el año 429 había resultado en una cierta restauración del orden romano, lo que trajo consigo la reclamación parcial de los ingresos que se habían perdido en la década de 410. Las provincias hispánicas eran prósperas, estaban bien desarrolladas y, pese a no poder competir con la abundancia del norte de África, no dejaban de ser un valioso contribuyente a las arcas de Occidente. En la década de 410, la mayor parte de la Península había dejado de estar sometida al control directo de Roma, excepto la Tarraconense, en el noreste, ya que los vándalos, los alanos y los suevos se habían repartido el resto del territorio. Después del año 429, el único grupo que aún conservaba un gran número de pobladores era el de los suevos, y se hallaba confinado en la zona noroccidental de Galicia, montañosa y menos próspera que las demás. Aecio, al igual que sus predecesores, no tenía inconveniente en dejarles instalados en ella, ya que no veía necesidad alguna de poner en riesgo sus valiosas tropas para recuperarla.[66] En cambio, concentró sus esfuerzos en restaurar el orden y en mantener el flujo de fondos que brotaba de las provincias que habían abandonado los vándalos y los alanos, mucho más prósperas —hasta que se vio interrumpido por Giserico, al apoderarse éste de Cartago.

Comandados por su nuevo rey, Requila, que había sucedido a su padre en el año 438, los suevos aprovecharon que las preocupaciones de Aecio se habían centrado en el norte de África para expandir sus dominios. En el año 439, partieron de Galicia para tomar Mérida, la principal ciudad de la vecina provincia de Lusitania. En el año 440, capturaron al jefe militar y principal representante de Aecio en la Península, el *comes* («conde») Censorio. En el año 441, se apoderaron de Sevilla y extendieron su control por toda la Bética y la Cartaginense. La completa falta de una

respuesta organizada por parte de Aecio, que ahora trataba de concentrar desesperadamente sus fuerzas en Sicilia, dio a los grupos locales de los bagaudos, que se ayudaban unos a otros, la oportunidad de minar la solidez del control central en algunas zonas de la Tarraconense, la única provincia que aún permanecía en manos del imperio. Tal como había sucedido en la Galia, estos levantamientos constituían probablemente una expresión de afirmación de las potencias locales en un momento en el que se tenía la impresión de que el dominio imperial cedía. Al menos una de las revueltas, capitaneada en el año 449 por un tal Basilio en Turiaso (Tarazona), parece haber favorecido que los suevos se hicieran con el poder, quizá porque ésa parecía ser la mejor manera de garantizar la paz, tal como había ocurrido cuando los terratenientes galos prestaron su apoyo a Ataulfo el visigodo, a principios de la década de 410.

Por tanto, entre los años 439 y 441 la situación en Hispania fue de mal en peor, y el caudal de ingresos fiscales se secó. Era poco lo que podía hacer Aecio, incluso después de haber llegado a un pacto de paz con los vándalos. La posibilidad de una intervención a gran escala no era siquiera concebible. Una serie de comandantes fueron enviados a Hispania: Asturio, en el año 442, el propio Merobaudes en 443, y Vito en 446. Asturio y Merobaudes se concentraron en derrotar a los bagaudos, presumiblemente para conservar al menos la Tarraconense. Las instrucciones que había recibido Vito eran más ambiciosas. Debía repetir la estrategia de la década de 410 y penetrar en la Cartaginense y la Bética al frente de una fuerza conjunta de romanos y visigodos. Nuestro principal informante, el obispo y cronista Idacio, se queja de los «saqueos» perpetrados por este ejército, pero su actitud tal vez estuviese condicionada por el resultado de la expedición. El contingente de Vito había sido derrotado al presentar batalla a los suevos. De hecho, Aecio había reunido y aportado a las fuerzas de Vito un contingente de tropas que Idacio considera «nada desdeñable», lo que en esas circunstancias constituye una buena prueba de la importancia que concedía el general a la recuperación de los ingresos procedentes de Hispania. Lo que está claro que no podía hacer, sin embargo, era dejar caer sobre los suevos todo el peso de los demás ejércitos occidentales, ya que éstos debían mantenerse en reserva para defender al imperio de la amenaza de Atila. Esta derrota confirmó la posesión sueva de la mayor parte de la Península. Y el grueso de los ingresos de Hispania volvió a perderse.[67]

La Britania romana también vivía sus últimos estertores. Aunque el imperio —a tenor de la carta enviada por Honorio en el año 410, en la que «insta[ba] [a los británicos] a valerse por sí mism[o]s» (página 314)— no tenía pretensiones de ejercer en esta zona un control directo, el estilo de vida romano había sobrevivido en algunas partes de la provincia y existía un notable número de contactos informales entre los romanos británicos y sus conciudadanos del continente. En el año 429, y de nuevo a principios de la década de 440, el obispo Germano de Auxerre realizó sendos viajes a la isla para ayudar a los cristianos del lugar a combatir la influencia de la herejía de Pelagio.[68] Sin embargo, la herejía no era el único problema al que debía hacer frente esta última generación de romanos británicos: los invasores procedentes de Irlanda (los escotos) y de Escocia (los pictos) estaban causando agitación en los flancos oeste y norte de la provincia, y los sajones procedentes del otro lado del mar del Norte también estaban aprovechando el aislamiento de los romanos británicos para comenzar a apropiarse de sus riquezas. Estos últimos habían sido fuente de preocupación al menos desde el siglo III, y sus incursiones habían espoleado la construcción de imponentes fortificaciones a lo largo de las costas del este y el sur. Algunas de ellas aún se mantienen hoy en pie, en particular los fuertes de Portchester y de Caerleon. No sabemos quién ejercía la autoridad en el convulso mundo de la Britania posterior a la dominación romana, pero las ciudades siguieron operando y continuaron produciendo al menos algunos ingresos fiscales en especie durante aproximadamente una generación.[69]

Una fuente británica del siglo VI, el monje Gildas, informa en su obra, adecuadamente titulada *On the Ruin of Britain*, de que el poder cayó finalmente en manos de un tirano anónimo al que Bede llama Vortigerno. Éste, junto con un «consejo» (integrado quizá por representantes de los consejos ciudadanos, que habían logrado sobrevivir), decidió que la solución a los problemas de los romanos británicos, tan sujetos a amenazas e incursiones, era recurrir a los mercenarios sajones. Gildas nos relata en sus grandes líneas lo que sucedió a continuación, y aunque se proponía escribir un texto con significado moral para su propia época, resulta, por lo que dice, bastante creíble:[70]

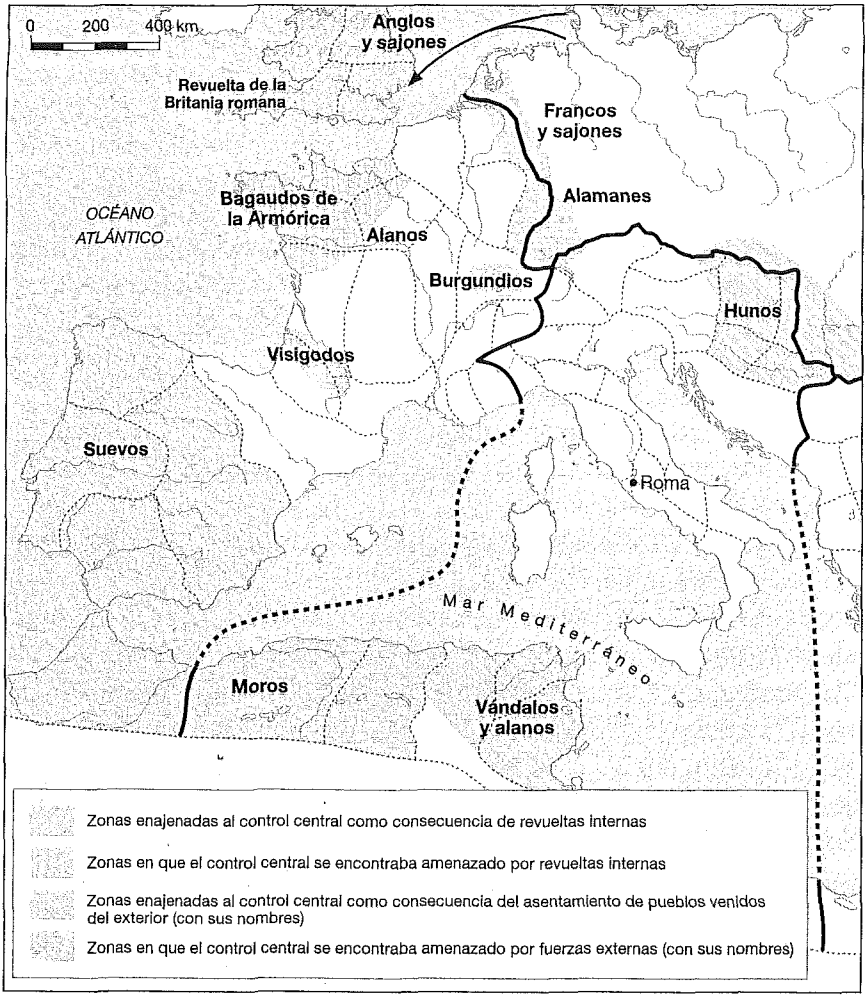
> Los [sajones] ... pidieron que se les proporcionasen suministros, ya que se presentaron falsamente como soldados dispuestos a arrostrar peli-

gros extremos al servicio de sus excelentes anfitriones. Se les concedieron las provisiones y así «dejó de ladrar el perro» durante largo tiempo. Después empezaron a quejarse de nuevo de que su retribución mensual era insuficiente ... y juraron que romperían su acuerdo y saquearían toda la isla a menos que se les colmase con nuevos y generosos pagos. No hubo compás de espera: llevaron inmediatamente a efecto sus amenazas.

Y la consecuencia fue que

[la] totalidad de las ciudades importantes se derrumbaron ante la reiterada acometida de los arietes enemigos; abatidos quedaron también todos los habitantes —prelados, sacerdotes y gente corriente, todos por igual— al centellear por todas partes las espadas y al crepitar las llamas ... En medio de las plazas, [sobre] las piedras angulares de las elevadas murallas y las torres que habían sido arrancadas de sus altivas bases, como en sagrados altares, los pedazos de los cadáveres, cubiertos de una costra morada de sangre coagulada, parecían haberse revolcado en algún espantoso lagar.

Gildas no fecha la revuelta —de hecho, no proporciona fechas explícitas de ningún suceso—, pero dos crónicas escritas en la Galia señalan por un lado que las condiciones reinantes en lo que quedaba de la Britania romana adquirieron en torno al año 440 el carácter de una grave dificultad, y, por otro, que el hecho de que se conociera en la Galia el curso de los acontecimientos en Britania demuestra que no se había interrumpido el contacto entre ambas orillas del canal de la Mancha (cosa que también se aprecia de modo evidente en la *Life of St Germanus*). Enfrentados a una situación que empeoraba cada vez más, los romanos británicos realizaron un último llamamiento al imperio con la esperanza de poder cobijarse de nuevo bajo sus alas, y para ello remitieron formalmente un escrito a Aecio. La fecha de la carta suscita controversia, pero Gildas se refiere al Aecio de aquellos años como al «tres veces cónsul». Aecio fue nombrado cónsul por tercera vez en el año 446, así que, de ser correcto el tratamiento utilizado por Gildas, el llamamiento se produjo en el mismo momento en el que éste escrutaba con ansiedad el Danubio en busca de los primeros signos de la tormenta huna que se avecinaba. Con todo, el argumento general se sigue sosteniendo aun en el caso de que Gildas estuviera equivocado. Aecio debía hacer frente a demasiadas ame-



14. Pérdidas y amenazas sufridas por el imperio de Occidente, c. 445

nazas en otros lugares para que le fuera posible responder a la última y desesperada llamada de la Britania romana.[71]

El panorama era desolador. En el año 452, el imperio de Occidente había perdido un porcentaje muy significativo de sus provincias (mapa 14): toda la Britania, la mayor parte de Hispania, las provincias más ricas del norte de África, las partes de la Galia del suroeste que habían sido cedidas a los visigodos, y la Galia del sureste, cedida a los burgundios. Además, una buena parte de lo que aún conservaba se había visto envuelta

en duras luchas durante la última década más o menos, y los ingresos procedentes de esas zonas se habían reducido también de forma sustancial.[72] El problema de la disminución de ingresos se había vuelto abrumador. El papel que los hunos habían desempeñado de forma indirecta en este proceso de desgaste, al haber obligado a cruzar la frontera en su momento a muchos de los inmigrantes armados, había causado un daño mucho mayor que cualquiera de los estragos directamente infligidos por Atila.

Tercera parte
LA CAÍDA DE LOS IMPERIOS

8

El hundimiento del imperio huno

La caída del imperio de Atila es una historia extraordinaria por derecho propio. Hasta el año 350 d. C., la existencia de los hunos era desconocida en la historia europea. Entre los años 350 y 410, los únicos hunos de los que la mayoría de los romanos habían tenido noticia eran los integrantes de unos cuantos grupos de saqueadores. Diez años después, los hunos se habían establecido en número significativo al oeste de la cadena de los Cárpatos, en la gran llanura húngara, pero en la mayor parte de los casos seguían actuando como aliados útiles para el estado romano. En el año 441, cuando Atila y Bleda realizaron el primer ataque contra los territorios situados del otro lado de la frontera romana, el aliado descubrió su verdadero rostro. En cuarenta años, los hunos habían ascendido de la nada y se habían convertido en una superpotencia europea. Desde cualquier punto de vista había sido algo espectacular. Sin embargo, el desplome del imperio de Atila fue aún más espectacular. Para el año 469, sólo dieciséis años después de la muerte de Atila, los últimos hunos buscaban asilo en el interior del imperio romano de Oriente. Su extinción iba a provocar profundas repercusiones en el occidente romano.

Un imperio abocado a la extinción

La reconstrucción del derrumbamiento del dominio de los hunos en la Europa central es una empresa delicada. Nuestro viejo amigo Prisco ha relatado la historia con algún detalle, pero, dado que en el desmoronamiento el papel de la diplomacia fue escaso, su crónica apenas figura en los *Extractos relacionados con las embajadas* (véase la página 391). Hemos

de confiar en gran medida en uno de los trabajos históricos más intrigantes de la Antigüedad tardía que han llegado hasta nosotros: la *Historia goda*, o *Getica*, de Jordanes, cuya voz hemos escuchado ya en capítulos anteriores. El único relato coherente de la caída del imperio de Atila que tenemos ocupa unas diez páginas de texto (la mitad de él notas) en la edición normal de esta obra.[1]

Jordanes era un autor de ascendencia goda que vivió en Constantinopla en torno al año 550, así que escribió aproximadamente un siglo después de que hubieran sucedido los acontecimientos que nos interesan. En esa fecha era monje, pero había desempeñado anteriormente el cargo de secretario de uno de los comandantes romanos en el Danubio, así que no carecía de experiencias relevantes. En el prólogo de los *Getica*, Jordanes nos dice que su historia de los godos es en buena medida un resumen de una historia perdida escrita por un italorromano llamado Casiodoro. Casiodoro era asesor de Teodorico el Amalo,* rey ostrogodo de Italia en la década de 520. Jordanes dice que sólo tuvo acceso a la historia de Casiodoro durante tres días mientras compilaba la suya y que, «a pesar de no reproducir con precisión las palabras», según afirma, cree recordar «completamente el sentido de los hechos narrados». Hay quien ha visto algo sospechoso en esto y argumentado que Jordanes habría consultado su modelo en una medida mucho mayor de lo que pretende, o que habría tenido una relación muy escasa con Casiodoro pero trataba de utilizar su nombre para satisfacer sus propios fines. Estas hipótesis se vienen abajo, sin embargo, al no ser sus defensores capaces de ofrecernos una razón convincente que nos explique qué pudo haber impulsado a Jordanes a mentir.[2] Yo confío en que, en líneas generales, esté diciendo la verdad al sostener que ha seguido de cerca el esquema de Casiodoro. Los *Getica* concuerdan suficientemente bien con las escasas cosas que conocemos por otras fuentes de la historia de Casiodoro.[3]

No obstante, aun admitiendo que el prólogo de Jordanes no esté tratando de enmascarar un tremendo engaño, no por ello quedan convertidos los *Getica* en una fuente fiable. Casiodoro había escrito su historia de los godos para la corte del rey ostrogodo Teodorico el Amalo y esto gravita de forma significativa sobre el relato del desplome huno que ha llegado hasta nosotros a través de los *Getica*. Lo que más destaca, como cabía esperar, es que sea un relato narrado desde un punto de vista total-

* O Teodorico el Grande, 455-526. *(N. de los t.)*

mente godo. En sus páginas sólo se nos refiere con algún detalle la historia de cómo se desembarazaron los godos del dominio huno, y por si fuera poco, los hunos no aparecen sino de forma incidental. Dicho más claramente, Casiodoro debía narrar su historia goda tal como su particular rey godo quería que fuera narrada. En consecuencia, contiene dos adulteraciones históricas.

En primer lugar, pretende que todos los godos que no huyeron de los hunos en el año 376 d. C. cruzando la frontera y penetrando en el imperio romano quedaron inmediatamente sujetos al control de los hunos. Esto es un disparate. Conocemos de hecho *siete* grupos de godos —además de los formados por los greutungos y los tervingos que habían solicitado asilo al emperador Valente en el año 376 (y no hay razón para suponer siquiera que esta lista sea completa):

1. Los godos gobernados por los Amalos, que en época de Atila se hallaban sujetos al control de los hunos y que en el momento en que Casiodoro escribe tenían como rey a Teodorico.
2. Los godos de Radagaiso que invadieron Italia en los años 405 y 406 y que al final pasaron a formar parte del nuevo grupo visigodo de Alarico (véase el capítulo 5).
3. Los godos de Panonia, sustraídos por la acción militar romana a la hegemonía huna en la década de 420 y reinstalados en Tracia por los romanos. Es muy posible que sean los antepasados de los godos del grupo 6 mencionado más abajo.
4. Los godos comandados por un rey llamado Bigelis. Invadieron sin éxito el imperio romano de Oriente en una fecha situada entre los años 466 y 471.
5. Los godos que integraban la comitiva de Dindzico, hijo de Atila, cuando invadió los territorios romanos de Oriente a finales de la década de 460.
6. Un gran grupo de godos ya asentados como aliados romanos en la Tracia en torno al año 470.
7. Otros dos grupos de godos más pequeños establecidos en enclaves situados alrededor del mar Negro: los tetraxitas del Bósforo Cimérico y los godos de Dori, en el suroeste de Crimea.[4]

Por tanto, al concentrarse únicamente en el primer grupo, la versión histórica que ofrecen los *Getica* simplifica de manera sustancial la historia goda.

En segundo lugar —y esto está íntimamente relacionado con la primera salvedad—, los *Getica* exageran la importancia histórica de la dinastía de los Amalos, de la que descendía Teodorico, el jefe de Casiodoro. Al dividir a los godos en dos grupos, el de los conquistados por los hunos en el año 376, y el de los que habían huido de ellos, los *Getica* consiguen mantener la tesis de que la familia Amal había gobernado desde antiguo a *todos* los godos que no habían penetrado en el territorio romano durante el reinado de Valente. Los Amalos fueron posteriormente los fundadores de la estirpe de los ostrogodos, como ya hemos mencionado antes, pero esto sucedió aproximadamente entre los años 460 y 490. Y no hay nada que sugiera que la dinastía de los Amalos haya tenido en modo alguno una relevancia notable antes de lograr la consolidación de esa nueva raíz de su poder. Es frecuente que los miembros de las dinastías advenedizas pretendan no serlo en absoluto, y el caso de Teodorico fue un ejemplo de ello. Al referirse a la familia de Teodorico, las cartas de Casiodoro aluden invariablemente a una «dinastía purpurada». Este punto de vista impregnó la historia de Casiodoro —de ahí su influencia en los *Getica*—. Además, no hay razón para suponer que nuestra lista de los siete grupos de godos sea exhaustiva: había muchas familias «reales» godas que competían entre sí para tratar de ponerse a la cabeza de sus respectivas hordas guerreras.[5] En realidad, la caída del imperio huno fue bastante más confusa de lo que imaginó Jordanes.

Tal como nos relatan los *Getica*, el origen del desplome huno radica en una disputa sucesoria surgida entre los hijos de Atila poco después de la súbita muerte de su padre. Al menos tres de sus hijos figuran en distintas fuentes como cabecillas importantes por derecho propio —Dindzico, Ellac y Hernac—, pero no tenemos ni idea de cuántos hijos tuvo Atila en total, ni de si eran todos candidatos potenciales al puesto de su padre, o de si sólo lo fueron algunos de ellos. La disputa degeneró pronto en una guerra civil y su resultado fue que uno de los grupos germánicos vasallos, el de los gépidas acaudillados por su rey Ardarico, se deshizo de la dominación huna. Presumiblemente, esto significó que los gépidas se negaron a seguir pagando tipo alguno de tributo o a continuar respondiendo a las demandas de prestación de servicios militares. La rebelión no se tomó a la ligera, según nos dicen los *Getica*, y la consecuencia fue el estallido de una batalla junto a un río no identificado de Panonia al que se da el nombre de Nedao:[6]

Allí tiene lugar el enfrentamiento de varios pueblos que habían estado sometidos al poder de Atila. Los reinos y los pueblos se dividen y de un solo cuerpo surgen diversos miembros que no obedecen a una misma voluntad, sino que una vez cortada la cabeza enloquecen unos contra otros ... [De ahí que] [e]stos pueblos valerosísimos ... se [hayan] destrozado a sí mismos ... [F]ue un espectáculo ... contemplar al godo luchando con sus lanzas, al gépida enfurecido con su espada, al rugo romper los dardos en sus propias heridas, al suevo [luchando a pie], al huno [con] sus flechas, al alano formando su ejército de armadura pesada y al hérulo el suyo de armadura ligera ... [Al final], tras muchos y encarnizados enfrentamientos, la victoria favoreció inesperadamente a los gépidas ...

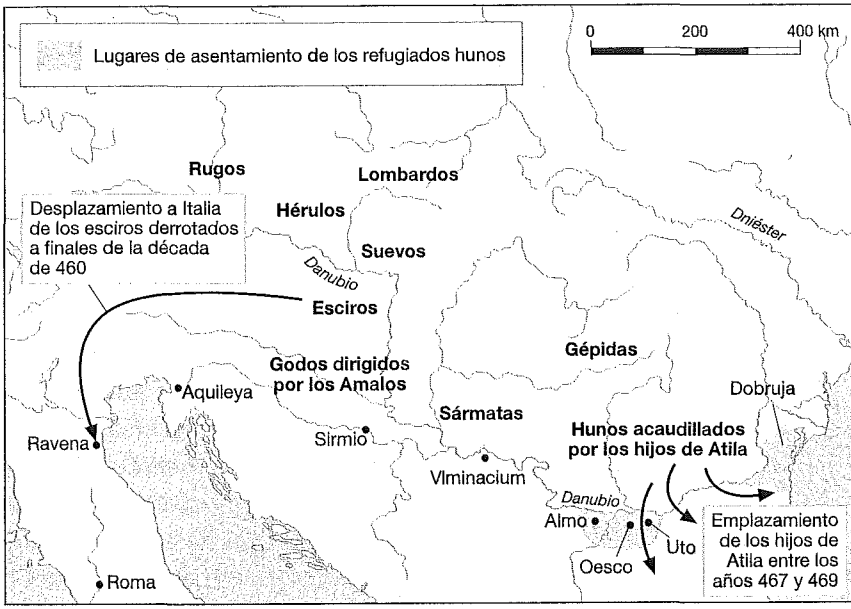
Estamos aquí ante un buen relato de petos de armadura desgarrados, pero no resulta muy informativo, pese a que el perfil del episodio sea razonablemente verosímil. Está claro que en el siglo V, tras haber quedado más centralizado el poder, las luchas dinásticas pasaron a convertirse en norma en el seno de las familias reales de los hunos. En el capítulo 7 vimos que en las anteriores contiendas sucesorias, durante la década de 440, los refugiados de origen regio habían terminado en algunos casos en el interior del imperio romano, y que algunos de ellos habían sido entregados para que se los ejecutara. Es también poco probable que Jordanes hubiera decidido conceder a los gépidas un papel estelar sin que resultara imposible no hacerlo, en especial si tenemos en cuenta que no era precisamente amor lo que godos y gépidas se profesaban unos a otros en el siglo VI.[7]

Lo que no está en absoluto claro, sin embargo, es quiénes eran los integrantes de cada uno de los bandos contendientes, y tampoco lo está si se produjo sólo una gran batalla o una serie de choques de menor entidad. Jordanes también se muestra algo vago respecto al resultado de toda esa violencia. Indica escuetamente que, con su rebelión, «Ardarico ... borró ... la servidumbre a la que había estado sometido e incitó a levantarse no sólo a su pueblo sino a todos los demás que estaban igualmente oprimidos ...».* Ahora bien, el modo exacto en que se haya verificado esa liberación de la servidumbre es una cuestión abierta a las interrogantes. Cuando en el curso de la batalla (o batallas) el hijo de Atila, Ellac, resultó muerto, según nos informa Jordanes, los demás aban-

* Jordanes, *Getica*, L, 260. *(N. de los t.)*

donaron inmediatamente sus hogares del Danubio medio y huyeron a las tierras situadas al este de los Cárpatos y al norte del mar Negro, lo que dejaba en libertad a todos los vasallos de los hunos, sin importar en qué bando hubiesen combatido.[8] Hacia el año 460, aproximadamente, y hasta donde nos es dado reconstruirla, la posición de las principales potencias en la llanura media del Danubio y sus inmediaciones era más o menos como sigue (mapa 15). Los godos conducidos por el linaje de los Amalos ocupaban un arco de terreno situado al sur del río Danubio, en la antigua Panonia romana, y que se extendía desde el lago Balatón hasta la ciudad de Sirmio. Los gépidas controlaban la franja nororiental, que comprendía gran parte de la antigua provincia romana de la Dacia, abandonada en el siglo III. Entre los dos se encontraban los suevos, al norte del punto en el que el Danubio cambia de dirección, a los que hay que sumar los esciros, los hérulos, los rugos y el grupo de sármatas y alanos. Si hacemos una lectura literal de Jordanes, gracias a la revuelta de los gépidas todos estos grupos habrían abandonado rápidamente su condición de vasallos de los hunos para convertirse en reinos independientes. Sin embargo, tanto los fragmentos que se han conservado en otros textos como algunos detalles extraños del relato de Jordanes nos proporcionan las suficientes pistas para que podamos apreciar con claridad que, de nuevo, estamos ante una imagen excesivamente simplificada.

La idea de que los hunos desaparecieron súbitamente de la región de los Cárpatos entre los años 453 y 454, por ejemplo, es profundamente engañosa. A finales de la década de 450 y principios de la de 460 los hunos aparecieron en dos ocasiones al oeste de los Cárpatos para atacar a los godos conducidos por los Amalos en Panonia, como nos indica el propio Jordanes,[9] y a finales de la década de 460 los hijos de Atila que aún vivían consiguieron desencadenar ataques contra el imperio romano al otro lado del Danubio. Si, como refiere Jordanes, los hunos habían abandonado efectivamente el Danubio tras la batalla del Nedao, no habían ido muy lejos. Y aunque es posible que el choque junto al Nedao haya liberado a los gépidas, resulta claro que no liberó a todo el mundo. Cuando los hunos, capitaneados por el hijo de Atila, Dindzico, atacaron por última vez al imperio romano de Oriente, en los años 467 y 468, tenían aún tras de sí a un número sustancial de godos, según refiere Prisco.[10] Jordanes también nos dice que Dindzico había movilizado a varios grupos —a los ultzinzuros, angisciros, bituguros y bardoros— para lanzar su segundo ataque contra los godos guiados por los Ama-



15. Los hunos y sus antiguos vasallos, c. 465

los.[11] Esto no quiere decir que la batalla del Nedao no haya constituido un punto de inflexión significativo, pero sí demuestra que el poderío ejercido por los hunos sobre los demás grupos de población de la región de los Cárpatos no se extinguió súbitamente.

La ruta hacia la libertad de los godos gobernados por los Amalos, y de la mayor parte de los vasallos de los hunos, tampoco se desarrolló del modo que sugiere Jordanes. No hubo ningún súbito instante de liberación que independizara a todo el mundo al mismo tiempo. Como hemos visto, había al menos tres grupos distintos de godos sometidos al dominio de los hunos al morir Atila, y antes había existido un cuarto grupo (el integrado por los godos que figuran con los números 3 y 6 de la lista de la página 447) sustraído a la hegemonía huna por la acción militar del imperio romano de Oriente y reinstalado en Tracia en la década de 420. El grupo 1 se había zafado de los hunos a finales de la década de 450, el grupo 4 lo hizo a mediados de la de 460, mientras que el grupo 5 no logró alcanzar nunca la libertad y participó en el ataque final que los hunos lanzaron contra el imperio en los años 467 y 468. No disponemos de una información equivalente que nos aclare la situación de

los demás pueblos vasallos de los hunos, pero detrás del nombre de cada grupo concreto —los suevos, los rugos, los hérulos, los gépidas, los alanos y demás— es posible que hayan existido asimismo varias unidades políticas independientes que se sacudieran el yugo huno en distintas épocas del período comprendido entre los años 453 y 468.

Tampoco debemos suponer que cada una de las distintas unidades que salieron a flote tras el hundimiento del imperio huno dispusiera ya de un liderazgo propio en perfecto estado de funcionamiento en el momento en que murió Atila. Los *Getica* refieren que ése era el caso de los godos gobernados por los Amalos, y pretenden que Valamiro el Amalo, tío de Teodorico, había sido mano derecha y hombre de confianza de Atila, añadiendo que la primacía del linaje de los Amalos en el grupo 1 no era cuestionada en modo alguno. Hay buenas razones para dudar de ambas afirmaciones. El propio Jordanes señala que durante los cuarenta años que pasó sometida a la hegemonía huna, antes de la aparición de Valamiro, esta dinastía supuestamente indiscutible no había gobernado de hecho a godo alguno. Jordanes relata igualmente algunas historias interesantes acerca de un gobernante aparentemente huno llamado Balamber que había derrotado a varios gobernantes godos, en particular a Vinitario y a Hunimundo. Tan pronto como se reconoce que los relatos de las hazañas de Balamber narran probablemente los comienzos de la consolidación del poder de Valamiro sobre los godos de la estirpe de Amal se deshacen muchas de las incoherencias cronológicas. Balamber no aparece en ninguna otra fuente. Y en griego, Valamiro se escribe «Balamer». Las historias nos dicen de él que derrotó a dos linajes godos rivales en las personas de Vinitario y de Hunimundo, y que este último fue vencido junto con su hijo Turismundo. Gesimundo, hermano de Turismundo, prefirió aceptar la primacía de Valamiro a tener que proseguir con la disputa, mientras que el hijo de Turismundo, Berimundo, huyó al oeste, al imperio romano.

Por tanto, en vez de una dinastía de los Amalos investida en tiempos de la muerte de Atila con un prestigio único y largo tiempo establecido debemos considerar la existencia de varios jefes militares godos de escaso relieve en mutua competencia, cada uno de ellos provisto de su propia horda guerrera. Al parecer, Valamiro fue el primero que los unió, en unos casos mediante la acción militar directa (como en el asesinato de Hunimundo), en otros, como sucedió con la renuncia de Gesimundo, a través de la conciliación, y en otros más por medio de una mezcla de

ambas cosas —Valamiro mató a Vinitario y después se casó con su nieta—.[12] La conjetura que considero más fundada es que toda esta reestructuración política tuvo lugar *después* de la muerte de Atila. El proceso alumbró una fuerza goda mucho mayor y más capaz de resistir a la dominación huna, y es difícil pensar que Atila, estando en el cenit de su poder, lo hubiera tolerado.[13]

Por consiguiente, queda bastante claro que no todos los vasallos de los hunos se convirtieron en unidades definidas, con liderazgos bien determinados dispuestos a reconquistar su independencia y con la expectativa de poder hacerlo tan pronto como el gran hombre muriese. Tal vez sólo haya sucedido eso en el caso de los gépidas, lo que podría explicar por qué éstos lograron recuperar tan rápidamente su independencia. Pero los demás grupos a los que vemos afirmar su autonomía tras la muerte de Atila no se habían constituido sino en fecha muy reciente: poniéndose en pie, como si dijéramos, en torno al liderato de los nuevos hombres que iban surgiendo. La aparición del reino de los esciros, por ejemplo, distó mucho de resultar sencilla. En la década de 460 estuvieron gobernados por el mismo Edica a quien ya conocimos en el último capítulo como miembro del círculo de máxima confianza de Atila, el hombre a quien los romanos de Oriente habían tratado de sobornar para que asesinase al entonces jefe de los hunos. Edica estaba respaldado por dos hijos, Odoacro y Hunvulfo. Cuando el imperio huno se vino abajo, está claro que Edica se las arregló para reorganizar su biografía y pasar a convertirse en rey de los esciros después de haber sido un partidario de toda confianza de los hunos. Resulta interesante constatar que, probablemente, él mismo no fuera esciro de nacimiento. En la descripción de sus hijos se indica que éstos eran de madre escira, pero en la suya propia se le pone unas veces la etiqueta de huno y otras la de turingo. Esto último —por ser más concreto— tiene quizá más probabilidades de ser correcto. Lo que capacitaba a Edica para la jefatura de los esciros no era por tanto su origen, sino una alianza matrimonial —probablemente con la hija de algún pez gordo esciro—, añadida a su relevancia en la corte de Atila. No tenemos información de los demás grupos, pero yo sospecho que entre mediados y finales de la década de 450 hubo un gran número de reorganizaciones políticas de este género, paso previo que permitió salir a la luz histórica a los reinos que sucedieron al imperio huno.[14]

Al encajar unos con otros todos estos fragmentos se insinúa una explicación de la caída del imperio huno muy distinta de la que brinda Jor-

danes. El hecho de que la reafirmación de independencia por parte de los pueblos vasallos, o al menos de algunos de ellos, hubiera de verse precedida por reajustes políticos de gran envergadura nos indica que el imperio huno avanzó gradualmente hacia la extinción conforme fue perdiendo el control de esos pueblos.

El surgimiento de los nuevos grupos independientes puso entonces en marcha la fase final del proceso de extinción de los hunos. Los hunos habían reunido la mayoría de sus efectivos en la gran llanura húngara y esta concentración sin precedentes de grupos armados hizo que se alzara en la zona una maquinaria bélica de enorme poderío.[15] En la época romana, sólo se habían repartido esa región los sármatas, los suevos y los alanos —ya que la política romana había puesto gran cuidado en evitar la superpoblación de la franja fronteriza inmediata por temor a que eso pudiese conducir a la violencia—. La desaparición de la dominación huna creó justamente la situación que se habían propuesto evitar esas antiguas políticas romanas: la concentración de grupos rivales armados en una zona relativamente pequeña. Por consiguiente, a medida que los nuevos reinos fueron midiéndose unos con otros en su pugilato por la obtención del dominio en el Danubio, la evolución de las luchas por la independencia surgidas durante la década de 460 las transformó con toda naturalidad en una pugna por la hegemonía en la región.

Una vez más, el único relato coherente ha de buscarse en los *Getica*, que, por supuesto, presentan el proceso como un triunfo de los godos acaudillados por los Amalos.[16] Tal como nos dice Jordanes, éstos llegaron rápidamente a las manos con los suevos, sobre los que obtuvieron una gran victoria. Entonces, los suevos instaron a las demás potencias regionales, muy particularmente a los esciros, a ponerse en contra de los godos. En una de las primeras escaramuzas de la batalla, los esciros se las arreglaron para matar a Valamiro, pese a lo cual los godos se tomaron feroz venganza y aniquilaron a los esciros como potencia independiente. Esto empujó a la mayor parte de los grupos restantes —los suevos, los esciros que habían sobrevivido, los rugos, los gépidas y los sármatas, junto con «no pocos refuerzos»— a unirse contra los godos. La consecuencia fue una segunda gran batalla, en un segundo río no identificado de Panonia, el Bolia, donde, según nos dice Jordanes:

> Se trabó combate y resultó vencedor el bando de los godos, y con tanta rotundidad, que el campo de batalla, cubierto con la sangre de los ene-

migos derribados, parecía un mar teñido de rojo. Las armas y los cadáveres amontonados a manera de montículos llenaron el campo de batalla en número superior a diez mil. Los godos contemplaban este espectáculo repletos de un júbilo y de una alegría indescriptibles, porque ... habían vengado la sangre de su rey Valamiro ... [y hecho] una carnicería inimaginable en el ejército de los enemigos.[17]

Otras fuentes nos proporcionan justo la información suficiente para confirmar la versión de Jordanes. Un fragmento de la historia de Prisco consigna que, antes de la confrontación, los esciros y los godos conducidos por los Amalos enviaron embajadas a Constantinopla para tratar de obtener el auxilio del imperio de Oriente.[18] El exterminio de los esciros figura también en otras fuentes. Ahora bien, no sabemos realmente si los godos gobernados por los Amalos lograron salir siempre victoriosos o no, y en qué medida.

La violencia y la inestabilidad no comenzaron a ceder un tanto en la región mientras no quedaron eliminados algunos de los grupos rivales. El reino esciro perdió su independencia a finales de década de 460, y en el año 473 los godos gobernados por los Amalos abandonaron la zona para probar suerte en el imperio romano de Oriente. Ninguno de estos sucesos, sin embargo, llegó a tiempo de salvar a los hijos de Atila. A medida que fueron desarrollándose los acontecimientos de las décadas de 450 y 460, fatalmente, su posición fue haciéndose cada vez más precaria. Cada afirmación de independencia significaba que otro pueblo vasallo había dejado de pagar sus tributos anuales. Esto era ya lo suficientemente malo de por sí, pero entonces los nuevos reinos comenzaron a tomar la iniciativa y a tratar de optimizar sus respectivas posiciones a expensas tanto de los demás grupos como de los hunos. La transformación que les hizo pasar de triunfadores a víctimas queda bien ilustrada en las dos guerras que, según Jordanes, libraron los hijos de Atila contra los godos gobernados por los Amalos. En la primera les atacaron como si los consideraran «esclavos fugitivos», con el propósito de reafirmar su propia hegemonía y consolidar su derecho al tributo. En la segunda, trataban de evitar que algunos de los grupos de menor tamaño que se habían instalado en Panonia quedasen bajo el dominio de los godos.[19] Todos los demás grupos importantes de los que tenemos noticia estaban haciendo fundamentalmente lo mismo, así que los cimientos del poderío de los hunos se vieron gradualmente erosionados.

A mediados de la década de 460 los dos hijos de Atila que aún vivían, Dindzico y Hernac, se encontraban en una situación desesperada. La pérdida de pueblos vasallos, unida al creciente aumento del poder de grupos como el de los godos conducidos por los Amalos, hacía que su posición al norte del Danubio resultase insostenible. La única opción que se abría ante ellos consistía en procurar una conciliación con el imperio romano. Sin embargo, Dindzico juzgó equivocadamente la situación —quizás exigiese demasiado—. En el año 469 fue derrotado por el general romano Anagastes, y su cabeza fue exhibida públicamente en Constantinopla. Hernac y sus seguidores, tal vez menos codiciosos, fueron finalmente reinstalados junto al Danubio en la parte septentrional de Dobruja (en la actual Rumania), y algunos grupos residuales de hunos se asentaron en las fortalezas de Oesco, Uto y Almo o en sus alrededores. El poderío huno independiente al norte del Danubio había terminado. La desaparición del reino de Atila había sido rápida y total.

A LOMOS DEL TIGRE

A pesar de sus muchas limitaciones, por tanto, el relato de los *Getica* nos permite reconstruir algunas de las fases clave del proceso del hundimiento huno. A lo largo de los años se han ofrecido muchas explicaciones de este extraordinario fenómeno. Los historiadores de épocas anteriores tendían a argumentar que el hecho atestiguaba las extraordinarias capacidades personales de Atila: el imperio sólo podía existir con él al timón. Edward Thompson, por el contrario, veía la raíz de la desaparición de los hunos en la división social que habían causado todas las riquezas extraídas del imperio romano.[20] Hay algo de verdad en ambas teorías. Atila el huno, como hemos visto, fue un jefe extraordinario, y no hay duda de que el oro que se arrancó a Roma no fue distribuido de modo enteramente uniforme entre su pueblo. Sin embargo, la plena comprensión del imperio huno ha de ocuparse del estudio de sus relaciones con sus vasallos, en su mayor parte de origen germánico. Como ya se ha sugerido antes, el elemento subyacente a la súbita explosión del poderío huno entre las décadas de 420 y 440 fue su capacidad para nutrirse de aquel gran número de grupos militarizados. Del mismo modo, tras la muerte de Atila, la creciente incapacidad de sus sucesores para conservar el control de esos mismos grupos explica su propio declive.

El punto de partida clave estriba en que, por regla general, los integrantes del imperio huno no se adherían a él de forma voluntaria. Todas las pruebas de que disponemos sugieren que los grupos no hunos se vieron atrapados en él como resultado de la confluencia de dos factores: la conquista y la intimidación. En tiempos de Atila, los acaziros fueron los últimos en caer en la órbita del imperio. Hemos conocido la primera mitad de la historia en el capítulo 7, al saber que el embajador del imperio de Oriente había entregado los mejores regalos al rey equivocado. Prisco nos dice lo que ocurrió después:

> Kouridaco, el jefe de mayor antigüedad [rey de los acaziros] ... pidió a Atila que le ayudara a luchar contra los demás reyes. Atila envió sin dilación una gran fuerza, aniquiló a algunos de ellos y obligó al resto a someterse. Después convocó a Kouridaco para que compartiera con él los trofeos de la victoria. Él, sin embargo, como sospechaba una maniobra, declaró que era muy difícil que un hombre pudiera ver a un dios ... De este modo, Kouridaco permaneció entre los suyos y salvó su reino, mientras que el resto de los acaziros se sometían a Atila.[21]

Atila envió entonces a su hijo mayor para que gobernase a los conquistados. El pasaje revela que a pesar de que Atila era capaz de realizar diestras maniobras políticas cuando la ocasión lo exigía, el principal instrumento de la expansión imperial huna era la conquista militar. En primer lugar, si los tervingos y los greutungos se habían acercado al Danubio durante el verano del año 376 había sido desde luego para evitar la dominación huna. Y en la década de 430 los burgundios también terminaron en el imperio romano después de haber recibido un brutal castigo por parte de los hunos. Todo esto concuerda con el hecho de que había, como hemos visto, un modo —y sólo uno— de abandonar el imperio de Atila: la guerra.[22]

No disponemos de toda la información que nos gustaría tener sobre las relaciones entre los conquistadores hunos y sus distintos vasallos. Un relato que nos refiere Prisco ha solido ocupar, de entre los textos que han llegado hasta nosotros, el lugar de honor, pues ilustra, según opinión frecuente, la movilidad étnica y social que el imperio huno permitía. Mientras rondaba por el campamento de Atila, Prisco topó con un huno bien vestido que le saludó en griego. Tras hablar con él, el «huno» resultó ser un ex prisionero romano, un antiguo comerciante capturado en la caída

de Viminacium en el año 411. En el subsiguiente reparto, el prisionero había sido asignado a Onegesio y había combatido en las campañas posteriores, tanto contra los romanos como contra los acaziros. Luchó bien, consiguió grandes cantidades de botín, se las fue entregando a Onegesio, y resultó por tanto liberado. Después había tomado una esposa huna y ahora era camarada y hombre de confianza de su antiguo amo, y acostumbraba a cenar con él. De este modo, un esclavo que destacase en la batalla podía obtener su libertad y ser aceptado en círculos hunos realmente elevados. Aunque no es tan común verlo citado, hay un relato que expone la otra vertiente de las relaciones del amo y el esclavo entre los hunos. También durante su estancia en la corte de Atila, Prisco vio el ahorcamiento de dos esclavos que habían aprovechado la oportunidad ofrecida por el desorden de la batalla para matar a su amo. Y de hecho, la mayoría de los vasallos de los hunos eran explotados de distintos modos y se los mantenía firmemente atados a su condición.[23]

Un fragmento revelador de la historia de Prisco registra un incidente ocurrido entre los años 467 y 468, durante el último ataque de Dindzico contra el imperio romano. En esa ocasión, los romanos dialogaron en un aparte con una fuerza conjunta de godos y hunos y recordaron al contingente godo el modo exacto en que, por lo general, se comportaban los hunos con ellos: «Esos hombres no sienten el menor interés por la agricultura, sino que, como lobos, atacan y roban las provisiones de víveres de los godos, con el resultado de que éstos continúan siendo esclavos y sufren ellos mismos penuria de alimentos».[24] Por supuesto, el hecho de que se apoderaran de las vituallas de los pueblos vasallos era tan sólo una parte de la historia. Dichos pueblos se habían acostumbrado también, como hemos visto, a combatir en las guerras de los hunos. Lo probable es que fueran pocos los prisioneros que resultaran realmente útiles en la lucha, y es muy posible que el número de bajas registrado durante las campañas hunas fuese enorme. Ciertamente, el comerciante convertido en huno del que nos habla Prisco prosperó, pero la suya era sin duda una historia poco habitual.

Está claro, por tanto, que el imperio huno era una entidad política intrínsecamente inestable, desgarrada por las tensiones entre gobernantes y gobernados. Aunque de un tipo distinto, también existían tensiones entre los propios pueblos vasallos, que ya tenían, antes incluso de que aparecieran los hunos, una larga historia de agresiones mutuas. Los historiadores tienden a ocuparse poco de esta inestabilidad en par-

ticular porque la mayor parte del material de consulta procede de un romano, Prisco, y porque pertenece a una época en que el poderío de Atila era indiscutible. Con todo, si ampliamos el radio de incidencia de la recogida de datos, las pruebas se acumulan rápidamente por sí solas. El punto fuerte del imperio huno —la capacidad de acrecentar su poder mediante la rápida consunción de los recursos de los pueblos vasallos— constituía también su mayor debilidad. Los romanos, por ejemplo, se alegraban de poder explotar, siempre que podían, la circunstancia de que esos pueblos vasallos no se hallaran en el imperio huno por propia voluntad. En la década de 420, la acción con la que el imperio de Oriente se opuso al creciente poderío huno en Panonia consistió en hurtar a su control a un gran número de godos a los que posteriormente asentó en Tracia.[25] Y un fragmento anterior de Prisco nos dice:[26] «Cuando Rúas era rey de los hunos, los amilzuros, los itimaros, los tonsuros, los boiscos y otras tribus que vivían cerca del Danubio huían para luchar en el bando de los romanos». Este texto se refiere a una fecha de finales de la década de 430, posterior a un acontecimiento que permitió a Rúas la consecución de un éxito considerable, lo que indica que ni siquiera el éxito bastaba para garantizar la conformidad de los grupos sometidos. El comienzo de un nuevo reinado era un momento de particular tensión. La primera campaña de los sucesores de Rúas, Atila y Bleda, tras acceder al poder en el año 440, no fue dirigida contra los romanos: «[Al comienzo de su reinado], tras haber sellado la paz con los romanos, Atila, Bleda y sus fuerzas marcharon por la Escitia y sometieron a las tribus de la región, además de declarar la guerra a los sorogsos». Una vez establecida la propia superioridad, la consolidación del mando supremo sobre los grupos vasallos constituía probablemente la primera prioridad de todo nuevo gobernante del imperio huno.

Los conflictos que surgieron tras la muerte de Atila no fueron por tanto excepcionales, sino inherentes a la relación existente entre los hunos y sus vasallos. Siempre que les resultaba posible, los cabecillas hunos trataban de asegurarse de que los romanos no pudieran suscitar discordias contra ellos en la comarca. En su primer tratado con los romanos de Oriente, convenido en un momento en que estos últimos sentían deseos de alcanzar la paz en el Danubio para poder dar curso a sus ambiciones en el norte de África, Atila y Bleda lograron asegurarse «de que los romanos no pudieran establecer alianza alguna en su contra con ningún pueblo bárbaro mientras ellos se preparaban para combatirles». A dife-

rencia del imperio romano, que dedicó siglos a disipar las tensiones surgidas de la conquista mediante el expediente de convertir a sus súbditos —o al menos a los terratenientes— en ciudadanos plenamente romanos, los hunos carecían de la estabilidad y la capacidad burocrática necesarias para gobernar directamente a sus vasallos.[27] En lugar de revolucionar las estructuras sociopolíticas de los pueblos conquistados o de imponerles las suyas propias, los hunos se veían obligados a confiar en una autoridad indígena para proceder al gobierno cotidiano de los grupos vasallos. En consecuencia, los hunos no pudieron ejercer sino un grado de dominio e injerencia moderados, e incluso eso variaba de un pueblo sometido a otro. Los gépidas, como hemos visto, poseían su propio jefe supremo en la época de la muerte de Atila, y por consiguiente, lograron afirmar rápidamente su independencia. Otros grupos, como el de los godos gobernados por los Amalos, tuvieron que proclamar primero a un caudillo propio antes de poder desafiar la hegemonía huna. Algunos de esos grupos, como el de los godos esclavizados por Dindzico al invadir éste el territorio del imperio de Oriente en la década de 460, nunca lo consiguieron. Sin embargo, incluso esos grupos, que aún seguían dominados por Dindzico en el año 468, tenían sus propios caciques subalternos.

Si las fuentes fueran más numerosas y más informativas, yo sospecho que la narración habría mostrado que, después del año 453, el imperio huno había comenzado a perder, como una cebolla, todas sus capas, pues los distintos grupos de vasallos fueron afirmando su independencia en diferentes momentos, en relación inversa al grado de dominio que los hunos hubieran ejercido previamente en sus vidas. Las dos variables clave fueron, en primer lugar, la medida en que la estructura política de los vasallos se hubiera mantenido intacta; y en segundo lugar —según sospecho firmemente, aunque no pueda probarlo—, la distancia que separara a esos grupos del corazón del imperio en el que Atila tenía sus campamentos. Algunos grupos, asentados en las proximidades de los territorios propios de los hunos, se hallaban sujetos con gran firmeza, y toda tendencia al surgimiento de una jefatura unificada era suprimida. Los grupos que vivían en zonas más alejadas conservaban mejor sus propias estructuras políticas, y su control no resultaba tan sencillo. En tiempos de Atila, los francos y los acaziros definían los límites geográficos de su influencia más remota, mientras que los grupos que se encontraban en el medio, como los turingos, los godos, los gépidas, los suevos, los esciros, los hérulos, los sármatas y los alanos tuvieron que

hacer frente, con sujeción en todos los casos más estrecha, a distintos grados de control.[28]

Las pruebas arqueológicas vinculadas con el imperio de Atila nos ofrecen una perspectiva adicional de las relaciones entre vasallos y dominadores. Como vimos en el capítulo 7, estas pruebas se presentan principalmente en forma de cementerios germánicos o aparentemente germánicos. Una característica sorprendente de los materiales obtenidos en la excavación es el contraste entre el gran número de enterramientos desprovistos de enseres funerarios y la cifra, mucho menor, de sepulcros suntuosos. Estas ricas sepulturas no son *simplemente* ricas: lo son en un grado extraordinario. Contienen una enorme colección de accesorios de oro y de objetos de adorno, y lo más destacado de estas colecciones son las joyas con incrustaciones de oro y granate, ya que las piedras están engastadas en celdillas de oro para conseguir un efecto que no difiere mucho del de un mosaico. Más tarde, durante los períodos tardorromano y posromano, este tipo de trabajo habría de convertirse en todas partes en la señal distintiva de las élites. Por ejemplo, el origen de la influencia que tuvo en la imaginación de las élites el estilo de las joyas de ataujía halladas en el barco funerario de principios del siglo VII hallado en Sutton Hoo, East Anglia, Inglaterra, se encuentra en la Europa huna.[29] En un enterramiento situado en Apahida (en la actual Transilvania) se hallaron más de sesenta objetos de oro, entre los que cabe destacar un águila de oro macizo que se ajustaba a la silla de montar de su propietario. Todas las piezas de los arreos del caballo de este individuo estaban hechas igualmente de oro, y él mismo se hallaba engalanado con alhajas de oro de la cabeza a los pies. Hay otras sepulturas de similar suntuosidad, así como algunas que contienen un número más reducido de objetos de oro.[30]

La presencia de tanto oro en la Europa germánica del centro y del este es altamente significativa. Hasta el nacimiento de Cristo, la diferenciación social en el mundo germánico vino a manifestarse, caso de hacerlo, a través de los usos funerarios, y únicamente por la presencia en ciertas tumbas de un número mayor de lo habitual de vasijas hechas a mano, o de prendedores de bronce y hierro ligeramente más decorados. Hacia los siglos III y IV d. C., algunas familias enterraban a sus muertos con broches de plata, un gran número de collares y a veces algunos objetos de barro trabajados en el torno. Sin embargo, en esa época no se utilizaba el oro para señalar la distinción, ni siquiera en las tumbas de las

élites —lo más que podían conseguir era un poco de plata—.[31] El imperio huno cambió este estado de cosas, y prácticamente de la noche a la mañana. Los enterramientos de «estilo danubiano», en los que abunda el oro, señalan el súbito y explosivo aumento del número de enseres de oro en esta parte de Europa. La procedencia del oro no ofrece duda alguna: lo que vemos en los objetos funerarios de la Hungría del siglo V es la prueba palpable de que la riqueza cambió de manos y de que se desplazó, desde el mundo romano, hacia el norte, como sabemos por la lectura de los textos de Prisco y de otras fuentes escritas. Los hunos, como vimos en el último capítulo, iban detrás del oro y de otras riquezas transportables del imperio —ya fuese en forma de pagos por servicios mercenarios, de botín o, muy especialmente, de tributos anuales—. Está claro que una gran cantidad de ese oro fue reciclado y convertido en las joyas e incrustaciones que hallamos en sus tumbas. El hecho de que muchas de estas sepulturas suntuosas pertenecieran a individuos de origen germánico indica que los hunos no se limitaron a aferrarse al oro, sino que también repartieron una cierta cantidad entre los jefes de sus vasallos germanos. Por consiguiente, estos jefes se hicieron efectivamente muy ricos.

El razonamiento que subyacía a esta estrategia consistía en que, si se lograba conceder a los jefes germanos una cierta participación en los éxitos del imperio huno, entonces podría minimizarse la disidencia y las cosas funcionarían con relativa suavidad. El ofrecimiento de regalos de oro a los príncipes vasallos contribuiría a mantener engrasada la política del imperio y a alejar las ideas de rebelión. Dado que hay bastantes enterramientos que contienen objetos de oro, esos príncipes debieron de haber transferido parte del oro a sus partidarios predilectos.[32] Por consiguiente, el oro es un reflejo de la política seguida por la corte de Atila. (Resulta atractivo pensar que el príncipe enterrado en Apahida pueda haber sido alguno de los que Prisco conoció.) De igual importancia es el hecho de que el papel de esos repartos de oro, como prácticas destinadas a contrarrestar la frecuente inestabilidad interna —sumado a lo que ya sabemos acerca de la procedencia de ese oro—, haga resaltar el rol que desempeñaba la guerra de saqueo en la tarea de mantener a flote el agujereado cascarón de nuez que era la nave del estado huno.

Ante todo, el éxito en la guerra acrecentaba la reputación del jefe en ejercicio como figura de poderío hegemónico. Da fe de ello el caso de Atila y la espada de Marte. Sin embargo, hay motivos más que sufi-

cientes para suponer que el éxito militar había tenido exactamente la misma importancia para sus predecesores. La reputación de un gran poderío traía consigo la posibilidad de intimidar a los pueblos sometidos, y desde luego el éxito militar era también la fuente del oro y los demás despojos con los que se mantenía en su sitio a los cabecillas vasallos —aunque la rapidez con la que los grupos sujetos decidieron abandonar el imperio tras la muerte de Atila sugiera que los pagos no compensaban el peso de la explotación—. A diferencia del imperio romano, que como hemos visto, trataba de mantener bajos los niveles de población en las zonas fronterizas para minimizar la posibilidad de que surgiesen conflictos, el imperio huno reunía en ellas a una enorme población sometida.[33] La concentración de un conjunto tan grande de gentes de armas hizo surgir una formidable maquinaria bélica que por fuerza había de ponerse en marcha —pues albergaba demasiadas tensiones internas para poder permanecer estática—. El número de grupos sujetos a los hunos superaba al de los propios hunos, en una relación que probablemente fuera de varios individuos a uno. Era esencial mantener ocupados a los pueblos vasallos, ya que, de lo contrario, los elementos descontentos buscarían cauces por los que descargar su energía y la desvencijada estructura del imperio podría empezar a derrumbarse.

Hemos llegado a ver a Atila el huno desde una perspectiva muy distinta. Como suele suceder, el factor que le hizo tan poderoso supuso al mismo tiempo su mayor carga. La fuerza militar que barrió a los ejércitos del imperio romano de Oriente en la década de 440 era en sí misma muy inestable. Las victorias que le proporcionaron fortalecieron el control de Atila a corto plazo, pero ese control estaba amenazado por las tensiones internas, de ahí que le resultase esencial obtener nuevas victorias para conservar el predominio. En caso de que su reputación comenzara a resquebrajarse, sus vasallos le abandonarían para arrojarse en los abiertos brazos de los romanos. Atila fue el mayor conquistador bárbaro de la historia europea, pero cabalgaba a lomos de un tigre cuya ferocidad carecía de precedentes. Si su dominio hubiera vacilado, habría sido abatido sin piedad.

A su vez, esto explica, en mi opinión, el movimiento, de otro modo misterioso, que le empujó a poner rumbo al imperio de Occidente a finales de la década de 440. Entre los años 441 y 447, los ejércitos de Ati-

la habían saqueado los Balcanes, con la excepción de algunas zonas de pequeño tamaño que se hallaban protegidas por dos obstáculos de gran envergadura: el Peloponeso, debido a su aislamiento geográfico, y la ciudad de Constantinopla, a causa de sus imponentes defensas de tierra. El imperio de Oriente se encontraba de rodillas: el tributo anual que tenía que pagar multiplicaba por diez el más elevado que jamás hubiera satisfecho. Los hunos le habían arrancado a Constantinopla prácticamente todo cuanto era posible obtener: en último término, la realización de nuevas campañas contra ella estaba abocada a chocar con la regla del rendimiento menguante. Y sin embargo, allí seguía instalado Atila, en la llanura húngara, rodeado de una enorme maquinaria bélica que no podía permanecer ociosa. Como no había plaza alguna que atacar en los Balcanes, era preciso hallar otro objetivo. En otras palabras, Atila giró hacia el oeste porque en el este había agotado el número de los objetivos de interés a su alcance.

Esto sugiere una última apreciación sobre el imperio huno. Políticamente dependiente de la victoria militar y del caudal de oro, estaba abocado a guerrear hasta el punto de propiciar su propia derrota, para deslizarse después, arrastrado por esa derrota, por el resbaladero de una crisis interna. En cualquier caso, los reveses que sufrió Atila en la Galia e Italia en los años 451 y 452 debieron de haber comenzado a punzar su aura de invencibilidad. Ciertamente causaron una disminución del flujo de oro, y es posible que algunos de los pueblos vasallos situados en posiciones más remotas empezaran a sentirse intranquilos. Con toda probabilidad, la muerte de Atila y la guerra civil entre sus hijos les proporcionó justamente la oportunidad que andaban buscando. En conjunto, no puede haber testimonio más vívido de las tensiones no resueltas que existían entre los principales gobernantes hunos y los explotados vasallos no hunos que el de la sorprendente desaparición del imperio de Atila. La extraña defunción de la Europa huna, sin embargo, formaba también parte del desplome del imperio de Occidente.

Un nuevo equilibrio de poder

En lugar de tener como oponente a un enorme ámbito de poder con el centro en la gran llanura húngara y los tentáculos extendidos hacia el Rin en una dirección y hacia el mar Negro en la otra, el imperio romano,

tanto de Oriente como de Occidente, se encontraba ahora frente a una jauría de estados sucesores. Aunque pasaban gran parte del tiempo enfrascados en luchar entre sí, también ejercían presión de cuando en cuando sobre la frontera romana. A medida que el imperio romano fue viéndose cada vez más implicado en las consecuencias del hundimiento huno, las características de la política exterior romana en la frontera del Danubio comenzaron a cambiar. Al hacer frente a su nueva situación, las autoridades romanas tenían dos prioridades. Necesitaban evitar que las pendencias que estallaban al norte del Danubio saltaran a su propio territorio en forma de invasiones o incursiones, e impedir al mismo tiempo que lo que surgiese del caos fuese otro imperio monolítico.

La pérdida del texto completo de la historia de Prisco no nos permite hacer un relato ininterrumpido que exponga el punto de vista romano, pero lo esencial es bastante fácil de deducir. Las fuentes que han llegado hasta nosotros aluden a la afluencia de riadas humanas de diversos tipos al territorio romano, como consecuencia de la feroz lucha por el *Lebensraum** que se libraba al otro lado del Danubio. El imperio de Occidente se veía ahora desbordado por un gran número de refugiados que acudían, tanto individualmente como en grupo, tras haber decidido que vivir por debajo de la ribera sur del río resultaba preferible a continuar la lucha por encima de su orilla norte. El más famoso de estos refugiados fue Odoacro, hijo de Edica y príncipe de los esciros. Después de que los godos gobernados por los Amalos aniquilaran el reino esciro, Odoacro se trasladó al territorio romano con una partida de seguidores, poniendo primero rumbo a la Galia y después a Italia, donde se alistó en el ejército romano. Su ejemplo fue seguido por otras muchas personas de orígenes menos distinguidos. A principios de la década de 470, el ejército romano de Italia estaba predominantemente compuesto por refugiados de la Europa central: los esciros aparecen mencionados de forma explícita, junto con los hérulos, los alanos y los torcilingos, todos ellos enrolados en sus filas.[34] Las fuentes que han llegado hasta nosotros no nos ofrecen cifras ni fechas precisas de los movimientos de población que les habían llevado a Italia. Esto sugiere tal vez —pese a la

* Es decir, «espacio vital». No sin ironía, el autor alude a la necesidad alegada desde antiguo por los pueblos de la Europa central, y en particular por la Alemania moderna, de procurarse dicho espacio para dar acomodo a su población, pretexto de innumerables guerras, entre ellas la de 1939. *(N. de los t.)*

existencia de factores (como la liquidación de la independencia escira) que, presumiblemente, aceleraran el proceso— que debemos concebir la situación en términos de un flujo sostenido de inmigrantes y de un constante reclutamiento, en lugar de pensar en una única oleada de grandes dimensiones.

Si algunos grupos, que iban llegando con cuentagotas, se limitaban a huir de la carnicería que se desarrollaba al norte del Danubio, otros trataban de crear sus propios enclaves en suelo romano —ya que, al parecer, percibían que esto era una opción más sencilla que la de seguir compitiendo en la llanura húngara—. A mediados de la década de 460, un cierto número de grupos empezaron a considerar que la competencia era excesivamente áspera para poder sobrellevarse, y, en rápida sucesión, se produjeron tres incursiones distintas en el territorio del imperio de Oriente. En el año 466, o inmediatamente después, el rey godo Bigelis (perteneciente al cuarto grupo mencionado en la página 447) condujo a sus seguidores al sur del Danubio, donde, según nos dice Jordanes, fue derrotado.[35] Más o menos por la misma época, una horda de hunos encabezada por un tal Hormidac invadió la Dacia y penetró hasta la ciudad de Sérdica. Allí resultó vencida por el general romano de Oriente, Antemio.[36] Fue en ese momento cuando el hijo de Atila, Dindzico, jugó su baza e intentó hacerse con una porción del territorio romano de Oriente: como hemos visto, también él fracasó en su propósito. La llegada de estas hordas armadas coincide más o menos con las guerras que enfrentaron a los godos conducidos por los Amalos con sus rivales de la llanura media del Danubio, y quizás estuviera causada, como sucedía con la disminución del flujo de refugiados que penetraba ahora en el imperio de Occidente, por este nuevo estallido de violencia.[37]

Al mismo tiempo, y en cierta medida, los nuevos reinos no hacían otra cosa sino continuar la labor en el mismo punto en que la habían dejado los hunos. Gracias a uno de los dos fragmentos que han llegado hasta nosotros de la historia en la que Prisco relata las repercusiones de la caída del imperio de Atila sabemos que Valamiro y sus godos invadieron el imperio romano de Oriente para obtener de él un subsidio anual. Según consigna Prisco, a principios de la década de 460 este subsidio ascendía a 136 kilos de oro[38] —una cantidad mucho menor que la obtenida por Atila en la cima de su poder (948 kilos) e inferior a la mitad de lo que se le pagaba al rey huno al comienzo de su reinado—. Con todo, no era una suma insignificante, y si Valamiro lograba el éxito y conseguía

ampliar más la base de su poder, siempre existía la posibilidad de que aumentara sus exigencias, tal como habían hecho los hunos. Dado que es probable que las autoridades de Constantinopla también tuvieran que pagar subsidios anuales a alguno de los demás reinos sucesores, debían andarse con mucho cuidado. En potencia, existía la posibilidad de que los nuevos reinos se fusionaran para constituir una entidad tan peligrosa como la del imperio de Atila. El otro fragmento relevante de la historia de Prisco que ha llegado hasta nosotros nos permite entrever en cierto modo la actitud de los romanos respecto de este problema potencial.[39] En el intervalo de tiempo que media entre el primer y el segundo estallido de violencia que enfrentó a los godos con los esciros, ambos bandos enviaron embajadas a Constantinopla en demanda de ayuda. Nadie quería apoyar a los godos, pero había opiniones encontradas respecto a cuál podía ser la decisión más adecuada. Una de esas recomendaciones instaba a los romanos a mantenerse enteramente al margen del conflicto. Al final, se decidió proporcionar un respaldo limitado a los esciros. Jordanes pasa por alto este aspecto de los enfrentamientos posteriores a la época de Atila, pero está claro que todos los bandos se dedicaron, no sólo a forjar alianzas y enemistades recíprocas mediante maniobras, sino también a tratar de garantizarse el respaldo de los romanos. El hecho de que en Constantinopla nadie quisiera proporcionarles apoyo atestigua el creciente poder de los godos gobernados por los Amalos, cuyo grupo era el que se encontraba más cerca de constituir una nueva superpotencia.

Los romanos consideraron que la muerte de Atila significaba el preludio de una nueva época. Se dice que durante la noche en que murió el gran huno, el emperador de Oriente, Marciano, tuvo un sueño feliz en el que vio el arco de Atila partido en dos.[40] Sin embargo, la desaparición de una de las superpotencias rivales resultó no ser el fin de todos los problemas, sino una transformación que terminó generando toda una serie de dificultades nuevas. La perspectiva de un nuevo choque de imperios no se había desvanecido sino para verse sustituida por un gran número de conflictos regionales complejos con graves consecuencias para ambas mitades del orbe romano. Y yo albergo la firme sospecha de que los acontecimientos que conocemos a través de nuestra abigarrada colección de fuentes no son más que la punta del iceberg. Más aún, los muchos y diversos problemas que plantearon los refugiados y los invasores quedan reducidos a la nada si los comparamos con las vastas consecuencias del desplome del imperio de Atila. La más importante de todas ellas

fue que deshizo el equilibrio de fuerzas del que había llegado a depender el imperio romano de Occidente.

La caída de Aecio

Como vimos en el capítulo 6, el emperador Valentiniano III, hijo de Flavio Constancio y de Gala Placidia, accedió al trono en el año 425 a la edad de seis años. Había sido puesto en el cargo por los ejércitos del imperio de Oriente, y en realidad nunca tuvo en sus manos las riendas del poder. Los ocho años de dominio de su madre, que al final no consiguió hacer fructificar los malabarismos con los que lidió a los comandantes de los distintos grupos que integraban el ejército occidental, dieron paso al poder de Aecio. Este hombre, que mostró un extraordinario tino militar durante la década de 430, iba a mantener a flote al imperio de Occidente y a consolidar el control que él mismo ejercía sobre el poder. A los 14 años un romano era teóricamente adulto y podía tomar decisiones legalmente vinculantes en cuestiones de propiedad. Sin embargo, en el año 433, a esa edad, Valentiniano no estaba ni mucho menos en condiciones de competir por el poder con un general correoso y experimentado, especialmente en un momento en que el imperio debía hacer frente a tantos problemas militares. Y al llegar la época en que podría haber sido apto para ejercer la autoridad, cinco o seis años después, la posición de Aecio había quedado ya plenamente consolidada. Hacia el año 440 era el general, no el emperador, quien tomaba las decisiones clave sobre las medidas y los nombramientos políticos —exactamente el estado de cosas que Placidia había tratado de evitar con tanto esfuerzo.

De este modo, atrapado en un modelo de poder sobre el que no tenía ningún control, el teórico emperador del Occidente romano se vio reducido al papel de mero testaferro. Es fácil infravalorar la crudeza de semejante existencia. Sin aventurarse jamás a salir de Italia, Valentiniano se pasaba el tiempo yendo y viniendo entre Roma y Ravena, ya que su rutina alternaba una vida privada colmada por los lujos de una riqueza prácticamente ilimitada con los acontecimientos de estado. La tarea de un emperador, como hemos visto, consistía en encarnar las ideologías centrales del estado romano. Se suponía que él era el compendio de la naturaleza sobrehumana del orden reinante en el orbe romano —decretado en realidad por Dios—, y que mostraba, en su faceta ceremonial, el

respaldo divino que había dado lugar al imperio romano. En su calidad de atracción principal de las muchas ceremonias, procesiones, concentraciones cristianas y audiencias, el emperador no podía dejar que su aureola se empañara. Y lo que, día sí, día no, debía oficiar en todas esas ceremonias era extremadamente tedioso por su carácter repetitivo. Dado que el imperio era la representación operativa del estado de partido único, la disidencia pública no se toleraba. La unidad lo era todo. Las ceremonias se organizaban con la idea de remachar implacablemente ese clavo. Como se recordará, fue en tiempos de Valentiniano cuando se presentó al senado el *Código teodosiano* (véase la página 167). Valentiniano se ahorró esa representación concreta, pero tal era el característico tipo de cosas que debía soportar a diario. Las aclamaciones que probablemente precedían a toda ceremonia imperial de cierta importancia estaban compuestas, entre otras cosas, por 245 exclamaciones de aprobación proferidas por los senadores congregados. Un breve experimento que acabo de realizar con mi hijo de once años revela que es posible gritar unas dieciocho aclamaciones de este tipo por minuto, así que la ceremonia del *Código* debió de haber durado al menos cuarenta minutos —y eso sin contar con que la fatiga pudiera instalarse y ralentizar las cosas al final.

Los predecesores de Valentiniano habían aguantado a diario la misma pesadez, pero ellos habían tenido al menos la satisfacción de tomar decisiones políticas y de realizar nombramientos a puerta cerrada una vez que el grandioso espectáculo había terminado. Ya hemos sido testigos de la frustración que semejante estilo de vida había generado en Honoria, la hermana de Valentiniano, abocada a una aventura con su administrador, a un embarazo no deseado y a una amistad peligrosa con Atila el huno (véase el capítulo 7). Y tampoco le resultaba fácil a Valentiniano cambiar las cosas. La vida de los menores de edad con título regio que sólo alcanzan la edad adulta para descubrir que siguen estando al margen del ejercicio del poder no resulta fácil. Puede que opten por dejar de lado toda prudencia, como Eduardo III de Inglaterra, quien, a los 17 años, durante la medianoche del 19 de octubre de 1330 irrumpió en el castillo de Nottingham para derrocar a su madre, la reina Isabel, arrestar al amante de ésta, Mortimer, y hacerse con las riendas del poder. Sin embargo, la mayoría de los menores de edad pertenecientes a familias reales no son tan atrevidos, y en la década de 440, Aecio era el único baluarte con el que contaba el joven emperador para hacer frente a los hunos.

Pese a que durante las décadas de 430 y 440 no hubo nada que Valentiniano pudiera hacer para remediar su frustración, el derrumbamiento del imperio huno hizo que un viento de cambio barriera los círculos de la corte de Occidente. Hacia el año 450 aproximadamente, surgieron dos motivos de discordia entre Aecio y su emperador. El 28 de julio de aquel año murió el emperador de Oriente, Teodosio II, tras caer de su caballo. Valentiniano pertenecía a la dinastía de Teodosio, estaba casado con una de las hijas de Teodosio, Eudoxia, y habían sido las fuerzas de Teodosio las que le habían puesto en el trono de Occidente en un decidido acto de reafirmación de la unidad de dicha dinastía (véase el capítulo 6). Teodosio había sido el último miembro varón de esa dinastía en Oriente, ya que su único hijo, Arcadio, había fallecido antes que él. Al enterarse de la muerte de su primo, tuvo la idea, según nos dicen, de partir a Constantinopla para hacer valer su aspiración al gobierno de la totalidad del orbe romano como único emperador. Aecio se opuso al plan. Y ciertamente estaba mal concebido. Valentiniano no tenía contactos en Constantinopla, y los círculos políticos de Oriente no parecían próximos a darle la bienvenida. Quien manejaba allí las cosas era la hermana de Teodosio, Pulqueria, que había llevado la voz cantante durante el reinado de su hermano. Al final se casó con un oficial de Estado Mayor llamado Marciano. El 25 de agosto, fue Marciano quien se convirtió en el nuevo emperador de Oriente. Valentiniano había perdido su oportunidad, si es que en realidad la había tenido, y la oposición de Aecio a sus planes aún le seguía doliendo.

El segundo desacuerdo entre ambos se produjo con motivo de la política de alianzas matrimoniales. De la unión de Valentiniano con Eudoxia sólo habían nacido dos niñas: Eudocia (nacida en el año 438 o 439) y Placidia (nacida entre los años 439 y 443). A principios de la década de 450, tras quince años de matrimonio, era improbable que la pareja imperial fuera ya a tener más hijos. Esto significaba que la sucesión al imperio de Occidente estaba en el aire, y que la vía más probable de acceder a ella era casarse con una u otra de las hijas de Valentiniano. Como vimos en el capítulo 6, Eudocia había sido prometida a Hunerico, hijo de Giserico, rey de los vándalos, por una de las cláusulas del tratado de paz de la década de 440, y este rey no era un serio aspirante al trono. Fue por tanto Placidia la que se convirtió en la llave del futuro del Occidente romano, y a principios de la década de 450 Aecio se empleó a fondo para convencer a Valentiniano de que prometiese a Placidia con su hijo Gaudencio.

Ese matrimonio hubiera consolidado en el poder a Aecio y habría hecho que resultase extremadamente probable que Gaudencio fuese el sucesor de Valentiniano. Dado que no había un heredero varón de la dinastía teodosiana, el hecho de entroncar con ese linaje por vía matrimonial habría sido suficiente para conferir legitimidad al aspirante, en especial si tenemos en cuenta que acababa de seguirse ese mismo procedimiento en Constantinopla. No está claro si Aecio, al presionar en favor de ese matrimonio, actuaba o no movido por la sensación de que el asunto de la sucesión al imperio de Oriente había debilitado ya su influencia sobre Valentiniano. Sin embargo, no hay duda de que la propuesta aumentó el ya enconado resentimiento que sentía el emperador por la medida en que estaba siendo marginado en el seno de su propio imperio.[41]

Además, con la muerte de Atila y el hundimiento de su imperio, Aecio parecía mostrarse ahora mucho menos crítico con la permanencia de Valentiniano, y, a fin de cuentas, era el emperador, y no Aecio, quien encarnaba la continuidad del imperio. Por primera vez desde que llegara a la edad adulta, Valentiniano podía atreverse a contemplar la vida sin su generalísimo. Tal vez Aecio percibiese el peligro, lo que puede ser un motivo más que le impulsase a correr el riesgo de añadir la cuestión del matrimonio a la lista de agravios infligidos a Valentiniano. Por mucho énfasis que pusieran en el consenso, los tiburones andaban siempre acechando en las profundas aguas de la política imperial romana. Y ahora, los individuos del entorno del emperador comenzaban a oler el tenue primer efluvio de la sangre. Estamos muy bien informados de la maquinación que finalmente acabó con Aecio, gracias una vez más a los desvelos de Constantino VII Porfirogenetos. El relato ha llegado hasta nosotros a través de otra de sus obras: los *Excerpts concerning Plots*. La caída de Aecio se conserva en un fragmento de la historia de un tal Juan de Antioquía, pero éste fue un recopilador posterior y es probable que su fuente original haya sido la historia de Prisco. Por consiguiente, vuelve a ser el eje formado por Prisco y Constantino el que nos dice lo que deseamos saber.

Hubo principalmente dos conspiradores. El primero fue un senador romano de alta cuna llamado Petronio Máximo. Había comenzado su carrera antes de que Aecio llegara al poder, pero se le consideró claramente como uno de los hombres leales a Aecio. Entre los años 439 y 441 Petronio Máximo desempeñó el importante puesto de prefecto pretoriano de Italia, y fue nombrado cónsul por segunda vez en el año 443

—ambos nombramientos tuvieron lugar durante el período de hegemonía de Aecio—.[42] El nombre del segundo conspirador entraba en la lista principal de posibles sospechosos frente a cualquier conjura palaciega romana: el del eunuco y jefe de la casa imperial, Heraclio, el *primicerius sacri cubiculi* («jefe de los aposentos sagrados»). Armados con los dos motivos de rencor que les permitían ganarse a Valentiniano, y ayudados por el hecho de que la amenaza huna había disminuido, los conjurados tuvieron el camino libre.[43]

> En el momento en que Aecio explicaba la marcha de la economía y calculaba los ingresos obtenidos con la recaudación de impuestos, Valentiniano saltó de pronto de su trono con un grito y exclamó que no quería seguir viéndose engañado por tales traiciones ... Mientras Aecio seguía aún asombrado por ese inesperado acceso de cólera y trataba de calmar aquella explosión irracional, Valentiniano sacó la espada de su funda y, ayudado por Heraclio, que tenía la daga presta bajo la toga ... cayó sobre él.

Atacado simultáneamente por el emperador y el eunuco, el 21 o 22 de septiembre del año 454, Aecio quedó tendido sin vida en el palacio. Su caída se vio seguida por el habitual derramamiento de sangre. La más importante de las víctimas fue el último prefecto pretoriano de Italia nombrado por Aecio, un senador llamado Boecio, abuelo del célebre filósofo.

Valentiniano había tenido que esperar a cumplir los 30, pero al fin se había liberado. Por desgracia para él, al tratar posteriormente de reunir apoyos, no tuvo, ni de lejos, el éxito que unos novecientos años más tarde habría de acompañar al joven Eduardo III. Y ello por una razón —que los conspiradores pronto se enzarzaron unos con otros—:

> Tras el asesinato de Aecio, Máximo trató de engatusar a Valentiniano con la esperanza de que le nombrase cónsul, y al no lograrlo, quiso ser patricio. Sin embargo, Heraclio ... movido por la misma ambición, y como no deseaba que nadie contrarrestase su propio poder, desbarató los esfuerzos de Máximo al convencer a Valentiniano de que, ahora que se había librado de la opresión de Aecio, no debía transferir su poder a otros.

Es difícil modificar los viejos hábitos, así que, ni siquiera después de la muerte de Aecio, quedó realmente Valentiniano a cargo del imperio.

El desafío consistía en que le pasaran por delante, cosa especialmente favorecida por el hecho de que no tuviera descendencia masculina, lo que significaba que, a largo plazo, la sucesión imperial iba a seguir siendo una pugna abierta. Tan pronto como quedó claro que no iba a llegar a ninguna parte por medio de la persuasión, Máximo volvió a pensar en métodos mortíferos y en esta ocasión sobornó a dos oficiales de la guardia, Optila y Traustila, que habían sido íntimos colaboradores de Aecio. Prisco refiere que, el 16 de marzo del año 455:

> Valentiniano decidió salir a cabalgar por el Campo de Marte [en Roma] ... Tras desmontar de su caballo y mientras iba caminando para practicar el tiro al arco, Optila y sus seguidores ... le atacaron. Optila hirió a Valentiniano en un lado de la cabeza, y, al girarse éste para ver qué le había golpeado, le asestó un segundo zarpazo en la cara. Traustila mató a Heraclio, y después ambos cogieron la diadema y el caballo del emperador y partieron al galope para reunirse con Máximo.

Así pereció Valentiniano, menos de seis meses después del asesinato de Aecio. Éste es el tipo de anarquía política que seguía invariablemente a un cambio de régimen en el imperio. Tras años de gobierno autocrático, aunque en este caso se tratase más bien de una regencia, no existía ningún otro régimen preparado de antemano para sustituirlo. Como es habitual, varios individuos que no tenían intención de compartir el poder una vez que hubieran accedido a él organizaron apresuradamente una coalición. Sin embargo, y a pesar de que no hubiese nada en el proceso que había conducido a la caída de Aecio que se saliese de lo ordinario y de que no resultaba nada extraño que no se lograra aupar inmediatamente a un sucesor, existían otras características que volvían muy particular aquella situación. En este sentido resultan fascinantes los elogios que figuran en la necrología de Aecio, que en su origen aparecían en la historia de Prisco, inmediatamente después del asesinato:

> Mediante su alianza con los bárbaros, protegió a Placidia, madre de Valentiniano, y a su hijo mientras éste fue niño. Cuando Bonifacio cruzó el mar procedente del norte de África y acompañado por un gran ejército, Aecio le superó en estrategia ... Mató a Félix, comandante como él, con astucia, tras enterarse de que aquél se aprestaba a aniquilarle por sugerencia de Placidia. Aplastó a los [visigodos] que se estaban introduciendo en

territorio romano, y metió en cintura a los [bagaudos] ... En una palabra, ejerció un enorme poder, de tal modo que no sólo los reyes, sino también los pueblos vecinos, acudían a una orden suya.

Teniendo en cuenta cómo suelen ser las necrológicas, el texto parece bastante sucinto, y capta bien la mezcla de maniobras cortesanas y de luchas en campaña que había constituido la realidad de la vida política de Aecio. Lo que resulta especialmente interesante es que en las palabras introductorias se haga mención de la dependencia que mantenía a Aecio sujeto a su alianza con los «bárbaros». No se trataba de la simple dependencia de unos bárbaros cualesquiera, sino del vínculo con un grupo en particular: el de los hunos. Por lo que sugiere el pasaje, la carrera de Aecio se cimentaba en su alianza con los hunos. Fueron los hunos quienes le sostuvieron cuando pareció estar a punto de perder las guerras civiles en las que intervino —la primera en el año 425, al deshacerse la usurpación de Juan, y la segunda en el año 433, cuando Bonifacio le derrotó en su primer enfrentamiento—. Como vimos en el capítulo 6, en la década de 430, al restaurar Aecio el orden en la Galia, las tropas hunas desempeñaron un papel central, en particular en la derrota de los burgundios y de los visigodos. La muerte de Aecio fue mucho más que la tragedia de un hombre. También significó el fin de una época. La muerte de Atila y la desaparición del imperio huno no sólo habían hecho posible que Valentiniano contemplase la vida sin Aecio, también habían socavado el delicado equilibrio de poder con el que Aecio había mantenido la capacidad de actuación del imperio de Occidente. Aecio sin los hunos había quedado fuera de juego. Sus sucesores tuvieron que encontrar un nuevo mecanismo para sostener a Occidente.

Un mundo feliz

La clave para comprender el nuevo orden político alumbrado por la extinción del poderío huno nos la proporciona la que es prácticamente la primera iniciativa del efímero régimen de Petronio Máximo.

Máximo asesinó a Valentiniano III el 16 de marzo de 455, y al día siguiente fue proclamado emperador. Sus manos apenas habían tenido tiempo de asir el cetro imperial cuando envió un embajador para soli-

citar el apoyo de los poderosos visigodos, que llevaban asentados en el suroeste de la Galia desde el año 418. El hombre que eligió fue uno de los jefes militares que acababa de designar, tal vez el comandante supremo de la Galia (*magister militum per Gallias*), Marco Mecilio Avito. Avito era un aristócrata galo de fortuna y educación impecables. Descendía de hombres que habían desempeñado altos cargos, estaba relacionado con una red de familias importantes y tenía sus propiedades centradas en torno a Clermont-Ferrand, en Auvernia. Se había distinguido en el servicio a Aecio durante las campañas contra los nóricos y los burgundios de la década de 430, y después consolidó su avance al desempeñar durante un tiempo el cargo de máximo administrador civil de la Galia —prefecto pretoriano— entre los años 439 y 441. Llegado a ese punto dejó el cargo, quizá como resultado de la rotación natural o quizá porque se enfadara con Aecio, y aproximadamente una década más tarde volvió a ocupar puestos destacados. En esta nueva época jugó un papel clave, ya que negoció el apoyo de los visigodos que ayudaron a Aecio a repeler el asalto lanzado por Atila contra la Galia en el año 451.[44] En cualquier caso, Avito era una excelente elección. Próximo a Aecio, aunque no demasiado, tenía una buena trayectoria y contactos tanto con la aristocracia gala como con los godos.

No ha llegado hasta nosotros ningún escrito del propio Avito. Sin embargo, a modo de compensación más que parcial, tenemos una colección de poemas y cartas de su yerno, un tal Gayo Solio Modesto Apolinar Sidonio (que ya ha sido citado en este libro). Por lo general, y en nombre de la cordura, el nombre se abrevia y se deja en Sidonio. Como podría sugerir su alianza matrimonial con la familia de Avito, Sidonio procedía de una estirpe de terratenientes galos de similar posición —sus principales propiedades estaban situadas en torno a Lyon en el valle de Ródano—. Su padre había sido él mismo prefecto pretoriano de la Galia aproximadamente una década después de Avito, ya que había ejercido el cargo entre los años 448 y 449.[45] En el pasado, los escritos de Sidonio han solido tener bastante mala prensa. En una época en la que toda persona biempensante valoraba las pautas del latín clásico (en los dos siglos I, tanto el anterior como el posterior a Jesucristo) en las que había sido educada, las complejidades y alusiones presentes en la obra de Sidonio sólo podían causar exasperación, cuando no escándalo. Comparado con la claridad y la objetividad de, digamos, César, su gusto por lo ostentoso parecía el colmo de la decadencia.

Sir Samuel Dill, en un escrito de finales de la era victoriana, expone este parecer:

> [Sidonio] es en esencia un hombre de letras, del temple que más admiraba esa época de decadencia [el siglo V]. Es un estilista, no un pensador ni un investigador. Apenas cabe dudar de que apreciara sus propias composiciones, no por su sustancia, sino por aquellas características de estilo que hoy consideramos por completo inútiles o incluso repulsivas: las agudezas pueriles, las antítesis sin sentido, la tortuosidad impuesta al lenguaje para dar un aire de interés y distinción a la trivial vulgaridad de una existencia gris y monótona...[46]

Incluso traducido, Sidonio puede volverle a uno loco con su incapacidad para llamar al pan pan y al vino vino, y no hay duda de que dedicaba gran cantidad de tiempo a tratar de decir las cosas del modo más complicado posible. Una de sus últimas cartas contiene un comentario gratamente ilustrativo, realizado en un momento en el que pensaba que los lectores a los que, por su educación, debía dirigirse habían desaparecido para siempre: «Estoy reescribiendo el resto de mis cartas en un lenguaje más cotidiano. No vale la pena embellecer unas frases que tal vez no se publiquen nunca».[47] Sin embargo, no es correcto juzgar el estilo del siglo V con los criterios del I, y los comentaristas de épocas más recientes que ponderan las obras romanas escritas en latín tardío (por no hablar de las obras romanas escritas en griego tardío) se han mostrado menos precipitados en su condena de las complejidades estilísticas que constituyeron la cima de la elegancia artística durante los siglos IV y V.[48] Por definición, una época que es capaz de considerar que unas vacas cortadas con una sierra eléctrica y embutidas en preservativos son arte, tiene pocas probabilidades de poder medir otras empresas artísticas según rígidos patrones universales.

En cualquier caso, la cuestión de si Sidonio escribía o no en «buen» latín resulta aquí irrelevante, ya que no cabe dudar de la importancia histórica de su obra. El primer escrito suyo que hemos conservado es de mediados de la década de 450, y el último aproximadamente de la década de 480, pero el grueso de su obra abarca un período de veinte años posterior al 455. Sidonio conocía prácticamente a todo el mundo que era alguien en el sur, y sobre todo en el sureste, de la Galia, y todos los personajes ricos y poderosos figuran en lugar destacado en sus cartas, en

las que, a diferencia de lo que ocurre en las de Símaco, no duda en debatir cuestiones de relevancia política cuando se tercia. Sus poemas, o algunos de ellos, son igualmente importantes. Sidonio tenía el relieve suficiente como para verse implicado en política y como para que los emperadores solicitaran su apoyo, pero no era lo suficientemente importante como para tener que enfrentarse a una ejecución si su régimen se derrumbaba. Reconocido como uno de los más destacados estilistas de su época, sirvió a una serie de emperadores que aprovecharon sus talentos como escritor de panegíricos —discursos de apertura en los que se sentaban las bases de la política venidera— en su honor. Ya hemos tomado contacto anteriormente con estos textos, y a pesar de que ciertamente no expongan las verdades de la forma en que usted o yo sabríamos reconocerlas, poseen la enorme virtud de darnos acceso al mundo tal y como los sucesivos regímenes querían que se pintara. Sidonio, al igual que Temistio y Merobaudes antes que él, era un propagandista.

De la crónica de Sidonio surge sin la menor sombra de duda que Petronio Máximo envió a Avito ante los visigodos, a quienes debía solicitar apoyo para su régimen. Sidonio, por supuesto, aderezó un poco este escueto hecho. Tal y como él lo presenta, los visigodos, tras tener noticia del asesinato de Valentiniano III, se estaban preparando para lanzar un ataque destinado a someter a su control la totalidad del Occidente romano cuando la noticia de la proximidad de Avito les llenó de un súbito pánico:[49]

> Uno de los godos, que había vuelto a meter en la fragua su podadera y que golpeaba el yunque para conformar una espada y aguzarla después con una piedra, un hombre dispuesto ya a alzarse con furia al toque de la corneta y listo en todo momento, con terrible matanza, a socavar la tierra bajo sus insepultos enemigos, exclamó, tan pronto como se escuchó claramente el nombre de Avito y la noticia de su proximidad: «¡No más guerra! ¡Devolvedme el arado!».

Se aprecia la razón que podría haber llevado a los educados en los principios del latín clásico a considerar molesta la palabrería de Sidonio, pero su retórica puede ser cualquier cosa excepto insustancial. Nos presenta una imagen clara de su suegro, al que pinta como al único hombre capaz de quitar a los visigodos la idea de declarar una guerra. Ese mismo godo imaginario prosigue su alegato y declama que, lejos de ser sim-

ples espectadores, los miembros de su pueblo se hallan ahora dispuestos a prestar ayuda militar al nuevo régimen —y precisamente por venir avalado por Avito—: «No, si no he errado antes de ahora al estimar cómo te comportas tú [Avito] en la acción, yo te proporcionaré las tropas auxiliares: así obtendré al menos permiso para combatir». Lo que aquí nos llama la atención es la exagerada ponderación de la importancia de Avito. Del mismo modo, ya antes en el poema, al hablar de los éxitos de Aecio en la década de 430, el propio Sidonio se supera a sí mismo al exclamar: «Él [Aecio], glorioso por las armas como era, no realizó proeza alguna sin ti [Avito], aunque tú hicieras muchas sin él». Avito, sin duda, había concluido útiles servicios para él, pero Aecio se las había arreglado perfectamente bien sin él durante la década de 440, cuando este último quedó separado de su cargo. Es indiscutible que, de ambos, Aecio era la figura dominante.

No obstante, la irritación por las hipérboles de Sidonio no debe hacernos pasar por alto el significado histórico de la primera medida de Petronio Máximo como emperador. Tanto Flavio Constancio como Aecio habían tocado todas las teclas políticas posibles para impedir que los visigodos aumentaran su influencia en la política del imperio de Occidente. Aunque de manera fugaz, Alarico y su cuñado Ataulfo habían concebido la posibilidad de que los godos actuasen como protectores del imperio occidental. Alarico había ofrecido a Honorio un pacto que debía convertirle a él en general de primer rango en la corte, y hacer que sus godos quedasen instalados no lejos de Ravena. Ataulfo se casó con la hermana de Honorio y llamó Teodosio a su hijo. Sin embargo, Constancio y Aecio, los dos guardianes del imperio de Occidente, se habían opuesto a tales pretensiones: habían utilizado gustosamente a los godos como aliados subordinados contra los vándalos, los alanos y los suevos, pero eso era todo lo que estaban dispuestos a hacer. Aecio había preferido pagar y desplegar a los hunos a fin de mantener el papel de los godos circunscrito a esos bien definidos límites políticos que tener que concederles un cometido más amplio en los asuntos del imperio. La embajada de Avito, que, según especifica Sidonio, no se limitaba a buscar la aquiescencia pacífica de los godos sino que trataba de establecer con ellos una alianza militar, invirtió de un plumazo la política que había mantenido a flote al imperio durante cuarenta años.

Las consecuencias inmediatas de esta medida no hacen más que confirmar este extremo. Mientras Avito seguía con los visigodos, los

vándalos, encabezados por Giserico, organizaron una expedición naval que, tras partir del norte de África, llevó a sus fuerzas hasta las inmediaciones de Roma. En parte, el objetivo de estas fuerzas se centraba en la diversión y las ganancias, pero también les impulsaban motivos de mayor enjundia. Hunerico, el hijo mayor del rey vándalo Giserico, había sido prometido en matrimonio a Eudocia, la hija de Valentiniano III, como parte del chalaneo diplomático que había seguido a los frustrados esfuerzos de Aecio por reconquistar el norte de África. Sin embargo, al hacerse con el poder, y con la intención de añadir una credibilidad extra a su régimen de usurpación, Petronio Máximo casó a Eudocia con su propio hijo, Paladio. Por tanto, el ataque de los vándalos contra Roma se produjo también como respuesta al ultraje de haber sido estafados, en opinión de Giserico, y de haber perdido así la oportunidad de intervenir en el gran juego de la política imperial. Al enterarse de que llegaban los vándalos, Máximo

> sintió pánico, montó a caballo y huyó. La guardia de corps imperial y las personas libres de su entorno en las que confiaba más especialmente le abandonaron, y quienes le vieron salir corriendo le insultaron e injuriaron por su cobardía. Cuando estaba a punto de abandonar la ciudad, alguien arrojó una piedra que le golpeó en la sien y le mató. La muchedumbre se abalanzó sobre su cuerpo, lo partió en pedazos y con gritos de triunfo marchó en procesión con los miembros en lo alto de una estaca.[50]

Así terminó el reinado de Petronio Máximo, el 31 de mayo de 455: había sido emperador únicamente durante dos meses y medio.

Cuando la capital imperial fue saqueada por segunda vez, el daño sufrido fue más grave que en el año 410. Los vándalos de Giserico pillaron y devastaron, llevándose consigo de vuelta a Cartago grandes tesoros y muchos prisioneros, entre los que se encontraban la viuda de Valentiniano III, sus dos hijas, y Gaudencio, el hijo de Aecio que aún seguía con vida.[51] Al conocer estas noticias, Avito se ofreció inmediatamente a ocupar el trono, y se declaró emperador mientras aún se encontraba en la corte visigoda, en Burdeos. Su reivindicación fue ratificada más tarde, el 9 de julio de ese año, en Arles, la capital de la región, por un grupo de aristócratas galos. No mucho después, desde Arles, Avito se trasladó triunfalmente a Roma y entabló negociaciones para ser reconocido por Constantinopla. Los principales comandantes del ejército romano de

Italia —Mayoriano y Ricimero— estaban dispuestos a aceptarle porque temían el poderío militar visigodo con el que contaba.[52]

Nació así un nuevo orden. Ahora, en lugar de ser los regímenes imperiales occidentales los que trataban de mantener a distancia a los visigodos y a otros inmigrantes, eran estos recién llegados quienes se establecían como parte integrante del estado del imperio de Occidente. Por primera vez, un rey visigodo había desempeñado un papel clave en la decisión de la sucesión al imperio.

No es preciso subrayar el mayúsculo significado de esta revolución. Sin los hunos para mantener bajo control a los godos y a los otros inmigrantes que habían penetrado en el imperio de Occidente, no había más remedio que asociarse a ellos. Las reservas de efectivos militares del imperio de Occidente no se hallaban ya lo suficientemente llenas como para poder seguir excluyéndoles de la política central. La ambición mostrada primero por Alarico y Ataulfo, y después por Giserico con su deseo de casar a su hijo con una princesa imperial, había fructificado. Quienes vivían en aquella época eran perfectamente conscientes del vuelco político que representaba el ascenso de Avito. Desde tiempo inmemorial, la educación tradicional había pintado a los bárbaros —incluidos los visigodos— como al «otro», al irracional, al inculto, es decir, como a la fuerza destructiva que amenazaba constantemente al imperio romano. En cierto sentido, el hecho de que los visigodos llevasen ya una generación actuando como aliados subalternos de Roma en la Galia suroriental había dejado bien preparado el terreno. No obstante, el régimen de Avito sabía demasiado bien que su alianza con los visigodos iba a resultar necesariamente controvertida. No hay fuente en la que quede esto mejor demostrado que en los escritos de Sidonio, en particular en una carta de su puño y letra que envía desde la corte del rey visigodo Teodoredo II en los primeros meses del reinado de Avito. Las cartas de Sidonio no pueden considerarse en modo alguno documentos privados. Las escribía con la expectativa de que su contenido fuera dado a conocer. En una palabra, eran un excelente mecanismo para difundir entre sus pares, los terratenientes galos, un determinado punto de vista.[53]

Dirigida al hijo de Avito, Agrícola, y compuesta como una descripción de la vida en la corte visigoda, la carta comienza con un retrato de Teodoredo: «En su constitución la voluntad de Dios y el plan de la naturaleza se han unido para dotarle de una suprema perfección. Y su carácter es tal que ni siquiera las envidias que rodean a un soberano al-

canzan a despojarle de sus glorias». A continuación se nos dice cómo es la vida cotidiana del rey. Tras comenzar el día con una o dos plegarias, Teodoredo pasa la mañana recibiendo embajadas y dirimiendo los casos que llegan hasta él. Después, por la tarde, quizá dedique un rato a la caza, en la que sobresale, como en todo lo demás. Al anochecer llega la comida principal:

> Cuando uno cena con él ... no hay ningún sirviente jadeante que arme un tosco amontonamiento de cubiertos de plata vieja y descolorida en las decaídas mesas. El elemento de mayor peso en esas ocasiones es la conversación. Las viandas atraen por su diestra preparación, no por su aspecto suntuoso. El llenado de las copas se produce a intervalos tan largos que más razones tiene el sediento para quejarse que el achispado para refrenarse. En resumen: uno encuentra allí la elegancia griega, la abundancia gala y la vivacidad italiana junto a la dignidad del estado, la delicadeza de un hogar privado y la ordenada disciplina de la realeza.[54]

La carta concluye con un pequeño chiste sobre la persona del rey. Tras la cena, a Teodoredo le gusta jugar una partida de dados, y dará muestras de su correcto talante al protestar si se percata de que su rival le está dejando ganar. Por otra parte, si uno quiere recibir determinado favor, señala Sidonio, lo que procede es dejar ganar al rey, pero sin que se dé cuenta de ello. Al margen de esta pincelada de condescendencia, el mensaje de Sidonio no podría ser más claro. Teodoredo II no era el bárbaro vulgar y corriente, dominado por sus sentidos, adicto al alcohol y ansioso por lograr la siguiente subida de adrenalina. Era, en realidad, un «romano» en el pleno sentido de la palabra, alguien que había sido educado en la razón y la autodisciplina, que gobernaba su corte y conducía su vida —que se conducía, de hecho— a la manera del romano que tanto se veneraba desde antiguo. Era un hombre con el que se podía negociar. No tengo ni idea de cómo era realmente la vida en la corte visigoda, pero para justificar la alianza de Avito con Teodoredo, éste debía ser presentado como alguien en posesión de todas las virtudes, y a Sidonio le tocaba mostrarse debidamente complacido. La revolución iba cobrando bríos. Se pintaba a los bárbaros con unas características que los hacían parecer romanos para justificar una ineludible realidad, la de que, como no era posible seguir excluyéndolos, se hacía ahora preciso incorporarlos a la construcción de regímenes políticos operativos en Occidente.

A primera vista, esta inclusión de extranjeros podría no parecer un golpe mortal para la integridad del imperio. Teodoredo era lo suficientemente romano como para estar dispuesto a seguir el juego: había visto la necesidad de presentarse como un buen romano para resultar grato al parecer de los terratenientes. Había no obstante un par de grandes dificultades que hacían que la alianza militar entre romanos y visigodos no resultase precisamente tan ventajosa como pudiera suponerse en un principio. En primer lugar, todo apoyo político tenía invariablemente un precio. Al respaldar la tentativa de Avito de hacerse con el poder, Teodoredo se sentía plenamente feliz, pero, no sin razón, esperaba recibir algo a cambio. En este caso, la recompensa que deseaba era poder actuar sin cortapisas en Hispania, donde, como hemos visto, los suevos habían estado causando alboroto desde que la atención de Aecio se orientara en dirección al Danubio a principios de la década de 440. Se aceptó la aspiración de Teodoredo, y éste, bajo los auspicios del régimen de Avito, envió rápidamente a Hispania un ejército visigodo, destinado, en teoría, a contener las rapiñas de los suevos. Hasta ese momento, por supuesto, siempre que los visigodos se habían desplegado en Hispania, había sido en compañía de fuerzas romanas, pero esta vez se dejó que Teodoredo actuara esencialmente por propia iniciativa, y disponemos de una descripción de primera mano —hispánica— de lo que sucedió. Se nos dice que el ejército visigodo derrotó a los suevos y que capturó y ejecutó a su rey. Se añade que este ejército aprovechó también todas las oportunidades que se le presentaron, tanto durante el ataque como durante las operaciones de limpieza que le siguieron, de reunir todo el botín posible, saqueando y destrozando, entre otras, las ciudades de Braga, Asturica* y Pallentia. Los godos no sólo destruyeron el reino de los suevos, también se apoderaron sin reparos de las riquezas de Hispania.[55] Exactamente igual que Atila, Teodoredo también tenía guerreros a los que satisfacer. Su disposición a prestar apoyo a Avito se fundaba en un cálculo de beneficios, y una lucrativa juerga en Hispania era justo lo que necesitaba.

En segundo lugar, la inclusión de los bárbaros en el juego político consistente en consolidar el imperio en el Occidente romano implicaba que el número de grupos que revoloteaban en torno a la corte imperial, dispuestos a maniobrar para conseguir una buena posición, iba a ser

* Astorga. *(N. de los t.)*

ahora muy superior. Antes del año 450, todo régimen occidental operativo debía incorporar y dar satisfacción, al menos en sus grandes líneas, a tres grupos armados —los dos más importantes se encontraban en Italia y la Galia, y había otro menos relevante en el Ilírico— además de a las aristocracias terratenientes de Italia y la Galia, que ocupaban los puestos clave de la burocracia imperial. También era preciso dar acomodo a los deseos de Constantinopla. Tal como había sucedido en el caso de Valentiniano III, si las fuerzas de Occidente llegaban a dividirse entre distintos candidatos, los emperadores de Oriente disponían de la influencia y la fuerza bruta suficientes para imponer a su propio aspirante. Pese a encontrarse demasiado lejos como para poder gobernar el Occidente de forma directa, Constantinopla tenía la capacidad práctica de vetar las decisiones adoptadas por las otras partes concernidas. La concertación de este gran número de intereses podía hacer que la consecución de un resultado estable fuese un asunto muy dilatado.

Tras el desplome del imperio huno, los burgundios y los vándalos fueron los siguientes grupos que empezaron a urdir manejos con los que lograr una posición favorable y a clamar por la concesión de recompensas. Aecio había asentado a los burgundios en torno al lago de Ginebra a mediados de la década de 430. Veinte años después, éstos aprovecharon la ventaja del nuevo equilibrio de poder existente en el oeste para hacerse con un buen número de nuevas ciudades romanas —así como con los ingresos que éstas reportaban— en sus territorios del valle del Ródano: Besançon, Valais, Grenoble, Autun, Chalon-sur-Saône y Lyon.[56] Como hemos visto, el saqueo de Roma a manos de la coalición formada por los vándalos y los alanos, en el año 455, traslucía su deseo de participar en la política imperial. Al morir Valentiniano, según nos dice Víctor de Vita,[57] también Giserico expandió los fundamentos de su poder y se hizo con el control de Tripolitania, Numidia y Mauritania, junto con el de Sicilia, Córcega y las Baleares. El hecho de permitir que algunas de las potencias bárbaras participasen en el imperio complicaba enormemente la política de Occidente. Y cuanto mayor fuese su número, tanto más difícil resultaba encontrar recompensas suficientes para sustentar una coalición duradera.

Del segundo de los poemas de Sidonio que han llegado hasta nosotros y que pertenecen a esta época se obtiene una idea clara de las ten-

siones subyacentes que hicieron que el régimen de Avito resultase inherentemente inestable. El 1 de enero del año 456, cuando el emperador asumió la responsabilidad del consulado de Roma, pidió a su muy leal yerno que pronunciase un discurso en su nombre. Sin que pueda extrañarnos, Sidonio comenzó dejando sentada la abrumadora idoneidad del emperador para el cargo. Al hacerlo, aprovechó la oportunidad para realizar unas cuantas comparaciones mordaces. En particular, despreció a Valentiniano III llamándole «insensato afeminado» (*semivir amens*), y opuso su estilo de liderazgo a las competencias políticas y militares que Avito aportaba al cargo. Después, centrándose en la cuestión clave de la relación que unía a Avito con el rey de los visigodos, Sidonio manejó con sutileza el asunto, potencialmente explosivo, pero su propósito resultaba francamente claro. En primer lugar, expuso enérgicamente que Avito nunca había sido persona que hubiese tratado de quedar bien con la corte visigoda. Había estado en ella siendo joven, como sabía todo el mundo, en la década de 420, y en aquella época, en la que «[el rey visigodo] deseaba por encima de todo que tú [Avito] fueses uno de los suyos, tú no te dignaste a actuar como amigo sino que preferiste hacerlo como romano».[58] A continuación Sidonio se ocupa de un pequeño incidente ocurrido en la década de 430, al tomarse Avito una terrible venganza contra un merodeador visigodo que había herido a uno de sus criados:

> La primera vez que se vieron, frente a frente y cara a cara, uno temblaba de ira [Avito], y el otro de miedo [el godo] ... Pero una vez que se hubo librado el primer asalto, el segundo y el tercero resultaron ya ociosos, ¡fíjense! La enhiesta lanza vuela y traspasa al hombre, cubriéndolo de sangre. Tenía el pecho atravesado y el coselete doblemente hendido, abierto incluso por la parte de atrás. Y al salir la sangre palpitando por ambos boquetes, las dos distintas heridas le arrebataron la vida que cualquiera de ellas podría haber reclamado.

Traducido a un español (o incluso un latín) comprensible, Sidonio está diciendo que Avito fue a buscar al infame visigodo que había herido a su sirviente y le traspasó a tal punto con su lanza que ésta salió por el otro lado. Traducido al lenguaje político, el mensaje consiste en que Avito no era ningún traidor amigo de los visigodos, sino un auténtico romano que había golpeado a los bárbaros con una contundencia tal

que incluso el más fiero de los halcones del imperio se habría sentido colmado.

Todo esto iba dirigido a mitigar las suspicacias del público que escuchaba a Sidonio, compuesto por senadores y generales italorromanos, y lo mismo cabe decir del relato que hace del ascenso del nuevo emperador. Al tener noticia de las muertes de Aecio y Valentiniano, los visigodos habían empezado a planear sus propias guerras de conquista.[59] Entonces irrumpió Avito en el campo visigodo, y todo cambió. Con su sola presencia propagó el pánico entre ellos, y era tanto el temor que le tenían que el impulso inmediato de los visigodos fue tratar de complacerle proponiéndole una alianza militar. Sin embargo, la decisión de proclamarse a sí mismo emperador era incumbencia que sólo a Avito le correspondía dirimir. Y en cuanto al rey visigodo, Sidonio pone las siguientes palabras en su boca:

> Nosotros no te obligamos a aceptar [la púrpura], sino que te lo imploramos. Contigo a la cabeza, yo soy amigo de Roma, contigo como emperador, yo soy su soldado. No estás usurpando la soberanía de hombre alguno: ningún Augusto domina las colinas del Lacio, y sin dueño, el palacio te pertenece ... Mi cometido consiste sólo en servirte, pero si la Galia llegara a obligarte, como tiene derecho a hacer, el mundo se adherirá a tu mando por temor a verlo de otro modo perecer.

Gracias a este alegato tan particular, y a la alusión al *vacío* de poder en Italia, observamos el punto exacto sobre el que gravita la sensibilidad de la audiencia. A ojos de los italianos, que es el público al que ahora se dirige Sidonio, Avito podría no parecer sino un títere de los visigodos aupado por un proceso similar al de Prisco Atalo, subordinado a Alarico y a Ataulfo. Para responder a esa aprensión, el discurso insistía en que Avito era uno de los suyos. Bastaba con que uno se fijase en su larga trayectoria como azote de los visigodos. Además, y aunque de mala gana, había tomado la púrpura porque él era el único hombre capaz de reducirles a la obediencia. En aquellos apurados momentos, la seguridad del imperio precisaba del poderío militar de los bárbaros, pero Avito no dejaba de ser por ello un auténtico romano.

Era una buena apuesta. Y desbarata la afirmación de que Sidonio carecía de ideas. Sin embargo, la audiencia italiana, en particular los hombres de armas que se encontraban entre ellos, no creyeron una sola pala-

bra. Como hemos visto, las fuentes insisten en que si el ejército romano de Italia toleró a Avito fue únicamente porque contaba con el respaldo militar de los visigodos. En el año 456, cuando los visigodos se vieron demasiado implicados en Hispania para poder seguir interviniendo en Italia, los dos generales romanos de mayor relevancia, Mayoriano y Ricimero, dejaron de mostrar lealtad a Avito. El 17 de octubre de ese año, en las afueras de la ciudad de Piacenza, en el norte de Italia, Mayoriano y Ricimero presentaron batalla a las pocas fuerzas que Avito había logrado reunir —y que presumiblemente eran los restos del ejército de campaña romano en la Galia—, le derrotaron y le obligaron a convertirse en obispo de la ciudad. Murió poco después en circunstancias misteriosas.[60]

Vemos aquí, por tanto, expresado en pocas palabras, el problema al que debía enfrentarse ahora el Occidente. Avito contaba con el respaldo de los visigodos, con el apoyo de al menos unos cuantos senadores galos y con la fuerza de una parte del ejército romano de la Galia. Sin embargo, al enfrentarse a la hostilidad de los senadores italianos, y en especial a la de los comandantes del ejército de campaña de Italia, la coalición no tuvo la menor oportunidad de salir airosa. A principios de la década de 460, las dimensiones de la crisis producida en Occidente a raíz del hundimiento del imperio huno eran claras. Había demasiadas partes interesadas, y el número de recompensas que podían repartirse era insuficiente. No obstante, Constantinopla había decidido lanzar por última vez los dados.

9

El fin del imperio

Algunos historiadores han criticado a Constantinopla por no haber hecho más en el siglo V para salvar a Occidente, que se encontraba formado en orden de batalla. Sabemos por la *Notitia Dignitatum* (véase la página 316) que los ejércitos de Oriente se recuperaron de los acontecimientos de Andrinópolis y pasaron a constituir, hacia finales del siglo IV, un contingente de campaña de 131 regimientos repartidos entre cuatro comandancias regionales: una en el frente Persa, otra en Tracia y otras dos de carácter central llamadas «præsentalis» (lo que, en latín, aludía a la circunstancia de que sus fuerzas se hallaban «estacionadas en presencia del emperador»). Por consiguiente, sus fuerzas móviles reunían entre sesenta y cinco y cien mil hombres.[1] Oriente disponía también de un gran número de unidades integradas por las tropas de guarnición de fronteras (*limitanei*). Además, los estudios arqueológicos de campo realizados en los últimos veinte años han confirmado que la prosperidad agrícola vivida durante el siglo IV por las provincias clave de Oriente —Asia Menor, Oriente Próximo y Egipto— no mostró señal alguna de decaimiento en el V. Hay quien cree que el imperio de Oriente dispuso por tanto de los medios necesarios para poder intervenir con eficacia en Occidente, pero que prefirió no hacerlo. En su planteamiento más radical, el argumento sostiene que Constantinopla se alegró al ver que los bárbaros se establecían en el territorio occidental debido a que de este modo las fuerzas militares de Occidente quedaban desactivadas porque así se eliminaba cualquier posibilidad de que un pretendiente occidental ambicioso tratara de derribar a su equivalente oriental y unir el imperio. Esto es lo que había ocurrido de forma periódica en el siglo IV, ya que en esa época los emperadores Constantino y Juliano se habían

apoderado de la totalidad del imperio partiendo de su originaria posición de poder en Occidente.[2] Sin embargo, la realidad es que si tenemos en cuenta los problemas que tuvo que resolver en sus propias fronteras, la relación de las ayudas prestadas por Constantinopla a Occidente durante el siglo V arroja un saldo perfectamente legítimo.

Constantinopla y Occidente

Las fuerzas militares del imperio de Oriente eran muy importantes, pero siempre había que destinar grandes cantidades de tropas a los dos sectores clave de su frontera oriental, esto es, Armenia y Mesopotamia, puntos en los que Roma se hallaba frente a frente con Persia. Si se le hubiera preguntado a cualquier romano del siglo IV dónde residía la principal amenaza para la seguridad del imperio, la respuesta habría sido: «en la Persia dominada por sus nuevos gobernantes sasánidas». Y desde el siglo III, época en la que la revolución sasánida había operado su transformación, Persia era de hecho la segunda gran superpotencia del mundo antiguo. Como ya hemos visto antes, la nueva amenaza militar que planteaban los sasánidas sumergió al imperio romano en una crisis militar y fiscal que duró casi cincuenta años. Durante la época de Diocleciano, en la década de 280, el imperio movilizó los fondos y los soldados necesarios, pero el proceso de adaptación al indiscutible poderío de su vecino de Oriente fue largo y doloroso. El ascenso de Persia hizo también que resultara prácticamente inevitable disponer de un emperador radicado de forma permanente en Oriente, y de ahí que el reparto de poder fuese una de las características de la función imperial durante el período romano tardío. Como consecuencia de estas transformaciones, Roma comenzó a poder defenderse otra vez, y en el siglo IV no se repitieron desastres de magnitud similar a los del siglo III, como el saqueo de Antioquía por los persas.

Al valorar la contribución militar con la que el imperio de Oriente ayudó al de Occidente en el siglo V, es importante tener en cuenta que la nueva amenaza persa, pese a haber quedado contenida, en términos generales, hacia el año 300, no llegó a desaparecer en ningún momento. Pese a que hubo menos luchas —y a que, en gran parte, los combates de la zona habían quedado circunscritos a una agotadora serie de asedios de escasos beneficios—, los sasánidas permanecieron ininterrumpida-

mente presentes en las cábalas estratégicas que ocuparon a los políticos y a los generales del Oriente romano. Enfrentados en el año 363 al fracaso de la expedición persa de Juliano, y más tarde, a mediados de la década de 370, a las consecuencias producidas en el largo plazo por el caos que habían provocado los hunos en el Danubio, los sucesivos emperadores romanos se vieron obligados en dos ocasiones a ofrecer a los reyes sasánidas unos tratados de paz con los que apenas habrían soñado éstos en circunstancias normales. Tras la derrota de Juliano, el emperador Joviano hizo humillantes concesiones de territorios y centros de operaciones en Mesopotamia. Valente realizó algunos gestos preliminares, incluso algunos movimientos encaminados a lograr su recuperación, pero tras su muerte en Andrinópolis, Teodosio no sólo confirmó que Roma aceptaba aquellas pérdidas, sino que llegó también a un acuerdo sobre Armenia, el otro gran motivo de discordia —y una vez más, el pacto fue tremendamente favorable a Persia (mapa 3).[3]

Estas concesiones anunciaron el comienzo de una fase relativamente pacífica en las relaciones entre persas y romanos, ya que, por el momento, las aspiraciones sasánidas habían quedado ampliamente satisfechas. En cualquier caso, Persia debía hacer frente a problemas propios, provocados por grupos nómadas, en dos zonas de la frontera septentrional: en Transoxiana (el actual Uzbekistán) al este, y en el Cáucaso, por el que también se interesaba Constantinopla.

Las rutas que atravesaban el Cáucaso conducían a territorio romano si se giraba a la derecha después de haberlas cruzado, y a territorio persa si se continuaba recto. Los hunos habían hecho ambas cosas. La gran invasión huna del año 395 no sólo causó estragos en las provincias de Roma situadas al sur del mar Negro, sino también en una zona sorprendentemente vasta del imperio persa. De este modo, en esta nueva era de acuerdos en que ambos imperios tenían a los hunos en mente, persas y romanos llegaron a un acuerdo de mutua defensa sin precedentes. Los persas tenían que fortificar y dotar de guarniciones el desfiladero clave de Dariel, que atraviesa el Cáucaso, y los romanos debían contribuir a sufragar los costes. De hecho, las relaciones entre los romanos y los persas fueron tan plácidas en aquella época que surgió el mito de que el sha de Persia había adoptado a Teodosio II, a petición de su difunto padre, el emperador Arcadio, a fin de facilitar el acceso del muchacho al trono (sólo tenía seis años cuando se produjo el fallecimiento de su padre).

Sin embargo, nada de esto significaba que Constantinopla pudiera permitirse bajar la guardia. Quizá en el siglo V se redujera el número de tropas, y tal vez se gastara menos en fortificaciones, pero seguía siendo necesario mantener un importante contingente militar en la frontera oriental. La *Notitia Dignitatum* —cuyos apartados relativos al Oriente datan aproximadamente del año 395 y son posteriores al acuerdo sobre Armenia— expone en su relación la existencia de un ejército de campaña estacionado en Oriente y compuesto por treinta y un regimientos, lo que *grosso modo* representaba la cuarta parte del total. A esto deben añadirse las 156 unidades de tropa de guarnición de frontera apostadas tanto en Armenia como en las provincias que configuraban el frente mesopotámico. El número total de unidades de tropas de guarnición existentes en todo el imperio de Oriente era de 305. Y esto en una época de relativa estabilidad. Esporádicamente surgían disputas con Persia, y a veces derivaban en un choque, como sucedió en los años 421 y 441. La única razón por la que los persas no sacaron más provecho del pugilato que enfrentó a Constantinopla con los hunos durante la década de 440 fue, según parece, que tenían sus propios problemas con los grupos nómadas de su territorio.[4]

Si, para Roma, Persia era el gran enemigo, Roma lo era igualmente para Persia, y cada uno de los bandos apreciaba de forma particular las victorias que obtenía sobre el otro. Como ya hemos señalado antes, las provincias que se extendían desde Egipto hasta la parte occidental del Asia Menor constituían la principal fuente de ingresos del imperio romano de Oriente, y ningún emperador podía permitirse poner en peligro la seguridad de la región. En consecuencia, Constantinopla tenía que dedicar más del 40 por 100 de sus efectivos militares a la frontera persa, y emplear otras 92 unidades de tropas de guarnición en la defensa de Egipto y Libia. Las únicas fuerzas que las autoridades del imperio de Oriente podían pensar en utilizar en Occidente se reducían a la sexta parte de las tropas de guarnición que tenían apostadas en los Balcanes y a las tres cuartas partes de las fuerzas de campaña que se hallaban congregadas en la Tracia, junto con los dos ejércitos centrales denominados «præsentalis».[5]

Hasta el año 450, la capacidad de Constantinopla para ayudar a Occidente se vio profundamente afectada también por el hecho de tener que soportar la encarnizada hostilidad de los hunos. Ya en el año 408 (véanse las páginas 255-256), Uldino se había apoderado brevemente de la

plaza fuerte del imperio romano de Oriente conocida como campamento de Marte, en la Dacia ripense, y para el año 413 las autoridades de Oriente se sintieron lo suficientemente amenazadas como para poner en marcha un plan con el que mejorar sus defensas de las riberas del Danubio[6] y con el que erigir el triple cinturón de murallas que circunda Constantinopla (véase la página 264). Después, tan sólo unos años más tarde, las fuerzas del imperio de Oriente se vieron directamente involucradas en una serie de esfuerzos destinados a limitar el crecimiento del poderío huno. Probablemente en el año 421 organizaron una importante expedición a Panonia que se encontraba ya, aunque de forma temporal, en manos de los hunos, liberaron a un gran grupo de godos del yugo huno y los instalaron en territorio del imperio de Oriente, en Tracia. Pasaron las dos décadas siguientes combatiendo las ambiciones de Atila y de su tío, e incluso después de muerto Atila volvió a recaer sobre las autoridades del imperio romano de Oriente la tarea de deshacer el grueso de las consecuencias generadas por el naufragio del imperio huno. Y como ya vimos en el capítulo 8, los hijos de Atila que lograron sobrevivir decidieron invadir el imperio de Oriente a finales de la década de 460. Un poco antes del período final de esa misma década, las fuerzas del imperio romano de Oriente también habían entrado en acción para oponerse a las facciones armadas de la destrozada maquinaria bélica de Atila, conducidas por Hormidac y Bigelis. De igual modo, en el año 460, los godos gobernados por los Amalos, instalados en Panonia, invadieron el imperio de Oriente para exigir sus 136 kilos de oro (véase la página 466).[7]

Si la juzgamos en función de este telón de fondo estratégico, es decir, por una situación en la que no era posible reducir las obligaciones militares del frente persa, y en la que, por causa de los hunos, la frontera del Danubio requería un aporte de recursos superior al de cualquier época anterior, la hoja de servicios de Constantinopla en lo tocante a la ayuda proporcionada a Occidente durante el siglo V presenta un aspecto perfectamente respetable. Pese a verse sacudida por el esfuerzo de repeler el ataque de Uldino, Constantinopla había enviado tropas a Honorio en el año 410, fecha en la que Alarico acababa de apoderarse de Roma y hacía gravitar su amenaza sobre el norte de África. Un total de seis unidades, integradas por cuatro mil hombres, llegó en el momento crítico, lo que insufló nuevos bríos a Honorio en un momento en el que éste barajaba la posibilidad de huir o de compartir el poder con los usurpadores. El contingente enviado bastó para consolidar el control de

Ravena, cuya guarnición empezaba a pensar en el amotinamiento, y consiguió ganar el tiempo suficiente para que el emperador pudiese ser rescatado.[8] Asimismo, en el año 425, Constantinopla había asignado a un gran número de sus tropas «præsentalis» el cometido de instalar a Valentiniano III en el trono, y en la década de 430 el general Aspar había combatido lo bastante en el norte de África para forzar a Giserico a negociar el primer tratado, el del año 435 —lo que le impidió conquistar Cartago y las provincias más ricas de la región—. Entre los años 440 y 441, de nuevo, el este envió a la proyectada expedición conjunta de Oriente y Occidente a África una cantidad tan grande de sus propias tropas «præsentalis», junto con otras más procedentes del Danubio, que, por un lado, el burócrata que la había organizado fue mencionado elogiosamente en los informes militares y, por otro, Atila y Bleda se encontraron ante una oportunidad única para abatir la furia de sus ejércitos sobre suelo romano.

Aunque Atila, como hemos visto en el capítulo 7, accedió a pactar con el imperio de Oriente un tratado extraordinariamente generoso en el año 450, ni siquiera entonces se negó el Oriente a cumplir su deber para con sus compatriotas romanos. En el año 452 envió tropas a Aecio —no se nos dice cuántas— para ayudarle a hostigar a los ejércitos hunos que arrasaban el norte de Italia, mientras otras fuerzas de Oriente atacaban con considerable éxito el terruño de los hunos.[9] No es ésta la hoja de servicios de un estado de Oriente al que no le interesara prestar apoyo a Occidente. Tampoco existe el menor indicio de que Constantinopla hubiera querido que los bárbaros se asentaran en el territorio occidental a fin de debilitar el poder de los emperadores de Occidente —y ni siquiera lo hay, como solía pensarse, de que en el año 408 hubiera animado a Alarico a trasladar a sus godos de los Balcanes a Italia—. Tal como ha señalado Edward Thompson, el hecho de que entre los años 451 y 452 optara por combatir y asumir cuantas represalias pudieran caer sobre ella, y no por aferrarse a la generosa paz ofrecida por Atila y mirar para otro lado, fue una muestra de auténtico compromiso por parte de Constantinopla.[10]

Desde luego, en Constantinopla el parecer de los emperadores y —de forma muy particular— el de los consejeros imperiales, fluctuaba, así que las medidas políticas aplicadas a Occidente fueron diversas. Como ya se ha mencionado anteriormente, hasta la muerte de Teodosio II, ocurrida en julio del año 450, el compromiso con Occidente deriva-

ba en parte del hecho de que los emperadores de Oriente y Occidente pertenecieran a la misma dinastía teodosiana. Por consiguiente, al apoyar a su primo Valentiniano, Teodosio reforzaba también los títulos que acreditaban la reivindicación de gobierno de su propia familia. Y la mayor fuerza expedicionaria enviada jamás en bloque por Oriente en toda esta época acudió a Occidente en el año 425 con motivo de una guerra civil romana que había estallado para instalar a Valentiniano III en el trono. Sin embargo, la serie de ayudas prestadas por Oriente a Occidente no puede reducirse al simple egoísmo del interés dinástico. Se continuó proporcionando ayuda tras la muerte de Teodosio, y cabe destacar la que se brindó en el año 452 cuando Atila atacó Italia. El hecho de que esta relación de ayudas haya sido recopilada a partir de una miscelánea de fuentes y de que haya, por tanto, pocas probabilidades de que sea exhaustiva también reviste importancia. En particular, y además de los periódicos ofrecimientos de efectivos militares, sospecho que durante esos años se enviaba con regularidad ayuda financiera a Occidente. Por tanto, la decisión que, en la década de 460, llevó a las autoridades de Constantinopla a organizar un importante intento de rescate en favor de Occidente no constituyó ninguna desviación repentina de la norma.

El cambio de régimen, Antemio y el África del norte

El problema más claro al que debía enfrentarse el Occidente romano en torno al año 460 era el de la crisis de sucesión. Desde la muerte de Atila, en el año 453, había habido muy poca continuidad. Valentiniano III había sido asesinado por los escoltas de Aecio, incitados por Petronio Máximo, y aunque éste se apoderó del trono, en muy poco tiempo fue muerto a su vez por la turba romana. Poco después, Avito, en connivencia con los visigodos y con determinados elementos pertenecientes a las capas superiores de la clase terrateniente y de la cúpula militar galorromanas, se había nombrado emperador a sí mismo. Más tarde, en el año 456, Ricimero y Mayoriano, comandantes de las fuerzas de campaña de Italia, lo expulsaron del poder. Este ejército iba a convertirse en la fuerza militar y política más poderosa del imperio romano de Occidente, y los dos comandantes estaban llamados a desempeñar un papel capital y de gran influencia.

De los dos, Ricimero en particular es el personaje que ejerce mayor fascinación. Su abuelo era el rey visigodo Valia, que había negociado con Flavio Constancio en el año 416, y por parte de madre era descendiente de una princesa de los suevos. Su hermana había emparentado con la casa real de los burgundios. De este modo, las relaciones familiares de Ricimero reflejan las revoluciones que en fecha aún reciente habían hecho penetrar en suelo romano a un gran número de grupos autónomos extranjeros. Sin embargo, su carrera había sido totalmente romana y militar, y había alcanzado relevancia por primera vez en tiempos de Aecio. Hay quien ha querido ver en su política una cierta antipatía hacia los romanos y una inclinación favorable a los bárbaros, pero nada de esto queda patente. En caso necesario, estaba dispuesto a realizar alianzas, al igual que Aecio y Estilicón, con las nuevas potencias bárbaras establecidas en Occidente, pero no existe indicio alguno de que su herencia genética le predispusiera a favorecer a los bárbaros y a perjudicar a las autoridades romanas centrales —de hecho, lo que se aprecia es todo lo contrario—. En muchos aspectos fue el heredero de Estilicón: un bárbaro bien relacionado y orgulloso de hacer carrera en Roma, un hombre que mostraba una lealtad impecable al ideal imperial. Mayoriano también había servido en época de Aecio, pero, a diferencia de Ricimero, pertenecía a una familia que contaba con militares romanos por los cuatro costados. Su abuelo paterno había sido un importante general en la década de 370, y su padre un importante burócrata de tiempos de Aecio; el propio Mayoriano había reñido finalmente con Aecio, pero Valentiniano III se acordó de él tras el asesinato del generalísimo.[11]

La hostilidad que Avito les inspiraba había convertido a Ricimero y a Mayoriano en aliados pero, tras eliminarle, ninguno de los dos sabía demasiado bien cuál debía ser su siguiente paso. El resultado fue un interregno de varios meses. Al final, ambos se pusieron de acuerdo y Mayoriano fue nombrado emperador. Su ascenso al trono se celebró el 1 de abril del año 457. Pese a algunos éxitos iniciales, el nuevo régimen no consiguió encontrar una solución definitiva a los problemas de Occidente, y al final Ricimero y Mayoriano se enemistaron. El 2 de agosto del año 461 Ricimero destituyó a su antiguo cómplice, y cinco días más tarde lo mandó ejecutar. Después recurrió a un anciano senador llamado Libio Severo para que actuase como su nuevo testaferro. El 19 de noviembre, tras otro interregno, Severo fue elevado a la púrpura. Sin embargo, no fue bien recibido en otras regiones de Occidente. En particu-

lar, los comandantes de lo que quedaba de los ejércitos de campaña de la Galia y la Iliria, Egidio y Marcelino, se sintieron lo suficientemente contrariados como para rebelarse.

De este modo, la muerte de Valentiniano III desencadenó uno de aquellos ciclos de inestabilidad prolongada que eran inherentes al sistema político romano. Constantinopla, enfrentada nada menos que a la anarquía, hizo lo que pudo para promover la estabilidad. El emperador de Oriente, Marciano, se había negado a reconocer la autoridad de Avito, pero, al final, las negociaciones mantenidas con Constantinopla para que ésta aprobara el acceso de Mayoriano al trono tuvieron éxito. Tras su toma de posesión inicial, Mayoriano fue proclamado emperador por segunda vez el 28 de diciembre del año 457, muy probablemente al recibir el reconocimiento concedido por el sucesor de Marciano, León I. El hecho de que se reconociera el régimen de Mayoriano era reflejo de que éste tenía una base mucho más amplia que la de Avito. No puede decirse lo mismo, sin embargo, de Libio Severo, debido a que en esta ocasión León no iba a cooperar, y a que Severo iba a carecer decididamente, durante el tiempo que le quedaba de vida, del reconocimiento de Constantinopla.

Por consiguiente, a medida que los regímenes de Occidente se hacían y se deshacían, los emperadores de Oriente intentaban, según parece, identificar y apoyar a los que tenían alguna posibilidad real de generar estabilidad. Si Ricimero había nombrado al inofensivo Severo había sido para preservar su posición en Italia. Sin embargo, tal como había mostrado Aecio, la longevidad política era inseparable del éxito militar, y Ricimero también estaba obligado a defender eficazmente Italia, así como el resto del Occidente romano. Para lograr ambos objetivos, el reconocimiento y la ayuda de Constantinopla eran vitales. Una vez que quedó claro que Severo resultaba inaceptable para León —y una de las razones cruciales de esta actitud fue la oposición que suscitó en Egidio y en Marcelino—, el hombre de paja de Ricimero se convirtió en un obstáculo para su política. Al final, Severo murió en un momento sospechosamente conveniente, en noviembre del año 465. Una fuente de principios del siglo VI sugiere que fue envenenado, mientras que Sidonio se esfuerza en recalcar que murió por causas naturales. El comentario destaca de forma tan manifiesta en medio de un pasaje dedicado a otras cuestiones que realmente parece un caso de exceso de celo en la protesta. Fuera cual fuese la verdad, una vez muerto Severo, las negociaciones pudieron reanudarse.[12]

Ahora bien, la concesión o la negación del reconocimiento no contribuía en nada a hacer frente al segundo y mucho más fundamental problema que el Occidente romano tenía ante sí. Como ya vimos en el capítulo 8, la desaparición de los hunos como fuente eficaz de efectivos militares no dejó a los regímenes imperiales de Occidente más elección que la de comprar el respaldo de las potencias inmigrantes ahora asentadas en su suelo, o al menos el de algunas de ellas. Para obtener el apoyo de los visigodos, Avito les había dado carta blanca en Hispania —para gran beneficio de este grupo, como se vería más tarde—. Mayoriano se había visto obligado a reconocer el deseo de expansión de los burgundios, y les había permitido apoderarse de algunas otras ciudades más (*civitates*) en el valle del Ródano. Y también siguió consintiendo que los visigodos hicieran prácticamente lo que quisieran en Hispania. De manera similar, y a fin de conseguir el sostén que precisaba para Libio Severo, Ricimero había entregado a los visigodos la importante ciudad romana de Narbona, con todos sus ingresos.[13] Ahora, sin embargo, había sencillamente demasiados jugadores en el terreno de juego, y esto, unido al rápido cambio de regímenes, había creado una situación en la que los ingresos fiscales de Occidente, pese a encontrarse ya muy mermados, hubieron de seguir empleándose en una desesperada pugna por la estabilidad. Para que pudiera evitarse la aniquilación de Occidente era preciso que ocurrieran tres cosas. Debía restablecerse la autoridad legítima; tenía que reducirse el número de instancias a conciliar por cualquier nuevo régimen; y era preciso aumentar los ingresos del imperio. Los analistas del imperio de Oriente llegaron justamente a esta conclusión, y a mediados de la década de 460 urdieron un plan que realmente estuvo a punto de infundir nueva vida al debilitado Occidente.

La muerte de Severo abrió la puerta para la reanudación de las negociaciones entre Ricimero y Constantinopla. Éstas fueron largas y tortuosas. No hay fuente alguna que nos proporcione detalles, pero la proclamación del nuevo emperador de Occidente, el 12 de abril del año 467, se vio precedida por un interregno de diecisiete meses —el más largo hasta esa fecha—. Tanto este intervalo como la nueva identidad del emperador nos alertan de los sinuosos senderos diplomáticos que debieron recorrerse en el ínterin. La elección recayó en Antemio, un general de Oriente de probadas aptitudes y alto linaje que era además el candidato

propuesto por el emperador de Oriente, León I (aunque desde luego Ricimero había aceptado el nombramiento). El abuelo materno de Antemio —llamado también Antemio— había sido prácticamente el gobernante del imperio de Oriente en la década que media entre 405 y 414, período en el que desempeñó en el este el cargo de prefecto pretoriano durante los últimos años del reinado del emperador Arcadio y los primeros de su hijo Teodosio II. El padre del nuevo emperador, Procopio, era casi igual de distinguido. Descendía del Procopio que había usurpado el trono a mediados de la década de 360 y guardaba por lo tanto un lejano parentesco con la dinastía de Constantino. Había accedido además, a mediados de la década de 420, al mando supremo de las fuerzas romanas del frente persa (*magister militum per Orientem*). El joven Antemio siguió los pasos de su padre y se distinguió en el ejército. A mediados de la década de 450 irrumpió en escena y desempeñó un papel destacado, ya que consiguió contrarrestar las consecuencias del hundimiento del imperio huno tras la muerte de Atila.[14] Inmediatamente después, fue nombrado cónsul para el año 455, y también patricio, además de ser ascendido a comandante general de uno de los principales ejércitos de campaña (*magister militum præsentalis*). También le fue concedida la mano de la única hija del emperador Marciano, Elia Marcia Eufemia. Sidonio cuenta que al morir Marciano —una década antes, en el año 457—, Antemio había estado ya a punto de convertirse en emperador, y por una vez no parece que se trate de una exageración. Este matrimonio sugiere que Antemio era el sucesor que prefería Marciano. Sin embargo, la púrpura no recayó sobre sus hombros. Sidonio dice que fue su propia reticencia lo que le mantuvo en un segundo plano (aunque esa es otra figura retórica común en los panegíricos). En vez de Antemio, el ascendido fue León —un oficial de la guardia por cuya intermediación contaba gobernar el imperio el otro *magister militum præsentalis*, Aspar—. Con todo, Antemio no debió de quedar excesivamente descontento, porque continuó sirviendo al nuevo emperador como general.[15]

En resumen, los títulos de Antemio como aspirante al trono del imperio de Occidente eran impecables, y de tan similar aplicación al cargo de emperador de Oriente que es muy posible que León y Aspar se hubieran visto en la obligación de no perder de vista, durante una buena temporada, la sección de «ofertas de empleo italianas» de la *Gaceta de Constantinopla* antes de la oportuna desaparición de Severo. El hecho de que les alegrara verse libres de su competencia no restaba nada al ni-

vel de respaldo que estaban dispuestos a ofrecerle. Durante la primavera del año 467, Antemio llegó a Italia acompañado por un contingente militar proporcionado por Marcelino, el comandante general de las fuerzas de campaña romanas del Ilírico (*magister militum per Illyricum*).[16] Marcelino, que en su momento había sido nombrado por Aecio, había asumido el control de la zona tras el asesinato de éste. El emperador Mayoriano había ratificado su nombramiento, pero al morir Mayoriano, Marcelino había preferido solicitar a Constantinopla —en vez de a Libio Severo— la autorización pertinente para poder continuar en su puesto. Por consiguiente, el apoyo que Marcelino prestaba ahora a Antemio había sido canalizado a través del emperador de Oriente, León I. León se garantizó también el consentimiento de Ricimero al encumbramiento de Antemio, y la relación quedó sellada mediante una alianza matrimonial: tan pronto como Antemio llegó a Italia, su única hija, Alipia, se casó con Ricimero. Dado que a su talento y a su linaje sumaba el respaldo de ambos imperios —el de Occidente en la persona de Ricimero, y el de Constantinopla en las de León y Aspar—, Antemio era el hombre llamado a restablecer, suponiendo que alguien pudiera hacerlo, la estabilidad política del Occidente romano.

Antemio marchó a Italia con un plan para abordar los problemas más importantes que debía encarar su nuevo imperio. En primer lugar, restauró rápidamente un mínimo de orden en la región del norte de los Alpes, en la Galia. Resulta difícil valorar cuál era la extensión del territorio galo que aún seguía comportándose como parte del imperio de Occidente en el año 467. En el sur, los visigodos, y desde luego los burgundios, aceptaron el gobierno de Antemio: sus dos territorios permanecieron legalmente unidos al imperio. Sabemos que instituciones como la del *cursus publicus* seguían operativas en la región. Más al norte, las cosas están menos claras. El ejército romano del Rin, o lo que quedaba de él, se había sublevado tras la destitución de Mayoriano, y una parte de sus efectivos seguía integrando el núcleo de una unidad prácticamente independiente estacionada al oeste de Lutecia. Parece que los refugiados que habían huido de la Britania romana, desgarrada por la guerra, contribuyeron también al surgimiento de un nuevo poder en Britania, y por primera vez las hordas de guerreros francos hicieron gala de su poderío en suelo romano. En el siglo IV, los francos habían cumplido en la frontera situada al norte del Rin el mismo tipo de cometido que el desempeñado por los alamanes al sur. Al ser clientes sometidos a medias,

ambos grupos se habían dedicado a realizar incursiones en el imperio romano y a comerciar con él, y ambos habían aportado una cantidad sustancial de efectivos a su ejército: varios de los reclutas más destacados —como Bauto y Arbogasto— lograron ascender a posiciones de mando superior. Nuevamente igual que los alamanes, los francos eran una coalición de grupos de menor tamaño, provisto cada uno de ellos de su propio cabecilla. Hacia la década de 460, cuando el control romano se vino abajo en el norte, algunos de los caudillos de esos grupos belicosos empezaron por primera vez a operar exclusivamente en el lado romano de la frontera, y según parece se dedicaron a vender sus servicios al mejor postor.[17]

Ninguno de esos grupos de poder galos era lo bastante fuerte como para representar una amenaza directa contra lo que quedaba del Occidente romano una vez que éste hubo quedado aupado por el apoyo proporcionado por Oriente, así que la llegada de Antemio los acobardó a todos, lo suficiente al menos para lograr su aquiescencia. Sin embargo, la Galia no era el principal problema. El mismo Mayoriano había logrado granjearse casi tan bien como Antemio la aceptación e incluso el apoyo de los terratenientes galorromanos. El galo Sidonio, por ejemplo, había desempeñado un cierto papel en la toma de Lyon por los burgundios, y por esa razón Mayoriano le castigó en un primer momento con un mayor gravamen fiscal. Como respuesta, Sidonio escribió un poema al emperador en el que se quejaba de un modo amanerado y desaprobaba deliberadamente su propia conducta: «Por ahora, mi parlanchina musa se ha visto silenciada por el fisco, y en vez de los versos de Virgilio y de Terencio cuenta el as y el medio as debidos al erario».[18] Después de esto, Mayoriano le perdonó, y Sidonio, junto con muchos de su misma clase, se unió a las filas de los partidarios galos del emperador. Una carta de esa época recuerda una noche festiva en la que, después de la cena, el emperador se divirtió intercambiando ocurrencias con Sidonio y sus amigos.[19]

La llegada del simpático Antemio a este círculo de la élite hizo que se formaran colas de guerreros galorromanos deseosos de mostrarse solícitos con el nuevo emperador y de atender sus ruegos. Sabemos que el *cursus publicus* seguía abierto porque Sidonio lo utilizó en el viaje que le llevó a presentarse ante Antemio al frente de una delegación gala. Antemio respondió de la misma forma. Sidonio se abrió paso poco a poco y se ganó los favores de los dos poderes en la sombra más importantes

del senado italiano de aquella época: Genadio Avieno y Flavio Cecina Decio Basilio: con su ayuda, el 1 de enero del año 468, tuvo oportunidad de dedicar un panegírico al emperador.[20] En consecuencia, Antemio le nombró para el alto cargo de prefecto urbano de Roma. Se había puesto en marcha un proceso largamente consagrado por el tiempo: al comenzar un nuevo reinado, y movidos por la idea del medro personal, los terratenientes más hábiles en ese tipo de maniobras se dejaban caer por la corte imperial para ofrecer su apoyo y recibir dádivas a cambio.[21] Sin embargo, los jugueteos con los equilibrios de poder imperantes en la Galia no iban a contribuir demasiado a la restauración del imperio de Occidente.

Sólo había un plan que tenía verdaderas posibilidades de insuflar nueva vida al Occidente romano: reconquistar el norte de África. La coalición de los vándalos y los alanos nunca había sido aceptada en el selecto club de las potencias inmigrantes aliadas que empezó a formarse a mediados del siglo V. El tratado del año 442, que reconocía que esa coalición se había apoderado de Cartago, había sido concedido en un momento en el que la estrella de Aecio se encontraba en el punto más bajo de su recorrido: constituyó una excepción en la habitual relación de los vándalos con el estado romano, presidida por una gran hostilidad. Desde la década de 410 en adelante, como hemos visto, el imperio de Occidente se alió sistemáticamente con los visigodos en contra de los vándalos y de los alanos, y después del año 450 la historia de estos últimos fue la crónica de una exclusión similar. A diferencia de los visigodos o de los burgundios, los vándalos y los alanos no habían participado en el año 451 en la coalición militar formada por Aecio para luchar contra Atila en la Galia. Por consiguiente, los regímenes de Avito, de Mayoriano o de Libio Severo tampoco procuraron contentarles más tarde ni ofrecerles recompensa alguna. No hay duda de que su dirigente, Giserico, trataba de ingresar en el club, como demostró paradójicamente al saquear Roma en tiempos de Petronio Máximo. Este saqueo se debió en parte al hecho de que Máximo hubiera frustrado los acuerdos matrimoniales que debían unir a su hijo Hunerico con la hija mayor de Valentiniano III. Tras saquear Roma en el año 455, los vándalos siguieron realizando incursiones en la costa de Sicilia y en varias islas del Mediterráneo. Se trató en gran medida de una empresa motivada por la intención de obtener un beneficio, pero Giserico tenía también un proyecto más ambicioso y de naturaleza más política. Las mujeres de Valentiniano III

—su esposa Licinia Eudoxia, y sus hijas Eudocia y Placidia— habían formado parte del botín obtenido en el saqueo de Roma. Como era de esperar, Eudocia fue entregada en matrimonio al hijo mayor de Giserico, Hunerico. Probablemente en el año 462, Eudoxia y Placidia obtuvieron su libertad y pudieron partir a Constantinopla, donde Placidia casó con un senador romano llamado Anicio Olibrio, que había huido a la capital de Oriente para librarse del saqueo. Después del año 462, Giserico hizo campaña en favor de Anicio Olibrio, al que quería situar como heredero al trono de Occidente. Desde el punto de vista de los vándalos, esto habría tenido el deseable resultado de que el siguiente emperador de Occidente fuera cuñado del próximo rey de los vándalos: una vía más hacia la aceptación política que Giserico anhelaba de forma tan obvia.[22]

Desde el punto de vista romano, los acontecimientos que habían conducido a los vándalos hasta el norte de África eran sólo ligeramente menos respetables que los que habían empujado a los visigodos y a los burgundios a instalarse en la Galia. Mediante acciones militares, o con la amenaza de emprenderlas, los tres grupos habían obligado al estado romano a firmar tratados: dadas las alternativas que les ofrecían, las autoridades del imperio romano de Occidente habrían preferido no tener relación con ninguno de ellos. El verdadero problema que minaba los esfuerzos que hacía Giserico para ser admitido en el club de las potencias inmigrantes no era tanto el de las indiscreciones pasadas como tales, sino el derivado del hecho de que hubiera tomado posesión, mediante un flagrante atropello, de las provincias más ricas y productivas del imperio de Occidente. Desde la década de 440 se había apoderado de Tripolitania y de un buen número de islas mediterráneas, territorios que se habían añadido a las tierras que ya poseía en el norte de África. Sus incursiones anuales estaban extendiendo el miedo y el desorden por todo el litoral italiano. En consecuencia, la aniquilación de los vándalos lograría de un solo golpe dos objetivos muy deseables. Eliminaría una de las tres principales potencias bárbaras establecidas en suelo occidental y, lo que era más importante, haría regresar a las arcas imperiales un inestimable bastimento de riqueza.

Merece la pena permitirse aquí una pequeña digresión al margen de los hechos. Las repercusiones de una victoria decisiva sobre Giserico, algo que en sí mismo distaba mucho de ser inconcebible,[23] habrían sido de gran alcance. Una vez unidos Italia y el norte de África, podría ha-

berse añadido Hispania a la nueva base de poder de Occidente. A diferencia de la coalición de los vándalos y los alanos, los suevos que habían permanecido en Hispania no pasaban de ser una molestia relativamente secundaria. Su poder disminuía y se acrecentaba en función de la cantidad de recursos que los romanos dedicaran a la Península en cada momento, y no hay razón para pensar que habrían sido capaces de resistir un contraataque imperial a gran escala. Por consiguiente, tan pronto como las rentas hispánicas hubieran vuelto a fluir a raudales, la reconstrucción de gran parte de la Galia se habría revelado posible a su vez. Como mínimo, al quedar despojados de algunas de sus más recientes adquisiciones —como Narbona y las ciudades del valle del Ródano—, habría sido factible recluir a los visigodos y a los burgundios en unos enclaves de influencia mucho más reducidos. De igual modo, tal vez se hubiera podido meter nuevamente en cintura a los bagaudos rebeldes del norte.

Ese Occidente renacido habría seguido guardando mayor semejanza con una coalición (en cuyo seno las esferas de influencia goda y burgundia, sustancialmente autónomas, coexistirían con los territorios sometidos al gobierno directo de Roma) que un único estado íntegro como el del viejo imperio del siglo IV. Sin embargo, el centro romano se habría convertido nuevamente en el elemento dominante, y la situación estratégica habría regresado al menos a un estado comparable al de la década de 410, antes de la pérdida del norte de África —o incluso mejor, puesto que no habría una coalición de vándalos y alanos campando por sus respetos en Hispania—. Y si dejáramos transcurrir otros veinte años veríamos que incluso los romanos británicos, envueltos en sus luchas contra los invasores sajones, podrían haber salido beneficiados. Esto es, por supuesto, el mejor de los escenarios imaginables. Se había revelado imposible aniquilar a los visigodos: ni siquiera hubiera podido hacerse en los tiempos de Teodosio I y de Alarico, época en que el imperio contaba con bazas de entidad muy superior, así que éstos constituían un problema que tenía pocas probabilidades de desaparecer. Sin embargo, en Hispania y en la Galia de finales de la década de 460 seguía habiendo un gran número de terratenientes interesados en Roma, como muestra la precipitación con la que partió Sidonio a Italia en busca de Antemio, sabedor de que éste habría recibido con los brazos abiertos el resurgir de la viabilidad del imperio de Occidente. Y, se mire por donde se mire, un Occidente renacido y basado en la posesión de

Italia, del norte de África, de la mayor parte de Hispania y de grandes porciones de la Galia era una perspectiva formidable. En la década de 460 aún no estaba todo perdido: una campaña exitosa contra los vándalos podría haber detenido el círculo vicioso del deterioro y garantizado al imperio de Occidente un futuro previsiblemente presidido por una vida política activa.

Durante algún tiempo se tuvo conciencia de que la mejor respuesta posible a los problemas de Occidente pasaba por la aniquilación de los vándalos. Además del de Antemio, el único régimen de Occidente que se había mostrado dispuesto a plantar una dura batalla tras el asesinato de Aecio había sido el de Mayoriano, y había concebido la misma estrategia. Ha llegado hasta nosotros un panegírico en verso compuesto en los primeros momentos del reinado de Mayoriano y leído por Sidonio en su honor en el año 458, durante su estancia en Lyon. Tras el acostumbrado alegato de superlativos pensados para certificar que el elogiado había sido bendecido con todas las cualidades del perfecto emperador, la escena pasa a centrarse en Roma, personificada en la forma de una diosa armada que inspecciona sus territorios. Todo va bien, hasta que:[24]

> De repente, África se arrojó al suelo envuelta en lágrimas, con sus morenas mejillas completamente arrasadas. Inclinó la frente y rompió las espigas de trigo que la coronaban, unas espigas cuya fecundidad se había convertido ahora en su perdición; y habló de esta manera: Yo, un tercio del mundo, soy desdichada por la fortuna de un sólo un hombre. Este hombre [Giserico], hijo de una esclava, ha sido durante largo tiempo un salteador: ha eliminado a nuestros legítimos señores y blandido durante muchos días su cetro bárbaro en mis tierras. Y tras haber ahuyentado hasta al último de nuestros nobles, este extranjero no da muestras de apreciar nada que no sea una insensatez.

Con este preámbulo se inicia un largo llamamiento en el que se pide a Roma que despierte de su sopor y enderece los entuertos de África. Sidonio trenza esta exhortación con una crónica del pasado marcial de Mayoriano, con la intención, una vez más, de exhibir los méritos que le acreditan como el hombre idóneo para tal labor. El discurso de la diosa concluye con una llamativa imagen de Giserico:

> se halla sumido en la indolencia y, abrumado por inefables cantidades de oro, no sabe ya nada del acero. Sus mejillas están exangües: un entumeci-

miento de embriagado le aflige, una pálida laxitud le domina, y su vientre, atiborrado por una continua gula, no logra expulsar sus acres flatulencias.

No hay nada como un buen chiste de gases para relajar el ambiente, incluso en una celebración imperial. Pero Sidonio tenía también un propósito más serio. Había llegado el momento de que Mayoriano vengara al África, «para que Cartago dejara de guerrear contra Italia».

Esto último era una declaración de intenciones directa. A ningún panegirista imperial se le ha permitido jamás plantarse ante un emperador y decirle que debe efectuar una determinada acción, a menos que el emperador se hallara ya plenamente resuelto a realizarla.[25] Está claro que se había informado a Sidonio de que uno de los objetivos de su panegírico radicaba en preparar el parecer de los terratenientes para un ataque contra los vándalos. Esto ocurría a comienzos del año 458. Aún quedaban muchos preparativos que ultimar, como estipula claramente Sidonio. En primer lugar, antes de que el imperio pudiera concentrarse en la aventura del norte de África era preciso restablecer mejor el orden en la Galia; y debía aprestarse asimismo una flota.[26] No obstante, desde los primeros momentos, el régimen de Mayoriano se consagró a la tarea de atacar a los vándalos.

En el año 461, estaba listo para materializar su propósito. El plan de Mayoriano consistía en seguir, acompañado por su contingente principal, la ruta que habían tomado los propios vándalos. Al llegar la primavera se habían reunido ya trescientas naves en los puertos situados a lo largo de la costa de la provincia hispánica de la Cartaginense, desde Cartago Nova (Cartagena) hasta Illici (Elche), unos cien kilómetros más al norte. Como estaba previsto, Mayoriano y su ejército llegaron puntualmente a Hispania para desde allí ser trasladados, según parece, a Mauritania, materializar su intención de marchar en cerrado orden de combate y penetrar en el corazón del África vándala.[27] Al mismo tiempo, Marcelino condujo hasta Sicilia a algunos elementos de su ejército de campaña del Ilírico, donde debían presentar batalla y expulsar a los vándalos de las posiciones que habían tomado en la isla. La consolidación de Sicilia era un fin en sí mismo, pero es posible que también se planeara con la intención de sembrar la duda en el ánimo de Giserico, quien de este modo no sabría de qué dirección podía venirle el ataque principal. Viéndose acorralado, Giserico hizo propuestas de paz, pero Mayoriano se sintió lo suficientemente confiado como para rechazarlas.

Para ser más exactos, el emperador había arriesgado demasiado en la expedición como para plantearse la posibilidad de una componenda. Sin embargo, tras ser informado de los planes de Mayoriano, Giserico atacó primero: su flota desembarcó en la costa de Hispania y aniquiló la armada de Mayoriano. El ejército del emperador quedó esperando, impaciente y ocioso, en las playas de Hispania. La campaña, anunciada ya en el año 458 como la clave de bóveda de la política de Mayoriano, había fracasado.

Mayoriano había perdido las riendas del poder. Abandonó Hispania en pleno verano y regresó por tierra a Italia. En el camino, Ricimero le arrestó. El 2 de agosto le destituyó, y cinco días más tarde fue ejecutado. Para Mayoriano, la apuesta africana había concluido en un desastre, pero la lógica subyacente estaba bien fundada. Cuando Antemio llegó a Occidente unos cuantos años más tarde, no fue ninguna sorpresa que tuviera los ojos firmemente clavados en Cartago.

La armada bizantina

Pese a que León se hubiera mostrado encantado con la idea de alejar de Constantinopla una presencia tan imponente como la de Antemio, la contribución del emperador de Oriente a su tentativa de reconquistar el África vándala no fue nada cicatera. Esa ayuda bien pudo haber formado parte del acuerdo al que llegaron. Gracias a un cierto número de fuentes, tenemos una idea bastante aproximada de los costos que acarreó. El relato más detallado se encuentra en los fragmentos de una obra de otro historiador afincado en Constantinopla. Escritos por un tal Cándido a finales del siglo V, los fragmentos se han conservado en una obra enciclopédica bizantina de finales del siglo X: la *Suda*. En ellos leemos lo siguiente: «El oficial encargado de las cuestiones [económicas] reveló que la aportación canalizada por los prefectos había sido de 21.318 kilos de oro, y que se habían obtenido otros 7.711 kilos más de oro y 317.514 de plata por medio del conde encargado del Tesoro, a lo que debían añadirse los dineros recaudados con las confiscaciones y los entregados por el emperador Antemio».[28] Un kilo de oro equivalía más o menos a dieciocho de plata, lo que arrojaba un total de unos 46.720 kilos de oro, cantidad que se había obtenido de todas las fuentes disponibles: de los impuestos generales (que eran competencia de los prefectos),

de la explotación de las fincas imperiales (incumbencia del conde del Tesoro), así como de las confiscaciones y de cualquier otra cosa que Antemio hubiera podido arrancar a Occidente. De las otras fuentes, una indica más o menos la misma cifra que señala Cándido, mientras que otras dos la elevan: 54.431 y 58.967 kilos de oro, respectivamente. Las cantidades son bastante parecidas (el total reflejado por Cándido no incluye las sumas de dinero que, según refiere, fueron recaudadas por el propio Antemio en Occidente). En términos generales, la magnitud de la operación es también perfectamente plausible. En la década de 530, siendo emperador Justiniano, la construcción de la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, por ejemplo, costó al tesoro romano de Oriente entre 6.803 y 9.071 kilos de oro. El emperador Anastasio (cuyo reinado tuvo lugar entre los años 491 y 517), que hizo gala de una legendaria prudencia económica y que disfrutó de un reino bendecido con una relativa paz, dejó a su muerte, 145.149 kilos de oro a su sucesor. Por tanto, 46.720 kilos de oro, o 46 toneladas, es una cantidad enorme, pero bastante verosímil, y un buen dato para valorar el compromiso de León con Occidente.[29]

El esfuerzo militar generado con todo este capital fue, como corresponde, formidable. Al otro lado del imperio de Oriente se reunió una armada de mil cien naves, un tamaño casi cuatro veces superior al de la flota que había congregado Mayoriano. De nuevo, la cifra es creíble. Si el muy deteriorado imperio de Occidente había logrado reunir trescientos navíos en el año 461,[30] resulta completamente proporcionado que pudiera contar con mil cien para este proyecto tan ambicioso. Nadie menciona los tonelajes de la expedición del año 468, pero el desplazamiento de las embarcaciones que integraban una de las flotas del imperio de Oriente en el año 532 oscilaba entre las 20 y las 330 toneladas. Juzgados con criterios modernos, casi todos aquellos barcos eran diminutos. La inmensa mayoría eran naves mercantes impulsadas solamente a vela, pero es posible que existieran algunos buques de guerra especializados, los *dromones*, capaces de navegar con aparejo hasta el lugar de la acción, para después sumarse a la batalla propulsados por remos.[31] Los efectivos militares consagrados a la tarea fueron de escala parecida. Procopio sitúa la cifra en cien mil combatientes, pero parece a un tiempo elevada y sospechosamente redonda. La flota del año 532 que acabamos de mencionar, formada por quinientos buques, transportaba un ejército de dieciséis mil hombres, así que es posible que en las mil cien em-

barcaciones del año 468 viajaran unos treinta mil soldados (la cifra no incluye a los marineros). Además, tal como sucediera en el año 461, Marcelino y algunos de sus comandantes de la Iliria también se desplazaron al oeste. Esta vez, lo primero que hicieron fue expulsar a los vándalos de Cerdeña, y ocupar después Sicilia por la fuerza. Un tercer contingente de tropa, reclutado entre los efectivos del ejército de Egipto y sometido a las órdenes del general Heraclio, desembarcaba al mismo tiempo en Tripolitania, donde se unió a las fuerzas locales para desalojar a los vándalos que venían ocupando las ciudades de la región desde el año 455. Si sumamos los marineros y todas las fuerzas complementarias, entonces, el total de los efectivos implicados en la expedición debió ciertamente situarse muy por encima de los cincuenta mil hombres.[32]

El mando de esta inmensa expedición se asignó al cuñado de León, el general Basilisco, que había obtenido recientes y considerables éxitos militares en los Balcanes al detener las últimas tentativas de los hijos de Atila, que trataban de encontrar refugio al sur del Danubio. A principios del año 468 todo el mundo sabía lo que se avecinaba, y en el panegírico que Sidonio leyó en Roma el 1 de enero de ese año en honor de Antemio, que acababa de acceder al consulado, se percibe una honda emoción expectante. Un influyente historiador ha sostenido que las fuentes de Occidente apenas se han hecho eco de la armada bizantina. Por una vez, no concuerdo con él.[33] Las imágenes relacionadas con el mar y con la navegación impregnan el discurso de Sidonio, ya desde la misma presentación de Antemio:[34]

> Éste es, señores míos, el hombre por el que tanto suspiraban el valiente espíritu de Roma y vuestro amor, el hombre al que nuestra comunidad, como una nave vencida por la tempestad y desprovista de piloto, ha confiado sus quebrantadas cuadernas, a fin de verse guiada con más destreza por un noble timonel y no temer ya ni a temporales ni a piratas.

La metáfora marinera da después bordadas a una y otra banda, y el discurso concluye del siguiente modo:

> Pero ahora soplan con demasiada fuerza los vientos que hinchan mis velas a su paso. Examina, ¡oh Musa!, mis humildes versos, y mientras busco el puerto, deja que el ancla de mi canto se fije al fin en un último y tranquilo fondeadero. Que de la flota y las fuerzas que tú, ¡oh príncipe [Ante-

mio]!, pilotas, así como de las grandes proezas que te aprestas a realizar en breve, he de componer yo el relato, si Dios accede a mis plegarias, a su debido tiempo...

La sensación de que se atisba en el horizonte una inminente expedición naval es inconfundible. Y el discurso de Sidonio capta el grandioso empeño: «Antemio se ha presentado ante nosotros con un pacto concertado entre ambos reinos: la paz de un imperio le ha enviado para que abandere nuestras guerras». Antemio había esgrimido la promesa de la salvación militar de Occidente, y su ejército llegó en el año 468. Sidonio captó el momento a la perfección. El hecho de que se hubiera logrado reunir semejante flota ya constituía, por sí mismo, una hazaña. Llegaba ahora el instante de la auténtica prueba. La tromba de la batalla estaba a punto de abatirse una vez más sobre el Mediterráneo occidental. La armada, símbolo supremo de la unidad imperial, estaba de camino.

Decididamente, el plan romano no consistía en trabar batalla con la otra flota. Tal como había sucedido en el año 461, los romanos querían llegar al norte de África con su ejército intacto y después combatir hasta dirimir el asunto en tierra. La campaña se desarrolló en consecuencia. La flota de Basilisco siguió la principal ruta comercial que partía del sur de Italia. Era una ruta que venían dictando desde tiempo inmemorial los vientos y las corrientes del Mediterráneo central. En esas aguas, la temporada de navegación propiamente dicha iba de junio a septiembre, y lo más probable es que Basilisco se hiciera a la mar en junio. Con un viento a favor razonablemente bueno no se tardaba más de un día de navegación en ir desde Sicilia hasta el norte de África. La armada ancló en el refugio del cabo Bon —a no más de doscientos cincuenta estadios (unos sesenta kilómetros) de Cartago—, según nos indica una de nuestras fuentes. Esto coloca a la flota en algún punto del litoral situado entre Ras el-Mar y Ras Addar, en el actual Túnez: una buena elección, porque los vientos que predominan en esta zona durante los meses de verano soplan del este. (Una flota que se hallara anclada al otro lado de la Península se habría visto empujada hacia la costa.) No estamos seguros de qué era lo que se suponía que debía ocurrir después. La armada se dirigía al punto de embarque que le había sido indicado al ejército. El cercano puerto de Cartago estaba protegido de las naves enemigas por una cadena, así que el destino de Basilisco tal vez fuese la bahía de Útica, a corta distancia de marcha de Cartago.[35]

Los vándalos, no hace falta decirlo, no estaban dispuestos a secundar el plan romano. Al conquistar Cartago en el año 439 se habían apoderado de uno de los puertos más activos del Mediterráneo romano, y habían aprovechado al máximo la experiencia que allí habían encontrado en materia de navegación y transporte marítimo. A partir del año 439, las incursiones por mar pasaron a ser su sello distintivo, y convirtieron los combates navales en una actividad en la que descollaban. No debemos imaginar aquí la súbita aparición de la nada de los clásicos raqueros vándalos. Las labores náuticas eran realizadas por indígenas norteafricanos, como refiere Sidonio de forma un tanto enrevesada en un pasaje de su panegírico a Mayoriano en el que exagera sus penalidades. Así se queja la propia África: «Y ahora levanta contra mí a mi misma sangre para satisfacer sus propios fines, y tras todos estos años de cautiverio me veo cruelmente lacerada y sujeta a su autoridad por las proezas de mis propios hijos; fecunda en pesares, engendro una prole que me hace sufrir».[36] Estamos ante un fenómeno que ya se ha visto en otros lugares. En el siglo III, tras haber tomado posesión de las costas septentrionales del mar Negro, los godos, junto con otros recién llegados de origen germánico, lograron convencer a los hombres de mar locales de que les ayudaran a preparar, a cambio de una parte en el botín, incursiones marítimas a gran escala en las comunidades romanas del sur. Hay también una ley en el *Código teodosiano* que promete quemar vivo a cualquiera que enseñe a los bárbaros el arte de la construcción naval, pero es evidente que algunos no encontraron disuasoria la advertencia.[37] La mayoría de las maniobras navales vándalas adoptaban la forma de ataques seguidos de una rápida huida, y sus hordas eran conducidas hasta la costa para saquear y destruir. Hacia el año 468, los vándalos y sus auxiliares navales contaban ya con treinta años de experiencia en operaciones militares marítimas. Con tan poderoso instrumento bajo su mando, Giserico se dispuso a actuar, como cualquier buen general, del modo que menos deseara su oponente.

Una vez que la armada oriental romana estuvo fondeada se divisó la flota vándala. Topamos aquí, cara a cara, con el factor que ha decidido más de una batalla —el elemento sorpresa—. Contra lo que normalmente cabría esperar, el viento soplaba del noroeste. Los vándalos, que habían partido de Cartago, se mantenían a favor del viento, así que podían elegir exactamente cuándo y dónde trabar combate, mientras que los romanos, con el viento de frente, sólo podían desplazarse con len-

titud y con rumbo sesgado. Las fuentes no dan ninguna indicación que nos permita pensar que uno u otro bando poseyera mejores naves. El viento, que no cambió, mantuvo a la flota romana inmovilizada contra la costa occidental del cabo Bon. Aprovechando la oportunidad, los vándalos actuaron en el año 468 exactamente igual que los ingleses mil ciento veinte años después, en 1588, cuando encontraron a la Armada española en una posición similar: lanzaron brulotes.* Las crónicas de los combates navales de la Antigüedad no rebosan de referencias a los brulotes, pero era una estratagema que se empleaba de vez en cuando en circunstancias favorables, especialmente cuando una flota enemiga se encontraba anclada o en puerto y era incapaz de moverse con rapidez. La primera mención a los brulotes guarda relación con un ataque ateniense contra Sicilia producido en el año 413 a. C., y los romanos y los cartagineses los habían utilizado unos contra otros durante siglos, con la particularidad de que en la primavera del año 149 a. C. estos últimos los habían empleado con notable éxito contra una flota romana.[38]

Para entender la amenaza que representaban los brulotes es preciso hacerse una idea del tipo de naves en que se desplazaba el ejército romano. La clásica crónica de la Armada española lo da a entender de forma sencilla: «De todos los peligros que acechaban a una flota de embarcaciones de madera a vela, el fuego era el más grave: sus velas, sus cordajes embreados, sus cubiertas y vergas resecas por el sol podían arder en un instante; prácticamente no había nada en ellas que no pudiera ser pasto de las llamas».[39] Durante la noche del 7 al 8 de agosto de 1588, los ingleses lanzaron tan sólo ocho brulotes. Nadie nos dice cuántos tuvo Giserico a su disposición, pero Procopio, basándose probablemente en la historia de Prisco, nos ofrece un vívido relato de sus efectos:[40]

> Cuando [los vándalos] se acercaron, prendieron fuego a las embarcaciones que llevaban a remolque, y cuando el viento hinchó sus velas las dejaron avanzar contra la flota romana. Y como allí había una gran cantidad de naves, esos barcos extendían fácilmente el fuego dondequiera que impactasen y ellos mismos quedaban rápidamente destruidos junto con aquellos con los que hubieran entrado en contacto.

* Es decir, naves cargadas de materias inflamables y proyectadas contra los barcos enemigos para incendiarlos (María Moliner). *(N. de los t.)*

Los buques mercantes a vela de la flota romana estaban totalmente inmovilizados. Todo lo que podían hacer era tratar de escapar del peligro amarrando cabos a todos los botes de remos que pudieran reunir —un procedimiento lento—. Los barcos de guerra provistos de remos con los que contaba la flota, los *dromones*, pese a ser menos numerosos, se hallaban en una situación mucho mejor. La principal virtud de esas embarcaciones era que podían desplazarse directamente contra el viento en caso necesario —al menos mientras los remeros conservasen el resuello—. Procopio nos cuenta lo que ocurrió después frente al cabo Bon:

> A medida que el fuego avanzaba de ese modo, la flota romana fue viéndose presa de la agitación, como era natural, y quedó invadida por un gran estruendo que rivalizaba con el ruido causado por el viento y el rugido de la llamas, ya que los soldados y los marineros a un tiempo empujaban con sus palos los brulotes y las naves, que se estaban destruyendo unos a otros en medio de un completo desorden. Y ya tenían también a los vándalos encima: éstos, embistiendo con el espolón y hundiendo los barcos, se apoderaban de los soldados que intentaban escapar, y también de sus armas.

Medido en términos de naves incendiadas, da la impresión de que en el año 468 los brulotes de los vándalos tuvieron sobre la flota enemiga un efecto más contundente que los de los ingleses en 1588. La respuesta clásica a los brulotes consistía en sacar los buques provistos de remos, ponerlos a remolcar a los otros y apartarlos así de la flota. En 1588 los españoles salvaron de este modo dos de sus ocho barcos, pero después perdieron los nervios y la práctica totalidad de la Armada se dispersó atropelladamente en la noche. Una vez frente a las costas de Dunkerque, los españoles dispusieron ya de espacio para maniobrar a favor del viento, y pudieron al menos largar el trapo para escapar, con lo que la única baja directa causada por todo el episodio de los brulotes fue una galeaza ya cañoneada que encalló cuando trataba de ponerse a salvo en Calais. Sin embargo, al huir, fue tal la desbandada de las naves españolas, que perdieron toda capacidad para actuar como una flota unida, con lo que, *de facto*, entregaron la victoria a los ingleses.

En el año 468, los barcos mercantes romanos no tuvieron la posibilidad de desplegar más velas, puesto que el viento contrario les habría empujado hacia la costa, y la forma en que estaban construidos los barcos antiguos no era lo suficientemente sólida como para que no se des-

hicieran si quedaban varados. Y en cualquier caso, es posible que Giserico tuviera un número de brulotes muy superior a ocho. No obstante, y a pesar de que los brulotes del año 468 causaran mayores daños directos, queda igualmente claro que el desorden que provocaron, como habría de suceder en el año 1588, dejó a la armada romana tan desbaratada como el propio incendio de las naves. Todo el objeto de las batallas navales de la Antigüedad consistía en ponerse detrás del enemigo de algún modo (bien situándose en su flanco y realizando una maniobra envolvente, bien abriéndose paso entre sus líneas), para embestirle después con el espolón por la retaguardia. Si se arremetía de frente, la fuerza de la colisión partía el propio espolón. Una segunda modalidad de ataque consistía en aislar a los barcos enemigos y abordarlos. Pese a que no ofrezca detalles, el relato de Procopio deja claro que, tras utilizar los brulotes, la flota vándala entró rápidamente en acción y provocó el caos entre las desordenadas filas romanas. Los barcos mercantes, totalmente atareados en tratar de evitar el horror del fuego, fueron una presa fácil.

El resultado fue el desastre. Y aunque una parte de la armada bizantina resistió y luchó:

> Juan, sobre todo, que era un general a las órdenes de Basilisco ... al ver que su nave había sido rodeada por una multitud, resistió en cubierta. Y yendo de un lado para otro mató a un gran número de enemigos allí mismo, [aunque], al darse cuenta de que estaban tomando el barco, saltó desde la cubierta al mar con todas sus armas ... mientras gritaba ... que Juan jamás caería en poder de aquellos perros.

Una historia conmovedora, y algo muy característico de las fuentes antiguas, que se centran en las actuaciones de unos pocos. De aquí se sigue que no podamos valorar los distintos elementos de la acción, como el número de barcos que quedó destruido por el fuego o la cantidad de naves que después fueron reventadas con el espolón y abordadas. De hecho, nadie nos dice cuántos barcos romanos fueron destruidos en total. Éste es el punto en el que la historia del imperio romano tardío y la alta Edad Media deja de ser un absorbente y misterioso juego de palabras cruzadas para convertirse en un simple fastidio. Lo que sí sabemos es que los vándalos obtuvieron una victoria decisiva —y tanto más decisiva, por supuesto, cuanto que cada barco mercante capturado o hundido implicaba la pérdida de las correspondientes unidades del ejército ro-

mano—. En la Antigüedad, la guerra podía ser un acontecimiento sangriento, así que es posible que los romanos perdieran aquí más de cien naves y que la cifra de sus bajas superara los diez mil hombres. Yo sospecho, sin embargo, que las pérdidas reales tal vez fueran menores de lo que la retórica de Procopio podría sugerir en un principio, y que, en lo fundamental, la acción no debió de ser muy distinta a la del año 1588. Los supervivientes romanos se hallaban demasiado dispersos como para seguir constituyendo una amenaza, así que ya no era posible desembarcar la fuerza expedicionaria de Basilisco como tal ejército operativo. Constantinopla había realizado el máximo esfuerzo para reconquistar el reino vándalo, pero la expedición había fracasado. Al morir León, el 18 de enero de 474, cinco años más tarde, las arcas del Tesoro de la capital de Oriente aún permanecían vacías. Había movilizado todas sus reservas, sin dejar nada para una segunda tentativa.

Según Procopio, el fracaso de la armada bizantina se debió a la traición de Basilisco: Giserico le había pagado espléndidamente para que aceptara una tregua de cinco días cuyo único propósito era ganar tiempo y esperar a que el viento rolara por completo y soplara en la dirección adecuada para el ataque con los brulotes. Sin embargo, es frecuente que la historiografía romana eche la culpa de los grandes desastres a la traición —otro ejemplo de la tendencia que, en su búsqueda de causas, la inducía a centrarse en las virtudes y los vicios de los individuos—. De manera similar, Procopio ya había afirmado que la traición de Bonifacio había sido la causa de la llegada de los vándalos al norte de África en el año 429, pero esta acusación es ciertamente infundada. Basilisco por su parte, arrebató el imperio de Oriente a Zenón, el sucesor de León, en enero del año 475 y se aferró al poder hasta el verano de 476, fecha en la que Zenón recuperó el trono. Esto condenó a Basilisco a pasar a la historia como usurpador, y entonces culparle de la debacle del año 468 se convirtió una opción fácil. Las causas de la derrota romana fueron probablemente más prosaicas: la combinación de la mala suerte con el viento, con unas tácticas poco imaginativas que, al intentar embarcar al ejército tan cerca de Cartago, habían eliminado la posibilidad del factor sorpresa, y con una ambición desmesurada.[41]

Ya fuese el fatal resultado de un proyecto defectuoso o la consecuencia circunstancial de la confabulación de la mala suerte con el clima, el fra-

caso de la armada bizantina condenó a la extinción a la mitad del orbe romano. No todo el mundo se dio cuenta de eso en aquel momento. Cuando un estado de cosas ha prevalecido durante quinientos años —el tiempo que nos separa de Cristóbal Colón— resulta muy difícil creer que pueda desvanecerse de la noche a la mañana. Sin embargo, la situación era desesperada. Constantinopla ya no tenía dinero para poder organizar un nuevo rescate. Los recursos que en este momento controlaban Antemio y Ricimero habían quedado limitados a la península itálica y a la isla de Sicilia —una fuente de ingresos completamente insuficiente para sostener una fuerza militar capaz de mantener a raya a los visigodos y a los burgundios, a los vándalos y a los suevos, además de a los romanos de las distintas regiones: todos ellos eran en realidad elementos centrífugos que ahora se mostraban levantiscos en el ámbito ceñido por las fronteras del imperio de Occidente—. La derrota de Basilisco había desbaratado la última oportunidad de reconstruir la primacía de una fuerza imperial. En la década posterior al año 468, pese a la inercia política y cultural que hacía difícil concebir la existencia de un mundo sin Roma, muchas gentes diferentes, y en distintos sitios, debieron enfrentarse poco a poco al hecho de que el imperio de Occidente había dejado de existir.

La fragmentación del imperio entre los años 486 y 476: la frontera

Los habitantes de las provincias romanas situadas junto a la frontera fueron de los primeros en comprender la verdad. Las fuentes históricas y arqueológicas nos permiten centrar la atención en un grupo en particular: el de los habitantes del Nórico. Esta provincia comprendía las estribaciones de la zona situada entre las vertientes septentrionales de los Alpes y el río Danubio, en lo que hoy es la Baja Austria. Aquí, los hermosos y fértiles valles de los afluentes del Danubio corren en dirección a las montañas más altas de Europa, dando lugar a un paisaje impresionante. Por este mágico país, escenario de la película *Sonrisas y lágrimas*, y en una fecha imprecisa situada entre mediados y finales de la década de 450, vagaba un misterioso santo llamado Severino (que ya ha aparecido fugazmente en el capítulo 8). Severino se niega a contar nada sobre sus orígenes, excepto por una cosa: que había llevado una vida de asceta

en los lejanos desiertos de Oriente. Sin embargo, sabemos que hablaba un latín perfecto.[42] No ha llegado hasta nosotros ningún manuscrito del propio Severino, pero aproximadamente una generación después de su muerte, uno de sus acólitos —un monje llamado Eugipio—, escribió una memoria en la que relataba la vida del santo. Severino murió en enero del año 482, y Eugipio redactó su escrito entre los años 509 y 511. Eugipio no había sido uno de los compañeros más próximos al santo, pero se hallaba presente en el momento de su muerte y pudo enterarse de las historias que contaban quienes le habían conocido mejor. Lo que escribió Eugipio fue un relato inconexo de la vida y milagros de Severino —un texto que difícilmente puede considerarse una biografía pero que está repleto de incidentes que evocan de forma muy realista la vida de una región fronteriza en la época en que la marea del imperio había comenzado a retirarse.

El antiguo reino del Nórico se había fundado aproximadamente en torno al año 400 a. C., fecha en que los nóricos, un pueblo de habla celta, establecieron su dominio sobre una población indígena de habla iliria. En términos estratégicos se lo consideraba como un lugar remoto y atrasado. De hecho controlaba algunas de las rutas que cruzaban los Alpes, pero no las principales —es decir, las que corrían hacia el oeste, y particularmente hacia el este, a través de los Alpes julianos, cuyas laderas inferiores y pasos de mayor anchura permiten una comunicación mucho más fluida entre Italia y la cuenca del Danubio medio—. No obstante, dentro de sus fronteras se encontraban algunas minas de hierro importantes, y a partir del siglo II a. C. se habían ido desarrollando sólidos y activos vínculos comerciales con el norte de Italia, especialmente con la ciudad de Aquileya. Esto condujo al establecimiento de lo que en términos generales podríamos considerar unas buenas relaciones entre el Nórico y la República Romana, una de cuyas manifestaciones principales era la presencia permanente de gran cantidad de comerciantes romanos en la residencia regia desde la que se gobernaba el reino: el Magdalensburg.

El Nórico había sido una región aliada de Roma hasta la época de Augusto, momento en el que fue pacíficamente absorbida por el imperio, en el año 15 a. C. Debido a que no era hostil a Roma y a que su emplazamiento tampoco le permitía controlar las dos vertientes de las principales vías alpinas hacia Italia, la romanización adoptó aquí una forma distinta a la observable en otras provincias romanas del Danubio. No ha-

bía allí estacionado un gran ejército romano, por ejemplo, y por consiguiente tampoco existía en la región una economía artificial alimentada por los gastos que el estado realizara en infraestructuras o pagas a los soldados. Sin embargo, se construyeron calzadas y surgieron ciudades de estilo romano del mismo modo que hemos venido observando en todos los demás lugares del imperio, es decir, con el impulso de, aproximadamente, una parte de planificación central por cada ocho partes de iniciativa local. La provincia fue duramente golpeada durante las guerras marcománicas de las décadas de 160 y 170 d. C. (véanse las páginas 133 a 134), después de lo cual fue dotada de una guarnición de envergadura muy superior, aunque esto no alteró los fundamentos de su proceso de desarrollo. Durante el período romano tardío, el Nórico fue una provincia formada por ciudades agrícolas de tamaño más bien pequeño y prosperidad moderada. La clase terrateniente hablaba latín, en las ciudades más importantes podía adquirirse una educación elemental razonablemente buena, y la región aún surcaba las aguas de la corriente principal del imperio. El mejor hallazgo arqueológico del período romano tardío en esta zona es un centro de peregrinación cristiano de finales del siglo IV y principios del V, descubierto en la parte alta de Hemmaburg. Excavaciones recientes han desenterrado aquí tres enormes basílicas y algunas inscripciones que honran la memoria de los donantes locales responsables de su construcción.[43]

Para el Nórico, como para tantas otras partes del Occidente romano, el siglo V supuso una espantosa conmoción, aunque parece que salió de las principales invasiones en condiciones bastante buenas. Hubo un tiempo, a finales de la década de 400, en que Alarico puso los ojos en la provincia y la consideró una zona adecuada para el asentamiento de sus godos (véase el capítulo 5), pero esa posibilidad no llegó a materializarse y los visigodos terminaron instalándose en Aquitania en vez de en el Nórico. Por lo demás, cuando pasaron las oleadas de bárbaros, los nóricos consiguieron, precisamente por la existencia de mejores rutas a ambos lados de su territorio, no ser más que simples espectadores. Los invasores de año 406 se desplazaron hacia el norte a través del valle del Danubio y pasaron por el del Rin a la Galia, y Atila hizo lo mismo en el año 451. Radagaiso, Alarico y sus grupos de godos irrumpieron en el norte de Italia a través de Panonia para aprovechar los desfiladeros que cruzaban los Alpes julianos, tal como haría Atila en el año 452. No obstante, la primera mitad del siglo V fue testigo de la formidable erosión

del nivel general de seguridad de que habían disfrutado los habitantes de la provincia del Nórico.

La pauta de los asentamientos y el orden del Nórico —la proliferación de sus ciudades y de su agricultura— fue consecuencia del poderío militar del imperio romano. Hacia el año 400, tal como recoge la *Notitia Dignitatum*, la provincia estaba protegida por un importante ejército compuesto por tropas de guarnición de fronteras (*limitanei*). Los destacamentos de dos legiones formaban la espina dorsal de su defensa: el de la Segunda itálica en Lauriaco (Lorch) y Lentia (Linz), y el de la Primera nórica en Adiuvense (Ybbs). Ambas legiones contaban con unidades de patrulla fluvial (*liburnarii*) apostadas en tres lugares diferentes del río, y había otras unidades que contaban con embarcaciones. Además, se hallaban estacionadas en la provincia tres cohortes de infantería, cuatro unidades de caballería ordinaria y dos de arqueros montados, lo que ascendía en total a una fuerza para el combate cuerpo a cuerpo compuesta por cerca de diez mil hombres, provistos de una amplia gama de armas.[44]

En la *Life of Severinus*, cuyo relato comienza entre mediados y finales de la década de 450, no se encuentran demasiadas pruebas de la existencia de esta avanzadilla. Se menciona, sin especificar su identidad, la presencia de una unidad militar en Faviana, la actual Mautern (el mismo lugar en el que la *Notitia Dignitatum* señala la existencia de una patrulla fluvial perteneciente a la Primera nórica), y la de otra estacionada en Batavis (Passau), justo al otro lado de la frontera del Nórico, en la provincia de Recia (donde la *Notitia* sitúa la lista de integrantes de una cohorte de infantería). Eso es todo: nada que se acerque siquiera a la cifra de diez mil hombres, pese al hecho de que la mayor parte de la *Life* esté consagrada a la existencia de contactos hostiles entre los nóricos y distintos grupos de intrusos bárbaros. En realidad, hay razones para desconfiar un tanto de esta aparente ausencia de fuerzas de tamaño apropiado. Dado que todo el propósito de la *Life* estribaba en celebrar la habilidad que había mostrado Severino al lograr que los bárbaros dejaran de aterrorizar a la población del Nórico, la presencia de un ejército de tamaño considerable en la provincia tendería a echar por tierra la línea argumental. Y yo sospecho firmemente que había por los alrededores, al menos al comienzo del período que pasó Severino en la provincia, algunas unidades más que las dos que aparecen mencionadas de

pasada en la *Life*. Sin embargo, hay una amplia variedad de pruebas que indican que al morir Atila, el ejército del Nórico sufrió una drástica reducción. Dichas pruebas establecen también claramente cómo y por qué se produjo.

Y ello por una razón: porque las pruebas arqueológicas, en particular las procedentes de las instalaciones militares, han mostrado que la circulación de monedas cayó en picado en la provincia poco después del año 400. La única excepción parcial a este descenso se produjo en la vieja base que tenía la legión en Lauriaco. Como sabemos, el imperio romano acuñaba moneda principalmente para pagar a su ejército, de modo que muy bien podría ocurrir que una alteración en el suministro de efectivo en metálico reflejara la interrupción de la paga militar. La única excepción registrada sugiere lo mismo: dado que Lauriaco era el centro de mando militar de la provincia, cabría esperar que permanecieran en la ciudad algunas unidades militares, aunque hubieran desaparecido de todos los demás emplazamientos. Algunos claros datos arqueológicos que indican un aumento de la inseguridad sugieren igualmente esa reducción de la presencia militar. Poco después del año 400, todas las villas del Nórico (al menos las excavadas hasta ahora), fueron abandonadas o destruidas. Las casas rurales aisladas, prósperas y sin defensa —y en eso consistían esencialmente las villas— constituían un objetivo evidente para los saqueadores, y no podían sobrevivir sin un cierto nivel de seguridad. Como hemos visto antes, en la época de la guerra gótica, entre los años 376 y 382, las villas desaparecieron con idéntica rapidez en gran parte de los Balcanes.

Esto no significa necesariamente que se hubiera asesinado a todos los propietarios anteriores y que se hubiera eliminado a la clase terrateniente. Los estudios arqueológicos realizados en las zonas rurales del Nórico han demostrado, por el contrario, que en el siglo V la construcción se centró en levantar un tipo de edificios que los arqueólogos de habla germana llaman *Fliehburgen*, «centros de refugio». Se trataba de importantes asentamientos amurallados, construidos a veces con el propósito de una ocupación permanente y situados en posiciones de fácil defensa, generalmente en lo alto de las colinas, y a menudo provistos de una iglesia en el centro. Había unos cuantos *Fliehburgen* situados en puntos favorables del norte, cerca del Danubio, pero la mayoría se encontraban en zonas más meridionales, acurrucados en las estribaciones alpinas ubicadas al sur del río Drave, en el Tirol Oriental y en Carintia. El mayor de

todos se encontraba en Lavant-Kirchbichl, un asentamiento que había sustituido a la antigua ciudad romana de Aguntum. Su superficie, de 2,7 hectáreas, rodeada por unas potentes defensas y situada en lo alto de un despeñadero prácticamente inaccesible, contaba con casas, almacenes y una iglesia episcopal de cuarenta metros de longitud.[45] En la *Life* se afirma que, en la década de 460, Severino acostumbraba a dar el siguiente consejo a los habitantes de la campiña situada en los alrededores de Lauriaco:[46]

> El hombre de Dios, por la divina inspiración de su mente profética, les indicó que llevaran intramuros la totalidad de sus modestas pertenencias a fin de que, en su expedición de muerte, los enemigos, al no encontrar medios para el sustento humano, se vieran prontamente obligados por la hambruna a abandonar sus crueles planes.

Las pruebas sugieren que, en realidad, los nóricos no necesitaban la incitación de Severino, ya que habían estado muy atareados con la construcción de centros de refugio desde el comienzo del siglo: una respuesta apropiada al hecho de que la guarnición militar estacionada en la provincia fuese incapaz de proteger la vida romana en la zona.

Gran parte de la acción de la *Life of Severinus* se recorta contra un telón de fondo poblado por unos pequeños asentamientos amurallados denominados *castella* —el término que utilizaban los habitantes de la época para designar los *Fliehburgen* de los arqueólogos—, que constituían la forma de asentamiento básico para la salvaguarda de la vida romana. La *Life* también deja claro que, para la década de 460, los ciudadanos de estas pequeñas ciudades habían asumido la responsabilidad de su propia protección, y que reunían pequeños contingentes armados para defender sus murallas —unas milicias ciudadanas, de hecho—. Se menciona la existencia de muros o de una guardia ciudadana en Comagenis, Faviana, Lauriaco, Batavis y Quintanis. Otra opción defensiva —que encuentra su paralelismo en la que habían adoptado los romanos británicos en circunstancias similares— era que los ciudadanos contratasen los servicios de hordas guerreras bárbaras y que éstas defendiesen la ciudad por ellos. Esto sólo se menciona en el caso de Comagenis, en la frontera del Nórico, y fue causa de problemas, como también había ocurrido en Britania. La *Life* comienza con una descripción de las gentes de Comagenis, y dice que se encontraban gravemente oprimidas por las demandas de sus

protectores. Tuvieron al menos la suerte —gracias a la intercesión del santo, que había logrado una pizca de auxilio divino— de conseguir expulsar a los bárbaros.[47] (Si los romanos británicos hubieran sido capaces de hacer lo mismo, entonces es posible que el idioma de los ordenadores y del mundo de la comunicación fuera el galés y no el inglés.)

A principios de la década de 460, quedaba alguna fuerza militar romana en la provincia, pero no tenía punto de comparación con el importante contingente consignado en la *Notitia*. Esa misma obra pone de manifiesto uno de los factores del declive de este ejército nórico. En el año 420, aproximadamente —en tiempos de Flavio Constancio—, el ejército de campaña del Ilírico contaba en sus legiones pseudocomitatenses con dos regimientos de *lanciarii* («lanceros») que habían estado previamente apostados en Lauriaco y Comagenis. Su retirada había sido una de las medidas de respuesta de Constancio a las graves pérdidas sufridas por los ejércitos de campaña de Occidente durante los años posteriores a los acontecimientos de 406.[48] Después del año 420, es imposible seguir con detalle la historia del ejército de Occidente, pero no hay duda de que la pérdida del norte de África obligó a Aecio a volver a apretarse el cinturón, circunstancia que habría llevado a las autoridades centrales de Italia a retirar de la guarnición nórica aún más unidades. Y seguramente también sucedería lo mismo en otros momentos de crisis. De igual importancia fue el efecto que produjo —tanto en el Nórico como en todas las demás regiones— el descenso de los ingresos del centro. La *Life* ofrece una estampa muy citada, aunque no por ello menos fantástica, de los últimos momentos vividos por una determinada unidad de tropas de guarnición de fronteras:

> En la época en que el imperio romano aún existía, las arcas públicas de muchas ciudades debían costear la paga de los soldados si querían que éstos hiciesen su ronda de vigilancia a lo largo de las murallas [de la frontera del Danubio]. Cuando este arreglo concluía, las formaciones militares se disolvían y, al mismo tiempo, se dejaba que las murallas se deterioraran. Sin embargo, la guarnición de Batavis, siguió en su puesto. Algunos de sus miembros habían partido a Italia para traer a sus camaradas la última paga, pero en el camino fueron aplastados por los bárbaros sin que nadie se enterara. Un día en que Severino estaba leyendo en su celda cerró súbitamente el libro y comenzó a suspirar profundamente y a llorar a lágrima viva. Dijo a los presentes que partieran rápidamente en dirección al río (el Inn), que, declaró, se hallaba a esa hora teñido del rojo de la sangre humana.

Y en ese momento llegó la noticia de que los cadáveres de los mencionados soldados habían sido arrojados a la orilla por la corriente del río.

Como sucede con todos los episodios de la *Life*, también es imposible fechar éste con precisión. Sin embargo, cuando los fondos centrales comenzaron a agotarse, las tropas de guarnición que aún seguían operativas se dispersaron sin más. A medida que el caudal de dinero en efectivo iba secándose, los soldados comenzaron a recibir sus pagas a intervalos cada vez más largos (lo que había alentado la desgraciada iniciativa de la guarnición de Batavis), y también disminuyó el suministro de armas y de otros pertrechos esenciales. En otra anécdota se nos informa de que el tribuno que estaba al mando de la unidad que seguía en Faviana no se decidía a ir en busca de los bárbaros que merodeaban por los alrededores porque tenía pocos hombres y andaban escasos de armamento. Severino les dijo que todo saldría bien y que sencillamente se apoderarían de las armas de los bárbaros cuando los derrotaran.[49] Esto nos da una idea de lo que sucedió con las unidades de las fuerzas de guarnición de fronteras que no fueron transformadas en ejércitos de campaña ni resultaron aniquiladas en los choques con el enemigo. Al final, conforme fue empeorando la crisis, la satisfacción de las soldadas y la provisión de pertrechos terminó por evaporarse.

En el Nórico, la desbandada de las tropas se produjo en algún momento de la década de 460, y la conjetura que considero más fundada es que se verificó poco después de la derrota de la armada bizantina. Sin embargo, los soldados de las tropas de guarnición vivían con sus esposas e hijos, así que permanecían donde estaban incluso después de dispersarse. Las viejas guarniciones no desaparecieron, sino que fueron desdibujándose y transformándose poco a poco en las milicias ciudadanas que, como ya hemos visto, siguieron protegiendo los asentamientos amurallados después de que el ejército romano de la provincia hubiera dejado formalmente de existir. Ésta es la situación que se presupone en la mayoría de las anécdotas de la *Life of Severinus*. Sin embargo, y dado que el Nórico era una comarca tranquila y alejada de los principales escenarios de los acontecimientos, la vida romana en la provincia continuó su curso prácticamente como siempre. Sabemos por la *Life* que las calzadas seguían en buen estado y que se mantenía el comercio tanto con Italia como con los vecinos cercanos situados aguas arriba y aguas abajo del Danubio. Los terratenientes romanos conti-

nuaban trabajando en sus campos desde la seguridad de sus asentamientos amurallados. Al mismo tiempo, también figuran en el texto las nuevas potencias políticas que habían pasado a dominar la región septentrional de los Alpes tras el derrumbamiento de los imperios huno y romano: los hérulos, los alamanes, los ostrogodos y, sobre todo —dado que eran los vecinos situados más cerca de la provincia— los rugos.

El problema esencial al que se enfrentaban los nóricos en esta época era el de cómo continuar con su vida de provincia romana al faltar el imperio a cuyo amparo se había desarrollado ésta.

Nos enteramos por la *Life* de que los esfuerzos que realizaron las comunidades para organizar su propia defensa distaron mucho de resultar fallidos —Eugipio en particular pasa grandes fatigas para hacérnoslo comprender, dado que el éxito había sido consecuencia de la ayuda proporcionada por la capacidad profética e intercesora de Severino—. Las comunidades locales habían desarrollado técnicas eficaces para hacer frente a los saqueadores, ya que enviaban exploradores que les avisaban con antelación de los ataques para que todo el mundo pudiera refugiarse tras las murallas a toda prisa. Se conseguían repeler incluso los ataques a gran escala, como el efectuado por los alamanes contra Quintanis y Batavis. Y cuando los invasores hacían prisioneros a los habitantes de la provincia, a veces se los lograba rescatar con dinero o por la fuerza.[50] En términos más generales puede decirse que si otras potencias de carácter más periférico —en particular los alamanes, aunque también los hérulos y los ostrogodos— veían a los nóricos como una fuente de botín y de esclavos, sus vecinos los rugos se hallaban interesados en una relación más ordenada. Algunas ciudades nóricas empezaron a pagarles un tributo, y a cambio los rugos las dejaron en paz. Sus reyes trataban incluso de agradar a Severino y escuchaban siempre su parecer, o eso nos dice la *Life*. Además, se llevaba a cabo una amplia actividad comercial corriente arriba y corriente abajo del río.

Con el divino auxilio al que tenía acceso el santo, dice Eugipio, algunas de las ciudades del Nórico lograron conservar *por algún tiempo* un estilo de vida que preservaba gran parte de su romanismo. He creído preciso subrayar el matiz temporal. Uno de los temas de la *Life of Severinus* es mostrar que la región se hallaba imbuida de una especie de determinación similar a la del Londres sometido a los bombardeos alemanes y que eso era lo que la empujaba a seguir comportándose de un modo más romano de lo normal. Otro de sus temas, en cambio, es

más pesimista. Se percibe en todo el texto una sensación de peligro y de amenaza. Si uno se aventuraba a salir fuera del asentamiento, incluso para recoger fruta a mediodía, podía verse arrastrado a la esclavitud. Los ciudadanos de Tiburnia se habían visto obligados a sobornar a los godos de Valamiro mediante la entrega sin más de todos los bienes muebles que poseían, ya que incluso les habían dado sus vestidos viejos y las limosnas recaudadas para los pobres. En episodios más brutales, grupos de forasteros violentos habían aniquilado comunidades enteras, una tras otra, y se habían llevado a los supervivientes a los que habían decidido perdonar la vida. Severino trató de advertir a los habitantes de Asturis del desastre que se cernía sobre ellos cuando partió hacia Comagenis, pero no le escucharon y, como era de esperar, la ciudad que había sido sede de su primer monasterio quedó arrasada, salvándose un sólo refugiado —el individuo que había llevado la noticia de la calamidad a Comagenis—. Más tarde, el súbito ataque de los hérulos aniquiló Iovacum, y los turingos despacharon a los últimos habitantes de Batavis.

La mayoría de ellos ya se habían marchado a Lauriaco, otro de los asentamientos que seguían en pie, y este tipo de atrincheramiento constituye el tercer tema de la *Life*. Los emplazamientos alejados que se hallaban excesivamente aislados y resultaban demasiado peligrosos fueron abandonados de forma gradual. De este modo, los habitantes de Quintanis se trasladaron a Batavis, y ambos grupos juntos fueron a buscar refugio en Lauriaco. No obstante, ni siquiera en esta ciudad se encontraron completamente a salvo. Y ello porque los rugos, pese a estar interesados en establecer una relación duradera, no dejaban de ver a los nóricos como un recurso que debía explotarse. Diferentes príncipes de los rugos, no contentos con la mera exacción de un tributo, buscaron también la ocasión de trasladar a un gran número de nóricos al norte del Danubio, donde podían tenerlos mejor sujetos a su yugo. Severino combatió esas pretensiones, pero era una batalla perdida.[51]

Hasta el año 400 d. C., el poderío militar del imperio romano había protegido la zona situada entre los Alpes y el Danubio, y había excluido en buena medida de su territorio la presencia de otras fuerzas que se asentaban al norte del río. Al desaparecer esa primacía, resultó imposible que la región siguiera operando como una unidad autónoma y que continuara evolucionando como había venido haciéndolo hasta entonces. Su población se convirtió en una valiosa fuente de recursos latentes para una

serie de potencias nuevas. Era imposible que los asentamientos nóricos —ni siquiera los de los *Fliehburgen*— conservaran su independencia indefinidamente: las normas establecidas de la vida romana de provincias estaban abocadas a corromperse, bien por efecto de una dominación violenta, bien como consecuencia de un cambio de población menos agresivo.

Todo este proceso necesitó algún tiempo para desarrollarse. San Severino murió el 5 de enero del año 482, y en esa fecha seguían existiendo ciudades romanas, incluso en la frontera misma del Danubio. Sin embargo, eran muchas las que se habían quedado en la cuneta, y ya actuaban de forma irremisible las nuevas fuerzas que al final habrían de convertir a la región en un mundo totalmente no romano. Por sí mismo, el Nórico se nos presenta como un ejemplo, o como un modelo, de la transformación sufrida por la vida romana de provincias en aquellas zonas en las que la presencia militar romana se desvaneció por falta de fondos. Los habitantes de las provincias distaban mucho de hallarse desamparados, y su condición romana tampoco desapareció de la noche a la mañana. Sin embargo, tanto ellos como el patrón que regulaba sus vidas dependía de que la savia del poder del imperio siguiera nutriendo su localidad, y al cesar ese aporte, el antiguo modo de vida quedó condenado. Por consiguiente, el Nórico nos ofrece asimismo un modelo verosímil para comprender el tipo de acontecimientos que se produjeron en la Britania posterior al poderío romano, ya que también allí pugnaba por preservarse, sin la protección del centro, otra población perteneciente a una subdivisión del imperio: primero recurriendo a la utilización de hordas guerreras germánicas y más tarde luchando contra ellas. No sucedió de la noche a la mañana, pero las villas y las ciudades romanas quedaron finalmente destruidas, y la población tuvo que adaptarse y atender las necesidades de los nuevos amos: ya no había emperadores en Italia, pero en el Nórico dominaban los rugos (si habían logrado evitar la asimilación), y, en Britania gobernaban distintos reyes anglosajones.

El corazón del imperio: la Galia e Hispania

La descomposición del imperio en el Nórico tomó un rumbo muy concreto, un rumbo que era consecuencia de dos factores: el papel de esta región como retirado lugar estratégico y su carencia de una élite de terratenientes romanos bien relacionados y con capacidad para promover

acciones de agitación con las que reclamar protección a lo que quedaba del estado. El resultado fue que, por lo que hace a esta provincia, el imperio romano simplemente se desvaneció. En el viejo corazón del imperio, la Galia e Hispania, el fin del proyecto imperial romano no iba a ser en ningún caso un asunto que se resolviese de forma tan callada. La derrota de la armada bizantina truncó las expectativas de reactivación que había suscitado la llegada de Antemio, pero ambas regiones seguían siendo la patria de ricas y poderosas familias de terratenientes romanos. En Italia y en algunas zonas de la Galia siguieron operando algunos destacamentos militares imperiales muy poderosos, y también perduraron las potencias bárbaras, para entonces ya bien establecidas, en particular la de los visigodos y la de los burgundios.[52] Por consiguiente, el destino de Hispania y la Galia no podía ser el mismo que el de lugares como Britania o el Nórico, ya que en estas últimas provincias el vacío de poder relativo había forzado a sus habitantes a arreglárselas lo mejor posible. La Galia e Hispania, por el contrario, fueron un escenario en el que se entrecruzaron más bien demasiados intereses de parte. Por tanto, para narrar la crónica del fin del imperio en esta zona ha de trabajarse necesariamente en el estudio de las complejas maniobras que tenían lugar en las cortes regias, en particular en sus aspectos menos secretos. Ahora bien, gracias a la colección de cartas de Sidonio Apolinar que ha llegado hasta nosotros, el relato aparece reflejado con el mismo realismo con el que nos ha sido dado contemplar el destino del Nórico en la *Life of Severinus*.

Uno de los primeros en comprender el significado de la derrota de la expedición norteafricana del emperador Antemio fue el rey visigodo Eurico. Éste, que era el hermano menor de Teodoredo II, ya había apoyado con todas sus fuerzas al régimen del emperador de Occidente Avito en el año 454, y ahora se daba cuenta de que el mundo había cambiado. Teodoredo se había contentado con planear el futuro de los visigodos en el seno de un mundo romano que parecía tener todas las probabilidades de perpetuarse, y con tratar de ejercer algún poder a la sombra del trono imperial, pero Eurico estaba hecho de otra pasta. En el año 465 organizó un golpe de mano en el que Teodoredo resultó asesinado y él se hizo con el poder. En un intento de dar un vuelco a la hostil actitud que había mantenido contra ellos su hermano, Eurico envió inmediatamente embajadores a los reyes de los vándalos y de los suevos.[53] Teodoredo se había aliado con lo que aún quedaba del imperio para luchar contra esas potencias, pero ahora Eurico se proponía aliarse con ellas

en contra del imperio truncado. La llegada de Antemio con un nutrido contingente de refuerzo venido de Oriente detuvo esos planes en seco, y Eurico retiró inmediatamente a sus embajadores para evitar verse implicado en un conflicto directo con una autoridad occidental que había cobrado nuevos bríos. Sin embargo, con la derrota de la armada bizantina quedó claro que Antemio no iba a convertirse en el poder que preveía Eurico en sus temores. Los *Getica* lo resumen de forma sucinta: «Así pues, el rey visigodo Eurico, viendo que los emperadores romanos se sucedían unos a otros con tanta rapidez, intentó someter las Galias a su propio dominio».[54] Eurico comprendió que no había ya necesidad alguna de preocuparse por las autoridades centrales romanas. Tras su última derrota, habían perdido toda capacidad de intervenir eficazmente al norte de los Alpes. Eurico tenía la puerta abierta para llevar a la práctica sus propios proyectos visigodos.

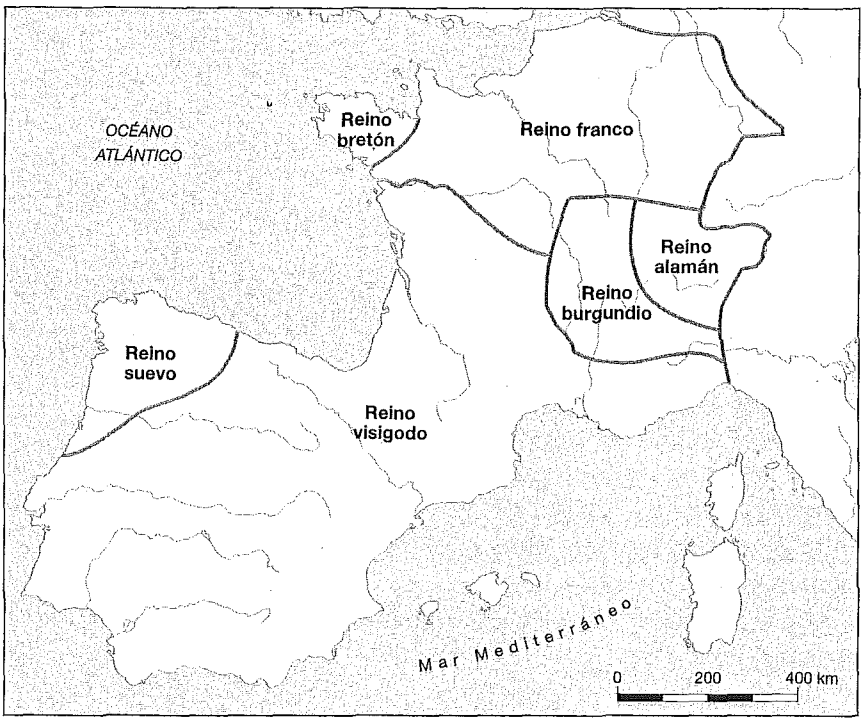
Tan pronto como se hubo asentado la polvareda levantada por el fracaso africano, Eurico puso manos a la obra. En el año 469, organizó la primera de una serie de campañas concebidas para hacerse con un reino visigodo independiente. Ese mismo año, sus fuerzas se dirigieron hacia el norte y atacaron a los bretones que, dirigidos por el rey Riotimo, eran sólidos aliados de Antemio. La victoria de los visigodos obligó a Riotimo a buscar refugio en el territorio de los burgundios y dio a Eurico el control de las ciudades de Tours y de Bourges, lo que le permitió expandir sus límites septentrionales hasta el río Loira (mapa 16). Lo que quedaba del ejército romano del Rin, capitaneado por el conde Pablo, en una operación conjunta con los francos salios dirigidos por su rey Childerico, frenó la realización de nuevos avances en esa dirección. No obstante, la Galia situada más allá del Loira no suscitaba más que un interés marginal en Eurico. Entre los años 470 y 471, Eurico dirigió a sus hombres al sureste, hacia el valle del Rin y la ciudad de Arles, la capital de la Galia romana. Fue aquí, en el año 471, donde Eurico dio el *coup de grâce* a las menguantes esperanzas de Antemio, al derrotar a un ejército italiano encabezado por su hijo Antemiolo, que murió en la lucha. Sin embargo, apoderarse de las ciudades amuralladas romanas no era, como se recordará, el punto fuerte de los visigodos. Por ejemplo, todos los veranos de los cuatro años que median entre 471 y 474, unos visigodos aspirantes a sitiadores se presentaron en las afueras de la ciudad de Clermont-Ferrand, en Auvernia, sin lograr en ningún caso penetrar en ella por la fuerza. De hecho, Eurico tuvo que esperar hasta el año 476 para apoderarse

de los dos grandes trofeos de la región, Arles y Marsella —aunque para esa fecha ya controlaba igualmente la región de Auvernia, que le había sido cedida por las autoridades de Italia en un fracasado intento de conjurar así su expansión hacia Arles—. Al mismo tiempo, al sur de los Pirineos se habían venido desarrollando algunas campañas más dinámicas. En el año 473, las fuerzas de Eurico se apoderaron de Tarragona y de las ciudades de la costa mediterránea hispánica. Hacia 476 se había hecho ya con toda la península Ibérica, con la excepción de un pequeño enclave suevo situado en el noroeste. El asentamiento visigodo había terminado por convertirse en un reino que se extendía desde el Loira, al norte, hasta los Alpes al este y el estrecho de Gibraltar al sur.[55]

Durante esos años los visigodos no fueron la única potencia que mostró interés en expandirse. Las campañas de Eurico tropezaron con las ambiciones del reino burgundio, establecido en el valle del alto Ródano. También los burgundios llevaban tiempo poniendo los ojos en Arles. Pese a no tener el poderío suficiente como para derrotar a los visigodos en la carrera hacia el sur, lograron no obstante desplazar los límites de su reino en esa dirección con cierto éxito. Al llegar el año 476 ya se habían apoderado de un destacado grupo de ciudades así como de otros territorios situados entre los Alpes y el Ródano, y en dirección sur habían descendido ya hasta Aviñón y Cavaillon (mapa 16). Más al norte, también los francos adquirían por primera vez presencia como potencia importante en el lado romano del Rin. La historia completa se ha perdido, sumida en mitos y relatos semihistóricos, pero lo que sucedió es aproximadamente lo siguiente. El mundo franco anteriormente confinado al este del Rin y dividido entre una serie de caudillos guerreros expandió su dominio al oeste del río y al mismo tiempo se vio lentamente impulsado a unirse como consecuencia del surgimiento de jefes militares de mayor poder. Tal como había sucedido con los dos grandes grupos godos unificados por Alarico y Valamiro, esa unión creó una fuerza dotada de un poder sin precedentes, capaz de competir en un plano enteramente nuevo y de adueñarse rápidamente de nuevos territorios en lo que antes había sido suelo romano. Hacia la década de 470, el proceso distaba aún mucho de haber quedado completado, pero Childerico ya había alcanzado una posición destacada, y para el final de la década, si no antes, él y sus francos salios se habían apoderado de la vieja provincia romana de la Bélgica segunda y de su capital, Tournai.[56] Toda una serie de potencias, por tanto, fueron adueñándose del viejo corazón imperial formado por la Galia

e Hispania. Algunas de ellas, como la de los visigodos y la de los burgundios eran ya puntos de referencia bien consolidados en el panorama estratégico. Otras, como la de los francos y la de los bretones, eran especímenes mucho más recientes. Al sur del Loira, las tierras de las que se apoderaron eran también la patria chica de poderosas familias terratenientes, acostumbradas a desempeñar altos cargos en el estado romano. Gracias a Sidonio, que era miembro de una de ellas, podemos penetrar el significado que tuvo esta agitación para una selecta minoría de galorromanos. No hay ninguna fuente que nos permita acceder a las experiencias de las élites hispanorromanas, pero tenemos buenas razones para suponer que sus reacciones fueron muy similares.

Entre los años 468 y 476, algunos de esos terratenientes maniobraron para seguir formando parte de un imperio de Occidente aún operativo, por más que revelara ser el muñón de un imperio. Esto es en sí mismo un vívido testimonio de lo poderosa que seguía siendo la noción de imperio, pese a todos los reveses que había sufrido en tiempos recientes.



16. Los nuevos reinos de la Galia e Hispania, c. 490

El propio Sidonio, en época de Avito, había estado muy dispuesto a trabajar con visigodos como Teodoredo II, que sabían cuál era su lugar y que veían el futuro en términos de una esfera de influencia visigoda *en el seno de* un orbe romano con posibilidad de perdurar. No obstante, al revelarse que otros visigodos, como Eurico, deseaban tener su propio reino totalmente independiente, Sidonio se mostró dispuesto a luchar para *no* formar parte de él. A principios de la década de 470, Sidonio, junto con un grupo de amigos de la misma opinión, entre los que figuraba su cuñado Ecdicio, hijo del emperador Avito (y nacido en Auvernia), hizo todo lo que estuvo en su mano para conseguir que Clermont-Ferrand siguiese siendo romana. Por ejemplo, el grupo dedicó dinero a reunir una fuerza militar capaz de repeler el cerco anual que todos los veranos ponían a la ciudad los efectivos visigodos. La lucha subsiguiente fue muy poco metódica. Clermont-Ferrand no constituía la clave de bóveda de las ambiciones de Eurico, y en una ocasión Ecdicio atravesó las líneas godas con tan sólo dieciocho hombres. Sin embargo, la determinación que empujaba a aquellos terratenientes a seguir siendo romanos era absolutamente seria. Se proponían hacer una demostración de lealtad armada lo suficientemente visible como para animar, primero a Antemio y más tarde a sus sucesores, a hacer todo lo posible para mantener a la Auvernia en el seno del imperio de Occidente, ahora reducido al mínimo, en lugar de entregarla como precio a pagar por la expansión visigoda o burgundia.[57]

Sin embargo, pese a que Sidonio y otros como él continuaban esforzándose por seguir siendo romanos, había también quien ya había decidido que el imperio de Occidente carecía de futuro político y que era hora de transferir las muestras de lealtad a una de las nuevas potencias que operaban sobre el terreno. El caso de Arvando nos ofrece un llamativo ejemplo. Pese a ser el prefecto pretoriano de la Galia, Arvando escribió a Eurico inmediatamente después de la derrota sufrida en África[58]

> [para] convencerle de que no llegara a un acuerdo de paz con el «emperador griego» [Antemio], [para] recalcar que era preciso atacar a los bretones asentados al norte del Loira, y [para] declarar que las provincias galas debían ser imperativamente repartidas, según el derecho de gentes, entre los burgundios, así como [para añadir] otro gran número de locuras de este mismo jaez, propias para suscitar la cólera de un rey belicoso y la vergüenza de uno pacífico.

Está claro que Arvando, que reconoció alegremente la autoría de esta carta tan traicionera durante el ulterior juicio, prefería que gobernase Eurico o el rey de los burgundios a que lo hiciese Antemio. O quizá considerara, como había sucedido en la década de 410 con algunos terratenientes galos, que este género de divisiones territoriales era el mejor modo de lograr la paz y el mantenimiento de algún tipo de orden social. Fuera cual fuese su motivación, el episodio demuestra que la opinión reinante en el círculo de los terratenientes que pertenecían a la misma clase social que Sidonio estaba totalmente dividida. Como hemos visto, Sidonio era de un parecer por completo distinto al de Arvando. Sin embargo, Arvando era su amigo y Sidonio hizo lo que pudo para protegerle cuando este último fue procesado, pese a que el caso había sido llevado ante los tribunales de Italia por otros tres destacados terratenientes que también eran amigos suyos (y uno de ellos incluso pariente) —Tonantius Ferreolus, prefecto pretoriano de la Galia en el año 451; Taumasto, tío de Sidonio por parte de padre; y un abogado y senador de alto rango (*illustris*), Petronio de Arles—. No obstante, Arvando no era el único que pensaba de ese modo. Para el año 473, las fuerzas que tenía Eurico en el este de Hispania servían a las órdenes de un mando conjunto ejercido (en colaboración con un godo) por un tal Vicencio, que, en un período anterior de su carrera, en la década de 460, había sido comandante de las últimas fuerzas romanas propiamente dichas de la región. Otros miembros de mayor o menor prominencia de la jerarquía provincial romana estaban dando el mismo giro. A principios de la década de 470, el comandante de las fuerzas de Eurico en la Galia era un tal Victorio. También se celebró un segundo juicio por traición, esta vez centrado en la persona del subprefecto de la Galia, Seronato, que fue acusado en el año 475 de haber facilitado a Eurico la toma de los territorios galos. Al final fue encontrado culpable y ejecutado.[59]

Más al este, el ascenso de la potencia burgundia independiente estaba produciendo efectos similares. En la colección de cartas de Sidonio figura una dirigida a un tal Siagrio, que ejercía una considerable influencia en la corte burgundia, circunstancia en la que intervenía de forma nada desdeñable el hecho de que hablase el burgundio mejor que los propios burgundios:

> Me ha ... sorprendido de forma indecible que hayas adquirido tan rápido conocimiento de la lengua germánica, y con tanta facilidad ... No te fi-

guras lo mucho que me divierte enterarme, y no soy el único, de que en tu presencia tema el bárbaro cometer un barbarismo en su propia lengua. Los encorvados ancianos germanos se muestran estupefactos cuando te oyen traducir las cartas, y te aceptan como juez y árbitro de sus mutuas diferencias. Al debatir sus leyes, [te has convertido] para los burgundios en un nuevo Solón[60] ... eres amado, todos buscan tu compañía, te visitan, se deleitan [contigo], te reconocen, te invitan, te piden que zanjes sus cuestiones y te escuchan.

Sidonio elogiaba a Siagrio por haber llegado a integrarse en un mundo posromano dominado por reyes extranjeros: precisamente lo que él mismo trataba de evitar con todas sus fuerzas.[61] Debió de haber existido incluso un elemento generacional en la prontitud con la que los hombres jóvenes se mostraron dispuestos a aceptar el hecho de que se acercaba el fin del antiguo régimen. Entre quienes apoyaban a Sidonio en Auvernia se encontraba un tal Euquerio, quien, según parece, había aportado dinero en metálico para la defensa de la ciudad pese a que desde los muros de la plaza pudiera verse, al mismo tiempo, a su hijo Calminio, que militaba en las filas de los godos que la asediaban. El hijo de Sidonio, Apolinar, también dio una entusiasta bienvenida al nuevo orden godo, y al final ejerció una elevada función militar a las órdenes del hijo de Eurico.[62] De este modo, después del año 468, la opinión de los terratenientes romanos se hallaba escindida en dos incluso en el seno de una misma familia. Mientras tanto, Eurico jugaba sus cartas con habilidad. La disminución del poder imperial del centro romano le estaba permitiendo utilizar la fuerza de sus seguidores visigodos en el establecimiento de una amplia base territorial para su supremacía. Sin embargo, para gobernar sus nuevos dominios carecía de otro modelo que no fuese el que le había legado el moribundo estado romano.

La naturaleza del reino visigodo que habría de surgir después del año 476 iba a tener por tanto un sustrato completamente romano. Siguió funcionando, como su predecesor romano, mediante una infraestructura de ciudades, provincias y gobernadores. Poseía leyes escritas (muy a menudo prolongación de las normativas romanas ya existentes), e impuso un gravamen fiscal a los productos agrícolas —una práctica que sólo resultó posible gracias a que el orden social romano imperante, integrado por terratenientes y campesinos, había logrado perdurar—. Los terratenientes se veían en la necesidad de seguir explotando sus fincas para poder hacerse con el excedente de los campesinos. Después,

esos mismos terratenientes se quedaban con una parte del excedente en concepto de renta, y abonaban el resto al estado, que lo recaudaba a título de contribución. Para poder mantener la aplicación del derecho romano, así como la actividad del sistema fiscal, se requería la pericia de los funcionarios romanos.

Por tanto, y pese a que pudiera utilizar las armas visigodas para labrarse un reino, Eurico necesitaba ciudadanos romanos que lo mantuviesen operativo. Cuantos más miembros de las clases aristocrática y administrativa del imperio romano lograse atraer bajo su bandera, más fácil le sería convertir sus conquistas en un reino viable. En consecuencia, aceptó graciosamente todas las ofertas de servicio que le hicieron los aristócratas romanos, y permitió que éstos le elogiaran en pentámetros yámbicos si así lo deseaban. A Eurico le encantaba poder perpetuar esta práctica, iniciada durante el reinado de Teodoredo, y mostró hacia las formas culturales romanas el grado de respeto requerido para mantener la afluencia de personal cualificado. Tuvo así su propio Siagrio en la persona de un poeta y abogado de Narbona llamado León, que, según refiere Sidonio en los años 476 y 477, era el encargado de escribir las cartas y los discursos de Eurico:

> Por medio de [León] el célebre rey en persona [Eurico] aterroriza los corazones de las remotas naciones del otro lado del mar, o bien establece, tras la victoria, y gracias a su abrumadora grandeza, un complejo tratado con los temblorosos bárbaros de las orillas del Waal,* o aun, tras haber sofrenado a la gente con las armas, se dedica ahora a refrenar las armas con las leyes en toda la extensión de sus recrecidos dominios.

Dado que tenía una honda necesidad de ellos, Eurico estaba perfectamente dispuesto a ascender a cualquier romano capaz de ofrecerle algún servicio.[63]

Tenía, de hecho, un valioso don que ofrecer a cambio. La desaparición del estado romano había provocado que la posición de la clase terrateniente romana resultase dudosa, ya que con el estado había desaparecido el sistema legal que le había procurado amparo frente a todos los advenedizos. Y a pesar de que esta clase privilegiada se había perpetua-

* El Waal es el nombre del brazo principal del delta del Rin que pasa por la actual ciudad holandesa de Nimega antes de unirse al Mosa. *(N. de los t.)*

do, por ejemplo, en los reinos visigodo y burgundio, no siempre había sucedido lo mismo en otros lugares. Es frecuente que la revolución política vaya acompañada por la revolución social, y eso es lo que había ocurrido en otras zonas del Occidente romano. En la Britania posterior al imperio romano, por ejemplo, la antigua clase terrateniente romana había desaparecido por completo. Por consiguiente, aunque se limitaran a permitir que los terratenientes romanos que residían en su territorio continuasen viviendo como antes, los nuevos estados de los reinos burgundio y godo les hacían con ello un enorme favor.

Los historiadores han quedado a veces sorprendidos por el hecho de que esta clase estuviese aparentemente tan dispuesta a desembarazarse de su lealtad al imperio y a renegociar una posición de repliegue con la primera potencia bárbara dotada de algún relieve. Esto mostraría, según se ha argumentado, una fundamental carencia de lealtad al estado romano —una observación que inmediatamente pasa a formar parte del relato de la caída del imperio—. Se sostiene que la Europa romana desapareció porque sus élites no deseaban conservarla. En mi opinión, este parecer no hace justicia a las particularidades del grupo de personas cuya posición se basaba casi exclusivamente en la propiedad de la tierra. La riqueza derivada de la posesión de tierras es por definición inmueble. Cuando el estado romano comenzó a debilitarse, y a menos que uno perteneciese a la clase de los fabulosamente ricos del orbe romano, es decir, al círculo de quienes poseían tierras tanto en zonas situadas muy al este como en la Galia o en Hispania, había pocas alternativas. Uno se veía obligado, bien a mejorar sus relaciones con el más inmediato de los reyes bárbaros recién llegados y consolidar así la perpetuación de sus derechos de propiedad, bien a estar dispuesto a abandonar la posición de privilegio en la que había nacido. Dado que el imperio se iba desplomando a su alrededor, si los terratenientes romanos percibían la menor oportunidad de aferrarse a sus tierras, no tenían más remedio que aprovecharla.

Por tanto, en sus tratos con las aristocracias de las provincias del sur de la Galia y de Hispania, Eurico tenía la carta ganadora. Todo lo que tenía que hacer para que los terratenientes acudieran a él a toda prisa era ampliar ininterrumpidamente la zona sometida a su control —una cuestión relativamente sencilla, dado que el descenso de los ingresos fiscales del estado romano implicaba que la capacidad de éste para poner en orden de batalla a algún soldado era muy escasa—. Algunos de esos terratenientes necesitaban un pequeño empujón, y con otros era preciso

recurrir más bien a la persuasión, pero al final la mayoría aquietaba su contrariedad. Hasta el mismo Sidonio había cruzado ese Rubicón. Tras haber encabezado la resistencia a la expansión goda en Clermont-Ferrand, difícilmente podía esperar que Eurico le sonriese cuando la ciudad cayó finalmente en manos de los godos en los años 474-475. Como era lógico, fue llevado al exilio, primero a un castillo situado cerca de Carcasona, y más tarde a Burdeos. En esta última ciudad trató de proseguir sus estudios literarios, pero, como él mismo dice, «mis cansados párpados apenas conseguían pegar ojo, ya que inmediatamente se colaba por el tragaluz de mi dormitorio el estruendo que armaban dos viejas mujeres godas; las más pendencieras, borrachas y repugnantes criaturas que el mundo haya visto jamás». En el siglo VI, la expresión *biberunt ut Gothi* —«beber como godos»— se había vuelto proverbial en Italia. La carta de la que procede este pasaje, dirigida a León de Narbona, poeta, abogado y principal asesor de Eurico, acompañaba a un ejemplar de un texto titulado *Vida de Apolonio de Tiana*, una obra que León había solicitado a Sidonio. De hecho, aquí comenzaba la andadura que debía llevar a Sidonio a redimirse. Eurico estaba tan ocupado que sólo pudo entrevistarse con Sidonio brevemente, en Burdeos, dos veces en tres meses. Pero Sidonio tenía amigos en la corte: León y otro conocido del mundo literario llamado Lampridio. Gracias a su intercesión, salió finalmente bien parado. Sus propiedades de Clermont-Ferrand, que podían haber sido fácilmente confiscadas, le fueron devueltas. Para congraciarse, y como señal de reconocimiento, escribió un pequeño poema:

> Nuestro amo y señor [Eurico], también él, tiene muy poco tiempo libre, ya que el mundo conquistado acude en cortejo a su presencia. Aquí en Burdeos vemos al sajón de ojos azules ... Aquí [vemos también] al viejo sicambro,[64] que ha tonsurado su cabeza tras la derrota ... Por aquí vagabundea el hérulo de ojos entre grises y azulados ... Aquí el burgundio, de dos metros de estatura, implora una y otra vez la paz, arrodillado ... En esta fuente busca salvación el romano, y contra las hordas de las tierras escitas ... a tus tropas, Eurico, se recurre.

Lampridio fue la primera persona a la que Sidonio envió este texto, con la esperanza de que se lo mostrara al rey. Y así lo hizo Lampridio. Eurico, el favorecido por tantas conquistas, aceptó esta literaria bandera blanca y se permitió ser generoso.[65] Es probable que no dejara salir tan

bien parados a todos sus antiguos adversarios. Y desde luego, en reinos de menor éxito, en los que había menos recursos que repartir, los terratenientes romanos se vieron obligados a aceptar de sus nuevos amos unos términos más severos que los impuestos a Sidonio.

Comparados con los visigodos, por ejemplo, los burgundios no consiguieron materializar más que una modesta expansión de su dominio entre los años 468 y 476. Tal como le sucedía a Eurico, la monarquía burgundia se veía en la necesidad de atraerse a un buen número de partidarios romanos, pero tenía que recompensar también a sus propios hombres de armas, y para hacerlo contaba con unas fuentes de recursos mucho más limitadas. La consecuencia fue un compromiso que encontramos reflejado en uno de los libros de leyes del nuevo reino burgundio, el *Book of Constitutions*:

> Se dispuso, en el instante en que, por la presente, quedase promulgada esta orden, que nuestro pueblo [los burgundios] debía recibir una tercera parte de los esclavos, y dos terceras partes de la tierra, y que cualquiera que hubiese recibido tierras y esclavos, ya fuera por concesión de nuestros antecesores o por gracia nuestra, no debía solicitar ni el tercio de esclavos ni las dos partes de tierra al lugar en el que se le había acogido.[66]

Son muchas más las cosas que quisiéramos saber, pero el arreglo al que aquí se hace referencia nos permite vislumbrar cómo se las ingeniaban los reyes burgundios para solucionar el ejercicio de equilibrio político que su situación requería. Hace unos veinte años, el historiador Walter Goffart dejó dicho que a lo que se aludía en este texto era al reparto de los ingresos fiscales recaudados en los ámbitos urbanos romanos (*civitates*) que habían caído en manos de los burgundios, y no a bienes inmuebles. Ésta es una lectura muy forzada y, tal como han expuesto muchos autores en estos años, no hay duda de que en este texto se está hablando del reparto de tierras, una parte de las cuales debía ser puesta en manos de los ciudadanos burgundios.[67]

Por tanto, dentro del reino burgundio se produjo un reciclado completo de los bienes inmuebles. Y de nuevo, tal como señala claramente la ley, se trataba más de un proceso que de un acontecimiento. La orden que disponía la entrega de las dos terceras partes de las tierras y de un tercio de los colonos se aplicaba únicamente a aquellos burgundios a los que no se había concedido aún ningún pedazo de tierra ni ningún es-

clavo. Tampoco se nos dice si la medida afectó a todos los terratenientes romanos, ni si era ésta una cuestión en la que el rey ejerciese su voluntad discrecional. Sin embargo, y a juzgar por las apariencias, el precio que el terrateniente debía pagar por la conservación de una parte de sus tierras resultaba relativamente elevado para los romanos que poseían fincas. Por otra parte, destaca de manera singular la ausencia de toda alusión a los impuestos en la legislación burgundia posterior, lo que también podría ser significativo. Quizá todo el arreglo viniese a consistir en que, a cambio de la entrega de las dos terceras partes de las tierras que se poseyeran, no sólo se lograba conservar el tercio restante, sino que ese tercio quedaba también exento del pago de impuestos.[68] De ser así, la situación no era tan dura como pudiera parecer a primera vista. Tal como establecen con claridad las pruebas legales, a partir de la década de 470, tanto Eurico como su hijo y sucesor, Alarico II, empezaron también a pagar con concesiones de tierras a los partidarios con los que contaban en el reino visigodo.[69] Sin embargo, este reino era mucho mayor, y es posible que no fuera preciso expropiar tantas tierras a los terratenientes romanos.

Sea como fuere, la descomposición final del imperio de Occidente, fraccionado en sus antiguos feudos de Hispania y la Galia meridional, asistió a un sustancial reparto de los bienes disponibles. Las potencias militares interesadas hicieron exhibición de su fuerza y organizaron las campañas de cuyo desenlace habrían de brotar los nuevos límites territoriales. Los visigodos se hicieron con un gigantesco reino, mientras que los burgundios se apoderaron únicamente del sureste de la Galia. Más al norte, la situación seguía siendo inestable. En el noreste, los francos salios eran la potencia en alza, y en el noroeste estaba surgiendo un reino bretón de tamaño no desdeñable. Al mismo tiempo, los jefes de lo que quedaba del ejército romano del Rin parecían haber establecido, por el momento al menos, una base de poder al este de París. La derrota de la armada de Basilisco en el año 468 había supuesto el pistoletazo de salida para las guerras de conquista de Eurico, para las campañas de los francos y de los burgundios, y para la subsiguiente revolución en la propiedad de las tierras. El resultado global cambió tanto el trazado de los mapas mentales como el de los físicos. Los antiguos asentamientos bárbaros se habían convertido en reinos, los terratenientes romanos se habían visto obligados a tomar decisiones que habían cambiado sus vidas, y el estado central romano padecía sus últimos estertores.

En el año 468, mientras lo que aún quedaba del corazón y de los límites exteriores del imperio se convertía en territorio de anexión para los grupos no romanos, o simplemente se desvanecía, en el centro del imperio —tanto en el de Italia como en el de Constantinopla— reinaba la confusión y la indecisión. En Italia, las repercusiones del fracaso de la armada bizantina hicieron que Antemio y Ricimero se embarcaran en una igualada pugna por la primacía. El hecho de que Ricimero aceptara la aparición en escena de Antemio había reducido ciertamente su propio poder. Sin embargo, las esperanzas de que la ayuda que Antemio traía de Oriente pudiera activar la reconstrucción de Occidente habían quedado en nada. Antemio tenía ahora poco que ofrecer, y actuaba como un simple obstáculo para las ambiciones de Ricimero. En el año 470 estalló una disputa entre ellos. Ricimero llegó incluso a reunir un ejército de seis mil hombres y a amenazar con desencadenar una guerra, pero ambos se reconciliaron a principios del año 471. Poco después, ese mismo año, la derrota y muerte de Antemiolo, el hijo del emperador, seguidas de la pérdida de todas las tropas que Antemio había ordenado que le acompañasen en su expedición contra los visigodos de la Galia, hicieron que se desmoronara el último punto de apoyo del régimen militar, y Ricimero se lanzó al ataque. Antemio se escondió en Roma, y Ricimero tuvo que asediarle durante varios meses antes de lograr que la ciudad cayese. El 11 de julio de 472, el emperador fue arrinconado y muerto por el sobrino de Ricimero, el príncipe burgundio Gundobaldo.

Hacía ya tiempo que Giserico venía presionando para situar a Olibrio, cuñado del heredero forzoso de la corona del reino vándalo, Hunerico, como candidato al trono de Occidente. En el año 472 Olibrio fue enviado de Constantinopla a Italia por el emperador León I a fin de que actuase como mediador entre Ricimero y Antemio, pero en vez de realizar ese encargo se convirtió en el nuevo candidato de Ricimero a la púrpura. Tras ser nombrado emperador de Occidente en abril de 472 (antes de la muerte del aún vigente titular del cargo, Antemio), murió el 2 de noviembre de ese mismo año, poco después del fallecimiento del propio Ricimero, ocurrido el 18 de agosto. Esto dejó a Gundobaldo como principal figura decisiva, y su elección recayó en la persona de un oficial de guardia de alto rango, Glicerio, conde de la servidumbre (*co-*

mes domesticorum). Glicerio fue proclamado emperador el 3 de marzo de 473. Y justamente mientras se producían en Roma todos estos cambalaches, los visigodos, los burgundios y los vándalos se atareaban en la expansión de sus reinos. Por ello, el gobierno de Glicerio como emperador de Occidente se extendía únicamente a Italia y a una minúscula ínsula integrada por un territorio situado al norte de los Alpes, en el sureste de la Galia. La lucha por lo que teóricamente era el trono imperial se había convertido en una pugna homicida por la obtención de un poder prácticamente insignificante. Ésa parece haber sido al menos la conclusión a la que llegó Gundobaldo. Tras haber asumido brevemente el papel de su tío como elector de reyes —función que desempeñó al morir su padre Gundiuco, rey de los burgundios, a finales de 473 o principios de 474—, Gundobaldo regresó a su patria. Debió de decidir que la lucha por el poder en Italia era una posibilidad mucho menos atractiva que la de reclamar su parte en el reino burgundio junto a sus hermanos Chilperico, Godegiselo y Godomaro. ¿Qué mejor indicativo puede haber de la erosión sufrida por el imperio de Occidente?

La partida de Gundobaldo produjo un vacío de poder que fue colmado por Julio Nepote, sobrino y sucesor del conde Marcelino, el hombre que había venido gobernando la Dalmacia desde la década de 450. Tras el asesinato de su tío en Sicilia, en el año 468, Julio heredó la Dalmacia y lo que quedaba del ejército de campaña de Iliria. Con la bendición del imperio de Oriente, aunque sin su ayuda material, desembarcó sus fuerzas en Portus, en la desembocadura del río Tíbur, justo a las afueras de Roma, a principios del verano del año 474. Tras haber derrocado a Glicerio sin lucha, Julio se proclamó emperador de Occidente el 19 o el 24 de junio de 474. Sin embargo, Julio Nepote no consiguió que los comandantes del ejército de Italia aceptaran su primacía, con lo que su gobierno duró poco más de un año. Y habría de ser uno de los hombres que él mismo había nombrado, el general Orestes, a quien conocimos en el capítulo 7 bajo el inverosímil embozo de embajador de Atila el huno, quien finalmente le expulsara del poder. El objetivo de Julio Nepote al nombrar a Orestes había sido poner orden en el desbarajuste de Italia, pero en vez de esto, lo que ocurrió fue que Orestes volvió sus fuerzas contra Julio Nepote. El 25 de agosto de 475, Nepote abandonó Ravena, regresó por mar a Dalmacia y abandonó el Occidente romano.[70]

Mientras se desarrollaban todos estos acontecimientos en Italia, en Constantinopla el emperador León, reducido a la impotencia por el descalabro de la expedición del año 468, lo observaba todo con desesperación creciente. A su regreso a Oriente, el comandante de la armada, Basilisco, buscó refugio en la iglesia de Santa Sofía (no en la actual, sino en la anterior, incendiada durante la insurrección de Nika del año 532) y se negó a salir mientras León no anunciase públicamente que había sido perdonado. Las autoridades de Constantinopla se vieron en la tesitura de decidir cuál debía ser su siguiente paso. Hicieron todo lo que pudieron para estabilizar la situación en Italia, y como es natural deseaban que esa región fuese gobernada por un aliado. Pese a que desde el momento en que se produjo la derrota de la armada debería haber quedado claro que el imperio de Occidente estaba condenado, Constantinopla no consideró inapelablemente obvio que no quedaba ya margen alguno de maniobra hasta después de la muerte de Antemio. Como no podían ser derrotados, y como ya estaban traspasando los límites del Mediterráneo oriental, era preciso congraciarse con los vándalos. Se iniciaron por tanto las negociaciones, y, en consecuencia, el emperador León I y los vándalos establecieron un tratado en el año 474. ¿Quién podía dudar ya de que Constantinopla había abandonado toda esperanza de lograr la reactivación del Occidente romano?[71]

El último en abandonar la idea de imperio fue, como corresponde, el ejército de Italia. Tras haber echado a Nepote, Orestes puso a su propio hijo, Rómulo, en el trono. Con la encomienda de cumplir sendas misiones para el imperio huno, Orestes había viajado en dos ocasiones a Constantinopla. En aquellos tiempos, a finales de la década de 440, su padre, Tátulo, y su suegro, Rómulo, eran confidentes del comandante romano Aecio y se hallaban muy próximos a él. Además, ambos habían formado parte de la embajada que había visitado la corte de Atila mientras Prisco se encontraba en ella. Tras el desplome del imperio huno, Orestes se las había ingeniado para regresar a Italia y escalar posiciones en las filas del imperio, llegando a ser nombrado comandante militar supremo por Julio Nepote. El hijo de Orestes, Rómulo —llamado igual que el fundador de Roma—, fue nombrado emperador el 31 de octubre del año 475, pero Orestes y su hermano Pablo eran las auténticas eminencias grises. Fuera quien fuese el panegirista que tomara la palabra en la coronación, no hay duda de que declararía que aquél era el comienzo de una nueva edad de oro, cuyo heraldo era un segundo Rómulo. La realidad de-

mostró ser algo diferente, y Rómulo, el último emperador de Occidente, ha pasado a la historia como Augústulo —«el pequeño Augusto».

Llegados a este punto, nadie podía pensar ya que la lucha por el poder que se desarrollaba en esos momentos en el interior de Italia tuviera la menor posibilidad de conducir al control de territorio alguno en el exterior de la Península. Con el resto del Occidente en manos de otras potencias, y con lo que quedaba del ejército de Italia más o menos reducido a la impotencia, ¿qué nuevas complicaciones podrían surgir?

Cuando el imperio huno se vino abajo a mediados de la década de 460, muchos refugiados de origen germánico, particularmente los esciros, aunque también los rugos y otros grupos, se habían trasladado a Italia, donde Ricimero los había reclutado como tropas aliadas. Durante la primera mitad de la década de 470, estas tropas se habían revelado útiles para la clase dirigente militar, y su cabecilla, Odoacro, perteneciente a una antigua familia real escira, se había convertido en una de las voces importantes de la política italiana. Odoacro había desempeñado un papel clave en la guerra civil entre Ricimero y Antemio, y había sido nombrado conde de la servidumbre (*comes domesticorum*) en tiempos de Nepote, con lo que, evidentemente, había recibido de él el título de patricio.[72] De camino a Italia se había detenido en el Nórico para visitar a Severino, y el santo le informó de que se convertiría en una celebridad.

> Cuando se marchó, Severino volvió a decirle «Ve a Italia, ve, vestido ahora con mediocres pieles, que pronto harás suntuosos regalos a muchos hombres».[73]

A principios de la década de 470, como hemos visto, el principal problema del estado romano era la falta de dinero. El ejército de Italia había seguido constituyendo, incluso en la década de 460, el mayor contingente militar de la Europa occidental —y yo sospecho que considerablemente mayor de lo que podían sostener los ingresos fiscales de la sola Italia—. Y conforme empezó a escasear la paga, las tropas empezaron a mostrarse inquietas, en especial los esciros. Odoacro tenía la suficiente imaginación e inteligencia como para comprender la situación: dado que el ejército se volvía cada vez más difícil de controlar, cualquier esfuerzo encaminado a poner en marcha un nuevo y efímero régimen era una pérdida de tiempo. En agosto del año 476 había reunido el respaldo suficiente para poder actuar. Primero apresó y mató a Orestes,

cerca de Piacenza, el 28 de agosto, y después hizo lo mismo con su hermano Pablo en Ravena, el 4 de septiembre. Según nos dice Procopio, tras tener en sus manos el control inmediato de la situación, Odoacro comenzó a abordar el problema subyacente. Dado que no había perspectivas de un aumento de salarios era preciso hallar otra forma de recompensa. Por consiguiente, Odoacro decidió distribuir entre los soldados parte de las fincas de Italia: «Al entregar la tercera parte de la tierra a los bárbaros, y hacerse de este modo con su más firme lealtad, [Odoacro] se garantizó el poder supremo».[74] Como ocurre con tanta frecuencia, sabemos mucho menos de lo que nos gustaría sobre lo que sucedió. La distribución fue organizada por un senador romano llamado Liberio, pero está claro que no afectó a todas las tierras de Italia. Era preciso retener a las fuerzas armadas en las zonas de importancia estratégica de la Península, sobre todo en el norte, a fin de vigilar los desfiladeros de los Alpes, y probablemente también la costa adriática, ya que Nepote seguía huido en Dalmacia.[75] Tampoco está claro si Odoacro necesitaba, como había sucedido en el reino burgundio, desposeer a los terratenientes romanos de una parte de sus propiedades, o si podía reunir la suficiente cantidad de tierras mediante el arrendamiento a largo plazo de las fincas públicas, tal como había hecho Aecio en el caso de los senadores expulsados del África proconsular por Giserico (véase el capítulo 6). Desde luego, y a diferencia de lo ocurrido en el reino burgundio, el gobierno de la Italia posromana continuó con la práctica del cobro de impuestos, así que es posible que Odoacro, al igual que Eurico, dispusiera de un mayor margen de maniobra y no tuviese que recurrir a una confiscación a gran escala de las propiedades privadas. Sea como fuere, logró hallar las suficientes tierras para poder satisfacer las expectativas de sus hombres —con lo que avanzaba en su propósito de amarrar el poder en unos tiempos tan cambiantes.

A principios del otoño del año 476 la mayor parte de los cabos sueltos habían quedado atados. Los cambios puestos en marcha por el régimen de Odoacro estaban conduciendo a Italia a un nuevo período de estabilidad política, pese a que aún no se hubiera efectuado la distribución de tierras. Sin embargo, seguía habiendo algo anómalo. Por el momento, Italia contaba aún con un emperador en la persona de Rómulo Augústulo, pero Odoacro no tenía ningún interés en preservar la posición de este teórico gobernante que no controlaba ningún territorio situado más allá de la península de Italia. Tras consultar a algunos amigos del sena-

do, Odoacro dio con la solución. Se envió una embajada de senadores a Constantinopla, cuya cabeza visible era ahora el sucesor de León II, el emperador Zenón,

> ... y [éstos] expusieron que no había necesidad de dividir el gobierno, y que ambos territorios quedarían satisfechos con compartir un sólo emperador. Dijeron además que habían elegido a Odoacro, un hombre de experiencia militar y política, para la protección de los asuntos propios, y que Zenón podía conferirle el rango de patricio y confiarle el gobierno de Italia.[76]

Dicho con el tipo de lenguaje que acompañó al estallido de la guerra de las Malvinas en la década de 1980, Zenón, como emperador, había de gozar de soberanía sobre Italia, pero Odoacro tendría el control de la administración. En la práctica, esto significaba simplemente que al promoverle al rango de patricio, Zenón legitimaba que Odoacro se hubiera hecho con el poder: era el título que los dominadores efectivos de Italia, como Estilicón y Aecio, habían venido ostentando durante casi un siglo. Zenón vaciló un instante, ya que acababa de llegar una embajada de Julio Nepote que le pedía ayuda para reclamar el trono. Se presentaba así ante Zenón la oportunidad de hacer que el poderío de Oriente respaldara un último intento de restauración del imperio de Occidente. Sopesó con todo cuidado la situación, y después envió una nota a Nepote en la que le expresaba sus simpatías. La conclusión a la que había llegado era la que ya sabía todo el mundo. El imperio de Occidente se había terminado. La carta que envió a Odoacro expresaba la piadosa esperanza de que volviese a aceptar a Nepote, pero lo más importante era que se dirigía a él como patricio, y que decía que le habría elevado a esa dignidad, pero que no resultaba necesario, dado que ya la había recibido de manos de Nepote. La respuesta parecía ambigua, pero no lo era. Lo cierto era que Zenón no estaba dispuesto a mover un músculo en favor de Nepote: estaba escribiendo a Odoacro en términos formales, como gobernante de Italia.

Odoacro captó el mensaje. Depuso a Rómulo y con una rara indulgencia en la política imperial le concedió como pensión unas tierras en Campania. Después envió a Constantinopla las vestiduras del emperador de Occidente, incluyendo, por supuesto, la diadema y el manto que sólo un emperador podía vestir. Este trascendental acto puso fin a quinientos años de imperio.

10

El desplome de Roma

En el año 476 el imperio romano de Oriente sobrevivió al hundimiento de su homólogo occidental y continuó prosperando, según todas las apariencias, a lo largo del siguiente siglo. En tiempos del emperador Justiniano I (527-565), concibió incluso un programa de expansión y conquista en el Mediterráneo occidental que aniquiló los reinos vándalo y ostrogodo del norte de África y de Italia y que arrebató parte del sur de Hispania a los visigodos. Gibbon concluye que el imperio romano sobrevivió en el Mediterráneo oriental durante prácticamente un milenio, y hace coincidir la fecha de su caída con la toma de Constantinopla por los otomanos en el año 1453. En mi opinión, sin embargo, el crecimiento del islam durante el siglo VII produjo una fractura decisiva en la civilización romana del Mediterráneo oriental. Despojó al estado de Justiniano de las tres cuartas partes de sus ingresos y puso en marcha una reestructuración institucional y cultural de enormes proporciones. Pese a que los gobernantes de Constantinopla siguieron adjudicándose el título de «emperadores de los romanos» mucho después del año 700, en realidad gobernaban una entidad que sería más adecuado concebir como un nuevo estado sucesor más que como una continuación propiamente dicha del imperio romano.[1] No obstante puede decirse, incluso según mis cálculos, que en el Mediterráneo oriental sobrevivió durante más de un siglo y medio, después del derrocamiento de Rómulo Augústulo, un estado plenamente romano.

Durante ese mismo período muchos de los habitantes de la Europa occidental y del norte de África siguieron juzgándose romanos, y así fueron considerados por los demás. En las décadas de 510 y 520, los documentos oficiales, entre los que cabe destacar los códigos jurídicos de

los reinos visigodo, ostrogodo, burgundio y franco, aún seguían aludiendo a los romanos (*romani*) como a un grupo específico. En los últimos años ha habido intentos tendentes a afirmar que esta denominación no tenía un auténtico significado, pero el establecimiento de reinos independientes en lo que había sido territorio romano trajo consigo la concesión de importantes recompensas en tierras a los partidarios militares de origen no romano de los nuevos reyes, y este proceso convirtió a dichos partidarios en un grupo que gozaba de grandes privilegios en los nuevos reinos, lo que dio un significado nuevo a las distinciones que cabía establecer entre esos recién llegados y los terratenientes de origen romano, que disfrutaban de menos privilegios. Con el tiempo, las distinciones fueron desapareciendo, aunque el proceso duró varias generaciones.[2] Después del año 476, por tanto, tenemos «auténticos» romanos tanto en Oriente como en Occidente, así que, ¿en qué consistió exactamente la caída del imperio?

La aniquilación del romanismo central

Lo que en el año 476 había llegado efectivamente a su fin era todo empeño de mantener al imperio romano como estructura global de carácter político y suprarregional. Ya hemos señalado la importante distinción entre «romano», en tanto que adjetivo aplicado al estado central, y «romano» en tanto que voz con la que denotar el patrón característico de la vida de provincias que regía en su seno. El estado romano había consistido, en su acepción más simple, en un centro de toma de decisiones —un emperador, una corte y una burocracia—, unos mecanismos para la recaudación de impuestos y un ejército profesional cuyo poderío militar definía y protegía las zonas sujetas a su dominio. De igual importancia eran las estructuras legales generadas por el centro, unas estructuras que habían definido y protegido a los terratenientes romanos de las provincias. La mayoría de las normas culturales que convertían a la civilización romana en un fenómeno característico operaban en el interior del círculo social formado por estos terratenientes, y su participación en los peldaños más elevados del sistema burocrático, en la corte y hasta cierto punto en el ejército, hacía que el centro imperial formase una unidad con sus numerosas comunidades. Después del año 476, todo esto llegó a su fin. Pese a que en Occidente seguía subsistiendo un impor-

tante número de miembros de la antigua clase terrateniente romana, y a que mantenían más o menos intacta su peculiar cultura, las estructuras centralizadoras clave del imperio habían desaparecido. Ya no se reconocía a una única autoridad legisladora, las estructuras fiscales controladas por el centro habían dejado de habilitar a un ejército profesional igualmente dirigido por el centro, y la participación política en las distintas burocracias, ejércitos y cortes era ahora completamente fragmentaria. Los terratenientes romanos que habían sobrevivido se afanaban en hacer progresar sus intereses en las cortes de los reinos sucesores y ya no ponían sus miras en las estructuras centrales de un imperio. Después del año 476, la civilización romana de las provincias sobrevivió en algunas zonas de Occidente, pero el romanismo central era cosa del pasado.

La desaparición de las estructuras centrales del imperio no se percibió en todas partes exactamente al mismo tiempo. En uno de sus extremos, el romanismo central desapareció para no volver a resurgir nunca. Fue lo que ocurrió en la provincia de Britania a partir del año 410, aunque persistió en la zona un cierto grado de romanismo provincial durante, digamos, una generación —hasta la década de 440—. De manera similar, las provincias norteafricanas de la Proconsular, Bizacena y Numidia quedaron fuera del sistema tras la conquista de Cartago por los vándalos en el año 439. En la mayor parte de las regiones del Occidente romano, sin embargo, el final fue bastante rápido. Al llegar el emperador Antemio de Constantinopla en el año 476, Italia, gran parte de la Galia, una considerable porción de Hispania, Dalmacia y el Nórico seguían profesando lealtad política al poder central italiano. Algunas zonas permanecían más atentas a Italia que otras, pero Antemio fue gravemente expropiado, ya que perdió una buena porción del antiguo imperio de Occidente, un imperio que aún tenía prácticamente la misma extensión que cien años antes, en tiempos de Valentiniano I. Ocho años más tarde, los vínculos se habían disuelto y el imperio de Occidente quedaba fragmentado en una constelación de estados independientes. Pese a que no me guste apuntarme al viejo juego de aislar una fecha precisa y adjudicarle un significado único, es importante reconocer la extraordinaria avalancha de acontecimientos que hizo que el imperio pasara de tener un peso en el mundo a no representar nada en menos de una década. En otras palabras, realmente hubo un proceso de significación histórica que culminó en el derrocamiento del último emperador romano de Occidente en septiembre de 476.

Más aún, la tesis fundamental de este libro sostiene que la secuencia del proceso de desintegración del imperio de Occidente obedece a una ilación que vincula este hundimiento final con las anteriores pérdidas de territorio. Dicha ilación surge de la intersección de tres líneas argumentales.

En primer lugar, las invasiones de los años 376 y 405 a 408 no fueron acontecimientos aleatorios, sino dos momentos de crisis generados por una misma revolución estratégica: el surgimiento del poderío huno en la Europa central y del este. No resulta en absoluto controvertido sostener que los hunos fueron la causa de la llegada de los tervingos y los greutungos a las orillas del Danubio en el verano del año 376. Se ha afirmado a veces, aunque nunca haya habido consenso en admitirlo, que los hunos fueron también responsables, aproximadamente una generación más tarde, de una segunda serie de invasiones —del ataque de Radagaiso contra Italia en los años 405 y 406, de la penetración de los vándalos, los alanos y los suevos a través del Rin a finales de 406, y del avance hacia el oeste que protagonizaron poco después los burgundios—. La detallada imagen de la irrupción del poderío de los hunos en Europa que hemos presentado en el capítulo 5 aboga enérgicamente en favor de esta tesis. Contra lo que se ha solido suponer, en el año 376 no hubo grandes contingentes de hunos que se adentraran tan al oeste como para llegar hasta la frontera del Danubio. Durante la siguiente década, fueron los godos —no los hunos— quienes continuaron constituyendo la principal oposición a los romanos en este escenario. Y en el año 395 la ubicación de la mayoría de los hunos seguía encontrándose aún mucho más próxima al Cáucaso que al Danubio.[3] No obstante, hacia el año 420 como muy tarde, y quizá casi una década antes, los hunos ya se habían establecido en masa en el corazón de la Europa central, esto es, en la gran llanura húngara. No hay ninguna fuente escrita que diga explícitamente que los hunos hayan realizado esa emigración entre los años 405 y 408, y que ésa fuera la causa de la segunda oleada de invasiones. El hecho, no obstante, de que siguieran hallándose cerca del Cáucaso en el año 395, y de que por alguna razón tuvieran que trasladarse mil quinientos kilómetros más al oeste hacia el año 420, hace que resulte extremadamente probable que la «culpa» de los acontecimientos de los años 405 a 408 deba atribuirse a una segunda fase de desplazamientos hunos. De este modo, el crecimiento del poderío huno nos proporciona una explicación unificadora para los treinta y cinco años de invasiones periódicas que se sucedieron a lo largo de las fronteras europeas de Roma.

En segundo lugar, y a pesar de que entre el derrocamiento de Rómulo Augústulo y la última de estas invasiones medien unos sesenta años, ambos fenómenos se hallan unidos por un vínculo causal. Las distintas crisis a las que debió enfrentarse el imperio de Occidente en esos sesenta años no son otra cosa que la lenta gestación de las consecuencias políticas de las invasiones previas. El daño infligido a las provincias romanas de Occidente por las prolongadas guerras con los invasores, unido a la pérdida permanente de territorios, generó una formidable disminución de ingresos al estado central, como hemos visto. Entre los años 408 y 410, por ejemplo, los visigodos causaron tales estragos en las zonas situadas en torno a Roma que casi una década después esas provincias seguían sin aportar a las arcas del estado más que una séptima parte del montante normal de sus impuestos. De forma similar, después de 406, los vándalos, los alanos y los suevos avanzaron durante cinco años por la Galia, dejándola arrasada, antes de sustraer al control del imperio central la mayor parte de Hispania durante casi dos décadas. Lo peor de todo fue que entonces los vándalos y los alanos trasladaron sus operaciones al norte de África, apoderándose de las provincias más ricas del Occidente romano en el año 439. Toda pérdida de territorios, ya fuera temporal o permanente, traía consigo un descenso de los ingresos del imperio, el sustento vital del estado, y reducía la capacidad del imperio occidental para mantener sus fuerzas armadas. Gracias a la *Notitia Dignitatum* apreciamos que, ya en el año 420, Flavio Constancio tuvo que compensar la pérdida de ejércitos de campaña producida durante los duros combates de los quince años anteriores mediante la promoción de las tropas de guarnición, y no por medio de nuevos reclutamientos. La pérdida de los ingresos del norte de África sumió al régimen de Aecio en una crisis aún mayor, y generó la adopción de una serie de medidas que, inspiradas por el pánico, trataban de mantener a flote al ejército occidental y al imperio.[4]

Conforme el estado romano fue perdiendo poder, y a medida que fue percibiéndose dicha pérdida, las élites terratenientes romanas de las provincias tuvieron que enfrentarse, en diferentes momentos y diferentes sitios, a una nueva e incómoda realidad. El agotamiento de la vitalidad del estado cernía su amenaza sobre todo cuanto les hacía ser lo que eran. Definidos por la tierra en la que permanecían, al final ni los más obtusos ni los más leales terratenientes pudieron evitar comprender que el mejor modo de satisfacer sus intereses pasaba por llegar a un arreglo

con la nueva fuerza dominante en su localidad. Dado que el imperio había venido existiendo durante cuatrocientos cincuenta años, y que la porción oriental seguía apoyando a la occidental, no resulta sorprendente que estos procesos de erosión necesitaran tiempo para desarrollarse. En el viejo corazón del imperio fueron muchos, como sucedió con los partidarios galos de Ataulfo en la década de 410, o con Sidonio en la de 450, los que llegaron rápidamente a un acuerdo con los godos o los burgundios por considerarlos elementos autónomos dentro de un estado central romano que seguía disfrutando de poderío militar y de influencia política. Sin embargo, tuvieron que transcurrir dos o tres generaciones para que todos aceptasen que esta situación era sólo un estadio intermedio, y que el rumbo que había adoptado el Occidente romano se encaminaba inevitablemente hacia un escenario en el que godos y burgundios dispusiesen de reinos plenamente independientes.

La tercera línea argumental guarda relación con el paradójico papel que desempeñaron los hunos en estos acontecimientos revolucionarios. En la década de 440, la era de Atila, los ejércitos hunos cruzaron Europa como un torbellino y llegaron, desde las Puertas de Hierro del Danubio, hasta Constantinopla, Lutecia y la propia Roma. Estas proezas concedieron a Atila fama imperecedera, pero su década de gloria no fue más que una atracción secundaria en el drama del derrumbamiento del imperio de Occidente. Muy superior había sido el significado del impacto indirecto que había encajado el imperio romano por la acción de los hunos en las generaciones anteriores, en la época en que la inseguridad que provocaban éstos en la Europa central y del este obligara a varios pueblos bárbaros a cruzar la frontera romana. Y a pesar de que Atila infligió enormes derrotas puntuales a los ejércitos del imperio, nunca constituyó una amenaza que pudiera enajenar de modo permanente una porción significativa del número de contribuyentes del imperio de Occidente. Por otra parte, eso fue precisamente lo que hicieron los grupos fugitivos que cruzaron la frontera y provocaron las crisis de los años 376 a 378 y 405 a 408. En la generación anterior a la de Atila los hunos habían llegado incluso a sostener al imperio de Occidente, dado que después del año 410 habían limitado la materialización de nuevas inmigraciones a territorio romano y que habían ayudado a Aecio, principalmente, a refrenar los peores excesos expansionistas de los grupos germánicos que ya habían cruzado la frontera por la fuerza. De hecho, la segunda gran contribución de los hunos al hundimiento del imperio fue su súbita desaparición tras la

muerte de Atila en el año 453. Ésta fue la gota que colmó la capacidad de aguante del imperio de Occidente. Privado de la ayuda militar huna, no tuvo más remedio que organizar regímenes que incluyeran al menos a algunas de las potencias inmigrantes. Esto inició una guerra de ofertas en la que se gastó hasta el último de los bienes de que disponía Occidente en un inútil esfuerzo por reunir el suficiente número de partidarios poderosos como para generar estabilidad. Sin embargo, a finales de la década de 460, los más ambiciosos cabecillas de esos grupos extranjeros, y de modo muy particular Eurico, rey de los visigodos, se dieron cuenta de que, ahora, lo que pretendía ser la autoridad central de Occidente tenía un control demasiado exiguo de la situación como para poder impedirles que estableciesen un reino independiente. Fue la comprensión de este hecho lo que condujo a la rápida desmembración de las últimas partes del imperio entre los años 468 y 476.

En todo este proceso, el papel estelar corresponde a los extranjeros armados que guerreaban en territorio romano. En fases sucesivas, los distintos grupos cruzaban primero la frontera por la fuerza y después arrancaban tratados al estado. Al final, enajenaron al control del imperio una cantidad de territorio tan grande que los ingresos de este último se agostaron. Un acuerdo con el emperador Valente permitió que algunos de los primeros godos del año 376 cruzaran el Danubio, pero esto se debió únicamente a que su ejército se aprestaba ya al combate en el frente persa. Por lo demás, todas las fases del proceso se vieron acompañadas de violencia, aunque a la violencia le siguiera algún tipo de acuerdo diplomático. Sin embargo, estos acuerdos no eran más que el reconocimiento de las últimas anexiones obtenidas con la guerra, no un tipo de diplomacia capaz de hacer avanzar los acontecimientos. En relación con los sucesos del siglo V, mi punto de vista es por tanto enteramente diferente del que muestra un autor que ha comentado lo siguiente: «Lo que llamamos la caída del imperio romano fue un experimento imaginativo que terminó desmandándose un tanto».[5] Me parece que sólo se puede argumentar esto si uno no está dispuesto a mancharse las manos con la narrativa histórica. Todo intento de reconstruir los acontecimientos del siglo V permite comprender precisamente lo violento que fue el proceso. En mi opinión, es imposible rehuir el hecho de que el imperio de Occidente se disolvió porque se establecieron demasiados grupos extranjeros en sus territorios, y porque éstos expandieron sus posesiones mediante la guerra.

El proceso que derribó al imperio occidental fue muy distinto, por ejemplo, del que hizo caer al siguiente gran imperio europeo, el carolingio, a finales del siglo IX. En este caso, el centro imperial, incluso después de las grandes conquistas de Carlomagno (768-813), controlaba un flujo de recursos insuficiente con el que no habría podido mantenerse durante más de dos o tres generaciones. En particular, nunca consiguió desarrollar la capacidad de redistribución fiscal que había mantenido a flote al estado romano durante cinco siglos. De este modo, la necesidad de pagar por el apoyo político local, algo que compartía con su predecesor romano, desorganizó rápidamente al estado carolingio. Aproximadamente un siglo después de su creación, las élites locales de dicho estado tendieron rápidamente hacia la autonomía, en ocasiones sin tener siquiera que afirmarse con ningún tipo de vehemencia. En este sentido, el desmoronamiento carolingio guarda un ligero parecido con el despedazamiento final del imperio de Occidente tras la derrota de la expedición vándala del año 468. En conjunto, sin embargo, el proceso fue muy diferente: no hubo invasiones en masa de extranjeros. Además, los nuevos gobernantes de los estados que sucedieron al imperio carolingio salieron en su mayoría de su propia aristocracia: no eran los cabecillas de unas potencias militares invasoras. En esencia, el estado carolingio quedó desmantelado por una bancarrota debida en primer lugar a que controlaba una escasa cantidad de activos, no a que unos grupos extranjeros le hubiesen despojado de la base fiscal que lo había sustentado durante siglos, como sucedió con el imperio de Occidente.[6]

El romanismo local

Mientras el romanismo central era aniquilado, el romanismo de las provincias conoció distintos destinos. Como hemos visto, la peor situación —desde el punto de vista romano— se produjo en el norte, en las islas británicas. En este caso, resulta imposible ofrecer ningún género de relato coherente, pero al volver a aflorar el hilo histórico, hacia el año 600 d. C.,[7] la clase terrateniente cristiana y romanizada, que hablaba latín y que en el año 400, aproximadamente, aún conservaba una posición dominante en el centro y el sur de Britania, había desaparecido. Con ella se habían desvanecido las villas que caracterizaban su estilo de vida, y al mismo tiempo había disminuido e involucionado hacia pautas más sim-

ples el alcance de la producción económica. La población había descendido notablemente, se habían dejado de utilizar monedas en los intercambios, las ciudades no actuaban ya como asentamientos de orden superior, y la mayor parte de las mercancías se producían *in situ*, en lugar de obtenerse a través del comercio. En Britania, por ejemplo, la cerámica tardorromana era elaborada por alfareros que distribuían sus artículos en un radio de unos cuarenta kilómetros respecto de una serie de centros de producción como Oxford e Ipswich. Poco después del año 400, la producción alfarera se ceñía únicamente al consumo inmediato. De manera similar, las antiguas provincias imperiales de Britania quedaron divididas en pequeños reinos. En un principio su número era quizá de unos veinte o más, y en la mayoría de los casos sus límites no guardaban relación alguna con la geografía política de la Britania romana. El modo en que todo esto se produjo es objeto de debate. Los victorianos imaginaron que los invasores anglosajones empujaron hacia el oeste, a Gales, a Cornualles y al otro lado del mar, a Bretaña, a toda la población celta no totalmente asimilada a la cultura romano-británica. Los relatos más recientes han postulado que un gran número de británicos indígenas se habría vuelto anglosajón del mismo modo que antes se había convertido en romano. Sea cual sea el punto de vista que uno escoja, las costumbres y el estilo de vida característicamente romanos desaparecieron rápidamente del sur de Britania después de que sus lazos con el resto del mundo romano hubieran quedado cortados.[8]

Sin embargo, el cataclismo británico no constituye la norma. Dejando al margen algunas zonas nororientales de la Galia, en las que la imagen arqueológica presenta un aspecto similar al de la Britania meridional, las formas establecidas de la vida de provincias no desaparecieron con tanta rapidez ni de forma tan completa. Al sur del Loira, en la Galia, y a pesar de sus recelos iniciales, los terratenientes locales romanos llegaron a distintos tipos de arreglos con sus nuevos gobernantes. Como vimos en el capítulo 9, fue preciso pagar un precio. En función de una diversidad de factores, entre los que destaca la disponibilidad de activos existente en el interior de los nuevos reinos a los que pertenecían, los terratenientes tuvieron que desprenderse de una cantidad mayor o menor de tierra. El reino burgundio, de tamaño más bien pequeño, parece haber impuesto una confiscación de mayor envergadura que la producida en los reinos visigodos, de mayor tamaño, aunque tal vez endulzara la píldora mediante la reducción de impuestos. Sin embargo, los terrate-

nientes romanos tenían mucho que ofrecer a los nuevos gobernantes bárbaros y, en consecuencia, sus regímenes se mostraron por lo general dispuestos a mantener la desigual distribución de la propiedad que había hecho surgir en su momento a la clase terrateniente. Por ello, el número de casos de agitación social que vemos al sur del Loira es notablemente bajo. Sidonio y sus amigos conocieron tiempos difíciles, pero los superaron y pudieron preservar intactas las suficientes propiedades como para conservar su posición social. También en Hispania e Italia la clase terrateniente romana logró sobrevivir en general a la primera conmoción que provocó el fin del imperio. En el África vándala, la toma de Cartago por Giserico se vio seguida por una confiscación a gran escala de las propiedades de la Proconsular, pero los terratenientes romanos de las otras dos provincias que cayeron en su poder en el año 439 —Bizacena y Numidia— no tuvieron problemas, y al irse añadiendo nuevos territorios al imperio vándalo, las confiscaciones no volvieron a repetirse.

En muchos lugares, por tanto, el romanismo local sobrevivió bastante bien. El cristianismo católico, el laicismo de lectoescritura latina, las villas, las ciudades y las formas complejas de la producción y el intercambio económicos lograron perdurar hasta cierto punto —salvo en Britania—, sostenidos por la clase terrateniente. Por consiguiente, la destrucción de las formas y de las estructuras del estado coexistió con la supervivencia de la vida romana de provincias en la mayor parte del antiguo Occidente romano.[9]

No obstante, no puede decirse que la vida local del Occidente posterior al imperio romano siguiese siendo, sin más, «romana», ni siquiera en las condiciones reinantes en el modelo de evolución que se vivió en la Galia meridional. El relato completo de lo que sucedió en esas provincias tras la caída de Roma es materia para otro libro, pero para tener una perspectiva completa de la caída del imperio de Occidente es importante dejar sentado un argumento clave. Una de las numerosas discusiones que han rodeado el fin del imperio ha girado en torno al significado que deba atribuirse a los cambios políticos que tuvieron lugar a lo largo del siglo V. ¿Fue el final del estado romano un acontecimiento capital en la historia de la Eurasia occidental, o una mera perturbación superficial, mucho menos importante que otros fenómenos de mayor calado, como el surgimiento del cristianismo, que lograron abrirse paso sin que, en esencia, se vieran afectados por los procesos del hundimiento del imperio? La historiografía tradicional no albergaba duda alguna de que el

año 476 representaba, al menos en la Europa occidental, la línea divisoria entre la historia antigua y la medieval. En época más reciente, la certeza, cargada de juicios de valor, de que el final del imperio romano señaló el comienzo de una pronunciada decadencia ha dado paso a puntos de vista más matizados que se hallan más cerca de la realidad histórica. Como hemos visto, no hubo ningún cambio súbito y total, y este hecho ha dado un nuevo impulso a la noción de continuidad, una noción basada en la idea de que el mejor modo de entender el desarrollo histórico de las épocas tardorromana y posromana pasa más por comprenderlas en términos de evolución orgánica que de cataclismo.[10]

No tengo la menor duda de que este nuevo acento de los enfoques historiográficos es una reacción enteramente necesaria a las viejas ortodoxias históricas, y no tengo nada que ver con la idea (originada entre los propios romanos, por supuesto) de que el imperio romano constituyese un orden social superior tras cuya desaparición no existiera más posibilidad que la de la decadencia. Sin embargo, la adopción de un punto de vista minimalista en la valoración de la importancia histórica de la desaparición del estado occidental romano es también, a mi juicio, equivocada. No hay duda de que se trataba de un edificio desvencijado. Difícilmente podía haber sido de otro modo, dado que debía gobernar una extensión sumamente vasta con el apoyo de unas comunicaciones y una burocracia primitivas. La corrupción era un mal endémico, la ley sólo se cumplía esporádicamente y las entidades locales poseían mucho poder. No obstante, como era un estado de partido único que llevaba ya mucho tiempo establecido, se las arregló para modificar de forma muy profunda las reglas por las que se regía la vida local. Esto queda de manifiesto sobre todo en los distintos procesos a los que se ha adjudicado —de forma ligeramente engañosa— la etiqueta de «romanización». Para poder participar de los beneficios del imperio, las élites provinciales debían obtener la ciudadanía romana. El modo más sencillo de lograrlo era que uno instaurase en su ciudad los derechos del Lacio y ocupara un alto cargo en ella. Por consiguiente, tras el establecimiento del dominio romano las élites se apresuraban a organizar este tipo de urbanización. De igual modo, era preciso ser capaz de hablar un latín «correcto» —así que la educación literaria en lengua latina también se extendía— y dar muestras de que uno secundaba los valores de la civilización clásica. Los edificios públicos en los que debía desarrollarse esa vida en compañía de los iguales (centros de reuniones, termas y demás), así como el estilo de ar-

quitectura doméstica de las villas eran las manifestaciones concretas de esa cosmovisión romana. Al mismo tiempo, la Pax Romana venía acompañada de formidables beneficios, ya que creaba entre las regiones unos vínculos que generaban un gran número de oportunidades económicas nuevas.

En su mayor parte, lo que se ha llamado romanización no era una actividad impulsada desde arriba por el estado. Era más bien el resultado de las respuestas individuales que daban las élites conquistadas al hecho bruto del imperio, ya que esas élites iban adaptando su sociedad a las nuevas condiciones impuestas por la dominación romana. Una parte esencial del trato, sin embargo, estribaba en que, a cambio de transformar sus estilos de vida para participar en lo que el estado les ofrecía, los ejércitos del imperio debían proporcionarles protección. De este modo, el romanismo local era inseparable de la existencia del imperio.

Se hace claramente patente la naturaleza simbiótica de esta relación. Como hemos visto, gran parte de la carga que supuso la situación de necesidad en que se vio el estado del siglo III, obligado a elevar el nivel de impuestos exigido a sus provincias, recayó en buena medida en los viejos consejos ciudadanos. Fundamentalmente, los lugares en los que se desarrollaban las antiguas formas de vida política local romana eran esos consejos. Se recurría al dinero para obtener cargos, hacer amigos e influir en las personas cuyo apoyo habría de garantizar en su momento el encumbramiento a una posición dominante desde la que acceder al control de los fondos locales. De un solo golpe, la confiscación de aquellos ingresos quitó todo sentido al empeño y las élites de las provincias no tardaron en percibirlo: de ahí que a mediados del siglo III desaparecieran casi inmediatamente las inscripciones que dejaban constancia de los costosos actos de generosidad con los que hasta entonces había logrado medrar la gente. Hacia el siglo IV, se había abandonado ya la búsqueda de una carrera en los consejos ciudadanos, puesto que era preferible hacerlo en el sistema burocrático del imperio, convertido en la nueva vía de acceso a posiciones de dominio en el ámbito local. Si el centro modificaba su *modus operandi*, entonces el romanismo local respondía introduciendo cambios a su vez —cambios que adoptaban con frecuencia formas imprevistas, en especial cuando debían aplicarse a largo plazo.

La vida de las provincias dependía demasiado del orden político y cultural inducido por el estado como para que dicho orden pudiese pasar desapercibido. Tomemos la educación, por ejemplo. La educación li-

teraria característica de las élites del período romano tardío —en latín en Occidente, en griego en Oriente— tenía un alto coste. Requería casi una década de intensa instrucción con un gramático, y sólo la clase terrateniente podía permitirse invertir tanto dinero en la educación de sus hijos. Como ya hemos señalado antes, lo hacían porque el hecho de hablar el latín (o el griego) clásico revelaba al instante que se pertenecía a la cultura «civilizada». También era necesario para muchas formas de avance social. La inmensa mayoría de los nuevos burócratas del estado procedía de las viejas clases que ocupaban cargos en los consejos ciudadanos, esto es, las clases curiales, para quienes una educación clásica seguía siendo de rigor.[11]

Sin embargo, en el Occidente posromano, las pautas por las que se regían las carreras de los miembros de la élite empezaron a cambiar. La nueva situación determinaba que la principal vía de promoción para la mayoría de las élites laicas fuera más el servicio militar prestado al rey que el ascenso de los peldaños del escalafón burocrático, incluso en aquellas zonas en que los terratenientes romanos habían logrado sobrevivir al año 476 y en las que prevalecía el modelo vigente en el sur de la Galia. En consecuencia, la costosa educación literaria dejó de constituir una necesidad. En realidad, tanto los descendientes de las élites romanas como los de las élites inmigrantes seguían venerando las antiguas tradiciones. Algún que otro rey franco y visigodo ha pasado a los anales de la cultura por sus poemas en latín. En una ocasión, un poeta latino «propiamente dicho» llamado Venancio Fortunato que venía de Italia y se había dejado caer por la corte deleitó por igual a los grandes personajes allí presentes, tanto a los de ascendencia romana como a los de estirpe franca. Este individuo se había abierto camino por recitar a cambio de la cena, y su numerito especial consistía en declamar elegantes pareados para elogiar el postre. Con todo, no había ningún grande del reino que siguiera preocupando por conseguir una educación plenamente latina. Sí que enseñaban a sus hijos a leer y a escribir una lengua clásica, pero sus objetivos eran más restringidos. En consecuencia, hacia el año 600, la escritura en latín se había convertido en algo reservado a los clérigos, mientras que las élites laicas tendían a contentarse simplemente con ser capaces de leer, en especial sus Biblias: habían dejado de considerar que la escritura en latín constituyese una parte esencial de su identidad. Había sido el estado romano el que, de forma no excesivamente deliberada una vez más, había creado y mantenido un contexto definido por el hecho de que uno de los

elementos esenciales para el acceso a una posición de privilegio fuera la amplia difusión de una cultura literaria laica, y ahora, al desaparecer ese estado, surgían nuevos criterios de cultura literaria.[12]

Puede argumentarse algo similar respecto del cristianismo. A veces se considera que la cristianización, que a lo largo del primer milenio comenzó a propagarse por el mundo mediterráneo para alcanzar después los vastos confines de la Europa central, del este y del norte, fue una transformación que no se vio en absoluto afectada por la caída de Roma. Hay algo de cierto en esta idea, pero también puede resultar engañosa. La religión cristiana ha evolucionado siempre, como institución se entiende, en función de los contextos de cada época. Como vimos en el capítulo 3, la romanización del cristianismo fue un fenómeno histórico tan importante como el de la cristianización del imperio. A partir de principios del siglo IV, y gracias al emperador Constantino y a sus sucesores, las autoridades cristianas, financiadas por el imperio, definieron en sus concilios la mayoría de las doctrinas de esta religión. La Iglesia desarrolló asimismo una jerarquía muy particular de obispos, arzobispos y patriarcas cuyas ubicaciones geográficas reflejaban en gran medida la estructura administrativa del imperio, dividida en capitales locales y regionales. Los emperadores romanos cristianos tampoco modificaron un ápice la reivindicación que habían planteado sus antecesores paganos y que sostenía que habían sido designados por la divinidad —simplemente pasaron a identificar esa divinidad con el Dios cristiano—. Por consiguiente, desde su punto de vista, tenían pleno derecho a injerirse en todos los planos operativos de la Iglesia. Y lo hicieron cabalmente, ya que convocaron concilios, dictaron leyes y se inmiscuyeron en las designaciones importantes.

El curso de la evolución del cristianismo dentro de las estructuras del imperio fue por tanto muy distinto del que había seguido antes de la conversión de Constantino, y la desaparición del estado romano le volvió a imprimir un profundo cambio de rumbo. Y ello por una razón: que en algunos casos los límites de los nuevos reinos no respetaron las jerarquías de la administración romana tardía. De este modo, hubo casos en que los obispos se encontraban en un reino y sus arzobispos en otro. Los sucesivos arzobispos de Arles, que formaba parte del reino visigodo pero cuya autoridad como metrópoli se extendía al reino burgundio, tuvieron encontronazos con sus reyes, y éstos, escamados por los contactos transfronterizos de los arzobispos, los desposeyeron de su cargo. También hubo cambios de tipo intelectual. En el mundo romano, era frecuente

que los personajes laicos más destacados —cuya educación era igual, cuando no superior, a la del clero— contribuyeran al debate religioso. Sin embargo, al desaparecer la amplia difusión de la cultura literaria, los laicos dejaron muy pronto de poder aportar nada en este campo, y el mundo intelectual de la Iglesia de la alta Edad Media se convirtió en un compacto mundo de clérigos. Esto no habría sucedido si los laicos hubieran seguido teniendo una educación equiparable a la de los miembros del clero. Y resulta igualmente importante que los reyes de la época posromana reivindicaran, como sus antecesores, el reconocimiento de su autoridad religiosa y se reservaran la facultad de designar obispos y convocar concilios. El resultado de dicha situación fue que en esta época la cristiandad funcionó como un «microcosmos cristiano», como lo ha llamado Peter Brown. No había una Iglesia única y unificada, antes al contrario, los límites de los reinos posteriores al dominio romano determinaron la aparición de subgrupos regionales operativos, y estas comunidades eclesiásticas ubicadas en el interior de los distintos reinos tenían relativamente poca relación unas con otras.[13]

Por encima de todo, sin el derrumbamiento del imperio romano resulta inconcebible el surgimiento de un papado medieval como autoridad global de toda la cristiandad occidental. En la Edad Media, los papas pasaron a desempeñar en el seno de la Iglesia muchos de los roles que los emperadores cristianos romanos se habían apropiado —la promulgación de leyes, la convocatoria de concilios, la designación o la orientación de los nombramientos relevantes...—. De haber seguido existiendo emperadores de Occidente como los de la antigua Roma habría sido inconcebible que los papas hubieran logrado hacerse con una posición tan independiente. En Oriente, donde los emperadores aún ejercían su dominio, los sucesivos patriarcas de Constantinopla, cuya posición legal y administrativa había seguido el modelo del papado romano, no pudieron actuar sino como aduladores del imperio.

Designados a voluntad por los emperadores, solían ser ex burócratas del imperio extremadamente receptivos a los mandatos imperiales.[14]

Los factores del desmoronamiento

Al exponer mi propio punto de vista sobre cuáles fueron las razones del desplome del imperio romano de Occidente me coloco en una posición

que se enfrenta a una de las más antiguas tradiciones históricas —al menos, desde luego, en la literatura en lengua inglesa—. Con argumentos que ya son célebres, Edward Gibbon subrayó la importancia de los factores internos:

> La decadencia de Roma fue la consecuencia natural e inevitable de su inmoderada grandeza. La prosperidad propició el comienzo del deterioro. Las causas de la destrucción se multiplicaron con la extensión de las conquistas. Y tan pronto como el tiempo o la casualidad hubo eliminado los puntos de apoyo artificiales, el formidable edificio cedió bajo la presión de su propio peso.

El análisis de Gibbon retoma la labor en el punto en que la había dejado el autor griego Polibio. Éste, al igual que la mayoría de los historiadores antiguos consideraba que la virtud o el vicio moral de los individuos era la principal fuerza impulsora subyacente a la causalidad histórica. Según sostenía su tesis, la República Romana había alcanzado su grandeza gracias a la disciplina personal de sus dirigentes, y había iniciado su caída en desgracia cuando los excesos inducidos por el éxito empezaron a invadirlo todo y a corromper a sus descendientes. Polibio escribía en el siglo II a. C., mucho antes de que el imperio hubiese alcanzado su máxima extensión, e igualmente mucho antes de que hubiese comenzado a perder territorios. Al retomar los rasgos generales de su línea argumental, Gibbon, que abordaba el estudio del cristianismo, consideró que esta religión había contribuido de manera formidable a la triste historia de la decadencia romana. Para él, la nueva religión había sembrado a través de sus disputas doctrinales la división interna en el seno del imperio, había animado a los líderes sociales a abandonar la participación política, ya que les había incitado a tomar los hábitos, y había cooperado en el debilitamiento de la maquinaria bélica romana al abogar en favor de una política basada en «el ofrecimiento de la otra mejilla».[15]

Tal vez habría que decir algo acerca de este modo de pensar, pero hay un argumento contrario que relega cuanto pudiera decirse sobre este asunto a la posición de una mera nota a pie de página en el debate. Todo relato del hundimiento sufrido por el imperio romano de Occidente en el siglo V ha de tener plena conciencia del hecho de que el imperio de Oriente no sólo sobrevivió, sino que en realidad prosperó a lo largo del VI. Todos los males que se advierten en el sistema occidental se aplican de

igual modo, si no más, al oriental. Más aún, el Oriente romano era más cristiano y más proclive a las polémicas doctrinales. Por si fuera poco, utilizaba el mismo tipo de sistema gubernamental en el mismo tipo de economía. Y sin embargo, el imperio de Oriente sobrevivió, mientras que el de Occidente se derrumbó. Por sí solo, esto hace que resulte difícil argumentar que hubiera algo tan intrínsecamente corrupto en el sistema imperial tardío que lo abocaba a desmoronarse bajo su propio peso. Y si uno empieza a buscar las diferencias que puedan explicar los distintos destinos del este y el oeste, lo primero que cruza la mente son los accidentes geográficos. Las provincias más ricas de Oriente, las situadas en la faja de tierra que se extiende desde el Asia Menor a Egipto, se hallaban bien resguardadas por Constantinopla de los invasores del norte y el este, mientras que el imperio de Occidente tenía que proteger la mayor parte de los tramos fronterizos del Rin y el Danubio, y ya hemos visto qué peligros implicaba eso.

Estos dos extremos han sido señalados por dos estudiosos anteriores, N. H. Baynes y A. H. M. Jones.[16] Sin embargo, me dispongo a sostener que, desde la época en que escribía Jones —hace cuarenta años—, se ha vuelto aún más necesario que todo examen de la caída del Occidente romano centre el foco de su análisis en la cuestión de los bárbaros inmigrantes. Esto obedece a dos razones. En primer lugar, según la apreciación de Jones, el único factor que desempeñó un papel real en la divergencia de los sinos del este y el oeste fue su prosperidad relativa. Desde su punto de vista, el exceso de gravámenes fiscales paralizó la economía tardorromana. No se permitía que los campesinos retuvieran una porción de su producción anual lo suficientemente amplia como para alimentar a sus familias, así que tanto la población como el rendimiento conocieron un declive sostenido, aunque poco espectacular. Jones creía que esto había sido particularmente cierto en Occidente.[17] No obstante, el parecer de Jones sobre la economía de la Roma tardía se basaba por entero en las fuentes escritas, principalmente de tipo legal. Por la misma época en que él redactaba su obra, el arqueólogo francés Georges Tchalenko publicó el informe de su revolucionario hallazgo de unos pueblos tardorromanos prósperos en las colinas calcáreas situadas detrás de Antioquía (véanse las páginas 152 y 153). Y desde la época en la que escribió Jones, las mediciones topográficas rurales, como vimos en el capítulo 3, han reorganizado por completo nuestro concepto de la economía de la Roma tardía. Sabemos con certeza que en el siglo IV, los impuestos

no eran lo suficientemente elevados como para impedir la subsistencia de los campesinos. Tanto en el este como en el oeste, el imperio tardío fue una época de bonanza agrícola, sin ningún signo de un descenso demográfico generalizado. Desde luego, es posible que el este haya sido aún más rico, pero el orbe romano no se encontró sometido al influjo de ninguna crisis económica interna digna de mención antes del siglo V. Una vez que se ha entendido que los dos períodos de crisis fronteriza, los comprendidos entre los años 376 y 380, por un lado, y 405 y 408, por otro, obedecían a una misma causa de origen no romano, y una vez que se ha reconstruido el relato detallado del posterior derrumbamiento del imperio, entre los años 405 y 476, resulta igualmente importante subrayar el papel capital que desempeñaron los inmigrantes extranjeros en los pormenores del hundimiento de Occidente.

Dicho todo esto, no hay ningún historiador serio que piense que el imperio de occidente se derrumbara únicamente por problemas internos, o sólo a consecuencia de una conmoción exógena. Este libro ha hecho hincapié fundamentalmente en este último factor, porque a mi juicio no se ha entendido bien el crecimiento del poderío huno en Europa, y en consecuencia, tampoco se ha comprendido adecuadamente el vínculo íntimo que existe entre la llegada de los hunos y el derrocamiento de Rómulo Augústulo. No obstante, para examinar con mayor detalle la interacción entre las invasiones debidas al empuje de los hunos y la naturaleza del sistema imperial romano hemos de comenzar por fijarnos de nuevo en los invasores.

El número de invasores que penetró en el imperio a finales del siglo IV y principios del V fue bastante elevado. Dadas las características de las fuentes antiguas, si ninguno de los escritos realizados en el siglo que media entre el año 376 y el 476 nos ofrece cifras precisas de ninguno de los grupos bárbaros que intervinieron en los hechos, menos aún nos brindan una estimación de la amenaza global que representaban. Algunos estudiosos argumentarían que las fuentes son tan poco convincentes en este aspecto que ni siquiera tiene sentido tratar de valorar el número de inmigrantes. Ésta es una posición justificable, pero algunas de las mejores fuentes nos ofrecen unas cifras que presentan un aspecto plausible, lo que en el caso de algunos de los grupos invasores nos orienta al menos sobre su posible magnitud y, en ocasiones, nos sugiere vías indirectas con

las que poder valorar su tamaño. Tomando como base estas indicaciones, mis cálculos más ponderados quedarían situados en los siguientes parámetros.

Los grupos de los tervingos y los greutungos que aparecieron en la orilla norte del Danubio en el año 376 pudieron haber tenido la capacidad, cada uno de ellos, de poner sobre el terreno, en orden de combate, a unos diez mil hombres. La fuerza de Radagaiso que invadió Italia entre los años 405 y 406 era probablemente mayor que la de cualquiera de estos grupos por separado —tal vez de unos veinte mil hombres de guerra—. Consideradas en conjunto, estas cifras coinciden de forma aproximada con otras indicaciones que señalan que Alarico, tras reunir a los tres grupos, logró formar un ejército de treinta mil soldados.[18] Cuando cruzaron el mar para adentrarse en el norte de África, la capacidad militar de los vándalos y los alanos juntos se encontraba al parecer en una franja situada entre los quince mil y los veinte mil hombres, pero eso fue después de haber librado duros combates y no incluye a los suevos. En total, por tanto, los invasores que penetraron por el Rin en el año 406 pudieron haber ido acompañados, de nuevo, por algo más de treinta mil combatientes. Aún es más difícil estimar el número de burgundios que se congregaron en el Rin en el año 410. Comparados con los visigodos de mediados de la década de 450 no constituían más que una potencia de segundo orden, así que su capacidad militar debió de haber sido inferior, tal vez situada en una horquilla ligeramente superior a los quince mil soldados, aunque hay que tener en cuenta que esto fue después de su traumática derrota a manos de los hunos en la década de 430.[19] Al margen de esto, simplemente no sabemos cuántos esciros, rugos y hérulos se pasaron junto con Odoacro al ejército romano de Italia cuando el imperio huno se vino abajo en la década de 460. Su número ascendía sin duda a varios miles de hombres, quizá por encima de los diez mil. *Grosso modo*, por tanto, la cifra de los principales invasores de Occidente puede desglosarse en unos cuarenta mil godos (en las dos oleadas de los años 376 y 405-406), unos treinta mil invasores llegados a través del Rin, tal vez unos quince mil burgundios, y los diez mil refugiados que huían del desplome del imperio de Atila. A esta cifra de 95.000 combatientes deberemos añadir la que hayan podido representar los diversos grupos de menor tamaño, en especial el de los alanos que no siguieron a Giserico a África, y, sobre todo, el del contingente franco que desde mediados de la década de 460 desempeñó un papel cada vez más destacado en la políti-

ca gala. Pese a que después del año 476 los francos se hicieron lo suficientemente poderosos como para rivalizar con los visigodos por la obtención de la primacía en la Galia, es probable que en los acontecimientos que llevaron al derrocamiento de Rómulo Augústulo no fueran más de diez mil o quince mil los francos que desempeñaran un papel activo. En total, todo esto sugiere que fueron entre 110.000 y 120.000 los extranjeros armados que participaron de algún modo en el derribo del imperio de Occidente.[20]

Por un lado, la reconstrucción narrativa no permite dudar que las fuerzas centrífugas generadas por los invasores procedentes del exterior fragmentaron el imperio romano de Occidente en los nuevos reinos de finales del siglo V. Por otro, cada uno de estos grupos contaba con el respaldo de unas cuantas decenas de miles de hombres de guerra, no de cientos de miles. A primera vista, esto no representa una fuerza abrumadora, en especial si se recuerda que incluso las estimaciones más conservadoras calculan que, en el año 375 d. C., el ejército romano contaba con unos trescientos mil hombres, y que otras doblan esa cifra. En cierto modo, la secuencia de los hechos confirma este extremo. El imperio de Occidente no fue aniquilado por un acto de conquista, como por ejemplo lo sería más tarde el imperio chino a manos de los mongoles. Al principio, los inmigrantes tenían simplemente el poderío militar suficiente para establecer algunos enclaves, pero la expansión posterior que dio lugar a los reinos independientes fue un proceso prolongado que tardó de dos a tres generaciones en socavar el poder del estado romano. Otra forma de expresar esto mismo es que, ni siquiera considerados en conjunto, los invasores del siglo V eran lo suficientemente numerosos como para echar abajo a ningún imperio imaginable del que pueda predicarse que poseyera el control de los recursos humanos y de otro tipo que ofrecían todos los territorios comprendidos entre el Muro de Adriano y las montañas del Atlas. Si lograron provocar la desaparición del imperio de Occidente, que se encontraba en una situación de relativo vigor, se debió únicamente a que su acción incidió de modos muy concretos en las limitaciones militares, económicas y políticas intrínsecas que presentaba el sistema romano tras quinientos años de evolución.

Ante todo, si tenemos en cuenta la capacidad militar del imperio, es preciso contemplar las invasiones provocadas por los hunos en relación con el ascenso de la Persia sasánida a la condición de superpotencia en el siglo III d. C. Como hemos visto en el capítulo 2, al final se había con-

seguido contener a Persia. Sin embargo, esa contención no eliminó el poder del imperio persa. No pudo relajarse el esfuerzo militar en esa zona ni siquiera después de que quedara restaurada la estabilidad de la frontera oriental, hacia el año 300, y fue preciso consagrar a los persas más de un 40 por 100 de los efectivos de los ejércitos orientales del imperio (entre un 20 y un 25 por 100 del total del contingente militar conjunto del este y el oeste romanos). De este modo, la crisis surgida en el siglo IV en las fronteras europeas del imperio ejerció una molesta presión sobre una estructura militar que ya se hallaba sometida a una gran tensión.

Además, el resto del ejército romano estaba compuesto en gran medida por tropas de guarnición (*limitanei*) cuyo cometido consistía esencialmente en hacer frente a las amenazas inmediatas y de baja intensidad que pudieran gravitar sobre la seguridad de las fronteras. Todas ellas tenían que atender también otras tareas y es posible que algunas de ellas hayan carecido de la preparación y los medios necesarios para resultar de suficiente utilidad frente a la congregación de fuerzas que empezaban a generar por entonces los hunos. En términos generales, por tanto, la capacidad militar de los invasores no ha de valorarse en función de la cantidad total de fuerzas armadas de que disponía el conjunto del imperio, ya que muchas de sus unidades debían dedicarse por entero a otras misiones, sino en función del número de ejércitos de campaña de Occidente. Éstos se encontraban en buena medida agrupados en la Galia, Italia y el Ilírico occidental, y en el año 420 estaban integrados por 180 unidades: sobre el papel, más de noventa mil hombres. (Al comenzar la crisis, es probable que el ejército de campaña de Occidente no contara con más de 160 unidades, es decir, algo más de ochenta mil soldados.) Comparado con este contingente, el número de bárbaros intrusos comienza a cobrar una importancia mucho mayor, y resulta más fácil apreciar por qué al final lograron imponerse. Lejos de verse aventajados en número, es probable que disfrutaran —considerados de forma global— de una superioridad numérica nada despreciable frente a las fuerzas del imperio. Al principio, esto quedó oculto por la falta de unidad de los invasores, pero poco a poco la diferencia numérica fue haciéndose palpable a medida que avanzaba el siglo V.

Si los bárbaros que habían penetrado en el imperio eran lo suficientemente numerosos como para vencer en último término a la porción del ejército romano que podía enfrentarse a ellos, ¿por qué el imperio no reclutó simplemente más tropas? La respuesta a esta pregunta reside en

las limitaciones de su economía. Como hemos visto, la agricultura tardorromana vivió, en todo caso, un período de prosperidad en el siglo IV, pero no existía ningún medio claro de aumentar rápida o sustancialmente la producción. En muchas provincias, la economía operaba en sus niveles de productividad máxima. Por consiguiente, es improbable que el imperio dispusiera en el año 400 de una gran capacidad productiva extra con la que costear un ejército aún mayor después de los importantes incrementos de impuestos exigidos un siglo antes para sufragar los nuevos ejércitos que requería el frente persa. La presión fiscal ejercida por el imperio se veía también ligeramente limitada por su capacidad burocrática y por el hecho de que las élites locales estuviesen mejor o peor dispuestas a pagar, aunque hay pocos signos de que los contribuyentes hayan planteado excesivos problemas antes de la década de 440, período en el que Aecio, tras la pérdida del norte de África, se vio obligado a poner freno a los privilegios fiscales. La limitación más significativa que pesó sobre la recaudación de impuestos parece haber sido una economía boyante que sin embargo había alcanzado un punto en el que ya no le resultaba fácil seguir creciendo.

Por otro lado, las limitaciones políticas tuvieron una relevancia directa, aunque de otro tipo, en la marcha del proceso que terminó derribando al imperio de Occidente. Como ya hemos visto antes, el pacto político que vinculaba al centro romano y a las comunidades locales era relativamente simple. A cambio del pago de impuestos, la maquinaria del estado, tanto militar como jurídica, protegía de los enemigos externos e internos a una clase terrateniente relativamente pequeña. Dado que su predominio estaba basado en la posesión de tierras, este grupo de personas era vulnerable. No podían recoger sus bártulos si el centro imperial dejaba de poder garantizar su seguridad, así que no resulta sorprendente que tendieran a congraciarse con las potencias bárbaras en ascenso. Esta limitación interna del sistema jugó un papel importante, ya que determinó la naturaleza del hundimiento del imperio en los antiguos feudos romanos de Hispania y del sur y el centro de la Galia.

Otra de las limitaciones públicas guarda relación con la alta política. Debido a las formidables dimensiones del imperio y al previo éxito de la romanización de las élites provinciales, los regímenes gobernantes del período romano tardío tuvieron que hacer frente a las constantes presiones de los grupos de interés locales, orientados todos ellos en direcciones distintas. Por consiguiente, en el siglo IV fue preciso que dos o más em-

peradores compartieran el poder, pero no había ninguna receta contrastada y fiable para que lo hicieran con éxito: en este sentido, todos los regímenes fueron improvisaciones. En el centro, el poder podía repartirse de diferentes formas: entre dos o más emperadores, o mediante emperadores títere controlados por hombres poderosos como Aecio o Estilicón. De aquí podían derivarse períodos de estabilidad política, de una o dos décadas de duración incluso, pero éstos tendían a verse interrumpidos por épocas de brutales luchas intestinas que con frecuencia terminaban en guerras civiles. Y la inestabilidad del centro daba a los inmigrantes unas preciosas oportunidades de hacer progresar sus propios intereses.

Por consiguiente, es necesario valorar adecuadamente el peso de las limitaciones internas, pero todo aquel que argumente que éstas desempeñaron un papel *primordial* en el derrumbamiento del imperio, y que los bárbaros no fueron más que un agente irritante que aceleró la evolución del proceso, debe explicar con exactitud cómo es posible que el edificio imperial pudiera venirse abajo sin que se produjera ninguna acometida militar generalizada procedente del exterior.

Y esto, en mi opinión, es muy difícil de hacer. No es que el imperio tardío tuviese un sistema político perfecto. Se hallaba atravesado por un gran número de tendencias centrífugas, incluso antes de la llegada de los bárbaros, y algunas zonas alejadas del centro estaban mucho menos integradas en sus estructuras que su núcleo mediterráneo. Britania, en particular, mostraba una señalada tendencia a generar movimientos de disidencia política, y a juzgar por la importancia del bandolerismo registrado en la zona, la Galia noroccidental (Armórica) pudo haber tenido un comportamiento similar. El destino de estas rebeliones resulta instructivo. En primer lugar, estallaban sólo cuando se registraba un período de inestabilidad en el centro, y todo lo que tenía que hacer el imperio era enviar una modesta fuerza expedicionaria —en el caso de Britania— para conseguir que la provincia regresara al redil. En el año 368, el conde Teodosio, padre del primer emperador de ese nombre, solucionó la papeleta únicamente con cuatro regimientos.[21] Por consiguiente, para que el imperio se hubiera desmembrado por sí sólo tendría que haberse rebelado simultáneamente una masa crítica de localidades, y haber tenido ocupada cada una de ellas a una porción lo suficientemente grande del ejército romano como para hacer que al centro le resultara imposible reconquistar poco a poco las regiones rebeldes.

Es imposible imaginar que en el siglo IV se pudiera producir una secuencia de acontecimientos de este tipo, análoga a la que se declaró en la mitad occidental del mundo carolingio en el siglo IX, precisamente porque el imperio romano difería del carolingio en aspectos fundamentales. En el imperio carolingio, el ejército estaba compuesto por terratenientes locales que capitaneaban contingentes armados de partidarios propios, mientras que el imperio romano operaba con un ejército profesional. Cuando las comunidades locales se separaron del imperio carolingio, hacía tiempo que contaban con ejércitos propios y enteramente organizados. Los terratenientes romanos, por el contrario, eran civiles, y tenían que esforzarse para poder reunir en su localidad una fuerza que fuese lo suficientemente sólida para defenderles de la rapiña del centro. Por tanto, para que resulte concebible un desplome debido a causas internas no sólo tendría que haberse producido el desgajamiento de Britania, sino también, y al mismo tiempo, el del norte de la Galia, Hispania y el norte de África, y no hay signo alguno de que existiesen en el imperio tardío tensiones centrífugas de una magnitud semejante. A mi juicio, en vez de hablar de que las «debilidades» internas romanas abocaran al sistema imperial tardío a un desmoronamiento, tiene más sentido hablar de la existencia de unas «limitaciones» —militares, económicas y políticas— que hicieron imposible que Occidente tuviese capacidad para hacer frente a la particular crisis que hubo de encarar en el siglo V. Estas limitaciones internas, fueron un factor necesario, pero no causa suficiente, por sí mismas, de la caída del imperio. Sin los bárbaros, no existe la menor prueba de que el imperio de Occidente hubiera estado destinado a dejar de existir en el siglo V.

Una conmoción exógena

Al concluir este estudio de la aniquilación del Occidente romano, hay una última vía de análisis que quisiera explorar. La conmoción exógena a la que nos hemos referido antes tenía dos componentes: los hunos, que habían sido sus causantes, y los grupos integrados mayoritariamente por germanos que fueron ganando fuerza y cuyas invasiones abrieron un boquete fatal en la nave del estado romano. Por lo que sabemos, no hay ninguna razón bien fundamentada que explique por qué los hunos se vieron impulsados a desplazarse a las tierras situadas al norte del mar

Negro en el preciso momento en que lo hicieron. En las épocas antigua y medieval, la gran estepa euroasiática acostumbraba a emitir de vez en cuando pulsos de población de notable relevancia militar. Unas veces, estas poblaciones avanzaban hacia el este, en dirección a China, y otras se encaminaban al oeste, a Europa. No comprendemos aún suficientemente bien la dinámica de este movimiento como para tener una idea clara de cualquier tipo de motivación general que pudiera explicar por qué estas emisiones de población se producían en los momentos en que se producían, o si corresponde a cada una de ellas una explicación enteramente particular. En el caso de los hunos, no podemos hacer otra cosa que limitarnos a bosquejar la silueta de unas cuantas posibilidades. Éstas abarcan desde las razones medioambientales (ya que, al volverse más áridas, las estepas resultaban menos aptas para la cría de ganado) a las relacionadas con cambios sociopolíticos, pasando por circunstancias de tipo militar (el hecho de que dispusieran de un arco más potente). Sin embargo, tal como están las cosas, no conocemos mejor las razones que llevaron a los hunos a desplazarse al oeste a finales del siglo IV que las que impulsaron a los sármatas a hacer lo mismo en torno a la fecha en que nació Cristo.[22]

No obstante, los propios hunos no constituían más que una parte del problema. El elemento más inmediato y nocivo de la crisis provocada por los hunos fue el de los grupos de fuerte componente germánico que irrumpieron en la frontera del imperio en las dos grandes oleadas de los años 376 a 380 y 405 a 408. Y aunque no podamos avanzar más en el conocimiento de los hunos, la interacción entre los nómadas de la estepa y los agricultores germánicos merece que le prestemos mayor atención porque sus efectos tuvieron, desde una perspectiva histórica amplia, un carácter único. En el siglo I d. C. los nómadas sármatas atacaron de forma similar a algunas sociedades agrícolas dominadas por los germanos y situadas en el extremo oriental de los Cárpatos, y al final algunos de esos sármatas se trasladaron, como habrían de hacer los hunos, a la gran llanura húngara. No obstante, a pesar de estas semejanzas, la repercusión de la llegada de los sármatas no guarda ni siquiera un remoto parecido con el éxodo que habría de llevar, unos cuatrocientos años más tarde, a los godos, a los vándalos, a los alanos y a otros grupos a suelo romano.[23] ¿Por qué no hubo consecuencias comparables?

La explicación más probable de esta diferencia reside en la transformación del mundo germánico que tuvo lugar entre los siglos I y IV. Como

vimos en el capítulo 2, la Germania del siglo I estaba dividida en muchas unidades políticas pequeñas y rivales cuya pobreza global alcanzaba tales proporciones que los romanos no consideraron que valiese la pena conquistarlas. En esa época, Germania podía reunir partidas de hombres para realizar incursiones y establecer alianzas defensivas de mayor envergadura que bien podrían haber tendido emboscadas con éxito a un destacamento romano que atravesara el bosque, como hizo Arminio con las legiones de Varo en el año 9 d. C. Sin embargo, no poseía ninguna estructura política capaz de resistir al poderío romano y a su manipulación diplomática en un conflicto abierto y prolongado. En la época en que llegaron los hunos eran muchas las cosas que habían cambiado. La revolución económica, sobre todo en la producción agrícola, pero también en la de determinados artículos manufacturados, había generado a un tiempo una población mucho mayor y una riqueza nueva. La estratificación social había aumentado, y ahora había una clase dominante de hombres libres, principados hereditarios y séquitos armados. En las capas superiores de la sociedad este cambio social se manifestaba en forma de unas estructuras políticas más sólidas. En el siglo IV, algunos subgrupos de alamanes y de godos, entre otros, actuaban como estados clientes en los límites del mundo romano. Aunque se mostraban complacientes en la mayoría de los casos, podían no obstante pasar a la acción si consideraban que era necesario para reducir las exigencias que les imponía el imperio.

A medida que los grupos germánicos se iban desplazando a territorio romano para escapar de la agresión huna, este antiguo proceso de amalgamamiento sociopolítico adquirió nuevos bríos. Uno de los fenómenos más importantes —que también es uno de los más debatidos en este libro y uno de los menos examinados de la reconstrucción narrativa del siglo V— es el definido por el hecho de que todos los grandes estados sucesores del imperio romano de Occidente fueran creados en torno al poderío militar de los nuevos grandes grupos bárbaros, organizados sobre la marcha. Los visigodos que se instalaron en Aquitania en la década de 410 no eran una antigua subdivisión del mundo godo, sino una entidad nueva. Antes de la llegada de los hunos a los confines de Europa, los visigodos —y no dejen que ningún anticuado mapa de las invasiones les convenza de lo contrario— no existían. Los visigodos fueron el resultado de la unión de los tervingos y los greutungos, que habían llegado al Danubio en el año 376, con los supervivientes del contingen-

te de Radagaiso que atacó Italia en los años 405-406. La ambición de Alarico unió a los supervivientes de los tres grupos y dio lugar a un conglomerado cuyo tamaño superaba todo lo visto anteriormente en el mundo gótico.[24] De manera similar, los vándalos que conquistaron Cartago en el año 439 constituían una realidad política nueva. En este caso, la nueva unidad fue consecuencia de una única oleada migratoria: la de los invasores que cruzaron el Rin a finales del año 406. Este grupo de invasores estaba formado por la vaga alianza de dos grupos distintos de vándalos —los hasdingos y los silingos—, a los que se sumaban un número desconocido de grupos de origen alano (el contingente de mayor tamaño) y las hordas de los suevos, que probablemente eran el resultado de la renovada alianza que habían establecido algunos de los germanos del Danubio medio. Como consecuencia del ataque conjunto de romanos y godos producido a mediados de la década de 410 surgió una entidad nueva: la de los vándalos silingos, y varios grupos alanos se unieron al linaje gobernante de los vándalos hasdingos.

En una fecha posterior, sólo la materialización de un reagrupamiento similar en las filas de los francos hizo posible que surgiera un reino franco en la Galia. Los francos no han aparecido demasiado en nuestro relato de la caída del imperio romano, fundamentalmente debido a que son más un efecto que una causa del proceso. No empezaron a constituir una fuerza significativa en suelo romano sino a partir de mediados de la década de 460, fecha en la que el poder de Roma había iniciado ya su declive en el norte de la Galia. No es posible demostrar que su unificación estuviese íntimamente ligada con el desplome de Roma, pero es altamente probable que así fuera. En el siglo IV, la política que los romanos aplicaron a los alamanes —los vecinos meridionales de los francos en la región de la frontera del Rin— estuvo en parte orientada a evitar la formación de confederaciones políticas que pudieran resultar militarmente peligrosas.

De haber sucedido lo mismo con los francos, la materialización de su amalgamamiento político habría resultado significativamente más sencilla una vez que hubiese menguado el poderío romano en la zona. Y desde luego, la fuerza de guerreros francos de la que se valió Clodoveo más tarde, hacia el año 480 d. C., para alumbrar un reino galo unificado que abarcaba las tierras comprendidas entre el Garona y el canal de la Mancha, fue constituida mediante la fusión de, al menos, seis hordas guerreras diferentes. Clodoveo añadió a lo que había heredado de su pa-

dre Childerico, las posesiones de Sigeberto (y de su hijo Cloderico), las de Cararico, Ragnacaro y Ricaro (hermanos pero, según parece, con seguidores propios), además de las de Rignomiro.[25] Del mismo modo, los ostrogodos, que derrocaron a Odoacro en 492 para alumbrar el último de los estados sucesores, eran también un grupo de reciente formación. Teodorico el Amalo, primer rey ostrogodo de Italia, completó el proceso iniciado por su tío Valamiro. En la década de 450, Valamiro había unido a unas cuantas hordas guerreras godas, realizando algo muy similar a lo que había hecho Clodoveo entre los francos, para instaurar uno de los reinos que sucedieron al imperio huno en la región del Danubio medio. En esa época, el número de integrantes del grupo ascendía a unas diez mil almas o más. En la década de 480, Teodorico unió sus fuerzas con otras que tenían aproximadamente las mismas dimensiones: las de los godos de la Tracia, previamente asentados en los Balcanes orientales. Fue este contingente unificado el que conquistó Italia.[26]

Vale la pena examinar más de cerca el proceso de reorganización en unidades mayores y mejor cohesionadas del que surgen los reinos que sucedieron al imperio. En todos los casos, la unificación se produjo entre reiteradas rivalidades dinásticas. Por un lado, el proceso fue desencadenado por los caudillos de las hordas guerreras, bien dispuestos a matarse unos a otros. Clodoveo, en particular, parece haber disfrutado con el alegre chasquido del hacha sobre el cráneo, y desde luego los combates singulares gozaban de amplia difusión. Por otro lado, y a pesar de haber sido siempre muy popular entre los cabecillas de las hordas guerreras germánicas, el deporte de matarse unos a otros nunca había producido antes esas grandes reorganizaciones de la sociedad. Por consiguiente, tan importantes como las ambiciones personales de los caudillos eran las actitudes de los hombres de armas que contemplaban el espectáculo. El relato de Gregorio de Tours sobre la unificación de los francos materializada por Clodoveo subraya que, prácticamente tras cada asesinato, los seguidores del cabecilla muerto se declaraban dispuestos a aliarse con Clodoveo. Y desde luego tenían verdadera posibilidad de elegir. Esto se aplica igualmente a todas las demás unificaciones. Los visigodos no surgieron solamente como consecuencia de las ambiciones de Alarico, sino también por la disposición que llevó a la mayoría de los tervingos y de los greutungos, además de a los seguidores derrotados de Radagaiso, a seguir por propia voluntad su estandarte. La coalición vándala, como hemos visto, nació cuando los vándalos silingos y los alanos decidie-

ron compartir la suerte de los hasdingos y los ostrogodos como consecuencia de las respuestas positivas suscitadas por los éxitos individuales obtenidos, a lo largo de dos generaciones, por Valamiro y Teodorico. En algunos de estos casos tenemos noticia de que hubo unos cuantos individuos que decidieron no adherirse a las nuevas alianzas. Por consiguiente, en vez de centrarnos únicamente en las luchas por la obtención del liderazgo, hemos de pensar en las decisiones que estaban tomando los hombres libres germanos, ya que esas decisiones convirtieron las habituales rivalidades por la primacía en un proceso de unificación política.[27]

Sabemos por la información disponible que el imperio romano desempeñó un papel crucial en este proceso a dos niveles. En primer lugar, y como máxima potencia militar de la época, el imperio había desarrollado, probado y demostrado a lo largo de los siglos la fiabilidad de una serie de métodos destinados a socavar incluso la independencia de los inmigrantes a los que daba la bienvenida. Al enfrentarse a un poderío semejante, al que se unía la imagen que tenía el imperio de sí mismo —la imagen de una sociedad superior a todas las demás—, muchos de los inmigrantes recién llegados a las tierras del imperio adquirían inmediatamente conciencia de que tenían muy buenas razones, fueran cuales fuesen sus divisiones pasadas, para unir sus fuerzas. Los tervingos y los greutungos cooperaban ya en el verano del año 376, cuando Valente había tratado de dividirlos y dominarlos al no permitir que penetraran en el imperio más que los tervingos. Quienes siguieron a Radagaiso y fueron vendidos como esclavos inmediatamente después de su derrota, o vieron cómo se hacía una matanza con sus mujeres e hijos en las ciudades italianas tras el asesinato de Estilicón, comprendieron rápidamente la lógica de adherirse al grupo de seguidores de Alarico. Y fue después de haber sufrido grandes derrotas cuando los vándalos silingos y los alanos se unieron a los vándalos hasdingos, precisamente para resistir con mayor eficacia las campañas que Constancio estaba organizando contra ellos. De modo similar, la aparición de los ostrogodos estuvo marcada por un inquietante episodio ocurrido en el verano del año 478, al tratar el emperador Zenón de conseguir que Teodorico el Amalo combatiese a los godos de la Tracia. El emperador fingió estar dispuesto a prestar una importante fuerza a Teodorico para que ésta le ayudase a derrotar a sus rivales, cuando lo que en realidad deseaba era que los dos contingentes godos se infligiesen mutuamente un grave daño, antes de enviar

un ejército imperial para acabar con ellos. Resultó que, a pesar de que los cabecillas de ambos grupos se llevaban terriblemente mal, los combatientes de a pie se negaron a luchar, ya que eran perfectamente conscientes de que Zenón tenía planeado extraviarles en el sendero de la mutua destrucción.[28]

En segundo lugar, el imperio romano controlaba una potente maquinaria de redistribución de impuestos. Este hecho era explotado por los godos y otros grupos que inducían al imperio —con mejor o peor disposición— a reconocerlos como aliados, o que le arrancaban trozos del pastel fiscal al privarle de territorios urbanos que generaban ingresos a fin de garantizarse la obtención de un nivel de ingresos que no era posible conseguir fuera del imperio. Pese a todos sus progresos económicos, el mundo germánico del siglo IV seguía siendo relativamente improductivo si se lo comparaba con el imperio. Como vimos en el capítulo 7, el oro no aparece con cierta abundancia más que en los enterramientos germanos de la época de Atila, ya que éste lo había obtenido por la fuerza del estado romano y en una cantidad sin precedentes. Para los aventureros, el estado romano, pese a constituir una amenaza para su existencia, representaba también una oportunidad de prosperar hasta entonces desconocida. Cuando se trataba de arrancarle riquezas por la fuerza, los grupos extranjeros capaces de movilizar grandes contingentes armados volvían a tener mejores oportunidades de alcanzar su objetivo. La dosis exacta en que se mezclaban el miedo y la previsión de las ganancias variaba, pero de un modo u otro, fue una fuerte combinación de ambas cosas lo que empujó a la unificación a todos estos emigrantes. No es nada irreal la afirmación de que para esos grupos, una vez que los hunos les hubieron obligado a cruzar la frontera en grandes masas, el estado romano se convirtió en su peor enemigo. Tanto su poderío militar como la complejidad de su sistema económico aceleraron el proceso por el que las riadas de recién llegados terminaron convirtiéndose en fuerzas cohesionadas capaces de constituir reinos propios en su mismo estado.

Partiendo de este argumento, creo yo, puede darse también un paso más. Si los hunos hubieran llegado en el siglo I d. C. en lugar de en el IV, y si hubieran obligado a cruzar la frontera romana al tipo de grupos germánicos que existían en aquella época, el resultado habría sido muy distinto. Dado que en el siglo I sus unidades políticas eran de menor tamaño, era poco probable que éstas lograsen configurar grandes alianzas, debido además a que el número de grupos germánicos necesario habría

resultado excesivamente elevado y a que sus integrantes tendrían que haberse embarcado en un proceso de reorganización cuya complejidad superaba sus posibilidades. Las tres o cuatro, o quizá la media docena, de unidades políticas que integraban cada uno de los grandes grupos del siglo V aportaban unos efectivos capaces de poner en pie una fuerza militar de unos veinte mil o treinta mil combatientes —lo que probablemente constituyera el mínimo para poder sobrevivir a largo plazo—. Para conseguir que ese número de soldados germánicos tuviese un mismo objetivo en el siglo I hubiera sido necesario unir quizá hasta a una docena de grupos rivales, y el consiguiente problema político habría sido enorme. Según me propongo argumentar, ésta es la razón de que los movimientos de los sármatas en el siglo I supusieran un impacto muy inferior al provocado por los hunos trescientos años después.

Las transformaciones que separan a la sociedad germánica del siglo IV de la del siglo I constituyen por tanto un factor crucial en el desarrollo de la caída del imperio de Occidente. ¿Pero qué fue lo que las provocó? ¿Cómo y por qué cambió tan radicalmente esa sociedad?

Las fuentes —todas ellas romanas, por supuesto— no nos proporcionan más que una pista para conocer la dinámica interna que actuaba en el seno de la sociedad germánica de esos siglos. Tanto Tácito en el siglo I como Amiano Marcelino en el IV mencionan que los diferentes grupos de germanos se enfrentaban en violentas luchas sin que hubiera intervención romana, y no hay razón para considerar que se tratase de algo excepcional. Fuera como fuese, en mi opinión la clave reside en las relaciones que existían entre Germania y el imperio romano, relaciones que se escalonaban en muchos planos —algunos de los cuales ya han sido abordados—. Sin tratar de juzgar implícitamente sus méritos relativos —no olvidemos que el imperio romano disponía de calefacción central pero no veía nada malo en dejar que los seres humanos fuesen devorados por las fieras para complacer a la multitud—, puede decirse que el mundo germánico era una sociedad relativamente simple situada en los límites de una más compleja. La gran proximidad geográfica de unas entidades tan dispares estaba abocada a promover precisamente el tipo de cambios que hemos observado en el mundo germánico.

La relación más obvia, una relación que ha concentrado buena parte de la atención de los arqueólogos, era económica, y las pruebas de la existencia de un importante intercambio económico entre las sociedades germánicas y el imperio romano resultan impresionantes. En un es-

tadio muy temprano de este período, los objetos de fabricación romana de gran calidad se convirtieron en un elemento característico de los ricos enterramientos del mundo germánico más remoto, alejado de la zona fronteriza. Dentro de la región próxima a la frontera, de unos doscientos kilómetros de anchura, otros productos romanos más corrientes eran parte esencial de la vida cotidiana. En la otra vertiente del intercambio, según sugieren las pruebas escritas, el imperio romano consumía grandes cantidades de materias primas en toda la extensión de su frontera. En una determinada fecha del siglo IV, el emperador Juliano recurrió al uso de tratados diplomáticos punitivos para arrancar madera, alimentos y fuerza de trabajo (ya fuese para servir como esclavos o como tropa de su ejército) a varios grupos alamanes. En otras ocasiones, se pagaba para obtener estos bienes y servicios. Durante siglos, las guarniciones fronterizas romanas habían actuado como centros promotores de la demanda para las economías germanas de las inmediaciones. Las exportaciones de productos perecederos que efectuaba el mundo germánico no son visibles para el examen arqueológico, pero no hay duda de que generaron la suficiente riqueza como para resultar importantes. Fuera de Germania operaba, por ejemplo, un gran comercio de esclavos. Ya en el siglo I d. C. los vecinos de Roma situados junto al Rin utilizaban monedas de plata romanas como medio de cambio, e incluso trescientos años después, cuando las relaciones entre el imperio y los tervingos eran ya más distantes, los centros de comercio seguían abiertos. También sabemos que era frecuente que los individuos que vivían al otro lado de la frontera se alistasen en el ejército romano para regresar después a casa con las gratificaciones recibidas al quedar licenciados.[29]

En tiempos de Cristo, el mundo germánico funcionaba prácticamente como una economía de subsistencia. En líneas generales, fueron dos los efectos de los cuatrocientos años de comercio posteriores. En primer lugar, y proveniente de la frontera romana, la riqueza penetró en Germania en formas nuevas y en cantidades sin precedentes. Los vínculos económicos con Roma redundaron en beneficios inauditos para todos, de los mercaderes de esclavos a los agricultores que vendían comida a las tropas de guarnición romanas. Por consiguiente, y por primera vez, hubo en circulación el dinero suficiente como para producir auténticas diferencias de riqueza. En segundo lugar, los nuevos intercambios económicos —y esto es más importante que el mero hecho de la riqueza— desembocaron en cambios sociopolíticos, ya que había grupos con-

cretos que pugnaban por el control de las nuevas riquezas que circulaban por la frontera. En el año 50 d. C., el rey Vanio de los marcomanos, cuyo reino estaba situado junto al Danubio, en lo que hoy es la República Checa, fue expulsado por un grupo de aventureros con iniciativa que venían del centro y el norte de Polonia. Tal como nos dice Tácito,[30] estos aventureros se habían desplazado hacia el sur para reclamar su parte en la riqueza que había amasado Vanio mediante el comercio a lo largo de un reinado de treinta años. Tal como ocurrió con la mafia y la ley seca, el nuevo caudal de riqueza suscitó luchas hasta que se zanjaron las discusiones y todas las partes aceptaron que la vigente distribución de los porcentajes era reflejo del equilibrio de poder que se había instalado. Por lo general no sabemos nada, desde luego, de la organización de los vínculos comerciales en Germania, como tampoco sabemos quién estaba obteniendo allí beneficios ni en qué consistían éstos, ya que en Germania nadie sabía leer ni escribir. Sin embargo, en los últimos años, los arqueólogos polacos que investigan las estribaciones septentrionales de la ruta del ámbar —por la que, en época romana, viajaba esta piedra semipreciosa desde las costas del Báltico hasta los talleres del Mediterráneo— han descubierto una serie de calzadas y de puentes. Los procesos de datación mediante el carbono y los anillos de los árboles señalan que los hallazgos pertenecen a los primeros siglos posteriores a Cristo, y muestran que fueron reparados durante más de doscientos años. Por consiguiente, había alguien en el norte de Polonia que estaba sacando el suficiente dinero con el porcentaje que obtenía de la venta del ámbar como para tener un montón de problemas. Es también bastante fácil de adivinar que la mayor parte de ese dinero no iba a parar a los que talaban los árboles e hincaban los troncos en las ciénagas. La organización y el control de los intercambios comerciales condujo con toda naturalidad a una mayor diferenciación social, a medida que determinados grupos de la sociedad germánica fueron intentando hacerse con los beneficios.[31]

Las relaciones militares y diplomáticas empujaron a la sociedad germana en la misma dirección. Durante los primeros veinte años del siglo I d. C. las legiones de Roma trataron de conquistar a sus nuevos vecinos del este y del norte. La actitud del imperio en esa época fue abiertamente predadora, y los germanos respondieron como era de esperar. La primera coalición política significativa de la que tenemos noticia en la región del Rin fue puesta en pie por Arminio, y su objetivo fue luchar contra la intrusión romana. Esa coalición obtuvo una gran victoria sobre

las legiones de Varo, pero después fue incapaz de mantenerse unida. Durante los tres siglos siguientes, como vimos en el capítulo 2, la política aplicada por Roma a los vecinos germanos que vivían en un radio de acción de unos cien kilómetros de la frontera incluyó campañas de castigo, quizás una cada generación, y estas campañas constituían la base de los acuerdos de paz que mediaban entre una otra. En otras palabras, cuatro veces por siglo las legiones romanas invadían estas fajas de tierra, aniquilándolo todo y a todos cuantos no se sometieran a ellos. Por consiguiente, no resulta sorprendente que encontremos aquí una corriente de resistencia. Para empezar, los godos tervingos no querían abrazar la religión cristiana del emperador Constancio II, y durante tres años, guiados por Atanarico, desarrollaron con éxito una operación de contención a fin de evitar verse obligados a proporcionar contingentes militares para las guerras que Roma libraba contra Persia. Hay buenas razones para suponer que el deseo de quedar libres de los peores excesos del imperialismo romano tuvo mucho que ver con la evolución de las estructuras sociales, cuyo mayor tamaño es característico del siglo IV, y para pensar que esto, a su vez, hizo posible las nuevas coaliciones bárbaras que se constituyeron en suelo romano durante el siglo V.

No se trata, por supuesto, de sostener que la violencia fuese unilateral. Quienes lograran organizar con éxito incursiones al otro lado de la frontera (las provincias fronterizas se desarrollaban económicamente a un ritmo aún mayor que el de sus vecinas germanas) podían obtener un rico botín. De hecho, esto constituía un nuevo estímulo para el amalgamamiento político, ya que, en términos generales, cuanto mayor fuera el grupo que realizara la incursión, mayores serían sus posibilidades de éxito. Y en la frontera, como sabemos, las incursiones fueron una constante en las relaciones entre romanos y germanos a lo largo de toda la época imperial. De los veinticuatro años (354 a 378) que abarca la crónica de Amiano Marcelino, las perturbaciones causadas por los alamanes en la frontera del Rin abarcan un período no inferior a catorce. En mi opinión, tampoco es un accidente que los más poderosos reyes alamanes del siglo IV, como Chonodomario, derrotado por el emperador Juliano en Estrasburgo en el año 357, tendiesen a participar en las guerras de pillaje que se libraban al otro lado de la frontera. El prestigio y la riqueza obtenidos con este tipo de actividad constituían una parte esencial de las tareas que debían realizar para conservar su posición. Por tanto, ya fuese con vistas a luchar contra la agresión romana, o con intención de sa-

car provecho de las riquezas de Roma, la coalición era la ruta que más posibilidades tenía de conducir al éxito. Los ajustes internos puestos en marcha tanto por los aspectos positivos como por los negativos de la relación entre romanos y germanos empujó a la sociedad germánica a formar grupos de mayor tamaño y cohesión. La motivación que hizo nacer las nuevas coaliciones que aparecieron en la Germania occidental a principios del siglo III quizás estuviera basada en el miedo o tal vez residiera fundamentalmente en la previsión de beneficios, pero en ambos casos es evidente que el poderío y la riqueza del imperio romano centraban todas las ambiciones.

Una vez constituidas estas poderosas coaliciones, las prácticas diplomáticas romanas tendieron a favorecer el proceso. Una de las tácticas contrastadas y fiables consistía en abordar a un dirigente que estuviera dispuesto a ayudar al mantenimiento de la paz y tratar después de aumentar el control que éste ejercía sobre sus vasallos proporcionándole ayuda exterior dirigida a objetivos concretos, a lo que con mucha frecuencia se añadía la concesión de privilegios comerciales. Los obsequios anuales fueron una característica de la política exterior romana desde los primeros siglos posteriores a Cristo. Sin embargo, siempre había una cierta ambigüedad en estas relaciones: los reyes favorecidos debían responder a las exigencias de sus propios seguidores, así como a las de sus nuevos patrocinadores imperiales. Más de un rey de los alamanes se vio forzado por sus partidarios a elegir entre unirse a la rebelión de Chonodomario o a enfrentarse a su destronamiento.[32] Era inevitable que los cabecillas capaces de suscitar la generosidad romana tuviesen más probabilidades de reunir a un gran número de seguidores.

El armamento romano también desempeñó su papel. No está claro cómo se llevaba a cabo el comercio de armas, pero en los yacimientos arqueológicos de las turberas danesas se han encontrado más armas romanas que en ningún otro lugar de Europa.[33] Sólo podemos concluir que este particular tipo de pertrechos romanos era utilizado en los conflictos locales que estallaban en zonas muy alejadas de la frontera. Tras haberse hecho con el control de nuevas fuentes de riqueza y de éxito gracias a sus incursiones organizadas, tras obtener del imperio el espaldarazo de la legitimación y otras formas de apoyo, y tras haber adquirido un armamento romano de buena calidad, las dinastías germánicas en alza se encontraban ahora en posición de ampliar su poder por medios menos pacíficos que los utilizados hasta entonces. Sus energías se orientaron en

parte a Roma, pero la feroz rivalidad existente entre las tribus germánicas también debió de haber desempeñado un papel en la constitución de los grupos de mayor tamaño que se observan en el mundo germánico. Amiano menciona que los burgundios estaban dispuestos a que se les pagase por atacar a los alamanes, por ejemplo, y añade que un destacado rey de los alamanes, Macriano, encontró la muerte en territorio franco al fracasar uno de los ataques de una guerra de expansión local.[34] A lo largo de los siglos, debió de haberse producido un gran número de guerras de este tipo. Hemos de pensar, por tanto, que, a medida que las sociedades locales comenzaron a reaccionar a su manera a los peligros y a las oportunidades generadas por su abrumadora presencia, el imperio romano se encontró con un montón de circunstancias imprevistas en el otro lado de la frontera. Cuando la amalgama de grupos y subgrupos que había venido gestándose durante tanto tiempo al otro lado de las fronteras romanas empezó a interactuar con la conmoción exógena que constituyó la llegada de los hunos, los enormes grupos que habrían de despedazar al imperio de Occidente hicieron su aparición.

Yo sospecho que en el tipo de dominación que ejercen los imperios hay una tendencia intrínseca a generar una reacción opuesta por la que los dominados, al final, consiguen zafarse de sus cadenas.[35] Por consiguiente, el hecho de que el imperio romano hubiera sembrado las semillas de su propia destrucción no fue el resultado de unas debilidades internas que se hubiesen ido desarrollando a lo largo de los siglos, ni un producto de la acentuación de otras debilidades nuevas, sino una consecuencia de sus relaciones con el mundo germánico. Del mismo modo que los sasánidas habían sido capaces de reorganizar la sociedad de Oriente Próximo para sacudirse la dominación romana, la sociedad germánica consiguió lo mismo en Occidente cuando su choque con el poderío huno hizo que el proceso se precipitara y adquiriera una velocidad mucho mayor de la que habría tenido en otro caso. El estado occidental romano no cedió bajo el peso de su «formidable edificio», sino abrumado por el hecho de que sus vecinos germanos hubieran respondido a su poder de un modo que nunca habría podido prever. Hay en todo esto un desenlace reconfortante. Debido a sus ilimitadas agresiones, el imperialismo romano fue en último término responsable de su propia destrucción.

Los protagonistas

Acaziros: Grupo nómada que ocupaba un territorio situado al norte del mar Negro y sometido a la hegemonía de Atila a finales de la década de 440. Su estructura política estaba compuesta por una serie de reyes jerarquizados y probablemente fuera similar a la que tenían los hunos antes de la revolución operada por la dinastía de Rúas y Atila.

Aecio: General en jefe, patricio y eminencia gris que poseyó el control del imperio de Occidente entre los años 433 y 454, fecha en que fue asesinado por Valentiniano III. Comprendió la necesidad de contar con una potencia exterior, la huna, para sujetar a los grupos inmigrantes que habían irrumpido en el imperio de Occidente entre los años 405 y 408. En el corto plazo obtuvo considerables éxitos militares, pero si su estrategia se vio debilitada por el ataque de Atila en la década de 440, su posición política decayó con el hundimiento del imperio huno, sobrevenido tras la muerte de Atila.

Alamanes: Confederación de grupos de habla germánica que ocupaba las tierras situadas frente a la región en la que el imperio romano hacía frontera con el alto Rin en el siglo IV. Entre ellos gobernaban siempre varios reyes simultáneamente. Cada uno de ellos poseía sus propios cantones y transfería su poder mediante sucesión hereditaria, pero cada generación política proclamaba también un monarca supremo de carácter no hereditario y con poder sobre todos los demás.

Alanos: Nombre colectivo de una serie de nómadas de habla irania que en el siglo IV ocupaban las tierras situadas al norte del mar Negro y al este del río Don. Durante la crisis generada por los hunos, algunos de ellos fueron rápidamente conquistados y continuaron perteneciendo al imperio huno hasta después de la muerte de Atila. Otros huyeron al oeste, a territorio romano, y pasaron a formar parte de la cúpula militar del imperio de Occidente. Un gran grupo participó en la invasión que cruzó el Rin en el año 406, y, tras sufrir graves derrotas a finales de la década de 410, se unió a la confederación formada por los vándalos y los alanos que acabó desplazándose al norte de África y apoderándose de Cartago en el año 439.

Alarico: Rey (visi)godo (395-411). Cabecilla, en el año 395, de una revuelta organizada por los godos tervingos y greutungos que habían penetrado en el imperio en el año 376 y que habían acordado el tratado del año 382 con el emperador Teodosio I. Constituyó un nuevo gran grupo visigodo al unir definitivamente a estos dos grupos con un tercero, el de los supervivientes del ataque lanzado contra Italia por Radagaiso en los años 405-406. También sacó a sus godos de los Balcanes y los condujo hacia el oeste en busca de un arreglo político con el estado romano. Murió tras el saqueo de Roma en el año 410, pero antes de poder encontrar un asentamiento duradero.

Alateo: Cabecilla, junto con Sáfrax, de los godos greutungos que atravesaron el Danubio en el año 376. Desapareció, probablemente muerto, en la época en que se pactó el tratado del año 382.

Amiano Marcelino: Historiador tardorromano de cuya obra ha llegado hasta nosotros una parte que abarca los años 354 a 378. Es una fuente clave para el estudio del funcionamiento del imperio romano tardío y del principio de la crisis huna, hasta la batalla de Andrinópolis en el año 378.

Antemio: General del imperio de Oriente que hubo de hacer frente a las consecuencias de la caída del imperio de Atila y que más tarde se convirtió en emperador de Occidente (467-472). En el año 468 se efectuó, impulsado por él, el último intento de reconquistar el norte de África, en manos de los vándalos, y de infundir nueva vida al imperio de Occidente. Al fracasar, los últimos mimbres del imperio quedaron rápidamente desbaratados.

Arcadio: Emperador de Oriente (395-408). Hijo de Teodosio I, fue más rey que gobernante. Al final, Alarico no consiguió llegar a un acuerdo con quienes gobernaban el imperio de Oriente en su nombre y marchó sobre Italia.

Arminio (Hermann —«el germano»): Cabecilla de los queruscos de habla germana de la región situada en la frontera septentrional del Rin que organizó la confederación temporal que aniquiló al ejército romano de Varo en la batalla del bosque de Teutoburgo, en el año 9 d. C. Se le considera erróneamente uno de los primeros nacionalistas alemanes.

Aspar: General del imperio de Oriente responsable de haber sentado en el trono de Occidente a Valentiniano III y de haber obligado a Giserico a aceptar un primer tratado con el estado romano de Occidente en el año 437. A partir de 457, después de la muerte del emperador de Oriente, Marciano, ejerció a la sombra del trono un notable poder en Constantinopla.

Atalo, Prisco: Senador romano y usurpador del imperio de Occidente elevado dos veces a la púrpura por caudillos visigodos: Alarico en Italia en los años 409-410 y Ataulfo en la Galia en los años 413-414.

Atanarico: Dirigente («juez») de los godos tervingos que ocupaban las tierras de Moldavia y Valaquia a mediados del siglo IV. Rechazó con éxito el intento que llevó al emperador de Oriente, Valente (367-369), a tratar de obtener un dominio total sobre su territorio, y negoció un tratado menos oneroso que el im-

puesto por Constantino en el año 332. Perdió la confianza de sus seguidores en el año 376, fecha en la que éstos se negaron a poner en práctica las medidas que había dispuesto para hacer frente a la crisis provocada por los hunos (*véase también* Fritigerno).

Ataulfo: Gobernante visigodo (411-415). Cuñado y sucesor de Alarico. Trasladó a los visigodos desde Italia hasta el sur de la Galia, donde adoptó varias estratagemas, entre ellas la de casarse con Gala Placidia, hermana del emperador de Occidente, Honorio, para obligar al imperio a llegar a un acuerdo político que resultara ventajoso para sus godos. Pecó de excesiva ambición al valorar lo que podía arrancar al imperio, y al final fue asesinado por ello, al crecer el resentimiento generado por la escasez de víveres derivada del bloqueo romano.

Atila: Rey de los hunos (*c.* 440-453). Tras heredar de su tío Rúas una posición de primacía sobre los hunos y sus pueblos vasallos, gobernó al principio con su hermano Bleda. Fue el responsable de que los hunos aplicaran una política de rotunda agresión contra el imperio romano. Desencadenó grandes ataques contra Oriente en los años 441 a 442 y 447, y contra Occidente en 451 y 452. Eliminó a su hermano en el año 445, y entre los años 448 y 449 recibió a la embajada romana de Oriente en la que viajaba el historiador Prisco. El imperio huno se derrumbó tras su muerte (*véase* Dindzico).

Augusto: Primer emperador romano (27 a. C.-14 d. C.). Su título le fue concedido por decreto senatorial en el año 27 a. C. Fue el sucesor de Julio César y, al morir éste asesinado en el año 44 a. C., tomó rápidamente las riendas del poder en sus manos (entre 44 y 27 a. C. se le conoce habitualmente por su nombre propio: Octavio).

Ausonio: Profesor de retórica de la Universidad de Burdeos que accedió al cargo de tutor del joven emperador Graciano en la década de 360, y que después, sobre todo en tiempos del gobierno de Graciano, a partir del año 375, ascendió hasta alcanzar una posición destacada en la corte. Era corresponsal de Símaco y compuso el poema titulado *Mosela*, que era en parte una respuesta a la actitud que este último había adoptado en la región fronteriza del Rin durante la temporada que pasó en esa comarca, entre los años 369 y 370.

Bigelis: Cabecilla godo de un grupo de antiguos vasallos de los hunos que invadió la zona oriental de los Balcanes romanos a mediados de la década de 460, mientras el imperio huno se derrumbaba y se extinguía.

Bleda: *véase* Atila.

Bonifacio: General en jefe de las fuerzas romanas del norte de África en la época de la invasión de Giserico. Las fuentes de época posterior le acusan erróneamente de haber invitado a los vándalos a cruzar el Mediterráneo desde Hispania. Después del año 425, también compitió con Aecio por el control del joven emperador occidental, Valentiniano III. Murió luchando contra Aecio en Italia en el año 433.

Burgundios: Grupo de habla germana que ocupaba las tierras situadas al este de las habitadas por los alamanes en el siglo IV. Empujados por la conmoción provocada por la invasión que cruzó el Rin en el año 406, se desplazaron al oeste, a territorios situados directamente a orillas del Rin, en los alrededores de Mainz, Espira y Worms (hacia el año 411). A mediados de la década de 430 los hunos les infligieron un brutal castigo por orden de Aecio e inmediatamente después establecieron un nuevo asentamiento en torno al lago de Ginebra. Tras la muerte de Aecio ampliaron hacia el sur la región del valle del Ródano que se hallaba sujeta a su control, con lo que surgió uno de los reinos sucesores del imperio romano de Occidente. Si lo comparamos con el de los visigodos, los francos y los ostrogodos, este reino era una potencia de segundo orden.

Carpos: Grupo de habla dacia no sometido al control romano que en el siglo III ocupaba las tierras situadas en torno a la cadena de los Cárpatos. Muchos de sus miembros se trasladaron al interior del imperio romano y otros fueron conquistados tras el ascenso que experimentó el poderío godo en la región a finales del siglo III y principios del IV.

Casiodoro: Senador romano y alto funcionario administrativo de los reyes ostrogodos de Italia en los años 522 a 523 y 540. Escribió una historia de los godos que, de forma indirecta, es una de las fuentes clave sobre el hundimiento del imperio huno (*véase también* Jordanes).

Celtas: Nombre colectivo dado a una serie de grupos que hablaban lenguas emparentadas y que en los últimos siglos anteriores a Cristo dominaron el norte de Italia, la Galia y las islas británicas, junto con buena parte de la península Ibérica y de la Europa central. Al expandirse el imperio romano, muchos quedaron integrados en él, entre otras razones porque la economía relativamente desarrollada de estos grupos ofrecía una compensación razonable al coste de la conquista.

Childerico: Cabecilla de un grupo de francos salios que ejerció el poder en la época en que el imperio de Occidente se iba deshaciendo y acercándose a su fin. Actuó al oeste del Rin, así como en los tradicionales territorios francos situados al este del río y, al morir en el año 482, controlaba la antigua provincia romana de la Bélgica II, cuya capital era Tournai. Es posible que también disfrutara de una posición de primacía sobre otros caudillos francos, pero en realidad fue su hijo quien materializó la unificación franca (*véase* Clodoveo).

Chonodomario: Destacado monarca supremo de los alamanes en la década de 350. Contaba con un séquito personal compuesto por trescientos hombres de armas. Su poder terminó en el año 357, al ser derrotado por el emperador Juliano en la batalla de Estrasburgo.

Clodoveo: Rey de los francos salios (482-511). Instauró el reino franco aprovechando las consecuencias del desmoronamiento romano. A su muerte, el reino franco abarcaba todo lo que hoy es Francia, excepto su costa mediterránea, junto con Bélgica y una parte importante de los territorios situados al este del Rin.

El nuevo reino fue el resultado de las victorias obtenidas sobre los restos del ejército romano del Rin (*véase* Egidio), así como sobre los bretones, los alamanes, los turingos y los visigodos. Fue igualmente consecuencia de un proceso de centralización que llevó a Clodoveo a eliminar a una serie de cabecillas de las hordas guerreras francas, uniendo tras su estandarte, en todos los casos, a los seguidores de los vencidos.

Constancio II: Emperador romano (337-361). Considerado por Amiano Marcelino el perfecto emperador para actos de ceremonia, se esforzó en encontrar modos de compartir el poder, pese a lo cual su reino es la muestra de que un solo hombre no es capaz de atender todo cuanto sucede entre el Rin y Mesopotamia. Hizo avanzar notablemente la cristianización.

Constancio, Flavio: General de Occidente que reconstruyó esa mitad del imperio tras el caos generado por la crisis de los años 405 a 408. En 411 y 413 derrotó a los usurpadores, hacia el año 416 metió en cintura a los visigodos y después organizó con ellos campañas de éxito contra los invasores que habían cruzado el Rin y que ahora se encontraban en Hispania (entre 416 y 418). Logró una posición preeminente en la corte al casarse con Gala Placidia, hermana del emperador Honorio. Tras un breve período en 421 en el que él mismo vistió la púrpura, murió ese mismo año sin lograr que Constantinopla le reconociera la dignidad de emperador.

Constantino I: Emperador romano (306-337). Salió victorioso de las guerras que desbarataron la tetrarquía (*véase* Diocleciano) y gobernó la totalidad del imperio a partir del año 324, aunque compartió el poder con sus hijos. Pacificó las regiones fronterizas del Rin y del Danubio e impuso en buena medida la dominación romana a grupos como el de los tervingos (*véase* Atanarico). Culminó muchas de las reformas militares y administrativas que permitieron al imperio salir al paso del ascenso de Persia a la condición de superpotencia, e inició el proceso por el que el cristianismo habría de convertirse en un componente cultural clave del mundo del período romano tardío.

Constantino III: Usurpador (406-411) que extendió rápidamente su poder desde Britania a toda la Galia e incluso a los límites de Hispania e Italia. Logró reunir apoyos porque dio una respuesta coherente a los invasores del Rin del año 406, y amenazó incluso con suplantar al emperador Honorio antes de caer víctima de Flavio Constancio, que había logrado que el imperio se rehiciera.

Constantino VII Porfirogenetos: Emperador bizantino (911-957). Testaferro que dedicó su tiempo libre a realizar un proyecto consistente en salvar el legado clásico de Bizancio mediante la reunión de extractos, en más de cincuenta volúmenes y con distintos epígrafes, de las obras de los autores antiguos. Pocos de esos extractos han llegado hasta nosotros, pero sus *Excerpts concerning Embassies* recogieron muchos pasajes de la historia de Prisco, pasajes que son cruciales para conocer a Atila y a los hunos.

Cuados: Tribu de habla germánica que ocupó en época romana las tierras situadas en las estribaciones noroccidentales de la gran llanura húngara. Aportó soldados a los suevos que cruzaron el Rin en compañía de los vándalos y los alanos en el año 406.

Dindzico: Hijo de Atila y gobernante de una parte de los hunos entre 453 y 469, año en que murió. Presenció el derrumbamiento del imperio de su padre y vio cómo los pueblos vasallos se sacudían el dominio huno. Al final trató de labrarse un nuevo feudo al sur del Danubio, en la zona oriental del territorio romano. Fue derrotado y muerto.

Diocleciano: Emperador romano (285-307). Responsable de muchas de las reformas, sobre todo económicas, que permitieron al imperio sostener la ampliación del ejército que resultaba necesaria para recuperar la paridad de fuerzas con la Persia sasánida. También hizo la prueba de llegar a un acuerdo para que dos grandes emperadores y otros dos de menor autoridad compartieran el poder, configurando así la tetrarquía. Este sistema dio resultado mientras vivió, pero después causó casi veinte años de guerras civiles.

Edica: Principal hombre de confianza de Atila que después dio un giro a su vida y se convirtió en rey de los esciros cuando estos últimos reafirmaron su independencia tras la muerte del huno. Llegó al trono por matrimonio y sus antepasados eran turingos o hunos (o ambas cosas). Fue muerto en la década de 460, cuando los ostrogodos pusieron fin a la independencia escira. En fecha anterior, y sin que lo supiese Prisco, con quien regresaba a su patria, los romanos de Oriente habían tratado de sobornarle —mientras se hallaba en Constantinopla como miembro de una embajada— para que asesinara a Atila.

Egidio: General en jefe de las fuerzas romanas de la Galia en tiempos del emperador Mayoriano, a principios de la década de 460. Tras el asesinato de Mayoriano, Egidio se sublevó y su autoridad se convirtió en la base de un feudo independiente situado en la misma frontera del Rin y detrás de ella. Este feudo conservó su independencia hasta que fue conquistado por el rey franco Clodoveo a mediados de la década de 480.

Ellac: Hijo de Atila y jefe de una parte de los hunos tras morir su padre en el año 453. Resultó muerto en la batalla de Nedao (454?), tras lo cual los pueblos que habían sido vasallos de su padre, la mayoría de ellos germánicos, comenzaron a afirmar su independencia.

Esciros: Grupo de habla germánica que probablemente surgió de algún modo como consecuencia de la expansión que en el siglo III llevó a los germanos a la región del mar Negro en compañía de los godos. En ese momento hubo al menos dos grupos distintos de esciros que fueron conquistados por los hunos. Uno de ellos formaba parte del grupo de seguidores con los que contaba Uldino entre los años 408 y 409, y posteriormente sus miembros, tras la derrota de éste, se asentaron en suelo romano. Los integrantes del segundo volvieron a establecer, por un breve período, un reino independiente en el Danubio medio al

hundirse el imperio huno. Su rey fue Edica y fueron aniquilados por los ostrogodos en la década de 460. El hijo de Edica, Odoacro, junto con otros refugiados, huyó a Italia, que aún seguía siendo romana.

Estilicón: General al mando del imperio de Occidente entre los años 395 y 408. Era miembro de la segunda generación de descendientes de un general romano de origen vándalo y ascendió en la corte oriental hasta hacerse con el control del oeste tras la súbita muerte del emperador Teodosio I, momento en el que pasó a gobernar en nombre de su joven hijo Honorio. Al principio trató de unir al este y al oeste, pero abandonó esas ambiciones hacia el año 400. Después de esa fecha hubo de concentrarse en conservar el poder, ya que se vio obligado a hacer frente a dos ataques distintos lanzados contra Italia: el de Alarico en los años 401 y 402, y el de Radagaiso en el período 405-406. Estilicón capeó ambos temporales, pero fue incapaz de hallar una respuesta a la desorganización provocada por la invasión del Rin del año 406 y a las usurpaciones que esa invasión generó como respuesta en Britania y la Galia (*véase* Constantino III). Honorio dejó de confiar en él cuando Alarico volvió a presentarse en las estribaciones de Italia en los años 407-408, y fue depuesto a consecuencia de un golpe de estado organizado por Olimpio. Prefirió aceptar la destitución y la muerte a luchar para sobrevivir.

Eudocia: Hija mayor del emperador Valentiniano III. Fue prometida en matrimonio a Hunerico, primogénito del rey vándalo Giserico, en cumplimiento de una de las cláusulas del tratado acordado entre este último y Aecio en el año 442. Terminó casándose con él después del año 455, fecha en que los vándalos se la llevaron consigo de vuelta a Cartago tras el saqueo de Roma.*

Eunapio: Historiador tardorromano de finales del siglo IV y principios del V. Una parte de sus textos ha llegado hasta nosotros en forma de fragmentos y otra parte por haber sido utilizada por el historiador del siglo VI, Zósimo.

Eurico: Rey de los visigodos (466-484). Asesinó a su hermano Teodoredo II para hacerse con el poder y adoptar una nueva política: la de establecer un reino visigodo enteramente independiente de cualquier residuo del imperio romano de Occidente. Tras la derrota de la expedición vándala del año 468, lanzó varias campañas de amplio alcance, y para el año 476 ya había logrado extender su reino hasta el Loira y la ciudad de Arles en la Galia, y hasta la costa meridional de la península Ibérica.

Focio: Bibliófilo bizantino del siglo IX que además fue (brevemente) patriarca de Constantinopla. Su pormenorizada descripción de su formidable biblioteca (en la obra titulada la *Bibliotheca*) es una importante fuente de información sobre muchos de los textos en los que se basa nuestro conocimiento del mundo tardorromano.

* No debe confundirse con Eudoxia, hija de Teodosio II, esposa de Valentiniano III y madre de Eudocia y Gala Placidia. (*N. de los t.*; véase el índice analítico.)

Francos: Nombre colectivo de varios grupos de habla germánica que en el siglo IV ocupaban las tierras del imperio romano situadas frente a la región fronteriza del bajo Rin. Estaban claramente compuestos por varios grupos de menor tamaño, alguno de los cuales (como el de los brúcteros) parece haber tenido una historia ininterrumpida que se remonta hasta el siglo I. Los francos no aparecen demasiado en la historia de Amiano, así que no está claro si tenían una estructura política confederada como la de sus contemporáneos, los alamanes. Sólo a finales del siglo V, tras el desplome del imperio romano, surgió entre ellos una verdadera unidad política (*véase* Clodoveo).

Fritigerno: Jefe de los tervingos que, acosados por los hunos, se presentaron en el Danubio en el año 376 para pedir asilo en el interior del imperio romano. Más tarde trató de ser reconocido como caudillo de todos los godos —tervingos y greutungos— que habían penetrado en el imperio en el año 376, pero, a pesar de salir victorioso en Andrinópolis, no sobrevivió a la guerra para poder participar en el acuerdo de paz del año 382.

Gala Placidia: Era hermana del emperador Honorio y fue capturada por Alarico en el saqueo de Roma que realizaron los godos en el año 410. Más tarde se casó con el sucesor de Alarico, Ataulfo, aunque el matrimonio era parte de la estrategia de éste para introducirse (junto con sus seguidores godos) en el corazón del imperio. Al final fue devuelta a su hermano tras la muerte de su marido y de uno de sus hijos, casándose después con Flavio Constancio. Tras la muerte de éste, sus energías se centraron en salvaguardar los intereses de su hijo, Valentiniano III. Desempeñó un papel clave, debido a que en el año 425 persuadió a Teodosio de que elevara al joven Valentiniano al trono de Occidente y a que después trató de equilibrar la influencia que ejercían en la corte sus enfrentados generales. Al final el plan falló porque a partir del año 433 Aecio alcanzó la primacía en Occidente.

Gépidas: Pueblo de habla germánica súbdito del imperio huno de Atila. Con su revuelta y su victoria en la batalla de Nedao iniciaron el proceso que condujo al hundimiento huno. Tras las guerras libradas en las décadas de 450 y 460 quedaron en posesión de un reino en Transilvania y de la parte oriental de la gran llanura húngara, en particular de su zona nororiental.

Germanos: Nombre colectivo de una serie de grupos que hablaban lenguas emparentadas y que en los últimos siglos anteriores a Cristo dominaron gran parte de las tierras del norte y del centro de Europa situadas entre el Rin y el Vístula por un lado, y los Cárpatos y el Báltico por otro. No quedaron integrados en su mayoría en el expansionista imperio romano de la época situada a caballo del nacimiento de Cristo debido a que entre ellos predominaba una economía relativamente subdesarrollada. Los primeros cuatro siglos posteriores a Cristo asistieron a profundas transformaciones en sus estructuras socioeconómicas y políticas, y fueron igualmente testigos de la enorme expansión de sus cifras demográficas.

Giserico: Rey de la coalición de los vándalos y los alanos (428-479). Accedió al poder en Hispania, pero pronto decidió que el norte de África ofrecía a sus seguidores una mayor seguridad. Cruzó el estrecho hasta Tánger en mayo de 429 y condujo a sus seguidores al oeste. Tras muchas luchas, un primer tratado les concedió en el año 437 un asentamiento en Mauritania y Numidia. En septiembre de 439, tomó Cartago por asalto y al final, en un segundo tratado alcanzado en el año 442, logró arrancar al imperio el reconocimiento de que había conquistado las provincias más ricas del norte de África. Saqueó Roma en el año 455, después de que la usurpación de Petronio Máximo frustrara el matrimonio concertado entre su hijo Hunerico y Eudocia. Sobrevivió a dos formidables expediciones que el imperio de Occidente organizó para reconquistar su reino en los años 461 y 468, y posteriormente, en el año 473, pudo negociar con Constantinopla un acuerdo de paz definitivo.

Godos: Grupo de habla germánica del que se tiene noticia por primera vez en el siglo I d. C. y que habitaba el norte de Polonia. A finales del siglo II y principios del III, todas las unidades políticas originales se fragmentaron y los godos, disgregados en un buen número de grupos distintos, comenzaron una actividad migratoria que los condujo hasta la región septentrional del mar Negro (las modernas Ucrania y Moldavia). Una vez allí, instauraron unos cuantos reinos nuevos (*véanse* las entradas correspondientes a los tervingos y a los greutungos) que a su vez quedaron destruidos a finales del siglo IV, como consecuencia de la agitación causada por el ascenso del poderío huno. Varios grupos godos anteriormente separados se reunieron entonces, en el siglo V, para dar origen a dos grandes grupos nuevos de tamaño muy superior (*véanse* las entradas correspondientes a los ostrogodos y a los visigodos).

Graciano: Emperador de Occidente (375-383). Hijo del emperador Valentiniano I, se hizo responsable de la dirección global de la campaña lanzada contra los godos tras la muerte de su tío Valente en Andrinópolis, en el año 378. Esto incluyó la elevación de Teodosio I a la púrpura y el sometimiento de los godos tras la derrota de este último en el verano del año 380.

Gregorio, obispo de Tours: Historiador de finales del siglo VI que escribió la crónica del reino franco. Su obra contiene datos únicos sobre el reinado de Clodoveo, así como importantes extractos del trabajo perdido de un historiador romano del siglo V llamado Renato Frigiderio que estaba bien informado sobre la época de Aecio.

Greutungos: Se trata, bien de un nombre colectivo (lo más probable, en mi opinión) dado a una serie de reinos godos independientes establecidos en lo que hoy es Ucrania, al este del río Dniéster, antes del año 375, bien de la denominación de un enorme imperio godo que se extendía desde el Dniéster hasta el Don y que se fragmentó al verse frente a la agresión huna. Un grupo de greutungos se presentó en el Danubio en el año 376, capitaneado por Alateo y Sáfrax. Participaron en la batalla de Andrinópolis y probablemente también en el

tratado de paz del año 382. Al final formaron parte del nuevo gran grupo godo de Alarico: los visigodos. Otro grupo de greutungos llegó al Danubio en el año 386, pero sufrió una severa derrota y los supervivientes fueron reinstalados en el Asia Menor. No está claro si estos dos grupos de greutungos habían formado parte o no de la misma unidad política antes de la llegada de los hunos.

Gundobaldo: Rey de los burgundios (473/474-516). Hizo la carrera militar romana en Italia, en época de Ricimero, y después regresó al valle del Ródano para reclamar su parte (junto con tres hermanos) en el reino sucesor burgundio que afloró al descomponerse definitivamente el imperio de Occidente.

Heracliano: General al mando de las fuerzas del norte de África *c.* 410. Antagonista de Estilicón, pero leal a Honorio. Proporcionó fondos para sostener al emperador en sus horas más oscuras, y después invadió Italia en el año 413, bien para hacerse él mismo con el poder imperial, bien para frenar la creciente influencia de Flavio Constancio. Fue derrotado, y posteriormente asesinado al regresar a Cartago.

Hernac: Hijo de Atila y gobernante de una parte de los hunos después del año 453. Asistió al derrumbamiento del imperio de su padre y vio cómo los pueblos vasallos se sacudían el dominio huno. Al final trató de conseguir un nuevo feudo al sur del Danubio, en la zona oriental del territorio romano. A diferencia de su hermano Dindzico, terminó llegando a un arreglo con el imperio y se instaló, junto con sus seguidores, en Dobruja.

Hérulos: Grupo de habla germánica que procedía originalmente del norte de la Europa central. Algunos de sus miembros emigraron en el siglo III a regiones situadas al norte del mar Negro en compañía de grupos de godos y de otras tribus. Se convirtieron en vasallos de los hunos y se trasladaron al oeste de los Cárpatos, a la gran llanura húngara, con el beneplácito de Atila. Establecieron un nuevo reino independiente tras las guerras de las décadas de 450 y 460.

Honoria, Justa Grata: Hija de Gala Placidia y Flavio Constancio. Célebre por haberse ofrecido en matrimonio, y por iniciativa propia, a Atila el huno como forma de zafarse de las complicaciones de un amorío.

Honorio: Emperador de Occidente (395-423). Accedió al trono siendo un niño de seis años y no consiguió nunca sujetar personalmente las riendas del poder. Su reinado estuvo dominado por dos hombres fuertes —Estilicón (395-408) y Flavio Constancio (411-421)— cuyas épocas de predominio se vieron salpicadas y seguidas de intrigas muy cruentas en la corte. Durante su reinado se produjo la gran crisis de los años 405 a 408, crisis que dio lugar a una serie de usurpaciones, entre las que destaca la de Constantino III, que entre *c.* 409 y 410 amenazó con derrocarle. No tuvo hijos.

Hunerico: Hijo de Giserico y rey de la coalición de los vándalos y los alanos (474-484). Una cláusula del tratado del año 442 le prometía en matrimonio a la hija de Valentiniano, Eudocia, y en la década de 440 vivió durante un cierto tiempo en la corte de Valentiniano en calidad de rehén.

Hunos: Grupo nómada de la estepa cuyas vinculaciones lingüísticas y culturales siguen sin estar claras. Su poder en la región nororiental del mar Negro creció a partir del año 350 aproximadamente, lo que en los años 375 y 376 generó una primera crisis en el ámbito, en gran medida dominado por los godos, de lo que hoy es Ucrania. No obstante, la mayoría de los hunos se quedaron en la zona septentrional del mar Negro más o menos hasta el año 410, fecha en la que volvieron a dirigirse al oeste, a la gran llanura húngara. En esa región edificaron un imperio: en primer lugar, fundándose en la conquista de grupos a los que convertían en vasallos, en segundo lugar, arrancándole riquezas al mundo romano y reciclándolas, y en tercer lugar, centralizando la organización del poder político entre sus propias huestes. Tras la muerte de Atila en el año 453, el proceso se invirtió y la potencia independiente huna se extinguió en el plazo de veinte años, ya que los pueblos vasallos recuperaron su independencia.

Idacio: Obispo y cronista hispánico. Es nuestra fuente principal para conocer los acontecimientos de la Península desde la llegada de los invasores del Rin hasta la década de 460.

Jordanes: Historiador de los godos que trabajó en Constantinopla *c.* 550. Pretende haber seguido muy de cerca la perdida historia de los godos de Casiodoro, cosa que, en términos generales, considero cierta, pero que ha provocado grandes discusiones historiográficas. Su principal valor histórico reside en la crónica que hace de los acontecimientos ocurridos en la época de Atila y después de ella, acontecimientos para cuya relación se basó en la historia de Prisco.

Joviano: Emperador romano (363-364). Sucedió a Juliano y se vio obligado a hacer entrega de grandes porciones de territorios de valor estratégico para poder rescatar al ejército atrapado de Juliano. Murió por un envenenamiento con monóxido de carbono.

Jovino: Usurpador que actuó en la Galia (411-413). Instauró su régimen en la región del Rin y en un principio contó con el apoyo de los burgundios y los visigodos. Su ascendiente se vio fatalmente debilitado cuando Flavio Constancio atrajo a los visigodos a su bando.

Juliano: Emperador romano (355-363) que comenzó siendo César subordinado al Augusto, esto es a su primo Constancio II, y que más tarde, a partir del año 361, reinó como único Augusto. Obtuvo un gran éxito en la batalla de Estrasburgo y también posteriormente, al frenar el poderío de la confederación alamana acaudillada por Chonodomario. Al tomar el poder hizo explícito su credo pagano, que antes había ocultado, y más tarde realizó en Persia una invasión de gran envergadura que se saldó con su muerte y con su derrota estratégica (*véase* Joviano).

Justiniano I: Emperador de Oriente (527-568). Célebre por haber librado guerras de conquista en el Mediterráneo occidental, guerras que aniquilaron los reinos vándalo y ostrogodo del norte de África e Italia, respectivamente. También se apoderó de una banda de tierra situada a lo largo del litoral meridional de His-

pania. Construyó muchos edificios, entre los que destaca de manera singular el de Santa Sofía, que aún sigue en pie en Estambul.

León I: Emperador de Oriente (457-474). Trató de sostener al imperio de Occidente mediante la identificación de posibles regímenes en el caos que se produjo tras los asesinatos de Aecio y Valentiniano III, y sobre todo mediante el establecimiento con Ricimero de unas negociaciones destinadas a favorecer a Antemio. También fletó una enorme armada con la que contribuyó a la expedición dirigida contra los vándalos en el año 468.

Libanios: Rétor griego establecido en Antioquía y amigo de Temistio. Su enorme colección de cartas constituye una importante vía para conocer los valores y las claves del pensamiento íntimo de la élite del período romano tardío.

Libio Severo: Senador italiano y emperador de Occidente (462-466). Fue un títere colocado en último término por Ricimero tras la ejecución de Mayoriano. Constantinopla no lo reconoció nunca y murió en un momento sospechosamente conveniente, ya que su desaparición permitió las negociaciones que llevaron a Antemio a Occidente.

Lombardos: Grupo de habla germánica de la región media del Elba. Es posible que reconocieran la supremacía de Atila cuando éste se hallaba en su apogeo, pero no formaron parte del grupo de pueblos vasallos conquistados por los hunos.

Macriano: Destacado monarca supremo de los alamanes de finales de la década de 360 y principios de la de 370. Valentiniano I trató de eliminarle, pero al final legitimó su posición en el año 374, fecha en la que se vio obligado a ausentarse del Rin para hacer frente a los problemas surgidos en la región del Danubio medio.

Marcelino, conde: Comandante, desde mediados de la década de 450, de las fuerzas de campaña que tenía el imperio de Occidente en el Ilírico. En la práctica su dominio se limitaba a Dalmacia, ya que, en el norte, Panonia había sido anexionada por los hunos. Nombrado originalmente por Mayoriano, se pasó al bando de Constantinopla al ser ejecutado este último. Posteriormente respaldó al régimen de Antemio y aportó fuerzas a la expedición del año 468 al norte de África. Fue asesinado en Sicilia tras su fracaso, pero su feudo pasó a manos de su sobrino Julio Nepote.

Marciano: Emperador romano de Oriente (450-457). Soldado de alto rango que accedió al poder tras la muerte de Teodosio II al casarse con la hermana de Teodosio, Pulqueria. Proporcionó una importante ayuda a Aecio en el año 451 cuando éste trató de repeler el ataque de Atila contra Italia.

Mayoriano: Emperador de Occidente (458-461). Comandante, junto con Ricimero, del ejército romano de Italia tras la muerte de Aecio. Contribuyó a destruir el régimen de Avito en el año 457 y después, tras un interregno, fue elegido emperador. Tras ser finalmente reconocido en Constantinopla, Mayoriano volvió a conferir cohesión a la mayor parte del imperio de Occidente y,

previendo la estrategia de Antemio, trató de reactivarlo con la reconquista del norte de África, en poder de la coalición de los vándalos y los alanos. Cuando la expedición fracasó, Ricimero lo destituyó y lo mandó ejecutar.

Merobaudes: Poeta y soldado de mediados del siglo V. Nacido en Hispania y educado en la cultura clásica pese a ser descendiente de un franco que, a finales del siglo IV, había logrado ascender en el escalafón militar hasta convertirse en general romano. Era íntimo colaborador de Aecio, y los fragmentos de los poemas escritos por él que han llegado hasta nosotros nos ofrecen un valioso vislumbre de las políticas que aplicaba el régimen de Aecio, así como del modo en que gustaba de presentarse al mundo dicho régimen, para el que Merobaudes trabajó como asesor además de como soldado en activo.

Nepote, Julio: Emperador romano de Occidente (474-475). Sobrino y sucesor del conde Marcelino, su poder se basaba también en las fuerzas armadas que habían logrado sobrevivir en Dalmacia. Dirigió brevemente el imperio de Occidente, antes de ser expulsado del poder por Orestes. Después regresó a Dalmacia, donde finalmente murió asesinado en el año 480.

Octavio: *véase* Augusto.

Odoacro: «Rey» de Italia (476-493). Era hijo de Edica, hombre de confianza de Atila, y fue príncipe de los esciros. Se vio obligado a partir al exilio después de que, en las guerras que siguieron a la muerte de Atila, los ostrogodos aniquilaran el reino que tenía su padre en la región del Danubio medio. Llegó finalmente a Italia, donde organizó un golpe de estado con el concurso del último ejército romano de Italia, que a su vez estaba compuesto fundamentalmente por refugiados huidos de los conflictos desencadenados tras la muerte de Atila. Para obtener el respaldo de este ejército distribuyó tierras entre sus integrantes como forma de recompensa. Destituyó al último emperador de Occidente, Rómulo, pero no lo mató. Gobernó después como «rey» de Italia y reconoció formalmente la soberanía del emperador de Oriente, radicado en Constantinopla. Al final fue depuesto y asesinado por Teodorico el Amalo.

Olimpio: Importante político de Occidente que organizó el golpe de estado que desalojó a Estilicón en el año 408. Abogaba en favor de una política de hostilidad hacia Alarico, pero carecía del poderío militar para conseguir materializarla. Fue a su vez expulsado del poder al fracasar sus políticas, y finalmente muerto a garrotazos en presencia del emperador Honorio.

Olimpiodoro de Tebas: Historiador y diplomático romano oriental de principios del siglo V. Focio no conservó más que un breve resumen de su obra, pero Zósimo copió largos fragmentos de sus textos: aquellos que exponen los acontecimientos que van de *c.* 405 a 410. Inteligente, bien informado y contemporáneo de los hechos que narra, Olimpiodoro es la fuente que nos permite conocer la mayor parte de los enredos diplomáticos y militares que en el año 410 determinaron que Alarico saqueara Roma.

Onegesio: El más destacado de los notables de la corte de Atila el huno. La embajada del imperio de Oriente, en la que viajaba Prisco, trató manifiestamente de hacerse con sus buenos oficios para promover sus fines.

Orestes: Inicialmente fue un terrateniente de Panonia, pero más tarde Atila el huno lo empleó como embajador ante Constantinopla. Tras la caída del imperio huno partió a Italia y allí se convirtió —junto a su hermano Pablo, y después de la muerte de Ricimero y del regreso de Gundobaldo al reino burgundio— en un hombre de gran influencia. Orestes y Pablo organizaron la oposición que obligó a Nepote a retirarse a Dalmacia en el año 475 y proclamaron emperador a Rómulo, hijo del primero. Ambos fueron ejecutados por Odoacro a finales del verano del año 476.

Ostrogodos: Es un segundo gran grupo godo surgido en el siglo V en torno a la dinastía de los Amalos, y particularmente alrededor de las personas de Valamiro y de su sobrino, Teodorico el Amalo. Valamiro unió a una serie de hordas guerreras godas independientes, probablemente en la década de 450, después de la muerte de Atila. Aproximadamente en el año 484, en los Balcanes romanos, su sobrino añadió a esta base de poder (que por sí misma debía ascender a unos diez mil guerreros) otra fuerza de tamaño similar. En el año 489, Teodorico condujo a Italia a esta fuerza conjunta y fue ella la que le permitió hacerse con el poder en la Península hacia 493. Tal como sucede con los visigodos, se ha supuesto tradicionalmente que los ostrogodos —a los que se asimila a los greutungos del siglo IV— ya existían como tal unidad política antes de que los hunos llegaran al norte del mar Negro en el siglo IV, pero esto es un error.

Petronio Máximo: Senador y usurpador italiano (455). Incitó a Valentiniano III a asesinar a Aecio en el año 454 y después urdió una confabulación para matar al emperador y hacerse con la púrpura. Fue muerto en el saqueo vándalo de Roma.

Prisco: Historiador romano oriental de mediados del siglo V. Célebre por su relato de la embajada enviada ante Atila el huno. Una buena parte de este texto ha llegado hasta nosotros a través de los *Excerpta* de Constantino VII Porfirogenetos, y es la fuente en la que se basan la mayoría de nuestros conocimientos sobre los sucesos de mediados del siglo V.

Radagaiso: Rey godo. Invadió Italia con un enorme contingente de soldados en los años 405 y 406. El relato de Zósimo sugiere que capitaneaba una fuerza enteramente multirracial, pero todas las demás fuentes la consideran goda, y por otra parte Zósimo no ofrece ninguna crónica sobre la invasión que se produce en el año 406 a través del Rin, ésta sí totalmente integrada por grupos de distintas razas, lo que parece indicar que Zósimo confunde dos invasiones diferentes. Al final fue derrotado por Estilicón, quien integró a gran número de sus mejores soldados en el ejército romano. Radagaiso fue ejecutado en las afueras de Florencia.

Renato Frigiderio: *véase* Gregorio, obispo de Tours.

Ricimero: Patricio y general romano cuyos antepasados eran de ascendencia bárbara mixta y de muy alta cuna (era, entre otras cosas, nieto del rey visigodo Valia). Accedió a un alto puesto de mando militar en Italia tras la muerte de Aecio, y más tarde, a partir de principios de la década de 460, se convirtió, tras haber ejecutado a Mayoriano, en una destacada autoridad política y elector de reyes. Se le ha acusado a veces de haber adoptado políticas perjudiciales para los intereses del estado occidental romano. Sin embargo, y aun sin obviar que ciertamente procuró el progreso de los suyos, también respaldó con toda su influencia al régimen de Antemio y a su proyecto de reconquista del norte de África. Todo sugiere que fue una especie de Estilicón en versión tardía y adaptada al siglo V, ya que trató desesperadamente de mantener a flote al imperio de Occidente en una situación que exigía el establecimiento de acuerdos políticos con al menos algunas de las nuevas potencias inmigrantes que ocupaban sus territorios. Murió en el año 473.

Rómulo Augústulo: Último emperador romano de Occidente (475-476). *Véase* Orestes *y* Odoacro.

Rúas (o Rodas): Rey huno de las décadas de 420 (?) y 430. Fue probablemente una figura clave en la creación de un sistema nuevo de poder monárquico centralizado entre los hunos que sustituyó a la antigua práctica, basada en una multiplicidad de reyes jerarquizados. Esta vieja costumbre existía aún en el año 411, pero desapareció por entero aproximadamente hacia el año 440, cuando Rúas transfirió el poder a sus sobrinos Atila y Bleda. Rúas también organizó al menos una incursión de castigo contra el imperio de Oriente a fin de obtener botín y tributo —unos dineros que tal vez fuesen lo que le permitió centralizar la autoridad en torno a su persona.

Rugos: Grupo de habla germánica que se encontraba en el siglo I cerca de las costas del Báltico. Al menos algunos de sus miembros participaron en la expansión que en el siglo III los llevó hasta el mar Negro en compañía de los godos. Sus descendientes se vieron entonces atrapados en el imperio huno, lo que les hizo poner rumbo al oeste y dirigirse a la región del Danubio medio. Tras la muerte de Atila, volvieron a establecer un reino independiente al norte del Danubio, en las estribaciones del Nórico, donde los sitúa la *Life of Severinus*.

Sáfrax: *véase* Alateo.

Sajones: Nombre colectivo de un cierto número de grupos de habla germánica que ocupaban las tierras situadas al este de las que habitaban los francos en el siglo IV. Desconocemos si los sajones pusieron en marcha algún tipo de identidad política de carácter confederal, como los alamanes, o si ese nombre colectivo era simplemente una denominación de conveniencia.

Sapor I: Gobernante sasánida de Persia (240-272). Continuó la obra de su padre, Ardachir, al convertir el Oriente Próximo en una superpotencia capaz de rivalizar con el poderío imperial romano. Esto le permitió obtener victorias decisivas sobre tres emperadores romanos, entre los que destaca Valeriano, al que

hizo prisionero antes de mandarlo desollar. La revolución sasánida provocó una enorme crisis estratégica que al estado romano le llevó dos generaciones políticas superar (*véase* Diocleciano).

Sármatas: Grupo de habla irania, originalmente nómada, que conquistó territorios al norte del mar Negro en torno a la época del nacimiento de Cristo. Algunos de sus integrantes permanecieron al este de los Cárpatos, mientras que otros se desplazaron finalmente hacia el oeste de esa cadena montañosa y penetraron en la gran llanura húngara, donde quedaron convertidos en clientes romanos durante muchos años, hasta bien entrado el siglo IV, momento en el que fueron conquistados a su vez por los hunos.

Saro: General romano y noble godo. El hermano de Saro, Sigerico, organizó el golpe de mano que se saldó con el asesinato del rey visigodo Ataulfo y que convirtió brevemente en rey al propio Sigerico, que fue asesinado a su vez. Saro estuvo al servicio de Estilicón y de Honorio tanto antes como después del año 410 d. C., y se señaló por la implacable hostilidad que demostró hacia Alarico y su cuñado Ataulfo. Yo sospecho que Saro, al igual que un buen número de nobles godos convertidos en generales, era un posible candidato a la obtención del liderazgo del nuevo gran grupo visigodo al que Alarico había derrotado, y también supongo que posteriormente reorganizó su carrera y se puso al servicio de Roma.

Severino: Santo del Nórico *c.* 460-480. Misterioso santo del este cuya *Life*, escrita por Eugipio, nos brinda una serie de imágenes fascinantes del final que conoció el imperio en una apartada provincia fronteriza romana al quedarse las autoridades centrales sin dinero contante y sonante.

Sidonio Apolinar: Terrateniente, poeta y escritor de epístolas galo cuyas obras documentan los hechos de la última generación del imperio de Occidente en el sur de la Galia. Sus cartas nos muestran que la reacción de los miembros de su misma clase al derrumbamiento del imperio fue diversa, y los panegíricos que dedicó a una serie de emperadores (Avito, Mayoriano y Antemio) nos proporcionan un precioso vislumbre de las políticas y del modo en que estos regímenes se presentaban a sí mismos ante el mundo.

Sigerico: *véase* Saro.

Símaco, Quinto Aurelio: Senador romano y autor de una extensa colección de cartas que ha llegado hasta nosotros, y asimismo de un cierto número de discursos cuya preservación no ha sido tan buena. Su vida y sus escritos nos permiten vislumbrar por extenso las actitudes y los estilos de vida de los tardorromanos afincados en Roma.

Suevos: Término colectivo aplicado a los grupos de habla germánica de la región noroccidental de la gran llanura húngara. Tras haber sido clientes de los romanos durante mucho tiempo, algunos de ellos participaron en la invasión del Rin del año 406. Al final se establecieron en el noroeste de Hispania. Los restantes permanecieron en sus antiguas guaridas y fueron conquistados por los

hunos, aunque restablecieron brevemente su independencia a finales de la década de 450. Su grupo estaba integrado por un cierto número de entidades de menor tamaño, como la de los cuados, que no parece que hayan constituido un grupo confederado antes del año 406. Tanto los que partieron como los que se quedaron levantaron unas estructuras políticas más unificadas en el siglo V.

Temistio: Filósofo y asesor romano oriental. Estuvo al servicio de una serie de emperadores romanos de Oriente entre mediados de la década de 350 y mediados de la década de 380. Sus discursos estaban pensados para hacer propaganda de la política imperial, en particular ante el senado de Constantinopla, y contienen una enorme cantidad de información que ilustra la evolución de las políticas aplicadas a los godos durante el reinado de los emperadores Valente y Teodosio I.

Teodoredo I: Rey de los visigodos (418-451). Sucedió a Valia. Resultó finalmente muerto en la batalla de los Campos Cataláunicos mientras luchaba contra las hordas hunas.

Teodoredo II: Rey de los visigodos (453-466). Respaldó el régimen de Avito y en términos generales se mostró muy contento con la posibilidad de dilatar los intereses visigodos sin dejar de apoyar la prolongación de la existencia del estado romano occidental. Fue asesinado y sustituido por su hermano Eurico, quien tenía en mente un futuro de independencia para los visigodos, al margen de todo estado romano agonizante.

Teodorico el Amalo: Culminó la obra de su tío Valamiro, ya que unió al contingente godo que había heredado de él y constituyó otro de aproximadamente el mismo tamaño para dar vida a un nuevo gran grupo: el de los ostrogodos. Condujo a estas fuerzas a Italia en el año 489, y derrotó a Odoacro para establecerse como rey de esta península, donde reinó entre los años 493 y 526.

Teodosio I: Emperador romano (379-395). Seleccionado en un principio por Graciano como sucesor no dinástico del emperador Valente en Oriente, debía hacerse cargo de la dirección de la guerra contra los godos tras Andrinópolis. Fracasó en ese empeño, pero se instaló con éxito en Constantinopla y extendió su control a todo el imperio, tras derrotar a los dos sedicentes usurpadores, Máximo y Eugenio. En esas guerras se valió de la ayuda de los godos que habían conseguido un asentamiento gracias al tratado del año 382 y dedicó gran parte de su reinado a la gestión de las relaciones entre dichos godos y el estado romano. También se le vincula con las últimas iniciativas del estado romano en su camino hacia la cristianización, ya que multiplicó de forma agresiva el número de leyes contra los paganos y la destrucción de sus templos.

Teodosio II: Emperador romano (408-450). Nieto de Teodosio I, heredó el poder de su padre Arcadio siendo aún menor de edad y nunca consiguió hacerse personalmente con las riendas. Durante su reinado prestó considerable ayuda a Occidente, en particular a Honorio, hacia el año 410, aunque también contribuyó a su consolidación al poner en el trono a Valentiniano III en el año 425,

y al enviar a Aspar a África en la década de 430. Tuvo que dedicar sus últimos años a hacer frente a la amenaza de Atila. Durante su reinado se terminó también el *Código teodosiano* (en 438).

Teófanes: Burócrata que trabajó en Egipto hacia el año 320. El *Theophanes Archive* nos ofrece una amplia visión de las pesadas operaciones de la tecnología gubernamental tardorromana.

Tervingos: Nombre del grupo godo del siglo IV cuyo asentamiento estaba más próximo a la frontera romana del bajo Danubio en Moldavia y Valaquia. Era una de las entidades surgidas de la expansión goda que llevó a este grupo, en el siglo III, a la región del mar Negro y estaba organizada como una confederación de reyes gobernada por un «juez» cuya autoridad parece haberse transmitido por derecho hereditario entre los miembros de una misma familia. Como clientes romanos, trataron de aliviar lo mejor que pudieron los términos de la relación que les imponía el imperio (*véase* Atanarico). La confederación se fragmentó como consecuencia de la presión huna, y al final la mayoría de los tervingos pasó a formar parte del nuevo gran grupo visigodo (*véase* Fritigerno *y* Alarico).

Tréveros: Grupo de habla germánica conquistado en primer lugar por César y que se halla en el origen de la revuelta que aniquiló la fuerza capitaneada por Cotta en el año 54 a. C. Posteriormente siguió la senda característica de la romanización, con lo que los grandes personajes tervingos pasaron a convertirse en ciudadanos romanos que rivalizaban entre sí por dotar a su nueva capital —Tréveris— de edificios públicos romanos y por construir residencias campestres de estilo romano (villas).

Turingos: Grupo de habla germánica del período romano tardío que da nombre a la moderna Turingia alemana. Es posible que quedara parcialmente sometido a Atila. Fue uno de los grupos derrotados por Clodoveo al crear éste el reino franco.

Uldino: Cabecilla huno de la primera década del siglo V. Personaje oscuro del norte del Danubio que cimentó su poder mediante la incorporación de grupos vasallos como el de los esciros sin dejar por ello de actuar como aliado romano, ya que ayudó a Estilicón a derrotar a Radagaiso. Después invadió el territorio del oriente romano, donde sufrió una total derrota. La facilidad con la que fue vencido sugiere que, en lo referente al ejercicio de un control sobre un gran conjunto de hunos unidos, no era un precursor de Atila. En aquella época la mayoría de los hunos seguía establecida mucho más al este.

Ulfila: Apóstol de los godos. Nació en una comunidad de prisioneros romanos establecida entre los godos tervingos a principios del siglo IV. Cuando el cristianismo se convirtió en uno de los factores de la diplomacia entre los godos y los romanos, fue ordenado obispo del territorio de los tervingos en un primer momento, aunque poco después fue expulsado de la región. Creó una de las formas escritas de la lengua goda, siguió traduciendo la Biblia tras su expulsión y

desempeñó un papel muy influyente en las disputas doctrinales cristianas de mediados del siglo IV.

Valamiro: Cabecilla ostrogodo. Inició el proceso que dio vida a un segundo gran grupo godo, el de los ostrogodos, mediante la unión de una serie de hordas guerreras godas que habían sido incorporadas al imperio huno de Atila. Esto cimentó una base de poder de dimensiones suficientes como para permitirle el establecimiento de un reino godo independiente cuando dicho imperio se vino abajo, y también le dio la posibilidad de obtener algunos modestos subsidios del estado romano oriental. Resultó muerto en las guerras que se libraron en el Danubio medio en la década de 460, tras lo cual su sobrino Teodorico el Amalo siguió aumentando el poderío militar del nuevo grupo.

Valente: Emperador romano oriental (364-378). Elegido por su hermano Valentiniano I, su reinado estuvo marcado por las luchas contra los usurpadores, contra los godos tervingos encabezados por Atanarico y contra los persas. La mayor crisis que hubo de afrontar se desarrolló en el año 376 cuando los godos tervingos y los greutungos, sometidos a la presión del empuje huno, se presentaron en el Danubio. Valente murió dos años después en una batalla contra ellos librada en Andrinópolis.

Valentiniano I: Emperador romano de Occidente (364-375). Recibió a la embajada senatorial encabezada por Símaco que en el año 369 había llevado al norte, a Tréveris, el oro de la corona. Trató también de descubrir qué había de cierto en las quejas relacionadas con malas prácticas de gobierno en el norte de África, concretamente en la ciudad de Leptis Magna. Célebre por haber sido inflexible con los bárbaros, hasta el punto de morir de un ataque de apoplejía al encolerizarse porque unos embajadores sármatas y cuados no habían dado muestras de la suficiente humildad. Esto no le había impedido llegar a componendas con el monarca alamán Macriano cuando la situación lo había exigido.

Valentiniano III: Emperador romano de Occidente (425-455). Hijo de Gala Placidia y de Flavio Constancio, fue nombrado emperador a la edad de seis años gracias a una fuerza expedicionaria del imperio de Oriente enviada por Teodosio II. Fue siempre en gran medida un emperador ceremonial que nunca ejerció un poder efectivo, ya que, durante la mayor parte de su reinado, éste estuvo en manos de Aecio. De hecho, Valentiniano se alzó personalmente para asesinar a Aecio en el año 454, fecha en la que este último había pasado a ser prescindible como consecuencia de la muerte de Atila. Sin embargo, ni siquiera entonces consiguió gobernar realmente el imperio. Él mismo fue asesinado al año siguiente.

Valia: Rey visigodo (415-418). El poder llegó finalmente a sus manos en medio del caos político provocado al desbaratarse la expectativa excesivamente ambiciosa que tenía Ataulfo del papel de los visigodos en el imperio de Occidente. Negoció el acuerdo con Flavio Constancio por el que los visigodos debían quedar

asentados en Aquitania como recompensa por haber luchado al lado de los romanos contra los vándalos, los alanos y los suevos que habían cruzado el Rin en el año 406 y que ahora se habían establecido en Hispania. Tras su muerte, la plena aplicación de este acuerdo quedó en manos de Teodoredo I, que no era pariente suyo. Fue el abuelo de Ricimero, ya que éste era hijo de una hija suya.

Vándalos hasdingos: Uno de los dos grupos vándalos que, para huir de la inseguridad que había provocado en la Europa central el ascenso del poderío de los hunos, se abrió paso a través del Rin a finales del año 406. La dinastía hasdinga gobernante asumió entonces la jefatura de una nueva coalición en la que quedaban integrados estos vándalos y los supervivientes de los grupos de vándalos silingos y de alanos que entre los años 416 y 418 habían sido brutalmente castigados por las fuerzas conjuntas de visigodos y romanos en Hispania. Antes de la crisis huna habían habitado los territorios situados al norte de la cadena de los Cárpatos, pero después se desplazaron a la región del alto Danubio situada frente a las posesiones romanas de Recia (la moderna Suiza) hacia el año 402.

Vándalos silingos: Uno de los dos grupos vándalos que a finales del año 406 penetraron a través del Rin para huir de la inseguridad provocada en la Europa central por el ascenso del poderío huno. Antes de la crisis huna habían habitado en los territorios situados al norte de la cadena de los Cárpatos, aunque para el año 402 ya se habían trasladado a la región del alto Danubio situada frente a las posesiones romanas, en la actual Suiza. Las campañas conjuntas de romanos y visigodos organizadas por Flavio Constancio después del año 416 infligieron a los silingos un severo sufrimiento, y al final estas campañas desembocaron en la captura de su rey Fredibaldo. Los supervivientes compartieron la suerte de la dinastía hasdinga.

Varo, Publio Quintilio: General y político romano. Célebre por la completa derrota de su ejército (compuesto por tres legiones, más las tropas auxiliares, es decir, tal vez por un total de unos veinte mil hombres) a manos de la coalición creada por Arminio en el año 9 d. C. La derrota se produjo en la batalla del bosque de Teutoburgo. El propio Varo se suicidó.

Venancio Fortunato: Poeta latino. Recibió una educación clásica en Italia y gozó en la Galia, en las cortes de una serie de reyes francos de finales del siglo VI, de todo el favor de los aristócratas francos y los nobles romanos. Su éxito muestra que en la Galia sobrevivió el respeto por los valores literarios clásicos, pese a que hubiera desaparecido el sistema educativo clásico.

Visigodos: Fue el primero de los nuevos grandes grupos godos del siglo V. Este gran grupo fue creado por Alarico en 395, quien consiguió durante su reinado la unificación definitiva, entre otros, de los tervingos y los greutungos que se habían presentado en el Danubio en el año 376, así como de los godos de Radagaiso que habían sobrevivido al ataque lanzado por éste contra Italia en los años 405-406. Guiado por una serie de cabecillas sucesivos, el nuevo gran gru-

po se asentó finalmente en el valle del Garona, en Aquitania, en el año 418, y desde ese punto central expandió su poder, particularmente en tiempos de Teodoredo II y de Eurico, después del año 450, hasta que su evolución le llevó a pasar de ser un asentamiento aliado a convertirse en un reino independiente cuando las estructuras centrales del estado occidental romano se quedaron sin ingresos fiscales.

Zenón: Emperador romano oriental (474-491). General isáurico que accedió al poder tras casarse con una mujer perteneciente a la familia imperial. Derrotó al usurpador Basilisco (474-476) tras una larga lucha y dictó la respuesta de Oriente a las embajadas enviadas por Odoacro y que constituyeron el toque de difuntos del imperio de Occidente. Durante los últimos años de su reinado, Teodorico el Amalo unió al nuevo gran grupo ostrogodo en el territorio romano de Oriente, y Zenón negoció la partida de este grupo a Italia en los años 488-489.

Zósimo: Historiador romano oriental del siglo VI. Importante fuente de información para el siglo IV y principios del siglo V, ya que utilizó profusamente las historias escritas por los autores de esa época, Eunapio y Olimpiodoro.

Cronología

Cabecillas*

Emperadores romanos de Occidente	Emperadores romanos de Oriente	Líderes no romanos
Valentiniano I (364-375)	Valente (364-378)	Atanarico, juez de los godos tervingos (*c.* 360-375, fallecido *c.* 381)
Graciano (375-383)	Teodosio I (379-395)	
Máximo (383-388)		
Valentiniano II (383-392)		
Eugenio (392-394)		
Honorio (395-423)	Arcadio (395-408)	Alarico, creador y cabecilla de los visigodos (*c.* 395-411)
Constantino III (*c.* 406-411)	Teodosio III (408-450)	
Flavio Constancio (421)		

* Los nombres de los usurpadores (emperadores no reconocidos en la otra mitad del imperio) aparecen en itálica. No se incluyen los nombres de algunos usurpadores occidentales menores que no lograron nunca extender su poder más allá del ámbito inmediato de su localidad. *(N. del a.)*

Juan (423-425)
Valentiniano III (425-455)
Giserico, cabecilla de la coalición de los vándalos y los alanos (427-477)

Petronio Máximo (455)
Marciano (451-457)
Atila el huno (*c.* 440-453)

Avito (455-456)
Mayoriano (457-461)
León I (457-474)
Valamiro, cabecilla de los godos de Panonia (*c.* 455-467)

Libio Severo (461-465)
Antemio (467-472)
Eurico, creador del reino visigodo (467-483)

Olibrio (472)
Zenón (473-491)
Gundobaldo, rey de los burgundios (474-?)

Glicerio (473-474)
Basilisco (474-476)
Julio Nepote (474-475)
Teodorico, cabecilla y creador de los ostrogodos (474-526)

Rómulo Augústulo (475-476)
Odoacro, rey de Italia (476-493)

Acontecimientos

c. 350 Los ataques de los hunos contra los alanos al este del río Don y contra los greutungos al oeste de este mismo río desestabilizan la región situada al norte y al este del mar Negro.

375 ¿Otoño? — Tras morir en combate su segundo cabecilla, un importante grupo de greutungos se desplaza al oeste y penetra en el territorio de los vecinos godos tervingos.

407 ¿A finales del verano? — Los greutungos y la «mayor parte» de los tervingos se presentan en el Danubio para solicitar asilo en el interior del imperio romano.

377-382 Guerra gótica al sur del Danubio.

377 Finales del invierno o principios de la primavera — Primera revuelta de los tervingos. Los greutungos cruzan el Danubio por la fuerza.

377-378 Primera fase de la guerra gótica, circunscrita a los Balcanes orientales.

378 24 de agosto — Batalla de Andrinópolis. Muerte de Valente.

379-381 Segunda fase de la guerra gótica: el conflicto se extiende a los Balcanes occidentales.

382 3 de octubre — Un tratado de paz pone fin a la guerra. Los tervingos y los greutungos consiguen unos términos relativamente generosos para instalarse en los Balcanes.

386 Un nuevo grupo de greutungos intenta cruzar el Danubio. Es derrotado por Teodosio y las condiciones para su asentamiento en Asia Menor son bastante más duras que las aplicadas a sus predecesores.

387-388 Teodosio I derrota a Máximo. Los godos de los Balcanes intervienen en la guerra y se producen algunas revueltas.

392-393 Teodosio I derrota a Eugenio. Los godos de los Balcanes vuelven a verse involucrados en la guerra y se producen nuevas revueltas.

c. 395-411 **Alarico reina sobre los tervingos y los greutungos incluidos en el tratado del año 382.**

395-396 Primer ataque de importancia contra el imperio romano a través del Cáucaso (el imperio persa también se ve seriamente afectado).

395-397 Primera revuelta de Alarico.

397 Tratado entre Alarico y Eutropio. Alarico se convierte en general romano con mando en el Ilírico.

399 Caída de Eutropio. Fin del tratado.

401-402 Primera invasión de Italia que realiza Alarico. Batallas de Pollenzo y Verona.

c. 405-408 **Segunda oleada de invasiones del imperio romano provocadas por los hunos. En este caso afectan a distintas zonas del oeste de los Cárpatos.**

405-406 Tratado entre Alarico y Estilicón.
Radagaiso invade Italia a través de los pasos austríacos y es derrotado y muerto. Muchos de sus seguidores son vendidos como esclavos, mientras que sus soldados de élite son enrolados en el ejército romano.

406 31 de diciembre? — Los invasores del Rin (los vándalos, los alanos, los suevos y algunos grupos menores) irrumpen en la frontera romana del alto Rin.

407 Constantino III conduce a las fuerzas romanas estacionadas en Britania y la Galia a luchar contra los invasores del Rin.

407-409 Los invasores del Rin asolan la Galia, y después cruzan los Pirineos para penetrar en Hispania.

408(?) Uldino, un cabecilla huno de escasa importancia, invade el imperio de Oriente.

408-411 Segunda invasión de Italia por Alarico. Creación de los visigodos al sumarse los seguidores de Radagaiso a los tervingos y los greutungos incluidos en el tratado del año 382.

410 20 de agosto. Saqueo de Roma por Alarico.

c. 410-411(?) Las provincias de Britania se rebelan contra Constantino III (?).

411-421 **Flavio Constancio domina el imperio de Occidente.**

411 Muere Alarico y le sucede Ataulfo. Olimpiodoro participa en una embajada enviada al grupo principal de los hunos, estacionados en ese momento en la Europa central (?).
Flavio Constancio suprime a Constantino III y a otros usurpadores relacionados con los conflictos del momento.

412 Los invasores del Rin se reparten las provincias de Hispania.

412-413 Honorio envía una carta a los habitantes de la provincia de Britania en la que les dice que las fuerzas centrales romanas ya no pueden defenderles.

413-416 Flavio Constancio debilita a Ataulfo (muerto en un golpe de mano en el año 415) para obligar a los visigodos a renovar su alianza con el imperio de Occidente. Nace en Aquitania el asentamiento visigodo.

416-418 Las campañas conjuntas de los romanos y los visigodos desbaratan la independencia de los alanos y los vándalos silingos en Hispania. Los supervivientes se unen bajo el estandarte de los vándalos hasdingos para crear un nuevo gran grupo de vándalos y alanos.

421 Ascenso a la púrpura y posterior muerte de Flavio Constancio.

423 Muerte de Honorio. Usurpación de Juan.

422-429 La libertad de que gozan los vándalos y los alanos en Hispania culmina con su desplazamiento a Marruecos, producido a partir del año 427 y bajo la jefatura de Giserico. Los suevos logran el control de la Hispania noroccidental (Galicia).

425 El ejército romano de Oriente eleva al trono de Occidente a Valentiniano III, de seis años de edad.

425-433 Se producen luchas por la obtención de la primacía en la corte de Valentiniano III que terminan al derrotar Aecio a sus generales rivales, Félix y Bonifacio. La influencia de la madre del emperador, Gala Placidia, se eclipsa parcialmente.

433-454 **Aecio domina el imperio de Occidente.**

435 Se conceden tierras en Numidia y Mauritania a los vándalos y a los alanos.

436 Las fuerzas de Aecio aniquilan a los bagaudios en el noroeste de la Galia.

436-437 El reino de los burgundios, situado a ambos lados del alto Rin, es destruido por los hunos. Aecio reinstala a los supervivientes en territorio romano, en torno al lago de Ginebra.

436-439 La guerra que mantiene Aecio con los visigodos en el suroeste de la Galia termina con un nuevo tratado.

438-441 Los suevos encabezados por el rey Requila se apoderan de las provincias de la Bética y la Cartaginense.

439 Septiembre. Los vándalos y los alanos toman Cartago, capital del África septentrional romana, y se hacen también con las provincias de Proconsular y Bizacena.

c. 440-453 **Atila se convierte en el jefe supremo de los hunos.**

441-442 Atila invade por primera vez los Balcanes romanos, lo que obliga a enviar al ejército de Oriente a la expedición que se organiza en Sicilia para reconquistar las provincias del norte de África.

444 El tratado entre Giserico y el imperio de Occidente reconoce que éste posee el control del África proconsular, de Bizacena y de Numidia.

445(?) Atila asesina a su hermano Bleda para hacerse con el control en solitario de los hunos.

446(?) Último llamamiento de los habitantes de las provincias británicas a Roma para obtener la ayuda del centro contra los sajones y otros invasores.

447 Atila invade por segunda vez los Balcanes orientales romanos. Graves derrotas romanas en el río Utus y en el Quersoneso.

448 Prisco participa en una embajada para asesinar a Atila.

450 Atila concede a Constantinopla un generoso tratado.

451 Atila invade la Galia. Hacia finales de junio (?), es derrotado en los Campos Cataláunicos por la coalición de Aecio formada por los romanos, los burgundios, los visigodos y los francos.

452 Atila invade Italia y saquea, entre otras, la ciudad de Milán. Se retira al debilitarse su ejército como consecuencia de las enfermedades y del acoso romano.

453-469 **El imperio huno de Atila se desploma.**

453 Muere Atila.

454 Verano (?) — Batalla de Nedao. Los gépidas se convierten en el primer grupo vasallo que reafirma su independencia tras el dominio huno.

21 o 22 de septiembre — Valentiniano III asesina a Aecio.

455 16 de marzo — Petronio Máximo asesina a Valentiniano III y es declarado Augusto al día siguiente.

Finales de mayo — Las fuerzas de Giserico saquean Roma y Petronio Máximo es asesinado mientras huye de la ciudad (31 de

mayo). Giserico anexiona Tripolitania, Cerdeña y las Baleares a su reino.

9 de julio — Avito es declarado emperador de Occidente por unos senadores galorromanos apoyados por el rey visigodo Teodoredo II.

Finales de la década de 450 (?) San Severino comienza su obra en el Nórico.

456 17 de octubre — Batalla de Piacenza y destitución de Avito.

457 1 de abril — Mayoriano se convierte en emperador de Occidente.

459 Los godos panonios de Valamiro, ahora unidos e independizados del control huno, invaden el territorio romano de Oriente para exigir un subsidio anual de 136 kilos de oro.

461-472 Ricimero domina la política del centro imperial en Occidente.

461 Verano — Derrota de la fuerza expedicionaria de Mayoriano en Hispania, seguida, el 2 de agosto, por su destitución, y el 7 de agosto por su ejecución. El dominio que ejerce Ricimero en Italia pasa a ser incontestable.

19 de noviembre — Nombrado por Ricimero, Libio Severo se convierte en emperador de Occidente.

465 14 de noviembre — Muere Libio Severo.

466 Eurico mata y depone a Teodoredo II para convertirse en rey de los visigodos.

467 Dindzico, hijo de Atila, declara la guerra al imperio de Oriente.

12 de abril — Tras largas negociaciones entre Ricimero y Constantinopla, Antemio es declarado emperador de Occidente.

468-476 El imperio de Occidente se desmembra.

468 Junio (?) — Derrota de la última expedición conjunta de los imperios oriental y occidental contra el reino vándalo.

469 La cabeza de Dindzico es expuesta públicamente en Constantinopla. Hernac, el último hijo de Atila que aún vive, encuentra asilo en territorio romano oriental, a sur del Danubio.

Las fuerzas de Eurico expanden hacia el norte los límites del reino visigodo, haciéndolo llegar hasta el Loira.

472 Abril — Olibrio es declarado emperador de Occidente por Ricimero.

11 de julio — Gundobaldo, aliado de Ricimero, asesina a Antemio tras la guerra civil.

18 de agosto — Muerte de Ricimero.

2 de noviembre — Muerte de Olibrio.

473-475 Sidonio y sus amigos intentan impedir que los visigodos anexionen Auvernia a los restos del imperio de Occidente.

473-489 Las campañas que libra Teodorico el Amalo, sobrino de Valamiro, en la zona oriental de los Balcanes romanos conducen a la creación del gran grupo ostrogodo.

473 3 de marzo — Glicerio es declarado emperador de Occidente. Las fuerzas de Eurico toman Tarragona en Hispania.

474 Antes de junio — Gundobaldo abandona la política imperial para convertirse en monarca correinante de los burgundios.
19 o 24 de junio — Julio Nepote depone a Glicerio y le nombra obispo de Salona. Nepote se declara emperador de Occidente.

475 28 de agosto — Atacado por Orestes, Nepote se retira a Dalmacia.
31 de octubre — Orestes declara emperador de Occidente a su hijo Rómulo Augústulo.

476 Tras las ejecuciones de su padre, Orestes (el 28 de agosto), y de su tío Pablo (el 4 de septiembre), **Rómulo Augústulo, el último emperador romano de Occidente, es destituido.** Odoacro devuelve las vestiduras imperiales a Constantinopla, con lo que envía a Zenón el mensaje de que ya no se necesita ningún emperador en Occidente. El reino visigodo de Eurico posee ahora el control de toda la península Ibérica, con la excepción del ángulo noroccidental, y se anexiona Arles y el resto de la Provenza.

481/482-507 Las campañas de Clodoveo dan como resultado tanto la unificación franca como la extensión del control de los francos sobre la totalidad del territorio de la antigua Galia romana.

482 Enero — Muerte de san Severino.

489-493 Teodorico el Amalo conquista Italia, tras derrotar y deponer a Odoacro.

Glosario

Adoratio — Ceremonia imperial consistente en besar la túnica púrpura del emperador. Era un ritual reservado a los dignatarios de mayor rango y más favorecidos.

Agri deserti — «Tierras abandonadas.» Solía llamarse así a las tierras que habían sido cultivadas en el pasado pero que habían caído en desuso en la época imperial tardía. Más tarde se usó el concepto para designar la categoría tributaria aplicable a las tierras que no aportaban ingreso alguno al fisco imperial, y que quizá nunca lo hubiesen aportado.

Alæ — Caballería auxiliar romana compuesta al principio del período imperial por soldados que no eran ciudadanos.

Annona militaris — Un nuevo impuesto que gravaba la producción económica. Se sistematizó en época de Diocleciano, al final del siglo III, y con frecuencia se recaudaba en especie, aunque podía ser sustituido por un pago en oro.

Arriendo enfitéutico — Concesión ventajosa del estado que permitía que los arrendatarios de una finca poseyeran y heredaran la tierra de forma más o menos permanente, y que autorizaba la venta de los arriendos a un tercero.

Aurum coronarium — «Oro de la corona.» Un pago en oro teóricamente voluntario que realizaban las ciudades a título individual y que era ofrecido en forma de corona. Se pagaba al acceder al poder un emperador, y después cada cinco años.

Baiæ — Bayas: balneario de recreo para los romanos ricos y famosos situado en la bahía de Nápoles. Muy apreciado por Símaco.

Barbaricum — «Tierra habitada por los bárbaros.» Término colectivo utilizado para designar cualquier lugar que no se hallase en el interior del imperio romano.

Civitas (plural: *civitates*) — Territorio de una ciudad. Era la unidad administrativa básica, y constaba de un núcleo urbano y de unos terrenos rurales. Es un elemento característico del imperio tardío.

Clarissimate — Término colectivo con el que se designaba a los *clarissimi.*

Clarissimus (plural: *clarissimi*) — «Muy distinguidos.» Título originalmente reservado a los senadores de Roma y que se convirtió en un título honorífico al que todos los profesionales —civiles y militares— pudieron aspirar tras las reformas introducidas en el sistema de atribución de honores por los emperadores Valentiniano y Valente en el año 367. A pesar de su significado literal, este título era el menos importante de los tres rangos senatoriales que se instituyeron a finales del siglo IV (véase *illustris* y *spectabilis*).

Codex Argenteus — Lujosa copia de una traducción de los cuatro evangelios a la lengua gótica hecha por Ulfila. Se conserva en la actualidad en la biblioteca de la Universidad de Upsala, en Estocolmo.

Codex Theodosianus — *Código teodosiano*. Compendio de derecho imperial promulgado por el emperador Teodosio II y que especificaba las nuevas normas que se aplicaron al período comprendido aproximadamente entre los años 300 y 440 d. C.

Cohortales — Funcionarios imperiales, en ocasiones acaudalados, pertenecientes a la burocracia provincial.

Cohortes — Infantería auxiliar romana compuesta por soldados que no eran ciudadanos. Es un cuerpo que pertenece a los primeros tiempos del período imperial.

Coloni — Campesinos romanos que cultivaban la tierra o criaban animales en régimen de aparcería. En el período romano tardío se vieron cada vez más atados a sus tierras.

Comes domesticorum — «Conde de la servidumbre.» Jefe de los regimientos de guardia de élite del ejército de campaña.

Comes ordinis tertii — «Conde de tercer orden.» Los condes (plural: *comites*) eran una orden de acompañantes imperiales creada por el emperador Constantino y que constaba de tres rangos.

Comes rei militaris — Jefe militar importante, aunque no del máximo rango, del ejército de campaña romano (véase *comitatenses*, *magister militum*). Algunos de ellos tenían responsabilidades regionales, como el *comes Africæ* o el *comes Thraciæ*. Otros capitaneaban determinadas divisiones del ejército de campaña central.

Comitatenses — Fuerzas móviles de combate del ejército de campaña romano. Algunas de ellas estaban estacionadas en el centro imperial y otras se encontraban en las fronteras principales (del Rin, del Danubio y de Oriente). Estaban mejor pagadas que las fuerzas de guarnición (véase *limitanei*).

Cónsul — Al principio era el principal cargo ejecutivo de la República romana, elegido anualmente. En el imperio tardío se le seguía eligiendo por períodos de un año, pero era nombrado por el emperador. Aunque en esta época había dejado de ser un puesto ejecutivo, constituía el máximo honor de la carrera pública, inmediatamente por debajo del título de emperador.

Contubernium — Unidad fundamental del ejército romano a principios de la época imperial. Estaba integrada por el grupo de ocho hombres que compartía una misma tienda.

Cultura de Cernjachov — Zona de restos materiales que datan de finales del siglo III y principios del IV y que se extienden por Valaquia, Moldavia y el sur de Ucrania, desde la cadena de los Cárpatos hasta el río Don. Los restos pertenecen a edificaciones surgidas por iniciativa de los godos y de otros inmigrantes procedentes del norte, aunque hay que incluir también los restos de una gran población autóctona.

Cultura de Jastorf — Zona geográfica en la que se han hallado los restos de unos materiales relativamente simples que se remontan a los últimos siglos anteriores a Cristo y cuya presencia coincide en gran medida con la región en la que se hallaban dispersos en esa época los germanos.

Cultura de La Tène — Zona en la que se han encontrado los restos de unos materiales relativamente elaborados pertenecientes a los últimos siglos anteriores a Cristo y cuya difusión coincide en gran medida con la región por la que se hallaban dispersos en esos tiempos los grupos de habla celta.

Cultura de Przeworsk — Zona en la que se han hallado restos de materiales y que entre los siglos IV a. C. y IV d. C. se extendía por gran parte del centro y sur de Polonia.

Cultura de Wielbark — Zona con restos de materiales arqueológicos que se extendía por gran parte del norte de Polonia en los siglos I y II d. C. y que posteriormente se propagó hacia el este y el sur en los siglos III y IV.

Cura palatii — «Encargado de palacio.» Destacado dignatario romano de palacio en los siglos IV y V.

Curia — Consejo ciudadano formado por los terratenientes romanos que administraban la *civitas*. Sus miembros eran conocidos como decuriones o *curiales*.

Cursus honorem — Peldaños de la carrera senatorial romana.

Cursus publicus — Sistema de transporte compuesto por apeaderos, establos y (a veces) pabellones de hospedería utilizado por los funcionarios del estado que viajaban por el interior del imperio.

Deditio — La «capitulación» de los bárbaros ante el poder romano. Los términos impuestos a un grupo tras su rendición podían variar notablemente.

Denarius (plural: *denarii*) — Moneda básica de plata utilizada hasta finales del siglo III, época a partir de la cual quedó prácticamente sin valor.

Distributio numerorum — Uno de los apartados de la *Notitia Dignitatum* del imperio de Occidente (véase más abajo) en el que aparece consignada la distribución de las unidades del ejército de campaña occidentales hacia el año 420 d. C.

Dromones — Buques de guerra especializados de la armada oriental romana. Iban impulsados por remos y estaban provistos de cubierta.

Duumviri — «Dos hombres», un «dúo». Los funcionarios ejecutivos habituales de una *curia*.

Dux — «Duque.» Comandante de los *limitanei* de una región.

Fibula (plural: *fibulæ*) — «Fíbula.» Prendedor decorativo utilizado para abrochar las túnicas.

Fliehburgen — «Centros de refugio.» Término arqueológico alemán que designa los asentamientos amurallados que se construyeron en el siglo V en muchos lugares del imperio expuestos a un ataque.

Fœdus — «Tratado», y de ahí *fœderati*: «grupo de extranjeros unidos por un tratado». Los historiadores modernos lo utilizan con frecuencia como un término técnico de significado claro, pero en mi opinión tenía un sentido más complejo.

Fürstengraber — «Tumbas principescas.» Término arqueológico alemán que da nombre a los enterramientos que por su acentuada suntuosidad parecen pertenecer a la realeza o a personas que pretendían equipararse a esa posición.

Germania, germanos — Términos romanos con los que se alude a la zona situada entre el Rin y el Vístula y a sus habitantes. La región estaba dominada en gran medida por grupos de habla germánica, pero nunca dieron pasos, en la época romana, que los llevaran a convertirse en una fuerza unificada.

Gladius — Espada corta característica de los legionarios romanos.

Honoratus (plural: *honorati*) — Burócrata jubilado de alto rango del imperio. A medida que fue avanzando el siglo IV los *honorati* pasaron a formar parte, cada vez con mayor frecuencia, de los *clarissimi*, y reemplazaron en buena medida a los *curiales* como fuerza predominante en la sociedad romana local.

Illustres (plural: *illustres*) — Categoría superior de las tres en que se dividía la clase senatorial del finales del siglo IV (véase *clarissimus* y *spectabilis*).

Imperator — «Emperador.» Término derivado del título de un jefe del ejército del período republicano romano.

Iudex — «Juez.» Título adoptado por el jefe supremo de los reyes que formaban la coalición de los godos tervingos en el siglo IV, antes de la llegada de los hunos.

Iugum (plural: *iugera*) — Es la unidad de valor, y no la zona geográfica, en la que quedaron divididos los bienes del imperio en época de Diocleciano. Era la base que servía para el cálculo de la *annona militaris*.

Jurisconsulto — Jurista especializado romano de formación académica de los siglos I a III d. C. con capacidad para instaurar innovaciones legales a través de la jurisprudencia.

Largitionales — Personal del negociado financiero del emperador, o sagrada generosidad.

Legiones comitatenses — Unidad de infantería asignada a las fuerzas de campaña del ejército imperial tardío.

Legiones pseudocomitatenses — *Limitanei*, o tropas de guarnición de fronteras reconvertidas en efectivos del ejército de campaña a principios del siglo V.

Lex Irnitana — Constitución de la ciudad romana de Irni, característica de la llamada Constitución Municipal Flaviana, que definía las normas vigentes en la mayoría de las ciudades romanas a principios del período imperial.

Libertas — «Libertad.» Contenía la connotación técnica de «libertad según la ley».

Limitanei — Tropas de guarnición de fronteras estacionadas en puestos permanentes. Recibían peor paga que las fuerzas *comitatenses*.

Magister (plural: *magistri*) *militum* — La denominación completa era *comes et magister utriusque militiæ*. Comandante supremo del ejército de campaña. Los *magistri militum præsentalis* estaban al mando de los ejércitos de campaña centrales y los *magistri militum per Gallias*, *per Thraciam*, *per Orientem* y *per Illyricum* dirigían los ejércitos de las fronteras principales (en la Galia, Tracia, el este y el Ilírico, respectivamente).

Magister officiorum — «Jefe de la administración.» Puesto similar al de jefe del funcionariado público actual, una de las más altas responsabilidades burocráticas del imperio.

Navicularii — Gremio de armadores navales subvencionado por el estado y cuyos miembros se encargaban del transporte de los artículos recaudados en especie en todo el imperio (véase *annona militaris*).

Notitia Dignitatum — Listado del imperio tardío en el que se consignan todos los dignatarios civiles y militares junto con el personal asignado a sus cargos. En buena parte, se refiere a una fecha situada en torno al año 395 d. C., pero el apartado relativo al imperio de Occidente se mantuvo parcialmente al día más o menos hasta el año 420 (véase *distributio numerorum*).

Numeri — «Regimientos.» Término básico con el que se designaban las unidades integrantes del ejército romano tardío.

Ostrogodos — Contingente godo nuevo y de gran tamaño creado por Valamiro (*c.* 455-467) y su sobrino Teodorico el Amalo (474-526) a partir de varios grupos independientes que ya existían con anterioridad. A veces se considera que son los mismos greutungos (encabezados anteriormente por Ermenrico) que llegaron al Danubio en el año 376, pero esto es un error.

Palatini — Funcionarios imperiales romanos del período tardío (su nombre deriva de *palatium*, palacio).

Pars melior humani generis — «La mejor agrupación del género humano», expresión con la que Símaco designa a la aristocracia senatorial de Roma.

Pars rustica, pars urbana — Las secciones «campestre» (es decir, dedicada a las labores agrícolas) y «urbana» (esto es, consagrada al esparcimiento «civilizado») de una villa romana normal.

Patricius — «Patricio.» Título honorífico que distinguía al comandante militar o al funcionario de alto rango que en el siglo V ejercía un poder real a la sombra del trono.

Pax Romana — La «paz romana»: se aplicaba al período imperial antiguo comprendido entre los años posteriores a las conquistas y los anteriores a la crisis del siglo III; *grosso modo* abarca la época que va de finales del siglo I a principios del siglo III d. C.

Possessores — La clase terrateniente por cuya voluntad y en cuyo beneficio operaba el imperio.

Præpositus sacri cubiculi — Eunuco que ocupaba el cargo de jefe de la casa imperial.

Præsentalis — Ejército central llamado «præsentalis» por estar estacionado «en presencia del emperador». Véase *magister militum*.

Primicerius notariorùm — «Notario mayor.» Alto funcionario del estado.

Primicerius sacri cubiculi — Eunuco de alto rango en la casa imperial.

Principales — Pequeña élite interna de la curia tardorromana que se valía del consejo ciudadano como vehículo para el medro y el beneficio personales.

Proskynesis — Protocolo ceremonial por el que una persona se arrojaba al suelo en el momento en que se la ponía ante la sagrada presencia del emperador.

Qæstor — Alto funcionario administrativo, cada vez más especializado en cuestiones legales.

Quinquennalia — Aniversario celebrado cada vez que transcurrían cinco años de reinado imperial (véase *aurum coronarium*).

Rationalis Ægypti — Funcionario de finanzas encargado de las fábricas de armas y de otras operaciones del estado romano en la provincia de Egipto.

Receptio (plural: *receptiones*) — Migraciones autorizadas de gran envergadura compuestas por extranjeros que ingresaban en suelo romano.

Reescrituras — Respuestas que el emperador daba, en la mitad inferior de una hoja de papiro, a las cuestiones legales que se le hubieran planteado en la mitad superior de esa misma hoja. Se contestaban anualmente varios cientos de consultas.

Relationes (singular: *relatio*) — Cartas oficiales dirigidas al emperador por Símaco en su calidad de prefecto urbano de la ciudad de Roma.*

Res Gestæ Divi Saporis — Inscripción titulada así, «Las gestas del divino Sapor», rey de Persia, y en la que se consignan sus victorias sobre los emperadores romanos del siglo III. El texto puede verse en Naqsh-e Rostam, siete kilómetros al norte de Persépolis.

Romanitas — Término latino que designa las pautas culturales características del imperio romano, equivalente a «condición romana», «civilización romana» y «romanismo».

Sasánidas — Dinastía de Oriente Próximo que unió Irán e Irak en el siglo III d. C. para crear una superpotencia capaz de rivalizar con el imperio romano.

Solidus (plural: *solidi*) — Moneda de oro romana que tuvo curso habitual desde los tiempos de Constantino en adelante. El peso de la moneda acuñada era de un setenta y dosavo de libra romana. También se acuñaban medios *solidi* y tercios de *solidi*.

Sortes Vandalorum — «Asignaciones de los vándalos.» Concesiones de tierras que hizo Giserico en la provincia del África proconsular a sus seguidores tras la toma de Cartago en 439, lo que implicó la correspondiente confiscación de las propiedades de los senadores romanos.

* Hay traducción castellana: *Informes*, traducción de José Antonio Valdés Gallego, Gredos, Madrid, 2003. *(N. de los t.)*

Spectabilis (plural: *spectabiles*) — Categoría senatorial intermedia de finales del siglo IV (véase *clarissimus* e *illustris*).

Testudo — «Tortuga.» Clásica formación de la infantería romana que permitía levantar un muro de escudos para conseguir protección por los flancos y sobre la cabeza.

Teutobergiensis Saltus — El bosque de Teutoburgo, donde Arminio tendió una emboscada y aniquiló a las tres legiones de Varo.

Visigodos — Grupo godo nuevo y de gran tamaño creado por Alarico I (que reinó entre los años 385 y 410) mediante la reunión de los grupos de tervingos y de greutungos que en el año 376 se habían presentado en el Danubio para solicitar asilo con los grupos de godos que habían seguido a Radagaiso al invadir éste Italia en los años 405 y 406. Este término se ha utilizado frecuentemente para designar a los tervingos anteriores al año 376 (es decir, a los pertenecientes a la época en que los acaudillaba Atanarico), pero esto es un error.

Notas

Abreviaturas

AM — *anno mundi*, año del mundo.
BC — *Book of Constitutions*, edición de Von Salis, 1892, traducción de Drew, 1972.
CAH 1.12 — *Cambridge Ancient History*, primera edición, vol. 12: *The Imperial Crisis and Recovery AD 193-324*, S. A. Cook *et al.*, (comps.), Cambridge, 1939.
CAH 2.7.2 — *Cambridge Ancient History*, segunda edición, vol. 7.2: *The Rise of Rome to 220 BC*, F. W. Walbank *et al.*, (comps.), Cambridge, 1989.
CAH 2.8 — *Cambridge Ancient History*, segunda edición, vol. 8: *Rome and the Mediterranean to 133 BC*, A. E. Astin *et al.*, (comps.), Cambridge, 1989.
CAH 2.9 — *Cambridge Ancient History*, segunda edición, vol. 9: *The Last Age of the Roman Republic 146-43 BC*, J. A. Crook *et al.*, (comps.), Cambridge, 1994.
CAH 2.10 — *Cambridge Ancient History*, segunda edición, vol. 10: *The Augustan Empire 43 BC-AD 69*, A. K. Bowman *et al.*, (comps.), Cambridge, 1996.
CAH 2.11 — *Cambridge Ancient History*, segunda edición, vol. 11: *The High Empire 70-192 AD*, A. K. Bowman *et al.*, (comps.), Cambridge, 2000.
CE — *Code of Euric*, en Zeumer, (comp.), 1902.
Chron. Gall. 452 — *Gallic Chronicle* of 452, en Mommsen, (comp.), 1892.
Chron. Gall. 511 — *Gallic Chronicle* of 511, en Mommsen, (comp.), 1892.
CIL — corpus inscriptionum latinarum.
CJ — *Codex Justinianus*, en Kreuger, (comp.), 1877.
CM 1, 2 —*Chronica Minora*, vols. 1 y 2, Mommsen, (comp.), 1892; 1894.
CMH 1.1 — *Cambridge Medieval History*, primera edición, vol. 1: *The Christian Empire*, J. B. Bury *et al.*, (comps.), Cambridge, 1911.
CTh — *Codex Theodosianus* (*Código teodosiano*), Mommsen y Kreuger, (comps.), 1905, traducción de Pharr, 1952.
fr., frr., — fragmento(s).
HE — *Ecclesiastical History* (*Historia Eclesiástica*).

ILT — P. Gauckler, (comp.), *Rapport sur des inscriptions latines découvertes en Tunisie de 1900 à 1905*, París, 1907.

MGH — Monumenta Germaniæ Historica.

Not. Dig. Occ. — *Notitia Dignitatum*, imperio de Occidente, en Seeck, (comp.), 1876.

Not. Dig. Or. — *Notitia Dignitatum*, imperio de Oriente, en Seeck, (comp.), 1876.

Nov. Theod. — *Novels of the Emperor Theodosius II*, en Mommsen y Kreuger, (comps.), 1905, traducción de Pharr, 1952.

Nov. Val. — *Novels of the Emperor Valentinian III*, en Mommsen y Kreuger, (comps.), 1905, traducción de Pharr, 1952.

Or. — *Oration, Orationes.*

P. Columbia 123 — Papiro perteneciente a la colección de la Universidad de Columbia designado con el número 123, W. L. Westermann y A. A. Schiller (comps.), *Apokrimata: Decisions of Septimius Severus on Legal Matters*, Nueva York, 1954.

P. Ital. — J. O. Tjader, (comp.), *Die nichtliterarischen lateinischen Papyri Italiens aus der Zeit 445-700*, 3 vols., Lund, 1954-1982.

Pan. Lat. — *Latin Prose Panegyrics*, edición y traducción de Nixon y Rogers, 1994.

PLRE 1 — A. H. M. Jones *et al.*, (comps.), *The Prosopography of the Later Roman Empire*, vol. 1, *AD 260-395*, Cambridge, 1971.

PLRE 2 — J. R. Martindale, (comp.), *The Prosopography of the Later Roman Empire*, vol. 2, *AD 395-527*, Cambridge, 1980.

ref., refs. — referencia(s).

s. a. — *sub anno*, en el año de.

Notas a la introducción

1. O *fibulæ*, según se las conoce en la literatura académica.

2. Los volúmenes publicados por el proyecto de la Fundación Europea de la Ciencia podrían valer como metáfora de la situación general en que se encuentra el conocimiento académico: comprenden una multiplicidad de ensayos estimulantes pero ninguna visión de conjunto (aunque, por supuesto, no era ése su objeto).

3. La verdad de esta afirmación queda inmediatamente patente en los capítulos que se dedican a los siglos IV y V en el último volumen de la clásica *Cambridge Ancient History* y el primer volumen de la conocida *Cambridge Medieval History*, ambas publicadas en la década de 1910. Y si dicha verdad se hace patente se debe a que las dos obras destacan los mismos argumentos ortodoxos sobre el carácter inevitable del declive y la caída de Roma. En esencia, nadie ha tratado de rebatir ninguno de los dos textos hasta la década de 1960.

4. Al decir esto, no trato de criticar en absoluto proyectos como el de «La transformación del mundo romano». El objetivo de estas investigaciones era hacer progresar el conocimiento y la comprensión de los participantes, poniéndoles para

ello en contacto con el trabajo especializado de otros autores, y darles la posibilidad, al proceder de este modo, de realizar mejor su propia labor. Las obras reflejan ese propósito y puedo atestiguar con gratitud que aprendí una enormidad durante los cinco venturosos años en que participé en el proyecto.

1

Los romanos

1. César, *Guerra de las Galias*, 6. 1. [Hay traducción castellana: traducción de Valentín García Yebra e Hipólito Escobar Sobrino, Gredos, Madrid, 2000. *(N. de los t.)*]

2. *Guerra de las Galias*, 3.37.

3. Sobre el paso de San Bernardo, véase la *Guerra de las Galias*, 3. 1-6. Sobre Alesia, véase la *Guerra de las Galias*, 7. 57 y ss. Sobre Uxellodunum, véase la *Guerra de las Galias*, 8. 33 y ss. Para profundizar en las lecturas sobre el ejército romano y sus métodos de entrenamiento, véase *CAH* 2.10, capítulo 11 y *CAH* 2.11, capítulo 9.

4. Hubo algunos añadidos. Las zonas comprendidas entre el alto Rin y el alto Danubio —la prominencia del Taunus/Wetterau y la región de Neckar— fueron anexionadas antes de que terminase el siglo. En tiempos de Trajano se agregó una extensión muy superior. A comienzos del siglo II, Trajano lanzó una serie de campañas (en los años 101-102 y 105-106) que terminaron incorporando al imperio la totalidad de la Dacia transilvana. El emperador Aureliano abandonó este territorio (antes del año 275). En *CAH* 2.7.2, capítulos 8-10 pueden hallarse buenas exposiciones generales del ascenso de Roma.

5. Sobre Acco, véase la *Guerra de las Galias*, 6. 44. Sobre Avaricum, véase la *Guerra de las Galias*, 7. 27-28.

6. Sobre Induciomaro, *Guerra de las Galias*, 5. 58. 4-6. Sobre Catuvoleo, *Guerra de las Galias*, 6. 31. Sobre Ambiorix, *Guerra de las Galias*, 8. 25. 1.

7. Gibbon, 1897, pp. 160 y ss. Jones, 1964, capítulo 25. Son varios los estudios que han examinado las distintas explicaciones de la caída del imperio ofrecidas a lo largo de los años, véase por ejemplo Demandt, 1984 o Kagan, 1992.

8. Sobre Roma, véase, entre otras muchas posibilidades, Krautheimer, 1990, que contiene buenas referencias. Sobre Ostia, véase Meiggs, 1973. Más adelante, en el capítulo 6, se aborda con más detalle lo ocurrido en Cartago. Cornell y Matthews, 1982, son una excelente introducción a la historia del imperio.

9. Por regla general se considera que la República romana duró hasta el reinado de Augusto, el primer emperador romano, pese a que Augusto conservara muchas de las disposiciones constitucionales republicanas. Antes incluso de su reinado, Roma ya había adquirido territorios en ultramar mediante conquista, y debe reconocerse por tanto su carácter de potencia imperial.

10. Sobre Símaco en particular, véase Matthews, 1974. Para unas notas detalladas, véanse la nueva traducción francesa de sus obras —Callu, 1972-2002— y los volúmenes en preparación del proyecto de comentario italiano. Matthews, 1975, Arnheim, 1972 y Chastagnol, 1960 son buenas introducciones para el conocimiento de los senadores de Roma de la época antigua.

11. Símaco, *Cartas*, libro I, 52, 1. [La traducción castellana procede de: *Cartas*, introducciones, traducción y notas de José Antonio Valdés Gallego, Gredos, Madrid, 2000-2003, 2 vols. *(N. de los t.)*]

12. Por ejemplo, «B sigue —siempre— a A», o «En el futuro, B seguirá siempre a A», o «Dadas ciertas condiciones, B podría seguir a A».

13. Sobre Paladio, véase Símaco, *Cartas*, I, 15. Para una información más general sobre este tipo de educación, véase el excelente estudio de Kaster, 1988.

14. *Cartas*, I, 1.

15. Tras su muerte se apreciaron menos sus discursos que sus cartas: los siete que han llegado hasta nosotros se conservan en un manuscrito dañado que en su origen pudo haber contenido muchos más.

16. Lo que en principio eran comentarios marginales de los grandes de Roma terminaba a veces siendo incorporado por error al texto propiamente dicho, lo que enfrenta a los editores actuales a la tarea, en ocasiones complicada, de distinguir el texto original de los comentarios posteriores. Tras la muerte de Símaco, Macrobio retomó en las *Saturnales* los ideales literarios y filosóficos de Símaco y sus amigos en forma de un diálogo de ficción al objeto de poder transmitir a su hijo una versión enlatada de la herencia clásica. Sobre las raíces antiguas de la tradición erudita que aún seguía vigente en esa época y que salvó muchos textos clásicos, véase Matthews, 1975, capítulo 1.

17. Homes Dudden, 1935, p. 39. En opinión de Boissier, 1891, vol. 2, p. 183, son las «epístolas más insípidas de la lengua latina».

18. Sobre las excusas, véase Símaco, *Cartas*, III, 4. Buena parte de las reglas protocolarias entonces predominantes aparecen consignadas en Matthews, 1974 y en Bruggisser, 1993.

19. Sobre César, véase Adcock, 1956. La bibliografía sobre Cicerón es enorme, pero véase por ejemplo la obra de Rawson, 1975 y, en fecha más reciente y centrada en su oratoria, la de Fantham, 2004.

20. Sobre la comida, véase Amiano 27. 3. 8-9. Sobre el vino, Amiano 27. 3. 4. [La traducción castellana procede de su *Historia*, edición y traducción de María Luisa Harto Trujillo, Akal, Madrid, 2002. *(N. de los t.)*]

21. Símaco, *Cartas*, V, 62.

22. Símaco, *Cartas*, VI, 33 y VI, 42.

23. Símaco, *Cartas*, IV, 4. 58-62 y V, 56.

24. Símaco, *Cartas*, VI, 43.

25. Sobre la ideología, véase Dvornik, 1966. Para una introducción a la vida ceremonial del imperio, véase Matthews, 1989, capítulos 11-12 y MacCormack, 1981. La cita es de Amiano, 16. 10. 10.

26. Sobre el desarrollo del derecho romano, véase Robinson, 1997; Honoré, 1994; y Millar, 1992, capítulos 7-8. Sobre los impuestos, Millar, 1992, capítulo 4 y Jones, 1964, capítulo 13.

27. Los dos títulos imperiales más importantes del período tardío eran el de Augusto y el de César, ambos derivados de nombres de personas (Julio César y su sobrino Augusto). En el siglo IV, Augusto pasó a ser el título que adoptaban los emperadores más importantes, mientras que el de César quedaba reservado a sus colegas subordinados.

28. Matthews, 1989, p. 235, contiene buenas referencias.

29. Temistio, *Or.* 6. 83c-d.

30. Sobre el desarrollo general de la burocracia imperial, véase Millar, 1992, especialmente los capítulos 2 y 5 y Matthews, 1989, capítulo 11.

31. *Pan. Lat.* 6. 22. 6.

32. Las obras de Jones, 1964; Elton, 1996b y Whitby, 2002, son introducciones útiles para el conocimiento del ejército tardorromano.

33. Sobre el crecimiento de la burocracia, véase Matthews, 1975, capítulos 2 a 4 y Heather, 1994b.

34. El incidente de Teodoro aparece narrado por extenso en las fuentes, véase Amiano 29. 1. Hay una lista completa en *PLRE* 1, p. 898.

35. Las razones profundas que explican esta evolución aparecen bien examinadas en *CAH* 2.11, capítulo 4.

36. Un contemporáneo de Símaco que aparece citado en la colección de cartas, Petronio Probo, fue, por ejemplo, prefecto pretoriano (aproximadamente el equivalente de un primer ministro) de Italia, África y los Balcanes occidentales durante un total de unos ocho años, en dos épocas distintas.

37. Para una introducción relacionada con esta evolución, véase Jones, 1964, capítulo 18; Dagron, 1974 y Heather, 1994b.

38. Sobre el desarrollo general de Tréveris, véase Wightman, 1967.

39. Los discursos que se leían con ocasión de la entrega de la corona de oro eran más cortos de lo que se tenía por norma en el imperio, presumiblemente porque al ser muy numerosos —uno por cada ciudad imperial— la persona del emperador podía terminar imperialmente desquiciada si se extendían demasiado.

40. La bibliografía sobre las ciudades del imperio romano es enorme, pero si se desea una introducción para conocer su importancia —física, administrativa y política—, véase Jones, 1964, capítulo 19.

41. Sobre Konz y las villas del Mosela, véase Wightman, 1967, capítulo 4. La literatura sobre la villa como fenómeno cultural es tan abundante como la relativa a las ciudades, pero véase por ejemplo la obra de Percival, 1976.

42. *Cartas*, IX, 88. El primero que identificó esta carta fue S. Roda: véase su trabajo de 1981.

43. Sobre el carácter latino de Ausonio, véase Green, 1991. El abuelo materno de Ausonio era un importante terrateniente que pertenecía al grupo de los

eduos del centro de la Galia. El hermano de su madre era un retórico de éxito que llegó a ser tutor, en la corte, de uno de los familiares que el emperador Constantino tenía en Constantinopla. Ausonio es menos explícito respecto a los antepasados de su padre, lo que ha despertado las sospechas de que pudieran no haber sido tan respetables, pero su padre era un médico que poseía tierras en el suroeste de la Galia y su tío había hecho fortuna en el comercio.

44. Para Aristóteles, en eso consistía la única vida buena, y alguien que viviera aislado en sus tierras estaba abocado a volverse menos racional. Nuestra palabra «idiota» viene del griego *idiotes*, voz que designa a alguien que rehúye participar en este tipo de comunidad local.

45. González, 1986, traducción de M. H. Crawford.

46. Las villas estaban siempre divididas en la *pars rustica* (la «sección campestre», o dedicada a las labores agrícolas) y la *pars urbana* (o «sección urbana», esto es, la consagrada a la vida «civilizada»). La *pars urbana* incluía importantes habitaciones públicas en las que relacionarse con los miembros de la misma clase, y también termas, así que la vida en la villa era cualquier cosa menos idiota. Hay muchos buenos estudios sobre las adaptaciones ideológicas que implicaba el hecho de hacerse romano. Véase por ejemplo Woolf, 1998; Keay y Terrenato, 2001; y D. J. Mattingly, 2002.

47. Símaco, *Cartas*, I, 14.

48. Las siguientes tres citas proceden del poema *Mosela*, versos 161-167, 335-348, 399-404. [Hay traducción castellana: *Obras*, 2 vols., traducción, introducción y notas de Antonio Alvar Ezquerra, Gredos, Madrid, 1990, vol 2. *(N. de los t.)*]

49. La contribución de Quintiliano a la tradición latina se estudia por ejemplo en Leeman, 1963.

50. Valiéndome de la obra *Concordance to Symmachus* de Lomanto, 1983, yo cuento en su correspondencia veinte menciones a Bayas y sus placeres.

51. *Cartas*, I, 14.

52. Según el experto en este tema —Jones, 1984, p. 528—, hacia el año 370, «aún se seguía otorgando la distinción de tercera clase de la *comitiva* [la orden de los condes], pero a personas de origen muy humilde, a los decuriones que habían satisfecho las obligaciones que les vinculaban con sus ciudades, y a los patronos de los gremios de panaderos y de carniceros de Roma».

53. Sobre la extraordinaria ascensión de Ausonio a una posición destacada, véase Matthews, 1975, capítulo 3.

2

Los bárbaros

1. Tácito, *Anales*, libro I, 61, 1-6. [La traducción es de Crescente López de Juan, también autor del prólogo y las notas de la edición castellana, Alianza, Madrid, 1993. *(N. de los t.)*]

2. Wells, 2003, en especial los capítulos 2 a 3 y los apéndices, es una buena introducción al mito de Arminio y a los recientes hallazgos arqueológicos. Su relato de la batalla, sin embargo, es muy extraño, ya que concibe una masacre que se termina en una hora y al mismo tiempo no hace comentario alguno sobre el hecho de que la mejor fuente señale que los combates se prolongaron durante cuatro largos días y se libraron en una extensión de terreno considerablemente amplia. Véase Cassius Dio 56. 19-22 (ninguna otra fuente contradice a Dio).

3. Dahn, 1861-1909 y 1877.

4. Whittaker, 1994, es un excelente estudio que pone de manifiesto las diferencias estratégicas existentes entre las distintas fronteras.

5. Éstas son las palabras de Kossinna en la traducción de 1926 titulada *The Origin of the Germani*: «las provincias arqueológicas claramente definidas y de características marcadas y bien delimitadas corresponden incuestionablemente a los territorios de pueblos y tribus concretos». En el mundo anglófono, las ideas de Kossinna alcanzaron su mayor difusión e influencia por medio de las obras de V. Gordon Childe, 1926 y 1927. Para una introducción a las nuevas y recientes interpretaciones del significado de las zonas culturales arqueológicas, véase Renfrew y Bahn, 1991.

6. Sobre Ariovisto, véase, César, *Guerra de las Galias*, 1. 31-53; sobre Veleda, véase Tácito, *Historias*, IV, 61, 65 y V, 22, 24. Todd, 1975 y 1992; y Hachmann, 1971, son introducciones útiles para conocer la primitiva sociedad germánica.

7. Para los brúcteros, véase Tácito, *Germania* 33; para los ampsivarios, *Anales* libro XIII, 56. [Hay traducción castellana: traducción de Crescente López de Juan, Alianza, Madrid, 1993. *(N. de los t.)*]

8. *Anales*, libro I, 68.

9. Elton, 1996b, pp. 66-69.

10. Estrabón 4. 5. 3.

11. Sobre la expansión china, véase por ejemplo Lattimore, 1940. Para una introducción a la cultura de los *oppida*, véase Cunliffe y Rowley, 1976 y Cunliffe, 1997. Sobre la cultura de Jastorf, véase Schutz, 1983, capítulo 6. Sobre la adopción de las formas culturales de La Tène por los germanos, véase Hachmann *et al.*, 1962. Se ha escrito mucho sobre la dinámica de la expansión imperial romana, pero como introducción debe verse *CAH* 2.9, en especial el capítulo 8a; *CAH* 2.10, en particular los capítulos 4 y 15; Isaac, 1992, sobre todo el capítulo 9; y Whittaker, 1994, los capítulos 2 y 3. Los estudios actuales han mostrado que el proceso fue mucho más anárquico que el que permitían suponer los antiguos planteamientos, ya que éstos suponían que las conquistas se ceñían a un plan.

12. Traducción de Dodgeon y Lieu, 1991, pp. 43-46, 50 y 57.

13. Para una introducción a la historia del Oriente Próximo de la primitiva época imperial, véase Millar, 1993.

14. *Chronicon Paschale*, p. 510.

15. Sobre la revolución sasánida, véase Christiansen, 1944; Howard Johnson, 1995; McAdams, 1965; y Dodgeon y Lieu, 1991.

16. Para las cifras globales, véase Agatias, *Historia*, V, 13; y John Lydus, *On the Months (de Mensibus)*, I, 27. Para un debate de alcance general, véase Jones, 1964, pp. 679-686 (donde el autor se muestra inclinado a aceptar que se produjo un incremento que hizo que, después de Diocleciano, la cifra llegara a los seiscientos mil hombres); Hoffmann, 1969; Elton, 1996a; y Whitby, 2002. Los muy difundidos argumentos de MacMullen, 1963, sobre la ineficacia militar de los *limitanei* han sido superados.

17. Sobre las confiscaciones de los fondos de las ciudades, véase Crawford, 1975, que aún sigue suscitando controversias. Constancio devolvió una cuarta parte a las ciudades de África, y Valentiniano y Valente la tercera parte a la totalidad de las ciudades: véase Jones, 1964, capítulo 19.

18. Sobre estas medidas, véase Jones, 1964, especialmente el capítulo 13 y las pp. 623-630.

19. La única excepción, una severa derrota sufrida por los romanos en el año 363, fue consecuencia de la excesiva ambición del emperador Juliano, asunto sobre el que volveremos en un momento. Para las relaciones entre Roma y Persia en el siglo IV, véase por ejemplo Dodgeon y Lieu, 1991; y Matthews, 1989, capítulos 4 y 7.

20. Para una introducción que permita conocer mejor estos acontecimientos del siglo III, véase Jones, 1964, capítulo 1; y Drinkwater, 1987.

21. Esta cita se encuentra en Amiano, 28. 5. 4, y las dos siguientes en 28. 5. 7.

22. Este extremo fue mencionado por dos asesores políticos de la época (*Pan. Lat.* 7. 10 y ss.; 10. 16. 5-6) y transformado después en una de las principales crónicas históricas del siglo IV: véase Eutropio 10. 3. 2.

23. Símaco, *Informes*, 47.

24. Temistio, *Or.* 10. 131b-c. Sobre Temistio y su carrera, véase Heather y Moncur, 2001, en especial el capítulo 1.

25. Las construcciones ideológicas romanas sobre los bárbaros derivaban directamente de las de los griegos. Véase por ejemplo Dauge, 1981 y Ferris, 2002.

26. Calo Levi, 1952 y MacCormick, 1986, entre otros muchos, subrayan la importancia de la victoria.

27. Sobre la campaña, véase Temistio, *Or.* 5. 66a-c, junto con Matthews, 1989, capítulo 7, y Smith, 1999.

28. Temistio, *Or.* 6. 73c-75a.

29. Las siguientes dos citas son de Temistio, *Or.* 10. 205a-b, y 10. 202d-203a.

30. Para un análisis completo de las diferentes circunstancias de la paz que establecieron con los godos Constantino en el año 332 y Valente en el 369, véase Heather, 1991, capítulo 3, donde se encontrarán abundantes referencias. El discurso consignado en Temistio, *Or.* 8. 116, pronunciado en marzo de 368, alude a la llegada del príncipe íbero* Bacurio al cuartel general de Valente y sitúa la fecha del comienzo de las maniobras de Cosroes en medio de las guerras góticas. El desarrollo de la otra cumbre fluvial del siglo IV aparece narrada en Amiano 30. 3.

* De la Iberia caucásica, en la actual Georgia. *(N. de los t.)*

31. En Amiano 27. 5. 9 y en Zósimo 4. 11. 4 se dice que el tratado del año 369 fue un resultado razonable para la guerra. Incluso después de haber derrotado a los alamanes en la década de 350, el emperador Juliano siguió incluyendo los presentes anuales entre las cláusulas de los tratados de paz que negoció con sus distintos reyes: véase Heather, 2001; y consúltese Klöse, 1934, para un gran número de ejemplos anteriores. Después de la victoria obtenida por Constantino sobre los godos en el año 332, éstos aportaron en cuatro ocasiones un contingente compuesto quizá por unos tres mil hombres (lo que no es una cifra pequeña si tenemos en cuenta que las fuerzas expedicionarias ascendían probablemente a unos veinte o treinta mil soldados): en el año 348 (Libanios *Or.* 59. 89), en el año 360 (Amiano 20. 8. 1), en el 363 (Amiano 23. 2. 7) y en el 365 (Amiano 26. 10. 3).

32. Sobre la estatua, véase Temistio, *Or.* 15. 191a. Sobre el juramento, véase Amiano 27. 5. 9. Sobre la utilización de rehenes, véase Braund, 1984. La influencia cultural no siempre ejercía el efecto deseado. Tres siglos y medio antes, Arminio había prestado servicio como oficial romano de las fuerzas auxiliares antes de maquinar la aniquilación de Varo.

33. Sobre estos dos manuscritos, véase, respectivamente, Tjäder, 1972 y Gryson, 1980.

34. Las dos fuentes principales sobre Ulfila —la carta de Auxencio y el fragmento 2. 5 de la historia de la Iglesia de Filostorgio— plantean un problema relacionado con la fecha de su ordenación y la época de su estancia en Gocia. Véase Heather y Matthews, 1991, capítulo 5, donde podrán hallarse referencias y traducciones que permiten seguir el razonamiento que subyace a la solución que considero más probable. Para información sobre la existencia de una comunidad similar de prisioneros romanos entre los ávaros del siglo VII, véase *Miracles of St Demetrius*, pp. 285-286.

35. El texto del Evangelio contenido en el *Codex Argenteus* ha preservado más o menos intacta la obra de Ulfila, mientras que, por el contrario, tras la muerte de éste, hubo terceras personas que realizaron retoques en los textos de las Epístolas: véase Friedrichsen, 1926 y 1939. Antes de Ulfila, los godos utilizaban las runas con fines adivinatorios y con otro tipo de metas definidas, pero como ya se ha indicado en otro lugar, el godo como lengua escrita no existía. Ulfila tuvo que comenzar por concebir un alfabeto para dicha lengua, cosa que logró inspirándose ampliamente en el griego —al que añadió unos cuantos signos para la representación de algunos sonidos peculiares del godo—, antes de verter la Biblia a la lengua que había creado.

36. Para una introducción a estos debates teológicos y a estas maniobras, véase Hanson, 1988 y Kopecek, 1979.

37. Para estas cifras, véase Amiano 16. 12. 26 y 63; para hacerse una idea de la batalla, véase la totalidad del apartado 16. 12. de Amiano.

38. Para la teoría y la práctica de estos tratados, véase Heather, 2001.

39. Sobre Chonodomario, véase Amiano 16. 12. Sobre Macriano, Amiano 29. 4. 2. Sobre las guerras de los alamanes, los burgundios y los francos, véase Amiano 28. 5. 9-10 y 30. 3. 7.

40. Tradicionalmente se considera que no había más que dos grupos, el de los visigodos y el de los ostrogodos, pero esto es un anacronismo. Como veremos en el capítulo 5, la habitual identificación de los tervingos con los visigodos no se sostiene: estos últimos fueron creados en suelo romano durante el reinado de Alarico, en la década de 390.

41. Las pruebas consisten en una mezcla de materiales escritos y arqueológicos, Heather, 1996, capítulo 3.

42. Hay pocas pruebas arqueológicas, pero las pruebas lingüísticas son mucho más sólidas. La lengua burgundia del siglo V y principios del siglo VI posee claramente más rasgos característicos del germánico oriental que del occidental, pese al hecho de que los burgundios vivieran en esa época en el oeste (véase la obra de Haubrichs, en preparación).

43. Sobre los subgrupos francos, véase Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, 2. 9. Sobre Estrasburgo, véase Amiano 16. 12. Sobre Chonodomario y Macriano, véase más arriba la nota 39. Sobre Vadomario, véase Amiano 21. 3-4. Una de las fuentes —Ambrosio, en *El Espíritu Santo*, prólogo 17— se refiere a Atanarico como al «juez de los reyes», y la confederación de los tervingos contenía un buen número de «reyes» subordinados (es probable que los términos griego y latino traduzcan aquí la voz germánica *reiks*, cuyo significado se acercaba posiblemente más al de «noble» que al de «monarca»).

44. Sobre Wijster y Feddersen Wierde, véase Van Es, 1967 y Haarnagel, 1979. Para una más amplia serie de pruebas y un buen número de referencias, véase Heather, 1996, capítulo 3.

45. Sobre Polonia, véase Urbancyzk, 1997, p. 40. Sobre la alfarería y los peines godos, véase Heather y Matthews, 1991, capítulo 3, donde se hallarán referencias. Sobre los objetos de vidrio, véase Rau, 1972. Para una ampliación del debate sobre este particular, consúltense las obras de Hedeager, 1987 y Heather, 1996, capítulo 3.

46. Heather, 1996, pp. 65-75, donde se hallarán referencias.

47. Sobre los tervingos, véase Wolfram, 1988, pp. 62 y ss.

48. Heather, 1996, pp. 66, 70-72, donde se hallarán abundantes referencias.

49. Ørsnes, 1968. Véase también Hedeager, 1987, donde se hallarán referencias.

50. Amiano 16. 12. 60.

51. *Passion of St Saba*, 4. 4, 7. 1-5.

52. *Anales*, libro XIII, 57.

53. Sobre las pruebas halladas en la Europa continental, véase Heather, 2000 y Wickham, 1992. Sobre los anglosajones, véase Harke, 1990. Un cierto número de los que fueron enterrados junto a las armas quizá no pudiera combatir. Entre ellos destaca un individuo con espina bífida que probablemente no podía siquiera andar.

54. En los códigos legales visigodos y francos de los siglos VI y VII se hace alusión a los hombres libres militarizados que existían entre los germanos, y también figuran en las pruebas de carácter literario de los siglos V y VI: véase Heather, 1996, Apéndice 2 y Heather, 2000.

55. Wormald, 1999, capítulo 2.
56. *Passion of St Saba, passim.*
57. Tácito, *Anales*, XII. 25.
58. Amiano 17. 12. 9.

3

Los límites del imperio

1. Amiano 28. 6. 26. [La destitución figura en 28. 6. 5. *(N. de los t.)*]

2. Probablemente las que se adeudaban desde el acceso de Valentiniano al trono en el año 364. Las ofrendas de coronas de oro, como la que le llevó Símaco a Valentiniano en el año 369 (véase el capítulo 1), se utilizaban para financiar estos pagos.

3. Sobre los ingresos del ejército, véase Jones, 1964, capítulo 19. Sobre el dinero extraviado, véase Símaco, *Informes*, 23. MacMullen, 1988, cataloga con todo cuidado muchas de las estafas documentadas.

4. Libanios, *Letters*, 66. 2 —traducido al inglés en Norman, 1992, donde aparece como *Letter 52*—. Sobre los comentarios de Temistio relacionados con los amigos del emperador, véase por ejemplo *Or.* 1. 10 c y ss. Sobre las relaciones y la posición, véase Matthews, 1975, en especial los capítulos 1-2.

5. La creación del imperio romano había sido el resultado del vínculo existente entre los ingresos procedentes de ultramar y su influencia política (véase el capítulo 2). Lo mismo puede decirse del imperio británico: véase Ferguson, 2001. Sobre Valentiniano y la corrupción, véase Amiano 30. 9.

6. El archivo de Teófanes aparece publicado y debatido en Roberts y Turner, 1952, pp. 104-156.

7. Entre los que se cuenta el Chanel n.° 5, según informaciones fiables.

8. Muchas colecciones de cartas —incluyendo las de Símaco— dejan traslucir signos de haber sido reunidas a partir de originales almacenados de ese modo, y también los archivos del papado primitivo (que según consideración habitual reflejan las prácticas del gobierno tardorromano) operaban sin duda de esa forma (véase Noble, 1990 y Markus, 1997, Apéndice). Para hallar algo, por tanto, uno debía saber a qué año pertenecía. No hay signo alguno que indique la existencia de ningún intento tendente a la puesta en marcha de un sistema de referencias cruzadas por asunto o por emplazamiento. Kelly, 1994, examina la parte conocida de los archivos imperiales de Constantinopla.

9. Para decidir el importe de la contribución fiscal de una ciudad se dividían las tierras que componían los recursos de cada *civitas* en unidades llamadas *iugera* (singular: *iugum*). El *iugum* era una unidad de valor, no de tamaño, de modo que el *iugum* de una tierra de buena calidad era inferior al *iugum* de un terreno de calidad

más pobre. Se asignaba a cada *iugum* un mismo valor de producción anual y se le imputaba la misma cantidad de impuestos. La decisión del número total de *iugera* de que debía constar cada ciudad era una tarea que correspondía al gobierno central y requería una exhaustiva medición topográfica de los activos agrícolas (medición que, según nuestras fuentes, suscitaba muchas quejas). Lo cierto es que esta valoración ni siquiera se efectuaba con uniformidad en la totalidad del imperio. En Siria, los asesores distinguían tres calidades distintas de tierras cultivables y dos tipos de tierras olivareras. En otros lugares se aplicaba una distinción mucho más simple entre tierras cultivables y tierras de pasto. Y en Egipto y el norte de África se calculaban aproximadamente las nuevas unidades impositivas sobre la base de las mediciones de tierras realizadas con anterioridad y no se procedió a ninguna revisión, presumiblemente, por una parte, porque era demasiado difícil, y por otra, porque podría haber despertado resistencias. De manera similar, el reparto de la contribución por propietarios tampoco se aplicaba de forma igualitaria en todo el imperio, ya que en unas ocasiones se imputaba a los plebeyos de las ciudades y del campo, y en otras únicamente a estos últimos. Sobre los detalles del sistema fiscal romano, véase Jones, 1964, capítulo 13.

10. Se sabe por ejemplo que la determinación que las empujaba a construir el tipo de edificios susceptible de garantizar la concesión de la necesaria carta constitucional llevaba a las comunidades locales a contraer deudas. En este contexto, el caso de Irni en Hispania resulta muy interesante. Hasta la fecha, los arqueólogos no han logrado identificar el lugar de su emplazamiento, lo que da fe de lo poco llamativos que son los restos dispersos por sus inmediaciones. De este modo, y a pesar de su hermosa Constitución, uno comienza a preguntarse si alguna vez fue algo más que una ciudad de carácter meramente nominal o legal.

11. *P. Columbia* 123. Véase Millar, 1992, p. 245 y Honoré, 1994.

12. *CTh* 1. 2.

13. En el capítulo 25 de su obra de 1964, Jones sostiene la tesis más estimada y coherente de este tipo de análisis. En algunas obras pertenecientes a la literatura anterior, la posición ortodoxa se expresa en términos más estridentes: véase Rostovtzeff, 1957; *CAH* 1.12, en especial el capítulo 7; y *CMH* 1.1., en particular el capítulo 19.

14. Para la tesis habitual de la «fuga de curiales», véase Jones, 1964, pp. 737-763, que comenta sobre todo la enorme cantidad de legislación recogida en el *CTh* 12. 1.

15. Sobre el fenómeno de las *agri deserti*, véase Jones, 1964, pp. 812-823. Sobre la sujeción del campesinado a la tierra, véase Jones, 1964, pp. 795-812.

16. La publicación más completa de sus hallazgos se encuentra en Tchalenko, 1953-1958. Otros trabajos más recientes han sugerido que algunas de las conclusiones de dicha obra relativas al origen de la prosperidad de estas aldeas han de ser revisadas, pero no el supuesto básico que las sostiene (véase por ejemplo Tate, 1989).

17. He visto manejar cifras situadas entre los cinco y los ocho millones de personas.

18. Los resúmenes y los debates recientes sobre las pruebas que han aflorado con estas investigaciones se encuentran en Lewitt, 1991; Whittaker y Garnsey, 1998; Ward Perkins, 2000; y Duncan Jones, 2003.

19. En la Inglaterra medieval (aproximadamente hasta el año 1300), las ataduras de la condición de siervo se volvieron más férreas a medida que fue creciendo la población y la necesidad de tierras de los campesinos, pero se debilitaron tras la peste negra, ya que en esa época los terratenientes precisaban más mano de obra que tierras. Para una revisión del planteamiento de las *agri deserti*, véase Whittaker, 1976. Sobre los impuestos y la agricultura de subsistencia, véase Hopkins, 1980.

20. En las capitales del imperio como Tréveris, Antioquía y Constantinopla fueron funcionarios del más alto nivel, y en las ciudades regionales, como Afrodisias, en el suroeste del Asia Menor, se trató en cambio de funcionarios de menor rango. Sobre esta evolución de los acontecimientos, véase por ejemplo Jones, 1964, capítulo 19 y Roueché, 1989.

21. Algunos historiadores antiguos utilizan el término «euergotismo», o «buenas obras», derivado del griego, para designar los alardes de competitividad local que se realizaban a principios de la época romana y que han quedado conmemorados en los miles y miles de inscripciones de los primeros dos siglos y medio posteriores a Cristo que han llegado hasta nosotros. Aunque sólo sea parcialmente, este término resulta un eufemismo.

22. Libanios, *Or.* 42. 24-25.

23. Sobre las listas de espera, véase *CTh* 6. 30. 16. Véase también Libanios, *Letters*, pp. 358-359, 365-366, 362, 875-876. Para un nuevo planteamiento del problema, véase Heather, 1994b, donde se hallarán abundantes referencias.

24. En las pequeñas ciudades del imperio, los principales perjudicados, entre otros, fueron los constructores y los grabadores de inscripciones.

25. Sobre la eficiencia, véase Elton 1996a y Whitby 2002. Entre los grupos exteriores que aportaron contingentes para la campaña figuraban los godos tervingos (véase el capítulo 2). El cambio radical, y verdaderamente perjudicial, se produjo después del año 382, cuando el imperio reclutó grandes contingentes de tropa entre los grupos bárbaros que se habían establecido en suelo romano y que empezaban a actuar como fuerzas políticas centrífugas (véanse los capítulos 4 y 5). Buena parte de las argumentaciones tradicionales se ha centrado en la conducta y la lealtad de los generales y políticos de origen no romano que habían ascendido a puestos de gran influencia. Pese a que se les llamara «bárbaros», muchos de ellos, como Estilicón, eran inmigrantes de segunda generación, y por consiguiente romanos. Y en cualquier caso, la conducta de tales hombres no revela el menor signo de deslealtad. Sobre Estilicón en particular, véanse, para mayor detalle, las pp. 216 y ss.

26. Gibbon, 1897, vol. 4 —titulado *General Observations on the Fall of the Roman Empire in the West*—, pp. 162-163. [Hay traducción castellana: *Historia de la*

decadencia y ruina del imperio romano, Ediciones Turner, Madrid, 1984, 5 vols. *(N. de los t.)*]

27. Liebeschuetz, 1972, pp. 37-38, pp. 104-105.

28. Sobre la acuñación de monedas, véase Calo Levi, 1952. Sobre Úrsulo, véase Amiano 20. 11. 5 y 22. 3. 7-8. Sobre la reducción de impuestos, véase Jones, 1964, pp. 462 y ss. Este autor, en mi opinión, tiende a dar demasiada importancia a lo que no es más que una conducta humana muy normal.

29. Sobre los gramáticos, véase Agustín, *Confesiones*, en especial los libros II y IV. [La traducción castellana es de Eugenio de Zeballos, Jorge A. Mestas, Madrid, 2004. *(N. de los t.)*] Esta revolución cultural se ha estudiado mucho en los últimos años, y en particular se ha hecho hincapié en los casos de Melania la joven y de Paulino de Nola. Para una introducción, véanse las muchas obras de P. R. L. Brown, en especial las de los años 1981 y 1995, así como las de Markus, 1990 y Trout, 1999.

30. Algunas cláusulas del *Código teodosiano* —*CTh* 16. 5. 42— prohibían que los paganos formaran parte de la servidumbre del emperador. Sobre las ideologías del imperio cristiano, véase Dvornik, 1966.

31. La historia de este manuscrito notable queda referida en Matthews, 2000, capítulo 3.

32. Había en ese momento dos emperadores, Valentiniano III en Occidente y Teodosio II en Oriente.

33. En los papiros egipcios mencionados más arriba (véanse las páginas 142-143) se han conservado pruebas de algunas aclamaciones interesantes, véase Jones, 1964, pp. 722 y ss.

34. Los estudios académicos se han concentrado en la cristianización del imperio, así que aún no tenemos el relato completo de la otra cara de la moneda. Para una introducción, véase Jones, 1964, capítulo 22, y Markus, 1990.

35. De hecho, la tesis de Gibbon es mucho más fácil de sostener si se la plantea en relación con la toma de la mitad oriental del imperio realizada por los árabes en el siglo VII, ya que entonces la hostilidad entre los ortodoxos griegos y los sirios (estos últimos denominados frecuente y erróneamente monofisitas) desempeñó un papel en todo ese proceso. Por el contrario, en el siglo V, el desafecto religioso no jugó ningún rol esencial en la toma del imperio de Occidente por los germanos.

36. Sobre la cautelosa política seguida por los emperadores del siglo IV respecto de la cristianización de sus clases altas, véanse, entre las más recientes obras, las de Brown, 1995; Bradbury, 1994; Barnes, 1995 y Heather y Moncur, 2001, en especial el capítulo 1.

37. «Constitución» es el término oficial con el que se designa un edicto imperial solemne.

38. En vez de en forma taquigráfica. Los burócratas de la Roma tardía tenían muchos modos de acelerar el laborioso proceso de la redacción y el copiado de los

textos, pero la taquigrafía llevaba aparejado cierto riesgo de que una palabra pudiera interpretarse de forma errónea.

39. Véase Dvornik, 1966 y la introducción del texto de 1992 de Barnish; véase también Heather, 1993.

40. El relato completo puede leerse en Matthews, 2000, en especial en los capítulos 4 y 5.

41. Matthews, 1986 es un estudio fascinante que expone los modos que halló Símaco para expresar críticas y exponer los conflictos sin quebrantar las imponentes restricciones impuestas por el protocolo de la vida pública romana.

42. Sobre la educación de Agustín, véase Brown, 1967, en especial los capítulos 3-4.

43. Sobre los *cohortales* de Afrodisias y de Egipto, véase Roueché, 1989, pp. 73-75. Sobre la profesión legal, véase Jones, 1964, capítulo 14. Los de McLynn, 1994, y Van Dam, 2003 son estudios recientes sobre la primera generación de obispos de clase alta. Sobre la agitación causada entre los obispos de las zonas apartadas del norte de África por el cultísimo Agustín, véase Brown, 1967, en especial los capítulos 17-19.

44. En las grandes ciudades, las carreras de carros se desarrollaban con cuatro equipos, o facciones: los verdes, los azules, los rojos y los blancos. Estos equipos estaban muy organizados y en ocasiones se los movilizaba para que ejerciesen presiones políticas —a menudo mediante la organización de disturbios— o para que desempeñasen funciones cívicas.

45. Sobre los maratucoprenos, véase Amiano 28. 2.

46. *Cartas*, I, 1-5 (la cita anterior se encuentra en I, 5, 2). Otras cartas en las que se habla de la gestión de propiedades: II, 30, 1; V, 81; VI, 66; VI, 81; VII, 126. Otro buen ejemplo de «desarrollo» en la Roma tardía es el *Eucharisticon* de Paulino de Pella, pp. 187-197.

47. Véase, por ejemplo, *Cartas*, II, 87 y VI, 11.

48. *Cartas*, II, 13 (se refiere a lo estipulado en la cláusula 4. 4. 2 del *CTh* del año 389). Para un punto de vista más general, véase VI, 2, 11, 27 y VII, 12.

49. *Cartas* I, 6.

50. *Cartas* VI, 3. Véanse también otras referencias al matrimonio en IV, 14; IV, 55; IX, 83, 106 y 107.

51. Sobre el «asunto Orfito», véase Símaco, *Informes*, 34.

52. Sobre las cartas «normales», véanse las *Cartas* I, 74; III, 4; IV, 68; V, 18; VI, 9 y las dos cartas relacionadas que figuran en V, 54 y 66. Sobre las cartas «oficiales», véanse los *Informes* 16, 19, 28, 33, 38, 39, 41.

53. *Cartas* I, 12 (a su padre). Sobre los baños de Sicilia, véanse las *Cartas* I, 10; II, 26; II, 60; V, 93; VI, 70; VII, 7; VII, 18; y VIII, 42. Sobre los constructores VI, 70. Para una perspectiva más amplia, véanse las *Cartas* I, 10; II, 2; VI, 11; VI, 49, VII, 32.

54. Sobre Bayas en otoño, véase *Cartas* I, 7 (compárese con la I, 3). Sobre el «viaje» del año 396, véanse las *Cartas* V, 21, 93; VII, 24, 31, 69; VIII, 2, 23 27, 61;

IX, 111 y 125. Para otras referencias a sus propiedades, véanse las *Cartas* I, 5; II, 59; III, 23; III, 50, VII, 35; VII, 59; IX, 83.

55. Sin embargo, Símaco podía desdeñar la caza, ya que la consideraba un pasatiempo propio de personas poco maduras: véase *Cartas*, IV, 18.

56. Sobre el exceso de ocupaciones, véase Cartas, I, 35. Véanse también las *Cartas* I, 24 (esta carta iba acompañada de un regalo: el libro de la *Historia Natural* de Plinio), III, 11 (sobre una traducción latina de las *Constituciones* de Aristóteles), y IV, 20 (sobre su aprendizaje del griego, aprendizaje que retoma al iniciarse en él su hijo).

57. Véanse las *Cartas* II, 47, 48; III, 4; III, 23.

58. *Cartas* sobre la salud cotidiana: VI, 32, junto con la VI, 4 y la VI, 29, en las que se habla de la dieta. Para una perspectiva más general, véanse las *Cartas* I, 48; II, 22; II, 55; V, 25; y VI, 20.

59. En *P. Ital.* 10-11 hay un soberbio ejemplo de la complejidad del sistema romano de transferencia de propiedades que muestra que el intercambio legal no terminaba hasta que el nuevo propietario quedaba inscrito como tal en el pertinente registro de la propiedad de la ciudad.

60. Prisco, fragmento 11. 2, pp. 267-273.

61. Los epígrafes del *Código teodosiano* son hondamente reveladores —por ejemplo: Contratos de compra, Dotes, Herencias—, y lo mismo ocurre con los currículos que se presentaban para enseñar el Derecho Romano: véase Honoré, 1978, capítulo 6, donde se trata tanto de la introducción que realiza Justiniano en el siglo VI del nuevo currículo como del antiguo que quedaba así sustituido. Sobre la Inglaterra del siglo XVIII, véase Linebaugh, 1991, en especial el capítulo 3.

62. La propaganda del emperador Teodosio, por ejemplo, insistía mucho en el hecho de que había restaurado la posición de una familia de senadores que se había visto arruinada por su predecesor Valente (Temistio, *Or.* 16. 212d; 34, 18).

63. Temistio, *Or.* 8. 114d.

4

Guerra en el Danubio

1. Salvo indicación en contrario, las citas de este capítulo están sacadas del libro 31 de Amiano: ésta es de 31. 4. 3.

2. Sobre la cifra de doscientos mil refugiados, véase Eunapio, fragmento 42. Véase también Lenski, 2002, pp. 354-355. En la década de 470 los aproximadamente diez mil guerreros de una fuerza de combate goda arrastraron de un lado a otro sus familias y sus enseres en una caravana integrada al menos por dos mil carros (Malchus, fragmento 20). Mi opinión respecto a las cifras se basa en el hecho de que, en Andrinópolis, Valente atacó a los godos creyendo en ese momento que

sólo se enfrentaba a unos diez mil combatientes (Amiano 31. 12. 3) y en la idea, según parece, de que únicamente se le oponían los tervingos. Por regla general, ha solido estimarse que la relación entre combatientes y no combatientes era de 1 a 4 o de 1 a 5, lo que sugiere que el número total de tervingos ascendía quizás a los cincuenta mil hombres. Las pruebas sugieren que las cifras de los greutungos eran similares a las de los tervingos.

3. Amiano 31. 2.

4. Véase Maenchen-Helfen, 1973, capítulos 8-9.

5. Lo que constituía más bien un apelativo —como en el caso, por ejemplo de Walt Disney— que un nombre personal.

6. Son muchos los estudios que han abordado esta espinosa cuestión, pero para una introducción, véase Maenchen-Helfen, 1945, y Twitchett y Loewe, 1986, en especial las pp. 383-405.

7. Jordanes, *Getica*, XXIV, 123-126. Sobre la leyenda, véase Vasiliev, 1936. Para un comentario del siglo XX, véase Bury, 1928.

8. Para una introducción a los chionitas y a la dinastía Gupta, véase la *Encyclopædia Iranica*, Yarshater, 1985-2005, en curso.

9. Amiano, en 31. 3. 2, dice que «se libró de ese serio peligro suicidándose».

10. Amiano describe esas murallas en 31. 3. 7, y dice que se extendían «desde la orilla del río Geraso [el actual Prut] hasta el Danubio, que bordea el territorio de los taifalos [hoy Oltenia]». Expongo los argumentos que sustentan mi punto de vista en Heather, 1996, p. 100, donde también se encontrarán referencias a otras interpretaciones.

11. Amiano, 31. 4. 12.

12. Ésta es la cronología tradicional. Wanke, 1990, ha argumentado por el contrario —y sobre una base no demasiado buena— que los hechos se produjeron en la primavera del año 376, mientras que Lenski, 2002, pp. 182 y ss., y 325 y ss., sostiene que los acontecimientos se desarrollaron a principios del verano de 376, y para ello se funda en que lo que animó a Valente a mostrar gestos agresivos a los persas durante ese verano fue la llegada de los godos. Sin embargo, me parece inconcebible que un emperador que había cerrado el frente de los Balcanes antes de enfrentarse a Persia a finales de la década de 360 (véase el capítulo 2) haya sido capaz de azuzar deliberadamente la aparición de conflictos en Armenia después de saber que en el Danubio se volvían a producir tumultos. Por consiguiente, esto confirma, en mi opinión, que los godos no llegaron al Danubio sino después de que Valente hubiera tomado ya sus disposiciones en Oriente, y que, por tanto, esa llegada debió de producirse, como muy pronto, a finales del verano del año 376.

13. Amiano, 31. 3. 8.

14. Amiano, 31. 3. 3.

15. Como se deduce del formidable ataque huno de ese año, ya que la avalancha no llegó por el Danubio, sino por el Cáucaso (véase más adelante, p. 264 y ss.).

16. Amiano, 31. 2. 8-9. Zósimo, 4. 20. 4-5.

17. Harmatta, 1951; Laszlo, 1951 y Bona, 1991, reúnen y examinan las pruebas arqueológicas relacionadas con el arco de los hunos. La historia del arco recorvado y la información sobre los tiros más largos registrados se encuentra en Klopsteg, 1927. Los intentos de Klopsteg, que quería construir un modelo para comprobar la potencia de tiro de estos arcos, han sido sustituidos por los trabajos de fundamento matemático de Kooi. Para una introducción a esta cuestión, véase Kooi, 1991 y 1994. Estos estudios suyos, junto con algún otro, pueden consultarse en la red en su portal de internet: www.bio.vu.nl/thb/users/kooi. Entre las variables clave que afectan al rendimiento de un arco se encuentran la longitud de las dos ramas situadas por encima y por debajo de la empuñadura, la forma de su sección transversal, las propiedades elásticas del material utilizado, la distancia que separa la cuerda —una vez tensada— de la empuñadura, el peso de la flecha, y el peso y las propiedades elásticas de la cuerda.

18. Olimpiodoro, fragmento 19.

19. Jordanes, *Getica*, XLIX, 254; este pasaje se atribuye a Prisco.

20. Laszlo, 1951; Harmatta, 1951.

21. Fuentes: Amiano 31. 4. 4; Eunapio, fragmento 42; Sócrates *HE* 4. 34; Sozomen *HE* 6. 37. La mayoría refiere un relato *grosso modo* similar, pero Amiano da muchos más detalles y Eunapio pone más énfasis en la traición goda.

22. Amiano señala una justificación para la admisión de los limigantes que recuerda mucho a la que ya se había aducido en el caso de los godos del año 376: «[Al aceptar a los limigantes, Constancio] obtendría numerosos súbditos, y podría conseguir un ejército muy poderoso» (19. 11. 7).

23. En St Croix, 1981, Apéndice III, puede verse una lista exhaustiva de las fechas de inmigración conocidas. La crónica de los hechos de los esciros se encuentra en Sozomen *HE* 9.3 y en *CTh* 5. 6. 3. Para un examen completo de la política y la literatura romanas, véase Heather, 1991, pp. 123-130.

24. Las citas son de Amiano, 19. 11. 10 y 19. 11. 13-15.

25. Amiano, 31. 5. 9.

26. Las agresivas iniciativas que tomó Valente contra los persas en el verano del año 376 se reflejan adecuadamente en Lenski, 2002, pp. 180-185. Véase también la nota 12 más arriba: en mi opinión (aunque no en la de Lenski) todos estos hechos sitúan necesariamente la llegada de los godos al Danubio en una fecha posterior a la agresión de Valente —esto es, como muy pronto, a finales del verano.

27. Si puede darse algún crédito a Sozomen *HE* 6. 37. 6, Ulfila debió de haber participado en el proceso diplomático: véase Heather y Matthews, 1991, pp. 104-106.

28. Amiano, 31. 4. 12.

29. Para un examen detallado de los términos del tratado, véase Heather, 1991, pp. 122-128. Existen dos puntos de controversia. Fundándose en Sócrates *HE* 4. 33, hay autores que sitúan la conversión de los tervingos en una fecha anterior al año 376: véase Lenski, 1995. Esto, no obstante, contradice el detallado relato de los aconte-

cimientos que realiza Amiano, autor que es contemporáneo de los hechos. Es muy poco probable que Sócrates, que escribe en una época posterior y con una información mucho peor, esté en lo cierto. Yo me atengo, por tanto, a la conclusión que ya establecí en Heather, 1986. La otra controversia, que emana de la misma fuente, se centra en lo que refiere Eunapio en el fragmento 42, ya que ahí se indica que se suponía que los godos debían entregar las armas al penetrar en el imperio, pero que no lo hicieron. Esta fuente pretende asimismo que los godos hicieron el juramento secreto de no descansar hasta destruir el imperio. Sin embargo, en ningún otro lugar se refiere la existencia de un juramento secreto ni la introducción subrepticia de armas. En particular, Amiano no hace alusión alguna a estas cuestiones, y resulta claro que Eunapio las utiliza como fórmulas para explicar la posterior victoria de los godos en Andrinópolis. En mi opinión, ambos argumentos resultan poco convincentes, ya que Valente tenía la esperanza de utilizar soldados auxiliares godos junto con sus tropas regulares, y los godos, como veremos en un momento, estaban más que escarmentados con el imperio como para haber penetrado desarmados en él. La mayoría de los estudiosos que aceptan el argumento de unos godos desarmados rechazan la hipótesis del juramento secreto (por ejemplo, Lenski, 2002, pp. 343 y ss.), una solución que me parece arbitraria.

30. Temistio, *Or.* 13. 163c, según Sócrates, *Symposium*, 203d.

31. Amiano, 31. 5. 5-7.

32. Sobre otros secuestros realizados por los romanos, véase Amiano, 21. 4. 1-5; 27. 10. 3; 29. 4. 2 y ss.; 29. 6. 5; y 30. 1. 18-21. Otros muchos estudiosos ven premeditación en el banquete ofrecido por Lupicino (por ejemplo, Lenski, 2002, 328), pero no extraen ninguna conclusión respecto a cuáles pudieron haber sido, según lo sugerido por tal premeditación, las órdenes que Valente pudo haber dado a Lupicino.

33. Amiano, 31. 4. 4.

34. *Diuque deliberans* («Después de pensarse durante bastante tiempo [el sitio al que irían]»): Amiano, 31. 3. 8.

35. Amiano, 31. 5. 3-4.

36. No resulta extravagante suponer que los godos estaban al tanto de la situación en Persia. Los bárbaros observaban de cerca los movimientos del otro lado de la frontera (Amiano, 31. 10. 3-5), y los contactos eran lo suficientemente estrechos como para que la información les llegase. El hecho de que los tervingos y los greutungos estuviesen en contacto permanente es una sólida prueba de que los godos albergaban sospechas.

37. En algún momento del invierno del año 376 al 377 (Amiano, 30. 2. 6), momento necesariamente anterior al estallido de la guerra, Valente aún estaba en condiciones de considerar la posibilidad de pagar a unos auxiliares godos a fin de que cooperasen en la guerra contra Persia.

38. Existe una inmensa bibliografía sobre el desarrollo de las distintas partes de los Balcanes romanos, pero no disponemos de una visión de conjunto. Los párrafos precedentes son una síntesis basada en estudios clave como los de Mocsy,

1974; Lengyel y Radan, 1980; Wilkes, 1960; y Hoddinott, 1975, además de en monografías sobre Constantinopla como las de Poulter, 1995, y Mango, 1985.

39. En la historiografía en lengua alemana ha sido tradición argumentar, desde Várady, 1969, que los greutungos de Alateo y Sáfrax se hallaban compuestos por tres contingentes étnicos iguales: el de los godos, el de los alanos y el de los hunos (el llamado grupo *Drei Völker*). Una parte de esta fantasía académica se basa en el argumento de que el relato de Amiano que refiere que los hunos y los alanos se unieron a la revuelta en el otoño del año 377 (véase más adelante) es la crónica del instante en el que Alateo y Sáfrax secundaron la revuelta de los tervingos. Esto es descabellado. Los hunos y los alanos del otoño de 377 (Amiano no menciona a ningún godo) eran por completo ajenos a Alateo y a Sáfrax, que se encontraban ya al sur del Danubio y que probablemente se unieron al levantamiento inmediatamente después de la sublevación provocada por Lupicino. Para consultar todas las referencias y examinar los nuevos intercambios de argumentos, véase Heather, 1991, Apéndice B; véase también Lenski, 2002, pp. 330-331.

40. Amiano, 31. 6. 4.

41. Sobre los fuertes, véase Scorpan, 1980 y Petrovic, 1996. Puede encontrarse una lista de sus guarniciones en *Not. Dig. Or.* 39.

42. Amiano, 31. 6. 5 y 31. 6. 7-8.

43. Según los itinerarios romanos existía un puesto junto a la calzada denominado *Ad Salices* («junto a los sauces») en la región más septentrional de Dobruja, pero Amiano dice que este enfrentamiento se produjo cerca de Marcianópolis, 150 kilómetros más al sur. Cuando comenzó el levantamiento propiamente dicho, la caravana goda ya se había alejado serpenteando a unos quince kilómetros de Marcianópolis, y se hace difícil comprender qué razón pudo haber impulsado a los godos a volver a retirarse tan al norte. Por consiguiente, es posible que no debamos identificar *oppidum Salices* con *Ad Salices*.

44. Sobre esta transición del verano al otoño, véase Amiano, 31. 8. 2. La campaña del año 377 aparece referida en Amiano, 31. 7.

45. Amiano, 31. 10. 1: por consiguiente, debemos estar, quizá, a principios de noviembre.

46. Se produce una nueva alianza y se deshace el bloqueo: Amiano, 31. 8. 6. [Sobre el destacamento romano atrapado cerca de Dibalto, véase Amiano, 31. 8. 9-10. *(N. de los t.)*] Véase también más arriba la nota 39: hay quien argumenta que fue en ese momento cuando Alateo y Sáfrax se unieron a la revuelta de Fritigerno. Obsérvese, sin embargo, que Amiano no menciona en este contexto a ningún greutungo.

47. Sobre los árabes, véase Lenski, 2002, pp. 335 y ss., donde se hallarán referencias. Sobre la destrucción de las villas, véase Poulter, 1999.

48. Amiano, 31. 10. [Para la confirmación de la existencia de brechas defensivas en el Rin y el Danubio, véase Amiano, 31. 10. 3; el castigo al soldado traidor está en 31. 10. 20. Entre estos dos pasajes se puede leer el relato de la campaña de Graciano. *(N. de los t.)*]

49. La crónica de estos meses aparece referida en Amiano, 31. 10 a 31. 11.

50. El relato que hace Amiano de la batalla puede hallarse en 31. 12. Respecto a estimaciones que consideran que hubo un mayor número de bajas godas, véase Hoffmann, 1969, p. 444, n. 138 y pp. 450-458; véase por ejemplo Lenski, 2002, p. 339, donde se hallarán referencias. Ahora bien, si es cierto que Valente podía desplegar frente a los godos a más de treinta mil soldados, dudo que tuviera necesidad de esperar a Graciano, o que debiera preocuparse por el hecho de si los godos habían logrado reunir o no todos sus efectivos, porque no creo que los godos pudieran poner en pie de guerra a más de veinte mil hombres, ni siquiera uniendo sus fuerzas (véase la nota 2 más arriba).

51. Amiano, 31. 16. 7.

52. Amiano, 31. 12. [El pasaje concreto es 31. 12. 9. *(N. de los t.)*]

53. Sólo han llegado hasta nosotros los fragmentos 47 y 48 de Eunapio, que al parecer formaban parte de un relato más extenso de las tribulaciones de estas ciudades.

54. Esta reconstrucción se ha elaborado tras haber comprendido que el pasaje 4. 24-33 de Zósimo, basado en la historia de Eunapio, es de hecho un relato coherente de los acontecimientos situados entre los años 378 y 382, coherencia sólo desbaratada al incorporar Zósimo a este texto —en 4. 34— un segundo relato de la guerra. La mayoría de los estudiosos piensa que los greutungos establecieron con Graciano un pacto de paz propio y que se asentaron en Panonia en el año 380, pero yo sigo considerando que esto no es demasiado convincente: véase Heather, 1991, pp. 147 y ss. y el Apéndice B para ampliar el debate y disponer de numerosas referencias.

55. Temistio *Or.* 16. 210b-c.

56. Hay un agujero que perfora el punto clave del manuscrito de Temistio —*Or.* 34.24—, lo que impide aclarar si el autor se refiere a que se había permitido el asentamiento de los godos en Macedonia después de los acontecimientos del año 382 o si sólo alude a que éstos habían lanzado un ataque contra la provincia antes del acuerdo de paz.

57. Presumiblemente, estos cabecillas deben de ser los que habían alcanzado una posición de *reiks* semiautónomos supeditados al *iudex* («juez») Atanarico según la vieja usanza de la confederación establecida por los tervingos al norte del Danubio (capítulo 2). Fritigerno, Alateo y Sáfrax surgieron de este grupo de cabecillas en el año 376.

58. Hace mucho tiempo que se ha reconocido la importancia de este tratado, véase por ejemplo Mommsen, 1910, y Stallknecht, 1969. Para un examen más detallado y abundantes referencias, véase Heather, 1991, pp. 158 y ss.

59. A menos que se indique lo contrario, las citas del final del capítulo son de Temistio *Or.* 16.

60. Temistio *Or.* 14. 181b-c.

61. Zósimo 4. 32-33 y Heather, 1991, pp. 152-155; Heather y Moncur, 2001, capítulo 4. Véase también la nota 54 más arriba.

62. Estos godos eran otro grupo de greutungos, capitaneados por un tal Odoteo: véase Zósimo 4. 35. 1, 38-39 y Claudiano, *On the Fourth Consulate of the Emperor Honorius;* pp. 626 y ss.

63. Poulter, 1995, y 1999.

64. «Esos hombres penetraron en Asia sujetos a la ley marcial, y tras haber despoblado [vastas porciones de terreno] ... se asentaron en el territorio que ahora habitan. Y ni Pompeyo ni Lúculo los aniquilaron, pese a que eso fuera perfectamente posible, y tampoco lo hicieron Augusto ni los emperadores que le sucedieron. Antes al contrario, les perdonaron sus faltas y los asimilaron al imperio. Y ahora ya nadie podrá decir en ningún caso que los gálatas sean bárbaros, sino plenamente romanos. Y ello porque a pesar de que su ancestral nombre haya perdurado, su modo de vida es hoy el mismo que el nuestro. Pagan los mismos impuestos que nosotros, militan en las mismas filas que nosotros, aceptan a los gobernadores en los mismos términos que el resto [de los ciudadanos] y acatan las mismas leyes. Por tanto, hemos de ver cómo los escitas [los godos] se comportan de modo similar en poco tiempo» (*Or.* 16. 211c-d.).

65. Ambrosio, *Commentary on the Gospel According to Luke 10: 10,* traducción inglesa de Maenchen-Helfen, 1973, p. 20.

5

La ciudad de Dios

1. Jerónimo, *Commentary on Ezekiel,* prefacio al libro I. Para un comentario sobre las reacciones paganas, véase Agustín, *Sermones* 296. Para un completo estudio de las reacciones producidas, véase Courcelle, 1964, p. 58 y ss.

2. Sobre Olimpiodoro y su loro, así como sobre los posteriores usos del texto, véase Matthews, 1970. Zósimo realizó el empalme de Eunapio y Olimpiodoro en 5. 26. 1.

3. Zósimo 5. 26. 3-5.

4. Sobre la condición goda de Radagaiso, véanse fuentes como *PLRE* 2, p. 934.

5. Entre estos refugiados se encontraban los habitantes de Scarbantia que llevaban consigo el cuerpo de san Quirino. El *CTh,* en 10. 10. 25 y 5. 7. 2, también hace referencia a ellos: véase Alföldy, 1974, pp. 213 y ss.

6. Claudiano, *Gothic War,* versos 363 y ss. (véanse también los versos 414-415 y Courtois, 1955, pp. 38 y ss.).

7. Jerónimo menciona que los alamanes y los cuados participaron en la invasión del Rin (*Letter* 123. 15). Wolfram, 1988, p. 387, n. 55, adopta un punto de vista similar, pero Thompson, 1982b, pp. 152-153 se muestra en desacuerdo. Sobre los suevos del siglo V, véase Pohl, 1980, pp. 274-276.

8. Jerónimo, *Letter* 123. 15. Sobre los sármatas del siglo IV, véase Amiano 17. 12-13 (los sármatas que no participaron en la invasión del Rin del año 406 siguieron viviendo en el Danubio: véase Pohl, 1980, pp. 276-277).

9. Sobre la marcha de Graciano para reunirse con Valente, véase Amiano 31. 11. 6. Sobre el ejército romano occidental, véase Zósimo 4. 35. 2.

10. Sozomen *HE* 9. 25. 1-7. Véase también *CTh* 5. 6. 2. Thompson, 1996, pp. 63-64, afirma claramente que Uldino era un personaje de importancia relativamente menor. Para un punto de vista alternativo, en mi opinión equivocado, véase Maenchen-Helfen, 1973, pp. 59-72, especialmente la página 71.

11. Sidonio, *Poemas*, 12. [Hay traducción castellana, traducción de Agustín López Kindler, Gredos, Madrid, 2005. *(N. de los t.)*]

12. Sobre los burgundios del siglo IV, véase por ejemplo Matthews, 1989, pp. 306 y ss. Sobre sus movimientos posteriores, véase por ejemplo Demougeot, 1979, pp. 432, 491-493.

13. Zósimo 5. 35. 5-6.

14. Paulino de Pella, *Eucharisticon*, pp. 377-398.

15. *CTh* 5. 6. 2.

16. Tal vez más, ya que no estamos del todo seguros del tamaño que tenían las unidades tardorromanas.

17. Sobre los seguidores de Radagaiso, véase Olimpiodoro, fragmento 9. El resumen de Focio dice «doce mil nobles», pero por lo general se considera que esta cifra es totalmente errónea: véase por ejemplo Wolfram, 1988, pp. 169-170 y Heather, 1991, pp. 213-214. Según Agustín, Radagaiso tenía «más de» diez mil seguidores (*La Ciudad de Dios*, V, 23. [La traducción castellana, es de Santos Santamarta del Río y Miguel Fuertes Lanero, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1988, 2 vols. *(N. de los t.)*]); según Orosio (7. 33. 4), eran doscientos mil; y según Zósimo cuatrocientos mil (5. 26). Ninguna de estas estimaciones parece excesivamente autorizada.

18. Procopio, *Historia de las guerras* 3. 5. 18-19 [traducción castellana, Gredos, Madrid, 2004, 2 vols. *(N. de los t.)*], dice que el número de soldados era de ochenta mil, pero Víctor de Vita, que escribe en una época más cercana a los acontecimientos y que está mejor informado (*History of the Persecution* 1. 2), afirma que ésa es la cifra total, y añade que el rey repartía a sus seguidores en ochenta grupos compuestos por mil hombres cada uno, al menos en teoría, ya que su tamaño real era algo inferior. La cifra de ochenta mil soldados no resulta creíble, pues eso implicaría que el nuevo grupo debía tener un poderío doble, en términos militares, al que poseía, según la estimación más elevada que se ha hecho, el conglomerado de godos que seguían a Alarico. Víctor vivía entre los vándalos y hay muchas posibilidades de que, en general, supiera de qué estaba hablando, pese a que su obra sea extremadamente polémica. Goffart, 1980, pp. 231-234, desacredita incluso los datos que aporta Víctor (este autor señala, de pasada, que no era la primera vez que algún autor había confundido, ya en su época, la cifra total de bárbaros con el número de comba-

tientes), pero en la página 33 se muestra perfectamente dispuesto a suponer, con un fundamento apriorístico, que las fuerzas de los vándalos y los alanos debieron haber estado compuestas por decenas de miles de guerreros.

19. Jerónimo, *Crónica* 2389. Orosio 7. 32. 11.

20. Algunos autores situarían el momento en una fecha más próxima al año 400, o antes incluso (véase Heather, 1996, pp. 117 y ss. para poder consultar un resumen de datos y abundantes referencias).

21. En relación con Radagaiso, Olimpiodoro distingue, en el fragmento 9, a los *optimatoi* («los mejores») del resto. Para un examen más general, véase Heather, 1996, Apéndice 1.

22. Para posturas a favor, véase por ejemplo Lot, 1939, pp. 78-79; Courtois, 1955, pp. 39-40; Musset, 1965, pp. 103-104; y Demougeot, 1979, p. 415. Para posiciones contrarias, véase Goffart, 1980, pp. 2 y ss., en especial las pp. 16-17; véase también Maenchen-Helfen, 1973, pp. 60-61, 71-72.

23. Algunos grupos de invasores hunos llegaron hasta el Danubio en el año 376 (capítulo 4), pero su base de operaciones se encontraba mucho más al este.

24. Claudiano, *Against Rufinus* 2. 26 y ss., consigna la existencia de dos amenazas para el imperio de Oriente en 395. Una habría penetrado a través del Cáucaso, y otra a través del Danubio. En las páginas 36 y ss. deja claro que para el Danubio la amenaza es la que representan los godos de Alarico —y no, como se ha supuesto en ocasiones, un segundo grupo de hunos asentado mucho más al oeste.

25. Conde Marcelino, en el año 427. Véase Jordanes, *Getica* XXXII, 166.

26. El general era Aecio, de quien tendremos mucho que decir en los dos próximos capítulos. La ayuda huna que había reclutado siete años antes procedía presumiblemente de la misma región (véanse referencias como las de *PLRE* 2, pp. 22-24).

27. Sobre las tumbas reales, véase Prisco, fragmento 6.1. Sobre el campamento de Atila, véase Browning, 1953, pp. 143-145.

28. Sobre las lealtades de Olimpiodoro, véase Matthews, 1970. Sobre el viaje por mar, véase Olimpiodoro, fragmentos 19 y 28, aunque ambos se refieren seguramente a la misma travesía. Véase Croke, 1977, p. 353. Otros autores han considerado la posibilidad de que Olimpiodoro hubiera visitado el Ponto —por ejemplo Demougeot, 1970, pp. 391-392—, pero también sabemos que en el año 409 Honorio estaba esperando la inminente llegada de diez mil hunos (Zósimo 5. 50. 1). Esto ocurría después de la derrota de Uldino, lo que implica que entretanto debió de haberse establecido necesariamente contacto con otros hunos. Resulta tentador asociar esta nueva alianza con la época que había pasado entre los hunos, hacia el año 410, el ahora general Aecio (véanse referencias como *PLRE* 2, p. 22).

29. *CTh* 7. 17. 1, 28 de enero de 412: «Decretamos que deben asignarse a la frontera de Moesia noventa embarcaciones de patrulla de reciente construcción y que deberán añadirse diez más a éstas mediante la reparación de las lanchas viejas; y en la frontera de Escitia, que es bastante extensa y tiene desperdigados sus puntos de control, deberán asignarse ciento diez de estas nuevas embarcaciones, a las

que se añadirán quince con la restauración de las que han quedado anticuadas ... Estas naves deberán estar equipadas con todo su armamento y pertrechos a instancias del duque, y su construcción será responsabilidad del personal a su cargo».

30. Mango, 1985, pp. 46 y ss.

31. El hecho de que la masa de hunos llegara al oeste de los Cárpatos durante la crisis de los años 405 a 408 o en el transcurso de la década siguiente, poco más o menos, no afecta demasiado al argumento. Después del año 376, cuando los tervingos y los greutungos abandonaron sus hogares, situados al norte del mar Negro, los hunos tardaron aún varios años en alcanzar la frontera del bajo Danubio. Dado que su llegada al norte del mar Negro había venido precedida por una enorme convulsión demográfica en la zona oriental de los Cárpatos, la intrusión de los hunos en la llanura húngara entre los años 410 y 420 debió de haberse visto precedida seguramente por levantamientos similares en el oeste.

32. Para hacer frente a un ataque dirigido contra Italia en los años 401-402, Estilicón había retirado fuerzas de la Galia y de Britania, y tenemos fundadas razones para suponer que en esta ocasión hizo lo mismo.

33. Es posible que los alanos reclutados procedieran del norte de la provincia de Recia (Claudiano, *Gothic War*, pp. 400-403). Los hunos fueron enviados por Uldino, quien en esa época aún obedecía a los intereses de Roma.

34. Orosio 7. 37. 37 y ss.

35. *Commonitorium* 2. 184.

36. Las últimas dos citas son de los *Epigramma* 17-22 y 25-26 de Próspero de Aquitania. Una buena introducción a estos poemas es la de Roberts, 1992. Véase también Courcelle, 1964, pp. 79 y ss.

37. Idacio, *Cronicón*, 49. [Véase la traducción castellana de Julio Campos, Calasancias, Salamanca, 1984. *(N. de los t.)*]

38. Procopio, *Historia de las guerras* 3. 33.

39. Orosio 7. 43. 14.

40. Los godos de Fritigerno hicieron algo muy parecido en Macedonia hacia el año 380, tras haberse entregado durante tres años al saqueo (véase el capítulo 4).

41. Zósimo 6. 1. 2, con algunos añadidos de lo que dice Olimpiodoro en el fragmento 13, de cuyo original bebía directamente Zósimo. El fragmento de Olimpiodoro deja claro que la usurpación británica comenzó antes del 1 de enero del año 407 (el séptimo consulado de Honorio), pero Zósimo comprende equivocadamente lo que dice su fuente y refiere que comenzaron *durante* el séptimo consulado.

42. Esto es lo que se desprende, pese a algunas mutilaciones, de Zósimo 6. 3.

43. Orosio 7. 40. 4.

44. Liebeschuetz, 1990, pp. 48-85, ha argumentado en contra de este planteamiento, que es el que suscita más consenso. Sin embargo, yo sigo prefiriendo los argumentos contrarios presentados en Heather, 1991, pp. 193-199.

45. Orosio 7. 35. 19.

46. Esto fue lo que sucedió más tarde con Atila, que fue nombrado teórico general del imperio a fin de permitir la ficción de que el subsidio en metálico que se le pagaba era en realidad un salario para sus tropas y no un subsidio. Yo sospecho que fue Alarico quien tramó este sistema por primera vez, unos cincuenta años antes. Sobre el trasfondo de la revuelta de Alarico, y para mayor detalle, véase Heather, 1991, pp. 181-192, 199 y ss.

47. Desde mi punto de vista, esto sucedió ya en el año 395, fecha en la que estalló la revuelta. Otros autores argumentan que la fusión no tuvo lugar hasta el año 408 o el 409, es decir, hasta la época en que Ataulfo, el cuñado de Alarico, se unió a él en Italia con una fuerza de hunos y godos venidos de Panonia. No obstante, la fecha es realmente una cuestión de detalle. El punto fundamental estriba en que la antigua distinción entre los tervingos y los greutungos se había dejado a un lado. Presumiblemente, esto resultó mucho más fácil tras la supresión de los anteriores cabecillas de ambos grupos (Fritigerno, Alateo y Sáfrax, conforme a lo acordado en el tratado del año 382), que podían haber tenido algún interés en mantener la diferencia. Para conocer todos los detalles y consultar las referencias a los puntos de vista alternativos, véase Heather, 1991, pp. 213-214, Apéndice B.

48. Cameron, 1970, pp. 159 y ss., desentraña de forma convincente la confusión en que caen las dos fuentes principales en lo tocante a ambas campañas.

49. Sobre la caída de Eutropio, véase Cameron, 1970, capítulo 6, y Heather, 1988.

50. Sobre Gainas y la política de Constantinopla, véase Cameron y Long, 1993, capítulos 5, 6 y 8. Sobre el episodio de Silvano, véase Amiano 15. 5. La literatura sobre la primera aventura italiana de Alarico es enorme, pero para una introducción, véase Heather, 1991, pp. 207 y ss.

51. *CTh* 15. 14.11.

52. La última vez que había ocupado un cargo había sido en el año 383, y desde esa época había tomado un buen número de decisiones erróneas, entre las que destaca la de haber respaldado al usurpador Máximo (Matthews, 1974).

53. *Cartas*, V, 51; VI, 2 y 27.

54. *In Rufinem* (Contra Rufino) 2. 4-6.

55. Sobre Estilicón en general, véase Cameron, 1970, en especial los capítulos 2 y 3, así como Matthews, 1975, capítulo 10. En Heather, 1991, pp. 211-213 se exponen con más detalle los argumentos relacionados con esta forma de entender las maniobras urdidas entre Estilicón y Alarico.

56. Las dos citas siguientes pertenecen a Zósimo 5. 32. 1 y 5. 33. 1-2.

57. *CTh* 9. 42. 20-22.

58. Sobre la caída de Estilicón y Olimpiodoro, véase Matthews, 1970 y 1975, pp. 270-283.

59. Según Zósimo, después del «pogromo» se unieron a Alarico treinta mil combatientes, pero esta cifra es imposible de creer, ya que resulta excesivamente elevada. Yo sospecho que este autor vuelve a comprender mal a Olimpiodoro, que

es sin duda la fuente de la que se vale en este caso, y que debió de pensar que el dato de los treinta mil soldados se refería al número de los reclutados cuando en realidad representaba el total del contingente de Alarico, incluidos los alistados. Yo diría que esta cantidad de treinta mil soldados corresponde al tamaño que debía de tener aproximadamente la fuerza de Alarico después de que llegaran los refuerzos: por ejemplo, los grupos de los greutungos y los tervingos del año 376 habrían aportado cada uno diez mil hombres, a los que habría que añadir los más de diez mil antiguos seguidores de Radagaiso que Estilicón había alistado por la fuerza en el ejército romano.

60. Las dos siguientes citas proceden de Zósimo 5.48.3 y del pasaje comprendido entre 5. 50. 3 y 51. 1.

61. Saro y Alarico habían reñido en un determinado momento, antes de que este último llegase a Italia (Zósimo 6. 13. 2). Saro encontró la muerte en un encuentro con Ataulfo (Olimpiodoro, fragmento 18), y Sigerico se benefició del asesinato de Ataulfo y su familia (Olimpiodoro, fragmento 26. 1).

62. Para un relato más detallado de los acontecimientos que condujeron al saqueo, véase por ejemplo, Matthews, 1975, capítulo 11, donde se encontrarán abundantes referencias, y Heather, 1991, pp. 213-218.

63. Tito Livio V. 41. 8-9. Las fuentes que refieren el saqueo de Alarico aparecen reunidas en Courcelle, 1964, pp. 45-55.

64. A menos que se indique lo contrario, las citas que aparecen en el resto de este pasaje son de *La ciudad de Dios* de san Agustín, en este caso el párrafo se encuentra en III, 17, 2.

65. *La ciudad de Dios*, II, 19-20.

66. La expresión «apetito de dominio» se inspira en Salustio, *La conjuración de Catilina* II, 2. La cita es de *La ciudad de Dios*, III, 14.

67. La cita se encuentra en *La ciudad de Dios*, I, 35. Agustín ya había anticipado lo siguiente: «Y no deben perder de vista que entre esos mismos enemigos se ocultan futuros compatriotas [de la ciudad celestial], no vayan a creer infructuoso el soportar como ofensores a los mismos que quizás un día los encuentren proclamadores de su fe. Del mismo modo sucede que la ciudad de Dios tiene, entre los miembros que la integran mientras dura su peregrinación en el mundo, algunos que están ligados a ella por la participación en sus misterios, y, sin embargo, no participarán con ella la herencia eterna de los santos» (*La ciudad de Dios*, I, 35).

68. La cita es de *La ciudad de Dios*, II, 18. Si se quieren dos introducciones a *La ciudad de Dios* y al mismo tiempo conocer toda la gama de respuestas que suscitó el saqueo, véase Courcelle, 1964, pp. 67-77, y Brown, 1967, capítulos 25-27.

69. Las cinco citas siguientes son de Rutilio, *De Reditu Suo*. El poema se encuentra traducido al inglés en Keene y Savage-Armstrong, 1907. [Hay traducción castellana: *El retorno*, traducción de Alfonso García-Toraño Martínez, Gredos, Madrid, 2002. *(N. de los t.)*] Sobre el viaje y sus circunstancias, véase Cameron, 1967, y Matthews, 1975, pp. 325-328.

70. El dios sol, que cruza el cielo montado en un carro tirado por caballos.

71. El *Carmen de Providentia Dei* se encuentra traducido en parte y plenamente analizado en Roberts, 1992.

72. Se le conoce por lo general por su nombre completo —aunque lo normal sería omitir el Flavio— para evitar posibles confusiones con el usurpador Constantino III. En *PLRE* 2, pp. 321-325, pueden hallarse abundantes referencias a las fuentes que relatan su carrera. La mejor crónica de su ascenso personal se encuentra en Matthews, 1975, capítulos 12-14.

73. Olimpiodoro, fragmento 23.

74. Este usurpador no es el Magno Máximo al que derrotó Teodosio I en el año 387, sino un aspirante al trono mucho más oscuro pero del mismo nombre.

75. Matthews, 1975, pp. 313-315 (subsiste una pequeña interrogante en relación con la ubicación geográfica).

76. Sobre el aumento de salario, véase Sivan, 1985, que lo fecha en el año 416, aunque es mucho más probable que la medida se haya tomado antes a fin de estimular la lealtad entre las tropas que habían seguido a los usurpadores y que ahora combatían a los bárbaros.

77. Orosio, 7. 43. 2-3.

78. Fragmento 24.

79. Sobre Sigerico, véase la nota 61 más arriba. Para un debate más detallado sobre Constancio y los godos, con abundantes referencias, véase Heather, 1991, pp. 219-224. Un *modius* equivale aproximadamente a la cuarta parte de la medida británica para áridos [es decir, a la cuarta parte de 36,367 litros, esto es, algo más de 9 litros. Véase también la nota al pie de la página 310. *(N. de los t.)*]

80. Idacio, *Cronicón*, 68.

81. Aunque por vía indirecta: a través del resumen que hace Focio en el siglo IX de los trabajos del historiador de la Iglesia Filostorgio, que había utilizado los textos de Olimpiodoro. El pasaje clave puede encontrarse en Filostorgio *HE* 12. 4-5, o en Olimpiodoro, fragmento 26. 2.

82. Sobre el norte de África en la década de 440, véanse las pp. 373-374. Sobre la cuestión historiográfica, de carácter más amplio, que acompañó a las formas económicas de los asentamientos bárbaros en el interior del imperio, véanse las pp. 534-535 y ss., donde se hallarán referencias.

83. Dos distinguidos historiadores de una generación anterior, los profesores Thompson, que mantenía en su obra de 1956 la tesis de que ayudaron a controlar a los campesinos levantiscos, y Wallace-Hadrill, que sostenía en la suya de 1961 el argumento de que contribuyeron a responder a las incursiones de los piratas sajones, llegaron prácticamente a las manos en relación con este asunto. Yo recomendaría muy particularmente a los lectores el Apéndice que figura en la obra 1982c de Thompson, cuyo sustancial debate comienza con las palabras: «Por desgracia, en 1961, la controversia sobre este asunto quedó sumida en la confusión por causa de algunas imprudentes páginas de J. M. Wallace-Hadrill...».

84. Se ha criticado en ocasiones a las autoridades de Constantinopla por no haber hecho un mayor esfuerzo, pero esa acusación no es muy realista: en su obra de 1951, Demougeot, especialmente en la tercera parte, sitúa en una fecha excesivamente temprana el punto de escisión completa entre el imperio de Oriente y el de Occidente. Kaegi, 1968, capítulo 1, y Thompson, 1950, hacen una estimación más equilibrada. Para una completa exposición del debate sobre Constantinopla y Occidente, véase el capítulo 9.

85. Maenchen-Helfen, 1973, p. 69, duda de que estos hunos hubieran llegado realmente a presentarse, aunque muchos estudiosos piensan que las tropas auxiliares terminaron por aparecer. Como parte de este acuerdo, un joven, de nombre Aecio, de quien hemos de hablar mucho en los próximos capítulos, pasó algún tiempo como rehén entre los hunos, lo que en efecto sugiere que la relación negociada tenía un objetivo real.

86. Puede considerarse que el excedente agrícola del imperio estaba dividido entre las clases terratenientes (que recibían su parte en forma de renta) y las autoridades imperiales (que obtenían la suya en forma de impuestos). Con la intención de procurar satisfacción a los godos, circunscritos a una zona bastante reducida, es posible que Constancio estuviese dispuesto a renunciar a la parte que el imperio recibía del excedente de la comarca del Garona a fin de poder dedicar los ingresos de esa región —así como las rentas recibidas por las tierras públicas— al sustento de los godos. Una vez más, observamos que algo similar sucedió en el norte de África.

87. Esta cita y la siguiente se encuentran en Zósimo 6. 5. 2-3 y 6. 10. 2.

88. Sobre las defensas costeras contra los piratas sajones, véase Pearson, 2002. Para una introducción a las distintas opiniones suscitadas por estas referencias (y unas pocas más), véase por ejemplo Campbell, 1982, capítulo 1; Higham, 1992, en especial los capítulos 3 y 4; y Salway, 1981, capítulo 15.

89. Rutilio Namaciano, *El retorno*, I, 208-213.

90. Adopto aquí, basándome prácticamente en los mismos datos, un punto de vista ligeramente más optimista que el de Matthews, 1975, pp. 336-338. Colonia y Tréveris no cayeron en manos de los francos hasta el año 457 (*Book of the History of the Franks* 8).

91. *CTh* 11. 28. 7 y 12.

92. *Not. Dig. Occ.* 5 y 6; 7.

93. Podemos saber la fecha porque, dentro de las distintas categorías en que cabe dividir las unidades militares, los regimientos aparecen ordenados según el orden cronológico de su creación, y sólo hay un puñado de regimientos cuyo nombre hubiese sido escogido en honor de Valentiniano, el hijo nacido de la unión de Constancio y Placidia en julio del año 419. Sobre todo esto y lo que sigue, véase más arriba, Jones, 1964, Apéndice II.

94. El hecho de que no estemos seguros del tamaño que tenían las unidades del ejército tardorromano (p. 62) impide precisar más, pero la cifra mínima es de unos quinientos hombres por regimiento.

95. Tal como ya nos sucediera con las pérdidas sufridas tras la batalla de Andrinópolis, no sabemos qué porcentaje de hombres de una unidad debía morir para que se tomara la decisión de no volver a constituirla (véase la página 181).

96. Sobre la *Notitia* y el ejército de Occidente, véase Jones, 1964, Apéndice III, así como los distintos trabajos que aparecen en Bartholomew, 1976.

97. *Eucharisticon*, pp. 302-310.

6

El puntal de África

1. Amiano 22. 7. 3-4.

2. Fragmento 33.

3. Amiano 28. 1. 24-25.

4. Sobre las ceremonias imperiales en general y sobre el inapropiado proceder de Juliano desde el punto de vista protocolario, véase Matthews, 1989, capítulos 11-12; y MacCormack, 1981. Matthews, 1975, *passim*, junto con muchos de los ensayos recogidos en Matthews, 1985, en especial Matthews, 1971 y Matthews, 1974, son buenas introducciones a las pautas que se seguían para decidir los nombramientos.

5. Fragmento 11. 1.

6. Para una introducción a la modalidad romana de cambio de régimen, véase Matthews, 1975, por ejemplo las pp. 64 y ss., en las que se habla de las repercusiones de la muerte de Valentiniano I.

7. Amiano 27. 11. 2-3 y 5-6.

8. Muchas de las cartas de Libanios, por ejemplo, se muestran sorprendentemente agresivas con los mecenas potenciales, ya que les exige que muestren de qué pasta están hechos: véase por ejemplo Bradbury, 2004, *Letters*, 2, 5, 8, 9, etcétera.

9. En un primer momento, los dos altos mandos militares fueron sentenciados al exilio, pero los mataron durante el viaje.

10. *The Annals of Ravenna* fechan el asesinato el 7 de marzo del año 413, pero parece que debió de ser algunos meses después. Normalmente, los barcos no realizaban la travesía entre Cartago e Italia entre noviembre y marzo, y es preciso tener en cuenta que a Heracliano le debió de llevar un tiempo, primero desembarcar, y luego sufrir la derrota y regresar a África. Quizá desembarcara en Italia el 7 de marzo. Para una visión general, véase Orosio 7. 42. 12-14; véanse también otras fuentes como *PLRE* 2, p. 540.

11. Olimpiodoro, fragmento 33. 1.

12. Sobre Gala Placidia, véase Oost, 1968.

13. Fragmento 38.

14. *PLRE* 2, p. 1.024.

15. Olimpiodoro, fragmento 43.2.

16. Sobre Olimpiodoro, véase Matthews, 1970, y sobre la historia véase además Matthews, 1975, capítulo 15.

17. Próspero de Tiro, en el año 425. *Chron. Gall.* 452 n.° 102; la cifra de sesenta mil efectivos es imposible por excesiva.

18. Para Aecio, Félix y Bonifacio, véanse referencias como *PLRE* 2, pp. 23-24, 238-240, 463-464. Los principales relatos secundarios en los que me he basado en este y otros debates posteriores relacionados con las actividades de Aecio son: Mommsen, 1901; Stein, 1959, capítulo 9; Zecchini, 1983; Stickler, 2002.

19. Véanse referencias como *PLRE* 2, pp. 22-23.

20. Amiano 31. 2. 25.

21. No ha llegado hasta nosotros ningún código legal del reino vándalo, pero el relato de Procopio sobre la conquista bizantina señala de pasada la pauta observada entre otros grupos germánicos de esa época, de los que dice que poseían dos castas militares distintas, y yo he considerado que se trata de la casta de los hombres «libres» y de la de los «libertos» (véase el capítulo 2). Los restos de la cultura de Przeworsk, de la que derivan los vándalos, tampoco sugieren que exista ninguna diferencia obvia en su estructura social respecto de otros grupos de germanos sobre los que tenemos una documentación mejor. Para una introducción a las estructuras sociales de los nómadas, estructuras de carácter frágil y relativamente igualitario, véase Cribb, 1991, donde se hallarán abundantes referencias.

22. Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, 2. 9.

23. Idacio, *Cronicón*, 42, 49, 67-68, y especialmente 68: *Alani qui Vandalis et Sueuis potentabantur*: «Los alanos, que dominaban a los vándalos y a los suevos».

24. *Cronicón*, 68.

25. La cifra varía en función del alcance de la exageración que consigne Víctor de Vita: véanse las pp. 198-199. Sobre los títulos oficiales de los reyes, véase Wolfram, 1967.

26. Todos los textos que relatan las andanzas de los vándalos y los alanos en Hispania se basan fundamentalmente en el *Cronicón* de Idacio. La controversia respecto a cómo han de transcribirse las versiones existentes del texto afecta a las fechas: véase por ejemplo Burgess, 1993, pp. 27 y ss. para una introducción a esta disputa. Las notas que aquí incluyo siguen el sistema de referencia que se utiliza en Mommsen, 1894. Para los propósitos de este texto, los argumentos citados afectan afortunadamente a cuestiones de detalle más que al conjunto del problema.

27. Idacio escribía en la misma época en que los godos se entregaban a extensos pillajes por Hispania, y siempre se muestra crítico con ellos. Dado lo bien dispuestos que se habían mostrado los visigodos cuando se vieron en la tesitura de tener que cooperar con los romanos a la derrota de los vándalos y los alanos a finales de la década de 410, no queda claro qué es lo que pudo haberles inducido a cambiar a tal punto de comportamiento.

28. Jordanes, *Getica*, XXXIII, 168. [Hay traducción castellana: *Origen y gestas de los godos*, traducción de José María Sánchez Martín, Cátedra, Madrid, 2001. *(N. de los t.)*] .

29. *Not. Dig. Occ.* 25.

30. Procopio, *Historia de las guerras* 3. 3. 22 y ss.

31. El senador Darío fue quien negoció la paz, y con él intercambiaba bromas Agustín (véanse las *Cartas* 229-231).

32. La reconstrucción histórica que se ofrece en el resto de esta sección está basada en Courtois, 1955, pp. 155 y ss., donde se hallarán referencias.

33. *Not. Dig. Occ.* 26.

34. La cita que se encuentra más arriba procede de Víctor de Vita 1. 3. Entre los obispos torturados, Víctor menciona a Pampiniano de Vita y a Mansueto de Urusi.

35. Agustín, *Cartas*, 220. Olimpiodoro, fragmento 42.

36. El ilustrador de una de las últimas copias de este manuscrito confundió estas gavillas con la figura de unos patos invertidos en los que, presumiblemente, se había declarado ya el *rigor mortis*, ya que África los está sosteniendo por el cuello y los cuerpos se mantienen tiesos en el aire.

37. Tal como dijo, con incorrección política y confusión de fechas, un sargento del octavo ejército británico a finales del año 1941, tras una charla dada por el entusiasta director de la educación del ejército en Trípoli sobre las maravillas del África septentrional romana: «Ahora sabemos todo lo que hay que saber sobre este lugar: está lleno de las ruinas de los edificios construidos por los "espaguetis" antes de la guerra, pero por lo que yo sé, hoy está simplemente lleno de camellos y de caballeros del Oriente occidental» (cita tomada de Manton, 1988, p. 139).

38. E incluso esas especies tendían a reducirse: una señal segura de que llevaban algún tiempo aisladas de las poblaciones principales.

39. En la época romana, Tripolitania también era administrada desde Cartago.

40. Los historiadores del África romana del siglo XIX y principios del XX supusieron que la inmigración a gran escala procedente de Italia fue un importante factor que contribuyó a ello. Y hubo sin duda algún flujo migratorio. Por ejemplo, cuando Cartago fue nuevamente fundada como colonia romana en el año 29 a. C., treinta mil colonos italianos cruzaron el mar. Además, la tercera legión quedó estacionada en el norte de África a partir del año 23 a. C., lo que produjo un continuo goteo de pobladores veteranos que compraban granjas y fundaban municipios, como los de Diana Veteranorum, Timgad, Thurburbo Maius y Djemila. Sin embargo, para el siglo III d. C. la inmensa mayoría de las seiscientas ciudades romanas del norte de África estaban habitadas por indígenas romano-africanos, así que no debe exagerarse el papel de los inmigrantes.

41. Una célebre inscripción de Ain Zraia (la antigua Zarai), en Argelia, indica que a pesar de que la mayoría de los artículos estaban gravados con un impues-

to de entre el 2 y el 2,5 por 100, los animales y sus productos (tejidos, cueros, etcétera) contribuían únicamente con el 0,2 o el 0,3 por 100.

42. La idea «colonial» del norte de África puede hallarse en Baradez, 1949. Véanse también las revisiones, más recientes, de Whittaker, 1994, pp. 145-151, y la colección de ensayos de Shaw, 1995a, n.os 1, 3, 5, 6, y 1995b, n.º 7. Raven, 1993 y Manton 1988 son estudios generales de fácil acceso sobre el norte de África.

43. Sobre Cartago, véase Ennabli, 1992, pp. 76-86. Sobre Útica, véase Procopio, *Historia de las guerras* 3. 11. 13-15.

44. *CTh* 13. 5 y 6 contienen una larga serie de declaraciones imperiales relevantes.

45. Lepelley, 1979-1981. Incluso en otros lugares, como vimos en el capítulo 3, este cambio estuvo más relacionado con la reestructuración de la economía de la ciudad llevada a cabo durante la crisis del siglo III, y con las repercusiones políticas de esa crisis, que con el declive económico.

46. *ILT* 243.

47. CIL 8, 18587. Una vez más, el parecer colonial francés sostuvo que habían sido los colonos europeos quienes habían traído consigo las nuevas tecnologías de irrigación, como el acueducto de cincuenta kilómetros que abastecía a Cartago a finales de la época antigua, ya que ese acueducto era necesario para que el norte de África floreciese. Sin embargo, esa formidable construcción traía a la ciudad una agua destinada a satisfacer fines relacionados con el lujo y no con planes agrícolas, ya que atendía, en particular, al suministro de las vastas termas de Antonino.

48. Sobre la inscripción de Mactar, las aceitunas y la expansión rural, véase Raven, 1993, pp. 84-86 y 92-96. Una buena explicación general de los hallazgos obtenidos por los estudios topográficos de las zonas rurales es la que se encuentra en Mattingly y Hitchner, 1995.

49. *Expositio Totius Mundi* 61.

50. Entre los entretenimientos del anfiteatro figuraban todo tipo de atracciones, desde la cacería de fieras —en la que dos batidores podían tener que medirse con nueve osos en un combate a muerte— a las escabrosas representaciones de los amoríos de Júpiter, pasando por actuaciones novedosas como la de los acróbatas que representaban dramas en la cuerda floja. En el circo podía disfrutarse de la siempre popular carrera de carros, pero al joven Agustín le gustaba particularmente el teatro. Fue a Cartago a la edad de dieciséis años y allí se vio rodeado de «un hervidero de amoríos ilícitos». En relación con la obra de teatro dice lo siguiente: «... pues yo, pobre de mí, amaba el compadecerme, y buscaba tener de qué dolerme cuando en el trabajo ajeno, fingido y representado, aquella acción y lance con que el cómico me hacía saltar las lágrimas era la que más me agradaba, y con mayor vehemencia me suspendía» (*Confesiones* III. 2; [la traducción de este pasaje no aparece en la versión canónica citada más arriba (nota 29 al capítulo 3), sino en otra de la edición (incompleta) de Espasa-Calpe, Colección Austral n.º 1.199, Madrid, 1954. *(N. de los t.)*]).

51. Para una introducción a los hallazgos de las excavaciones de la Unesco, véase Ennabli, 1992.

52. Gregorio de Tours 2. 8, según Renato Frigiderio. Sobre los antecedentes de Aecio, véase, entre las obras más recientes, Stickler, 2002, donde se hallarán referencias.

53. Zósimo 6. 2. 4-5; Idacio, *Cronicón*, 125, 128.

54. Para una perspectiva en la que se revisa el debate sobre los bagaudios, véase Drinkwater, 1993; y Halsall, 1993; para una línea de interpretación más próxima al marxismo, véase por ejemplo Thompson, 1956.

55. Sus versos introducen variaciones en la prosa latina, con hexámetros, dísticos elegíacos y métrica falecia.

56. La base y la inscripción conmemorativa aún se conservan (CIL 6. 1724).

57. Sobre Merobaudes, véase en general Clover, 1971, que comenta el manuscrito además de publicar y traducir los poemas; pueden hallarse nuevos intercambios de ideas en *PLRE* 2, pp. 756-758.

58. A menos que se indique lo contrario, las citas de las siguientes páginas proceden de Merobaudes, *Panegyrics* 1 y 2.

59. Los insurgentes recibían el nombre de «norios», pero hacía siglos que esta tribu, anterior a la conquista romana, había dejado de existir, así que es posible que se tratara de otro grupo asimilado al de los bagaudos.

60. Véanse fuentes como *PLRE* 2, p. 166; véase también Courtois, 1955, pp. 155-171; Stickler, 2002, pp. 232-247.

61. Prisco, fragmento 11. 1, p. 243; la fecha y el alcance de la concesión han provocado muchos debates: para una introducción a este asunto, véase Maenchen-Helfen, 1973, pp. 87 y ss.

62. Merobaudes, *Panegyrics* 1, fragmento IIB.

63. Véanse referencias como *PLRE* 2, pp. 24-25; para los comentarios más recientes, con abundancia de referencias, véase Stickler, 2002, pp. 48 y ss. Procopio, en *Historia de las guerras* 3. 3. 15, dice, en referencia a Aecio (y a Bonifacio), que era el último de los romanos.

64. Quodvultdeus *In Barbarian Times* 2. 5.

65. Merobaudes *Carmen* IV.

66. *Nov. Val.* 5. 1, 6. 1.

67. *Nov. Val.* 9.

68. Sobre el contingente aportado por Oriente, véase Teófanes AM 5941; sobre Pentadio, véase *CJ* 12. 8. 2. Para comentarios derivados, véase Courtois, 1955, pp. 171-175.

69. Merobaudes, *Panegyrics* 2. 51-53. Las dos citas siguientes son de *Panegyrics* 2. 61-67 y 2. 98-104.

70. *Nov. Val.* 34: 13 de julio de 451.

71. Sobre los términos fundamentales del tratado del año 442, véase Procopio, *Historia de las guerras* 3. 14. 13, junto con Clover, 1971.

72. *Panegyrics* 2. 25-33.

73. Merobaudes *Carmen* I, 5-10.

74. El término «asignaciones» podría evocar la imagen de unos vándalos y unos alanos instalados en las inmediaciones de Cartago y ocupados en sus huertas, en la construcción de cobertizos y en la comparación del tamaño de sus calabacines. Y, de hecho, esa asociación de ideas no resulta del todo inapropiada: véase la siguiente nota.

75. Víctor de Vita 2. 39. Debo la aclaración de este extremo a Moderan (en preparación), cuyo análisis hace innecesaria la sugerencia de Goffart, 1980, pp. 67-68 y nota, según la cual el asentamiento de los vándalos posterior al año 439 se limitó simplemente a redistribuir los ingresos fiscales de la provincia. La base de la sugerencia de Goffart se funda en un argumento obtenido por analogía más que en la consideración detallada de las pruebas procedentes del norte de África. Sobre esta cuestión de carácter historiográfico, véanse más adelante las pp. 534-535 y ss.

76. Sobre Celestiaco, véase Teodoreto de Ciro, *Cartas* 29-36; sobre María, véase *loc. cit.* 70. [Para la traducción castellana, véase: *Estudios sobre las cartas de Teodoreto de Ciro. Fraseología y tópicos en las cartas de condolencia, de recomendación y Pascuales* —recurso electrónico—, tesis doctoral presentada por Constantino Falcón Martínez y dirigida por el doctor Manuel Ignacio Rodríguez Alfageme, Universidad Complutense, Servicio de Publicaciones de la Facultad de Filología, Departamento de Filología Griega y Lingüística Indoeuroea, Madrid, 2003. *(N. de los t.)*]

77. En este punto se quiebra la imagen evocada por el término «asignaciones» de la que habla la nota 74, y en todo caso, cualquier competencia agrícola que pudiese quedarles a los vándalos del norte y del centro de Europa habría resultado inadecuada para el litoral mediterráneo.

78. Esto no era tan bueno como la propiedad total, pero a los nuevos aparceros se les concedía un arriendo enfitéutico, lo que les otorgaba unos derechos hereditarios plenos, así que disponían de cierta seguridad (*Nov. Val.* 34).

79. *Nov. Val.* 13. El grado de esta exoneración es comparable al concedido a las zonas situadas en los alrededores de Roma que resultaron afectadas por los actos que realizaron los visigodos de Alarico entre los años 408 y 410 (véanse las pp. 314-315).

80. Éste era el tipo de cosas que los emperadores ofrecían frecuentemente como favor, y cuando el número de contribuyentes era amplio, resultaba fácil absorber las exenciones. Ahora bien, como decía la propia ley: «la carga tributaria de cuyo peso se ven libres ciertas personas, a título individual, recae sobre otras» (*Nov. Val.* 4).

81. *Nov. Val.* 7. 1; aparece ligeramente modificado en 7. 2, con fecha de 27 de septiembre de 442.

82. *Nov. Val.* 10.

83. Numidia tenía que pagar ahora, según el informe fiscal general, cuatro mil doscientos *solidi* (la octava parte del total anterior), junto con mil doscientas

dietas militares y doscientas unidades de forraje para los animales. A la Mauritania sitifa se le exigió el pago de cinco mil *solidi* (de nuevo, un octavo de la cifra previa) y de cincuenta unidades de forraje para los animales. Además, el coste de cada dieta militar y de cada unidad de forraje había sido reducido en un *solidus* (*Nov. Val.* 13).

84. Según los cálculos realizados por Elton en 1996a, pp. 120-125, y que deben de ser aproximadamente correctos —pese a que algunas cuestiones de detalle sean discutibles.

85. Las dos citas siguientes proceden de Merobaudes, *Panegyrics* 2. 55-58 y 75-76.

7

Atila el huno

1. Para las distintas opiniones sobre Atila, véase Thompson, 1996, pp. 226-231; Maenchen-Helfen, 1973, pp. 94 y ss. Thompson y Maenchen-Helfen son los dos principales informes disponibles en lengua inglesa. La cita es de Marcelino Comes, *Cronicón*, año 447. 2. No hace muchos años me pidieron que revisara el antiguo artículo que dedicaba a Atila el *Oxford Dictionary of the Christian Church*. Me dijeron que cambiase todo lo que quisiese, pero que dejase lo de «azote de Dios».

2. Una de las fuentes fecha la muerte de Rúas en el año 434, pero puede demostrarse que es errónea (Maenchen-Helfen, 1973, pp. 91-94).

3. Las tres citas siguientes son de Prisco, fragmentos 2, 6. 1 y 6. 2.

4. Compárense los enfoques de Thompson, 1945 y Blockley, 1972.

5. Juliano, «Carta a los atenienses» 279 A-B [Véase la traducción castellana: *Contra los Galileos. Cartas y Fragmentos. Testimonios. Leyes*, Gredos, Madrid, 1982. *(N. de los t.)*]; Amiano 16. 2 y ss.; véase también Matthews, 1989, capítulo 6.

6. Para una introducción al desarrollo de las ciudades de la ruta de la seda, véase Boulnois, 1966.

7. Amiano, en 31. 10. 3-5, da un excelente ejemplo de los efectos del paso de información a través de las fronteras durante el invierno de los años 377 a 378. Los alamanes tuvieron noticia de los movimientos de las tropas romanas por mediación de un escudero retirado, pero también los podían observar con sus propios ojos.

8. Sobre el contexto de su vida, véase Toynbee, 1973 y Runciman, 1929.

9. El hecho de que tengamos parte del volumen 50 sugiere que la mayoría de los tomos llegaron a ver la luz en su día. La cita pertenece al prefacio de los *Excerpts concerning Virtues and Vices* de Constantino.

10. Para una introducción al proyecto de Constantino, véase Lemerle, 1971, pp. 280-288.

11. Sigo aquí, *grosso modo*, lo apuntado en Maenchen-Helfen, 1973, pp. 116-117.

12. Trabajar con su libro es un poco como trabajar con Prisco. Tal como explica la nota introductoria del director de la edición, a principios de enero de 1969 el autor llevó a las oficinas de la California University Press un manuscrito «bellamente mecanografiado», pero falleció tan sólo unos pocos días después. Resultó que el manuscrito no contenía un libro terminado, sino únicamente algunos capítulos y, a pesar de los abundantes esfuerzos de corrección y redacción, el libro, tal como ha sido finalmente publicado, sigue siendo notablemente discontinuo, ya que le falta un gran número de pasajes de enlace. Sin embargo, y de nuevo tal como sucede con los fragmentos de Prisco, nada de eso reduce la calidad de lo que allí aparece escrito.

13. Maenchen-Helfen, 1973, pp. 86-103, que comenta el pasaje AM 5942 de Teófanes.

14. Dado que el período comprendido entre 442 y 447 consta de seis años, deberían de haberse pagado en ese lapso unos 3.810 kilos de oro, pero el hecho de que los atrasos ascendieran a 2.721 kilos sugiere que en realidad sólo se habían entregado 1.089 kilos.

15. *Nov. Theod.* 24.

16. Sobre el reclutamiento de los isauros, véase Thompson, 1946.

17. Cita tomada de Maenchen-Helfen, 1973, p. 121.

18. *Life of Hypatius*, p. 104.

19. Poulter, 1995, 1999.

20. Prisco, fragmento 9. 3, p. 238; en el punto 7. 3 de la *History* de Teofilacto Simocatta se observará que también sobrevivió a los ataques de los ávaros ciento cincuenta años después. Las dos citas siguientes son de Prisco, fragmento 9. 3.

21. Sobre el hecho de viajar por la misma calzada, véase Prisco, fragmento 11. 2, p. 263. Sobre la necesidad de no instalar las tiendas en un terreno más elevado, véase el fragmento 11. 2, p. 251.

22. Prisco, fragmento 11. 2, p. 275.

23. Tenemos prácticamente todo el relato de Prisco, ya que se ha conservado en un cierto número de fragmentos diferentes. Han sido traducidos y dispuestos en orden cronológico en Gordon, 1960, capítulo 3 (junto con un comentario), y en Blockley, 1983, fragmentos de los versos 1-15. 2, cuya traducción [inglesa] aparece citada en lo que sigue. A menos que se indique otra cosa, las citas del resto de este capítulo proceden de Prisco.

24. Fragmento 11. 2, pp. 247-249.

25. Sobre los vallados circulares, véase Prisco, fragmento 11. 2, p. 265; sobre las construcciones, véase fragmento 11. 2, p. 275; sobre los montones de piedras que hacían las veces de cimientos, véase fragmento 13. 1, p. 285; sobre el mobiliario, véase fragmento 11. 2, p. 275; sobre los ceremoniales de bienvenida, véase fragmento 11. 2, p. 265.

26. De forma bastante parecida a la del viejo juego de la observación de los movimientos del Kremlin, esta vida ceremonial dejaba patentemente claro que alguien había sido ascendido o degradado.

27. Las dos citas siguientes son de *Getica*, XXXV, 182 y 183 (equivale al fragmento 12. 2 de Prisco).

28. Fragmento 2, p. 227.

29. Fragmento 14, p. 293.

30. Prisco, fragmento 11. 2, p. 267. Como veremos en un instante, el reparto del botín queda plenamente reflejado en las pruebas arqueológicas, pero también se alude a él de pasada en los textos literarios; por ejemplo en Prisco, fragmento 11. 2, pp. 263 y ss.

31. Prisco, fragmento 15. 2, p. 297.

32. Olimpiodoro, fragmento 19.

33. Algunos comentaristas han reprendido a Matthews por el simple hecho de haber asumido en su obra de 1970 que eso es lo que había sucedido (véase Matthews, 1985, nota adicional). Sin embargo, el texto es ambiguo, y no sería difícil que la idea inicial de Matthews fuese correcta.

34. «Bueno, en fin —me temo que he entregado los mejores presentes al rey equivocado y que los acaziros son ahora nuestros enemigos mortales. Lo siento señor—.» Éste es un caso de desastre diplomático casi tan interesante como el sucedido en una ocasión en que la reina de Inglaterra dijo que la batalla de Waterloo era un excelente ejemplo de cooperación entre los ingleses y los alemanes, para gran disgusto de los franceses.

35. Esto contribuye también a enterrar toda idea de que Uldino, que ocupó una posición destacada antes de 411, hubiera tenido un poder siquiera remotamente semejante al de Atila. Existen otras razones, como hemos visto, para rechazar esta idea (pp. 257-258), pero queda claro, y esto es lo verdaderamente importante, que ningún rey huno ejerció un dominio tan marcado en una época tan temprana.

36. Respecto al acceso al poder de Valamiro entre los godos panonios, Heather, 1996, pp. 113-117, dice lo siguiente: mató a Vinitario, miembro de un linaje real (pero también se casó con su nieta), y obligó a huir a Berimundo, perteneciente a otra rama regia, no obstante lo cual, Gesimundo, tío de Berimundo, aceptó su caudillaje. Véase más adelante, capítulo 8.

37. Parte de la maniobra concebida para atrapar a Vigilas había consistido en imponer a los romanos la prohibición de seguir comprando caballos hunos, y el primer problema surgido con Atila y Bleda se produjo en relación con un ataque sorpresa realizado en un día de mercado (Prisco, fragmento 6. 1).

38. Un rescate que, en sí mismo, suponía la entrega de la nada desdeñable suma de 3.175 gramos de oro.

39. Las cifras son las que da Lindner, 1981, quien, en un artículo célebre, concluyó que no era posible que los hunos mantuvieran su condición de nómadas, dado que, al ser indudable que los ejércitos hunos de los tiempos de Atila contaban con decenas de miles de soldados, no habría habido espacio suficiente en Hungría para tantos caballos. Pasaba por alto el importante factor de que eran los vasallos germanos, y no los propios hunos, quienes proporcionaban la mayoría de los efec-

tivos a los ejércitos de Atila, así que no es preciso postular la necesidad de un número muy elevado de caballos. El elemento del número de soldados se examina a fondo más adelante en este mismo capítulo.

40. Sobre las lenguas, véase Prisco, fragmento 11. 2, p. 267: «Siendo una mezcla de pueblos, cultivan, además de sus propias lenguas, el huno o el godo, o aún, en el caso de quienes tienen tratos con los romanos, el latín». Sobre los nombres, véase Maenchen-Helfen, 1973, pp. 368 y ss. Véase también Jordanes, *Getica*, IX, 58, donde se habla de la adopción cruzada de nombres entre grupos lingüísticos distintos.

41. Sozomen *HE* 9.5; *CTh* 5. 6. 3.

42. Teófanes AM 5931. Véase también Procopio, *Historia de las guerras* 3. 2. 39-40, y Croke, 1977. La fecha podría ser el año 421 o el 427.

43. Los gépidas, los rugos, los suevos, los esciros y los hérulos aparecen todos ellos mencionados en el contexto de la narración de los acontecimientos sucedidos en la gran llanura húngara con posterioridad a la muerte de Atila (véase capítulo 8). Por otra parte, Atila intervino en la política interna de los francos (Prisco, fragmento 20. 3), lo que hace que fuese muy probable que disfrutara de algún género de hegemonía sobre los lombardos y los turingos, y posiblemente también sobre los alamanes, todos los cuales vivían en zonas más próximas al centro de operaciones de los hunos.

44. Considero que los términos que usa Prisco resultan perfectamente comprensibles, a diferencia de Baldwin, 1980, que argumenta que este autor utiliza todas esas voces de una forma confusa y confundidora.

45. Se puede saber el modo en que vestía la gente por la forma en que llevaban sus prendedores —que es el único elemento de las vestimentas halladas en la mayoría de las tumbas que suele llegar hasta nosotros.

46. Las razones de que un elemento resulte invisible para la arqueología van desde las de carácter más espectacular, como en los casos en que los cuerpos han quedado expuestos a los elementos y a los animales salvajes, a las de naturaleza más prosaica, como ocurre cuando se procede a la cremación y a la dispersión de las cenizas, o cuando se entierran los cadáveres sin ningún objeto funerario que nos permita datarlos —lo que con frecuencia hace que sea imposible fechar los cementerios medievales de la Europa septentrional posteriores a la conversión de las distintas poblaciones al cristianismo.

47. Aunque en ocasiones las fuentes escritas nos proporcionan información y ésta puede utilizarse conjuntamente con las pruebas arqueológicas para identificar a determinados grupos.

48. Los «horizontes» arqueológicos se diferencian unos de otros por las variaciones que pueden discernirse en la forma en que se decoraban algunos conjuntos de objetos funerarios aproximadamente similares. De acuerdo con el orden cronológico —y se dan casos de superposición—, la serie comienza con el horizonte de Villafontana, y a éste le siguen los de Untersiebenbrunn y de Domolospuszta/Bacsordas (¡nombres no aptos para cardíacos!).

49. Muchos de los grupos germánicos del centro de Europa habían practicado la cremación entre los siglos I y III, pero la inhumación ya estaba alcanzando un mayor grado de difusión antes de la llegada de los hunos.

50. Para textos de introducción a estos hallazgos, véase Bierbrauer, 1980, 1989; Kazanski, 1991; y Tejral, 1999. Wolfram, 1985, tiene algunas ilustraciones excelentes.

51. Bury, 1928, fue el primero en subrayar este extremo.

52. Prisco, fragmento 15. 4, p. 299.

53. Prisco, fragmento 11. 2, p. 277.

54. Véanse fuentes como *PLRE* 2, pp. 568-569. Además, este tipo de cosas son características de las personas ricas y ociosas —en especial de las que poseen energía y determinación— que se ven atrapadas en las vacías ceremonias de una vida cortesana muy pautada. En Nepal, en el año 2001, un príncipe bebido perdió la cabeza y mató a diez parientes suyos, entre los cuales se encontraba el monarca reinante, antes de suicidarse. Si la memoria de los lectores les permite remontarse un poco más atrás, recordarán la gran cobertura informativa que recibió la muerte de una princesa saudí que abandonó los senderos trillados de la ociosidad.

55. Sobre las bandejas, véase Prisco, fragmento 11. 2, pp. 263, 265 y 277. Sobre la sucesión entre los francos, véase Prisco, fragmento 20. 3. Sobre los contactos con Giserico y el contexto diplomático general, véase Clover, 1972.

56. Jordanes, *Getica*, XXXV, 182.

57. *Poemas* 7. pp. 319 y ss.

58. Mi relato sobre las dos campañas occidentales de Atila se basa notablemente en Thompson, 1996, capítulo 6 y en Maenchen-Helfen, 1973, pp. 129 y ss. Este último se ocupa sólo de la campaña de Italia: entre los fragmentos que existen no se encuentra ningún texto relacionado con el ataque contra la Galia (véase la nota 12 más arriba).

59. Jordanes, *Getica*, XXXVII, 194.

60. El relato completo de la batalla se encuentra en Jordanes, *Getica*, XXXVIII, 197 a XLI, 218. [Los párrafos de las pp. 338-339 corresponden a los *Getica*, XXXVIII, 197-199 y XL, 207-208. *(N. de los t.)*]

61. Fragmento 22. 2, p. 313, que también se encuentra en Procopio, *Historia de las guerras* 3. 4. 33-34.

62. Idacio, *Cronicón*, 154.

63. El hecho de que Aecio fuera incapaz, o no deseara, enfrentarse directamente a Atila poniéndose a la cabeza de otra confederación, como en la Galia, ha suscitado comentarios con frecuencia. Próspero de Tiro, en el año 451, dice que Aecio fue sorprendido sin haber podido realizar los preparativos necesarios, y algunos autores han creído que pudo ser así. Maenchen-Helfen, 1973, pp. 135 y ss., reconstruye de manera convincente las medidas que tomó Aecio para el contraataque y las sitúa en el contexto de otras defensas que los romanos tenían por esa época en el valle del Po. También sigo a Maenchen-Helfen al entender que lo que dice

Idacio en *Cronicón*, 154, significa que Aecio recibió la ayuda militar que Oriente le había enviado a Italia, y que también se benefició de una campaña realizada por las tropas del imperio de Oriente en el Danubio.

64. Incluso en épocas más modernas, los ejércitos que tienen que cubrir estas distancias en sus campañas sufren reveses. En el verano de 1914, los ejércitos alemanes llegaron a las puertas de París antes de verse obligados a replegarse (no hay constancia de que santa Genoveva tuviera algo que ver con esto). Se vieron detenidos como consecuencia de una atrevida maniobra táctica efectuada por el ejército francés junto al río Marne, pero también por efecto del agotamiento, lo que dio a los franceses una oportunidad. Un soldado de la caballería británica que retrocedía ante el avance alemán informó de lo siguiente: «El mayor esfuerzo ... era [el que nos imponía] la fatiga ... Caí más de una vez de mi caballo, y vi que a otros les pasaba lo mismo, pues se dejaban caer lenta y pesadamente hacia adelante, aferrándose al cuello de su caballo, aturdidos y casi inconscientes. En cualquier alto los hombres se quedaban instantáneamente dormidos» (cita tomada de Keegan, 1988, p. 107). Desde luego, había un buen número de diferencias entre el año 451 y 1914. En 1914, la distancia de Bélgica a París se cubrió en unas dos semanas, y los hombres tuvieron que avanzar a razón de cuarenta kilómetros diarios, día tras día. La progresión de los hunos fue mucho más pausada. En 1914 los alemanes viajaron en tren hasta la frontera entre Alemania y Bélgica, lo que les obligaba a cubrir únicamente quinientos kilómetros a pie o a caballo, y desde luego tenían suministros y convoyes de carros.

65. *Getica*, XLIX, 256-258.

66. Aunque sí que trataron de negociar un tratado de paz entre los suevos y los habitantes de la provincia de Galicia.

67. Cualquier relato sobre la Hispania de las décadas de 430 y 440 ha de basarse en Idacio, *Cronicón*, 91-142.

68. La herejía de Pelagio recibe su nombre del teólogo de la Britania romana Pelagio, quien sostenía, nada menos que contra Agustín, que la salvación no sólo requería la gracia divina, en la que otros hacían hincapié, sino también un gran esfuerzo individual encaminado a la vida virtuosa.

69. Pero ya no en metálico, ya que parece que los elementos locales no directamente relacionados con la economía de subsistencia, como las industrias alfareras, se vinieron abajo hacia el año 420.

70. Las tres citas siguientes pertenecen a Gildas, *On the Ruin of Britain*, 23. 5, 24.3 y 20. 1.

71. Sobre la crisis de la década de 440 y el final de la Britania romana, véase por ejemplo Campbell, 1982, capítulo 1; Higham, 1992, capítulos 5 a 8; Salway, 1981, capítulo 16; y Esmonde Cleary, 2000.

72. Es decir, el resto del norte de África, el sur de la Galia, hasta Arles, el noroeste de la Galia, aunque afectado por los bagaudos, el centro de la Galia y el norte de Italia, también afectado por las campañas de Atila.

1. Jordanes, *Getica*, XLVIII, 246-LV, 282.

2. Pese a partir más o menos del mismo conjunto de observaciones, Momigliano, 1955, y Goffart, 1988, llegan a conclusiones opuestas sobre la relación que existió entre Casiodoro y Jordanes. Los argumentos que sugieren las razones que habrían llevado a Jordanes a mentir se centran en su mayor parte en el hecho de que escribiera en vísperas de una campaña del imperio de Oriente que iba a aniquilar el reino ostrogodo de Italia. Se ha argumentado que los *Getica* contienen un importante mensaje político (de Casiodoro, o que simula ser de Casiodoro), en el que se insta a la gente a no ofrecer resistencia a las fuerzas romanas de Oriente. Estas hipótesis omiten a su conveniencia el problema de cómo debía difundirse el supuesto mensaje político de los *Getica*. El único modo de convertir una historia literaria en propaganda política consiste en suponer que los terratenientes se hallaban reunidos y podían conocer el contenido de los *Getica* de la misma forma en que habían tenido conocimiento de los discursos de un Temistio, un Merobaudes o un Sidonio Apolinar. Esto es muy improbable. Para una argumentación más técnica, véase Heather, 1991, capítulo 2.

3. Casiodoro se concentra en la dinastía real de la que procede Teodorico (el patrón de Casiodoro) —la del linaje de los Amalos— y estructura la historia de los godos en función de la geografía, dividida en los diferentes territorios habitados por los godos en las distintas épocas. Ambos puntos se hacen patentes en la historia de Jordanes. Véase de nuevo Heather, 1993.

4. La primera vez que se tiene noticia de la existencia del grupo 1 es en el relato que hace Jordanes del desplome del imperio huno, y después aparece citado en muchas fuentes (para más información, véase Heather, 1996, pp. 111-117). Sobre el grupo 2, véanse las páginas 251-252. Los mejores datos sobre los grupos 3 y 6 se encuentran en Malco de Filadelfia, en la década de 470, y es posible que sus orígenes aparezcan documentados en Teófanes AM 5931 (para más información, véase Heather, 1996, pp. 152 y ss.); véase también más arriba, capítulo 7, nota 42. Sobre el grupo 4, véase Jordanes, *Historia Romana*, 336. Sobre el grupo 5, véase Prisco, fragmento 49. Sobre el grupo 7, véase Procopio, *Historia de las guerras* 8. 4. 9 y ss. (donde se dice que «no eran numerosos»), y *De Ædificis*, 3. 7. 13 (con unos efectivos de tres mil guerreros).

5. Valamiro y su sobrino Teodorico unieron al menos a los grupos 1 y 6, pero posiblemente también a los grupos 3 y 4; véase Heather, 1991, capítulo 1, donde se hallarán abundantes referencias.

6. La referencia a Ardarico se encuentra en Jordanes, *Getica*, L, 260. La cita que aparece a continuación es de *Getica*, L, 261-262.

7. Teodorico el Amalo, el rey ostrogodo de Italia, luchó contra los gépidas, por ejemplo, en los años 488 y 489, y volvió a hacerlo a principios de la década de 500.

8. *Getica*, L, 262-264.

9. *Getica*, LII, 268-269 y LIII, 272-273.

10. Prisco, fragmento 49.

11. *Getica*, LIII, 272-273.

12. *Getica*, XLVII, 248-252.

13. El pasaje decisivo es el que se encuentra en *Getica*, XLVII, 248-252, al que hay que sumar el debate presentado en Heather, 1989, que contiene un gran número de referencias a los intentos anteriores de resolver las evidentes dificultades que plantea.

14. Véanse referencias como *PLRE* 2, pp. 385 y ss. Maenchen-Helfen, 1973, en la p. 388 y en la nota 104, niega que los dos Edicas sean el mismo, pero por lo general se acepta que sí lo eran; véase (y con carácter más general la aparición de los reinos que habrían de suceder a los hunos) Pohl, 1980.

15. Con la posible excepción de los godos encabezados por los Amalos. Jordanes dice que llegaron al oeste de los Cárpatos después de que los hunos hubieran huido al este como consecuencia de la batalla del río Nedao (*Getica*, L, 263-264). Esto no parece probable, y yo sospecho que no se habían instalado en Panonia por propia iniciativa, sino que habían sido los hunos quienes les habían procurado el asentamiento, pero no hay forma de saberlo con seguridad.

16. *Getica*, LIII, 272-LV, 282.

17. *Getica*, LIV, 278-279.

18. Fragmento 45.

19. Compárese *Getica*, LII, 268 con LIII, 272-273.

20. Thompson, 1996, en especial el capítulo 7; y véase también Maenchen-Helfen, 1973, pp. 95 y ss.

21. Prisco, fragmento 11. 2, p. 259.

22. Sobre los tervingos y los greutungos, véase la p. 125. Sobre los burgundios, véase la p. 194. De los distintos grupos de godos, el señalado más arriba con el número 3 —quizás idéntico al de los últimos godos de la Tracia (n. 4 más arriba)— se había visto libre de la dominación huna gracias a la intervención militar romana, y los godos de Panonia, conducidos por los Amalos (grupo 1), tenían muy claro que se les había obligado a formar parte del imperio huno por la fuerza, pese a que los «relatos sobre Balamber» de los *Getica* sean confusos (n. 13 más arriba).

23. Sobre este comerciante, véase Prisco, desde el fragmento 11. 2, p. 269, verso 419 hasta la p. 272, verso 510. Sobre el ahorcamiento, véase Prisco, fragmento 14, p. 293, versos 60 a 65.

24. Fragmento 49.

25. Sobre el grupo 3, véase Teófanes AM 5931: es evidente que el argumento se sostiene, tanto si podemos identificar al grupo 3 con el grupo 6 como si no (véase n. 4 más arriba).

26. Las tres citas siguientes son de Prisco, fragmento 2, pp. 225 y 227.

27. Los romanos procuraron a Atila toda una serie de secretarios, entre los que cabe citar al prisionero llamado Rusticio, que escribía cartas sueltas (Prisco,

fragmento 14, pp. 289). Esta maquinaria gubernamental confeccionaba las listas de los príncipes renegados que habían huido a territorio romano y es posible que también llevara la cuenta de los pertrechos que era preciso exigir a los grupos sometidos.

28. Los más dominados eran los godos que figuran en Prisco, fragmento 49, pasaje que se cita parcialmente más arriba. Los menos dominados eran los gépidas que habían encabezado la revuelta contra los hijos de Atila (Jordanes, *Getica*, L, 260-262). En un grado de dominación intermedio encontramos a los godos panonios de Valamiro (Jordanes, *Getica*, XLVIII, 246-253 y LII, 268 y ss.); véase también el comentario de Heather, 1996, pp. 113-117 y 125-126.

29. Cada uno de los «horizontes» pertenecientes a la época huna recibe su nombre de uno de estos ricos enterramientos.

30. El volumen del catálogo de Menghin *et al.*, 1987, constituye una excelente introducción a las investigaciones realizadas en Apahida y en otros ricos enterramientos de esta época.

31. Desde luego había oro en la Germania del siglo IV, y era trabajado para convertirlo en bandejas. El célebre tesoro rumano del siglo V, de la horda de Pietroasa —Harhoiu, 1977—, contiene uno o dos objetos que ya eran claramente antigüedades en el momento en que fueron depositados, y es posible que hubieran sido realizados a mediados del siglo IV. Además, la presencia de monedas de oro romanas distaba mucho de ser infrecuente.

32. Según Bierbrauer, 1980.

33. Sobre el asentamiento de Constancio en la región del Danubio medio a finales de la década de 350, véase por ejemplo Amiano 17. 12-13 y 19. 11, junto con los comentarios que figuran a este respecto en Heather, 2001.

34. Sobre la presencia de Odoacro en la Galia, véase Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, 2. 18 (en una fecha situada entre los años 463 y 469); véase también *PLRE* 2, pp. 791-793. Sobre los hérulos, los alanos y los torcilingos, véase Procopio, *Historia de las guerras* 3. 1. 6 y Enodio, *Life of St Epiphanius*, pp. 95-100.

35. Jordanes, *Historia Romana*, 336.

36. Sidonio, *Poemas*, 2, pp. 239 y ss.

37. El otro factor que pudo complicar las cosas fue la llegada de una nueva potencia nómada al norte del mar Negro. A principios de la década de 480, por ejemplo, los búlgaros se habían establecido en las cercanías de la frontera danubiana del imperio (Juan de Antioquía, fragmento 211. 4).

38. Fragmento 37.

39. Fragmento 45.

40. Jordanes, *Getica*, XLIX, 255, cuyo origen se encuentra probablemente en Prisco, razón por la que Blockley lo cita como Prisco, fragmento 24. 1.

41. Las mejores exposiciones de la caída de Aecio son Stein, 1959, pp. 347 y ss.; y Stickler, 2002, pp. 150 y ss.

42. Para la carrera de Petronio, con abundantes referencias, véase *PLRE* 2, pp. 749-751.

43. Las dos citas siguientes son de Prisco, fragmento 30.

44. Sobre los principios de la carrera de Avito, con abundantes referencias, véase *PLRE* 2, pp. 196-198.

45. Para un estudio reciente sobre Sidonio, su vida y su época, véase Harries, 1994. Stevens, 1933, sigue siendo estimable.

46. Dill, 1899; para una recopilación de juicios parecidos, véase Harries, 1994, pp. 1-2.

47. *Letters*, 4. 10. 2; cita tomada de Harries, 1994, p. 3.

48. Son muchos los autores que han contribuido a este importante cambio de apreciación, y una excelente introducción es la de Roberts, 1989, donde se hallarán referencias a otros estudios relevantes.

49. Las siguientes citas son de Sidonio, *Poemas*, 7.

50. Prisco, fragmento 30. 2.

51. Para una reconstrucción completa, véase Courtois, 1955, pp. 185-186.

52. Prisco, fragmento 32; equivale al fragmento 202 de Juan de Antioquía.

53. Sobre este contexto literario galo, véase por ejemplo Harries, 1994, capítulos 1-2.

54. Sidonio, *Letters*, 1. 2.

55. El relato de la campaña aparece referido en Idacio, *Cronicón*, 173-186. Sobre las anteriores campañas conjuntas realizadas por los romanos y los godos en Hispania, véanse los capítulos 5 y 6 más arriba.

56. Es imposible reconstruir con detalle la historia de los burgundios, pero véase Favrod, 1997, para un completo debate, lleno de referencias.

57. Víctor de Vita, *History of the Persecution* 1. 13.

58. Esta cita y la siguiente son de Sidonio, *Poemas*, 7., pp. 233-236 y 286-294.

59. Sidonio, *Poemas*, pp. 361 y ss. La siguiente cita pertenece a las páginas 510 a 518.

60. Véanse referencias como *PLRE* 2, p. 198.

9

El fin del imperio

1. Según cuál sea la proporción entre las unidades de quinientos hombres y las de mil: véase Jones, 1964, vol. 3, pp. 364 y 379; véase también la p. 63. La sección oriental de la *Notitia* no consigna datos más allá de mediados de la década de 390, pero los ejércitos de Oriente no sufrieron bajas generalizadas después de esa fecha. En el año 395, Oriente controlaba también la totalidad del ejército de campaña del Ilírico (es decir, otros veintiséis regimientos más), pero más tarde el ejér-

cito del Ilírico occidental y sus efectivos fueron puestos nuevamente en manos del imperio de Occidente.

2. El argumento es de Goffart, 1981. Tras haber dispuesto, al principio, únicamente del control Britania y la Galia, Constantino tuvo que derrotar a una serie de rivales entre los años 306 y 324 para unir el imperio. En el año 355, Juliano había sido nombrado César de Occidente por su primo Constancio, pero se rebeló en 360 y unió la totalidad del imperio, sometiéndolo a su mandato, tras la súbita muerte de Constancio, ocurrida en el año 361.

3. Teodosio aceptó que Persia ejerciera la hegemonía en las dos terceras partes de Armenia, y él se quedó simplemente con un tercio.

4. En Blockley, 1992, puede hallarse un buen resumen de las relaciones entre los romanos y los persas. Rubin, 1986, pone de manifiesto la naturaleza extremadamente pacífica (en términos relativos) de las relaciones que mantuvieron los romanos y los persas en el siglo V —por comparación a las del siglo VI.

5. *Not. Dig. Or.*, 5, 6, 8.

6. *CTh*, 7. 17. 1 del año 412.

7. Sobre la expedición del año 421, véase Teófanes AM 5931 (y compárese con el capítulo 8). Sobre las ambiciones del tío de Atila, Rúas, véase Maenchen-Helfen, 1973, pp. 81-94.

8. Zósimo 6. 8. 2-3.

9. Y así, Idacio refiere, en *Cronicón*, 154, lo siguiente: «Los hunos ... fueron exterminados por [las tropas] auxiliares enviadas por el emperador Marciano y capitaneadas por Aecio, y al mismo tiempo se vieron aplastadas en sus asentamientos, tanto por los desastres enviados por el cielo como por el ejército de Marciano». Para más información, véase el capítulo 7 más arriba.

10. Cameron, 1970, en pp. 176 y ss., echa por tierra el argumento de que Alarico recibió de Constantinopla estímulo para trasladarse a Italia. El parecer de Edward Thompson puede encontrarse en Thompson, 1996, pp. 161 y ss., donde el autor se centra de forma particular en la venganza que Atila se habría tomado en el año 453 en Oriente de no haber detenido la campaña su muerte. Por consiguiente, no encuentro nada en los detalles del relato que sostenga la tesis de Goffart, 1979 (véase n. 2 más arriba).

11. La opinión académica sobre las medidas políticas que adoptó Ricimero ha conocido fluctuaciones, ya que algunos autores consideran que sus orígenes bárbaros debilitaron su lealtad a Roma. Sin embargo, la sucesión al trono de los visigodos se encontraba de hecho en manos de otra rama: la que descendía del sucesor de Valia, Teodoredo I, así que no es probable que Ricimero hubiese gozado de gran popularidad de haber aparecido por la Aquitania dominada por los visigodos; además, las políticas de Ricimero, pese a ser sin duda egoístas, no muestran ningún sesgo favorable a los bárbaros. O'Flynn, 1983, capítulo 8, ofrece un análisis de conjunto. Sobre Mayoriano, véase *PLRE* 2, pp. 702-703, donde se hallarán referencias.

12. Sidonio, *Poemas*, 2, pp. 317-318. El mejor estudio narrativo es el de Stein, 1959, pp. 380 y ss.; véase también O'Flynn, 1983, pp. 111-117. Para el punto de vista que tenían los galos sobre estas maniobras, véase Harries, 1994, capítulos 6-7.

13. Idacio, *Cronicón*, 217.

14. En palabras de Sidonio: «Tras ser investido con la dignidad de conde, cruzó la ribera del Danubio y recorrió en toda su longitud los grandes límites de la frontera, exhortando, disponiendo, examinando y equipando» (*Poemas*, 2, pp. 199-201). En su calidad de *comes rei militaris* (comandante de segundo grado del ejército de campaña), zanjó el desorden que habían hecho reinar en el Danubio, entre los años 453 y 454, el encarnizamiento de la guerra civil desatada entre los hijos de Atila y la aparición de los reinos que habían de suceder al imperio huno.

15. Siguió ocupándose de las consecuencias a largo plazo del hundimiento del imperio huno, se enfrentó a Valamiro al invadir éste el Ilírico en torno al año 460 para tratar de conseguir un subsidio, y rechazó a la partida huna encabezada por Hormidac que había invadido el imperio en la década de 460.

16. En la década de 390, según consigna la *Not. Dig. Or.* 19, el ejército de campaña del Ilírico estaba compuesto por veintiséis unidades, algo más de diez mil hombres. En esa época, tras el acceso de Estilicón al poder, en 395, el Ilírico quedó dividido entre el Oriente y el Occidente, y para el año 420 la parte occidental del ejército del Ilírico había sido ya reducida a veintidós unidades (*Not. Dig. Occ.* 7. 40-62). En consecuencia, la región sufrió un duro castigo, uno de cuyos puntos culminantes fue la pérdida de Panonia a manos de los hunos. De este modo, al llegar la década de 460, la comandancia quedó en buena medida reducida a la zona de Dalmacia, y la merma de su cúpula militar fue probablemente mucho mayor, pese a que Marcelino supliera sus tropas regulares con contingentes auxiliares bárbaros (Prisco, fragmentos 29, 30). Sobre Marcelino en general, véase MacGeorge, 2002, primera parte.

17. Sobre los visigodos y los burgundios, véase Harries, 1994, capítulo 6. Sobre el ejército romano del Rin, véase MacGeorge, 2002, segunda parte. Sobre Britania, véase Galliou y Jones, 1991, capítulos 1-2. Sobre los francos, véase James, 1988, capítulos 2-3 y Wood, 1994, capítulo 3.

18. *Poemas*, 13. 35-36.

19. Sidonio, *Letters*, 1. 11.

20. *Letters*, 1. 9.

21. Mayoriano había obligado a los burgundios a prescindir de algunas de las ciudades (*civitates*) del valle del Ródano y de los ingresos que éstas producían. De ellas, la más significativa era Lyon, una ciudad que los burgundios habían tomado durante el reinado de Avito. Por otra parte, y mediante amenazas, Mayoriano había convencido a los visigodos de que reconocieran su poder, además de atraerse a los terratenientes galos. Sobre Antemio y los galorromanos, véase Harries, 1994, capítulo 7.

22. Unas fuentes informan de que la boda tuvo lugar antes del saqueo de los vándalos, y otras, contradictoriamente, sostienen que se celebró al llegar Placidia a Constantinopla. Por tanto, es posible que quedaran prometidos entre los años 454 y 455, y que se casaran de hecho en el año 462 (véase *PLRE* 2, pp. 796-798; y sobre Olibrio en general, véase Clover, 1978). Sobre el saqueo vándalo de Roma, véanse las páginas 478-479 más arriba.

23. El general de Justiniano llamado Belisario se las ingenió para conquistar el norte de África entre los años 532 y 533.

24. Las tres citas siguientes son de Sidonio, *Poemas*, 5. 53-60, 338-341, 349-350.

25. Querría recalcar este principio con la mayor insistencia, pese a que algunos autores no parezcan darse cuenta de las muchas semejanzas que aproximan la vida pública del imperio tardío a la de un estado de partido único: véase más adelante, Heather y Moncur, 2001, en especial el capítulo 1.

26. Sidonio, *Poemas*, 349-369, 441-469.

27. Esto plantea la misma cuestión que ya se suscitara con Giserico en el capítulo 5, es decir, si las fuerzas de Mayoriano fueron transportadas en un solo viaje o en varios. Belisario había necesitado quinientos barcos para desplazar a dieciséis mil soldados (véase la página 506), así que las trescientas embarcaciones de Mayoriano pudieron haber transportado a unos nueve mil seiscientos hombres de una sola vez, y dudo que tuviese planeado presentar batalla con tan pocos efectivos. Por consiguiente, sospecho que planeaba al menos dos movimientos de tropas, y de ahí que no haya querido situar su vanguardia demasiado cerca de Cartago. Para más información sobre la campaña de Mayoriano, véase Courtois, 1955, pp. 199-200.

28. Cándido, fragmento 2. Equivale a *Suda*, X, 245.

29. Sobre las cantidades, véase, respectivamente, John Lydus, *On the Magistrates*, 3. 43; y Procopio, *Historia de las guerras* 3. 6. 1. Véase también Courtois, 1955, p. 201 y Stein, 1959, pp. 389-391.

30. Sobre la cifra de mil cien embarcaciones, véase Prisco, fragmento 53 —que equivale a Teófanes AM 5961—. El manuscrito dice «diez mil barcos», y la cantidad de mil cien es una enmienda basada en el número de 1.113 naves que proporciona Cedreno en la página 613. La cifra corregida indica por tanto que la armada del año 468 tenía las mismas dimensiones que la que se reunió con motivo de la ilusoria expedición del año 441 que no llegó a hacerse a la mar: véase la página 371. En el año 532, cuando el emperador Justiniano organizó una expedición de carácter más exploratorio con rumbo al África vándala, el imperio de Oriente agrupó quinientas naves corrientes y 92 buques especialmente preparados para la guerra (los *dromones*), con lo que volvemos a tener la impresión de que la cifra de mil cien embarcaciones era la de una flota de proporciones adecuadas para un esfuerzo máximo.

31. Sobre la flota del año 532, véase Casson, 1982, donde se hallarán referencias a la navegación antigua en general. A fin de apreciar el esfuerzo realizado por

el Oriente romano desde una perspectiva más amplia, piénsese que la «Armada invencible» que se hizo a la mar desde las costas de España a finales de la primavera del año 1588 estaba compuesta por noventa grandes naves de trescientas toneladas de desplazamiento o más, y por otras cuarenta embarcaciones auxiliares. Sin embargo, esto no era más que un mero contingente de protección para el ejército del duque de Parma, que tenía el encargo de proporcionar gabarras adicionales con las que transportar a sus hombres al otro lado del canal de la Mancha.

32. Sobre el número de efectivos, véase Procopio, *Historia de las guerras* 3. 6. 1. Sobre Marcelino, véanse fuentes como *PLRE* 2, p. 710. Sobre Heraclio, véase Teófanes AM 5963.

33. Con lo que contradigo a Courtois, 1955, p. 201, quien, por lo general, es un guía excelente, pero que en este caso quería restar importancia a las dimensiones del esfuerzo realizado en el año 468.

34. Las tres citas siguientes proceden de los *Poemas*, 2. 14-17, 537-543 y 315-316.

35. La última flotilla de Belisario partió de Italia en dirección a África el 21 de junio del año 532 y finalmente recaló cerca de Cartago, en la bahía de Útica, que era lo suficientemente amplia como para dar cabida a seiscientas naves.

36. *Poemas*, 5. 332-335.

37. *CTh* 9. 40; Zósimo 1. 31-33, completado por un comentario de Heather, 1996, pp. 38-43, sobre el siglo III. Zósimo indica explícitamente que los barcos y los marineros procedían de asentamientos situados al norte del mar Negro.

38. Las referencias se encuentran reunidas en Viereck, 1975, pp. 165-166.

39. Mattingly, 2002, p. 313.

40. Las tres citas siguientes son de Procopio, *Historia de las guerras* 3. 6. 18-19, 20-21 y 22-24.

41. Procopio, *Historia de las guerras* 1. 6. 10-16. Vale la pena comparar el fracaso de Basilisco en el año 468 con el éxito obtenido por Belisario en 532. Belisario se hizo a la mar con un contingente de menor tamaño, desembarcó sin problemas y terminó con el reino vándalo en menos de un año mediante dos decisivas batallas en tierra. Desembarcó en Caputvada, al sur del cabo Bon y claramente mucho más lejos de Cartago que el objetivo de Basilisco, fuera cual fuese. Belisario logró también una sorpresa estratégica total. La expedición al norte de África había sido una apuesta inesperada de su superior, el emperador Justiniano, y su impulso había venido motivado por la existencia de una disputa sucesoria en el reino vándalo que había dividido a las fuerzas bárbaras. Por consiguiente, cuando Belisario se presentó en la zona, ciento veinte barcos y cinco mil de los mejores soldados vándalos se encontraban lejos, ocupados en aplastar una revuelta surgida en Cerdeña, lo que le permitió desembarcar a sus hombres sin entablar una sola batalla naval. Según las doctrinas modernas, en los desembarcos anfibios —una de las operaciones militares de mayor dificultad—, los atacantes deben tener al menos una ventaja numérica de 6 a 1 sobre sus oponentes. Es muy posible que Basilisco hubiera tra-

tado de desembarcar en un punto excesivamente próximo a Cartago, y que eso fuera lo que le colocara en medio de la flota vándala. Pero es posible que, de haberse escondido, tampoco hubiera conseguido nada. Difícilmente podría haberse suprimido la noticia de la llegada de su flota, adelantada con tanta excitación por Sidonio en enero del año 468. Giserico tenía que estar necesariamente al tanto de su llegada, así que cabe dudar de que dispusiese, por muy grande que fuera su ejército, de la ventaja suficiente para arrancar una victoria a unos adversarios prevenidos y movilizados. De manera similar, los planes españoles del año 1588 estaban mal concebidos: el duque de Medina Sidonia no disponía de una flota de poderío suficiente para rechazar a los ingleses, y el duque de Parma estaba muy lejos de tener el transporte preciso y la flotilla de escolta necesaria para superar a la flota holandesa de la costa y llegar hasta Inglaterra. Parma lo sabía perfectamente, y ni siquiera trató de tener a sus hombres listos para la batalla, pese a que recibiera con gran antelación el aviso de que llegaba la Armada.

42. Su reticencia ha desatado una oleada de especulaciones poco convincentes en los historiadores modernos más temperamentales. La hipótesis más llamativa sobre Severino es la de Lotter, 1976, quien argumenta que en realidad la *Life* comienza más o menos después del año 460, y no después del año 453 (fecha de la muerte de Atila), y que de hecho Severino era cónsul en 461 y tenía una dilatada carrera administrativa tras de sí. No suscribo este punto de vista (véase la respuesta en Thompson, 1982), pero sí que creo que los acontecimientos descritos en la obra se iniciaron en una fecha más próxima a 460 que a 453, ya que más que de los hunos mismos el texto se ocupa de los estados que sucedieron al imperio huno (como el de los rugos y el de los godos de Valamiro), estados que tardaron algún tiempo en constituirse.

43. Sobre el desarrollo de la provincia del Nórico, véase Alföldi, 1974, *passim.*

44. *Not. Dig. Occ.* 39: había policía fluvial en Boiodurum (Passau Instadt), Asturis (Zeiselmauer) y Cannabiaca. Las unidades normales de caballería se encontraban en Comagena (Tulln), Augustiana (Tralsmauer), Arelape (Pochlarn) y Ad Mauros (Eferding). Los arqueros montados estaban en Lentia y Lacufelix.

45. Para un análisis de las pruebas, véase Alföldi, 1974, capítulo 12.

46. Esta cita y la siguiente son de la *Life of Severinus*, 30. 1 y 20. 1-2.

47. Sobre las murallas y las milicias ciudadanas en Comagenis, véase la *Life of Severinus*, 2. 1; en Faviana, 22. 4; en Lauriaco, 30. 2; en Batavis 22. 1; en Quintanis 15. 1; sobre los bárbaros, véase *op. cit.*, 2. 1.

48. *Not. Dig. Occ.* 7. 40-62. Podemos seguir la evolución del ejército de campaña del Ilírico porque tenemos la posibilidad de comparar la lista de sus efectivos que aparece en la *Notitia* de Oriente a partir del año 395 d. C., o un poco antes, con la lista que se consigna en las *Distributio numerorum* de Occidente desde, aproximadamente, el año 420. Se observa claramente que estos *lanciarii* habían sido incorporados al ejército de campaña en una fecha situada entre los años 395 y 420.

49. *Life of Severinus*, 4. 1-4.

50. Sobre los avisos previos, véase *Life of Severinus*, 30; sobre los ataques que se lograban repeler, véase, *op. cit.*, 25, 27; sobre el rescate de prisioneros, véase *op. cit.*, 4. 31.

51. Sobre la captura por los tratantes de esclavos, véase *Life of Severinus*, 10; sobre la ciudad de Tiburnia, véase *op. cit.*, 17; sobre la aniquilación de Iovacum por los hérulos, véase *op. cit.*, 24, 27; sobre los rugos y los intentos de traslado de los nóricos, véase *op. cit.*, 8, 31.

52. Pese a estar integrado cada vez más por los bárbaros que huían de las consecuencias del hundimiento huno, el ejército romano de Italia siguió existiendo en tiempos de Ricimero, y lo mismo puede decirse, hasta cierto punto, del ejército de la Galia, algunas de cuyas secciones se habían alzado en rebeldía en el año 462, cuando los comandaba Egidio (MacGeorge, 2002, capítulo 6).

53. Idacio, *Cronicón*, pp. 238-240.

54. *Getica*, XLV, 237.

55. Para más detalles y abundantes referencias, véase Wolfram, 1988, pp. 181 y ss.

56. Sobre los burgundios, véase Favrod, 1997. Sobre los francos, véase James, 1988, pp. 72 y ss.; y Wood, 1994, pp. 38 y ss.

57. Harries, 1994, pp. 222 y ss.; sobre Ecdicio, véase Sidonio, *Letters*, 3. 3.

58. Las cinco citas siguientes son de Sidonio, *Letters*, 1. 7. 5; 5. 5; 8. 3; 8. 9.

59. Sobre Arvando, véase Sidonio, *Letters*, 1. 7. Sobre Vicencio, véase *Chron. Gall.*, 511, sección correspondiente al año 473; véase también *PLRE* 2, p. 1168; además del juicio de Arvando, Sidonio describió también el de un tal Vicencio, pero no sabemos si se trataba del mismo hombre. Sobre Victorio, véase *PLRE* 2, pp. 1.162-1.163; sobre Seronato, véase Sidonio, *Letters*, 2. 1; 4. 13; 7. 2. A diferencia de Arvando, Seronato no era amigo de Sidonio, así que éste no se inmutó al conocer su suerte. En la década de 410, algunos terratenientes galorromanos ya se habían sentido atraídos por la vía propuesta por Ataulfo, ya que consideraban que era el mejor modo de alcanzar la paz.

60. Solón fue el legendario legislador de Atenas, el hombre que dio a la ciudad-estado su primer código escrito. La existencia de leyes escritas tenía un significado cultural muy importante para los romanos.

61. Pero es que Sidonio siempre trataba de no asumir ninguna carga.

62. Sobre Euquerio, véase Sidonio, *Letters*, 3. 8. Sobre Calminio, véase *Letters*, 5. 12 (en la que se afirma que Calminio no quería verse en esa situación). Sobre el hijo de Sidonio, véase *PLRE* 2, p. 114.

63. Para una introducción al reino visigodo, véase Heather, 1996, capítulo 7, donde se hallarán referencias.

64. Era un apelativo poético habitual para referirse a los francos.

65. Sobre el encarcelamiento y la liberación de Sidonio, véase, de entre las obras más recientes, Harries, 1994, pp. 238 y ss.

66. *Book of Constitutions*, 54.1.

67. Según Goffart, 1980, apoyado principalmente por Durliat, 1988 y 1990. Para una argumentación contraria y específicamente relacionada con el reino burgundio, véase Heather, en preparación (a); Innes, en preparación. Para una perspectiva más general, véase Wickham, 1993; Liebeschuetz, 1997, Barnish, 1986; y sobre el reino vándalo véase también la n. 75 al capítulo 6 más arriba. Los hombres libres burgundios tenían su propia servidumbre —compuesta por libertos y esclavos—, y ésta fue la razón de que recibieran menor cantidad de mano de obra. La posterior legislación burgundia se ocupó de las circunstancias que modificaban el valor de la parte de las tierras mancomunadas que se hallaban en manos de uno de los socios (los desmontes resultantes de la realización de rozas en los bosques, o la plantación de viñedos —de mayor valor por hectárea que los campos arables—), así como del derecho preferente de compra del propietario original romano en caso de que su asociado burgundio decidiese vender. Todas estas normativas, al igual que el orden original, adquieren un sentido mucho más profundo en relación con propiedades efectivamente vinculadas a fincas provistas de tierras que por referencia a la exacción de los impuestos derivados de ellas (*BC* 31, 55. 1-2, 67, 84).

68. Ésta es una exención extremadamente improbable si la recaudación y la distribución de los impuestos desempeñaba en la estructura del reino el papel político clave que viene a sugerir el argumento de Goffart.

69. *CE* fragmentos, 276, 277; véase también Liebeschuetz, 1997.

70. El mejor estudio narrativo es el de Stein, 1959, pp. 393 y ss. Sobre la súbita partida de Gundobaldo de Italia, véase Malalas, p. 375.

71. Para más detalles, véase Courtois, 1955, p. 209.

72. Sobre el conde de la servidumbre, véase Procopio, *Historia de las guerras* 5. 1. 6. Sobre el título de patricio, véase Malchus, fragmento 14 (no aparece reseñado en *PLRE* 2, pp. 791-793).

73. *Life of Severinus*, 7. 1.

74. Procopio, *Historia de las guerras* 5. 1. 8.

75. Esta fue la distribución de fuerzas utilizada por Teodorico el ostrogodo, que fue el gobernante que sucedió a Odoacro en Italia: véase Heather, 1996, capítulo 7, donde se hallarán referencias. De nuevo, Goffart, en su obra de 1980, capítulo 3, argumenta que, en ambos casos, las recompensas adquirieron la forma de impuestos y no de tierras, pero esto no tiene sentido. Lo que provocó la revuelta fue justamente el hecho de que Italia no estuviera generando la suficiente cantidad de ingresos fiscales. Tras derrotar a Odoacro, no hay duda de que Teodorico se dedicó a asignar tierras, ni de que mantuvo al mismo tiempo parte del sistema tributario: Barnish, 1986.

76. Malchus, fragmento 2.

1. Sobre las reducciones de impuestos, véase Hendy, 1985, pp. 613-619; para una perspectiva más general sobre la transformación del siglo VII, véase también Whittow, 1996 y Haldon, 1990.

2. El más extravagante de los empeños recientes concebidos para minimizar la importancia de las identidades de grupo es el de Amory, 1997; véase Amory, 1993. Pero véanse, por ejemplo, las respuestas de Heather, 2003, o de Innes, en preparación. Los códigos de los reinos visigodo, burgundio y franco mencionan la presencia de romanos (*romani*), y en el reino ostrogodo éstos aparecen en los *Variæ* de Casiodoro.

3. En ese año, los hunos lanzaron un ataque descomunal contra el imperio romano, pero fue más bien al este del mar Negro, y no al oeste (p. 206).

4. Sobre el ejército romano de *c.* 420, véase la página 317. Sobre la crisis fiscal y la pérdida de África, véase la página 378.

5. Goffart, 1980, p. 35.

6. Sobre la caída del imperio carolingio, véase Reuter, 1985; véanse también distintos ensayos recogidos en Gibson y Nelson, 1981. Para una visión de conjunto más general, véase Dunbabin, 1985; los análisis de carácter regional se encuentran en Hallam, 1980. Goffart inició su carrera como estudioso del período carolingio y con frecuencia me he preguntado si los procesos implicados en el hundimiento del imperio carolingio no habrán ejercido una influencia excesiva sobre su visión de la caída de Roma. La única excepción a la regla de las razones internas fue el ducado de Normandía, fundado por el vikingo Rollo, pero en este caso la cesión territorial clave no se realizó hasta el año 911, después de que el grueso del proceso del hundimiento carolingio se hubiera resuelto por sí solo.

7. La llegada de la embajada cristiana enviada a Canterbury por el papa Gregorio I en 597 define en buena medida el límite cronológico inferior del detallado conocimiento que muestra el historiador Bede sobre el pasado anglosajón.

8. Sobre los estudios arqueológicos de carácter general, véase Campbell, 1982, capítulo 2; Esmonde Cleary, 2002 y Higham, 1992. Es posible que el reino de Kent conservara los límites de la antigua *civitas* romana perteneciente al grupo de los cantos, y quizá pueda decirse lo mismo de Lincoln y del Lindsey anglosajón. Sin embargo, la mayoría de los reinos anglosajones primitivos tenían un tamaño mucho menor que el de las viejas *civitates* romanas y se aprecia claramente que se instauraron poco a poco: véanse los ensayos de Basset, 1989.

9. En ocasiones, la cuestión de si el fin del imperio ha de concebirse como una destrucción o como una evolución ha suscitado disputas entre los historiadores. Como ocurre tantas veces, para responder a esta pregunta que aparentemente

implica una contradicción es preciso aclarar con exactitud de qué estamos hablando en cada caso concreto.

10. El título del estudio publicado en 1969 por Frank Walbank, *The Awful Revolution*, es característico del enfoque tradicional. Los vientos de cambio se manifiestan gratamente en el título que se ha dado al proyecto elaborado por la Fundación Europea de la Ciencia sobre el mismo asunto: *The Transformation of the Roman World.*

11. En el período imperial temprano, se ponía en marcha esta forma de educación para disponer de oradores públicos expertos capaces de descollar en los consejos ciudadanos. En el período imperial tardío, el latín clásico (y hasta cierto punto el griego) se convirtió en la lengua de la burocracia imperial, la nueva estructura para el medro personal que vino a sustituir a los consejos ciudadanos.

12. Respecto a la pauta general, véase Heather, 1994. Sobre Venancio, véase George, 1992. Riché, 1976, analiza las pruebas relevantes halladas en toda la extensión de la antigua Europa romana.

13. Brown, 1996, examina muchos de estos cambios.

14. Sobre la Iglesia de Oriente, véase Hussey, 1990; véanse también algunos estudios concretos y reveladores, como el de Alexander, 1958.

15. Gibbon, 1897, pp. 160 y ss. (la cita es de la página 161).

16. Baynes, 1943; Jones, 1964, capítulo 25.

17. En opinión de Jones, los gravámenes fiscales excesivos podían atribuirse en gran medida a la necesidad de sostener un ejército lo suficientemente grande como para poder hacer frente a los bárbaros y a Persia; así que incluso este efecto, pese a ser indirecto, se debía a los bárbaros —aunque Jones también señala que la existencia de «bocas ociosas» en la nueva burocracia imperial (en lugar de en la Iglesia, como señala Gibbon) constituía otra fuente de problemas—; véase Jones, 1964, capítulo 25.

18. Sobre los tervingos y los greutungos, véase la p. 194. Sobre Radagaiso, véase la p. 225. Sobre Alarico, véase la p. 290.

19. Sobre los invasores del Rin, véase la p. 225. Sobre los burgundios, véase *id. loc.*

20. No he añadido ninguna cifra relacionada con los inmigrantes anglosajones que afluyeron a Britania porque ellos no fueron la causa directa de que las provincias de Britania quedasen apartadas del sistema imperial.

21. Amiano 27. 8.

22. Los casos de algunos nómadas posteriores, como el de los ávaros del siglo VI, están mejor documentados; estos nómadas huían de los turcos occidentales (véase por ejemplo Pohl, 1988). Para una introducción a los nómadas de la estepa euroasiática, véase Sinor, 1977 y Khazanov, 1984.

23. Tanto las pruebas escritas como las arqueológicas sugieren que los grupos que, dominados por los germanos, se vieron afectados —como el de los bastarnas— fueron conquistados o resultaron fragmentados; Shchukin, 1989, primera parte, capítulos 7-9; segunda parte, capítulos 7-8.

24. Como hemos visto, siempre es mejor disponer de datos que hacer suposiciones, pero es posible que los tervingos y los greutungos hayan contado con unos diez mil soldados cada uno, y la fuerza de Radagaiso quizás ascendiera al doble. El nuevo grupo debía de estar integrado por un contingente de unos treinta mil combatientes. Para los detalles, véase Heather, 1991, segunda parte.

25. La política que aplicaban los romanos a los alamanes (pp. 115-116) presenta un aspecto similar al de las acciones preventivas que se efectuaban contra los francos, según consigna Gregorio de Tours, *Historia de los francos*, 2. 9. El relato de la unificación posterior, en tiempos de Clodoveo, aparece en Gregorio de Tours, 2. 40-42. Por implicación, este autor sitúa los acontecimientos en una fecha posterior al año 507, pero hay buenas razones para pensar que los procesos de conquista y unificación tuvieron un desarrollo paralelo entre los años 482 y 507.

26. Véase, para mayor detalle, Heather, 1991, tercera parte. El único reino nuevo del que no sabemos si fue resultado de una gran reorganización política es el de los burgundios. Este grupo era una potencia de segundo orden que sólo consiguió preservar su independencia cuando logró enemistar a los francos con los ostrogodos, y que cayó en manos de los francos cuando Justiniano, al conquistar Italia, eliminó a estos últimos. Surgen dos posibilidades (ambas factibles, dado que la información disponible está muy dispersa). O bien no influyó en el surgimiento del reino de los burgundios en el siglo V ninguna reorganización política significativa, lo que podría explicar su relativa falta de poderío militar; o bien, si la hubo, la reorganización no tuvo las mismas dimensiones que las que materializaron los demás reinos.

27. Sobre la clase de los hombres libres, véase la página 129. Muchos de los individuos que, según sabemos, se separaron de los grupos unificados, eran aspirantes al liderato derrotados, como los visigodos Modares, Fravitas y Saro. Besas y Godisdiclo fueron algunos de los godos tracios que prefirieron permanecer en el este a seguir a Teodorico el ostrogodo hasta Italia; véase Procopio, *Historia de las guerras* 1. 8. 3.

28. Sobre los seguidores de Radagaiso, véase Orosio 7. 37. pp. 13 y ss. (para su venta como esclavos); Zósimo 5. 35. 5-6 (para la matanza de sus mujeres e hijos). Sobre los vándalos y los alanos, véase Idacio, *Cronicón*, 67-68. Sobre los ostrogodos, véase Malchus, fragmentos 15 y 18. 1-4, además de Heather, 1991, capítulo 8.

29. Sobre los tratados de Juliano, véase Amiano 17. 1. 12-13; 17. 10. 3-4 y 8-9; 18. 2. 5-6; 19. Hedeager, 1978, analiza y reúne las pruebas de la existencia de contactos económicos. Sobre los tervingos, véanse las páginas 102 y ss.

30. *Anales*, XII, 29.

31. Sobre la ruta septentrional del ámbar, véase Urbanczyk, 1997.

32. Por ejemplo, Amiano 16. 12. 17; para una perspectiva general sobre los obsequios, véase Klöse, 1934.

33. Ørsnes, 1968.

34. Amiano 30. 3. 7.

35. Lo que aquí presento brevemente y he de desarrollar con mayor detalle en

otro estudio —Heather, en preparación (b)— es un modelo que analice, tanto en el centro como èn la periferia, la evolución de los acontecimientos ocurridos en las zonas situadas en los márgenes del mundo romano, o cerca de ellos. Para una introducción a este tipo de perspectiva, véase Rowlands *et al.*, 1987 y Champion, 1989. En mi opinión, es crucial añadir a estos análisis el poderoso factor de la mediación: véase por ejemplo Prakash *et al.*, 1994. Los vecinos de Roma no fueron receptores pasivos de la acción y los estímulos romanos, sino que respondieron de forma dinámica en función de sus propios proyectos.

Bibliografía

Fuentes principales

De acuerdo con las convenciones habituales, las ediciones de las obras clásicas no aparecen citadas en la bibliografía. La mayoría de ellas se hallan traducidas (al inglés), en las colecciones de Loeb, en las de Penguin Classics, o en ambas.* Todos los autores cristianos se encuentran, aunque en una versión un tanto desfasada, en las ediciones de la Patrología latina o de la Patrología griega. Las ediciones más recientes (y que en ocasiones se hacen la competencia) de la mayoría de los textos citados en la introducción y en las notas pueden encontrarse en GCS (Die Griechischen Christlichen Schriftsteller der ersten Jahrhunderte), CSEL (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum), CC (Corpus Christianorum) y SC (Sources Chrétiennes). Muchos de esos textos están traducidos en las obras de los Padres de Nicea y de los concilios posteriores a Nicea, así como en las colecciones de la *Library of the Fathers*. Por lo demás, se han utilizado las siguientes ediciones y traducciones de las fuentes tardorromanas. Cuando no se cita traducción alguna, la que aparece en el texto (inglés) es del autor.

Agatias, *History*, Keydell, (comp.), 1967, traducción de Frendo, 1975.

Ammianus Marcellinus, *Res Gestæ*, en Rolfe, edición y traducción, 1935-1939. [Hay traducción castellana: *Historia*, edición y traducción de María Luisa Harto Trujillo, Akal, Madrid, 2002. *(N. de los t.)*]

The Annals of Ravenna, edición de Bischoff y Koehler, 1952.

* En castellano, muchas de esas obras aparecen en Gredos o en Akal. En esta bibliografía se señalan también, junto con las obras traducidas, aquellas de título castellano conocido por referencias cruzadas pero cuya publicación no consta ni en el ISBN ni en el catálogo general de la Biblioteca Nacional. Si la fecha de un artículo no consta por hallarse éste en preparación, y si además ese artículo se encuentra incluido en un libro que también está en preparación, la indicación que figura entre paréntesis pertenece al artículo y la que va entre corchetes a la obra que lo contiene. *(N. de los t.)*

Book of the History of the Franks, edición de Krusch, 1888.
Cedreno, edición de Bekker, 1838-1839.
Chron. Gall. 452, en Mommsen, (comp.), 1892.
Chron. Gall. 511, en Mommsen, (comp.), 1892.
Chronicon Paschale, edición de Dindorf, 1832, traducción de Whitby y Whitby, 1989.
Claudiano, *Works*, edición y traducción de Platnauer, 1922. [Hay traducción castellana: *Poemas*, traducción de Miguel Castillo Bejarano, Gredos, Madrid. *(N. de los t.)*]
Codex Justinianus, en Kreuger, (comp.), 1877.
Eunapio, *History*, edición y traducción de Blockley, 1982.
Eutropio, edición de Santini, 1979, traducción de Bird, 1993. [Hay traducción castellana: *Breviario. Libro de los Césares*, traducción de Tomás de la A. Recio García y A. Soler Ruiz, Gredos, Madrid, 1999. *(N. de los t.)*]
Gregorio de Tours, *Histories*, edición de Krusch y Levison, 1951, traducción de Thorpe, 1974. [Conocida en castellano como *Historia de los francos. (N. de los t.)*]
Idacio, *Chronicle*, en Mommsen, (comp.), 1894, traducción de Burgess, 1993. [Conocida en castellano como *Cronicón. (N. de los t.)*]
Juan de Antioquía, en Mueller, (comp.), 1851-1870, traducción de Gordon, 1966.
John Lydus, *On the Months*, edición de Wuensch, 1898.
John Lydus, *On the Magistrates*, edición y traducción de Bandy, 1983.
Jordanes, *Getica*, edición de Mommsen, 1882, traducción de Mierow, 1915. [Hay traducción castellana: *Origen y gestas de los godos*, traducción de José María Sánchez Martín, Cátedra, Madrid, 2001. *(N. de los t.)*]
Jordanes, *Romana*, edición de Mommsen, 1882.
Juliano, *Works*, edición y traducción de Wright, 1913. [Estas obras se encuentran en castellano en tres volúmenes: *Contra los Galileos. Cartas y Fragmentos. Testimonios. Leyes*, Gredos, Madrid, 1982, y *Discursos*, traducción de José García Blanco, Gredos, Madrid, 1979-1981, 2 vols. *(N. de los t.)*]
Letter of Auxentius, en Gryson, (comp.), 1980, traducción de Heather y Matthews, 1991.
Libanios, *Works*, edición de Foerster, 1903-1927; *Letters*, traducción parcial de Bradbury, 2004.
Life of St Epiphanius, en Vogel, (comp.), 1885.
Life of Severinus, edición de Noll y Vetter, 1963, traducción de Bieler, 1965.
Malalas, edición de Dindorf, 1831, traducción de Jeffreys *et al.*, 1986.
Malchus, edición y traducción de Blockley, 1982.
Marcelino Comes, en Mommsen, (comp.), 1894.
Miracles of St Demetrius, edición de Lemerle, 1979-1981.
Olimpiodoro de Tebas, edición y traducción de Blockley, 1982.
Passion of St Saba, en Delahaye, (comp.), 1912, traducción de Heather y Matthews, 1991.

Paulino de Pella, *Eucharisticon*, edición y traducción de Evelyn White, 1961.
Prisco, edición y traducción de Blockley, 1982.
Procopio de Cesárea, *Works*, edición y traducción de Dewing, 1914-1940. [Hay traducción castellana: *Historia de las guerras*, Gredos, Madrid, s. f., 2 vols. *(N. de los t.)*]
Próspero de Tiro, *Chronicle*, en Mommsen, (comp.), 1892.
Sidonio, *Poems and Letters*, edición y traducción de Anderson, 1936-1965. [Hay traducción castellana de los *Poemas*, traducción de Agustín López Kindler, Gredos, Madrid, 2005. *(N. de los t.)*]
Símaco, *Works*, edición de Seeck, 1883; *Relationes*, traducción de Barrow, 1973. [Hay traducciones castellanas: *Cartas*, introducciones, traducción y notas de José Antonio Valdés Gallego, Gredos, Madrid, 2000; e *Informes. Discursos*, traducción de José Antonio Valdés Gallego, Gredos, Madrid, 2003. *(N de los t.)*]
Sinesio de Cirene, edición de Garzya, 1989.
Temistio, *Orationes*, edición de Schenkl *et al.*, 1965-1974, traducción parcial de Heather y Moncur, 2001. [Hay traducción castellana: *Discursos políticos*, traducción de Joaquín Ritoré Ponce, Gredos, Madrid, 2000. *(N. de los t.)*]
Teófanes, *Chronographia*, edición de Niehbuhr, 1839-1841, traducción de Mango y Scott, 1997.
Teofilacto Simocatta, *History*, edición de De Boor y Wirth, 1972, traducción de Whitby y Whitby, 1986.
Víctor de Vita, *History of the Persecution in Africa*, edición de Kalm, 1879, traducción de Moorhead, 1992.
Zósimo, *History*, edición de Paschoud, 1971-1981, traducción de Ridley, 1982. [Hay traducción castellana: *Nueva historia*, traducción de José María Canday Morón, Gredos, Madrid, 1992. *(N. de los t.)*]

Obras de carácter general

Adcock, F. E., *Caesar as Man of Letters*, Cambridge, 1956.
Alexander, P. J., *The Patriarch Nicephorus of Constantinople: Ecclesiastical Policy and Image Worship in the Byzantine State*, Oxford, 1958.
Alföldy, G., *Noricum*, Londres, 1974.
Amory, P., «The Meaning and Purpose of Ethnic Terminology in the Burgundian Laws», *Early Medieval Europe*, 1993, 2.1, 1-21.
—, *People and Identity in Ostrogothic Italy 489-554*, Cambridge, 1997.
Anderson, W. B., (edición y traducción a cargo de), *Sidonius Apollinaris Poems and Letters*, Londres, 1936-1965.
Arnheim, M. T. W., *The Senatorial Aristocracy in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972.
Ausenda, G., *The Burgundians: An Ethnographic Perspective*, Londres, en preparación (a).

—, *The Vandals: An Ethnographic Perspective*, Londres, en preparación (b).
Bachrach, B. S., *The Alans in the West*, Minneapolis, 1973.
Baldwin, B., «Priscus of Panium», *Byzantion*, n.° 50, 1980, pp. 18-61.
Bandy A. C., (edición y traducción a cargo de), *John Lydus de Magistratibus Populi Romani*, Philadelphia, 1983.
Baradez, J., *Fossatum Africae: recherches aériennes sur l'organisation des confins sahariens à l'époque romaine*, París, 1949.
Barnes, T. D., «Statistics and the Conversion of the Roman Aristocracy», *Journal of Roman Studies*, n.° 85, 1995, pp. 135-147.
Barnish, S. J. B., «Taxation, Land and Barbarian Settlement in the Western Empire», *Papers of the British School at Rome*, n.° 54, 1986, pp. 170-195.
Barrow, R. H., (edición y traducción a cargo de), *Prefect and Emperor. The Relationes of Symmachus*, AD 384, Oxford, 1973.
Bartholomew, P., *Aspects of the Notitia Dignitatum*, Oxford, 1976.
Basset, S., *The Origins of Anglo-Saxon Kingdoms*, Leicester, 1989.
Baynes, N. H., «The Decline of the Roman Empire in Western Europe: Some Modern Explanations», *Journal of Roman Studies*, n.° 33, 1943, pp. 29-35.
Bekker, I., *Georgius Cedrenus Ioannis Scylitzæ*, Bonn, 1838-1839, 2 vols.
Bieler, L., *Eugippius: The Life of Saint Severin*, Washington, D. C., 1965.
Bierbrauer, V., «Zur chronologischen, soziologischen und regionalen Gliederung des ostgermanischen Fundstoffs des 5. Jahrhunderts in Sudosteuropa», en Wolfram y Daim, 1980, pp. 131-142.
—, «Ostgermanische Oberschichtsgräber der römischen Kaiserzeit und des frühen Mittelalters», en *Peregrinatio Gothica* 2, Archaeologia Baltica VIII, Lodz, 1989, pp. 40-106.
Bird, H. W., (traducción a cargo de), *Eutropius Breviarium*, Liverpool, 1993.
Bischoff, B., y Koehler, W., 1952, «The Annals of Ravenna», *Studi Romagnoli*, n.° III, 1952, pp. 1-17.
Blockley, R. C., «Dexippus and Priscus and the Thucydidean Account of the Siege of Plataea», *Phoenix*, n.° 26, 1972, pp. 18-27.
—, (edición y traducción a cargo de), *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire: Eunapius, Olympiodorus, Priscus and Malchus*, vol. 2, Liverpool, 1982.
—, *East Roman Foreign Policy: Formation and Conduct from Diocletian to Anastasius*, Leeds, 1992.
Boissier, G., *La fin du paganisme*, vol. 2, París, 1891.
Bona, I., *Das Hunnenreich*, Stuttgart, 1991.
Boulnois, L., *The Silk Road*, traducción de D. Chamberlin, Londres, 1966.
Bowman, A. y Woolf, G., (comps.), *Literacy and Power in the Ancient World*, Cambridge, 1994.
Bradbury, S. A., «Constantine and Anti-pagan Legislation in the Fourth Century», *Classical Philology*, n.° 89, 1994, pp. 120-139.

—, (traducción a cargo de), *Selected Letters of Libanius from the Age of Constantius and Julian*, Liverpool, 2004.
Braund, D. C., *Rome and the Friendly King: The Character of Client Kingship*, Londres, 1984.
Brown, P. R. L., *Augustine of Hippo: A Biography*, Londres, 1967.
—, *The Cult of the Saints: Its Rise and Function in Latin Christianity*, Londres, 1981.
—, *Authority and the Sacred: Aspects of the Christianisation of the Roman World*, Cambridge, 1995.
—, *The Rise of Western Christendom: Triumph and Diversity, AD 200-1000*, Oxford, 1996.
Browning, R., «Where Was Attila's Camp?», *Journal of Hellenic Studies*, 1953, pp. 143-145.
Bruggisser, P., *Symmaque, ou, Le rituel épistolaire de l'amitié littéraire: recherches sur le premier livre de la correspondance*, Fribourg, 1993.
Burgess, R., (traducción a cargo de), *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana*, Oxford, 1993.
Bury, J. B., *The Invasion of Europe by the Barbarians*, Londres, 1928.
Callu, J. P., *Symmaque Lettres: texte établi, traduit et commenté*, París, 1972-2002.
Calo Levi, A., *Barbarians on Roman Imperial Coinage and Sculpture*, Numismatic Notes and Monographs n.° 123, Nueva York, 1952.
Cameron, A. D. E., «Rutilius Namatianus, St Augustine, and the Date of the *De Reditu*», *Journal of Roman Studies*, n.° 57, 1967, pp. 31-39.
—, *Claudian: Poetry and Propaganda at the Court of Honorius*, Oxford, 1970.
— y J. Long, *Barbarians and Politics at the Court of Arcadius*, Berkeley, 1993.
Cameron, Averil, *et al.*, (comps.), *The Cambridge Ancient History*, segunda edición, vol. 14, Cambridge, 2000.
Campbell, J., *The Anglo-Saxons*, Londres, 1982.
Casson, L., «Belisarius' Expedition Against Carthage», en J. H. Humphrey, (comp.), *Carthage VII: Excavations at Carthage 1978 Conducted by the University of Michigan*, Ann Arbor, 1982, pp. 23-28.
Champion, T. C., *Centre and Periphery: Comparative Studies in Archaeology*, Londres, 1989.
Chastagnol, A., *La Préfecture urbaine sous le bas-empire*, París, 1960.
Childe, V. G., *The Aryans: A Study of Indo-European Origins*, Londres, 1926.
—, *The Dawn of European Civilization*, Londres, 1927.
Christiansen, A., *L'Iran sous les Sassanides*, segunda edición, Copenhague, 1944.
Clover, F. M., «Flavius Merobaudes. A Translation and Historical Commentary», *Transactions of the American Philological Society*, n.° 61, 1971, pp. 1-78.
—, «Geiseric and Attila», *Historia*, n.° 22, 1972, pp. 104-117.
—, «The Family and Early Career of Anicius Olybrius», *Historia*, n.° 27, 1978, pp. 169-196.
Cornell, T., y J. F. Matthews, *Atlas of the Roman World*, Londres, 1982.

Courcelle, P., *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1964.
Courtois, C., *Les Vandales et l'Afrique*, París, 1955.
Crawford, M., «Finance, Coinage and Money from the Severans to Constantine», *Aufsteig und Niedergang der antiken Welt*, 2. 2, 1975, pp. 572-575.
Cribb, R. J., *Nomads in Archaeology*, Londres, 1991.
Croke, B., «Evidence for the Hun Invasion of Thrace in AD 422», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, n.° xviii, 1977, pp. 347-367.
Cunliffe, B., *The Ancient Celts*, Oxford, 1997.
— y T. Rowley, (comps.), *Oppida, the Beginnings of Urbanisation in Barbarian Europe: Papers Presented to a Conference at Oxford, October 1975*, Oxford, 1976.
Dagron, G., *Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, París, 1974.
Dahn, F., *Die König der Germanen: Das Wesen des ältesten Königthums der germanischen Stämme und seine Geschichte bis auf die Feudalzeit*, Múnich, 1861-1899.
—, *Ein Kampf um Rom*, Leipzig, 1877.
Dauge, Y. A., *Le Barbare: recherches sur la conception romaine du barbare et de la civilisation*, Colección Latomus, n.° 176, Bruselas, 1981.
De Boor, C. y P. Wirth, (comps.), *The History of Theophylact Simocatta*, Stuttgart, 1972.
Delehaye, H., «Saints de Thrace et de Mésie», *Analecta Bollandia*, n.° 31, 1912, pp. 161-300.
Demandt, A., *Der Fall Roms: die Auflösung des römischen Reiches im Urteil der Nachwelt*, Múnich, 1984.
Demougeot, E., *De l'Unité à la division de l'Empire romain 395-410: Essai sur le gouvernement impérial*, París, 1951.
—, *La Formation de l'Europe et les invasions barbares: II. De l'avènement de Dioclétien (284) à l'occupation germanique de l'Empire romain d'Occident (début du VIe siècle)*, París, 1979.
Dewing, H. B., (edición y traducción a cargo de), *The Works of Procopius*, Londres, 1914-1940.
Diesner, H.-J., *Die Völkerwanderung*, Leipzig, 1976.
Dill, S., *Roman Society in the Last Age of the Western Empire*, Londres, 1899.
Dindorf, L., (comp.), *Malalas Chronographia*, Bonn, 1831.
—, (comp.), *Chronicon Paschale*, Bonn, 1832.
Dodgeon, M. H. y S. N. C. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars (AD 226-363): A Documentary History*, Londres, 1991.
Drew, K. Fischer, (traducción a cargo de), *The Burgundian Code: Book of Constitutions or Law of Gundobad*, Philadelphia, 1972.
Drinkwater, J. F., *The Gallic Empire: Separatism and Continuity in the Northwestern Provinces of the Roman Empire, AD 260-274*, Stuttgart, 1987.
—, «The Bacaudae of Fifth-century Gaul», en Drinkwater y Elton, 1992, pp. 208-217.

— y H. Elton, (comps.), *Fifth-century Gaul: A Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992.
Dunbabin, J., *France in the Making, 843-1180*, Oxford, 1985.
Duncan-Jones, R., «Economic Change and the Transition to Late Antiquity», en S. Swain y M. Edwards, (comps.) *Approaching Late Antiquity: The Transformation from Early to Late Empire*, Oxford, 2003, pp. 20-52.
Durliat, J., «Le salaire de la paix sociale dans les royaumes barbares (Ve-Vie siècles)», en H. Wolfram y A. Schwarcz, (comps.), *Anerkennung und Integration: Zu den wirtschaftlichen Grundlagen der Völkerwanderungszeit (400-600)*, Denkschriften der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Phil.-Hist. Kim Il Sung. 193, Viena, 1988, pp. 21-72.
—, *Les finances publiques de Dioclétien aux Carolingiens (284-889)*, Sigmaringen, 1990.
Dvornik, H., *Early Christian and Byzantine Political Philosophy: Origins and Background*, Dumbarton Oaks Center for Byzantine Studies, Washington, D. C., 1966.
Elton, H., *Warfare in Roman Europe, AD 350-425*, Oxford, 1996 a.
—, *Frontiers of the Roman Empire*, Londres, 1996 b.
Ennabli, E. A., *Pour Sauver Carthage: Exploration et conservation de la cité punique, romaine et byzantine*, Túnez, 1992.
Esmonde Cleary, A. S., *The Ending of Roman Britain*, Londres, 2000.
Evelyn White, H., *The Works of Ausonius*, vol. 2, Londres, 1961.
Fantham, E., *The Roman World of Cicero's De Oratore*, Oxford, 2004.
Favrod, J., *Histoire politique du royaume burgonde (443-534)*, Lausana, 1997.
Ferguson, N., *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World, 1700-2000*, Londres, 2001.
Ferris, I. M., *Enemies of Rome: Barbarians through Roman Eyes*, Stroud, 2000.
Foerster, R., (comp.), *Libanii opera*, Leipzig, 1903-1927.
Frendo, J. D. C., (traducción a cargo de), *Agathias: History*, Berlín, 1975.
Friedrichsen, G. W. S., *The Gothic Version of the Gospels: A Study of Its Style and Textual History*, Oxford, 1926.
—, *The Gothic Version of the Epistles: A Study of Its Style and Textual History*, Oxford, 1939.
Galliou, P. y M. Jones, *The Bretons*, Oxford, 1991.
Garzya, A., (edición y traducción italiana a cargo de), *Opere di Sinesio di Cirene: epistole, operette, inni*, Turín, 1989.
George, J. W., *Venantius Fortunatus: A Latin Poet in Merovingian Gaul*, Oxford, 1992.
Gibbon, E., *The Decline and Fall of the Roman Empire*, edición de J. B. Bury, vol. 4, Londres, 1897. [Hay traducción castellana: *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, Ediciones Turner, Madrid, 1984, 5 vols. *(N. de los t.)*]
Gibson, M. y J. Nelson, *Charles the Bald: Court and Kingdom*, Oxford, 1981.

Goffart, W., *Barbarians and Romans AD 418-584: The Techniques of Accomodation*, Princeton, 1980.
—, «Rome, Constantinople, and the Barbarians in Late Antiquity», *American Historical Review*, n.° 76, 1981, pp. 275-306.
—, *The Narrators of Barbarian History (AD 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Princeton, 1988.
Gonzalez, J., «The *Lex Irnitana*: A New Copy of the Flavian Municipal Law», *Journal of Roman Studies*, n.° 76, 1986, pp. 147-243.
Gordon, D. C., (traducción a cargo de), *The Age of Attila*, Ann Arbor, 1966.
Green, R. P. H., *The Works of Ausonius*, Oxford, 1991.
Gryson, R., (comp.), *Littérature Arienne Latine*, Lovaina, 1980.
Haarnagel, W., *Die Grabung Feddersen Wierde: Methode, Hausbau, Siedlungs- und Wirtschaftsformen sowie Sozialstruktur*, Wiesbaden, 1979.
Hachmann, R., *The Germanic Peoples*, Londres, 1971.
— *et al.*, *Völker zwischen Germanen und Kelten: Schriftquellen, Bodenfunde und Namengut zur Geschichte des nördlichen Westdeutschlands um Christi Geburt*, Neumünster, 1962.
Haldon, J. F., *Byzantium in the Seventh Century: The Transformation of a Culture*, Cambridge, 1990.
Hallam, E. M., *Capetian France, 987-1328*, Londres, 1980.
Hallsall, G., «The Origins of the *Reihengraberzivilisation*: Forty Years On», en Drinkwater y Elton, 1992, pp. 196-207.
Halm, C., MGH, auctores antiquissimi 2, Berlín, 1879.
—, *Victoris Vitensis Historia persecutionis africanae provinciae sub Geiserico et Hunrico regibus Wandalorum*, MGH, auctores antiquissimi 2, Berlín, 1879.
Hanson, R. P. C., *The Search for the Christian Doctrine of God*, Edimburgo, 1988.
Harhoiu, R., *The Treasure from Pietroasa, Romania*, Oxford, 1977.
Härke, H., «Warrior Graves?» The Background of the Anglo-Saxon Weapon Burial Rite», *Past and Present*, n.° 126, 1990, pp. 22-43.
Harmatta, J., «The Golden Bow of the Huns», *Acta Archaeologica Hungaricae*, n.° 1, 1951, pp. 114-149.
Harries, J., *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome*, Oxford, 1994.
Haubrichs, W., «Burgundian Names – Burgundian Language», en Ausenda, en preparación (b), [en preparación].
Heather, P. J., «The Crossing of the Danube and the Gothic Conversion», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, n.° 27, 1986, pp. 289-318.
—, «The Anti-Scythian Tirade of Synesius' *De Regno*», *Phoenix*, n.° 42, 1988, pp. 152-172.
—, «Cassiodorus and the Rise of the Amals: Genealogy and the Goths under Hun Domination», *Journal of Roman Studies*, n.° 79, 1989, pp. 103-128.
—, *Goths and Romans 332-489*, Oxford, 1991.

—, «The Historical Culture of Ostrogothic Italy», en *Teoderico il grande e i Goti d'Italia*, Actas del XIII Congreso internacional de estudios sobre la alta Edad Media, Spoleto, 1993, pp. 317-353.
—, «Literacy and Power in the Migration Period», en Bowman y Woolf, 1994, [1994 (a)], pp. 177-197.
—, «New Men for New Constantines? Creating an Imperial Elite in the Eastern Mediterranean», en P. Magdalino, (comp.), *New Constantines: The Rhythm of Imperial Renewal in Byzantium, 4th-13th Centuries*, Londres, 1994 (b), pp. 11-33.
—, «The Huns and the End of the Roman Empire in Western Europe», *English Historical Review*, n.° 110, 1995, pp. 4-41.
—, *The Goths*, Oxford, 1996.
—, «State, Lordship and Community in the West (*c.* AD 400-600)», en Averil Cameron *et al.*, 2000, pp. 437-468.
—, «The Late Roman Art of Client Management and the Grand Strategy Debate», en W. Pohl e I. N. Wood, (comps.), *The Transformation of Frontiers from Late Antiquity to the Carolingians*, Actas de la Segunda conferencia plenaria del Proyecto de la Fundación Europea de la Ciencia sobre la Transformación del Mundo Romano, Brill, 2001, pp. 15-68.
—, «Law and Identity in the Burgundian Kingdom», en Ausenda, en preparación (b), [en preparación (a)].
—, *Emperors and Barbarians: Migration and State Formation in First-millennium Europe*, en preparación (b).
— y J. F. Matthews, *The Goths in the Fourth Century*, Translated Texts for Historians, Liverpool, 1991.
— y D. Moncur, (traducción a cargo de), *Politics, Philosophy and Empire in the Fourth Century: Selected Orations of Themistius*, Translated Texts for Historians, Liverpool, 2001.
Hedeager, L., «A Quantitative Analysis of Roman Imports in Europe North of the Limes (0-400 AD), and the Question of Roman-Germanic Exchange», *New Directions in Scandinavian Archaeology*, edición de K. Kristiansen y C. Paludan-Muller, Copenhague, 1978, pp. 191-216.
—, «Empire, Frontier and the Barbarian Hinterland. Rome and Northern Europe from AD 1 to 400», en Rowlands *et al.*, 1987, pp. 125-140.
Hendy, M. F., *Studies in the Byzantine Monetary Economy, c. 300-1450*, Cambridge, 1985.
Higham, N., Rome, *Britain and the Anglo-Saxons*, Londres, 1992.
Hoddinott, R. F., *Bulgaria in Antiquity: An Archaeological Introduction*, Londres, 1975.
Hoffmann, D., *Das spätrömische Bewegungsheer und die Notitia Dignitatum*, Düsseldorf, 1969.
Homes Dudden, F., *The Life and Times of St Ambrose*, Oxford, 1935.
Honoré, A. M., *Tribonian*, Londres, 1978.

—, *Emperors and Lawyers*, segunda edición revisada, Oxford, 1994.
Hopkins, K., «Taxes and Trade in the Roman Empire», *Journal of Roman Studies*, n.° 70, 1980, pp. 101-125.
Howard Johnson, J. D., «The Two Great Powers of Late Antiquity: A Comparison», en Averil Cameron, (comp.), *The Byzantine and Early Islamic Near East*, vol. 3: *States, Resources and Armies*, Princeton, 1995, pp. 123-178.
Hussey, J. M., *The Orthodox Church in the Byzantine Empire*, Oxford, 1990.
Innes, M., «On the Social Dynamics of Barbarian Settlement: Land, Law, and Property in the Burgundian Kingdom», en Ausenda, en preparación (b), [en preparación].
Isaac, B., *The Limits of Empire: The Roman Army in the East*, Oxford, 1992.
James, E., *The Franks*, Oxford, 1988.
Jeffreys, E. *et al.*, (traducción a cargo de), *The Chronicle of John Malalas*, Melbourne, 1986.
Jones, A. H. M., *The Later Roman Empire: A Social, Economic and Administrative Survey*, Oxford, 1964, 3 vols.
Kaegi, W., *Byzantium and the Decline of Rome*, Princeton, 1968.
Kagan, D. C., *The End of the Roman Empire*, tercera edición, Lexington, Massachusetts, 1992.
Kaster, R. A., *Guardians of Language: The Grammarian and Society in Late Antiquity*, Berkeley, 1988.
Kazanski, M., *Les Goths (Ier-VIIe siècles après J.-C.)*, París, 1991.
Keay, S. y N. Terrenato, (comps.), *Italy and the West: Comparative Issues in Romanization*, Oxford, 2001.
Keegan, J., *The First World War*, Londres, 1988.
Keene, C. H. y G. F. Savage-Armstrong, *The Home-coming of Rutilius Claudius Namatianus from Rome to Gaul in the Year 416 AD*, Londres, 1907.
Kelly, C. M., «Later Roman Bureaucracy: Going through the Files», en Bowman y Woolf, 1994, pp. 161-176.
Keydell, R., (comp.), *Agathias Historiae*, Corpus Fontium Historiae Byzantinae, Berlín, 1967.
Klopsteg, P. E., *Turkish Archery and the Composite Bow*, Evanston, Illinois, 1927.
Klöse, J., *Roms Klientel-Randstaaten am Rhein und an der Donau: Beiträge zu ihrer Geschichte und rechtlichen Stellung im 1. und 2. Jhdt n. Chr.*, Breslau, 1934.
Kooi, B. W., «On the Mechanics of the Modern Working-recurve Bow», *Computational Mechanics*, n.° 8, 1991, pp. 291-304.
—, «The Design of the Bow», *Proceedings Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen*, n.° 97 (3), 1994, pp. 283-309.
Kopecek, T. A., *A History of Neo-Arianism*, Philadelphia, 1979.
Kossinna, G., *Ursprung und Verbreitung der Germanen in vor- und frühgeschichtlicher Zeit* (publicado en inglés con el título *The Origin of the Germani*), Leipzig, 1928.

Krautheimer, R., *Rome: Profile of a City, 312-1308*, Princeton, 1980.
Kreuger, P., (comp.), *Corpus Iuris Civilis*, Berlín, 1877.
Krusch, B., (comp.), *Liber Historiae Francorum*, MGH, scriptores rerum merovingicarum 2, Berlín, 1888.
— y W. Levison, (comps.), *Gregory of Tours Historiae*, MGH, scriptores rerum merovingicarum 1. 1, Berlín, 1951.
Laszlo, Gy, «The Golden Bow of the Huns», *Acta Archaeologica Hungaricae*, n.º 1, 1951, pp. 91-106.
Lattimore, O., *Inner Asian Frontiers of China*, Oxford, 1940.
Leeman, A. D., *Orationis Ratio: The Stylistic Theories and Practice of the Roman Orators, Historians and Philosophers*, Amsterdam, 1963.
Lemerle, P., *Le premier humanisme byzantin*, París, 1971.
—, (edición y traducción francesa a cargo de), *Les plus anciens recueils des miracles de Saint Démétrius*, París, 1979-1981.
Lengyel, A. y G. T. B. Radan, (comps.), *The Archaeology of Roman Pannonia*, Budapest, 1980.
Lenski, N., «The Gothic Civil War and the Date of the Gothic Conversion», *Greek, Roman and Byzantine Studies*, n.º 36, pp. 51-87.
—, *Failure of Empire: Valens and the Roman State in the Fourth Century AD*, Berkeley, 2002.
Lepelley, C., *Les Cités de l'Afrique romaine au Bas-Empire*, París, 1979-1981.
Lewitt, T., *Agricultural Production in the Roman Economy AD 200-400*, Oxford, 1991.
Liebeschuetz, J. H. W. G., *Antioch: City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford, 1972.
—, *Barbarians and Bishops: Army, Church and State in the Age of Arcadius and John Chrysostom*, Oxford, 1990.
—, «Cities, Taxes and the Accomodation of the Barbarians: The Theories of Durliat and Goffart», en W. Pohl, (comp.), *Kingdoms of the Empire: The Integration of Barbarians in Late Antiquity*, Leiden, 1997, pp. 135-152.
Lindner, R., «Nomadism, Huns and Horses», *Past and Present*, n.º 92, 1981, pp. 1-19.
Linebaugh, P., *The London Hanged: Crime and Civil Society in the Eighteenth Century*, Londres, 1991.
Lomanto, V., *A Concordance to Symmachus*, Hildesheim, 1983.
Lot, F., *Les invasions germaniques: La pénétration mutuelle du monde barbare et du monde romain*, París, 1939.
Lotter, F., *Severinus von Noricum, Legende und historische Wirklichkeit: Unters. zur Phase d. Übergangs von spätantiken zu mittelalterl. Denk-u. Lebensformen*, Stuttgart, 1976.
MacCormack, S. A., *Art and Ceremony in Late Antiquity*, Los Ángeles y Berkeley, 1981.
MacCormick, M., *Eternal Victory: Triumphal Rulership in Late Antiquity, Byzantium and the Early Medieval West*, Cambridge, 1986.

Platnauer, M., (edición y traducción a cargo de), *The Works of Claudian*, Londres, 1922.
Pohl, W., «Die Gepiden und die *Gentes* an der mittleren Donau nach dem Zerfall des Attilareiches», en Wolfram y Daim, 1980, pp. 239-305.
—, *Die Awaren: Ein Steppenvolk im Mitteleuropa, 567-822 n. Chr.*, Beck, 1988.
Poulter, A. G., *Nicopolis ad Istrum: A Roman, Late Roman, and Early Byzantine City: Excavations 1985-1992*, Londres, 1995.
—, «The Transition to Late Antiquity on the Lower Danube: An Interim Report (1996-1998)», *Antiquaries Journal*, n.° 79, 1999, pp. 145-185.
Prakash, G. *et al.*, «American Historical Review Forum: Subaltern Studies as Postcolonial Criticism», *American Historical Review*, n.° 99, 1994, p. 5.
Ramsay, A. M., «The Speed of the Imperial Post», *Journal of Roman Studies*, n.° 15, pp. 60-74.
Rau, G., «Körpergraber mit Glasbeigaben des 4. Nachschristlichen Jahrhunderts im Oder-Wechsel-Raum», *Acta praehistorica et archaeologica*, n.° 3, 1972, pp. 109-214.
Raven, S., *Rome in Africa*, tercera edición, Londres, 1993.
Rawson, E., *Cicero: A Portrait*, Londres, 1993.
Renfrew, C. y P. Bahn, *Archaeology: Theories, Methods and Practice*, Londres, 1991.
Reuter, T., «Plunder and Tribute in the Carolingian Empire», *Transactions of the Royal Historical Society*, quinta serie, n.° 35, 1985, pp. 75-94.
—, «The End of Carolingian Military Expansion», en P. Godman y R. Collins, (comps.), *Charlemagne's Heir: New Perspectives on the Reign of Louis the Pious*, Oxford, 1990, pp. 391-405.
Riché, P., *Education and Culture in the Barbarian West, Sixth through Eigth Centuries*, traducción inglesa de J. J. Contreni, Columbia, 1976.
Ridley, R. T., (traducción a cargo de), *Zosimus New History*, Canberra, 1982.
Roberts, C. H. y E. G. Turner (comps.), *Catalogue of the Greek and Latin Papyri in the John Rylands Library, Manchester*, vol. 4., Manchester, 1952.
Roberts, M., *The Jeweled Style: Poetry and Poetics in Late Antiquity*, Ithaca, 1989.
—, «Barbarians in Gaul: The Response of the Poets», en Drinkwater y Elton, 1992, pp. 97-106.
Robinson, O. F., *The Sources of Roman Law*, Londres, 1992.
Roda, S., «Una nuova lettera di Simmaco ad Ausonio? (a proposito di Symm. *Ep.* IX, 88)», *Revue des Études Anciennes*, n.° 83, pp. 273-280.
Rolfe, J. C., (comp.), *Ammianus Marcellinus*, Loeb, Londres, 1935-1939.
Rostovtzeff, M., *The Social and Economic History of the Roman Empire*, segunda edición revisada por P. Fraser, Oxford, 1957.
Roueché, C., *Aphrodisias in Late Antiquity: The Late Roman and Byzantine Inscriptions*, Londres, 1989.
Rowlands, M. *et al.*, *Centre and Periphery in the Ancient World*, Cambridge, 1987.
Rubin, Z., «The Mediterranean and the Dilemma of the Roman Empire in Late Antiquity», *Mediterranean Historical Review*, n.° 1, pp. 13-62.

Runciman, S., *The Emperor Romanus Lecapenus and His Reign: A Study of Tenth-century Byzantium*, Cambridge, 1929.
St Croix, G. de, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, Londres, 1981.
Salway, P., *Roman Britain*, Oxford, 1981.
Santini, C., (comp.), *Eutropius Breviarium ab urbe condita*, Stuttgart, 1979.
Schenkl, H. *et al.*, (comps.), *Themistii Orationes*, Leipzig, 1965-1974.
Schutz, H., *The Prehistory of Germanic Europe*, New Haven, Connecticut, 1983.
Scorpan, C., *Limes Scythiae: Topographical and Stratigraphical Research on the Late Roman Fortifications on the Lower Danube*, Oxford, 1980.
Shaw, B., *Environment and Society in North Africa: Studies in History and Archaeology*, Aldershot, 1995 (a).
—, *Rulers, Nomads and Christians in North Africa*, Aldershot, 1995 (b).
Shchukin, M. B., *Rome and the Barbarians in Central and Eastern Europe: 1st Century BC-1st Century AD*, Oxford, 1989.
Seeck, O., (comp.), *Notitia Dignitatum omnium tam civilum quam militarum*, Berlín, 1876.
—, (comp.), *Symmachus quae supersunt*, Berlín, 1883.
Sinor, D., *Inner Asia and Its Contacts with Medieval Europe*, Londres, 1977.
Sivan, H., «An Unedited Letter of the Emperor Honorius to the Spanish Soldiers», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, n.° lxi, pp. 273-287.
Smith, R., «Telling Tales: Ammianus' Narrative of the Persian Expedition», en J. W. Drijvers y D. Hunt, (comps.), *The Late Roman World and Its Historian: Interpreting Ammianus Marcellinus*, Londres, 1999, pp. 89-104.
Stallknecht, B., *Untersuchungen zur römischen Aussenpolitik in der Spätantike*, Bonn, 1969.
Stein, E., *Histoire du Bas Empire*, traducción de J. R. Palanque, París, 1959.
Stevens, C. E., *Sidonius Apollinaris and His Age*, Oxford, 1933.
Stickler, T., *Aetius: Gestaltungsspielraume eines Heermeisters im ausgehenden Weströmischen Reich*, Vestigia 54, Beck, 2002.
Tate, G., «Les campagnes de la Syrie du Nord à l'époque proto-Byzantine», en C. Morrison y J. Lefort, (comps.), *Hommes et richesses dans l'antiquité byzantine*, París, 1989, pp. 63-77.
Tchalenko, G., *Villages antiques de la Syrie du Nord*, París, 1953-1958.
Tejral, J. *et al.*, (comps.), *L'Occident romain et l'Europe centrale au début de l'époque des Grandes Migrations*, Brno, 1999.
Thompson, E. A., «Priscus of Panium, Fragment 1b», *Classical Quarterly*, n.° 39, 1945, pp. 92-94.
—, «The Isaurians under Theodosius II», *Hermathena*, n.° 48, 1946, pp. 18-31.
—, «The Foreign Policy of Theodosius II and Marcian», *Hermathena*, n.° 76, 1950, pp. 58-78.
—, «The Settlement of the Barbarians in Southern Gaul», *Journal of Roman Studies*, n.° 46, 1956, pp. 65-75.

—, «The End of Noricum», en Thompson, 1982 (c), [1982 (a)], pp. 113-135.
—, «Hydatius and the Invasion of Spain», en Thompson, 1982 (c), [1982 (b)], pp. 137-160.
—, *Romans and Barbarians: The Decline of the Western Empire*, Wisconsin, 1982 (c).
—, *The Huns*, Oxford, 1996.
Thorpe, L., (traducción a cargo de), *Gregory of Tours: The History of the Franks*, Londres, 1974.
Tjäder, J.-O., «Der Codex argenteus in Uppsala und der Buchmeister Viliaric in Ravenna», en U. E. Hagberg, (comp.), *Studia Gotica*, Estocolmo, 1972, pp. 144-164.
Todd, M., *The Northern Barbarians 100 BC-AD 300*, Londres, 1975.
—, *The Early Germans*, Oxford, 1992.
Toynbee, A., *Constantine Porphyrogenitus and His World*, Londres, 1973.
Trout, D. E., *Paulinus of Nola: Life, Letters, and Poems*, Berkeley, 1999.
Twitchett, D. y M. Loewe, *Cambridge History of China*, vol. 1, Cambridge, 1986.
Urbancyzk, P., «Changes of Power Structure During the 1st Millennium AD in the Northern Part of Central Poland», en P. Urbancyzk, (comp.), *Origins of Central Europe*, Varsovia, 1997, pp. 39-44.
Van Dam, R., *Becoming Christian: The Conversion of Roman Cappadocia*, Filadelfia, 2003.
Van Es, W. A., *Wijster: A Native Village beyond the Imperial Frontier 150-425 AD*, Gröningen, 1967.
Várady, L., *Das Letzte Jahrhundert Pannoniens: 376-476*, Amsterdam, 1969.
Vasiliev, A. A., *The Goths in the Crimea*, Cambridge, 1936.
Viereck, H. D. L., *Die Römische Flotte*, Herford, 1975.
Vogel, F., (comp.), *Ennodius Opera*, MGH, auctores antiquissimi 7, Berlín, 1885.
Von Salis, L. R., (comp.), *Liber Constitutionum*, MGH, leges nationum germanicarum 2. 1, Hannover, 1892.
Walbank, F. W., *The Awful Revolution: The Decline of the Roman Empire in the West*, Liverpool, 1969.
Wallace-Hadrill, J. M., «Gothia and Romania», *Bulletin of the John Rylands Library, Manchester*, 44/1, Manchester, 1961.
Wanke, U., *Die Gotenkriege des Valens: Studien zu Topographie und Chronologie im unteren Donauraum von 366 bis 378 n. Chr.*, Frankfurt, 1990.
Ward Perkins, B., «Land, Labour and Settlement», en Averil Cameron *et al.*, (comps.), 2000, pp. 315-345.
Wells, P. S., *The Battle That Stopped Rome*, Nueva York, 2003.
Whitby, L. M., *Rome at War AD 229-696*, Oxford, 2002.
— y J. M. Whitby, (traducción a cargo de), *The History of Theophylact Simocatta*, Oxford, 1986.
— y J. M. Whitby, (traducción a cargo de), *The Chronicon Paschale*, Liverpool, 1989.

Whittaker, C. R., «*Agri Deserti*», en M. I. Finley, (comp.), *Studies in Roman Property*, s. l., 1976, pp. 137-165, y 193-200.
—, *Frontiers of the Roman Empire: A Social and Economic Study*, Baltimore, 1994.
— y P. Garnsey, «Rural Life in the Later Roman Empire», en Averil Cameron y P. Garnsey, (comps.), *The Cambridge Ancient History*, segunda edición, vol. 13, Cambridge, 1998, pp. 277-311.
Whittow, M., *The Making of Orthodox Byzantium, 600-1025*, Londres, 1996.
Wickham, C., «Problems of Comparing Rural Societies in Early Medieval Western Europe», *Transactions of the Royal Historical Society*, sexta serie, n.° 2, s. l., 1992, pp. 221-246.
—, «La chute de Rome n'aura pas lieu. À propos d'un livre récent», *Le Moyen Âge*, n.° 99, s. l., 1993, pp. 107-126.
Wightman, E. M., *Roman Trier and the Treveri*, Londres, 1967.
Wilkes, J. J., *Dalmatia*, Londres, 1969.
Wolfram, H., *Intitulatio 1: Lateinische Königs- und Fürstentitel bis zum Ende des 8. Jahrhunderts*, Mitteilungen des Instituts für österreichische Geschichtsforschung, Erganzungsband 21, Viena, 1967.
—, *Treasures on the Danube: Barbarian Invaders and Their Roman Inheritance*, Viena, 1985.
—, *History of the Goths*, traducción inglesa de T. J. Dunlap, Berkeley, 1988.
— y F. Daim, (comps.), *Die Völker an der mittleren und unteren Donau im fünften und sechsten Jahrhundert*, Denkschriften der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Phil.-Hist. Kl. 145, Viena, 1980.
Wood, I. N., *The Merovingian Kingdoms*, Londres, 1994.
Woolf, G., *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge, 1998.
Wormald, P., *The Making of English Law: King Alfred to the Twelfth Century*, vol. 1, Oxford, 1999.
Wright, W. C., *The Works of the Emperor Julian*, Londres, 1913, 3 vols.
Wuensch, R., (comps.), *Ioannis Laurentii Lydi Liber de Mensibus*, Leipzig, 1898.
Yarshater, E., (comp.), *Encyclopaedia Iranica*, Londres, (1984-2004, en curso).
Zecchini, G., *Aezio: l'ultima difesa dell'Occidente romano*, Roma, 1983.

Índice alfabético

acaziros, grupo nómada, 457, 458, 460, 579
Acco, dirigente de los senones y de los carnutes, 30
acueductos, 57
acuñación de moneda, 93-94, 122-123, 518
Ad Salices, batalla de (377), 210, 228
Addax, rey de los alanos, 310, 339
adoratio, ceremonia de la, 326
Adriano, emperador, 354
Adriático, mar, 285-286
Aecio, Flavio, comandante del ejército de Occidente, 333-336, 344, 360-361, 362, 363-369, 371-373, 380, 388, 412, 420, 425, 426, 429-430, 432, 435, 436-437, 439-440, 468-474, 478, 483, 485, 494, 495, 498, 500, 503, 520, 539, 542, 548, 564-565, 579
Aerobindo, comandante romano, 371
África, norte de, 26, 32, 40, 41, 57, 60, 153, 169, 247, 257, 286, 296, 307, 318, 345-359, 373-375, 380, 392, 500, 501-503, 547, 561, 564, 566
África proconsular, provincia de, 347, 352, 365, 373, 375, 376-377, 380, 541, 545, 552
Afrodisias, ciudad de, 178
Aga, Hassan, 207
Agatias, historiador, 91
Aginteo, general romano, 402
Agrícola, hijo de Avito, 480
agricultura, 84, 119-120, 150, 153, 154-155, 187, 195, 196, 355, 564, 574
águilas, insignias de la unidad de legionarios, 23
Agustín de Hipona, san, 61, 178, 296-300, 343, 348, 357, 358, 359; *La ciudad de Dios*, 297-298, 299-300; *Confesiones*, 164-165
alamanes, 9, 112, 116, 117, 118, 124, 128, 233, 254, 256, 258, 273, 337, 359, 362, 419, 499, 522, 568, 569, 574, 576, 577, 578, 579
alanos, 196, 201, 206, 208, 229, 235, 243, 248, 253, 254-255, 257-258, 262, 266, 267-268, 271, 273, 286, 289, 302, 304, 306, 310, 314, 316, 337-340, 342-345, 362, 365, 374, 419, 436, 450, 452, 454, 460, 465, 478, 500, 502, 546, 547, 561, 567, 579
Alarico I, rey de los visigodos, 274-285, 290-292, 295-296, 304, 306, 308, 310, 313, 320, 329, 333, 339, 342, 360, 447, 478, 480, 485, 491-492, 502, 516, 527, 561, 569, 571, 580
Alarico II, rey de los visigodos, 536
Alateo, jefe militar de los greutungos, 201, 235, 239, 240, 242, 275, 580

visigodos, 10, 335, 337, 339-341, 343, 359, 362, 364, 366, 381, 429, 474, 479, 482, 485-486, 498, 502, 516, 525-528, 535, 536, 538, 543, 544, 547, 561, 568, 598-599
Vísperas asiáticas, 30
Vístula, río, 74
Vita, Víctor de, 375, 483
Viticabio, hijo de Vadomario, 124
Vitimiris, caudillo de los greutungos, 201-203
Vito, comandante romano, 437
Volubilis, asentamiento tribal de, 357

Wielbark (Polonia), cultura de, 120
Wijster (Países Bajos), asentamiento de, 119-120

Zenón, emperador de Oriente, 513, 542, 571-572, 599
Zizais, rey cliente de los romanos, 134
Zósimo, historiador, 205, 251, 252-253, 255, 257, 287, 291, 314-315, 361, 599

Índice de mapas

Mapa 1: El imperio romano en el siglo IV 28-29
Mapa 2: Germania a principios de la época romana 76-77
Mapa 3: El frente oriental de Roma
y las conquistas persas en 363 89
Mapa 4: Las confederaciones germánicas,
o sometidas al dominio germánico, del siglo IV 113
Mapa 5: La región del mar Negro y el encontronazo
con los hunos, *c.* 350-380 202
Mapa 6: La guerra gótica desde la batalla de Ad Salices (377)
hasta la paz de 382 210
Mapa 7: La crisis de los años 405 a 408 252
Mapa 8: Los invasores del Rin en la Galia 269
Mapa 9: La repartición de Hispania 271
Mapa 10: Los vándalos y el norte de África 345
Mapa 11: Campañas de Atila en los Balcanes 384
Mapa 12: El imperio de Atila 420
Mapa 13: Campañas de Atila en el imperio de Occidente 428
Mapa 14: Pérdidas y amenazas sufridas por el imperio
de Occidente, *c.* 445 440
Mapa 15: Los hunos y sus antiguos vasallos, *c.* 465 451
Mapa 16: Los nuevos reinos de la Galia e Hispania, *c.* 490 528

Índice

Agradecimientos 7
Introducción 9

PRIMERA PARTE
La pax romana

1. Los romanos 19
2. Los bárbaros 71
3. Los límites del imperio 137

SEGUNDA PARTE
La crisis

4. Guerra en el Danubio 193
5. La ciudad de Dios 249
6. El puntal de África 323
7. Atila el huno 383

TERCERA PARTE
La caída de los imperios

8. El hundimiento del imperio huno 445
9. El fin del imperio 487
10. El desplome de Roma 543

Los protagonistas 579
Cronología 601
Glosario 609
Notas 617
Bibliografía 673
Índice alfabético 691
Índice de mapas 707